

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

VOLVER

**Trayectorias migratorias y procesos de retorno de España a
Argentina**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Laura Cassain

Directores

**Elena Casado Aparicio
Lorenzo Cachón Rodríguez**

Madrid, 2019



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

TESIS DOCTORAL

VOLVER
Trayectorias migratorias y procesos de retorno
de España a Argentina

Laura Cassain

Directores de tesis

Dra. Elena Casado Aparicio

Dr. Lorenzo Cachón Rodríguez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

2018

A mis padres, Cristina y Joaquín.

*La diferencia de lo peor a lo mejor está en una letra:
es la diferencia entre explotación y exploración.*

Jesús Ibáñez (1997: 475).

*Presumes que eres la ciencia
y yo no comprendo así
por qué siendo tú la ciencia
no me has comprendido a mí.*

Copla popular, por *soleá*

[Si esta tesis fuese canción]
El camino.

Chango Spasiuk y Sebastián Villalba.

Pynandi-Los descalzos. 2009.

<https://play.spotify.com/track/66Z0apLVE5UqkeVUh5UQR1>

AGRADECIMIENTOS

Fueron tantos los años, tantas las idas y vueltas de esta tesis, que a día de hoy se acumulan aquí y allá notas de agradecimiento que llegado el momento deberían incluirse en estas páginas. La lista es larga y viene de lejos pero comienza por todas las personas que participaron en esta investigación. Gracias por el tiempo dedicado, por compartir sus experiencias. Sus relatos han sido indispensables para realizar este trabajo.

Quiero agradecer a la Universidad Pública, su existencia también hizo posible todo esto. En la Universidad de Buenos Aires inicié la licenciatura, en la Universidad Complutense de Madrid la concluí. Agradezco especialmente a la Universidad Complutense de Madrid la financiación del proyecto de tesis con una Beca Predoctoral Complutense que me permitió llevarlo a cabo; a la Universidad de Buenos Aires que sus puertas estuvieran siempre abiertas, después de muchos años, allí se enmarcaron las estancias de investigación. Pero estas instituciones existen porque ahí están quienes las sostienen, así que estos agradecimientos empiezan por aquellas personas que de una forma u otra han formado parte de esta tesis.

Me siento afortunada por haber encontrado en la Universidad Complutense de Madrid a Elena y a Lorenzo y porque co-dirigieran este trabajo de principio a fin. Esta tesis está aquí porque ustedes estuvieron ahí, siempre. Les agradezco la confianza en este proyecto, el apoyo durante todo el proceso, la paciencia frente a las esperas y el constante reconocimiento de mi trabajo. Lo que he aprendido y aprendo con ustedes va más allá de cómo hacer una investigación, lo saben. Gracias por acompañarme tanto, a lo largo de tantos años.

Otra indispensable en el camino ha sido Sandra, que desde el otro lado me abrió las puertas del Instituto de Investigaciones Gino Germani y fue un apoyo fundamental en las fases de trabajo de campo. Gracias por la acogida, por las lecturas, por los espacios de debate y el tiempo dedicado en cada visita. Sandra tejó redes y afectos aquí y allá que alimentaron esta tesis y que perduran a día de hoy. Gracias por eso también.

Si algo caracteriza a esta tesis es que ha sido contada una y mil veces, antes que escrita. Así que tengo que agradecer a muchas la generosidad de la escucha y lo que venía con ella. Gracias Antonio, Amparo y Carmen porque, sabiendo lo que es concluir una tesis, durante estos años me aconsejaron y brindaron oportunidades que me ayudaron a avanzar. También agradezco a quienes estando en el proceso de investigación, compartieron alguna instancia de esta experiencia conmigo. Entre Madrid y Buenos Aires, pasando por Estocolmo, Santiago de Chile o Montevideo, aprendí (lo que no se enseña en ningún curso de doctorado) de y con Paloma, Ana, Totó, Tania, Carlos, Lucía, Carla, Silvana, Verónica, Diana y Mariangela. Gracias por compartir viajes, seminarios y congresos, cenas y paseos, horas de Skype, noches de escritura o tardes de biblioteca. Todo aquello hizo que todo esto fuera menos solitario. Quien lo sabe bien es

Lorena, a la que a estas alturas además de agradecerle horas incontables de conversación y la lectura y edición de algunos capítulos, le tengo que dar las gracias por haber estado ahí en momentos clave (y críticos), recordándome que esto tenía sentido.

Para llegar hasta aquí, tan importantes son aquellas personas que han hecho de la academia un lugar habitable todos estos años, como aquellas otras que han permitido que esta tesis fuera sostenible ahí afuera. Para ello han sido fundamentales María y Guillo; Lucy, Daniel y Lucrecia; Pía y Alexis; Manuel y María; Octavio, Anahí y Sandra. Todas estas personas (amigas, familiares, conocidas) me abrieron las puertas de sus casas, literalmente. Me hospedaron en Buenos Aires y Rosario unos días, semanas, o meses, según el caso. Las estancias de investigación y mis propias experiencias de retorno a Argentina no hubieran sido las que fueron sin su ayuda, les estaré siempre agradecida por la generosidad y el afecto. Por último, y porque escribir una tesis sobre “volver” sin saber a donde ir no es una tarea fácil, le agradezco a Elena (madre) haberme ofrecido un lugar donde retomar y concluir la última etapa de este trabajo en Madrid. En esta última fase, también me ayudaron a reubicarme Ana y Ana. Gracias.

Desde donde estén, hay amistades que me sostienen. Así lo hicieron durante muchos años (incluidos los de la tesis) y se los quiero agradecer. María, Natalia, Marianela, Lionel, Luz: es por ustedes que Buenos Aires queda cerca. Madrid tiene sentido porque ahí están (o por ahí pasan) Diana, Lorena, Nekane, Elena, Jimena, Carmen, Paloma, Patricia, Nike y Alexi. A todas ellas, gracias por cuidarme como cada una de ustedes sabe.

Madrid tiene sentido también porque muy cerca está Palma, y ahí está mi familia. Cada visita fue una bocanada de aire fresco para luego continuar. Jessica, Lucas y Lucía, gracias por ser siempre cómplices, preguntándome lo justo pero dándome todo el ánimo necesario. Hacen que todo sea más fácil y también más feliz, porque desde que soy tía no hay nada mejor que un día de playa o una tarde de parque con Ana, Andrés, Santiago y Tomás. A Cristina y Joaquín, gracias por la libertad y la confianza que siempre me han dado y por acompañarme en la vida. Lo mas importante lo aprendo de ustedes.

Desde donde fuera y como parte ya habitual del paisaje, Pablo me observaba teclear (junto a Mitxu) en los escritorios, camas y sofás de las casas por las que pasamos durante estos años. Le agradezco su apoyo incondicional antes, durante y después; por animarme a que me embarcara en este proyecto, por recordarme la importancia de disfrutar de la vida mientras tanto y tramar estrategias para que así fuera y por no dudar nunca que algún día acabaría. Gracias por llegar hasta aquí, conmigo. Seguimos.

Madrid, noviembre de 2017

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	VII
ÍNDICE DE TABLAS Y GRÁFICOS	XIII
RESUMEN	15
SUMMARY.....	17
INTRODUCCIÓN	19
Parte I: retornos, contextos y metodología de la investigación.....	23
Parte II: idas, vueltas, tránsitos, reaperturas y clausuras	29

PARTE I

1. RETORNOS

El estudio de las migraciones de retorno en las ciencias sociales.....	37
1.1. La construcción de las migraciones de retorno como objeto de estudio en las ciencias sociales: de las perspectivas teóricas clásicas a las contemporáneas	38
A vueltas con la definición conceptual	42
Evolución de las perspectivas teóricas sobre las migraciones internacionales y las migraciones de retorno	44
1.2. Hacia un abordaje articulador: el retorno como elemento constitutivo de las migraciones (aportes desde la sociología de las migraciones de Abdelmalek Sayad)	54
Sinergias entre algunas perspectivas de las migraciones internacionales y la sociología de las migraciones de Abdelmalek Sayad.....	55
El canto de la moneda.....	59

2. CONTEXTOS

Las piezas de un sistema migratorio	65
2.1. Argentina: de la inmigración a la emigración (y el retorno)	68
La inmigración transatlántica, los retornos «invisibles» y el modelo agroexportador	68
Migración interna, inmigración limítrofe y emigración incipiente durante el desarrollo del Modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones	75
El exilio político y la emigración económica con la implantación del modelo aperturista	82
Retornos: de la democracia y del exilio.....	86
Camino al 2001: la profundización de la apertura neoliberal	91
2.2. España: de la emigración y el retorno, a la inmigración	98
La participación diversificada de España en el sistema migratorio transatlántico y europeo	99
Transiciones: de la dictadura a la democracia, de la emigración a la inmigración	104
Del «boom» de la inmigración al «bang» de la Gran Recesión.....	115
2.3. Los flujos migratorios durante la Gran Recesión	123
Algunos datos sobre la migración de retorno reciente de España a Argentina.....	127

3. METODOLOGÍA

Del proceso de investigación a los retornos como procesos	147
3.1. Empezar el viaje	148
Resonancias	148
Derivas teórico-metodológicas.....	151
Doble acierto.....	154
3.2. Los retornos no son, se hacen	155
Los relatos (multilocales) de vida migratoria a partir de las entrevistas abiertas	158
La exploración como “excusa” de entrada al campo	160
Diseño metodológico emergente	162
Tejer, lanzar y recoger redes	173
Alimentar memorias afectivas.....	179
3.3. Brújulas, o cómo salir del laberinto de los relatos	184
La comprensión escénica como proceso de interpretación (en tensión interseccional)	184
El curso de vida para analizar recorridos sociales	186
Clases medias, fraccionamiento post hoc	189
INTERLUDIO	193
I.1. Proximidad social y posicionalidad en la investigación sobre migraciones internacionales	194
I.2. Investigar los procesos de retorno en territorio fronterizo.....	198

PARTE II

4. IDAS

Retornos en la emigración. Estrategias frente a la incertidumbre	217
4.1. Lugares comunes: la presentación de (la persona en) los proyectos migratorios	218
El trabajo: de “nada que perder” a “perderlo todo”	220
El viaje: una estadía de diez años.....	225
Los estudios: metas claras frente al desasosiego.....	228
La familia: “a regañadientes”.	231
El amor: “largar todo”	235
4.2. Incertidumbre y contingencia: repensar las conexiones entre emigración y retorno	241
Retornos im/previstos	243
Retornos im/probables.....	246
Retornos im/pensables	250
Retornos im/posibles.....	254

5. VUELTAS

De «ir quedándose» a «estar yéndose». Escenas de lo provisional en la inmigración y tramas del retorno en el curso de vida	259
5.1. Escenas de lo provisional (I): el peso de la duda.....	263
Trayectorias migratorias: despegar y mantener el vuelo	263
Tramas del retorno: el poder de la intriga.....	266
Desenlaces: romper la inercia de lo inmóvil	268
5.2. Escenas de lo provisional (II): la materialidad de lo (no) imaginado	272

Trayectorias migratorias: las apariencias de la movilidad	272
Tramas del retorno: entre intermitencias, simulaciones y tanteos	281
Desenlaces: “la vida ya no pasa más por acá”	291
5.3. Escenas de lo provisional (III): la carga de la prueba	305
Trayectorias migratorias: “cambiar de mundo para cambiar de vida”	305
Tramas del retorno: geografías emocionales.....	311
Desenlaces: otra vuelta de tuerca	319
 6. TRÁNSITOS (I)	
De las presencias y ausencias: la vuelta al grupo	329
6.1. Las (in)comodidades de la proximidad y la distancia en la rearticulación de los vínculos familiares.....	330
6.2. (Des)encuentros: de las amistades “de toda la vida” a la complicidad entre retornados/as	355
6.3. La reedición de los vínculos transnacionales	372
 7. TRÁNSITOS (II)	
Volver, ¿a dónde? Estampas del retorno como experiencia situada	377
7.1. Ciudades indómitas, ciudades dóciles.....	378
7.2. Inseguridades	385
7.3. Identificaciones de/con/en el espacio	396
7.4. Espacios sociales, espacios de clase	405
 8. TRÁNSITOS (III)	
Tiempos (crisis y memorias).....	427
8.1. ¿Crisis? ¿Qué crisis?	430
8.2. Memorias de los tiempos de crisis (y los tiempos de bonanza): algo más que motivos para ir, o volver	433
Entre el escepticismo y el sentido de oportunidad	434
Crónica de una crisis ¿anunciada?	441
(Dis)continuidades: imaginarios en tensión	449
8.3. Vuelta al sur: luces y sombras de un cambio de época.....	456
Impactos sobre las experiencias de retorno.....	459
Inestabilidad económica.....	467
Polarización político-social.....	469
El retorno de la incertidumbre	478
 9. REAPERTURAS Y CLAUSURAS	
Procesos de reinserción y resignificación de las experiencias de retorno	483
9.1 Dimensiones que habilitan/constríen la reapertura o clausura de las trayectorias migratorias tras el retorno.....	484
Reinserción laboral y situación económica	484
Reinserción social y vínculos familiares-afectivos	489
Reinserción espacial, “calidad de vida” y “bienestar”	492

9.2 La resignificación de las experiencias de retorno: análisis diacrónico a partir de algunas trayectorias migratorias en distintos momentos del curso de vida	495
Matías y Fernanda: etapa inicial del curso de vida.....	496
Marina y Florencia: etapa media del curso de vida.....	505
Miguel y Sofía: etapa avanzada del curso de vida	512
CONCLUSIONES	521
Principales resultados o cómo investigar las migraciones de retorno en cuatro pasos.....	522
Paso 1. Idas	523
Paso 2. Vueltas.....	528
Paso 3. Tránsitos.....	536
Paso 4. Reaperturas/clausuras	544
Consideraciones finales: clausuras y reaperturas de la investigación	548
BIBLIOGRAFÍA	555

ÍNDICE DE TABLAS Y GRÁFICOS

Tabla 2.1. Pasajeros extranjeros de ultramar de 2ª y 3ª clases que salieron de Argentina, por cada 100 ingresados en el mismo período (1857-1958)	74
Tabla 2.2. Población latinoamericana por país de nacimiento (2001-2015)	111
Gráfico 2.1. Población latinoamericana por país de nacimiento (2001-2015).....	112
Gráfico 2.2. Renta anual neta media por persona, por nacionalidad (personas de 16 y más años)	120
Gráfico 2.3. Personas de 16 y más años por dificultades para llegar a fin de mes y nacionalidad (2015).....	121
Tabla 2.3. Personas nacidas en el extranjero, por lugar de origen (julio 2015)	124
Gráfico 2.4. Personas nacidas en Argentina. Padrón Municipal de Habitantes (2001-2015) ...	129
Gráfico 2.5. Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero, por lugar de nacimiento. Argentina (2009-2013)	130
Gráfico 2.6. Saldos de altas y bajas de personas nacidas en Argentina (2002-2013*)	133
Tabla 2.4. Saldo de altas y bajas de personas nacidas en Argentina (2002-2013)	134
Gráfico 2.7. Alta de personas nacidas en Argentina, por lugar de procedencia (2002-2013)....	135
Tabla 2.5. Alta de personas nacidas en Argentina, por lugar de procedencia (2002-2013)	135
Gráfico 2.8. Baja de personas nacidas en Argentina, por lugar de destino (2002-2013)	136
Tabla 2.6. Baja de personas nacidas en Argentina, por lugar de destino (2002-2013).....	137
Gráfico 2.9. Baja de personas nacidas en Argentina, por sexo (2002-2013).....	138
Gráfico 2.10. Baja de personas nacidas en Argentina, por edad (2002-2013).....	138
Gráfico 2.11. Altas y bajas de personas nacidas en Argentina, por Comunidad Autónoma (2002-2013).....	139
Gráfico 2.12. Inmigración, emigración y saldos migratorios de personas nacidas en Argentina (2008-2015).....	140
Tabla 2.7. Inmigración, emigración y saldos migratorios de personas nacidas en Argentina (2008-2015).....	141
Tabla 2.8. Inmigración/Retorno desde/a Argentina, por sexo (2008-2015)	142
Gráfico 2.13. Distribución por sexo y edad de personas nacidas en Argentina (inmigración 2008-2015)	142
Gráfico 2.14. Distribución por sexo y edad de personas nacidas en Argentina (retorno 2008-2015).....	143
Gráfico 3.1. Período de la emigración	164
Gráfico 3.2. Período de la migración de retorno	165
Gráfico 3.3. Tiempo de residencia en España	166
Gráfico 3.4. Tiempo de residencia en Argentina (posterior a la migración de retorno).....	167
Gráfico 3.5. Edad en el momento de la emigración	168
Gráfico 3.6. Edad en el momento de la migración de retorno	169

Gráfico 3.7. Edad en el momento de la entrevista	170
Gráfico 3.8. Nivel de estudios completo en el momento de la entrevista.....	171
Tabla 3.1. Localidades donde se llevaron a cabo las entrevistas.....	172
Tabla 3.2. Distribución de informantes por sexo, edad y años de residencia en España	176
Gráfico 3.9. Mapa de informantes	177
Tabla 3.3. Listado de informantes.....	178
Gráfico 3.10. Duración del registro de voz de las entrevistas abiertas	182

RESUMEN

El objetivo general de esta tesis doctoral es estudiar las recientes migraciones de retorno de España a Argentina en el marco de trayectorias migratorias que en diversas fases de su desarrollo (emigración-inmigración-retorno) han estado atravesadas por contextos de crisis económicas, sociales y políticas en ambos espacios geográficos. En otras palabras, lo que pretende es comprender cómo, en general, las *migraciones de retorno* se articulan en tanto *proceso* a lo largo de las *trayectorias migratorias*, y cómo, en particular, lo hacen a la luz de esos *contextos socio-históricos* concretos que han marcado las condiciones de (re)producción de la emigración, la inmigración y el retorno entre Argentina y España en el cambio de siglo.

Mediante una investigación de corte cualitativo esta tesis constituye un esfuerzo por construir las tramas, por ofrecer un texto que de cuenta de la migración de retorno como proceso social, priorizando —entre los múltiples y posibles puntos de vista desde los cuales narrarlo— los relatos multilocales de vida migratoria recogidos mediante la realización de entrevistas abiertas a mujeres y hombres que retornaron de España a Argentina y cuyas trayectorias migratorias se articulan entre los años 1998 y 2014. Desde un enfoque transnacional y una sensibilidad interseccional, la estrategia de análisis del material empírico ha sido, por un lado, privilegiar la multiplicidad de coordenadas espacio-temporales; es decir, no perder de vista cómo las migraciones de retorno se articulan sincrónica y diacrónicamente en un espacio transnacional que involucra múltiples enclaves geográficos; por otro lado, prestar atención a cómo en dichos ensamblajes espacio-temporales que conectan las condiciones de (re)producción de la movilidad entre contextos socio-históricos de partida/destino, los retornos se

articulan a partir de relaciones y dinámicas generacionales, de clase y de género que atraviesan de formas diversas las trayectorias migratorias.

El texto se estructura mediante el rastreo de los retornos (en plural) y sus mutaciones en distintas fases de las trayectorias; persigue su despliegue a través de las experiencias y percepciones que las/los migrantes tienen sobre el retorno como idea, mito, o imaginario, pero también como práctica material. El recorrido se inicia rastreando los sentidos del retorno asociados al momento de la partida, es decir, a la fase de la emigración, desde proyectos migratorios y posiciones heterogéneas. El camino continua analizando los retornos en la inmigración a modo de tramas, cuya urdimbre conforman las trayectorias vitales y las nuevas movilidades experimentadas en esta fase y cuyo desenlace da lugar a la “migración de retorno”. Una vez producido el desplazamiento físico y geográfico con visos de “permanencia” al lugar de “origen/partida”, se analizan los tránsitos del retorno –entendidos como el conjunto de experiencias implicadas en el acto de volver– a partir de tres dimensiones: grupal, espacial y temporal. Por último, se presta atención a los procesos de reinserción y su relación con la resignificación de las experiencias del retorno y la orientación a una posible reapertura/clausura de las trayectorias migratorias.

A partir de los resultados de esta investigación el texto invita a la reflexión y al diálogo alrededor de las siguientes cuestiones: a) *la temporalidad de los procesos migratorios*, problematizando la dicotomía temporal/permanente se sugiere analizar los proyectos migratorios repensando categorías alternativas; b) *la pluralidad de las movilidades de retorno*, procurando afrontar en el estudio de las trayectorias migratorias la tensión producida entre la rigidez conceptual y la fluidez de los procesos; c) *la experiencia polisémica de “volver”*, cuestionando el retorno como vuelta al orden natural/nacional/cultural frente a la heterogeneidad de sentidos de pertenencia/identificación que se articulan al experimentar el retorno a las relaciones y espacios sociales; d) *la multicausalidad de las migraciones de retorno*, evitando los reduccionismos micro/macro frente a la complejidad de las tramas imbricadas en contextos socio-históricos y atravesadas por memorias colectivas; y e) *la reapertura/clausura de las trayectorias migratorias*, repensando los límites y posibilidades de la movilidad en relación con los tránsitos del retorno y los tiempos biográficos.

Las últimas páginas del texto, a modo de conclusiones, recapitulan los principales hallazgos de este trabajo y recuerdan el camino trazado durante su elaboración. Un camino que delinea una apuesta por investigar las migraciones de retorno rastreando sus huellas en cada fase de los procesos migratorios y así construir un bosquejo de cartografía que contribuya a ampliar y enriquecer las imágenes de los retornos en el marco de las movilidades contemporáneas.

SUMMARY

The general objective of this doctoral thesis is to study recent return migration from Spain to Argentina within the framework of migratory trajectories, which in various phases of their development (emigration–immigration–return) have been traversed by the contexts of economic, social and political crises in both geographical spaces. In other words, this research seeks to understand how, in general, *return migration* is articulated as a *process* along *migratory trajectories*, and how, in particular, it has been undertaken in light of the concrete *socio-historical contexts* that marked the conditions of (re)production of emigration, immigration and return between Argentina and Spain at the turn of the century.

Through qualitative research this thesis strives to build narratives by offering a text that accounts for return migration as a social process, prioritizing—among the multiple and possible points of view from which to narrate it—the multilocal stories of migratory lives collected through open interviews with women and men who returned to Argentina from Spain, and whose migratory trajectories took place between 1998 and 2014. Using a transnational approach and with intersectional sensitivity, the analytical strategy of the empirical material has, on the one hand, the privilege of spatio-temporal coordinate multiplicity; that is, it focuses on how return migration is synchronically and diachronically embedded in a transnational space, which involves multiple geographic enclaves; on the other hand, it pays attention to how returns are articulated in different ways depending on the generational, class and gender dynamics that cross different migratory trajectories, in spatio-temporal combinations that connect the conditions of the (re)production of mobility to the socio-historical contexts of departure/destination.

The text is structured by tracking returns (in the plural) and their mutations during the different phases of their trajectories, and unfolds through the experiences and perceptions that migrants have about return as an idea, myth or product of their imagination, and as a material practice as well. The route begins by tracking the meaning of return associated with the moment of departure—that is, the emigration phase—from diverse migratory projects and heterogeneous positions. The journey continues by analyzing return scenarios during immigration, whose narrative is shaped by the vital trajectories and new mobilities experienced in this phase, giving rise to ‘return migration’ as an outcome. Once physical and geographic displacement has been produced at the place of ‘origin/departure’, and has a sheen of ‘permanence’, the transits of return—understood as the set of experiences involved in the act of coming back—are analyzed from three dimensions: group, spatial and temporal. Finally, attention is paid to the reintegration processes and their relation to the renewed significance of the return experience as well as orientation towards a possible reopening/closing of the migratory trajectories.

Based on the results of this research, the text invites reflection and dialogue around the following issues: a) *the temporality of the migratory processes*, making the temporary/permanent dichotomy problematic, it is suggested to analyze migratory projects by rethinking alternative categories; b) *the plurality of return mobilities*, attempting to address the tensions produced between conceptual rigidity and the fluidity of processes in the study of migratory trajectories; c) *the polysemic experience of ‘returning’*, questioning the idea of a return to the natural/national/cultural order in the face of the diverse senses of belonging/identification experienced by coming back to social relations and spaces; d) *the multicausality of return migrations*, avoiding micro/macro reductionism in the face of the complex narratives interweaving socio-historical contexts and collective memories; and e) *the reopening/closing of migratory trajectories*, rethinking the limitations and possibilities of mobility in relation to the transits of return and biographical timing.

The last pages, by way of a conclusion, recapitulate the main findings of this work and recall the path traced during its development. It is a path that delineates a commitment to investigate return migrations, tracing their footprints in each phase of the migratory process and thus building a map outline that contributes to the expansion and enrichment of return images within the framework of contemporary mobilities.

INTRODUCCIÓN

Explicar la incertidumbre es imposible, pero podemos hacer trampa, rastrearla hacia atrás, observar cómo la vida deviene anudando azares (y no tanto); a partir de ahí intentar comprender algo. Las siguientes páginas quieren reencontrar el azar, recuperar la(s) historia(s), los *sentidos*. ¿Por qué? Pues, porque el azar, las historias, están desigualmente distribuidos:

“Todo el azar para los dominadores (programadores), toda la determinación para los dominados (programados). El poder se reserva el azar y atribuye la norma. Sólo la recuperación del azar, de la indeterminación, de la historia, harían posible un ecosistema con valor de supervivencia (con *sentido*)” (Ibáñez, 1997: 478).

Estas páginas exploran los retornos (en plural): las migraciones de retorno, volver a ... , las experiencias de retorno, irse de ... , las movilidades de retorno, las vueltas, los procesos de retorno, los tránsitos; todo eso, y cada uno dependiendo de quién, cuándo y dónde lo nombre. Pero el texto es una tesis doctoral, es el producto de una investigación sociológica, es un texto situado en un campo y un orden, y comienza con esta introducción que pretende facilitar a sus potenciales lectoras/es una breve carta de navegación para recorrerlo (o no). Para ello, presentaré el objetivo de la investigación, justificaré el interés de su estudio en general y la del caso analizado, en particular; esto nos permitirá ir al tiempo aproximándonos a una descripción somera de la estructura del texto y los contenidos de los capítulos que lo componen.

El objetivo general de esta tesis doctoral es estudiar los *procesos de retorno* “no forzado” o “voluntario”¹ de España a Argentina; procesos que forman parte de trayectorias migratorias que, en distintos momentos de su desarrollo, en sus diversas fases (de emigración-inmigración-retorno), han estado atravesadas por *contextos socio-históricos de “crisis” económicas, sociales y políticas* que tuvieron lugar en ambos espacios geográficos, tanto en los lugares de partida como en los de destino. En otras palabras, lo que esta investigación pretende es comprender cómo, en general, las *migraciones de retorno* se articulan, en tanto *proceso*, en las *trayectorias migratorias*, y cómo, en particular, lo hacen a la luz de esos *contextos socio-históricos* concretos.

El texto se sitúa en una disciplina, la sociología, y la ejerce de forma específica, a través de la imaginación sociológica. Recuperando las palabras de Wright Mills: “[l]a imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad” (Wright Mills, 1961: 25–26). Es más, según Wright Mills, las ciencias sociales son “intentos”. Tratan sobre los individuos y la sociedad, y su pretensión no es más que la de “ayudarnos a comprender la biografía y la historia y las conexiones entre las dos en diversidad de estructuras sociales” (Wright Mills, 1961: 50). El objetivo general de la investigación planteado en el párrafo anterior y las características generales del caso de estudio se prestan claramente a este tipo de ejercicio.

Pero para acotar aún algo más, esta tesis se enmarca en el campo de investigación que dentro de las ciencias sociales se dedica a estudiar los fenómenos migratorios. Y me refiero a las ciencias sociales porque las aproximaciones se producen desde diversas disciplinas. Además de la sociología, su estudio es habitual desde la antropología, la geografía, la historia, la ciencia política, la demografía, la estadística y, por supuesto, la economía. De acuerdo con Favell (2008: 260), “en las ciencias sociales contemporáneas, difícilmente podría haber un tema más propicio para el pensamiento interdisciplinar que los estudios migratorios”². Investigar las migraciones requiere múltiples combinaciones: desde fuentes de datos cuantitativos, análisis económicos y

¹ La referencia al carácter “no forzado” o “voluntario” de los procesos de retorno se explicita para distinguir este tipo de movilidad de otras donde la coacción física es indiscutible, como el caso de las repatriaciones forzadas ejecutadas por las administraciones y las fuerzas y cuerpos de seguridad de los Estados. Sin embargo, el entrecomillado de tales conceptos se debe a que esta investigación adhiere, junto con las de otros autores a problematizar ciertas dicotomías. Como plantean Lozano Ascencio y Martínez Pizarro (2015: 16-17): “[e]l análisis del retorno voluntario —aquel producto de una decisión genuina y posiblemente reflexionada— frente al retorno forzado, por definición problemático y expresión de violación de derechos, sugiere tomar en cuenta la situación social y sobre todo económica (contexto) de los países receptores de migrantes. Así vemos cómo el retorno en condiciones de «bonanza migratoria» (que implica un escenario de fuerte demanda de trabajadores migrantes) teóricamente aumentaría las probabilidades para un retorno voluntario. [...] En cambio en situaciones de crisis, de contracción laboral y salarial —escenario que favorece el surgimiento de un clima antiinmigrante—, no existen las condiciones óptimas para la preparación del retorno. Por el contrario, la población migrante se ve obligada o forzada a abandonar el país de acogida, ya sea por lo desfavorable de la situación económica, o como resultado de políticas”.

² Todas las citas cuyo idioma original no es el castellano son traducción propia.

demográficos, hasta etnografías que desde la antropología nos acerquen a los sentidos de las experiencias de los propios migrantes. También hay que contar con las explicaciones sobre las estructuras sociales y los procesos de incorporación que los subyacen y que ofrece la sociología o la ciencia política. Favell no se olvida de mencionar de forma específica los procesos transnacionales, estudiados por la geografía y, por supuesto, la historia, tan necesaria para “templar la abrumadora actualidad del presente”. Una combinación de este tipo, sin duda, nos ofrece un exhaustivo conocimiento de las migraciones. Una combinación de este tipo, sin duda, excede las posibilidades de esta investigación, lo que no quiere decir que no estudie exhaustivamente la ínfima parcela a la que está dedicada.

Favell propone que, en realidad, en lugar de abogar por la interdisciplinariedad³ los estudios migratorios deberían ofrecer una “aproximación postdisciplinar” a través de un “empirismo constructivista”. Argumenta Favell que la empresa científico-social descansa en la posibilidad subyacente de “realismo” en sus métodos y representaciones del mundo. Y no pretende oponer epistemológicamente la noción de “realismo” a la de “constructivismo”, en tanto entiende que el mundo social no es una realidad natural y esencialmente dada, sino construida, y que los métodos, categorizaciones y representaciones a través de los cuales las ciencias sociales construyen conocimientos también lo son; las/los investigadoras/es sociales forman parte de ese mundo y en cierta forma participan en su construcción. Sin embargo, lo que Favell no quiere perder de vista es la posibilidad que este tipo de aproximación ofrece:

“El empirismo constructivista podría permitir replantear una teoría de la migración que nos ayude a reconstruir una forma de estudiar el tema políticamente más autónoma y científica, [...] una aproximación menos disciplinar y más global. El punto es que no queremos avalar procedimientos y métodos que obvian el «hecho» material de que la migración es algo que pasa cuando una persona real (física) se mueve en el espacio real (físico)” (Favell, 2008: 269).

Coincidimos con el autor en que si bien podemos sostener que las migraciones son al final un conjunto de representaciones sociales colectivas del movimiento, sugerir que las migraciones en sí son una ficción completamente subjetiva o mentalmente construida, sería ir muy lejos⁴. “Las personas se mueven, y la distancia material de aquellos

³ Favell (2008: 262) reconoce en el carácter interdisciplinar “casi automático” de la sociología su mayor virtud y su problema “identitario”. Sostiene que esta disciplina, cuando rompe con las preguntas “clásicas”, se desarrolla inevitablemente en un diálogo interdisciplinar, tal como lo evidencia el desarrollo de importantes áreas como la sociología política, la sociología económica, la sociología histórica comparativa, la etnografía (que la emparenta con la antropología), la demografía (que la acerca a la economía y la estadística), incluso destaca su relación con la lingüística, cuando se dedica al análisis del discurso. Todo esto plantea “la dificultad de definir quién o qué es un sociólogo”.

⁴ El autor se refiere en el texto original a la relación entre la noción de geografía y espacios y plantea una crítica al giro cultural postmoderno en la geografía, que al rechazar el “objetivismo” y “positivismo” de la “vieja geografía”, tiende a colapsar toda noción de espacio material a favor de la de “espacio socialmente construido”. (Favell, 2008: 269). Aquí la retomamos relacionando migraciones y movimiento. Por otro lado, cuesta imaginar qué giro cultural postmoderno le cabe a los estudios migratorios mientras, un día sí y al otro también, mueren personas ahogadas en el mar Mediterráneo, en movimiento, intentando cruzar

movimientos importan, así como las fronteras físicas que separan a las diferentes unidades sociales en el espacio y que definen qué cuenta como movimiento espacial” (Favell, 2008: 269). En resumen, la “aproximación postdisciplinar” al estudio de las migraciones que sugiere Favell es:

“[U]na que comience a cuestionar y dismantelar algunos de los puntos y conceptualizaciones fijos que proveen nuestras definiciones estándar de la migración internacional en el sistema internacional de Estados. Estas, claramente, son construcciones políticas del mundo moderno, moldeado exhaustivamente como lo es, en distintas unidades de Estados-nación. Este mundo debería, en nuestras teorías migratorias, ser objeto de deconstrucción política e histórica” (Favell, 2008: 269).

Esta propuesta es un “programa de máximos” porque, como reconoce Favell (2008: 269), solemos asumir que sabemos qué es la migración y aceptar las unidades dadas del mundo político en el que vivimos, y entre las cuales las personas se mueven. La definición estándar estipula que un ciudadano o residente de un Estado-nación es un migrante o ha migrado cuando cruza una frontera internacional y se instala en otro Estado-nación por un período mínimo de un año (de acuerdo a la convención establecida por la estadística). Esta definición se desliza fácilmente a la óptica de la *immigración*, que asume el supuesto de que este movimiento crea una relación particular con una sociedad de destino; el migrante es un cuerpo extraño, un *outsider*, que tiene que ser absorbido de alguna manera. Si bien es cierto que la perspectiva transnacional dentro de los estudios migratorios ha cuestionado estos presupuestos unidireccionales (interrogando no sólo el nacionalismo metodológico sino la propia noción de “asimilación”, mediante el concepto de “simultaneidad”), según Favell no ha cuestionado suficientemente la propia noción de migración como una forma de movilidad. Concluye el autor que, en realidad, ninguna de las aproximaciones habituales a los estudios migratorios analiza hasta qué punto la migración es de hecho definida y derivada de las necesidades de los estados de clasificar y moldear la movilidad espacial de una forma determinada y, en última instancia, si esta podría ser definida de otra manera. Y nos plantea un interrogante: ¿qué sucedería si, por un momento, “apagamos” los cánones disciplinarios y reiniciamos el ordenador? Supongamos que el sistema de archivos ha colapsado y que nos vemos forzadas a re-describir nuestro objeto de estudio ahí afuera, en el mundo real. Ya nada parecería “natural” (Favell, 2008: 270). Deberíamos trazar nuevas líneas y convenciones, nuevas definiciones sobre lo que es una persona migrante, o el mismo evento/acto/proceso de migrar.

fronteras. Nada más material que la muerte que detiene el movimiento, que hunde la vida; nada más construido socialmente (política y económicamente) que la distribución desigual de la vulnerabilidad y la precariedad; desigual a tal punto que construye las fronteras de la inteligibilidad humana y, en ese acto, el estatuto ontológico de algunos sujetos queda suspendido, pasan a ser “humanamente irreconocibles” por decisión administrativa (Butler, 2006). Quizá este pueda ser un buen ejemplo de “empirismo constructivista”.

Frente a este “programa de máximos”, esta tesis es una “práctica de mínimos”. No reinicia el ordenador, no colapsa el sistema de archivos; dejémoslo en que actualiza algún programa, ni siquiera el sistema operativo.

Parte I: retornos, contextos y metodología de la investigación

Si retomamos la definición estándar de migración antes descrita, entonces cuando la persona que se había instalado en aquel “otro” Estado-nación cruza en sentido inverso aquella frontera internacional y se restablece en el Estado-nación del que había partido, es un retornado o ha retornado. Esta sería la definición básica y convencional de la *migración de retorno* en las ciencias sociales. Definición que podría también deslizarse fácilmente a la óptica opuesta, es decir, asumir que en este movimiento se restablecen las relaciones generales (ya no particulares) en la sociedad de origen; que la persona retornada es un cuerpo familiar, un *insider*, ap проблемáticamente reabsorbido en tanto es parte de lo Mismo; en contraposición a lo/los Otro/s. Brah (2011) define las fronteras como sigue:

“Fronteras: líneas arbitrarias de división que son a la vez sociales, culturales y psíquicas; territorios que patrullar frente a los que se construyen como extraños, extranjeros, los Otros; formas de demarcación donde el propio acto de prohibición inscribe la transgresión; zonas donde el miedo al Otro es el miedo a uno mismo; lugares donde los reclamos de propiedad –los reclamos de «mío», «tuyo» y «suyo»– son vigilados, discutidos, defendidos y peleados” (Brah, 2011: 229–230).

Dentro de los estudios migratorios los movimientos de retorno han constituido una dimensión específica de indagación. La producción académica sobre el tema desde las ciencias sociales, aunque minoritaria, cuenta ya con un considerable recorrido. Estos estudios sobre las migraciones de retorno han ido de la mano de los cambios de direccionalidad de los flujos migratorios, aunque en ocasiones, ciertamente a destiempo. Este desfase a la hora de estudiar el fenómeno, cuando no su invisibilización, se produjo no solamente por la escasez de fuentes estadísticas que permitieran conocer la intensidad de las migraciones de retorno y las principales características de sus protagonistas –cuestión sobre la que el propio Ravenstein admitía no tener pistas, en su obra *Las leyes de las migraciones* (1885; 1889)–; sino también por una determinada manera de entender las migraciones internacionales. Los flujos masivos transatlánticos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, fundamentalmente del continente europeo al americano, proyectaban una potente imagen que quedaría grabada en las sociedades de origen y destino: la migración internacional como un viaje de ida (Gmelch 1980; Sassen 2013). La fuerza de esta percepción obstaculizó el estudio del fenómeno, que finalmente gana impulso desde mediados del siglo pasado. Este impulso respondió no solamente a la evidencia de los cambios de direccionalidad de los flujos migratorios, sino también a la relevancia de los convulsos contextos socio-históricos dentro de los cuales tuvieron lugar y a la específica preocupación de los Estados, fundamentalmente de inmigración (King 1986). Saloutos (1956) estudió las migraciones de retorno de Estados Unidos a Grecia y analizó los efectos que el contexto de la Gran Depresión de 1929 tuvo en estos

flujos (inferiores a los previstos). Dos décadas más tarde, Rhoades (1976; 1977; 1978) centraba su pesquisa en el sistema migratorio europeo, analizando los procesos migratorios y de retorno de españoles y turcos que se produjeron desde Alemania al calor de la crisis del petróleo que se desencadena en 1973. Rhoades cuestionó la “ideología política” que revestía la idea de los supuestos beneficios que la emigración y el retorno tenían sobre el desarrollo de las áreas emisoras. Como explica Pascual de Sans (1983):

“[M]uchos análisis del fenómeno migratorio han venido insistiendo en el papel que juegan los inmigrantes extranjeros no sólo como trabajadores que permiten un margen de explotación mayor a los empresarios -mayor facilidad de despido, aceptación de peores condiciones de trabajo, temporalidad o incluso trabajo negro- y al conjunto del capital -presión sobre los salarios, costes de reproducción reducidos (vivienda, sanidad, educación ...)-, sino también en un aspecto más ligado al fenómeno del retorno. Nos referimos al papel permanente de la inmigración extranjera en la regulación coyuntural de las recesiones del desarrollo capitalista” (Pascual de Sans, 1983b: 50).

Las preguntas y preocupaciones por la conveniencia del carácter temporal o permanente de las migraciones y los factores que lo determinan (ya sean estos macro-estructurales, como el crecimiento de las economías de los países de inmigración industrializados o el potencial desarrollo económico de los países de emigración, o por factores micro-sociales como los proyectos migratorios de las personas migrantes) han sido una constante en las investigaciones sobre los fenómenos migratorios y se han replicado a la hora de estudiar las migraciones de retorno. Romper con la imagen de la emigración/inmigración como un “viaje de ida”, es decir, pasar de entenderlo como un fenómeno permanente a uno temporal, supuso una oportunidad para concebir el retorno como posibilidad, constituyéndose así como objeto de estudio. Sin embargo, al dar este giro se corría otro riesgo: el de construir una imagen del retorno “sólo” como “un viaje de vuelta”, asumiendo ahora su carácter permanente. Estos modelos iniciales, que concebían las migraciones como un “viaje de ida y vuelta” se superaron a la luz de las investigaciones empíricas, que dieron cuenta de la complejidad del fenómeno (King, 1986). Constatar la diversidad de trayectorias migratorias a la luz de los hechos supuso otra deriva: la preocupación por delimitar las migraciones de retorno como objeto de estudio, por definir las conceptualmente, en otras palabras, por demarcar qué puede ser considerado y qué no como migración de retorno.

En el caso concreto de España, las investigaciones de Jordi Cardelús y Àngels Pascual de Sans (1979) cuestionarían varios de estos aspectos relativos a las migraciones de retorno. Merece la pena mencionar el artículo de Pascual de Sans publicado en 1982. La investigadora llama nuestra atención desde el mismo título sobre las “Connotaciones ideológicas en el concepto de retorno de migrantes” y señala que se trata de un concepto de difícil definición interrogando múltiples sentidos comunes, desde qué se entiende por zona de origen (el pueblo, el municipio, la provincia, el país), hasta quién es considerado retornado, afirmando: “el retorno se asocia a *retorno de trabajadores* y sólo como extrapolación deliberadamente chocante se habla a veces de *retorno de cerebros*”

(Pascual de Sans, 1983a, 63), dejando fuera de consideración otros grupos sociales como los políticos, funcionarios, empresarios o ejecutivos.

Una década antes de la emergencia y auge de la perspectiva transnacional en los estudios migratorios, esta investigadora ya apuntaba el carácter discutible de los presupuestos teóricos sobre los que se asentaba la adopción del concepto de “retorno de emigrantes”. Criticaba las aproximaciones binarias, bipolares y simplistas que contradecían el carácter complejo de los procesos migratorios cotejados en las estadísticas de emigración y retorno (por más deficientes que fueran estos datos) y que imposibilitaban seguir sosteniendo la idea de que la migración de retorno rehacía, en sentido contrario, los desplazamientos entre una “zona de origen” y una “zona de destino”. Pascual de Sans observaba que las personas no volvían ni a los mismos pueblos o ciudades, ni a la misma actividad económica, ni a las mismas relaciones sociales. Por otro lado, también cuestionaba la división entre *zonas de emigración/zonas de inmigración*, en tanto obviaba la posibilidad de que ambos fenómenos se produjeran de forma simultánea en una misma zona. Asimismo, mencionaba la importancia de los retornos de los «temporeros», a menudo olvidados, en tanto sólo se consideraba el retorno de los emigrantes «permanentes». Por último, igual de relevante es su cuestionamiento del “carácter de «final del proceso» que se halla implícito en la noción de retorno”. En tanto ciertos cambios de coyuntura pueden producir nuevos desplazamientos, el “hipotético retorno resulta entonces una mera etapa de un proceso general de movilización” (Pascual de Sans, 1983a, 64); de hecho, esta perspectiva la lleva, en definitiva, a plantear también la relación específica y excluyente de “pertenencia” que esta noción de retorno asume entre las personas y los lugares de origen:

“[C]ada persona *es* de un lugar, tiene *su* pueblo, *su* ciudad, *su* región y *su* país. Afirmar esta relación tiene sus consecuencias, en el sentido de crear en los individuos cierta conciencia de *obligaciones* hacia el pueblo, la región, el país a los que se vinculan. Recíprocamente, esta zona a la que uno pertenece se presenta como sujeto de ciertos deberes hacia los que «pertenecen» a ella. Aparece así la zona de origen como una zona natural de repliegue para los individuos que partieron de allí” (Pascual de Sans, 1983a: 64–65).

Los estudios contemporáneos del transnacionalismo, la movilidad, las diásporas, expresan con una nueva gramática las preocupaciones que algunos/as científicos/as sociales llevan planteando ya algunas décadas y que, en definitiva, tienen que ver con asumir la complejidad de los procesos migratorios, resistir los reduccionismos en las explicaciones. Por otro lado, la propuesta de desnaturalización de las lógicas políticas que atraviesan nuestras aproximaciones, retomada recientemente en planteamientos como los de Favell, también fue puesta sobre la mesa en antiguas ocasiones. En este sentido, consideramos los aportes que a la sociología de las migraciones ha realizado Abdelmalek Sayad, quien sostenía que, en definitiva, pensar los fenómenos migratorios es pensar el Estado y que es “el Estado el que se piensa a sí mismo al pensar la inmigración” (Sayad, 2010: 386). Según Sayad, a partir de la reflexión sobre la inmigración se podía hacer una introducción a la sociología del Estado nacional, en tanto significa su límite. Y los límites de su existencia y funcionamiento están marcados

por la pertenencia, criterio arbitrario a partir del cual el Estado nacional discrimina lo que le es ajeno. Dicho en otras palabras, la inmigración perturba el orden nacional, la presencia de no-nacionales en el territorio pone en cuestión el carácter puro, mítico, del Estado-nación, sus fundamentos y postulados, sobre los cuales Sayad creía necesario reflexionar de forma crítica sin perder de vista en este ejercicio de “desnaturalización” las categorías nacionales que llevamos en nosotros, estando alerta de hasta qué punto nuestras formas de pensar la migración están atravesadas por aquellas formas en que el Estado nos pide pensarla.

En este sentido, atravesada por las categorías del “pensamiento de Estado”, no podemos olvidar que en la noción de retorno también se entran las relaciones entre migración y orden nacional y que en definitiva a través de ella también se despliega la “ideología política” que reviste este tipo de movilidad con la idea de vuelta al “orden natural” (nacional y cultural): “a fin de cuentas, el retorno a la norma, a la normalidad, a la ortodoxia; el resto, o sea lo contrario (en este caso la emigración y la inmigración), no es sino anomia, heterodoxia, incluso herejía” (Sayad, 1998b, cit. en Gil Araujo, 2010: 273). En este sentido, la idea de retorno para Sayad: “está intrínsecamente contenida en la denominación y en la idea misma de emigración y de inmigración. No hay inmigración a un lugar sin que haya habido primero emigración desde otro lugar; no hay presencia en alguna parte que no suponga ausencia en otra.” (Sayad, 2000, 2010). Decía Sayad que la emigración y la inmigración son las dos caras de una misma moneda. Continuando con su analogía, la moneda, además de dos caras, está compuesta por un canto que las rodea y las une. En este trabajo nos remitiremos a la imagen del retorno como ese canto, que está en contacto con todos los aspectos que constituyen la trayectoria y la experiencia migratoria. En otras palabras, se sostiene que el retorno también forma parte indisoluble del fenómeno migratorio. El retorno, junto con la emigración-inmigración, son parte de una misma realidad y, por tanto, no deberían desvincularse a la hora de su estudio y análisis.

Esta forma de entender la noción de retorno será el punto de partida de esta tesis, sin embargo, su uso tendrá connotaciones plurales. El *capítulo 1* está dedicado al abordaje de todas estas cuestiones. En él se propone un recorrido que aporte algunas herramientas teóricas de carácter general que ayude a las/los lectoras/es a situarse respecto a las coordenadas y la perspectiva epistemológica desde la cual se abordará el estudio de las migraciones de retorno. Su objetivo es trazar someramente el camino a partir del cual las migraciones de retorno se han construido como objeto de estudio en las ciencias sociales y cómo, acompañando los avances teóricos y empíricos a la luz de los nuevos hallazgos en la investigación sobre las migraciones internacionales, se han ido articulando distintas formas de entender y definir la migración de retorno. Este recorrido abarca desde las formulaciones más “rígidas” y clásicas a las más “elásticas” y contemporáneas y refleja el pasaje de modelos explicativos más simples, unidireccionales, estáticos y cerrados, a otros más complejos, multidireccionales, dinámicos y abiertos. Serán estos últimos, como se sostiene en esta tesis, los más prometedores a la hora de introducir matices importantes a la investigación empírica y los análisis teóricos de las movilizaciones contemporáneas y los procesos de retorno.

Otro aspecto relevante de esta tesis es su preocupación por comprender los procesos de retorno y su imbricación en los *contextos-sociohistóricos* a partir de los cuales se articulan. En este sentido, y siguiendo también a Sayad, no se quiere reducir el análisis del objeto de estudio a lógicas economicistas que, al definir las migraciones como meros *desplazamientos de fuerza de trabajo* (una relación entre excedente de mano de obra en los lugares de partida y disponibilidad de empleos en los de destino), no responden a la pregunta de qué mecanismos producen ese excedente de mano de obra, ni qué mecanismos generan empleos disponibles. Esto no quiere decir que se dejen de analizar las lógicas económicas y su influencia a la hora de explicar los fenómenos migratorios, sino considerar las condiciones de producción de los desplazamientos para comprenderlos combinando un análisis de las constantes y de las variaciones, de los aspectos comunes que afectan a la condición del emigrante/inmigrante, así como también de las especificidades de cada coyuntura, de las migraciones particulares, en cada momento y lugar (Sayad, 2000).

Así como Sayad planteaba que al estudiar la inmigración no debíamos descuidar en el análisis las condiciones de (re)producción de la emigración, al investigar los procesos de retorno debemos incorporar también el análisis de las condiciones y determinaciones propias de estos contextos y tiempos que ahora se multiplican, es decir, las condiciones de (re)producción de la emigración, la inmigración y el retorno –aquí y allá, antes y después, pero también durante las trayectorias migratorias. Cuando estudiamos los procesos de retorno desde la sociedad de destino es indispensable volver a tener en cuenta las condiciones de origen de los emigrados que transitan ahora la experiencia de volver. No puede reducirse el estudio del fenómeno y sus causas a las condiciones en la sociedad de destino, sin tener en cuenta las del lugar del que se partió y al que se vuelve, en tanto no serán necesariamente las mismas. En otras palabras, y para el caso de estudio que nos ocupa, el análisis de las migraciones de retorno más recientes, de España a Argentina, requiere ser contextualizado en esta miríada de espacios y tiempos. Resulta significativo que, en algo menos de una década, las movilidades en cuestión se sitúen –a ambos lados del Atlántico– en contextos caracterizados por ciclos de fuerte crecimiento económico y posteriores recesiones que han derivado en crisis económicas, sociales y políticas.

A analizar estas cuestiones estará dedicado el *capítulo 2*. En él se ofrece un recorrido que ayude a comprender los contextos socio-históricos y a situar las trayectorias migratorias analizadas en esta investigación en el marco de un sistema migratorio del que España y Argentina forman parte hace más de un siglo. Las movilidades entre estos espacios son parte de las “constantes”, sin embargo, también queremos analizar las “variaciones”. La historia compartida de e/inmigraciones y retornos entre estos espacios son un buen ejemplo de las variadas formas de movilidad que se producen históricamente en y entre estos territorios nacionales. España y Argentina son buenos ejemplos de encadenamiento de procesos de migraciones internas (rurales/urbanas) e internacionales (regionales y transatlánticas), también de cómo los países “tradicionales” de emigración pueden transformarse en su contrario y viceversa, y aún más, como

también es posible considerar ambos fenómenos a la vez. Además de los interrogantes que a este respecto planteaba Pascual de Sans, también Sayad sostenía que:

“Muchos países pueden –según la posición que ocupan en el plano internacional del sistema mundial de relaciones de fuerza entre países– ser, al mismo tiempo y sin contradicción, países de emigración de sus propios ciudadanos que van a países más ricos, y países de inmigración para los ciudadanos extranjeros que emigran de países más pobres” (Sayad 2000, 7).

Un análisis en profundidad de todos estos aspectos podría en sí constituir el objeto de estudio de una tesis; en este sentido, el recorrido pautado no podrá más que ofrecer una síntesis de los mismos, pero elemental para enmarcar las trayectorias migratorias y la articulación de los procesos de retorno en los contextos socio-históricos contemporáneos que son el objetivo central de la investigación. Es sabida la importancia que la “inmigración” tiene en el propio proceso de construcción del Estado-nación para el caso de Argentina, sin embargo, los flujos de emigración se inician a partir de mediados del siglo XX. Desde entonces, la sucesión de distintos acontecimientos económicos, políticos y sociales relacionados con los distintos modelos de acumulación históricos, dará lugar a un conjunto de “condiciones diferenciales”, que han producido “diferentes «generaciones» de emigrados (en el auténtico sentido de conjuntos de emigrados producidos según un mismo modo de generación)” (Sayad 2010, 59). Esto nos ayuda a distinguir distintas “edades” de la e/inmigración que marcaron la historia del país, pero al mismo tiempo también cómo estas “edades” atraviesan las historias de su gente. Historias de movilidad de ayer –de hambre, de guerra, de progreso, de persecución– que después de una, dos, tres o cuatro generaciones sedimentan las historias de movilidad de hoy. Si bien el análisis de los relatos se lleva a cabo de forma específica en la segunda parte del texto, se incluyen algunos de ellos, significativos a la hora de hilar movi­lidades del pasado con otras presentes. Estos discursos rompen con la ilusión o la representación “fácilmente admitida de una inmigración homogénea, indiferenciada, sometida paralelamente a las mismas acciones y los mismos mecanismos”, rompen con “la imagen «eternizada» de la inmigración”, con una “imagen estereotipada” de los migrantes como sujetos “siempre nuevos”, “siempre idénticos” y de la emigración “como «rotación» continua” (Sayad 2010, 58–59). Por el contrario, sus relatos revelan las marcas, las huellas, que el fenómeno migratorio ha ido dejando en sus vidas.

Una vez expuestos los contenidos relativos al marco teórico desde el cual parte esta tesis y los contextos socio-históricos que enmarcan su objeto de estudio, el *capítulo 3* desarrolla la metodología de la investigación. Todo lo allí expuesto permite comprender de forma global cuál ha sido el proceso de elaboración de este trabajo. El texto no se limita sólo a realizar una descripción de las técnicas utilizadas, sino que ofrece un relato reflexivo acerca del método, del camino recorrido. Un camino que se explicita desde los inicios; desde cómo emerge el tema y las preguntas de investigación, hasta la estrategia de análisis de los discursos, pasando por una explicación detallada del diseño metodológico, un diseño emergente en el que teoría y experiencia empírica en el campo van articulando una apuesta epistemológica; un método de conocimiento que se va

definiendo en el proceso de la investigación y que en su andar construye el propio objeto de estudio como proceso.

La metodología es el *decir* del *hacer*, habla sobre las prácticas de esta investigación y explica sus por qué y sus cómo, sus cuándo, sus dónde y sus quiénes. Partiendo de la aproximación al estudio de *los retornos* entendidos como *procesos*, reflexionamos sobre la pertinencia de las formas de hacer elegidas: desde la orientación de la *etnografía multilocal* propuesta por Marcus (2001) y el rastreo de tramas, pasando por los *relatos de vida* de Bertaux (1999) que funcionarán como soporte. Soporte que en este trabajo llamamos de forma específica *relatos (multilocales) de vida migratoria* y que construimos en el trabajo de campo a partir del empleo de la técnica de la *entrevista abierta* explicada por Alonso (1998; 1999). Se describe también de forma exhaustiva el diseño muestral que emerge de las distintas fases del trabajo de campo realizado y que constituye la columna vertebral de este trabajo. Esta descripción no se limita sólo a comentar las características sociodemográficas de la muestra y los aspectos temporales y espaciales de las trayectorias migratorias analizadas, sino que también reflexiona sobre la experiencia de la investigación en el trabajo de campo, la construcción de las redes de informantes, sus posibilidades y límites, la dinámica de las entrevistas en tiempo y lugar, en definitiva, la construcción dialogada y afectiva de los relatos. Por último, el capítulo no se olvida del proceso de interpretación y análisis; proceso que atraviesa todo el recorrido de la investigación, pero que utiliza una brújula para entrar y salir de él. Los relatos multilocales de vida migratoria son laberínticos, y aquí comentamos las estrategias utilizadas para no perdernos en ellos. Estas estrategias son guía y puntal; han orientado el proceso de interpretación y análisis, a la vez que apuntalan de forma transversal los capítulos de análisis desarrollados en la segunda parte de la tesis. Antes de abordar esta cuestión, se incluyen unas páginas que, a modo de *interludio*, ofrecen una reflexión epistemológica sobre la proximidad social y su abordaje específico en los estudios sobre migraciones internacionales. Se trata de pensar *sobre* y *con* la posicionalidad y el trabajo de campo de esta tesis que, inevitablemente, atravesados por la experiencia migratoria de la investigadora, nos hablan de las condiciones particulares de investigar y producir conocimientos desde “territorios fronterizos” (Anzaldúa, 2016).

Parte II: idas, vueltas, tránsitos, reaperturas y clausuras

La segunda parte de la tesis está dedicada al análisis de los procesos de retorno a lo largo de las trayectorias migratorias y se organiza en seis capítulos.

El primer capítulo de esta segunda parte, referente a las *Idas* (*capítulo 4*), tiene el objetivo de *rastrear los retornos en la fase de la emigración*, comenzar a delinear las múltiples formas y sentidos del retorno desde el inicio de las trayectorias migratorias. Para ello, analiza los aspectos relativos a los *proyectos migratorios* ¿Qué percepciones tienen las personas migrantes sobre el retorno en el momento de la partida? ¿Qué sentidos adquiere la vuelta en sus proyectos migratorios? ¿Qué lugares ocupa en la fase inicial de sus trayectorias migratorias? Este rastreo conlleva situar el objeto de estudio en un

momento anterior a la partida, dirige nuestra mirada a la experiencia de la emigración como una fase concreta del proceso migratorio que no solo contiene el hecho físico del desplazamiento, sino que lo trasciende. La emigración es también una experiencia de deseos, emociones, planes y expectativas a partir de las cuales se articula el movimiento. El proyecto migratorio será entendido en esta instancia como las micro-coordenadas espacio/temporales que identifican los/las informantes para explicar el fenómeno del que son protagonistas; en otras palabras, el proyecto migratorio se refiere a aquellos elementos discursivos a partir de los cuales se construyen los relatos de la emigración. Elementos que nos hablan de proyectos migratorios que analizamos más como *topos*, que como tipos, como *lugares retóricos* a partir de los cuales se ordenan y componen memorias y discursos (Casado, 2002: 12). Preferimos recurrir a esta categoría analítica estratégica en tanto que, como planteaba Ibáñez (2003: 43), la aposición topológica no transforma los bordes en términos, no amputa los espacios de intersección. En definitiva, no estamos frente a tipos de proyectos y tipos de migrantes que congelamos para el resto de la trayectoria, sino ante proyectos migratorios como *lugares* que articulan determinadas posiciones, donde a su vez se intersectan distintas características de edad, clase, sexo y diversas trayectorias de vida (familiares-afectivas, laborales, educativas, etc.). Pero los proyectos y las posiciones pueden ser también *lugares de paso*, en tanto están sujetos a resignificaciones y reposicionamientos posteriores. Nos alejamos de los intentos de definir la intencionalidad y su relación con el par *temporal/permanente* a la hora de analizar los proyectos migratorios y señalamos la incertidumbre y la contingencia como elementos clave que pueden ayudarnos a repensar las categorías bajo las cuales nos aproximamos habitualmente a este tipo de análisis. Esto será significativo para rastrear las conexiones entre las experiencias de la emigración y los sentidos del retorno y que ello nos ayude a repensar cómo estos devienen tales a lo largo de las trayectorias migratorias.

El siguiente capítulo (5) se articula en distintas escenas, trayectorias, tramas y desenlaces. Continúa tirando del hilo, y aunque se titule *Vueltas*, está dedicado al seguimiento de los *procesos de retorno en la fase de la inmigración*. El análisis desgrana cómo las experiencias de las vueltas se entranan en este período concreto en varios sentidos y para ello se realizan en el texto una serie de cortes verticales y transversales. Los verticales se trazan recurriendo a la perspectiva del curso de vida (explicada en el capítulo metodológico) y organizan el análisis en tres bloques que nos remiten a distintas experiencias en función del momento del ciclo vital en el que tiene lugar el proceso migratorio. Con ello no nos estamos refiriendo a una cuestión que tiene que ver únicamente con la edad, sino fundamentalmente con distintas posiciones de los sujetos en relación con sus proyectos migratorios y desplazamientos y con ciertas transiciones vitales que distinguimos en etapa inicial, media y avanzada del curso de vida. Respecto a los cortes transversales, estos nos permiten poner el énfasis en el análisis de tres cuestiones: en primer lugar, cómo se desarrolla una serie de secuencias relevantes para las distintas trayectorias migratorias, entendiendo a estas últimas como una herramienta analítica que nos ayuda a enmarcar una serie de *recorridos sociales*, compuestos a su vez por otras trayectorias — educativas, laborales, familiares-afectivas, residenciales—. En segundo lugar, prestaremos atención a las formas específicas y diversas en que los retornos se van anudando en las

experiencias de la inmigración. Con ello nos referimos al análisis más amplio de las *movilidades de retorno* que incluyen no sólo los retornos físicos y “permanentes” al país de origen, sino también los retornos imaginados, y otro tipo de movilidades provisionales y ocasionales de diversa duración (Long y Oxfeld, 2004; King y Christou, 2011). Por último, abordaremos la cuestión de los desenlaces, de forma que nos ayuden a comprender cómo en la articulación de estos dos aspectos se tejen los sentidos del retorno en las trayectorias concretas y conducen a la toma de la decisión de volver a residir en el país de origen, decisión que desde las perspectivas clásicas articula aquellos desplazamientos físicos que han sido tradicionalmente entendidos como *migración de retorno*.

Los siguientes tres capítulos se enmarcan en el análisis de los retornos como *Tránsitos*. Una vez que el desplazamiento físico al lugar de origen con visos de algún tipo de permanencia se produce, no deberíamos perder de vista el carácter procesual que continua atravesando estas experiencias. Cada capítulo está dedicado al análisis de una dimensión distinta y significativa en los relatos (multilocales) de vida migratoria. Dimensiones que expresan tres tipos de relaciones que atraviesan las experiencias del retorno: la relación con el *grupo* (capítulo 6), con el *espacio* (capítulo 7) y con el *tiempo* (capítulo 8). Asumimos la imposibilidad de disociar cada una de estas dimensiones, en tanto unas se superimponen sobre otras a la hora de transitar las experiencias del retorno. En este sentido, el objetivo de cada uno de los capítulos no puede ser más que aguzar la mirada hacia cada una de estas relaciones, de modo que emerjan a la superficie del análisis algunos de los relieves que hemos considerado más significativos, pero sin olvidar que la profundidad y complejidad de sus sentidos sólo es posible en tanto todas operan de forma simultánea.

El capítulo 6 se centra entonces en el análisis de los retornos como tránsitos de vuelta al grupo, a los afectos, a los vínculos con quienes se quedaron en Argentina. Se prestará atención a los matices, a las ambivalencias, a los órdenes de legitimidad que se tensionan en estas experiencias y que están relacionados con la rearticulación de los sentidos de pertenencia relacionados específicamente con los vínculos familiares y de amistad. Los relatos de los/las informantes nos hablan tanto de procesos de reinserción al grupo planteados como experiencias ajenas a cualquier tensión –discursos que recrean la posibilidad de una “vuelta al pasado” prácticamente aproblemática– como también de otros procesos que dan cuenta de los efectos ambivalentes que las distancias y las cercanías en la trayectoria migratoria pueden tener a la hora de (re)articular los vínculos afectivos en las experiencias de retorno. En ocasiones, el retorno físico encierra la paradoja de que al tiempo que se reducen las distancias del lugar de origen y de los afectos que allí se tenían, esto no implica necesariamente una vuelta a las cercanías; la cercanía física puede poner en evidencia distancias afectivas, simbólicas, que conducen a un replanteamiento de las relaciones y vínculos afectivos, familiares y de amistad. En estos tránsitos, cobran importancia y también presencia, las nuevas ausencias, las de los vínculos afectivos que permanecen en el lugar de destino. A este respecto, asistimos a una reedición de los vínculos transnacionales, cuestión que también será analizada.

El siguiente *capítulo* (7) se dedica a analizar las experiencias del retorno como tránsitos en el espacio: un espacio que no se manifiesta sólo en su dimensión física o geográfica, sino que fundamentalmente se constituye como espacio social. Partimos de la idea de que los desplazamientos no se producen entre espacios continuos, homogéneos o intercambiables, sino entre espacios nombrados, vivos y afectivamente cargados. Analizamos los discursos en relación con las experiencias del espacio en la “ciudad”, como vueltas a los ritmos, las distancias, los códigos y estilos de vida particulares, pero también cómo tránsito por todo aquello que ha sido transformado durante la inmigración y la ausencia. El retorno a los espacios ofrece un constante ejercicio de doble contraste; de forma diacrónica, comparando los mismos lugares entre cómo eran cuando se dejaron y cómo son ahora al volver; pero también de forma sincrónica respecto a aquellos lugares en los que hasta hace poco se residía en el lugar de destino. Hay que tener además en cuenta que se puede volver “casi” exactamente al mismo lugar donde se residía antes de partir – incluso a la misma casa – pero también a otros lugares – en la misma o en otra ciudad, en destinos que pueden resultar tan ajenos que quienes experimentan estos traslados se les hace difícil considerarlos “auténticos retornos”. Por último, las movilidades geográficas también implican recorridos entre distintos espacios sociales, en tanto espacios de clase. En este sentido, analizaremos de acuerdo a distintos tipos de itinerarios, cómo los procesos de retorno se articulan con condiciones y posiciones de clase ocupadas en distintos momentos de las trayectorias migratorias (emigración/inmigración/retorno).

Al análisis de la dimensión temporal está dedicado el *capítulo* 8. En este caso, el acento no está puesto tanto en la experiencia del retorno en relación con los tiempos vitales o el curso de vida (cuestión ya analizada en anteriores capítulos), sino con los tiempos históricos. Cuando se recurre a explicaciones de los procesos de retorno basadas en los contextos socio-históricos –especialmente cuando están atravesados por tiempos de crisis en los lugares de destino– a menudo se obvian los sentidos particulares que estos adquieren en las experiencias de la emigración, la inmigración y el retorno. Estos asuntos afectan de forma transversal el capítulo dos de la primera parte de la tesis, relativo a las condiciones sociales de producción del fenómeno migratorio en cuestión, así como también el análisis de los relatos en otros capítulos (4 y 5). Sin embargo, en el capítulo 8, se rastrean los efectos que las experiencias previas y las memorias colectivas de las crisis, así como una concepción particular del tiempo histórico como “una sucesión de momentos críticos” (Visacovsky, 2010:2), tienen en distintos momentos de la trayectoria migratoria. Al poner en relación la cuestión de la “crisis” en España y la migración de retorno es fundamental tener en cuenta esa herencia social y cultural, que según Sayad no hay que reificar, pero tampoco negar, en tanto atraviesa las significaciones otorgadas a los contextos y tiempos históricos múltiples que se articulan entre los lugares de partida y de destino en el transcurso del proceso migratorio.

A partir de estas percepciones y experiencias también pueden resignificarse los propios tránsitos del retorno y las expectativas futuras. Este asunto se aborda en el *capítulo* 9, que se centra en las relaciones entre procesos de reinserción, resignificación de las experiencias de retorno y reorientación de las trayectorias migratorias. En el análisis se

identifican algunas dimensiones que, asociadas a los distintos procesos de reinserción (laboral, social, espacial-contextual), orientan las trayectorias en tanto habilitan/construyen su posible reapertura/clausura. Los hallazgos sugieren: por un lado, que el deseo y/o la posibilidad de reapertura/clausura están sujetas a la propia temporalidad de la experiencia del retorno; es decir, a la transformación dinámica del contexto y la situación particular de quienes regresan y a cómo estos cambios afectan distintas dimensiones relevantes para la readaptación. Por otro lado, la dificultad de establecer asociaciones lineales o unívocas entre determinados procesos de reinserción, ciertas resignificaciones y posibles reorientaciones; en tanto lo habitual es identificar múltiples combinaciones cuyo efecto agregado puede potenciar o compensar los aspectos negativos y/o positivos de las experiencias de retorno. Por todo ello, si bien es posible sostener la hipótesis de que las migraciones de retorno no implican necesariamente el cierre definitivo de las trayectorias migratorias, no deja de ser importante indagar bajo qué circunstancias quienes retornan consideran la reapertura/clausura de sus trayectorias como algo deseable/posible/probable en un futuro.

La tesis se cierra con un último apartado donde a modo de conclusiones se exponen los principales aspectos relativos a los hallazgos de este trabajo, así como también sus límites y posibles líneas de investigación futuras. Estas últimas páginas quieren ofrecer también una reflexión sobre los desafíos teórico-metodológicos que a día de hoy supone definir las migraciones de retorno como objeto de estudio y aproximarnos a él a través de un abordaje procesual que considere el retorno como una fase más de las trayectorias migratorias. ¿Cómo captar el sentido procesual de los retornos? ¿Qué tipo de definiciones conceptuales y diseños metodológicos resultan más convenientes para acotar su estudio? Partiendo de todo lo expuesto en las próximas páginas, hacia el final del texto se hace explícita la apuesta epistemológica, teórica y empírica de esta tesis: epistemológicamente, se promueve un abordaje de la investigación que considere las migraciones de retorno como un proceso que atraviesa toda la trayectoria migratoria y que rastree sus sentidos plurales a lo largo de la misma; teóricamente, se aboga por un uso de las definiciones conceptuales menos preocupado por identificar los límites entre los distintos tipos de retorno y más interesado por comprender la mutación de unos a otros; metodológicamente, se plantea la necesidad de implementar diseños y técnicas que estudien los retornos en términos retrospectivos y proyectivos; empíricamente se apuesta por hacer operativas investigaciones que, sin confundir rigurosidad con rigidez, den cuenta de la riqueza y complejidad de los procesos de retorno contemporáneos.

Parte I

1. RETORNOS

El estudio de las migraciones de retorno en las ciencias sociales

Las próximas páginas pretenden trazar un camino que ayude a comprender la evolución de la definición conceptual de las migraciones de retorno en las ciencias sociales. Asimismo, se proponen mostrar cómo este recorrido se ha ido delineando en relación con los avances y las distintas propuestas de las perspectivas teóricas sobre las migraciones internacionales en general, y las de retorno en particular. El objetivo de todo ello no es presentar de forma exhaustiva todo el cuerpo de literatura existente y abordar con profundidad cada uno de los debates suscitados –tarea que sobrepasa las pretensiones de este capítulo–, sino situar a el/la lector/a aportando algunas herramientas teóricas de carácter general para comprender las coordenadas y la perspectiva epistemológica desde la cual se abordará en esta tesis el estudio de las migraciones de retorno.

Iniciamos el recorrido apuntando brevemente el contexto socio-histórico en el que emergen los estudios sobre las migraciones de retorno y cómo se inicia aquel trabajo de construcción del objeto de estudio. Continuamos punteando los principales giros que se detectan en la evolución de la definición conceptual de este fenómeno social, definiciones que han atravesado (y han sido atravesadas por) las miradas a partir de las cuales se ha abordado su estudio, tanto en términos teóricos como empíricos. A su vez, las diversas formas de entender y definir la migración de retorno (desde las formulaciones más “rígidas” y clásicas a las más “elásticas” y contemporáneas) se enmarcan en el desarrollo de las distintas perspectivas a partir de las cuales se han explicado las migraciones internacionales. Presentamos de forma somera algunas de ellas con el fin de establecer esas relaciones entre las formas de abordar el estudio de las migraciones internacionales y, consecuentemente, las migraciones de retorno.

Por último, nos acercamos a algunas aportaciones teóricas específicas que requieren ser explicitadas en tanto forman una parte importante del andamiaje que ha sostenido el proceso de elaboración de esta tesis, y que han atravesado toda la experiencia de la investigación: desde el diseño del proyecto hasta el desarrollo del trabajo de campo, desde las fases de análisis del material empírico hasta la escritura y estructura de esta tesis.

1.1. La construcción de las migraciones de retorno como objeto de estudio en las ciencias sociales: de las perspectivas teóricas clásicas a las contemporáneas

La primera referencia a las migraciones de retorno en las ciencias sociales se remonta a finales del siglo XIX, cuando E.G. Ravenstein (1885; 1889) formula las leyes de las migraciones a través de dos artículos. Es casi imposible no toparse una y otra vez en la literatura especializada con la mención de estos trabajos –hoy ya clásicos en el campo de los estudios migratorios– y su referencia a las contracorrientes que implica toda corriente migratoria. Ravenstein apuntaba que estas contracorrientes compensaban las pérdidas de población que suponía la emigración⁵. Sin embargo, no se refería necesaria y únicamente a las migraciones de retorno, sino también a intercambios de población entre unas regiones y otras⁶, una confusión habitual que se produce a la hora de considerar los escritos de Ravenstein y que ya fue mencionada por King (1986).

Si bien es cierto que el estudio de las migraciones de retorno ha recibido menos atención que otros aspectos del fenómeno migratorio, existen artículos de revisión bibliográfica que dan cuenta de las numerosas investigaciones que se han llevado a cabo sobre el tema (Bovenkerk, 1974; Gmelch, 1980; King, 1986). En esta literatura se detectan algunas cuestiones que obstaculizaron su estudio y que cuatro décadas más tarde mantienen cierta vigencia. La primera es la escasez de fuentes estadísticas, carencia que contribuyó a invisibilizar el fenómeno dentro de los procesos migratorios, en tanto su medición escapaba a las encuestas y censos de población (King, 1986). Hasta que los censos no incluyeron preguntas sobre trayectorias migratorias no había información disponible (Bovenkerk, 1974). La segunda cuestión, relacionada con la primera, es la tendencia de los Estados-nación a centrarse en el registro de la llegada de

⁵ Tanto en el texto de 1885, en el cual se analizan las migraciones dentro del Reino Unido, como en el de 1889, en el cual extiende su objeto de estudio a países de Europa continental y Norteamérica.

⁶ Aquellas regiones que recibían población proveniente de otros condados también contaban con emigrantes nativos hacia otras regiones del Reino Unido. Si bien la referencia habitual a los textos de Ravenstein se remite a la existencia de estas contracorrientes, cabe destacar que su apreciación respecto a la escasez de datos estadísticos para analizar este tipo de movimientos es una cuestión que ha afectado y continúa afectando a los avances en este campo de investigación. En palabras de Ravenstein: “Esta contracorriente no está de ninguna manera compuesta por migrantes que retornan a casa decepcionados con sus expectativas o con la posesión de una competencia, en tanto los ex-migrantes de esta clase están incluidos en el elemento nativo del condado, y no poseemos datos para siquiera aproximarnos a determinar su número” (Ravenstein, 1885: 187).

extranjeros y no del retorno de sus ciudadanos (Gmelch, 1980; Tollefsen Altamirano, 2000). Este aspecto, como indica Saskia Sassen, ha variado a lo largo del tiempo, en consonancia con el cambio de rol del Estado-nación respecto al orden migratorio:

“Es indudable que en el siglo XIX el Estado-nación tuvo una función menos definida que la que tendría después de la Primera Guerra Mundial en la identificación y categorización de las poblaciones «extranjeras» y de sus movimientos, entrada, salida y condiciones de residencia” (Sassen, 2013: 85).

Asimismo, Gmelch (1980: 135) argumenta que otro motivo por el cual los estudios sobre el retorno no proliferaron hasta mediados del siglo XX fue la visión dominante sobre las migraciones internacionales que correspondía a la experiencia transatlántica de finales del siglo XIX y principios del siglo XX⁷. Como apunta Sassen (2013), el desarrollo de los imperios coloniales junto con las tecnologías del transporte posibilitó la emergencia de un sistema de migración transoceánico a través del cual millones de europeos se trasladaron a Latinoamérica, Australia, Nueva Zelanda o Norteamérica:

“Se calcula que entre 1840 y 1900 se marcharon 26 millones de europeos, seguidos por otros 24 millones hasta la Primera Guerra Mundial. De estos, 37 millones (el 72 por 100) tuvieron como destino Norteamérica, 11 millones (el 21 por 100) Latinoamérica, y 3,5 millones Australia y Nueva Zelanda” (Sassen, 2013: 76).

Era habitual asumir que las migraciones transatlánticas implicaban un movimiento sólo de ida y que los migrantes nunca volverían. Sin embargo, las tasas de retorno que se registraron fueron considerables⁸. Estas movilidades de vuelta a lo largo del siglo XX alterarán la percepción de las ciencias sociales sobre el fenómeno migratorio (Gmelch, 1980). Considerado ahora como un sistema de corrientes y contracorrientes, a partir de 1960 se producirá el despegue de la investigación sobre las migraciones de retorno⁹. Varios autores han establecido una relación entre el incremento de la investigación sobre la migración de retorno y los contextos de crisis económica en los países o regiones desde donde se producían los retornos –apreciación que llama la atención

⁷ Las investigaciones que emergen en este momento se concentran en el estudio de los procesos de retorno de determinadas zonas geográficas, como el retorno desde Estados Unidos a Italia, Puerto Rico, Grecia o México, desde Australia y Canadá a Inglaterra, o desde Inglaterra a India (King, 1986).

⁸ Se estima que en el caso de los migrantes europeos a Estados Unidos, un cuarto de los dieciséis millones que allí llegaron retornaron a sus países de origen durante las primeras décadas del siglo XX (Gmelch, 1980: 135).

⁹ Las referencias a estudios anteriores a 1960 son escasas, aunque no inexistentes. Habitualmente mencionadas en la literatura figuran las investigaciones de retorno desde Estados Unidos a diversos países: India (Useem y Useem, 1955) Grecia (Saloutos, 1956) o México (Form y Rivera, 1958). Los estudios realizados a partir de 1960 eran mayormente de tipo descriptivo, aunque diversos en cuanto a su alcance y a las metodologías empleadas. Sobre la literatura de aquellos años se sostiene que le ha faltado establecer algún tipo de diálogo que condujera a la construcción de modelos más generales, mediante el análisis de casos comparados. Según Gmelch (1980), los investigadores prestaron escasa atención a las similitudes que sus hallazgos tenían con otras investigaciones y no se dedicaron a identificar distinciones entre aquellas características de los procesos de retorno que eran propias de cada caso, de aquellas otras que podían generalizarse a otros estudios.

sobre las condiciones de producción de estos estudios, y de las que esta tesis no está exenta—. Bovenkerk (1974) argumenta que las recesiones económicas en los países de inmigración son una de las causas más importantes de los retornos masivos¹⁰ y enumera algunas investigaciones realizadas tras la Gran Depresión de 1929 en Estados Unidos. En relación con esta cuestión plantea que “en estos casos de retorno relativamente masivos, tiene por supuesto poco sentido considerar el éxito o fracaso individual de los migrantes” (Bovenkerk, 1974: 21). Asimismo, King (1986) y Ghosh (2000) mencionan el aumento de estudios sobre migraciones de retorno en la década de los setenta. Como consecuencia de la recesión económica en Europa occidental se produce el desmantelamiento de los programas de “trabajadores invitados”, y en 1973-1974 países como Alemania o Francia detienen la admisión de inmigrantes e implementan políticas de repatriación y retorno. El trabajo de Rhoades (1976) es un ejemplo de ello y analiza la implicación que las crisis económicas en Alemania, especialmente la producida entre los años 1973-1976, han tenido sobre el retorno de la población inmigrante en dicho país¹¹. Según Bovenkerk (1974), en estos contextos recesivos los procesos de retorno no siempre se inician por voluntad de los migrantes, sino que están influidos por instalarse la idea desde instancias políticas y/o de la opinión pública sobre la necesidad de repatriar a la población inmigrante¹².

La proliferación de investigaciones sobre las migraciones de retorno en tales contextos pone en evidencia la dimensión política del fenómeno. En Europa, en el período 1965-1992 su volumen aumentará especialmente desde los años setenta, y registrará su nivel más alto en los años 1985-1986 (Tollefsen Altamirano, 2000). La relevancia de las agendas políticas, especialmente de los países de inmigración, a la hora de marcar el desarrollo de la producción académica se pone de manifiesto no sólo en términos cuantitativos, sino también cualitativos, propiciando el abordaje de temáticas específicas como los vínculos entre migraciones internacionales y desarrollo económico en los países de origen, el codesarrollo, la repatriación voluntaria de nacionales de terceros países o los tratados bilaterales de readmisión con los países de origen (Cassarino,

¹⁰ Bovenkerk cita a Isaac (1947), quien afirmaba que durante la Gran Depresión de los años treinta el número de retornados en Estados Unidos y Argentina superaba al de inmigrantes. La investigación de Saloutos (1956) sobre el retorno de griegos desde Estados Unidos también se centró en los años de la depresión. Por último, se reseñan los trabajos sobre el retorno de puertorriqueños y mexicanos (Hernández Álvarez, 1966, 1967).

¹¹ Rhoades (1976) menciona las cifras de desempleo de aquel entonces y cómo esta situación afectaba especialmente a la fuerza laboral migrante de Alemania, que en ese momento rondaba el 10%. En aquel entonces las medidas para incentivar el retorno de los trabajadores no solamente provenían de parte del Estado —al detener el reclutamiento activo de trabajadores en el exterior e intensificar las políticas e inversiones para detener la migración “ilegal”—, sino también del sector privado. Las empresas proponían incentivos al retorno de sus trabajadores; por ejemplo, en la industria automotriz, empresas como *Audi* o *Volkswagen* ofrecían incentivos a los trabajadores migrantes para que rescindieran sus contratos y volvieran a sus países.

¹² A este respecto, Bovenkerk cita el estudio publicado por Bogardus (1934), donde analiza cómo en Estados Unidos las autoridades forzaron el retorno de trabajadores mexicanos después de la Gran Depresión de 1929.

2004: 254). Las dimensiones política y económica se articulan también con la geográfica respecto al origen de la producción académica. Conforme decrece la investigación sobre el retorno a los países de emigración del sur de Europa y el norte de África de los años setenta, se incrementan los estudios dedicados a países de origen de la región latinoamericana. Tollefsen Altamirano apunta las razones generales de este cambio:

“Desde 1985 en adelante, la investigación sobre la migración de retorno ha aumentado significativamente en esta región. El perfil especial de la investigación en Latinoamérica ha sido el retorno de refugiados y personas desplazadas, que aumentó desde mediados de la década de 1980, cuando se producen cambios políticos que posibilitan el retorno del exilio” (Tollefsen Altamirano, 2000: 33).

Según esta autora, el cambio en las temáticas abordadas da cuenta de los diversos giros en las agendas políticas respecto a las migraciones de retorno, pasando de la “década del retorno” relacionada con la migración laboral y las investigaciones desarrolladas entre los años 1973-1983, a la “década de la repatriación” y los estudios llevados a cabo en la década de 1990. Por último, con el cambio de siglo, identifica un renovado interés por el retorno de migrantes laborales en el contexto Norte-Sur y Oeste-Este, tal como demuestran las políticas de la Unión Europea respecto a los países del Magreb, o las implementadas entre Francia y Senegal o Alemania y Turquía. A estos giros mencionados por Tollefsen Altamirano (2000), debería sumarse el momento actual como un nuevo punto álgido para la investigación sobre el tema, ya que la crisis económico-financiera actual, que afecta a Europa en general, pero de forma especial a los países del sur (aquellos que en las últimas décadas se convirtieron en países de inmigración, entre los cuales se incluye España), ha despertado nuevamente el interés por las migraciones de retorno.

Estos apuntes sobre los contextos en los cuales (re)surge la investigación sobre la migración de retorno no son menores, sino que tienen implicaciones epistemológicas para nuestro objeto de estudio. De acuerdo con Sayad, las migraciones, en tanto que objeto del orden social relacionado con aspectos demográficos, económicos, políticos, sociales y culturales, requieren que nos preguntemos por las condiciones de posibilidad y emergencia de determinadas cuestiones sociales:

“La sociología de la emigración y de la inmigración son inseparables de esa actitud reflexiva que consiste en preguntarse, a propósito de cada aspecto estudiado, por las condiciones sociales que han hecho posible el estudio, es decir, por la constitución del aspecto considerado en objeto de estudio y por los efectos sobre ese mismo aspecto del estudio que se realiza” (Sayad, 2010: 20).

La reflexión sobre las migraciones de retorno nos lleva a preguntarnos por las condiciones sociohistóricas que han hecho posible su estudio, teniendo en cuenta cómo el retorno se ha constituido en objeto de investigación y qué efectos ha tenido la investigación sobre el propio retorno. Sayad destacaba la importancia de estudiar la historia social del discurso de la emigración y la inmigración que da cuenta de las relaciones que se producen entre las sociedades implicadas en ambos fenómenos. En este sentido, una historia social del retorno incluiría los discursos sobre el fenómeno del

retorno, así como las relaciones implicadas entre las sociedades de emigración-inmigración, afectadas ambas por las migraciones de retorno.

A vueltas con la definición conceptual

Con el fin de rastrear la construcción de las migraciones de retorno como objeto de estudio, es necesario reflexionar sobre la propia definición conceptual y las dificultades y esfuerzos por acotarla. El desasosiego que genera la imprecisión a la hora de definir las migraciones de retorno no es una cuestión novedosa ni resuelta a día de hoy, razón por la cual vamos a delinear a continuación el recorrido que ha realizado esta categoría.

Entre los diversos conceptos empleados para referirse a las migraciones de retorno¹³, algunos autores limitaron su uso para nombrar un tipo específico de movilidad, y lo hicieron de forma más o menos rígida. Dentro del primer tipo de propuestas, Bovenkerk (1974) utilizó el concepto *migración de retorno* para referirse sólo a los movimientos de vuelta al país de origen que se producían por primera vez. Así, distinguía este movimiento de otros posibles en las trayectorias migratorias y que requerían otras categorías: por ejemplo, *migración transitoria* (*transilient migration*), cuando las personas emigran otra vez a un nuevo destino, sin volver al país de origen; *re-emigración*, cuando el movimiento se produce nuevamente al mismo país de destino; *segunda emigración*, cuando el traslado es a un segundo destino después de haber vuelto al lugar de origen; *migración circular*, cuando se dan movimientos regulares entre dos lugares, sujetos a dinámicas estacionales del mercado de trabajo, e incluye más de un retorno. Por último, el término *repatriación* se refiere a retornos que no son producto de la iniciativa de los migrantes sino de autoridades políticas, destacando el carácter coaccionado de la movilidad.

Algo más flexible es la propuesta de Gmelch (1980), que obvia el criterio “ordinal” valorado por Bovenkerk, aunque en su definición adquiere peso la dimensión “intencional”. La *migración de retorno* quedaría definida por la intención del migrante de volver de forma permanente y excluiría otro tipo de movilidades temporales (por ejemplo, vacaciones o estancias cortas). A pesar de establecer esta distinción, el propio Gmelch reconoce la dificultad de diferenciar los retornos permanentes de otro tipo de movilidades, ya que en ocasiones diversos movimientos pueden estar imbricados en una misma estrategia. A su vez, este tipo de definición requiere detectar la intencionalidad respecto al retorno, algo que no siempre es posible identificar en las trayectorias y que, de serlo, también podría estar sujeta al cambio. La transformación de las intenciones y, por tanto, de los proyectos migratorios y de retorno efectivos, también se pone de manifiesto al mencionar la estrecha relación entre el concepto de reemigración y los procesos de retorno. La *reemigración* es entendida como una nueva emigración, posterior al retorno, al mismo o a otro destino. Una vez más las clasificaciones de Gmelch se muestran más flexibles que las de Bovenkerk, que distinguía entre re-emigración y

¹³ Algunos conceptos mencionados por Gmelch (1980) son: migración de reflujo, reemigración, flujo de retorno, segunda migración, repatriación y retromigración.

segunda migración en función del lugar de destino. Sin embargo, la elasticidad tiene sus límites y estos se encuentran al relacionar la migración de retorno con la *migración circular*. Aunque estas movilidades frecuentes, entre dos o más lugares, implican múltiples vueltas al lugar de origen, según Gmelch estas no serían estrictamente migraciones de retorno, ya que al formar parte de un ciclo de circularidad no se efectuarían con una intención de permanencia.

En palabras de King (1986), el recorrido sobre las definiciones del retorno y los tipos de migración podría llevar a un debate infinito, aunque considera necesario repensar el concepto. Este autor plantea una crítica a los esquemas simplificadores y rígidos que ubicaban el retorno en un ciclo migratorio entendido como viaje de ida y vuelta y no consideraban las múltiples movilidades surgidas a partir de la emigración. Si bien asume que la *migración de retorno* está condicionada por otras fases del ciclo migratorio y esto debe quedar reflejado en la investigación, la entiende como el proceso por el cual los migrantes retornan a su lugar o país de origen, después de haber pasado un período significativo de tiempo en otro país o región (King, 2000). Se trata de una definición más elástica, que relega los criterios “ordinales” o “intencionales” y pone en el centro la dimensión “procesual” y la articulación de las migraciones de retorno con otro tipo de movilidades, ya que “es evidente que la migración de retorno debe estar relacionada con la emigración que la precedió; además, el retorno puede ser el preludio de nuevos episodios de movilidad espacial” (King, 2000: 8). Sin embargo, considera importante mantener la distinción entre procesos voluntarios o forzados, es decir, entre retorno y repatriación. En este recorrido realizado por King, considerar la migración de retorno como parte de un proceso es el primer paso para captar la diversidad de movilidades implicadas en él y hacer más operativa la definición de cara al análisis de los retornos contemporáneos.

En un artículo más reciente, King y Christou siguen la distinción propuesta por Long y Oxfield (2004: 4) entre *migración de retorno* –entendida como la relocalización física del migrante con la intención de permanecer algún tiempo o permanentemente en el lugar de origen– y *retorno*, un concepto más amplio que puede incluir tanto la migración de retorno como la repatriación, los retornos físicos y los imaginados, los provisionales o los permanentes. Proponen la categoría de *movilidades de retorno* para hacer referencia a esta multiplicidad de materialidades y temporalidades que necesitan ser pensadas y analizadas (King y Christou, 2011: 452). Los retornos son procesos que pueden iniciarse a partir de desplazamientos temporales que adquieren carácter permanente o viceversa. Asimismo, es preciso distinguir los momentos del ciclo vital en los que tienen lugar. Los desplazamientos geográficos pueden superar las referencias dicotómicas del “aquí y allí” en la sociedad de origen y de destino, incluyendo re-emigraciones a terceros lugares o retornos a localidades distintas a las de partida. Los retornos pueden llevarse a cabo de forma autónoma o insertarse en dinámicas familiares; asimismo, la composición familiar puede haberse transformado a lo largo de la trayectoria migratoria. Las expectativas y emociones movilizadas en estos tránsitos son diversas y constituyen una dimensión importante del análisis. Por último, también son fundamentales aquellos condicionantes que determinan estos procesos, en tanto que no siempre se trata de retornos

“voluntarios” sino también forzados. Y aun cuando se consideran “voluntarios” conviene prestar atención a las desigualdades que los atraviesan y a los factores que habilitan o constriñen distintos patrones de movilidad.

En definitiva, según King y Christou (2011), de lo que se trata es de ir más allá de la construcción del retorno como un movimiento corporal de vuelta a un lugar de origen y plantear la pregunta de a dónde retornar. No sólo en términos del espacio físico (al mismo pueblo, a la misma ciudad, al mismo país) sino también en términos simbólicos. Dado que los lugares y las personas cambian, nunca habrá un “retorno completo”, y por ello, desde una perspectiva *emic*, más allá de la problemática de definir el retorno y de su medición estadística, lo que interesa es prestar atención a la “ontología del retorno”, en tanto es considerado como tal por las personas que se mueven a un lugar con el cual tienen conexiones emocionales e históricas.

El concepto clásico de *migración de retorno* sin duda ha resultado útil para distinguir distintos tipos de movilidad. Sin embargo, el manejo de esta única definición puede resultar poco operativo para analizar el fenómeno en tanto proceso, al desarticular en exceso las múltiples movilidades implicadas en él. Cuando lo que precisamente interesa comprender es cómo esos diversos tipos de movilidad se imbrican con las migraciones de retorno y éstas, a su vez, en las trayectorias migratorias, como es el caso de esta tesis, resulta relevante incorporar al análisis categorías más flexibles como las *movilidades de retorno*. La construcción de las migraciones de retorno como objeto de estudio y la evolución del concepto en las ciencias sociales –desde definiciones más rígidas a otras más elásticas– han ido de la mano de las propuestas de las distintas perspectivas teóricas sobre las migraciones internacionales. A continuación se analizará precisamente el recorrido de estas perspectivas y su cruce con las migraciones de retorno.

Evolución de las perspectivas teóricas sobre las migraciones internacionales y las migraciones de retorno

A la hora de estudiar las migraciones de retorno, los enfoques empleados en las ciencias sociales tendían a asumir los supuestos de los modelos teóricos destinados a explicar las migraciones internacionales y los temas analizados reproducían los estudiados en el proceso de emigración/inmigración (Bovenkerk, 1974; Cassarino, 2004). Con el fin de analizar las implicaciones que diversas perspectivas teóricas han tenido a la hora de estudiar las migraciones de retorno, me centraré en la síntesis clásica publicada por Douglas Massey y otros autores (Massey et al., 1993), en la que revisan las distintas teorías que analizan las migraciones internacionales, así como en la actualización que de dicha síntesis ha realizado Jean Pierre Cassarino (2004) y que presta atención específicamente a cómo estos enfoques han influenciado el estudio de las migraciones de retorno. No hace falta repetir aquí estas síntesis al completo¹⁴, pero sí recordar algunas

¹⁴ Para una revisión detallada de los modelos teóricos véase (Arango, 2003; Massey et al., 1993).

de las características de estos modelos teóricos y su relación con diversas formas de comprender las migraciones de retorno.

El modelo teórico de la *economía neoclásica*, desarrollado desde mediados de los años cincuenta, tanto en su versión macroeconómica como microeconómica, ha explicado las migraciones internacionales en función de las diferencias salariales existentes entre los países de emigración e inmigración¹⁵. Las migraciones se producen por los mecanismos primarios que activan los mercados laborales (versión macroeconómica) o por una elección racional individual que mediante el cálculo de costes y beneficios tiene el fin de maximizar los ingresos (versión microeconómica) (Massey et al., 1993: 433-436). Los flujos migratorios se producen de países menos desarrollados a más desarrollados (Tollefsen Altamirano, 2000) y se detienen cuando las diferencias salariales de los mercados laborales se atenúan por la disminución de la oferta de la mano de obra en los países emisores y el aumento de la misma en los receptores. En síntesis, “la movilidad internacional no ocurre en ausencia de diferencias en los ingresos y/o las tasas de empleo entre países” (Massey et al., 1993: 435). Cassarino (2004: 256) considera que esta perspectiva asume la migración como *fenómeno permanente* y el retorno como anomalía, como un fallo producto de no haber alcanzado los objetivos del proyecto migratorio y relacionado con el *fracaso*. Constant y Massey lo explican de la siguiente manera:

“De acuerdo con esta lógica, los inmigrantes originalmente se mueven en respuesta a los salarios más altos en el país receptor, que esperan para producir ingresos más altos de por vida. En ausencia de una reducción binacional de la diferencia salarial, la migración de retorno sólo debería ocurrir si no se cumplen las expectativas de los migrantes de obtener ingresos netos más altos –por el sub-empleo o desempleo, porque los salarios son más bajos de lo esperado, o porque el coste psíquico de moverse es más alto del esperado– [...]. En este sentido, la economía neoclásica tiende a ver el retorno de los migrantes como «fracasos»” (Constant y Massey, 2002: 10).

Aunque también basada en la lógica de la elección racional, la perspectiva de la *nueva economía de las migraciones laborales*, desarrollada en los años ochenta, cuestiona algunos de los planteamientos neoclásicos¹⁶ al centrar la explicación en el hogar como unidad productiva y unidad de análisis. La migración es el resultado de una elección racional *colectiva* con el fin de diversificar las fuentes de ingresos y minimizar los riesgos de la economía local, emigrando algún miembro del hogar a mercados laborales más estables y donde también otro tipo de mercados funcionan con menos constreñimientos o fallos (ya sea el de crédito, que permite financiar nuevos proyectos, o el de la seguridad social, que protege al trabajador en situaciones de desempleo). Por ello, las migraciones no se detienen necesariamente cuando se equilibran las diferencias salariales porque otros

¹⁵ Véase Lewis (1954), Ranis y Fei (1961), Harris y Todaro (1970), Todaro (1969; 1976) para referencias sobre la perspectiva de la economía neoclásica.

¹⁶ Los trabajos de Stark y otros investigadores desarrollaron esta perspectiva. Véase Stark (1984, 1991), Stark y Bloom (1985) y Lauby y Stark (1988).

fallos en los mercados pueden incentivarlas (Massey et al., 1993: 436-440). Desde este modelo las migraciones son vistas como un *fenómeno temporal* y se entiende que el retorno se produce al alcanzar los objetivos del proyecto migratorio –acumular capital económico en un período de tiempo limitado–, siendo producto del *éxito*. Como apuntan Constant y Massey:

“La nueva economía de las migraciones laborales, por lo tanto, ve el retorno de los migrantes no como fracasos, sino como «éxitos»: personas que han cumplido sus metas de ingresos y regresan a casa para disfrutar su éxito. Más que un error, la migración de retorno representa la etapa final de un plan pre-establecido. La nueva economía de las migraciones laborales, por lo tanto, hace hincapié en la migración temporal o recurrente” (Constant y Massey, 2002: 11).

La centralidad de la elección racional y las diferencias salariales para comprender las migraciones internacionales ha sido motivo de crítica a estos modelos teóricos, en tanto obvian el poder explicativo de factores que van más allá del nivel micro de los procesos de decisión de individuos u hogares y no tienen suficientemente en cuenta otros factores contextuales –sociales y políticos, además de económicos– (Arango, 2003). Desde la *perspectiva estructural*, se identifican dos variantes de este tipo de aproximaciones: la *teoría de la segmentación de los mercados de trabajo* y la *teoría del sistema mundo*. Ambos modelos analizan los mecanismos que a nivel nacional e internacional accionan las migraciones.

El modelo teórico de la *segmentación de los mercados de trabajo* (Piore, 1979) explica la migración a partir de las necesidades estructurales de las economías industriales en las sociedades avanzadas, que demandan mano de obra inmigrante para abastecer mercados de trabajo segmentados, esto es, organizados en un sector primario, intensivo en capital, y otro secundario, intensivo en trabajo. Mientras los empleos del primer sector son cualificados, estables y mejor remunerados, los del segundo tienen las características contrarias y allí se destinará la mano de obra inmigrante, como parte de una estrategia dirigida a evitar la inflación estructural y mantener con un bajo coste la jerarquía ocupacional (con sus correspondientes diferencias salariales y de prestigio en la escala social). Es un modelo que no se pregunta por el fenómeno del retorno de forma directa, aunque al dar cuenta de los mecanismos por los cuales se genera la demanda de mano de obra inmigrante y las razones por las cuales los migrantes están dispuestos a insertarse en las posiciones más desventajosas del mercado de trabajo (en términos de salario y prestigio social), es posible inferir una aproximación a las migraciones como *fenómeno temporal*. Como plantea Arango, para este modelo:

“Los trabajadores extranjeros procedentes de países de bajos ingresos, especialmente los temporales y los que aspiran a poder regresar algún día, están dispuestos a aceptar esos trabajos porque los bajos salarios en el país receptor suelen resultar altos si se los compara con los habituales en sus países de origen y porque el prestigio que cuenta para ellos es el que tienen o pueden tener en su país” (Arango, 2003: 14-15).

Por otro lado, la *teoría del sistema-mundo* se centra en el análisis de la dimensión internacional de los mercados y su expansión con los movimientos migratorios, y no es necesariamente incompatible con los planteamientos de la segmentación. Este modelo

fue desarrollado en los años ochenta y, a diferencia de otros procedentes de las ciencias económicas, se elabora desde el campo sociológico, contando con referentes como Alejandro Portes y John Walton (1981), Saskia Sassen (1988) o Manuel Castells (1989). El modelo plantea una división entre países o regiones centrales y periféricas que articulan el sistema mundial (Wallerstein, 1974). Las migraciones internacionales son consecuencia de los procesos de globalización económica y desarrollo capitalista que incluyen a las sociedades periféricas en la economía mundial y penetran sus mercados tradicionales a través de regímenes coloniales –en el pasado– o gobiernos neocoloniales –en la actualidad–, alterando su funcionamiento basado en la subsistencia. La inversión de capitales afecta a la organización económica y social, transforma la estructura de propiedad de la tierra, mecaniza la producción agrícola orientada a la exportación de materias primas, desplaza población generando un excedente de mano de obra móvil que se dirigirá a zonas urbanas en proceso de industrialización –favorecido por la implantación de fábricas de capital extranjero en la región periférica– o a ciudades globales de las regiones centrales –para cubrir la demanda de mano de obra barata del mercado de trabajo segmentado–. El desarrollo de la infraestructura de transportes y comunicaciones, además de facilitar el traslado de materias primas, bienes y maquinarias, reduce los costes del traslado de personas y refuerza los vínculos culturales e ideológicos mediante la circulación de información sobre estilos de vida, valores y formas modernas de consumo. En resumen, hay una relación entre el movimiento internacional del capital y del trabajo en direcciones opuestas, entre centro y periferia, actuando el primer movimiento como catalizador del segundo (Massey et al., 1993: 444-448).

Desde la perspectiva estructural, la investigación de Cerase (1974) sobre el retorno urbano-rural de italianos desde Estados Unidos se convirtió en un clásico al contemplar los aspectos contextuales del país de origen para analizar las expectativas y experiencias de retorno. Algunos de los principales aportes de su trabajo han sido elaborar una tipología de retornados¹⁷ influyente para posteriores investigaciones (Cassarino, 2004), demostrar la relevancia de los factores contextuales del lugar de origen para determinar si el retorno es producto del éxito o del fracaso –ya que no es sólo el resultado de la experiencia en destino, sino también un proceso guiado por las expectativas y oportunidades en origen– y analizar el impacto del retorno en las sociedades de origen y su potencial innovador en relación con variables como la duración de la migración y el momento del ciclo vital del retorno. Ubicado en la perspectiva estructural, bajo el modelo dicotómico centro-periferia y un patrón de movilidad entre economías agrícolas tradicionales y otras industrializadas, el principal límite de su propuesta es que no se ajustaría a otros procesos de retorno que desborden este modelo.

¹⁷ Basándose en el análisis de las relaciones que guardan las expectativas de los migrantes retornados en distintas fases del proceso migratorio en la sociedad de destino y los contextos sociales, políticos y económicos en origen, identifica cuatro tipos de retornados: retorno de fracaso, retorno conservador, retorno de innovación y retorno de retiro (Cerase, 1974).

Otra explicación de las migraciones rurales-urbanas ha sido la de Mabogunje (1970), que con su trabajo pionero popularizó la *teoría de los sistemas migratorios*. Un sistema migratorio establece un patrón de intercambios relativamente estables en el espacio y el tiempo entre localidades particulares, del cual emerge una estructura geográfica duradera de flujos migratorios. Una vez establecido, el sistema se desarrolla por *mecanismos de feedback* y por los cambios en el entorno, es decir, en función de las migraciones anteriores y de la información que circula entre el lugar de destino y el de origen (Bakewell, 2014: 3-4). En los años noventa, Kritz, Zlotnik y Lean Lim (1992) recuperaron la perspectiva para analizar sistemas migratorios internacionales a través de intercambios significativos de personas, bienes, capitales e información. Un sistema se identifica por la existencia de un flujo considerable de migrantes y de relaciones económicas y políticas bilaterales, desarrollados en el tiempo con cierta estabilidad. Según Bakewell (2014), esta aproximación centrada en los datos de flujos pierde de vista el análisis de las dinámicas de desarrollo del sistema (mecanismos de feedback) y de la agencia de los actores sociales en su funcionamiento interno.

Recientemente, este autor reformuló el concepto de sistemas migratorios rescatando los avances en la teoría general de sistemas sociales¹⁸, con el objetivo de superar los límites de las perspectivas estructurales –al reintroducir el análisis de la agencia– y del individualismo metodológico que caracteriza los modelos de elección racional neoclásicos –al considerar que los fenómenos sociales no se explican sólo por el resultado de acciones individuales–. Bakewell define los sistemas migratorios como un conjunto de elementos que relacionan localidades, ya sea a través de flujos (de personas, bienes e ideas), de discursos y prácticas institucionalizadas (la cultura de la migración) o de estrategias de actores particulares (los migrantes, los gobiernos o la sociedad civil). Estos elementos (flujos, instituciones y estrategias) varían en función de distintas dinámicas: relacionándose entre sí mediante mecanismos de feedback que pueden inducir cambios dentro del sistema o relacionándose con factores del entorno más amplio (catástrofes naturales, conflictos políticos o crisis económicas globales) capaces de afectar al sistema cambiando sus elementos. Las dinámicas de los sistemas migratorios no operan de forma ordenada o lineal y pueden tanto reproducir como cambiar los elementos, en tanto no tienen una función reguladora o de equilibrio. Esta perspectiva implica analizar los elementos y las dinámicas conectando los lugares de origen y destino y prestar atención a los vínculos entre ambos:

“Es difícil negar que hay factores que pueden animar a la gente a salir de un área, y factores de atracción potenciales que les atraen a otra, por lo tanto estos análisis push-pull no pueden ser completamente descartados. Sin embargo, un enfoque de sistemas demanda algo más, ya que también se pregunta acerca de los factores intervinientes

¹⁸ Véase Bakewell (2014) para una exposición de los avances y las críticas que recibió esta teoría, ya sea en su versión estructural-funcionalista parsoniana (no da lugar al cambio y reifica la estructura social) o constructivista luhmanniana (contempla la evolución, pero analiza sistemas abstractos y que existen más allá de la agencia de los sujetos), y cómo estas se trasladaron a la perspectiva de los sistemas migratorios provocando un descarte parcial de sus propuestas.

(como las instituciones o las políticas migratorias) y las maneras en que las experiencias de la migración en un período determinado pueden dar forma a las condiciones para futuros movimientos” (Bakewell, 2014: 6-7).

La teoría de los sistemas migratorios coincide con diversas perspectivas de las migraciones internacionales (la teoría del sistema mundo, la teoría de redes, la institucional y la de causales acumulativos) para explicar la producción de flujos migratorios estables en el tiempo y el espacio (Massey et al., 1993). Sin embargo, se asienta en una serie de hipótesis que merecen nuestra atención. En primer lugar, los sistemas migratorios internacionales están definidos por intensos intercambios de bienes, información y personas entre ciertos países emisores y receptores. En segundo lugar, la relevancia de las relaciones políticas y económicas entre dichos países hace que la distancia o cercanía geográfica no sea un factor determinante a la hora de garantizar los intercambios. En tercer y último lugar, los países emisores y receptores pueden formar parte de varios sistemas a la vez o dejar de participar en ellos, y son por tanto sistemas multipolares y dinámicos, que pueden variar a lo largo del tiempo, así como también los roles que ocupan los países, de emisores o receptores de flujos migratorios (Massey et al., 1993: 454). En resumen, este dinamismo del modelo teórico de los sistemas migratorios sugiere que la migración es entendida como un fenómeno temporal, aunque sostenido en el tiempo, y que el retorno es una movilidad posible dentro del sistema, incluso una dinámica que podría colaborar a su reproducción, dado que las experiencias de retorno en un determinado momento podrían propiciar nuevas movilidades en el futuro.

Por último, mencionaremos dos modelos que, al igual que la teoría de sistemas, forman parte de aquellas perspectivas que más que centrarse en explicar el inicio de las migraciones internacionales, han buscado comprender su persistencia a través de los vínculos establecidos entre los lugares de origen y los de destino (Massey et al., 1993): la *teoría de redes* y la *perspectiva transnacional*.

La *teoría de redes* plantea que los migrantes y los no migrantes en los lugares de origen y destino tejen redes a través de lazos interpersonales, de parentesco, amistad o comunitarios, que tienen la función de reducir los costes y riesgos de la migración, aumentando su probabilidad. La red constituye un capital social para desarrollar sus estrategias de movilidad, en tanto que facilita ofertas laborales en el extranjero, el acceso a la vivienda o la financiación del viaje. Con el aumento de la migración, la red se expande, los costes y riesgos de la movilidad se reducen y la movilidad afecta a sectores más amplios en origen, y así sucesivamente.

“Una vez que el número de conexiones de la red alcanza un umbral crítico en un área de origen, la migración se auto-perpetúa debido a que cada acto de migración en sí mismo crea la estructura social necesaria para sostenerla. Cada nuevo migrante reduce los costes de la migración posterior para un grupo de amigos y familiares, y algunas de estas personas son inducidas a emigrar, lo que amplía aún más el conjunto de personas con vínculos en el extranjero y, a su vez, reduce los costes para un nuevo conjunto de personas, haciendo que algunos de ellos emigren, y así sucesivamente” (Massey et al., 1993: 449).

La teoría de redes se acerca a los argumentos de la elección racional en lo que respecta al cálculo que subyace a la decisión individual o de los hogares de emigrar a través de las redes, que terminan generando una dinámica auto-sustentable del fenómeno migratorio. Sin embargo, considerar este aspecto común no implica que esta teoría asuma el supuesto de que las migraciones internacionales son un proceso tendente al equilibrio –por ejemplo, porque provoca la reducción de las diferencias salariales entre los países emisores y receptores y detiene los flujos– sino que, por el contrario, conforme se inician los flujos migratorios y se expanden las redes en la región emisora, estos adquieren una dinámica que cobra independencia de otros factores (como las diferencias salariales), en tanto que es la expansión de la red la que altera el contexto de las decisiones migratorias futuras.

La funcionalidad de las redes en los procesos de emigración, como una forma de capital social que reduce los costes y riesgos para los futuros migrantes, puede tener un rol análogo en los procesos de retorno, ya que los migrantes también movilizan los recursos disponibles en la red para emprender la vuelta. Por otro lado, el mantenimiento de las redes, las relaciones interpersonales y los intercambios con el lugar de destino en un momento posterior al retorno también pueden facilitar la reapertura de las trayectorias migratorias. Así como el capital social anterior a la migración y las redes articuladas en la experiencia migratoria son recursos complementarios y relevantes para los procesos de retorno (Cassarino, 2004), los capitales sociales acumulados durante la inmigración y el mantenimiento de esas redes cobra importancia para futuros procesos de movilidad. En resumen, como plantea Cassarino (2004), tanto la teoría de redes como la perspectiva transnacional, que se describe a continuación, han planteado la necesidad de analizar las migraciones de retorno en el marco de un proceso que no está necesariamente cerrado.

La *perspectiva transnacional*, que emerge en los años noventa, estudia las migraciones contemporáneas a través de las relaciones sociales, políticas y económicas que los migrantes sostienen entre los países de origen y destino¹⁹. Su surgimiento está relacionado con diversos fenómenos que convergen y se intensifican a escala global a finales del siglo XX –la globalización del capitalismo, la revolución tecnológica, las transformaciones políticas globales y la expansión de las redes sociales– y que inciden en que, a diferencia de las migraciones de hace un siglo, actualmente cada vez más personas desarrollen su vida “atravesando” fronteras (Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton, 1992a; Smith y Guarnizo, 1998; Mahler, 1998; Portes, Guarnizo y Landolt, 1999; Vertovec, 2004). Esto hace que los fenómenos transnacionales, aunque no enteramente novedosos²⁰, tengan efectos a escala global (Smith y Guarnizo, 1998). Y la

¹⁹ El transnacionalismo, entendido como conjunto de conexiones sostenidas a larga distancia, no es representativo sólo de las poblaciones migrantes sino también de las corporaciones globales, los medios de comunicación o los movimientos sociales (Vertovec, 2004), pero emerge como nueva herramienta de análisis de las migraciones a principios de los años noventa.

²⁰ El carácter novedoso del transnacionalismo ha sido objeto de debate. Portes, Guarnizo y Landolt (1999) han planteado la necesidad de contrastar el fenómeno con períodos previos. Sin embargo, el argumento

perspectiva transnacional, como nueva lente analítica, ha permitido identificar aspectos comunes con fenómenos anteriores en la historia de las migraciones (Portes, 2003). Uno de los primeros esfuerzos por acotar la perspectiva fue el realizado por las antropólogas Nina Glick Schiller, Linda Basch y Christina Blanc-Szanton, que en 1992 editaron *Towards a Transnational Perspective on Migration*, donde definen el transnacionalismo como:

“Los procesos mediante los cuales los inmigrantes construyen campos sociales que vinculan su país de origen y su país de asentamiento. Los inmigrantes que construyen dichos campos sociales son llamados «transmigrantes». Los transmigrantes desarrollan y mantienen múltiples relaciones –familiares, económicas, sociales, organizativas, religiosas y políticas– a través de las fronteras. Los transmigrantes actúan, toman decisiones, sienten preocupaciones y desarrollan identidades dentro de las redes sociales que los conectan con dos o más sociedades simultáneamente” (Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton, 1992b: 1-2).

Como bien resume Ayse Çağlar (2001: 607), la perspectiva transnacional ofrece una *óptica analítica nueva* para visibilizar la creciente influencia y extensión de los flujos de personas, bienes, información y símbolos, y para analizar cómo los migrantes (re)construyen sus vidas simultáneamente imbricadas en más de una sociedad. A nivel teórico, el transnacionalismo ha planteado una alternativa a las *teorías de la asimilación* que, apoyadas en la experiencia migratoria de Europa a Estados Unidos a principios del siglo XX, entienden el mundo dividido en unidades políticas nacionales definidas y consideran que los migrantes terminan asimilándose a los sistemas socioculturales y económicos dominantes de la sociedad de destino, dejando atrás sus prácticas culturales, lealtades políticas e identidades (Guarnizo, Portes y Haller, 2003). El transnacionalismo, en cambio, propone repensar los límites de la vida social y argumenta que la incorporación al lugar de destino y el mantenimiento de conexiones transnacionales no son procesos sociales contradictorios, sino prácticas alternativas de adaptación, y que conviene investigar su interrelación con los modelos asimilacionistas (Portes, 2003; Vertovec, 2004). Como plantean Levitt y Glick Schiller, “la simultaneidad, o vivir vidas que incorporan diariamente actividades, rutinas, e instituciones situadas tanto en el país de destino como transnacionalmente, es una posibilidad que necesita ser teorizada y explorada” (2004a: 1003). Además de cuestionar las teorías de la asimilación, el transnacionalismo ha desafiado el *nacionalismo metodológico*, entendido como la tendencia a aceptar el Estado-nación y sus fronteras como algo dado en el análisis social²¹ (2004a: 1007). Esto no quiere decir que el Estado-nación desaparezca del análisis, sino que la

tecnológico gana peso, en tanto que el desarrollo de los transportes y las comunicaciones ha permitido la producción del transnacionalismo a gran escala, su extensión global y su regularidad, facilitando la movilidad y las prácticas transnacionales a través de las fronteras (Portes, 2003).

²¹ Wimmer y Glick Schiller (2003: 577-578) enumeran tres variantes de este fenómeno: a) cuando se ignora o se evita la importancia del nacionalismo para las sociedades modernas; b) cuando se naturaliza o se da por hecho que las fronteras del Estado-nación delimitan y definen las unidades de análisis; y c) cuando los límites territoriales de un Estado-nación particular definen el ámbito de estudio de los procesos sociales.

vida social no está necesariamente confinada a sus límites. De hecho, la relevancia del Estado-nación queda lejos de ser cuestionada:

“Los Estados-nación juegan un papel central en este proceso mediante el establecimiento de los límites de inclusión, exclusión y ciudadanía; determinando la situación jurídica que faculta a las personas a llevar vidas transnacionales; generando o no condiciones económicas favorables a la migración de retorno; ampliando o reteniendo beneficios sociales a los migrantes en su nuevo entorno; canalizando o ignorando el flujo transnacional de remesas e inversiones; y permitiendo o prohibiendo las distintas formas de movilización política dentro de sus fronteras” (Al-Ali y Koser, 2002: xiv).

Para dar cuenta de esta idea de trascendencia de los límites del Estado-nación, se han planteado diversos conceptos²². Mahler (1998: 75-76) se decanta por el de *campo social transnacional* y por los términos *procesos*, *actividades* y *lazos transnacionales* para hacer referencia a las formas en que se establecen y desarrollan las relaciones en dicho campo social. El concepto de campo social transnacional se convirtió en uno de los ejes teóricos de la perspectiva y Levitt y Glick Schiller lo definen como:

“Un conjunto de múltiples y entrelazadas redes de relaciones sociales a través de las cuales las ideas, prácticas y recursos son desigualmente intercambiados, organizados y transformados. [...] Las fronteras nacionales no son necesariamente contiguas con los límites de los campos sociales. Los campos sociales nacionales son aquellos que permanecen dentro de las fronteras nacionales, mientras que los campos sociales transnacionales conectan actores, a través de relaciones directas e indirectas, que cruzan las fronteras” (Levitt y Glick Schiller, 2004b: 9).

La noción de campo social transnacional permite analizar la variedad de relaciones que vinculan a las personas que migran con las que se quedan, desplazando la investigación a campos de interacción que deben ser operacionalizados para estudiar su fuerza e impacto²³. Respecto a la conformación de estos campos, tanto las microdinámicas de las migraciones como la globalización del capitalismo y la revolución tecnológica contribuyen a su (re)producción. Así, mientras las prácticas cotidianas de los migrantes permiten sostener relaciones transnacionales que pueden o no reconfigurar relaciones de estatus y poder, la globalización del capitalismo ha creado las condiciones contextuales en la forma de demanda de trabajo que favorece la migración. Por último, la revolución tecnológica en los transportes y las comunicaciones ha facilitado el mantenimiento simultáneo de conexiones entre las sociedades de origen y de destino (Smith y Guarnizo, 1998: 18-19).

²² Véase Mahler (1998: 75-76) para una enumeración de las distintas metáforas empleadas para hacer referencia a las formaciones transnacionales (campo social transnacional, circuito migratorio transnacional, sociedad binacional, comunidad transnacional, redes, etnopaisaje global o sistema socio-cultural) y para un análisis de sus límites.

²³ Véase Portes, Guarnizo y Landolt (1999) para consultar una serie de recomendaciones a la investigación desde la perspectiva transnacional y Portes (2003) para un análisis sobre sus potencialidades y límites.

El giro transnacional ha tenido importantes efectos a la hora de abordar el estudio de las migraciones de retorno, entendidas ahora como un fenómeno que forma parte de relaciones, vínculos y movilidades de ida y vuelta que atraviesan fronteras a lo largo de la trayectoria migratoria. A diferencia de los modelos teóricos anteriormente descritos, para el transnacionalismo la migración de retorno es parte de la experiencia migratoria y no implica necesariamente su cierre, cuestión que plantea la necesidad de reconceptualizarla y abordar su estudio adoptando nuevas lentes analíticas. Como plantea Cassarino:

“A diferencia de los estructuralistas y los defensores de la nueva economía de las migraciones laborales, el retorno no constituye el final del ciclo migratorio. En opinión de los transnacionalistas, la historia de la migración continúa. La migración de retorno es parte integrante de un sistema circular de relaciones e intercambios sociales y económicos que facilitan la reinserción de los migrantes mientras se transmiten conocimientos, información y sentidos de pertenencia” (Cassarino, 2004: 262).

Si bien la perspectiva transnacional retoma algunos aportes a nivel macro de la perspectiva estructural –como los efectos de los procesos de globalización económica y el desarrollo tecnológico sobre las migraciones internacionales–, se centra también en el análisis de las prácticas transnacionales de los migrantes que se desarrollan a nivel micro, como la (re)producción de vínculos entre los lugares de origen y destino. Cabe pensar que, así como estas prácticas suponen una alternativa en los procesos de adaptación en la inmigración, también serán relevantes para el desarrollo de estrategias de retorno y readaptación en los lugares de origen. El retorno no implica el cierre de la experiencia migratoria, no solamente porque esa experiencia pueda propiciar nuevos episodios de movilidad, sino porque, aunque adquiera carácter permanente, las relaciones, vínculos, lealtades, identificaciones y prácticas articuladas en el marco de los campos sociales transnacionales no tienen por qué desaparecer.

Massey et al. (1993), tras repasar los distintos modelos teóricos, plantean la necesidad de articular los aportes de las distintas perspectivas a la hora de explicar la (re)producción de las migraciones internacionales. Argumentan que la migración es un proceso social dinámico y acumulativo, originado por transformaciones estructurales en las zonas receptoras y emisoras, los efectos de la segmentación en las primeras y de las desigualdades en las segundas. Una vez iniciado, el fenómeno migratorio desarrolla una infraestructura mediante lazos y redes sociales que contribuyen al movimiento de forma masiva. Movimientos que se convierten en una estrategia de reproducción que afecta motivaciones individuales, estrategias familiares y estructuras comunitarias, y que se articula en distintas temporalidades (migraciones temporales y permanentes). En este marco, las movilidades y migraciones de retorno colaboran en el sostenimiento de los lazos y redes sociales entre los espacios sociales de partida y destino. En definitiva, estos autores retoman elementos de los distintos modelos teóricos y coincidimos con su planteamiento en el sentido de que cualquier explicación será más completa y compleja si no niega ni la importancia de los contrañimientos estructurales, ni la agencia de los sujetos (Massey et al., 1993: 455).

Esto mismo puede pensarse respecto a las aproximaciones al estudio de las migraciones de retorno. Ciertamente es que el retorno no ha ocupado un lugar clave en ninguna de las perspectivas hasta aquí presentadas. Si bien hay que tener en cuenta esta limitación, así como las propias de cada uno de estos enfoques respecto a su análisis de las migraciones internacionales, también hay que poner en valor el aporte que cada uno de ellos y desde diversas disciplinas (antropología, sociología, economía o geografía) supuso a la hora de comprender la complejidad de los fenómenos migratorios en distintos contextos sociohistóricos, en los que también fue variando la influencia de los distintos paradigmas en las ciencias sociales. Cada uno puede aportar elementos que ayuden a la comprensión del retorno, aunque de modo desarticulado. Sin embargo, la evolución de las perspectivas antes mencionadas refleja el pasaje de modelos explicativos más simples, unidireccionales, estáticos y cerrados, a otros más complejos, multidireccionales, dinámicos y abiertos. Serán estos últimos los más prometedores a la hora de introducir matices importantes a la investigación empírica y los análisis teóricos de las movilidades contemporáneas y los procesos de retorno.

1.2. Hacia un abordaje articulador: el retorno como elemento constitutivo de las migraciones (aportes desde la sociología de las migraciones de Abdelmalek Sayad)

A la revisión sobre las distintas perspectivas a través de las cuales se ha abordado el estudio de las migraciones internacionales en general, y las de retorno en particular, cabe agregar algunos aportes del sociólogo argelino Abdelmalek Sayad²⁴, ya que constituyen una herramienta especialmente útil para los objetivos de esta tesis. La obra de Sayad no fue traducida al castellano hasta muchos años después de su muerte, y

²⁴ Recuperamos la presentación del autor que realiza Gil Araujo (2010) para incluir una breve nota biográfica. Abdelmalek Sayad (1933-1998) nació en una zona rural de Argelia marcada por las migraciones internas e internacionales. Provenía de una familia modesta de la Cabilia, aunque consideraba su entorno privilegiado, pues tuvo acceso a la educación. Bajo el gobierno colonial francés, finalizó sus estudios a los 21 años en la *École Normale*, a la que accedió mediante un sistema de cuotas que reservaba el 10% de las plazas a alumnos nativos, no europeos. Trabajó algunos años como maestro en escuelas de la capital y en 1958 ingresó en la Universidad de Argel, donde conoció a Pierre Bourdieu. Ambos participaban en la fundación de la Asociación Argelina para la Investigación Demográfica, Económica y Social (AARDES) y llevaron a cabo sus primeras investigaciones en el contexto de la guerra de la independencia de Argelia. En 1961 Sayad comienza a viajar ocasionalmente a París para realizar estudios de doctorado en Historia. A mediados de los años sesenta, desencantado con los resultados del proceso de independencia y frente a la inestabilidad laboral en el contexto argelino, se traslada a París y obtiene un puesto como técnico en la *École Pratique des Hautes Études*. Este traslado supondrá un punto de inflexión en su trayectoria investigadora, no sólo en términos de ruptura, sino también de continuidad. Como plantea Gil Araujo, “su propia emigración hacia Francia acompañó el proceso de construcción de la migración como objeto de investigación, pero, al mismo tiempo, de esta manera Sayad daba continuidad a sus pesquisas anteriores, haciendo la historia social de los campesinos que junto con Bourdieu habían estudiado en Argelia, y que ahora estaban como inmigrantes en Francia” (Gil Araujo, 2010: 240). En 1977 Sayad se convertirá en investigador en el CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique*). Su producción académica se concentró desde mediados de los años setenta, cuando estabilizó su situación profesional y vital, hasta los últimos años de su vida. Murió en 1998.

recién en el año 2010 se publicó en España *La doble ausencia*, libro editado por Enrique Santamaría que condensa artículos publicados entre 1975 y 1996. Para Santamaría, la divulgación del trabajo de Sayad en castellano permite que sus reflexiones epistemológicas y teórico-metodológicas sobre las migraciones sean más accesibles al público de España y América Latina. Según el editor, quizá una interpretación “localista” ha dificultado su traducción al castellano hasta estos días, al abordar el caso específico de las migraciones entre Argelia y Francia.

“No obstante, el gran valor que presenta el trabajo de Sayad para explicar y comprender la emigración y la inmigración de argelinos en Francia, durante la segunda mitad del siglo XX, radica en el modo en que desvela las lógicas que están presentes, y que lo están de manera socialmente inconsciente en un determinado proceso migratorio, más allá del caso ejemplar que analiza magistralmente” (Santamaría, en Sayad, 2010: 8).

Sobre la “sociología de las migraciones” propuesta por Abdelmalek Sayad tratarán las próximas páginas. Presentaremos someramente algunos aspectos fundamentales de su trabajo, al tiempo que haremos dialogar algunos de sus postulados con otras perspectivas de las migraciones internacionales expuestas en el primer apartado del capítulo. Todo ello con el objetivo de presentar y poner en valor sus aportes específicos para pensar las migraciones de retorno²⁵, los cuales serán importantes herramientas epistemológicas y teórico-metodológicas para este trabajo.

Sinergias entre algunas perspectivas de las migraciones internacionales y la sociología de las migraciones de Abdelmalek Sayad

Es posible establecer algunas relaciones entre la mirada sociológica de las migraciones que propone Abdelmalek Sayad y algunos de los acercamientos teóricos planteados en el epígrafe anterior. Un posible punto de partida y contacto se encuentra entre la explicación que ofrece Sayad del fenómeno de las migraciones internacionales y los argumentos articulados por la *teoría del sistema-mundo*. Para Sayad, el fenómeno de la emigración/inmigración encuentra su génesis en las desigualdades del sistema socioeconómico y en las relaciones de dominación entre los países del centro y la periferia de dicho sistema, entre los países ricos y los pobres, entre los países desarrollados y los subdesarrollados, en definitiva, entre los países de inmigración y emigración. A estos pares, cabe agregar las relaciones de dominación articuladas en las historias de la colonización. La relación entre metrópolis y colonia está en la génesis de las migraciones entre Francia y Argelia, caso a partir del cual Sayad elaboró su propuesta. Las relaciones asimétricas subyacen al fenómeno de las migraciones internacionales y constituyen una de sus características estructurales:

²⁵ En 1995 Sayad escribió el único artículo específico sobre este tema –aunque fue publicado más tarde, en el año 1998 en francés y en el año 2000 en portugués–, donde desarrolla los aspectos principales sobre las migraciones de retorno y refleja una mirada sociológica compleja y lúcida sobre las migraciones contemporáneas (Sayad, 1998b, 2000).

“No se entendería nada sobre la naturaleza de este fenómeno, es decir, sobre el modo de generación de la población que se ha convertido en «disponible» para emigrar, sobre el sentido profundo de los acuerdos celebrados entre los países de emigración y los países de inmigración, sobre cómo se reclutan los migrantes y cómo van a ser tratados posteriormente como inmigrantes, si no recordásemos que la inmigración establece la relación de dominación que la produjo y que la mantiene" (Sayad, 1998a: 245).

Esta forma de entender las migraciones implica una crítica a los modelos economicistas que la definen como mero *desplazamiento de fuerza de trabajo* y mediante esa simplificación evitan las preguntas relativas a los contextos socio-históricos que enmarcan los procesos de emigración-inmigración. Pensar la emigración sólo como excedente de mano de obra en origen y la inmigración sólo como disponibilidad de empleos en destino no responde a la pregunta de qué mecanismos producen ese excedente de mano de obra en las sociedades de origen y lo convierten en disponible para emigrar, ni qué mecanismos generan en la sociedad de destino empleos disponibles para los inmigrantes. Esta crítica a las aproximaciones economicistas no implica dejar de analizar las lógicas económicas y su influencia a la hora de explicar los fenómenos migratorios, sino considerar las condiciones de producción de los desplazamientos para comprender los fenómenos migratorios combinando un análisis de las constantes y de las variaciones, de los aspectos comunes que afectan a la condición del emigrante/inmigrante, así como también de las especificidades de cada coyuntura, de las migraciones particulares, en cada momento y lugar (Sayad, 2000).

Esta explicación es complementaria con la propuesta de Michael Piore (1979) y su análisis de los mercados de trabajo segmentados, cuestión sobre la que, aunque no en los mismos términos, Sayad ha elaborado extensos análisis. Para el autor argelino, la función de la inmigración se entiende cuando se analiza la posición del inmigrante en el mercado laboral de la sociedad de destino²⁶. A los efectos de las relaciones geopolíticas desiguales a escala internacional, se suman los de las posiciones desiguales de los inmigrantes a escala nacional, en la sociedad de destino y, concretamente, en el mercado de trabajo. Un mercado de trabajo dividido socialmente entre mano de obra nacional e inmigrada, donde esta última ocupa las posiciones más bajas en la jerarquía de los oficios y, por tanto, en la jerarquía social. Las definiciones de las categorías técnicas correspondientes a las posiciones que las personas inmigrantes ocupan en la jerarquía laboral se convierten para Sayad en definiciones sociales, de tal forma que los trabajos que llevan a cabo se terminarán identificando con *trabajos para inmigrantes*. Esta organización del trabajo, dentro de la cual se inserta la mano de obra inmigrante, tiene para Sayad una razón de ser y un significado:

²⁶ Véase el análisis que elabora sobre las relaciones entre la función de la inmigración, la situación de trabajador inmigrado y la cualificación social de OS (“obrero especializado”, que a menudo se desempeñan como asistentes de “obreros profesionales”) a través de los resultados de un estudio acerca de este tema en la industria automotriz en Francia (Sayad, 2010: 233-252).

“La empresa dispone de su personal del modo más ventajoso para sus intereses en cada momento y dispone de él de manera tanto más libre y arbitraria cuanto que éste esté situado en lo más bajo de la jerarquía y destinado a las faenas más ordinarias, a las más repulsivas, las menos cualificadas y las menos prestigiosas” (Sayad, 2010: 250).

Bourdieu y Wacquant (2000) identifican varios pilares fundamentales en la sociología de las migraciones de Abdelmalek Sayad. Uno ha sido considerar la migración como el producto de una relación internacional histórica de dominación, que se da tanto a nivel material como simbólico, y que se traduce en las experiencias de los/las migrantes –eje relacionado con los planteamientos de las teorías del sistema mundo y de la segmentación de los mercados de trabajo a la hora de explicar la (re)producción de las migraciones internacionales–. Otro ha sido entender que una persona *inmigrante* es antes *emigrante* y que, por tanto, para comprender los fenómenos migratorios hay que comenzar el análisis en la sociedad emisora, antes que en la receptora. Sayad ha criticado las posturas etnocéntricas de las investigaciones que redujeron el estudio de las migraciones al fenómeno de la *inmigración* en los contextos de destino, olvidando los ensamblajes con la *emigración* en los contextos de origen y mutilando en el análisis una realidad social que no puede ser pensada por separado. Estas conexiones entre lugar de origen y de destino que ocupan el centro del análisis guardan una cierta sintonía con los planteamientos realizados más tarde por la *perspectiva transnacional*. Prestar atención a las relaciones que se articulan entre ambos espacios en las experiencias migratorias tiene diversas implicaciones, siendo una de las más importantes el cuestionamiento del nacionalismo metodológico. Como ya hemos visto, este aspecto es central en la perspectiva transnacional, y también lo es en el trabajo de Sayad. De acuerdo con Sandra Gil Araujo:

“La insistencia de Sayad en desplazar la mirada más allá de las fronteras nacionales para el estudio de los procesos migratorios es también un buen antídoto contra los recortes impuestos por el nacionalismo metodológico [...] En este sentido, Sayad puede considerarse un antecesor de la perspectiva transnacional, promovida por intelectuales del espacio académico estadounidense desde los años noventa. Analizar los procesos migratorios desde el enfoque transnacional supone reconocer la existencia de relaciones de diverso tipo (históricas, familiares, económicas, políticas, institucionales y religiosas) que atraviesan fronteras, enlazan los contextos de origen y destino, y construyen campos sociales que trasciendan los límites del Estado-Nación” (Gil Araujo, 2010: 243).

La desnaturalización del Estado-nación, tanto en la perspectiva transnacional como en la propuesta de Sayad, no implica en absoluto restarle importancia al papel central que tiene a la hora de informar el orden migratorio a partir del orden nacional. Para Sayad la migración debía ser pensada también en el marco del Estado-nación como unidad local, porque a partir de él se construyen las categorías (nacionales y nacionalistas) con las cuales pensamos la emigración y la inmigración. Estas son categorías sociales, económicas, políticas, culturales y éticas que atraviesan nuestro entendimiento político cotidiano; categorías que define como:

“Estructuras estructuradas en el sentido de que son productos social e históricamente determinados, pero también estructuras estructurantes en el sentido de que

predeterminan y organizan toda nuestra representación del mundo y, por consiguiente, este mundo mismo” (Sayad, 2010: 386).

A través de las categorías del “pensamiento de Estado” se inscriben las líneas que separan a los residentes nacionales de los no nacionales, a los que son naturales del Estado y poseen la nacionalidad de los que no lo son ni la poseen. Por todo ello, Sayad sostenía que pensar los fenómenos migratorios es pensar el Estado y que es “el Estado el que se piensa a sí mismo al pensar la inmigración” (Sayad, 2010: 386). Según el autor, a partir de la reflexión sobre la inmigración se podía hacer una introducción a la sociología del Estado nacional, en tanto significa su límite. Y los límites de su existencia y funcionamiento están marcados por la pertenencia, criterio arbitrario a partir del cual el Estado nacional discrimina lo que le es ajeno²⁷. Dicho en otras palabras, la inmigración perturba el orden nacional, la presencia de no-nacionales en el territorio pone en cuestión el carácter puro, mítico, del Estado-nación, sus fundamentos y postulados, sobre los cuales Sayad creía necesario reflexionar de forma crítica²⁸.

“Reflexionar sobre la inmigración viene a ser en el fondo interrogar al Estado, interrogar sus fundamentos, interrogar sus mecanismos internos de estructuración y de funcionamiento; e interrogar al Estado de esta manera, a través de la inmigración, viene a ser, en última instancia, “desnaturalizar” al Estado o lo que en el Estado parece haber sido afectado de amnesia histórica, es decir, recordar las condiciones sociales e históricas de su génesis. Cosas todas estas que el tiempo contribuye a hacer olvidar; pero no solamente el tiempo, pues el tiempo no logra tener éxito en esta operación de rechazo más que porque tenemos interés en ello y porque el Estado mismo tiene interés en el olvido de su historia” (Sayad, 2010: 388).

La desnaturalización del Estado-nación y el reconocimiento de la *pertenencia* como criterio arbitrario son dos puntos fundamentales que comparten el pensamiento de Sayad y la perspectiva transnacional. Esta última, como hemos visto, sostiene que las prácticas transnacionales que desbordan los límites y las lógicas del Estado-nación son precisamente aquellas que pueden convertirse en una forma de vida en la migración alternativa a las propuestas asimilacionistas. Las prácticas que atraviesan fronteras habilitan sentimientos de pertenencia que cuestionan los criterios nacionales, ya que los migrantes pueden mantener y desarrollar formas de identificación tanto con la sociedad de origen como con la de destino. A este respecto, Sayad (2000: 19) hablaba de las migrantes como personas entre dos tiempos, dos lugares, dos sociedades, cuestión especialmente significativa cuando analizamos las migraciones de retorno, como

²⁷ Esta característica que comparte todo Estado nacional era para Sayad especialmente importante en el Estado republicano, en la medida en que su objetivo es alcanzar la homogeneidad nacional en términos políticos, sociales, económicos y culturales, cuestión que abordó con detenimiento en relación con el Estado francés.

²⁸ Este ejercicio de “desnaturalización” implica también no perder de vista las categorías nacionales que llevamos en nosotros y reflexionar hasta qué punto nuestras formas de pensar la migración están atravesadas por aquellas formas en que el Estado nos pide pensarla, de acuerdo a sus propios criterios.

veremos a continuación. Tanto en la perspectiva transnacional, que analiza las conexiones y movilidades múltiples, de idas y vueltas, entre los contextos de origen y destino, como en el pensamiento de Sayad, la migración de retorno excederá la idea de desplazamiento físico del migrante al lugar de origen, para convertirse en parte constitutiva de la experiencia migratoria, que atraviesa los procesos de emigración e inmigración.

El canto de la moneda

Decía Abdelmalek Sayad que la emigración y la inmigración son las dos caras de una misma moneda. Continuando con su analogía, la moneda, además de dos caras, está compuesta por un canto que las rodea y las une. En este trabajo nos remitiremos a la imagen del retorno como ese canto, que está en contacto con todos los aspectos que constituyen la trayectoria y la experiencia migratoria. En otras palabras, se sostiene que el retorno también forma parte indisoluble del fenómeno migratorio. El retorno, junto con la emigración-inmigración, son parte de una misma realidad y, por tanto, no deberían desvincularse a la hora de su estudio y análisis. Sayad propone explicar los fenómenos migratorios dejando atrás las divisiones establecidas entre emigración e inmigración, pues ambos aspectos forman parte de una misma realidad y uno no puede explicarse sin el otro:

“Como las dos caras de una misma moneda, como aspectos complementarios y dimensiones solidarias de un mismo fenómeno, la emigración y la inmigración se remiten mutuamente la una a la otra y el conocimiento de la una se extiende necesariamente al conocimiento de la otra” (Sayad, 2010: 181-182).

Si trasladamos esta propuesta al estudio de las migraciones de retorno no deberíamos caer nuevamente en este tipo de divisiones, que responden más a intereses políticos que científicos. Dijimos que Sayad llamó la atención sobre un aspecto polémico de los estudios migratorios: al hacer suya la división entre emigración e inmigración descuidaban el estudio de las condiciones de origen de los emigrados y sólo ofrecían análisis parciales centrados en la realidad de la inmigración, dejando a un lado los aspectos relativos a la emigración. Por ello cobra relevancia el estudio de las *trayectorias*:

“Únicamente las *trayectorias* emigrantes reconstituidas íntegramente pueden dar cuenta del sistema completo de determinaciones que, habiendo actuado antes de la emigración y siguiendo actuando, con una forma modificada, durante la inmigración, han llevado al emigrado a la actual situación” (Sayad, 2010: 57).

Retomando esta aproximación epistemológica, esta investigación analizará la migración de retorno enmarcada en las trayectorias migratorias, intentando no perder de vista la importancia que las experiencias de la emigración y la inmigración tienen a la hora de articular estrategias de retorno a la sociedad de origen. Para ello, nos preguntamos por los sentidos que el retorno adquiere en la fase de la emigración, así como también por los cambios y transformaciones de éstos durante la inmigración. Cuando estudiamos el retorno tampoco podemos descuidar las condiciones de origen, pero no sólo las del

momento de la partida, sino también las que rodean el momento de emprender la vuelta. Las visiones etnocéntricas sostienen que el fenómeno migratorio existe en la sociedad de destino, ignorando al emigrado y centrándose en el inmigrante. Cuando se estudia el retorno desde la sociedad de destino es indispensable no reducir nuevamente a ella su estudio, sino volver a tener en cuenta las condiciones de origen de los emigrados, que ahora transitan la experiencia del retorno. Planteaba Sayad que al mutilar el fenómeno migratorio en nuestro análisis podíamos exponernos a construir a la población inmigrada como categoría abstracta y a la persona inmigrada como mero artefacto (Sayad, 2010: 254). Lo mismo puede suceder respecto al retorno y a los retornados si al estudiar el fenómeno mutilamos aquellos aspectos relativos a la emigración y la inmigración. En esta fase del proceso migratorio interceden nuevamente, y ahora por partida doble, los sistemas de determinaciones que actúan antes de la emigración, durante la inmigración y en la fase de retorno, sistemas que se articulan a través de las condiciones en la sociedad de origen y de destino y en momentos múltiples de la trayectoria migratoria. Según Sayad, el retorno como objeto de estudio debía estar en el centro de una antropología total del acto de emigrar e inmigrar:

“Al igual que muchos otros temas recurrentes, como por ejemplo el exilio y la nostalgia, el tema del retorno se integra, a través de todas las expresiones que le atribuye el lenguaje común, a la serie de los grandes mitos que sirven para explicar la historia y elucidar a los seres humanos, que habiéndolos incorporado plenamente a su ser, son de algún modo su encarnación viva” (Sayad, 2000: 12).

El retorno es una dimensión esencial de los fenómenos migratorios que implica diversas esferas sociales, culturales y políticas. Los planteamientos de Sayad nos ayudan a problematizar el concepto de retorno y abordarlo desde una perspectiva que vaya más allá de su entendimiento como mero desplazamiento físico de los migrantes a su país de origen. Sayad reflexiona sobre la noción de retorno a partir de tres tipos de relaciones, todas constitutivas del ser social: la relación con el tiempo, la relación con el espacio y la relación con el grupo.

En cuanto a la *relación con el tiempo*, el retorno en su dimensión temporal está relacionado tanto con las representaciones del pasado como con las proyecciones del futuro, pero ambas dependen del presente y de las experiencias cotidianas. Para Sayad, el retorno está presente en el imaginario del migrante como una vuelta sobre sí, como una vuelta al tiempo anterior y, por tanto, está relacionado con una memoria nostálgica que no se resuelve con el acto de volver, ya que no es posible retornar a lo idéntico, al tiempo de la partida.

“No hay retorno real (a lo mismo). Si por un lado, siempre se puede volver al punto de partida, el espacio se presta bien a este ir y venir, por otro lado, no se puede volver al tiempo de la partida, convertirse en aquel que se era en ese momento, o reencontrar la misma situación, los lugares y los hombres [sic] que se dejaron, tal como se los dejó” (Sayad, 2000: 12).

Esta relación entre el retorno y el tiempo presente en la inmigración, en las vivencias cotidianas de los migrantes, nos da la pista de que el retorno no es una cuestión que quede anclada, de forma unívoca, al momento de la vuelta, a la experiencia física del retorno ubicada en un punto concreto de la trayectoria, sino que atraviesa la experiencia de la inmigración, y la relación temporal se establece a través de aspectos tan cruciales como la memoria y la imaginación. Dicho en otras palabras, el retorno está presente en la experiencia migratoria “antes de volver”.

La segunda relación es en este sentido distinta, pero no por ello aporoblemática. Esta es la *relación con el espacio*, al que sí existe la posibilidad de volver si se cuenta con una relativa libertad de movimiento. Sin embargo, es una relación con él “en todas sus formas y valores” (Sayad, 2010: 12). Los espacios, además de estar compuestos de una dimensión física o geográfica, también se constituyen como espacios sociales, algo que descubrimos y aprendemos cuando nos desplazamos, cuando cambiamos de territorio en el acto de la migración (en sus dimensiones de emigración, inmigración y retorno). En este sentido, más allá de los recursos y la libertad relativa que posibilitan volver a los lugares, estos desplazamientos no se producen entre espacios continuos, homogéneos o intercambiables –en lo que Sayad denominaba “espacio matemático”–, sino entre espacios nombrados, nostálgicos, vivos y afectivamente cargados. En este sentido menciona el país, el suelo natal, la casa de los antepasados, como espacios particulares y privilegiados de la memoria nostálgica.

“Aparte del retorno –al cual convoca por creer traerlo en sí mismo–, a través de él, del remedio que predica, la nostalgia del lugar tiene un gran poder de transfiguración de todo lo que toca y, como el amor, tiene efectos evidentes de encantamiento, e incluso, de sacralización y santificación” (Sayad, 2000: 12).

Y esto conecta con la *relación con el grupo*, que participa en la configuración de estos espacios sociales. Para Sayad son tan relevantes los grupos de los que nos separamos físicamente al emigrar, como también los nuevos grupos de los que pasamos a formar parte en los lugares de destino. En relación con el grupo en origen, la emigración suele pensarse como algo provisional, aunque de hecho se convierta en permanente, fundamentalmente porque no puede plantearse como renuncia al grupo. Debe ser vivida y compartida con dolor, entre los que se van y los que se quedan. Cuando el retorno se produce, la realidad es que tanto el grupo como el propio migrante han cambiado. La ilusión del retorno se complementa en ocasiones con la decepción que produce, y tanto una como otra son complementarias de lo que Sayad denomina la “conciencia nostálgica”.

Al reflexionar sobre estas relaciones, Sayad plantea la imposibilidad misma del retorno entendido en sentido estricto, en tanto no podemos volver en el tiempo, y aunque podamos volver a los lugares, estos ya no serán los mismos, al igual que sucede con los grupos y con el propio migrante. La ausencia de un sitio y la presencia en otro no pueden experimentarse con indiferencia, la migración deja a veces marcas indelebles que afectan a los procesos de retorno. Ya sea por la experiencia de la emigración que implica una ausencia y ruptura con el orden social del grupo de origen, o por la

experiencia de la inmigración que supone una presencia y contacto con otros grupos, con otra sociedad, cuyos efectos permanecen más allá del retorno. Cambios sociales y culturales que intervienen en esta nueva relación, de los cuales los migrantes no son necesariamente conscientes, cuestión que demuestra que han sido profundamente incorporados, en el sentido material de la expresión (encarnados, hechos cuerpo):

“En resumidas cuentas, no se deja impunemente un país, pues el tiempo actúa en todos los actores implicados. No se prescinde impunemente del grupo y de su acción diaria, de su presión más común –al punto de que ya no es sentida como tal, que acaba siendo natural e independiente–, de sus mecanismos de inserción social, mecanismos que son al mismo tiempo prescriptivos y normativos, y que, en resumidas cuentas, son ampliamente performativos, en el sentido de que constituyen la definición legítima del orden social, considerado como el único existente. El cambio resultante de la ruptura que supone la emigración y la ausencia subsiguiente, no consiste tan sólo en la vejez física, que atañe a todos y sería la marca del tiempo que pasa; sino que es también, y principalmente, de orden social, de naturaleza social, debido a la defección que provoca y de la que sigue llevando la marca. [...] Además de la ausencia, la presencia también tiene sus propios efectos. No se habita impunemente otro país, no se vive en el seno de otra sociedad, otra economía, en otro mundo, sin que algo permanezca de esa presencia [...] La inmigración no se produce sin dejar marcas, a menudo de manera indeleble, aunque no queramos reconocerlo, ya sea porque preferimos la ilusión de la integridad formal y de la fidelidad a sí mismo, o porque no somos aún conscientes de ello. [...] Del mismo modo que no hay presencia en un lugar que no se pague con una ausencia en otra parte; no hay inserción o integración en este lugar de presencia que no se pague con una des-inserción o des-integración en relación con este otro lugar, que ya no es sino el lugar de ausencia y de referencia para el ausente” (Sayad, 2000: 14-15).

Las personas retornadas serán para Sayad mujeres y hombres de “entre-dos”: entre dos lugares, entre dos tiempos, entre dos sociedades. La duplicidad es la paradoja característica de las experiencias migratorias: en la inmigración, se está doblemente presente (físicamente en el país de destino y ficticiamente en el de origen) y doblemente ausente (ficticiamente en el país de destino y físicamente en el de origen). Sayad decía que el migrante tenía dos vidas, opuestas más allá de la división tradicional entre la vida pública y la privada. Una primera vida ausente pero recordada, imaginada y soñada, que se superimprime sobre una segunda vida real y empírica, presente en la inmigración, aunque experimentada con un intenso sentido de provisionalidad, independientemente de que esta segunda vida dure en el tiempo. Esta cuestión no está relacionada solamente con las experiencias de los migrantes, a nivel subjetivo e individual, sino que tiene una dimensión esencialmente política, en tanto está atravesada por el “pensamiento de Estado”, por la división entre lo nacional y lo no nacional, que articula nuestra visión del mundo sociopolítico. Según Sayad, al ser la inmigración provisional en derecho (aunque se torne permanente de hecho), en tanto que presencia no nacional que no disfruta de los derechos y privilegios de los nacionales, de acuerdo a la lógica del Estado-nación debe ser neutral en términos políticos. Neutralización que se produce a través de la tecnificación de la inmigración y su reducción a un hecho meramente económico, que niega a su vez su carácter eminentemente político (en la medida en que concierne a la ciudad, a la población presente y futura de la nación). Vale la pena hacer hincapié en la relevancia de las

lógicas del “pensamiento de Estado” para finalizar este apartado, pues la noción de retorno no está exenta de estas formas de experimentar y entender el hecho migratorio en términos sociales y políticos, en su doble carácter de emigración e inmigración.

“Uno de los efectos latentes de dicha lógica consiste en que, a la condición social de inmigrante en un lugar (y de modo correlativo, de emigrante fuera de otro lugar) y a la condición civil (en el sentido jurídico del término «extranjero»), siempre viene asociada implícitamente (y si las circunstancias lo permiten, explícitamente también) la idea de retorno. Un retorno que sólo es, a fin de cuentas, el retorno a la norma, a la normalidad, a la ortodoxia; el resto, o sea lo contrario (en este caso la emigración y la inmigración), no es sino anomia, heterodoxia, incluso herejía” (Sayad, 1998b, cit. en Gil Araujo, 2010: 273).

El abordaje de las migraciones de retorno que propone Sayad nos permite desentrañar las relaciones entre emigración-inmigración-retorno y orden nacional. Su análisis del retorno como elemento constitutivo de las experiencias migratorias, atravesado por las lógicas del “pensamiento de Estado”, pero a su vez conectado con la experiencia de la emigración y la inmigración y relacionado con las dimensiones constitutivas del ser social (tiempo, espacio y grupo), hace posible que desnaturalicemos nuestro objeto de estudio y analicemos este fenómeno más allá del “sentido común”. Un sentido que no escapa a las lógicas nacionales y nacionalistas, lógicas que a fin de cuentas lo que están planteando en la idea de retorno es la cuestión de la presencia legítima del inmigrante. Las rupturas del “sentido común” son rupturas epistemológicas (Ibáñez, 2003: 21).

Según Sayad, el retorno estaba, en general, contenido en la misma idea de la emigración y de la inmigración. La emigración supone la ausencia del migrante en la sociedad de origen y la inmigración, su presencia en la sociedad de destino. El retorno está relacionado entonces con la posibilidad de revertir esa relación de presencias y ausencias. Pero, en particular, el retorno está relacionado con la condición de inmigrante: “a fin de cuentas, ¿no se trata acaso, y bajo el pretexto del retorno, de la cuestión más fundamental de la legitimidad intrínseca de la presencia del individuo que es visto y señalado como inmigrante?” (Sayad, 2000: 11). Pareciera que el retorno hace que el inmigrante ya no sea visto de esa manera ni se perciba como tal.

Por un lado, Sayad nos remite al carácter procesual del retorno al situarlo más allá del momento específico de la vuelta física al lugar de origen. La experiencia de la emigración y la inmigración traen implícita la idea del retorno, una idea que está relacionada con el sentimiento de provisionalidad –que marca las expectativas del emigrante y de su grupo en el momento de la partida– y con la experiencia de la inmigración –que puede extenderse en el tiempo de forma indefinida aunque no renuncie a la “evocación soñadora” de otra vida en la idea del retorno–. Por otro lado, el autor señala el carácter complejo y paradójico del fenómeno, desbordando las comprensiones que tienden a su naturalización y apuntando que las experiencias migratorias rompen siempre en un doble sentido distintos tipos de órdenes (nacionales, políticos, culturales), órdenes que no se restablecen necesariamente cuando se produce el retorno.

La migración de retorno será entendida en esta tesis como algo más que la vuelta al “orden natural” (nacional y cultural), tanto del país de destino, como del país de origen. Aunque interese y se pretenda (por parte de los Estados, sus sociedades y los propios migrantes), el retorno no es olvido. Por el mero hecho de producirse, como desplazamiento físico en el espacio geográfico, no borrará plenamente las marcas indelebles de la migración en el espacio social, marcas que son producto de las dobles presencias y ausencias, con sus consecuentes nostalgias y memorias (ahora multiplicadas), del transcurrir del tiempo y los efectos que tiene a su paso en ambas sociedades.

2. CONTEXTOS

Las piezas de un sistema migratorio

Cuando entré en la casa de Viviana fuimos directamente a la cocina y mientras calentaba el agua para el mate me dijo que la idea de la entrevista le había entusiasmado, que se sintió “recontra identificada” con el tema. Entre risas y en tono de confianza me contó que durante muchos años las migraciones habían sido para ella un tema de “terapia”. Por mi parte, bastó un “por qué” para que de Viviana brotara el relato de su historia, que da inicio a este capítulo.

Los soportes afectivos de la movilidad

Bueno, a ver ¿por dónde empiezo? Mis dos abuelos, por parte de mi papá y de mi mamá, estuvieron juntos en la Guerra Civil española. Eran del mismo pueblo, ellos son de Vigo, y después con el tiempo, la vida, obviamente, los distanció. Mi abuelo por parte de mi papá vino primero para la Argentina, no sé, no me acuerdo exactamente en qué año [...] Para hacerte más corto el recorrido histórico –porque es complejo– para entender la realidad y el por qué; la realidad nuestra, de mis viejos, de inmigrantes: mis abuelos se conocieron en la guerra, se encontraron nuevamente en Argentina porque mi abuelo materno se enteró que mi abuelo paterno había venido para acá y lo buscó. Le habían dicho que estaba en San Telmo, en un conventillo, y lo

ubicó. Se volvieron a ver después de muchos años, tenían amistad, se conocieron mi papá y mi mamá y se casaron... Pero ¿por qué digo esto? porque toda la familia está atravesada por las migraciones ¿no?

Porque después de esa primera [migración], que vienen mis abuelos, mi tía, la hermana de mi papá, mi única tía, porque mi mamá no tiene hermanos. Y mi mamá: por qué vino, por qué se la trajeron, fue todo un tema también [...] para sacarla de la guerra y la pobreza y todo lo que estaban viviendo allá. [...] Después mi tía, que vivió acá siempre y vino cuando tenía 8 años (mi papá vino con 12), en el año 86, con la crisis de Alfonsín, decidió irse a España. Es la primera crisis que yo recuerdo en Argentina.

Con 14 años me desprendieron, de alguna manera, de mis primas, que para mí eran amigas de la infancia. Yo tenía 14 años, mi prima tenía 15. Lo pasó recontra mal, nos escribíamos cartas en ese momento. Fue súper desgarrador todo. Fue tremendo. Y mi abuela también se fue a España con mi tía, porque siempre vivió con ella y bueno, tomó esa decisión. Vendió una casa que teníamos acá en Quilmes, donde vivía mi abuelo. Toda la infancia, prácticamente, la pasamos ahí en Quilmes, íbamos siempre los fines de semana. Y mi abuela se va también... Fue terrible. Un drama familiar impresionante, las navidades llorando. Al año siguiente, cuando cumpla 15 años, mi abuela me manda de regalo un pasaje y voy a España con mi viejo [...] Me encuentro con mi prima, con esa cosa de que el tiempo nunca pasó y que todo sigue igual, compartimos un montón de cosas. Fue casi un año, sí, pero para mí y para mi prima creo que fue una eternidad. Yo hago mucho hincapié en mi prima porque a esa edad era mi referente ¿no? Estuvimos allá un mes y medio, viajando y recorriendo un poco España, compartiendo con mis tíos, mi abuela y mis primas. [...] Y después... otra vez la vuelta, otro drama terrible, las navidades solos, porque acostumbrados a estar la familia junta, empezamos a estar solos. Sobre todo recuerdo esto de las fiestas, de las navidades. Más que por lo religioso, que en mi familia nadie es religioso, por lo de juntarse, por los recuerdos que tenía de esas fechas.

Entonces en el año 88 voy yo con mi viejo. Al año siguiente mis tíos vienen en un viaje y justo mi hermano (yo tengo dos hermanos, uno dos años más grande y otra diez años más chica) estaba terminando la escuela secundaria, una escuela técnica, no sé si especializada en electrónica, y el futuro era medio incierto. Porque era el año 89, empieza el gobierno de Menem y todo el rollo que ya conocerás. Mi hermano no tenía muchas miras de qué hacer acá y mi tía que justo tenía que hacer la instalación eléctrica en el negocio de Barcelona —tenían un restorán de comidas típicas argentinas— le ofrece a mi hermano pagarle el viaje. Porque le salía más barato pagarle el viaje y que le hiciera la instalación eléctrica que pagarle a un electricista allá, porque en ese momento allá los oficios estaban muy bien pagos. Y

bueno, mi hermano le dice que sí y se va en el 89. No volvió más. Segunda despedida. [...] Yo siento que en mi familia, particularmente mi tía, hizo como una especie de bisagra, ¿viste? Porque ellos en el momento que se fueron, en el 86, mi tía debía tener la edad que tengo yo ahora, 40 años. Era un momento complicado para empezar de nuevo. Le compraron al hermano de mi abuela ese negocio porque ellos ya eran grandes, no lo podían atender más y se lo ofrecieron a mi tía. Ella acá tenía un almacén y le iba mal, entonces agarraron viaje y se fueron allá. Bueno, se va mi hermano y se instala allá. Le hizo ese laburo a mi tía, después consiguió laburo en una automotriz, empezó a estudiar, se recibió, se terminó quedando y se quedó. Se enamoró de una catalana, se casó, tuvo dos hijos. Ahora vive en Estados Unidos, mi hermano escapa a las crisis, se fue ahora, con todo el despelote.

Y bueno, cómo sigue esto. Enero, 2001, yo estaba laburando hacía casi diez años en un estudio de arquitectura, donde entré atendiendo el teléfono. En ese momento de la crisis del 2001, gas pimienta de por medio, estábamos justo donde fue todo el quilombo. O sea, el quilombo fue en todo el país, pero ahí hubo un epicentro y yo laburaba en ese lugar. Aparte habíamos tenido una situación de un robo, nos recontra asustamos, yo nunca vi la muerte tan cerca como ese día. Y mi hermano, que me taladraba la cabeza diciéndome que ¡qué hacía quedándose acá!, que por qué no me iba allá que estaba todo tan bien, que podíamos estar mejor. Yo ya casada, con mi hija y con el papá. Y a mí me empezó a rondar en la cabeza y el papá de mi hija también me acompañaba [...] Empezamos a averiguar, empecé a hacer los trámites. La nacionalidad ya la teníamos hecha, porque cuando vino mi tía hubo toda una movida familiar, sobre qué pasaba si nos íbamos nosotros. Mi viejo laburaba en una automotriz, laburó ahí toda su vida y había averiguado si podía pedir el traslado, no se cerró. [...] Ahí el tema era que mi mamá no quería, porque mis abuelos eran muy mayores, y ella hija única. No daba, había que llevarlos y una persona ya tan mayor... volver... Mis abuelos nunca volvieron a España y les había quedado grabada la noción de la España que ellos dejaron. Me

acuerdo que mi abuelo, que en ese momento todavía estaba vivo, cuando mi hermano se fue en el 89, le hablaba en gallego y le decía que ¡cómo volvía a España! ¡con el hambre! ¡con la miseria que había en España! ¿viste? Era una cosa que se había quedado en el tiempo, ahí, congelado.

Después de eso, es la crisis del 2001. Nos empieza a circular esto en la cabeza y empezamos a hacer los papeles, los trámites. Mi hermano me insistía y me decía: yo te hago un contrato de trabajo y venís, te fijás y ves qué onda. Y bueno... nos fuimos.

Viviana, 40 años, E29, 2012.

El relato de Viviana refleja una de las tantas historias de idas y vueltas entre Argentina y España que tuvieron lugar a lo largo de distintas generaciones y que atraviesan algunas de las experiencias de emigración/inmigración y retorno contemporáneas. Historias mínimas o máximas –dependiendo desde dónde se las mire– sobre las cuales se sostiene el sistema migratorio del que forman parte Argentina y España desde mediados del siglo XIX y que se extiende hasta nuestros días (Cook-Martín, 2013). Sus raíces más profundas se hunden hasta alcanzar los vínculos coloniales, pero su base se asienta con las migraciones transatlánticas y la llegada masiva de inmigrantes europeos a aquellas tierras del sur, desde 1870 y hasta mediados del siglo XX. Este hito marcará las historias de Argentina y España, que llevarán cada una la huella de la inmigración y la emigración, porque las experiencias migratorias intergeneracionales constituyen a los países, tanto hacia el interior como hacia fuera, forman parte de su carácter social (Izquierdo Escribano, 2015: 189).

Como bien apuntan Actis y Esteban (2007: 212) los vínculos entre estos dos países formaban parte de un sistema mayor, compuesto también por Uruguay y Brasil, de un lado, y Portugal e Italia, del otro. Pero tal como plantea la perspectiva de los sistemas migratorios (presentada en el capítulo 1), las posiciones ocupadas al interior del sistema no son unívocas y están sujetas a las transformaciones sociales, económicas y políticas que indefectiblemente atravesarán la historia y las historias; la de los Estados y la de cada sujeto e/in-migrante y retornado. En este sentido:

“[U]na vez establecido el sistema migratorio, la dirección, volumen y composición de los flujos poblacionales es determinada por coyunturas económicas y políticas específicas. El carácter transnacional de estos desplazamientos supone transformaciones (sociales, políticas, económicas, culturales) en ambos extremos (países) del sistema, a la vez que instituye un nuevo espacio social, que une elementos de ambos polos a través de los migrantes. En la actualidad el sistema transatlántico incorpora, principalmente, a Argentina junto a Ecuador, Perú o Colombia, por una parte, y a España e Italia por la otra. En este caso los desplazamientos mayoritarios se registran en la dirección América-Europa” (Actis y Esteban, 2007: 212).

Las siguientes páginas están dedicadas a trazar sólo una parte de ese recorrido para acercarnos algo más a relatos como el de Viviana o, en otras palabras, para aproximarnos al contexto socio-histórico en el que se sitúan las trayectorias migratorias, objeto de análisis en esta tesis. Al mismo tiempo se incluirá conforme se recorran los distintos espacios y tiempos de estos fenómenos de emigración e inmigración, aquella literatura que ha analizado las migraciones de retorno tanto para el caso de Argentina

como para el de España; un *corpus* a menudo omitido en el habitual despliegue de referencias anglosajonas sobre la materia, pero que sin duda constituye una tradición en el campo de investigación que toca de lleno el objeto de estudio de esta tesis y que por ello se considera oportuno y conveniente poner en valor.

2.1. Argentina: de la inmigración a la emigración (y el retorno)

La formación de Argentina como un *país de inmigración* y posteriormente, también *de emigración*, está atravesada por múltiples procesos políticos, económicos y sociales de su historia, algunos de los cuales abordaremos en las próximas páginas. Asimismo, vamos a aprovechar la oportunidad para hilar en relación con ellos los distintos momentos en los cuales las migraciones de retorno cobraron cierta relevancia en función de cada contexto.

La inmigración transatlántica, los retornos «invisibles» y el modelo agroexportador

El momento inaugural del fenómeno migratorio en Argentina está enlazado con la emigración masiva y transatlántica europea que se produce desde mediados del siglo XIX²⁹. Argentina se convirtió en uno de los principales lugares de destino de esos flujos migratorios y recibió a un 11% de los casi sesenta millones de europeos que emigraron (Germani, 1962/2010: 494). La llegada de esta población está relacionada con distintos factores. Uno fundamental fue la incorporación de los países periféricos a la división internacional del trabajo y el desarrollo de las economías agroexportadoras, producto de la ampliación del mercado internacional de materias primas y al aumento de su demanda desde Europa³⁰ –cuyo comercio se triplicó entre 1880 y 1913–. En este contexto, Argentina se desarrolló a un ritmo acelerado en el marco de un modelo económico que “crecía hacia afuera” (Neffa, 2010: 262); orientado al comercio exterior, fuertemente dependiente y complementario respecto de las economías centrales, exportando materias primas e importando productos manufacturados.

Durante el siglo XIX, las transformaciones producidas por la revolución industrial, los cambios en la agricultura, la propiedad de la tierra y la transición demográfica generaban en Europa un aumento de la demanda de alimentos y de su producción, que

²⁹ Según González Martínez y Merino Hernando (2006: 13), entre 1850 y 1930 emigraron aproximadamente 52 millones de europeos; de los cuales el 72% se dirigió a Estados Unidos, un 20% a Latinoamérica y un 8% a Australia. Argentina y Brasil fueron los dos países de la región latinoamericana que concentraron el mayor número de llegadas (6.405.000 y 4.431.000, respectivamente) y diversidad de nacionalidades.

³⁰ A partir de 1900 se diversifica el destino de las exportaciones que ya no se dirigen solamente al Reino Unido (Hobsbawm, 2005: 59). Sin embargo, entre 1861 y 1913, las exportaciones de Argentina a Reino Unido crecieron de 15 millones de libras esterlinas a casi 41 millones (40.750.000) (Hammet, 1998: 322). En 1914 el 60% de las inversiones extranjeras en Argentina eran británicas. Los inversionistas británicos poseían cerca del 80% del sistema ferroviario argentino (Rock, 2001: 115).

resultaba insuficiente. Al mismo tiempo los cambios sociales debilitaban los vínculos de los campesinos con la economía rural, perjudicados por las políticas de concentración y privatización de las tierras comunales; el trabajo agrícola ya no aseguraba la reproducción social. El desarrollo de la industria, las comunicaciones y los transportes propició la emigración de la población rural, que se dirigió a otros destinos dentro y fuera de Europa (González Martínez y Merino Hernando, 2006: 14-16). En resumen, la emigración europea masiva a partir de 1880 fue la consecuencia de distintos factores pero, fundamentalmente, de los cambios productivos que afectaron a la agricultura: emigraban aquellos que carecían de tierras o que tenían tierras pobres³¹ y que se convertían así en “población excedente”.

La llegada masiva de inmigrantes a Argentina comienza en 1870, con el incremento de la demanda de mano de obra para aumentar la producción de materias primas³². La preferencia por la región sur como lugar de destino venía dada por las similitudes climáticas y el desarrollo de los sistemas de transporte³³ para la explotación de un vasto territorio, pero especialmente por las políticas específicas de promoción de la inmigración europea³⁴. De acuerdo con Novick (2008: 133), “[t]oda *política pública* posee subyacentemente un modelo de sociedad –ideológicamente configurado– que determina qué políticas tendrán más peso o por cuáles se optará, rechazándose otras”. Ya desde el preámbulo de la Constitución Argentina de 1853, el texto se dirigía a “todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, el artículo 25 explicitaba que “el Gobierno Federal fomentará la inmigración europea” y el artículo 20 otorgaba a los extranjeros todos los derechos civiles de los que gozaban los ciudadanos, la nacionalización era optativa y podían solicitarla tras dos años de residencia, si bien las autoridades podían “acortar” el plazo si lo estimaban oportuno. En definitiva, el estímulo de la inmigración “se insertó entre las obligaciones oficiales del Congreso y del presidente de la nación” (González Martínez y Merino Hernando, 2006: 44).

La primera ley del Estado oligárquico liberal dedicada al asunto fue la “Ley de Inmigración y Colonización” que se aprobó en 1876 (ley N°817) y en 128 artículos

³¹ En esa década se intensifica la emigración de antiguos países de inmigración, como Irlanda, y se incorporan nuevos como Italia, España, Austria –Hungría, posteriormente Rusia y los Balcanes (Beyhaut y Beyhaut, 1986).

³² La introducción de trabajadores para aumentar la producción se había realizado mediante esclavos de procedencia africana, algo que ya no era posible desde la supresión de la “trata de negros” que se extiende con la Aberdeen Act de 1845. La falta de trabajadores se acentuaba conforme se liberaban los esclavos, cuya mano de obra servil desaparecería en la región para 1850, exceptuando el caso de Brasil (Beyhaut y Beyhaut, 1986: 74-75).

³³ En la década de 1880, Argentina duplicó su tendido férreo (Hobsbawm, 2005: 43).

³⁴ Es habitual insistir en los orígenes europeos de la inmigración de la época –hecho innegable– sin embargo, no hay que perder de vista que para el caso de Argentina la inmigración de aquel entonces no solo provenía de Europa. Como señala Novick (2008: 134), “el panorama demográfico que acompaña esta etapa histórica muestra, según datos del Censo de 1869, una población total de 1.800.000 habitantes, con un 12% de población extranjera, de los cuales el 20% corresponde a inmigrantes provenientes de países limítrofes”.

proponía y promovía un plan de progreso para la Argentina basado en la recepción de inmigrantes extranjeros³⁵. Esta Ley rigió el proceso de ocupación de tierras³⁶ en el país hasta 1940. En su artículo “La inmigración masiva y su papel en la modernización del país”, publicado en 1962, Germani recuerda que este proceso fue producto del “esfuerzo consciente por parte de las élites que dirigieron la organización del país para sustituir su vieja estructura, heredada de la sociedad colonial, con una estructura social, inspirada en los modelos de los países más avanzados de Occidente” (Germani, 1962/2010: 490). El porcentaje de población nacida en el extranjero se incrementó al 25% en el censo de 1895 y alcanzó el 30% en el de 1914 (Germani, 1963/2010: 263). En resumen, como plantea Cachón (2002: 96), el campo migratorio ha estado dominado por “la lógica capitalista del mercado y las lógicas de las políticas estatales, tanto de los países de emigración como de los de acogida”.

³⁵ Según explica Novick (2008) esta política se implementa “mediante la creación del Departamento General de Inmigración, bajo la órbita del Ministerio del Interior. Asimismo, prevé el nombramiento de agentes de inmigración en el exterior para promover la inmigración hacia nuestro país, quienes también tenían a su cargo importantes funciones administrativas. La ley contempla también la creación de una Comisión de Inmigración en las ciudades capitales de provincia y puertos de desembarque. Se define por primera vez —a nivel legislativo— qué es un inmigrante: «todo extranjero jornalero, artesano, industrial, agricultor o profesor que siendo menor de sesenta años», acredite moralidad y aptitudes, llegase a nuestro país para establecerse. A quienes reúnan estas condiciones se les otorgará múltiples beneficios de alojamiento, trabajo y traslados. Ante situaciones de enfermedades epidémicas o contagiosas, se detalla la conducta que deben seguir los capitanes de buque, a quienes, por otra parte, se les prohíbe transportar enfermos, dementes, mendigos, presidiarios o mayores de 60 años (a menos que sean cabezas de familia). El desembarco de los inmigrantes se hará por cuenta exclusiva de la Nación, la que organizará la Aduana y la Sanidad en lugares especiales creados por el Poder Ejecutivo. Se crea, además, un Fondo General de Inmigración con el objetivo de solventar todos los gastos que el Estado asumía para fomentar la inmigración” (Novick, 2008: 136). En lo que respecta al apartado de la política de colonización, se creaba una Oficina Central de Tierras y Colonias que regulaba cuestiones relativas a la división de los territorios, venta, donación, reserva de tierras o instalación de colonias (González Martínez y Merino Hernando, 2006: 46).

³⁶ Quijano (2000) analiza el proceso de ocupación de tierras en Argentina, Chile y Uruguay y resalta la importancia de este proceso de exterminio en conjunto con la promoción de la inmigración como factores influyentes en la construcción de la idea de “blanquitud” en estos países del Cono Sur y su importancia en la base del sistema político: “los dominantes de los nuevos países del Cono Sur consideraron, como en el caso de los Estados Unidos, necesaria la conquista del territorio que los indios poblaban y el exterminio de éstos como forma expeditiva de homogenizar la población nacional y de ese modo facilitar el proceso de constitución de un Estado-nación moderno, a la europea. En Argentina y Uruguay eso fue hecho en el siglo XIX. Y en Chile durante las tres primeras décadas del siglo XX. Estos países atrajeron también millones de inmigrantes europeos, consolidando en apariencia la blanquitud de las sociedades de Argentina, Chile y Uruguay. En un sentido, esto también consolidó en apariencia el proceso de homogeneización en dichos países. Un elemento crucial introdujo, sin embargo, una diferencia básica en esos países en comparación con el caso norteamericano, muy en especial en Argentina. Mientras en Estados Unidos la distribución de la tierra se produjo de una manera menos concentrada durante un importante período, en Argentina la apropiación de la tierra ocurrió de una manera completamente distinta. La extrema concentración de la tenencia de la tierra, en particular de las tierras conquistadas a los indios, hizo imposible cualquier tipo de relaciones sociales democráticas entre los propios blancos y, en consecuencia, de toda relación política democrática. Sobre esa base, en lugar de una sociedad democrática, capaz de representarse y organizarse políticamente en un Estado democrático, lo que se constituyó fue una sociedad y un Estado oligárquicos, sólo parcialmente desmantelados desde la Segunda Guerra Mundial” (Quijano, 2000: 223).

La ética inmigrante y el «sarcasmo» del capitalismo

Fue duro, a mí, a lo último no me gustó. No me gustó, por lo que yo analizo o interpreto, ¿viste? Que yo me fui de vacaciones, ¿me entendés? Y me encontré atado, justamente, me encontré atado al sistema, a la moneda, a todo lo que hoy en día... no lo comparto, y no lo hago acá, ¿viste? Yo no estoy atado a nada y trato de no estarlo, sé que hay que estarlo y que si algún día hay que ponerle el pecho y laburar, lo voy a hacer, pero yo hoy en día no me pongo a laburar como laburé, no me interesa. No, porque pienso que la vida pasa por otro lugar, que nosotros no somos esclavos de este capitalismo sarcástico que está haciendo estragos con la gente, ¿entendés?

Y bueno, sí, hay que laburar para tener algo, sí, está bien, pero no hay que tener esa mirada... ba... «no hay que», no; yo no tengo que tener esa mirada tan caótica, o tan melancólica, de «la taneada». Yo soy muy italiano, toda mi familia «tana». Esa forma de ver la vida ¡es muy italiana! ¡Gente que vino hace cien años! Sí, había que laburar, porque hace cien años no había una cosechadora, entonces había que cosechar con el lomo, ¿viste? Entonces sí, ¡había que laburar de sol a sol! Ese concepto de «sudar la gota gorda»... ¿viste? ¡No! ¡Loco! ¡Eso ya no! ¡Hace cien años pasó! No somos más esclavos del laburo, digamos, hay que buscar otra forma de ver las cosas.

Y eso yo lo tuve muy metido adentro, ese, «si no hay sudor y lágrimas, no hay vida», ¿viste? Mi viejo es un tipo así, ¿me entendés? Que te dice todos los días, «¡hay que sudar la frente!» ¡No! No, porque ni siquiera él la sudó. Pero te lo dice, te lo transmitían, es como que lo tenés en la sangre y yo lo viví en carne y hueso. Y gracias a dios tuve la oportunidad de darme cuenta de que no, es una mirada muy italiana y ¡del siglo pasado!

Que nosotros no la vivimos ni en pedo, mi viejo ni en pedo, ¡mi abuelo ni en pedo! [...]

Y, «el nono», mi bisabuelo, vino al campo. Sí, laburó como una bestia, todo, ¡pero se hizo millonario! Después, de ahí para acá, mi abuelo fue a la universidad, mi viejo también. ¡Claro! ¡Ya mi abuelo fue universitario! Porque mi nono vino en el 1890, y sí, claro, hizo mucha guita... tenía campo y después tenía carnicería. Entonces, digamos, esa mirada, no va, no va. Es una mirada que era acorde con el tiempo, porque justamente, todo se hacía con el físico, hoy en día está la tecnología que te soluciona un montón de labores. Entonces, no es «con sudor y lágrimas», es justamente desde otro lugar.

Lo que pasa que, bueno, el capitalismo te lleva a generar un círculo de consumo y, claro, por eso te hace que vos tengas que consumir tanto, para seguirte enmarcando en ese «sudor y lágrimas» y poderte mantener como un peón de este sistema. Porque si en realidad no nos movemos todos como nos movemos, no te digo que colapsa, pero sí, las cosas cambiarían. A ver, ¡pará! Lo que pasa que, claro, todos quieren vivir en la ciudad, todos quieren tener un coche, ¿viste? Entonces, es muy difícil, pero hay formas de frenar un poquito, de ver la vida desde otro lugar, si no se puede vivir en la ciudad... ba, a mí, directamente, no me gusta vivir en la ciudad. Rosario sí, está todo bien, pero me gusta más vivir fuera de la ciudad, si la tengo que venir a curtir, la curto. Es la ciudad donde nací, me gusta, la disfruto; pero yo hoy en día quiero terminar mi casita en las afueras y vivir ahí... Si tengo que venir, vengo, pero no vivir en la metrópolis. Siempre me gustó mucho más el campo, que la ciudad.

Quique, 33 años, E42, 2012.

Entre 1856 y 1930 ingresaron a Argentina 6,5 millones de extranjeros. En cuanto a su origen, el 47% de los que llegaron eran italianos y el 33% españoles. Mientras los italianos provenían de Piamonte, Lombardía y Véneto, desde España lo hacían principalmente desde Galicia y Asturias. (González Martínez y Merino Hernando,

2006: 50-51). De acuerdo al análisis de los saldos migratorios³⁷, Germani (1962/2010) identifica tres períodos de la inmigración:

“[U]n primer período de inmigración creciente solo interrumpido por la Primera Guerra Mundial y que termina en 1930; un segundo período de repunte de la inmigración que dura solamente cinco años (de 1947 a 1951), y por fin, el período actual de inmigración de bajos niveles inmigratorios. Es necesario agregar que desde mediados de 1930 empieza a cobrar importancia la inmigración desde países vecinos –en particular Bolivia, Paraguay y Chile–, la que alcanza considerable intensidad a partir de 1940. Este movimiento migratorio tiene un significado que en realidad lo acerca mucho más a las grandes migraciones internas que ocurren en el país en el mismo período. Es parte del proceso de urbanización masiva” (Germani, 1962/2010: 494-495).

Para el caso de España, además de interrumpirse los flujos de emigración a Latinoamérica debido a la crisis económica de la Gran Depresión, también surten sus efectos “la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial y las restricciones de los primeros años del franquismo” (Palazón Ferrando, 1993: 97). Estos hechos estuvieron acompañados por un endurecimiento de las políticas migratorias de los países latinoamericanos. Todo ello hace que la emigración de españoles a la región prácticamente se paralice entre mediados de la década del treinta y hasta finales de la del cuarenta. Entre 1939 y 1945 se contabilizaron poco más de 21.000 emigrantes españoles a América Latina, mientras que los refugiados que reemigraron a la región (sobre todo a México, República Dominicana, Ecuador y Chile) desde otros países próximos, especialmente desde Francia, superaron los 24.000 (Palazón Ferrando, 1991: 215-216).

Entre 1895 y 1914, la mitad del crecimiento medio anual de la población de Argentina se debió a la inmigración extranjera (Germani, 1955/2010: 461). Este incremento espectacular de población tuvo un fuerte impacto en la estructura demográfica del país; aumentaron las zonas de asentamiento y se incrementó la población rural pero, fundamentalmente, se desarrollaron las ciudades. Entre 1870 y 1920, la Argentina creció casi cinco veces y el porcentaje de población urbana (ciudades de más de 20.000 habitantes) se incrementó del 14% en 1869 al 36% en 1914 (Germani, 1963/2010: 266)³⁸. La concentración urbana en Argentina, tanto como en la región, fue

³⁷ En relación a los saldos migratorios de ultramar, hasta 1880 el promedio anual se mantuvo por debajo de los diez mil, pero en esa década y hasta 1890 dicha cifra aumentó a 64.000. El máximo promedio anual (112.000) se alcanza en la primera década del siglo XX. La Primera Guerra Mundial provocó una interrupción de los flujos que se reanudaron a partir de 1920 y que volverán a interrumpirse con la depresión mundial de 1930. Se incrementarán nuevamente con fuerza a partir de 1946 y volverán a bajar a partir de 1952 (Germani, 1962/2010: 494).

³⁸ La población de la ciudad de Buenos Aires pasó de 181.838 habitantes en 1869 a 1.575.814 en 1914. La expansión de los cultivos de cereal contribuyeron al origen de poblados en el centro y sur de la provincia de Santa Fe y luego en la provincia de Córdoba. La ciudad de Rosario pasó de 23.139 habitantes en 1869 a 224.592 en 1914 (Cortés Conde, 2001: 93).

producto del predominio del latifundio que dificultaba el acceso a la tierra³⁹. Los inmigrantes, en lugar de colonos propietarios e independientes se convirtieron en arrendadores de terratenientes y muchos optaron por cambiar de actividad trasladándose a las ciudades. Como indica Graciarena (1986: xvii), a pesar de las excepciones de algunas zonas de colonización (como el litoral santafesino y entrerriano), la dificultad para acceder a la propiedad de la tierra forzó a la gran mayoría de los inmigrantes a permanecer en ciudades y pueblos, reemigrar a otros destinos o retornar a sus países. Entre 1870 y 1914, de los 7 millones de inmigrantes que llegaron al país, casi el 60% retornó a sus países o se dirigió a otros destinos, registrando Argentina una de las mayores tasas de retorno entre los países de alta inmigración (más de 4 millones de personas)⁴⁰. Para el caso de España, que tenía su principal colonia en Latinoamérica radicada en Argentina, la población censada en 1947 se redujo en un 11% respecto a la registrada en 1914 (pasó de 841.149 españoles a 749.392) (Palazón Ferrando, 1991: 218). Así es que el flujo ingente de llegadas, tenía como contrapartida un número importante de salidas de pasajeros extranjeros de ultramar. Si bien no puede asegurarse que se trate en su totalidad de movi­lidades de retorno en lo que respecta a los flujos de salida, Germani (1942/2010: 96) coincide en que “hubo una cantidad bastante elevada de personas que se vieron obligadas a regresar a sus respectivos países a causa de las dificultades insuperables que debieron enfrentar para cumplir sus propósitos de radicación definitiva”.

³⁹ Este aspecto supone una diferencia con el proceso de colonización agrícola norteamericano, que facilitó este acceso con la Homestead Act de 1862. En Latinoamérica la integración del inmigrante en el campo tuvo distintas etapas, hasta 1880 se planificó como un plan de colonización de pequeños propietarios, pero no tuvo éxito, en tanto las extensiones de tierra arrebatadas a la población indígena pasaron a formar parte del sistema de explotación latifundista. Por otro lado, los planes de adjudicación de tierras en base a créditos no funcionaron completamente dada la escasa extensión de tierra otorgada (Beyhaut y Beyhaut, 1986).

⁴⁰ Las tasas de retorno para Latinoamérica se estiman del 40% de los 16 millones que arribaron entre 1850 y 1930 (González Martínez y Merino Hernando, 2006: 20).

TABLA 2.1. PASAJEROS EXTRANJEROS DE ULTRAMAR DE 2ª Y 3ª⁴¹ CLASES QUE SALIERON DE ARGENTINA, POR CADA 100 INGRESADOS EN EL MISMO PERÍODO (1857-1958)

Períodos	Pasajeros salidos por cada 100 ingresados
1857 - 1913	40
1914 - 1920	151
1921 - 1930	38
1931 - 1940	67
1941 - 1946	79
1947 - 1950	14
1951 - 1958	56

Fuente:(Germani, 1962/2010: 497). Elaboración propia.

Veamos ahora las repercusiones que la migración internacional tuvo en relación con los cambios en la estructura socio-ocupacional de Argentina. Entre 1895 y 1915 se introdujo la mecanización de la agricultura y cayó el nivel de empleo en el sector primario. Esto se combinó con un desarrollo incipiente del sector industrial y un aumento de la ocupación en el sector terciario y en la construcción, concentrada en las grandes ciudades del litoral⁴². Como apunta Germani (1970/2010: 226), entre 1880 y 1930 se produce la primera expansión de la industria en Argentina, aunque de forma débil y como un subproducto del desarrollo del sector agroexportador. El aumento del ingreso nacional⁴³ (aunque desigualmente distribuido) y la expansión demográfica por la inmigración incrementaron la participación en el consumo y contribuyeron a la emergencia de un mercado interno. La prosperidad y expansión económica de aquel período tuvo efectos sobre las características de la estructura social y contribuyó a la formación de estratos medios que se extendieron particularmente en relación con el desarrollo del sector “terciario” (comercio, transportes y servicios). En resumen:

“La economía primaria de exportación, conjuntamente con la inmigración masiva, la modernización del estado, las inversiones infraestructurales –particularmente en los transportes–, la expansión de la educación primaria, y los efectos asociados a todos estos cambios, en particular la urbanización y el estímulo producido por la ampliación del mercado, y la consiguiente expansión industrial y del sector de servicios, todo esto contribuyó a modificar sustancialmente el sistema de estratificación social, con el

⁴¹ La ley Avellaneda, de 1876, definía “inmigrantes” a aquellos que viajaran en 2ª y 3ª clase, como indicador de medios económicos limitados (Cook Martin, 2006: 576). Esta consideración ha sido un límite para medir los procesos de retorno también en otros casos, como el de los griegos desde Estados Unidos (Saloutos, 1956).

⁴² En 1914 habían nacido fuera del país el 62,1% de los trabajadores del comercio, el 44,3% de la industria y el 38,9% del sector agropecuario. Estos porcentajes eran muy inferiores en la administración pública y el sistema educativo (17,6% y 14%, respectivamente). En 1914, el 60,9% de los trabajadores del sector rural eran extranjeros en la provincia de Santa Fe (Cortés Conde, 2001: 93).

⁴³ En las primeras décadas del siglo XX el ingreso per cápita de la clase trabajadora en Argentina era similar al del Reino Unido (Filgueira, 2008: 33).

surgimiento, en un período sumamente breve, de un modelo muy próximo del patrón de tipo urbano-moderno” (Germani, 1970/2010: 226).

El modelo de acumulación impulsado hasta el momento se verá transformado a partir de la década de 1930 (aunque el sector agrícola crecerá con dificultades hasta 1937) y el desarrollo industrial incipiente producido en décadas anteriores se acelerará a partir del derrumbe de la economía agroexportadora producido por los efectos de la Gran Depresión (desde 1930) y la Segunda Guerra Mundial. El cambio de modelo de desarrollo económico posterior a 1930 terminó por transformar la estructura de clases en Argentina; se produce el fenómeno de “movilización social de masas” y los estratos medios se extienden con especial vigor en las zonas desarrolladas del país, manteniendo una estructura de “sociedad dual” organizada en zonas centrales y periféricas (Germani, 1970/2010: 213,228)⁴⁴. La migración transatlántica se interrumpió a partir de entonces y cobró relevancia la migración interna y de países limítrofes que sustituyó a los trabajadores en la industria (manufactura y construcción). Los residentes del Área Metropolitana de Buenos Aires, hijos de los inmigrantes europeos, ascendieron a la clase media a través de ocupaciones técnicas, comerciales, administrativas y profesionales producto de la expansión educativa⁴⁵.

Migración interna, inmigración limítrofe y emigración incipiente durante el desarrollo del Modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones

En el marco de esta etapa de “crecimiento hacia adentro”, se impulsa el modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI) (Neffa, 2010: 262), proceso que se enmarca temporalmente desde el fin de la crisis de los treinta hasta la dictadura militar en 1976. En términos económicos, el modelo se caracterizó en su primera etapa (hasta 1955) por su fuerte orientación al mercado interno y la aplicación de políticas proteccionistas. El Estado, además de jugar un papel activo en la promoción de la industria nacional, se erigió también en árbitro de las pugnas redistributivas y los conflictos sociales (Kosacoff, 1988: 2). La administración pública, por el incremento de su tamaño y su relevancia, pasa a ser un importante mecanismo de reproducción social de las clases medias. De otro lado, la creciente influencia de los sindicatos resultó

⁴⁴ La diferencia en Argentina entre “centro” y “periferia” queda definida por el autor de la siguiente manera: “El primero lo constituye Buenos Aires y las provincias del *Litoral*; la segunda son la mayoría de las regiones circundantes y algunas de las provincias internas centrales. Pueden distinguirse los diferenciales comunes: la mayor parte de la riqueza, la industria, el PBN, alfabetismo, etcétera, se localizan en la región «centro». La mayor parte del subdesarrollo está en la periferia: pobreza, analfabetismo, desempleo, marginalidad, estructuras económicas arcaicas, la que también es menos moderna en términos de educación, estratificación, movilidad y relaciones interclase, tamaño y tipo de familia” (Germani, 1973/2010: 595).

⁴⁵ “Esta sustitución se llevó a cabo a través del ascenso social (y tasas de fecundidad menores): [...] en 1960 la mitad de los que habían nacido de padres obreros en la ciudad, se habían convertido en clase media y otro 40 por ciento había pasado de empleos no calificados a ocupaciones calificadas” (Germani, 1973/2010: 609).

determinante para el aumento de los salarios reales y la mejora de las condiciones de vida en general de los trabajadores urbanos (mediante el acceso a la educación, salud y vivienda). También se presentan importantes avances en materia de alfabetización y cobertura educativa en todos los niveles de enseñanza (Novick, 1992: 170), aunque con diferencias entre los ámbitos rural y urbano.

En resumen, la estrategia de desarrollo de estos gobiernos priorizó la expansión del mercado interno, el empleo y la redistribución de ingresos a sectores asalariados. A la par que el sector público amplió su participación, se redujo la del capital extranjero mediante la política de nacionalizaciones y el gobierno controlaba el sistema económico subordinando la actividad privada a los objetivos del Estado. El modelo estableció una alianza de clases entre industriales, trabajadores y capital nacional (Novick, 1992: 167-168). Será un golpe de Estado en 1955 (llamado “Revolución Libertadora”) el que interrumpa el segundo gobierno peronista con el fin de poner freno a las políticas justicialistas y establecer una nueva alianza para liderar el modelo, ahora a cargo de los grandes productores agropecuarios y los sectores industriales⁴⁶ de capital extranjero (Novick, 1992: 179).

Es a partir de este momento que se registrarán los primeros saldos migratorios negativos de argentinos/as. Sin embargo, en aquellos años, frente al fenómeno todavía cercano de la “inmigración masiva”, el de la emigración era prácticamente “imperceptible” (Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003: 33). La inmigración ha sido para la Argentina un rasgo “muy esencial y constitutivo desde su formación como sociedad nacional” (Graciarena, 1986: xv). Tanto, que hablar de su incipiente emigración resultaba sorprendente y “paradójico”: “puede parecer insólito porque la Argentina ha sido siempre considerada una tierra acogedora, de promisión, lo que constituye uno de los más arraigados mitos fundacionales vernáculos” (Graciarena, 1986: xv). Argentina no dejaba de ser un país de inmigración –ya que si bien se interrumpieron las llegadas de ultramar, la corriente proveniente de países limítrofes continuó su curso– sin embargo, la tendencia creciente de la salida de argentinos constituía un nuevo fenómeno que revertía la historia del país como lugar fundamentalmente receptor (Lattes, 1986: 13). Jensen coincide en que estos primeros flujos de salida fueron insuficientemente investigados, especialmente aquellos relacionados al exilio político de los peronistas que se produce a raíz de la “Revolución Libertadora”; un territorio poco explorado por los historiadores que no fue leído “como un indicio o un síntoma de nuestra historia colectiva” (Jensen, 2011: 4-5).

⁴⁶ Germani (1970/2010) destacaba que en Argentina se había dado una intensa discontinuidad en la formación de los distintos estratos. Dentro de la clase alta distinguía entre una burguesía industrial “antigua”, establecida durante la primera fase de industrialización, y una burguesía “nueva” surgida a partir de 1930, en la segunda fase. “La primera se hallaba –también en razón del tipo de actividad– más plenamente vinculada y aceptada por el sector agropecuario de la elite, mientras que la segunda halló diferentes dificultades para su aceptación. Esto se repercutió en su posición política, con relación al régimen surgido en 1945, el peronismo, en tanto este grupo empresarial fue bastante favorable al nuevo régimen, mientras la “antigua” clase industrial tendió a alinearse en su contra, es decir en alianza con la oligarquía de origen agropecuario” (Germani, 1970/2010: 237).

Hacia 1960 los procesos económicos, políticos y sociales comentados hasta aquí moldearon la estructura social argentina y dieron lugar a tres rasgos característicos: la movilidad social ascendente, una clase media amplia y una clase trabajadora consolidada; ambas con acceso a derechos sociales y una distribución más equitativa del ingreso (Sautu, Boniolo, Dalle, y Rodríguez, 2010: 83). Sin embargo, el modelo ISI basado en la industria nacional fue cediendo paulatinamente participación al capital transnacional y para finales de la década de 1950, éste ya disponía de un tercio de la producción industrial del país (Kosacoff, 1988: 2). Con el golpe de Estado de 1955 se implementa una política económica liberal y antiestatista que redistribuye el ingreso en beneficio de los grupos previamente afectados por los gobiernos justicialistas; concretamente, la oligarquía rural y los industriales extranjeros (Novick, 1992: 180-181). El Estado reducirá su actividad en el sector de la educación, la salud y la vivienda, al tiempo que implementará políticas asistencialistas para contener el conflicto social.

La segunda etapa del modelo industrializador es conocida como la etapa “desarrollista” (1958-1972). Durante esta fase, se dio una creciente concentración y transnacionalización de la industria (Azpiazu, 1995; Azpiazu, Basualdo y Kosacoff, 1986) y el agente productivo clave pasó a ser la empresa multinacional de alta capacidad tecnológica⁴⁷. En dicho periodo, y sobre todo desde mediados de los sesenta, las empresas transnacionales aprovecharon las posibilidades que ofrecía un mercado interno altamente protegido, “sin que para ello fuera necesaria una nueva oleada de inversiones directas de significación” (Azpiazu et al., 1986: 129). La participación del sector industrial en la estructura de la fuerza laboral disminuyó y se produjo un desplazamiento de trabajadores hacia el sector servicios y la construcción. “Puede decirse que hubo un desplazamiento desde la (pequeña) industria a posiciones sociales análogas en el sector terciario (pequeños propietarios de comercios y servicios)” (Torrado, 2003, cit. en Jiménez, 2011a: 78). En materia de condiciones laborales, se produce una bajada de los sueldos tanto reales como relativos, afectando a los diferentes sectores de actividad y especialmente a los sectores populares e inferiores de la clase media. Por otro lado, gracias a la gratuidad de la educación como herramienta de desarrollo propia del modelo, los niveles de instrucción de la población alcanzan niveles sin precedentes. Pero pronto se rompe la “armonía” entre las demandas del mercado de trabajo y los niveles educativos mediante la “progresiva «devaluación de las credenciales» (aumento de los títulos exigidos para, o disminución de los ingresos devengados por, una misma posición)” (Torrado, s. f.: 2).

⁴⁷ Las características del modelo en términos de política económica fueron la “garantía legal de libre desplazamiento de capitales (condición necesaria para el ingreso de las empresas transnacionales), transferencia de ingresos desde el sector agropecuario hacia el empresariado urbano (inducida a través del manejo de la tasa de cambios y de la imposición de retenciones a las exportaciones), transferencia de ingresos desde los asalariados industriales hacia las empresas transnacionales (mediante la caída del salario real, a través de prácticas represivas), beneficios a actividades industriales (protección aduanera, y otorgamiento de créditos y subsidios), entre otras” (Jiménez Zunino, 2011a: 76-77).

Durante la etapa final del proceso de industrialización, más concretamente entre 1964 y 1973, se experimentó un dinamismo sin precedentes, con un comportamiento positivo de la mayoría de las variables para el sector, tales como el nivel de ocupación, los salarios y la productividad⁴⁸ (Kosacoff, 1988: 3). Sin embargo, a mediados de la década de 1970, se empieza a evidenciar un agotamiento del modelo, cuyas principales limitaciones de tipo estructural podrían resumirse en su acentuado carácter cíclico (que limitaba un crecimiento continuo de la actividad industrial⁴⁹), las restricciones de la balanza de pagos y la persistencia de crisis inflacionarias (Kosacoff, 1988). En los años 1973-1975, tuvo lugar un intento de frenar este declive estimulando la demanda de las clases trabajadoras mediante una política redistributiva. Si bien se dio un aumento de la producción de bienes de consumo no durables, el desempeño general de la economía continuaba en declive.

En términos generales, el contexto socio-histórico de la Argentina estuvo marcado desde 1943 por una constante inestabilidad política producto de las diferencias entre las “nuevas” y “viejas” fuerzas sociales y las consecuentes rupturas del orden institucional. Como resume Ferrer (1977/2015):

“Argentina tuvo cinco pronunciamientos militares desde 1943, resultados electorales que fueron golpes de estado contra el régimen político anterior y varios cambios dentro de los mismos gobiernos militares. El acceso al poder de cada uno de los 17 presidentes de la República desde 1943 implicó casi siempre, un golpe de estado contra la situación preexistente. Los cambios políticos tuvieron su contrapartida en la conducción de la política económica. Desde 1945 el país tuvo 35 ministros de economía y cada relevo significó, generalmente, alteraciones bruscas en la interpretación de los hechos y en las medidas adoptadas” (Ferrer, 1977/2015: 272).

Antes de continuar con los aspectos relativos a la implantación del “modelo aperturista” que –a partir de 1976– reemplazará al modelo ISI, conviene hacer un apunte sobre el estado de la cuestión respecto a la emigración de argentinos/as. El período 1960-1975 puede identificarse como una primera etapa de este fenómeno (Calvelo, 2011). Además de la mención de los saldos negativos que se detectan a partir de mediados de los años cincuenta, a partir de la década del sesenta emergen los primeros trabajos que desde el campo académico comenzaron a estudiar el fenómeno de la “fuga de cerebros” o *brain drain*, en tanto los flujos de salida de aquellos años estaban caracterizados por una alta proporción de científicos, profesionales y técnicos (Bertoncello, 1986: 19). Estos estudios analizaban los motivos de esta emigración en relación con los distintos acontecimientos

⁴⁸ Los aumentos en la productividad dieron lugar a una bajada de los precios y un aumento de la competitividad que trajo consigo una mejora en la participación en las exportaciones. El impulso vino dado en parte por la entrada de firmas internacionales, lo que dio lugar a un salto cualitativo en el que las industrias metalmecánica, química y petroquímica se encontraban entre las más dinámicas. Tuvo lugar también una política de incentivos a la exportación de manufacturas que supuso un impulso adicional a la incipiente vocación exportadora de la industria argentina. La participación en las exportaciones pasó de un 6% en 1965, a un 14% en 1970 y un 24% en 1975 (Kosacoff, 1988: 7).

⁴⁹ La explicación del carácter cíclico de la industria argentina puede consultarse en Heymann (1980).

políticos, económicos y sociales de una época caracterizada por golpes de Estado, restablecimientos democráticos inestables y un aumento de la conflictividad social (Calvelo, 2011: 40). Los principales lugares de destino de estos flujos eran Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa Occidental, aunque tras el golpe de Estado de Onganía en 1966 y la intervención de las universidades, una parte importante de científicos e investigadores que renunciaron a sus cargos se dirigieron a Venezuela y Chile (Oteiza, 1969: 32). Oteiza resumía las principales causas de esta emigración a países más desarrollados por las diferencias de las condiciones de vida y trabajo (remuneraciones, infraestructuras e inversión, estabilidad y reconocimiento social), la mayor movilidad de personas con altos niveles educativos y las políticas selectivas de los países de destino que tenían el objetivo de captar recursos humanos clave para su desarrollo, pero impidiendo la inmigración de carácter masivo. Esta era para Oteiza una de las “paradojas del subdesarrollo”:

“[P]arecería que es poco lo que puede hacerse hasta tanto las diferencias en el grado de desarrollo de los países se eliminen. Por otra parte, para eliminar dichas diferencias en la segunda mitad del siglo XX es imprescindible contar en los países menos desarrollados con el aporte de gran cantidad de personal altamente capacitado; y es justamente este tipo de personal el que tiende a abandonar dichos países. Nos veríamos así enfrentados a una de las muchas paradojas del subdesarrollo, de las cuales es difícil salir sin la ayuda de los países más desarrollados” (Oteiza, 1969: 52).

Según Murias y Luchilo (2005: 8), las investigaciones realizadas en la década del 60 y 70 adoptaban un enfoque “nacionalista” o “intervencionista” y debatían con las posiciones “internacionalistas” —propias de la perspectiva neoclásica sobre las migraciones— enfatizando la importancia de las asimetrías entre los países centrales y periféricos. A estos estudios de corte descriptivo-predictivo y estructural-interpretativos, el trabajo de Portes (1973), *Psicología social de la emigración*, añadirá los aspectos subjetivos y psicosociales como nueva dimensión analítica e incorporará a los estudios sobre el tema la visión de los propios migrantes. En líneas generales, los estudios sobre la emigración y retorno de profesionales argentinos plantean el fenómeno no solamente como un problema social, sino fundamentalmente político, en tanto está relacionado con las imposibilidades de desarrollar en la Argentina un sistema científico integrado, que ofrezca oportunidades profesionales capaces de retener al personal altamente cualificado. Una vez asentado el debate sobre la coyuntura de la emigración de profesionales, a finales de 1950 pasa a ser una preocupación de Estado: se crea entonces una “Comisión Especial de Estudio de la Migración de Científicos, Profesionales, Técnicos y Obreros altamente calificados” en 1965 (Decreto 7558/65). La preocupación por este tipo de emigración se refleja también en la política de población del “Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional” de 1973, donde se enfatiza la importancia de repatriar a los técnicos y científicos argentinos (Novick y Murias, 2005: 15).

En 1974, Sara Pallma publica un estudio pionero sobre este tipo de migración de retorno y analiza las motivaciones de los profesionales argentinos para estudiar en el exterior y posteriormente volver al país⁵⁰. La explicación del aumento de los flujos de salida comparte el marco conceptual con otros investigadores: asimetrías entre el desarrollo de los países centrales y periféricos, pérdida de capital humano para estos últimos y aprovechamiento de los primeros. Sin embargo, Pallma extiende la lógica analítica macro del coste-beneficio que subyace las interpretaciones de la emigración a su análisis del retorno. Partiendo del supuesto de la pérdida de capital humano de los países periféricos –la emigración supone un costo en tanto se pierde la inversión educativa realizada– y del beneficio de estos recursos en los países centrales que disponen de mano de obra cualificada, previamente formada, Pallma plantea que el retorno no compensa completamente estos costes y beneficios. Si bien mediante la experiencia laboral en el extranjero se adquieren nuevos conocimientos y capacidades que podrían revertir en la sociedad de origen frente a un eventual retorno, al beneficio de recuperar ese capital humano habría que descontarle los costos que supone su “resocialización”– la necesidad de reconectarse a pautas generales de vida (profesionales y extra-profesionales) y a la adaptación de conocimientos y capacidades a un escenario diferente–. El beneficio se desvaloriza por la diferencia de infraestructuras entre unos contextos y otros; algunos profesionales en lugar de ser motores del desarrollo científico y tecnológico, no pueden adaptarse a los medios disponibles en el sector público en Argentina y su conocimiento termina siendo no aplicable. Así, el sector privado tiene más posibilidades de aprovechar el potencial humano de los profesionales retornados porque tiene mayor acceso a tecnología avanzada frente a los recursos escasos del Estado (Pallma, 1974: III).

⁵⁰ La investigación, de carácter exploratorio, se basa en los datos recogidos en una encuesta que comenzó a diseñarse en 1971. El informe publicado tres años más tarde presenta un análisis descriptivo de los resultados. Durante 1972 se encuestó a 453 profesionales argentinos que retornaron al país, luego de estudiar en el exterior en la década del 60 durante al menos dos años. El 80% de los encuestados eran hombres. Habían residido en América del Norte o Europa y, en algunos casos, en algún país de América Latina. En el lugar de destino finalizaron estudios universitarios, continuaron estudios de postgrado o de doctorado. El informe de Pallma no pretendía contrastar hipótesis ni desarrollar teorías, sino aportar información exploratoria de utilidad, tanto para investigadores interesados en el tema como para el diseño de políticas públicas.

Una décima parte

Yo, en teoría volvía con un trabajo, casi seguro. Que ese es otro tema, ¿viste? Acá todo el mundo te dice «sí, sí, ya está... ya está, ya está...» Llegué acá y bueno, sí, ya está, pero hay que esperar porque la convocatoria no se abre hasta dentro de cuatro meses, hubo un problema... Era en un hospital público, estaban haciendo un trabajo con células madre y había una posibilidad de hacer una colaboración y trabajar a nivel científico ahí.

Mientras tanto yo ya tenía hablado, por las dudas, con un amigo de mi viejo que tenía una empresa que me dijo: «mirá, esto no es lo tuyo, pero si tenés algún problema, trabajo acá hay. Vos sabés sumar, sabés restar, algo podemos encontrarte». O sea, que por lo menos me volvía tranquilo en ese sentido, si la parte científica no funcionaba, algo tenía para buscarme la vida y empezar.

Entonces, lo que hice un tiempo en esta empresa estaba bien pago, tampoco era indigno. [...] Y lo del hospital se cayó... sí, yo empecé a trabajar pero no veía un mango, aparte era un proceso bastante complicado, porque bueno, yo estaba acostumbrado a trabajar de una forma que me decían: «bueno, el proyecto es este, hay que hacer esto, hay que cumplir estos plazos, hay que armar los protocolos experimentales, hay que ver el detalle de los reactivos que se necesitan, los equipos, qué gente vas a necesitar, qué sector vas a usar, qué científico vas a contratar, qué unidades se van a determinar». Yo llenaba todo ese papelerío, que estaba noches sin dormir, y decían: «bueno, en esta cuenta tenés la plata». Empezás a comprar, a la semana tenía todo y empezaba a trabajar.

Acá me dicen: «no, no, no, acá tenemos que pedir a ver si nos autorizan comprar una décima parte de todo eso que necesitás, empezar con eso y cuando tengamos eso les decimos que necesitamos comprar lo otro porque si no, no sirve». Entonces... empezás a ver que todo funciona de otra manera y

que la investigación acá, a ese nivel, se lleva a cabo con un esfuerzo mucho más grande y a pasos mucho más lentos.

Entonces me dije, ¡uh! acá por ahí la parte científica, propiamente dicha, no me interesaba mucho. Yo ya quería irme a trabajar a una empresa. Porque aparte yo estoy en una interfase entre la ciencia básica y la aplicada, que es la transferencia de toda esa tecnología y para eso necesitás recursos, no hay otra manera de hacerlo, no puedo quedarme jugando en el laboratorio a ver qué pasa, ahora lo miro así, ahora lo miro asá. O sea, es otro tipo de investigación. Y en la empresa, acá, sí que eso se puede hacer porque hay empresas grandes que necesitaban todo lo que yo hacía. En un marco empresarial, que no es tan interesante, no es tan riguroso, no se publica tanto, pero es viable, te pagan bien y a la larga tenés más beneficios que en el campo académico. O sea, muchos más beneficios, porque económicamente es diez veces más rentable.

Apenas llegué al hospital, cuando me explicaron todos los pasos que tenía que hacer para poder pedir esa plaza yo dije, no, esto es una locura. Tenía muy buena relación con la chica que lleva toda la parte científica y le dije, mirá, yo te doy una mano en todo lo que quieras, voy a dar todas las charlas que quieras, te ayudo con todo lo que quieras pero no, no me veo acá, haciendo carrera, te digo, sinceramente. Bueno, me entendía perfectamente, iba todo muy demorado. Entonces quedamos en una muy buena colaboración, yo de hecho hice algunos experimentos de mi tesis ahí, hice presentaciones, trabajé con ellos, ellos me ayudaron mucho, me contactaron con otra gente de mi campo de investigación, pero yo sabía que no me interesaba y me empecé a dedicar más a la búsqueda profesional en empresas. Me sentía más cómodo en una empresa.

David, 33 años, E32, 2012.

Otro aspecto de este estudio que interesa resaltar es que Pallma establece una diferencia entre la categoría de “emigrante” y “estudiante”, en tanto no se concibe la movilidad por motivos académicos como parte de un “proyecto emigratorio”. Según Pallma (1974: 7): “[L]os proyectos como futuro emigrante actuando en la decisión de estudiar en el exterior aparecen en porcentajes muy bajos [...]. Los proyectos emigratorios no parecen tener importancia en la decisión de estudiar en el exterior.” Sin embargo, a pesar de establecer esta distinción, la autora plantea que esa primera experiencia en el extranjero podría constituir una preparación para futuras estadías con objetivos laborales y que “es a través de este mecanismo que se produce el drenaje de los no retornados” (Pallma, 1974: 13). Con este apunte, Pallma identifica un mecanismo concreto que pone de relieve la dimensión dinámica y procesual de las trayectorias migratorias, considerando a los “profesionales retornantes” que habían residido más de dos años⁵¹ en el exterior como “potenciales emigrantes”. Las dificultades encontradas en el retorno en relación con la diferencia entre sistemas científicos, la carencia de infraestructuras y recursos así como la inestabilidad de la carrera académica se identificaban como factores de influencia para estas futuras reemigraciones.

“Si se agravara la situación laboral en Argentina con pérdida de las posiciones adquiridas y, por otro lado, se diera una mejora en la demanda en el mercado internacional, la emigración adquiriría un volumen mayor como lo revelan las actuales intenciones de los encuestados” (Pallma, 1974: 60).

Desde entonces se hacía referencia en el análisis a la inestabilidad y la crisis del contexto político y económico como un factor relevante que podía determinar las decisiones de aquellos que manifestaban deseos de emigrar. Aunque los “motivos familiares” y el “patriotismo” estaban entre las razones más frecuentes para permanecer en Argentina, aproximadamente la mitad de los encuestados en este estudio estaban insatisfechos con algún aspecto de su trabajo actual y con la falta de oferta laboral en el mercado de trabajo.

El exilio político y la emigración económica con la implantación del modelo aperturista

Con el golpe de Estado de 1976 que derroca al gobierno constitucional peronista (1973-1976), se inicia la dictadura que durará hasta 1983 e implantará el “modelo aperturista”. La junta militar, bajo el argumento del carácter fallido de los gobiernos democráticos y el fracaso del Estado de bienestar, instaurará violentamente el nuevo modelo neoliberal. Novick (2008) distingue tres características que diferencian esta etapa de las experiencias militares previas:

⁵¹ El desfase entre el tiempo de permanencia proyectado en el exterior y la duración efectiva de la estadía ya se identificaba en este estudio sobre el retorno. El 75% de los profesionales pensaba permanecer en el exterior uno o dos años, y casi el mismo porcentaje declara haberse quedado entre dos y cinco años en el lugar de destino (Pallma, 1974: 13).

“(a) el mercado internacional desplaza al mercado interno como eje fundamental del proceso económico; (b) el proceso industrializador sustitutivo de importaciones iniciado durante la década de 1920 se declara agotado, y se impulsa una premeditada desindustrialización fundada en posiciones antiestatistas; (c) el Estado sufre una profunda transformación: se privatizan sus bienes, se desprende de sus responsabilidades sociales y expande las actividades de control interno y policiales” (Novick, 2008: 137).

De acuerdo con Minujin (1992: 20), cierto es que el Estado de bienestar en la Argentina se había implantado parcialmente —en tanto dejaba todavía al descubierto importantes áreas sociales y grupos de población— sin embargo, en lugar de mejorar su accionar, su cuestionamiento fue el pilar de “una política de desarticulación explícita”. La política económica dio un giro copernicano, pasando a un esquema de total liberalización de acuerdo con doctrinas económicas basadas en la confianza en la asignación perfecta de recursos del mercado, y la intervención estatal es concebida como factor disruptivo de dicha asignación. El paquete de medidas incluyó la desregulación de los mercados, la eliminación de subsidios y la apertura externa mediante la disminución de los aranceles proteccionistas y la liberalización de los mercados financieros ⁵². Se transitó, abruptamente, de una matriz productiva basada en la industrialización a otra sustentada en la valorización financiera (Basualdo, 2001: 13). Según Kosacoff (1988: 8), “se liberó del control oficial a la tasa de interés”, pero “no se generó un mercado de capitales de largo plazo que atendiera a la inversión, sino uno de corto plazo caracterizado por su esencia especulativa y de redistribución regresiva de riquezas”.

Las promesas de estabilización, crecimiento económico y prosperidad del nuevo modelo se vislumbraban más esquivas de lo esperado. Sobre todo a partir de 1978 se acentúan los esfuerzos de profundización de la apertura económica, mediante medidas de igualación de las tasas internas y externas de inflación y tipos de interés. Junto a la política arancelaria, el nuevo marco traería consigo una asignación de recursos que incrementaría la productividad, haría desaparecer los sectores ineficientes y aflorar aquellos con ventajas comparativas a nivel internacional (Kosacoff, 1988). Sin embargo, el plan resultó lejos de ser exitoso⁵³. La apreciación del peso incentivó la entrada de

⁵² La reforma financiera tuvo lugar en 1977 y acababa con una larga tradición de otorgamiento de créditos al sector industrial con tipos de interés reales negativos que situaban al sector en una posición privilegiada. Esta reforma “fue el primer paso hacia una modificación drástica de la estructura económico-social resultante de la fase de sustitución de importaciones. Durante los primeros años (1977 y 1978) dicha reforma se articuló con dos sucesivas políticas de corte monetarista que estuvieron orientadas, según sostuvo la conducción económica, a controlar el proceso inflacionario y que resultaron en sendos fracasos. Se trató de la política monetaria ortodoxa consistente en la contracción de la base monetaria (vigente entre junio de 1977 y abril de 1978) y aquella sustentada en eliminar las expectativas de inflación (entre mayo y diciembre de 1978). Durante esos años, la inflación expresó la pugna entre las distintas fracciones del capital por apropiarse del excedente que perdieron los asalariados desde el golpe militar mediante la espectacular caída de sus salarios” (Basualdo, Nahón, y Nochteff, 2005: 13).

⁵³ Siguiendo a Kosacoff (1988, 10), “en los bienes transables con el exterior el ajuste fue lento e imperfecto, mientras que en los bienes no transables los mecanismos previstos no tuvieron los efectos esperados. La evolución de la tasa de interés interna fue altamente afectada por una sobretasa creciente motivada por la incertidumbre y los elevados costos de la intermediación financiera. Por su parte, el tipo

productos importados y capitales especulativos –atraídos por los altos tipos de interés– así como el correspondiente incremento del endeudamiento con el exterior. La situación de la balanza de pagos hacía inminente una devaluación del tipo de cambio, de manera que “las primas de riesgo por la colocación de capitales externos se elevaron considerablemente, con el consiguiente aumento de las tasas de interés” (Kosacoff, 1988: 10).

El sector industrial no pudo tener un contexto más adverso. El tipo de cambio no favorecía la competitividad, ni interna ni externa, y el coste de la financiación llevó a muchas empresas al sobreendeudamiento. El alto nivel de impagos también afectó a muchas instituciones financieras y las fuertes tensiones inflacionarias diezmaron a las clases menos favorecidas, disminuyendo también su contribución a la demanda interna. De forma excepcional, a partir de 1982 se ponen en marcha medidas de financiamiento de las empresas a tipos de interés regulados, se introdujeron restricciones a las importaciones y el Estado asumió parte de las deudas del sector privado mediante seguros de cambio, lo que en la práctica significaba una vuelta a las condiciones de protección del sector industrial (Kosacoff, 1988). Pese a ello, el balance general puede resumirse en que la Argentina vivió un proceso de desindustrialización, con una caída de la producción industrial del 20% entre 1975 y 1982, que a su vez supuso una reconversión de la matriz productiva hacia un modelo con mayor predominio de grandes empresas, con alta participación del capital transnacional y baja capacidad de generación de empleo, desarrollo de mercados oligopólicos en la manufactura y expansión del sector servicios, especialmente de aquellos de bajo valor añadido (Kosacoff, 1988).

La transformación del modelo trajo consigo un profundo cambio en la configuración de las clases sociales del país, que selló la impronta de la estructura en los años por venir. Desde mediados de los años setenta se abre una etapa que, como indica Minujin (1992: 16), estará signada por la polarización y la heterogeneidad; aumentan los privilegios para una minoría, se profundiza la pobreza para los grupos que ya sufrían carencias y se dispersan los sectores medios, empeorando sus condiciones de vida. En este sentido, “el conjunto de los pobres se complejiza, con la incorporación de otras familias, algunas ex «pobres estructurales» que retornan a una indigencia que habían logrado abandonar y otras provenientes de los sectores medios, integrantes de los «nuevos pobres»” (Minujin, 1992: 16). Este proceso de deterioro se pone de manifiesto en la variación de algunos indicadores a lo largo de aproximadamente tres décadas, como aquellos relativos a la distribución del ingreso y el incremento de la pobreza: “mientras que en 1974 [el] 20% más rico de los hogares tenía un ingreso que era 4,3 veces el del 20% más pobre, en 2003 esa cifra había llegado a 8.9 veces. La población bajo la línea de pobreza, por su parte, pasó de 4,4% en 1974 a 51,7% en 2003” (Beccaria y González, 2006: 117).

de cambio que estaba prefijado con una previsión inflacionaria menor se caracterizaba por una permanente subvaluación de las divisas”.

El rasgo inaugural de este proceso de deterioro en los primeros años de la dictadura fue una importante disminución de las remuneraciones (Beccaria y González, 2006: 117). Kessler y Di Virgilio (2008: 38) explican que “la nueva pobreza fue en sus comienzos el resultado de una contracción salarial más que de una pérdida de lugar en el mundo del trabajo”. Estas medidas fueron parte de las políticas de “disciplinamiento social” y afectaron especialmente a los/las trabajadores/as de la industria manufacturera: “el salario real en ese sector en 1977 equivalía a sólo 66,3% del de 1975” (Azpiazu et al., 1986: 112). Como bien resume Novick (1992: 180) al referirse a la institucionalidad política de aquel entonces: “[e]s un Estado policial represivo que recurre no sólo a la persecución política, sino también a un acorralamiento económico de los sectores populares”.

Durante esta etapa, paralelamente, disminuirá la población activa en relación con factores de tipo demográfico, pero también con la emigración de argentinos en edad activa y las políticas migratorias restrictivas respecto a los países limítrofes. De acuerdo a los datos del Censo de 1980, la población total era de 28 millones de habitantes, de los cuales un 6,8% eran extranjeros. Entre estos últimos, un 39,6% eran inmigrantes de países limítrofes (Novick, 2008: 137). A este respecto, mientras los gobiernos constitucionales legislaron la cuestión migratoria mediante decretos de excepción (realizando periódicamente amnistías que permitían la regularización), los gobiernos militares introdujeron cambios en las leyes siempre orientadas al diseño de políticas restrictivas del ingreso de inmigrantes limítrofes y a la ampliación de la capacidad de control y expulsión del Poder Ejecutivo. El rasgo distintivo de la última dictadura militar fue directamente derogar la Ley Avellaneda y suprimir toda la normativa anterior, para pasar a legislar el fenómeno con la nueva “Ley General de Migraciones y Fomento de la Inmigración” (Ley 22.439) “desde y casi exclusivamente una visión policial” (Novick, 1992: 188).

En cuanto a la salida de población argentina, ya se ha mencionado que esta se incrementa en años previos a la última dictadura militar; especialmente a partir de 1969 producto de la escalada de violencia política y la profundización de la polarización ideológica. La tendencia creciente se mantiene durante el último gobierno peronista y se exagera con el exilio político masivo producto del terrorismo de Estado a partir de 1976. Es en estos años que los flujos migratorios comenzarán a dirigirse a España, entre otros destinos (como Venezuela, México, Brasil, Francia, Italia, Alemania, Suecia, Estados Unidos y Canadá). Además de los motivos lingüísticos y culturales, las relaciones tejidas a partir de la emigración masiva de españoles a Argentina hasta 1930 y los flujos producto del exilio republicano durante los años 40 y 50, fueron algunas de las razones que orientaron los flujos de salida (Jensen, 2011: 12; Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003: 35). Si bien esta corriente migratoria estuvo compuesta mayoritariamente por exiliados políticos, como apuntan Mira Delli-Zotti y Esteban (2003: 36), también emigraron personas que si bien no se consideraban víctimas de la represión auguraban un futuro sombrío para el país. Se estima que para 1984 unas 60 mil personas se asentaron entre Madrid, Barcelona, Granada y Baleares, según datos aportados por los consulados argentinos en distintas ciudades de España, una cifra muy

superior a las arrojadas por los resultados censales (Colectivo IOÉ, 1987: 138). La mayoría eran jóvenes, entre 20 y 35 años. Algunos eran estudiantes universitarios, otros partieron en núcleos familiares, con hijos menores. Entre ellos había trabajadores cualificados, sindicalistas, periodistas, artistas y otro tipo de profesionales del mundo de la cultura (Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003).

En resumen, el período que se abre en 1976 no hace más que incrementar fuertemente la tendencia de emigración de nativos que llevaba registrándose durante las dos décadas previas. Según estimaciones directas del Registro de Entradas y Salidas de la Dirección Nacional de Migraciones de Argentina realizadas por Bertoncello y Lattes (1986: 30-34), en el período 1955-1984 calculan que la emigración de argentinos osciló entre 684.494 (estimación máxima) y 552.009 personas (estimación mínima). El fuerte incremento de la emigración durante la década de 1970 se observa en la evolución de los *stocks* que los autores estiman en 118.724 personas para septiembre de ese año y entre 314.253 (estimación máxima) y 218.687 (estimación mínima) para octubre de 1980. Para el caso específico de España, de acuerdo a los datos que aporta Schkolnik (1986: 52), mientras en 1970 el censo contabilizó 7.784 argentinos, en 1980 este número ascendía a 13.077 personas. Como apuntan Actis y Esteban (2007:222), para 1986, año que incluye ya un proceso de regularización, se contabilizaban en España 20.000 personas con nacionalidad argentina, muchas habían llegado en años anteriores pero no figuraban en las estadísticas en tanto residían en situación administrativa irregular.

Retornos: de la democracia y del exilio

El gobierno democrático se encuentra, en 1983, con una herencia desoladora. La persistencia de los procesos inflacionarios, la aguda crisis fiscal y el alto nivel de endeudamiento externo configuraron la complicada ecuación económica a resolver. El contexto de crisis profunda de los años ochenta, que se dio a conocer como “la década perdida”, afectaba a la región en su conjunto y los organismos financieros internacionales –Banco Mundial (BM) y Fondo Monetario Internacional (FMI)– concedieron créditos con el supuesto fin de generar los recursos para saldar una deuda que, lejos de menguar, se hacía impagable. En la Argentina, en lugar de destinar los recursos financieros a inversiones productivas que incrementaran las rentas necesarias para romper la espiral de endeudamiento, estos se orientaron a inversiones especulativas propias del modelo, así como a cubrir una parte del servicio de la deuda, soportada por el sector público. Especialmente desde 1979 se generaron niveles inéditos tanto de endeudamiento externo como de fuga de capitales. La deuda externa acelerada por el sector privado se transfirió posteriormente al Estado, proceso implementado bajo la dictadura militar y continuado en el posterior gobierno constitucional hasta 1988 (Basualdo, Nahón, y Nochteff, 2005).

El estancamiento productivo y la inestabilidad macroeconómica marcaron la década de los ochenta. El PIB era en 1990 un 10,9% inferior al de 1980 y los niveles de inflación fueron muy elevados en dicho período, alcanzando en ocasiones picos hiperinflacionarios (Beccaria y González, 2006: 101). A mediados de 1985 se puso en

marcha el Plan Austral, que incluía una serie de medidas destinadas a controlar los precios y el nivel de los salarios, sin embargo, “se inicia luego un crecimiento que hace que en los años sucesivos la inflación sea de 81,9% (1986), 174,8% (1987), 387,7% (1988) llegando en 1989 a ser de 4.923%” (Minujin y López, 1994: 95). Este escenario tuvo un fuerte impacto en las economías domésticas. En el período 1986-1989 se cuadruplicó el número de hogares pobres en ingresos, pasando del 9% al 36% (Minujin y López, 1994: 98). La inflación durante la década de los ochenta fue una de las principales causas del incremento de la “nueva pobreza”. Como resumen Kessler y Di Virgilio (2008: 32), “entre 1980 y 1990 los trabajadores en su conjunto perdieron alrededor de un 40% del valor de sus ingresos”. A la caída de los salarios, hay que sumar también el incremento de los puestos de trabajo no registrados, de la subocupación y la desocupación (Beccaria y González, 2006; Minujin y López, 1994). En este período se constata ya la tendencia a la que se orientó el mercado de trabajo, dentro del cual se incrementa el trabajo por cuenta propia, en detrimento del industrial y agrícola. La consolidación de una economía de servicios no implicaba movilidad estructural ascendente, en tanto no necesariamente significaba mejoras en las remuneraciones, la calidad de los puestos de trabajo y los beneficios asociados a esas posiciones (Kessler y Espinoza, 2007: 268-269).

Fue este el contexto en medio del cual se desarrolla el retorno del sistema político democrático a la Argentina, así como también el retorno de los exiliados. Para estos últimos, el cambio político significó enfrentarse al dilema de si quedarse donde estaban o regresar al país, un debate que comenzó a plantearse a inicios de los 80 (Lastra, 2013), cuando el poder de la dictadura muestra sus fisuras con el deterioro de la situación económica a partir de 1981 y especialmente tras el desastroso resultado de la guerra por la recuperación de las Islas Malvinas contra el Reino Unido en 1982 (Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003: 37). Tras el resultado de las elecciones en 1983, se forma a mediados de 1984 la Comisión Nacional para el Retorno de los Argentinos en el Exterior (CNREA), organismo estatal creado para fomentar el regreso de los/las argentinos/as al país. Se implementaron programas de ayuda asesorados por esta Comisión, y administrados por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el Comité Intergubernamental para las Migraciones (CIM) y otros organismos no gubernamentales⁵⁴. El incremento y aceleración de los flujos de retorno a partir de 1983 y 1984 evidenció también los aspectos problemáticos de estas experiencias, ya fueran de índole administrativa, como también otros de “ajuste psicológico y social” a la realidad que en aquel entonces atravesaba el país (Cazaux y Léporé, 1985; Maletta y Szwarcberg, 1985). Según la investigación de Maletta y Szwarcberg (1985: 34) la mayor parte de quienes retornaron (ya fueran exiliados políticos o emigrantes por motivos económicos o profesionales) consideran que contaban con información “correcta” respecto al contexto argentino en el momento de

⁵⁴ Véase Mármora y Gurrieri (1988) para un análisis pormenorizado de las limitaciones que han afectado a la implementación de estos programas de forma comparativa para el caso de Argentina y Uruguay.

regresar, mientras que otra parte obró basándose en estimaciones “excesivamente optimistas”. Así fue que:

“la mala situación económica argentina, con la coincidente dificultad para encontrar trabajo era un dato conocido por la mayoría y que no jugó un rol importante en la decisión de volver. En general, los emigrados conocían la situación y decidieron volver pese a todo (solo un tercio de los no políticos se manifiesta desilusionado en cuanto no hallaron una situación tan buena como esperaban, apreciación compartida por una quinta parte de los exiliados)” (Maletta y Szwarcberg, 1985: 34).

Las dificultades económicas no disuadieron a las/los emigrantes de tomar la decisión de regresar al país, sin embargo, afectaron sus procesos de reinserción. La mitad de los participantes en ese estudio evaluaban su situación como peor a la que tenían en el extranjero y un porcentaje similar declaró el deseo o la intención de emigrar nuevamente. Ya en este informe publicado en 1985, los autores identificaban casos de reemigraciones o viajes exploratorios que finalmente no se concretaban en retornos definitivos y también reconocían que el retorno fue, en cualquier caso, minoritario respecto al número de personas que había emigrado (Maletta y Szwarcberg, 1985: 57). Estos aspectos fueron resaltados en otras investigaciones que sostienen que, por ejemplo para el caso particular de España, más que un “fuerte flujo de retorno” lo que se produjo fue un “goteo” de regresos, a los que se sumaba “una vuelta hacia España de bastantes de ellos ante la gravedad de la situación socioeconómica en Argentina” (Colectivo IOÉ, 1987: 138).

Movida

Yo me crié en Venezuela, me fui a los tres años. Época de dictadura, padres exiliados y, la típica, me crié afuera. Cuando volvió la democracia, ellos volvieron, así que yo volví también. Estuve siete años. Volví a los diez, estuve veinte años acá y después, a los treinta, me fui yo a Barcelona, por mi cuenta [...]

Mis viejos estaban rodeados de argentinos en Venezuela y me acuerdo que estaban todos a la expectativa de las elecciones, si ganaba Alfonsín era la vuelta de la democracia y era obvio que todos se volvían... Sí, es que para mí, yo ya... por eso digo, ahora volví acá, pero eso no quiere decir... en mi caso no... Mi viejo ya es la tercera migración que hace. Ahora está acá, pero bueno, la primera vez fue esa, la de Venezuela. Después estuvo en Madrid a finales de los 80. Y ahora, hace poco, es la segunda vez que estuvo en Madrid, tres o cuatro años. Volvió el año pasado. [...]

Para mí fue un error que ellos volvieran. Porque estaban... bueno, mi viejo trabajaba en teatro y acá para él fue imposible enganchar, el país salía de una dictadura militar, no era una situación normal. No. Y él no pudo volver a trabajar acá; sí en otra cosa, pero no en algo que le gustara. Y después en el 89 vino la hiperinflación, también hubo un movimiento... Bueno, cuestión que estábamos en la lona, digamos. [...]

Cuando volvimos de Venezuela... mis viejos no tenían casa, no tenían nada. Y ahí sí, tuvimos apoyo de la familia de mi padre. Estaban todos ahí viviendo cerca. Y medio nos repartimos; mi hermana y yo estábamos en lo de mi tía, mis viejos en lo de mi abuela, hasta que mi viejo consiguió trabajo. Me acuerdo que mi viejo estaba feliz, porque era un trabajo estable, con un sueldo, pero no le gustó mucho la idea de volver, me parece... Y eso que era joven, no tenía ni cuarenta años cuando volvieron. Sí, ¡tenía treinta y cinco años! ¡Más chico que yo ahora! Y

hasta ahí llegó, hasta los treinta y cinco todo bien y después no se recuperó nunca más. [...]

Fue un desastre, en el sentido familiar, un caos. Porque mi viejo en Venezuela había trabajado mucho con un argentino, que también había vuelto en el 84, pero apenas volvió, vio que no y se fue a Madrid con su familia. Entonces mi viejo decidió ir para volver a trabajar con él. Pero, creo que no resultó en Madrid, no como en la época de Venezuela. Y él, me parece que, emocionalmente, estaba quebrado [...] Y nosotras, nos quedamos en la lona. Mi vieja estudió pero nunca trabajó, hasta el momento que mi viejo se fue a Madrid. O sea, mi vieja se quedó con nosotras dos, adolescentes, sin un centavo. Empezó a trabajar en una empresa, no sé cómo lo consiguió. Igual, duró poco. [...]

Yo tenía quince años... él se fue en el 89 y volvió tres años después. O sea, ellos estuvieron esos tres años con la idea de que nos íbamos nosotras tres para allá, pero eso nunca ocurrió. Sólo fue mi hermana, como primera enviada, digamos... Estuvo tres meses y decidió volverse, no se quiso quedar. Tenía quince o dieciséis. La sacaron del colegio, la mandaron para allá, a mi hermana no le gustó nada, aparte mi viejo estaba de última, un desastre total. Normal. Yo había empezado a trabajar, cuando iba a la escuela, un trabajo así eventual. Vendía revistas... en el colectivo. Muchos de mis compañeros lo hacíamos.

Y ahí, bueno, mis viejos se dieron cuenta que no iba la cosa, entonces mi viejo decidió volver, habían pasado tres años. Eran otras épocas, no había internet. Era teléfono, cartas, otra cosa. Durante tres años nadie fue, ni volvió. Y bueno, mi viejo volvió bastante mal, fue un año en cama, deprimido, y bueno, al final se separaron. Creo que cuando volvió mi padre, ella no... a mí me parece, o sea... mi interpretación; ella me parece que ya no se aguantó la situación, ni el estado en el que estaba mi viejo, y bueno, decidió separarse [...]

Y en el momento en el que ellos se separan yo me voy de mi casa también. Tenía diecinueve o veinte años. Y ahí fue que la familia... Yo me fui a vivir con un novio, yo me quería ir de la casa, él también, y dijimos, nos vamos. Y bueno, después habré estado diez años más acá... y a los treinta decidí ir a Barcelona. [...]

Llegué agotada, hecha mierda. Quemada. No, yo igual, estoy quemada, bueno, ya voy a estar de por vida [*llora*] [...] Yo nací y a los tres años ya estaba en Venezuela. Yo ya siento que estoy como movida de lugar, que no, no, no... no tengo un... no es que crecí acá, como otra gente que nació en Argentina y que eventualmente decidió ir a España, vivió diez años, decidió volver y está en Argentina de vuelta. Fue y volvió. Pero yo ya me crié exiliada, mi infancia fue un exilio, después me fui por mi cuenta a España, porque tenía ganas y volví.

Y ahora, digo, bueno, no sé, yo ya no sé si estoy acá, allá... no sé. Yo extraño un montón Barcelona, me encantaría volver. O sea, yo siento que Barcelona es mi lu... yo ya cuando me fui a Berlín, extrañaba Barcelona, dije, pero ¿qué hago acá? [...] Pero bueno, sacando ese tema de lado, yo estoy contenta acá, tenía ganas de volver, me gustaba la vuelta... Me pareció como interesante la vuelta, porque yo nunca había pensado volver, no estaba en mis planes volver jamás y en un momento sí, lo empecé a pensar y sí, volví, y no sé, me gustó, porque es como que se cierra... me gusta ver las cosas desde distintos puntos de vista.

Tenía ganas de volver a mi casa también, y estando allá lamentaba: pero ¿nunca voy a volver a mi casa a vivir? [...] Igual, yo acá me siento en casa, sí, este es mi... y Barcelona también, pero yo no sé, en Barcelona no tengo una casa, y mis amigos de allá ya se fueron, tampoco tengo gente. Pero acá sí. En Barcelona sí me sentiría como en casa, igual acá capaz más, porque bueno, acá viví veinte años, en Barcelona cinco. Acá tengo más historia.

Elisa, 39 años, E44, 2014

Quienes investigaron el fenómeno del retorno de aquellos años⁵⁵ no olvidan que durante 1983 e incluso 1984, cuando el número de retornos fue mayor, la Dirección Nacional de Migraciones arrojaba un saldo migratorio negativo de argentinos, es decir, las salidas de los nativos eran superiores a las entradas. Según datos aportados por Bertoncello y Lattes (1986: 31), el saldo de argentinos en el año 1983 fue -75.714 y en 1984 -56.055. “La crisis económica sigue produciendo un drenaje de recursos humanos, que supera al reingreso por retorno”, afirmaban Maletta y Szwarcberg (1985: 57). Aunque al iniciarse el período democrático se redujeron las salidas, coexistieron desplazamientos en ambas direcciones (Actis y Esteban, 2007: 225). Las estimaciones de saldos quinquenales elaboradas por Lattes, Comelatto y Levit (2003: 87) arrojan para el período las siguientes cifras: -93.221 entre 1980-1984, cifra menor a la del quinquenio anterior que coincide con el inicio de la dictadura (-114.352 entre 1975 y 1979); y -6.693 entre 1985 y 1989, valor que se incrementa nuevamente en el quinquenio 1990-1994 hasta -75.777 y alcanza los -127.532 entre los años 1995 y 1999.

Ante el agravamiento de la crisis de la deuda a finales de la década del ochenta, los organismos internacionales de crédito condicionaron la financiación a las políticas de ajuste, en el caso del Fondo Monetario Internacional, y a la ejecución de reformas estructurales indicadas por el Banco Mundial. En el marco de los procesos de desestatización de las economías latinoamericanas como eje de la reestructuración regional (Azpiazu y Vispo, 1994: 129) los países deudores, como Argentina, debían orientar sus políticas a la apertura comercial, la privatización de las empresas públicas y el recorte de los presupuestos estatales con el fin de afrontar los pagos de capital adeudados y los servicios de la deuda externa. Tales medidas, junto con el comportamiento de los bancos acreedores, terminaron por ahogar la administración de Raúl Alfonsín en una crisis hiperinflacionaria cuyo desenlace fue un recambio anticipado del gobierno (Basualdo et al., 2005: 15).

En este escenario se abre una nueva etapa marcada por la emigración de argentinos/as que desde entonces estará asociada a fenómenos eminentemente económicos, en tanto las salidas no estarían ya marcadas por la persecución política y el terrorismo de Estado que caracterizaron a la última dictadura militar –en sus formas de prisión, eliminación física y secuestros clandestinos (Mármora y Gurrieri, 1988: 469)–. Este cambio en los motivos que impulsaban la emigración se puso de manifiesto también en el perfil, ahora más diversificado, de quienes optaban por dejar el país. Como explica Calvelo (2011: 52), movidos por la incertidumbre, emigran “distintos estratos de la clase media, trabajadores especializados y manuales, profesionales, pequeños comerciantes y jóvenes universitarios”. Dentro de este nuevo flujo de emigrantes, quienes se dirigieron a España en el período 1989-1991 presentaban un leve predominio masculino, y aquellos que tenían nacionalidad española eran mayores que aquellos con nacionalidad argentina. Asimismo, el nivel educativo descendió respecto al del flujo anterior (aumenta el

⁵⁵ Algunos artículos presentan los resultados de estudios de caso, por ejemplo, del retorno del exilio desde Venezuela o México (Bidegain, 1987; Margulis, 1986; Pellegrino, 1986).

porcentaje de personas con estudios primarios e inferiores y desciende en el nivel secundario) y los lugares de asentamiento también se diversifican; además de los tradicionales destinos (Madrid y Barcelona), gana importancia entre los/las argentinos/as Málaga, Alicante, Islas Baleares e Islas Canarias (Actis y Esteban, 2007: 226-227).

En definitiva, el incremento de las salidas de argentinos/as que se registra a finales de los ochenta será producto de los efectos desastrosos que tuvo el episodio hiperinflacionario. Este evento inaugurará una tendencia de la emigración de argentinos/as que se sostendrá (aunque con algunas variaciones) a lo largo de la siguiente década. Son significativas las estimaciones intercensales de saldos migratorios de población nativa⁵⁶ realizadas por Calvelo (2010) para los períodos 1980-1990 y 1991-2001: mientras que en el primer período el saldo migratorio alcanzó una cifra negativa de -280.309 personas, en el siguiente período el saldo se incrementó un 74% y alcanzó los -487.397 emigrantes; “lo que equivale a un promedio de pérdida anual de 28.000 y 49.000 personas en cada período, respectivamente” (Calvelo, 2010: 89). Estas cifras nos indican cómo el fenómeno de la emigración de población nativa en Argentina que se inició a mediados del siglo XX no hizo más que reforzarse considerablemente hacia finales del mismo.

Camino al 2001: la profundización de la apertura neoliberal

Durante la década del noventa la Argentina experimenta la adhesión definitiva a los parámetros neoliberales marcados por la profundización de los procesos de privatización de las empresas públicas, la apertura externa a los mercados de bienes y servicios, la desregulación del mercado laboral mediante la flexibilización y precarización del empleo y, en definitiva, de una mayor subordinación del trabajo al capital (Azpiazu y Basualdo, 2004). Con la llegada de Carlos Menem al poder en 1989, se pone en marcha una decisiva transformación del sector público mediante la promulgación de la Ley 23.696 de Reforma del Estado⁵⁷. Baste la siguiente cita de Azpiazu y Vispo (1994) para comprender el calado de tales cambios:

⁵⁶ Para una explicación detallada de los procedimientos y métodos indirectos a partir de los cuales se calcularon las estimaciones correspondientes a los períodos intercensales véase Calvelo (2010).

⁵⁷ Durante la administración de Raul Alfonsín las iniciativas privatizadoras se vieron frenadas en su tramitación parlamentaria. El proceso impulsado por Menem fue de una celeridad y magnitud sin parangón en la región: “entre 1990 y 1991 se privatizaron las empresas de telecomunicaciones, de aeronavegación, tenencias accionarias en la industria petroquímica, áreas centrales y secundarias de la explotación petrolífera, más de un tercio de la red nacional de carreteras, más de 5000 km de ramales ferroviarios, etc. Por su parte, en 1992 y 1993 el proceso de privatizaciones llegó a nuevos e importantes sectores (en especial, los energéticos), al tiempo que se profundizó en otros. Basta señalar que se privatizaron el transporte y la distribución del gas natural, la energía eléctrica (generación, transporte y distribución), las Obras Sanitarias de la Nación, diversos elevadores portuarios, las dos empresas siderúrgicas integradas (SOMISA y Altos Hornos Zapla); que se continuaron y profundizaron los procesos privatizadores en la explotación petrolífera de áreas centrales y secundarias —se le agregaron las refinerías, los oleoductos, la flota y otros activos de Y.P.F.—, y se privatizó parcialmente la propia Y.P.F.,

“En poco más de tres años fue transferida al sector privado la casi totalidad de las empresas públicas productoras de bienes y prestadoras de servicios que, en su conjunto, generaban cerca del 8% del PIB total y alrededor del 20% de la inversión global en el país” (Azpiazu y Vispo, 1994: 145).

En el corto plazo, el ingreso de capitales que el Estado recibió por la privatización de sus empresas –adquiridas por asociaciones de grupos económicos locales y empresas transnacionales– tuvo un impacto positivo en la balanza de pagos. En el trienio 1990-1992 el ingreso de divisas y la repatriación inédita de capitales locales invertidos en el exterior redujeron la fuga de capitales y la deuda externa (Basualdo et al., 2005: 15-16). Sin embargo, en los años siguientes este efecto se revertirá debido a la remisión de utilidades y dividendos al exterior por parte de los consorcios adjudicatarios de las empresas privatizadas. Por otra parte, la disminución de la deuda resultado de la venta de activos estatales se vio rápidamente compensada por la adquisición de nuevas obligaciones (Azpiazu y Vispo, 1994). El endeudamiento del Estado en aquella época fue la consecuencia no sólo de la transferencia de divisas a los acreedores para cubrir el déficit externo y contar con las reservas necesarias para sostener la paridad peso-dólar, sino también de la transferencia de sus ingresos a los sectores más concentrados del capital local a través de modificaciones en el mercado de trabajo (reducciones de los aportes patronales y exenciones impositivas) y de la privatización del sistema de jubilaciones. Con el argumento de la necesidad de generar empleo en un contexto de creciente desocupación, la adopción de estas medidas “implicó que el Estado dejara de percibir una ingente masa de recursos” (Basualdo et al., 2005: 18).

Por otra parte, la Ley de Convertibilidad (paridad peso-dólar) aprobada en 1991 favoreció la estabilidad macroeconómica y el crecimiento, pero sus efectos se reflejaron más en los beneficios de los grandes agregados económicos que en el mercado de trabajo. Se incrementó el desempleo y la precariedad laboral. Como apuntan Kessler y Espinoza (2007: 260), el desempleo se incrementa a partir de 1993 hasta alcanzar el 18,6% en 1995. Los descensos posteriores estarán relacionados con la creación de puestos de trabajo precarizado pero, en cualquier caso, la cifra no descenderá de los dos dígitos. El empleo inestable y desprotegido se incrementará en parte por la pérdida de las garantías laborales que estaban asociadas a la “ocupación obrera estable” y en parte por la disminución del empleo en el sector público. En gran medida, las razones que explican estas tendencias se encuentran en el cambio de la matriz productiva, que repercutirá en la movilidad estructural:

“La movilidad estructural en Buenos Aires desde 1960 exhibe claramente la transición de una estructura ocupacional basada en la industria a otra basada en los servicios. Dicho proceso estuvo caracterizado por dos tendencias antagónicas. En una dirección, se dio una movilidad estructural ascendente vinculada al aumento del peso de puestos técnicos y

ramales ferroviarios y subterráneos, la red caminera y los accesos metropolitanos, tenencias accionarias en empresas industriales petroquímicas, empresas del área de Defensa y otros entes (el Hipódromo, el Mercado de Hacienda de Liniers, más de 800 inmuebles, etc.)” (Azpiazu y Vispo, 1994: 130).

profesionales y, en la otra, una movilidad estructural descendente signada por la desaparición de puestos obreros asalariados y por la reducción del empleo público y su recambio, fundamentalmente, por servicios informales o inestables. Este sector de servicios absorbe empleo en posiciones bajas que antes correspondían a obreros no especializados en la industria” (Kessler y Espinoza, 2007: 286).

Se incrementaron así las desigualdades entre determinados segmentos de asalariados en función del nivel de cualificación –favoreciendo la demanda de trabajo de personal cualificado en detrimento del menos cualificado– y se convirtieron en un rasgo estructural del modelo económico (Kessler y Espinoza, 2007: 260). Esto se combina además con otro fenómeno que los autores denominan “movilidad espuria”, producida por el deterioro de las condiciones laborales que se traduce en una suerte de “devaluación” de muchas ocupaciones a lo largo de la escala social. Los bajos ingresos, la desprotección y la rotación, en suma, la precariedad laboral tiene el efecto de que un ascenso en la categoría ocupacional no implique necesariamente el acceso a posiciones estables que otorguen a su vez cierto estatus y bienestar. Kessler y Espinoza (2007: 261) concluyen que “la actual generación de trabajadores experimenta una movilidad social ascendente espuria, pues al remontar en la escala de prestigio ocupacional han decrecido las recompensas sociales asociadas a ésta” (Kessler y Espinoza, 2007: 274), es decir, ha empeorado la calidad de las mismas en relación al salario, la estabilidad y los beneficios sociales.

Las políticas implementadas en la década del noventa no lograron atajar la creciente desigualdad de los ingresos ni resolver los problemas del mercado de trabajo. La mejoría temporal experimentada durante los primeros años revirtió sólo en parte el deterioro salarial y no bastó para recuperar los niveles de los años ochenta. Si a principios de 1980 una persona del decil más rico de la población ganaba ocho veces más que una del decil más pobre, a principios de 1990 esta diferencia se incrementó hasta 15 veces y en el año 1999 a 25 veces (Kessler y Di Virgilio, 2008: 38). A diferencia del empobrecimiento de la década anterior, que fue el resultado de los procesos inflacionarios, durante los noventa éste se produce por los elevados índices de desempleo. La creciente inestabilidad en el empleo fue otro de los rasgos definitorios de la nueva composición económico-social de la Argentina menemista, afectando primero a los trabajadores de menor cualificación y, posteriormente, alcanzando a sectores de la clase media asalariada. A pesar del “éxito” logrado por el Plan de Convertibilidad a la hora de estabilizar los grandes precios de la economía, persistieron rasgos de inestabilidad macro que ponían en cuestión la credibilidad última del proceso de ajuste estructural que se llevó a cabo tras la crisis de la deuda (Katz, 2000: 41).

Las dudas se despejaron hacia el final de la década. Argentina entra en recesión en el año 1998 y entre aquel año y el 2001, el conjunto de los trabajadores vio sus ingresos reducidos alrededor del 20%. La administración de De la Rúa, que asumió el gobierno en 1999, tomó medidas drásticas para evitar la debacle. Con el fin de impedir la fuga de capitales el ministro de economía promulgó a principios de diciembre de 2001 un decreto mediante el cual limitaba la retirada de efectivo de las entidades bancarias, medida conocida como “corralito”. “Salarios, ahorros y plazos fijos fueron

prácticamente incautados. A partir de ahí los días del Gobierno estarían contados” (Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003: 40). Y así fue. A finales del año 2001, el “corralito” se sumaba a otra serie de dificultades (falta de liquidez bancaria, ruptura de la cadena de pagos del Estado y devaluación monetaria) que dieron lugar a un duro desenlace. Tras cuatro años de recesión y medidas de ajuste, de incremento del desempleo, la pobreza y la indigencia la respuesta social se hizo sentir –en forma de saqueos y multitudinarias manifestaciones en distintos puntos del país– y derivó en una movilización popular, masiva y policlasista que reclamó cambios radicales en las instituciones y la orientación de sus políticas. La respuesta estatal fue “la mayor represión desatada desde el poder desde la vuelta a la democracia, con más de 30 muertos y centenares de heridos” (Svampa, 2011). De la Rúa renunció el 20 de diciembre, en los siguientes doce días desfilaron cinco presidentes constitucionales que intentaban sin éxito resolver una crisis institucional de alcance histórico. La Argentina entró en cesación de pagos de los intereses de la deuda externa y en enero de 2002 se sancionó una ley de “Emergencia pública y Reforma del Régimen Cambiario” mediante la cual se abandonó la convertibilidad y el tipo de cambio (Azpiazu y Basualdo, 2004: 39-40).

Que no se enteren, que no lo noten, que no lo sientan (o cómo disfrutar la bonanza y padecer la crisis)

¿La decisión? Por suerte, mi mujer me acompañó, con todo el dolor del alma, pero es que no había alternativa. Acá, la crisis del 2001, vos sos muy chica, pero fue tremendo, fue de un día para otro, encontrarte con que no tenías nada y sin ninguna posibilidad. Yo tenía 44 años en ese momento, y dije, o sea, es la última oportunidad que tengo para empezar de nuevo. Dentro de unos años, todas las búsquedas laborales y todos los puestos de cierta jerarquía a los cuales podía aspirar –jefaturas, gerencias, etc.– siempre eran hasta 45 años en Argentina. Y en España, igual. Entonces yo cuando dije, tengo 44 años, esto va a tardar muchísimo en recuperarse, tenía serias dudas de que el país se recuperara, porque el palo aquel fue terrible, fue tremendo. Y dije, viajo ya, a intentar empezar algo nuevo. Necesitaba un cambio, fue muy deprimente la situación en ese momento.

Los chicos, eran chicos y no se enteraron, afortunadamente. Los chicos iban a un colegio privado, pero barato, en... ahora no me acuerdo; un colegio bilingüe, con lo cual, de alguna forma, les dimos formación y eso nunca lo perdieron, ellos no lo notaron. O sea, sí notaron que por ahí los padres de otro iban con camionetas 4x4 y mi mujer los llevaba en un Fiat Duna que no cerraba el

baúl y las llantas eran todas distintas, pero no lo notaron. Y, además, siempre nos la rebuscamos. En ese año terrible, digamos, que aguantamos para ver qué era lo que pasaba, conseguimos una casa prestada en Miramar y nos fuimos en una camioneta, que me prestaron, de vacaciones. O sea, ellos no lo sintieron.

Y mi mujer, en ese sentido, también me acompañó muy bien. Nunca tuvimos el tema del dinero como objetivo, vivíamos en un lugar precioso, en una quinta, pero como una elección de forma de vida. Nunca tuvimos ese proyecto de «la gran vida», o de «marcas», nada por el estilo. Así que lo sufrimos, sobre todo, obviamente, culturalmente. Yo me sentía bastante mal, porque uno como jefe de familia se ve obligado a tener que procurar la alimentación, el trabajo, el proyecto de futuro y, realmente, en ese momento, dije, con 44 años, ya no tengo mucha más vida útil. No para trabajar, obviamente, porque ahora tengo 57 y estoy en esta empresa –trabajo de lunes a sábados, de diez de la mañana a ocho de la noche todos los días–; no por una cuestión de capacidad física o mental, sino porque el mismo mercado te limita en cuanto a la edad útil. Entonces fue cuando dije, cambio ya, porque si no, no lo

voy a resistir. Y, además, estaba muy deprimido. Necesitaba un cambio. [...]

En el año 91, 92, ahí es cuando dejo la empresa familiar y me meto en estos proyectos. Tengo una franquicia en el medio, de pastas frescas y calientes, con lo cual, comimos pastas durante un año [risas] [...] Durante un período me va muy bien, hasta que cambio de trabajo [...] y me quedo en esa empresa hasta la crisis del 2001, cuando se termina de pudrir todo, yo presento el concurso. Y ahí es que tomo la decisión. Un concurso es una convocatoria de acreedores, [...] les decís que no podés seguir pagando y les hacés un plan de financiamiento. Es un trabajo muy duro, porque tenés proveedores que son multinacionales, que se manejan con abogados y tenés empresas familiares que están sufriendo la crisis también y tenés que negociar muy duramente, porque hay gente que se queda sin comer. Empresas de tres o cuatro personas, pequeñas empresas, fue muy duro. Por eso, fue muy angustiante de llevar, tanto el tipo de trabajo como la misma situación de la empresa, que termina quebrando y no puede pagarme el sueldo, ahorros que quedan dentro del corralito, una situación muy deprimente. [...]

En España, la caída fue estrepitosa. Eh... o sea, el cambio brusco fue de repente tener una calidad de vida y una inserción... además lo de España fue muy de repente, porque todo el mundo la pasaba muy mal. En toda España, el paro estaba en el 26% y en Canarias llegó al 35% o 36%, el paro fue tremendo, de un día para otro, una depre... era muy depresivo, ver padres de familia, todo el entorno que no tenía trabajo. Como me pasó en su momento cuando me fui allá a España. Mis hijos jugaban al rugby en un club y me acuerdo de varios padres, varios amigos, diciéndome: "Tenemos las cadenitas de oro de mi mamá, vamos a venderlas para poder comer". Y volví a vivir una situación parecida, a la inversa. [...]

No me imaginaba poder conseguir trabajo [en Argentina] como lo conseguí, tan rápido, es que es fundamental. Vos, quieras o no, tenés que tener un ingreso para poder tener una estabilidad mínima, de todo tipo, en lo emocional, en lo afectivo, en todo.

Tenés que tener plata en el bolsillo para poder comprar un kilo de carne y hacer el asado en la quinta para poder juntarnos. Si no tenés esa posibilidad, ¿a qué voy a ir? ¿Para pasar hambre? ¿O llevar unos sándwiches de salame? No es lo mismo, de repente, comprar... ahora, este amigo, el que me prestó la tarjeta [para comprar los pasajes de vuelta], tiene una empresa, una flota de 50 coches, tenía que dar uno de baja y me dijo, ¿lo querés? Tengo ese coche ahora, ya lo puse a mi nombre. Pero tengo que ponerle nafta, pagar los peajes, comprar el carbón. Somos seis, tengo que comprar cuatro kilos de carne, etcétera, y esa salida, por decirte, hoy, calculando, son 500 o 600 pesos. Entonces, para moverte hoy, una salida del grupo familiar... O sea, y eso es lo que te da la estabilidad, y mis hijos, que a su vez puedan invitar amigos a la quinta; y pagar el jardinero, el piletero, porque para habitarla tenés que tenerla medianamente en condiciones. Eh... lo cual te exige un presupuesto, mínimamente, para lograr esa estabilidad afectiva o recuperar los afectos, de decir, comparto los fines de semana con mis hijos. Tengo que mantener esa estructura y para eso tengo que tener un ingreso y un sueldo. Entonces, está muy relacionado, la estabilidad económica y el ingreso de dinero con la estabilidad familiar, afectiva, etcétera. Lamentablemente, es así. No es que porque tenga mucha guita o tenga mucha plata vas a poder estar en una familia amorosa, no, para nada, no tiene nada que ver. Pero sí que para poder alimentar esos afectos necesitás, básicamente, tener resuelto algo de lo económico, para poder juntarte, disfrutarlo y compartirlo, ¿no? [...]

Lamentablemente, las situaciones económicas de los países son las que nos condicionan a muchos las formas de vida. Salvo que estés en un estado de millonario que te da exactamente igual; tendrás en lugar de tres coches, un coche, pero no te modifica. O en el de las clases más bajas que, también, no tienen más alternativa y en determinadas épocas de bonanza comen asado todos los fines de semana o vuelven a comer fideos.

Pertenezco a una clase que tiene esos vaivenes, que acompaña las crisis económicas y que las sufre... Disfruta más las

bonanzas y padece más las crisis. Pertenezco a esa especie, a esa clase y es lo que me ha pasado en el desarrollo de mi vida desde que me fui de la empresa familiar; que era autónomo, tenía un capital propio y que por distintas razones se terminó. Y en relación

de dependencia es eso, lo que he padecido y disfrutado.

Juan Manuel, 57 años, E52, 2014.

Con el quiebre del sistema de convertibilidad en el 2001-2002 la pobreza se profundizó afectando a más del 40% de la población (Kessler y Di Virgilio, 2008: 32). La tasa de desempleo abierto trepó hasta el 21,5% a mediados de 2002, y el subempleo visible al 18,6%; además, sólo el 44% de los trabajadores asalariados estaban registrados (Beccaria, 2007: 366). Los efectos del abandono del régimen del tipo de cambio fijo y la devaluación fueron devastadores y agudizaron un ya de por sí difícil panorama social. El aumento de los precios erosionó el poder adquisitivo de la población, a esto se sumó la depreciación real de las remuneraciones. Para septiembre de 2002, el 57,5% de los hogares percibía ingresos inferiores a la línea de pobreza, mientras que el 25% de la población se encontraba en situación de indigencia (Beccaria, 2007: 367). La nueva pobreza, que ya se venía gestando con el cambio de modelo, irrumpe con fuerza con el colapso económico y afectará a un espectro más amplio de estratos sociales.

Tras algunas mejoras relativas durante los primeros años de los noventa la emigración había dejado de ser una estrategia, sin embargo, desde mediados de la década nuevamente se incrementan las salidas del país (Actis y Esteban, 2007: 227), especialmente a partir de la crisis del 2001, cuando las colas delante de los consulados se sumaron a las estampas de la época. Hasta el año 2001, explica Calvelo (2012) la migración internacional de Argentina se había caracterizado por la llegada de población procedente de la región (países limítrofes y Perú) alentada por la dolarización de la economía de los años noventa. La inmigración regional no era novedosa, pero se incrementó significativamente⁵⁸ y a esta corriente se sumaban otras incipientes, procedentes de Asia. Sin embargo, hacia finales de la década la emigración de argentinos/as comenzó a ganar peso como parte de las dinámicas migratorias. El destino de estos flujos se dirigía principalmente a países centrales como Estados Unidos, Canadá y, dentro de la Unión Europea, España, Italia, Reino Unido y Francia. De acuerdo a cálculos realizados por Novick (2004) en base a datos del INDEC, los saldos migratorios de pasajeros argentinos por el aeropuerto internacional de Ezeiza en aquellos años se incrementaron estrepitosamente y se mantuvieron siempre negativos: -1.313 en 1999 y -74.810 en 2000. La cifra desciende el año siguiente (-59.866 en 2001), vuelve a incrementarse en el 2002 (-87.121) y se reduce nuevamente en el año 2003 (-

⁵⁸ Dentro de la población extranjera, la proveniente de países limítrofes aumentó de forma sostenida en todas las rondas censales pasando del 40% en 1980 al 60% en el 2001 y 70% en el 2010 (Calvelo, 2012). En el año 2010 Argentina se mantenía, junto con la República Bolivariana de Venezuela, México y Brasil, como uno de los principales receptores de la inmigración regional en números absolutos (Martínez Pizarro y Orrego Rivera, 2016).

47.634). Independientemente de estas variaciones, coincidimos con Esteban (2003) en que la vertiginosidad con la cual se incrementó el fenómeno emigratorio en aquellos años fue algo inédito en la historia argentina. Retomando las estimaciones realizadas por Calvelo (2012), el *stock* de argentinos residentes en el extranjero para 2010 se aproximaría razonablemente a la cifra de 1.026.000 personas⁵⁹, de las cuales el 36,5% reside en Europa, el 24,7% en América Latina, un 21,4% en América del norte, y el 17,4% restante en otras regiones. De acuerdo a esta estimación, respecto al resultado de la población total arrojada por el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010, el porcentaje de argentinos en el exterior se ubicaría entre el 2 y el 3%. La inmigración en Argentina, para ese mismo año, alcanzaba el 4,5% de la población total (Calvelo, 2012).

Fue durante aquellos años que España se convirtió en el “nuevo” destino preferido por los emigrantes argentinos, para el año 2009 el *stock* de argentinos en España superaba en un 80% al de esta población en Estados Unidos, otro destino clásico de la migración argentina y latinoamericana, en general (Cerrutti, Maguid, y Díaz Gil, 2011). La magnitud de las llegadas fue especialmente importante a partir del año 2000. “En este período se produjo un *incremento sin precedentes del número de inmigrados argentinos*: en el plazo de tres años llegaron más personas desde Argentina que los que se habían establecido a lo largo de más de dos décadas” (Actis y Esteban, 2007: 229, énfasis en el original). Más adelante, en este mismo capítulo analizaremos las cifras con mayor detalle, de momento basta apuntar que entre 1997 y 2004 –justo antes del inicio de la recesión y justo después del inicio de la recuperación–, el porcentaje de nacidos en Argentina empadronados en España aumentó un 174%. Actis y Esteban (2007) analizaron que el mayor incremento anual se produjo en 2001 y 2002 (40,5% y 59,2%, respectivamente). Respecto a la situación administrativa de estos emigrantes, el grupo de quienes tenían nacionalidad española aumentó un 57%, –de las 27.000 personas que llegaron la mayor parte tenía la nacionalidad antes de emigrar (solo 2000 la obtuvieron por residir en España) – mientras que el de aquellos que se encontraban en situación administrativa irregular se incrementó un 355,3%. Hay que tener en cuenta también a las personas nacidas en Argentina que llegaron a España con nacionalidad italiana, este grupo creció un 244%, mientras que la presencia de aquellos con nacionalidad argentina y en situación administrativa regular se incrementó un 238,3% (Actis y Esteban, 2007: 229-230).

Como explican estos investigadores, las políticas migratorias españolas del período afectaron especialmente a aquellos con nacionalidad argentina (el 59% en el año 2005),

⁵⁹ La investigadora basa la estimación en los datos censales de los países de destino y coteja los resultados con otro tipo de fuentes, como el Padrón Municipal de España y la American Community Survey-ACS- de Estados Unidos. Para una explicación detallada del procedimiento véase Calvelo (2012). Otra estimación, realizada por Martínez Pizarro y Orrego Rivera (2016: 13) basada en los datos del proyecto IMILA del CELADE arroja para el caso de Argentina el número de 710 mil emigrantes, el 1,7% de la población total del país. Se trata de una estimación mínima basada en un número limitado de países de Europa y Oceanía según explican los propios autores.

cuya situación se tradujo en un aumento significativo de las personas que se encontraban en situación irregular⁶⁰ (este grupo alcanzó en el año 2002 al 78% de las personas empadronadas que habían nacido en Argentina). Esta situación disminuyó con el paso de los años por el efecto de distintos fenómenos (en particular, la regularización en el 2005 tuvo el efecto de que los residentes con nacionalidad argentina se incrementara un 47%), sin embargo, en el 2007 un 16% de los empadronados persistía en esta situación (46.388 personas); es decir, sin permiso de residencia (Esteban, 2015: 54). En resumen, si tomamos como referencia el período 2000-2010, de acuerdo al análisis de Esteban (2015: 55) la población empadronada en España de personas nacidas en Argentina se incrementó en todo el período un 265,3%. Se estima que de las 286.559 personas empadronadas en 2010, el 38,7% tenía nacionalidad española, el 31,7% permiso de residencia, un 18% nacionalidad italiana y, por último, el 8,7% se encontraba en situación administrativa irregular (unas 25.000 personas).

Aunque sólo sea como adelanto, conviene comentar que tras devaluar la moneda y terminar con la política de convertibilidad empiezan a producirse importantes cambios que marcan el inicio de la reactivación económica en Argentina. Ya desde mediados de 2003 se notan mejorías y la tasa de desempleo para el tercer trimestre de ese año se redujo hasta el 16,3%, tendencia que se mantendrá los siguientes años⁶¹ descendiendo hasta el 7,2% en el año 2011 (Svampa, 2011). Sin embargo, vamos a dejar el desarrollo detallado de esta cuestión para el penúltimo capítulo de esta tesis, y nos detendremos en ella en tanto este nuevo contexto de transformaciones será el escenario en el cual se produzcan los procesos de retorno objeto de esta investigación.

2.2. *España: de la emigración y el retorno, a la inmigración*

A finales del siglo XIX se produce en España un cambio en su estructura social relacionada con la intensificación de dos procesos: el crecimiento demográfico y el descenso de la tasa de mortalidad, y el desplazamiento de la población “excedente” de las zonas rurales a las ciudades. En las primeras tres décadas del siglo XX la población

⁶⁰ Como explica Esteban (2015), al producirse la mayor cantidad de llegadas en los años 2001 y 2002, los inmigrantes argentinos no pudieron acogerse al procedimiento de regularización estipulado en la Ley Orgánica 4/2000, reformada posteriormente con la Ley Orgánica 8/2000, para los extranjeros que se encontraran en España antes del día 1 de junio de 1999 y pudieran acreditar solicitud o disposición de permiso de residencia o trabajo en los últimos tres años. “Efectivamente, el grueso de los inmigrantes argentinos en situación irregular no cumplía con esos requisitos. Prueba de ello fue que en el Proceso de Regularización de 2000 se presentaron 3.065 solicitudes de un total estimado de 14.500 irregulares (2.617 fueron concedidas, 276 denegadas, 92 archivadas y 80 permanecían en trámite un año después), y en el de 2001 de un total estimado de 35.000 irregulares se presentaron 5.922 solicitudes (4.593 se resolvieron satisfactoriamente, 717 fueron desestimadas, 236 archivadas y 380 continuaban en trámite en 2002) (MTAS, 2002:298-305)” (Esteban, 2015: 53-54).

⁶¹ Según los datos, para el mismo trimestre la tasa desciende al 13,2% en el 2004; 11,1% en 2005; 10,2% en 2006; 8,1% en 2007; 9,1% en 2009, 7,5% en 2010, y 7,2% en 2011. (Datos del INDEC; publicados en el Informe trimestral de estadísticas laborales y económicas, por el Taller de Estudios Laborales. Octubre de 2012).

aumentó de 18 a 24 millones. Respecto a la emigración masiva de fines del siglo XIX, se inicia en España en 1870, aunque alcanza su punto máximo en 1912 (Carr, 2000: 396-397). Las salidas desde España no fueron significativas hasta las últimas décadas, cuando se establecieron también en el interior de la península los canales de información sobre las posibilidades y facilidades para emigrar. Además de los factores propios de atracción de los lugares de destino, principalmente la demanda de mano de obra, para el caso de España algunos factores específicos colaboraron a multiplicar y acelerar las salidas. Entre ellos, el reclutamiento de jóvenes para la guerra de Marruecos –que algunos decidían eludir emigrando– y las crisis agrarias de finales del siglo XIX –que expulsaron a jornaleros y campesinos–. Entre 1880 y 1930 se estima que emigraron de España cuatro millones de personas y volvió aproximadamente la mitad (González Martínez y Merino Hernando, 2006: 18). De aquella corriente transatlántica, la mayoría de personas se dirigía a Argentina y Brasil (Carr, 2000: 397). No sólo en el caso de España, sino también en el de otros países europeos (Portugal, Gran Bretaña, Italia o Alemania), aquellos flujos migratorios estaban marcados por los pasados coloniales que habían “impuesto las condiciones idóneas para un asentamiento ventajoso de los colonos europeos. España tomó parte muy activa en este flujo migratorio con destino hacia las ex colonias de América Latina y las colonias africanas” (Colectivo IOÉ, 1987: 42). El análisis de la inmigración transatlántica en Argentina desarrollado al inicio de este capítulo es la contracara de este fenómeno de emigración masiva de españoles y no vamos a extendernos más en la cuestión; ya hemos mencionado también que las migraciones de España a Argentina se reinician en el período que va de 1946 a 1965, sin embargo, será a partir de 1959 que estos movimientos se reorientarán a otros países europeos, que sustituirán a América Latina como principal destino (Palazón Ferrando, 1993: 97). Este nuevo flujo de emigración de españoles, también destacado en el siglo XX, debe ser abordado para comprender la transición de España como un país de emigración a uno de inmigración en el último cuarto del siglo.

La participación diversificada de España en el sistema migratorio transatlántico y europeo

España ha ocupado en el concierto internacional un lugar de “semiperiferia” que conecta dos tipos de flujos migratorios a lo largo del siglo XX: por un lado, el de la emigración de su población a países más ricos y, por otro, el de la inmigración desde países más pobres. El factor común de ambos movimientos ha sido “la relación desigual a nivel económico entre los lugares de origen y destino” (Colectivo IOÉ, 1987: 47). El primero de estos flujos no puede explicarse sin tomar en consideración las transformaciones que afectaron a Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Como explica Cachón (2002), se produce a partir de los años cincuenta una “triple mutación”: “la configuración del «sistema migratorio europeo» con la configuración del centro-norte de Europa como polo de inmigración, la sedentarización de esta inmigración y la transformación de los países del sur de Europa en países de inmigración” (Cachón, 2002: 98). España ha participado de distinta manera en cada uno de estos procesos.

En relación con la configuración del “sistema migratorio europeo” a partir de los años cincuenta, España continuará siendo un polo emisor de población, pero ahora sus movimientos se dirigen principalmente al centro y norte de Europa⁶² (junto con los desplazamientos producidos desde otros países del sur del continente, como Portugal, Italia y Grecia) (Cachón, 2002). Los principales destinos europeos de aquella emigración española fueron la República Federal de Alemania, Francia y Suiza, que atrajeron aproximadamente a algo más del 85% de aquellos flujos (Vilar, 2000: 138). La financiación de la Europa de posguerra por parte de Estados Unidos a través del Plan Marshall (1948) supuso una reactivación del capitalismo europeo y una inyección de inversiones cuyo efecto fue un crecimiento global de la economía centroeuropea, especialmente entre 1958 y 1973, aunque esto no impidiera el mantenimiento de desigualdades nacionales y regionales y, por tanto, la consolidación de la división del mundo capitalista en centro, periferia y semiperiferia⁶³ (Colectivo IOÉ, 1987: 55-56). En este proceso de expansión económica de Europa, los trabajadores extranjeros tuvieron un papel fundamental. Los países centroeuropeos absorbieron en este período (1958-1973) a diez millones de inmigrantes. “España, que ya tenía 2,2 millones de personas emigradas a América Latina, participó en este tiempo con más de un millón⁶⁴ de personas desplazadas” (Colectivo IOÉ, 1987: 56). Se trata de flujos de población eminentemente joven, masculina y, en principio, “temporal”, que cubrieron la demanda

⁶² Conviene no olvidar que durante la posguerra se registró también un repunte de los flujos de ultramar. Argentina continuó siendo un destino importante para los emigrantes españoles. Se calcula que aproximadamente 3,17 millones de españoles migraron a Argentina entre 1857 y 1975 (Cook-Martín, 2013: 14). Tras la interrupción que se produce desde los años treinta, los flujos migratorios a América Latina se reanudarán a finales de la década de los años cuarenta (Palazón Ferrando, 1993: 97). Durante este período, que se extenderá hasta 1965, además de destacar nuevos países como lugares de destino (Venezuela y Brasil, además de Argentina y Cuba como destinos tradicionales), otro cambio significativo será el incremento de la emigración de mujeres y niños desde mediados de la década del cincuenta, motivada por los procesos de reagrupación familiar (De Cristóforis, 2016: 3-6).

⁶³ Durante el período mencionado (1958-1973) se consolida la división del mundo capitalista en centro, periferia y semiperiferia, la cual implica un proceso de desarrollo desigual, tanto a nivel nacional como internacional. Por un lado, se produce el desarrollo acelerado del centro, conformado por Estados Unidos, Canadá, Japón y Europa occidental. Por el otro, se mantiene la subyugación de la periferia o Tercer mundo, compuesta por regiones dominadas por burguesías nacionales que se benefician de este desarrollo desigual en connivencia con los intereses de las regiones centrales. Si bien algunos de estos países intentaron sortear la senda del subdesarrollo mediante intentos de industrialización intensiva (hemos visto que Argentina es un ejemplo de ello en Latinoamérica, con la implementación del Modelo de Industrialización Sustitutivo de Importaciones) tales esfuerzos fracasaron y quedaron sujetos a nuevas problemáticas, como la del endeudamiento externo. España ha ocupado en esta estructura un lugar de semiperiferia, dentro del grupo de países que tienen un efecto de colchón amortiguador de las desigualdades internas –menos acentuadas que las que aquejan a los países del sur– aunque también ha desarrollado un tipo de crecimiento dependiente y desequilibrado y se ubica como país periférico en el marco de las desigualdades regionales europeas (Colectivo IOÉ, 1987: 58).

⁶⁴ Según Carr (2000: 710) “en 1968, más de un millón de españoles trabajaban en fábricas y factorías de Francia, Alemania, Suiza y Bélgica”. Tampoco hay que olvidar en el marco de estos movimientos de población la importancia que han tenido en España las migraciones internas. Según Recaño (2015: 75), durante los años sesenta, la población española experimentó, en términos relativos, la movilidad espacial más alta de su historia. “Entre 1961 y 1970, 4.260.000 migrantes cambiaron de municipio de residencia dentro o fuera de la misma provincia”.

de mano de obra poco cualificada, organizados por los Estados receptores en respuesta a las necesidades del mercado (Cachón, 2002: 98) y regulados a través de acuerdos bilaterales y el desarrollo de un marco legal que “no favorecía el asentamiento sino la transitoriedad. Tan importante como asegurar los cupos necesarios de mano de obra era mantener el dinamismo en los retornos, o lo que es igual, que los inmigrantes fuesen continuamente sustituidos” (Vilar, 2000: 134). Una mano de obra, por cierto, rentable, en tanto perceptora de salarios medios más bajos y más “dócil” a los patronos en comparación con la población autóctona (Cazorla, Gregory y Neto, 1979: 65; Colectivo IOÉ, 1987: 60; Pascual de Sans, 1983b: 50).

La salida de población de España fue una constante de su desarrollo económico, en tanto había un continuo desfase entre el crecimiento de la población y la oferta en el mercado de trabajo. El impulso particular de este ciclo de emigración no sólo estaba condicionado por la demanda de mano de obra de los países avanzados de Europa, sino también por factores endógenos, específicos de los países emisores. En el caso de España, hay que mencionar primero la ingente salida de exiliados que se produce en los primeros años de la posguerra:

“Durante los años de la inmediata posguerra, la emigración española enseñó su más trágica faz: miles de republicanos, los vencidos de la contienda civil, fueron empujados al exilio. A finales de enero 1939, durante la retirada que siguió a la caída de Cataluña, la mayor parte de estos exiliados optó por cruzar la frontera pirenaica: alrededor de medio millón de españoles entraron en Francia durante los primeros meses de 1939” (Fernández Vicente, 2005: 82).

Al exilio hay que sumar, como sostiene Vilar (2000: 135-136), el impulso de las salidas que a partir de los años cincuenta estuvo relacionado con la aceleración del desarrollo económico de España. Tras la fase de autarquía del régimen franquista que durante los años cuarenta impuso restricciones a la emigración⁶⁵ y el fuerte intervencionismo de los años cincuenta, a finales de esa década se inaugura un período económico aperturista que se asienta sobre el Plan de Estabilización implementado en 1959 y el Primer Plan de Desarrollo Económico (1964-1967). Con estos programas “la burguesía nacional ponía las bases de lo que se ha dado en llamar el «milagro económico español»” (Colectivo IOÉ, 1987: 65). Ya en 1956 se había creado el Instituto Español de Emigración (IEE) que se encargó de diseñar la política migratoria de la época (Kreienbrink, 2009: 13). El régimen pasó de considerar negativamente la emigración y los emigrantes a contemplarlos como una “baza del desarrollo” y la modernización

⁶⁵ “Con el Decreto de 1 de agosto de 1941 se prohibió de facto la emigración razonando que se necesitaban todas las «fuerzas físicas e intelectuales» para reconstruir el país. Por ello, el Decreto regulaba explícitamente también la repatriación de españoles de ultramar. El motivo de tal regulación eran los objetivos demográficos del Gobierno, que para imponer sus ideas autárquicas en política económica aspiraba a incrementar la población de 26 a 40 millones. De este modo se podía responsabilizar en parte a los emigrantes de la pobreza del país por su comportamiento supuestamente egoísta. Otra razón por la cual se prohibió la emigración era el temor a las influencias políticas en la propia población” (Kreienbrink, 2009: 15). Las restricciones se levantarán en 1946.

(Fernández Vicente, 2005). La emigración significaba, por un lado, el ingreso de remesas y una inyección de divisas⁶⁶; por otro, la posibilidad de “evacuar la importante mano de obra excedente con que se había saldado la estabilización de la economía española”; es decir, la salida de población funcionaba como una “válvula de escape” — de acuerdo a la expresión utilizada por el director del IEE en un discurso del año 1965— que permitía el desarrollo evitando “fricciones sociales” y “desajustes entre los factores de producción” (Fernández Vicente, 2005: 82).

El giro económico que supuso la liberalización e incorporación a la economía de mercado implicó un crecimiento sostenido de la producción y la productividad que, sin embargo, no estuvo acompañado por un incremento de la capacidad para generar empleo. “Mientras que el PIB creció a una tasa media anual superior al 7% entre los años 1960 y 1975, el empleo creció al 0,6% en ese mismo período, y la población aumentó a un ritmo medio del 1,2% en un marco de fuerte desagrarización⁶⁷” (Vilar Rodríguez, 2012: 9). Las condiciones de trabajo en el mercado laboral español tampoco eran óptimas, y no sólo en lo relativo a la falta de libertades en el contexto de represión política. En cuanto a los salarios, estos se incrementaron entre 1964 y 1975 un 7,8%, sin embargo, este aumento resultaba moderado en comparación con las pérdidas del poder adquisitivo que se habían producido en las décadas anteriores (en el sector industrial, entre 1936 y 1959, el salario medio de una jornada ordinaria había descendido en más del 50%). En este sentido, los empresarios fueron los más beneficiados; ya en la posguerra contaron con mano de obra barata y disciplinada, sometida a duras condiciones de trabajo y desprovista de derechos de protesta y de canales de reivindicación. Durante el proceso de abandono de la política económica autárquica, la productividad aumentó por encima de los costes laborales y se incrementaron los beneficios de los empresarios industriales (Vilar Rodríguez, 2012: 7-10). En resumen, durante el periodo desarrollista “las rentas del trabajo se comportaron peor que las rentas del capital, lo que ratifica que los trabajadores se beneficiaron menos de la prosperidad económica” (Vilar Rodríguez, 2012: 11). En este escenario, la emigración benefició el equilibrio frágil del mercado de trabajo bajo la dictadura, atenuando las tensiones sociales e invisibilizando las limitaciones del modelo a la hora de generar empleo. Todo ello lleva a cuestionar la idea del “pleno empleo” durante la dictadura, aunque las tasas de paro arrojadas en aquel entonces, que eran inferiores al 1,5% de la

⁶⁶ Según datos del SOPEMI (Sistema de Observación Permanente de las Migraciones) recuperados por el Colectivo IOÉ (1987) las remesas y transferencias de la emigración española hacia Europa suponían para España “un saldo neto de 311 millones de dólares en 1965, 968 millones en 1975 y 1.044 millones en 1982 (unos 150.000 millones de pesetas)” (Colectivo IOÉ, 1987: 66).

⁶⁷ El proceso de transformación de la estructura productiva queda reflejado en la evolución de la distribución sectorial de la población activa. Mientras en 1960 el 48% se ubicaba en el sector agrícola y el 26% en la industria, una década más tarde (1971), la población activa del primer sector desciende al 27% y la del segundo se incrementa hasta el 40%. En un período de 15 años (1960-1975) la población activa en el sector agrícola desciende en dos millones (de 5 a 3). Paralelamente se crean 2,5 millones de puestos de trabajo en el sector servicios y 1,5 millones en la industria y la construcción. Sin embargo, se mantiene un déficit de empleos de 1,5 millones, en tanto la población activa aumentó durante ese ciclo en 3,5 millones. Este fue el déficit que la emigración exterior colaboró a cubrir (Colectivo IOÉ, 1987: 65-66).

población activa, colaboraban al discurso propagandístico del régimen (Vilar Rodríguez, 2012: 12-13).

Los cambios que supone la crisis económica que se desata en 1973 conducen a la segunda mutación que menciona Cachón (2002: 98) y que consiste en la “sedentarización” de aquella población inmigrante en los países europeos avanzados. Una mutación que se combina con la intensificación de las políticas restrictivas⁶⁸ a la inmigración en los países desarrollados, hasta entonces principales receptores de población extranjera. Al mismo tiempo que se detendrán los procesos de reclutamiento de mano de obra extranjera, se impulsarán programas de retorno como estrategia de externalización del desempleo. La ineficacia de estas políticas pondrá en evidencia “los límites de la «teoría de la amortiguación» que subyacía a los programas de «trabajadores invitados», según la cual los trabajadores migrantes podían ser repatriados en cualquier momento en caso de crisis económica” (Mezzadra, 2012: 165). El cuestionado alcance de este supuesto estaba a su vez relacionado con los límites de otra lógica subyacente a tal período: la del “mito del retorno”. Según Morice, este mito era compartido tanto por el Estado y los empleadores, como por los propios migrantes. Ambas partes consideraban, de forma unánime, que la migración sería sólo temporal. Si bien se produjeron movimientos de retorno, también fue posible observar “en todas las situaciones de migración estructural, que no existía migración sin instalación duradera” (Morice, 2007: 48). De hecho, ante la implementación de las medidas restrictivas, los procesos de reagrupación familiar se aceleraron y, junto con el asilo, se convirtieron en las vías legales de ingreso y permanencia (Cachón, 2002; Mezzadra, 2012).

Las connotaciones ideológicas asociadas a los retornos de aquella época fueron señaladas por diversos/as investigadores/as que estudiaron este tipo de movilidad para el caso español (Cardelús y Pascual de Sans, 1979; Cazorla et al., 1979; Pascual de Sans, 1983a, 1983b; Rhoades, 1976). Pascual de Sans (1983b: 50) se refería “al papel permanente de la inmigración extranjera en la regulación coyuntural de las recesiones del desarrollo capitalista” y su relación con el retorno. En contextos económicos adversos, los trabajadores extranjeros ocupaban posiciones especialmente vulnerables, al estar habitualmente empleados en trabajos no cualificados y en sectores especialmente afectados por la crisis. Esta mayor exposición al despido, estaba acompañada en ocasiones por la indefensión legal y sindical. A pesar de todo, su incidencia en las cifras del paro podía ser inferior a la de los autóctonos, en tanto los trabajadores extranjeros

⁶⁸ Es en este contexto de cambio de las políticas migratorias en Europa, que se aplican con relación a la crisis del petróleo de 1973, que emerge el concepto jurídico de “inmigrante ilegal” como eje de las políticas de control y del discurso público sobre la inmigración (Mezzadra, 2012: 165). Las medidas restrictivas incrementaron el *stock* de “*sin papeles*” al tiempo que el fenómeno de la inmigración cristalizaba ahora como un “problema”. Sin embargo, según Morice (2007), cierto discurso racista se instala de forma previa y explica cómo en el caso de Francia las fronteras comienzan a cerrarse desde 1970 y las medidas restrictivas se implementan desde 1972 (las más drásticas en 1974). La causa de esta evolución “fue sin duda el despertar de la combatividad de los inmigrantes” y el fin del confinamiento de los trabajadores extranjeros a “una invisibilidad y a una docilidad que garantizaban su presencia en el territorio” (Morice, 2007: 50).

solían retornar a sus países de origen, o bien permanecían en destino pero pasaban a la economía informal. “En esta línea, el retorno expresaría precisamente el resultado de este juego de utilización de los trabajadores extranjeros en un momento que conviene su desaparición del mercado de trabajo de los países que los empleaban” (Pascual de Sans, 1983b: 50). El retorno, entendido no como eventualidad, sino como momento necesario en la realización de la estrategia capitalista, permitía que los períodos improductivos (ya sea por paro, enfermedad y vejez), así como la manutención de los grupos familiares, transcurriera en el lugar de origen de los migrantes (Pascual de Sans, 1983b: 51). Para el caso de la emigración española, los retornos desde el norte de Europa se producen desde los últimos años de la década del sesenta (especialmente en los años 1966 y 1967) y primeros años de los setenta (particularmente a partir de 1973) (Pascual de Sans, 1983b: 49). El volumen de estos movimientos era inferior a la emigración, sin embargo, las fluctuaciones acompañaban a esta última, con algunos años de desfase. La cantidad de retornos se incrementó en 1974 y 1975, en los años posteriores decrece y se recupera ligeramente en 1978. Vilar también coincide en sus estimaciones y resume que estos flujos “entre 1960 y 1973 (1.080.854) sobrepasan ampliamente los del período 1974-1985 (515.506), pero en tanto los primeros son complemento inseparable de una notable emigración temporal, los segundos no se verían compensados por un número proporcional de salidas” (Vilar, 2000: 149).

El año 1973 es relevante no solo en lo que se refiere a la crisis económica que se extenderá hasta mediados de los ochenta en Europa y que supondrá una recesión en sus indicadores macroeconómicos —estancamiento del PIB, déficit en la balanza de pagos, alza de los precios de materias primas, descenso del comercio y el consumo, aumento del paro y la inflación (Colectivo IOÉ, 1987: 60)—, sino también en lo que respecta a sus efectos en las propias transformaciones del contexto político, social y económico español. La crisis productiva pondrá en entredicho el modelo laboral de la dictadura, que se agrietará por las tensiones producto de la crisis internacional, el freno de las salidas de emigrantes, el descenso en la llegada de turistas y de la inversión extranjera, la ralentización del crecimiento económico y la conflictividad social que incrementará la demanda de derechos y libertades (Vilar Rodríguez, 2012: 14). Una serie de huelgas que se desencadenaron a principios de 1976 fueron decisivas para acelerar las reformas políticas que dieron inicio al período de la “Transición Democrática” (1976-1982). Será de la mano de los cambios socioeconómicos impulsados en este período que el fenómeno de la inmigración cobrará relevancia en España.

Transiciones: de la dictadura a la democracia, de la emigración a la inmigración

Será a mediados de los años ochenta cuando se produzca la tercera mutación del “sistema migratorio europeo”, que consistirá en la transformación de los países del sur de Europa en receptores de inmigrantes (Cachón, 2002: 98). Sin embargo, para el caso de España, conviene recordar que la presencia de extranjeros data de décadas anteriores, aunque el volumen de aquel entonces no sea comparable con el registrado posteriormente. Hasta los años sesenta la población extranjera creció lentamente y, tras

algunas décadas de altibajos, el fenómeno se consolida desde mediados de los años ochenta (Cachón, 2002). Según estimaciones del Colectivo IOÉ (2005: 34) el porcentaje de población residente en España nacida en otro país era del 1,1% en 1971 y 1,7% en 1981. Diez años más tarde, en 1991, asciende al 2,2% y ya entrado el cambio de siglo, alcanza el 6,2% de la población en 2001. En el caso de España, se ha producido cierto solapamiento entre los flujos migratorios y su direccionalidad, esto quiere decir que España ha participado simultáneamente en los movimientos de población implicados en distintos sistemas migratorios, ya sea como país emisor y receptor de emigrantes e inmigrantes, respectivamente. Sin embargo, podría decirse que hasta 1985 España era considerado principalmente un país de emigración (Cachón, 2002) y lo que interesa destacar, es que cuando la transición al fenómeno de la inmigración se produce, “esto ocurre en el contexto de una crisis profunda de la organización capitalista del trabajo y del capitalismo mismo” (Cachón, 1997: 52).

A partir de los años setenta se inicia una nueva división internacional del trabajo y las economías avanzadas emprenden un proceso de deslocalización del sector industrial hacia regiones con condiciones más favorables a los intereses empresariales (costes productivos y fiscales inferiores) mediante la liberalización comercial y financiera. España, que se había vinculado tardíamente al proceso de industrialización, también lo hizo al de desindustrialización, que se consolida en la siguiente década con su incorporación a la Unión Europea⁶⁹ (de Castro y Pedreño, 2015: 618). Este proceso se desarrolló a través de tres estrategias: a) la descentralización productiva, que implicó la reconversión y cierre de grandes empresas fordistas y la subcontratación de la producción a pequeñas empresas o autónomos, transfiriendo el ajuste y la disminución de costes a estos últimos; b) la estrategia de la deslocalización, que consistió en el traslado geográfico de la parte de los procesos productivos más intensivos en trabajo. Esta estrategia cuadra con la tercera, c) la reconversión comercializadora, que implica reservarse las tareas de distribución y venta, tras haber subcontratado la producción (Ybarra, cit. en de Castro y Pedreño, 2015: 618). Este proceso de reestructuración productiva y desindustrialización terminó de orientar la economía española al desarrollo de una economía de servicios. La participación en el PIB del sector industrial, descendió del 30,8% en 1975 al 15,9% en 2007, mientras que el porcentaje en este mismo período aumentó para la construcción del 9,4 al 12,3% y en el sector servicios del 53,1 al 59,4%. (de Castro y Pedreño, 2015: 619).

Siguiendo a Cachón (1997: 53-54), el contexto de la tercera mutación del sistema migratorio a partir de la cual España transita al fenómeno de la inmigración es casi opuesto a aquel bajo el cual se produjeron los flujos migratorios hacia el norte de

⁶⁹ “Aunque no es el único factor explicativo, el desmantelamiento del sector industrial tradicional fue uno de los compromisos adquiridos para entrar a formar parte de la Comunidad Económica Europea” (de Castro y Pedreño, 2015: 618). Otro compromiso, especialmente relevante para esta investigación es aquel relativo al control de las fronteras españolas, cuestión de interés europeo. Por esta razón, se promulgan en 1984 la Ley de Asilo y en 1985 la Ley de Derechos y Libertades de los Extranjeros (conocida como Ley de Extranjería) (Gil Araujo, 2006: 298).

Europa. Los flujos migratorios hacia el sur se producen en un momento en el que las políticas neoliberales comienzan a cuestionar duramente el Estado de bienestar keynesiano en el marco de una “crisis del empleo” y elevadas tasas de paro (22% en España en 1985); en un contexto de reformulación de sus estructuras de producción (de expansión del sector servicios y retracción del sector industrial) y de su regulación del mercado de trabajo y crecimiento de los “empleos atípicos” (léase, temporales). Esto último, es producto del paso de la norma de empleo salarial a la flexible-empresarial, que Prieto y Pérez de Guzmán (2015: 632) resumen como la suplantación del objetivo de “pleno empleo de buen empleo” de la primera, por el de “máximo de empleo de cualquier empleo”, de la segunda.

“Este conjunto de circunstancias históricas, entre otras, hacen que la situación en el mercado de trabajo de los países del sur de Europa en general y de la inmigración en España en particular y sus condiciones de discriminación (y de desigualdad de oportunidades respecto a los autóctonos) sea muy diferente de la inmigración del norte de Europa. Un aspecto de relevancia es el lugar que ocupan los inmigrantes en los sectores de actividad económica” (Cachón, 1997: 54).

Situada en este escenario, la evolución de los flujos de población extranjera a España puede analizarse considerando distintas etapas o períodos, y no sólo tomando en consideración las diferencias de volumen de las migraciones internacionales hacia España, sino las características de los flujos en cada momento. A este respecto, Cachón (2002: 103-108) identifica tres etapas: hasta 1985 se sitúa una primera fase. Ya hemos dicho que el volumen de población extranjera era bajo en ese entonces, pero lo destacable de este período es su composición. La inmigración principalmente proviene de Europa. En 1981 el 65% de la población extranjera residente en España era europea, el resto se repartía entre latinoamericanos (18%) norteamericanos (7%) y africanos o asiáticos (menos del 10%). Una diferencia básica de esta población, resaltada por López de Lera (1995) se produce entre los flujos no laborales y laborales. Los primeros corresponden principalmente a jubilados europeos que optan por España como lugar de “retiro”. Los flujos laborales, cuentan con migrantes provenientes de países más avanzados que España (empresarios, directivos, profesionales y técnicos cualificados) pero también de otros menos desarrollados con diversos niveles de cualificación. De estos últimos, cabe destacar la importancia que han tenido los factores de “expulsión” (Cachón, 2002, 104). En el caso de los latinoamericanos, es preciso mencionar la violencia política en el contexto de las dictaduras del Cono Sur en la década del setenta y el exilio resultante de tales procesos⁷⁰.

⁷⁰ Durante las décadas de 1960 y 1970 la presencia de latinoamericanos se debe fundamentalmente a exilios políticos de distintos países, aunque también migraban en menor medida trabajadores y estudiantes universitarios. Durante la década del sesenta fue importante el flujo de personas provenientes de Cuba y Venezuela. A fines de los sesenta y durante los setenta, dado el aumento del conflicto político y social en algunos países sudamericanos y la progresiva instauración de dictaduras en otros, aumenta el número de personas procedentes de Argentina, Chile, Colombia y Perú (López de Lera y Oso Casas, 2007).

Los cambios estructurales e institucionales producidos a mediados de la década del ochenta inauguran entonces la segunda etapa. Entre 1986 y 1999 aparece la “nueva inmigración” en España; “nueva”, en tanto se diversifican las zonas de origen, las características culturales y fenotípicas y los factores que motivan la migración, ahora eminentemente económicos (Cachón, 2002: 104). Mientras a principios de los noventa la mitad de la población extranjera residente en España era europea, su proporción se reduce al 37% para el final de la década y decrece su peso relativo dado el fuerte aumento de la llegada de población de otros lugares de origen (Izquierdo Escribano, López De Lera, y Martínez Buján, 2002). En este período cobra relevancia la llegada de personas provenientes de África –principalmente de Marruecos, que entre 1991 y 2000 cuadruplicó su población (Izquierdo Escribano et al., 2002)– este de Europa y Asia. En el caso latinoamericano, como explica Gil Araujo (2006: 307), la procedencia geográfica será ahora más variada que en la etapa anterior; las personas provienen de países del Cono Sur, del Caribe, de América Central, también de la región andina y de entornos tanto rurales como urbanos ⁷¹. De acuerdo con Gil Araujo (2006: 295) esta diversificación será el reflejo de los amplios efectos que sobre la región tuvo el proceso de internacionalización económica de corte neoliberal, implementado a través del llamado Consenso de Washington y las políticas de desregulación económica e impulso del crecimiento orientado al mercado externo:

“De forma sintética, se puede sostener que las políticas neoliberales aplicadas en los países de América Latina han promovido el crecimiento de la deuda externa, el recorte de los gastos sociales, la precarización del empleo, la extensión de la economía informal, el aumento de la pobreza, más concentración económica y la profundización de las desigualdades” (Gil Araujo, 2006: 295).

A los factores de expulsión de los lugares de origen se suman los de “atracción” en el lugar de destino, y en España ha sido fundamental el proceso de reestructuración del mercado de trabajo combinado con otras transformaciones sociales. Respecto al primer proceso, el momento inaugural lo marca la promulgación de la Ley/1984 para la reforma del Estatuto de los Trabajadores, a través de la cual se pretende fomentar el empleo facilitando la contratación temporal (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 632) y resolver por esta vía el problema del paro en España que, desde los años ochenta, excepto algún período concreto siempre superó los dos dígitos y nunca estuvo por debajo del 8%. El desempleo se suma a la expansión del empleo precario (laboralmente inseguro y retributivamente insuficiente), y juntos serán “dos momentos de un mismo fenómeno”: el de la precariedad laboral (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 637). La segmentación del mercado laboral se ha combinado con una serie de cambios sociales que incidieron en un aumento del “nivel de aceptabilidad” de la población autóctona a la hora de ocupar ciertos puestos de trabajo, hecho fundamental para configurar desde

⁷¹ En este período la emigración de latinoamericanos se acentúa, no solamente hacia España. El *stock* de latinoamericanos y caribeños en Estados Unidos se duplicó entre 1980 y 1990 y alcanzó los 8,4 millones de personas (Villa y Martínez Pizarro, 2001: 68).

los años ochenta y hasta la actualidad el fenómeno de la inmigración en España. Cachón (2002: 115-117) resume estas transformaciones como sigue: se produjo, en primer lugar, desde los años setenta un incremento del nivel general de bienestar y desarrollo económico; posteriormente, con la apertura democrática y tras la Constitución de 1978 se expande el Estado de bienestar keynesiano que garantiza los servicios de salud, educación, pensiones y prestaciones por desempleo. El aumento del nivel educativo supuso una transformación de la fuerza laboral, orientando a aquella porción cada vez más elevada que alcanza estudios secundarios y superiores al sector primario del mercado de trabajo. Estas expectativas de mejora de ciertos estratos sociales son a su vez trasladadas generacionalmente a los hijos. A esto se suma no sólo la reducción de las cohortes de población en edad de incorporarse al mercado de trabajo, sino también un descenso en las tasas de actividad de los menores de 20 años, jóvenes que comúnmente ingresan al mundo laboral en el sector secundario.

“Si, como consecuencia de estas transformaciones, se producen cambios significativos en el «nivel de aceptabilidad» de una parte importante de la fuerza de trabajo, en su percepción de lo que es «el logro y la deshonra», esto puede conducir a un trasvase de población activa entre dos segmentos del mercado, desde el secundario al primario (por utilizar una terminología consolidada aunque simplista), y esto podría producir escaseces de mano de obra en determinados sectores/segmentos/áreas geográficas del mercado secundario que, sin llegar a un vaciamiento, pudieran crear problemas de funcionamiento en esos mercados con la aparición de «nichos» laborales con dificultades de reclutamiento de trabajadores” (Cachón, 2002: 117).

La reestructuración sectorial de la economía española y la importancia creciente de las ocupaciones en el sector servicios (de Castro y Pedreño, 2015: 619), sumada al desajuste que se produce entre el nivel de aceptación de la fuerza laboral autóctona y las demandas del sistema productivo (Cachón, 2002: 111), estimularon los flujos migratorios. Entre 1985 y 1990 se crearon casi dos millones de empleos, la misma cantidad que se había destruido en los diez años anteriores (Cachón, 1995: 109) y será en este contexto que “los inmigrantes serían «llamados» a trabajar —preferentemente— en los mercados de trabajo «secundarios» y deberían serlo de modo creciente desde mediados de los años ochenta” (Cachón, 2002: 118). En esta “llamada” colaboraron otros factores a partir de los cuales se articula el “marco institucional de la discriminación” (Cachón, 1995) que definirá el “campo de posibilidades” que limitará la inserción de los inmigrantes en el mercado de trabajo. Más allá y más acá de las barreras legales levantadas por la política migratoria se estructuran las posiciones de los inmigrantes en la sociedad de destino. Tales barreras quedarán definidas a partir de la Ley de Extranjería de 1985. Más allá de la “legalidad”, los inmigrantes en situación administrativa irregular se incorporarán al mercado laboral en la economía informal. Más acá de tales barreras, el marco regulatorio impondrá sus restricciones delimitadas por la “situación nacional de empleo” y relegará a los inmigrantes a las posiciones

disponibles o no deseadas por la población autóctona en el mercado de trabajo⁷² (Cachón, 1995: 111-112). En resumen, el “marco institucional de la discriminación” es “el bucle que cierra la lógica del mercado” fijando “el campo de no-circulación de los inmigrantes” y, en definitiva, ratificando el Estado “lo que el mercado ya ha fijado previamente como «campo de posibilidades»” (Cachón, 2002: 121). O dicho en palabras de Izquierdo (2015: 193): “[l]a Ley constituye una imagen y pergeña un modelo migratorio”.

A finales de esta segunda etapa de la inmigración en España, en 1999, el 76% de los inmigrantes con permiso de trabajo se concentraban en cinco ramas de actividad: “«servicio doméstico» (26%), «agricultura» (21%), «hostelería» (12%), «construcción» (9%) y «comercio al por menor» (7%)” (Cachón, 2002: 119). Concentración sectorial determinada además por la feminización de ciertas ocupaciones (en el servicio doméstico más del 80% son mujeres⁷³) y la masculinización de otras (más del 92% de los trabajadores de la agricultura y la construcción son hombres) y fundamentalmente, por determinadas condiciones laborales que caracterizan a tales sectores. Como explica Cachón (2002: 122), estas ramas de actividad donde se concentra la población inmigrante tienen un volumen de “capital humano” por debajo de la media (especialmente en el servicio doméstico y la agricultura); a su vez, están en proporción más afectadas por la temporalidad y son menos densas las relaciones laborales (participación en elecciones sindicales), están sujetas a jornadas más extensas —de acuerdo a lo pactado en los convenios colectivos—, muestran una mayor incidencia de accidentalidad laboral y, por último, la retribución salarial es inferior a la media. Teniendo en cuenta las características de los sectores, Cachón concluye que:

“[E]n general, las cinco ramas de actividad donde se concentran las tres cuartas partes de los trabajadores inmigrantes en España tienen unas condiciones de trabajo notablemente peores que la media de los sectores (o que la media del mercado laboral español) y que, en consecuencia, están, a este nivel general y agregado que se hace la comparación, entre las ramas de actividad menos «deseables» para los trabajadores” (Cachón, 2002: 122).

⁷² El marco institucional de la discriminación se articula en relación con distintos aspectos: la estructura legal de los permisos de trabajo y la mayor o menor inestabilidad a la que quedan sujetos sus portadores (por cuenta ajena o por cuenta propia, con variaciones en su duración, limitación geográfica y posibilidades de renovación); la “situación nacional de empleo” que limita la concesión de permisos a determinados sectores, ocupaciones y zonas geográficas en función de la carencia de mano de obra española o comunitaria; el establecimiento de cupos o contingentes anuales de inmigrantes destinados a canalizar y controlar los flujos migratorios; las diferencias relativas al “arraigo” así como la ascendencia española, el tiempo de residencia o el tratamiento diferencial en función de los lugares de origen (este último se manifiesta en las mayores facilidades que tienen algunos colectivos para adquirir la nacionalidad española —países iberoamericanos, Andorra, Filipinas, Guinea Ecuatorial, Portugal o de origen sefardí—); por último, otro aspecto determinante será la posibilidad de llevar a cabo la reagrupación familiar, cuando en la práctica administrativa se obstaculiza este proceso se dificulta la estabilidad y el asentamiento de los inmigrantes (Cachón, 1995: 112-116).

⁷³ Como explica Gil Araujo (2006: 298), la creciente incorporación de las mujeres españolas en el mercado de trabajo, sumada al insuficiente reparto del trabajo de reproducción y a la ausencia de servicios públicos para cubrir tales necesidades, generó un incremento de la demanda de trabajadoras en el sector del servicio doméstico y los trabajos de cuidados.

Los procesos explicados hasta aquí sentaron las bases de la tercera etapa de la inmigración que se inicia con el cambio de siglo y que resulta en una profundización de tales procesos tanto cuantitativa, como cualitativamente. Es a partir del año 2000 que España consolida su posición como país de inmigración; en esta tercera etapa aumenta significativamente el número de inmigrantes y continúa su diversificación. A finales de la década del noventa, el porcentaje de los inmigrantes en España alcanzaba el 2,5% de la población. La inmigración tenía un impacto limitado y no ocupaba todavía un lugar destacado de la agenda política (Arango, 2010: 55), aspecto que se verá transformado en esta tercera etapa. Según Cachón (2002), en este período el fenómeno migratorio pasa de entenderse únicamente en términos económico-salariales para considerar otros aspectos clave relacionados con la ciudadanía. Los procesos de regularización y de reagrupación familiar, la extensión y consolidación de las redes migratorias, la articulación de nuevos movimientos sociales y las reivindicaciones sociales y políticas de la población inmigrante marcan una importante diferencia respecto al periodo anterior.

Como indica López de Lera (2015: 197-198), desde el año 2000 la magnitud de las llegadas se mantuvo en un promedio de más de medio millón de inmigrantes por año y alcanza la cifra más alta en el año 2007 (958.266 personas). Entre el 2000 y el 2009 llegaron más de 6 millones de inmigrantes. Fueron varios los factores que intensificaron o reorientaron ciertos flujos migratorios internacionales hacia España. Por un lado, la agudización y extensión de las crisis socioeconómicas en América Latina incrementó significativamente la salida de algunos países de origen (como Ecuador, Colombia, Argentina, Bolivia o Venezuela). A este contexto hace falta añadir que en el 2001, tras el endurecimiento de la política migratoria de Estados Unidos en el contexto post-11S, España se convirtió en un destino alternativo en el contexto europeo con condiciones de entrada más favorables. Por otro lado, la corriente proveniente de África (Marruecos y otros países subsaharianos) también se intensifica en esos años, debido al mantenimiento de los factores de expulsión (el alto desempleo de una población joven y activa). Otro incremento notable se detecta en los flujos provenientes del este de Europa y especialmente desde Rumanía. Por último, la corriente de los inmigrantes de los países del norte y centroeuropeos también aumentará en estos años, manejando un patrón similar al de los flujos provenientes de África.

Conviene agregar un comentario específico para el colectivo de inmigrantes latinoamericanos, en tanto dentro de este grupo se ubican las migraciones provenientes de Argentina, objeto de estudio en esta tesis. El aumento de las migraciones de esta región desde los últimos años del siglo XX y especialmente durante la primera década del siglo XXI fue exponencial. Si la década de los noventa había sido caracterizada como la de “la inmigración marroquí”, a partir del 2000 será la década de “la inmigración latinoamericana” (Izquierdo Escribano et al., 2002). Como indican López de Lera y Oso Casas (2007: 41) mientras a finales de los noventa llegaban anualmente a España 30.000 latinoamericanos, entre el 2000 y 2005 esta cifra alcanzó el promedio de 200.000 personas. Los latinoamericanos fueron “los preferidos del siglo XXI” y España fue “la preferida de los latinoamericanos”. La transformación de España en nuevo destino predilecto de esta emigración está relacionada con diversos factores. Evidentes

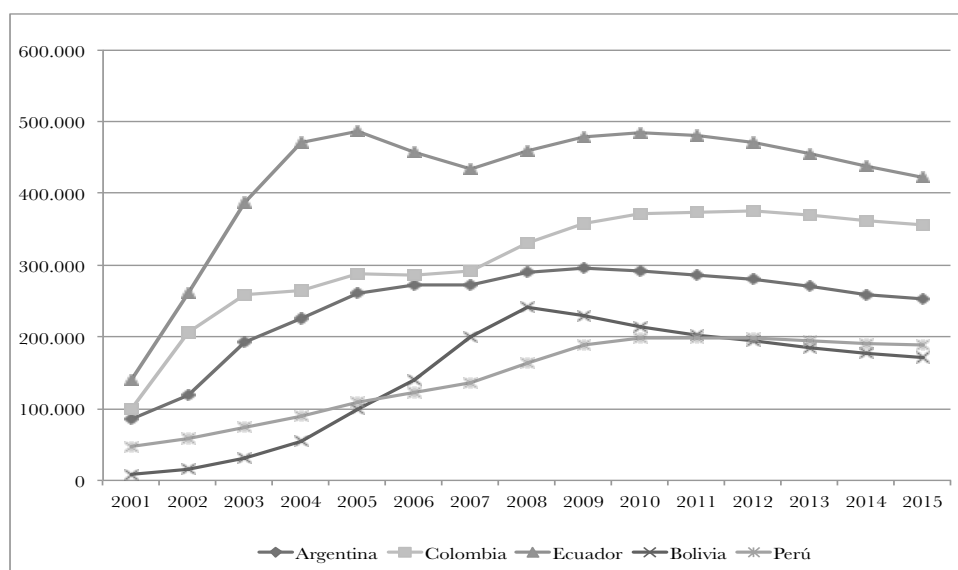
son las conexiones culturales. Por un lado, la historia colonial sentó una base compartida, lingüística, religiosa, etc.; por otro, la historia más reciente de vínculos tejidos a partir de la emigración española, el incremento de las inversiones de capital español en la región y la integración de España en la Unión Europea, reforzaron la imagen del país ibérico como destino atractivo para los flujos migratorios de los latinoamericanos. A su vez, la predilección por la inmigración latinoamericana ha sido expresada en el último tiempo no solo por parte del empresariado, sino también de la clase política en el país de destino. Como explican Izquierdo Escribano, López de Lera y Martínez Buján (2002), esta preferencia se tradujo en un andamiaje político y legislativo que dejó huella en la firma de convenios bilaterales, el establecimiento de contingentes y los procesos de regularización y nacionalización; todas operaciones gubernamentales que reforzaron orientaciones económicas y que se pusieron en marcha con el fin de “diversificar” los orígenes nacionales de la inmigración. La contracara de este objetivo era reducir la dependencia de la mano de obra de colectivos específicos, particularmente del marroquí aunque la intención de los poderes públicos de “sustituir” esta inmigración por la latinoamericana no se explicitara como tal (Izquierdo Escribano et al., 2002). Para hacernos una idea de la importancia del crecimiento de la población latinoamericana en España con el cambio de siglo baste observar los datos del Padrón Municipal de Habitantes de los cinco países principales de procedencia de la región (tabla 2.2 y gráfico 2.1.). Para el año 2015, las personas nacidas en el extranjero provenientes de Latinoamérica y Caribe sumaban el 37% de toda la población inmigrante residente en España (véase tabla 2.3.), manteniéndose todavía como el primer grupo en importancia por origen regional.

TABLA 2.2. POBLACIÓN LATINOAMERICANA POR PAÍS DE NACIMIENTO (2001-2015)

Año	Argentina	Colombia	Ecuador	Bolivia	Perú
2002	118903	205308	259779	15520	59035
2003	191653	259400	387565	30556	72894
2004	226548	264503	470090	54442	88754
2005	260386	288190	487239	99492	108026
2006	271444	286969	456641	140740	123464
2007	272985	291676	434673	200749	136958
2008	290281	330419	458437	240912	162425
2009	295401	358762	479117	229375	188235
2010	291740	371064	484623	213862	197605
2011	286449	373992	480626	202657	198126
2012	280286	375463	471640	193600	198619
2013	270147	369631	454993	184056	195016
2014	259150	362809	438263	176497	191323
2015	252613	356223	422087	171073	188267

Fuente: Padrón Municipal de Habitantes. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 2.1. POBLACIÓN LATINOAMERICANA POR PAÍS DE NACIMIENTO (2001-2015)



Fuente: Padrón Municipal de Habitantes. INE. Elaboración propia.

La llegada a España de la población inmigrante en general, supuso un importante aporte para el crecimiento de la misma, que hasta el momento era débil y atravesaba un proceso de envejecimiento. “Mientras entre 2000 y 2007 la *población inmigrante* aumentó en 4 millones de personas, la *población nativa* (nacidos en España) apenas creció un millón de habitantes, de los cuales algo más de 400.000 fueron nacimientos de madres extranjeras” (López de Lera, 2015: 203, énfasis en el original). El aporte demográfico de la inmigración lo fue no solo a la hora de sumar población joven, en edad laboral y fértil, sino también para contribuir al saldo vegetativo: los nacimientos de madres extranjeras menos las defunciones de extranjeros pasaron de algo más de 10.000 personas en el año 2000 a más de 90.000 en 2008-2009, es decir, el aporte neto pasó del 46% al 75%. Respecto a la natalidad, el 13% de los nacimientos en el período 2000-2007 y el 20% del período 2008-2012 corresponden a nacidos de madre extranjera (esto sin incorporar los nacimientos de madres inmigrantes nacionalizadas) (López de Lera, 2015: 200-201). En definitiva, como indica López de Lera (2015: 200) con el cambio de siglo “el crecimiento debido al saldo migratorio pasó a suponer el 90% del crecimiento total y así se mantuvo hasta 2007, cuando la población inmigrante llegó a suponer el 12% de la población total”.

El aporte demográfico de la población inmigrante fue a la par un aporte de población activa. Entre el año 2000 y 2009 el número de personas extranjeras activas se multiplicó por más de seis (pasó de 572.000 a 3.724.500). En términos porcentuales, mientras en el año 2000 las/los trabajadoras/es inmigrantes suponían el 3,1% de la población activa en España, esta cifra alcanza el 16,1% en el 2009 (Cachón, 2015: 217). El aporte de esta población al mercado de trabajo es relevante en función de distintos indicadores. Por un lado, la tasa de actividad global de los inmigrantes no comunitarios (77%) es 20 puntos superior a la de la población nativa. Esto tiene que ver con la composición etaria de la población inmigrante, pero no solamente. Aclara Cachón que los inmigrantes tienen una proporción de ocupados superior también sobre la población total. Entre los

españoles, en 2007 el 44% tenía un empleo y el 56% no trabajaba (porque estaba en paro, jubilado, no tenía edad de trabajar o teniéndola, no eran activos). Entre los inmigrantes, la población empleada ascendía al 60% mientras que el 40% estaba en alguna de esas otras situaciones (Cachón, 2015: 218).

El crecimiento económico continúa marcado en esta etapa por la creación y concentración del empleo en el sector servicios. En este ciclo de crecimiento, casi todos los empleos del total de los 7,7 millones de puestos creados entre 1995 y 2008 se concentran en este sector –6,1 millones y 1,2 millones en la construcción–. El dinamismo de la economía española supuso casi un tercio (29%) del empleo creado en Europa (UE-15) en tal período. Sin embargo, al distinguir el empleo entre servicios de mercado y servicios de no mercado (siendo estos últimos los empleos en administraciones públicas que requieren cierta cualificación), el nivel de los servicios de no mercado para el 2008 era inferior a la media europea (35,7% de la UE-15 frente al 28% en España). Por el contrario, la media de España era superior a la europea (UE-15) en las actividades de baja cualificación, especialmente el comercio, la hostelería y el trabajo doméstico (de Castro y Pedreño, 2015: 619-621).

“La conclusión evidente es que el largo e irregular ciclo de crecimiento de la economía española desde los años ochenta hasta 2008 se ha basado en el uso de mano de obra poco cualificada, lo cual ha provocado una fuerte segmentación del mercado de trabajo” (de Castro y Pedreño, 2015: 622).

Una segmentación ocupacional que es además étnica, en tanto dicho proceso se consolida con el aumento de la población inmigrante que se produce en esta tercera etapa que se inaugura a partir del año 2000. Para el año 2007, la sobrerrepresentación de los/las trabajadores/as extranjeros/as en las ocupaciones de baja o semi-cualificación⁷⁴ es evidente: entre los/las trabajadores/as españoles/as el 41,9% ocupa estos puestos; este porcentaje asciende al 78% en el caso de las personas extranjeras (de Castro y Pedreño, 2015: 624).

El crecimiento económico no significará una mejora sustantiva en relación a la precariedad del mercado de trabajo. En cuanto a la inseguridad laboral, para el año 2005 y 2007 casi el 40% del total de asalariados tiene contratos temporales y a tiempo parcial (39,3% y 38%, respectivamente) (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 635). En cuanto a la evaluación de las retribuciones salariales, la mejora ha sido moderada durante el ciclo de crecimiento. Como señala el Colectivo IOÉ (2013: 5-6) de acuerdo a los datos del Barómetro Social, si bien en el período 1994-2007 la ocupación creció de 12 a 20 millones, el paro bajó del 23,9% al 8,3% y la masa salarial se incrementó por encima del PIB (81% y 70%, respectivamente), el salario medio se mantuvo

⁷⁴ Los autores calculan estos porcentajes a partir de datos de la EPA (INE) considerando tres categorías: trabajadores de servicios, restauración, personales, protección y vendedores de comercio; artesanos y trabajadores cualificados de industrias manufactureras, construcción y minería, excepto operadores; y trabajadores no cualificados. Estos cálculos no incluyen a la población extranjera en situación irregular (de Castro y Pedreño, 2015: 624).

prácticamente congelado aumentando sólo un 1,9% en todo el período expansivo. Esto se tradujo en una distribución regresiva del ingreso, en tanto los salarios retrocedieron en proporción dentro del PIB del 67,3% al 61,6% entre 1994 y 2007. Esta distribución regresiva se pone también de manifiesto al observar la desigualdad de la riqueza. De acuerdo a los datos de la Encuesta Financiera de las Familias del Banco de España, entre 2002 y 2005 el patrimonio de los hogares ricos se incrementó a un ritmo más acelerado que el de los pobres, “dando como resultado que la ratio de desigualdad entre el 25% de hogares más ricos y más pobres pasara de 33,3 a 39,3” (Colectivo IOÉ, 2013: 8).

Dentro de la población asalariada, algunos colectivos son especialmente vulnerables a la desigualdad. Jóvenes, mujeres y extranjeros se constituyen como “sujetos sociales frágiles” (Cachón, 2015: 217) en un mercado de trabajo de tales características. Esto se pone de manifiesto en las diferencias salariales. De acuerdo a los datos de la Agencia Tributaria, en 2007 los jóvenes de hasta 25 años percibían un salario 58% inferior al de los adultos de más de 25 años. La diferencia salarial entre mujeres y hombres, indica que las primeras ingresaban un 30% menos que los segundos, mientras que la percepción salarial de las personas extranjeras era un 43% inferior a la de las españolas (Colectivo IOÉ, 2009: 4). Estas diferencias son a su vez una expresión de la precariedad laboral que afecta a estos colectivos. Prieto y Pérez de Guzmán (2015: 637-638) han calculado basándose en datos de la Encuesta de Población Activa (EPA) un índice sintético de precariedad laboral que calcula el efecto combinado del empleo precario (temporal y a tiempo parcial) y el desempleo en la población activa⁷⁵, y muestra que las mujeres, los jóvenes y los inmigrantes son categorías sociales más débiles que arrojan un índice superior a la media general. En la fase de crecimiento, mientras el índice global de precariedad laboral era de 44, el de las mujeres ascendía a 52,1. Para el caso de los jóvenes e inmigrantes excluyen del cálculo el empleo a tiempo parcial (en tanto no disponen de tal información estadística). Para estos casos, teniendo en cuenta las situaciones de empleo temporal y paro, el índice global asciende al 38,3, mientras que entre los jóvenes e inmigrantes es superior en 20 puntos (58,2 y 58, respectivamente).

Lo expuesto en este epígrafe nos sitúa no solamente en el contexto en el cual se produce a partir del año 2000 el “boom de la inmigración” (Arango, 2010), sino también en algunas coyunturas a partir de las cuales se ha asentado el actual modelo de estratificación social español. Desde el despegue económico de finales de la década de los años sesenta y setenta, ligado al proceso de industrialización y modernización que transformó la composición de la población (descenso de la población activa agraria e incremento de las nuevas clases medias con ocupaciones de “cuello blanco” y de las clases trabajadoras industriales), pasando por el período de transición democrática que acompañó del proceso de desindustrialización y desarrollo de la economía de

⁷⁵ El cálculo del índice sintético de precariedad es el siguiente: $ISP = [(Paro + Empleo temporal + Empleo a tiempo parcial) : (asalariados ocupados + volumen de paro)] \times 100$. (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 637).

servicios propició un importante aumento de los trabajadores de este sector –así como también de los empleados técnicos y profesionales cualificados–, llegamos a lo que Tezanos (2015) denomina “nuevo paradigma de la estratificación” caracterizado por un ascenso de las clases medias y por una transformación de los perfiles de las clases trabajadoras emergentes que “entraron en procesos de acercamiento y simbiosis con determinados sectores de las *«nuevas clases medias»*” (Tezanos, 2015: 718, énfasis en el original). Con el cambio de siglo y, especialmente, a partir de la última década, tal paradigma podría verse cuestionado por la actual *evolución del modelo español de desigualdad* que está conectado a la influencia de dos factores: “por un lado, con el aumento general de los niveles de *desigualdad social* y, por otro, con una nueva problemática del paro y de la *precarización laboral*, que está dando lugar al surgimiento de situaciones de *exclusión social*” (Tezanos, 2015: 718, énfasis en el original). Los efectos de todo esto se han hecho sentir con fuerza en los últimos años, a partir del 2007-2008, cuando se produce el *bang* de la Gran Recesión que profundiza las tendencias y efectos del particular modelo productivo y de desarrollo económico español que se consolida en décadas anteriores. Las causas y efectos de la Gran Recesión y las consecuencias específicas que ha tenido sobre el fenómeno de la inmigración son cuestiones que serán analizadas en el siguiente apartado.

Del «boom» de la inmigración al «bang» de la Gran Recesión

Es necesario situar el golpe de la Gran Recesión en España, que se produce desde finales del año 2007 y se manifiesta claramente a partir del año 2008, en el proceso de acumulación capitalista y su carácter cíclico, que alterna fases de crecimiento y decrecimiento a través de las cuales se recomponen desequilibrios que se saldan mediante la desaceleración de la productividad, el estancamiento o la disminución de los salarios, a la par que se incrementa correlativamente la tasa de ganancia del capital (Colectivo IOÉ, 2013: 2). El último ciclo de crecimiento económico en España ha estado acompañado por el aumento constante de dos burbujas, marcadas por un fuerte carácter especulativo. Una, la “burbuja accionarial”. Entre 1994 y 2007 las acciones empresariales multiplicaron por seis su precio de mercado, revalorización que se explica en parte por inversiones de capitales extranjeros que colaboraron al aumento de la deuda externa privada. La burbuja accionarial tuvo un crecimiento interanual medio del 15%, casi cuatro veces superior al del PIB (4,2%). Como efecto de la crisis, las acciones se desvalorizaron un 32% (a un ritmo interanual del 8,6%), caída que da lugar a la fuga de capitales extranjeros (Colectivo IOÉ, 2013: 4). La otra, la “burbuja inmobiliaria-financiera”, se produjo por una revalorización de dicho patrimonio, que entre 1994 y 2007 se incrementó a una tasa interanual del 7,3%. La riqueza agregada de los hogares producto de la suma del patrimonio inmobiliario y los activos financieros creció más del doble que la renta ingresada por las familias (3,5%). Durante el ciclo de crecimiento “la riqueza acumulada por los hogares aumentó un 148% (los inmuebles el 157% y los activos financieros el 128%), mientras la renta disponible ingresada cada año por esos mismos hogares se incrementó un 57%” (Colectivo IOÉ, 2013: 7).

El incremento de la riqueza, especialmente del patrimonio inmobiliario ligado al encarecimiento de la propiedad, fue posible a través de la concesión masiva de créditos y el consecuente endeudamiento de los hogares. La deuda de los hogares en 2007 suponía el 150% de su renta anual (Colectivo IOÉ, 2013: 15). Desde los años noventa el proceso de financiarización de la economía española estará marcado por los créditos vinculados al sector de la construcción e inmobiliario. Estos sectores en el período 2002-2007 alcanzan una media del 17,5% del PIB y los créditos a hogares para la adquisición y rehabilitación de viviendas se incrementaron entre 1997 y 2007 un 534,7% (Massó, 2015: 881-883). Una de las problemáticas que emerge con fuerza en el contexto de la Gran Recesión será la dificultad de los hogares para hacer frente a las deudas⁷⁶.

Como explica Cachón (2012) el último ciclo de desarrollo económico en España puede dividirse claramente en dos fases: “expansión hasta 2007 y crisis desde 2008. Y este ciclo, común a los países desarrollados, ha sido excepcional en España en los dos momentos: extraordinaria expansión y extraordinaria recesión” (Cachón, 2012: 73). Si durante la fase de crecimiento entre 1995 y 2008 España había creado el 29% de los puestos de trabajo de la UE-15, durante la fase recesiva 2008-2013 el 82% de los empleos destruidos en Europa (UE-15) correspondían a la economía española, “esto es, 4,2 millones de los 5,1 millones de empleos destruidos en Europa” (de Castro y Pedreño, 2015: 620). La crisis puso en evidencia la debilidad de la estructura productiva de España, caracterizada por una baja inversión tecnológica y un alto desarrollo de sectores intensivos en mano de obra poco cualificada. Así es que en períodos de crisis y recesión las empresas optan mantener la competitividad a través de la reducción de costes salariales, en lugar de intensificar la inversión (de Castro y Pedreño, 2015: 617). La pérdida de empleo afectó particularmente a algunos sectores: la construcción, la industria y los servicios. Entre 2008 y 2013, en la construcción se perdió el 58% de los puestos de trabajo (1,4 millones). El empleo en el sector industrial se redujo un 39% (1,2 millones). Por último, en el sector de los servicios se destruyeron 1,5 millones de empleos (11%) (de Castro y Pedreño, 2015: 620). La excepcional tasa de desempleo de 2007 (8,5%) escaló hasta el 25% en el año 2013.

Esta reducción de los costes vía despidos pudo realizarse por la metamorfosis de la configuración social del empleo iniciada a mediados de los ochenta. Sin embargo, el contexto de la Gran Recesión a partir del 2008 consolidó la (re)instauración de la norma flexible-empresarial profundizando y acelerando el proceso a través de nuevos instrumentos jurídicos. Con la Ley 35/2010 y el Real Decreto Ley 3/2012 de medidas urgentes para la reforma del mercado laboral (la primera impulsada por el gobierno del

⁷⁶ Producto de esta problemática emerge, durante los años de la Gran Recesión, el drama de los desahucios y desalojos que afectará a miles de familias. “Entre 2007 y 2011 el precio del metro cuadrado de vivienda libre se ha reducido un 22,4%, según el Ministerio de Fomento, pero más de 300.000 familias afectadas por la crisis y el desempleo no han podido hacer frente a sus deudas hipotecarias provocando un aluvión de desahucios. A estos se añaden los de quienes no pueden pagar el alquiler, entre 60.000 y 70.000 cada año en el ciclo de crisis, lo que suma en total más de medio millón de familias desalojadas de sus viviendas” (Colectivo IOÉ, 2013: 16).

PSOE y la segunda por el gobierno del PP) se terminará de ejecutar una transformación radical de los principios reguladores de la norma social del empleo. Como explican Prieto y Pérez de Guzmán (2015):

“El contrato temporal se hace tan normal como el fijo. El empleo a tiempo parcial tan normal como el de tiempo completo. En correspondencia, también la inestabilidad y la insuficiencia salariales se normalizan. Al igual que la irregularidad de las jornadas. O la modificación, por decisión empresarial, de las condiciones fundamentales de trabajo previamente fijadas. O la dificultad de conciliar el trabajo profesional y la vida familiar. O la incertidumbre sobre el mantenimiento de un convenio colectivo previamente negociado. O el no reconocimiento de los falsos autónomos como trabajadores asalariados. O la reducción de las prestaciones percibidas en concepto de protección social. En general todo el empleo se ha convertido en un «empleo débil» (Alonso, 2001) pero, dentro de este debilitamiento general, multitud de empleos regulares desde un punto de vista jurídico se han convertido en precarios, instalándose en la vida de una parte de la población trabajadora los dos rasgos que mejor los caracterizan: los bajos salarios y la inseguridad” (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 632).

Así es que desempleo y precariedad son dos fenómenos que van unidos, porque el primero tiene un doble papel que interactúa con el segundo. El desempleo no sólo limita la posibilidad de obtener los recursos materiales necesarios para sostener una vida digna a través del trabajo como vía legítima para tal fin, sino que también debilita el poder de negociación –individual y colectivo– de los/las trabajadores/as en la relación con quienes les emplean (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 633). La vulnerabilidad afecta transversalmente a la fuerza laboral. Quienes se encuentran en situación de desempleo (especialmente si ya no cuentan con protección social) se ven abocados a competir por puestos de trabajo degradantes y precarios en el marco de una oferta laboral escasa y se enfrentan al “falso dilema de «escoger entre desempleo y mal empleo»” (Miguélez y Molina, 2015: 682). Quienes están empleados precariamente ocupan posiciones inestables, perciben retribuciones insuficientes y aunque todo ello esté regulado, estas posiciones coexisten en el mercado de trabajo con una porción de empleo decente y estable que en 2013 excluía a algo más de la mitad de la población activa (el 53% tenía un empleo precario) (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 633-634). Aunque algunos indicadores puedan apuntar a una reducción de los contratos temporales o a tiempo parcial entre 2007 y 2013 (descienden del 38 al 35,2%) respecto a los estables, una lectura más atinada nos lleva a interpretar que la causa de este descenso se produce precisamente por el carácter masivo y permanente de la precariedad laboral en España y la mayor fragilidad de estas posiciones en períodos de crisis: “entre 2007 y 2013 el empleo temporal cae un 40,6%, mientras que el indefinido lo hace en un 7,7%” (Prieto y Pérez de Guzmán, 2015: 636).

Junto a la flexibilización del empleo, la otra vía de reducción de costes propiciada por los instrumentos jurídicos ha sido la de la rebaja salarial o la devaluación interna, esta última producida por el debilitamiento del poder de negociación de los sindicatos (Miguélez y Molina, 2015: 681). Entre 2007 y 2011 el salario medio desciende un 3,2% (Colectivo IOÉ, 2013: 5).

“Por tanto, la participación de los salarios en la renta nacional descendió continuamente durante el último ciclo de crecimiento y vuelve a caer con la adopción de políticas «de ajuste» desde 2010. En suma, se está perpetuando una *tendencia estructural a la redistribución regresiva de la renta*” (Colectivo IOÉ, 2013: 6).

Con la crisis, la renta continúa ascendiendo durante los años 2008 y 2009, pero se reduce un 7,1% entre 2010 y 2011. El resultado en la distribución de la renta ha sido un aumento del 36,4% de la desigualdad entre 2005 y 2011, período durante el cual la ratio entre el 20% de los hogares con más y menos renta se incrementó de 5,5 a 7,5. (Colectivo IOÉ, 2013: 8). Todo apunta a un incremento de la desigualdad social en España, tendencia que en el contexto de la crisis económica no ha hecho más que agravarse. Como indica Tezanos (2015) en esta tendencia se combinan procesos de pobreza y exclusión social, precarización laboral y polarización de las rentas. La tasa de pobreza en España escaló del 18% al 20,4% entre 1996 y 2013. Mientras, la población en riesgo de exclusión se incrementó del 22,9% en el 2008, coincidiendo con el inicio de la Gran Recesión, hasta el 27,3% en el año 2013. De acuerdo a los datos de la Encuesta sobre condiciones de vida de las familias, en el 2013 el 38,8% de los hogares tenía dificultades o muchas dificultades para “llegar a fin de mes” y un 41% no tenía capacidad para afrontar pagos imprevistos. Casi un 10% declaraba retrasos en los pagos relacionados con la vivienda (Tezanos, 2015: 726-731).

Teniendo en cuenta las características de la inserción de la población inmigrante en el mercado de trabajo comentadas en el apartado anterior, esta ha estado expuesta a una mayor vulnerabilidad durante la crisis económica. Vulnerabilidad que se explica por la combinación de distintos factores ya comentados por Cachón (2012) y que pueden resumirse en una sobrerrepresentación de esta población en sectores de actividad intensivos en mano de obra poco cualificada y más sensibles al ciclo económico (construcción, industria, servicios) determinada por el “marco institucional discriminatorio” (Cachón, 1995) y también su sobrerrepresentación en aquellos empleos que tienen peores condiciones laborales (en cuanto a temporalidad, jornada laboral, retribución salarial, etc.), marcada por su menor “poder social de negociación” (Cachón, 2002). Si bien el empleo de los inmigrantes resistió mejor que el empleo de los nativos al inicio de la crisis⁷⁷ —esto puede deberse a sus mayores dificultades para resistir el empeoramiento de las condiciones de trabajo, así como a su mayor flexibilidad y movilidad para buscar nuevas oportunidades en distintos sectores y destinos geográficos—, el deterioro fue muy considerable a partir de 2009 y, sin duda, su situación fue más desventajosa que la de la población nativa.

En el período 2008-2014, mientras el empleo de los españoles retrocedió un 15%, esta cifra alcanzó el 38% entre los inmigrantes (Cachón, 2015: 222). Estas diferencias son también significativas si se distingue entre extranjeros comunitarios y no comunitarios.

⁷⁷ Durante los primeros cuatro trimestres de la crisis del empleo (cuarto trimestre de 2007 hasta tercer trimestre de 2008) la población ocupada española descendió en 266.000, mientras que la extranjera aumentó en 102.000 (Cachón, 2015: 221).

Mientras que el descenso fue del 18% en el caso de los primeros, entre los segundos alcanzó el 46%. Al analizar la variación relativa de la población ocupada por sectores de actividad también se observan las diferencias entre la población nativa y extranjera. Mientras que el descenso de quienes estaban empleados en la construcción fue del 60% entre los españoles, esta cifra alcanzó el 80,3% entre los extranjeros. La variación relativa para españoles y extranjeros en otros sectores como la industria o los servicios es 29,1% frente a 56,3% y 4,6% frente a 21,9%, respectivamente. El único sector en el que los españoles perdieron más empleo que los extranjeros es la agricultura. De hecho, mientras que entre los españoles la ocupación descendió 10,5 puntos, entre los inmigrantes se incrementó en 5,7; convirtiéndose en un “sector refugio” para intentar capear la crisis del empleo en otras ocupaciones (Cachón, 2015: 222). La mayor caída de la ocupación en la construcción respecto a los servicios, ha producido que la pérdida de empleo entre la población extranjera haya afectado en mayor medida a varones que a mujeres. Por lo tanto, en el 2014, la tasa de paro era unos puntos inferior para estas últimas (39,2 entre los varones y 36,2 para las mujeres) (Cachón, 2015: 223).

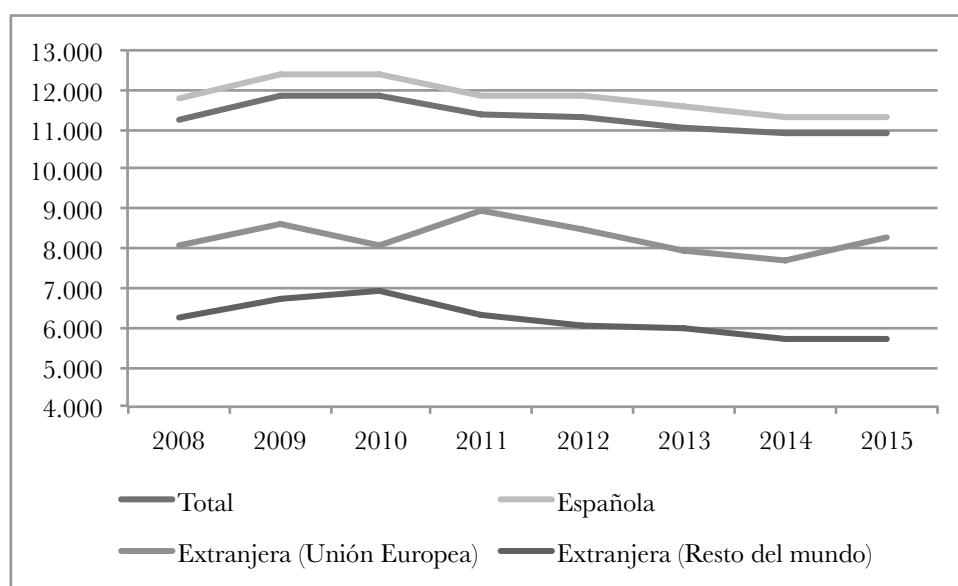
El retroceso del empleo durante la Gran Recesión se pone también de manifiesto en el comportamiento de la tasa de paro, que ascendió del 10,6 al 25,9 entre 2008 y 2014. El diferencial de este indicador entre españoles y extranjeros se duplicó durante el período de crisis y aumentó de 7 a 14 puntos. Así, si la tasa de desempleo de los españoles era de 9,5 en 2008, frente al 17,3 de la población extranjera, estas cifras aumentarán en 2014 hasta 24 y 37,7, respectivamente. Otra vez, la situación será más desventajosa para los extranjeros no comunitarios (40,8) frente a los comunitarios (32,4), aunque en ambos casos la tasa sea superior a la de la población nativa (Cachón, 2015: 223). Durante el *boom* migratorio, el número de activos extranjeros pasó de 572.000 en el año 2000 a 3.724.500 en el 2009; durante el *bang* de la Gran Recesión, el golpe que supuso la crisis hizo descender este número hasta 2.851.700 en el primer trimestre de 2014 (Cachón, 2015: 217). Entre 2009 y 2014, la proporción de inmigrantes entre la población activa se redujo del 15,4% al 12,5% (Cachón, 2015: 221).

La mayor incidencia de la Gran Recesión en la situación del empleo de la población inmigrante se manifiesta también en un marcado empeoramiento de sus condiciones de vida en España. Su posición es también más desfavorable respecto a la población autóctona en relación con el avance de la pobreza y la exclusión social. Las actuales tendencias de desigualdad social se manifiestan de forma agravada en el caso de los extranjeros residentes en España. Como explican Mahía y de Arce (2014: 145-150), durante los años de crisis, las rentas bajas han retrocedido más que las altas, y la presencia relativa de los inmigrantes es mayor en ese primer segmento. Asimismo, en un contexto de recortes presupuestarios los segmentos de menor renta también son los que se ven más afectados por el retroceso de la acción redistributiva de los recursos públicos. La desaparición de fondos para programas específicos de recepción e integración de inmigrantes o la limitación del acceso a ciertos servicios (como el sistema de salud pública para personas en situación administrativa irregular desde 2012), empeoran sin duda la vulnerabilidad de ciertos colectivos. A esto hay que sumar la menor protección social en situaciones de desempleo. De acuerdo a datos del SEPE, si la ratio de

cobertura bruta ha caído del 76,7% al 64,3% entre 2010 y 2013, entre los beneficiarios extranjeros esta cobertura descendió del 73% al 38%. El agravamiento de la desigualdad de la población inmigrante también se refuerza por la carencia de fuentes alternativas de renta, en tanto pueden recurrir en menor medida que los españoles a transferencias interfamiliares como forma de apoyo económico en situaciones de crisis. Por último, hay que considerar las implicaciones que las situaciones de desempleo tienen para la renovación de los permisos de residencia de carácter temporal y la amenaza de las situaciones de irregularidad sobrevenida ante la ausencia de relación laboral en el momento de su solicitud. Las dificultades para regularizar su situación son aún mayores para quienes se encuentran ya de por sí en situaciones de exclusión social críticas por su condición de residentes en situación administrativa irregular en España.

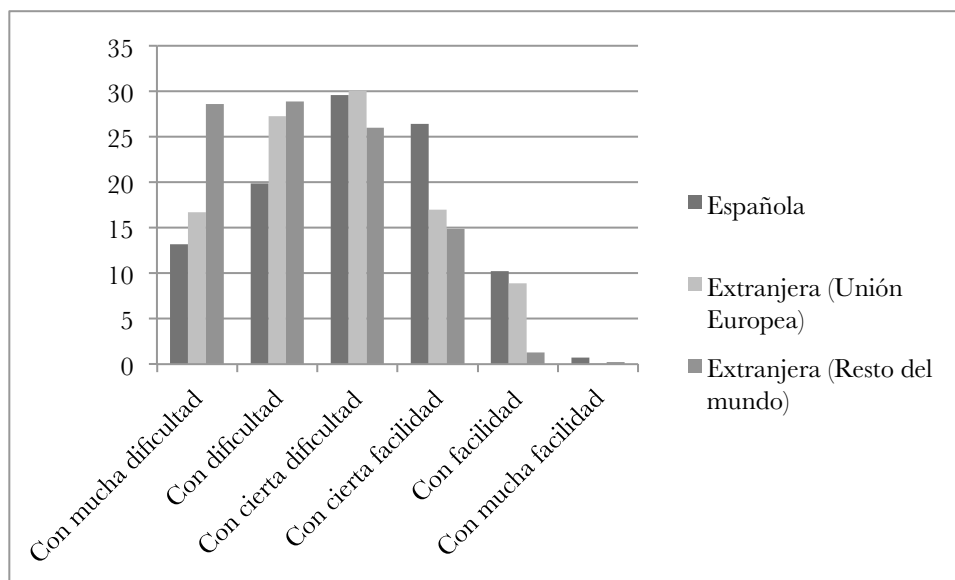
Además de las diferencias señaladas respecto al mercado de trabajo, los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida realizada por el INE arrojan algunos datos específicos sobre la evolución de las desigualdades entre la población española y extranjera en relación con la renta y el riesgo de pobreza y exclusión social durante el último período de crisis. En cuanto a la renta media por persona, la diferencia entre población española y extranjera ha sido amplia durante todo el período (gráfico 2.2.). Para el año 2015 la renta de los extranjeros de la Unión Europea era un 27% inferior a la de los españoles (8.263 frente a 11.281 euros), esta diferencia asciende al 49% entre los extranjeros no comunitarios (5.707). La situación ha sido desigual también en cuanto al descenso de la renta desde el año 2009 (en su valor más alto) hasta el 2015. Si la renta media por persona descendió un 9% entre la población española (de 12.414 a 11.281 euros), entre los extranjeros no comunitarios el descenso fue del 15% (de 6.730 a 5.707 euros). En este caso, la pérdida de renta de los extranjeros de la Unión Europea sufrió un retroceso menor, del 4% (de 8.611 a 8.263 euros).

GRÁFICO 2.2. RENTA ANUAL NETA MEDIA POR PERSONA, POR NACIONALIDAD (PERSONAS DE 16 Y MÁS AÑOS)



Fuente: Encuesta de Condiciones de Vida. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 2.3. PERSONAS DE 16 Y MÁS AÑOS POR DIFICULTADES PARA LLEGAR A FIN DE MES Y NACIONALIDAD (2015).



Fuente: Encuesta de Condiciones de Vida. INE. Elaboración propia.

Otro dato significativo de esta encuesta es aquel que indica el porcentaje de población que tiene dificultades para llegar a fin de mes (gráfico 2.3.). En 2015, entre quienes declaran llegar a fin de mes “con cierta dificultad” se encuentra el 29,6% de españoles, el 30,1% de los extranjeros de la Unión Europea y el 26% de los extranjeros del resto del mundo. Estos porcentajes son superiores para el caso de quienes declaran llegar a fin de mes “con dificultad” o “mucha dificultad”: 33,1% en el caso de los españoles, 44% en el caso de la población extranjera comunitaria y 57,5% entre los extranjeros no comunitarios. Por último, otro indicador de la misma encuesta que manifiesta un diferencial significativo entre población española y extranjera es el de riesgo de pobreza o exclusión social⁷⁸. En el período 2008-2015 este ha escalado del 19,4% al 25,5% entre la población española, lo que supone un aumento de 6 puntos nada despreciable en el período de crisis. Sin embargo, la tasa de riesgo de pobreza y exclusión social es sin duda superior entre la población extranjera. Otra vez, los no comunitarios se encuentran en la peor posición, pasando el porcentaje de población que se encontraba en esta situación del 52,9% al 63,9% entre el 2008 y el 2015, una subida superior a 10 puntos. Aunque en una situación más desfavorecida que la de la población española, los valores de esta tasa han fluctuado de forma menos pronunciada entre la población extranjera comunitaria, e incluso han disminuido levemente. El porcentaje de población

⁷⁸ Tal como indica el INE, en la Encuesta de Condiciones de Vida, los ingresos a partir de los cuales se calculan variables como rentas y tasa de riesgo de pobreza corresponden siempre al año anterior. En cuanto a la población en riesgo de pobreza o exclusión social esta se define como aquella que está en alguna de estas situaciones: a) en riesgo de pobreza (60% mediana de los ingresos por unidad de consumo); b) en carencia material severa (con carencia en al menos 4 conceptos de una lista de 9); c) en hogares sin empleo o con baja intensidad en el empleo (hogares en los que sus miembros en edad de trabajar lo hicieron menos del 20% del total de su potencial de trabajo durante el año de referencia).

extranjera de la Unión Europea en riesgo de pobreza y exclusión social descendió del 43,4% en 2008 al 40,2% en 2015, después de haber alcanzado su máximo valor en la serie un año antes (45,2% en el 2014).

A la vista de lo expuesto hasta aquí no cabe duda de que la crisis ha afectado de forma diferencial a aquellos colectivos más vulnerables, entre los cuales se encuentra la población inmigrante. El escenario de la Gran Recesión ha modificado las tendencias en los flujos migratorios hacia y desde España en los últimos años –cuestión que analizaremos en el siguiente apartado–; sin embargo, nos encontramos frente a transformaciones de profundo calado que, tanto en el contexto europeo en general como en el español en particular, afectarán al conjunto de la población. Si bien ya ha transcurrido casi una década desde el desencadenamiento de la crisis y aún no es posible calcular todos los efectos de un proceso que tendrá que ser analizado a largo plazo, sí cabe apuntar que la Gran Recesión ha sido la baza para radicalizar la orientación de tales transformaciones, imbricadas en ciertas tendencias de cambio y reestructuración en el espacio social europeo. De acuerdo con Moreno Fernández (2015: 1038), la crisis se ha convertido en una “ventana de oportunidades” para impulsar con fuerza las reformas estructurales impuestas por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional que consisten en la implementación de políticas de austeridad, medidas de desregulación y disciplina fiscal. Toda una economía política que condiciona los fundamentos mismos del modelo de bienestar europeo actual. En España, “desde 2007, no ha habido ningún programa o servicio público ligado al bienestar social que no haya sufrido recortes en su presupuestación, e incluso alguno ha sido eliminado” (Moreno Fernández, 2015: 1038). Como resumen Guillén y Rodríguez (2015):

El Estado de bienestar gestiona y modula la nueva estructura de desigualdad social de acuerdo con el contexto ideológico (ascenso del neoliberalismo), económico (predominio del capitalismo financiero) y político (declive de las políticas socialdemócratas y, en general, de naturaleza redistributiva y contracíclica). En el caso de España, la tendencia hacia mayores niveles de desigualdad social (es decir, tendencia hacia la dualización laboral y social) se refleja también en respuestas duales de protección estable e integrada (en regresión) y la expansión de formas de protección inestable y asistencial. Proceso que se refleja en una contención-reducción del gasto social, avances en remercantilización y dificultades para recalibrar el conjunto del sistema en el que se tienen que sacrificar incluso programas que dan respuesta a los nuevos riesgos sociales (Guillén Rodríguez y Rodríguez Cabrero, 2015: 1022).

Salvando las distancias, las políticas neoliberales que se aplicaron en algunos países periféricos en la década del 80 y 90 –de reducción del gasto público, desregulación del mercado laboral y financiero en el contexto de crisis de deuda externa y ajustes impulsados por los organismos financieros internacionales y enmarcados en el Consenso de Washington– guardan similitudes con las que se han introducido primero de forma pausada y no lineal en contextos como el español, y las que a partir del estallido de la crisis en el 2007 han avanzado ya sin matices en los países centrales (Colectivo IOÉ, 2013: 4). Como sostiene Pérez Orozco (2014: 61), la actual obligación a “firmar memoranda” en algunos países del norte global, no resulta novedosa respecto a los

programas de ajuste estructural impuestos décadas atrás en América Latina y África con el objetivo de aplicar las recetas neoliberales. Queda por ponderar cuál será la evolución específica de España en el contexto europeo; como plantea Moreno Fernández (2015: 1032-1038), si después de la “edad de oro” (1945-1975) de máximo apogeo del desarrollo del bienestar social en Europa y de la “edad de plata” (1976-2007) de resiliencia ante la contención del gasto social, la actual “edad de bronce” del *welfare* que se inaugura en el 2008 verá desdibujar los rasgos constitutivos del bienestar social consolidados durante la segunda mitad del siglo XX y si, en definitiva, los sistemas de protección social europeos retrocederán hasta su «prehistoria».

2.3. *Los flujos migratorios durante la Gran Recesión*

Como se indica en distintas publicaciones, los flujos migratorios hacia España no desaparecieron con el contexto de la crisis, pero sus efectos sí produjeron en los últimos años cierta ralentización y disminución de su volumen, especialmente a partir de 2009 (Arango, 2015; Cachón, 2012; Mahía, 2016). De acuerdo con los datos del Padrón continuo de habitantes, a día 1 de Enero de 2013 había en España 6.640.536 personas nacidas en el extranjero (14% de la población) (López de Lera, 2015: 197), un año y medio más tarde este número se había reducido hasta 5.911.351 (-729.185 a día 1 de julio de 2014). A principios de julio de 2015 residían en España 5.901.083 personas nacidas en el extranjero (12,7% de la población), de las cuales dos tercios tenía nacionalidad extranjera y un tercio, española (67,2% y 32,8%, respectivamente) (Mahía, 2016: 109). De acuerdo a la información expuesta en la tabla 2.3. del total de 5,9 millones de personas residentes en España nacidas en el extranjero para julio de 2015 los de la Unión Europea y América del Sur continúan siendo los grupos más numerosos (33,5% y 30,5%, respectivamente), seguidos de África y América Central y Caribe (16,4% y 6,5%). Entre los principales países de nacimiento destacan Marruecos (11,8%), Rumanía (10,8%), Ecuador (7%), Colombia (5,9%) y Reino Unido (5,2%); le siguen en orden Argentina, Francia, Alemania, Perú y Venezuela con porcentajes inferiores al 5%.

Desde mediados de 2008 ha llamado la atención no solo el descenso de los flujos de llegada y el incremento de la salida de extranjeros, sino también la emigración de españoles; cuestión que adquirió relevancia mediática a pesar de la escasa fiabilidad de los datos que se manejaban en aquel entonces (Domingo y Sabater, 2013: 62). Estamos de acuerdo con Mahía (2016: 113) en que este tratamiento de la información promovió cierto desfase entre las percepciones sobre lo que estaba sucediendo con los flujos migratorios (alarmando sobre la salida “masiva” de extranjeros y el incremento de la emigración de jóvenes españoles llegándose a hablar de “generación perdida”) y lo que los datos realmente mostraban. Sin embargo, ello no es óbice para admitir que, aunque la magnitud de la fluctuación global de los flujos y los *stocks* sea moderada en relación con el porcentaje total de la población nativa y extranjera, esta variación en la dinámica migratoria no sea significativa y haya mantenido cierta sincronía con los cambios del ciclo económico –teniendo en cuenta la fase previa de *boom* de la inmigración y la actual

emergencia de diversos tipos de movilidad en esta nueva etapa que incluye tanto un incremento paulatino de los procesos de retorno y reemigración de extranjeros, así como la incipiente emigración de población española–.

TABLA 2.3. PERSONAS NACIDAS EN EL EXTRANJERO, POR LUGAR DE ORIGEN (JULIO 2015)

Lugar de nacimiento	Personas	% Grupo	% Global
<i>Unión Europea (sin España)</i>	<i>1.976.137</i>	<i>100%</i>	<i>33,5%</i>
Rumanía	640.218	32%	10,8%
Reino Unido	304.188	15%	5,2%
Francia	204.294	10%	3,5%
Alemania	199.178	10%	3,4%
Bulgaria	125.348	6%	2,1%
<i>América del Sur</i>	<i>1.797.822</i>	<i>100%</i>	<i>30,5%</i>
Ecuador	411.997	23%	7,0%
Colombia	346.790	19%	5,9%
Argentina	252.478	14%	4,3%
Perú	185.024	10%	3,1%
Venezuela	165.389	9%	2,8%
Bolivia	148.936	8%	2,5%
<i>África</i>	<i>970.603</i>	<i>100%</i>	<i>16,4%</i>
Marruecos	696.028	72%	11,8%
Argelia	56.084	6%	1,0%
Senegal	49.450	5%	0,8%
<i>América Central y Caribe</i>	<i>386.372</i>	<i>100%</i>	<i>6,5%</i>
República Dominicana	157.748	41%	2,7%
<i>Asia</i>	<i>359.729</i>	<i>100%</i>	<i>6,1%</i>
China	156.839	44%	2,7%
Pakistán	52.741	15%	0,9%
Filipinas	43.266	12%	0,7%
India	34.718	10%	0,6%
<i>Resto de Europa (no UE)</i>	<i>303.204</i>	<i>100%</i>	<i>5,1%</i>
Ucrania	84.851	28%	1,4%
Rusia	81.317	27%	1,4%
<i>América del Norte</i>	<i>99.204</i>	<i>100%</i>	<i>1,7%</i>
EE.UU.	42.898	43%	0,7%
México	49.236	50%	0,8%
<i>Oceanía</i>	<i>8.011</i>	<i>100%</i>	<i>0,1%</i>
<i>Total nacidos en el extranjero</i>	<i>5.901.083</i>	<i>100%</i>	<i>100,0%</i>

Fuente: Mahía, 2016: 117. (Modificaciones propias a partir del original)

De acuerdo con los datos de la Estadística de Variaciones Residenciales (INE) en el período 2008-2013 se contabilizaron en total 2.857.020 altas, aunque el flujo de llegadas registrado ha descendido año a año (desde 720.009 en 2008 hasta 342.390 en 2013). Lo contrario ha sucedido con el registro de las bajas: para el mismo período se contabilizaron 2.165.187 y se incrementaron desde 266.460 en el año 2008 hasta

453.543 en 2013. Como explican Domingo y Blanes (2015) estas cifras contrastan con las aportadas por la Estadística de Migraciones (EM), también facilitada por el INE, pero que tras otra serie de cálculos estadísticos⁷⁹ contabiliza un número menor de llegadas y mayor de salidas, con lo cual, el saldo migratorio del sexenio 2008-2013 termina siendo negativo (-150.972) (Domingo y Blanes, 2015: 100). Si agregamos a este cálculo los datos de 2014 y la estimación para 2015 considerados por Mahía (2016) comprobamos que en el primer año la diferencia entre inmigración y emigración se modera. El año con mayor saldo migratorio negativo fue el 2013 (-251.431), mientras que en el 2014 desciende a -94.976 y se reduce aún más en 2015 (-12.230) (Mahía, 2016: 112). En resumen, de acuerdo a los datos que ofrece la EM, la tendencia ha sido un descenso de la inmigración y ascenso de la emigración en el período 2008-2013 y una incipiente inversión a partir de 2014 y 2015, aunque los saldos migratorios se mantengan negativos. En relación con la emigración para todo el período 2008-2015 (3.189.512 personas), es preciso distinguir entre el porcentaje de población extranjera y el de población con nacionalidad española. En este sentido, de acuerdo a los datos de la EM el 85% de los emigrantes no tenía esta nacionalidad, mientras que el 15% sí disponía de ella. Dentro de este 15% de emigración española (477.849 personas), hay que considerar que el 68% había nacido en España, mientras que el 32% había nacido fuera de España. En este último grupo es posible que se encuentren aquellos inmigrantes que una vez nacionalizados hayan decidido salir del país para retornar a su lugar de procedencia o reemigrar a algún otro destino.

Respecto a la inmigración, de acuerdo a los datos de la EM analizados por Domingo y Blanes (2015), cabe destacar que durante los últimos años las llegadas no dejaron de ser significativas. En el año 2013, se registraron cerca de 281.000 entradas (de las cuales el 88,5% correspondía a migración internacional de extranjeros), sin embargo, este número se redujo a la mitad si se tienen en cuenta las 599.000 entradas registradas en el año 2008. Entre 2008 y 2013 las llegadas del colectivo latinoamericano descendieron un 65,8% y las procedentes de África un 63,3%. Con porcentajes inferiores, pero también negativos se ubican los procedentes de la Unión Europea (42,6%), Asia (37%) y resto de Europa (21,6%). Entre los países latinoamericanos, Argentina se encuentra entre aquellos que en el sexenio sufrieron una mayor variación relativa en el número de entradas. La reducción alcanza el 80% para los casos de Perú y Ecuador, le siguen

⁷⁹ Sobre esta nueva fuente de datos ofrecida por el INE desde 2013 explican Domingo y Blanes: “En la EM se generaliza el criterio de temporalidad, ya existente para la emigración de españoles al extranjero, de tal manera que solo se considera como inmigración y emigración el cambio de residencia habitual «por un período que es, o se espera que sea, de al menos doce meses» (INE, 2014, p. 4). Los procedimientos estadísticos implementados abarcan desde la estimación de movimientos aún no registrados en la base padronal, hasta la imputación del país de nacionalidad, nacimiento, origen y destino para aquellos casos en que se ignora (baste recordar que en la EVR de 2013 solo se conoce el país de destino en el 13% de las bajas exteriores de extranjeros); o el ajuste de los datos de la migración exterior con las poblaciones por nacionalidad de las Cifras de Población, entre otros” (Domingo y Blanes, 2015: 99).

Colombia, Paraguay y Brasil con porcentajes superiores al 70% y Argentina, Bolivia y Chile con descensos que superan el 60% (Domingo y Blanes, 2015: 101-105).

Según los datos de la EM, para el mismo período (2008-2013) la emigración también ha estado protagonizada por población extranjera (86% de las salidas). En este caso Domingo y Blanes (2015) identifican distintos perfiles de los emigrantes. Por un lado, detectan las salidas de aquellos extranjeros que regresan a sus países de origen o reemigran a terceros destinos; por otro, las de la población inmigrada que obtuvo la nacionalidad española y que denominan población “neohispánica”; por último, destacan el caso de la “población de arrastre”, es decir, menores y adultos con nacionalidad española y nacidos en España, que emigran acompañando a grupos familiares, presumiblemente a sus padres o cónyuges, de origen extranjero. Debido a la borrosidad estadística que compromete una correcta estimación de estas tipologías, los autores no pueden más que intuir estos diversos perfiles. Sin embargo, lo que sí pueden contrastar es que entre 2008 y 2013 el volumen de emigrantes se incrementó considerablemente (las salidas aumentaron un 85% y pasaron de 288.432 a 532.302, respectivamente). Del cruce de la nacionalidad y el país de nacimiento, se desprende que el 82% de quienes emigraron en el año 2013 (436.000) tenían nacionalidad extranjera y habían nacido fuera de España. En el 9% de los casos se trataba de personas con nacionalidad española, nacidos en España (48.000). Mientras que los emigrantes nacionalizados españoles, pero nacidos en el extranjero, suman un 4,7% (algo más de 25.000 personas), el 4,3% restante corresponde a personas nacidas en España, que sin embargo tienen una nacionalidad extranjera (aproximadamente 23.000 emigrantes) (Domingo y Blanes, 2015: 107-108).

Cabe destacar que entre los tres grupos mayoritarios de emigrantes –extranjeros, españoles nacidos en España y españoles nacidos en el extranjero– la emigración del último grupo, aunque de volumen más reducido, se triplicó en el período 2008-2012, mientras que el de los españoles nacidos en España casi se duplica en el mismo período, y no hay que olvidar que este colectivo tiene una proporción notable de menores, presumiblemente descendientes de emigrante latinoamericanos. Respecto a los destinos de esta emigración, la salida de los extranjeros (nacidos en el extranjero) se corresponde mayormente con migraciones de retorno, ya que los destinos coinciden con el lugar de nacimiento (destacan en esta situación rumanos, marroquíes, bolivianos, ecuatorianos, colombianos o brasileños), aunque también se detectan importantes casos de reemigraciones en algunos colectivos (pakistaníes a Reino Unido o marroquíes a Bélgica o Francia). La emigración de este grupo es especialmente masculinizada en el grupo de emigrantes entre 30 y 49 años (el 60% del total de salidas corresponden a hombres) y aunque ello pueda deberse a la previa masculinización de ciertos colectivos (como el marroquí), en otros casos está más relacionada con los efectos de la crisis en ciertos sectores del mercado laboral donde los hombres estaban empleados (es el caso de búlgaros, rumanos y colombianos, en el sector de la construcción). Por último, se trata en general de una emigración de personas adultas-jóvenes, entre los 20 y 34 años.

Entre los españoles nacidos en España, destaca la emigración a Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Alemania y en menor medida, a Suiza. La salida de hombres y mujeres

es más equilibrada, aunque la emigración se masculiniza a partir de los 50 años. Domingo y Blanes (2015: 114) explican que este aspecto puede deberse tanto a la salida de antiguos inmigrantes españoles, que tras retornar a España decidieron volver a emigrar, como a personas en pareja con extranjeros que deciden probar suerte en sus países de procedencia. Por último, dentro de la emigración de españoles nacidos en el extranjero, los lugares de destino apuntan a una estrategia combinada de retornos y reemigraciones. Por tanto, aparecen como principales lugares de destino Ecuador, Reino Unido, Argentina, Venezuela o Francia. Es al observar la composición por sexo y edad que Domingo y Blanes identifican a aquella población de arrastre dentro de la emigración a ciertos destinos. Esto se ve claramente en el caso de Ecuador, con una importante proporción de emigrantes españoles nacidos en España que tienen entre 0 y 5 años, mientras que los españoles nacidos en el extranjero que emigran a ese país tienen mayormente entre 30 y 35 años. Presumiblemente, estos últimos, sean los padres y madres de los primeros. En el caso de Argentina, los emigrantes españoles nacidos en el extranjero también son jóvenes, la mayoría tiene entre 25 y 35 años, sin embargo presenta algunas diferencias en el grupo de emigrantes españoles nacidos en España. En este caso, a diferencia del caso ecuatoriano se identifican claramente dos corrientes, la de los menores de 0 a 5 años y la de los mayores de 60 años, posiblemente antiguos inmigrantes españoles en Argentina, que tras retornar a España decidieron emprender nuevamente el viaje de “vuelta”.

Los datos hasta aquí comentados nos sitúan en las dinámicas migratorias más recientes y en su evolución en el contexto de la Gran Recesión. A continuación, y para concluir este capítulo, vamos a centrarnos en el análisis de lo que ha ocurrido específicamente con los flujos migratorios entre Argentina y España a lo largo de los últimos años, datos con los cuales concluiremos este recorrido dedicado a perfilar los contextos socio-históricos en los cuales se enmarcan las trayectorias migratorias y los procesos de retorno estudiados en esta investigación.

Algunos datos sobre la migración de retorno reciente de España a Argentina

En el año 2007 se llevó a cabo en España la Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI). En aquel entonces se le preguntó a la población extranjera (de 16 años y más) cuáles eran sus planes dentro de cinco años. Una amplia mayoría de las personas nacidas en Argentina coincidía en su intención de permanecer en España (82,7%) mientras que una minoría manifestaba deseos de regresar (6,3%). Apenas el 1% consideraba la posibilidad de reemigrar a otro país, mientras que el 10% restante no sabía qué iba a hacer. Dicha encuesta se realizó poco antes de que cristalizara en España la crisis económica, social y política, cuyas consecuencias casi una década más tarde continúan presentes. Si bien no es posible saber cuáles serían las respuestas de los migrantes en este nuevo contexto, sí podemos obtener algunas pistas respecto a lo que ha sucedido por medio de distintas fuentes de datos: el Padrón Municipal de Habitantes (PM), el Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero (PERE), la información que ofrecen los

distintos programas de retorno asistido, la Estadística de Variaciones Residenciales (EVR) y la Estadística de Migraciones (EM).

Sin duda, todas estas fuentes de datos tienen limitaciones diversas (sobrestimaciones del PM, subestimaciones de las bajas en la EVR y de las altas en el PERE, escasez de información de los programas de retorno y datos disponibles sólo desde el 2008 en el caso de la EM). Sin embargo, todas ellas ofrecen un paisaje más atinado a los objetivos de esta tesis que el que pueda dibujarse con información proveniente del país de origen. Como explican Cerrutti y Maguid (2016) el único acercamiento empírico a las migraciones de retorno puede realizarse a través de los datos de los últimos Censos de población conociendo el número de nativos que retornaron al país a partir de la pregunta que indaga sobre el lugar de residencia cinco años antes a la realización del censo. En el caso de Argentina, el último se realizó en el año 2010, sin embargo, cuenta con la limitación de no registrar los países de procedencia (Martínez Pizarro y Calvelo, 2012: 19), razón por la cual ofrece una visión general del retorno, pero no nos permite identificar qué ha sucedido con los retornos producidos desde España. En este sentido, sólo podemos saber que en el Censo de población y vivienda del año 2001 se contabilizaron 36.378 personas que cinco años previos al censo residían en el exterior, y que esta cifra ascendió a más del doble en el censo del 2010, contabilizando 74.733 personas. En cuanto a la distribución de esta población retornada, el 52% eran hombres y el 48% mujeres; más de un tercio era mayor de 39 años y una proporción algo menor era menor de 30 años. Estas investigadoras llaman la atención sobre el elevado nivel de educación de este colectivo, ya que casi el 40% completó estudios de nivel superior o universitario, mientras que este porcentaje alcanza sólo el 14% en la población total (Cerrutti y Maguid, 2016: 178-179).

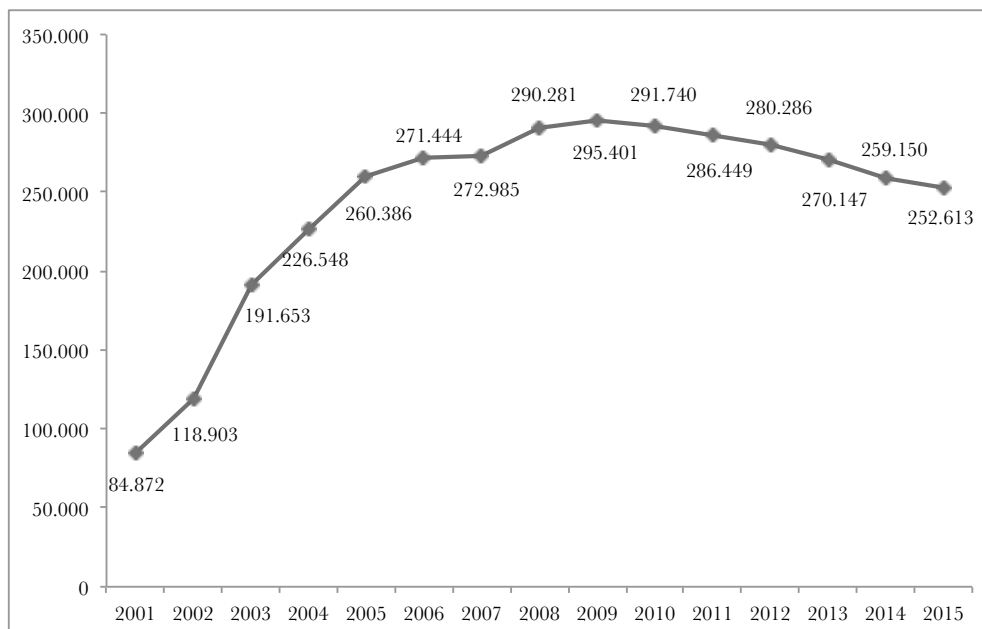
Debido a la escasa información que esta fuente del país de origen puede ofrecer para analizar el fenómeno del retorno⁸⁰ en el caso de estudio de esta tesis, vamos a comentar a continuación los resultados que arrojan las otras fuentes ya mencionadas, sin olvidar la necesidad de interpretar los datos con cierta cautela, en función de las limitaciones que se comentaron respecto a cada una.

⁸⁰ La ausencia de datos sobre las migraciones de retorno producidos por el país de origen de los migrantes para el caso de Argentina se corresponde con el escaso abordaje realizado respecto a la emigración. Como explican Martínez Pizarro y Calvelo (2012: 22), con el cambio de siglo algunos países de América Latina y el Caribe se preocuparon por recabar información sobre el fenómeno de la emigración en los censos, identificando a ex-miembros del hogar residentes en el exterior (desde el año 2000 en el caso de Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú y República Dominicana). Brasil y Costa Rica introdujeron estas preguntas en la ronda del 2010. Argentina, junto con Chile, Uruguay y Venezuela, forma parte del grupo de países que no disponen de alternativas censales que a nivel nacional consideren la emigración extrarregional.

Evolución del stock de argentinos en España y de “españoles” en Argentina: los datos del Padrón Municipal de Habitantes y el Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero

A través del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España podemos analizar cómo ha evolucionado el *stock* de personas nacidas en Argentina de acuerdo con los datos del Padrón Municipal de Habitantes para el período 2001-2015. Desde los inicios del cambio de siglo la población de argentinos residentes en España se multiplicó por 3,5 en menos de una década. Mientras en el año 2001 el *stock* registraba cerca de 85.000 personas empadronadas, este número ascendió a 295.401 en el año 2009, cuando alcanza el nivel máximo de la serie. A partir de ese año se inicia la merma del *stock* y el número de personas empadronadas nacidas en Argentina se redujo en 42.788 en seis años (de 295.401 en 2009 a 252.613 en 2015).

GRÁFICO 2.4. PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA. PADRÓN MUNICIPAL DE HABITANTES (2001-2015)



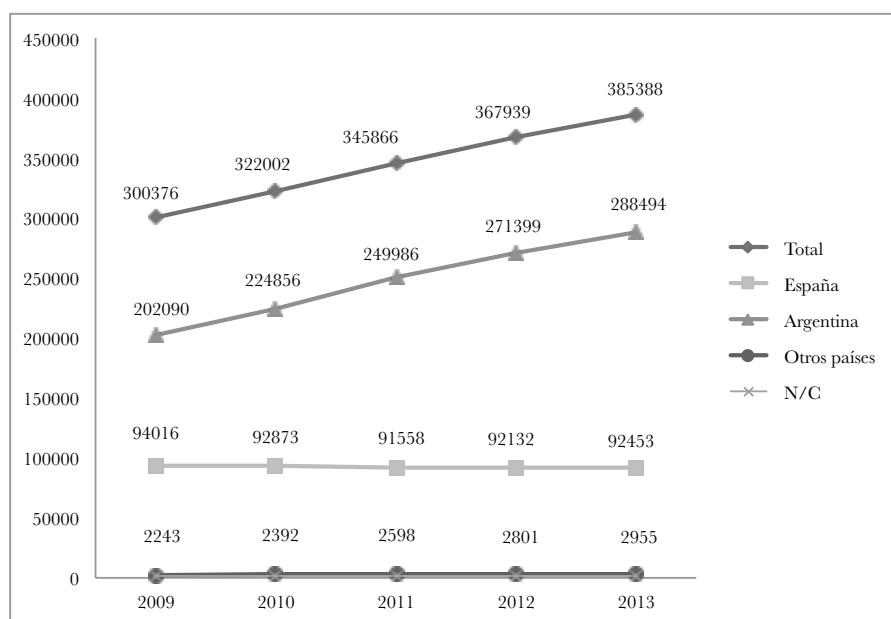
Fuente: Padrón Municipal de Habitantes. INE. Elaboración propia.

Estas cifras apuntan no sólo un cambio de tendencia en la presencia de población de origen argentino en España, sino también la posible relevancia de ciertos fenómenos, – minoritarios y no necesariamente novedosos, aunque sí menos estudiados– como el incremento de las migraciones de retorno o la reemigración a la luz de este nuevo escenario. Dada la situación de destrucción del empleo, incremento del desempleo de larga duración, menor acceso a las prestaciones sociales y la mejora de la situación socio-económica en algunos países de origen de los migrantes, tiene sentido considerar la posibilidad de que los flujos de retorno se están produciendo, aunque no de forma masiva. Si asumimos que las bajas se deben a procesos de retorno, dato que como veremos más adelante no es posible aseverar con precisión, nos encontramos que el 14,5% de la población empadronada a 1 de enero de 2009 habría regresado al país. De acuerdo con Parella y Petroff , “los efectos de la crisis y la prolongación de los mismos a

lo largo de los últimos cinco años explica, en parte, que muchos migrantes hayan tomado la decisión de salir de España, ya sea para retornar a sus países de origen, ya sea para re-emigrar hacia otros destinos” (Parella y Petroff, 2014: 64).

El retorno también se puede identificar a través de la movilidad de las personas que adquirieron la nacionalidad española y posteriormente regresaron a sus países de origen. González Enríquez (2012) sugiere que el aumento en el número de inscritos en el Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero (PERE) tuvo lugar principalmente en América Latina, mediante la combinación de la migración de retorno de los nacionalizados en España y el efecto de la Ley de la Memoria Histórica, lo cual se tradujo en un incremento de 166.458 inscritos en la región entre 2009 y 2011 (de 791.973 a 958.431). Como indica Golías Pérez (2014) para el caso de Argentina, en dicho país residían en el 2009 el 20% de los españoles registrados en el PERE (1.471.691) y a fecha 27 de diciembre de 2011 Argentina acumulaba el 25,5% de los expedientes presentados para solicitar la nacionalidad española por la Disposición Adicional Séptima de la Ley de la Memoria Histórica ⁸¹ (133.886 solicitudes presentadas).

GRÁFICO 2.5. PADRÓN DE ESPAÑOLES RESIDENTES EN EL EXTRANJERO, POR LUGAR DE NACIMIENTO. ARGENTINA (2009-2013)



Fuente: Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero. INE. Elaboración propia.

Por esta razón, en los últimos años se ha producido un aumento considerable de las personas que, nacidas en Argentina, se registran en el PERE. A esto último se suman los retornos desde España de personas nacidas en Argentina con doble nacionalidad, o

⁸¹ Como explica esta autora en su tesis doctoral “los descendientes de españoles en este país han sido los principales protagonistas tanto en la demanda de una ley de estas características como en su difusión al resto de los países de Latinoamérica” (Golías Pérez, 2014: 214).

nacionalizados españoles durante la inmigración; fenómeno que también colabora al incremento de las cifras. En el período 2009-2013 la cantidad de inscripciones en el PERE aumentó de 300.376 a 385.388. De las personas inscritas en el año 2013, el 75% había nacido en Argentina, el 24% en España, y el 1% restante en otros países.

La presencia de los argentinos en los programas de retorno del Gobierno de España

Otra fuente de datos que ofrece información sobre las migraciones de retorno proviene de los distintos programas impulsados por el Gobierno de España destinados a promoverlas. Esta cuestión ya ha sido analizada por Parella y Petroff (Arango, 2010: 55) y, específicamente, para el caso de Argentina, por Sarrible y Fuentes (2009). A continuación recuperamos los hallazgos relevantes para nuestro caso de estudio.

Antes de que se produzca la crisis ya existían en España programas de “retorno asistido con reintegración” (desde el 2003), aunque fueran poco conocidos y tuvieran un número bajo de beneficiarios⁸². Será a partir de 2008 cuando se inicia la difusión activa de las políticas de retorno destinadas a “incentivar y facilitar” el retorno voluntario de los migrantes a sus países de origen. De acuerdo con Sarrible y Fuentes (2009: 3), “para España, como para muchos otros países que han tenido problemas con el empleo, resulta conveniente que en momentos de crisis, estos ciudadanos sean lo menos gravosos posibles” y a su vez aliviar la presión del mercado de trabajo. De acuerdo a las cifras, la acogida de tales políticas fue inferior a lo previsto por el Gobierno, en parte, por las limitaciones que imponían a quienes las solicitaban. En relación a uno de los programas impulsados, según Sarrible y Fuentes (2009: 18), “dado que la población de referencia que se podía acoger a este plan [APRE] era estimada en 80.000, sólo lo han hecho 1,75% del 10-15% esperado por el Ministerio”.

Ya se trate del retorno asistido por situación de vulnerabilidad social, el retorno para la reintegración socio-económica en el país de origen o el de abono acumulado de la prestación por desempleo, en todos los casos acogerse a tales programas implica comprometerse a no retornar a España por un plazo de tres años, cuestión que ha desincentivado la solicitud por parte de los migrantes. Por otro lado, el hecho de limitar estas políticas a ciudadanos extracomunitarios produjo que todos aquellos con doble nacionalidad de algún país de la Unión Europea no pudieran solicitarlo, algo que se constató en el trabajo cualitativo de esta tesis. Para el año 2009, de los empadronados en España que habían nacido en Argentina, el 46,5% tenía la nacionalidad de dicho país, mientras que el 34% tenía también la nacionalidad española y un 17% la italiana. Debido a los requisitos temporales para naturalizarse españoles –Argentina se encuentra dentro de los países latinoamericanos cuyos nacionales deben acreditar dos años de residencia para solicitarla–, los argentinos conforman uno de los colectivos extranjeros

⁸² Desde el 2008 se incrementará el número de beneficiarios. Estos programas se destinan a personas en situaciones de vulnerabilidad social, por lo general, los perfiles corresponden a personas en situación irregular y sin redes, a los que se suman aquellas en situación legal pero sin ingresos tras perder el empleo. (Parella y Petroff, 2014: 75)

más numerosos que han accedido a la nacionalidad. En el período 2002-2012 se produjeron 41.301 naturalizaciones, después de Ecuador (210.558), Colombia (136.298) y Paraguay (68.984) (Pinyol-Jiménez y Sánchez-Montijano, 2014: 201).

De acuerdo a los datos analizados por Parella y Petroff (2014: 76-77), Argentina ocupa el segundo puesto entre los beneficiarios del “Programa de retorno voluntario de atención social”, que entre el 2009 y el 2012 atendió 9.910 casos. Un total de 1.412 argentinos/as lo solicitaron (en primer lugar, se sitúan las solicitudes de Bolivia y en tercero Brasil, con 2.192 y 1.382 beneficiarios, respectivamente). Este programa está destinado a personas en situación de vulnerabilidad social extrema. Cifras muy inferiores registra el “Programa de retorno voluntario productivo” destinado a migrantes no comunitarios, independientemente de su situación administrativa, que quieran retornar y desarrollar algún proyecto empresarial en su país de origen (298 solicitudes entre 2010 y 2012, solo 3 de Argentina en el último año). Mucho más numerosas han sido las solicitudes presentadas por personas argentinas en el “Programa de ayudas complementarias al abono acumulado y anticipado de la prestación contributiva por desempleo a trabajadores extranjeros extracomunitarios” (APRE). Argentina ocupa el tercer lugar (1.094), después de Ecuador (4.086) y Colombia (1.670), entre las solicitudes presentadas para el período 2009-2012. Los requisitos para este último programa consisten en no tener ciudadanía comunitaria y ser nacional de un país que haya suscrito un convenio de Seguridad Social bilateral o multilateral con España⁸³, tener derecho a la prestación por desempleo, retornar con los familiares reagrupados y no volver a España en el plazo de tres años. En resumen, para los tres programas comentados, entre los años 2009-2012 se contabilizan 2.509 solicitudes de ciudadanos/as argentinos/as. Estas cifras son muy inferiores a las que registran otro tipo de fuentes, por lo que cabe pensar que el número de retornos es sin duda superior a los datos que arrojan este tipo de programas que, como hemos visto, han tenido una baja acogida entre la población migrante en general.

Los flujos migratorios de argentinos en la Estadística de Variaciones Residenciales

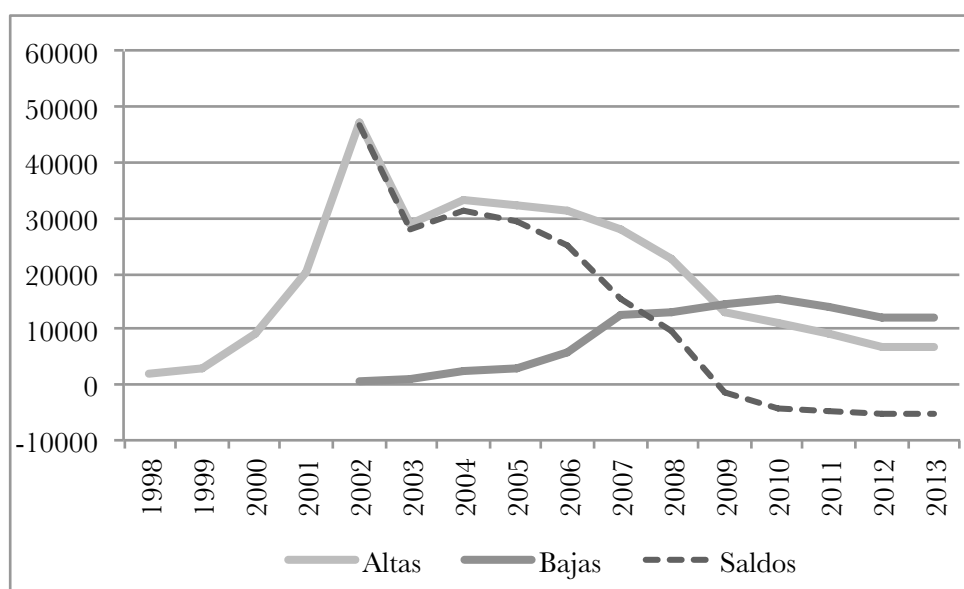
A partir de los datos de la Estadística de Variaciones Residenciales (EVR) podemos observar la evolución de las altas y las bajas en el Padrón Municipal de Habitantes en España. Si bien es necesario analizar con cautela la información que proporciona esta fuente —porque sus limitaciones no reflejan las salidas reales— como indican Parella y Petroff (2014), estos datos son más significativos que los aportados por los programas gubernamentales de retorno voluntario asistido⁸⁴. A continuación, vamos a analizar

⁸³ Véase Parella y Petroff (2014) para un análisis más detallado de cada uno de los programas (requisitos, beneficios, financiadores y gestores de su implementación), así como información adicional sobre otros programas cofinanciados por distintos organismos internacionales con participación de entidades españolas y de los países de origen de los migrantes.

⁸⁴ Según estas investigadoras: “Tanto las condiciones impuestas a los que se acojan a dichos programas, como la falta de seguimiento y apoyo una vez realizado el retorno, han sido razones que han desincentivado a muchos migrantes a solicitar dichos programas y a optar por salidas «silenciosas»,

estos datos para el período 2002-2013, centrándonos en el caso de las personas nacidas en Argentina que proceden (altas) de otro país o parten (bajas) al extranjero (gráfico 2.6. y tabla 2.4.). En primer lugar, respecto a la evolución de las altas, se observa un importante incremento desde finales de los años noventa. El número máximo de registros se alcanza en el año 2002 (47.427), cuando se multiplican por 2,3 respecto al año anterior. Esta evolución coincide con el aumento de la emigración de argentinos que se produce a partir de los efectos de la crisis que el país atraviesa en aquellos años y que ya fue explicada en páginas anteriores. En términos generales, al observar la evolución de los saldos entre las altas y las bajas (dato disponible desde 2002) comprobamos que estos son positivos durante el período 2002-2008. Es decir, durante esos años se produjeron más altas que bajas y la diferencia entre ambas era amplia. Sin embargo, al observar las magnitudes anuales comprobamos que la distancia entre unas y otras se reduce a lo largo de los años. El año 2009 registra por primera vez un saldo negativo, que se mantendrá durante el resto del período. La diferencia entre altas y bajas se ampliará de forma moderada, año a año.

GRÁFICO 2.6. SALDOS DE ALTAS Y BAJAS DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA (2002-2013*)



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

* En tanto los datos sobre las bajas están disponibles desde 2002, los saldos se calculan a partir de ese año.

empleando sus propios medios y recursos. Dichas estrategias configuran lo que la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2006) define como «retorno espontáneo» (Parella y Petroff, 2014: 64).

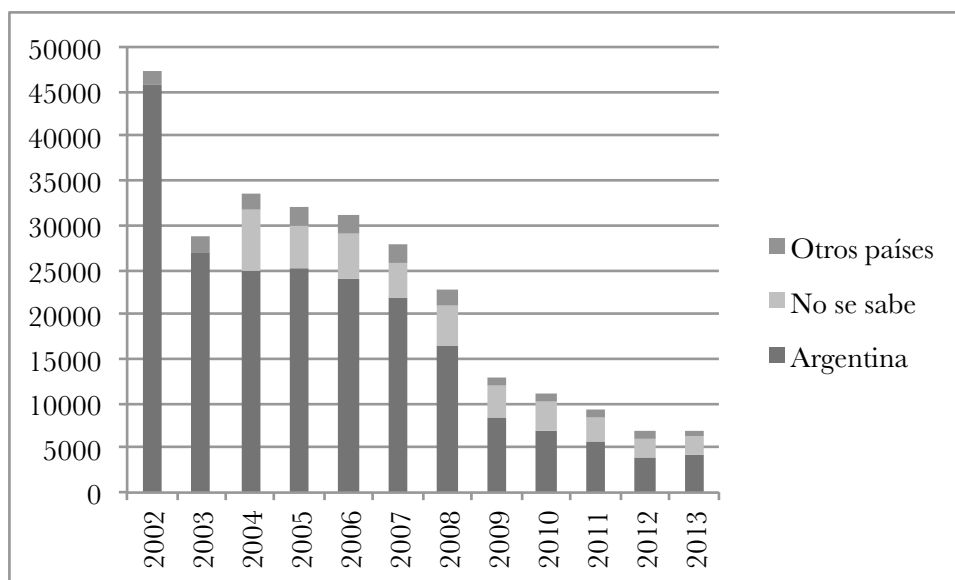
TABLA 2.4. SALDO DE ALTAS Y BAJAS DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA (2002-2013)

Año	Altas	Bajas	Saldos
1998	1871	–	–
1999	3095	–	–
2000	9149	–	–
2001	20466	–	–
2002	47427	617	46810
2003	28778	807	27971
2004	33416	2246	31170
2005	32155	2867	29288
2006	31182	5889	25293
2007	28012	12561	15451
2008	22796	13082	9714
2009	13045	14663	-1618
2010	11075	15242	-4167
2011	9386	14067	-4681
2012	6868	12159	-5291
2013	7003	12317	-5314

Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

A continuación, analizaremos la evolución de las altas para personas nacidas en Argentina para el período 2002-2013, según el lugar de procedencia (gráfico 2.7. y tabla 2.5.). Del total de altas registradas (271.143), Argentina es el lugar de procedencia declarado para el 79,2% de las entradas (214.639), mientras que se desconoce esa información para el 14,4% (39.069) y el 6,4% restante (17.435) procedía de otros países. En este sentido, se puede afirmar que prácticamente 8 de cada 10 registros corresponden a emigración desde Argentina. En general, se observa una tendencia decreciente de las altas durante la totalidad del período, algo lógico en tanto es usual que conforme la situación se va modificando en el lugar de origen los flujos decrecen y se estabilizan. Si en los primeros años se registraban cada año más de 30.000 altas de personas nacidas en Argentina (hasta el año 2006), esta cantidad se reduce en los años siguientes, y será inferior a 10.000 a partir del año 2011. Esto último está a su vez relacionado con los cambios en el contexto de destino, en tanto para el año 2011 la situación económica en España podía resultar ya menos atractiva para emprender proyectos de migración laboral. Si nos referimos específicamente a las altas cuyo lugar de procedencia declarado es Argentina, cabe destacar que el 78,7% de las altas se concentra en el período expansivo de la economía española (2002-2007), mientras que el 21,3% restante se produce durante el período de recesión (2008 -2013). El número de altas se reduce significativamente del año 2008 al 2009, que pasa de 22.796 a 13.045. A partir del 2009, las altas anuales estarán siempre por debajo de los 10.000 registros.

GRÁFICO 2.7. ALTA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR LUGAR DE PROCEDENCIA (2002-2013)



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

TABLA 2.5. ALTA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR LUGAR DE PROCEDENCIA (2002-2013)

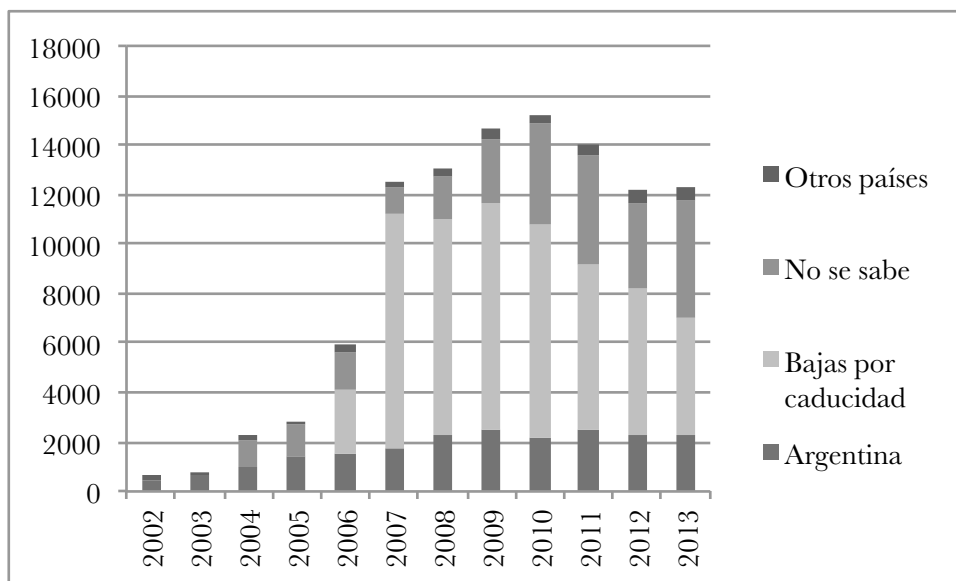
Año	Argentina	%	No se sabe	%	Otros países	%	Total	%
2002	45854	21,4	0	0,0	1573	9,0	47427	17,5
2003	27080	12,6	0	0,0	1698	9,7	28778	10,6
2004	24839	11,6	6786	17,4	1791	10,3	33416	12,3
2005	25054	11,7	5034	12,9	2067	11,9	32155	11,9
2006	24000	11,2	4947	12,7	2235	12,8	31182	11,5
2007	22004	10,3	3876	9,9	2132	12,2	28012	10,3
2008	16386	7,6	4725	12,1	1685	9,7	22796	8,4
2009	8412	3,9	3526	9,0	1107	6,3	13045	4,8
2010	6967	3,2	3251	8,3	857	4,9	11075	4,1
2011	5754	2,7	2739	7,0	893	5,1	9386	3,5
2012	4008	1,9	2159	5,5	701	4,0	6868	2,5
2013	4281	2,0	2026	5,2	696	4,0	7003	2,6
Total	214639	100,0	39069	100,0	17435	100,0	271143	100,0

Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

En cuanto a las bajas para el mismo período (2002-2013), dos factores inciden en que los datos sean aún más imprecisos. Por un lado, porque se desconoce el lugar de destino del 24,4% de las salidas (25.937), de modo que no es posible asegurar que estas bajas hayan sido producto de procesos de retorno. Por otro lado, porque desde el año 2006 se

incorpora la modalidad de “baja por caducidad” como nueva categoría en el registro⁸⁵. Este nuevo procedimiento puede haber afectado, en parte, la diferencia que se produce entre el número de salidas en el 2006 y 2007, tal como puede observarse en el gráfico 2.8. Consecuentemente, un porcentaje considerable del número de bajas en los años subsiguiente corresponde a los procedimientos de actualización del registro, que no necesariamente reflejan que los cambios de residencia efectivos se hayan producido en ese año.

GRÁFICO 2.8. BAJA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR LUGAR DE DESTINO (2002-2013)



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

Como resultado, a partir de estos datos sólo podemos conocer el lugar de destino del 23,2% de las salidas. De este porcentaje, el 19,6% corresponde a bajas cuyo lugar de destino declarado es Argentina, mientras el 3,6% restante las salidas se dirigen a otros destinos. Sin olvidar los límites antes mencionados, en el período observado se detecta una tendencia creciente del número de bajas anuales, que supera los 10.000 registros desde el año 2007. Al contrario de lo observado respecto a las altas, el 76,5% de las bajas se produce durante el período de recesión 2008-2013, mientras que en los años de expansión económica se registró el restante 23,5%. Si eliminamos del cálculo las bajas

⁸⁵ “A partir del año 2004 se introducen las «bajas por inclusión indebida», que corresponden a las bajas de oficio que se producen tras verificar los ayuntamientos que la persona ya no reside en el municipio acreditado y tampoco en otro municipio español. Estas personas constan en la EVR como extranjeros que salen de España sin conocerse el país de destino. A partir del año 2006 estas bajas se denominan «bajas por caducidad» y surgen de la Ley 14/2003, por la que se establece que los extranjeros no comunitarios sin autorización de residencia permanente tienen la obligación de renovar sus datos en el padrón cada dos años. En caso de no llevarse a cabo, estas personas se registran como bajas. Es precisamente por esta razón por la cual el alcance aproximado de las salidas de extranjeros en la actualidad no aparece reflejado en los datos disponibles y hay que esperar a las actualizaciones periódicas para conocer su alcance durante un período concreto” (Parella y Petroff, 2014: 66).

por caducidad producidas por la administración, la tendencia general sería creciente de todas formas aunque, por supuesto, más moderada, ya que entre el año 2006 y 2007 casi se duplica el número de salidas.

TABLA 2.6. BAJA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR LUGAR DE DESTINO (2002-2013)

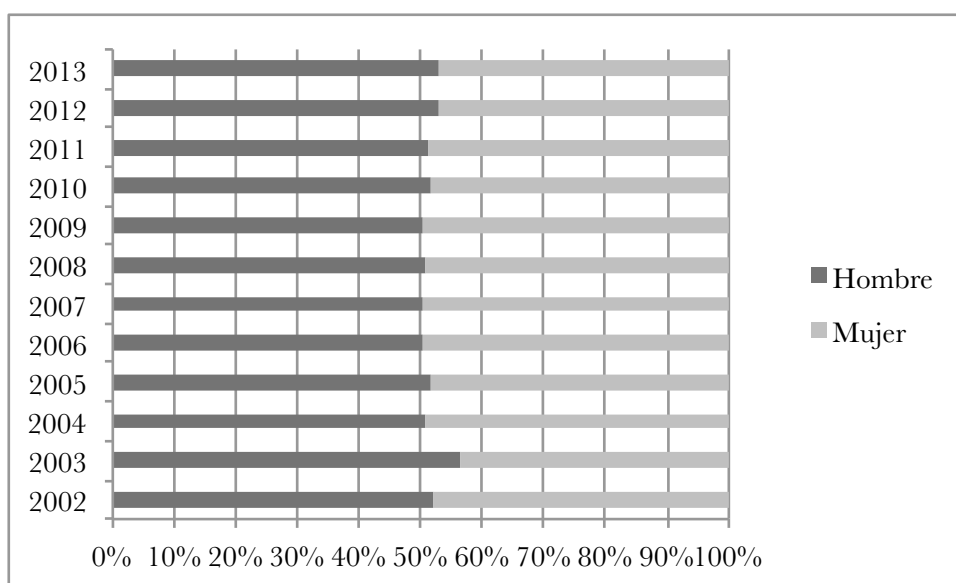
Año	Argentina	%	Bajas por caducidad	%	No se sabe	%	Otros países	%	Total	%
2002	467	2,2	0	0,0	0	0,0	150	3,9	617	0,6
2003	670	3,2	0	0,0	0	0,0	137	3,5	807	0,8
2004	1008	4,8	0	0,0	1055	4,1	183	4,7	2246	2,1
2005	1452	7,0	0	0,0	1208	4,7	207	5,3	2867	2,7
2006	1487	7,1	2638	4,7	1534	5,9	230	5,9	5889	5,5
2007	1757	8,4	9436	16,9	1057	4,1	311	8,0	12561	11,8
2008	2234	10,7	8813	15,8	1694	6,5	341	8,8	13082	12,3
2009	2487	11,9	9116	16,3	2677	10,3	383	9,9	14663	13,8
2010	2192	10,5	8565	15,3	4093	15,8	392	10,1	15242	14,3
2011	2528	12,1	6638	11,9	4419	17,0	482	12,4	14067	13,2
2012	2309	11,1	5859	10,5	3481	13,4	510	13,2	12159	11,4
2013	2271	10,9	4776	8,6	4719	18,2	551	14,2	12317	11,6
Total	20862	100,0	55841	100,0	25937	100,0	3877	100,0	106517	100,0

Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

Entanto los datos analizados en esta sección tienen un objetivo descriptivo y no estadístico, es decir, pretenden presentar algunas características de las personas retornadas recientemente de España a Argentina, vamos a decantarnos por la opción “conservadora” y, a continuación, nos referiremos sólo al análisis de ese 20% de bajas de personas nacidas en Argentina, en tanto son las únicas que pueden ser realmente consideradas “retornos efectivos” dado que Argentina se declara como lugar de destino. Sobre estos 20.862 registros podemos conocer algo más a través de la información que aportan tres variables: el sexo, la edad y la Comunidad Autónoma donde se produce el registro, de alta o de baja.

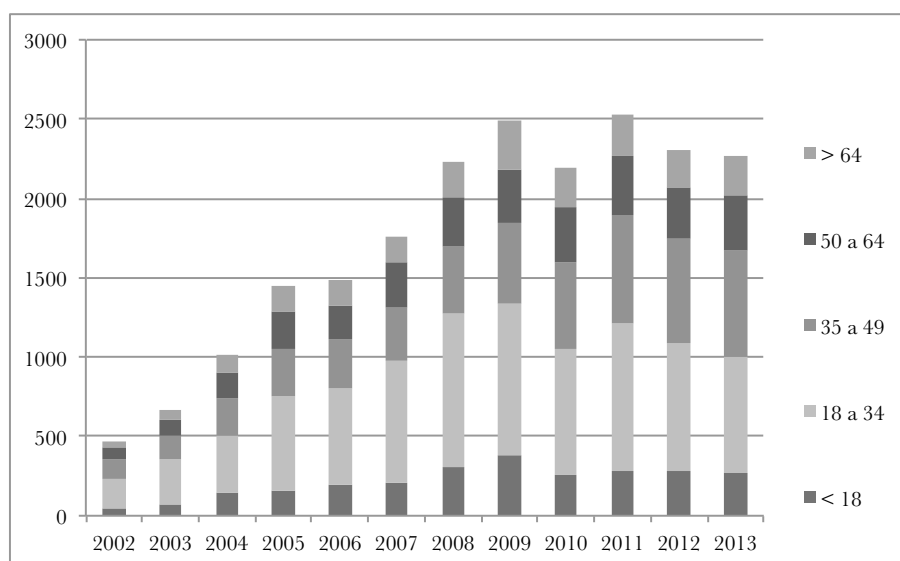
En cuanto a la distribución por sexo, de los casos de retorno para el período 2002-2013, como se puede observar en el gráfico 2.9., el porcentaje de bajas siempre ha sido ligeramente superior para los hombres que para las mujeres. Con un promedio para el período de 51,5% para los primeros y 48,5% para las segundas. La diferencia de los retornos por sexo se incrementó ligeramente en los últimos años, acumulando los hombres en torno al 53% de las bajas en los años 2012 y 2013. En este sentido, podemos concluir que se produce una distribución equilibrada de retornos en función del sexo en lo que respecta a las bajas registradas en la Estadística de Variaciones Residenciales.

GRÁFICO 2.9. BAJA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR SEXO (2002-2013)



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 2.10. BAJA DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR EDAD (2002-2013)

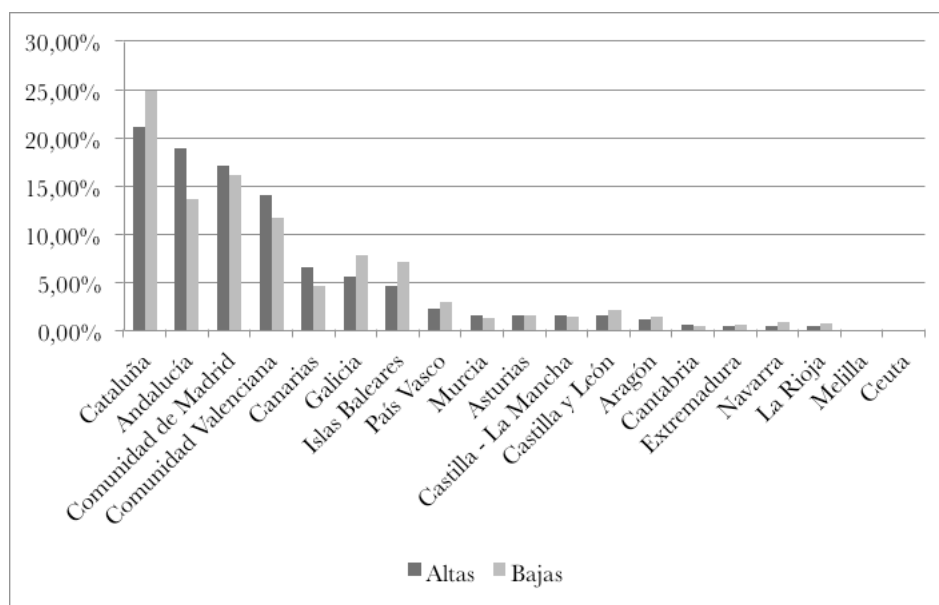


Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

En cuanto a la distribución por edad (gráfico 2.10.), el perfil predominante de los retornos corresponde a personas económicamente activas. Más de tres cuartas partes de las bajas (77%) corresponde a personas que tienen entre 18 y 64 años. Sin embargo, dentro de este grupo, las más jóvenes tienen un peso mayor. El grupo más numeroso está compuesto por personas entre 18 y 34 años, que representa el 38,4% de las bajas. El retorno en el grupo de aquellos entre 35 y 49 años acumula el 23,8% y el 14,8% corresponde al grupo de edad de 50 a 64 años. Las personas menores de 18 y mayores de 64 años, representan el 23% restante, datos que probablemente dan cuenta de

proyectos de retorno específicos. En el caso de los niños y jóvenes (12,5%) sus bajas estarían asociadas a retornos familiares, mientras que los mayores de 64 años (10,5%) regresan al país de origen en el marco de un proyecto de retorno y jubilación.

GRÁFICO 2.11. ALTAS Y BAJAS DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA, POR COMUNIDAD AUTÓNOMA (2002-2013)



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

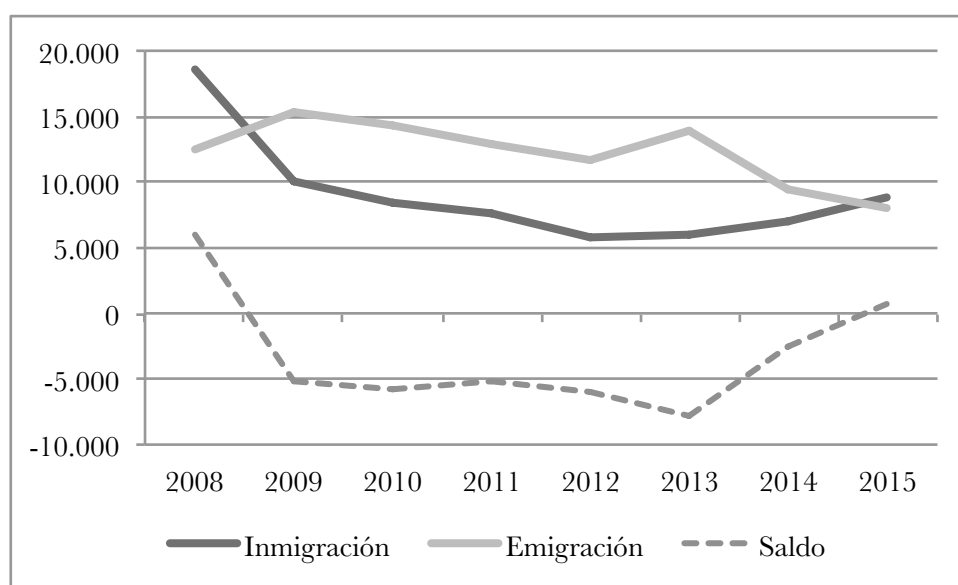
Por último, analizaremos la movilidad geográfica de las personas nacidas en Argentina, hacia y desde España, según las altas y bajas de la Estadística de Variaciones Residenciales. Los datos se refieren nuevamente al total de registros para todo el período 2002-2013. Como se muestra en el gráfico 2.11., existe un patrón común en los datos por Comunidades Autónomas. Como era de esperar, las regiones donde se ha producido un elevado número de altas son también las que experimentan el mayor número de bajas. Sin embargo, en algunos casos la proporción relativa de altas es mayor que la de bajas, y viceversa. Por ejemplo, Cataluña registró el 21,1% de las altas y casi una cuarta parte de las bajas (24,9%); Andalucía, por el contrario, registra un porcentaje de registros notablemente mayor al de las bajas, 18,9% frente a 13,6%, respectivamente. Más allá de estas diferencias, en general, el 81,5% de las bajas se concentran entre las comunidades autónomas de Cataluña, Andalucía, Madrid, Comunidad Valenciana, Galicia e Islas Baleares.

La Estadística de Migraciones, una nueva fuente de datos

Desde el año 2013 el INE ofrece una nueva fuente de datos, la Estadística de Migraciones, aunque solo ofrece series para analizar estos movimientos de población desde el año 2008. Vamos a concluir el capítulo analizando la información disponible para el caso de estudio a partir de los datos de esta estadística e incluiremos en el análisis lo acontecido en los años más recientes, incluyendo la información provisional para el año 2015.

Vamos a centrarnos entonces en las migraciones de las personas nacidas en Argentina para el período 2008-2015 entre Argentina y España. Partamos de los datos que arrojan los flujos migratorios para este período según la EM. Durante el período de recesión se observa la misma dinámica de los flujos que la arrojada por la EVR: tendencia decreciente de la inmigración de personas nacidas en Argentina durante el período recesivo que se reduce de 18.516 llegadas en el año 2008 a las 5.780 en el año 2012. Es preciso considerar que a partir de este año la inmigración vuelve a incrementarse moderadamente hasta alcanzar las 8.765 llegadas en el año 2015, recuperando la inmigración los valores del año 2010. En cuanto a los datos de emigración estos muestran un comportamiento algo más irregular, oscilando el incremento y descenso de estos movimientos en el período 2008-2013. El año con la emigración más elevada de personas nacidas en Argentina fue el 2009 (15.245 salidas), cifra que desciende en los siguientes años hasta las 11.772 personas en 2012. Tras un repunte de la emigración en el año 2013 (que alcanza aproximadamente las 14 mil salidas) esta se reduce de forma sostenida en los dos años siguientes. De acuerdo a esta evolución de la inmigración y emigración de personas nacidas en Argentina el saldo migratorio para el período 2008-2015 ha sido negativo a partir del año 2009. El año más acentuado de esta tendencia fue el 2013 (-7.884), sin embargo, lo novedoso es que el saldo vuelve a ser positivo a partir del año 2015 (787). Queda por ver si este cambio se sostiene en los próximos años. De momento, podemos afirmar que los últimos datos de la EVR acompañan la tendencia. Si bien el saldo entre altas y bajas de personas nacidas en Argentina se mantiene negativo, este se ha reducido significativamente en los últimos dos años (descendió de -5.314 en 2013 a -3.096 en 2014 y -2.060 en 2015).

GRÁFICO 2.12. INMIGRACIÓN, EMIGRACIÓN Y SALDOS MIGRATORIOS DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA (2008-2015)



Fuente: Estadística de Migraciones. INE. Elaboración propia.

TABLA 2.7. INMIGRACIÓN, EMIGRACIÓN Y SALDOS MIGRATORIOS DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA (2008-2015)

Año	Inmigración	Emigración	Saldo
2008	18.516	12.472	6.044
2009	10.017	15.245	-5.228
2010	8.490	14.269	-5.779
2011	7.700	12.813	-5.113
2012	5.780	11.772	-5.992
2013	6.022	13.906	-7.884
2014	6.956	9.516	-2.560
2015*	8.765	7.978	787
Total	72.246	97.971	-25.725

Fuente: Estadística de Migraciones. INE. Elaboración propia.

Los datos anteriores corresponden a la inmigración y emigración a España y desde España de las personas nacidas en Argentina, pero ello no implica que el país de procedencia de la inmigración, o el de destino de la emigración sea Argentina. A partir de los datos de la EM podemos también precisar esta distinción y confirmar que para las personas nacidas en Argentina, una amplia mayoría de la inmigración del período 2008-2015 procedía de este país de origen (87,3%). En cuanto a la emigración, también la mayoría se dirigió a Argentina como lugar de destino (83,2%). El saldo migratorio de personas nacidas en Argentina para el período 2008-2015 ha sido negativo (-18.488), en tanto inmigraron 63.058 personas y emigraron 81.546. A continuación vamos a analizar los perfiles por sexo y edad tanto de los/las argentinas que llegaron a España en estos últimos años, como de quienes decidieron volver al país.

En cuanto a la distribución por sexo es posible observar en la tabla 2.8. que la inmigración de argentinos/as a España en este último período está compuesta de forma más o menos equilibrada en cuanto al sexo (49% hombres y 51% mujeres). Sin embargo, esta leve diferencia fue algo más amplia en los primeros años del período (entre 2009 y 2012 el 53% de las inmigrantes de Argentina eran mujeres). Llama la atención que es precisamente lo contrario lo que sucede en cuanto a los movimientos de retorno para el mismo período. Aunque la diferencia es moderada, los hombres vuelven en una proporción levemente mayor que las mujeres. Entre 2008-2015 el 53% de las personas que retornaron a Argentina eran hombres, mientras que el 47% eran mujeres. Esta diferencia se incrementa dos puntos hacia el final del período, aunque es cierto que en términos relativos la emigración en estos dos últimos años ha descendido respecto a las cifras de los años anteriores.

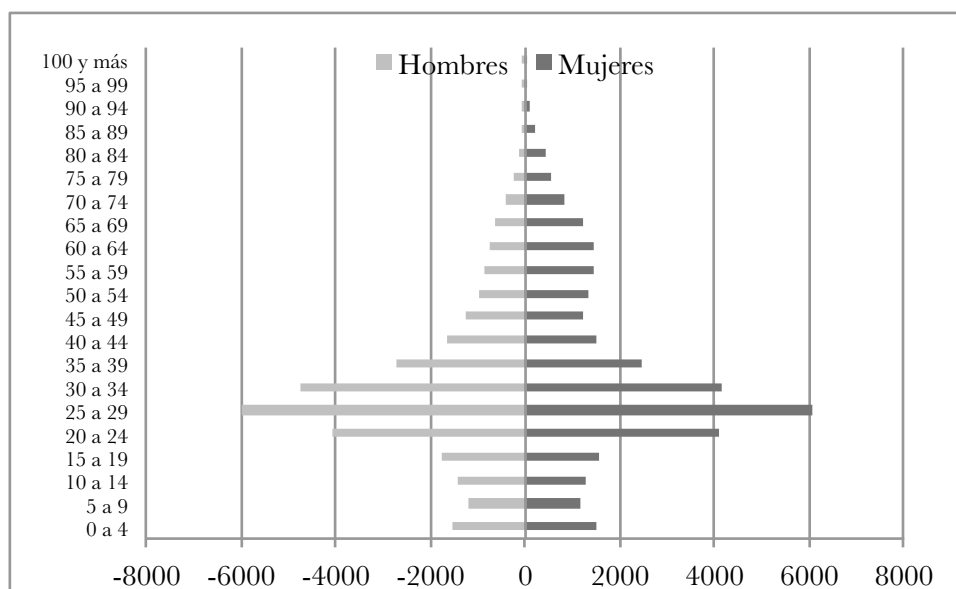
TABLA 2.8. INMIGRACIÓN/RETORNO DESDE/A ARGENTINA, POR SEXO (2008-2015)

Año	Inmigración				
	Total	Hombres	%	Mujeres	%
2008	16.726	8.417	50	8.309	50
2009	8.806	4.169	47	4.637	53
2010	7.517	3.618	48	3.899	52
2011	6.653	3.141	47	3.512	53
2012	4.838	2.291	47	2.547	53
2013	5.060	2.476	49	2.584	51
2014	5.950	2.903	49	3.047	51
2015*	7.508	3.642	49	3.866	51
Total	63.058	30.657	49	32.401	51

Año	Retorno				
	Total	Hombres	%	Mujeres	%
2008	10.591	5.590	53	5.001	47
2009	13.125	7.089	54	6.036	46
2010	12.174	6.435	53	5.739	47
2011	11.075	5.885	53	5.190	47
2012	9.976	5.277	53	4.699	47
2013	11.464	5.942	52	5.522	48
2014	7.238	3.948	55	3.290	45
2015*	5.903	3.273	55	2.630	45
Total	81.546	43.439	53	38.107	47

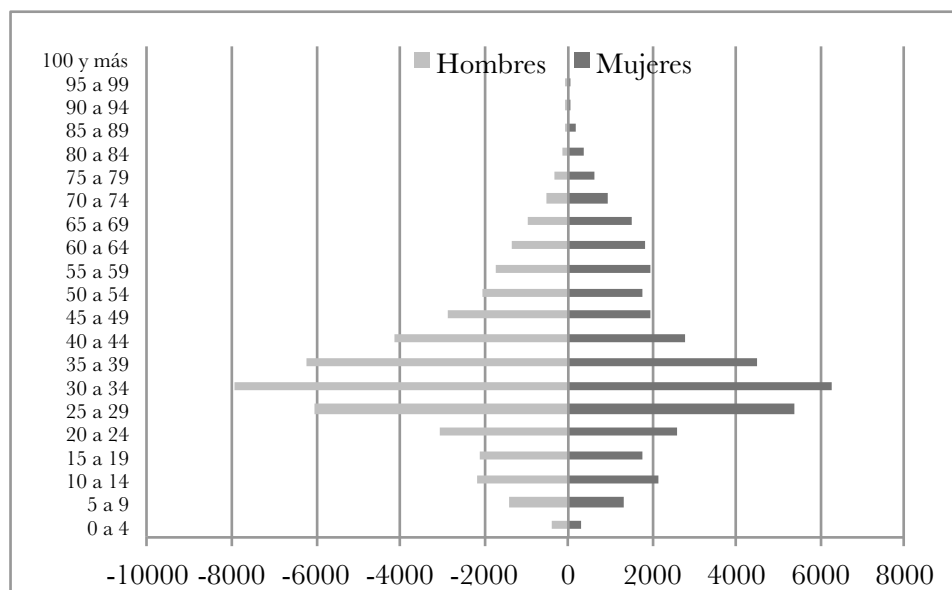
Fuente: Estadística de Migraciones. INE. Elaboración propia

GRÁFICO 2.13. DISTRIBUCIÓN POR SEXO Y EDAD DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA (INMIGRACIÓN 2008-2015)



Fuente: Estadística de Migraciones. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 2.14. DISTRIBUCIÓN POR SEXO Y EDAD DE PERSONAS NACIDAS EN ARGENTINA
(RETORNO 2008-2015)



Fuente: Estadística de Migraciones. INE. Elaboración propia.

Respecto a la composición por edad de la inmigración de personas nacidas en Argentina en los últimos años, se trata de una población eminentemente joven. Casi la mitad de quienes llegaron a España desde Argentina en el período 2008-2015 tenían entre 20 y 34 años (46,1%). El siguiente grupo que le sigue en importancia es el de los niños y jóvenes menores de 20 años (18,2%), indicador de que nos encontramos nuevamente ante la posible llegada de grupos familiares con miembros dependientes (dentro de este grupo 7 de cada 10 inmigrantes es menor de 15 años). De cerca le sigue el grupo de hombres y mujeres que tienen entre 35 y 49 años (17,1%). El 18,5% restante se reparte entre los grupos de adultos de 50 a 64 años (10,9%) y mayores de 64 años (7,7%). Si tenemos en cuenta que el 74,1% de la inmigración de estos últimos años corresponde a personas en edad económicamente activa, es decir, entre 20 y 64 años, puede que nos encontremos como en el período previo a la crisis ante flujos migratorios con objetivos laborales.

En cuanto a la distribución por edad de los movimientos de retorno para el período 2008-2015 (gráfico 2.14.), el perfil predominante corresponde a personas económicamente activas, aspecto también observado en los datos de la EVR y que en la EM mantiene un porcentaje similar. Más de tres cuartas partes de los retornos (78,7%) corresponde a quienes tienen entre 20 y 64 años, los niños y jóvenes menores de 20 años alcanzan el 14,3% de los retornos, mientras que los mayores de 64 años suponen el 7% de este tipo de movilidad. La distribución interna del grupo de edad que concentra la mayor parte de los retornos también se asemeja a los resultados arrojados por la EVR. El grupo más joven (de 20 a 34 años) concentra el 38,4% de los retornos, mientras que el 27,4% corresponde a quienes tenían entre 35 y 49 años. Los retornos del grupo de edad de 50 a 64 años alcanzan el 12,9%. Si comparamos la composición de este amplio grupo en edad de trabajar con los arrojados por la inmigración, si bien en este caso los

jóvenes siguen siendo el grupo más importante, el peso de los mayores es más elevado en comparación; esto indica que podemos encontrarnos ante proyectos de retorno que se llevan a cabo después de haber transcurrido una etapa de la vida laboral en España, aunque el objetivo pueda ser continuar con esa trayectoria en el país de origen. En resumen, los datos de la EM replican los resultados arrojados por el análisis de la EVR: a grandes rasgos las personas nacidas en Argentina que regresaron a este país de procedencia en el período 2008-2015 corresponde mayormente a personas en edad activa, generalmente jóvenes, aunque también están presentes otro tipo de proyectos de retorno como los de los menores que probablemente vuelven al país con el grupo familiar, y también el de personas mayores que pueden regresar para retirarse en la vejez en su país de origen.

Cualquier recorrido como el realizado hasta aquí puede terminar siendo extenso a la par que, paradójicamente, insuficiente; y esto es así porque se hace tan inevitable no aplicar un recorte determinado a la hora de construir un hilo argumental, como imposible no extenderse en determinados aspectos considerados ineludibles pero que a su vez no volverán a ser tratados en posteriores instancias del texto.

Estas páginas funcionan como un soporte fundamental para la segunda parte de la tesis, un telón de fondo, no sólo para su lectura, sino para las trayectorias migratorias y procesos de retorno que allí serán analizados. Si bien estos se ciñen a las últimas dinámicas migratorias articuladas entre España y Argentina, para llegar a comprender cómo estas se producen no es posible disociarlas de los contextos socio-históricos en los cuales se enmarcan. Por ello, se ha optado por realizar un recorrido que abarcara los distintos tipos de movimientos migratorios que han afectado a cada uno de estos lugares de procedencia/destino, así como también a aquellos que los conectan entre sí. La experiencia migratoria compartida entre España y Argentina ha adquirido diversas formas y direcciones en distintos momentos de sus historias y, bajo una mirada transnacional, sostenemos que ha ido (re)configurando un campo social entre dichos espacios, articulados a través de múltiples “idas y vueltas”. En este sentido, en términos de Levitt y Glick Schiller (2004a; 2004b), estamos ante un campo social transnacional que se ha conformado por un conjunto de múltiples relaciones a través de las cuales se han intercambiado, organizado y transformado diversas ideas, prácticas y recursos a lo largo del tiempo y el espacio.

Por todo ello, se ha intentado situar las distintas experiencias de emigración, inmigración y retorno de Argentina y España en distintos momentos atravesados por diversos fenómenos económicos, políticos y sociales, en ocasiones retrayéndonos a contextos que por lejanos que parezcan en el sentido cronológico, han dejado su impronta en los fenómenos migratorios contemporáneos. En este sentido, de forma tácita, los contenidos de este capítulo en particular, y en general, los de la primera parte de la tesis, resonarán en los contenidos de la segunda, y viceversa. Respecto a esto último se ha tomado la decisión de incluir aquí algunos relatos de informantes, aunque tal inclusión pueda parecer un salto excesivo de lo macro a lo micro, su efecto es el de

llamar nuestra atención y recordarnos que los eventos históricos aquí descritos, siempre implican cuerpos, vidas, que encarnan no sólo las experiencias de “su tiempo”, sino que también llevan las marcas, las huellas, de una experiencia colectiva, intergeneracional e histórica de las partidas, de los exilios, de las vueltas, que sin duda atraviesan las formas de vivir las movilidades hoy. Así, la inclusión de estos relatos no pretende sugerir en ningún momento la “repetición” de las historias de ayer y hoy, sino precisamente la “conexión” entre ellas. Las migraciones del pasado son la urdimbre que teje la trama de las del presente.

3. METODOLOGÍA

Del proceso de investigación a los retornos como procesos

¿Se han reconocido todas las dificultades que implica viajar? ¿Se ha pagado completamente el costo de viajar de una conexión a la siguiente? ¿El viajero no ha hecho trampa haciéndose transportar subrepticamente por un "orden social" ya existente? Mientras tanto, mi consejo es llevar lo menos posible, no olvide pagar su boleto y esté listo para soportar las demoras.

Bruno Latour (2008: 45)

Un proceso hace referencia a una historia que cuenta cómo algo ocurrió. Según Howard Becker, cuando los científicos sociales hablan de “procesos” se refieren a esa serie de pasos a partir de los cuales ocurren las cosas, a esa historia construida que nos sirve como explicación de ciertos acontecimientos.

“La historia cuenta cómo ocurrió algo: cómo esto sucedió primero y condujo, de una manera razonable, a que ocurriera aquello, y luego esas dos cosas llevaron a la siguiente..., y así hasta el final. Y también cuenta cómo, si todo esto no hubiera ocurrido, el acontecimiento que nos interesa tampoco habría sucedido” (Becker, 2009: 53).

Esta tesis se ha servido de esta definición de proceso, en apariencia sencilla, para aproximarse al fenómeno social que tiene por objeto de estudio, pero en este capítulo en concreto voy a utilizarla también para referirme al proceso de investigación; es decir, para dar cuenta de esa serie de pasos que han hecho posible esta tesis, y no otra. Como distinguen García Borrego y Pedreño (2010), mientras el método es práctico, es el “camino hacia algo”, la metodología es teórica, es el discurso sobre ese camino, un discurso que nos habla *a posteriori* sobre el método, que lo describe en un relato que lo analiza. En definitiva, el discurso metodológico fundamenta “por qué se hace así” (Ibáñez, 2003: 14). A ello están dedicadas las siguientes páginas.

3.1. *Emprender el viaje*

Los capítulos metodológicos, si no se incluyen como un anexo, ofrecen la posibilidad de saltarse durante algunas páginas ese orden en el que se exponen los contenidos canónicos de una tesis. Orden que, por cierto, no refleja necesariamente aquel en el que sucedieron los acontecimientos que marcaron el camino de la investigación. No quiero decir que cada vez que una tesis se inaugura con una exposición sobre aspectos teóricos relativos al objeto de estudio (como yo misma hago) no refleje los primeros pasos dados por la investigadora; pero, sin duda, ese no ha sido mi caso, o al menos, *esos pasos*, no fueron los primeros. El inicio de esta investigación se fragua al calor de una idea, de un “algo”, que resuena, de ahí entra en una fase de “incubación” arropada por algunas lecturas y las inestimables recomendaciones de mis directores de tesis. Si tuviera que identificar el comienzo de todo esto, y por no retroceder más (que podría), diría que esos fueron los primeros pasos.

Resonancias

Era el año 2011, hacía ya algún tiempo que la “crisis” había llegado a España para quedarse. Algunas observaciones. Aquí y allá se escuchaba, se leía, que algunos (in)migrantes volvían a sus países⁸⁶. Al llamar por teléfono al INEM (Instituto Nacional de Empleo), la opción número tres te ofrecía amablemente información en el caso de que quisieras volver a tu país⁸⁷. En los medios empezaban a aparecer las crónicas desde los aeropuertos; narraban historias de pérdida y fracaso y en el medio de la facturación le arrancaban alguna declaración y lágrima a la persona entrevistada. Las fotos: hombres, mujeres, niños, perros y carros sobre los cuales montañas de equipaje se mantienen erguidas en un frágil equilibrio. Frente al control de seguridad, frontera que inaugura la distancia física, el contacto de los cuerpos es intenso en las escenas de despedida. Abrazos que aprieten fuerte, besos que dejan marca, palmadas en la espalda dadas con determinación. Cuando quienes parten se pierden al otro lado, cuando ya no hay contacto visual, los que se quedan se dan la vuelta; la expresión de sus rostros se transforma, encogen los cuerpos, suspiran con la mirada puesta en a saber qué horizonte, se agarran por el hombro, se sostienen en ese momento inaugural de la ausencia. Durante aquellos años no sólo fui al aeropuerto algunas veces, también ayudé a algunas amistades a vaciar sus casas, mientras la mía se convirtió en lugar de tránsito

⁸⁶ La temática empezaba a aparecer en las noticias de algunos periódicos. Algunos titulares de aquellos años: “Los latinoamericanos inician el camino de vuelta a casa” (*El País*, 30/04/2010), “España pierde población extranjera” (*El País*, 19/04/2012), “Se dispara el número de inmigrantes que quieren volver a sus países de origen por las dificultades económicas” (*ABC*, 06/08/2008), “Los inmigrantes hacen las maletas” (*ABC*, 11/09/2011). También en los periódicos en Argentina comienzan a aparecer noticias relacionadas con el fenómeno: “Vienen de España para huir de la crisis” (*La Nación*, 03/07/2011), “Por la crisis europea, vienen más españoles a vivir al país” (*Clarín*, 28/11/2010).

⁸⁷ A fecha 19 de octubre de 2016, la opción tres fue suprimida entre las opciones del menú telefónico del Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE, antiguo INEM).

para algunas de ellas; la sala de espera de sus partidas. Eran días de recogimiento, en sus varias acepciones: de ordenar y guardar poco a poco las “pertenencias”, de juntar a los afectos y compartir últimas cañas y cenas, de contemplar la ciudad, de retirarse.

A finales de ese año, en diciembre del 2011, caí en la cuenta de que era mi aniversario. Diez años en España. A la rutina matinal de escuchar la radio en Madrid, a partir de las diez de la mañana incorporé la de “sintonizar” alguna radio de Buenos Aires. Diez años en Argentina. También allí estaban de aniversario, había pasado una década de la “crisis del 2001”, del “estallido”, del “quilombo”, de los saqueos, de las plazas, de la represión, de los muertos, de la devaluación, de los cacerolazos, del corralito. El cruce de noticias sobre los contextos de aquí y allí producía un efecto de resonancia y sugería un ejercicio de traducción tan imposible como inevitable (para mí, claro está). De la *desocupación* al *desempleo*, del *riesgo país* a la *prima de riesgo*, de los *desalojos* a los *desahucios*, del *ajuste* a la *austeridad*, del *que se vayan todos* al *no nos representan*, las *asambleas* y los *escraches* no necesitaron casi traducción. Estos son sólo algunos retazos significativos que componen ese mapa de estímulos (condicionados), que dieron impulso a esta tesis y a intuir las primeras preguntas de investigación.

Estímulo, impulso e intuición, según el diccionario, todos ellos se alejan de la razón. El estímulo (condicionado) provoca un *reflejo por asociación*, el impulso está relacionado con un *deseo o motivo afectivo* pero no reflexivo, mientras que la intuición conecta con algún tipo de *percepción íntima* de una idea. Sin duda, el punto de partida de esta tesis es, entre otras cosas, *emotivo*; y los *motivos*, lo que nos mueve a investigar, también son parte del método, del camino de investigación y merecen ser mencionados porque nos acompañan en todo el proceso de trabajo, un trabajo que es también un “trabajo emocional” (Hochschild, 1983). La intuición es el punto de partida⁸⁸ de la investigación; la intuición de la investigadora es una lectura, una interpretación, una primera percepción de analogías (Ibáñez, 2003: 351). Partiendo de estas resonancias, la primera pregunta, la “original” de esta tesis ha sido la siguiente: *¿cómo será volver?* Y volver (en el 2011), cuando los contextos socio-históricos *parecen* invertidos entre los lugares de partida y de destino, cuando los motivos que *aparentemente* atravesaron la decisión de la partida, *supuestamente* afectan ahora la del retorno. Con ésta pregunta nació ésta tesis⁸⁹

⁸⁸ No puede ser el punto de llegada, porque: “[e]sta capacidad de intuición es un precipitado de toda la experiencia y de todo el saber del investigador. [...] la intuición no es un proceso solo intelectual. En ella invierte el investigador sus pulsiones, hace *resonar* y *escenifica* sus fantasmas.” (Ibáñez, 2003: 321). Por tanto, es conveniente poner en marcha a lo largo del proceso de investigación los mecanismos de vigilancia epistemológica necesarios para evaluar la interpretación analizando las condiciones que mueven al investigador a proferirla.

⁸⁹ Y digo *esta* tesis, porque ese interrogante implicó cambiar el tema de investigación. Un cambio que, sin saberlo, habían acompañado algunos/as investigadores/as. Especialmente relevante fue asistir a las *Jornadas internacionales “Vidas transmigrantes: hogares y género”*, llevadas a cabo en la Universidad Complutense de Madrid y organizados por el equipo del proyecto de investigación *Resignificación de las posiciones de sexo/género y de los hogares en el transnacionalismo –por abajo–*, dirigido por Fernando García Selgas. Las conversaciones de aquellos días con Antonio García, Carmen Romero, Margarita Barañano y Luis Eduardo Guarnizo despertaron mi interés por el tema que finalmente decidí investigar.

dedicada a estudiar las “migraciones de retorno”; y esta pregunta tenía implicaciones para el diseño de la investigación, porque sugería no sólo ciertos “recortes” o criterios para acotar el objeto de estudio, sino también un tipo determinado de aproximación.

En primer lugar, preguntarse “cómo” ocurre un acontecimiento, orientaba la indagación al estudio de las circunstancias que lo rodean, de la secuencia de cosas que lo preceden, en definitiva, al estudio de un proceso. Cuando más adelante leí a Becker caí en la cuenta de lo significativo de haberme preguntado antes *cómo*, que *por qué*:

“Por alguna razón, [preguntar] «¿por qué?» parece más profundo, más intelectual, como si preguntáramos por el sentido más hondo de las cosas, a diferencia de la simple narrativa que evocaría el «¿cómo?». Este prejuicio encarna en la vieja y malsonante distinción, invariablemente de uso peyorativo, entre una explicación y una «mera» descripción” (Becker, 2009: 85).

En este sentido, la pregunta por el *cómo*, además de conducir al estudio de un acontecimiento en tanto proceso, también implica la indagación de una experiencia; y una experiencia relatada, narrada por aquellas que la protagonizan.

En segundo lugar, al situar la pregunta en un determinado contexto socio-histórico, estaba acotando el objeto de estudio espacio-temporalmente. En términos geográficos, se decidió escoger un caso de estudio, el de las migraciones de retorno de España a Argentina, teniendo en cuenta los recursos disponibles, pero también limitados, de una investigación de estas características. Al tratarse de una tesis doctoral que requería el traslado de la investigadora al “lugar de origen de las/los migrantes” para realizar el trabajo de campo, no parecía conveniente, ni factible, ampliar el entorno geográfico de la investigación y poner en riesgo su viabilidad⁹⁰. En términos temporales, el objeto de estudio se acotó a los flujos migratorios más recientes, es decir, a aquellos que se produjeron de Argentina hacia España a partir de finales de los años 90 y que regresaron de España a Argentina a partir del año 2007-2008 (en principio). Tras detectar que los trabajos que estudiaban los procesos de retorno reciente de argentinos eran escasos —no así los que estudiaban el retorno en otros períodos históricos⁹¹— el interés de acotar la investigación quedaba legitimado, en tanto sus resultados podían suponer nuevos aportes a este conjunto de estudios existentes, en general, y a los más

⁹⁰ Para la tesina del segundo año de doctorado había analizado algunas relaciones y prácticas transnacionales a través de los datos de la Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI) de forma comparativa para cinco países latinoamericanos. Decidida a emplear técnicas cualitativas en la tesis, por el tipo de preguntas de investigación planteadas, la metodología estaría abierta a otro tipo de hallazgos, pero también expuesta a nuevos límites.

⁹¹ A excepción de la investigación publicada por Sara Pallma sobre el retorno de científicos en los años 70 (Pallma, 1974), la mayoría de los trabajos iniciales sobre las migraciones de retorno de argentinos publicados desde mediados de los 80 estaban dedicados, principalmente, al estudio del retorno de los exiliados políticos que habían partido de Argentina especialmente a partir de mediados de los años 70 (Bidegain, 1987; Lattes y Oteiza, 1986; Maletta y Szwarcberg, 1985; Mármora y Gurrieri, 1988; Olmo, 1989). En relación con el retorno del último flujo migratorio se identificaron escasos trabajos; alguno previo al inicio de la tesis (Palomares, Castiglione, y Nejamkis, 2007), otros posteriores (Schmidt, 2014).

recientes, en particular. Asimismo, mi posición como investigadora en el campo facilitaba la logística y viabilidad del estudio⁹².

En resumen, esta tesis doctoral estudia las experiencias de retorno “no forzado” o “voluntario” de España a Argentina; experiencias que forman parte de trayectorias migratorias que, en distintos momentos, han estado atravesadas por contextos socio-históricos de “crisis” económicas, sociales y políticas que tuvieron lugar en ambos espacios geográficos, los de partida y los de destino. El *objetivo general* de la investigación es comprender cómo las migraciones de retorno se articulan en las trayectorias migratorias a la luz de esos contextos socio-históricos e indagar los diversos sentidos que adquieren en las experiencias de los sujetos. La investigación se realizó mediante una aproximación etnográfica empleando la técnica cualitativa de la entrevista abierta. Partiendo de las observaciones realizadas durante el proceso de investigación y de los discursos de los/las informantes recogidos en el trabajo de campo, esta tesis analiza cómo el retorno aparece en diversas formas y momentos de las trayectorias migratorias.

Derivas teórico-metodológicas

Para comenzar a vislumbrar el recorrido teórico-metodológico de esta investigación vale aclarar que lo descrito al final del epígrafe anterior, respecto al objetivo general, es cierto, pero sólo en parte. Es cierto en lo relativo a la delimitación del estudio de caso, que fue seleccionado desde el inicio del proceso. Lo que no es cierto es que el objetivo general original de la tesis fuera exactamente el que he descrito, lo que me lleva a escribir a continuación sobre las *derivas* teórico-metodológicas como ficciones que atraviesan el proceso de investigación.

He comentado que el camino de esta tesis se inició sin haber llevado a cabo una revisión exhaustiva de la literatura especializada sobre el objeto de estudio, aunque sí contaba con una trayectoria previa de investigación de las migraciones desde la perspectiva transnacional⁹³; así, los primeros pasos estuvieron guiados por aquel corpus de bibliografía utilizado para la tesina que realicé en mi primera fase de formación doctoral sobre prácticas transnacionales de familias latinoamericanas en España. La perspectiva transnacional (abordada en el Capítulo 1) dio forma al primer diseño de los objetivos de la tesis, preocupados en general por entender cómo los vivires transnacionales –esas

⁹² Las condiciones materiales bajo las cuales realizamos nuestras investigaciones no son una cuestión menor. Situada geográficamente en España, llevar a cabo una investigación sobre procesos de retorno implicaba mi propio desplazamiento al lugar de retorno de los/las informantes. Como emigrante/inmigrante argentina, residente en España, contaba en Argentina con la red suficiente que me permitiera sostener un trabajo de campo continuado en el tiempo y llevar adelante la investigación.

⁹³ En el año 2010 obtuve el Diploma de Estudios Avanzados con la tesina *Las familias transnacionales latinoamericanas en España: una aproximación al estado de la cuestión*. A partir del análisis de los datos de la Encuesta Nacional de Inmigrantes (2007), en dicho trabajo se estudiaban las prácticas transnacionales de las/los migrantes latinoamericanas/os en España comparando los casos de Ecuador, Colombia, Argentina, Perú y Bolivia.

conexiones, vínculos, intercambios entre acá y allá– afectaban los procesos de retorno. En las últimas décadas se produjo un auge de los estudios sobre migraciones internacionales enfocados desde esta perspectiva, y esta tendencia se replicó en el campo académico español⁹⁴ y casi simultáneamente en el latinoamericano. En el desarrollo de estas investigaciones se empezaron a implementar estrategias metodológicas multisituadas que conectaban los contextos de las sociedades de destino con las de origen. Ante el nuevo contexto socio-histórico que emergía en España y que contrastaba con aquel de la llegada de los inmigrantes en el cambio de siglo, la posibilidad de prestar atención a las migraciones de retorno se abría como una línea de investigación que permitía continuar conectando estos contextos, indagando una “nueva” fase de las migraciones internacionales entendidas como “proceso social” (Massey et al., 1990) y desde el paradigma transnacional.

A lo largo del desarrollo de la investigación comenzaron a aparecer nuevas publicaciones que abordaban este objeto de estudio y que me fueron acompañando en el camino de esta tesis. (Cassarino, 2013; Cavalcanti y Parella, 2012, 2013; González Enríquez, 2012; Hirai, 2013; López de Lera, 2012; Pedone y Gil Araujo, 2013; Rivera Sánchez, 2013). El paraguas de perspectivas se abrió también a dos nuevos giros, el de la movilidad y la diáspora, que aportaban también nuevas claves para repensar las migraciones de retorno contemporáneas (Bauböck y Faist, 2010; Cresswell y Merriman, 2011; D’Andrea, Ciolfi, y Gray, 2011; Hess, 2008; King y Christou, 2011; Olsson, 2008; Olsson y King, 2008; Richardson, 2013; Sheller y Urry, 2006; Tsuda, 2009; Urry, 2000, 2007).

Pero al inicio del camino, la deriva teórico-metodológica tampoco dejaba de ser una ficción, porque al realizar el recuento de referencias siempre hay una memoria de lecturas sedimentadas, aunque no fueran específicas del tema de investigación. Merece la pena mencionar, sin embargo, dos lecturas iniciáticas que si se acercaban al objeto de estudio. Ambas me brindaron una primera orientación a la hora de aproximarme al estudio de las migraciones de retorno y, concretamente, a dar los primeros pasos en el planteamiento del problema de investigación y el trabajo de campo: una arrojaba pistas sobre los sentidos múltiples de las migraciones de retorno y sugería la conveniencia de pensar en *movilidades de retorno*, o dicho de otro modo, en *retornos*, en plural (King y Christou, 2011); la otra apuntaba las tensiones que atraviesan los procesos de retorno y las experiencias de reinserción social y laboral, y cómo además estos procesos están atravesados por las dinámicas de los mercados de trabajo en los lugares de partida y de

⁹⁴ Algunas referencias de investigadores/as que impulsaron estos estudios en España son los/las que participaron en distintos monográficos editados por Solé y Cachón (1999), Solé, Parella y Cavalcanti (2008) y Pedone y Gil Araujo, (2013). A ello se suman las publicaciones específicas de distintos/as investigadores/as (Jiménez Zunino, 2013; Oso Casas, 2008; Oso Casas, Golías Pérez, y Villares Varela, 2008; Parella, 2007; Parella y Cavalcanti, 2006; Suárez Navaz, 2008). Para Latinoamérica cabe destacar también algunas publicaciones (Espinosa, 1998; Esteban, 2013; Feldman-Bianco, Rivera Sánchez, Stefoni, Villa Martínez, (compiladoras), 2011; Rivera Sánchez, 2011, 2012, 2013).

llegada y las lógicas del capitalismo global (Rivera Sánchez, 2011). La primera lectura me acercaba a problematizar el *qué*, la segunda, el *cómo* y el *por qué*.

Este tipo de aproximación e inmersión en el proceso de investigación implicaba no tanto “solucionar problemas o contestar a las preguntas” sino “problematizar soluciones o preguntar a las respuestas” (Ibáñez, 1997: 475). Así emergen los primeros interrogantes en torno al propio objeto de investigación, quizá dudas mínimas, no necesariamente novedosas, pero sí útiles desde dónde repensar sus sentidos comunes y convencionales: dudas sobre el *qué*; ¿coincidirían las definiciones de la migración de retorno de los/las informantes con las definiciones “oficiales”, propias de organizaciones internacionales, políticas públicas y gobiernos de acá y de allá?⁹⁵. Dudas sobre el *cómo*; ¿estaría esa experiencia de volver atravesada por algunas de las tensiones indicadas en el texto de Rivera Sánchez?, sospechaba que sí, pero en cualquier caso ¿cuáles emergerían en este específico caso de estudio? Por último, dudas acerca del *por qué*; ¿cuestionarían los discursos los sentidos comunes atribuidos a los motivos del retorno?, ¿replicarían las lógicas macro aplastantes que responden los *por qué*? El “me fui por la crisis, volví por la crisis”. ¿Resistirían las dicotomías que, desde lo micro, acechan a todo/a emigrante-inmigrante-retornado/a? Los etiquetajes de los sujetos como “éxitos” o “fracasos” de su propio proyecto, de su propia vida migratoria. Y con estos problemas no resueltos me lancé al campo, era allí donde había que rastrear la problematización de las soluciones, buscar las respuestas a los interrogantes que “preguntan a las respuestas”. Siguiendo a Latour (2008: 42-43), no me interesaba tanto “adoptar una posición razonable e imponer un orden por anticipado”, sino rastrear las controversias que circundaban a estas tres preguntas, siendo los sujetos los principales encargados en “la tarea de definir y ordenar lo social”, permitiéndoles “desplegar sus propios y diversos cosmos, por más contraintuitivos que parezcan”. Aparentemente perdida en ese mar de dudas cada tanto recurría a alguna brújula que me permitiera recuperar el rumbo. En este sentido, Wright Mills (1961) siempre es un bálsamo:

“La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. [...] La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad” (Wright Mills, 1961: 25-26).

En los procesos de investigación algunas pistas nos orientan a lo largo de todo el recorrido, otras aparecen más adelante en el camino. Con ello me refiero a las referencias y lecturas que nos encontramos en fases más avanzadas pero que de todas formas nos ayudan a apuntalar alguna parte importante de nuestros trabajos. Este ha sido el caso con los aportes de Abdelmalek Sayad (ya expuestos en el Capítulo 1), un autor que en la literatura reciente sobre migraciones de retorno constataba que era

⁹⁵ Posteriormente leí los análisis de Abdelmalek Sayad y de Àngels Pascual de Sans sobre la construcción del retorno como categoría política (Pascual de Sans, Àngels, 1983; Sayad, 2000, 2010).

habitualmente citado pero cuyas propuestas concretas, salvo alguna excepción⁹⁶, no eran tratadas con mayor detenimiento. La lectura pausada de algunos de sus escritos fue una tarea pendiente que no realicé hasta finalizadas todas las fases del trabajo de campo. Llegando al final del recorrido se convirtió en una herramienta fundamental que apuntaló la última fase del proceso de análisis y escritura, y se tradujo en la estructura de este texto. Pero retrocedamos nuevamente, porque este recorrido no se transitó sin dificultades. Mis directores de tesis, Elena y Lorenzo, me alertaron a tiempo sobre los posibles obstáculos por venir y me aconsejaron las mejores estrategias para sortearlos. La tarea de superarlos fue colectiva. Me adjudico los tropiezos, producto de la terquedad *casi* incorruptible que me caracteriza.

Doble acierto

Partir de esta primera aproximación que no clausuraba una definición del objeto de estudio inauguraba la ficción del segundo término de la deriva teórico-metodológica. Así fue que, en contra de lo que mi proyecto de investigación planificaba y pronosticaba, en parte deliberada y en parte casualmente, el proceso de investigación se inició sin definir *a priori* el concepto de migración de retorno. La deliberación versaba sobre la decisión de sumergirme en la primera fase del trabajo de campo sin haber revisado sistemáticamente *toda* la literatura especializada, decisión que tenía que tomar porque “casualmente” la oportunidad de viajar a Argentina se presentó de forma algo sobrevenida. A principio del 2012 me había presentado a una convocatoria de financiación de estancias de investigación (Becas Iberoamérica Jóvenes Profesores e Investigadores 2012, Santander Universidades). No fui seleccionada, pero aquel proceso me ayudó a redefinir el proyecto de investigación, acotar el tema de la tesis y planificar una primera fase “exploratoria” de trabajo de campo que decidí autofinanciar.

Así, la posibilidad de que el *objeto* de estudio lo definieran los *sujetos* protagonistas de esta investigación quedó abierta. Aunque *a posteriori* se revelara como un aspecto estratégico que sin duda marcó el desarrollo de todo el proceso de investigación, este comienzo fue más el resultado de una combinación de intuición y necesidad, que de una decisión premeditada en el marco de un meticuloso diseño metodológico. Intuición, otra vez, porque parecía conveniente mantener cierta coherencia con la única premisa fuerte de la que partía la investigación: estudiar la migración de retorno desde la perspectiva de sus protagonistas. Si bien es cierto que ningún/a investigador/a puede evitar que su acercamiento al objeto de estudio esté atravesado por los imaginarios que lo subyacen (Becker, 2009: 27), también lo es que si quería poner en el centro los puntos de vista de

⁹⁶ Una excepción en este sentido es el trabajo de Cavalcanti y Boggio (2004) presentado en el 4º Congreso sobre la inmigración en España, que recuperaron algunos aportes del autor para analizar las migraciones de retorno en sus respectivas investigaciones, aunque su indagación analizaba discursos de sujetos que de momento seguían residiendo en el país de destino. Otra aporte de interés fue presentado en el mismo congreso por Martín, Marzok y Rodríguez (2004). En su comunicación analizan los fundamentos epistemológicos para una ciencia de la emigración-inmigración.

los/las informantes en tanto “mejor informado[s] que el sociólogo que interroga” (Bertaux, 1999: 16) suspender, al menos en un momento inicial, mis preocupaciones por conocer de forma exhaustiva las cuestiones teóricas y empíricas ya consolidadas en el campo académico no tenía por qué impedir mi “entrada” al campo. Necesidad, porque había que comenzar por algún lugar, en algún momento. Aunque la intuición parezca poco rigurosa y la necesidad poco elegante, han sido dos motores importantes en esta investigación.

Tenía que elegir: subirme al avión o quedarme leyendo. Mis directores, Lorenzo y Elena, no sólo me animaron (o casi empujaron) a optar por la primera de las opciones, sino que con aquella decisión evitaron que esta investigación “encallara” prematuramente. Urgía conseguir la acogida de una institución en destino y las autorizaciones de desplazamiento del centro de origen⁹⁷. Acertaron doblemente cuando me recomendaron que contactara a Sandra Gil Araujo, socióloga, investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, quien me abrió las puertas a todos los efectos: administrativos, académicos y afectivos. Me recibió tres años consecutivos, me incorporó al seminario de investigación que llevaba a cabo con un grupo de doctorandas y me invitó a participar en actividades que surgían dentro y fuera del Instituto; en esos espacios compartí el trabajo propio, aprendí del ajeno y en ese intercambio la investigación avanzó con cada estancia. Desde abril de 2011 fueron muchos los pasos dados acá y allá; ese primer viaje fue solo la materialización de una idea previa sobre esta tesis y su objeto de investigación, pero ciertamente sin él, el proceso de investigación no hubiese ocurrido como ocurrió, por eso esta especial mención.

3.2. *Los retornos no son, se hacen*

Si entendemos los retornos como procesos, y no como un “evento” (Olsson, 2004), nos estamos refiriendo entonces a una historia que se desarrolla en múltiples momentos y lugares: en la fase de la emigración, cuando el retorno adquiere distintos sentidos en el proyecto migratorio antes de partir; en la fase de la inmigración, cuando esa idea acerca del retorno (o no retorno) se va transformando y se experimentan movilidades de retorno múltiples; hasta en la fase específica de la “migración de retorno”, cuando después de tomar la decisión de “reestablecerse” en el lugar de partida con algún viso de permanencia y haberse desplazado físicamente, el proceso continua y se transita esa nueva experiencia, que no necesariamente supondrá el “cierre” de la trayectoria migratoria (Guarnizo, 1997). Los procesos de retorno se despliegan en esta multiplicidad

⁹⁷ Por cierto, cada año tenía que firmar un “compromiso de retorno”, es decir, tenía que asegurar que volvería de Argentina a España; no podía evitar pensar que era la primera vez que “le ponía la firma” a una decisión de ese tipo, ni hablar de la inversión del par origen/destino y que volver a España fuera para mi “retornar”, algo que, a día de hoy, después de haber vivido en Inglaterra, puedo aseverar que lo es, tanto como cuando el tren de aterrizaje toca la pista del Aeropuerto de Ezeiza.

de espacios y tiempos y es allí donde es posible rastrearlos, al reconstruir las trayectorias migratorias. Esto tendrá implicaciones en el diseño de nuestra investigación y requerirá un tipo de aproximación que se adapte al objeto de estudio. A efectos de construir este tipo de mirada esta tesis retoma la propuesta de la etnografía multilocal (Marcus, 2001). La estrategia consiste en seguir las conexiones, asociaciones y relaciones entre distintos lugares que forman parte de un mismo contexto de estudio. Investigar los procesos de retorno supone acercarnos a un objeto de estudio “móvil”, pero a su vez situado de forma múltiple; acá y allá, antes, durante y después. Siguiendo a Romero Bachiller (2006: 38) podríamos entender en nuestro caso los “retornos” no como un “objeto de solidez autoevidente”, sino como una “entramado semiótico-material” a rastrear “en su *materialidad relacional y en proceso*, no como un atributo o una realidad terminada *a priori*” de la que dar cuenta de forma unívoca.

La multilocalidad de los procesos de retorno se construye a través de la experiencia del movimiento y su rastreo en diversos escenarios. Pero estos seguimientos, según Marcus (2001) pueden realizarse de distintas formas; desde seguir físicamente a un grupo, acompañando su movimiento y su permanencia, hasta rastrear las evocaciones de múltiples sitios que no están presentes necesariamente en el escenario unilocal de la investigación pero que nos remiten al contexto multilocal en el cual se ubica el objeto de estudio en cuestión. En este sentido, a través de los relatos sobre las trayectorias migratorias y los procesos de retorno se vislumbran las conexiones, asociaciones y relaciones que dan cuenta del carácter multilocal de estas experiencias. El estudio de los procesos de retorno nos remite a un contexto “multilocal” en tanto implica una materialidad relacional entre los distintos lugares o localidades que se conectan a través de las experiencias de la emigración, la inmigración y los múltiples retornos. Según Marcus, frente a objetos de estudio móviles y situados de forma múltiple cobra relevancia una dimensión comparativa constitutiva del objeto, que en nuestro caso implica analizar cómo en los procesos de retorno se yuxtaponen situaciones que afectan las trayectorias migratorias y conectan/asocian su despliegue a los lugares de origen y destino en distintos momentos de las trayectorias.

“La investigación multilocal está diseñada alrededor de cadenas, sendas, tramas, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones en las cuales el etnógrafo establece alguna forma de presencia, literal o física, con una lógica explícita de asociación o conexión entre sitios que de hecho definen el argumento de la etnografía” (Marcus, 2001: 118).

Entonces, ¿cómo rastreamos, al tiempo que construimos, estos espacios multilocales en nuestra investigación sobre los procesos de retorno? Para ello, según Marcus (2001) existen distintas modalidades o técnicas de rastreo de este tipo de fenómenos contingentes y maleables. Mencionaremos aquí las que son más relevantes para nuestra investigación, en tanto el método resultante sugiere una combinación de varias de ellas. Entre las distintas posibilidades, una que ha estado asociada a las investigaciones sobre fenómenos migratorios es aquella que opta por *seguir a las personas*, rastreando los movimientos de un grupo particular de sujetos en el espacio físico multilocal. En este sentido, esta investigación ha “seguido” a los informantes, pero no de forma simultánea, al trasladarme al lugar donde ahora residen esto ha implicado un desplazamiento físico

similar. En este sentido, se trata de una aproximación etnográfica *unilocal*, pero *estratégicamente situada*, porque:

“[L]o que sucede en un lugar particular en el que se desarrolla la investigación se calibra o relativiza a partir de las repercusiones de este lugar sobre lo que acontece en otros sitios relacionados, inclusive cuando las otras localidades no se encuentran dentro del marco del diseño de investigación” (Marcus, 2001: 121).

En este sentido, es local solo “circunstancialmente”, porque la incorporación de lo que acontece en otros sitios se incorpora a la investigación a partir de otra modalidad de rastreo: la de *seguir la trama, historia o alegoría*. En este caso el rastreo de los espacios multilocales lo realizamos a través de las historias o narrativas que nos cuentan en un trabajo de campo que puede ser unilocal. Estas narrativas son una fuente de conexiones, asociaciones y relaciones para conformar objetos de estudio multilocales:

“El renovado interés entre antropólogos y otros científicos sociales por la memoria social posiblemente sea el tipo de trabajo en que es usada esta técnica. [...] Los procesos de recordar y olvidar generan precisamente estos tipos de narrativas, tramas y alegorías que amenazan con reconfigurar, a veces de manera perturbadora, versiones que sirven al orden estatal e institucional. Así, tales narrativas y tramas son una rica fuente de conexiones, asociaciones y relaciones para conformar objetos de estudio multilocales” (Marcus, 2001: 120).

De la combinación de posibilidades que plantea Marcus, especialmente relevante para nuestro trabajo será incorporar la estrategia de *seguir la vida o biografía*. Esta es una forma específica de seguir las tramas. A través de las narrativas de estas historias podemos observar cómo los contextos sociales se yuxtaponen en las experiencias individuales, y sugieren asociaciones a partir de las cuales se encadenan los procesos de retorno.

“Las historias de vida revelan yuxtaposiciones de contextos sociales mediante una sucesión de experiencias narradas individualmente, que pueden ser desconocidas en el estudio estructural de procesos de este tipo. Son guías potenciales en la delineación de espacios etnográficos dentro de sistemas formados por distinciones categóricas que de otra forma harían estos espacios invisibles (aunque pueden ser más claramente revelados en historias de vida subalternas), pero que son formadas por asociaciones inesperadas o novedosas entre sitios y contextos sociales sugeridos por las historias de vida” (Marcus, 2001: 121).

Esta última modalidad de rastreo nos lleva a hablar sobre la técnica de investigación específica que se ha empleado en esta investigación y el enfoque que a partir de ella se articula. En este sentido, siguiendo a Daniel Bertaux (1999: 3) diferenciaremos entre “historias de vida” y “relatos de vida”. Bertaux retoma la distinción propuesta por Norman K. Denzin entre historia de vida (*life history*) y relato de vida (*life story*). La primera hace referencia a “los estudios de caso de una persona determinada” que incluyen, además de su relato de vida, otra clase de documentos. El segundo, “designa la historia de una vida tal como la cuenta la persona que la ha vivido”. Esta aproximación a la investigación implementa el *enfoque biográfico*, que según Bertaux es una apuesta, en tanto:

“Expresa una hipótesis, a saber, que el investigador que empieza a recolectar relatos de vida creyendo quizás utilizar una nueva técnica de observación en el seno de marcos conceptuales y epistemológicas invariables, se verá poco a poco obligado a cuestionarse estos marcos uno tras otro. Lo que estaría en juego no sería sólo la adopción de una nueva técnica, sino también la construcción paulatina de un nuevo proceso sociológico, un nuevo enfoque que, entre otras características, permitiría conciliar la observación y la reflexión” (Bertaux, 1999: 3-4).

En definitiva, hemos seguido a las personas, sus tramas y biografías multilocales, y para acceder a las narraciones, a los *relatos (multilocales) de vida migratoria* –a partir de los cuales rastreamos los procesos de retorno en tanto que entramados semiótico-materiales– hemos optado por emplear específicamente la técnica de la entrevista abierta, en tanto proceso comunicativo que nos permite obtener información contenida en las biografías (Alonso, 1998). En el siguiente epígrafe nos centramos en explicar cómo se articuló y desarrolló el empleo de esta técnica en el trabajo de campo.

Los relatos (multilocales) de vida migratoria a partir de las entrevistas abiertas

A partir de aquí, seguimos a Alonso (1998), quien entiende las biografías como las representaciones asociadas a los acontecimientos vividos por los informantes. Mediante la entrevista abierta accedemos a un “yo biográfico” y “narrativo” que a través de la rememoración recrea el tiempo pasado en función del tiempo presente, y viceversa. En este caso, los procesos de retorno se rastrean como acontecimientos vividos en el devenir de las trayectorias migratorias, en sus distintas fases. Así, mediante las entrevistas abiertas y la construcción de los relatos multilocales de vida migratoria de informantes que atravesaron distintos desplazamientos materiales (físicos) entre España y Argentina podríamos acceder a esa organización compleja de los recuerdos que se produce entre lo personal y lo social. Esto nos permitía localizar la cristalización discursiva de quienes se encontraban en aquella situación social específica o, en otras palabras, acceder a la reconstrucción de las representaciones sociales a través de sus prácticas individuales en relación con el objeto de la investigación.

Como plantea Alonso (1998: 73), la pertinencia de la entrevista es evidente cuando lo que pretendemos hallar en la estrategia de la investigación es “la dimensión pragmática personalizada [...], cuando nos interesa movernos en la dimensión sintagmática, *événementiel* y diacrónica del objeto investigado”, y así se ha considerado la relevancia de esta técnica, en tanto permite rastrear esa dimensión pragmática y diacrónica de la migración de retorno en las trayectorias migratorias, o en otras palabras, rastrear cómo los “retornos se hacen” en la experiencia de la migración entendida como proceso social⁹⁸. Asimismo, la entrevista se torna adecuada porque sugiere la posibilidad de

⁹⁸ En tanto el grupo de discusión tiene por objetivo identificar las posiciones discursivas prototípicas a las que tienden las actitudes y opiniones de los miembros de un grupo y que emergen precisamente como un producto del proceso y las dinámicas que se dan *en* el grupo (Alonso, 1999: 227). Esta tesis se propone analizar el objeto de estudio a través de las trayectorias migratorias particulares y, por tanto, no se consideró oportuna la implementación de esta técnica en el diseño metodológico de la investigación.

llevar a cabo el rastreo en aquel *campo intermedio* o en el *medio de dos órdenes* donde precisamente esta técnica es más operativa. Como plantea Alonso, entre el campo de la conducta y el campo lingüístico o entre el *orden del hacer* y el *orden del decir*, la entrevista se mueve entonces en ese espacio del *decir del hacer*, “basado fundamentalmente en que el hecho de hablar con los interlocutores de lo que hacen y lo que son (lo que creen ser y hacer) es el primer paso de toda etnografía” (Catani, cit. en Alonso, 1999: 227).

El tipo de entrevistas de investigación realizadas fueron abiertas e informales, de cara a construir los relatos multilocales de vida migratoria. Según las describe Alonso, estas entrevistas no presentan de antemano una secuencia, ni una fraseología de las preguntas, sino que se diseña la expresión en función de cada entrevista y persona entrevistada. De lo que se trata es más bien de invitar a la conversación y mantener un diálogo donde las preguntas permitan ir enlazando las respuestas y los contenidos significativos para la investigación, porque lo que no se pierde de vista es que la entrevista es “un *constructo comunicativo* y no un simple registro de discursos que hablan al sujeto”, porque tiene un objetivo: “pretende, a través de la recogida de un conjunto de saberes privados, la construcción de sentido social de la conducta individual o del grupo de referencia de ese individuo” (Alonso, 1999: 230). En este sentido, se anima la conversación sobre ciertos temas y es “directiva”, pero de un modo que permite al investigador “captar la vida cotidiana” y a los informantes “hablar sobre sus propias vidas con sus propias palabras”, aunque el investigador siga siendo “el intruso en el campo que investiga”. Esta producción del discurso conversacional no está entonces segmentada, pre-codificada o cerrada a priori por un cuestionario, aunque la entrevista por más abierta e informal que sea tiene una “estructura” común para todos los informantes que se organiza en forma de tópicos y aporta una línea argumental definida en el marco de la investigación. El guión de los tópicos que se abordarían en las entrevistas fue pensado con el objetivo de reconstruir las trayectorias migratorias de los sujetos entrevistados a partir de distintas dimensiones que facilitarían la construcción dialogada de los relatos multilocales de vida migratoria. En cada dimensión era posible conectar y yuxtaponer las experiencias en cada uno de los lugares y momentos relativos a las distintas fases del proceso migratorio. El guión diseñado fue el siguiente:

Guión de tópicos:

1. *Decisiones migratorias.* Motivos por los cuales decide ir/volver. Momento de la toma de decisión de ir/volver. Participantes de la decisión, proyecto y estrategia (familiar/“individual”).
2. *Contextos socio-históricos.* Percepciones sobre el contexto en el que decide ir/volver (económico, social, político en Argentina/España); situación ocupacional personal/familiar (trabajando, estudiando, ambas, desempleado, buscando empleo, etc.).
3. *Preparativos de los desplazamientos.* Organización de los preparativos para ir/volver y recursos. Participantes en los preparativos (quiénes colaboran y cómo, ayuda económica, contactos). Acompañantes en el viaje.
4. *Espacios residenciales.* Trayectorias residenciales (antes de emigrar, en la inmigración y en el retorno). Elección de los espacios (países, ciudades, barrios, viviendas). Tenencia de la vivienda (propiedad, alquiler, otras). Formas de convivencia (familia, amistades, otros). Organización (distribución de tareas).

5. *(Re)inserción social*. Trayectorias afectivas. Re-articulación de los vínculos al ir/volver (familia, pareja, amistades). Continuidades y cambios en este tipo de relaciones (mantenimiento o ruptura de vínculos). Medios para mantener los vínculos a distancia/para retomarlos en la cercanía. Discursos que circulan en torno a las movilidades en los círculos sociales.
6. *(Re)inserción laboral*. Trayectorias laborales (situación antes de ir/volver, sectores de ocupación, condiciones laborales –jornada, tipo de contratación–) Situación laboral actual. Medios de acceso al mercado de trabajo. Factores que facilitan o dificultan la búsqueda de/el acceso al empleo en cada uno de los momentos.
7. *Actores institucionales*. Relación con actores institucionales a lo largo del proceso migratorio (Estados español/argentino, administración y servicios públicos, ONG's, asociaciones, etc.), ya sea a la hora de facilitar información, asesoramiento, recursos.
8. *Situación administrativa*. Situación administrativa al ir/volver y transformaciones durante la trayectoria migratoria. Implicaciones para desarrollar el proyecto migratorio (oportunidades/límites en el acceso al mercado de trabajo, al sistema educativo, sanitario, a la vivienda, etc.).
9. *Expectativas*. Expectativas antes y después de ir/volver. Grado de cumplimiento de esas expectativas, proyectos actuales y futuros (personales/familiares, laborales, educativos, de movilidad).

A partir de la interacción producida en la situación de la entrevista se recabaron datos socio-demográficos de los/las informantes como la edad, nivel de estudios, composición familiar y ocupación y nivel de estudios del padre y la madre. Más adelante comentaremos la dinámica de las entrevistas, pero cabe reseñar respecto a los tópicos que, si bien fue posible abordar todos ellos, la conversación se centró en profundizar aquellos aspectos que también emergieron como los más relevantes para los informantes. Estos fueron: el proceso de la toma de decisión respecto a la emigración, permanecer en la inmigración y decidir volver en relación con el proyecto migratorio y sus transformaciones en cada una de sus fases, sus percepciones sobre los contextos socio-históricos de los lugares de partida y de destino en los distintos momentos de la trayectoria migratoria, los procesos de (re)inserción laboral y social aquí-allí, antes-durante-ahora y la referencia a las redes familiares-afectivas, así como las expectativas y sus resignificaciones a lo largo del proceso migratorio. También fueron relevantes de forma transversal en el relato las trayectorias residenciales, la situación administrativa y la intervención de los actores institucionales en las experiencias migratorias, aunque este último aspecto fue introducido de forma marginal en el discurso de los informantes.

La exploración como “excusa” de entrada al campo

Teniendo en cuenta lo descrito respecto a las derivas teórico-metodológicas de esta tesis en tanto ficciones que colaboran en el desarrollo del proceso de investigación, una tercera ficción que ayudó a esta investigadora a avanzar en el proceso fue “sumergirse” en el campo con pretensiones “exploratorias”. Las condiciones de llevar a cabo una tesis en un espacio geográfico distinto al de residencia de la investigadora tienen una serie de implicaciones y límites específicos. Las estancias de investigación imponían un límite temporal: la institución financiadora (la Universidad Complutense de Madrid a través

de la beca pre-doctoral) autorizaba un desplazamiento anual, de máximo tres meses. Autorizaciones que fueron aprovechadas cada año; así, me desplacé a Argentina durante el año 2012, 2013, y 2014, entre los meses de septiembre y diciembre.

Consideré la primera estancia como una fase “exploratoria”. En aquella ocasión realicé 42 entrevistas abiertas sobre trayectorias migratorias. Registré 95 horas de grabación que se convirtieron en el principal insumo de la tesis, 95 horas de “deriva teórico-metodológica” que en realidad no fue tal. Del resultado de aquella fase de trabajo de campo decidí hacer nuevas estancias en los años posteriores. La segunda fue útil para incorporar nuevos casos, pero principalmente para llevar a cabo un seguimiento longitudinal con algunos/as informantes que habían participado en la primera fase (en la primera entrevista llevaban menos de un año residiendo en Argentina desde el retorno físico). La tercera fase me permitió completar una entrevista longitudinal que había quedado pendiente en la segunda fase y concretar nuevas entrevistas con personas mayores de 50 años⁹⁹. En total se realizaron 66 entrevistas, correspondientes a 53 trayectorias migratorias. Del total, 26 entrevistas corresponden a 13 casos cuyo estudio del proceso de retorno se abordó además de forma longitudinal (fueron entrevistados por segunda vez un año más tarde, o dos, en uno de los casos). El trabajo de campo se llevó a cabo en la provincia de Buenos Aires (ciudad de Buenos Aires y zona sur y oeste del conurbano bonaerense) y en la provincia de Santa Fe (ciudad de Rosario). También se llevaron a cabo tres entrevistas en España, dos en Madrid y una en Palma de Mallorca (en dos casos se trataba de familiares de entrevistados en Buenos Aires, en uno de un entrevistado en Buenos Aires que había decidido volver a residir nuevamente en España). En las siguientes páginas describiré cómo se fue articulando en estas distintas

⁹⁹ Este perfil se presentó en el trabajo de campo como de “difícil cobertura”, no sólo por el menor número de retornos que se deduce del análisis de los datos y la mayor dificultad para localizar los casos, sino también porque se detectó cierta reticencia a la hora de ser entrevistados, así como mayores resistencias a la objetivación durante las entrevistas, en comparación con lo observado en perfiles más jóvenes. En total se contabilizaron cinco rechazos y explico los motivos “deducidos” de cada caso en función de la información proporcionada por los propios informantes u obtenida por otras vías. Un caso corresponde a un informante que, entrevistado en la primera fase de trabajo de campo, no quiso participar en la estrategia longitudinal, decisión que puede tener que ver con cómo transcurrió su trayectoria post-retorno y cierto desajuste con las expectativas manifestadas en la primera entrevista (estos desajustes eran una cuestión explicitada por los entrevistados que sí participaron en esta estrategia mediante comentarios habituales del tipo: “no sé qué te habré dicho la otra vez”, preocupados por mantener cierta coherencia en el relato). Otra entrevistada alegó inconvenientes de disponibilidad de tiempo, aunque me consta que en su trayectoria existen estrategias transnacionales familiares que implicaron dejar a una hija menor en el país de origen y este es un aspecto que considera conflictivo en su trayectoria. Otra potencial entrevistada se mostró reticente a la entrevista alegando que su caso “no sería interesante”, que no era lo que la investigadora buscaba, porque no era un caso de emigración como la de aquellos que se fueron “con una mano atrás y otra delante”, desmarcándose de una representación de los emigrantes económicos argentinos de aquella época, estrategia que puede estar relacionada con su condición y posición de clase, en tanto dispongo de ciertas referencias relativas a esta cuestión y a su trayectoria. Por último, un hombre que había retornado a Argentina y se encontraba nuevamente residiendo en Madrid se negó a ser entrevistado alegando “incomodidad” por motivos personales; en este caso puede resultar significativa como transcurrió su experiencia de retorno, en tanto residía nuevamente en España. Por último, una informante correspondiente a este perfil si bien manifestó su rechazo en la segunda fase del trabajo de campo, pudo ser finalmente entrevistada en la tercera.

fases de trabajo el diseño metodológico emergente y resultante, describiendo las principales características de la muestra.

Diseño metodológico emergente

Considerando los aspectos ya comentados del proceso de investigación (derivas teórico-metodológicas, objetivo de la investigación, elección del enfoque y tipo de entrevista, condiciones y limitaciones de entrada al campo), el diseño metodológico fue tomando forma conforme se desarrollaban las distintas etapas del trabajo de campo. En un primer momento se planteó un universo de informantes lo suficientemente amplio, partiendo de la propuesta de corte antropológico de Guber (2005) en tanto la muestra será conformada por “los actores concretos que contactamos en la investigación” para a partir de allí:

“ir definiendo las categorías relevantes para el mundo social de los actores, a medida que se lleva a cabo el trabajo de campo y el conocimiento de los grupos sociales, sus clivajes y delimitaciones internos, conforme a los sentidos y relaciones sociales de los informantes. Esto quiere decir que no podríamos establecer muestras a priori sino sólo tentativamente, porque no sabemos sobre qué población mayor tendrá sentido hacerlo. [...] Más que deberse a una falta de precisión y sistematicidad, esto puede atribuirse –al menos en parte– al intento de no definir por completo la muestra antes de su contacto efectivo en el campo. Sólo en la medida en que se interna en su dinámica, y en que conoce discursos y prácticas, el investigador puede detectar cuáles son los grupos relevantes y significativos para una descripción. [...] Los sentidos propios de los actores, que el investigador busca reconocer-identificar-construir, también recorren la delimitación de subgrupos no evidentes en una primera delimitación de la unidad de análisis. La selección del universo de informantes y del tipo de muestra es, en definitiva, parte del proceso general de conocimiento y responde a los objetivos e intereses que plantea el investigador” (Guber, 2005: 72-73).

Así, el primer criterio para acotar el universo de informantes fue el hecho de haber emigrado a España en el último flujo migratorio identificado a partir de finales de los 90 que ha sido estudiado por distintos investigadores (Actis, 2011; Actis y Esteban, 2008; Calvelo, 2011; Mira Delli-Zotti y Esteban, 2003), procurando un diseño equilibrado en función del sexo, en tanto estas mismas investigaciones identifican un flujo migratorio no especialmente feminizado, a diferencia de los flujos provenientes de otros países latinoamericanos (como el de República Dominicana o Colombia). Finalmente se entrevistó a 23 hombres y 31 mujeres (diferencia que no pudo aminorarse durante el proceso). La variable edad se dejó abierta, porque esto permitía introducir distintos tipos de proyectos migratorios y posiciones de los actores al interior de los mismos en relación con las estrategias migratorias. En cuanto al tiempo de residencia en España, se acotó *a priori* a un año como mínimo, lo que permitía observar diversas dinámicas a la hora de articular los procesos de retorno que se llevaron a cabo en distintos momentos y contextos socio-históricos. Otra cuestión sujeta a la observación en el desarrollo del propio trabajo de campo fue el de las trayectorias geográficas, identificando procesos migratorios previos y posteriores a la experiencia en España, ya fuera en relación con migraciones previas o re-emigraciones, tanto a escala interna como internacional. Así, el

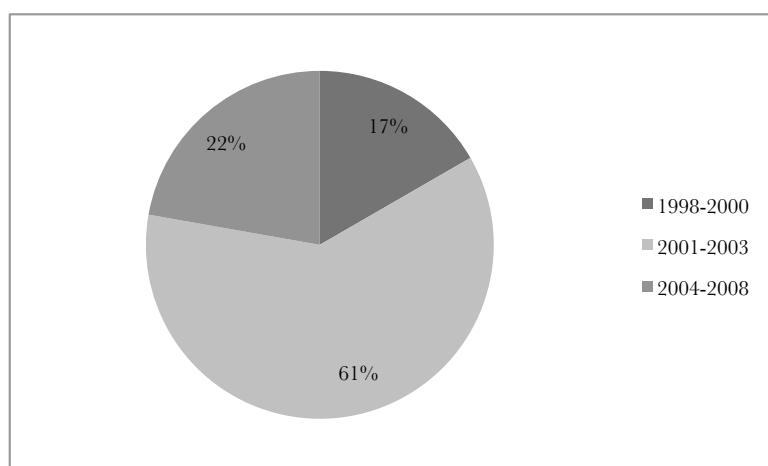
mapa de trayectorias de movilidad geográfica trazado finalmente desbordó el carácter binacional y/o bidireccional que podía presuponerse en el momento de iniciar el trabajo de campo. Esta clase de trayectorias representa un tercio del total de la muestra (18 de 53 trayectorias).

Dada la cantidad de entrevistas realizadas presentamos a continuación una serie de gráficos que faciliten la descripción de la muestra de informantes resultante de todas las fases del trabajo de campo:

En cuanto al año de la emigración, la mayor parte de los informantes entrevistados partieron de Argentina a España entre los años 2001 y 2003 (61%, 33 informantes), mientras que el 22% lo hizo en el período 2004-2008 (12 informantes) y el 17% restante entre los años 1998 y 2000 (9 informantes)¹⁰⁰. Esta distribución coincide con el análisis de otros investigadores; según Actis y Esteban (2008), la etapa del 2000-2003 es la que presenta el mayor saldo migratorio negativo de nativos en la historia de Argentina. Respecto al período 2004-2008, cabe aclarar que de los 12 informantes solo uno se registra en el año 2008, mientras que 9 corresponden a los años 2004 y 2005. En estas trayectorias fueron relevantes las movilidades previas, internas e internacionales, de los propios informantes y también de algunos de sus familiares o amigos que ya se encontraban en España en el momento que ellos decidieron emigrar. Estas trayectorias apuntan la relevancia de ciertas estrategias migratorias que se llevan a cabo “encadenando” distintos lugares de destino, y la aparición de experiencias de retorno “previas” a las que son “objeto” de análisis en esta tesis, en tanto se entiende el retorno de España a Argentina como estrategia de “anclaje” a partir de la cual se reconstruye y analiza el resto de movilidades que atraviesan las trayectorias. Asimismo, esta distribución también denota el efecto gradual de la recuperación económica que efectivamente se produjo en Argentina a partir del año 2003, aunque algunos entrevistados que habían iniciado sus trayectorias de movilidad con anterioridad, evaluaron en aquellos años que todavía no era el momento oportuno para volver a establecerse en el lugar de origen y decidieron “seguir viaje”.

¹⁰⁰ Si bien se analizan 53 trayectorias migratorias, la suma de informantes asciende a 54 porque una de las entrevistas se realizó a una pareja.

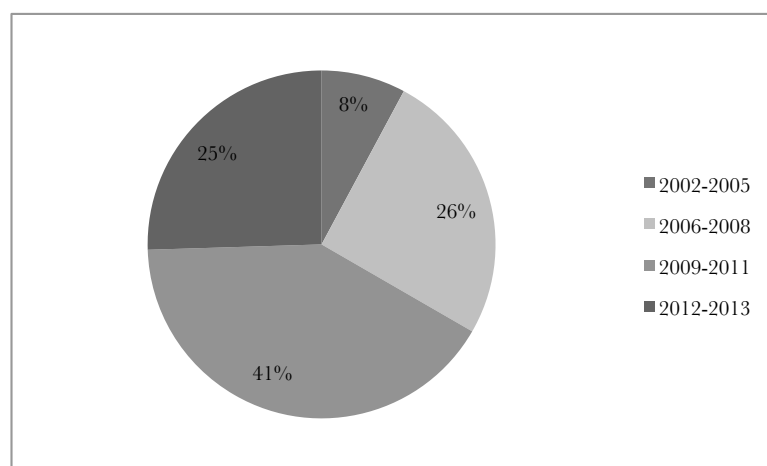
GRÁFICO 3.1. PERÍODO DE LA EMIGRACIÓN



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

Esta diferencia de los momentos de la partida, especialmente entre quienes emigraron antes o después del año 2001, permitió analizar las distintas percepciones que los informantes tenían sobre los contextos socio-históricos, permitiéndose aquellos que emigraron antes del año 2001 desligar sus estrategias migratorias de los procesos de descenso social que las clases medias experimentaban especialmente desde la década del 90. Sus discursos acerca de los acontecimientos producidos a finales del año 2001 se relatan a menudo con cierta indiferencia o distancia emocional que contrasta con los discursos de aquellos informantes que partieron en el período 2001-2003. Se detectaron en este sentido estrategias discursivas “de presentación de sí” diversas, resistiéndose los primeros a cierta objetivación en tanto “emigrantes económicos” asociados a la “crisis del corralito”, de finales del 2001. Sin embargo, estos discursos manifestaban sus tensiones al indagar algo más en la situación socio-económica particular de los entrevistados (detectando situaciones de quiebre de pequeñas y medianas empresas, desempleo o precariedad e inestabilidad laboral). De todas formas, los mapas discursivos sobre los “sentidos” polisémicos de las experiencias de la “crisis” no dejaban de ser significativos. Una diferencia similar se detecta en relación con las constelaciones discursivas en función del año de retorno a Argentina. Veamos cuál ha sido la distribución de la muestra de informantes a este respecto:

GRÁFICO 3.2. PERÍODO DE LA MIGRACIÓN DE RETORNO



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

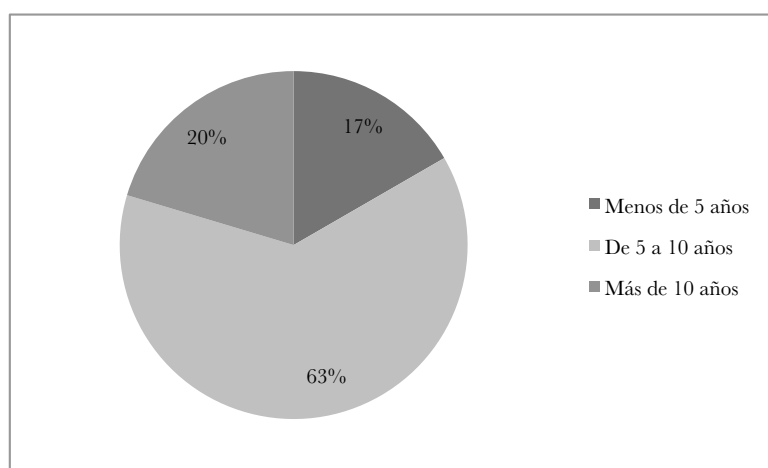
En primer lugar, corresponde apuntar que sólo cuatro informantes retornaron en el período 2002-2005. En estos casos, se trata de una pareja que decidió volver al año de residencia al no haber logrado regularizar la situación administrativa y ante una inserción laboral precaria no quisieron perder el pasaje de vuelta (abierto por un año). Otro joven, si bien logró regularizar su situación, a los tres años decidió volver cuando comprobó que no podría continuar con los estudios universitarios, al no conseguir la convalidación parcial de las asignaturas cursadas en Argentina. Otra entrevistada, con pasaporte español, que emigró con su pareja y una hija pequeña, decidió volver por una combinación de motivos (laborales y familiares). El 26% lo hizo entre los años 2006 y 2008 (13 informantes), en estos casos, los motivos para el retorno fueron predominantemente familiares (volver tras la experiencia de la maternidad/paternidad, deseo de uno de los miembros de la pareja de volver, enfermedad de un miembro de la familia en origen), pero también se registraron otro tipo de escenarios (una estudiante que concluyó su ciclo formativo, dos entrevistados que se encontraban en situaciones de vulnerabilidad social por motivos diversos).

En las trayectorias de los informantes que regresaron en este período, la “crisis” económica en España resuena en el discurso de aquellos que regresaron en el año 2008, pero como un factor que está presente de forma incipiente en el contexto español. Sostienen en sus discursos que este motivo no ha llegado a influir de forma “directa” su proceso de toma de decisión del retorno, aunque sí de forma “indirecta”, en tanto las expectativas de futuro no parecían prometedoras. Distinto es el caso de quienes regresaron a partir del año 2009, donde se ubica el 66% de las trayectorias de retorno de la muestra (21 informantes entre 2009 y 2011 y 13 en 2012 y 2013 –solo dos casos corresponden al último año). En estos casos el contexto socio-histórico de España enmarcado ya en la recesión y con las características descritas en el capítulo anterior adquiere peso en los discursos sobre los motivos para el retorno, aunque esto no clausura su combinación con otros factores que también se evalúan en relación con la trayectoria migratoria y la conveniencia de optar por el retorno (familiares-afectivos y profesionales, tal como se analizará en el capítulo 5). Por último, es reseñable mencionar

que en este último grupo de informantes se han identificado algunas estrategias de reemigración previas al retorno: en tres casos, de traslados internos a otras ciudades dentro de España por motivos laborales; en cuatro trayectorias, por los mismos motivos, los informantes se trasladaron un período de tiempo a Reino Unido, Alemania, Estados Unidos y Bélgica.

Como resultado de la combinación de estas fechas que marcan los momentos de la partida y de la migración de retorno de los informantes, la duración de las trayectorias en la inmigración se distribuye de la siguiente manera:

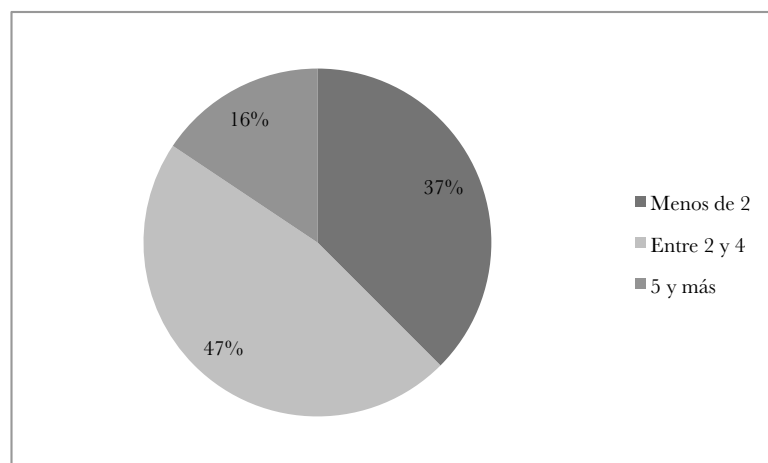
GRÁFICO 3.3. TIEMPO DE RESIDENCIA EN ESPAÑA



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

La mayor parte de las personas entrevistadas residió en España entre 5 y 10 años (63%, 34 informantes) mientras que el resto de informantes se reparten en porcentajes similares entre quienes residieron menos de 5 años (17%, 9 trayectorias) y más de 10 (20%, 11 trayectorias). Por otro lado, en cuanto a los años residiendo en Argentina desde el momento del retorno nos encontramos con situaciones diversas al interior de la muestra:

GRÁFICO 3.4. TIEMPO DE RESIDENCIA EN ARGENTINA (POSTERIOR A LA MIGRACIÓN DE RETORNO)



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

Mientras que un 37% de los informantes (10 trayectorias) llevaba entre 5 y más años de residencia en Argentina desde el momento del retorno (5 años en 5 casos; 6, 7 y 8, años en 1 caso cada uno; 10 años, en 2 casos), un 47%, llevaba entre 2 y 4 años de residencia en Argentina (30 informantes). El 16% restante residía en Argentina hacía menos de dos años. De estos últimos casos se llevaron a cabo entrevistas longitudinales en 13 casos, correspondientes a 6 hombres y 7 mujeres. En el momento de la primera entrevista llevaban residiendo en Argentina menos de un año en el caso de 7 informantes, y entre 1 y dos años los 6 restantes.

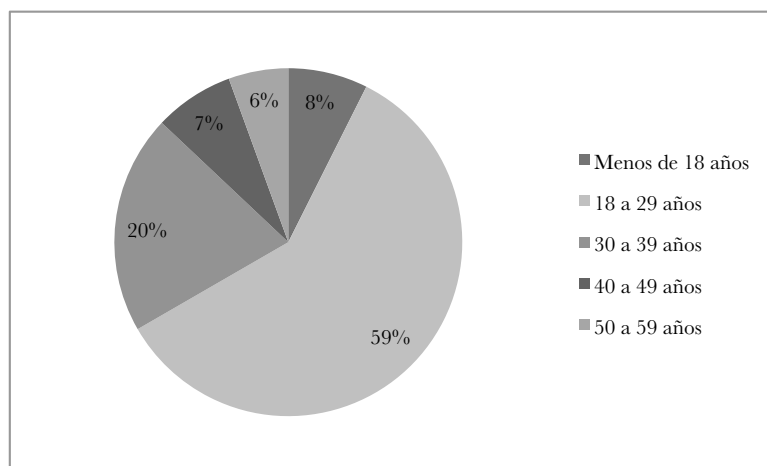
El interés por la posibilidad de realizar un seguimiento longitudinal en algunas trayectorias emergió de los resultados de las entrevistas llevadas a cabo en la primera fase del trabajo de campo con quienes llevaban menos de dos años residiendo en el lugar de origen desde el retorno. Los propios informantes sugerían a través de sus relatos la sensación de estar todavía “transitando” sus experiencias de retorno (ya fuera en relación a sus trayectorias laborales, educativas, residenciales, etc.). En este sentido, parecía relevante realizar nuevas entrevistas más adelante para así analizar en qué sentidos sus procesos de retorno podían resignificarse una vez transcurrido el primer período de reasentamiento. No fue posible continuar con esta estrategia en todos los casos que hubiese sido deseado, pero en aquellos en los que sí fue posible resultó de sumo interés comprobar en sus trayectorias posibles continuidades/discontinuidades respecto a sus expectativas y proyectos de retorno, intuyendo en algunos de ellos futuras reaperturas de sus trayectorias migratorias (que en algunos casos se confirmaron más adelante, al seguir en contacto con algunos informantes más allá del período del trabajo de campo estipulado oficialmente en la investigación y realizado a través de las distintas estancias mencionadas en Argentina).

Por último, vamos a comentar otros aspectos relevantes de la muestra. Por un lado, la edad de las personas entrevistadas; por otro, la localización de las entrevistas. Lo que nos llevará a hablar de algunos aspectos significativos para la dinámica que se produjo en las interacciones. Comencemos por la edad en el momento de la partida, la vuelta y

el momento de la entrevista. También repasaremos la situación de las trayectorias familiares en estos distintos momentos.

En el momento de la partida, la mayor parte de los informantes formaba parte del grupo de edad de jóvenes entre 18 y 29 años (59%). Emigraron a partes iguales, solos o en pareja, algunos con amigos (iniciando la trayectoria como “un viaje”). De este grupo de edad, solo en dos casos tenían hijos en el momento de la emigración (dos mujeres, de 26 y 29 años). El siguiente grupo más relevante lo conforman los adultos-jóvenes que al momento de emigrar tenían entre 30 y 39 años; este grupo acumula la mayor cantidad de trayectorias de informantes que emigraron en pareja y con hijos (6 informantes), aunque también se registran proyectos de parejas sin hijos, y de personas solas. En cuanto a los mayores de 40 años, que acumulan el 13%, se detecta igual número de emigraciones de informantes con pareja e hijos (3), que solos (personas divorciadas con hijos que o bien permanecieron en Argentina o bien algunos se encontraban en España y otros en Argentina). Solo una trayectoria corresponde a una persona divorciada que emigra sin pareja y con dos hijos adolescentes. En el caso de los menores de 18 años que representan el 8% restante, su emigración está relacionada con proyectos familiares (sin embargo, se ha detectado un caso de una mujer de 19 años que emigró también en este tipo de proyecto).

GRÁFICO 3.5. EDAD EN EL MOMENTO DE LA EMIGRACIÓN

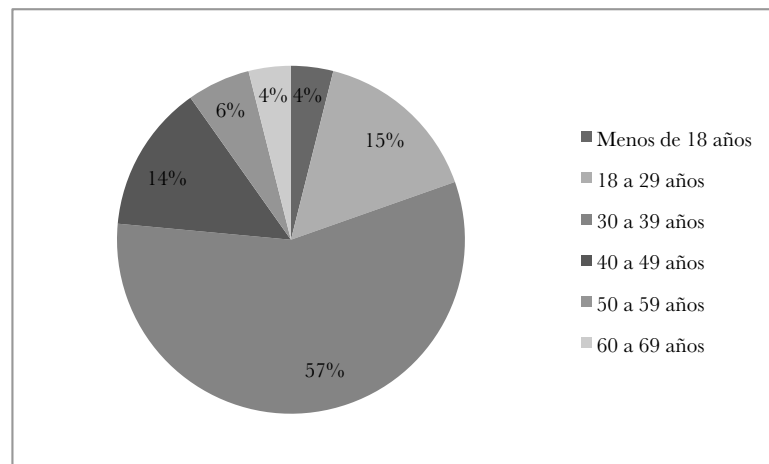


Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

En cuanto a las edades en el momento del retorno, como es fácil suponer, los porcentajes anteriores se trasladan aproximadamente al grupo de siguiente edad. Sólo dos casos (4%) se mantienen en el grupo de menores de 18 años (se trata de dos menores que emigraron en la infancia, hijos de dos informantes a los que tuve la oportunidad de entrevistar con su autorización). El grupo de 18 a 29 años se compone ahora de sólo 8 casos (15%), entre los cuales 3 son trayectorias de retorno que se forjan ahora de forma independiente del proyecto familiar del que formaban parte en el momento de emigrar; el resto de casos en este grupo de edad corresponde a las trayectorias de retorno temprano, que residieron en España menos de 5 años.

Un porcentaje similar ocupa el grupo de 40 a 49 años (14%), en estos casos, en 3 trayectorias, se trata de personas que regresaron con los mismos miembros de la familia que habían emigrado, la misma pareja e hijos (en algún caso con alguno más de los que se fueron). En otros casos retornaron sin la pareja con la que habían partido, y en otro sin la pareja y con el hijo, esto se debe a procesos de separación de uniones que se produjeron en la inmigración.

GRÁFICO 3.6. EDAD EN EL MOMENTO DE LA MIGRACIÓN DE RETORNO



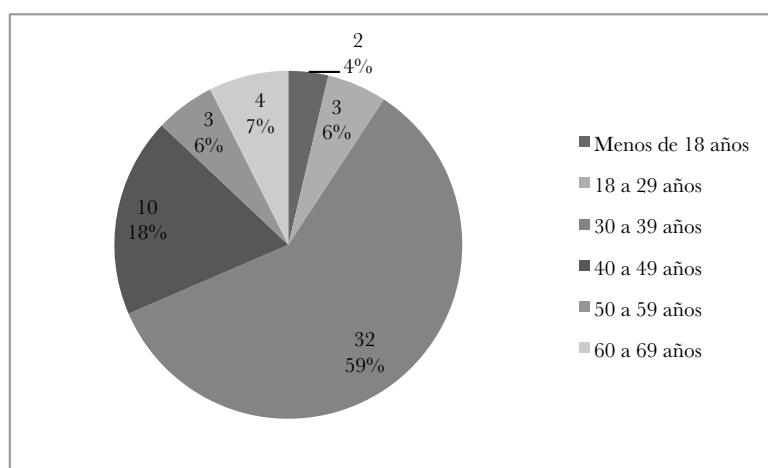
Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

El 10% de las trayectorias corresponde a personas que volvieron con más de 50 años y la situación de los proyectos de retorno pone de manifiesto la continua transformación de los proyectos familiares. En algunos casos retornaron en la misma situación en la que habían partido (los dos casos que habían emigrado solos y que sus hijos permanecieron en Argentina volvieron en iguales condiciones). Sin embargo, también se da el caso de personas que partieron solas con sus hijos y volvieron sin ellos, en tanto los hijos se independizaron. En otros casos, volvieron con la misma pareja, y algunos de los hijos con los que partieron, pero no con todos, por el mismo motivo que en el caso anterior. También se ha dado la situación de un entrevistado que se divorció durante la emigración y volvió con una nueva pareja y un hijo de su pareja, mientras que el menor con el que había emigrado se emancipó en el transcurso de la trayectoria migratoria. Por último, dos personas que corresponden a este grupo de edad, no se contabilizan como retornadas (aunque sí experimentan movilizaciones de retorno en el marco de la articulación de familias transnacionales), en tanto formaron nuevas parejas en España y decidieron permanecer en el lugar de destino.

Queda por describir la situación del 57% de los casos que está formado por los informantes que en el momento de volver tenían entre 30 y 39 años; los más numerosos y, por tanto, con las trayectorias más heterogéneas. Si bien 16 trayectorias familiares se mantuvieron en igual situación que en el momento de la emigración (11 personas que emigraron solas regresaron en la misma situación –6 hombres y 5 mujeres–, 4 volvieron con la pareja y los hijos con los que habían partido y 1 con pareja y sin hijos) las 13 trayectorias restantes manifestaron algunos cambios (3 hombres que partieron en pareja

y retornaron solos, dos que emigraron solos volvieron con pareja, y uno que emigró en pareja sin hijos, tuvo hijos en la inmigración). De 7 mujeres que habían emigrado solas y cuya situación cambió en la emigración, cuatro volvieron con pareja y con hijos, y tres con pareja y sin hijos. Llama la atención que en 5 de estos casos sus parejas no son argentinos (4 españoles y 1 británico), mientras que en el caso de los hombres esta situación se da sólo en un caso (informante argentino y pareja francesa).

GRÁFICO 3.7. EDAD EN EL MOMENTO DE LA ENTREVISTA



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

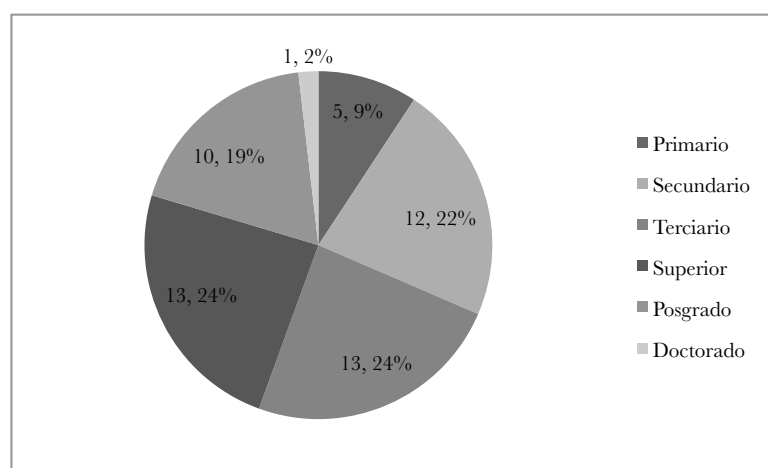
En cuanto a la edad en el momento de la entrevista, reproducimos el gráfico y solo comentamos que teniendo en cuenta el tiempo de residencia que llevaban desde la migración de retorno (aspecto ya comentado), los porcentajes de los grupos de edad han variado relativamente respecto a la edad que tenían en el momento del regreso. Los grupos más numerosos se siguen concentrando en las edades centrales (entre 30 y 49 años), mientras que los minoritarios en los extremos (menos de 30 y más de 50). Respecto a la situación familiar de los informantes, esta no había prácticamente variado desde el momento del retorno (excepto cuatro casos de separaciones, cuatro de formación de uniones y dos de nuevos hijos).

Otro aspecto relevante de los y las participantes en esta investigación es aquel relativo a su nivel de estudios en el momento de la entrevista. En función de la edad algunas trayectorias han concluido antes de la emigración, durante la inmigración, o continuaban después del retorno. Pero estos aspectos se desarrollarán en la segunda parte de esta tesis, en los capítulos de análisis correspondientes. De momento, basta indicar la heterogeneidad en la distribución de esta variable. Hemos representado en el gráfico las categorías en función del nivel de estudios alcanzado en el momento de la entrevista. Así, la distribución es similar entre los informantes que habían alcanzado el nivel de estudios secundario (12 casos), terciario (13 casos) y superior (13 casos). No muy lejos se ubican los informantes con nivel de posgrado (10 casos). En los extremos, 5 casos contaban con nivel de estudios primarios completos (dada la edad, en solo dos casos este era el máximo nivel de estudios posible alcanzado, en tanto se trata de menores cursando estudios secundarios) y 1 caso, de doctorado.

Estos datos se orientan en la dirección de los hallazgos de diversos investigadores que apuntan al perfil social más heterogéneo del último flujo de emigrantes argentinos a España, al compararlo con las personas arribadas en ciclos anteriores que denotaban un nivel de estudios más alto, en general. Como indica Actis (2011) los emigrantes del último ciclo migratorio “*tienen –en promedio– una formación más baja que la alcanzada por los migrantes del período del exilio*” (2011: 427, énfasis en el original). Este hecho refleja no sólo las diferencias en el tiempo de residencia transcurrido desde la emigración, en tanto a mayor duración de la estancia más posibilidades de concluir estudios en destino, sino también:

“[L]as diferentes circunstancias sociales de los migrantes de cada ciclo (parece evidente que los llegados durante el exilio tuvieron menos presiones económicas que les impidieran estudiar en universidades españolas; además muchos de ellos llegaron con estudios universitarios ya comenzados)” (Actis, 2011: 426).

GRÁFICO 3.8. NIVEL DE ESTUDIOS COMPLETO EN EL MOMENTO DE LA ENTREVISTA



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

En cuanto al estatus jurídico, de los 54 informantes que participaron en la investigación, un 43% (23 casos) permanecieron un primer período de tiempo en situación administrativa irregular, si bien en 20 de estos casos lograron regularizar su situación a lo largo de sus trayectorias (a través de procesos de reagrupación familiar, permisos de residencia por ser cónyuges de un ciudadano de la Unión Europea u obteniendo permisos de residencia por trabajo, en muchos casos accedieron a la ciudadanía española con el pasar de los años). El 57% residió en España en situación administrativa regular desde el momento de la llegada. El 41% de estos informantes tenía doble ciudadanía de Argentina y algún Estado miembro de la UE (24% italiana, 15% española y 2%, otras nacionalidades). Casi un 10% de las personas entrevistadas habían tramitado un permiso de residencia por estudios, un 7% había sido reagrupada por algún familiar. Para el momento del retorno el 80% de los informantes tenía alguna nacionalidad de algún Estado miembro de la UE, además de la argentina. El 43% tenía la ciudadanía española, mientras que el 33% tenía también la ciudadanía italiana. Estas diferencias ofrecieron al análisis una diversidad de situaciones, reflejando los efectos del

estatus jurídico y sus transformaciones en los distintos momentos de las trayectorias migratorias, en sus distintas dimensiones (familiares-afectivas, educativas, laborales, etc.).

El siguiente aspecto que conviene resaltar es el relativo a la localidad donde se realizaron las entrevistas. Hemos comentado que el trabajo de campo se llevó a cabo en ciudades distintas. De acuerdo a los datos de la ENI (2007) el 64% de las personas argentinas residentes en España procede de la provincia de Buenos Aires (aunque no se distingue entre la Capital Federal y el resto de la provincia). En segundo lugar, un 17%, procede de la zona Centro del país, prácticamente todos de la provincia de Santa Fe y Córdoba (le siguen la región de Cuyo, 12%; la zona Noroeste, 3%; y Patagonia y Noreste (2%) (Colectivo IOÉ y Fernández, 2010: 153). En este sentido, aunque la amplia mayoría de argentinos/as residentes en España provengan de Buenos Aires, en esta investigación se ha querido tener en cuenta otros lugares de procedencia. Por un lado, las entrevistas realizadas en Buenos Aires no se realizaron sólo en la Capital Federal, es decir, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, sino que se intentó ampliar la red a otras zonas del conurbano bonaerense. Por otro lado, se seleccionó Santa Fe como segunda provincia donde situar el trabajo de campo y se llevaron a cabo entrevistas en la ciudad de Rosario. La elección de esta segunda localización se produjo no solo porque es la segunda región relevante en términos de procedencia, sino porque también se lograron tejer allí algunas redes que facilitaron la labor de contactación que harían factible el desarrollo del trabajo de campo (como se mostrará en un mapa de las entrevistas que se incluye más adelante). Se localizaron potenciales informantes en otros puntos del país, pero dadas las limitaciones de tiempo y recursos, sumadas a la importancia de las distancias geográficas, no se consideró conveniente ampliar la muestra en este sentido. Esta fue una apuesta inicial que resultó fructífera a la hora de analizar algunos aspectos relativos a la dimensión espacial de los procesos de retorno, como se desarrollará en el capítulo 7. Finalmente, la distribución geográfica de las entrevistas fue la siguiente:

TABLA 3.1. LOCALIDADES DONDE SE LLEVARON A CABO LAS ENTREVISTAS

Lugar de la entrevista	Hombres	Mujeres	Total	%
C.A.B.A.	17	21	38	57
Bs.As.	4	6	10	15
Rosario	7	9	16	24
Madrid	1	1	2	3
Palma		1	1	1
Total general	29	38	67	100

Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

*Si bien se realizaron 66 entrevistas, el total asciende a 67 en tanto una entrevista se realizó a una pareja.

La mayor parte de las entrevistas se realizaron en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (57%), mientras que el 24% se llevaron a cabo en la ciudad de Rosario. El 15% se realizaron en distintas zonas del conurbano bonaerense (sur y oeste). Un porcentaje

menor se realizó en España. En dos casos se trata de familiares de personas entrevistadas en Argentina que, dadas las características de sus trayectorias, se consideró oportuno incluir en la muestra. Asimismo, otro informante fue entrevistado en Madrid, en tanto formaba parte de la submuestra longitudinal y al siguiente año, en el momento de llevar a cabo la segunda fase del trabajo de campo, residía nuevamente en España.

En cuanto a la localización específica de las entrevistas, es decir, los espacios concretos donde tuvo lugar la interacción, la mayor parte de las mismas se realizó en la casa de los informantes, por decisión de estos mismos. Se le proponía a la persona encontrarnos en el lugar y horario que le resultara más conveniente y el hogar fue el espacio elegido en 45 oportunidades. En 11 ocasiones la entrevista se llevó a cabo en un bar-cafetería. El lugar de trabajo fue elegido por 6 informantes, mientras que 3 encuentros se llevaron a cabo en un parque y 1 en un aeropuerto. Se trata de una informante que ya no residía en Buenos Aires y con la que coincidiría por unas horas en una escala. Consideramos oportuno realizar allí la segunda entrevista longitudinal. Esta cuestión nos lleva a plantear en el siguiente epígrafe algunos aspectos relativos a las características de la contactación y en relación con ello a la dinámica de las entrevistas.

Tejer, lanzar y recoger redes

Uno de los principales desafíos del trabajo de campo de esta tesis era llevar a cabo el trabajo de contactación para realizar las entrevistas. Como me comentaron algunos/as investigadores/as dedicados a estudiar la inmigración de argentinos en España, o que habían intentado realizar algún trabajo similar¹⁰¹, ubicar a las personas “retornadas” en Argentina podía asimilarse a encontrar “una aguja en un pajar”. Esto es así porque a diferencia de los contextos en los países de destino, no existía en el país de origen un equivalente a la nutrida red de “asociaciones” de inmigrantes argentinos/as u otros organismos o espacios de reunión o contacto donde poder identificar a los potenciales informantes. Al mismo tiempo, cuando se inició esta investigación, el objeto de estudio de la tesis se encontraba “en pleno proceso”. Para cuando identifiqué algunos puntos de contacto a través de algunas redes sociales (principalmente páginas de Facebook donde participaban argentinos/as que vivían en España y estaban pensando retornar o habían retornado recientemente) las redes sociales materiales del trabajo de campo ya estaban “lanzadas”.

Teniendo en cuenta las recomendaciones de estos/as investigadores/as comencé a realizar algunos contactos desde el “lugar de destino”, es decir, desde España, donde yo estaba residiendo. Redes personales articuladas desde Madrid, Barcelona o Palma de Mallorca me facilitaron los primeros contactos; dentro de ellas se incluían algunas personas de cierta confianza que funcionaron como intermediarios, y otros que ellos mismos habían retornado y además de participar en la investigación (contactos directos)

¹⁰¹ Agradezco a Fernando Esteban y Esmeralda Ballesteros los consejos aportados en este sentido.

me dirigieron a nuevos posibles informantes (contactos indirectos). La ampliación de la red se produjo una vez en Buenos Aires, ya sea a partir de mi presencia en el ámbito académico –donde realizaba la estancia de investigación– como mediante mi asistencia a eventos sociales diversos –desde asados a cumpleaños, donde era interrogada acerca del motivo de mi estancia en Buenos Aires–; el tema de la investigación emergía en estos espacios y así lo hacían también nuevos intermediarios que me facilitaban el contacto de potenciales informantes. Esta forma un tanto “informal” de “lanzar las redes” para construir el diseño metodológico me generaba ciertas reticencias respecto a la variedad de los perfiles de la muestra. Sin embargo, en función de todos los datos presentados en las páginas previas, hoy puedo sostener que conforme se fue desarrollando el trabajo de campo en sus distintas etapas se alcanzó una heterogeneidad significativa en cuanto a la diversidad de edades, proyectos migratorios, trayectorias familiares, educativas y laborales, situaciones administrativas (antes, durante y después de la inmigración) así como también respecto a los orígenes de clase de los entrevistados (cuestión que se aborda al final del capítulo).

Asimismo, resultó de interés configurar un mapa de relaciones entre algunas de las personas entrevistadas que me permitió observar y analizar la relevancia de ciertos vínculos en las trayectorias migratorias y los procesos de retorno. En este sentido, algunas entrevistas a menores, hijos/as de informantes, me brindó la oportunidad de registrar en las palabras de los/las propios/as menores algunas de las historias de retorno que veía replicadas en los discursos de otros/as entrevistados/as cuando hablaban de la experiencia de la migración y el retorno de sus propios/as hijos/as. Sin embargo, dedicarse a analizar las experiencias de retorno de los/las hijos/as de los/las migrantes podía ser una tesis en sí misma. De modo que, después de realizar esas dos entrevistas en la primera fase del trabajo de campo opté por no registrar más discursos de este perfil, aunque el registro de estos relatos particulares no dejó de ser significativo en el análisis. Por ejemplo, tuve la oportunidad de entrevistar a tres generaciones de una misma familia de migrantes que habían partido (entre 1998 y 2002) y retornado (entre 2007 y 2012) en distintos momentos (y no todos ellos habían regresado, esa informante fue entrevistada en España). Estas entrevistas me brindaron la oportunidad de analizar cómo los procesos de retorno adquieren distintos sentidos en función de diversas trayectorias migratorias, de los momentos del curso de vida particulares en los que cada una de estas movilidades se produce, y también las formas múltiples en que las crisis atraviesan los recorridos de las distintas generaciones¹⁰².

Asimismo, también resultó interesante entrevistar a personas que formaban parte de un mismo círculo de amistad y observar las similitudes y diferencias en sus trayectorias, así como la rearticulación de estos vínculos una vez se producía el retorno. Otra experiencia significativa fue la de entrevistar a parejas, juntas o por separado. Si bien me pareció más conveniente la segunda opción, poder comparar estas dos modalidades

¹⁰² Los resultados del análisis coral de esta experiencia familiar se publicaron recientemente en un artículo (Cassain, 2016).

me permitió observar ciertas diferencias. Las entrevistas por separado estaban menos sujetas a una serie de “censuras” que se percibían entre las segundas, pues al encontrarse la pareja “cara a cara”, como explica Martín Criado “el discurso se produce siempre en una situación específica con una determinada censura estructural” (Martín Criado, 1998: 69). Sin embargo, en estas últimas era posible observar la versión “dialogada” de ciertos desacuerdos entre los puntos de vista de los entrevistados, aunque se procuraba en general “contener” la enunciación de los aspectos conflictivos de la experiencia, algo que sucedía en menor medida al entrevistar a los miembros de la pareja por separado y que ofrecía otras oportunidades de contraste y de rastreo de las tramas del retorno.

Otra experiencia reseñable del trabajo de campo fue la posibilidad de entrevistar a familiares de personas que habían retornado y otras que decidieron permanecer en el lugar de destino. El registro de estos discursos fue relevante, por un lado, por la información que aportaban sobre algunas circunstancias en la que se considera más conveniente no retornar, por otro, porque llamaron mi atención sobre la importancia de la “re-transnacionalización” de ciertos vínculos, así como la relevancia de algunos afectos a los que en ocasiones podemos otorgar menos centralidad en la investigación y que, sin embargo, pueden resultar determinantes en las trayectorias migratorias y en las experiencias del retorno. Recuerdo especialmente el caso de dos hermanas: cada una en su respectiva entrevista, una en Buenos Aires y otra en Palma de Mallorca, no pudo evitar en los primeros cinco minutos mencionar a la otra, recordarla y automáticamente echarse a llorar. Para la que permanecía en Palma, su idea del retorno se había transformado desde que su hermana había partido; para la que había vuelto, también. Lo descrito anteriormente pretende poner el énfasis en la dimensión “relacional” del trabajo de campo en cuanto a los vínculos de los informantes “entre sí”, pero también cabe destacar su importancia respecto al vínculo informante-investigadora. Si bien abordaremos la cuestión específica de la proximidad social más adelante, cabe mencionar la importancia que los intermediarios y los vínculos de confianza han tenido a la hora de construir estas redes y establecer “el contrato comunicativo” (Alonso, 1999) en el desarrollo de las entrevistas.

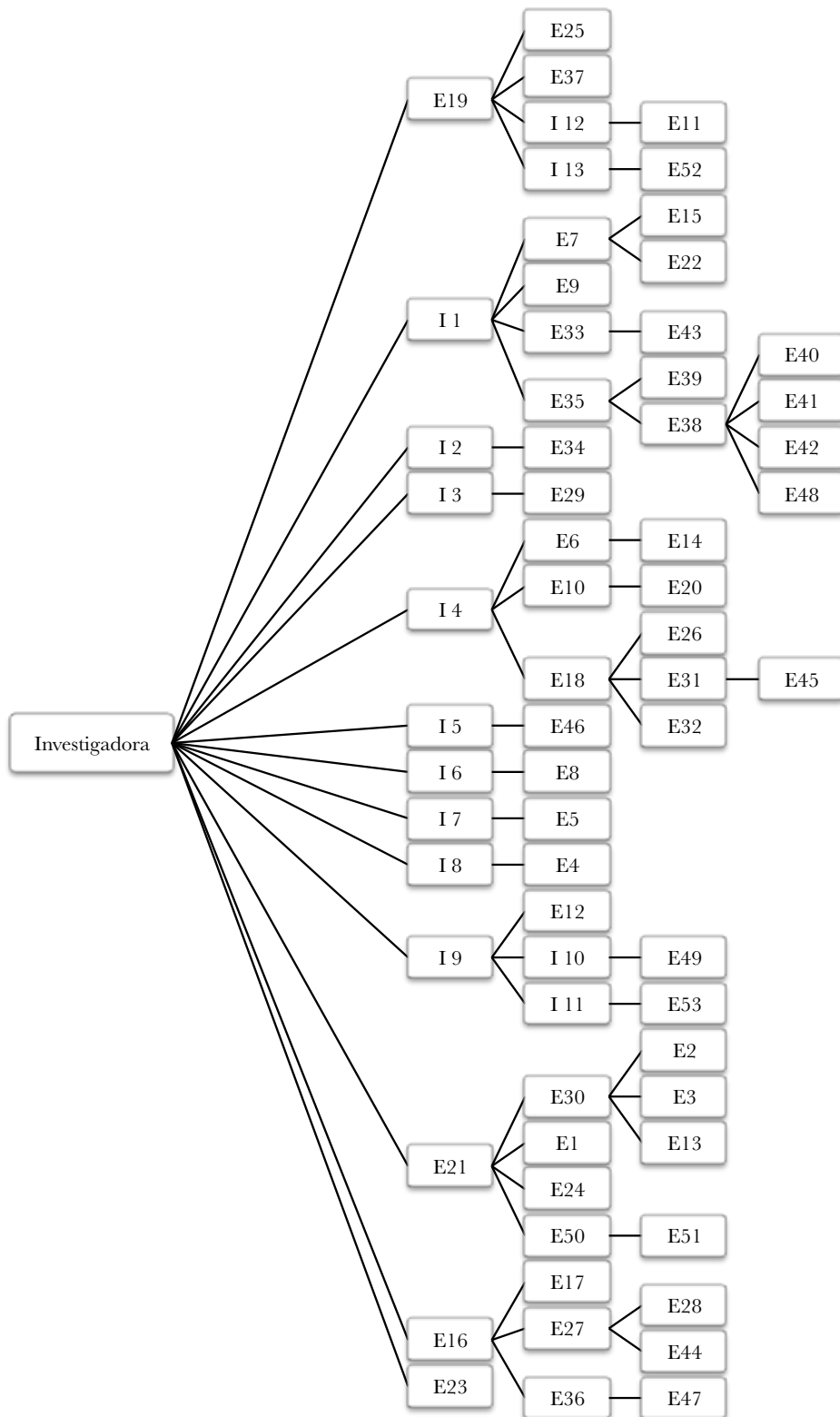
Reproducimos a continuación las tablas y el mapa de la muestra de informantes que participaron en esta investigación.

TABLA 3.2. DISTRIBUCIÓN DE INFORMANTES POR SEXO, EDAD Y AÑOS DE RESIDENCIA EN ESPAÑA

Sexo	Edad Ent.	Años de Residencia en España		
		< 5	5 a 10	>10
Mujeres	< 18		E3 Juana	
	18 a 29		E35/I Cecilia E45 Clara	
	30 a 39	E5 Beatriz E6 Laura E29 Viviana E40 Luz	E4/I Fernanda E7 María E11/I Jimena E15 Valeria E19 Martina E22 Ema E23 Malena E27/I Julia E33/I Marina E44 Elisa E49 Mariela	E12 Elena E43 Paula (NR)
	40 a 49	E37 Gabriela	E13 Marta E30 Victoria E46 Marcela E47 Lucía	E17/I Pilar E36/I Florencia
	> 50		E39 Irma (NR)	E50 Eva (NR) E51 Silvia E53 Sofía
Hombres	< 18		E2 Santiago	
	18 a 29			E1/I Matías
	30 a 39	E10 Ariel E14 Adrián	E8/I Roberto E20 Mariano E25 Claudio E26 Tomás E28/I Germán E31 Esteban E32 David E38/I Patricio E41/I Marcos E42 Quique E48 Lucas	E18 Andrés
	40 a 49	E37 Héctor	E9/I César E21 Agustín	E16 Maxi
	> 50	E34 Horacio	E52 Juan Manuel	E24 Miguel

Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

GRÁFICO 3.9. MAPA DE INFORMANTES



I= intermediario/a E= entrevistado/a

Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

TABLA 3.3. LISTADO DE INFORMANTES

Entrevista	Sexo	Año Ida	Año Vuelta	Edad Ida	Edad Vuelta	Años en Esp	Años en Arg	Edad Entrev.	Año Entrev.
E1/I Matías	H	1998	2011	12	25	13	1	26	2012
E1/II Matías	H	1998	2011	12	25	13	2	27	2013
E2 Santiago	H	2002	2007	2	7	5	5	12	2012
E3 Juana	M	2002	2007	4	9	5	5	14	2012
E4/I Fernanda	M	2002	2011	19	29	10	1	30	2012
E4/II Fernanda	M	2002	2011	19	29	10	2	31	2013
E5 Beatriz	M	2006	2009	26	29	3	3	32	2012
E6 Laura	M	2001	2002	23	24	1	10	34	2012
E7 María	M	2001	2008	23	30	7	4	34	2012
E8/I Roberto	H	2003	2010	27	34	7	2	36	2012
E8/II Roberto	H	2003	2010	27	34	7	3	37	2013
E9/I César	H	2002	2010	32	40	8	2	42	2012
E9/II César	H	2002	2010	32	40	8	4	44	2014
E10 Ariel	H	2001	2004	23	26	3	8	34	2012
E11/I Jimena	M	2002	2012	25	35	10	0,5	35	2012
E11/II Jimena	M	2002	2012	25	35	10	1,5	36	2013
E12 Elena	M	1999	2011	19	31	12	1,5	33	2012
E13 Marta	M	2001	2008	29	36	7	4	40	2012
E14 Adrián	H	2001	2002	24	25	1	10	35	2012
E15 Valeria	M	2002	2008	27	33	6	4	37	2012
E16 Maxi	H	2001	2012	30	41	11	1	42	2012
E17/I Pilar	M	2001	2012	31	42	11	1	43	2012
E17/II Pilar	M	2001	2012	31	42	11	2	44	2013
E18 Andrés	H	2000	2010	19	30	11	3	33	2012
E19 Martina	M	2001	2008	25	32	7	4	36	2012
E20 Mariano	H	2002	2012	26	36	10	0,5	36	2012
E21 Agustín	H	2002	2007	31	37	6	5	42	2012
E22 Ema	M	2000	2007	24	31	7	5	36	2012
E23 Malena	M	2003	2008	26	31	6	4	35	2012
E24 Miguel	H	1999	2011	53	65	12	1	66	2012
E25 Claudio	H	2002	2011	22	31	9	1,8	32	2012
E26 Tomás	H	2002	2010	23	31	8	2	33	2012
E27/I Julia	M	2002	2012	25	35	10	0,5	36	2012
E27/II Julia	M	2002	2012	25	35	10	1,5	37	2013
E28/I Germán	H	2003	2011	25	33	8	1	34	2012
E28/II Germán	H	2003	2011	25	33	8	2	35	2013
E29 Viviana	M	2002	2005	29	32	3	7	39	2012
E30 Victoria	M	2002	2007	35	40	5	5	45	2012
E31 Esteban	H	2002	2009	27	34	7	3	37	2012
E32 David	H	2002	2010	23	31	8	2	33	2012
E33/I Marina	M	2005	2012	28	35	7	0	35	2012
E33/II Marina	M	2005	2012	28	35	7	1	36	2013
E34 Horacio	H	2002	2006	46	50	4	6	56	2012

E35/I Cecilia	M	2005	2011	21	28	7	1	29	2012
E35/II Cecilia	M	2005	2011	21	28	7	2	30	2013
E36/I Florencia	M	2000	2012	26	38	12	0,5	38	2012
E36/II Florencia	M	2000	2012	26	38	12	1,5	39	2013
E37 Gabriela/Héctor	M	2004	2008	32	36	4	4	40	2012
E37 Héctor/Gabriela	H	2004	2008	38	42	4	4	46	2012
E38/I Patricio	H	2005	2012	25	32	7	1	33	2012
E38/II Patricio	H	2005	2012	25	32	7	2	34	2013
E39 Irma	M	2006	NR	56	NR	6	NR	62	2012
E40 Luz	M	2008	2011	31	35	4	1	36	2012
E41/I Marcos	H	2002	2012	26	36	10	1	37	2012
E41/II Marcos	H	2002	2012	26	36	10	2	38	2013
E42 Quique	H	2004	2010	25	31	6	2	33	2012
E43 Paula	M	2001	NR	21	NR	12	NR	33	2013
E44 Elisa	M	2005	2013	30	39	5	0,5	39	2013
E45 Clara	M	2003	2012	16	25	9	1	26	2013
E46 Marcela	M	2005	2009	39	43	5	4	48	2013
E47 Lucía	M	2002	2011	34	43	9	2	45	2013
E48 Lucas	H	2002	2011	25	35	10	3	37	2013
E49 Mariela	M	2004	2011	27	36	7	2	38	2013
E50 Eva	M	1998	NR	52	NR	16	NR	68	2014
E51 Silvia	M	2000	2013	47	59	13	1	60	2014
E52 Juan Manuel	H	2002	2012	45	55	10	2,5	57	2014
E53 Sofía	M	2000	2011	46	54	11	3	57	2014

(I) Primera Entrevista (II) Segunda Entrevista (NR) No Retorno

De acuerdo a la información del mapa (gráfico 3.9.) es posible observar cómo se llegó a la mayor parte de los entrevistados a través de intermediarios (I), y también como algunos contactos directos fueron entrevistados y a su vez sirvieron de intermediarios para acceder a contactos indirectos. Por último, algunos intermediarios introdujeron a otros intermediarios, que a su vez facilitaron el contacto con otros informantes que terminaron participando en la investigación. Respecto al listado de informantes, vale aclarar que los nombres ficticios, junto con el número de entrevista y la edad en el momento de su realización que figuran en la tabla 3.3. servirán de referencia de los *verbatim* incluidos a lo largo de la tesis.

Alimentar memorias afectivas

Me gustaría concluir la descripción sobre el proceso del trabajo de campo mencionando algunos aspectos relativos a la aproximación etnográfica a los espacios, los tiempos y las palabras, fibras que traman esta investigación. Sayad (2010: 227-231), analizando la importancia de la situación de entrevista, se refería a la relevancia tanto de los vínculos de confianza, a la confesión y la confidencia, así como también a lo significativo de los silencios y los secretos; en definitiva, destacaba la importancia de la investigación como análisis y auto-análisis y del afecto en la relación que se produce en el campo. En las

siguientes páginas vamos a reflexionar sobre algunas de estas cuestiones en relación con la experiencia particular en esta investigación.

Respecto a la dinámica de las entrevistas, ya hemos especificado las localizaciones de cada una de ellas. Falta agregar alguno de los efectos que la posibilidad de realizar la mayor parte de los encuentros en la casa de los propios informantes ha tenido para su desarrollo. En términos generales, el resultado ha sido favorecedor, en tanto estos se encontraban cómodos en su espacio, distendidos en la intimidad de su propia casa. En la mayoría de las ocasiones, los mates compartidos marcaban el *tempo* de la conversación y así se fueron “cebando”, junto con los relatos. Cebear no solo significa verter el líquido en el recipiente, acto que retroalimenta la producción de la infusión, que luego se comparte de forma dialogada; cebear significa también fomentar o alimentar un afecto, entregarse con mucha intensidad a algo, intensidad con *s*, en referencia a la intensidad. La velocidad a la que el mate circula y se bebe, la temperatura del agua, el sabor –más o menos dulce o amargo– todo esto quedaba en manos de las/los informantes. A veces preferían cebarlo durante toda la entrevista y ofrecerlo incansablemente a la investigadora, en otros casos, cuando se perdía el ritmo y la intensidad del intercambio de la bebida en detrimento del ritmo y la intensidad del relato, habitualmente tomaba la posta. Los informantes se centraban en su historia, yo en alimentarla. Se aprovechan las pausas, los silencios, volver a calentar agua en la pava, rellenar el termo, sorber reflexivamente, sostener el mate entre las manos por un momento, olvidarlo, recordarlo, volver a sorber, volver a hablar, reformular(se), repreguntar(se). Todo un ritual, situado, oportuno, afectivo, tan incorporado por los informantes, como por mí, que en el momento de escribir estas páginas se resignifica. En este espacio-tiempo concreto se construyeron colectivamente los relatos multilocales de vida migratoria. Historias que nos transportaron en el discurso por múltiples lugares y momentos de las trayectorias de las personas entrevistadas, historias y personas afectadas por las memorias de los afectos, siempre; emocionando(se), por momentos.

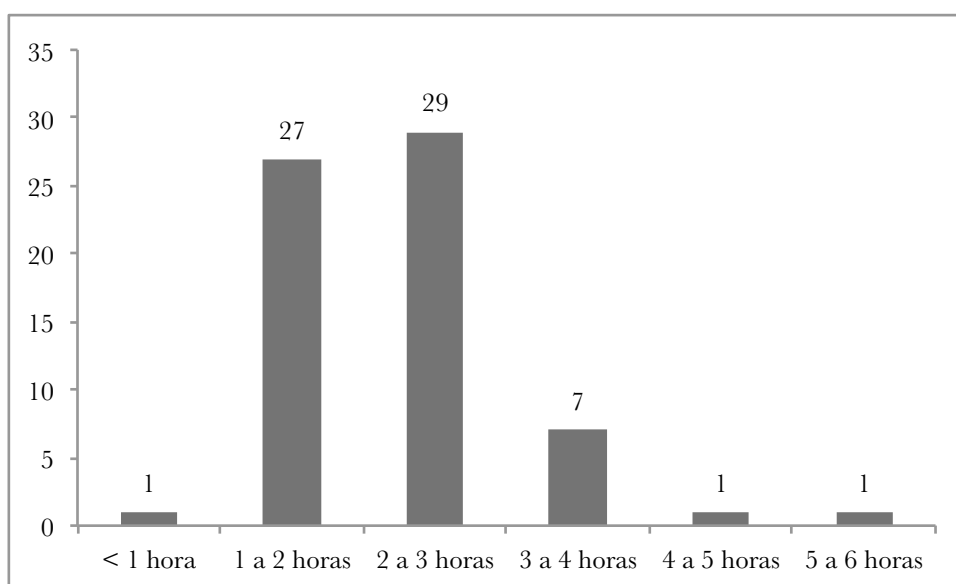
En algunas ocasiones, en el marco de los rituales y rutinas compartidos en la interacción también pude participar con algunos de los informantes en otro tipo de situaciones que formaron parte del encuentro: ir a buscar a los niños al colegio, preparar el almuerzo y comer con el grupo familiar, compartir un paseo durante el fin de semana, presenciar llamadas telefónicas y gestiones de la vida y las relaciones del día a día. Todas cuestiones que en el marco del desarrollo de una entrevista convencional podrían ser consideradas “interrupciones”, pero que en nuestro caso no eran más que significativos y nuevos escenarios donde continuaba la observación y la conversación. Entrar en ese espacio personal de los entrevistados, me permitió también conocer los entornos donde residían, los barrios, los medios de transporte utilizados para llegar allí, las características de la vivienda. En los hogares de algunos informantes se exhibían en lugares centrales (habitualmente en el salón) objetos que recordaban su experiencia en España, usualmente fotografías (en portarretratos individuales, programadas en el protector de pantalla del ordenador, múltiples fotografías organizadas como un collage en el centro de la habitación). Una escena que recuerdo, en tanto llamó especialmente mi atención, fue al entrar en la casa de una entrevistada y observar que la heladera de la cocina

estaba repleta de imanes de distintos países y ciudades del mundo. No quedaba un centímetro de la puerta al descubierto. Cuando conversamos sobre su trayectoria me contó que había vivido cinco años en España en situación administrativa irregular, con su pareja y sus dos hijos. Nunca había visitado ningún país, ni ninguna ciudad, ni ningún monumento de aquellos que se prendían a la nevera. La informante se aferraba, como los *souvenirs*, al deseo y a la posibilidad de poder partir nuevamente, al teléfono y las llamadas infructuosas al consulado (mientras hacíamos la entrevista) para realizar averiguaciones sobre el estado del trámite de su solicitud de ciudadanía italiana, al intento de instalar la aplicación de Facebook en su Smartphone para comunicarse con su hijo que recientemente había reemigrado a España. Lo intentamos juntas, pero no lo conseguimos, apenas pude proporcionarle alguna información sobre cómo enviar dinero a familiares en el extranjero a través del Banco Nación para que su hijo recibiera euros al “cambio oficial” de ese entonces.

En cuanto a las entrevistas que no se realizaron en la casa de los informantes —en relación con la descripción realizada anteriormente— este hecho no quiere decir que no funcionaran (también se puede tomar mate en un laboratorio o en un parque; refrescos, cervezas, cafés o vinos, en un bar). Lo reseñable sin embargo, es que en algunos de estos casos, a partir de algunos relatos, comprendía que la decisión del informante de realizar la entrevista en un espacio ajeno al domicilio podía estar relacionada en ocasiones con las particulares circunstancias residenciales en las que se encontraban (compartiendo la vivienda, residiendo con sus padres, o parando de paso en la casa de algún conocido). Esto indicaba claramente que no en todos los casos “la casa” tiene por qué ser el lugar más apropiado y cómodo para la persona entrevistada, dato no menor, y al fin y al cabo eso era lo relevante, que la persona se sintiera cómoda para conversar cuándo y dónde lo estimara más oportuno. En otros casos, esta decisión estaba más relacionada con cuestiones de disponibilidad y preferían realizar el encuentro en el descanso de la comida en horario laboral, en ocasiones en los lugares de trabajo, en otras, en algún espacio exterior. Recuerdo que una entrevista la realicé durante dos tardes mientras la informante acompañaba a su hija a realizar actividades deportivas en un club. Las esperaba a la salida del colegio y caminábamos las tres juntas, acompañábamos a la niña a la clase de voleibol.

Todos estos “detalles” aportaban información sobre los ritmos de vida y las rutinas de las/los informantes, su tiempo de ocio, los arreglos familiares respecto a las tareas de cuidados, su situación ocupacional y entornos de trabajo, etc. Observaciones que fueron registradas en múltiples libretas, cuadernos, archivos, que forman parte de un diario de campo (seguro que algo caótico para los estándares etnográficos). A esta multiplicidad de soportes del diario de campo se suman los registros de los relatos. En este caso es más fácil cuantificar la duración de las grabaciones y de las entrevistas. Se registraron en total 146 horas de grabación y realicé las transcripciones de todos los registros. La duración media de las entrevistas fue de 2 horas 12 minutos. La mayoría de las entrevistas duró entre 2 y 3 horas (29), un número similar alcanzó una duración de entre 1 y 2 horas (27). La posibilidad de grabar el relato no fue un impedimento en ninguno de los casos.

GRÁFICO 3.10. DURACIÓN DEL REGISTRO DE VOZ DE LAS ENTREVISTAS ABIERTAS



Fuente: Diseño muestral de la investigación. Elaboración propia.

En resumen, la dinámica de los encuentros se desarrollaba a partir de esa posición de la investigadora que Santamarina y Marinas (1999: 273) retoman de Fraser, la de una comadrona que está allí y ayuda “a parir” tanto “un relato de la memoria o [...] de la experiencia” como “una representación del sujeto a partir de ese mismo sujeto que se desdobra entre el enunciador y el enunciado”. La propuesta de apertura al relato era muy general: *se trata de que me cuente/s cómo fue tu historia, tu experiencia acá, allá...* Los informantes sabían que me estaba refiriendo a su historia de migración, en tanto se especificaba en la contactación que el tema de esta investigación, que tenía fines académicos (para la universidad), era *conocer experiencias de migración entre Argentina y España*. Lo que no quedaba tan claro era a qué fase del proceso migratorio me estaba refiriendo en realidad. Sin embargo, emergían dos interpretaciones habituales al respecto. Entre las personas que habían retornado de forma más reciente, intuían que mi interés estaba centrado en el momento de “la vuelta”. En ocasiones las entrevistas comenzaban con el informante planteando esa sospecha, “pero ¿qué te interesa saber?, ¿mi vuelta acá?”. Mi respuesta solía ser “Me interesa todo, podés empezar por dónde quieras y luego vamos viendo, vamos conversando, yo te voy preguntando...”¹⁰³. Entre aquellas que llevaban

¹⁰³ Solían empezar por “el principio”, por la partida desde Argentina y a partir de allí los relatos iban constantemente de aquí para allá, del pasado al presente y viceversa, futuros pasados y futuros de por medio. Ante la recomendación de un investigador de intentar centrarme en la fase del “retorno”, porque si no mi investigación sería sobre la “inmigración”, hice el intento en algunas de las primeras entrevistas de empezar por el momento presente del entrevistado. Fue imposible, a los minutos retrocedían, volvían “al principio”, necesitaban relatarse desde allí. Advertí que esto no solo se debía a la “facilidad” de relatar acontecimientos siguiendo un patrón más o menos cronológico (cosa que tampoco sucedía así del todo, porque como ya digo, retrocedían y avanzaban a lo largo de todo el relato), sino también resultaba significativo en términos del mismo “proceso sociológico” y de la conciliación de observación y reflexión, proceso que alertaba Bertaux respecto al potencial del enfoque biográfico para cuestionar los marcos conceptuales y epistemológicos. Los informantes no podían contar(se) “el retorno”, sin conectarlo incesantemente con todo el resto del proceso migratorio y sus múltiples referencias temporales y

más tiempo residiendo en Argentina, la amplitud de la propuesta parecía menos inquietante. Aprovechaban la ocasión para rememorar, aportando muchísimos detalles, toda su experiencia en la inmigración. En unos casos, mis intervenciones tenían que centrarse en “retroceder”, volver atrás en las trayectorias; en otros, intentar que “avanzaran” los relatos.

Mi posición resultaba en ocasiones confusa, en algunos casos hasta el final de la entrevista, los informantes no sabían exactamente dónde situarme; si vivía en Argentina o en España, si había vuelto, o no, si mi doctorado lo hacía allí o aquí (excepto en los casos más cercanos que tenían información sobre mi propia trayectoria). En algunos informantes esto despertaba cierto interés, en otros, prácticamente ninguno. Querían hablar. Y eso era lo importante, en tanto que “una de las condiciones para que un relato de vida se desarrolle plenamente, es que el interlocutor desee contar su vida y que se adueñe de la conducción de la conversación”, mientras tanto la tarea de la investigadora es la de proporcionar “una combinación de escucha atenta y de cuestionamiento”, a través de la cual explorar las “lógicas contradictorias” (Bertaux, 1999: 10). El desarrollo de las entrevistas, por su apertura, por su extensión, por la cantidad de coordenadas espacio-temporales, de trayectorias personales y colectivas incorporadas al relato, parecían en ocasiones “desbordar” los objetivos de la investigación, en otras “quedarse cortas”; ante estas situaciones la tarea de escucha se constituyó en un doble ejercicio, tanto “dejar hablar”, como “dejar callar”. Era su momento, su relato, a menudo catártico. Como explica Ibáñez (2003):

“[L]a autoconfesión (religiosa en el protestantismo, laica en el autoanálisis) no permite salir del recinto sofocante de la ley, no consuela ni libera; en la confesión a Otro el alma se desborda, el peso de la ley se alivia. La confesión se transforma en técnica de investigación social en forma «entrevista en profundidad». Su antecedente inmediato es la sesión individual de psicoanálisis o su análogo clínico” (Ibáñez, 2003: 122).

Un entrevistado me preguntó, al despedirse: *eras psicóloga, ¿no?* No. No lo soy. Pero una vez concluido el trabajo de campo me tomé cierto tiempo de descarga emocional para volver al material obtenido durante estos tres años de exploración y retomar el proceso de interpretación más adelante. Proceso que, en realidad, como explican Santamarina y Marinas (1999: 269), en la práctica de la investigación cualitativa “se pone en marcha desde el principio”, con la mera “observación de un problema” que dirige nuestras primeras exploraciones. “Exploración viene de *exploro* (=batir el terreno)” (Ibáñez, 1997: 477). Me alejé (o me perdí) por un tiempo, mientras tanto las partículas se asentaban nuevamente, dejé por un momento de tragar polvo.

espaciales. Son relatos móviles de la movilidad, donde los retornos se hacen, yo debía perseguirlos, seguir las huellas.

3.3. *Brújulas, o cómo salir del laberinto de los relatos*

Explica Alonso (1998: 70) que el uso de la entrevista abierta se inscribe “en un proyecto de análisis de la realidad que no está en la simple transcripción o acumulación de las fuentes, sino en la construcción, por parte del investigador social, de una mirada propia sobre los materiales obtenidos”. Los discursos son una de las materias primas más relevantes en esta investigación, y sobre ella trabajará el análisis (Ibáñez, 2003: 41).

Desde la perspectiva teórica y epistemológica expuesta en el capítulo 1, pasando por el análisis de los contextos socio-históricos en los que estas movilidades son producidas, así como a partir de todo lo detallado hasta aquí en este capítulo metodológico, hemos ido dando cuenta del proceso de construcción de esa mirada que comienza a edificarse desde las fases iniciales del proceso de investigación, sin embargo, quedan por mencionar algunas claves más que ayudarán a comprender la forma y contenidos de la segunda parte de esta tesis, dedicada ya a explicitar el rastreo como estrategia analítica de los materiales obtenidos. Mencionaremos entonces algunas brújulas analíticas específicas que se añaden a lo ya expuesto y que han sido relevantes a lo largo del proceso de análisis de forma transversal.

La comprensión escénica como proceso de interpretación (en tensión interseccional)

Al trabajar con este tipo de entrevistas abiertas o relatos multilocales de vida migratoria, como hemos optado llamarlos en el marco específico de esta tesis, retomamos la idea del proceso de interpretación propuesta por Santamarina y Marinas (1999: 270-272), que denominan *comprensión escénica*. Mediante esta aproximación, el proceso de investigación, es decir, de producción-interpretación de “historias”, no tiene por objeto detectar ni la “estructura muestral” de los relatos, ni tampoco los “sentidos ocultos”, “originarios” de los textos (en tanto tales sentidos no los subyacen) sino producir “otra historia que se contrasta con las versiones recogidas”. Se trata de una perspectiva integradora en la que el trabajo de producción e interpretación del material se lleva a cabo relacionando tres escenas o contextos. En primer lugar, las escenas vividas en el pasado, se componen de relatos y de interacciones entre personajes relevantes para el entrevistado, estas escenas contienen sus referentes biográficos y sociales. Las escenas del presente, por su parte, comportan las redes de relaciones sociales del presente a partir de las que se elabora la recuperación de los relatos y las interacciones pasadas y se recomponen sus sentidos en el presente. Por último, está la entrevista en sí, en tanto es la escena donde se establece la relación entre informante e investigadora. Se trata de tres niveles contextuales a partir de los cuales mediante su comprensión, es decir, mediante la comprensión escénica de cada uno de ellos, se “interpreta el proceso [...] en el cual los sujetos que intervienen reactualizan, reelaboran el sentido, las posiciones y las dimensiones ideológicas colectivas de los procesos vitales de los que están dando cuenta” (Santamarina y Marinas, 1999: 272). En este sentido, y de acuerdo con estos autores:

“Se trata de interpretar las historias en los juegos y dimensiones de su entramado (contexto es lo que está tejido-con) pero también de la construcción del sujeto. No para hacer una interpretación hermenéutica (sea esta sociologista, psicoanalista o historicista) sino para situar las historias de vida en sus sujetos y procesos plurales” (Santamarina y Marinas, 1999: 272).

La construcción de los textos de los capítulos de esta tesis, especialmente los de la segunda parte, se estructura desde esta aproximación general al proceso de producción-interpretación de los materiales. Cada uno compone y recompone los sentidos de los textos analizados, siempre con el objetivo de rastrear el objeto de estudio de esta tesis. Cada uno sugiere escenas, relatos de relatos que contienen referencias biográficas y sociales multilocales, relaciones pasadas y presentes a partir de las cuales se reelaboran los sentidos de la historia y las historias sentidas. Los retornos se sitúan, en distintos momentos y espacios, en el proceso migratorio y en sus sujetos entre sí heterogéneos, para sí transformados, conforme las escenas avanzan en tensión entramadas en cada contexto.

Produzco otra historia que contraste con las versiones recogidas, pero no dejo de producirla, porque la línea argumental de cada capítulo es una urdimbre de esa otra historia, urdimbre que la investigadora diseña y a partir de la cual desarrolla un argumento. Un argumento posible entre muchos otros, porque el proceso de interpretación/análisis implica un camino de espiral: “camino siempre abierto, pues no cabe una conexión definitiva” (Ibáñez, 2003: 323). Los extractos de entrevista incluidos en cada capítulo siempre invitarán a quien los lea a establecer nuevas conexiones, a continuar el camino. Pero están ahí por una razón, porque forman parte de un discurso producido (el texto de la tesis) cuyo objetivo es “interpretar la práctica estudiada” (Santamarina y Marinas, 1999: 282). Los extractos seleccionados podrían haber sido otros, pero los que efectivamente se incluyen procuran destacar las tensiones que atraviesan las prácticas, su análisis pone sobre la mesa las ambivalencias que atraviesan los discursos. En esta aproximación seguimos la propuesta de análisis de los discursos como práctica de Martín Criado (1998, 2010, 2014), quien llama nuestra atención sobre la importancia de no “sacrificar” en el análisis todo aquello que puede parecer contradictorio, ambivalente, “mentira”, contraintuitivo, en busca de “regularidades” discursivas, porque es precisamente allí, en aquellos decires de los haceres, donde se ponen de manifiesto las tensiones que atraviesan distintos *órdenes de legitimidad*.

Y esto nos lleva a un último aspecto: en esta investigación entendemos el análisis de los órdenes de legitimidad desde una perspectiva interseccional, es decir, prestando atención al proceso social a partir del cual múltiples estructuras sociales interconectadas a prácticas producen posiciones e identidades sociales específicas, como espacios definidos por fronteras y jerarquías (Anthias, 2006: 27). En este sentido, los órdenes de legitimidad que se tensionan en las prácticas discursivas sobre los procesos de retorno pueden ser diversos y heterogéneos. Para explicar algo más esta cuestión podemos recurrir a la noción de “posicionalidad translocalizada” (*translocational positionality*) definida por Anthias (2006: 27).

“[L]a posicionalidad combina una referencia a la posición social (como un conjunto de efectividades; como resultado) y al posicionamiento social (como un conjunto de prácticas, acciones y sentidos; como proceso) [...] Es decir, la posicionalidad es el espacio en la intersección de la estructura (posición sociales / efectos sociales) y la agencia (posicionamiento social / sentidos y prácticas) [...] También reconoce la variabilidad, con algunos procesos que llevan a algunas posicionalidades más complejas que otras, en ocasiones contradictorias y dialógicas; esto es lo que se entiende por el término «translocación». Este último se refiere a la naturaleza compleja de la posicionalidad que enfrentan quienes están en la interacción de una serie de lugares y dislocaciones en relación con el género, la etnicidad, la pertenencia nacional, la clase y la racialización (Anthias, 2006: 27).

Esta definición de Anthias nos ayuda también a repensar en el análisis qué es lo que está en juego en las tensiones y ambivalencias que atraviesan los relatos (multilocales) de vidas migratorias, en general, y en los procesos y experiencias de retorno, en particular. En este sentido, resulta sugerente prestar atención en el proceso de interpretación de la comprensión escénica de los relatos, no sólo a los órdenes de legitimidad que se tensionan en cada uno de los niveles, sino también analizar estos órdenes incorporando una mirada que tenga en cuenta la “posicionalidad translocalizada” que los atraviesa. Esta noción puede ser una herramienta no sólo útil para dar sentido a los discursos en relación con las posiciones y resultados producidos a través de las intersecciones entre diversas estructuras y procesos sociales (Anthias, 2006), sino también para reflexionar acerca de las relaciones entre la posicionalidad, sus prácticas y legitimidades *transnacionalmente*.

Los discursos de los informantes participantes en esta investigación expresan las tensiones que atraviesan los múltiples espacios sociales y posiciones que habitan, y que están simultáneamente interconectados a los lugares de origen/destino, tensionando las experiencias del retorno incluso estas dicotomías habitualmente utilizadas en los *órdenes legitimados y legitimantes* de la investigación social, dis/locándose la posicionalidad en relación con el género, la edad, la clase, las pertenencias nacionales, en cada espacio, con cada desplazamiento. Me consta que aquí se reproducen todas esas categorías, por tanto, a mi alcance sólo está introducir en el análisis algunos matices, tan nimios como significativos, cuyo efecto no puede ser más que una ínfima desestabilización de sus sentidos comunes y hegemónicos.

El curso de vida para analizar recorridos sociales

Los relatos que emergen de este tipo de aproximación son siempre complejos, laberínticos, es muy fácil (y fascinante) perderse en ellos. Dada la multiplicidad de juegos, dimensiones, entramados y construcciones posibles de ser analizadas, otra herramienta útil ha sido la perspectiva del curso de vida (*life course*) implementada para analizar el despliegue de los procesos de retorno a lo largo de toda la trayectoria migratoria. Esta perspectiva pretende “reflejar la naturaleza temporal de las vidas,

combinando el movimiento a través del tiempo histórico y biográfico” (Elder, Kirkpatrick Johnson, y Crosnoe, 2003: 8). Habitualmente empleada en la demografía¹⁰⁴, se ha convertido en una perspectiva que atraviesa disciplinas (la sociología, la psicología y la historia). En concreto, en esta investigación la implementación de este enfoque ha facilitado la tarea de sistematizar el análisis de un cuantioso volumen de material e incluso a estructurar algún capítulo de forma específica (por ejemplo, el capítulo 5). En resumen, el enfoque del curso de vida se preocupa por analizar los vínculos entre las vidas individuales y el cambio social, prestando atención en su modelo de análisis a cómo los contextos biográficos e históricos se articulan en función de algunos conceptos y principios que comentaremos brevemente.

Algunos conceptos fundamentales en el modelo analítico del curso de vida son las *trayectorias*, definidas como una secuencia de roles y experiencias, y que se componen de una serie de *transiciones* o cambios de roles. Entre transiciones, el tiempo transcurre en *duraciones* diversas. Estas transiciones a menudo implican cambios en el estatus o en las identidades y pueden tener efectos en el cambio de ciertas actitudes y comportamientos. En este sentido, las transiciones tempranas (o tardías) en algunas trayectorias pueden tener efectos duraderos en el resto del curso de vida y moldear las siguientes transiciones y experiencias. Transiciones clásicas son, por ejemplo, jubilarse, casarse, tener hijos, concluir los estudios o independizarse, por mencionar algunas. Otro concepto relevante para el análisis es el de *puntos de inflexión*¹⁰⁵, y se identifican en una trayectoria cuando implican un cambio en su dirección (Elder et al., 2003: 8). Una diferencia importante entre los puntos de inflexión y las trayectorias o transiciones, es que no pueden ser determinados de antemano.

En resumen, las trayectorias hacen referencia a una serie de *recorridos sociales* (trayectorias educativas, laborales, familiares y residenciales) moldeados por instituciones sociales y normas. En este sentido, los individuos eligen qué recorridos seguir, pero sus opciones siempre estarán bajo el efecto de distintos tipos de constreñimientos. Los cursos de vida están así sujetos al cambio y al impacto, no solo de los contextos socio-históricos, sino también del efecto de la combinación de los distintas trayectorias en la vida de los sujetos (Elder et al., 2003: 8).

En esta investigación, la aproximación procesual y relacional al estudio de las migraciones de retorno puede servirse de este enfoque. Aquí sostenemos que es a partir del análisis de las trayectorias migratorias completas y su relación con los tiempos históricos y biográficos que podemos asir en el análisis la praxis de los retornos, en su

¹⁰⁴ Véase Blanco (2011) para una síntesis de la trayectoria de este enfoque proveniente de la demografía. Se relaciona principalmente con dos escuelas: la francesa, que se inicia con estudios longitudinales cuantitativos y posteriormente desarrolla el análisis demográfico de biografías individuales; y la estadounidense, denominada enfoque del curso de vida, que cobró relevancia de la mano del sociólogo Glen Elder, quien publicó en 1974 “Children of the Great Depression. Social change in life experience” donde analiza la adaptación de las familias a las “crisis”.

¹⁰⁵ Retomo la traducción de Blanco (2011). El concepto en inglés es *turning point* (Elder, 1994, 1998; Elder, Kirkpatrick Johnson, y Crosnoe, 2003; Mortimer y Shanahan, 2003).

doble nivel “socioestructural (como los modos de vida) [y] sociosimbólico (lo vivido, las actitudes, las representaciones y los valores *individuales*)” (Bertaux, 1999: 6). Las trayectorias obtenidas a partir de los relatos (multilocales) de vida migratoria son en realidad un dispositivo que recomponemos analíticamente enfocándonos en el análisis de los distintos *recorridos sociales* (trayectorias educativas, laborales, familiares y residenciales) de forma simultánea, interdependiente e imbricados en las estrategias de movilidad; trayectorias migratorias y recorridos sociales que mantienen una relación dialéctica.

Las categorías de análisis propuestas por la perspectiva del curso de vida (trayectorias, transiciones, puntos de inflexión) nos facilitan el rastreo de los “deícticos” que señalan los recorridos, los cambios de posición de los sujetos y de dirección de sus trayectorias; por eso nos ayudan a analizar y entretejer las tramas de los procesos de retorno hilándose en la urdimbre de estos recorridos sociales. Esta perspectiva ofrece así un marco para explorar las dinámicas de estos recorridos múltiples e interdependientes (Elder, 1994: 5) y comprender su efectos y relaciones con las condiciones particulares y socio-históricas (Elder et al., 2003: 7). Esto último está relacionado con algunos principios a partir de los cuales se articula esta perspectiva.

Blanco (2011: 14-15) los resume como sigue: a) *el desarrollo a lo largo del tiempo*, que implica una perspectiva de largo plazo en la investigación y el análisis y requiere considerar un período sustancial de tiempo para abordar nuestro objeto de estudio desde una estrategia longitudinal; b) *el tiempo y lugar*, que presta atención a la relación entre las experiencias de los individuos imbricadas en los contextos socio-históricos; c) *el momento (timing)*, relacionado con los momentos en los que suceden ciertas transiciones importantes para el análisis y, en este sentido, el análisis del curso de vida es sensible a las transiciones tempranas para futuras experiencias y eventos (Elder, 1994: 5); d) *las “vidas interconectadas” (linked lives)*, pues los recorridos sociales además de relacionarse con los contextos socio-históricos, son interdependientes respecto a las trayectorias de otras personas en las que se imprimen las influencias histórico-sociales; y por último, e) *el principio de la agencia (agency)*, que pone en el centro del análisis la importancia que tienen las elecciones y prácticas concretas de los individuos. La noción de agencia es la que equilibra el peso de los factores macroestructurales en las trayectorias, que serán analizados siempre en su interrelación con factores microsociales, es decir, con prácticas concretas de los sujetos para construir su propio curso de vida, negociando en el marco de los constreñimientos estructurales propios del contexto socio-histórico donde se inscribe la agencia.

La perspectiva del curso de vida está destinada a indagar, fundamentalmente “cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales moldean o configuran tanto las vidas individuales como los agregados poblacionales denominados cohortes o generaciones” (Blanco, 2011: 6). En términos generales, el enfoque del curso de vida pretende aportar una herramienta práctica a la hora de estudiar los nexos que articulan las experiencias individuales y el cambio social, conectando los niveles de análisis macroestructural y microsocial, y en esta investigación

se aprovecha su utilidad para no perder todas estas conexiones en los relatos de vida a la hora de rastrear el despliegue de los procesos de retorno.

Clases medias, fraccionamiento post hoc

Hemos planteado, tanto en el capítulo contextual, como en otras oportunidades la importancia de la composición de clase media de los recientes emigrantes argentinos a España, pero también reseñamos la mayor heterogeneidad y diversificación al interior de este colectivo. Sobre este aspecto han llamado nuestra atención diversos investigadores (Actis, 2011; Actis y Esteban, 2008; Calvelo, 2011; Jiménez Zunino, 2011a, 2011b, 2011c, 2015). Por tanto, no hemos querido perder de vista esta dimensión tan relevante en el análisis. Para incorporarla hemos retomado el excelente estudio realizado sobre esta cuestión por Cecilia Jiménez Zunino. En su tesis doctoral, titulada *Desclasamiento y reconversiones en las trayectorias de los migrantes argentinos de clases medias*, Jiménez analiza exhaustivamente las distintas fracciones de las clases medias de las que proceden los migrantes argentinos en España arribados a partir de 1998, reconstruyendo posiciones y condiciones de clase en el espacio social de origen a través de los itinerarios familiares. Desde esta perspectiva, el perfil de los informantes cuyas trayectorias analiza Jiménez coincide en términos generales con los de los participantes de esta tesis: forman parte de la misma “edad de la migración”, producidos en el mismo tiempo histórico y sus particulares condiciones sociales. Así es que sus hallazgos nos permiten introducir esta variable en el análisis entendiendo la clase media como algo más que una categoría a la que los informantes se “autoadscriben”.

Jiménez estudia desde la teoría de la práctica bourdieussiana la emergencia de las estrategias migratorias de los argentinos procedentes de las clases medias como estrategias de reproducción social, dirigidas a evitar el desclasamiento de los actores en la sociedad de origen, es decir, como alternativa a los procesos de empobrecimiento de las clases medias argentinas. Sin duda, estas estrategias de reproducción social atraviesan las trayectorias de los sujetos que participan en esta investigación y adquieren nuevos sentidos en sus procesos de retorno. El trabajo de Jiménez ha sido fundamental para el análisis de esta dimensión y comprender no sólo las posiciones de clase de los migrantes en el espacio social de origen, sino también cómo a partir de allí se producen los reposicionamientos en el lugar de destino. Su investigación analiza dos espacios sociales que atraviesan nuevamente las experiencias del retorno.

Al indagar en esta tesis en las trayectorias migratorias a partir de las entrevistas abiertas, ha sido posible con los materiales obtenidos realizar una reconstrucción *post hoc* de las trayectorias de clase de los informantes. Para realizar esta reconstrucción, hemos retomado del trabajo de Jiménez su categorización y caracterización de las distintas fracciones de las clases medias que marcan las posiciones de origen a las que pertenecen los migrantes argentinos en España. Sin duda, esto nos ayuda a analizar con mayor solvencia la heterogeneidad del colectivo. No es nuestro objetivo aquí reproducir exhaustivamente las elaboraciones de Jiménez (que ocupan en sí una tesis, referente en este tema) pero sí exponer, aunque sea sintéticamente, su propuesta respecto a la

composición de las distintas fracciones de clase, en tanto estas categorías atraviesan todos los capítulos de esta tesis y se dedica un epígrafe específico al análisis de los procesos de retorno en relación con los espacios sociales/espacios de clase en el capítulo 7.

Jiménez Zunino (2011a) analiza las posiciones de los sujetos de clases medias a partir de distintos elementos: el volumen de capital (inferido de indicios como lugar de residencia, inserción laboral de distintas generaciones, hábitos de consumo e ingresos), la estructura de los capitales (indagando acerca de las profesiones y oficios, el nivel educativo, etc.) y las trayectorias, del propio migrante y de sus progenitores, con el fin de comprender las condiciones sociales que producen a los agentes y las estrategias de reproducción dentro de las opciones y disposiciones familiares en relación con las trayectorias educativas, laborales, familiares, residenciales y el *timing* de las transiciones en cada una de ellas. Analiza la relación entre trayectorias individuales y trayectorias familiares y rastrea el capital de origen en la generación de los abuelos de los migrantes, que marca el punto de partida de las posiciones de origen a partir de las cuales se define la pendiente de la trayectoria. La emigración se considera producto de una combinación de las condiciones sociales en la sociedad de origen y de los orígenes sociales del grupo de referencia de los migrantes, cuyas trayectorias se enmarcan en las transformaciones de las estructuras de clase de la sociedad argentina (expuestas en el capítulo 2). Todo ello, da lugar a los recorridos de distintas fracciones que Jiménez Zunino (2011a: 199-237) distingue según el tipo de capital predominante en cada una de ellas y que se resumen a continuación: *a) pequeña burguesía patrimonial (fracción rica en capital económico)*, *b) clase media de servicios (fracción rica en capital cultural/escolar)* y *c) clase media-baja (fracción con un volumen global de capital inferior a las otras dos fracciones)*.

a) Pequeña burguesía patrimonial (PBP) (fracción rica en capital económico)

El origen del capital económico proviene de emprendimientos que acompañaban los modelos de acumulación en distintos momentos históricos. La explotación de la tierra con el modelo agroexportador de la primera generación (se identifican inmigrantes europeos entre ellos) es la condición de acumulación de capital económico en un primer momento y posibilita la inversión en capital escolar en la siguiente generación. El origen del capital también puede provenir de pequeñas empresas desarrolladas con el modelo industrializador en la segunda generación. La tercera generación transita por el modelo aperturista, de economía de servicios e invierte en capital escolar/cultural.

Quienes provienen de esta fracción orientan sus prácticas a las actividades económicas, han adquirido un aprendizaje familiar que les inculca un “espíritu emprendedor” como modelo de éxito. El mantenimiento en la fracción consiste en centrarse en la reproducción de capital económico. Sin embargo, pueden producirse reconversiones a otras fracciones cuando se realizan inversiones en capital escolar, aunque se orientan a “profesionalizar” la actividad empresarial familiar. Los itinerarios de reconversión real están marcados por inversiones escolares en capital cultural institucionalizado (estudios superiores, posgrado) y profesiones distintas a la actividad familiar. Otra opción es pasar

a asalariarse en un sector afín a la experiencia adquirida en el entorno familiar y forjarse un camino propio.

b) Clase media de servicios (CMS) (fracción rica en capital cultural/escolar)

La diferencia con la fracción anterior, es que la reconversión de capitales se da una generación antes. Si las inversiones en capital económico se reproducían durante dos generaciones en la fracción anterior, y en la tercera aparecen las reconversiones al capital cultural, aquí aparecen en la segunda generación. Mientras los abuelos pertenecían a la fracción PBP, invierten en estudios superiores en sus hijos que se reconvierten a la fracción CMS. Es decir, los padres de los migrantes ya contaban con estudios superiores, producto del incremento en el acceso de las clases medias a estudios superiores a partir de los años 60. El ascenso social se producía por la vía meritocrática, que tendrá un efecto en la devaluación de las credenciales de niveles educativos inferiores. Si el relato de la anterior fracción versaba sobre el “espíritu emprendedor”, la de esta lo hace alrededor del “sacrificio y el esfuerzo”. La tercera generación se orienta a la reproducción social, también por la vía meritocrática, mediante inversiones de capital cultural concluyendo estudios superiores y posgrados, aunque en profesiones distintas a las de los padres.

Las inserciones laborales de los padres se producen tanto en el sector público como en el privado, de forma asalariada o autónoma y están marcadas por la inestabilidad de las posiciones de clases medias y la necesidad de adaptación a un contexto cambiante. Este mismo contexto, de inestabilidad de la estructura económica y social argentina, profundizada con el modelo aperturista, dificulta las estrategias de mantenimiento y reconversión de la tercera generación.

c) Clase media-baja (CMB) (fracción con un volumen global de capital inferior).

En esta fracción Jimenez identifica pasajes ocupacionales a las posiciones de clases medias desde posiciones inferiores del espacio social. La estrategia de ascenso social intergeneracional radica en las inversiones en capital escolar. Las ocupaciones de los antecesores se sitúan en actividades relacionadas al sector público o terciario en la etapa de industrialización como mano de obra, o empleados administrativos o de comercio. Se identifican trayectorias de migración interior. La siguiente generación aumentó el nivel educativo, pero los títulos secundarios (concluidos a destiempo) se desvalorizan como capital cultural en el mercado laboral. Sin embargo, esta generación experimenta procesos de movilidad ascendente, mejor acceso a servicios públicos y condiciones habitacionales respecto a sus antecesores, (acceden a la propiedad a través de planes de vivienda social). Están ocupados en actividades en el comercio, los transportes, los servicios, y en actividades no manuales de baja categoría y salario. Están en tensión entre emprender algo propio o ser expulsados de un mercado laboral flexible.

La tercera generación, experimenta esta mejora de las condiciones de vida, completan estudios obligatorios e intentan continuar estudios superiores como única vía posible de ascenso social. El “esfuerzo” es su principal herencia. Sin embargo, la escasez de recursos relativa, en comparación con las otras dos fracciones, afecta las trayectorias educativas en general (repetición de cursos, deserciones, finalización de estudios en

escuelas para adultos). Quienes transitan este tipo de trayectorias, a menudo no logran iniciar o interrumpen los estudios superiores, en otros casos optan por adquirir algún tipo de formación orientada al empleo como alternativa (cursos de orientación laboral, estudios terciarios). Son trayectorias que se caracterizan por una inserción laboral temprana y aunque las familias tengan cierta orientación a las inversiones escolares, estas circunstancias dificultan los recorridos educativos que habilitan la acumulación de capitales y la reconversión a otra fracción.

En resumen, a partir de los orígenes familiares y las acumulaciones originarias de capital se articulan las distintas fracciones, pero todas en la inmigración tendrán que resolver las tensiones y disonancias clasificatorias que se producen entre los sistemas de enclasmiento del lugar de origen y de destino. A partir del dominio práctico del primero, leerán el segundo y procurarán utilizar los instrumentos de reproducción disponibles. Todo esto es relevante para nuestro trabajo porque en función de “cómo se representan su posición en destino, los migrantes van reelaborando sus proyectos migratorios, redefiniendo plazos y negociando metas consigo mismos y con los miembros de su familia implicados en el proyecto migratorio” (Jiménez Zunino, 2011a: 20).

INTERLUDIO

“Ellos no se vienen más” o investigar en territorios fronterizos

Las fronteras están diseñadas para definir los lugares que son seguros y los que no lo son, para distinguir el *us* (nosotros) del *them* (ellos). Una frontera es una línea divisoria, una fina raya a lo largo de un borde empinado. Un territorio fronterizo es un lugar vago e indefinido creado por el residuo emocional de una linde contra natura. Está en un estado constante de transición. Sus habitantes son los prohibidos y los *baneados*. Ahí viven *los atravesados*: los bizcos, los perversos, los *queer*, los problemáticos, los chuchos callejeros, los mulatos, los de raza mezclada, los medio muertos; en resumen, quienes cruzan, quienes pasan por encima o atraviesan los confines de lo «normal».

Gloria Anzaldúa (2016: 42)

Las siguientes páginas están dedicadas a reflexionar sobre la cuestión de la proximidad social en la investigación y cómo abordar este asunto específicamente en los estudios sobre migraciones internacionales. Es un ejercicio reflexivo *sobre* y *con* la posicionalidad y el trabajo de campo de esta tesis, por lo tanto, estará inevitablemente mediado por la experiencia particular de la investigadora. No quería eludir en el texto un aspecto que puede ser tan relevante como otros en la investigación y es que “[e]l investigador social pertenece al mismo orden de realidad que investiga [...]”. Esta situación, que parece constituir un obstáculo epistemológico, funda la posibilidad de su conocimiento y extiende el campo de observación a su propia subjetividad” (Ibáñez, 2003: 34). No pretendo realizar aquí una revisión de la literatura sobre el tema, sino dar cuenta de esta cuestión en el proceso específico de esta investigación partiendo de dos referencias que inspiraron lo que se expone a continuación: por un lado, el texto de Pierre Bourdieu, “Comprender” –incluido en el libro *La miseria del mundo* (Bourdieu, 2010: 527-543)– que analiza la cuestión de la proximidad social en general en la investigación en ciencias sociales y, por otro, un artículo publicado por Carling, Erdal y Ezzati (2014) que aborda el tema de la posicionalidad en la situación específica de la investigación sobre migraciones internacionales.

I.1. Proximidad social y posicionalidad en la investigación sobre migraciones internacionales

La cuestión de la proximidad social puede abordarse, en términos generales, cuando pensamos en cualquier tipo de investigación en ciencias sociales. Planteaba Bourdieu (2010: 528) que, ya sea mediante aproximaciones con métodos cuantitativos o cualitativos, la investigación nos enfrenta a una situación de interacción social entre investigadora-informante; interacción que tiene lugar en el marco de determinadas estructuras sociales y que, por ende, afectan esta relación. Tanto la situación de la entrevista como la de la encuesta, parten de una asimetría entre investigador/a e informantes que viene dada porque es el/la primero/a quien determina los objetivos de la investigación y los usos que pretende hacer de la misma. A esta asimetría de partida, hay que sumarle otro tipo de asimetría, tanto o más importante aún: la asimetría social, que varía en la relación que se da entre investigadores/as y personas entrevistadas de acuerdo a los distintos tipos de capitales de que disponen unos/as y otras. Bourdieu destaca la importancia del capital cultural o los capitales lingüísticos, pero también son relevantes los capitales sociales o económicos (Bourdieu, 2010: 528-529).

Ante esta situación, mediante la reflexividad en nuestros procesos de investigación podemos no sólo percibir estas cuestiones sino también tomar nota de sus efectos múltiples, interviniendo en la interacción social de distintas maneras e intentando reducir la violencia simbólica que supone esta situación de intrusión cuando investigamos en ciencias sociales. Una forma de intervención en la entrevista tiene que ver con la escucha activa y metódica por parte de la investigadora, que nos permite tener en cuenta la singularidad y particularidad de la historia de la persona entrevistada, evitando una dirección cerrada de la entrevista pero, por otro lado, nos permite realizar una construcción metódica fortalecida por nuestro conocimiento de las condiciones objetivas bajo las cuales se mueve el discurso. De esta forma evitamos el otro extremo, que sería la apertura total de una entrevista no directiva (Bourdieu, 2010: 529).

Además de estas formas de intervención sobre la interacción en la situación de entrevista, Bourdieu (2010: 529-531) menciona un aspecto relevante para la investigación en general, y significativo para la investigación sobre migraciones internacionales en particular: se refiere a la intervención que se realiza en la misma estructura de la relación. Esta intervención tiene que ver con la proximidad social y se puede manejar en cierta forma en la misma elección de las personas que entrevistan y son entrevistadas. Según el autor, la proximidad social puede reducir la violencia simbólica en la situación de entrevista y la “distancia” se acorta cuando hay algo que asemeja a la persona que entrevista y la persona entrevistada. A través de esa proximidad, la objetivación que se produce en el proceso de investigación hace emerger un “nosotros” dentro del cual también se incluye la persona que investiga. Sin embargo, cuando las situaciones son demasiado próximas, esta “cercanía” juega un rol ambivalente, porque a la vez que permite generar un vínculo de confianza y facilita la interacción (algo más difícil cuando la distancia es muy grande), también puede significar una limitación; por ejemplo, cuando conduce al entrevistado a omitir enunciar

ciertas cuestiones que naturaliza o le parecen evidentes, impidiendo el cuestionamiento de lo que se considera “normal” o “natural”. En este sentido, la proximidad social también forma parte de un juego a través del cual la persona entrevistada se protege y termina, no necesariamente de forma consciente, imponiendo a la persona que entrevista los temas de la conversación y las preguntas, evitando aportar datos objetivos sobre su propia trayectoria.

En este sentido, lo deseable sería generar en la entrevista un ejercicio de autoanálisis provocado y acompañado, que habilite a la persona entrevistada también a interrogarse a sí misma, guiada por las intervenciones de la persona que entrevista, pero que la lleven a realizar un ejercicio de explicitación, que puede resultar tan gratificante como doloroso, en el que se expresen o enuncien experiencias o reflexiones que quizá habían quedado reservadas o reprimidas. En este ejercicio de autoanálisis provocado y acompañado, Bourdieu considera conveniente que el/la investigador/a construya la situación de entrevista con intervenciones realistas, comprometidas con el diálogo, que faciliten un desarrollo de la entrevista lo más espontáneo posible, incluso cuando lo/la comprometen de forma personal, antes que pretender una posición de neutralidad o alejamiento con la posición de la persona entrevistada. Cuando en la entrevista nos situamos en una relación semejante, de proximidad social, “el interrogatorio tiende naturalmente a convertirse en un socioanálisis de a dos, en el cual el analista está atrapado y puesto a prueba en la misma medida que la persona a la que interroga” (Bourdieu, 2010: 531).

La reflexión sobre la proximidad social o posicionalidad ha estado también presente en la investigación sobre migraciones internacionales. En tanto la variable de los orígenes nacionales subyace esta temática, el debate sobre la posicionalidad se articuló a través de una división arquetípica respecto al objeto de estudio y los sujetos de la investigación: la de *insider/outsider*. La posición de *insider* se produce cuando el/la investigador/a forma parte del grupo estudiado en la investigación, mientras que la de *outsider* se articula cuando sucede lo contrario –posición que además coincide con formar parte de la mayoría de la población “autóctona” (Carling et al., 2014: 36). Esta apreciación es clave a la hora de repensar la posicionalidad en esta investigación: por un lado, porque la división arquetípica *insider/outsider* habitualmente ha sido pensada *en y desde* el contexto de la “sociedad” *de destino o lugar de llegada*, donde se asume que se lleva a cabo la investigación que, además, se centra en el estudio del fenómeno de la *inmigración* dentro de la trayectoria migratoria (Carling et al., 2014: 38). En el caso de esta investigación, al abordar el estudio de los procesos migratorios de retorno –aunque implique indagar su despliegue desde el momento de la *emigración*, a través de la *inmigración* y una vez que la *migración de retorno*, como desplazamiento físico-geográfico se ha producido– esa primera división de *insider/outsider* se va a articular desde el espacio de la “sociedad” *de origen o el lugar de partida*. Espacio que ahora se resignifica como *lugar de destino* y donde se llevó a cabo una parte importante de la investigación –prácticamente, todo el trabajo de campo–. Este sería un primer aspecto a partir del cual la construcción de la posición de la investigadora respecto a esta división arquetípica debe ser repensada.

Un segundo supuesto de esta división es el de poner en el centro de la lógica que divide estas posiciones el origen nacional, tanto de la persona que investiga como de los informantes, remitiendo a la pertenencia o no pertenencia a un determinado grupo. Este supuesto propio del nacionalismo metodológico, que circunscribe los fenómenos sociales y su estudio a los límites del Estado-nación, ya hemos visto en el capítulo 1 que ha sido cuestionado por la perspectiva transnacional y podría extenderse la crítica a la centralidad parcial que la categoría del origen nacional tiene a la hora de definir la posición de investigadores/as e informantes. Conforme las investigaciones pueden, y de hecho lo hacen, no limitarse a un solo espacio geográfico demarcado por fronteras nacionales su carácter multisituado altera las posiciones al atravesar fronteras en el proceso de investigación y moverse por distintos espacios y contextos. Es en este sentido que recurrimos a la definición de *territorios fronterizos* de Anzaldúa (2016: 42) en esta investigación, en tanto nos ayuda a pensar ese espacio de la investigadora en “estado constante de transición”, en ocasiones como “lugar vago e indefinido”, o mejor dicho, (re)definido en cada tránsito, cruce o encuentro concreto.

Así como a la proximidad social se le adjudican determinadas ventajas o desventajas a la hora de la interacción social en la situación de entrevista, lo mismo sucede con las posiciones arquetípicas del *insider/outsider* en la investigación sobre migraciones internacionales. Mientras que a la posición de *insider* se le atribuye mayor proximidad social respecto al informante, en tanto el/la investigador/a pertenece al grupo y comparte códigos lingüísticos o culturales que pueden facilitar el acceso al campo y la interacción, la distancia marcada por la posición de *outsider* podría facilitar que ciertas cuestiones que se dan por sobreentendidas se expliciten en la investigación. Pero las implicaciones de esta división no son solamente metodológicas, o propias de la mayor o menor facilidad a la hora de aplicar determinadas técnicas de investigación, sino también de carácter político. En este sentido, la posición de *outsider* cargaba connotaciones coloniales, mientras que se le atribuía a la posición de *insider* cierto carácter “emancipatorio” (Carling et al., 2014: 38). Pero lo importante es que, aunque la división *insider/outsider* en función del origen se torne central cuando pensamos las investigaciones y su definición en términos etno-nacionales, estos/as investigadores/as cuestionan esta división y argumentan que el origen nacional es solo un elemento alrededor del cual se articulan las pertenencias o identidades. Es un elemento-frontera, levanta una división entre un *nosotros* y un *ellos* que distingue entre los migrantes y el resto de la sociedad. Sin embargo, al pensar la posicionalidad sólo en términos etno-nacionales se corren dos riesgos: por un lado, el de empañar o invisibilizar otras dimensiones que también son relevantes; por otro, el de esencializar las pertenencias o identidades. Como apunta Gregorio (2014: 300), el esencialismo, la naturalización y la reificación que entrañan estas ideas implican eludir “las diferentes posiciones de poder presentes en la interacción social en el trabajo de campo”. Nos impiden, en definitiva, pensar la posicionalidad de forma más matizada:

“Las categorías etno-nacionales parecen espantapájaros que oscurecen una realidad multi-dimensional pero, sin embargo, forman parte de la realidad con la cual tenemos que relacionarnos. Las divisiones etno-nacionales pertenecen a un discurso que está

mucho más allá de nuestro control, pero podemos contrarrestar las tendencias esencializadoras adoptando una aproximación más matizada a nuestra propia posicionalidad” (Carling et al., 2014: 39).

La centralidad del origen nacional en la articulación de las posiciones de *insider/outsider* ha sido asimismo cuestionada desde una aproximación interseccional al objeto de investigación. En tanto las pertenencias e identidades se articulan también a partir de otros factores o variables, el origen nacional no es *la única* importante. Habitualmente, prestamos tanta atención a sus efectos que esto termina invisibilizando aquellos que en la relación en el campo son producidos por otro tipo de dimensiones. Bourdieu planteaba que las distancias sociales podían acortarse teniendo en cuenta otros aspectos como el género o la clase; desde la perspectiva interseccional también se ha puesto el énfasis en la importancia de incluir en nuestros análisis múltiples variables a la hora de articular distintas posiciones sociales. Posiciones que también intervienen en la interacción social en el trabajo de campo. En el caso específico de los estudios migratorios, si nos planteamos que las posiciones de *insider/outsider* no se articulan sólo a partir de una única dimensión –el origen nacional– esto implica dejar de concebir la posicionalidad bajo la forma de una *dicotomía* de categorías excluyentes, y repensarla como un *continuo* en el que ambas posiciones se articulan de forma *dinámica y relacional*, en función del *contexto específico* de la interacción social y de las posiciones que investigadores/as e informantes ocupan en ese encuentro, en función de distintas variables y categorías que resultan significativas en el marco concreto de cada investigación.

De acuerdo con Carling, Erdal y Ezzati (2014) tener en cuenta otras dimensiones distintas al origen nacional en la interacción entre investigadores e informantes nos conduce a repensar otro tipo de posiciones alternativas al considerar el *continuo insider/outsider* y esto no implica negar que esta dimensión esté operando, sino visibilizar otras que también pueden tener efecto en la relación –como la edad, el género, las competencias culturales o lingüísticas, la religión, la experiencia migratoria u otras experiencias que puedan aportarnos semejanzas y aproximarnos socialmente a los informantes, como la maternidad o la paternidad, etc.–. De esta manera, siguen considerando las barreras de grupo socialmente construidas –las cuales son parte del paisaje en el que operan los/las investigadores/as– pero destacan la complejidad y la fluidez de la posicionalidad en el campo, producto de la multidimensionalidad que lo atraviesa.

A partir de sus experiencias de investigación, estos autores plantean una serie de “terceras posiciones” (Carling et al., 2014: 49-51), que no pretenden ser exhaustivas ni excluyentes pero que habilitan otras formas de pensar la posicionalidad más allá de la división arquetípica del *insider/outsider*, a saber:

1) *Tercera parte explícita*: cuando la identidad reconocible del/de la investigador/a no comparte ni el origen de los migrantes que investiga, ni el de la mayoría de la población donde lleva a cabo su trabajo. Esta posición ofrece flexibilidad para acortar distancias con diversos grupos en función de otras dimensiones, pero también plantea un desafío,

en tanto su interés en la investigación puede parecer algo enigmático y generar especulaciones.

2) *Insider honorífico*: cuando se trascienden o permean las barreras del origen nacional a través de otros factores, como las habilidades lingüísticas, la competencia cultural, el compromiso sostenido con el grupo de migrantes y se ocupa esta posición de forma gradual.

3) *Insider por proximidad*: cuando el investigador comparte con los informantes la experiencia de la migración pero no el origen nacional y a partir de esa experiencia crea una base común con el grupo y trasciende las divisiones etno-nacionales.

4) *Híbrido insider-outsider*: cuando se comparten características tanto con el grupo migrante como con la mayoría de la población en el país de destino. Este trasfondo es relevante para establecer proximidad y confianza, pero también puede contribuir a balancear las proximidades y distancias en la relación entre el investigador y los informantes.

5) *Insider aparente*: se comparte el origen nacional, un trasfondo importante para establecer proximidad y confianza, pero otras dimensiones hacen que el/la investigador/a sea visto/a como *outsider* y crean una distancia que requiere un análisis más detallado de las respuestas –edad, clase social, nivel educativo o género–.

Un ejemplo de esta última posición, relevante para esta investigación, emerge cuando se comparte el origen nacional pero la experiencia migratoria supone una distancia de las condiciones objetivas experimentadas en las trayectorias (por ejemplo, la situación administrativa, la inserción laboral, los lugares de residencia y la propia trayectoria migratoria). El interés de esta posición de *insider aparente* radica en que se puede articular o no en cada encuentro, dependiendo de la trayectoria particular de las personas entrevistadas y de cómo el/la investigador/a es visto/a con respecto a sus propias experiencias. En este sentido, cada encuentro es un pulso entre la proximidad y la distancia en la relación entre informante e investigador/a.

Una vez delineadas las principales cuestiones relativas a la proximidad social y a la posicionalidad en la investigación sobre migraciones internacionales, veamos a continuación cómo estos aspectos han atravesado esta investigación en concreto.

I.2. Investigar los procesos de retorno en territorio fronterizo

Si la estrategia metodológica de mi tesis es multisituada voy a empezar por multisituarme yo [...] Ahora, por ejemplo, escribo a 11.000 metros de altitud, desde ese lugar muy mío, que conecta Madrid y Buenos Aires, el 1/3-2/3 de mi vida.

Diario de campo, 29 de agosto de 2012
(durante el vuelo a Argentina, para realizar la primera fase del trabajo de campo)

Al abordar la cuestión de cómo se ha articulado mi propia posición en esta investigación sería absurdo obviar la relevancia que el origen nacional ha tenido en todo el proceso. Reconozco que este aspecto (aunque no sólo) ha atravesado la elección del tema de tesis, las preguntas de investigación, el recorte temporal de las trayectorias migratorias que decidí estudiar, el acceso a las redes de informantes y también los recursos disponibles para llevar a cabo el trabajo de campo. Desde cuestiones logísticas –para organizar las estancias– hasta otras de carácter afectivo o emocional –para transitar el proceso de investigación que ha implicado una serie de retornos temporales para mí– todo eso está relacionado con mi propia trayectoria y experiencia como migrante; como *emigrante* en Argentina y como *inmigrante* en España. Algunos aspectos relativos a esta cuestión se han ido planteando en el anterior capítulo metodológico. Sin embargo, lo que no se explicitó es que esta experiencia migratoria está imbricada, como la de cualquier e/inmigrante en tramas colectivas, familiares y afectivas. Este epígrafe no pretende ser un ejercicio autoetnográfico, aunque sí reflexivo sobre la posicionalidad de la investigadora en el desarrollo de esta tesis, y específicamente en el trabajo de campo; o como plantea Gregorio (2014: 300), un intento de “restituir de esta forma el valor del conocimiento desde mi propio cuerpo, en tanto sujeto de acción que experimenta, siente y se emociona”. En este sentido, podemos decir con Esteban (2004: 2) que “[l]a influencia de lo vivido sobre lo escrito es tan importante que creo que ha llegado ya el momento de explicitarlo y de contribuir a un debate minoritario pero necesario”.

Si se tiene en cuenta la división arquetípica de *insider/outsider* y sólo se toma en consideración la categoría del origen nacional, mi posición en la investigación se articula como la de una investigadora *insider*. Podríamos presuponer, entonces, un alto grado de proximidad social con mis informantes; como miembro del grupo puedo compartir aspectos relativos a la pertenencia o la identificación, el manejo de códigos lingüísticos o culturales. Sin embargo, si se sigue la clasificación propuesta por Carling, Erdal y Ezzati (2014), mi posición se parece más a la de una *insider aparente*, articulada por una dimensión que ha sido clave en el proceso de investigación y que ha marcado cierta distancia en el campo: esta es la diferencia en la trayectoria y experiencia migratoria respecto a la de las personas entrevistadas. Al investigar los procesos migratorios de retorno, el propio objeto de investigación era el que a la vez me acercaba y me distanciaba. Como investigadora migrante, no solamente compartía el origen nacional con los informantes, sino también la experiencia de la emigración de Argentina y la inmigración en España –en algunos casos, incluso en la misma ciudad–, pero al mismo tiempo entre los muchos aspectos que nuestras trayectorias podían no tener en común uno fue especialmente relevante: el hecho de no haber retornado a Argentina, al menos no de forma “permanente”. Esto no quiere decir que el retorno imaginado o las movilidades de retorno en estos años no hubieran atravesado mi trayectoria personal y el proceso de investigación, sino que lo relevante para el trabajo de campo ha sido el hecho de no compartir la experiencia del retorno, no como lo proyectaban y vivían los informantes en relación con la permanencia, por provisional que esta fuera. Mientras que compartir la experiencia migratoria –de la emigración y la inmigración como base común– pudo facilitar el acceso al campo, la interacción en las entrevistas y la construcción del vínculo de confianza, al mismo tiempo mi no-experiencia del retorno

dejaba un espacio en el que había una historia que contar, que no era evidente para mí y que necesitaba ser explicitada por parte de las personas entrevistadas. Esta diferencia aportó cierto balance entre proximidad y distancia, una posicionalidad más híbrida y dinámica.

La posición de *insider aparente* es quizá la que refleja de forma más clara esa idea de continuidad entre las posiciones de *insider/outsider*. Recordemos que ambas se articulan en cada encuentro y en función de las trayectorias particulares de los informantes y la investigadora; la posicionalidad es entonces fundamentalmente relacional, se da en un contexto específico y en función de los lugares que cada parte ocupa respecto de distintas categorías. El tránsito entre posiciones en este continuo se produce en el marco de la interacción entre investigadora e informantes y cada una de las partes asigna sentidos de forma mutua, en función de marcadores, más o menos evidentes o intuitivos, de distintas categorías sociales; como puede ser el sexo, la edad, la clase social, la religión, la nacionalidad, el nivel de estudios, etc. A partir de estas categorías se pueden pensar las similitudes y diferencias que constituyen múltiples “nosotros” y “ellos” que varían de un contexto de interacción a otro, y de un momento a otro dentro de una misma interacción. Partiendo de este argumento, veamos a continuación cómo se articularon algunas de estas posiciones en el trabajo de campo mediante algunos ejemplos.

El primero nos permite ilustrar cómo la posicionalidad se va articulando en la interacción y no solamente a partir de las intervenciones de la investigadora, sino también a partir del discurso de los/las informantes, porque es precisamente una articulación que se da de forma dinámica y relacional. Esta es una entrevista a un hombre de 34 años, que hice en el año 2012. El informante había vivido cuatro años en Barcelona, entre el 2001 y el 2004, y llevaba ocho años en Buenos Aires desde el retorno. Teníamos en común habernos ido ambos poco antes de los eventos de diciembre del 2001, una edad y nivel de estudios similar e incluso ambos crecimos en la misma zona del conurbano bonaerense, con lo cual nuestras posiciones y trayectorias de clase también se asemejaban. Sin embargo, la diferencia de nuestras experiencias migratorias, el hecho de él haber vuelto y yo no, marcaba una distancia que se hizo explícita en un momento determinado de la entrevista. Reproduzco a continuación un extracto clave; en ese momento estábamos conversando sobre las percepciones acerca de los contextos del lugar de origen y el de destino y cómo habían cambiado a lo largo del tiempo:

Cuando volvés pasa lo mismo, te volvés a meter en la inercia de lo que pasa acá y hoy, no sé, vos o cualquiera que viene dice: “Buenos Aires es re-insegura” o “Argentina es re-insegura”. Bueno, qué sé yo si es inseguro. Nosotros ya nos volvimos a acostumbrar y tomamos precauciones. Pero bueno, cuando uno aleja la mirada y pierde ciertas costumbres, veíamos cierta inseguridad en Argentina y que la cosa estaba bastante crítica; en términos de descontento popular. Pero bueno, eso es cuando venía. Cuando volví, ya Argentina estaba comenzando una recuperación, que a mí me tocó vivir (Ariel, 34 años, E10).

Lo relevante del extracto es analizar cómo se articula la posicionalidad en el encuentro entre la investigadora y el informante en términos relacionales y dinámicos en función de la experiencia migratoria como marcador de esas posiciones. Las trayectorias son distintas en la dimensión espacio-temporal y el entrevistado las aborda en su discurso a través de dos lógicas: una inter-relacional, a través de la cual el informante articula su posición en relación a la trayectoria de la investigadora (al tiempo que la posiciona a ella); y otra intra-relacional, mediante la cual el entrevistado da cuenta de las distintas posiciones que él mismo ha ido ocupando en distintos momentos de su trayectoria migratoria.

En este sentido, va conjugando sujetos, tiempos y espacios en una dinámica de inclusión/exclusión de presentes/pasados, aquí/allí, donde el entrevistado ubica a distintos nosotros/ellos. La primera referencia a *“cuando volvés, te volvés a meter en la inercia de lo que pasa acá”* habla de una posición que corresponde a las personas retornadas en general que ubica en un tiempo presente y en Argentina. Esta posición contrasta con la siguiente, un *“vos o cualquiera que viene”* significativo, en tanto incluye a la propia investigadora en el grupo de emigrantes, los que se fueron y “vienen”, pero no “vuelven”; es decir, vienen de forma ocasional o temporal, no vuelven de forma permanente. La posición de *insider/outsider* en relación al marcador de la experiencia migratoria se termina de articular y contraponer en la siguiente frase: *“nosotros ya nos volvimos a acostumbrar”*. El “nosotros”, los que “ya nos volvimos”, los retornados, entre los cuales se incluye el propio entrevistado termina por explicitar un “ellos”, que puede ser *“vos o cualquiera”*, pero que en cualquier caso son claramente *outsiders* de esa experiencia. Sin embargo, a continuación el entrevistado articula otra posición a través de la cual matiza sutilmente el corte antes impuesto y se aproxima a la posición de la investigadora, la frase *“cuando uno aleja la mirada y pierde ciertas costumbres, veíamos...”* hace referencia a un “nosotros inmigrante” en España que implica una experiencia de distanciamiento, de alejamiento de la mirada, de pérdida de costumbres –como, por ejemplo, tomar precauciones– costumbres que se pierden “corporalmente”, como explicó en otro momento de la entrevista. En resumen, se refiere a una posición y una experiencia compartida que él es capaz de comprender en tanto *ha pasado por allí*. Por último, las diferencias que marca entre *“cuando venía”* y *“cuando volví”*, nos hablan de distintos tipos de retorno, temporales y permanentes, que el entrevistado distingue a partir de una trayectoria de retorno asentada (lleva 8 años residiendo en Argentina) y que según su discurso articula diversas posiciones que influyen en su forma de percibir los contextos que lo rodean.

Hemos visto un ejemplo concreto donde las fronteras de la división arquetípica entre las posiciones de *insider/outsider* se vuelven porosas, en tanto se articulan en el discurso membresías que implican inclusiones y exclusiones basadas en dimensiones distintas a la del origen nacional. Este ejemplo ilustra además cómo la posicionalidad se va articulando de forma dinámica y relacional en cada interacción, a medida que el informante desarrolla su discurso, se posiciona a sí mismo al tiempo que posiciona también a la investigadora. En este caso concreto, el análisis funciona de acuerdo a las categorías y experiencias de emigrantes, inmigrantes y retornados permanentes y

temporales, en relación con las distintas trayectorias migratorias. Respecto a la posición de la investigadora, se ve claramente como la división *insider/outsider* se desactiva fácilmente como dicotomía, y cómo la imagen de continuo relacional sobre el cual investigadora e informante van adoptando diversas posiciones resulta más apropiada. Al incorporar al análisis otro tipo de categorías o dimensiones, distintas a la pertenencia etno-nacional, es posible detectar las transiciones de un lugar a otro del continuo, transiciones que en definitiva dan cuenta del carácter híbrido que las posiciones pueden adoptar en este tipo de investigaciones.

La posicionalidad de *insider aparente* se (re)articula a lo largo del encuentro en función de la información que investigadora e informantes comparten a lo largo de la entrevista. En determinados momentos, en los que se abordan cuestiones sensibles o polémicas, ha sido habitual que las personas demanden información personal a la investigadora. Querían saber con “quién” estaban hablando, a “quién” le estaban confiando sus experiencias. En este sentido, como plantea Callejo (1999), en ocasiones:

“[P]ara que la investigación sea metodológicamente más potente, en relación con los objetivos pragmáticos de la misma, tiene que ser procedimentalmente menos metódica. Paradoja: la forma de ser *más científico*, de poder seguir produciendo discursos científicamente originales, es siendo *menos científico*, es decir, rompiendo con los procedimientos estandarizados” (Callejo, 1999: 472).

Quizá el procedimiento menos estandarizado de una entrevista es establecer un vínculo de confianza en el que quede abierta la posibilidad de que se inviertan sólo esporádicamente los roles entre quién, en principio, está legitimado para preguntar y quién para ser preguntado. Es una apertura tácita, no explícita, que emerge en la misma interacción, surge sobre la marcha de la conversación, se establece en el “tono” cercano e informal del diálogo. La situación de entrevista conlleva ciertas “imposiciones fundacionales” –las del propio encuentro, las de los temas abordados, las de las posiciones de partida de entrevistador/a-entrevistado/a (Jociles, 2006)– y cierto intrusismo convenido en la vida íntima de los/las informantes; en este sentido, cuando éstos/as presuponen cercana la experiencia de la propia investigadora, parece conveniente que ésta encaje sin sobresaltos la formulación de algunas preguntas personales en la situación de entrevista. Esta situación no anula el contrato comunicativo, porque ninguna de las partes pretende invertir los roles durante el encuentro, simplemente quedan habilitadas ciertas licencias que favorecen suavizar asimetrías. El volumen de información que los/las informantes soliciten a la investigadora siempre será ínfimo en comparación con lo que sucede en la dirección inversa y así se ha constatado en la experiencia del trabajo de campo. Por lo tanto, quizá sea más contraproducente la negativa de la investigadora a facilitar tal información, que mostrarse dispuesta a compartir algunos aspectos concretos de su experiencia en el caso de ser requerida.

La calidad y cantidad de información que la investigadora facilite dependerá de cada situación concreta. En ocasiones, las personas entrevistadas tenían distintos niveles de conocimiento sobre la trayectoria de la entrevistadora (en función de las vías de

contactación, directas e indirectas) y en cada momento concreto de la entrevista la/el informante se animaba (o no) a requerir ciertos datos específicos sobre la misma. Cómo y cuándo las/los investigadoras/es comparten información similar sobre sí mismas/os es un aspecto central de la gestión de la identidad en el campo y en la construcción del vínculo de confianza en la interacción. Veamos el diálogo que se estableció en un encuentro concreto, en un momento específico, que tenía una carga emocional significativa para la entrevistada en tanto estábamos conversando sobre los vínculos afectivos y familiares:

Cada vez que venía las despedidas eran horribles. Además siempre me iba con la fantasía de que mi papá se iba a morir y yo no iba a estar. Gracias a dios murió ahora, hace nada. No, porque... [*se emociona, llora*] Para mí fue grandioso, volver y que él ... como si me hubiera estado esperando, ¿viste? Me pude despedir, la nena lo pudo conocer... ¿Vos estás con tu papá acá?

No, mi familia está allá.

Pero, ¿vos te volviste?

No, todavía no.

Pero, ¿estás por volver?

No. No lo sé, no lo sé.

¿Estás evaluando?

Sí, tengo que hacer la tesis primero. Cuando escriba la tesis ya tendré momento de...

(Lucía, 45 años, E47)

Ante situaciones de entrevista en las que se comparten experiencias especialmente emotivas, no ha sido extraño que surgieran preguntas dirigidas a la investigadora, de forma que sus respuestas ayudaran a la persona entrevistada a situarla de forma más o menos cercana a sus propias experiencias. En el caso concreto expuesto, la entrevistada, tras emocionarse al hablar sobre la muerte de su padre, se anima a preguntar y repreguntar a la investigadora acerca de su propia experiencia familiar y migratoria. Las respuestas reflejan, por otro lado, la posición particular e indefinición del propio proyecto migratorio de la investigadora en un momento concreto del trabajo de campo. Más allá del sentido estratégico que esa indefinición pudiera tener de cara a situarme en el continuum *insider/outsider* respecto a los sujetos de investigación, recuerdo la experiencia de la segunda estancia en Argentina, en el año 2013, como un momento especialmente conflictivo respecto a mi propia trayectoria y relación con un hipotético retorno “permanente”. En estos casos de proximidad social el trabajo de campo va acompañado también de un trabajo emocional de la persona que investiga, expuesta en ocasiones a vulnerabilidades similares a las de los sujetos que participan en la investigación, cuando se enfrentan desde distintas posiciones a las ambivalencias que

atraviesan los procesos migratorios. Y la expresión de estas ambivalencias tiene menos que ver con pretender cierta neutralidad o alejamiento de la situación, sino por el contrario, con efectuar “intervenciones realistas” (Bourdieu, 2010) por parte de la investigadora que también da cuenta de su compromiso personal en el diálogo, facilitando un desarrollo si se quiere más “espontáneo” en la ejecución y dinámica de la entrevista.

La conveniencia respecto a que la persona entrevistada conozca ciertos aspectos de la trayectoria de la investigadora es una cuestión a evaluar en cada contexto de investigación y en cada momento concreto de la entrevista, pero tampoco es sencillo sujetar esta evaluación a cálculos realizados *a priori* sobre los efectos que el instrumento de medida tendrá en cada interacción. Veamos algunos ejemplos en los cuales los informantes disponían de distintos niveles previos de información sobre la trayectoria de la investigadora y cómo esto puede resultar productivo en distintos sentidos a la hora de elaborar discursos que pueden encerrar cierto carácter emotivo o polémico. El primer caso se trata de una informante a la cual llegué por un contacto indirecto y que tenía un nivel de información bajo sobre mi trayectoria. Había transcurrido algo más de una hora de entrevista y la informante comenzó a manifestar sus percepciones sobre “los argentinos” en España.

Yo, acá [en Argentina], siempre trabajé bien, mi idea de irme no fue por un fracaso acá, ¿entendés? [...] Vivía bien, tenía un trabajo que me gustaba. Me vinculaba con gente de ahí, tenía todas mis amistades, mi familia. O sea, no fue porque por ahí yo dije... que eso sí me pasó, encontrarme con muchos argentinos resentidos.

¿Sí? Contame.

Yo te digo, sinceramente, para qué te voy a engañar. Yo les huía mucho a los argentinos. Porque a mí, cierto perfil, no todos, porque uno no puede generalizar, ¿no? Pero el argentino resentido con el país... “No, que la Argentina es una mierda, qué sé yo, qué sé cuánto.” Y vos decís: está bien, bueno, es su experiencia pero, por otro lado, vos te fuiste de la Argentina, sos un profesional, qué se yo, y acá estás... O sea, son valoraciones, no lo voy a criticar de nada, bueno, qué se yo, no sé... irte de acá siendo arquitecto para ir a dedicarte a pintar casas, ¿entendés? No porque sea... cualquier trabajo es bueno, pero quiero decir... Y encima, decir que tu país, que te formó, que te dio todo lo que tenés, ¿es una mierda? No, a mí eso me daba mucho odio, esa actitud. Porque como yo no me fui en esas circunstancias, por ahí por eso no los entiendo. Pero me dolía, no me gustaba. Y aparte yo por ahí soy muy peleadora entonces... terminaba en discusión. Y después que el argentino, los argentinos, somos muy, en eso nos parecemos a los italianos, ¿viste? Somos muy conventilleros, ¿viste? Somos muy de llamar... yo me acuerdo, entraba a El Corte Inglés, yo miraba y decía: argentino, argentino, argentino, así, ¿eh? Porque son ruidosos, ¿viste? Se hacen notar, es como que... en realidad yo creo que, por otro lado, está un poco mal, porque si vos te vas a integrar a una sociedad trata de ponerte a la par de... por lo menos no gritar. Qué se yo. Invasivos, ¿viste? Por ahí, prepotentes. Qué se yo. [...] Pero no, eso sí, te soy sincera, yo a los argentinos les huía un poco, sí, sí, sí, sí. En serio, ¿eh? Depende como te vincules también pero, en general, los que me he encontrado yo... Después, otros no... pero tenían mucho este odio... En realidad, por ahí en muchos casos comprensible, porque había mucha gente que había perdido todo, ¿viste? No era joda, había mucha gente que perdió sus casas, sus ahorros, sus empresas, era tremendo. Del 2001 a esa parte se habían ido todos por la debacle que había habido, entonces la gente estaba muy dolida también con todo lo que había pasado. Y tenían mucho desprecio

también, a toda la situación. Y bueno, sí. Lamentablemente, es un país de corruptos, y es así. Porque la gente, nosotros los argentinos pensamos más en el bolsillo que en el futuro del país. Mirá el gobierno que hay (Marta, 40 años, E13).

Media hora más tarde estábamos conversando sobre los motivos por los cuales la entrevistada había decidido volver. Tras relatar un episodio trágico en el seno de su familia, el cual tuvo un peso importante para articular el retorno, en un ejercicio similar al del ejemplo anterior, la informante interroga a la investigadora acerca de su propia situación familiar.

Y... nada, yo creo que el punto de inflexión fue ese. Fue esa decisión, sentí mucha culpa.
¿Vos tenés hermanos?

Sí, tengo tres. Están todos en Palma de Mallorca. Y mis dos hermanas tienen hijos.

¡Ah! ¿Están todos allá?

Sí, mi papá, mi mamá. Mis hermanos.

Y ¿cuándo se fueron ustedes para allá?

Bueno, mi hermana mayor...

¡Y yo diciéndote eso de los argentinos!

No, pero no pasa nada, no te preocupes.... de la gente te hacés amiga si coincidís, ¿viste?

Claro, pero yo quiero decir, no el hecho de ser argentino te obliga a...

Claro, no, obvio (Marta, 40 años, E13).

La experiencia de la entrevista con esta informante apunta a la relevancia que tiene la información sobre la investigadora en el transcurso de la entrevista cuando se habita este tipo de territorios fronterizos. Es probable que la informante haya situado a la investigadora en posiciones y condiciones de clase cercanas al entorno de quien facilitó el contacto y de allí su sorpresa al comprobar la trama de migración familiar que podía acercarla tanto a ella como a los miembros de su familia a la descripción de aquellos argentinos inmigrantes en España “del 2001 a esa parte”, de los cuales la entrevistada “huía”, dadas las características “generales” antes comentadas (¿sería la entrevistadora y/o sus familiares portadora o portadores de ese “cierto perfil” de argentinos resentidos, conventilleros, invasivos, prepotentes?).

La posicionalidad en la situación de entrevista se negocia en cada intercambio, es una cuestión de segundos, de lo que se tarda en pronunciar seis palabras de más, o de menos. “*Están todos en Palma de Mallorca*”, para el caso concreto. La intención de la intervención de la investigadora era en realidad la de aproximarse a la situación de la informante explicitando que también tenía hermanas y hermanos y sobrinos y que

tampoco vivían cerca. Es decir, que compartía la experiencia de vínculos afectivos a la distancia. Sin embargo, el hecho de haber localizado geográficamente al grupo familiar recondujo a la informante al discurso que había pronunciado previamente e hizo notar en tono “jocoso” el sentido polémico que sus palabras podían llegar a tener para la investigadora. Inmediatamente se intentó restar importancia y minimizar cualquier tipo de implicación personal, incluso aproximarse estratégica e indirectamente al punto de vista de la informante para reducir posibles distancias. No puedo asegurar que la informante no hubiese compartido sus percepciones de igual forma de haber contado con antelación con más información sobre la trayectoria de la investigadora, pero sí cabe intuir que la entrevistada procuró ser algo más “cuidadosa” en sus siguientes intervenciones. Sin embargo, ello no fue óbice para expresar “libremente” sus “verdaderas” opiniones, especialmente aquellas relativas a cuestiones de política nacional. Un cuarto de hora más tarde, estas eran sus palabras:

Y siguen ahí, la gente los sigue eligiendo porque les tiran un pancho y un tetrabrick de vino, le tiran un plan, le tiran el fútbol para todos. Bueno... leé, vos leé la descripción de populismo, vos lo debés saber, sos socióloga. Esto es el populismo. Esto es el populismo, como lo ves. Y ahora hay cierto ataque a la clase media, por lo de la manifestación. El tema del cepo al dólar, que tienen un tema económico, porque obviamente se quedaron sin guita, y es el tema de querer castigar a la clase media. Cuando este país ha sido un país orgulloso de su clase media, porque te permitía el progreso. Vos estudiabas, y “mi hijo el doctor”. Eso es así, y ahora dicen que los que van a la manifestación están bien vestidos. ¿Y? ¿Qué es eso? “Que están bien vestidos”. Y te lo dice un funcionario de primera línea. Vos los escuchás hablar y no lo podés creer. Yo no sé qué opinión tendrás vos de esto, pero, la verdad, mirá, mi deseo es que la gente se termine de despertar de esta especie de placebo que nos han metido, y esta sensación de poder consumir, que no es tal, para mí, porque yo llego a fin de mes con lo justo y tengo un trabajo que cobro un buen sueldo. No me puedo quejar, y llegar, llego. Yo no sé cómo hacen las familias que tienen chicos, y sí, malabares. Entonces yo, ya te digo, espero que la gente se despierte y se dé cuenta, y que la sociedad se decida de una vez de querer vivir en un país en serio (Marta, 40 años, E13).

Este pasaje discursivo nos lleva a considerar los aspectos relativos a la “reflexividad empírica” en el nivel metodológico planteados por Callejo (1999) y no confundir ésta con la reacción o reactividad que se produce cuando los sujetos se resisten a la observación.

“En el caso de la reflexividad empírica, los sujetos pueden resistirse; pero lo importante durante la situación de observación es que, tanto su posible colaboración, como su posible resistencia, se encuentran dirigidas por la previsión de la aplicación de los resultados de la investigación. En la reacción, el resultado, directa o indirectamente buscado, es deshacer la observación, que esta no se realice. En la reflexividad, que la observación se realice de una determinada manera, afin a los intereses de los observados en la misma” (Callejo, 1999: 453).

La proximidad social y la posicionalidad interfieren en la reflexividad empírica que se produce en la propia investigación como proceso social, es decir, en las posibles estrategias de los informantes y sus expectativas acerca de los resultados de la

investigación. En este sentido, los marcadores de posicionalidad de la investigadora pueden ser entendidos como “señales” recogidas por los/las informantes, parte de su “acción estratégico-instrumental” (Callejo, 1999: 476). Recurrir a ciertas características del sujeto que investiga, como sus “estudios” y/o presuponerle ciertos “conocimientos”, como hace la entrevistada en el extracto anterior, forma parte también de la estrategia de los propios informantes en la situación de entrevista, estrategias no sólo dirigidas a crear cercanía y complicidad entre las partes, sino también a “colaborar” en la investigación al mismo tiempo que validan y legitiman su propio discurso, apoyándose o no, según convenga, en las posiciones que atribuyen a la investigadora. La posibilidad de que los informantes se “resistan a la objetivación” en la relación de entrevista fue una cuestión también planteada por Bourdieu:

“No habría que creer que, gracias a la sola virtud de la reflexividad, el sociólogo pueda alguna vez controlar por completo los efectos -siempre extremadamente complejos y múltiples- de la relación de encuesta, porque los encuestados también pueden jugar con ella, consciente o inconscientemente, para intentar imponer su definición de la situación y volcar en su provecho un intercambio entre cuyas apuestas se cuenta la imagen que tienen de sí, y que quieren dar y darse a sí mismos” (Bourdieu, 2010: 533).

En otras situaciones de entrevista, cuando el nivel de conocimiento acerca de la trayectoria de la investigadora era mayor y las posiciones entre las partes algo más cercanas, esta base común podía propiciar en el diálogo un espacio de reflexión sobre aspectos que la persona entrevistada reconocía no poder compartir en otros espacios. En este sentido, las estrategias o apuestas relacionadas con la imagen que las personas entrevistadas tienen de sí, y quieren dar o darse a sí mismas en la situación de entrevista también puede ser interpretada como parte de un juego discursivo productivo para los propios resultados de la investigación. En este sentido, que las/los informantes orienten el diálogo y el intercambio para “su provecho” no significa necesariamente que esta jugada se realice en detrimento de los intereses y provechos de la propia investigación. Veamos otro ejemplo relacionado con esta cuestión. Se trata de una entrevista con una informante que conocía indirectamente algunos aspectos de la trayectoria de la investigadora. La cercanía del vínculo (en principio a partir de un contacto indirecto) fue construida a lo largo de un año, ya que la entrevisté en dos fases distintas del trabajo de campo y durante algún tiempo mantuvimos el contacto a través de las redes sociales. Pactar la segunda entrevista no fue sencillo, la informante había atravesado un año difícil en distintos aspectos y mostró cierta resistencia a ser entrevistada, aunque finalmente accedió al encuentro. Una vez allí el vínculo de confianza construido se manifestó de diversas formas, tanto en la manera que nombra a la investigadora, como en el contenido de su discurso, cuando opta por elaborar con mayor profundidad ciertos aspectos que no habían sido tratados en la entrevista anterior¹⁰⁶ (aunque la entrevistada crea que sí):

¹⁰⁶ Este aspecto de las segundas entrevistas se replicó en distintas ocasiones. En los segundos encuentros los informantes aportaban nueva información sobre aspectos no tratados en el primero, datos que

Y, sabés qué me pasa, Lau, que también, cuando digo todo eso que pienso... caigo en la cuenta de lo que estoy diciendo, y... porque tengo una parte –que creo que te lo decía el año pasado– que hay cosas que no digo a la gente. O sea, que no digo porque son incapaces de entender. Y, aparte, yo soy una loca para mucha gente, yo sé que te lo digo a vos y no te va a parecer... ninguna aventura extraordinaria [...] No sé. Y todo esto, todas estas ideas, todas estas ganas de viajar, de ir, volver, ahorrar, así de esa forma, no sé qué... sin la presión de la dependencia de los años para la jubilación y todo eso –que es una cosa que no la puedo incorporar en mí, no puedo, no puedo– lo puedo hablar con cierta gente. Con casi todo mi entorno no, y con mi familia menos. Cuando lo hablo con mi familia, automáticamente se me pincha el globo (Cecilia, 29 años, E35/II).

En pasajes como este es posible identificar como la informante incorpora algunos marcadores de la investigadora que la ayudan a sostener parcialmente en el diálogo sus propias posiciones. La proximidad social en esta situación concreta venía dada por el conocimiento mutuo, aunque parcial, de las trayectorias migratorias de ambas y también de las incertidumbres y ambivalencias que las atravesaban. Partiendo de esta base, de esta proximidad, la informante presupone que su presentación, que la imagen de sí misma que proyecta en su discurso, no le parecerá nada “extraordinaria” a la investigadora. Sin embargo, aprovecha esta apreciación para precisamente cuestionar aquel sentido común, al contrastarlo con otros órdenes de legitimidad que interpelan la trayectoria de la entrevistada y frente a los cuales se resiste, en tensión. Estos órdenes están relacionados con las expectativas que rodean a ciertas prácticas y representaciones atribuidas a un *deber ser y hacer* adulto, orientado al asentamiento, a la estabilidad, a la construcción, a la previsión, todos aspectos que se muestran incompatibles con su propia trayectoria, sus proyectos vitales y, en definitiva, sus deseos.

La tarea de promover las condiciones que establezcan una comunicación “no violenta”, o “menos violenta”, pasa también por socializar en la situación de entrevista, a través de la proximidad social, una participación intelectual y afectiva en la interacción, por explicitar un conjunto de disposiciones compartidas, de prácticas y representaciones que, asociadas a la experiencia migratoria de informantes e investigadora promueve que las preguntas planteadas en el diálogo, y aún “las más brutalmente objetivantes de esas preguntas” no se manifiesten como “amenazantes o agresivas, porque su interlocutor sabe perfectamente que comparte con él lo esencial de lo que lo llevan a transmitir y, al mismo tiempo, los riesgos a los que se expone al transmitirlo” (Bourdieu, 2010: 530-531). Decía Bourdieu que el/la investigador/a no debía olvidar que al objetivar al interrogado se objetivaba a sí mismo/a. La proximidad social en la situación de entrevista habilita no sólo que el/la investigador/a no olvide esta cuestión, sino que son

ayudaban a reinterpretar algunos aspectos clave de sus trayectorias, a comprender los motivos de algunos silencios, olvidos u omisiones. Dos casos ejemplares de esta situación fueron los de informantes que en el segundo encuentro se animaron a explicitar trayectorias familiares complejas y problemáticas, por ejemplo, experiencias de exilio en la infancia o de cuidados a algún miembro de la familia drogodependiente. Experiencias que reelaboraban y ahora relacionaban de una u otra manera a sus propias trayectorias migratorias, a sus deseos de distancia o cercanía en distintos momentos de su ciclo vital, en sus formas de entender y afrontar su propia movilidad.

los/las propios/as informantes quienes se encargan de recordárselo. Llamadas de atención que ponen en evidencia la socialización de los riesgos, de la exposición a la vulnerabilidad. En forma de preguntas o afirmaciones fueron numerosas las ocasiones de interpelación directa a la investigadora, de búsqueda de lugares de paso compartidos. “No sé si a vos te pasará...”, o “a vos te pasará”, han sido algunas de las frases frecuentemente utilizadas por las/los informantes. Frases conectoras de experiencias vitales; la mayoría de las veces, dichas al pasar, sólo para proseguir con el relato procurando proporcionarle una base algo más firme; en otras ocasiones, tras la enunciación, esperaban una respuesta. Recuerdo un informante que en un momento determinado de la segunda entrevista, conversando sobre las emociones que lo atravesaban cada vez que volvía a Argentina de visita, las palabras, los recuerdos, se le resistían; tras dar algunos rodeos me respondió con una pregunta: *¿te puedo preguntar a vos qué sentís?*. Le dije que sí, (de hecho, ya había formulado la pregunta) pero que, si no le importaba, me reservaría esa respuesta para el final de la entrevista. Acto seguido, respondió la pregunta. Al final de la entrevista, yo también le respondí.

En la situación de entrevista, cierta distancia facilita que en situaciones como la previamente descrita, la entrevistadora pueda reservarse la información que da y cuándo la da. El manejo de este tipo de situaciones se torna más complejo cuando la relación afectiva es algo más cercana, por acción u omisión, y cuando el nivel de información con el que cuenta el informante no es un aspecto que la investigadora pueda controlar. Este fue el caso con un informante que mantenía una relación de amistad con los familiares de la investigadora, aunque no de forma directa con ella. En este escenario, el nivel de conocimiento de las trayectorias de cada una de las partes no dependía sólo de lo que se hubiese compartido en las situaciones de entrevista, sino también de todo aquello que pudiera haber sido facilitado por terceros, algo que quedaba fuera de los cálculos y dentro de la mera especulación. En el segundo encuentro, llevado a cabo en el lugar de trabajo del informante, apareció en escena su padre (este traía una suma de dinero del entrevistado, en euros, que la investigadora llevaría a España y le depositaría en una cuenta bancaria)¹⁰⁷. Conocía por la entrevista anterior algunos datos sobre él y su trayectoria migratoria, así como también algunos aspectos relativos a la relación paterno-filial, incluso había coincidido con su padre personalmente en una estancia previa, algo que ninguno de los dos recordaba. El encuentro descontracturado entre los tres, las razones y motivos que allí lo traían, el vínculo de confianza establecido con el hijo, todo propició la incorporación momentáneamente del padre en la situación de entrevista. Reproduzco a continuación

¹⁰⁷ Este tipo de prácticas fueron comunes durante el trabajo de campo. En el marco de las entrevistas, intercambiar información útil con algunos entrevistados, facilitar información sobre realización de trámites, empresas de mudanzas, envíos de dinero de Argentina a España a familiares por vías oficiales. Dentro y fuera de las entrevistas, en los casos de mayor proximidad, llevar y traer regalos, objetos encargados, dinero. En algunos casos, alojar a los informantes o conocidos de estos, así como a intermediarios en el trabajo de campo en la casa de la investigadora en Madrid. Todo esto ha formado parte del *sistema de prestaciones totales*, en términos de Mauss (1923-1924/2009: 75).

un extracto de lo allí sucedido, de interés en relación con la posicionalidad de la investigadora y las negociaciones sobre la marcha del contrato comunicativo:

Hijo- ¡Él es mi papá!

¡Sí! Yo lo conocí, hace un par de años lo vi. ¿Qué tal? ¿Cómo está?

Hijo- Laura, esta es una trotamundos. Que va viene, va viene. [risas]

Padre- ¿Te vas para España?

Sí. Vivo ahí.

Hijo- Ella vive en Madrid.

Padre- Ah, mirá.

Vos sos de allá ¿no?

Padre- De Pontevedra.

Hijo- Me está entrevistando.

Mirá, ahora se juntaron las dos generaciones. [risas]

Hijo- Vos estás haciendo una tesis para la facultad.

Sí, yo estudio el tema de las migraciones. Mirá, justo ayer me encontré la tesis de un chico, que la hizo en Madrid, que era sobre el retorno a Galicia.

Padre- ¿Un tipo que se vino de allá para acá?

No, era un tipo que hacía el mismo trabajo que yo, ya lo hizo, pero era sobre el retorno a Galicia.

Padre- ¿Retorno de acá o de allá?

De acá para allá. No, la que yo hago sería al revés, de argentinos que se fueron a España y que volvieron a Argentina

Padre- Pero los que están allá y están trabajando, acá no vuelven, ¿qué van a hacer acá? ¿Argentinos decís vos?

Hijo- Sí. Y bueno, ¡yo me fui y volví!

Y sí, hay de todo, hay de todo.

Padre- Lo que pasa que acá ahora no está pasando por un buen momento, la inseguridad, fundamentalmente. España debe ser igual también. No por la seguridad.

¿Vos volviste a Pontevedra?

Padre- ¡Sí! Estuve en el 93 y en el 2009.

Ah, hace poco, ¿y tenés familia allá?

Padre- Sí, tengo una tía, una hermana de mi mamá, que vive todavía, por lo menos creo que vive todavía. Sí, y después tengo primos en Madrid también.

Hijo- Lo que pasa que es más difícil, ¡él se clavó acá veinte años sin ir! ¡Claro! ¡Es diferente! Y aparte en la época que vino él, la comunicación no es como ahora. Vos ahora te manejas por Whatsapp, por mail, por Facebook, ¡por todo! Entonces, hay una fluidez. En aquel momento ¡qué sé yo! Hace cuarenta años o cincuenta años, te mandabas una carta ¡y tardaba veinte días! Entonces la fluidez con la familia se cortaba.

Pero, ¿cuantos años tenías cuando viniste?

Padre- Catorce.

Claro, eras muy chico, vos no te volverías a ir, ¿no?

Padre- ¿Ahora? ¿A esta edad? No.

Hijo- No, pero, ¡tampoco te hubieses vuelto veinte años atrás!

Padre- [*silencio*] En una época quise irme, pero... yo vine acá a los catorce y a los veinte me tocaba la colimba y yo me fui a hacer la revisión y todo, acá en el consulado, para irme. Mi mamá no quería, bueno, no es que no me dejó, yo decía: me voy, me voy y punto. Pero me dijo: no, qué te vas a ir... No me fui en ese momento, después ya no te podés ir, después se te complica mucho, ya pasan acá tanto años, y la familia, y todo, lo tenés todo acá.

Hijo- Lo que pasa que eso te pasó... como a vos, vos te fuiste, está tu vieja, está tu viejo, están tus hermanos... Él de alguna manera vino con la hermana, con el padre, vino con la madre...

Padre- ¿Vos tenés tu familia allá?

Claro, mi familia viven todos en Palma, César los conoce. Vos pasaste alguna navidad con ellos, ¿no?

Hijo- ¡Sí!

Padre- No venís más para acá.

Bueno, yo soy la única que vivo en Madrid, ahora me voy a Inglaterra. Pero mis padres, mis hermanos, y cuatro sobrinos que nacieron allá están todos en Palma de Mallorca. Lo que pasa que yo nunca viví en Palma de Mallorca.

Hijo- Ellos no se vienen más. Tus viejos no se vienen más, tus hermanos tampoco (César, 42 años, E9/II).

Ese cambio tácito del contrato comunicativo, que emerge con la presencia del padre, pero también con una decisión de la investigadora de incluirlo en la conversación y dirigirse a él de forma directa, supuso un cambio para todas las partes. En primer lugar, el informante aclaró que la entrevista se la estaban realizando a “él”. Sin embargo, al

detectar la intención de la investigadora, incluye al padre situándolo en el contexto de la entrevista. Se dirige a la investigadora constatando con ella el motivo de su presencia y aclaran así la situación, el marco del encuentro y de la investigación. La investigadora dirigió su atención a la trayectoria del padre, con este desvío la indagación se amplió al entorno familiar del entrevistado, a una experiencia articulada colectivamente. Con la intención de indagar en las experiencias de retorno (y no retorno) del padre del entrevistado, la investigadora formula una pregunta en medio de una afirmación, asumiendo el riesgo de una reacción no más que cortés, frente a lo evidente: *Claro, eras muy chico, vos no te volverías a ir, ¿no?* Plantearle la posibilidad de retornar a España a una persona mayor de 70 años, que vivió en Argentina desde los catorce años parecía un sin sentido. Algo que ambos se esforzaron por explicitar. El hijo, resaltando la diferencia entre las experiencias migratorias intergeneracionales, de padre e hijo. El padre, explicando los motivos por los cuales su posibilidad de retornar a día de hoy era improbable, pero también develando una historia no sabida por el hijo, sus deseos de retornar a España en la juventud a realizar el servicio militar, una decisión que desautorizó su madre y que fue quizá lo que impidió que el resto de su vida hubiese transcurrido en España.

No era tan difícil de entender, pero aun así, por si a la investigadora le quedaba alguna duda, o mejor dicho, para que todo esto fuera más comprensible, parecía oportuno poner un ejemplo: “como a vos”, dijo el entrevistado dirigiéndose a la investigadora, y recurrió a la historia familiar de la misma para rematar el argumento. A la luz de los reposicionamientos establecidos, si la investigadora había incluido al padre del informante en la situación de entrevista, no parecía descabellado que el informante incluyera también a la familia de la entrevistadora, legitimado por su propio vínculo. Así como la incorporación del padre del entrevistado a través de las preguntas de la investigadora había propiciado dejar al descubierto estrategias o experiencias hasta el momento no dichas en el entorno familiar, lo mismo sucedió con la investigadora. Mediante las intervenciones y afirmaciones de los entrevistados “[vos] no venís más para acá”, “ellos no se vienen más”; entre ambos, dejaron al descubierto las estrategias probables, pero no dichas o no compartidas, de la propia investigadora y su entorno familiar. Quedamos a mano.

Cuando investigamos en ciencias sociales, en migraciones internacionales o en cualquier otro campo, puede resultar interesante hacer el ejercicio de poner sobre el papel algunas reflexiones acerca del proceso de investigación. En este caso concreto he querido compartir estas páginas que elaboran algunas cuestiones relativas a la proximidad social y la posicionalidad en esta investigación en concreto. Siguiendo a Bourdieu:

“El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen” (Bourdieu, 2010, p.528).

En este sentido, el ejercicio aquí realizado no es tanto un esfuerzo por “dominar” los actos de construcción de la práctica de investigación que plantea Bourdieu (aunque también) sino que se centra algo más en poner sobre la mesa lo que en ocasiones, de forma inevitable, se escapa a ese dominio. Reflexionar también sobre las dificultades de ejercer tal control, siempre, de la misma forma, en cualquier instancia y situación del proceso de investigación. Porque como hemos visto, las posiciones y lugares desde donde la investigadora “actúa”, no son unívocos, ni fijos, por el contrario, son múltiples y dinámicos; transita por *territorios fronterizos*, negociados en cada momento y lugar desde donde se lleve a cabo el proceso de investigación. Por ello, desde esos territorios se articulan y construyen posiciones que tienen algo efímero, pero que en su localización provisional colaboran en la construcción de conocimientos situados, en referencia a los puntos de vista y los lugares concretos desde donde observamos, conocemos, y explicamos determinados fenómenos sociales.

Hemos visto con distintos ejemplos cómo esta observación no está sólo sujeta a la voluntad de la investigadora, a su hacer y deshacer en la práctica de su disciplina, a su construcción y deconstrucción de categorías, sino que es producto de relaciones establecidas con otros sujetos, las y los informantes que participan en la investigación, que también hacen y deshacen, construyen y deconstruyen, y aplican sus propias categorías, a sí mismas/os y a quien acude a su encuentro, y al encuentro con su discurso. Sus intervenciones nos conducen a diversas formas de observar, a distintos puntos de vista acerca de lo que sucede en un determinado contexto, sus condiciones de vida y así mismo nos alertan acerca de cómo también nuestros cambios en las formas de percibir estas realidades están sujetas a nuestras propias movilidades y experiencias. Lo que nos tocó, o no nos tocó vivir. Aquello de lo que fuimos o no testigos. Es necesario estar alerta a las alertas, porque la posicionalidad está atravesada por la “reflexividad empírica” que se produce en la situación de observación, cuando la observación crea observadores, es decir, “cuando la situación de observado se constituye en una especie de reobservación, de juego del observado para observar al que observa y, tal vez, definir su observación” (Callejo, 1999: 453). Pensar la posicionalidad implica tener en cuenta la reflexividad empírica y la posibilidad de objetivarla exige, según Callejo, un “doble esfuerzo”:

“En primer lugar, asumir a los observados como sujetos. En segundo lugar, relevante desde el nivel metodológico, incorporarse a su mundo de vida. Sólo así puede suspenderse – para retomarse después – la relación sujeto-objeto. Esfuerzo por situarse en el mundo de la vida de los observados que no es igual en todas las prácticas de investigación social” (Callejo, 1999: 470).

Estos esfuerzos, o esta posibilidad de objetivación, cuando investigamos las migraciones internacionales desde este tipo de posicionalidad híbrida en el continuo *insider-outsider*, se traduce en una práctica que esté alerta y pendiente de tomar nota de los múltiples tránsitos y reposicionamientos que incluyen no sólo a los sujetos que participan en la investigación, sino también a la misma investigadora a lo largo del proceso de investigación social, en tanto el mundo de vida de los observados, es también, pero sólo en parte, el mundo de vida de quién observa. Esto no quiere decir que no se requiera

ningún tipo de esfuerzo de incorporación; por el contrario, lo que se requiere es precisamente un ejercicio fino de extrañamiento, de observación de las grietas de esos mundos, de las fisuras que habiliten la entrada y romper así con la ilusión de que una supuesta y “evidente” proximidad social con los informantes nos conducirá inevitablemente a una presupuesta comprensión del objeto de la investigación.

Parte II

4. IDAS

Retornos en la emigración. Estrategias frente a la incertidumbre

En algunas situaciones extremas, los actores parecen tener una capacidad sorprendente de no acordar con todo lo que los sociólogos supuestamente dan por sentado para comenzar a trabajar. Abandonar el marco fijo de referencia que ofrecía el éter, como hicieron los físicos, parece, visto en retrospectiva, un asunto más bien simple, comparado con aquello a lo que tendremos que renunciar si queremos dejar a los actores en libertad de desplegar la plena inconmensurabilidad de las actividades con las que hacen mundos.

Bruno Latour (2008: 44)

¿Cómo rastrear los procesos de retorno en las experiencias migratorias? ¿Con qué mimbres se teje su trama? El objetivo de este capítulo es comenzar a delinear sus múltiples formas desde el inicio de las trayectorias migratorias. La experiencia migratoria está completamente atravesada por el retorno; se inicia con la certeza de la partida y la incertidumbre de la vuelta. Y desde esa incertidumbre se alimenta una imagen del retorno que tiene algo quimérico o fantasmal, y que desde algún lugar profundo juega con la imaginación, los deseos, los miedos y los sueños de quienes parten. Pero no se trata aquí de bucear en esas profundidades, sino de prestar atención a lo que emerge en la superficie, y para ello vamos a rastrear cómo el retorno aparece en las experiencias de la emigración analizando los proyectos migratorios ¿Qué percepciones tienen las personas migrantes sobre el retorno en el momento de la partida? ¿Qué sentidos adquiere la vuelta en sus proyectos migratorios? ¿Qué lugares ocupa en la fase inicial de sus trayectorias migratorias? Estas son algunas de las preguntas que guiaron las páginas que siguen a continuación.

Analizar los proyectos migratorios conlleva situar el objeto de estudio en un momento anterior a la partida, dirige nuestra mirada a la experiencia de la emigración como una fase concreta del proceso migratorio. En el capítulo dos, desde una aproximación macro, analizamos la emigración como un fenómeno que es más que la suma de desplazamientos individuales entre dos puntos, más que el producto de decisiones y cálculos exclusivamente racionales. Por el contrario, planteamos la emigración como un fenómeno que se (re)produce en unas determinadas coordenadas espacio-temporales, es decir, en el marco de unos contextos socio-históricos particulares que lo dotan de

sentido. Desde una perspectiva micro, la emigración también trasciende el hecho del desplazamiento físico. La emigración es una experiencia de deseos, emociones, planes y expectativas a partir de las cuales se articula el movimiento. El proyecto migratorio será entendido aquí como las micro-coordenadas espacio/temporales que identifican los sujetos para explicar el fenómeno del que son protagonistas; en otras palabras, el proyecto migratorio se refiere a aquellos elementos discursivos a partir de los cuales se construyen los relatos de la emigración. Relatos donde se entremezclan las respuestas a “por qué”, “para qué”, “cómo” y “cuándo” partir. En el momento de la partida se inicia una trayectoria migratoria que a la vez se entremezcla con otras –trayectorias familiares-afectivas, educativas, laborales, etc.–. Es al calor de esos cruces que emergen proyectos migratorios heterogéneos y, por eso mismo, también múltiples sentidos del retorno en la experiencia de la emigración. Ambas cuestiones serán analizadas en este capítulo.

Aunque a primera vista resulte paradójico, rastrear los sentidos de “volver” al “ir” es un primer paso en el intento no sólo de dar cuenta del sentido procesual de las migraciones de retorno, sino también de construir una mirada que en lugar de preocuparse por “retener” un fenómeno que se le escapa y luego adjetivarlo de “escurridizo”, en lugar de intentar encorsetarlo en categorías rígidas que luego se ven desbordadas, se anime a “deslizarse” con él en el análisis y capte, aunque sea parcialmente, sus posibles devenires, intermitencias y transformaciones, a través de las experiencias migratorias concretas. Escurridizas son las abstracciones que se alejan excesivamente del mundo de la vida.

4.1. *Lugares comunes: la presentación de (la persona en) los proyectos migratorios*

Los proyectos migratorios pueden ser tantos como sus protagonistas y cada participante en esta investigación forma parte de un proyecto único: el de su propia historia de migración y de vida. Las páginas que siguen a continuación de ninguna manera pueden, ni deben, dar cuenta en detalle y al completo de esta diversidad; tampoco la analizan en función de todas las variables posibles con el fin de construir una tipología de proyectos migratorios y migrantes. Por el contrario, exploran los proyectos a la luz de unas pocas dimensiones que –sin pretender ser exhaustivas, ni exclusivas, ni excluyentes– resultaron significativas al indagar en los sentidos de los retornos y sus conexiones con una de las primeras fases de las experiencias migratorias. Dado que el objetivo es identificar las asociaciones entre retorno y emigración, resulta más apropiado utilizar alguna categoría espacial que nos permita pensar los proyectos migratorios como “lugares” donde poder rastrear las huellas del retorno. De acuerdo con esta idea, analizaremos los proyectos migratorios como *topoi*, es decir, como *lugares comunes* a partir de los cuales los sujetos (se) explican su proceso de emigración. Siguiendo a Casado (2002: 12), se utiliza aquí la idea de *topos* como lugares retóricos a partir de los cuales se ordenan y componen memorias y discursos. En este caso nos ayudan a identificar las localizaciones de las memorias y los discursos compartidos acerca de los proyectos migratorios.

Recurrir a los *topoi* como categoría analítica resulta estratégico por distintos motivos. Por un lado, porque nos permite entender los proyectos migratorios no solamente como portadores de “motivos”, entendidos como “conexiones de sentido” *típicas* que guían una acción con arreglo a fines (Weber, 1964: 11-12), sino también conexiones de sentido *tópicas*, es decir, como lugares comunes, compartidos y locales, atravesados por múltiples elementos que describen un punto y un momento de partida, donde se entremezclan emociones, razones, objetivos, inquietudes, planes, impulsos, circunstancias, deseos. En definitiva, elementos a partir de los cuales los sujetos elaboran los argumentos que explican y legitiman su decisión de emigrar. Por otro lado, porque a la vez que nos permite reconocer esa heterogeneidad de elementos que componen los proyectos migratorios, también nos ayuda a identificar los *lugares comunes* a partir de los cuales los sujetos organizan sus relatos, privilegiando unos aspectos sobre otros. En términos de Ibáñez (2003: 43), la posición topológica no transforma los bordes en términos, no amputa los espacios de intersección. En este sentido, los *topoi* no son exclusivos, ni excluyentes; los proyectos migratorios son producto de múltiples combinaciones y estas se irán transformando a lo largo de las trayectorias. Así, la identificación de estos *diferentes lugares comunes* donde los discursos de los informantes inscriben el inicio de las trayectorias migratorias, y también las posiciones que ocupan en los proyectos migratorios, no anula sin embargo la comunicación y las intersecciones entre ellos.

En relación con las posiciones, analizaremos dos cuestiones. La primera tiene que ver con su articulación en el continuo autonomía/heteronomía, donde encontramos, por un lado, proyectos migratorios que son diseñados y planificados desde el inicio de las trayectorias por los propios sujetos y en el marco de los cuales toman la decisión de emigrar, frente a otros proyectos que son definidos y planificados por otras personas, es decir, donde los protagonistas de la historia no detentan necesariamente la “autoría” de los proyectos. En medio, proyectos donde pesa la ambivalencia, característica a su vez de la autonomía, tal y como es entendida en esta investigación. Siguiendo a Bastia (2013: 163), la autonomía se relaciona con las capacidades y habilidades para tomar decisiones sobre la propia vida, pero al mismo tiempo, está imbricada en las relaciones sociales y de poder, que en este caso intervienen en el proceso de toma de decisión de emigrar. La segunda cuestión consiste en analizar los distintos momentos del curso de vida en los que la emigración entra en escena. Las trayectorias migratorias se enredan con otras trayectorias (laborales, educativas, de clase, familiares-afectivas), y los distintos proyectos migratorios, al estar imbricados en estos cruces o intersecciones, se producen desde (y producen) posiciones diversas. El trabajo, los estudios, el viaje, la familia y el amor son cinco *topoi* alrededor de los cuales se organizan los discursos sobre los proyectos migratorios; cinco lugares comunes y privilegiados en los relatos de la emigración. Todos ellos son algo más que “motivos” para emigrar: son puntos de referencia donde la experiencia migratoria se incorpora a la vida de los sujetos, y serán analizados en las siguientes páginas. En definitiva, lo que aquí se sostiene es que necesitamos tomar en consideración la heterogeneidad de los proyectos migratorios de cara a comprender los diversos sentidos atribuidos a la migración de retorno en el momento de la partida.

El trabajo: de “nada que perder” a “perderlo todo”

“Hacer una diferencia económica”, “currar, tener dos euros”, “ir de vacaciones, laburando”, “tener una experiencia”, “probar suerte”, “ver qué onda”, “conseguir un trabajo”, “buscar estabilidad laboral”, “buscar otro horizonte”, “empezar de nuevo”. Hay muchas formas de contar la emigración por motivos laborales – elemento central en muchos proyectos migratorios–, pero los matices de estos *decires* apuntan a distintos *haceres* si entendemos los discursos como “prácticas discursivas” que articulan posiciones diversas, atravesadas por un juego de tensiones “entre el ámbito de las legitimidades y el de las prácticas concretas en situaciones concretas” (Martín Criado, 1998: 70). Los relatos que giran alrededor del trabajo se articulan desde las experiencias migratorias más heterogéneas –dada la diversidad de sujetos que las protagonizan y de circunstancias que las rodean–, pero tienen en común que se trata de proyectos migratorios “propios”, es decir, donde la emigración forma parte de un plan que, en mayor o menor medida, es definido por quien lo relata. Se trata de mujeres y hombres, jóvenes y adultas/os, que emigraron en algunos casos solas/os, en otros acompañadas/os –por amigas/os, algún familiar, una pareja y/o hijas/os–. En ocasiones, además de propios, los proyectos son compartidos, pero quienes los relatan otorgan a su posición cierta autonomía y se reconocen como sujetos activos, partícipes de la decisión de emigrar: explican el *porqué* de su partida y enumeran una serie de motivos; definen los objetivos de su emigración dando respuesta al *para qué*; en relación al *cuándo* y *cómo* partir, abundan los detalles sobre la planificación y el desplazamiento. Es cuando analizamos estos aspectos que observamos las diferencias y oscilaciones en estos discursos. A continuación, vamos a mencionar algunas que consideramos relevantes para, a posteriori, establecer algunos matices entre distintas formas de entender el retorno en el momento de la partida.

Dependiendo del momento del curso de vida en el que los proyectos migratorios se plantean y se llevan a cabo, la experiencia de la emigración por trabajo tiene distintas connotaciones. Comencemos con los casos de jóvenes que emigraron solos/as o en pareja, pero sin hijos. Mujeres y hombres que partieron en la veintena y en los primeros años de unas trayectorias laborales iniciadas, pero no consolidadas. La mayor parte se fue con estudios secundarios concluidos y alguna experiencia laboral en el sector servicios (hostelería, comercio, telecomunicaciones). En función de las trayectorias familiares y sus itinerarios de clase, algunos/as se incorporaron al mercado de trabajo antes de concluir los estudios secundarios (especialmente los de la fracción de clase media baja, como Adrián, Cecilia o Patricio), situación que les dificultó continuar otro tipo de formación. Quienes tenían estudios terciarios o universitarios en el momento de emigrar (Cocina, Educación Infantil, Dirección de Cine y Fotografía, Turismo, Diseño Gráfico, etc.) contaban con una incipiente experiencia laboral en su campo (son los casos de Valeria y su pareja, Marta, Marcos o Julia). Otros iniciaron estudios superiores pero los abandonaron antes de emigrar (Antropología, Psicología, Arquitectura, Agronomía, etc.). Esta fue la trayectoria de Jimena, Quique, Elena o Tomás. En cualquier caso, lo que interesa destacar es que se trata de jóvenes que se encuentran en

un momento inicial y/o de tránsito en el desarrollo de múltiples trayectorias y la emigración supone un punto de inflexión para todas ellas.

Respecto a la familia, para quienes vivían con sus progenitores emigrar es una estrategia para “independizarse” y llevar a cabo una transición que algunos/as sentían que se retrasaba, que “no llegaba”, dadas las precarias condiciones del mercado de trabajo y de su situación laboral. Así lo expresaron algunos entrevistados:

Y estaba un poco hinchado las pelotas, eso también es uno de los detonantes, ¿viste? Estaba muy difícil conseguir laburo y como que no podía independizarme. No había posibilidad de independizarse, porque estaba re-difícil. No podía irme de casa. Entonces bueno, como viendo... básicamente, me fui del país. Me fui a España (Marcos, 37 años, E41/I).

¿Dónde vivías vos en ese momento?

En ese momento vivía en la casa de mis viejos. Y fue todo un cambio, cambio de país, cambio de... era todo un reto, ¿viste? O sea, independizarme, no quería vivir más con mis viejos. Era todo una serie de... como veía que el laburo este en el que estaba y todo lo que había alrededor no... no lo veía claro. Yo también buscaba un poco eso de independizarme, tener mis cosas, y veía que la situación no llegaba y esa fue la excusa para todo un cambio interior, más que nada (Tomás, 33 años, E26).

La profundización de los cambios estructurales producidos en la década de los noventa (abordados en el capítulo dos) tuvo un fuerte impacto en la población juvenil. En Argentina la tasa de desempleo de los jóvenes entre quince y veintinueve años pasó del 10% en 1990 al 27,3% en 2002 (Minujin, 2010: 106). Durante aquella década, las dificultades de los jóvenes para insertarse en el mercado de trabajo fueron crecientes. Como explica Gandini (2014: 117), al aumento del desempleo y el subempleo se sumaban las reformas de la legislación laboral que habían introducido nuevas modalidades de contratación temporal –como los contratos por tiempo determinado, contratos en prácticas para jóvenes y contratos de trabajo-formación– que aumentaban las condiciones precarias de trabajo.

Para algunos/as, ya incorporados/as al mundo del trabajo pero en posiciones inestables y residiendo fuera del hogar de los progenitores, la emigración es la estrategia para no retroceder (y no volver a la casa de los padres), y para otros/as la única forma viable de mantenerse (cuando la situación económica familiar tampoco les permite volver). En algunos casos el proyecto migratorio también significó transitar a la convivencia en pareja. Más allá de estos matices, el trabajo es el elemento articulador de sus proyectos migratorios y en el momento de la partida se encontraban en alguna de las siguientes situaciones: empleados, con condiciones laborales precarias y sin expectativas de mejorarlas (como Laura, Tomás, Julia o Patricio); empleados, con temor a perder el trabajo (por ejemplo, María, Maxi o Pilar); desempleados, con escasa experiencia laboral y en búsqueda de un trabajo pero sin expectativas de encontrarlo (Jimena o

Marcos); y, por último, recientemente desempleados (Adrián o Cecilia). La percepción de estos/as jóvenes en el momento de partir –la mayoría lo hizo a lo largo de los años 2001 y 2002– era la de *no tener nada que perder* y que, por el contrario, llevar a cabo su proyecto migratorio les permitiría dar continuidad y viabilidad a sus trayectorias y expectativas. La emigración era una forma de dar el salto definitivo a la vida “adulta” y marcaba particularmente dos hitos, la salida de la casa de los progenitores (o evitar el regreso a la misma) y la inserción/continuidad en el mercado laboral:

Entonces, era medio desalentador todo el entorno, el horizonte que podíamos llegar a tener, más que nada no sé, yo tenía veintiuno o veintidós años en ese momento, no sé. O sea, como que ese desaliento te tiraba a decir, bueno, algo tiene que cambiar, y si no cambia esto, a lo mejor puedo cambiarlo yo, desde mi... o sea, no sé, puedo irme a otro lado donde pueda ir a ver qué panorama hay o, simple aventura, ir y ver, si no va, no va, o sea, tengo un respaldo acá como para decir me la juego un año, ¿me entendés? No pierdo nada, no pierdo mi familia, o sea, no tenía mucho que perder yo, o sea, el laburo, y bueno, el laburo lo puedo encontrar de vuelta o en otro lado, no era algo que... (Tomás, 33 años, E26).

El sentido de estos proyectos migratorios coincide con los hallazgos de Gandini (2014: 139), quien plantea que para estos jóvenes “la migración se convirtió en la transición que impulsó el paso a la adultez”, en tanto la percibían como una “oportunidad de cambio”. Pero como plantean Margulis y Urresti (1996), la juventud no se define como mera categoría etaria, sino como categoría socialmente constituida en marcos de sentido socio-históricos que condicionan múltiples formas y experiencias de ser joven. Según estos autores, la juventud está relacionada con dos tipos de moratorias: la “moratoria social” que posibilita postergar, de forma legítima y tolerada socialmente, ciertas exigencias y responsabilidades que marcarían el final de la juventud y tienen que ver fundamentalmente con la formación del hogar propio, tener hijos y vivir del propio trabajo; y una “moratoria vital”, que define la juventud como un período en el que se dispone de un excedente, un crédito o un plus temporal. Quien posee capital temporal tiene de su lado un espectro de opciones y posibilidades abiertas. En este sentido, los distintos proyectos migratorios juegan convenientemente y de forma selectiva con cada una de estas moratorias. Mientras que la relación con la “moratoria vital” es clara, la emigración se percibe como un proyecto que se emprende en el momento “adecuado”, cuando todavía son jóvenes y no tienen mucho que perder, la relación con la “moratoria social” es algo más ambivalente, en tanto la emigración tiene el objetivo de no postergar más algunas responsabilidades (como vivir del propio trabajo), pero es a su vez la que habilita en algunos casos a eludir otras (como la formación de familias, emparejarse y tener hijos).

El contexto de aquellos años tiene otras connotaciones en los proyectos migratorios de parejas de adultos-jóvenes que partieron, generalmente, en la treintena, y lo hicieron con hijos/as pequeños/as. En los casos entrevistados, las parejas tenían entre veinticinco y treinta y cinco años, y los hijos entre uno y cuatro en el momento de la partida (algunas trayectorias de este grupo son las de Lucía, Florencia, Agustín, Victoria,

Viviana, Gabriela y Héctor). Para ese entonces llevaban ya algunos años conviviendo en hogares independientes de los de sus progenitores e intentando apuntalar sus trayectorias laborales. En algunos casos, ningún miembro de la pareja tenía estudios superiores; en otros, ambos o al menos uno contaba con este tipo de credenciales y los esfuerzos estaban dirigidos a consolidar sus carreras profesionales. Fue la interrupción de estas trayectorias el principal motivo para tomar la decisión de emigrar. Independientemente del nivel de estudios, en todos los casos las personas entrevistadas mencionaron su situación laboral como el factor central alrededor del cual articularon sus proyectos migratorios.

Las partidas se producen a partir del año 2002 (entre 2002 y 2004) y se convierten en la estrategia para evitar quedar atrapados en un callejón sin salida. La pérdida del empleo (ya fuera autónomo o en relación de dependencia) los enfrentaba a una serie de tesituras que por todos los medios querían evitar: la imposibilidad de pagar la hipoteca o el alquiler de sus viviendas y, ante la dificultad de encontrar un nuevo empleo, tener que recurrir a la ayuda familiar, especialmente de sus padres, para afrontar los gastos básicos de vivienda y alimentación. Hay quienes resistieron de esta forma algunos años, esperando que la situación se solucionara y contrayeron deudas que generaron cierta tensión en el seno de la pareja; en otros casos evitaron esta situación ejecutando el proyecto migratorio con celeridad. Un aspecto fundamental de estas experiencias fue la carga emocional que tuvo la partida –tanto para quienes se iban como para quienes se quedaban– en relación con la emigración de los menores, cuestión que marcará de forma crucial estas trayectorias. La percepción de estas parejas jóvenes era que tenían que “intentar” en otro lado, encontrar la estabilidad laboral que les permitiera construir un futuro más seguro para sus hijos/as y para sí mismos y que les posibilitara retomar las trayectorias ya iniciadas en Argentina. Estos sentidos del proyecto migratorio en estos momentos de las trayectorias vitales quedan bien resumidos en las palabras de una de las entrevistadas:

Yo me fui con toda la ola del corralito, digamos. En el 2002. Mi exmarido se fue en junio y yo me fui en septiembre. Nosotros decidimos en el 2001, cuando yo estaba en el quinto mes de embarazo, irnos a España.

¿Cómo fue esa decisión? ¿Por qué la tomaron?

Porque nos cansamos. En esa época yo ya había renunciado a la docencia y trabajaba en clínica, como psicóloga. Soy psicóloga, trabajaba mucho con obras sociales. Y mi marido se había puesto una fabriquita de milanesas de soja. En el momento del corralito a mí me cortan la cadena de pagos y a él le empiezan a pagar con bonos. O sea, para ser gráfica, no teníamos ni para pagar un alquiler, ni para comer, o sea... lo gráfico fue pedirle prestado dinero a mi viejo para comprar comida y me pareció aberrante. Los dos trabajando, cuando me considero una persona idónea. Y él hacía rato que se quería ir, porque es hijo de español, el sueño de su papá era volver a España y él como que siempre tuvo esas ganas de irse, la que no quería era yo. Cuando yo estaba en el tercer mes de embarazo, a mí me intentan robar y yo me asusto mucho, y bueno, después me abollaron el coche a patadas, por dejarlo una sola noche fuera de la cochera, muchas cosas que estando embarazada me planteé si quería que mi hija creciera acá. Nos lo planteamos los dos, pero él ya lo tenía claro, la que dudaba era yo. Y después, como que me pareció

masoquista seguir quedándome acá, digo ¿por qué no intentar buscar otro horizonte? (Lucía, 45 años, E47).

Por último, podemos distinguir los proyectos migratorios de hombres y mujeres adultos, que partieron entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años, solos o en pareja, con o sin hijos/as. Sus relatos de emigración describen un panorama de adversidades que se cuenta sin rodeos, al tiempo que sin dramatismo. Si para los jóvenes la experiencia de la emigración se presenta en un momento en el que no tienen *nada que perder*, en el caso de los adultos la emigración emerge ante la posibilidad –o el hecho consumado– de *perderlo todo*. La primera pérdida es la del trabajo. A algunas personas entrevistadas, trabajadoras en relación de dependencia, tras ser despedidas les fue imposible conseguir un nuevo empleo (Horacio, Silvia y Juan Manuel). En otros casos, trabajadores autónomos o propietarios de pequeñas y medianas empresas, se fueron a la quiebra; por imposibilidad, cansancio o desesperanza, no quisieron intentarlo otra vez (Miguel y Eva). Así relata Eva aquellos tiempos:

La empresa, el negocio familiar estaba llegando ya a su fin, al fin de sus días, se estaba muriendo. [...] En el 98, ponele. Teníamos una casa hipotecada, para poder poner la empresa, que invertimos un montón de dinero, esfuerzo, que se fue, se dilapidó, uno sentía como se te escurría todo el esfuerzo, todo el dinero, toda la experiencia, se escurría y se iba. Era como si la arena... como los médanos, que se van (Eva, 68 años, E50).

Este giro en sus trayectorias laborales y su posición en el mercado de trabajo –estar “dentro” o “fuera” con más de cuarenta años–, fue un factor crucial para tomar la decisión de emigrar. Así lo relata un entrevistado que se fue en el año 2002, a los cuarenta y cinco años con su mujer y tres hijos a vivir a Canarias:

¿Cómo fue el momento de tomar la decisión? En la familia...

La decisión, por suerte mi mujer me acompañó, con todo el dolor del alma, pero es que no había alternativa. Acá la crisis del 2001, vos sos muy chica, pero fue tremendo, fue de un día para otro, encontrarte con que no tenías nada y sin ninguna posibilidad. Yo tenía cuarenta y cuatro años en ese momento, y fue cuando dije, o sea, es la última oportunidad que tengo para empezar de nuevo. Todas las búsquedas laborales y todos los puestos de cierta jerarquía a los cuales podía aspirar siempre eran hasta cuarenta y cinco años. O sea, todos los puestos de jefaturas, gerencias, etcétera, en Argentina. Y en España igual, siempre era hasta cuarenta y cinco. Entonces yo cuando dije tengo cuarenta y cuatro años, esto va a tardar muchísimo en recuperarse. Tenía serias dudas de que el país seriamente se recuperara, porque el palo aquel fue terrible, fue tremendo. Y dije viajo ya, a intentar empezar algo nuevo. Necesitaba un cambio, fue muy deprimente la situación en ese momento (Juan Manuel, 57 años, E52).

La pérdida del empleo amenazaba con desatar un efecto dominó. En algunos casos, la falta de ingresos y la suspensión del pago de créditos repercutió en la pérdida de la

vivienda familiar (Irma, Eva y Miguel). En estas circunstancias, un elemento habitual en los relatos es la conflictividad y la tensión en el seno de las parejas. En algunos casos, la emigración se produjo en el medio de procesos de divorcio (Horacio y Silvia), en otros, la partida era una forma de reforzar o reflotar vínculos a punto de hundirse. Entre los entrevistados la partida se produjo entre 1998 y 2006. Todos tenían estudios secundarios terminados (excepto uno), algunos estudios terciarios o universitarios iniciados, pero sólo uno contaba con credenciales universitarias que le permitieron continuar con su trayectoria profesional en España. En todos los casos tenían hijos/as, pero dependiendo de las edades emigraron o no con ellos, dando por resultado trayectorias familiares dispares: una pareja que emigra con su hijo menor, pero no con los hijos mayores (que ya han formado sus propios hogares); otra pareja que emigra con cuatro hijos adolescentes; un hombre divorciado que emigra solo y deja un hijo adolescente en Argentina, al cuidado de su madre; tres mujeres divorciadas, una que parte con dos menores, otra que deja en Argentina dos hijas mayores de edad (entre veinte y veinticinco años), y otra que en el momento de emigrar tiene algunos hijos viviendo en España y otros en Argentina, todos mayores de edad. Estos adultos que emigran son también, en algunos casos, abuelos. La mayor parte tiene a sus padres vivos en Argentina, siendo los cuidados en la vejez de estos mayores que se quedan una cuestión clave en sus experiencias migratorias. Sus proyectos se articulan alrededor del trabajo, de la falta y de la oportunidad; un trabajo que en el punto en el que se encuentran en sus trayectorias laborales puede ser “el último” y que esperan conseguir en un contexto más favorable, emigrando antes de que sea demasiado tarde.

En resumen, los proyectos migratorios que giran alrededor del trabajo como “lugar común” comparten la percepción de que la emigración es una oportunidad para retomar ciertas trayectorias que han sido truncadas, aunque las interrupciones se produzcan en momentos diversos de su ciclo vital, en general, y de sus itinerarios laborales, en particular. Mientras que entre los más jóvenes las dificultades están relacionadas con la imposibilidad de hacer efectivas las primeras inserciones laborales, en el caso de los adultos jóvenes la clave está en consolidar y mantener las posiciones alcanzadas, especialmente entre aquellos profesionales pertenecientes a la fracción de la clase media de servicios que se resisten a la devaluación de sus credenciales educativas. Por último, en las trayectorias de los adultos es donde en general se manifiestan con mayor claridad los efectos de un proceso de empobrecimiento que se produjo durante décadas y que fue poco a poco minando sus posiciones.

El viaje: una estadía de diez años

Hay proyectos cuyo punto de partida es “un viaje”. Es cierto que el viaje como desplazamiento forma parte de toda experiencia migratoria, pero no todas comienzan con el viaje como lugar común en el relato. Este es el caso de algunos/as jóvenes cuyas trayectorias educativas, laborales y familiares no difieren en realidad de las de los/las jóvenes descritas en el epígrafe anterior. Lo que sí supone una diferencia es la forma en la que relatan los motivos de la partida, así como la planificación y organización del

desplazamiento. Todo comienza con un viaje organizado, por lo general, con alguna amistad o en solitario; en realidad, no hay un proyecto migratorio como tal antes de partir, pero la predisposición a cambiar el itinerario sobre la marcha permite que vaya tomando forma en la trayectoria. En el momento de partir las personas entrevistadas tenían entre dieciocho y veinticinco años, todas habían terminado los estudios secundarios y algunas estaban cursando los primeros años de estudios universitarios (Arquitectura, Historia, Antropología, Trabajo Social). Estos fueron los casos de Ariel, Elena, Andrés y Paula, que pensaban retomar los estudios más adelante e incluso alguno aprovechar la oportunidad para redirigirlos, ya que no estaba del todo convencido con la elección. Los viajes se plantean como “unas vacaciones” (Ariel), “el típico viaje de esa edad” a Europa y con amigos (Andrés y Elena), de un par de meses o un año “sabático” (Paula). La indefinición inicial respecto a la duración de la estancia y su planificación son la marca de estos proyectos:

Bueno, yo me fui dos meses antes de la crisis de acá. La verdad que para ese entonces yo no tenía ni idea de la crisis que se venía, de lo que fuera, por lo tanto, la salida del país tiene más como... fue un momento personal, de determinar que estaba bueno estar en otro lado. Pero la ida, estar allá en España, no tiene el carácter de... muy de planificación. Yo me fui con un pasaje abierto porque me iba un mes de vacaciones. Lo cambié por un año. Me fui en noviembre, yo estaba en la facultad y en diciembre tenía que rendir materias. Entonces me fui pensando, bueno, de última marzo, mayo, estoy acá, rindo lo que sea (Ariel, 34 años, E10).

Volaron a ciudades desde las cuales planeaban continuar el recorrido hacia otros destinos; en algunos casos, estas ciudades “base” se convirtieron en sus futuros lugares de residencia. El tiempo que permanecieron en cada sitio fue variable, y a menudo el único límite “relativo” que solían identificar era el de la fecha del pasaje de vuelta, que en varios casos decidieron dejar pasar cuando tomaron la decisión de permanecer más tiempo en España. El carácter aventurero del viaje no es exclusivo de estas experiencias pero sí conforma con fuerza estos proyectos cuyo objetivo es, en sí, exponerse a las contingencias emocionantes de la travesía. La aventura está también presente en los proyectos migratorios por trabajo que relatan algunos adultos y jóvenes —especialmente en los de estos últimos—, pero en este caso la diferencia de matiz es que la aventura *es* el proyecto migratorio, al menos en sus inicios. Los mueve la curiosidad, las ganas de conocer nuevos lugares, gentes y costumbres, tener “experiencias”; un discurso vitalista que reviste de cierta levedad la decisión de partir, en tanto se presenta como un viaje libre de ataduras, improvisado, cuyo itinerario se irá definiendo en función de la intuición y los deseos del momento.

En ese momento, ¿qué te movía para irte?

Que desde la primera vez que fui a Miami, la sensación de me voy a donde quiera, cuando quiera, curiosidad, libertad. Diversión de... conocimiento, sí... más curiosidad... sí, no era ni una cuestión de ir a hacer dinero... ni una cuestión de dejar algo malo atrás. No. Era una cuestión de que en ese momento, a esa edad y como se había dado todo, tenía la

posibilidad de hacer lo que quisiera, y en ese momento era conocer el viejo mundo, ¿me entendés? Conocer Europa... Y eso, curiosidad, realmente en ese momento, curiosidad, y ¡estaba encantado de viajar! Lo mejor que me estaba pasando era tomarme un avión solo, llegar a un lugar donde no conociera a nadie, empezar todo de cero, era medio ambigua la sensación, ¡pero linda! (Lucas, 37 años, E48).

Yo trabajé toda la vida en gastronomía, desde los dieciséis años. Y empecé a estudiar acá, porque también me gusta mucho estudiar, aunque no lo vaya a... y empecé a estudiar Antropología. Y bueno, yo ya vivía sola a los diecinueve años, trabajaba y surgió la idea con un amigo, teníamos ganas de hacer algún viaje. Bueno, finalmente decidimos Europa, porque queríamos conocer y fuimos a España, ¿no?... Fue todo un poco... lo que nos fueron ofreciendo, ¿no? [...] Bueno, y nuestra idea era viajar, conocer un poco, no teníamos un tiempo de volver, pero teníamos la visa por tres meses. De todas maneras, yo que me considero una persona bastante enterada de las cosas, nunca me planteé el tema de si los papeles, ni... nunca, nunca lo tuve en cuenta en ese momento, ¿no? (Elena, 33 años, E12).

Tal es esta predisposición ante la hazaña que aquellos aspectos que pudieran llegar a constreñir la travesía –como una situación administrativa irregular– no suscitan mayores preocupaciones, al menos en el momento de partir. Sin embargo, la levedad con la que se afronta la experiencia de la emigración se irá perdiendo, conforme transcurre el tiempo. Esto se expresa en los relatos cuando, en un giro discursivo, casi efectista, los sujetos cuentan sorprendidos que esos viajes que durarían unos meses se transformaron en estadias de varios años. Es el caso de un joven que organizó un viaje del que no volvió durante una década. Quince amigos aprovecharon una oferta aérea y compraron, con un año de antelación, un vuelo a Madrid. La idea era visitar algunos lugares de Europa durante un mes, en tren. Así recuerda el inicio del viaje:

¿Cuántos años tenías?

Tenía dieciocho años, dieciocho para diecinueve. [...] Fue en el 2000. Me acuerdo, llegué a Madrid el 10 de diciembre del 2000. Sí. Perfecto, genial, me acuerdo el viaje patente. Yo ya cuando me fui de acá tenía una idea de que... yo estaba haciendo el CBC, el Ciclo Básico Común, ¿viste?, para el acceso [a la universidad], iba a estudiar licenciatura en Historia, y venía... no me había sentido muy cómodo, ¿no? ¿Viste cuando no encajás? Y bueno, no sé, estaba medio dando tumbos. En la universidad no había encajado, no había enganchado de toque, y decidí bueno, vemos. Me fui con una valija un poquito más grande que el resto. Y sí. [...] Bueno, hicimos el viaje con amigos, me encontré con algunos en Venecia, todos teníamos que pasar por Barcelona y después empezaron a irse, a irse, y yo no... No volví nunca más. Durante diez años, me quedé diez años en total [...].

Y ¿qué proyecto tenías?

Nada, día a día... era día a día [...].

O sea, ¿cómo fue un poco el proceso de darte cuenta que estabas ahí para quedarte?

Claro, y sí... yo lo que me di cuenta es que el viaje ese... claro, porque ese es el tema, yo siempre lo consideré un viaje. Nunca lo consideré una opción única de me voy porque... como amigos que tuve allá que no tenían para comprarle comida a la hija, ¿viste?, o tenían la familia atrás, o una crisis que los empujó. Yo me fui como un viaje, como una aventura. ¡No sabía ni poner un lavarropas! (Andrés, 33 años, E18).

Los proyectos migratorios definidos por “el viaje” también comparten un aspecto que apunta Andrés en su relato y que tiene que ver con haber partido antes de los acontecimientos de diciembre de 2001. Este hecho les permite articular un discurso sobre su posición que los distancia de aquellos otros emigrantes que se fueron “por la crisis”; en definitiva, que los distancia de la imagen de la emigración por causas económicas. Sin embargo, el discurso de Andrés también deja entrever otro tipo de búsquedas que tienen que ver con los puntos de inflexión en los que se encuentran las trayectorias vitales de estos jóvenes. Si en los casos anteriores identificamos el “no tener nada que perder” y el “perderlo todo” como disparadores o elementos de fricción que impulsan el movimiento, en estos casos el disparador tiene más que ver con “sentirse/estar perdido”. Frente a esa sensación de ir “dando tumbos” (Ariel), el proyecto migratorio, el viaje, es la concreción del deseo de “estar en otro lugar” (Andrés). Un irse para encontrarse, en un espacio que habilita nuevas posiciones de autonomía.

Los estudios: metas claras frente al desasosiego.

Otra clase de proyectos migratorios identificados entre los informantes son aquellos donde los estudios ocupan un lugar central. En estos casos la emigración se articula con las trayectorias educativas y dependiendo del nivel de desarrollo en el que se encuentran el objetivo es emigrar para iniciar o continuar estudios de grado, posgrado o doctorado. Se trata de jóvenes decididos a orientar sus inversiones al capital escolar y que por distintas razones creen que es mejor continuar en otro lugar, ya sea para seguir estudiando en un contexto más favorable en términos de estabilidad y oportunidades (Claudio y David), estudiar algo nuevo en un lugar donde, además, haya trabajo (Martina), o ir allí adonde existan oportunidades para desarrollar trayectorias científicas (como Roberto, que no había conseguido continuar su formación doctoral en Argentina). Los discursos analizados son de hombres y mujeres en la veintena que partieron entre 2001 y 2003; sus trayectorias familiares, laborales y educativas son diversas, pero la mayor parte coincide en que el contexto de aquellos años fue uno de los factores que influyó para tomar la decisión de partir. Lo que subyace a estos casos es la evaluación de los lugares y las oportunidades que ofrece cada uno para concluir los estudios que se proponen finalizar. Quienes ya habían dejado el hogar de sus progenitores y no podían o no querían contar con su ayuda económica o volver a la casa familiar, no percibían que la opción de combinar estudios, trabajo y una vida independiente fuera viable en Argentina. En algunos casos España fue un destino elegido entre otros para hacer estudios de grado, siendo los factores culturales,

económicos y administrativos elementos de peso para la elección (Martina en Madrid, Claudio en Galicia, David en Barcelona). Para otros, España fue el lugar donde surgió una oportunidad concreta (es el caso de Roberto, que consiguió una beca/contrato predoctoral en Barcelona).

Las posiciones de las que parten estos/as jóvenes son diversas y las estrategias utilizadas para organizar sus desplazamientos también. En el caso de estudiantes de grado, algunos/as habían comenzado estudios universitarios en Argentina, pero estaban desencantados/as con el contexto del país y las oportunidades de futuro o con las universidades donde estudiaban. Ya fuera porque cuestionaran el nivel académico de algunos centros privados o las dificultades de llevar a cabo estudios en centros públicos, debido al déficit de presupuesto e infraestructuras, su percepción era el reflejo del proceso que había sufrido el sistema de educación superior en la década anterior. Como explica Aruj (2004: 73), durante el período menemista las políticas educativas impusieron a las universidades públicas recortes de presupuesto y congelamiento de salarios e impulsaron políticas de arancelamiento, a la par que otorgaron permisos para la creación de universidades privadas, en un intento por romper con la tradición de educación pública y gratuita. Estos/as jóvenes que vivían con sus padres habían iniciado sus trayectorias laborales y podían dedicar sus ingresos al ahorro, lo que les permitió contar con un pequeño capital para poner en marcha el proyecto migratorio. Así presenta la situación un joven que partió en el año 2002, a los veintidós años:

Las razones para irme fueron varias. No tanto por una cuestión económica, por el tema del corralito y todo eso; mi familia había perdido plata pero tampoco teníamos tanto que perder. Era más una cuestión personal: por un lado, digamos, la voluntad de conocer, de viajar, de vivir ... pienso que cuando uno viaja, vive afuera, es como que vivió varias vidas, ¿no? Y hay posibilidades de conocer gente o ver lugares que uno nunca se hubiera imaginado, la vida te sorprende positivamente, te da más de lo que esperabas, de lo que podías haber imaginado. Por otro lado, la situación en el país... bueno, era la que era, ya venía el estallido social, que lo viví también.

¿Cómo lo viviste ese momento?

Y, fui a los cacerolazos, no militaba, pero sí lo vi de cerca. Aparte, era una sensación general de... como de desasosiego, como una chatura todo... yo era estudiante universitario y como que no había posibilidades para nada, de hacer nada. O sea, te vas a recibir y vas a manejar un taxi. Era un poco la máxima de la época, ¿no?

¿Qué estabas estudiando?

Estaba estudiando Ciencias Políticas. En una [universidad] privada. Había empezado Filosofía [en una universidad pública], después me di cuenta que me interesaba demasiado la política, entonces me decidí por Ciencias Políticas. Bueno, también la facultad en la que estaba era muy mala, era medio de cartón. Y bueno, como que me daba cuenta que capaz no estaba acá lo que estaba buscando, ni en términos de carrera ni de desarrollo personal. Bueno, por eso fue que decidí irme para allá. En principio averigüé tres países, el que me resultaba más sencillo era España por el tema de... yo no tenía certificados de idiomas y aparte el tema de los costos, me pareció España más asequible. Y aterricé en Santiago de Compostela (Claudio, 32 años, E25).

En los proyectos migratorios que se articulan alrededor de los estudios no dejan de estar presentes otros elementos característicos de las experiencias de emigración de los/las jóvenes en general: uno es el sentido de la aventura y, el otro, el trabajo. Respecto a este último, en función de la situación administrativa su presencia será más o menos determinante, en tanto la diferencia de estatus en este sentido –ciudadano argentino con permiso de residencia por trabajo o por estudios o doble ciudadanía, de Argentina y España o de algún otro Estado miembro de la Unión Europea– introduce diferencias de estatus entre el estudiantado en relación con el acceso a distintos tipos de becas y recursos económicos disponibles.

La forma en la que el trabajo atraviesa los proyectos migratorios por estudios no sólo tiene que ver con la necesidad de conseguir los recursos económicos suficientes para financiarse, sino también con las particulares trayectorias de los sujetos. Este tipo de proyectos no siempre coincide con los tránsitos de salida de los hogares familiares e inserción en el mercado de trabajo. En otros casos, se trata de proyectos enmarcados en momentos del curso de vida más avanzados. Es la situación de un joven que terminó los estudios de grado en Argentina y se trasladó a España para hacer el doctorado. Su relato es el de una trayectoria educativa y profesional obstinada, su formación completa la recibió en centros públicos y gratuitos, y la meta final no admitía otras opciones: “Si no iba a hacer ciencia en Argentina lo que había que cambiar era de país, no de profesión”, dice Roberto, procedente de la fracción de clase media baja. En 2003 terminó la licenciatura con veintisiete años e inició la búsqueda laboral en Argentina pero no obtuvo resultados –se presentó a concursos docentes en universidades y a una beca predoctoral, pero no fue seleccionado en ninguno de los casos–. Amplió la búsqueda y surgió una oportunidad en España.

En ocasiones la frontera entre los estudios y el trabajo en estos proyectos se difumina. Cualquier beca conseguida es considerada un ingreso ganado con el trabajo y un recurso económico destinado a la subsistencia. Los proyectos migratorios por estudios no equivalen a encasillar a estos sujetos en un “tipo” de migrante “estudiante”, dado que muchos se identificaban ya o se identificarán en su experiencia en la inmigración también como “trabajadores”, independientemente de las características de sus empleos, a menudo en condiciones precarias y sin contrato. Este es el caso de otra joven que emigró a España a finales de 2001, a los veinticinco años, y que tras concluir una formación terciaria en hotelería llevaba ya algunos años incorporada a un mercado de trabajo internacional, en un sector donde las experiencias de movilidad geográfica formaban parte del atractivo profesional. Durante la primera media hora de conversación la entrevistada realizó un repaso por una intrincada trayectoria que a lo largo de tres años, entre 1998 y 2001, la mantuvo trabajando en hoteles, cocinas y centros de esquí de Francia, España, Argentina y Estados Unidos. Hasta que llegó a contarme cómo decidió finalmente trasladarse a España:

Después vuelvo y bueno, hasta octubre estuve en Estados Unidos y después ya ahí decidí irme a España, que es en el año 2001. Llego en noviembre.

Y ¿por qué decidís España?

Porque decidí estudiar otra carrera, había pensado Francia o España. Y me terminé de definir por España, por el idioma.

¿No pensaste volver a hacerla acá?

No. No tenía ganas de volver todavía. Tenía ganas de seguir viajando, de ver otras cosas. Es como que, sí, las veces que vine acá veía a todo el mundo mal, negativo, todo era muy... un panorama nada alentador. Y cuando volví la primera vez lo sufrí bastante ese año, esos meses sin trabajo. Entonces digo no, no quiero. Y me pongo a hacer la selectividad y la empiezo a estudiar en Estados Unidos, en mis días libres, y doy los exámenes en septiembre del 2001.

¿En Estados Unidos?

Sí, en Nueva York, justo. Sí, ¡el once y el doce era! [el examen]. Y yo estaba el once ahí y nos dicen: “bueno, tenés que dejar de hacer el examen” (Martina, 36 años, E19).

Las referencias al trabajo, así como también al viaje, apuntan una vez más al carácter híbrido de los proyectos migratorios. Aun así, sostenemos que tiene sentido conservar los estudios como topos específico en estos proyectos, porque es una cuestión que será relevante para comprender no sólo cómo se incorporan las percepciones sobre la temporalidad de la migración en estos casos concretos y las formas en las que se piensa el retorno, sino también cómo se articulan estas trayectorias educativas con las trayectorias laborales y familiares-afectivas en la fase de inmigración y, posteriormente, en el retorno.

La familia: “a regañadientes”.

Trabajo, viaje y estudios. Tres lugares comunes en los relatos de la emigración y, a la vez, tres proyectos migratorios distintos. Sin embargo, en términos de las posiciones que articula cada uno, todos comparten una cuestión: la “autonomía” del sujeto del relato. Y no autonomía en el sentido de ausencia total de constreñimientos para la acción, sino de un sujeto que en relación con el proyecto migratorio se reconoce a sí mismo como responsable de su planificación y diseño y, en definitiva, de haber tomado la decisión de emigrar –todo esto en mayor o menor medida y, por tanto, tomando en consideración las múltiples limitaciones e interdependencias que atraviesan su experiencia migratoria. El sentido en el que manejamos aquí la autonomía se sitúa en el marco de la “autonomía relacional” (Mackenzie y Stoljar, 2000), siendo ésta “la etiqueta que se otorga a una concepción alternativa de lo que significa ser un agente libre y que se autogobierna, el cual a un mismo tiempo está socialmente constituido y guía sus valores a partir de relaciones interpersonales y dependencias mutuas” (Christman, 2004: 143).

Mencionar esto es pertinente para precisamente otorgar un espacio a aquellos proyectos migratorios en los que los sujetos que relatan la emigración consideran que la autoría de los proyectos les ha sido ajena, al menos en el momento de la partida. Como apuntan Cerrutti y Maguid (2010: 36-40), entre los argentinos la mitad (52,4%) llegó a España

con los miembros de la familia con la que convivían y un 7,1% sólo con parte de la familia. Sólo el 12% tenía a parte de su familia de procreación en Argentina (al menos un hijo y/o su pareja). Entre quienes tenían hijos menores de quince años, el 89,2% convivía con ellos en España. Concluyen estas investigadoras, al comparar el colectivo argentino con otros procedentes de Latinoamérica, que el argentino es el que tiene mayores posibilidades de articular proyectos migratorios familiares que involucran a todos los miembros. Es el que presenta la proporción más alta de niños y adolescentes, hecho que evidencia la emigración de hijos que siguen a sus padres o adultos a cargo. Al mismo tiempo, este colectivo emigra en menor proporción con responsabilidades familiares, pero entre quienes las tienen son los que en mayor medida llegan a España con la familia con la que convivían (Cerrutti y Maguid, 2010: 47-48).

A contraluz de esas posiciones autónomas en la emigración de los jóvenes y adultos, se observan entre los informantes otras posiciones que se delinean en las historias de quienes partieron en la niñez, adolescencia o temprana juventud y lo hicieron en el marco de un proyecto familiar, cuyo diseño y ejecución estuvo principalmente a cargo de adultos —generalmente, de los progenitores, aunque en ocasiones entran en escena otros miembros de la familia—¹⁰⁸. La familia como lugar común de los proyectos migratorios no es algo exclusivo de estos casos, precisamente ellos/as son los/as hijos/as de aquellos hombres y mujeres adultos que emigraron por motivos laborales en busca de un mejor porvenir; también son los/as hermanos/as de esos jóvenes que vieron en la emigración la oportunidad para independizarse del hogar familiar y a los que, en algunos casos, unos años más tarde siguieron sus padres trasladándose a España. La familia como tal atraviesa de una forma u otra todos los proyectos migratorios, pero la reservamos como *topos* para estos casos porque es el común denominador de estas historias de emigración en la niñez, adolescencia y primera juventud. No emigran ni para trabajar, ni para tener aventuras, ni para estudiar (aunque posteriormente todo ello suceda). Sencillamente parten porque su familia lo decide.

Que no decidan el proyecto migratorio no quiere decir que no les afecte o que estén excluidos de él. Muy por el contrario, es este hecho el que marca la posición desde la cual participan, una posición heterónoma respecto a la *autoría* y, por consiguiente, a la *autoridad* que detenta quien está a cargo de la toma de decisiones; una autoridad que, según los casos, puede llegar a ser disputada. Esta posibilidad viene dada por una diferencia de grado, marcada por la edad en el momento de la partida. Los discursos sobre las experiencias de emigración en la niñez y los relatos sobre estas experiencias en la adolescencia o juventud presentan algunos matices: uno de ellos tiene que ver con la gestión de la información sobre el proyecto migratorio, cuestión sobre la cual se

¹⁰⁸ Si bien la cuestión de la autoría en este tipo de proyectos está fundamentalmente relacionada con la edad en el momento de la partida, es preferible no establecer un punto de corte etario —especialmente por arriba— porque en un determinado margen de edad (para los casos analizados, en concreto entre los dieciocho y los veinte años) se han identificado proyectos migratorios tanto propios como ajenos, es decir, tanto algunos que desde un inicio se plantean de forma autónoma como otros dependientes de estrategias familiares (por ejemplo, la trayectoria de Fernanda frente a la de Elena o Andrés).

identifica cierta tensión. Qué saben y cuánto saben, qué les han contado y qué han preguntado, qué se consideraba conveniente que sepan y qué han preferido no saber o no mencionar. Es posible observar algunas de estas cuestiones en el caso de un joven que a los veintiséis años recuerda el momento de la partida cuando tenía doce años y reflexiona sobre la diferencia entre los distintos niveles de conocimiento o comprensión del proyecto migratorio que manejó en la niñez/adolescencia/adulthood y las emociones que gestionó al respecto, en cada momento:

¿Qué te acordás del momento de la decisión? Porque, claro, con doce años, no decidís vos irte... ¿cómo fue?

En realidad, tengo un poco de bronca con el tema, porque yo me fui medio engañado... medio engañado... Pero bueno... porque a mí me habían dicho que era medio por el tema: “no, por la inseguridad”. Y bueno, sí, algo de eso habrá... pero no era el tema, digamos.

¿Por qué te dijeron que se iban?

Porque había... porque: “¡ay, es muy peligroso!”... Nada, una cosa así de... que uno pensaba, así de ridícula. Pero bueno, para un pibe de doce años era como, ah, mierda, ¡sí que debe estar jodido el tema! Y ya cuando me fui avivando, ya más de adolescente, ese tema me enojó.

Y, ¿lo hablaste con tus viejos?

No, más o menos. Yo también los entendí, algo me tenían que decir. Mi viejo siempre dijo que él estaba muy asustado con la reacción que yo podía tener, porque a los doce años si me ponía totalmente en contra hubiera sido un quilombo importante. Supongo que no hubiera cambiado la decisión, pero hubiera sido un quilombo (Matías, 26 años, E1/I).

Es interesante contrastar el discurso del joven con el de su madre, que también fue entrevistada y a la que le pregunté específicamente cómo fue el momento en que le comunicaron a su hijo la decisión de emigrar. En su respuesta deja entrever las tensiones que atraviesan la gestión de los proyectos migratorios en el seno de las familias, apuntando no sólo lo recordado, sino también lo olvidado, lo no sabido.

¿Cómo fue el momento de decirle que se iban?

Yo creo que se lo dijimos con mucha fuerza y con mucha determinación, y él vio que había que irse, no estábamos preguntándole. Lo tomó como que era lo que había que hacer.

¿Cómo se lo explicaron? O, ¿qué le dijeron?

Yo no me acuerdo, fijate... no me acuerdo lo que le dijimos. No sé qué es lo que él recordará. Eso, cada uno filtra. Pero yo creo que no... A ver, él vivía el deterioro económico, lo veía, lo vivía, o sea, él me veía llorar, me veía sufrir, eso se ve, ¿viste? Lo ves. A lo mejor le pudimos haber contagiado el entusiasmo de empezar de nuevo, no lo sé. No lo sé. Tenía once años, jodido irse del colegio con once años y empezar de nuevo. También con sus hermanos y toda la historia esa, complicado (Eva, 68 años, E50).

Los extractos de entrevistas seleccionados en estos casos ponen sobre la mesa las relaciones entre autoría/autoridad y autonomía/heteronomía sobre las cuales se articulan las posiciones de los menores en los proyectos migratorios; no sólo se plantea su dependencia en lo referente a la toma de decisiones sobre la partida, sino también con el manejo de cierta información relativa a los motivos y a los detalles del proyecto migratorio. Si bien en el caso de niñas/os y adolescentes la posibilidad de discutir el proyecto o la partida es remota (como en los casos de Matías, Juana o Santiago), cuando se trata de jóvenes es habitual identificar situaciones explícitas de conflicto a través de las cuales expresan su malestar con esta posición. En algunos casos llegan a plantear la posibilidad de desvincularse del proyecto de sus padres y quedarse en el país al cuidado de otros adultos. Es el caso de una entrevistada que se fue a vivir a Cataluña, con sus padres, cuando tenía dieciséis años. Dos hermanos residían allí hace un par de años y su otra hermana –mayor de edad– decidió permanecer en Argentina:

Yo al principio estaba muy enojada, no quería saber nada de estar allá.

¿Discutiste mucho con ellos?

Discutí mucho, me peleé.

¿Te planteaste no ir? O no, no se podía...

Sí, sí, se planteó no ir. La idea era... Bueno, una de mis hermanas se quedó acá. Se fueron mis dos hermanos, estaban allá, pero una de mis hermanas siempre se quedó acá y siempre estuvo acá. Y bueno, con mi hermana insistimos de quedarnos acá. Yo era menor de edad, mi hermana tenía, no sé, veinticinco años, por ahí también era chica y mi papá dijo: “no. Ella es menor de edad y todavía tiene que estar conmigo”. Y bueno, le insistimos para que al menos me dejara los últimos dos años que me quedaban de colegio acá y después me iba para allá a ver qué onda, pero no me dejó. Mi mamá dijo: “si se queda acá esta no vuelve, no viaja para allá” (Clara, 26 años, E45).

La joven viajó en noviembre de 2003 con algunas condiciones: pasar la navidad en otra ciudad con su hermana y no con sus padres, y que le compraran un computadora al llegar, para mantener la comunicación con sus amistades en Argentina. Ese fue el resultado de una negociación difícil de torcer a su favor ante el argumento aplastante de la mayoría de edad. Un argumento que puede ser suficiente para que los progenitores decidan partir con sus hijos menores, pero no para que sus hijos/as mayores decidan no partir con sus padres. En otras palabras, la mayoría de edad puede ser una condición necesaria, pero no suficiente, para que estos jóvenes decidan permanecer en el país mientras el resto del núcleo familiar emigra. En otros casos, aun teniendo la posibilidad de quedarse, puede que ciertas transiciones todavía no hayan tenido lugar en las trayectorias familiares, laborales y educativas, y que los jóvenes no se sientan en condiciones de sostener esas nuevas posiciones en soledad; aunque la partida se asuma con cierta resignación y el desacuerdo con la decisión de emigrar se mantenga y se ponga de manifiesto. Como admite Fernanda, que a los diecinueve años se fue con toda su familia a vivir a Madrid, pero se fue “a regañadientes”:

Tampoco contemplé la idea de quedarme yo y que se fueran ellos porque yo siempre fui muy familiar, a día de hoy lo soy, pero bueno, ya corté el cordón un poco [risas]. Y nada, eso, era dejar a los amigos... muy amiguera, veinte grupos de amigos, ¿viste? ¡Lo típico! ¡Fue todo un trauma! [...] Y los días anteriores, con mi vieja, mi tía y mi hermana también, fuimos haciendo venta de garaje de las cosas, como para sacar los últimos pesos para irnos... Porque tras que teníamos poca guita, pocos ahorros, se habían vuelto a la mitad por lo del corralito famoso... y todo era sacar dos mangos de donde pudiéramos. Y me acuerdo de eso, yo no colaboraba en lo más mínimo, estaba re-rebelde, estaba insoportable, esos días yo... O sea, mi vieja cuando se acuerda ¡me quiere asesinar! ¡No lo disimula ni un poco! [risas]. Yo estaba insoportable, pero también, qué se yo... era eso, sentía que me iba en el mejor momento, en el momento que tenía más idilio de amistades y de historias, yo que sé. Así que, nada... así, en medio del caos (Fernanda, 30 años, E4/I).

Más allá de las negociaciones y concesiones que puedan tener lugar en el proceso de la partida y de los cambios en las percepciones sobre el inicio de los proyectos migratorios, los sujetos reconocen que la última palabra la tuvieron los adultos y que, en última instancia, quienes decidieron y definieron por qué, para qué, cuándo y cómo emigrar, no fueron ellos mismos. Un aspecto que señalan habitualmente es el carácter “dramático” o “traumático” que tuvo esta decisión en relación con la separación del grupo de pares, ya sean primos/as o amigos/as del colegio en la infancia, o amigos/as del instituto o del barrio en la juventud. Es a partir de esta y otras cuestiones que marcaron estas experiencias que nos interesará rastrear los procesos de retorno de estos/as jóvenes.

En resumen, de lo que se trata aquí es de poner el énfasis en el carácter heterónomo de estas posiciones que, por evidente que resulten, tanto para los adultos que procuran velar por el bienestar de los menores a su cargo como para los propios entrevistados que asumen ese ejercicio de autoridad por parte de sus padres, no por ello dejan de suscitar particulares percepciones y sentires sobre la emigración y el retorno en quienes las ocupan.

El amor: “largar todo”

Por último, otro lugar común desde el cual relatar la emigración es el de los afectos, concretamente el amor y las relaciones de pareja. Se trata de un tipo de migración a la que se le ha prestado menos atención en la investigación. Roca, Soronellas y Bodoque (2012) llevaron a cabo un interesante estudio sobre este tipo de migración que trasciende el modelo de migración económica, aunque centran su análisis en el caso de parejas mixtas, formadas por hombres españoles y mujeres esclavas o latinoamericanas. En nuestro caso, nos estamos refiriendo a parejas de personas de origen argentino, formadas antes de emigrar, donde los proyectos migratorios no se dan tanto “en pareja” sino “por la pareja”, un matiz que hace alusión al carácter algo difuso a la hora de definirlos como proyectos propios o ajenos y, por tanto, a cierta ambivalencia de las posiciones autónomas/heterónomas de quienes los protagonizan. En otras palabras, en estos relatos de emigración por amor el margen para la participación de los sujetos a la

hora de definir distintos aspectos de los proyectos migratorios –ya sean los objetivos, los tiempos de la partida, la elección del destino, etc.– no está tan claro. Se trata de personas jóvenes o adultas que al tiempo que reivindican la decisión de emigrar –a diferencia del discurso de los/las jóvenes hijos/as de emigrantes–, también reconocen que algunos aspectos del proyecto no fueron necesariamente definidos por ellas. La emigración consiste en acompañar el proyecto de otra persona, ya sea para dar continuidad a una trayectoria profesional, educativa o laboral, y también a la propia relación. Los sujetos se suman a un proyecto que, en principio, responde a deseos e intereses ajenos, aunque en el proceso de embarcarse en él lo hagan propio.

En este escenario, analizar la dimensión dinámica de los proyectos migratorios se torna relevante y determinar el carácter autónomo/heterónomo de las posiciones de los sujetos será algo más complejo. Mientras una mirada estática sólo nos permitiría identificar proyectos migratorios propios o compartidos y posiciones autónomas al iniciar las trayectorias migratorias, desde un abordaje procesual detectamos las dinámicas de “apropiación” a través de las cuales algunos proyectos migratorios ajenos se convierten en propios. Reconocer esto en el análisis no implica negar la capacidad de agencia de los sujetos –en tanto la apropiación es en sí una forma de agencia–, sino que pone en el centro las tensiones que atraviesan la construcción de las posiciones de partida en relación con el par autonomía/heteronomía. La gestión de estas tensiones afectará y se verá afectada por el vínculo de pareja, las trayectorias migratorias y, consecuentemente, por los procesos de retorno.

La emigración se produce porque la pareja ya está residiendo en España y, según los casos, la trayectoria previa de la relación puede ser más o menos extensa. Sin embargo, lo que interesa es centrar el análisis en las dinámicas de apropiación y los reposicionamientos que estas experiencias suponen para las trayectorias. Veamos el caso de una joven que a los veintiséis años decidió emigrar a Barcelona porque se encontraba allí su pareja, con quien tenía una relación hacía cinco años, de los cuales cuatro fueron a distancia. Cuando se conocieron en el año 2001 él dejó claro que se iría a España a continuar estudios de doctorado y se fue en 2002. La relación transcurrió entre correos electrónicos, chats, llamadas telefónicas y visitas anuales, hasta que en 2006 la joven se mudó a Barcelona. Beatriz, que para estudiar ya había emigrado de un pueblo de la provincia de Buenos Aires a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el momento de la partida había concluido sus estudios de licenciatura, tenía un trabajo cualificado y vivía de forma independiente:

Y cuando me dijo de irme... Yo sabía que este trabajo mío lo podía conseguir en cualquier lado y que la experiencia de estar allá iba a estar buena. Y nada, fue largar todo, irme, complicado... (Beatriz, 32 años, E5).

Ese *largar todo* de Beatriz implicó un giro y un reposicionamiento en su trayectoria profesional y familiar. La emigración implicó convivir con su pareja –algo que no hubiese hecho en ese momento si hubieran permanecido en Buenos Aires– y con otros

inquilinos con quienes compartían la vivienda; este hecho significó una pérdida de autonomía en su experiencia de los espacios. La emigración también implicó un cambio en su estado civil. Se casaron con el fin de regularizar su situación administrativa y poder retomar su trayectoria laboral, ya que hasta el momento los procesos de selección en los que había participado no habían prosperado por ese motivo. A los pocos años la relación atraviesa una crisis y, como relata Beatriz, su pareja continuó con el proyecto propio que había diseñado desde un principio:

Cuando terminó, él tenía que venir para hacer el postdoc, ya había conseguido todo acá para hacerlo. Y bueno, y como no estábamos muy bien, dijo: “bueno, voy primero yo, veo qué onda, y después te venís vos. Vemos”. Y nada, después ya se complicó todo mal: nos peleamos, por una tercera en discordia. Entonces ahí, ya nada, no había vuelta atrás [...]. Él se volvió, yo me quedé, porque estaba bien y porque no me quería volver, pero bueno, después de cinco meses de hablar, insistencias y qué se yo, volví a Argentina para estar con él. Bah, para ver qué onda (Beatriz, 32 años, E5).

La cuestión no es abordar ahora cómo continúan concretamente este tipo de trayectorias, sino apuntar a la articulación de posiciones ambivalentes en relación con la autonomía/heteronomía en el marco de esta clase de proyectos migratorios. Este tipo de indagación algo más sutil sobre la “autoría” de los proyectos es relevante para comprender el porqué de ciertas trayectorias, pero también el porqué de ciertas tramas de retorno. Los proyectos que se (re)producen sobre la base de un proyecto ajeno están constantemente atravesados por un trabajo de apropiación a través del cual son redefinidos para sí. Casi al final de la entrevista, al conversar con Beatriz sobre sus expectativas de futuro, y ante la posibilidad de volver a emigrar, la entrevistada apunta lo siguiente:

Me iría en un proyecto mío. Porque, eso es una cosa que influyó; es mucho más difícil convivir con alguien que lo único que yo tenía era él, ¿entendés?, porque estoy mucho más pegada y era todo mucho más asfixiante para los dos... Hasta que yo logré, más o menos, tener mi trabajo y mi círculo, aparte del de él. Supongo que si estás en la misma ciudad, te encontrás y convivís, y cada uno tiene lo suyo, ¡me parece que debería ser más fácil! [*risas*]. Pero así... yo llegué ahí y no tenía nada que no fuera de él; ni la casa, ni la plata en el primer momento, que le tenía que pedir hasta para comprarme la T10 para andar en el metro, era todo muy complicado. Sus amigos eran mis amigos; hasta ahí, porque al principio eran sus amigos y yo era la novia de. Entonces... era todo muy pegoteado, y era muy difícil. Después ya fue mejorando; pero no sé, no me iría. Me iría con mi propio proyecto. Y largar todo por alguien, no, tampoco, otra vez no.

Una sí, pero dos no.

Sí, muy lindo el amor, la novela, chau, me fui, pero no, ahora no. Tendría que tener un poco más de... Bah, qué se yo, también una dice no, y después, andá a saber... (Beatriz, 32 años, E5).

Son múltiples las referencias a través de las cuales Beatriz establece la diferencia entre lo propio y lo ajeno, mencionando diversos elementos que afectan la conformación de los proyectos migratorios, así como también el desarrollo de las trayectorias. Y es ese carácter propio o ajeno de distintos aspectos simbólico-materiales el que afecta la construcción de las posiciones y del vínculo en relación con la autonomía/heteronomía y, consecuentemente, las asimetrías de la relación. La emigración de Beatriz supone un doble movimiento; primero, de enajenación, cuando al desplazarse al lugar de destino quedan al descubierto las múltiples dependencias sobre las cuales ahora funcionará la relación y, en definitiva, se hace evidente el carácter “ajeno” del proyecto migratorio; segundo, de apropiación, cuando se ponen en marcha estrategias a partir de las cuales se intentan restablecer las simetrías, recuperando autonomía (sobre el espacio, los recursos económicos, los vínculos sociales, etc.).

El *tempo* de las dinámicas de apropiación/enajenación varía según los casos y el desarrollo de la relación afectiva: en algunos casos, como el recién analizado, pueden desplegarse gradualmente a lo largo de la trayectoria migratoria y de pareja; en otros, se activan de forma abrupta en el marco de una ruptura temprana de la relación. Este es el caso de otra joven que a los veintiocho años, en el año 2005, emigró a Palma de Mallorca para continuar con una relación que había iniciado un año antes. Su hermana residía en la isla hacía tres años, viajó unos meses para visitarla y conoció a una persona con quien inició una relación que mantuvo a distancia a su vuelta a Argentina. Tras una visita de su pareja, Marina decidió que se trasladaría a Palma de Mallorca para continuar con la relación: “ya no aguanté más del amor que me desbordaba [*con ironía*] [*risas*]. Y me fui ¡y a los siete meses nos separamos! Llegué en mayo ¡y en diciembre nos separamos!”. Cuando echa la vista atrás responde a la pregunta de por qué se fue en tono de autocritica, pero también con humor:

¿Por qué te fuiste?

Porque tenía un novio... de boluda... me fui de boluda total, porque tenía un novio, me había enamorado. Viste que te comés la película de *Pretty Woman* [*risas*], una película de amor romántico de esas... Me fui: “¡ay, no me importa nada!”. Estaba en quinto año de [la licenciatura de] Historia... (Marina, 35 años, E33/I).

El relato de Marina nos remite al análisis de Illouz (2009: 37) sobre los entrecruzamientos en los relatos sobre las historias de amor con la ficción romántica, pero al mismo tiempo cómo éstas entran en conflicto con las narraciones basadas en la vida cotidiana. Recuerda que ante la decisión de partir sus amigas más cercanas le dijeron que era “una locura”, argumentando que estaba dejando su casa, su trabajo, su carrera, “¿por este fulano?”. Pero ella insistió en “la maravilla del amor” hasta que se separó y sintió el peso que la decisión de emigrar tendría para el devenir de su trayectoria. Al tiempo que Marina asume como propia la responsabilidad de la decisión de partir, tampoco oculta que alrededor de su proyecto migratorio no había más que

continuar una relación. En su caso, el proyecto se vuelve ajeno cuando la relación desaparece:

Fue un quiebre, ¡fue el mal de amores en pleno desarraigo! Bajé diez kilos en un mes, quedé consumida. [...] También coincidió que a mí me cayó la ficha. Porque yo llegué en verano: playa, sol, todos estábamos hermosos, todo era re lindo. Pero a mí en octubre-noviembre me cae la ficha de la decisión, de la cagada que me había mandado; cuando se me bajó la espuma, la adrenalina, y él no era lo que yo pensaba que era, y de verme limpiando mesas y escaleras, y ver que había retrocedido diez casilleros: de estar terminando la carrera con algunas perspectivas a ¡no ver la salida! A estar haciendo trabajos... ¡sobreviviendo! Ganando dos mangos... trabajando cincuenta y seis horas a la semana de camarera en una terraza... (Marina, 35 años, E33/I).

Cuando el carácter ajeno de los proyectos migratorios queda al descubierto, la necesidad de los sujetos de apropiarse de los mismos se hace evidente, y de apropiarse en un doble sentido: de hacerlo “propio” y “apropiado”, de hacerlo suyo y conveniente. Para ello tendrán que reactualizar sus deseos, motivaciones, objetivos y expectativas más allá de lo que se habían planteado al iniciar la trayectoria, y todo esto con la finalidad de reconstruir una posición sostenible para sí, resignificando la experiencia de la emigración. Así como en el caso de Beatriz, Marina también dirigió su estrategia a retomar las trayectorias que había interrumpido al emigrar:

El primer año y medio estuve tan mal, tan mal, tan mal, que no sabía muy bien qué hacer.

Mal, ¿por qué?

Porque me pasaron tres cosas juntas, que en mi mundo, en mi cosmovisión, eran gravísimas. Una, el desarraigo; otra, el mal de amores que me dejó tumbada; y otra, que de siete materias que me faltaban para terminar [la licenciatura], pasé a tener veintiocho.

¿Por qué?

Y, porque me cagaron en la convalidación.

¿Hiciste convalidación allá [en España]?

Sí. La cuestión es que... como que no sabía qué hacer, estaba muy perdida, ¿viste? Muy perdida. Entonces dije, y bueno, voy haciendo algunas materias.... Y después, cuando ya me puse bien, ya me quedaba más o menos lo mismo que en Argentina [para terminar]..., calculé y dije bueno, son dos años, me quedo acá y ya termino (Marina, 35 años, E33/I).

Es cierto que este tipo de relatos contruidos desde el amor como lugar común fueron identificados en casos de mujeres, pero ello no puede conducirnos a conclusiones apresuradas al respecto. Por un lado, porque es sabido que las mujeres se embarcan en

todo tipo de proyectos migratorios; por otro, porque detrás de los proyectos de algunos hombres ha habido tanto “motivos amorosos” para emigrar –pero que se reservan a un segundo plano o lugar “anecdótico” en el relato–, como mujeres que tomaron la decisión de no emigrar con ellos. En este último caso, desde una perspectiva de género, resulta interesante analizar los discursos de estos varones y cómo articulan sus posiciones al diseñar proyectos migratorios que a contraluz nos hablan de “no dejar de emigrar por amor”. Se trata de experiencias de emigración que están atravesadas por rupturas de pareja porque, en definitiva, el proyecto migratorio no es compartido. Retomemos el caso de Roberto, ya mencionado en los proyectos migratorios por estudios. Su emigración está atravesada por la separación de una pareja tras cinco años de relación, los dos últimos conviviendo. En medio de difíciles circunstancias económicas Roberto planea la emigración e incluye en el proyecto a su pareja:

Cuando terminé la facultad digo: “bueno, por ahí nos tenemos que ir, pero si nos tenemos que ir nos casamos, así vos podés venir conmigo”. Y ella, que había tenido ganas de casarse durante todo ese tiempo, en ese momento no le dieron ganas de irse del país y bueno, como que tampoco quería a mí anclarme. Calculo, es una de las hipótesis (Roberto, 36 años, E8/I).

Roberto no está del todo seguro si la relación llegó a su fin por el deterioro y malestar que produjo el contexto de adversidades económicas o por no compartir su pareja la decisión de emigrar para conseguir un empleo que le permitiera continuar con su trayectoria científica. Mientras a día de la entrevista Roberto todavía sospechaba si el segundo motivo había sido la razón de la ruptura, no dudaba respecto a la decisión tomada: “No sé. Yo creo que, más que nada, era que ella no se quería ir. Pero, en definitiva, si yo quería seguir la carrera científica tenía que irme del país”. En otros casos, la ruptura se produce por decisión del que parte, como en el caso de Claudio. Si bien estos relatos son diversos en cuanto a las edades, momentos en las trayectorias de pareja y educativa de los protagonistas, tienen en común la determinación de la decisión de emigrar:

¿Cómo fue la partida?

Y... la partida fue, por un lado, dura, porque tenía una novia en aquel momento. Eso era como un poco lo más duro.

Y eso ¿cómo lo gestionaron?

Y, yo le dije: “mirá, tengo veintidós años. Voy a ver qué onda, si me va mal me vuelvo pero tampoco me voy a privar de vivir cosas que después me voy a arrepentir. Si no me voy por vos, me voy a arrepentir toda la vida y te voy a echar la culpa, así que dejame que me vaya. Y si me va para el orto vuelvo, y si seguimos, seguimos, y si no, no” (Claudio, 32 años, E25).

Volviendo a ese lugar común en el discurso de los varones de “no dejar de emigrar por amor”, conviene recuperar el análisis de García García (2009: 63-65) sobre las lógicas de la masculinidad y su relación con “el modelo ontológico de la modernidad y esa profunda creencia de que el Sujeto lo es en tanto que se puede asegurar su autonomía, su independencia”. En este sentido, la masculinidad no sería más que la articulación de un modelo en el que la potencialidad es el poder de agencia, donde el *hombre* como entidad es “capaz de tomar decisiones sobre sí y sobre lo que le rodea”. La autonomía es, según García García, entendida “como independencia y como control”; se traduce en las masculinidades vividas en “un modo de relación con los demás”. El control masculino será entonces tanto “control sobre el sino biográfico”, como “control sobre aquello que rodea al agente social [...] sobre aquello que afecta a la propia vida y se cree que se puede manejar”. Los relatos de Claudio y otros varones apuntan algunas de estas cuestiones que están en juego a la hora de llevar a cabo o abandonar proyectos migratorios “por amor”. La renuncia, el arrepentimiento o la culpa son elementos que aparecen de una forma u otra en los relatos de quienes ocupan posiciones en este tipo de proyectos, ya sea de quien decide partir por otra persona o de quien por el mismo motivo decide lo contrario.

El análisis de este último *topoi*, más allá de las particularidades referidas al caso concreto de los proyectos migratorios “por amor”, ofrece algunos apuntes que tienen cierto carácter transversal y que serán retomados más adelante en el desarrollo de esta tesis. Algunos tienen que ver con la necesidad de no perder de vista cómo lo afectivo atraviesa, en general, las experiencias migratorias y moldea, junto con otras cuestiones, determinadas trayectorias y procesos de retorno. Otros apuntan a la importancia de reconocer el carácter inestable y cambiante de los proyectos migratorios y, por tanto, de las posiciones que los sujetos ocupan en su seno. A través del análisis de los proyectos migratorios por amor hemos señalado una cuestión transversal a todos los proyectos: que las posiciones no son estáticas, sólo marcan un punto de partida que será significativo para el desarrollo posterior de algunas trayectorias y procesos de retorno. Es posible estudiar los proyectos migratorios desde un punto de vista sincrónico y diacrónico. El primero nos remite a tomar en consideración cómo se definen los proyectos migratorios y se articulan las posiciones en el momento de la partida; el segundo nos demanda prestar atención a las dinámicas que permiten la resignificación de los proyectos migratorios y la rearticulación de nuevas posiciones a lo largo de la trayectoria. Y será a la luz de estas transformaciones que los procesos de retorno deben ser analizados. Identificar quién define y redefine los proyectos en distintos momentos de las trayectorias nos ayudará a comprender cómo se van articulando las experiencias del retorno en los procesos migratorios.

4.2. Incertidumbre y contingencia: repensar las conexiones entre emigración y retorno

Analizar las experiencias del retorno en la fase de la emigración y cómo se conectan a los proyectos migratorios es el objetivo de las siguientes páginas. Si bien es cierto que

nos estamos refiriendo a una fase del proceso en la que el retorno no puede manifestarse más que de forma proyectiva, lo que aquí se sugiere es que la potencia de esas primeras formas de percibir el retorno en el momento de la partida es tal que atravesarán las trayectorias y las prácticas cotidianas en la inmigración. Cómo luego se imprimen en las trayectorias concretas es una cuestión que veremos en el siguiente capítulo, pero para llegar allí vamos antes a desarrollar lo que ahora nos ocupa: presentar algunas formas en las que el retorno aparece en el momento de emigrar. Se trata, otra vez, de aquellas que han resultado más significativas al analizar las experiencias de los sujetos. No pretenden ser las únicas posibles, aunque sí pueden resultar sugerentes a la hora de pensar el retorno desde otras coordenadas.

En el momento de la partida, el retorno aparece de la mano de la incertidumbre y no siempre es posible determinar el carácter temporal o permanente de los proyectos migratorios o las intenciones de los sujetos en este sentido y, con ello, el lugar que ocupa el retorno en aquel momento inicial. Gmelch (1980: 138) ya mencionaba estos problemas a la hora de intentar categorizar a los migrantes como “temporales” o “permanentes” de acuerdo a sus intenciones en el momento de emigrar. Los proyectos migratorios irán cambiando conforme transcurre la trayectoria y en ocasiones de forma azarosa e inesperada. Emigrar implica plantearse la posibilidad y tomar la decisión de partir, compartirla con los afectos, lidiar con las emociones propias y ajenas. El retorno se presenta generalmente como una opción en los relatos de la emigración, pero no porque claramente forme parte del proyecto; pareciera más bien que constituye una estrategia para gestionar el peso que conlleva la experiencia de partir. En el momento de partir se desconoce lo que va a suceder pero resulta tranquilizador pensar que, pase lo que pase, existe la posibilidad de volver, a corto, medio o largo plazo. La idea del retorno se convierte en un escudo frente a la incertidumbre, una forma de aligerar la zozobra. Durand (2004: 110-111), en una aproximación etnográfica a la migración de retorno, se refiere a las *estrategias del retorno* como “una manera de fijar límites, de proponerse objetivos, de obligarse de algún modo a regresar. El trabajador migrante, a la hora de partir, suele tener ciertas metas precisas, además del objetivo obvio de lograr su manutención y la de su familia”. Sin negar que “las estrategias se elaboran en función de aspiraciones efectivas, capaces de orientar realmente las prácticas” (Jiménez Zunino, 2011a: 58), quizá la mejor estrategia *de partida* en relación con el retorno en el momento de la emigración consista, precisamente, en manejar distintos niveles de precisión en relación a las metas, aspiraciones o expectativas que se mantienen respecto al proyecto migratorio.

Este sentido estratégico del retorno frente a la experiencia incierta de la emigración fue uno de los primeros trazos analíticos al rastrear el objeto de estudio en esta fase del proceso migratorio. Y este apunte ha sido útil no sólo para comprender aquello que todas estas experiencias tienen en común, sino también para pensar qué las diferencia. Al asumir la incertidumbre del retorno en la fase de la emigración como punto de partida, nuestro interés ya no se dirigirá tanto a indagar sus sentidos como parte de unas estrategias migratorias temporales, permanentes, o de otro tipo; estrategias que luego fueron o no transformadas en el devenir de las trayectorias migratorias y donde

finalmente el retorno demuestra la in/consistencia entre las intenciones iniciales de los sujetos y lo que finalmente ha sucedido en sus vidas y, por consiguiente, su éxito o fracaso. Por el contrario, si asumimos lo incierto (y con ello lo inestable, lo inconstante y lo inconsistente) como punto de partida, al bocetar trazos algo más finos nos podemos permitir pensar la relación entre emigración/retorno/temporalidad desde otros ángulos y ofrecer una interpretación de los sentidos del retorno en la experiencia de la emigración que ponga en juego otro tipo de conexiones con los proyectos migratorios.

Si bien los proyectos comparten la incertidumbre respecto a lo que efectivamente sucederá en las trayectorias migratorias concretas, también hemos visto que difieren en sus características y que, según los casos, denotan un mayor o menor grado de definición de sus objetivos, de planificación a corto, medio o largo plazo y de organización, según lo demande la complejidad de la travesía. Estas características y las posiciones de los sujetos incidirán en las distintas formas en las que el retorno aparece en la fase de la emigración, o dicho en otras palabras, en las distintas formas de gestionar la relación con lo incierto antes de partir. Lo que aquí se sugiere es que, según el caso, el retorno evocará relaciones con lo im/previsto, lo im/probable, lo im/pensable o lo im/posible. La pretensión de estas páginas no es ofrecer conexiones lineales y unívocas entre formas de retorno en la emigración y proyectos migratorios, tampoco adherir etiquetas a un *tipo* de proyecto migratorio y que se mantengan fijas a lo largo de las trayectorias, sino más bien desplegar una serie de relaciones y conexiones, entre las experiencias de emigración y las percepciones sobre el retorno que estarán atravesadas por las posiciones de los migrantes en un determinado momento y lugar de sus trayectorias, y que pueden y serán, sin duda, transformadas. En definitiva, se trata de visibilizar cómo las migraciones de retorno comienzan a enredarse de forma dinámica en las experiencias migratorias.

Retornos im/previstos

Cuando la emigración se inicia como “un viaje”, el retorno aparece relacionado con lo im/previsto. Ya hemos mencionado que los relatos sobre estos proyectos tienen un fuerte componente de aventura y sus protagonistas muestran una alta predisposición a improvisar sobre la marcha. En realidad, son proyectos migratorios que irán tomando forma como tales en el devenir de la trayectoria. Por todo ello, en estos viajes el retorno, si bien en el momento de la partida se prevé que suceda, es un hecho que estará sujeto a los imprevistos de la travesía. Esta relación del retorno con lo im/previsto se ve facilitada por las características de estos proyectos que requieren una baja planificación, sus objetivos no están del todo definidos y no suponen complejos preparativos para llevarse a cabo. En ocasiones, el viaje tiene una fecha de vuelta estipulada en el pasaje aéreo. Puede ser a los meses, o quedar abierta por un año, pero en cualquier caso esa fecha no será definitiva; aunque esté prevista, no se vive necesariamente como un factor que limite la duración de la experiencia.

Nuestra idea era viajar, ¿no? Bueno, conocer un poco, no teníamos un tiempo de volver, pero teníamos la visa por tres meses. De todas maneras, yo que me considero una persona

bastante enterada de las cosas, nunca me planteé el tema de si los papeles, ni... nunca, nunca lo tuve en cuenta en ese momento (Elena, 33 años, E12).

Quizá ese sea uno de los únicos aspectos planificados, el resto del viaje quedará abierto a la improvisación. Parten con itinerarios medianamente pautados antes de salir o los diseñan y transforman sobre la marcha, el lugar de destino en el que finalmente van a residir no es necesariamente el mismo que el lugar de llegada, empezarán viajes con amigos que continuarán solos/as o los empezarán solos/as y continuarán la experiencia con nuevas amistades o incluso una nueva pareja. La percepción en el momento de la partida es la de lanzarse a una aventura en la que cualquier cosa puede suceder. En definitiva, en la fase de la emigración la percepción sobre los proyectos que se inician como un viaje es que se sabe cómo comienzan, pero no cómo terminan. Benencia (2011) realiza un análisis muy sugerente sobre el lugar que elementos como el azar o la suerte tienen en la construcción de las trayectorias migratorias y propone incorporarlos al análisis, en tanto aportan “más cuerpo” a la migración, un fenómeno que a menudo:

“Tratamos de manera lineal, cuasi determinista, con resultados atados mayormente a variables superestructurales, sin considerar elementos intrínsecos a los propios sujetos y otros impensados, contingencias, que interjuegan, a veces decisivamente, en el interior de los procesos, adjudicando formas y direccionamientos singulares a fenómenos sociales aparentemente homogéneos” (Benencia, 2011: 375).

Además de no requerir demasiada planificación –más que emprender la travesía con algo de equipaje y dinero–, los objetivos de estos viajes tampoco están del todo definidos en el momento de la partida. En principio, conocer Europa, compartir la experiencia de viajar con amigos, pero son diversas las situaciones que generan que esa vuelta planificada no se produzca en la fecha prevista inicialmente. En ocasiones, al no disponer de suficientes recursos después de viajar se considera conveniente trabajar “una temporada” y aprovechar para ahorrar algo de dinero antes de volver.

Volví a Madrid. Bueno, yo tenía un pasaje abierto por un año que ya estaba a punto de cumplirse, digamos. Pero bueno, como no tenía plata dije trabajo un par de meses, junto algo de plata y vuelvo a Buenos Aires. Me puse a trabajar en un lugar [...]. Y bueno, me quedé ahí y finalmente dije bueno, me estaba yendo bien, estaba aprendiendo también un montón de cosas en lo laboral, estaba descubriendo un montón de Madrid. No tenía muchas ganas de volverme (Elena, 33 años, E12).

En otros relatos, los eventos de finales de 2001 en Argentina influyeron en la decisión de extender la estadía. A estos factores se sumaba también el deseo de permanecer más tiempo en una situación que los más jóvenes describen como una etapa de “descubrimientos”, especialmente cuando el viaje coincidía con la salida del hogar de los progenitores. Para otros con trayectorias algo más avanzadas, será una etapa de “cambio”, al alejarse de algunas responsabilidades ya asumidas o a punto de asumir, posibilidad que otorga la experiencia de estar lejos de lo conocido, en un lugar que

habilita la oportunidad de emprender nuevos proyectos. Con relatos como el de Germán nos referíamos a ese juego ambivalente que la emigración habilita a la hora de “estirar” ciertos aspectos de la “moratoria social”, como la formación de familias:

Yo igual me iba tres meses, no me iba a ir a vivir a España. Ahora, yo llegué a Barcelona y a los dos meses dije ¡no me vuelvo ni en pedo! [...] Ahora lo recuerdo como eso, como que había estado en pareja tres años y medio, con dos locales, trabajo desde los quince años, y estaba bien yo, pero era como que veía que mis amigos estaban entrando en la que siguen ahora, están todos en parejas muy serias, tienen hijos. Yo no tenía esa onda, ni tengo esa onda ahora. Lo mío no es una familia, por lo menos no ahora. Pero, en esa época mucho menos. [...] Yo no necesitaba un cambio de vida, un cambio de país. Necesitaba un cambio en mí. Y en España en ese momento lo encontré porque me quedé solo y la situación fue como interesante [...]. Fue como genial, tengo una mochilita encima, no tengo nada, estoy acá y no me conoce nadie. Fue como una revelación de la responsabilidad, debe ser, o de la no responsabilidad. Y dije bueno, me tengo que quedar. Y obviamente empecé a vender la cámara de video, la computadora, cosas que tenía acá de la empresa.... y me empecé a quedar allá, y me instalé y me quedé, estuve cinco años sin venir yo (Germán, 34 años, E28/I).

Varias de estas situaciones imprevistas se condensan en la experiencia de una joven que se fue “de viaje” a los veintiún años. Estudiaba Trabajo Social y decidió que durante 2001 se tomaría un “año sabático”. Siguiendo los consejos y la experiencia previa de un amigo decidió viajar a Palma de Mallorca. El plan era trabajar “un verano”, viajar, volver a Argentina y continuar los estudios el siguiente curso. Pero sus planes cambian cuando se encuentra a gusto, disfrutando de las novedades del lugar, inicia una relación de pareja y a fin de año “pasa lo del corralito”. Sus padres le contaron que la situación en Argentina era complicada y le aconsejaron que si tenía trabajo esperara un poco más para volver. Ellos mientras tanto empezarían a tramitar la ciudadanía italiana:

¿Qué idea te habías hecho de tu año sabático?

Es que se transformó todo mi año sabático. Iba a ser trabajo tres meses, viaje y me vuelvo. Y se transformó. El primer año fue genial: de trabajo, ahorrar dinero, conocer gente, disfrutar de la playa, encantadísima. Pero de eso ¡pasó a una cuesta tan grande! De no tener dinero, no tener trabajo, el maltrato en este bar, de no llegar a fin de mes, ir por la calle viendo si encontraba dinero para pagar el alquiler porque no me alcanzaba cuando trabajaba limpiando las oficinas. Se había desfigurado un montón el viaje. Pero yo pasaba todo eso porque también en Argentina mis padres estaban tramitando la ciudadanía [italiana], digo bueno, es un puente para conseguir la ciudadanía. Tenía miedo de salir, porque por ahí después no me dejaban entrar. Entonces bueno, me fui quedando (Paula, 33 años, E43).

El retorno, lo previsto y lo imprevisto. Viajes que se “desfiguran”, como relata Paula. Su testimonio apunta algunas cuestiones relevantes que veremos más adelante, como la relación entre las expectativas y las experiencias en la inmigración y los factores que la determinan (como la situación administrativa, entre otros). Sin embargo, lo que interesa

destacar en esta oportunidad es que la relación del retorno con lo im/previsto en este tipo de experiencias se articula a partir de una serie de posiciones y disposiciones que habilitan la rápida transformación de estos proyectos migratorios. Son las posiciones y disposiciones propias de la “aventura” donde “lo fiamos todo, precisamente, a la oportunidad volátil, al destino y a lo incierto, cortamos puentes que quedan atrás, penetramos en la niebla como si el camino nos tuviese que guiar en cualquier circunstancia” (Simmel, 2002: 28). Las posiciones y disposiciones propias de jóvenes que parten solos y ligeros de equipaje en varios sentidos: sin parejas ni hijos, a veces acompañados por amigos de los cuales se separan sin conflictos en cualquier momento, no dejan importantes empleos y a veces suspenden temporalmente estudios que piensan retomar al volver. Parten con la tranquilidad de que la vuelta está ya prevista, sin saber que no volverán durante años.

Retornos im/probables

Otra forma de percibir el retorno en el momento de la emigración es en relación con la probabilidad. Claramente, una probabilidad no estadística, en tanto no está sujeta a cálculos matemáticos sino a los pareceres de los sujetos sobre sus proyectos migratorios en el momento de la partida. Estos proyectos, como ya hemos dicho, no siempre son delineados con precisión y, en el caso de serlo, sin duda estarán sujetos al devenir de las trayectorias. Sin embargo, cuando los planes se articulan alrededor de algunos objetivos que se identifican con mayor nitidez y requieren cierto grado de organización, el retorno en la emigración se percibe en relación con lo que se considera probable o improbable. Una relación que no anula la incertidumbre, es decir, la distancia que existirá entre lo proyectado y las experiencias concretas; sin embargo, cuando los proyectos se definen con mayor precisión es posible que también incluyan algún tipo de plazo, aunque difuso, que predispone a los sujetos a pensar en el retorno como algo que es probable o improbable que suceda en el futuro, cercano o lejano, en relación con aquello que sostiene su idea de emigrar. Esta relación entre el retorno y lo im/probable es frecuente observarla en los proyectos que se articulan alrededor de los estudios y/o el trabajo.

El primer caso es claro, el retorno se percibe como improbable a corto plazo porque el objetivo principal de la emigración –comenzar o continuar y finalizar estudios de grado, posgrado o doctorado– requiere permanecer un período de tiempo en destino. Como expresa Martina, una entrevistada: “yo tenía mi objetivo, era terminar la carrera, esa era la prioridad. Después veía”. Esta forma de ver el retorno va acompañada de su reverso, considerar que la vuelta es probable una vez concluidos los estudios, aunque ello no signifique que suceda inmediatamente después. Así, la incertidumbre no deja de atravesar las experiencias e introduce cierto sentido de “apertura”:

¿Cuáles eran tus expectativas? O sea, tu plan, en ese momento...

Sí, mi plan era irme a terminar mi carrera, en realidad, a casi hacerla entera porque me convalidaron tres materias de treinta y pico que tenía la carrera. Así que mi expectativa

era terminar mi carrera allá y ver qué onda. Yo tenía una visión medio idealizada de que allá se valora más, capaz que si vos sos bueno se valora más. Porque yo tenía la visión de que acá no se valoraba... esa cosa neoliberal, de la falta de competencia, ¿no? Como que acá no era el mejor el más apto, sino el que iba a la mejor universidad, el que tenía más plata... y yo sentía que allá era todo más igualitario. Después me di cuenta que tampoco es tan así, pero bueno... Yo tenía la idea de que allá iba a poder hacer una carrera mejor que la que podía hacer acá, que iba a poder vivir mis aventuras, hacer un máster... y después todo lo pude hacer. Efectivamente, que iba a poder recibir una beca para estudiar, que después la recibí. O sea, mis expectativas eran bastante humildes, eran: tener la carrera, vivir alguna aventura por ahí y después, ver qué onda. Bueno... me fui en el 2002 y me quedé hasta el 2011. Así, lo que iban a ser tres años, al final fueron como nueve años (Claudio, 32 años, E25).

El discurso de Claudio sugiere distintas cuestiones, pero lo que interesa destacar es cómo define los objetivos de su proyecto migratorio. En el momento de partir la intención de concluir los estudios estaba clara, por tanto, volver era improbable hasta que eso no sucediera. Desde este punto, la frontera que en su relato divide sus planes antes de la partida y la transformación de los mismos durante la trayectoria se torna algo más difusa —a finalizar los estudios de grado suma continuar con un máster, etc.—; sin embargo lo que importa es identificar ese plazo mínimo durante el cual la probabilidad de volver es muy baja. A partir de ahí, por qué la vuelta se produjo después de lo que se pensaba como inicialmente probable, pero también por qué se produjo en ese momento y no diez años más tarde, son cuestiones que vamos a analizar más adelante.

El compromiso de permanecer ese plazo mínimo que el proyecto requiere para alcanzar los objetivos se ve reforzado por el grado de planificación que demanda para hacerlo efectivo, y es en este sentido que las aspiraciones orientan las prácticas. Los proyectos migratorios por estudios forman parte a veces de planes obstinados. En algunos casos, estudiar fuera del país se concreta después de haberlo planificado durante años, como en el caso de David. Se fue en 2002, pero había empezado a planearlo en 1998. Primero pensó en Francia, adonde viajó en 1999. Tras descartar ese destino fue a Barcelona y estableció contactos con una universidad. Viajó en el año 2000 para iniciar los estudios pero con la entrada en vigor de la Ley de Extranjería 4/2000 y solamente el pasaporte argentino, la administración de la universidad no podía autorizar su matrícula pese a los arreglos “poco ortodoxos” a los que había llegado con el director de la carrera un año antes y que lo autorizaba a iniciar los estudios. Tenía que volver, sí o sí, a Buenos Aires, tramitar la autorización de estancia por estudios en el consulado y esperar al siguiente curso. Durante el año 2001 trabajó en un banco y continuó ahorrando para llevar a cabo el proyecto que tanto deseaba, hasta que llega diciembre:

Me volví para hacer todo desde acá, ordenarme. Y acá se empezaba a ver que se venía todo esto. En la empresa donde estaba trabajando, que era del banco Río-Santander, un gerente que me tenía mucho aprecio me dijo: “mirá, esto se va todo al carajo. Los vamos a indemnizar a todos”. Esto era principios de diciembre. Me indemnizan, me quedo con la plata y el mismo gerente me dice: “andá ahora mismo al quinto piso, sacalos en dólares y guardátelos en tu casa”. A todo esto nadie se veía venir nada así tan... tan grave. El

gerente este era un español. Y estando acá dije bueno, ¿qué voy a hacer? Porque tenía que esperar desde diciembre hasta septiembre del año que viene para volver a engancharme de vuelta con todo. Y tenía un conocido que estaba en Canadá [...], había hablado con él, le dije: “mirá, necesito trabajar, juntar plata” [...]. Bueno, fui, fue una experiencia bárbara, la verdad que no me arrepiento para nada. Fue un año sabático aprendiendo inglés y trabajando en un centro de esquí. Junté bastante dinero como para poder girar directamente de Canadá a España, plata para estar casi un año y medio, dos años, tranquilo (David, 33 años, E32).

David “ya estaba más con un pie afuera que adentro” y después de todo lo que hizo por concretar su plan, por supuesto que no pensaba volver antes de concluir los estudios. Las vías de ingreso a las instituciones educativas fueron variadas pero todas requirieron llevar a cabo ciertos preparativos con antelación. Averiguaciones sobre las carreras y las universidades, cuya ubicación determinará el lugar de residencia. Cumplir con los requisitos de inscripción, ya sea homologando credenciales previas, solicitando convalidación parcial de estudios ya iniciados o presentándose a exámenes de selectividad, como en el caso de Martina, que antes de reemigrar a España preparó el examen desde Estados Unidos. A esto se suman los trámites para solicitar los permisos de residencia por estudios correspondientes, excepto en los casos que contaban con doble nacionalidad de Argentina y otro Estado miembro de la Unión Europea. En resumen, dado el grado de definición de los objetivos y el nivel de planificación que requiere este tipo de proyectos, el retorno estará pautado por la duración de los estudios, su finalización puede marcar el cierre de una etapa y reconducir el sentido del proyecto migratorio.

Algo similar sucede en el caso de personas jóvenes que articulan sus proyectos migratorios alrededor del trabajo. “Hacer una diferencia” es el *leitmotiv* de sus discursos. La diferencia puede ser en términos económicos, o de experiencia laboral y profesional, así como de experiencia vital, y para lograrlo se necesita tiempo.

Yo no me vine a quedar acá toda la vida. Mi idea en aquel momento era progresar, o sea, ¿en qué sentido? En ahorrar dinero, en montarme un negocio yo, la idea era un poco esa, con todas las contras que podía provocar, porque yo no era de ahí, no tenía crédito (César, 42 años, E9/I).

Nosotros no nos fuimos con ninguna expectativa de nada, ni de decir bueno, voy a hacer un patrimonio. No. De vivir, de tratar de vivir lo mejor posible (Valeria, 37 años, E15).

Al igual que en el caso de los estudios, el retorno a corto plazo es improbable. Sin embargo, estos jóvenes, al experimentar la emigración como un ir “a probar”, “a ver el panorama”, “a tener una experiencia” rodeados de unas circunstancias en las que consideran que, como ya dijimos, no tienen “nada que perder”, si la prueba no sale como esperaban o el panorama que ven o la experiencia que tienen no les gusta, la

vuelta también es probable. Como expresó María, una de las entrevistadas: “Teníamos opciones de ir, vivir, ver, disfrutar, o tener la experiencia y volver sin grandes daños, sin grandes desestructuras, digamos”. Sin embargo, este discurso que pone el énfasis en una percepción del retorno como probable –que además se asume en el momento de la partida como algo viable que no supone mayores inconvenientes– no deja de estar atravesado por las tensiones y ambivalencias que introduce la incertidumbre en el momento de emigrar. Como señala María en otro momento de la entrevista:

El que se va, por más que te lo tomés con la mejor onda, no sabés cuándo vas a poder volver, porque vas a apostar en algo y no podés estar volviendo a los tres meses. Habrá gente que lo habrá hecho pero, en general, bueno, vas a vivir una experiencia, mínimo le tenés que dar una chance prolongada. No se hace nada en dos días. Hay gente que se habrá ido con esa idea quizás, pero no se hace nada en dos días (María, 34 años, E7).

Un último aspecto que interesa destacar a la hora de comprender estos sentidos del retorno en la experiencia de la emigración es aquel que tiene que ver con los participantes de los proyectos migratorios. Así lo explica una entrevistada que emigró en pareja:

El hecho de no tener hijos, eso también ha ayudado que la movilidad nuestra fuera más fácil, ¿no? Porque bueno, si tenés nenes, los nenes van al colegio, empiezan a tener amigos, a medida que crecen se echan novio, qué se yo, entonces es como más difícil arrancarlos de eso, o venirse con toda la familia para acá, ¿no? En cambio nosotros siempre fuimos nosotros dos, con lo cual, siempre sentíamos que íbamos y veníamos según nos apeteciera en ese momento (Pilar, 44 años, E17/II).

Para muchos de estos jóvenes, independientemente de los distintos objetivos de sus proyectos –ya fuera por estudios y/o trabajo, pero también en el caso de los viajes– el hecho de emprender la emigración sin hijos (y, en algunos casos, sin pareja) fueron factores que percibían que facilitaban su movilidad. Las cargas familiares son vistas como “atadura” (María y Maxi), como algo que “te afianza en un lugar” (César), en definitiva, como un elemento que aumenta la complejidad de los desplazamientos, su planificación y organización, tanto para la ida, como para imaginar la vuelta.

En los casos de estos jóvenes la emigración implica una apuesta, más o menos modesta, según los casos, pero en todos genera algún tipo de expectativa. Aunque se lo tomen con “la mejor onda”, si lo que quieren es aprovechar nuevas oportunidades, ya sea educativas o laborales, lo deseable es permanecer un tiempo, “dar una chance”. Muchos sacaron pasaje sólo de ida, había que aguantar, como explica César: “yo me tenía que obligar a quedarme”. La dimensión temporal del retorno se expresa a través de esta relación con lo probable/improbable de las formas más variadas: desde un “yo no me vine a quedar acá toda la vida” (César), pasando por el volver “cuando fuéramos más mayores” (Jimena), o “cuando me jubile” (Pilar), hasta en plazos y planes muy concretos: “me fui con la idea de quedarme unos cinco años, que era la idea inicial,

hacer una diferencia económica y volverme” (Patricio). En cualquier caso, en el momento de la partida el retorno se percibe según los casos como algo más o menos im/probable a corto, medio o largo plazo, en relación con los distintos grados de definición de los objetivos y de los recursos empleados en la organización, planificación y ejecución del proyecto migratorio.

Retornos im/pensables

A veces, al rastrear el retorno en las experiencias de la emigración, en el análisis de algunos discursos se perdía la pista. ¿Por qué la huella del retorno desaparecía en ciertos relatos? En algunos casos aparecía más adelante, en la fase de la inmigración y por supuesto en la del propio retorno; en otros, se mencionaba en relación con la experiencia de la emigración respondiendo a la petición explícita de la investigadora. ¿Acaso no pensaban en volver, en el momento de partir? En la pregunta estaba la respuesta. Pensar, hay que poder permitirse pensar en volver. ¿Qué tenían en común aquellos casos donde la pista del retorno se esfumaba en esa fase inicial de las trayectorias migratorias? Desempleo o dificultades económicas, miedo, hipotecas, preocupaciones, hijos/as, deudas, en definitiva, urgencias. Y cuando la emigración se produce en alguno de estos escenarios o en una combinación de ellos, en medio de la urgencia por dejar atrás problemáticas de esta magnitud, apenas hay tiempo para pensar en volver. Es así que en el momento de la partida, en ciertos proyectos migratorios, el retorno aparece en relación con lo im/pensable.

Esta cuestión es recurrente en los discursos de aquellos adultos-jóvenes y adultos que emigraron en proyectos migratorios familiares, articulados alrededor del trabajo. Hombres y mujeres que partían generalmente en pareja y con hijos/as menores. Todo ello apunta a proyectos migratorios más complejos en cuanto a su diseño y ejecución. La planificación implica conseguir más recursos en menos tiempo, ya sea antes de emigrar o después (más dinero para el traslado de más personas, una vivienda acorde a las necesidades de un grupo familiar, un empleo con un salario suficiente para cubrir todas las necesidades básicas). Este fue el caso de Juan Manuel, que emigró a Canarias, donde tenía familiares –una red de primos que lo ayudó a instalarse– y adonde viajó “con doscientos dólares en el bolsillo a empezar una nueva vida”. Casado y padre de cuatro hijos, en 2001 perdió el empleo y los ahorros:

Yo me sentía bastante mal, porque uno como jefe de familia se ve obligado a tener que procurar la alimentación, el trabajo, el proyecto de futuro y, realmente, en ese momento dije, con 44 años, ya no tengo mucha más vida útil [...], no por una cuestión de capacidad física o mental, sino porque el mismo mercado te limita en cuanto a la edad útil. Entonces fue cuando dije cambio ya, porque si no, no lo voy a resistir. Y además estaba muy deprimido, necesitaba un cambio (Juan Manuel, 57 años, E52).

Después de cuarenta minutos de entrevista, revisando su trayectoria familiar, laboral y educativa en Argentina y su relato sobre las circunstancias que lo llevaron en aquel

momento concreto a tomar la decisión de partir, la cuestión del retorno seguía sin mencionarse, y es entonces cuando planteo el tema del proyecto migratorio y la posibilidad de volver de forma explícita:

Cuando se fueron, en ese momento, ¿qué proyecto tenían? ¿Tenían la idea de volver?

No, la verdad que no había un proyecto definido, era ver qué era lo que pasaba. Sabía que esto acá era inviable, que no podía vivir más acá, o sea, era insoportable. Más que... no fue una cosa organizada para armar un proyecto de vida y... no, la verdad que fue huir para adelante. A ver qué era lo que pasaba, y fuimos improvisando cada movimiento, porque yo no sabía cuándo iba a poder llevarme a mi familia, lo que pasa que tuve la suerte que tenía un primo que me prestó la tarjeta de crédito y le compré los pasajes a toda mi familia, a pagar en veinticuatro cuotas. Así que, o sea, no sabía cuándo iba a poder llevar a la familia, no sabía nada (Juan Manuel, 57 años, E52).

“Huir para adelante” de un lugar que consideraba insoportable, donde era inviable quedarse, y con un camino lleno de incertidumbres por delante: en estas circunstancias volver es impensable en el momento de partir. Retomando la cuestión de los preparativos, estos suponen no sólo organizar todo lo necesario para la llegada, sino también para la partida. Vender bienes materiales antes de partir (propiedades si es el caso, coches, enseres, etc.), organizar el traslado de lo que se va a conservar, gestionar los tiempos y presupuestos. En los casos de emigración en pareja y con hijos menores, se observó habitualmente una distribución de estas tareas en función del género. Los hombres viajaban primero, solos, para encontrar trabajo y vivienda; mientras tanto, las mujeres se quedaban a cargo de los/las hijos/as y todo el resto de preparativos:

Ya te digo, la familia acompañó. Mi mujer, la verdad, que se puso encima una mochila grande como una casa. Porque para mí viajar solo, de alguna forma, fue fácil, entre comillas, pero ella tuvo que cargar con cuatro chicos, vaciar una casa, alquilarla, y cargar con todo ese tema; no solamente afectivo, sino de trabajo diario. Cuatro chicos muy chicos y todos varones. Y ninguno de estos que decís: qué buen chico, qué bien que se porta, mirá que obediente... ¡no! Muy quilomberos los cuatro (Juan Manuel, 57 años, E52).

Esta división del trabajo (re)productivo en la fase de la emigración es mencionada por hombres y mujeres, así como el diferente nivel de desgaste que esto supuso para unos y otras en el momento de partir. Si bien la pareja de Juan Manuel no fue entrevistada, las voces de otras mujeres relatan lo que implicó esa “carga” afectiva y de trabajo cotidiano y de cuidados que señala el entrevistado. En el caso de Victoria, que emigró con dos hijos, de dos y cuatro años, en medio de los preparativos vendió un departamento, lo vació, canceló el crédito hipotecario y con la diferencia de dinero compró una casa por menos valor, mudó todas sus cosas de un lado a otro, todo esto, una semana antes de partir:

Una de las cosas que también yo después... vi, es que ¡yo hice todo sola! ¿Viste? Porque con la historia de que él se iba para allá a buscar trabajo, yo hice todo sola acá, todo lo que fue el desmonte, digamos. Él fue un día a Ezeiza: chau, chau, listo. Y yo vendí el departamento, lo tuve que vaciar, que es siempre feo vaciar algo, tuyo, seleccionar las cosas que me llevaba y las que no [...]. Y con chicos y eso, ropa y poco más, algunos juguetes de los chicos, algunos libros de los chicos. [...] Hice la transferencia esta de la casa, la escritura, entregar el departamento [...]. Porque yo tenía que dejar el departamento y vaciarlo. Entonces el sábado anterior de irme me mudé. [...] Me mudé por una semana. Monté toda la casita, igual puse cuadros, el espejo, unas cosas en la alacena, todo... la vajilla. Estuve una semana viviendo en la casita, y la verdad que era linda, porque era chiquita pero tenía un jardincito lindo [...]. Y entonces yo estaba chocha porque estaba podrida de vivir en departamento ya, como que el verde me venía bien. Y entonces un día hablando por teléfono con mi viejo, me dice: “y ahora que ya vendiste el departamento, ¿por qué no te quedás? ¿Por qué no se quedan?”. Y yo en ese momento dije ¿y si me quedo? Porque la verdad que no tenía expensas y ya no tenía crédito. O sea, ya no tenía el muerto de tener que pagar un gasto fijo que se me iba a hacer una pelota, y bueno... viviría con los ahorros un tiempo y después quizás conseguiríamos trabajo, no lo sé, pero... y me podría haber quedado, la verdad, pero ya estaba él allá buscando trabajo, ya era como una decisión tomada, además a nosotros nos pesaba mucho el tema este del miedo a que nos roben, a que nos pase algo, y... yo qué sé. No sé, me fui, y bueno... (Victoria, 45 años, E30).

Victoria recuerda de aquellos días la sensación de “vértigo”. No había tiempo para pensar en volver, aunque llegó a dudar si partir. Los retornos impensables en la emigración se presentan en casos diversos, algunos donde la situación es muy apremiante y la planificación mínima, otros que por el contrario intentaron prever el mínimo detalle. Ejemplos antitéticos son los de Horacio y Sofía. Ambos se fueron a los cuarenta y seis años. Él, comercial, divorciado, con un hijo de doce años que se quedó en Argentina, se fue a un pueblo cerca de Valencia a principios de 2002. Ella, psicoanalista, divorciada, se fue a una de las Islas Canarias con sus dos hijos adolescentes en el año 2000. Horacio le escribió un email al alcalde del pueblo de su abuelo y le pidió trabajo, se agarró fuerte de la respuesta, consiguió dinero prestado y se fue. Sofía consiguió una oferta de trabajo profesional y a partir de ahí “estudió” el viaje. Si bien sus primeros pasos en la trayectoria eran muy diferentes, ambos partían sin pensar en volver:

Estaba seco, medio muerto acá, y bueno... Decidí mandar una botella con un papel adentro, que era un email. Hablé con el alcalde del pueblo, me dijeron que sí, bueno, que por un tiempito me podían dar trabajo, qué se yo [...].

Vos le escribiste al alcalde del pueblo.

Sí, sí.

¿Qué le dijiste?

No... trataba de explicarle cuál era la situación mía, la situación del país. Y bueno, que necesitaba trabajar de cualquier cosa. Y me contestaron que era un pueblo muy chico,

que me podían dar un trabajo, pero no por mucho tiempo. Y nada, me parecía fantástico, me entré a movilizar, esto era fines del 2001.

La situación tuya, acá, ¿cuál era?

Y, yo estaba mal, ¿viste? Estaba mal económicamente, venía de dos o tres líos económicos y el declive era total. [...] Entonces, nada, ahí medio... Bueno, me estaba separando, mi exmujer me dio una mano con los emails y eso. Mandé un email, bueno, contactaron. Me movilé para viajar. A mediados de enero ya había comprado el pasaje, viajaba en febrero del 2002. Decidí rajarme y dos o tres días antes me mandaron un mail que tenía que tener ciertos papeles para poder trabajar allá.

Y ¿vos tenías?

No tenía nada, ellos me tenían que mandar un contrato. Y yo no entendía nada, yo iba ciego, lo mío era llegar y ponerme a trabajar (Horacio, 56 años, E34).

Horacio “iba ciego”, decidió “rajarse”, el proceso de toma de decisión duró un par de meses, lo que tardó en conseguir una respuesta y el dinero prestado para comprar el pasaje, una experiencia de emigración acelerada, en medio de la cual no podía pensar en volver, estaba centrado en lo inmediato, en llegar y conseguir un trabajo lo antes posible. Viajó con cien euros de presupuesto. Sofía, por el contrario, tomó la decisión con un año de antelación e intentó planificar cuidadosamente cada aspecto del proyecto, en su caso sí pensaba, y pensaba no volver, pero porque lo necesitaba para animarse a tomar la decisión de emigrar con sus dos hijos:

Bueno, pero, o sea, decidiste vender la casa, los muebles, ¿cuál era tu proyecto?

Yo quemé todas las...irme,irme y no volver. Irme y no volver. Que también es cierto que cuando vos tomás estas decisiones, necesitás idealizar un poquito para dónde vas porque si no es imposible hacer... Digamos, si yo hubiese sabido todo lo que me tocaba después, no me hubiese movido ni a cinco metros de mi casa. Ahora te voy a contar, pero necesitás... Sí, claro, una isla, una vida más relajada, mi cabeza funciona muy bien en sociedades organizadas, yo funciono bien cuando... la realidad no me tiene que apremiar a mí. Que es la gran diferencia que yo siento con acá, que la realidad me apremia. Bueno, entonces yo tenía una cantidad de cosas idealizadas, a lo largo de esos meses me había ido haciendo una carpeta, con... cuando había estado en febrero me había llevado diarios locales, para familiarizarme, ver, digamos... me estudié el viaje, ¿no? Tenía datos, una larga lista de gente que podía llamar ahí, de parte de quién; una cantidad de reaseguros, porque ¡yo saltaba un charco enorme con dos pibes! Pero yo quemé todas las naves porque yo estaba convencida que para hacer eso había que quemar todo, y aparte seguro estaría mi deseo de irme, ¿no? De estar un poco harta de acá, y demás (Sofía, 57 años, E53).

Los relatos de la emigración de grupos familiares despliegan tramas enrevesadas, a ritmos frenéticos, enredando múltiples acontecimientos: la experiencia de la pérdida de empleos, episodios de inseguridad y violencia vividos en familia, la preocupación de

endeudarse y/o perder la casa, los esfuerzos por amortiguar el efecto de todas estas experiencias en los/las hijos/as, el miedo a no volver a encontrar trabajo, el hastío de la inestabilidad económica y política del país, el temor a no ver la salida. Algunas de estas experiencias se condensan en la experiencia de Miguel:

Entonces aquí había que abandonar lo que yo estaba haciendo, una pequeña empresa, una fábrica, en la cual me había ido muy mal y había quedado muy endeudado con el banco. Y entonces decidí pagar la deuda al banco, autorizando al banco a vender las propiedades que teníamos, que era la casa y la fábrica. Y entonces, decidimos irnos a vivir a España [...]. Yo decía bueno, vamos a cambiar de mundo, para cambiar de vida. Porque vivir de la fábrica, en una casa hipotecada, que en cualquier momento se la llevaba el banco... digamos, vamos a ver si en otro lugar, construimos una nueva vida (Miguel, 66 años, E24).

Emigrar es “huir hacia delante” (Juan Manuel), “quemar las naves” (Sofía), “rajar” (Horacio), todo con un objetivo, que como resumió Miguel consistía en “cambiar de mundo, para cambiar de vida”. Emigrar es dar un salto y para ello hace falta poner toda la energía en ese momento de tomar impulso y una vez suspendido en el aire, desear que debajo haya algún tipo de red. Hay demasiado en juego, y en las experiencias de la partida no queda mucho espacio ni tiempo para pensar en volver, al menos hasta dejar atrás la urgencia de sobrevivir.

Retornos im/posibles

Las formas de experimentar el retorno en las experiencias de la emigración analizadas hasta ahora, si bien están atravesadas por la incertidumbre, también lo están por la “posibilidad”. Una posibilidad que está relacionada con las posiciones autónomas de quienes protagonizan los proyectos migratorios. Volver puede estar sujeto a los imprevistos que se presenten en la trayectoria, a lo que se considera probable o improbable, incluso a lo que es pensable o impensable en un momento determinado; pero en ninguno de estos casos la emigración es percibida como una decisión irrevocable, irreversible. Esto no siempre es así, especialmente para aquellos/as que emigran en posiciones dependientes en los proyectos migratorios. Si para los padres y las madres que mencionamos en el epígrafe anterior, en el momento de partir, el retorno era impensable, para sus hijos/as era imposible. Ir y volver, ninguna de esas decisiones estaba en sus manos. Esta referencia a lo imposible aparece en jóvenes que percibían las implicaciones de la experiencia migratoria:

Y sí, fue un caos aquello, me acuerdo esos días...

¿Qué recordás?

Y, recuerdo que yo no me quería ir... A mí me gustaba la idea de viajar por viajar, por conocer y eso, pero... o irme, de última, siempre sabiendo que me podía... o sea, el irme con mis viejos me sonaba a algo muy definitivo, lógico. [...] Eso, me acuerdo que fue

muy caótico, tengo ese recuerdo, aparte yo lloraba, lloraba, lloraba... Era como que pensaba que no iba a venir en no sé cuánto tiempo, que iba a perder la cotidianeidad con toda la gente... Bueno, eso, sí, lo terminás perdiendo. Pero fue traumático, sobre todo al principio, porque al poco tiempo a mí me gustó mucho Madrid (Fernanda, 30 años, E4/I).

La emigración en la adolescencia y juventud con el grupo familiar se presenta como algo más que un viaje, como plantea Fernanda, la percepción en aquel momento es la de una decisión “definitiva” y, por ello, la temporalidad y el retorno aparecen en relación con lo im/posible. Cuando la emigración es producto de una decisión ajena y además se experimenta en una posición dependiente, el retorno es imposible; al menos así es percibido en el momento de la partida, aunque se deje entrever que es una cuestión que luego puede cambiar. Esta proyección del retorno como posible en un futuro aparece en el discurso de Clara, al relatar el momento en el que compartió la noticia de su partida con sus amistades:

¿Cuáles fueron las reacciones de los amigos, cuando te fuiste?

Y... cuando éramos chicos, todo mal, todo era un drama, todos: “¡uy! ¡Qué vamos a hacer!”. “Y bueno, cuando cumplas dieciocho te venís para acá, total, ya tus papás no te van a poder decir nada” (Clara, 26 años, E45).

Ya mencionamos que esta joven se había planteado no emigrar y quedarse al cuidado de una hermana mayor, pero sus padres no la autorizaron, argumentando que aún era menor de edad. Sin embargo, esta relación del retorno con lo que en un momento determinado de las trayectorias vitales es o no posible, no atraviesa de igual forma las experiencias migratorias de la juventud que las de la infancia. Es una cuestión de tiempo. A ello apunta Matías, al referirse a la edad con la que partió (doce años) y al proceso de “darse cuenta” como aspectos centrales que transformaron los sentidos de su experiencia de emigrar y (no) retornar:

¿Cómo recordás el momento de irte? El viaje, los preparativos...

No, en ese momento, capaz era más emocionante, más divertido... Está bien que era triste, pero en realidad la tristeza, por lo menos en esa edad, como que no te das mucha cuenta, te pega después, cuando ya llevás un tiempo y... y no volviste, digamos [*risas*]. Ahí como que es un poco más... No viví muy intensa la sensación de la despedida, supongo que por no tener conciencia entera... O sea, sí, yo sabía que me iba a vivir a otro país, pero no... no sé si sabía muy bien qué significaba con la gente que se quedaba, digamos.

Y ¿lo compartiste? Con tus amigos, con tus relaciones, más allá de la familia...

Sí, en realidad, en ese momento fue como mucho más duro separarme de mis amigos que de mi familia, salvo capaz mi sobrina, que tenía una edad más parecida a mí, y que estábamos muy, muy apegados... (Matías, 26 años, E1/I).

Cuando la experiencia de la emigración se produce en la infancia, las percepciones de los sujetos sobre el retorno, o sobre cualquier otra cuestión, van de la mano de los procesos de maduración propios de esa etapa de la vida. La relación del retorno con lo im/posible aparece gradualmente, en la medida en que “te das cuenta” que no volviste, al tener mayor “conciencia” de lo que implica la experiencia migratoria, en términos de las distancias y las ausencias; un proceso que va acompañado de la elaboración de nuevas emociones, como la tristeza o el enfado. La emigración se resignifica, pierde el carácter lúdico –propio de una percepción infantil– cuando cristaliza el hecho del (no) retorno, o el retorno como imposible en un momento posterior, en la fase de la inmigración.

Rastrear el retorno en la experiencia de la emigración es una tarea siempre compleja, pero más aún cuando ésta se produce a una edad temprana; no sólo en lo relativo a la madurez y la capacidad de elaborar un discurso al respecto, sino por la posibilidad de recordar. Este es el caso de dos entrevistados, hermanos, que partieron con dos y cuatro años. Mientras el menor mencionó no recordar demasiado el momento de la partida, porque era muy pequeño, la hermana mayor relató algunas escenas relativas a la despedida de los familiares y el viaje en avión, también señaladas en la entrevista con su madre, lo que nos conduce a reflexionar acerca de cómo estas memorias familiares y colectivas atraviesan también las experiencias migratorias en la infancia:

Y, ¿te acordás el viaje?

¡Sí!

¿Qué te acordás de ese momento?

Eh.... Mmm... me acuerdo de haber despedido a mi primo, a toda la family, haberme subido al avión ese de mierda, y en el avión más o menos me acuerdo... Digamos, yo era medio chota [*mala*] hablando, y dibujaba. Dibujaba corazoncitos rotos en el avión de Argentina a España (Juana, 14 años, E3).

La escena de Juana dibujando en el avión fue también mencionada por su madre, al preguntarle en la entrevista cómo fue el traslado con los hijos menores:

¿Cómo fue el tema con los chicos?

El tema con los chicos fue desgarrador, verdaderamente, porque eran chiquitos. Y los chicos, bueno, Santiago entendía todo. Porque tenía casi dos años, pero era muy piola, ¿viste? Pero Juana... estaba deshecha. [...] Juana de acá se fue, no sé si ella te lo contó, pero se fue mal. No se quería ir. Tenía cuatro años nada más, pero bueno, así y todo, en el avión de ida dibujaba corazones rotos ¿viste? [...] Nosotros habíamos llegado en abril, después cuando empezó el colegio en septiembre, que ella ya tenía cinco años, todo el primer mes de clases no comió nada mientras estaba en el cole, no habló, ni hizo pis, ¿viste? La maestra estaba preocupada. Y bueno, después se fue soltando, de a poco (Victoria, 45 años, E30).

Los escasos recuerdos del momento de la partida y por tanto no poder atribuir un sentido específico al retorno en aquel entonces, no implican que la experiencia de la emigración/inmigración sea irrelevante por haberse producido a una temprana edad; ambos entrevistados resaltaron en sus discursos la cantidad de veces que se mudaron a lo largo de sus vidas y manifestaron su deseo de no volver a hacerlo. Por el contrario, la trascendencia de estas experiencias en la infancia emerge al analizar más adelante sus discursos sobre el retorno: de la importancia que atribuyen al hecho de volver se desprende la relevancia que tuvo en sus trayectorias el hecho de partir.

Antes o después, en función de la edad de cada uno/a, los proyectos migratorios de estos jóvenes serán reapropiados, porque esto formará parte de sus trayectorias vitales hacia la adultez y el cambio de posiciones heterónomas a autónomas en el entorno familiar. La autoría de los proyectos migratorios y la autoridad de los mismos ya no tendrá que ser disputada, o al menos no desde las mismas posiciones, conforme se produzcan las transiciones de unos roles a otros en las trayectorias educativas, laborales y familiares. En ese *hacerlos suyos*, el retorno reaparecerá en los proyectos migratorios bajo la forma de lo posible.

Retornos im/previstos, im/probables, im/pensables, im/posibles, sentidos del retorno en la fase de la emigración que sugieren diversas estrategias para afrontar la incertidumbre, elemento clave que atraviesa toda experiencia migratoria y especialmente ese momento previo a la partida. Las aproximaciones a este momento inicial de las trayectorias y el rastreo de los sentidos del retorno que desde allí se articulan requieren cierta mirada sociológica de la contingencia, siguiendo a Beriain:

“Contingente es aquello que no es ni necesario ni imposible, aquello que puede ser como es, pero que también puede ser de otro modo. La contingencia expresa lo dado (experimentado, esperado, pensado, imaginado) a la luz de un posible estado diferente; designa situaciones en un horizonte de cambios posibles. Presupone el mundo dado, es decir, no designa lo posible en sí mismo, sino aquello que, visto desde la realidad, puede ser de otra manera [...] La absorción de la incertidumbre, de la indeterminación se da mediante la estabilización de expectativas a través de fórmulas reductoras de la contingencia” (Beriain, 1999: 205-206).

Señalar el carácter incierto de la experiencia de la emigración y el sentido estratégico del retorno para hacerle frente quizá nos ayude a dejar de eludir en el análisis la relación inestable a través de la cual se asocian los proyectos migratorios, las trayectorias en la inmigración, los sentidos del retorno y, en definitiva, la temporalidades propias de estas experiencias. El rastreo de los procesos de retorno y sus entramados nos permite evitar congelar las intenciones de retorno o no retorno que los sujetos hayan manifestado en la fase de la emigración e intentar comprenderlas de acuerdo a los marcos de sentido en función de los cuales son definidas, es decir, intenciones enmarcadas en proyectos migratorios situados en un momento determinado del ciclo de vida que pueden transformarse en su transcurso, estrategias o fórmulas mediante las cuales estabilizar expectativas.

Los proyectos migratorios nos hablan no sólo de objetivos, motivos o razones, sino también de posiciones que se articulan en relación con la edad, la clase o el género y su intersección con determinadas trayectorias familiares-afectivas, laborales, educativas, etc. que marcan un punto de partida en los relatos. En el transcurso de la migración, entendida como proceso social, se producirán reposicionamientos y, consecuentemente, se resignificarán los proyectos migratorios y los sentidos del retorno. El análisis de las posiciones de los sujetos en los proyectos migratorios a la luz del *continuum* autonomía/heteronomía nos permite –sin recurrir al par voluntario/forzoso para analizar el tipo de movilidad objeto de esta tesis, que habitualmente se considera “voluntaria”– no perder de vista no solamente la posicionalidad múltiple respecto a los proyectos, sino también las dinámicas que los atraviesan y el carácter no lineal de las trayectorias. Al poner de relieve el sentido estratégico de los retornos en la fase de la emigración y conectarlos con las distintas posiciones de los sujetos en el marco de los proyectos migratorios, lo que emerge son los diversos sentidos de los retornos, o dicho de otra forma, las múltiples formas en que los retornos “son sentidos” en el momento de partir.

Rastrear las conexiones entre la experiencia de la emigración y los sentidos del retorno señalando la incertidumbre y la contingencia como elementos clave puede que nos facilite el repensar las categorías bajo las cuales nos aproximamos habitualmente a su análisis. En este capítulo hemos abordado el estudio de las experiencias de la emigración prestando atención a los discursos sobre los proyectos migratorios, pero considerando a estos últimos más como *lugares de paso* que como *líneas de meta* que una vez atravesadas conducen indefectiblemente a tomar la decisión: retorno o no retorno. Al asumir en el análisis el carácter dinámico y las posibles transformaciones que los proyectos migratorios experimentarán a lo largo de las trayectorias migratorias, se ha desistido (a la par que cuestionado) los intentos de articular identificaciones rígidas entre *tipos de proyectos migratorios*, a los cuales se asocia algún *tipo de estrategia de retorno*, que se sostiene en las categorías que tradicionalmente han sido utilizadas para caracterizar distintos *tipos de migraciones (temporal-permanente)*, y también *tipos de migrantes*. En su lugar, hemos procurado rastrear cómo los distintos sentidos de los retornos en el momento de la emigración *devienen* tales, y a partir de ahí siempre pueden aparecer, desaparecer y reaparecer, transformados, a lo largo de las trayectorias migratorias. Por estos derroteros nos conducirán las próximas páginas.

5. VUELTAS

De «ir quedándose» a «estar yéndose». Escenas de lo provisional en la inmigración y tramas del retorno en el curso de vida

Los retornos imaginados (o no) en el momento de la partida se transforman a lo largo de la trayectoria migratoria. Durante el período de residencia en el lugar de destino, los retornos adquieren nuevas formas y materialidades; ya no ocupan sólo un lugar hipotético en el futuro de un proyecto migratorio a punto de iniciarse, sino que ahora se conectan con las experiencias de la inmigración y multiplican sus sentidos. Aquel retorno imaginado que, en el momento de la partida, ayudaba a afrontar la incertidumbre que supone emigrar, transforma ahora su carácter estratégico y se convierte también en una herramienta que ayuda a gestionar el intenso *sentimiento de provisionalidad* que atraviesa la inmigración. Sayad (2000: 20-21) plantea que, desde el inicio del viaje, la inmigración se experimenta como algo provisional que dura, es decir, se vive como algo temporal por más que se extienda indefinidamente en el tiempo. Esta forma de experimentar la temporalidad se articula en la inmigración con las movilidades de retorno y juntas van moldeando las trayectorias migratorias. El concepto de *movilidades de retorno* incluye no sólo los retornos físicos y “permanentes” al país de origen, sino también los retornos imaginados y provisionales, que incluyen los viajes ocasionales de distinta duración (Long y Oxfeld, 2004: 4; King y Christou, 2011: 452).

Al sentimiento de provisionalidad subyace el retorno, como idea y como práctica, y éstas, a su vez, nutren esta forma específica de “conciencia de la temporalidad” en la inmigración. Este juego entre provisionalidad y retorno adquiere distintas intensidades a lo largo de la trayectoria migratoria; no es una relación estable, ni definida de una vez y para siempre, sino que varía en función de cómo se desarrollen otras trayectorias en distintos momentos del curso de vida y cómo se imbrican con los contextos socio-históricos de los lugares de origen y destino, que también se entrecruzan. Para

desentrañar cómo los procesos de retorno se despliegan en el marco de esta contradicción temporal en la inmigración, en las siguientes páginas vamos a analizar las movilidades de retorno –entendidas como ese conjunto de prácticas que implican desde imaginar volver o no volver hasta los viajes físicos al país de origen– y sus efectos sobre las trayectorias migratorias.

Perder ese billete de vuelta y estirar el viaje, ahorrar un poco más para terminar de pagar el crédito de la casa o empezar un proyecto nuevo, iniciar algún tipo de formación que ayude a mejorar la trayectoria profesional o simplemente tener trabajo, durante algunos años o quizá hasta concluir la vida laboral. Entre medias volver para festejar un cumpleaños, trabajar una temporada, casarse (también en Argentina, o simular el ritual con un festejo), hacer trámites (carnet de conducir, pasaportes, permisos de estudiantes, reagrupaciones familiares, jubilaciones), presentar a un/a hijo/a, comprar una propiedad o un negocio, cuidar a un familiar enfermo, despedirse. Volver y volverse a ir, volver y preguntarse otra vez: ¿Volvería? ¿Volveré? Y responder(se): Sí, más adelante. No, de momento. Todas estas son escenas comunes del devenir en la inmigración, de estancias que se extienden más de lo previsto, de proyectos que se resignifican sobre la marcha; imágenes del *ir quedándose* pero también del *estar yéndose*, porque se vuelve intermitentemente y esos viajes reactivan la interpelación sobre el retorno, reavivan la añoranza de los lugares y los afectos (o no). Esas movilidades de retorno moldean las trayectorias migratorias, orientándolas hacia un lado u otro en distintos momentos, pero señalando, siempre, el carácter provisional que atraviesa las experiencias de la inmigración y los retornos, sus frágiles equilibrios.

Ir quedándose y/o *estar yéndose* son dos expresiones recurrentes en los relatos de las personas entrevistadas que nos hablan de distintos momentos y formas de transitar el proceso migratorio. Condensan el sentido de lo que deviene, en tensión: de la emigración (ir) a la inmigración (quedándose), y de la inmigración (estar) al retorno (yéndose). Su potencia es tal porque al tiempo que ponen de relieve la fluidez de los procesos migratorios, señalan también sus fricciones, la experiencia ambivalente y simultánea de la movilidad y la inmovilidad, o la búsqueda de amarres o arraigos en la vida cotidiana. El *ir quedándose* en un sitio y/o *estar* en él *yéndose*, nos remite a la propuesta sayadiana de la temporalidad en la inmigración como “lo provisional que dura”:

“Aun cuando cada emigrado tiene la convicción de estar objetivamente comprometido en una condición que puede durar, continúa viviendo esta condición con el sentimiento de lo provisional y comportándose en muchos ámbitos como si su emigración no fuera más que pasajera. Este sentimiento de «provisionalidad duradera», que determina en el caso del emigrado todo un conjunto de prácticas específicas, condiciona también su percepción del mundo social y político. Característica fundamental de la condición de emigrado, la contradicción temporal que lo habita termina por dejar su impronta sobre toda su experiencia y sobre su conciencia de la temporalidad” (Sayad, 2010: 94).

Las expresiones *ir quedándose* o *estar yéndose* nos hablan de la precariedad de los amarres que sujetan las experiencias migratorias; son, en definitiva, expresiones de distintas formas de habitar y hacer sostenible la contradicción temporal de la que habla Sayad.

El hecho de permanecer en el lugar de destino o partir nuevamente hacia el lugar de origen no siempre se explica como el resultado de una decisión tajante y definitiva, sino mediante fórmulas que ponen el acento en el carácter provisional de la inmigración y que explican la duración de la estancia, la decisión de quedarse o partir, como parte de un proceso, como producto de acontecimientos y circunstancias que habitualmente exceden lo planificado. Esos acontecimientos y circunstancias son la urdimbre a partir de la cual se traman los retornos, una urdimbre que puede analizarse a partir de los distintos “hilos” que componen los procesos migratorios, como son las distintas trayectorias que los atraviesan (laborales, educativas, familiares-afectivas y residenciales).

Hemos visto en el capítulo anterior que los proyectos son el primer arranque de las trayectorias migratorias. En este capítulo vamos a prestar atención a sus resignificaciones en la experiencia de la inmigración, porque es de la mano de estos proyectos y sus transformaciones que las tramas del retorno continúan su despliegue. Es a través del análisis de las trayectorias migratorias como podemos vislumbrar el carácter múltiple y dinámico de los proyectos migratorios. Cómo se pasa del “viaje” al “trabajo”, del “amor” a los “estudios”, del “trabajo” a la “familia”, de los “estudios” al “trabajo”, etc. Los proyectos se combinan, mutan, y al compás de estos cambios, les siguen los retornos. Ya hemos planteado la necesidad de entender las trayectorias migratorias como algo más que la sucesión de una serie de desplazamientos geográficos y analizarlas en relación con otras dimensiones que inevitablemente las atraviesan y a partir de las cuales se (re)producen. Entendemos la trayectoria migratoria como una herramienta analítica –tal como la planteamos desde la perspectiva del curso de vida en el capítulo metodológico– enmarcada en una serie de *recorridos sociales*, compuestos por trayectorias (educativas, laborales, familiares, residenciales), sus *puntos de inflexión* (momentos en los que la trayectoria cambia de dirección) y sus *transiciones* (a través de las cuales los sujetos van cambiando sus posiciones y roles) (Elder, Kirkpatrick Johnson y Crosnoe, 2003: 8). En esta clave, vamos a analizar los sentidos y formas que adquiere el retorno en la experiencia de la inmigración y su relación con distintos tipos de trayectorias migratorias.

Para plasmar esta idea de los retornos como tramas y hacerla operativa en el análisis, a continuación vamos a presentar una serie de experiencias significativas en la inmigración que llamaremos “escenas de la provisionalidad”. Con ello vamos a poner el énfasis en el análisis de tres cuestiones: en primer lugar, cómo se desarrolla una serie de secuencias relevantes para las distintas trayectorias migratorias; en segundo lugar, prestaremos atención a las formas específicas y diversas en que los retornos se van anudando en las experiencias de la inmigración; por último, abordaremos la cuestión de los desenlaces, de forma que nos ayuden a comprender cómo en la articulación de los dos aspectos anteriores se tejen los sentidos del retorno en las trayectorias concretas y conducen a la toma de la decisión de volver a residir en el país de origen. Vamos a organizar el análisis de estas cuestiones en tres bloques, que nos remiten a distintas experiencias en función del momento del curso de vida en el que tiene lugar el proceso migratorio. Con ello no nos estamos refiriendo a una cuestión que tiene que ver únicamente con la edad, sino fundamentalmente con distintas posiciones de los sujetos

en relación con sus desplazamientos, con sus proyectos migratorios y con ciertas transiciones vitales. En este sentido, es posible identificar distintos grupos. Así, por ejemplo, Gandini (2012), en su tesis sobre la inserción laboral de migrantes argentinos en México DF y en Madrid, presenta su análisis en función de distintas etapas en las que se lleva a cabo el proyecto migratorio: etapa inicial, etapa media y etapa avanzada del curso de vida. En nuestro análisis es evidente una categorización similar, pero que será aplicada en función del momento en el que se emprende la migración de retorno.

La primera escena de lo provisional abordará las trayectorias, tramas del retorno y desenlaces en el caso de migrantes jóvenes que partieron en el marco de proyectos familiares, en una posición heterónoma. En sus trayectorias migratorias adquieren peso las transiciones de roles de las instituciones educativas al mercado laboral, y de posiciones heterónomas a autónomas en términos de independencia económica del grupo familiar. Estaríamos frente a procesos de retorno de jóvenes entre veinte y treinta años que se ubican en una etapa inicial del curso de vida en relación con las transiciones a la adultez.

En una etapa media del curso de vida se encuentran las trayectorias que analizaremos en la segunda escena de lo provisional. Este grupo compuesto por jóvenes y adultos-jóvenes es el más amplio y heterogéneo en cuanto a la diversidad de trayectorias. Los proyectos en el momento de partir eran diversos (viajes, estudios, trabajo). Se trata de personas que emigraron solas, en pareja, en algunos casos con hijos/as. Durante la inmigración se produjeron algunas transiciones en sus trayectorias familiares-afectivas (uniones de pareja, separaciones, maternidad y paternidad). En el momento de volver la mayoría tenía entre treinta y cuarenta y cinco años. En cuanto a las trayectorias educativas, algunas/os partían con estudios superiores concluidos, otras/os los concluyeron en España, o los iniciaron en la inmigración pero no consiguieron acabarlos. Lo que todas/os tienen en común es que cuentan con una trayectoria de inserción laboral en España a la que intentarán dar continuidad nuevamente en el país de origen.

Por último, analizaremos qué sucede con las trayectorias que se desarrollan en una etapa avanzada del curso de vida. Se trata de personas adultas, que emigraron con más de cuarenta y cinco años y que en el momento de retornar se encuentran próximas a la transición de la actividad laboral al retiro. La experiencia de la inmigración les permitió reinsertarse en el mercado laboral, retomando estas trayectorias que se habían visto interrumpidas antes de la partida. En cuanto a las trayectorias familiares-afectivas, se dan transiciones que tienen que ver con rupturas de pareja y formación de nuevas uniones, así como también con la emancipación de sus hijos/as del hogar.

5.1. Escenas de lo provisional (I): el peso de la duda

Trayectorias migratorias: despegar y mantener el vuelo

Los caminos recorridos por los/las jóvenes que partieron en proyectos familiares están marcados primero por los aspectos educativos, y luego (o al mismo tiempo, según el caso), por los laborales. Dependiendo de la edad en el momento de la partida, su experiencia en la inmigración supuso el desarrollo de distintas fases y transiciones de las trayectorias educativas –de la educación primaria a la secundaria y de ésta a la terciaria o superior–, que se entremezclaron con el inicio o la continuación de las trayectorias laborales. En la experiencia de estos/as jóvenes no siempre ha habido un corte claro en la transición de sus roles de estudiantes a trabajadores, sino que ambos se han superpuesto en algún punto de sus trayectorias. Son jóvenes que asumieron ambas actividades de forma simultánea y la intensidad con la que se incorporaron al mercado de trabajo ha estado relacionada con las distintas estrategias y trayectorias familiares en la inmigración, así como con sus propias decisiones.

Ninguno/a de estos/as jóvenes entrevistados/as alcanzó el nivel de estudios universitarios en España. En algunos casos, la decisión de no realizarlos era previa a la emigración. Como cuenta Fernanda, fue una decisión difícil para sus padres: “fue duro, darse cuenta de que su hija no iba a ser universitaria como ellos. ¡Y como ellos querían!” (E4/I). En otros casos, los iniciaron, pero los abandonaron al poco tiempo (es el caso de Matías y de la pareja de Clara). Sí concluyeron estudios de nivel técnico, optando por trayectorias educativas de duración más corta que un grado universitario. Sus expectativas consistían en insertarse en el mercado laboral con una formación que les permitiera desempeñar alguna actividad profesional que les satisficiera. Mientras tanto, hasta obtener alguna credencial, iniciaron sus trayectorias laborales en el sector servicios, generalmente en el comercio y la hostelería. Dependiendo de la situación socio-económica familiar, su entrada al mundo del trabajo fue diversa. Quienes llegaron a España a concluir estudios secundarios comenzaron con trabajos temporales durante los veranos, que les permitían acumular ciertos ahorros mientras contaban con la ayuda económica del grupo familiar, independientemente de que convivieran o no con ellos. En casos como el de Fernanda, que llegó a España con 19 años, la emigración supuso asumir otro rol y tanto ella como su hermana comenzaron a trabajar a tiempo completo para colaborar con la economía familiar:

[...] ahí, como todos ganábamos poco, en general, no es que ¡uy, qué laburazos! Repartíamos los gastos. El alquiler, más o menos, lo repartíamos entre todos. Y, después, lo que era comprar las cosas del día, eso un día vos, otro día yo, no había nada estipulado, ni era que repartíamos al milímetro, ni nada. De hecho, a mi vieja como que no le gustaba, por ejemplo, que nosotras compráramos comida, como que le daba cosa, ¿viste? (Fernanda, 30 años, E4/I).

Vivienda y alimentación, dos aspectos que los padres de Fernanda no podían proveer sin la contribución de sus hijas; quizá por eso los reparos de la madre al verlas colaborar

para suplir necesidades básicas del hogar. El primer trabajo que tuvo Fernanda fue en una tienda de bisutería, empacando pendientes en pequeñas bolsas a jornada completa. Después de pasar el día en un taller oscuro, su tía la esperaba en casa y hacían juntas figuras con arcilla “para descargar”. Cuando comenzó a estudiar dirección artística su madre la remplazó en el puesto hasta jubilarse. El primer trabajo de su hermana fue vender libros en el metro, luego el servicio de correos, donde logró conseguir también un puesto para su padre. Fernanda continuó trabajando en la hostelería mientras concluía los estudios. Algunos veranos se trasladaba a alguna localidad costera para “hacer la temporada” y esto le permitía ausentarse provisionalmente de la casa familiar y disfrutar de cierta independencia. De modo esporádico trabajaba en rodajes cinematográficos, que era a lo que realmente quería dedicarse profesionalmente, pero nunca logró estabilidad laboral en el sector:

Y nada, estaba pegando laburos [*de dirección artística*], pero siempre medio que teniendo que tirar de camarera, y eso... Pero bueno, cada vez era más laburo de camarera y menos de lo otro, con lo cual como que me empecé a sentir un poco estancada y dije no, ¿cuánto tiempo más puedo estar así? (Fernanda, 30 años, E4/I).

Los jóvenes que, a diferencia de Fernanda, no tenían edad de trabajar o la necesidad de hacerlo cuando llegaron a España, compartieron, sin embargo, la experiencia de la precariedad en sus itinerarios laborales posteriores. Trabajaron de forma temporal y realizaron prácticas profesionales no remuneradas para ganar experiencia laboral y mejorar sus posibilidades de inserción en un futuro que imaginaban cercano. Como cuenta Matías, su itinerario lo inició trabajando esporádicamente durante los veranos; trabajó de mozo de carga y descarga, en atención al público en comercios y en todo lo que le ofreciera la empresa de trabajo temporal a la que estaba apuntado. Durante los últimos años de estudio, comenzó a compaginar estos trabajos con otros no remunerados en el sector audiovisual. A diferencia de Fernanda, al iniciar esta trayectoria profesional algo más tarde, en 2008, Matías no sólo no logró conseguir un volumen de trabajo más o menos estable, sino que nunca cobró por ello:

Tenía un amigo que estaba estudiando cine y, desde que él arrancó, yo me metí a trabajar en rodajes. Primero como estudiante, pero a partir de ahí y muy prontito ya arrancamos en rodajes profesionales. O sea, había gente que cobraba, entre los cuales no estaba yo, por lo menos (Matías, 26 años, E1/I).

Para los/las jóvenes que iniciaron sus trayectorias laborales en el albor de la crisis económica en España no sólo ha sido problemático conseguir un empleo y cobrar por ello, sino también mantenerlo. La experiencia de inserción de Clara, que no quiso continuar estudiando al terminar la educación secundaria, es un reflejo de ello. En el 2008 comenzó trabajando en una guardería infantil, primero diez horas semanales sin contrato de trabajo, luego contratada a media jornada y posteriormente a jornada completa. Al año, la guardería pasó de tener cincuenta niños/as a trece (“los padres empezaron a dejar a los nenes con los abuelos”) y Clara perdió el empleo. Comenzó la

búsqueda en clínicas veterinarias, ya que en 2008 había realizado un curso de auxiliar, pero no encontró trabajo. En 2009 su suegra la recomendó para trabajar en una perfumería; jornada de ocho horas, de lunes a sábado, por novecientos euros. Posteriormente, los conocimientos de cosmética y medicamentos para animales le facilitaron conseguir trabajo en una farmacia y mejorar sus condiciones: durante un año tuvo una jornada de seis horas, de lunes a viernes, con una guardia al mes y un sueldo de 1.200 euros. Clara estaba contenta con sus condiciones laborales, nunca habían sido tan buenas. Ya convivía con su pareja, que trabajaba en control de calidad en un supermercado, y con ambos sueldos pagaban las cuotas de la hipoteca, el coche y el garaje. Todo parecía ideal, hasta que a mediados de 2012 el panorama se complica:

Empezó todo el tema ese que el gobierno no le pagaba a las farmacias, que las farmacias invertían su plata para seguir comprando medicamentos, hasta que se quedaron sin plata y empezaron a reducir personal y yo era de las más nuevas, así que fui de las primeras que echaron [...]. A mí me echaron en agosto [2012] y en ese momento en su trabajo [el de su pareja] ya estaban echando gente. A él no le habían dicho nada. En control de calidad era él y otro chico más, y todo Barcelona pasaba por él, así que por ahí era más difícil que... Pero bueno, sí, se estaba viendo que no estaban sacando nada de productos, la última navidad había bajado un montón la venta y bueno, muchos locales ya habían cerrado y ya se hablaba mucho, ¿viste? Ya era estar ahí y tener miedo, yo sin trabajo también, difícil de conseguir (Clara, 26 años, E45).

En paralelo a las trayectorias educativas y laborales, transcurrían las tramas familiares-afectivas. No hay que olvidar que es a partir de estas últimas que se configuraron sus proyectos migratorios, y en función de cómo se desarrollaron en el país de destino afectaron a sus experiencias de la inmigración. La convivencia con los padres se extendió durante los años de estudio y el emprendimiento de formas de vida autónomas estuvo en función de otros criterios, distintos a la edad. En el caso de Matías, el divorcio de sus padres a los pocos años de llegar y la formación de nuevas parejas habilitó las condiciones para que viviera solo desde los diecisiete años, aunque con la ayuda económica de sus progenitores. Formó una pareja estable, con una joven de su edad, española, con quien no convivía. Por su parte, Clara siempre vivió con sus padres y al poco tiempo de llegar inició una relación con un joven argentino, de su misma edad, que había emigrado en circunstancias similares. Cuando consiguieron los primeros empleos alquilaron un piso y se fueron a vivir juntos. Posteriormente decidieron comprar una propiedad solicitando una hipoteca. Fernanda, si bien es la mayor de estos tres jóvenes entrevistados, siempre convivió con su familia, en el mismo piso, desde el día que llegaron a Madrid. Sus padres también se divorciaron a los pocos años de llegar. En sus años en Madrid tuvo algunas relaciones de pareja, pero ninguna estable. En las tramas afectivas de estos/as jóvenes en España, las nuevas amistades forjadas en la inmigración ocupan un lugar privilegiado en su experiencia, aunque el grupo de amigos de la infancia y juventud en Argentina siguiera siendo un punto de referencia y uno de los aspectos más añorados durante la inmigración.

Tramas del retorno: el poder de la intriga

Los sentidos del retorno en la experiencia de estos/as jóvenes se irán transformando, especialmente a medida que cambian sus posiciones en el marco del proyecto migratorio familiar. Si en el momento de partir con sus padres volver parecía “imposible”, esto será puesto en cuestión conforme vayan articulando sus propios proyectos y ganando autonomía. Es en esa transición de roles juveniles a adultos, en ese reposicionamiento, cuando sus percepciones sobre el retorno comienzan a bascular entre lo imposible y lo posible en el transcurrir de sus trayectorias. Esa vacilación es también una manera particular de expresar cómo el sentimiento de provisionalidad atraviesa el devenir de estas experiencias en la inmigración. Fernanda deja entrever este aspecto al recordar ciertas sensaciones y emociones que marcaron distintas etapas de su estadía en España:

Fue traumático, sobre todo al principio, porque al poco tiempo a mí me gustó mucho, me cerró mucho Madrid. Me metí en una escuela re-linda de diseño, conocí gente muy linda. Entonces, como que hice un nuevo grupo de amigos ahí –en ese momento era muy sociable [risas]–. Por un momento ¡sentí que había encontrado un lugar en el mundo! Me parecía que Madrid era “lo más”. Después, bueno, ya nunca me hallé en un lugar, o estaba cómoda, pero nunca sabía... O sea, siempre tuve la duda de volver... yo siempre tuve como una carga...

¿Sí?

¡La que más! Porque mi hermana volvió una vez, a mi vieja le encanta Buenos Aires, pero con todo lo que le costó irse, ¡ni se plantea volver! [...] Y mi hermana se re-adaptó ya. Se casó con un español, tuvo un hijo... blablá (Fernanda, 30 años, E4/I).

La “duda de volver” pesa. Fernanda habla de ella como “una carga” que parece haber arrastrado durante casi toda su experiencia en la inmigración. Una carga que, desde su punto de vista, no arrastran otros integrantes de su familia. Y esta apreciación en su relato, al comparar su experiencia con la de su madre o su hermana, es relevante por dos cuestiones: primero, porque apunta a los sentidos del retorno en las experiencias migratorias de los adultos mayores y su relación con lo impensable –cuestión planteada en el capítulo cuatro y que retomaremos más adelante en este– y, segundo, porque deja entrever cómo los retornos ocasionales funcionan como prácticas afectivas y efectivas de (des)apego, de (des)amarre y, en definitiva, de (des)arraigo de los espacios sociales. Mientras que en una década Fernanda viajó a Argentina cuatro veces, su hermana sólo una, un hecho que para la entrevistada connota el menor interés por el lugar de origen a la vez que aliviana el peso de la duda.

Quienes partieron en los primeros años de juventud, crecieron luego con la intriga de qué hubiera sido de sus vidas de haber tenido la oportunidad de poder elegir quedarse en Argentina. Una inquietud que no sólo se nutre de retornos ocasionales, sino que también comparten quienes no pudieron volver físicamente. Como Clara, que alimentaba la añoranza de estar en Argentina con sus amistades no sólo con buenos

recuerdos, sino también a través de algunas visitas en Barcelona y de lo compartido en las redes sociales; imágenes o relatos de eventos que le recordaban su ausencia en lo cotidiano y en los nuevos hitos del grupo: el viaje de fin de curso, los paseos durante las vacaciones, las fiestas de los fines de semana, etc. Es también en este juego de presencias y ausencias que la idea de volver se reactualiza a través de la capacidad de continuar imaginando el retorno en la inmigración:

Y, entonces, en todo este trayecto, ¿en qué momento pensaste en la idea de volver? ¿Eso cómo fue?

Y, no, la idea siempre... o sea, siempre... no lo hablaba, pero siempre tenía ahí en la mente... ¿cómo será estar allá? Y estar con mis amigos, yo veía que se fueron a Bariloche y allá no había nada de eso [...]. Yo decía ¡uh! ¡Yo quiero estar con ellos! Esas cosas siempre, yo las veía y las extrañaba, porque allá no es lo mismo. Porque la cultura, aunque sea muy parecida, también es muy diferente (Clara, 26 años, E45).

Aunque volver a Argentina no era algo que supieran si efectivamente iban a llevar a cabo o no, la idea de retornar aparece en sus trayectorias como una duda compartida. El retorno, en estos casos, no significa solamente una vuelta, sino también una búsqueda; un intento por recuperar la continuidad de aquellas trayectorias iniciadas en la juventud, especialmente a través de los vínculos afectivos de aquella época. Tener la idea del retorno “ahí en la mente”, imaginarlo, desearlo, son ejercicios de proyección que alimentan la duda de volver, una duda que se potencia además con las experiencias físicas de los retornos ocasionales. Si bien es cierto que las visitas al país de origen no son imprescindibles para imaginar el retorno o desearlo, también lo es que la experiencia piel con piel del espacio social permite elaborar otro tipo de conexiones y sentidos, ya que suman al interrogante por el retorno la interpelación directa desde el escenario hipotético al que volver. De ello nos habla Fernanda al compartir en su relato sus percepciones sobre las visitas a Buenos Aires:

Siempre que venía acá, estaba un mes, como mucho. Y lo pasaba bárbaro. Encima, en general, venía cuando acá era verano. Mis amigos de vacaciones, toda la atención del mundo, ¿viste? Genial. Y nada, como que siempre sentía que me iba en el mejor momento. Entonces decía está bueno, pero también tengo ganas de vivir un poco. De, realmente, sentir un día a día de vuelta en Argentina, con todo este entorno (Fernanda, 30 años, E4/I).

Los relatos sobre los retornos ocasionales denotan esa tensión entre lo verosímil y lo inverosímil, porque detrás de esas experiencias intensas tanto física como emocionalmente —plagadas de asados, reencuentros, mates, paseos, etc.— existe la sospecha de que la experiencia de la cotidianidad, de la permanencia ante un hipotético retorno, probablemente se aleje de ese conjunto de acontecimientos extraordinarios que suceden durante los viajes ocasionales. Fernanda sugiere el sentido “irreal” de esas experiencias al explicitar su deseo de *realmente* vivir y sentir el día a día de vuelta. Así como en el caso de Clara hemos visto que estas movilidades de retorno ocasionales no son indispensables para despertar la duda de volver, tampoco lo son a la hora de convertir aquella inquietud en deseo. Y esto no tiene que ver necesariamente con

experiencias negativas de esos viajes, sino con otro tipo de hitos y matices de las trayectorias migratorias que, según el caso, habilitan o constriñen distintos tipos de proyecciones, de retornos imaginados. Para analizar esta cuestión es pertinente rescatar el relato de Matías:

Venir acá era para mí una fiesta, me la pasaba de joda un mes. Menos de un mes no venís porque es muy caro, y una vez que ya estás acá es más barato, para el estándar de Madrid. Ahora menos, pero hace unos años era muy barato [...]. Entonces era un mes de asado en asado, si no estabas viendo a la tía estabas viendo a la abuela, y si no al primo, y si no al amigo, en ese sentido... te lo pasabas diez puntos. Es más, yo si podía me pegaba una escapadita a alguna otra parte de Argentina, que conocí así. Cuando vivía acá la verdad que no paseé mucho por Argentina, pero volviendo, sí. Entonces eso, una fiesta. Además, digamos que como de 2003 para acá se ve una mejora y qué se yo. Pero sí, cuando venís estás de joda, lo que se veía era todo ¡fantástico, estupendo, maravilloso! [risas]. Entonces sí, para mí volver era divino. Y bueno, yo me acuerdo que me preguntaban muchas personas: “Che, ¿te volverías?”. Y yo decía: “No, la verdad que no... eh... ¿a qué? Si bien tampoco me quiero quedar en España, pero volver para acá, no sé...” (Matías, 26 años, E1/I).

Dadas las características de su trayectoria –se fue a los doce años y vivió otros doce en España–, Matías articula un relato menos nostálgico que el de Fernanda o Clara, quienes sí pasaron y disfrutaron sus primeros años de juventud en Argentina. Esta diferencia de tiempo de vida en el país de origen y de tiempo transcurrido en las trayectorias en la inmigración es relevante a la hora de elaborar añoranzas e imaginar futuros retornos. Es posible que si se percibe que con la emigración se ha dejado mucho atrás, el deseo de retomar esas trayectorias o la curiosidad por su hipotético devenir también sea mayor. La *perplejidad* es el denominador común de todos estos casos y, sin embargo, la capacidad de seducir de los retornos ocasionales pareciera estar relacionada con la relevancia de este otro tipo de matices. Si bien Matías fue quien viajó con mayor frecuencia a Argentina, resulta significativo cómo esa descripción tan vívida de sus retornos ocasionales –donde nos habla positivamente de su experiencia de los afectos y los contextos– culmine con el relato de sus dificultades para imaginar un retorno “permanente”. Los adjetivos que utiliza Matías no son una cuestión baladí si tenemos en cuenta que lo maravilloso refiere a lo “extraordinario”, a la vez que lo fantástico remite a lo quimérico, a lo fingido, a algo que no tiene realidad y cuyo potencial consiste sólo en la imaginación. En definitiva, estas experiencias ocasionales del retorno, que aparentemente no son más que *unas vacaciones estupendas*, son también capaces de alborotar las interpelaciones y alimentar la duda, tanto de permanecer en España como de volver a Argentina. Es en esas articulaciones específicas entre los retornos imaginados y los físicos, en tanto que efectuados y materializados, en esas combinaciones que conectan lo fantástico y lo “real”, donde es posible observar cómo se calibra la potencia de los retornos “permanentes”, como proyecciones capaces de llevarse a cabo.

Desenlaces: romper la inercia de lo inmóvil

Si analizamos las trayectorias migratorias de estos/as jóvenes, uno de los aspectos reseñables son los efectos específicos que sobre esta etapa inicial del curso de vida tiene

la incidencia del contexto de recesión económica en España, precisamente en el momento de llevar a cabo una serie de transiciones que conducen de la juventud a la adultez: la culminación de los estudios, la inserción en el mercado de trabajo y la independencia del núcleo familiar. A diferencia de la experiencia de sus padres y madres, que pudieron aprovechar ciertas “bondades” del “milagro económico” español al inicio de la inmigración para dar continuidad a sus trayectorias laborales, ellos/as no corrieron la misma suerte a la hora de iniciar sus propias trayectorias: en tanto no coincidieron con el ciclo expansivo de la economía no lograron incorporarse al mundo del trabajo de forma medianamente estable y por tanto no alcanzaron unas condiciones económicas mínimas que les permitieran allanar sus transiciones a la adultez. Resulta paradójico que las trayectorias migratorias de estos/as jóvenes acaben transcurriendo en un escenario similar al que sus padres quisieron evitar y evitarles cuando decidieron partir. Emigraban para brindarles un futuro mejor; una década más tarde el futuro estaba aquí, cargado de ambivalencias. La situación de estos/as jóvenes en el contexto de la crisis en España recuerda ahora a la de aquellos/as que una década atrás decidieron salir de Argentina en búsqueda de otros horizontes. Si la emigración supuso la interrupción de sus trayectorias en el país de origen, una vez retomadas en el país de destino el devenir de los acontecimientos en la inmigración las condujo a cierto estancamiento. Estos son los mimbres a partir de los cuales fueron tramando los múltiples sentidos del retorno, cuyo desenlace fue volver a residir en Argentina. El relato de Fernanda nos ayuda a comprender cómo todos estos elementos se van articulando a la hora de tomar una decisión que, a su vez, formaba parte de un haz de posibles, aunque unos *posibles* lo fueran más que otros:

Y allá tenía cierta comodidad, también. Estaba mi familia, que es importante, pero bueno, llegó un momento pre-treinta [*risas*], que te empezás a plantear otras cosas. Ya te digo, esto de que veía que laboralmente no salía adelante del todo, como que nunca encajaba en un circuito en el que me empezaran a llamar y a llamar y a llamar. O sea, hacía cosas, cada dos o tres meses salía algo, pero era, como, ¡basta! Nunca una cosa así muy estable, con mucha frecuencia. Eh, entonces, nada, dije ¡algo tengo que hacer! Lo primero que pensé no fue irme, lo primero que pensé, qué se yo, fue montarme otro tipo de trabajo, o montarme otro tipo de vida, no sé, irme al campo, yo qué sé [*risas*], tipo ¡chau! ¡Cultivo mis papas y soy feliz! [*risas*]. No sé, muchas cosas así, hasta que después dije bueno, también puede ser moverme, lo que pasa es que también me daba un poco de miedo. O sea, ya lo de estar partida en dos, es como muy terrible, lo sabrás [*risas*]... ¿no? Es como que siempre estás allá, anhelás aquello, y digo ¿me parto en tres? ¿Qué hago? ¡Claro! Eh... si hubiera sido más como mi hermana o mi papá, que son tipos más desarraigados, ¿no? Pero, ¡yo me encariño en todos lados! ¿Viste? Entonces digo no, si me voy a un tercer lugar, me voy a encariñar también... Bueno, igual estuve averiguando para hacer voluntariado en algún sitio, pero los voluntariados que yo averigüé eran como unas vacaciones en las que pagabas [*risas*] y yo decía bueno, voy, laburo y lo único que quiero es un catre y la comida, ya está. Pero no, el catre te lo tenías que pagar vos, la comida te la tenías que pagar vos, los viáticos vos, o sea, era como ¡posta! ¡De onda! ¡No tengo esa plata! [...] Así que no, y después dije, bueno, quizá sea el momento de hacer lo que siempre tuve picando en la cabeza, que es volver (Fernanda, 30 años, E4/I).

En el relato de Fernanda se vislumbran los elementos disparadores de la decisión de volver en el caso de estos/as jóvenes, fundamentalmente, las dificultades laborales que

les impedían continuar con sus transiciones a la adultez. Pero también resulta interesante apuntar que “volver” no siempre fue la única opción, aunque sí la que percibieron como más realizable, más que cambiar su proyecto de vida en España, más que reemigrar a un nuevo destino, aunque sea temporalmente. Más adelante en el relato, Fernanda menciona que “volver” le parecía una buena forma de “cortar con aquello”, una expresión que al pedirle que la reelaborara arrojó más elementos que nos ayudan a comprender las tramas del retorno en este tipo de trayectorias:

Y, cuando dijiste cortar, te referías a cortar con qué...

A cortar con esa rutina que venía... como de parálisis. Es lo que te digo, no estaba laburando en lo mío, estaba laburando en un bar y no estaba haciendo actividades extras que me llenaran; ya no estaba estudiando, entonces ya no tenía una motivación. Estaba como en una meseta. Entonces, no me gustaba el asunto de estar así, dije bueno, tengo que cortar con esto. No sabía cómo, porque tampoco es que dije bueno, me voy a hacer un máster en no sé dónde. ¿Me entendés? Dije, bueno, la forma de cortarla en este momento es, por ejemplo, saldar la cuenta pendiente que siempre tuve, que era la de quitarme la duda de qué pasaría si volviera a Argentina y me reencontrara con todo esto. Y todavía la estoy viviendo [ríe] (Fernanda, 30 años, E4/I).

Esta sensación de tener que salir de un lugar, de una posición que se torna insostenible, es compartida. Lo que Fernanda expresa como falta de “motivación”, en la versión de Matías se traduce en “cansancio”. El haber hecho “millones de trabajos gratis” y ver que en el contexto de recortes de presupuesto y subsidios en el sector de la cultura su posibilidad de encontrar un trabajo remunerado era cada vez más remota y nunca terminaría de pagar “el derecho de piso”. Matías habla de su decisión de retorno menos como una manifestación de su deseo de “volver” a Argentina y más como quererse “ir” de España. Una fórmula que expresa no sólo la importancia de zafarse de un determinado contexto, sino también la especificidad de ciertas trayectorias de movilidad de jóvenes que se trasladaron en la infancia y retornan en la adultez, tras haber experimentado su proceso de socialización juvenil en España y haber forjado fuertes vínculos de amistad y/o pareja en el lugar de destino, vínculos que tensionan la articulación entre los sentidos de pertenencia y las experiencias de permanencia, donde los sentimientos de “desarraigo” a determinados lugares terminan siendo suplantados por los de “no arraigo” a ninguno en particular:

Tampoco podía seguir viviendo de mis viejos [risas]. Así que me pegué la vuelta.

Bueno, y ¿cómo fue? ¿En qué momento tomaste esta decisión de venir para acá?

Y, ya le venía dando vueltas. En realidad, nunca estuve tampoco demasiado arraigado y había un momento en el que simplemente era no, me quiero ir.

Demasiado arraigado ¿a dónde?

A España. Acá tampoco, evidentemente, estaba viviendo allá, supongo que menos arraigado estaba acá. Pero era un... bueno, me quiero ir, acá no se mueve nada, el tema está medio aburrido, muerto, a ver para dónde voy. Y, bueno, me venía un poco, mis

hermanos... Mi hermana sí, me habrá dicho más de una vez “bueno, venite para Argentina, dale, que está buenísimo”. [...] Y al final terminé volviendo, fue una decisión, casi a mitad de camino entre lo laboral y lo sentimental (Matías, 26 años, E1/I).

Matías también barajó la posibilidad de reemigrar (ir un tiempo a trabajar a Inglaterra o a Estados Unidos). No lo llevó a cabo, pero sabía que tenía que encontrar alguna opción que le permitiera remontar vuelo y dejar de depender económicamente de sus padres. En este contexto, la posibilidad de volver a residir en Argentina se tornó más atractiva en cuanto se concretaron algunas oportunidades que allí podría encontrar con la ayuda de algunos familiares. En la decisión de volver de Clara, pesó más el “miedo”. Hacía tiempo que Clara no vivía “de sus viejos”, como Matías, y que había iniciado un proyecto de pareja asumiendo ciertas responsabilidades económicas, así que cuando perdió el empleo no titubeó a la hora de comprar el pasaje para volver. Había pasado menos de un mes desde que se había quedado desempleada. Clara y su pareja siempre habían pensado en regresar, pero “nunca era algo concreto”. Con el desenlace de sus trayectorias laborales, y al evaluar las perspectivas que tenían por delante en un sitio y en otro, consideraron que “era el momento”. Tomaron la decisión adelantándose a futuros escenarios más complejos que preferían evitar:

Ya era estar ahí y tener miedo. Yo sin trabajo, también difícil de conseguir. Yo en realidad, del ocho de agosto al treinta y uno. Que yo saqué la fecha a lo último, todo, o sea, fue de un día para el otro que saqué [*el pasaje*]. En teoría tenía que tirar [*currículum*], pero bueno, ya cuando nos hicimos la idea de Argentina no tiré ni un currículum, la verdad que no tiré ninguno.

O sea, no buscaste.

No, no salí a buscar, estaba difícil. Porque yo ya tenía tres amigas que hace un año que estaban buscando y no encontraban nada, estaban buscando de cualquier cosa y no encontraban. Pero bueno, yo ni probé tampoco. Ni probé, capaz que enganchaba algo, como capaz que estaba mucho tiempo sin enganchar nada. Y... bueno. Yo me fui y él [*su pareja*] se quedó solucionando las cosas que quedaron allá. Vender los coches y todo eso (Clara, 26 años, E45).

La pareja de Clara viajó tres meses más tarde. Vendió los coches, pero en el momento de la entrevista la casa que compraron en las afueras de Terrassa estaba alquilada, ingreso con el que cubrían el pago mensual de la hipoteca. Estaban preocupados porque dada la situación del mercado inmobiliario los inquilinos les estaban solicitando una rebaja y ellos no podían permitirse enviar dinero desde Argentina para cubrir la diferencia de la cuota de la hipoteca. Estaban evaluando cómo resolver esa cuestión con el banco y entregar la propiedad, ya que les quedaban por pagar veinte años de crédito.

La “interrupción” que supuso la emigración en las trayectorias vitales de estas/os jóvenes tiene que ver con el tipo de proyectos familiares en el que se enmarcan sus procesos migratorios y, fundamentalmente, con el carácter no elegido de su movilidad. Estos aspectos marcaron sus experiencias en la inmigración y elaboraron un tipo de

pensamiento contrafactual que les arrojaba el interrogante de cómo serían sus vidas si estuvieran en Argentina. Aproximadamente una década después, al estar en condiciones de tomar sus propias decisiones, la migración de retorno adquirió el sentido de la posibilidad. Son aún jóvenes y se perciben como tales, pero en los últimos años se encontraron estancados/as en medio de ciertas transiciones que no terminaban de concluir. Esto último tuvo que ver con su proceso de inserción en el mercado laboral en España y con el contexto socio-histórico en el cual les tocó llevarlo a cabo. Esta ralentización de las transiciones los/las retuvo en posiciones que hasta hace poco formaban parte de su zona de confort y que se convirtieron con el pasar de los años en lugares incómodos. Es por todo ello que volver es una estrategia frente a la provisionalidad, y lo es en un doble sentido. Por un lado, porque se presenta como una resolución de aquello a lo que Matías “le venía dando vueltas”, que Fernanda siempre tuvo “picando en la cabeza”, o que Clara “siempre tenía ahí en la mente”: la duda de volver o no volver. Asimismo, volver les permite aligerar el peso de los interrogantes acerca de cómo sería vivir en el lugar de origen y de las sensaciones de “no hallarse en ningún lugar” o “no estar demasiado arraigado” a ningún sitio; todos ellos elementos que, a su vez, preparan el terreno para tomar la decisión. Por otro lado, volver es una estrategia frente a la provisionalidad porque al ofrecer nuevas oportunidades, el retorno se convierte en una herramienta que les ayuda a zafar de un contexto que los/las retiene en ciertas posiciones que ya no quieren o pueden sostener: de inestabilidad y precariedad en el mercado laboral y/o de dependencia económica del grupo familiar. Volver es una forma de darle salida a ambas cuestiones. Cuando todo parecía detenerse a su alrededor, el retorno es el impulso que ayuda a romper con una “rutina” de “parálisis”, como apuntaba Fernanda, a reavivar lo “muerto”, según Matías. En definitiva, a dinamitar la inercia de lo que aparenta ser inmóvil.

5.2. *Escenas de lo provisional (II): la materialidad de lo (no) imaginado*

Trayectorias migratorias: las apariencias de la movilidad

Las trayectorias migratorias que se desarrollan en la etapa media del curso de vida son las más heterogéneas, así como las que demuestran mayor plasticidad en la redefinición de los proyectos. Nos referimos con ellas a jóvenes y adultos-jóvenes que, a diferencia del caso analizado en el epígrafe anterior, han sido quienes han tomado la decisión de emigrar. En el caso de los proyectos migratorios que parten de la idea de un “viaje”, cuando se decide permanecer más tiempo del previsto, comúnmente los proyectos pasan a girar alrededor del trabajo y quizá, más adelante, también de los estudios. Algo similar sucede en los casos de migración “por amor”; al poco tiempo de llegar se hace evidente la necesidad de reorientar los objetivos y apropiarse del proyecto, algo que se manifiesta con mayor contundencia cuando se rompe el vínculo de pareja. La migración “por estudios”, cuyos objetivos aportan algo más de estabilidad a las expectativas temporales de la trayectoria al tener unos plazos concretos, tampoco está exenta de sufrir transformaciones en esos objetivos. Así, por ejemplo, en algunos casos se extiende la

estancia para continuar estudios de posgrado o ganar experiencia laboral cualificada. Los proyectos migratorios “por trabajo” también transformarán sus objetivos, en tanto la experiencia de la inmigración se entrelaza con otras trayectorias vitales: la separación de antiguas parejas y/o la formación de nuevas uniones, la maternidad/paternidad, la emigración de otros familiares, la oportunidad de reorientar las trayectorias laborales, etc. Dada la heterogeneidad de experiencias que se identifican en este grupo compuesto por jóvenes y adultos-jóvenes, vamos a centrarnos en aquellos aspectos que resultan más significativos a la hora de comprender cómo se tejen en sus trayectorias las tramas del retorno.

La inserción laboral de los/las migrantes argentinos/as en España es una cuestión que ha sido ampliamente investigada y el análisis de las trayectorias laborales de las personas entrevistadas arroja coincidencias con los hallazgos presentados en la literatura (Actis, 2011; Actis y Esteban, 2008; Cacopardo, Maguid, y Martínez, 2007; Esteban, 2007, 2013, 2015; Gandini, 2012, 2014; González Martínez y Merino Hernando, 2007; Jiménez Zunino, 2011a, 2011b). Respecto a la inserción a través del primer empleo, los relatos describen trayectorias que comienzan en el sector secundario de un mercado de trabajo segmentado, es decir, dividido en segmentos al interior de los cuales circulan los/las trabajadores/as y tienen mecanismos particulares de funcionamiento (Cachón, 2002: 113). Retomando la idea formulada por Doeringer y Piore (1985), Aysa-Lastra y Cachón (2013: 27) plantean que el mercado de trabajo está dividido en dos segmentos: mientras el primario ofrece puestos de trabajo con mejores condiciones laborales (salarios relativamente elevados, posibilidades de promoción, procedimientos más reglados y mayor estabilidad), los puestos de trabajo del secundario ofrecen las características opuestas. Respecto al último flujo migratorio de población argentina a España, de acuerdo con los datos de la ENI, Esteban (2015: 237) plantea que la inserción laboral se produjo “de forma abrumadora a través de nichos étnicos”¹⁰⁹; la hostelería, la construcción, la industria, el comercio y el trabajo doméstico son las ramas de actividad principales en las que se insertaron laboralmente aquellas personas que llegaron entre 2000 y 2007¹¹⁰.

La posibilidad de salir de estos “nichos étnicos” a lo largo de la trayectoria laboral se da de forma desigual entre las personas entrevistadas. Quienes partieron sin estudios

¹⁰⁹ Según Esteban (2015: 235-238), la diferencia de contextos de recepción entre los distintos flujos de argentinos que llegaron a España fue determinante en las inserciones. Una de las principales diferencias fue entre los que llegaron recientemente (2000-2007), que entraron al mercado de trabajo mayormente “por abajo”, y los que llegaron con anterioridad que, si bien no pudieron evitar la inserción a través de nichos étnicos, sí tuvieron una entrada algo más diversificada —estaban más representados en actividades de mayor prestigio social, como aquellas desarrolladas en sanidad y servicios sociales, educación, servicios a la comunidad y personales, actividades inmobiliarias y empresariales—.

¹¹⁰ La hostelería fue la puerta de entrada para la mayor parte de hombres y mujeres llegados entre 2000 y 2007 (32% y 28%, respectivamente). Para el mismo período, en la construcción encontraron el primer empleo el 24% de los hombres y en el servicio doméstico el 18% de las mujeres. Otras ramas de actividad relevantes son, en el caso de los hombres, la industria (11%), y en el de las mujeres, el comercio (16%) (Esteban, 2015: 238).

superiores y no adquirieron nuevas credenciales educativas durante la inmigración permanecieron en la misma rama de actividad o, a lo sumo, si cambiaron lo hicieron dentro del mismo sector secundario del mercado de trabajo (de la hostelería a la industria o el comercio, y viceversa). La permanencia en España tampoco supuso una mejora considerable de las condiciones de trabajo, ya sea en términos de temporalidad en la contratación, promoción o aumentos de salario. Sin embargo, estas mejoras sí fueron notables en función del estatus jurídico: quienes iniciaron las trayectorias en situación administrativa irregular y se incorporaron al circuito de la economía informal padecieron condiciones laborales de pudieron sortear una vez que consiguieron regularizar su estatus. La información sobre el acceso a dichos circuitos la proporcionaban las redes de contactos en el lugar de destino. Por ejemplo, entre aquellas que emigraron a Palma de Mallorca era sabido que en una zona céntrica de la ciudad había varios restaurantes y tiendas de recuerdos de un mismo dueño donde empleaban a “inmigrantes sin papeles”. María y Paula trabajaron en uno de esos “explotaderos”, como los llama Paula, realizando jornadas laborales de doce horas, diez minutos para comer y un día libre a la semana por un salario de 670 euros.

Estas condiciones reflejan las características típicas de las situaciones de explotación laboral en la economía informal detectadas en otros estudios: salarios bajos, extensas jornadas laborales, no retribución de horas extras, etc. (Solé, Parella, Alarcón, Bergalli y Gibert, 2000: 138). Las condiciones de trabajo eran más favorables para quienes tenían la documentación en regla, aunque esto no les eximía de otro tipo de precariedad. La mayor parte de los/las jóvenes empleados en la hostelería estaban sujetos/as a la estacionalidad del sector y la temporalidad de los contratos. Trabajaban de forma intensiva durante las temporadas, en ocasiones pluriempleados/as durante algunos meses. Estaban dispuestos/as a realizar jornadas de trabajo extenuantes y así acumular en poco tiempo cierto capital económico. La “temporada” se convirtió en la unidad de medida de su experiencia en la inmigración. La valoración de estas experiencias laborales está, sin embargo, relacionada con sus trayectorias previas. Para Cecilia, que proviene de una fracción de clase media-baja, empezó a trabajar a los 15 años y a los 17 se independizó del grupo familiar, la mera posibilidad de tener trabajo era ya algo positivo. Venía de “años de renegar con el laburo” y cuando llegó a España a los dos días consiguió empleo de camarera:

Yo había empezado a trabajar a los 15 años. Y cuando llegué a España, que tenía veintiuno, cumplía veintidós a los pocos meses, era la primera vez que firmaba un contrato en blanco... no sabía lo que era un contrato... Después de seis años de estar trabajando, no sabía. O sea, no podía creer que tuviera uno o dos días *de franco* a la semana ¡y que me los paguen! ¡Porque para mí *tomarte franco* era no cobrar! Entonces, y... ¡vacaciones! Y qué se yo, o sea, y hora extra que trabajabas, hora extra que te pagaban. Y... ¡uf! No sé, de la mayoría de mis trabajos ¡me llevo una buena experiencia! (Cecilia, 29 años, E35/I).

Otros jóvenes, en cambio, consideran que sus experiencias en España conllevaron un descenso en su situación sociolaboral con respecto a sus trayectorias previas, aunque incipientes, en Argentina, así como en relación con las expectativas de mejora que

depositaban en la inmigración. Para aquellos/as que realizaron trabajos manuales no cualificados en la industria, este tipo de inserciones significó un cambio en sus percepciones sobre su posición de clase. Estos/as jóvenes, hijos/as de profesionales de la fracción de clase media de servicios, partieron sin concluir estudios superiores y asumieron, no sin ambivalencia, la disposición a desempeñar trabajos en la inmigración que no hubiesen realizado en otras circunstancias. Tomás es un ejemplo de ello. En Argentina trabajaba como técnico químico en un laboratorio de la industria alimenticia, aunque en condiciones precarias. En 2002, a los 23 años, decidió emigrar con la expectativa de conseguir un empleo en el mismo sector e interrumpió los estudios de ingeniería de alimentos. Fue mozo de almacén, jefe de sección en un supermercado y operario en una fábrica durante tres años, un empleo en el que ganaba mil euros y que combinaba con un trabajo de camarero los fines de semana. Relata de la siguiente forma la experiencia laboral como operario:

Ahí en el laburo fue donde me quemó la cabeza. Yo tuve un momento donde, viviendo allá me sentí bastante inútil, digamos, laboralmente. Ahí fue cuando añoraba un poco el laburo que había tenido acá porque, bueno, me encontré con que... nada, qué sé yo... que un tipo fácilmente te puede denigrar y te puede juzgar, a lo mejor porque estás debajo suyo y el tipo es un ignorante total, que no tiene ni dos dedos de frente y eso te da un poco de impotencia [...]. Porque con facilidad te puede tratar como el culo sin saber quién sos, sin saber cómo pensás, sin saber capaz de qué sos... simplemente por el hecho, a lo mejor, de su propia incapacidad. Y porque tiene, no sé si la suerte, porque tiene el puesto que a lo mejor otros desean, ¿me entendés? Yo no deseaba nada de eso, yo lo único que quería era cobrar a fin de mes, irme a la mierda y olvidarme. [...] Y el laburo era una cagada.

¿Por qué?

El laburo era una cagada porque era sucio, estabas todo el tiempo con mucho calor, las prensas irradian mucho calor, la resina es una fibra de vidrio que se te pega al cuerpo y se te queda en la mano, te pica todo el brazo... todos los días de la semana, entonces, qué se yo. ¿Viste? [...] O sea, es lo peor... pero bueno, irónicamente, medio que te lo bancás, o sea, sabés que es lo que hay y bueno, ya está. [...] O sea, a mí el laburo de la fábrica me liquidó ¡me liquidó mentalmente! Porque vos estabas solo, con la prensa todo el día, ¡ocho horas! ¡No podías nada! O sea, no hablabas con nadie, ¿entendés? Y te sentías... prácticamente un robot, pero ¡pelotudo! O sea, no, no, no, era horrible. Entonces, yo me bajaba programas de radio... de acá... y me los grababa en un mp3 y eran ocho horas de radio, entonces más o menos... Pero aun así, te vas aislando, tampoco te interesaban las conversaciones que podías llegar a tener con tus compañeros porque no, no me interesaban. [...] Me aislé muchísimo, en mi cabeza, yo me sentía como que no... Socialmente había perdido un montón y me costaba integrarme socialmente, a base de eso, de que yo estaba ocho horas, la mayoría del tiempo en el laburo, aislado y escuchando radio, ¿entendés? [...] Y me di cuenta después, cuando me tocó laburar de vuelta con la cabeza, que había perdido un montón de ejercitación... en cosas boludas... o sea, ¡no fui físico nuclear! Pero te hablo en cosas de pensar, o sea, cosas que había estudiado, cosas que había hecho antes, pensarlas, y no, me costaba un montón. Me costaba conectar cosas para resolver problemas porque ¡no había ejercitado nunca la cabeza! ¡Hacía tres años que no había pensado! En lo laboral. O sea, era, poner, cortar, sacar, limar y entregar, ya está... en eso constaba y era repetitivamente lo mismo, durante ocho horas. Entonces claro, vos decís... no hay nada que te haga elaborar, ejercitar, desarrollar, tenía el músculo totalmente atrofiado, de la cabeza, y me pasó eso. Y... nada, lo que sí me di cuenta es que soy un constante, mal, o sea, ¡a lo mejor para

mal! Porque le di para adelante cuando tendría que haber cambiado antes, mucho antes, tendría que haber escapado antes. Lo que pasa que bueno, siempre como que, llevé esa cosa de que es medio jodido encontrar laburo en un laboratorio acá porque, primero, está el hijo de no sé quién. O sea, como que los laburos copados es medio difícil que los haga un tipo de afuera. Como que siempre tenés ese prejuicio, ¿viste? Pero bueno, hasta que no lo intentás (Tomás, 33 años, E26).

Trayectorias como la de Tomás apuntan a aquellas *huidas provisionales* de situaciones de desclasamiento en origen (Jiménez Zunino, 2011c: 461) que paradójicamente se experimentan en el lugar de destino al desempeñar “tareas (técnicamente) devaluadas y (socialmente) desvalorizadas” (Sayad, 1989, cit. en Gil Araujo, 2010: 255) que pretendían evitar y de las que sienten que deben volver a “escapar”. Trabajos sucios, mecánicos, trabajos que cualifican (socialmente), que se adhieren al cuerpo y “ocultan” o “suspenden” las posiciones de origen, posiciones que no tiene sentido sacar a relucir, porque en el nuevo contexto dejaron de existir como tales. De “pensar, elaborar, ejercitar, desarrollar y resolver” a “poner, cortar, sacar, limar y entregar”. Como plantea Sayad:

“Poco importa cuál es la causa y cuál es el efecto en este ciclo que mantienen entre sí dos hechos que se ajustan y se necesitan el uno al otro: por un lado, un conjunto de tareas (técnicamente) devaluadas y (socialmente) desvalorizadas, y por tanto poco atractivas, como no sea para una mano de obra poco exigente y obligada a aceptarlas. Por otro, una mano de obra *extranjera* carente de los atributos y de las cualidades sociales que elevarían su «precio», y por tanto totalmente disponible para aceptar las tareas que se le asignen. Sabemos que lo mismo ocurre en otros ámbitos, en la mayoría de los hechos sociales; por una suerte de efecto bumerán, efecto y causa se refuerzan mutuamente: el efecto refuerza la causa que se convierte, a su vez, en efecto. A trabajo potencialmente para inmigrantes, mano de obra inmigrante, y a mano de obra inmigrante, trabajo para inmigrantes; así se cierra el círculo: el trabajo cualifica (socialmente) a quienes lo realizan, y estos marcan con su estatus el trabajo que se les asigna. [...] y en esta dialéctica que vincula al trabajo y al trabajador, y que hace que cualquier característica social de uno repercute sobre el otro, lo inverso es igualmente cierto” (Sayad, 1989, cit. en Gil Araujo, 2010: 255).

Otro joven que pasó por este tipo de experiencias laborales cuenta cómo preguntaba a sus amigos que estaban interesados en emigrar: “¿estás convencido? ¿Estás dispuesto a perder un tiempo, resignar, bajar tus humos, acostumbrarte y agachar la cabeza para arrancar? ¿Sí? Entonces no hay problema” (E32). Para quienes no tenían ni formación profesional ni una experiencia laboral cualificada, pero transitaban la inmigración como una oportunidad “para hacer una diferencia” económica, el hecho de desempeñar trabajos no cualificados no encerraba las tensiones descritas en otros relatos. El trabajo se entiende no como un fin, sino como un medio de acumulación de capital económico que permitirá alcanzar otros objetivos a corto o medio plazo. Sin embargo, quienes tenían expectativas de mejorar su situación profesional en la inmigración sabían que lo importante era ampliar el capital escolar que traían de origen y adquirir las credenciales educativas necesarias para reconducir sus trayectorias laborales.

Retomar las trayectorias educativas no fue una tarea fácil y son excepcionales en la muestra los casos que tras intentarlo llegaron a concluir estudios superiores. La

percepción era que la organización del sistema universitario en España no se adaptaba a su realidad de jóvenes trabajadores/as. Por un lado, no existía en las facultades el “turno noche”, como en Argentina, hecho que les dificultaba compatibilizar trabajo y estudios. Por otro lado, no tenían tiempo suficiente para estudiar al trabajar a tiempo completo, de modo que el hecho de cursar sólo unas pocas asignaturas implicaba prolongar la duración de las carreras, lo que llevó a muchos/as de quienes hicieron el esfuerzo de reincorporarse al sistema educativo a quedarse en el camino. Concluir esta etapa educativa requería algo que no todos/as estaban dispuestos/as y/o en condiciones de hacer: modificar sus estrategias y asemejarlas a las de aquellos/as jóvenes cuyo proyecto había sido estudiar desde el momento de la partida y que a lo largo de la inmigración dieron prioridad a concluir los estudios en detrimento de sus trayectorias laborales. Como cuenta Marina, para poder estudiar era necesario acomodar “todo” a la universidad:

Llegué, y lo típico, un poco lo típico: camarera, limpié escaleras, después conseguí trabajo en un tour operador. Estuve ahí dos años y como era en un polígono lejos de la ciudad yo no podía ir a la universidad y, la verdad, para bien o para mal, ahora me doy cuenta que hice bien y me salió redondo, pero en ese momento fue tirarme a la piletta. Yo acomodé todo a la universidad, yo no acomodé el estudio al trabajo, yo hice al revés. Para mí la prioridad era terminar, era lo que en ese momento me hacía sentir bien, porque estaba tan mal emocionalmente que dije bueno, por lo menos tengo esto que depende de mí, quiero que salga bien. Entonces acomodé el trabajo al estudio y me trasladé a un trabajo a la ciudad que sólo tenía que tomar un colectivo local. De la otra manera tenía que tomar uno de larga distancia, que pasaba cada cuarenta minutos, tenía media hora de viaje hasta el centro de la ciudad y de ahí otra media hora. No llegaba a ninguna clase, ¿viste? (Marina, 35 años, E33/I).

Marina renunció a su trabajo y consiguió otro que fuera compatible con los estudios. Esteban, que había puesto un bar que regentaba con su esposa y sus padres, acomodó los horarios de tal forma que pudo concluir los estudios de Psicología. Florencia, después de años trabajando como camarera y encuestadora, convalidó algunas asignaturas y terminó la carrera de Educación Social. Ellos/as, además, fueron padres y madres en la inmigración, concluyeron estudios superiores y se especializaron con estudios de máster. En el discurso de quienes carecían de estudios superiores en el momento de la partida (aunque no sólo en estos casos) se detecta cierta desconfianza e incertidumbre sobre sus posibilidades de mejorar sus trayectorias laborales, poner en valor sus experiencias y conocimientos previos e incluso considerar que la universidad era una opción viable. Que estas opciones se convirtieran en parte del *haz de posibles* fue el resultado de un proceso que requirió no sólo ganar cierta estabilidad económica, sino también recuperar la confianza en sus capacidades y las posibilidades de aplicar esa experiencia incorporada al nuevo contexto. Discursos como el de Tomás, pero también los de Florencia o Gabriela, ponen de relieve cómo en los procesos de inserción laboral la urgencia por incorporarse al mercado de trabajo se combina con cierta internalización de los discursos y mecanismos de “cierre social” que marcan qué posiciones de la estructura están destinadas a ser ocupadas por la mano de obra inmigrante y cuáles no:

A mí me parecía que todas las cosas que yo hacía acá en Argentina no las podía hacer allá, ¿no? Había hecho como un corte, y era como que no. Y había quedado como un vacío [...]. Yo había hecho Magisterio y había hecho un año de Comunicación Social. Y tenía un montón de materias rendidas. Y voy a la universidad a averiguar y me dicen que sí, que me podían convalidar como cinco asignaturas [...]. Y claro, yo después pienso, o sea, si yo esto lo hubiese hecho desde el principio, también hubiese salido. O sea, es el tema de que yo en ningún momento pensé que yo podía trabajar de lo que yo había estudiado acá, yo había aprendido un montón de cosas acá. Si bien no tenía el título, yo había hecho casi toda la carrera y yo tenía experiencia laboral, porque yo laburé un montón de años de esto, o sea, mientras estudiaba. Entonces, claro, yo tenía toda una formación que no la había puesto a funcionar porque me pareció que no se podía.

¿Por qué te pareció que no se podía?

No, porque yo me doy cuenta ahora, es una reflexión, porque en ese momento yo jamás pensé, o sea, lo primero que se me ocurrió fue trabajar de lo que sea. Entonces yo creo que estaba tan atravesada la cuestión esta de, o sea, en ningún momento creo que me detuve a pensar, entonces era un hacer, hacer, hacer. Y conseguir guita para vivir y supongo que todo habrá influido, ¿no? O sea, una situación totalmente inestable, tener dos niños, entonces es como que, ¿qué ibas a hacer? Porque pensar en eso supongo que era pensar en mí y entonces yo no pensaba en mí (Florencia, 38 años, E36/I).

Las experiencias de Tomás o Florencia nos hablan de las limitaciones a la hora de poner en valor ciertas capacidades incorporadas mediante la experiencia laboral previa a la emigración cuando no se dispone de las credenciales educativas que la respalden. En otras ocasiones, como le sucedió a Gabriela, aun disponiendo de un título, aunque no homologado, una primera experiencia de inserción fallida marcó las siguientes y se decantó por buscar trabajos que estaba segura que podía conseguir, así fueran “los peores laburos”:

Tampoco sabía cómo buscar, ni qué buscar. Yo creía que no iba a poder encontrar nada, era como que al principio buscaba los peores laburos que se me podían ocurrir para ver si los podía pescar.

¿No llegaste a buscar nada de arquitecta?

No, y eso que tenía amigos y todo, pero no. No, porque sentía que no iba a poder, que no iba a encajar, que iba a rebotar, que tenía que saber bien catalán. Venía con una información medio rara y como ese primer contacto con este tipo fue tan así, que decís loco, vos sos de los nuestros, estuviste exiliado, estuviste afuera, ¿cómo no das una mano? Entonces dije, un local menos me va a dar una mano. Entonces es como que tenía una parte bastante negada y nunca se me ocurrió buscar de arquitecta (Gabriela, 40 años, E37).

En el relato de Gabriela emerge un aspecto a tener en cuenta en las experiencias de la inmigración, aquel que tiene que ver con los “efectos de lugar” que marca de forma desigual algunas trayectorias migratorias en función de espacios sociales que para ser apropiados requieren ciertos capitales, por ejemplo, un determinado capital lingüístico (Bourdieu, 2010: 122-123). El uso de lenguas distintas al castellano en determinadas

comunidades autónomas, y su desconocimiento, supuso en algunos casos obstáculos adicionales, aunque no en todas las dimensiones de la experiencia migratoria. Mientras que no parece haber sido un factor determinante a la hora de desarrollar trayectorias educativas (Claudio, Esteban, David, Marina, Florencia y Paula concluyeron estudios superiores en Galicia, Cataluña y Baleares), sí parece haber sido decisivo en algunas trayectorias laborales dada la especificidad de las ramas de actividad en las que pretendían insertarse. Para Valeria, dedicada a la educación infantil en Argentina, el factor lingüístico funcionó como una barrera clara, hecho que contrapone a la experiencia de su esposo, que trabajaba de cocinero en un hotel:

Yo soy maestra jardinera. Primero, que no podía ejercer, porque allá hay que hablar catalán y olvidate, porque para dar clases en catalán, como yo decía, yo no puedo hablarle mal a los nenes. O sea, lo tenés que saber bien, no podés hablar más o menos. Es como una maestra que hable más o menos castellano. No podés, por lo menos yo pensaba eso, que no podía. Entonces lo que había estudiado, que me gustaba, no lo podía hacer allá. Después mi marido sí, porque mi marido es chef, y él sí. Él tuvo una experiencia muy buena, muy enriquecedora, que le sirvió mucho a él, tanto allá como acá [...]. A mí, o sea, no me pude desarrollar en lo que yo había estudiado, lo que a mí me gustaba, que era otra frustración también, porque cuando yo trabajaba ahí en la tienda, vendiendo cositas, decía esto para mí no es vivir, esto es como que pasan los días y no hacés nada productivo. Por más que, en el lugar donde estaba se vendían cosas bellísimas, a mí me encantan todo lo que son manualidades, aprendí a hacer arreglos florales, unos paquetes hermosos, aprendí un montón de cristalería, de vajilla, todo, pero es como que yo decía esto no es importante. Para mí es importante enseñar, hacer lo que me gusta, desarrollarme, eso es importante, ¿me entendés? Este era un trabajo que lo puede hacer cualquiera [...]. En cambio, ser maestra, no (Valeria, 37 años, E15).

A la hora de aprovechar las credenciales educativas a lo largo de la trayectoria laboral en España, Jiménez Zunino (2011a: 304) plantea que hay dos vías de validación: una, como capital cultural institucionalizado y valor de cambio, mediante la *homologación formal* de los títulos; otra, como capital cultural incorporado y valor de uso, mediante la *homologación de facto*. Esta segunda, que consiste en el reconocimiento informal de la titulación por parte del empleador, fue la vía de incorporación al trabajo cualificado para la mayor parte de los casos de adultos-jóvenes que partieron no sólo con titulaciones superiores, sino también con experiencia laboral en su campo profesional. Si bien no pudieron evitar la entrada inicial al mercado laboral a través de los “nichos étnicos” antes mencionados, al cabo de un tiempo lograron retomar sus trayectorias profesionales. Agustín, ingeniero químico, inició su trayectoria como instalador de aire acondicionado: “nunca dije que era ingeniero, jamás” (E21). Héctor, pareja de Gabriela, también arquitecto, trabajó el primer tiempo como promotor inmobiliario, posteriormente empezó a hacer reformas de apartamentos con algunos conocidos y finalmente consiguió trabajar en un estudio de arquitectura. A diferencia de los dos casos anteriores, Lucía, psicóloga, sí efectuó la homologación formal de su título, convalidó ocho asignaturas y a los dos años concluyó el trámite. Mientras tanto trabajó de promotora, lavando vajillas y empleada administrativa. El primer trabajo en el que reconocieron su cualificación fue como educadora social y finalmente montó su propio consultorio.

Al analizar la movilidad ocupacional vertical en las trayectorias laborales a partir de los datos de la ENI, Esteban (2015) concluye, por un lado, que para la mayoría de los/las argentinos/as la emigración a España supuso un proceso de *proletarización* y de movilidad descendente pronunciado; por otro, que si bien se produce cierta “contra-movilidad ascendente” durante la inmigración, esta será insuficiente para superar, e incluso recuperar, las posiciones previas a la emigración. Al comparar la situación profesional entre el último empleo en Argentina y el primero en España se detecta un aumento de la proporción de personas asalariadas y un descenso de los empresarios y autónomas. Asimismo, se produjo un descenso pronunciado en las categorías sociolaborales, disminuyendo los empleos de “cuello blanco” e incrementándose significativamente la proporción de trabajadores manuales no cualificados. Estos cambios se tradujeron también en un empeoramiento de la calidad del empleo asalariado, pasando muchos/as trabajadores/as de tener empleos indefinidos a temporales. Al comparar las características del primer empleo en España con la del último registrado en la ENI en el 2007, no se detectan modificaciones sustanciales. Tres cuartas partes mantuvieron la misma situación profesional que al comienzo de sus trayectorias y la mitad se mantuvo en la misma categoría profesional y continuaba empleada con contratos temporales. Si bien es cierto que entre quienes varió su situación fue mayor la proporción de aquellas personas que la mejoraron respecto a las que la empeoraron, estas variaciones no son suficientes para concluir que la emigración supuso para el conjunto de los/las migrantes argentinos/as una trayectoria de movilidad ocupacional ascendente.

El autor precisa, con acierto, que las conclusiones de este análisis se limitan al contexto en el que se realizó la encuesta, cuyos resultados se enmarcan en un ciclo expansivo de la economía y del empleo que “se cerró a poco de realizarse la ENI. Por tanto, es probable que a partir de entonces la dinámica de la movilidad ocupacional haya cambiado para buena parte de los trabajadores, inmigrantes y autóctonos” (Esteban, 2015: 310). Las trayectorias laborales relatadas por quienes participaron en esta investigación coinciden a grandes rasgos con lo planteado en el análisis del autor y arrojan nueva información sobre la evolución de las dinámicas de movilidad en el contexto de contracción del ciclo económico. En tanto estas cuestiones están relacionadas con los procesos de retorno serán abordadas con mayor detenimiento más adelante, sin embargo, de momento valga apuntar que la crisis del empleo no sólo afectó a quienes perdieron su trabajo y constataron las dificultades para reinserirse en el mercado laboral en España, sino que también mermó las expectativas de mejora de los/las que aún lo conservaban. Quienes permanecían en la misma situación ocupacional que al inicio de sus trayectorias se esforzaban ahora por mantener la fuente de ingresos, aceptando en algunos casos el empeoramiento de las condiciones laborales. Aquellas/os que habían conseguido mejorar su situación veían peligrar los logros e incluso la posibilidad de retroceder a las posiciones de partida. La irrupción de la crisis económica española en estas trayectorias migratorias que se desarrollan en la etapa media del curso de vida forzó a los sujetos a reorientar sus proyectos migratorios de cara a evitar o amortiguar el impacto negativo del nuevo contexto adverso en sus estrategias de reproducción social.

Tramas del retorno: entre intermitencias, simulaciones y tanteos

En estas experiencias de la inmigración es posible observar con mayor claridad los sentidos de la provisionalidad mencionados al comienzo del capítulo o, en otras palabras, aquella oscilación que se produce entre el *ir quedándose/estar yéndose* como forma de habitar la contradicción temporal que atraviesa las experiencias de la inmigración. Lo que vamos a analizar a continuación es cómo en torno a ellas se articulan diferentes movilidades de retorno y qué efectos tienen en distintos momentos de las trayectorias migratorias.

Durante los primeros años en España algo particularmente reseñable para los jóvenes o adultos jóvenes para quien el retorno en la emigración era considerado como algo imprevisto o improbable, es que la inmigración transcurre bajo esa forma de permanencia que se expresa a través del *ir quedándose*. El retorno imaginado no desaparece por completo, pero, de momento, pierde forma, se desdibujan sus contornos y no se sabe a ciencia cierta cuándo volverá a cobrar nitidez. El día a día, la cotidianidad en la inmigración adquiere un sentido fuerte de presente continuo: los sujetos están más abocados a dejarse llevar por los acontecimientos, al hacer en lo inmediato, que a la planificación a futuro. Pasado un tiempo, estos difuminados retornos imaginados irán cobrando nuevas formas y recuperando materialidad a partir de las experiencias de los primeros viajes al país de origen. Estos viajes se producirán después de haber resuelto las cuestiones más urgentes relativas a la instalación en el lugar de destino: encontrar trabajo y vivienda, escolarizar a los/as hijos/as y regularizar la situación administrativa, si es el caso. Mientras que algunas de estas cuestiones se resuelven en semanas o meses, otras requieren años, y en función de estas diferencias los viajes se producirán antes o después. Vemos así cómo las movilidades de retorno están relacionadas con el desarrollo de las distintas trayectorias migratorias. Los/las jóvenes, con o sin pareja, pero sin hijos/as, disponían en mayor medida del tiempo y los recursos económicos necesarios para volver con más frecuencia. Quienes además trabajaban en el sector de la hostelería y por temporadas, podían permitirse volver y permanecer en Argentina varios meses. En el caso de adultos/as-jóvenes que tenían hijos/as la posibilidad de viajar asiduamente fue menor que en el caso de aquellos/as sin cargas familiares, aunque de todas formas la frecuencia de los viajes estaba también en función de los recursos económicos disponibles para costear los gastos de los pasajes para todo el grupo familiar.

Fue a través de estas idas y vueltas más o menos recurrentes que se fueron tramando los futuros retornos (o no retornos) en función del momento que estaban atravesando sus trayectorias en el lugar de destino, pero también de las circunstancias particulares en el país de origen que hacían más o menos posibles determinadas proyecciones de futuro en un sitio u otro. Las experiencias de la inmigración y sus efectos sobre los procesos de retorno no están relacionados exclusivamente con las percepciones sobre lo que acontece en el lugar de destino, sino también con aquello que sucede en el lugar de partida. Por ejemplo, para quienes emigraron en momentos previos al estallido de finales de 2001, la dimensión que adquirió la crisis fue un factor determinante para

resignificar de forma temprana sus proyectos migratorios y la posibilidad de imaginar el retorno. La confirmación de que no volverían durante un tiempo fue alentada por la propia familia y en algunos casos ayudó a legitimar, *a posteriori*, la decisión de emigrar. Este proceso de legitimación de la estrategia migratoria se extendió entre las justificaciones de partidas posteriores, que se enmarcan discursivamente en un contexto en el que “muchos se iban”:

¿Cuáles fueron las reacciones de la familia ante este proyecto de irte?

Mmm, primero... tu familia te empieza a mirar con un poco... mezcla de escepticismo y, bueno... ya se le va a pasar. Después, bueno, ayudó mucho el contexto. O sea, antes de lo que era el 2001, por ahí era una idea que a mi vieja mucho no le gustaba... A mi viejo lo convencía por el lado de la Ingeniería Química, él había tenido que dejar ingeniería, mi abuelo había sido ingeniero químico. Por ese lado lo convencía, pero tampoco lo veía bien. Como que no creían que iba a llegar tan lejos, en ese sentido. A partir del 2001 se dio un cambio total. Poco más que veían hasta sano que me haya ido, y qué bueno que todo lo que pasó en el 2001 no arruinó todo eso (David, 33 años, E32).

Y me parece que además era una lógica muy del 2001 también, ¿viste?, la cosa de salvarse. Obviamente, sin saber que después encima se iba a pudrir todo y que cuando estaba allá el comentario era “¡uy! ¡Qué bien que hicieron! ¡Qué bien que estuvieron, que se fueron justo!” O, ante la posibilidad de querer volver, escuchar decir: “¡no! ¡No vuelvas! ¿Estás loco? ¡Acá no pasa nada, está todo mal, no se vuelvan!”. Era, digamos, post-2001, post-diecinueve y veinte de diciembre, es como que se acentuó mucho más la postura de cada uno, digamos. Y los amigos, incluso, decían: “¡che, aguanten loco que vamos para allá!”. De hecho, uno de mis mejores amigos estuvo viviendo con nosotros cuatro meses allá (Adrián, 35 años, E14).

En el cumpleaños de mi vieja me decía: “loco, Ariel, quedate allá, quedate allá”. Y mi vieja, ir un año después, charlando, y me dice: “bueno, vos que te viniste por la crisis...”, y le digo: “vieja, yo no me vine por la crisis, yo me fui porque en ese momento me pareció que estaba bueno ir a otro lado”. [...] Porque yo no me fui en busca de trabajo, yo me fui, encontré trabajo y pasó. Pero realmente acá, cuando estalló todo eso, mi hermano se terminó yendo a vivir conmigo, seis o siete meses. Y yo calculo que mi hermano se vino porque escuchaba que en el teléfono era cada vez, “quedate allá, quedate allá” (Ariel, 34 años, E10).

Los primeros retornos en los años posteriores a 2001 tuvieron el efecto de aumentar más, si cabe, la percepción acerca de los contrastes entre los contextos de partida y de destino, reforzando en general la decisión de *ir quedándose* en España. Son contrastes que se perciben en relación con la atmósfera del lugar, el ánimo que se respira en cada sitio, con el color, el ritmo y la vitalidad de cada espacio:

Y yo fui a Argentina en el 2002, de vacaciones. En julio, habrá sido. Sí, era invierno acá.

Y, ¿qué tal? ¿Cómo lo viste?

Todo deprimente, pero re-mal todo. Ahí sí vi ya la gente como... en un pozo. Todo. El taxista, las minas que vendían pañuelos, todo el mundo de cara de orto. Mal. Preocupado, todo negro, era todo negro. Eso, de las veces que yo vine fue la que más me impresionó, de lo mal, el 2002 (Martina, 36 años, E19).

Cuando volví a Argentina, la primera impresión fue muy dura, porque había pasado año y poquito. Yo volví en febrero del 2003. Había pasado un año, y bueno, era una tristeza tremenda la que sentía, que me infundía la situación. La gente, ver los bancos tapiados, no porque me diera pena el banco, sino por lo que representaba todo eso. Y estuve un mes y me volví (Paula, 33 años, E43).

Las historias de Martina y Paula ponen sobre la mesa la cuestión del *timing* para emprender el retorno. En algunos casos se identificaron *tentativas* de retorno que luego, por su carácter temprano, se vieron frustradas. Paula inició su trayectoria como “un año sabático”; una vez consiguió regularizar su situación en España se planteó volver a vivir en el país, pero al poco tiempo decidió partir nuevamente. Su relato ayuda a analizar los efectos que sobre los procesos de retorno tiene la interacción de los dos contextos y el desarrollo de las trayectorias y circunstancias particulares en uno y otro. Las experiencias de la inmigración afectan las lecturas de las trayectorias pasadas, del momento presente y también de las proyecciones de futuro, transformando las expectativas sobre los retornos imaginados:

Mi idea original de ese segundo retorno a Argentina era quedarme a vivir en Argentina, de hecho me había llevado todo, no tenía mucho tampoco. Pero había dejado la habitación, lo único material que tenía era una bicicleta y la vendí. Que luego cuando volví la recuperé, la volví a comprar, la misma. Pero no, vi Argentina y digo ¿qué hago acá? No. La sensación de empezar de cero en Argentina, no saber a dónde tenía que ir a vivir, porque yo soy de la costa, pero mis padres vivían en Salta, eh... ¿viste? ¿Dónde iba a empezar a vivir? ¿Qué era lo que tenía que hacer? Había muchas cosas que ya no me... que ya tenían un peso en mí, como la inseguridad, que antes no la valoraba cuando vivía en Argentina. Seguridad-inseguridad, no lo tenía muy claro, era lo mismo, ¿no? Bueno, es lo que hay, no conozco otra cosa y esto es el día a día. Y venir y vivir acá... Seguridad-inseguridad, del tipo salir a la calle, poder ir a un cajero, no estar pendiente... violencia. Trabajar: veía por ejemplo, si pensaba estar en Miramar o Mar del Plata, decía ¿de qué voy a trabajar acá? Y empezar a estudiar, la sensación que yo tenía era que todo iba a ser más difícil. Y ponía la tele, y la mitad de los canales es un bombardeo de negativas, y de robos, y muerte, y corrupción. Y no sé, ya fue, me vuelvo.

¿Cómo describís lo que tenías acá [en Palma de Mallorca]? ¿Cuál era el contraste?

Yo me sentía con más libertad. Y quizás esto que estoy diciendo no tiene mucho fundamento, porque no probé. Es que yo no hice una vida adulta en Argentina. O sea, me fui con veintiún años y lo único que llegué a hacer como vida adulta, o más independiente de mis padres, es que me había ido un año a vivir a Buenos Aires con una pareja. Y ya está. O sea, mi vida adulta la fui construyendo acá [en Palma], entonces mi imaginario me decía que acá era más fácil: conseguir trabajo, desarrollarme, las relaciones con las personas, y no hablo de gente mallorquina, hablo de las personas, de gente. Me parecía que todo era más fácil y, entonces, decidí venirme. A mí me despertaba mucha curiosidad viajar, y también sabía que desde Argentina ahorrar dinero para viajar

no lo iba... o creía que no lo iba a poder hacer. No sé, igual lo hubiera hecho, pero creía que no lo podía hacer (Paula, 34 años, E43).

En la historia particular de Paula convergen ciertos elementos que dificultan los retornos. Hay vueltas que, aunque planificadas y deseadas, al producirse se transforman en una nueva partida. La imposibilidad de proyectar un futuro de nuevo en el país de origen está relacionada con la experiencia de un retorno que despierta más dudas que certezas. Para Paula, la trayectoria familiar, con la emigración de sus padres al norte del país, desdibujó la posibilidad y el sentido mismo del retorno como camino de vuelta a un espacio reconocible. Ya no había una casa familiar a la que volver, o al menos ya no estaba en el mismo lugar donde ella la había dejado. Empezar *de cero* en Argentina implicaba emprender múltiples búsquedas. Desde encontrar y hacer propio un nuevo lugar, hasta dar con las oportunidades que satisficieran sus expectativas (laborales, educativas, de ocio, etc.), ahora moldeadas por su experiencia en la inmigración. A pesar de todas las dificultades que Paula había experimentado en su instalación en Palma de Mallorca, al llegar en situación administrativa irregular, percibía que las posibilidades de alcanzar todo aquello que deseaba para su futuro eran mayores en España que en Argentina. Volver allí (y volver, ahora, es volver a España) implicaba únicamente dar continuidad a todas esas transiciones a la vida adulta que había iniciado con la emigración.

Uno de los efectos posibles de las movilidades de retorno en la inmigración es el de la *clausura provisional* del regreso, en el sentido de que inhabilitan, al menos temporalmente, la idea de volver a residir en el lugar de partida. Pero este efecto tiene su reverso: el de la *apertura*. Las lógicas de clausura/apertura se despliegan de forma dinámica a lo largo de las trayectorias migratorias y adquieren cierta complejidad cuando atraviesan procesos de retorno en escenarios de migración familiar. De la capacidad o no de acompañar estas lógicas en la experiencia de la inmigración de los distintos miembros, y especialmente de la pareja, dependerán los principales conflictos y negociaciones. Los relatos de Lucía y Florencia son un ejemplo de cómo las trayectorias familiares-afectivas están imbricadas en las movilidades de retorno. Y viceversa, cómo es posible a partir de ellas vislumbrar futuras bifurcaciones o fuentes de tensión en los proyectos migratorios familiares:

¿Volviste durante todos esos años, de allá?

Yo vine dos veces. Vine en el 2004, para celebrar el cumpleaños de las nenas juntas [de su hija y de la de su hermano]. Y yo ahí fue cuando empecé a caer de la palmera, de que no estaba de turista, que había decidido irme a vivir allá, entonces estaba procesando el divorcio. Qué pasa, hasta ese momento Darío estaba allá: España es lo mejor. Cuando nos venimos en el 2004 Darío se va con ganas de volver a Argentina y yo me voy y cierro, le pongo un moño a Argentina y digo quiero vivir en España (Lucía, 45 años, E47).

El malestar él lo tiene desde... yo creo que desde el primer día que llegó, que no le gustaba estar ahí. Entonces, él no fue muy convencido, a pesar de que yo estaba súper convencida de que no quería vivir acá. Él viaja siempre a Argentina.

¿Y vos?

No. Yo la única vez que viajé fue en el 2005 para hacer un trámite que tenía que ver con el viejo de Juan y para acompañarlo, pero después no había venido nunca más. No era porque no quisiera, también era un montón de dinero venir los cuatro. Entonces, yo no me planteaba tampoco dejar a los nenes, o que los nenes vinieran solos, o que... Bueno, entonces, el que viajaba siempre era Juan, que venía una vez al año, cada dos años (Floencia, 38 años, E36/I).

Si bien vamos a abordar las trayectorias familiares-afectivas con mayor detenimiento en el siguiente epígrafe, dedicado a los desenlaces, apuntamos ahora la detección en los discursos de cierta relación entre la frecuencia de los *retornos ocasionales* y la predisposición a tramitar futuros *retornos “permanentes”*. Esta conexión es posible no sólo por los efectos que tienen estas visitas sobre la reactualización de los vínculos afectivos con el espacio social, sino también porque estas experiencias de contacto *intermitente* permiten evaluar de forma diacrónica los contextos y afectan a las lógicas de clausura/apertura. Las tramas del retorno estarán sujetas a esta suerte de “evaluación continua” realizada a través de los retornos ocasionales. Como apunta Agustín, él no tenía “expectativas concretas” respecto a la duración de su estancia, temporalidad que enmarca en la expresión “me fui quedando”; pero, además de *ir quedándose*, la posibilidad de volver anualmente a Argentina con su pareja y sus hijos/as también les permitió en cada uno de esos viajes *ir viendo*: “Vinimos todos los años, así que *fuimos viendo*, tuvimos la oportunidad de todos los años *ver qué es lo que pasaba*” (E21). Algunos relatos de las movilidades de retorno como el de Esteban, que también volvía asiduamente con su familia, ponen el énfasis en el cambio de percepción sobre los contextos, sus transformaciones y comparaciones:

Hicimos viajes periódicos. Eh... cada año, o año y medio, más o menos. Y bueno, los dos primeros viajes el contraste era terrible, entre el deterioro argentino post-crisis y las bondades que presentaba España. O sea, venías acá y, realmente, era como muy llamativo, la distancia entre las dos cosas. Poco a poco, en viajes posteriores, fui viendo que iba mejorando la cosa. Está bien, lo que se veía, si bien son como... dos estructuras totalmente distintas, sin embargo, se veía una mejora. La gente estaba mucho más animada, se veía que había más trabajo, la gente intentaba arreglar algo de la casa, el parque automotor mejoraba, poco a poco se veía que mejoraba. No alcanza los niveles de allá, pero se veía que acá había una mejora (Esteban, 37 años, E31).

Dentro de las movilidades en la inmigración, cuando en un momento avanzado de las trayectorias se intuye el retorno “permanente”, es posible identificar otro tipo de viaje, distinto de estas visitas ocasionales. La particularidad de los mismos no es tanto su duración sino la mirada con la que se emprenden. Son viajes que se realizan con el objetivo expreso de sondear la posibilidad de volver o que resultan clave para considerarla, dan lugar al *tanteo* del retorno e incluso a su *simulación* cuando se trata de

viajes que duran unos meses. Se tantean oportunidades laborales, realizando contactos, detectando oportunidades, incluso consiguiendo entrevistas; se simulan escenas cotidianas en el espacio social, acomodándose al ritmo de la ciudad y del trabajo, recuperando el contacto frecuente con los afectos, costumbres compartidas y estilos de vida. A la vuelta de estos viajes, todo lo que suceda en la inmigración transcurrirá con la fuerte sensación de *estar yéndose*. Son varios los relatos que mencionan este tipo de retornos, pero las palabras de Julia condensan su sentido específico. Tras vivir diez años en Barcelona y transitar una última etapa en la que merma su volumen de trabajo en el sector audiovisual, acepta una oferta de empleo temporal en Buenos Aires. Esta experiencia marcará un punto de inflexión en su trayectoria y sus decisiones futuras:

El único viaje que fue muy diferente, que fue el que decidí que quería volver, fue el año pasado. Pero porque vine a trabajar. Una amiga me dijo que estaba por hacer una película, que quería que trabajara, y yo sabía que me iba a llevar unos tres meses [...]. O sea, yo el año pasado vine primero en el cambio entre el 2010 y el 2011, a pasar las fiestas. Me volví a Barcelona [...]. Y me había quedado como con ganas, en las vacaciones esas, de haber estado más tiempo. Y entonces, me vine a trabajar tres meses. O sea, el año pasado entre idas y... estuve yendo y viniendo... fue el único año que estuve como entre los dos países. Y al estar trabajando tres meses me gustó mucho y entonces ahí fue que decidí, tipo, bueno, me quiero quedar a vivir. Ya está. Como que ahí sentí que el período Barcelona ya había pasado.

Y, ¿qué fue lo que te gustó?

Eh... no sé, sentí, como que [*silencio*]... como que me sentí como muy... muy en familia... muy en casa... muy... hasta incluso trabajando. [...] Pero como que sentí algo muy familiar que me... que me dio como calidez. Me había olvidado de esa sensación, así como de calidez, pero que... que es muy diferente cuando venís un mes de vacaciones y querés tratar de ver a todo el mundo en un mes y comerte los asados rápido, y ahora tomo mate con uno y ahora me voy una semana al sur... ¿viste? Es como todo medio que te van pasando las cosas así... no hay tiempo de reflexionar. Y bueno, el año pasado, entre que ya había hecho todas esas cosas en esas vacaciones del 2010 al 2011 y después volví tres meses, tuve ese tiempo de... O sea, no tenía esa presión de ya me tengo que volver. Y me sentí cómoda, no sé... como contenida. O sea, me había olvidado de que estaba bueno tener gente para estar; con mis hermanos, con mi mamá, con mi papá, con... o sea, con mis amigos más íntimos, trabajar con ellos (Julia, 36 años, E27/I).

Los efectos de las movilidades de retorno durante la inmigración son clave para comprender la experiencia de la contradicción temporal de la que hablaba Sayad (2010). Contradicción que quedará plasmada en la orientación de las prácticas de los sujetos a través de las cuales reforzarán la sensación de “ir quedándose” o “estar yéndose”, e irán perfilando los procesos de retorno en distintos momentos de sus trayectorias migratorias. Es decir, mientras que algunos viajes al país de origen para pasar unas vacaciones o una temporada, visitar familiares y amigos, hacer trámites o incluso trabajar por un período de tiempo pueden reforzar la decisión de quedarse en el país de destino y reafirmar los deseos de no retornar, al menos de momento, otros alientan lo contrario, alimentan el anhelo de volver e incluso animan a la planificación para residir nuevamente en el lugar de donde se partió, o al menos en el mismo país. En

ambos casos, la posibilidad de imaginar (o no) esos retornos, en un futuro más o menos cercano, irá acompañada de distintos tipos de prácticas, aquí y allí. Es a través de dichas prácticas que la materialidad de lo (no) imaginado cobra relevancia y adquiere un carácter estratégico frente a la provisionalidad que atraviesa los vivires y sentires en la inmigración.

En esta etapa media del curso de vida, las personas entrevistadas explicitaron en sus discursos distintos tipos de apuestas que funcionaron como guías de su experiencia en la inmigración. En algunas trayectorias migratorias dichas apuestas estaban fundamentalmente orientadas a permanecer en el lugar de destino; en otras, en cambio, la dirección la marcaba un futuro retorno. A su vez, se identificaron momentos de reorientación de las estrategias, e inclusive trayectorias que bascularon a lo largo de toda la inmigración entre ambas direcciones. Estas apuestas consistían básicamente en realizar diversos tipos de inversiones o acumular distintas clases de capital (sobre todo, económico y educativo).

Entre las estrategias de acumulación de capital económico se identifican prácticas de ahorro y solicitud de créditos personales en España (en euros) que serán destinados a inversiones en el lugar de origen (en pesos argentinos). Los retornos ocasionales permitían identificar oportunidades de inversión para “hacer una diferencia”, favoreciéndose además con el cambio de divisa. De esta forma algunos/as entrevistados/as *financiaron transnacionalmente* la compra de propiedades o impulsaron emprendimientos en el país de origen. Por ejemplo, Quique y su pareja, Carina, tenían la intención de comprar un piso en España y no pudieron concretarlo por la situación irregular de Carina. Finalmente, solicitaron un crédito personal en España con el que pagaron la entrada de una propiedad en Argentina. El resto lo financiaron con la constructora y se comprometieron a pagar 1.500 euros mensuales durante dos años. Ambos, empleados en el sector de la hostelería, sabían que trabajando intensamente serían capaces de reunir el dinero y cancelar la deuda. Patricio también se benefició de la facilidad de obtener crédito en España y pidió un préstamo que invirtió en la compra de una licencia de taxi en su ciudad natal. Dejó a un apoderado a cargo de gestionar el negocio mientras él continuaba trabajando en España. En algún momento se planteó la posibilidad de solicitar una hipoteca y comprar una propiedad en España, pero le pareció una apuesta demasiado arriesgada. Patricio regresaba de modo periódico a Argentina y la oportunidad de evaluar lo que sucedía en ambos contextos le ayudó a orientar finalmente sus inversiones y su trayectoria:

Y, ¿qué tal? ¿Cómo veías todo acá?

Y, se veía que esto se iba reactivando, como se veía que lo otro en cualquier momento se caía, era algo obvio. Era muy obvio.

¿Sí? ¿Te parecía obvio?

Sí, a un par le decía y me decían: “no, vos estás loco, esto no es Argentina, esto es España, estamos en Europa”. Loco, ¿qué Europa me estás contando? ¿No te das cuenta que a un camarero que gana mil euros al mes le dan trescientas lucas [mil] para tener un

departamento? ¿Cuándo lo va a pagar el tipo esto? El camarero, mañana lo echan y ¿cómo hace? [...] Yo qué sé, un tipo, no por... porque laburé muchos años de camarero; pero las herramientas que vos tenés, para tener esta vida, ¿no es para endeudarte por trescientas lucas! Y ahí yo lo veía. En el restorán donde yo laburaba había un par que se habían comprado departamentos de doscientos mil euros y les daban guita para que cambien el auto. Yo los miraba y decía acá la gente está re-loca, no puede ser verdad. Es verdad que no podía ser verdad, ya era tan grotesco que no podía ser realidad. Vos hablabas con todos pendejos, de veintipocos años, y todos tenían su... “Que me he comprado mi piso, tío...”, que no sé qué... Y yo decía ¡¿a dónde vas?! ¡Y endeudado cuarenta años! Yo decía toda esta gente está loca. Y te hablaban a vos, como que “¡oh! ¿Cómo que no tenés tu casa?”. Si no sé dónde voy a vivir, cómo me voy a comprar mi casa, digo ¿vos cómo sabés que vas a vivir toda la vida acá?

¿A vos nunca se te ocurrió comprarte un piso?

No, hubo un momento, como era el plan del furor, digo, lo mismo me estoy perdiendo el negocio de mi vida y ¡soy un boludo! [risas]. Y la pensé, digo a ver, ¿cómo puede ser qué todo el mundo la haga? Y todos... Hablaba con uno y te decía: “sí, lo compré hace cinco años y ya le gané el doble”. Y decís no, no. A ver, ¿no puede ser tan fácil! Pero después la pensé, me salió la licencia acá y dije no, yo me voy a hacer esa historia allá y en algún momento me vuelvo a Argentina. [...] Entonces, ya está, igual tampoco era la idea de comprarse un departamento allá porque no sabía dónde quería vivir (Patricio, 33 años, E38/I).

Patricio pensaba lo que muchos otros jóvenes entrevistados: por un lado, que su situación laboral no era lo suficientemente estable como para planificar una inversión a tan largo plazo; por otro lado, que no veía el sentido de comprar una propiedad en España sin tener claro dónde quería vivir en un futuro. En las trayectorias de quienes emprendieron la emigración en la juventud y regresaron en la adultez, los retornos imaginados adquieren materialidad por acción u omisión, es decir, a través de prácticas de apertura que se orientan a un retorno hipotético, o al revés, evitando todo aquello que perciben que podría clausurar la provisionalidad y, por ende, la posibilidad de volver. Al sostener la ambivalencia entre *ir quedándose/estar yéndose* los sujetos mantienen cierto margen de maniobra para, en distintos momentos, decantarse por una u otra opción según lo consideren oportuno. Conservar los *amarres frágiles* en el lugar de destino, evitar todo aquello que “ata” a la inmigración, será una cuestión clave, y en ello se ponen en juego decisiones que no tienen sólo que ver con inversiones económicas, sino también afectivas. Es llamativo cómo en algunos discursos se conectan ambas cuestiones:

A mí, lo único que nunca me cerró y que discutía con mi hermano, que es licenciado en Economía y la mujer también, y mis tíos son psicólogos, mis hermanos arquitectos. Estamos en una charla, bien, y yo era el único medio... no titulado, pero que estaba en contra porque... Me discutían, un día estando acá [en Argentina], por qué no compraba. Esto te estoy hablando, no sé, 2006. Por qué no compraba algo allá [en España], ¿por qué no compraba una casa, un departamento? Y yo les decía que porque no, porque las hipotecas eran a cincuenta años. Y que nadie te garantiza que en esos cincuenta años las cosas van a seguir siendo igual. “¡No! Pero, ¡cómo! ¿Sí? ¿A vos qué te parece?”, no sé qué... y a mí nunca me pareció algo confiable. Yo lo miraba como cincuenta años pagando una hipoteca. Sí, además, para alguien que piensa que es un viaje, el lugar en el

que está, no se va a atar a una cosa así. Sí, prácticamente, mi manera de pensar respecto a mi estadia allá, a mí me marcó un montón de cosas, mis relaciones con las mujeres.

Ah, ¿sí? Contame...

Sí, tuve... no tuve muchas relaciones importantes porque no era definitiva mi estadia, no era definitiva. Y siempre tenía ese temor de que, imagínate, mi hijo o algo... Y ¿viste?, ya está, me clavaba en un lugar fijo. Encima yo, lo pienso ahora y lo que pensaba en ese momento [*cuando tiene lugar la entrevista está a punto de ser padre*]... Si tengo un hijo voy a tener que estar donde esté mi hijo, sea acá, en la India o por donde ande, ¿viste? Y eso me marcó mucho, por ejemplo, mis relaciones con las mujeres.

Pero, ¿por qué?

Y... no llegaba a involucrarme en demasía. Claro, por el miedo de decir, algo definitivo. Una hipoteca también, era lo mismo. Y... sí, es medio raro, pero bueno. Uno a veces no... como que no sabe que va a estar ahí... y por ahí nunca llevé a más una relación, ni nada (Andrés, 33 años, E18).

Para alguien en la treintena, cincuenta años significan, prácticamente, el resto de su vida. Y las decisiones que se intuye que implican lapsos temporales de ese calibre no son fáciles de encajar en experiencias cuya marca de fuego es la provisionalidad. Resulta útil pensar en las acepciones del verbo hipotecar, que no sólo significa “gravar bienes inmuebles sujetándolos al cumplimiento de alguna obligación”, sino también “poner en peligro algo con alguna acción”. En este sentido, la conexión en el discurso de Andrés no es casual. Asumir en la inmigración compromisos a largo plazo, ya sea pagar una deuda a cincuenta años o involucrarse en una relación afectiva, con una pareja o un hijo, no sólo sujetan al cumplimiento de obligaciones, sino que, fundamentalmente, hacen peligrar el propio retorno. En este sentido, tan importante como mantener la *duda* acerca de una posible vuelta es no hacer nada que la despeje y torne el retorno en improbable. Otro extracto de entrevista interesante es el de Marcos, que también reflexiona sobre su posición en la inmigración y el efecto sobre sus afectos:

Yo igual ya tenía, tiempo antes... muy meditado, que me iba a volver... muy meditado, o lo verbalizaba, lo hablaba. Tuve una novia italiana, que estuvimos muy poco tiempo, y yo siempre le decía si ella se vendría a Rosario conmigo [*ríe*]. Se la dejé caer alguna vez. Obviamente la piba salió corriendo... Atrás se puso de novia con un catalán que se iba a quedar en Barcelona, claro [*ríe*]. Una cosa parecida me pasó con la catalana, con la que salí tres años. Claro, ella era pendeja y empezó a buscar salir y ahí fue el momento que yo decidí cortar. Porque ella quería irse afuera a estudiar. Me tentaba a mí para ir, y yo le decía: “loca, yo ya me fui, estoy acá, así que está difícil”.

Claro, ¿cómo influye esto en las parejas y en la forma de proyectarte?

Influye. Y... sí, influye fuertemente. Yo creo que... antes te decía que era un bohemio en Barcelona, a lo mejor tiene que ver, ¿no?, con no tener una pareja formal. Era un bohemio porque hoy estaba con una, mañana con la otra y pasado con una tercera. Entonces, bueno, tiene que ver, en ese sentido, que uno no se puede plantear... en el lugar donde no está seguro que va a estar toda la vida es difícil. Con la catalana casi nos vamos a vivir juntos, fuimos a ver el piso y todo... No sé, yo hubo momentos que tuve

sensaciones, que yo pensé que sí, que ya vivía ahí, que ya era uno más de ahí. Pero, como es Cataluña, ¿viste?, nunca te hace sentir, el tema cultural... catalán, tan cerrado. Uno también, un poco cerrado, no querer abrirse a aprender su lengua, y tal y cual. No sé, nunca... nunca te terminás de sentir en casa (Marcos, 37 años, E41/I).

La posición de estos adultos-jóvenes que todavía no habían formado familias fue distinta a la de aquellos que ya estaban en esa situación. Quienes partieron con pareja e hijos/as o consolidaron estas transiciones durante la inmigración se manejaron con otra soltura a la hora de orientar sus inversiones. Algunos/as que habían descartado provisionalmente la posibilidad de volver solicitaron hipotecas y compraron una propiedad en España. En casos como el de Florencia y Juan fue a modo de inversión. Lucía y su pareja decidieron comprar en lugar de alquilar. Jimena recibió una suma de dinero como regalo de boda; con su pareja, compraron un piso que reformaron ellos mismos. En ninguno de los casos lograron cancelar los créditos antes de volver a Argentina y en más de uno la deuda con el banco terminó siendo un lastre, algo pendiente de resolver. En solo un caso, el de Esteban y su pareja, lograron a partir de este tipo de inversiones acumular cierto capital. Su estrategia transnacional de financiación e inversión durante la inmigración es una auténtica excepción en la muestra. Con los ingresos en euros que generaban en España cancelaron el crédito de una casa que habían comprado en dólares en Argentina antes de emigrar y que terminaron pagando en pesos argentinos, después de la devaluación. Solicitaron un crédito en España y montaron un bar que les permitió ahorrar cierto capital. Con un nuevo crédito y los primeros ahorros compraron una segunda propiedad en Argentina. Posteriormente, en el año 2005 solicitaron una hipoteca y compraron un piso en España que dos años más tarde vendieron por casi el doble del valor de compra inicial. Con ese dinero cancelaron el resto de la hipoteca y compraron una tercera propiedad en Argentina. Como dice Esteban, hicieron un capital “de suerte”, que atribuye a estar en el lugar y en el momento adecuados. A esto hay que sumar también su inversión en capital educativo: Esteban terminó la carrera de Psicología y antes de volver también realizó un posgrado. Si estos casos son el prototipo del “éxito” en la inmigración, entonces el “éxito” es una *rara avis*, ya que la mayor parte de los/las migrantes no ha podido acumular distintos tipos de capitales, en distintos momentos y lugares a lo largo de sus trayectorias migratorias. La mayoría tuvo que elegir entre acumular capital económico o escolar y orientarlo a la permanencia o al retorno. Como explica Marina:

Todo lo que hacía era para venir y poder aplicarlo acá, pensaba que me iba a servir, y digo, bueno, no me voy con dinero... Algunos la levantaron con pala, se compraron casa. Yo tengo amigas que se compraron casas, departamentos. Yo no me compré...

¿Acá?

Sí, se fueron en pareja y trabajaron un montón... yo tenía una amiga que se compró casas en la época que bajó la propiedad; en el 2005-2006 se podían comprar casas, se podían comprar coches. Qué se yo, yo dije yo no me vengo con guita, no me vengo con casa, pero por lo menos me vengo con herramientas para poder trabajar, mi idea era esa. Nunca fue quedarme (Marina, 35 años, E33/I).

Quienes, como Marina, orientaron sus proyectos en la inmigración a concluir estudios superiores y de posgrado no tuvieron, en general, la oportunidad de acumular otro tipo de capital. Financiaron sus carreras realizando trabajos temporales, a media jornada, lo que les proporcionaba los ingresos mínimos para la manutención y el tiempo suficiente para cumplir con sus responsabilidades como estudiantes. Quienes tenían, además de la ciudadanía argentina, otra de algún Estado miembro de la Unión Europea, pudieron beneficiarse con algunas becas para estudios que cubrían los gastos de matrícula y que “estiraban” para cubrir otros gastos. Su orientación al retorno no estuvo claramente definida hasta no concluir sus carreras e intentar insertarse profesionalmente en el mercado laboral. Fue en aquel momento cuando sopesaron el valor relativo que el capital cultural-educativo adquirido en la inmigración tendría en un sitio u otro, en España o Argentina.

En resumen, la decisión sobre qué tipo de capitales acumular y dónde invertirlos es una cuestión que está íntimamente relacionada con la forma en la que los proyectos migratorios, las experiencias en la inmigración y las movilidades de retorno (en sus formas imaginadas y físicas) se van configurando a lo largo de las distintas trayectorias laborales, educativas y familiares-afectivas. El retorno imaginado adquiere carácter estratégico porque ayuda a sobrellevar el sentimiento de provisionalidad que atraviesa la inmigración, pero, a su vez, es este carácter provisional de las experiencias de la inmigración, reforzado por las movilidades físicas de retorno con sus intermitencias, simulaciones y tanteos, el que permite mantener abierta la posibilidad de regresar. De alguna forma, que la contradicción temporal permanezca irresuelta en la inmigración se convertirá en el principal reaseguro de las tramas del retorno.

Desenlaces: “la vida ya no pasa más por acá”

La clave para los desenlaces de estas trayectorias migratorias que “culminan” con el retorno a Argentina radica en la posibilidad o imposibilidad de imaginar el futuro de la vida adulta en un sitio u otro. La característica de estas experiencias que transitan la inmigración en una etapa media es que aún quedan por delante muchos años por vivir y, dependiendo de cómo se fueron desplegando las trayectorias laborales, familiares-afectivas y educativas en el país de destino, serán distintos los factores que conducirán a las personas entrevistadas a tomar la decisión de volver. Una decisión que es también producto de cómo las tramas del retorno se fueron desplegando en sus experiencias en la inmigración.

En relación con las trayectorias laborales hemos dicho que la inserción de la mayor parte de jóvenes y adultos-jóvenes se produjo a través de nichos étnicos de los cuales no todos tuvieron la oportunidad de salir, situación que se produjo especialmente en el caso de jóvenes que partieron sin credenciales educativas para hacerlas valer en el mercado de trabajo y que tampoco las adquirieron en la inmigración. Con el paso de los años, aquellos trabajos que en un principio no les importaba hacer, empiezan a incomodarles; tampoco están ya dispuestos a soportar jornadas laborales extenuantes; la temporalidad

impuesta por las condiciones de contratación que se ha vuelto permanente en sus ciclos vitales y que supieron aprovechar a su favor para pasar temporadas aquí y allá ya no les satisface, como tampoco les atrae más cierto estilo de vida “juvenil” que consiste, entre otras cosas, en saltar de ciudad en ciudad, de habitación en habitación, entre espacios que tienen de compartido lo que no tienen de íntimo. En resumen, todo aquello que les parecía una aventura experimentar en la veintena, deja de serlo cuando superan la barrera de los treinta y esperan no encontrarse en esa situación a los cuarenta. Se detecta cierta percepción de desfase entre sus formas de vida en la inmigración, que no han variado sustancialmente respecto a la situación de llegada, y sus expectativas actuales. Seguían compartiendo pisos, realizando los mismos trabajos, y la posibilidad de mejorar su situación, en un contexto que devino especialmente adverso en los últimos años, parecía cada vez más remota. Las moratorias social y vital¹¹¹, marcas de su juventud al iniciar la travesía, empezaban a agotarse y, sin embargo, no veían aún satisfechas sus expectativas de desarrollo profesional, estabilidad laboral-económica y emancipación residencial total. Es un momento en el que las “ventajas” de ser joven dejan de ser percibidas como tales, y si se abusa del “crédito temporal” que esta condición otorga, puede terminar convirtiéndose en una “deuda” consigo mismos:

Con el tema de la crisis había un quilombo bárbaro, digo, loco, yo ya venía medio quemado, de pedalear en el aire y no... no encontrar mucho, ¿viste?, laburo, más copado. Después de diez años digo, loco, tengo que conseguir algo más concreto, más sólido, digamos. Que, si no, eran estos laburos de... estos contratos de mierda, de obra y servicio. Yo nunca laburé con un contrato fijo (Marcos, 37 años, E41/I).

La casa... es... es básica... El 60% de mi vuelta a Buenos Aires tiene que ver con que yo quería estar en mi casa y que no quería compartir más. No quería alquilar más y quería tener mi estudio. A mí me gusta estar mucho tiempo solo y me gusta estar en mi casa, con mis cosas y que nadie toque nada. De hecho, la casa está ordenada porque yo soy un neurótico. Entonces, en España yo ya estaba hasta los huevos de compartir casa; la cocina, la heladera, los cuchillos, entonces... Es la edad también, parece que estoy más viejo y me pongo más tiquismiquis (Germán, 34 años, E28/I).

Yo voy con otra idea [a Palma], porque ya estuve en Miami y en Nueva York, por todos lados, y voy a hacer guita [...]. Entonces a Miami me fui de joda, ahora acá, ya no. Tenía veintiséis años, no es que fuera un viejo, pero para laburar de camarero a los cuarenta

¹¹¹ Recordemos que Margulis y Urresti (1998) entienden por “moratoria social” aquella que posibilita postergar, de forma legítima y tolerada socialmente, ciertas exigencias y responsabilidades que marcarían el final de la juventud. Esta moratoria social va acompañada de una “moratoria vital”, que define la juventud como un período en el que se dispone de un excedente, un crédito o un plus temporal. Quien posee capital temporal tiene de su lado un espectro de opciones y posibilidades abiertas. Siempre sobre estas moratorias sociales y vitales aparecerán las diferencias sociales y culturales en las formas de ser joven.

años primero que no te va a tomar nadie y, después, que no vas a tener ganas de hacer eso (Patricio, 33 años, E38/I).

Es como que en España tenía mucho la sensación de que perdía el tiempo, si bien laboraba, el último año era como, estoy perdiendo mucho tiempo acá. Entro a las cuatro de la tarde a laburar, porque hacía ocho horas, de cuatro a doce, pero ¿qué hago todo el día? Nada, me voy a la playa. Está bien, pero ya llega un punto que eso te parece, no sé, muy de bacán. Si decís, bueno, tenés toda la historia solucionada, tenés dos palos [millones] en el banco, decís bueno, ¡andate a la playa a cagarte de la risa! ¡Ya fue! [risas]. ¡Ni te preocupés! Pero era como que no, tenía que venir acá, yo sabía que el taxi estaba prendido fuego, me iba a encontrar un quilombo bárbaro, me quería poner a estudiar, todo, y decís, bueno, a ver (Patricio, 33 años, E38/I).

Entonces ese año me empecé a plantear qué estoy haciendo. Estaba como un poco “depre”, estaba depresivo, me fui de acá depresivo y en el momento creo que me deprimí un poco más. Entonces, por eso te digo que, mi vida, un poco rara, porque digo, el no poder concretar quizás una pareja, sobre todo, bueno, que tenías una edad y diciendo, bueno, tenés que... ¿Viste cuando sos chico y decís, bueno, te casas a los veinticinco, veintiséis? Ya cuando te mostrás con treinta y cinco, treinta y seis años, treinta y ocho, y decís estoy acá. Entonces, pensás que... bueno, que se pasaron muchas etapas. Pero, bueno, vivís de otras, qué se yo. Ni la mía va a ser mejor ni peor, va a ser diferente, porque, bueno, porque las cosas ya sucedieron de otra manera. Entonces agarré y digo, bueno, yo me vengo a Buenos Aires. Y cuando vuelvo viene todo este declive económico (César, 42 años, E9/I).

Esta percepción de desfase se hace aún más evidente en aquellos casos que lograron reconducir sus trayectorias laborales y desarrollar de forma incipiente sus carreras profesionales en la última etapa de la inmigración. Los efectos de la crisis económica los expuso no solo a situaciones de desempleo, si no que los devolvía prácticamente a la casilla de salida. La imposibilidad de sostener emprendimientos propios o estabilizar sus posiciones en las empresas en las que trabajaban los situaba en la cuerda floja y, si caían, la opción era volver a trabajar de camareros, operarios o comerciales. Se trata de trayectorias en las que pudieron sortear tardíamente los obstáculos para mejorar su categoría profesional, pero no para estabilizarse en tales posiciones. Marcos, después de ocho años en Barcelona, logró montar su propio taller gráfico; el emprendimiento duró un año y continuó como *freelance* en otro taller hasta que se terminó el trabajo. Reemigró a Londres, donde vivía su hermano, y esta experiencia lo “oxigenó”, aunque allí trabajó otra vez de camarero. Cuando volvió a Barcelona ya no pudo encontrar trabajo de diseñador y la opción era volver a hacer los mismos trabajos que había hecho al inicio de su trayectoria:

En Barna, el último tiempo no había laburo y no sabía qué mierda hacer, y... Si vos ya sabés que vas a buscar laburo y te van a pagar novecientos mangos [euros] de camarero, y... ya había laburado de camarero. Y no es que... Yo tengo facilidad de conseguir laburo, o tuve en su momento la facilidad de conseguir laburo. En Barcelona, a mí me decían: “loco, vos siempre estás ocupado”. Yo salía tres tardes, hablaba con alguien y empezaba a laburar, sabía que una cosa llevaba a la otra... Estuve en la barra de un bar, laboraba donde sea, hice de todo... Pero cuando te empiezan a... se empiezan a acotar

los caminos, yo siento que me desinflo... Me dicen no. Vas a buscar laburo de camarero: nueve gambas [*novecientos*]. ¡Nooo!... Para que este me *verduguee*... Yo tuve bares y después tuve allá un negocio en Barcelona, así que, no. No soy un improvisado (Marcos, 37 años, E41/I).

Tomás es otro ejemplo de este tipo de trayectorias, que tras experimentar la movilidad descendente en la emigración y cierta recuperación posterior en la inmigración, la crisis lo expuso a perder el poco terreno ganado. Consiguió el empleo que siempre había querido, como técnico químico en la industria farmacéutica, con condiciones económicas favorables. Sin embargo, tras encadenar durante dos años contratos temporales cubriendo bajas y ante la negativa de la empresa de contratarlo de forma indefinida, tomó la decisión de volver:

Y yo rogando que me hagan efectivo [*indefinido*]. Bueno, política de la empresa, no efectivizar más a nadie porque estaba el tema bastante jodido con la crisis... ¿Qué pasa conmigo? A mí se me va acabando el contrato, me hacen otra suplencia más y luego de la última ya dicen que, bueno, que no hay más. Claro, entonces, yo digo no, o sea, si no veo cualquier horizonte acá, si no veo futuro acá... Yo buscando por todos lados que me efectivicen de una vez por todas y al parecer, bueno, no era posible. Entonces, yo estaba viendo cómo tipos en mi caso se tenían que ir y hasta dentro de un año no podían volver a tomarlos. Y yo dije, ¿qué hago un año? ¿Otra vez volver a los bares? ¿Volver a...? Y dije no, si no se aclara esto, si no llega a buen fin, yo me vuelvo. O sea, lo tenía clarísimo. Ya estaba re-podrido, ya no iba a volver otra vez a la fábrica, al bar, o sea, ni en pedo, qué se yo, eso ya lo pasé. [...] O sea, se me pasaron todos los laburos por la cabeza y dije no, ni en pedo, ya está. Esto era lo mío, a lo que yo había aspirado, lo había conseguido, si no sigue yo... Listo, busco, pero en otro lado, no me voy a quedar a conformar otra vez [...], me vuelvo y ya no hay vuelta atrás, o sea, no quiero dentro de tres o cuatro meses estar viviendo esta situación de incertidumbre [...]. Y el laburo estaba bueno, pero yo veía que ¡estaba muy inestable! O sea, no estaba como quería. Estaba ganando buena plata, haciendo un laburo que me gustaba, pero ¡estaba todo el tiempo en la cuerda! Y yo sabiendo que otra vez no iba a volver a lo que había hecho antes. Yo sabía que no me lo iba a bancar (Tomás, 33 años, E26).

Si Tomás no podía imaginarse haciendo otra vez los mismos trabajos que al comienzo de su trayectoria, quienes finalizaron estudios superiores en España (de grado, posgrado o doctorado) no podían imaginar dedicarse a otra cosa que no fuera sus profesiones. Los trabajos realizados hasta el momento (en la hostelería o el comercio) eran vistos como un recurso que les había permitido mantenerse económicamente; trabajos acordes a las expectativas y necesidades de un/una estudiante, pero no a las de un/una profesional titulado/a. Las perspectivas laborales en España no eran lo suficientemente atractivas como para quedarse. Martina terminó la licenciatura en Sociología y consideraba que para insertarse de modo satisfactorio en un mercado laboral cada vez más competitivo y exigente necesitaría dedicar más tiempo a la formación para especializarse. Por otro lado, la desanimaban tanto las expectativas salariales como la posibilidad de terminar dedicándose dentro de su profesión a un área que no fuera de su interés:

Y no, es como que, a nivel laboral no me imaginaba que iba a tener el re-laburo en España. Me imaginaba, sí, en un... estudios de mercado, en cosas que no sé si lo iba a

disfrutar. [...] Entonces como que no veía una oportunidad excelente de laburo, ¿entendés? [...] O sea, si yo quería trabajar en el Estado o en un organismo internacional, como que era muy difícil, ¿viste? Porque la gente ahí tenía maestría, la licenciatura es un básico, no hacés nada. Entonces es como que me veía en un trabajo muy común y teniendo que estudiar una maestría o ir más allá, y no tenía ganas quizás. Por eso, tampoco me dio la sensación de que iba a trabajar en algo que me anime, que yo quería más, trabajar algo con el Estado, o en un organismo; una ONG no te pagan, los sueldos no eran buenos tampoco allá. El tema del mileurista ya estaba instalado. La crisis apenas empezaba, apenas. Me acuerdo, pero no lo veía, no me convencía, no me cerraba el tema (Martina, 36 años, E19).

Martina volvió en el 2008 y, sin saberlo, su decisión de no invertir más tiempo en acumular mayor capital educativo le permitió evitar los efectos que la profundización de la crisis económica en España llegó a tener sobre otras trayectorias que se extendieron algunos años más, como la de Marina. Una vez terminada la licenciatura, esta entrevistada comenzó a participar en algunos proyectos de investigación en el ámbito académico y se animó a hacer una maestría. Cree que si hubiese logrado despegar en su profesión tres o cuatro años antes, sus perspectivas habrían sido otras. Pero en el contexto de crisis y recortes en la investigación no creía que tuviera la posibilidad de consolidar su posición. Los ingresos que le proporcionaba este tipo de trabajos cualificados pero informales no eran suficientes y, por tanto, no la liberaban de mantener otro trabajo que era el que servía “para pagar las facturas”. A la situación de pluriempleo se sumó la experiencia de la maternidad y Marina sintió que ya no podía sostener esa situación, ni económica ni emocionalmente. Su profesión era “central” y sentía que “podía negociar con cualquier cosa”, pero no con su desarrollo profesional, y decidió volver a intentarlo en Argentina en 2012:

A mí me costaba todo un montón ahí, el tema de la profesión... Estuve así, saltando de pie a pie, ¿entendés? Me sale una cosita, me sale otra cosita, ¿entendés? Trabajando gratis a morir para hacer currículum, para ganar experiencia y combinando con un trabajo que es el que paga las facturas se te hacía muy cuesta arriba. Y cuando nació mi hija yo dije yo no puedo trabajar, y llegar a casa y trabajar el resto de horas... porque ahora tengo una hija, o sea, tengo que elegir. Entonces, acá no me puedo quedar porque profesionalmente hay un techo, en este momento hay un techo para todo el mundo, ya lo nuestro no es una cuestión de ser inmigrante, ser o no de ahí... o sea, es una cuestión que afecta a todos, no sólo a los inmigrantes. Entonces pensé, si me quedo acá me voy a frustrar profesionalmente, laboralmente [...]. Yo dije esta vida no la quiero, o sea, necesito vivir de mi profesión. Antes trabajaba catorce o dieciséis horas por día, no había problema, porque llegaba a mi casa y si no comía no pasaba nada, pero ahora tengo una responsabilidad que es una hija y no me podía hacer cargo de eso. Entonces no quería seguir ahí (Marina, 35 años, E33/I).

Entre quienes finalizaron estudios superiores en España, otra forma de evitar un escenario adverso fue hacer valer sus credenciales en otros países. Después de estas experiencias, España ya no era considerada un sitio al que volver y Argentina se convirtió en un destino más propicio para dar continuidad a sus trayectorias. Este fue el caso de Roberto, quien finalizó su doctorado y al no conseguir una beca posdoctoral en

España encontró nuevas oportunidades en Estados Unidos; un año más tarde decidió volver a Argentina y logró incorporarse a la plantilla de investigadores del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Otro ejemplo de esta estrategia es la trayectoria de Claudio, que realizó una maestría en estudios europeos y luego consiguió un contrato en prácticas para trabajar un año en Bruselas. Cuando finalizó, la posibilidad de volver a Santiago de Compostela o mudarse a otra ciudad en España estaba descartada, sus amigos y compañeros de la carrera de Ciencias Políticas le decían que encontrar un empleo no era fácil. Sus opciones eran buscar un trabajo de consultor en Bruselas o nuevas oportunidades en Buenos Aires. Había estado de visita en 2010 y creía que esa experiencia profesional internacional podía “usarla a su favor” a la hora de insertarse laboralmente: “acá, en mi opinión, se sobrevalora mucho el hecho de que hayas estudiado fuera” (E25). Desde aquel viaje comenzó a empaparse nuevamente de la actualidad política en Argentina y decidió volver un año más tarde, en 2011:

La opción era o Bruselas o Buenos Aires, y teníamos idea de laburar, pero me pasó que me di cuenta que bueno, yo llevo afuera, ¿cuántos años?, ocho años. Ya dejó de estar copado, dejó de ser ¡uy!, mirá que bueno lo que estoy viviendo... Y aparte vivía lo que pasaba acá, o sea, el proceso de cambio que hubo en este país, digamos, como que lo veía desde afuera y decía ¡está bueno estar allá! Yo acá, ¿viste?, tratando de encontrar un laburito que... digamos, puedo llevar todo mi aprendizaje, todo lo que... llevarlo a Buenos Aires y capaz aplicarlo en algo que sea más útil a mi país. O algo que me sirva como para llegar y decir, mirá, yo estuve afuera, aprendí todo esto... que eso está bueno también, digo, me pareció que valía más la pena que estar tratando de pelearla para conseguir un puestito pedorro en una consultora en Bruselas, en un tema que no me interesaba en absoluto, en una ciudad que detesté, desde que llegué hasta que me fui. Y a veces me despertaba y yo decía, a ver, yo estoy pensando todo el día en lo que pasa en Buenos Aires, estoy todo el día leyendo *Clarín*, *Página*, *Tiempo*, no sé qué... Y dije, ¿qué carajo hago acá? [...] mientras que podría estar en mi país haciendo cosas. Y entonces bueno llega un punto que, nada, lo hablé con mi mujer, y le digo: “mirá, la verdad que para mí, ahora, en este momento la vida ya no pasa más por acá. O sea, yo ya viví la etapa, me vine, lo pasé bien, estudié, me formé, laburé, ¿viste? Crecí, florecí, ya está. Ahora para mí la cosa pasa por allá”. Y ese fue como el click que me hizo venirme para acá (Claudio, 32 años, E25).

La evaluación del cambio en los contextos socio-históricos en España y Argentina fue fundamental para tomar la decisión de volver, pero también para evaluar sus propias posiciones en cada uno de ellos. De acuerdo con Jiménez Zunino:

“[L]as movilidades geográficas en el espacio físico no se desenmarcan de las movilidades sociales y de las consecuencias que tales desplazamientos tienen para los posicionamientos sociales de los agentes. La movilidad se torna así objeto de una apuesta, de una inversión, en la que los agentes intentan cambiar de escenario de cara a permitirse nuevas jugadas” (Jiménez Zunino, 2011a: 462).

En este sentido, quienes invirtieron en capital educativo percibieron que las mismas titulaciones tendrían un valor relativo mayor en el país de origen que en el de destino, lo que les permitiría insertarse en el mercado laboral en mejores condiciones y “hacer una

diferencia” respecto a sus expectativas en España. Es en el escenario del país de origen donde la sinergia entre los capitales acumulados en la inmigración, los capitales disponibles en origen y un contexto económico propicio puede resultar efectiva a la hora de recolocarlos en posiciones sociales favorables respecto a las que ocupaban en Argentina antes de partir y en España antes de volver, y desde las que retomar y acelerar trayectorias de movilidad ascendente. El relato de David expresa con claridad este proceso a partir del cual trama su retorno:

Es todo un proceso; empezás a ver todo lo malo y ves todo lo bueno que tiene Argentina.

Contame, ¿cómo fue ese proceso?

Todo se acomodaba... O sea, yo empecé a viajar seguido a Argentina del 2004 en adelante. [...] Yo venía, iba al *shopping*, compraba ropa, iba con mis amigos, ya todos tenían trabajo, estaban acabando la carrera. Veías que, por suerte, lo del 2001 ya lo olvidamos y, claro, cualquier cambio acá, por más pequeño que sea, era muy grande. Entonces el ánimo de la gente cambió muy rápido, todo el mundo estaba ya con otra predisposición, ya se miraban las cosas de otra manera. Entonces vos empezás a ver todo eso, que a todos los tuyos acá les fue relativamente bien o avanzaron, que nadie se murió de hambre, nadie terminó arruinado, todo el mundo se pudo rehacer, algunos peor, otros mejor, pero más o menos todos tenían algo y decís, bueno, tampoco es tan malo. En esa época no había toda esta presión mediática, ni se hablaba tanto de la inseguridad... Había un montón de cosas que todavía no se querían ver; o sea, estaban ahí, siempre estuvieron, pero nadie las quería ver, nadie se quejaba, estaba todo bien, todos contentos. Y, por otro lado, vos en España empezabas a ver todas las partes que no te gustaban, que eran, primero, como profesional sabías que el nivel adquisitivo que ibas a tener, por lo menos los primeros años, era un nivel adquisitivo casi igual que el de una persona que no estudió un carajo, que trabaja en un bar y que la cosa le va más o menos bien. Eso es lo que vos veías. Entonces decías, bueno, yo ¿realmente me quiero quedar acá? Porque si me quiero quedar acá, encima, el tema de la vivienda, hipotecarme por cuarenta años. Es una decisión, porque si me agarro una hipoteca ya no me puedo volver, no me voy a poder deshacer nunca de ese piso, hasta que lo venda. O sea, te sentís un poco acorralado. Decís, bueno, yo me tengo que volver a Argentina, porque yo aparte vine para volverme, yo quiero volver a Argentina. Y empezás a recrearte toda una Argentina ideal. Todos los que están acá también en ese sentido pecan de... de querer traerte. Y te dicen que sí, que está todo bárbaro, que no hay problema, que trabajo hay de sobra, que está todo el mundo bien y vos empezás a hablar, porque claro... yo me fui de acá, ni profesional, nada. Trabajaba de telefonista. Empezás a ver acá qué posibilidades hay en tu campo profesional [...]. Y empezás a ver que sí, que por ahí es interesante porque, claro, “vos con tu estudio europeo y tu experiencia, no creemos que tengas problema”. Entonces bueno, te envalentonan y te animás. Nosotros habíamos estado un tiempo trabajando, habíamos ahorrado plata, habíamos comprado un terreno acá, nos había ido bien y dijimos, bueno, che, volvemos. Y bueno... el último año, fue cuando me entraron todas las dudas (David, 33 años, E32).

Al analizar los desenlaces del retorno, los contextos funcionan como telón de fondo de las estrategias de movilidad de los sujetos. Sin embargo, los contextos adquieren distintos significados en función de los tipos de proyectos migratorios y sus transformaciones en relación con las trayectorias migratorias particulares. Hasta aquí hemos analizado los sentidos que los desenlaces adquieren en relación con las

trayectorias laborales y educativas; a continuación, vamos a prestar atención a cómo los retornos se imbrican en los desenlaces de las trayectorias familiares-afectivas. En este sentido, los procesos de (re)composición de los vínculos y los hogares que se dan a través de las experiencias de la maternidad y paternidad, las uniones y separaciones, la enfermedad y la muerte, serán fundamentales a la hora de comprender los retornos como parte de las estrategias de movilidad.

Para quienes experimentaron la transición a los roles materno/paterno por primera vez en la inmigración, aquel evento marcó el momento a partir del cual ciertas ausencias se hicieron aún más presentes. La vivencia de ser madres y padres, lejos del país de origen y de la red de vínculos afectivos, es descrita como una experiencia a menudo solitaria y emocionalmente intensa; tanto que, en algunos relatos, la decisión de volver está relacionada fundamentalmente con estar otra vez cerca de los afectos. Son algunas mujeres las que suelen mencionar la importancia de volver para poder compartir con familiares y amigos la crianza y el cuidado de los hijos:

Y nos picaba mucho el bicho de, en realidad, lo que sería criarlo con nuestro entorno, con la familia, los abuelos, y el domingo, y el asado, los cumpleaños. [...] Y yo creo que sí, que lo que sentíamos era eso [*llora*], mucha alegría, y no tenías con quién compartirla, ¿no? (María, 34 años, E7).

Tener un hijo te cambia la mentalidad y la visión de todo [...]. Empezás a extrañar a las familias, los abuelos, los tíos, los primos, todo. Y valorás otras cosas que por ahí antes no las necesitabas porque no las veías. Bueno, y yo creo que por las mismas situaciones que yo pasé, pasamos los dos, gracias a dios. Porque lo peor que te puede pasar es que uno esté totalmente adaptado, digamos, y no se quiera volver, y el otro sí. Es lo peor que te puede pasar. [...] Yo te digo, sinceramente... yo extrañaba mucho. Y después, con todo, la vida diaria, tener dos [hijas] y no tener a nadie allá, es imposible, no podés. O podés, pero es esto de que están ocho horas adentro de la guardería. Vos trabajás doce finalmente, u ocho, más el viaje, y es como imposible. Cuesta arriba, total, ¿me entendés? Tener dos nenes y no tener a nadie que te ayude (Valeria, 37 años, E15).

Tener hijos/as en la inmigración afecta no solamente a los vínculos, acentuando las ausencias y la añoranza por las personas y los rituales compartidos (el domingo, el asado, los cumpleaños), sino también a las nuevas necesidades materiales, de recursos, de tiempo y dinero (tener a alguien que te ayude). Otra cuestión relevante mencionada en los relatos sobre estas experiencias es la fortaleza del vínculo de pareja a la hora de atravesar estos cambios y tomar la decisión de volver. Cuando los deseos de ambos miembros coinciden, la migración de retorno no tiene por qué ser una cuestión dramática; por el contrario, puede significar cumplir un deseo compartido, alcanzar juntos un nuevo objetivo (como relataron María, Valeria, Viviana, Esteban y Mariela). Sin embargo, en ocasiones los escenarios del proceso de toma de decisión son algo más complejos, ya sea porque se trata de parejas mixtas, porque la pareja se separa o porque continúan juntos pero en cualquier caso con intereses divergentes respecto al proyecto migratorio en general y de retorno en particular. Jimena, por ejemplo, no se considera

una persona particularmente nostálgica, no extrañaba Argentina e imaginaba su retorno en un futuro lejano: volver para cuidar a sus padres en la vejez. Se casó con un hombre de origen español, tuvo un hijo y al poco tiempo de ser madre atravesó una crisis de pareja que le hizo replantearse el retorno desde un nuevo escenario, el de la separación y la imposibilidad de volver a vivir en Argentina con su hijo:

Sí que estaba claro que aquí íbamos a estar cuando fuéramos más mayores, qué se yo... pero no pensamos que iba a ser tan pronto. Y, bueno, entre que yo empecé a extrañar por él [su hijo], pensando en la educación de él, pensando que yo quería que se criara con mi familia también... y bueno... yo ahí también estaba un poco más sola, obviamente... Bueno, hubo un momento, cuando él no llevaba el año, tuvimos una pelea tremenda, una discusión tremenda... Mi marido se fue de casa, me quedé sola con él una semana, y yo ahí dije no, ¿sabés? No... [ríe]. Si yo me llego a quedar sola con él, porque bueno... una se casa pero, bueno, no es para siempre a lo mejor... Yo no me voy a quedar sola aquí con mi hijo, ¡ni en pedo! [ríe]. Yo me quiero ir a Argentina. Y ahí fue cuando empecé a... ¿viste? Me imaginé la situación, de madre sola... y dije, ¡ay, no me va a dejar irme con él! ... Me voy a tener que quedar acá, a criarlo sola... [silencio]. Y ahí fue cuando dije no (Jimena, 35 años, E11/I).

Son varias las parejas que atravesaron momentos conflictivos en la inmigración, pero no todas los superaron. El efecto de las separaciones en las trayectorias migratorias y los procesos de retorno se manifiesta en relatos como el de Lucía, que emigró con su pareja y su hija recién nacida en 2002 y se divorció en 2009. Darío, su expareja, se fue a vivir fuera de España, y sus amistades empezaron a volver a sus países. A todo esto, la crisis económica la perjudica laboralmente: “Ahí me empecé a plantear volverme, porque ahí empezó *mi crisis*. Que fue detrás de la separación. Y empezó *la crisis*” (E47). Lucía intentó quedarse en España, se mudó a otra ciudad en busca de empleo e invirtió sus ahorros en nuevos emprendimientos que no funcionaron y, cuando sintió que había agotado todas las alternativas, emprendió el retorno:

No consigo trabajo, entonces en ese momento yo me quedo con cuatro o cinco pacientes y nada más. Y me empiezo a venir a pique, empiezo a quemar todos los ahorros. Bueno, a todo esto, mis mejores amigos empiezan a volver, mis puntales se vuelven. Se vuelve una chica de Colombia, mis mejores amigos de Argentina, mi cuñado con la mujer, y se empieza a programar una amiga de Ecuador, y es esa sensación de ¡me quedo sola! Bueno, Darío se pone en pareja y se va a vivir a Alemania [...]. Bueno, conoce esta chica y decide irse. Y yo hasta ahí luchaba también por quedarme, por no separarla a mi hija del papá, y ahí digo... ¡no entiendo! Y, bueno, un día hablando por teléfono con mi hermana, a la madrugada, me dice: “¡venite ya! ¿Qué estás haciendo ahí?” Y es como que de repente digo ¿qué voy a hacer? Porque cuando se me acabe lo que tengo, ¿de qué voy a vivir? Entonces corto con mi hermana, lloro un montón, me re-angustio, hablo con una amiga que se había vuelto un mes antes y me dice: “venite, acá hay trabajo, venite ya, no sigas allá, te vas a ir a pique, estás muy sola”. Y la verdad que tenía que venirme. Yo en el 2010 vengo a ver, vengo a tantear. Vi que se había reactivado el consumo, había bastante trabajo, había otro poder adquisitivo, pero el país se había venido a pique culturalmente, como más chato, más mediocre; y el tema de la inseguridad me pareció aberrante, eso me asustó mucho. Entonces lo que hago al volver a España, si bien lo que siento cuando regreso es unas ganas que me tiraban de volverme ya a Argentina. Porque siento ¿para qué vuelvo acá? [...] Y la nena lloraba y me decía yo quiero volver a Argentina, porque había estado con sus primas, y digo, no, tengo que seguir intentando acá. Había algo muy

fuerte que me decía que tenía que seguir intentando en España. Entonces, bueno, realmente intento un montón de cosas, pero no me sale ninguna (Lucía, 45 años, E47).

Las situaciones de mayor tensión las atraviesan las parejas cuando no están de acuerdo en la decisión de volver. En estos casos el retorno es el resultado final de un proceso de negociación que puede haber durado años y son múltiples los factores que se terminan poniendo en la balanza para decantarse por esa opción; una decisión que se toma anticipando ciertos escenarios que conviene evitar, ya que podrían dificultar aún más la vuelta en el futuro. Uno es el escenario del declive económico, evitar la exposición a situaciones de vulnerabilidad que hagan peligrar el bienestar del grupo familiar: evitar el desempleo futuro o, si ya se está en esa situación, no agotar los recursos económicos (prestación por desempleo, ahorros, etc.) y llegar al punto de no tener los suficientes para afrontar los gastos habituales (pagos del alquiler, hipoteca, gastos de alimentación, colegios, etc.) o incluso los del retorno. A esto se suma el cálculo de los capitales reales o potenciales disponibles en el lugar de origen: oportunidades laborales, propiedades, apoyo familiar, etc. Otro escenario que se intenta evitar es ser demasiado mayores para reinsertarse en el mercado de trabajo; quienes en el momento de volver tenían aproximadamente entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años perciben que, a mayor edad, más difícil será encontrar oportunidades laborales que les permitan retomar sus trayectorias profesionales. Por último, el paso del tiempo es crucial no sólo para ellos/as, sino también para sus hijas/os, y consideran que la vuelta será más fácil si se produce durante la infancia (aunque para quienes nacieron en España mudarse a Argentina suponga en realidad su primera emigración). El escenario indeseado es aquel en el que estos/as niños/as se conviertan en jóvenes en condiciones de decidir no retornar con sus padres o de oponer resistencias que dificulten aún más el proceso.

El relato de Florencia reúne varios de estos elementos. Ella y su pareja mantuvieron diferencias sobre el retorno a lo largo de toda la trayectoria y las tensiones aumentaron en los últimos años en la inmigración. Si bien ambos tenían empleos cualificados, Juan no estaba satisfecho con su desarrollo profesional y consideraba que tendría mejores oportunidades laborales en Argentina. Cuando tomaron la decisión de volver tenían treinta y ocho años y dos hijos, de once y ocho años, nacidos en España. Que finalmente estuvieran de acuerdo no quita que Florencia no haya transitado ese momento con angustia, y concluye que su decisión tuvo que ver con “apostar” por su familia, aunque eso le costara abandonar todo aquello que había conseguido en la inmigración:

Ya había un momento donde Juan dijo: “yo me quiero volver. Yo no soy feliz en este país, no me gusta vivir en Barcelona. Yo no puedo más”. Yo, lo que pasa, entre medio de cuando él iba diciendo todo esto, que le iba agarrando de vez en cuando, yo siempre le decía: “bueno, aguantá que termine la carrera, bueno, aguantá”, que no sé qué. O sea, yo iba tirando la pelota para adelante, o sea, yo tampoco nunca le dije que no me quería volver...

Pero, tampoco le decías que sí...

Claro. ¿Viste? Era como toda esta cuestión de que él todo el tiempo esperaba un momento en que nos volviéramos. En realidad, para él estaba clarísimo que nos volvíamos. Tan claro que, de hecho, la casa nunca la vendimos [...]. Y entonces bueno, ahí es donde a mí me genera mucho dolor después, ¿viste? Porque, claro, porque yo estaba bien allá, yo estaba trabajando en lo que quería, yo había pasado por un montón de cosas para conseguir lo que tenía y era en el momento donde yo estaba disfrutando de todo lo que había generado y de todo lo que había... Y entonces, bueno, entonces lo empiezo a hablar con mi vieja; de cómo estaba la situación ahí, porque, bueno, un momento donde tampoco en España se estaba súper bien. O sea, porque vos no sabías lo que podía pasar, entonces también era tomar un riesgo, de decir, bueno, vivo con lo que tengo y esto a ver cómo se desanuda, o aprovecho que ahora estoy bien y me voy para allá. Es que eran muchas cosas, la edad de los nenes, que era como que te volvías y te volvías ahora. Que ese era también el tema de Juan y por eso también agitaba un montón. Porque él sabía que si no nos volvíamos enseguida no nos íbamos a volver más (Florencia, 38 años, E36/I).

La anticipación de ciertos escenarios en los que se enmarcan las trayectorias familiares y afectivas no involucran solamente a los miembros de la familia en el contexto de destino, sino que en ellos también participan quienes permanecieron en el lugar de origen. Las experiencias de enfermedades y cuidados, de pérdidas y duelos, atraviesan los relatos de algunas personas entrevistadas y pueden convertirse en uno de los elementos articuladores de sus desenlaces. Estos hechos dramáticos, consumados o hipotéticos, pero experimentados y anticipados en la inmigración, sin duda forman parte de las tramas del retorno y constituyen hitos capaces de resignificar los proyectos migratorios. En este momento del curso de vida los tránsitos de la juventud a la adultez en el lugar de destino van acompañados por los tránsitos de la adultez a la vejez de sus madres y padres, o de la vejez a la muerte de las abuelas y abuelos en el país de origen. Caminos paralelos pero a menudo invisibilizados por la ausencia que supone la inmigración. La reflexión de Valeria apunta lo que también otros entrevistados han planteado acerca de los sentidos que el retorno adquiere como forma de recuperar la presencia en este tipo de escenarios:

Te queda un poco eso de... que no estuviste. Te pasa lo mismo con las muertes, ¿viste? Yo, por ejemplo, cuando me fui murió mi abuela. Y te queda eso de que... no te parece que se murió, ¿entendés? Es raro. Es rara la sensación, no sé, como si está viajando, vive en otro lado, pero no te da la sensación de que se murió, ¿me entendés? Porque no viviste el duelo, no acompañaste a la familia, no estuviste ahí y no sé si vos podés llegar a hacer el duelo igual que si estás acá y lo vivís y transcurris ese dolor, es como que bueno, pasó, ya está. O sea, no te digo que no sentí nada allá, porque era mi abuela. Te ponés mal, llorás, todo lo que quieras, pero ¡no es lo mismo! Sigue sin ser lo mismo. [...] Y lo que siempre decimos, que la gente que se va de nuestra edad, está allá y vive en una burbuja social; que nadie se enferma, que nadie se muere, porque la edad que tenemos nosotros es raro que vos conozcás a alguien que se enferme o que se muera, entonces, no pasa nunca nada, está todo bien siempre. Bueno, vos pensá que nosotros cuando estábamos allá éramos jóvenes, imaginate, nuestro entorno de amigos también eran de nuestra edad, un poquito más un poquito menos, pero nadie tenía ninguna enfermedad, nadie envejecía, nadie necesitaba de nosotros, de hacer un mandado, una comida, cuidar, ¿me entendés? Es como que siempre está todo bien cuando vos vivís afuera, y cuando venís acá y ves la realidad de que tus papás envejecen, de que no los vas a tener para siempre, porque uno cuando es más joven nunca piensa que los padres se van a morir en algún momento, ¿me

entendés? Y vos decís, no, porque está mi viejo, está mi vieja, total yo no la extraño, te hacés la canchera, ¿viste? Pero después, cuando caés en la cuenta de que tus viejos no van a vivir eternamente, que en algún momento se van a ir y que vos no estuviste todos esos años compartiendo, por ahí, o sea, quiero decir, tus hijos, cosas importantes de la vida. De repente decís ¡uy! ¿por qué me perdí todo esto? ¿Me entendés? [...] Y cuando vos venís y te das cuenta que tu viejo envejeció, que está más pachucho, que le cuesta caminar y los ves con rasgos de vejez, ¿me entendés? Y te das cuenta que necesitan de vos [...]. Y, quieras o no, es parte de la vida también, el cuidar a los viejos, es parte de la vida, que no la vivís. [...] Es como vivir en una burbuja, donde nadie se enferma y nadie se muere, ¿viste? Y realmente también, los chicos, veo que eso tampoco lo viven, que es importante que los chicos lo vean. El decir, no, portate bien con la abuela que ya está grande, si te dice que le alcances algo, alcanzale, es parte de la enseñanza también, es parte de la vida. Es parte de ser hijo, es parte de ser nieto, entonces, bueno, es un todo. Entonces, eso también, allá vivís en una burbuja social realmente, es lo que te pasa a vos y lo que te pasa a vos y ya está, ¿viste? (Valeria, 37 años, E15).

La experiencia de la inmigración en esta etapa del ciclo vital refuerza la distancia que los jóvenes sienten de la muerte, la vejez y la enfermedad; lejanía que “opera sobre las modalidades de estar en el mundo de los jóvenes”, como plantean Margulis y Urresti (1996: 19). De acuerdo con estos autores, la “lejanía de la muerte” es un hecho objetivo marcado por la edad y la menor probabilidad de enfermar o morir, pero también vivencial, en tanto está “condicionada por la convivencia y contemporaneidad con miembros adultos de la familia, con los padres y abuelos, con las generaciones anteriores. Ser joven significa, también, tener aún padres y abuelos, que haya en el grupo familiar otros a quienes les tocará enfrentar antes la muerte” (Margulis y Urresti, 1996: 19). La inmigración y la ausencia permiten sustraerse del desempeño de ciertos roles sociales y familiares que se articulan intergeneracionalmente en el lugar de origen, pero es una ausencia que se suspende con las movilidades de retorno, al constatar el paso del tiempo, y que tiene un impacto especialmente significativo en los desenlaces y los retornos cuando alguno de estos hechos, la enfermedad o la muerte, irrumpen en la trayectoria de los sujetos.

Los caminos por los cuales la inmigración deviene retorno son siempre diversos, múltiples, pero todos ellos comparten un lugar común, el de la encrucijada. Lugar en el que es necesario detenerse, pero también atravesarlo tomando una decisión. En las trayectorias migratorias no hay una única manera de atravesar las encrucijadas que conducen a la migración de retorno. En ocasiones el cruce se resuelve de forma gradual, en otras con un salto que aparenta abrupto; sin embargo, siempre es necesario un momento de pausa para pensar. De acuerdo con Bauman:

“La velocidad no conduce a pensar, ni a pensar a largo plazo. El pensamiento requiere pausas y descansos, exige que «nos tomemos nuestro tiempo», que recapitemos los pasos que hemos dado, observando cuidadosamente el lugar al que arribamos y evaluando la sensatez (o la imprudencia; según el caso) que nos llevó hasta allí. Pensar nos distrae de la tarea del momento, que es correr y mantener la velocidad” (Bauman, 2002: 220).

La decisión de volver requiere un espacio y un tiempo para ser elaborada, un espacio y un tiempo que pueden ser críticos porque, en definitiva, lo que demanda esa decisión es resolver la encrucijada fundamental de la experiencia migratoria, poner fin a la tensión irresuelta entre *ir quedándose y estar yéndose*. El relato de Quique expresa ese momento clave en el que la contradicción temporal que atraviesa la inmigración se vuelve insostenible:

Ya no me gustaba Mallorca, la gente me quemaba mal, al único que veía era al Pato [Patricio], todos los otros me volvían loco, me parecían unos paquetes. [...] Y nada... me empecé a angustiar, a angustiar, a angustiar... Cari estaba yendo a la *facu* y yo me levantaba en la casa solo y lloraba, lloraba, lloraba; no paraba de llorar, me agarraba una angustia terrible, que me partía el pecho, me quería volver. Me acuerdo que tomaba mate solo y digo ¡qué hago acá! Yo nunca en mi vida hice esto para... ¡Nunca quise esto yo! ¡Qué hago acá!

¿Vos qué querías cuando te fuiste?

Yo me quise ir de vacaciones, currar, tener dos euros, venirme, y si había que ir otra vez, ir, meter dos euros más y seguir viajando, tener la mochilita al hombro. Yo toda mi vida hice eso, siempre fui un nómada, iba a currar seis meses acá, me iba... Y por razones de la vida, se fueron dando, de pronto me encontré que ¡vivía allá! ¡Que por tres años no vine! ¿Me entendés? Y de golpe me encontré viviendo allá, por compromisos de la vida que yo nunca los quise asumir, ni me interesaron, ni me importaron.

¿Qué compromisos?

Y, el compromiso de comprarse una casa. Que hoy en día agradezco, está perfecto, pero ¡yo no me lo hubiese planteado jamás! Se dieron, ¿entendés? Se dieron inmaduramente, uno lo hace, porque yo todas las cosas las hice así, sin pensar, yo fui para adelante. Iba, iba, ¡nunca pensé en lo que hacía! Y de golpe, cuando me quedo sin trabajo y mi vida se detiene, entra en pausa, porque justamente, cuando caigo, me doy cuenta de esto: yo nunca había entrado en pausa. Yo lo único que hice toda mi vida fue avanzar, no importaba para dónde, era hacer, hacer, hacer. Tenía mucha energía y hacía, no importaba qué. Claro, cuando frené dije no, pará, porque vos hiciste, hiciste, hiciste... hiciste un montón de cosas que no querías hacer. Y, bueno, ahí fue loquísimo, porque yo me encuentro en un lugar que no quería estar, con una vida que no quería vivir. [...] Yo después empiezo terapia, porque me agarra una angustia muy fuerte que yo en un momento me empecé a asustar, porque nunca me había pasado en la vida [...]. Entonces nada, cuando yo me doy cuenta de este malestar, entonces yo en una noche de esas, con mi hermana, me libero, le digo: “loco, yo me vuelvo”. Le digo a Cari: “loco, yo me vuelvo, acá se acabó todo. Yo me vuelvo porque yo me voy a morir, yo ya sé dónde estoy, loco, estoy en un lugar que o hago un cambio radical...”. Como lo hice siempre, porque yo esto lo hice siempre, ¿me entendés? Yo me armaba el bolso, me tomaba un colectivo y *chau*. Me fui, olvidate, allá quedó. [...] Y lo hice siempre, y ahí no lo pude hacer más... ¿entendés?

¿Por qué?

Y porque entré en un compromiso con Cari, con esto de la casa, se fueron dando... ya te digo, y yo siempre fui para adelante, nunca frené, fui, fui, fui, y ahí por no dejar... porque yo en un par de movidas tendría que haber armado el bolso y venirme para acá, ¿entendés? Decir basta, ¿para qué? ¡Ya fue! Pero estaba inmerso en algo que no podía abandonar tan fácil. Y nada, ahí le dije a Cari: “mirá, está todo bien, no sé qué va a pasar

con nosotros, pero yo me voy. Me tengo que ir, y me tengo que ir solo y vos te tenés que quedar acá, porque vos tenés acá tu vida y ésta es una decisión que estoy tomando yo. Yo no te tengo que arrastrar a vos a algo, capaz que yo llego a Argentina y me vuelvo más loco... No, está terminando en algo que va a ser siniestro para los dos". Ya fue, vamo' a cortarlo acá y vamo' a ver qué pasa, y nada, fue todo un proceso... todo esto. Por eso, yo le digo: "yo me tomo un año acá con vos... me tomo un año, empiezo terapia y me quedo un año con vos para acomodarnos, yo te ayudo a acomodar todo, pero ya está, la decisión está tomada, yo me vuelvo. Sacame ese peso de encima". Y, entonces ahí ya cambia mi mirada hacia un montón de cosas. [...] Y nada, estuve un año ahí, que yo tomé esa decisión y bueno, empecé a ir para arriba, poquito a poco empecé a disfrutar de Palma otra vez, empecé a pedalear, agarré la bicicleta, empecé a tomarme tiempo para mí (Quique, 33 años, E42).

Avanzar, hacer, no parar y, de repente, el efecto de la desaceleración. El golpe, la caída, y la oportunidad de "entrar en pausa", "pensar" y "liberarse". Es un momento en el que la fragilidad de los amarres que sostenían la experiencia de la inmigración se antoja engañosa, porque esos amarres oponen resistencia cuando ya no está tan claro si todo aquello que hacían lo hacían para quedarse o para volver, pero en cualquier caso es lo que los retiene, desorientados. En los desenlaces de estas trayectorias nos encontramos con escenarios diversos: el desempleo después de años de no parar de trabajar y las dificultades de conseguir nuevos empleos en el contexto de crisis económica (César, Quique, Tomás, Julia, Lucía), la imposibilidad de iniciar/retomar los estudios (Ariel, Patricio, Cecilia) o haberlos concluido y constatar la falta de oportunidades de inserción laboral acorde a las nuevas expectativas (Roberto, Martina, Claudio, Marina, David), la experiencia de la maternidad/paternidad y la ausencia de la familia (María, Valeria, Jimena), la ruptura de la pareja con la que habían emprendido el proyecto migratorio (Beatriz, Cecilia, Lucía), o la enfermedad, los cuidados y la muerte de seres queridos junto con la experiencia de la pérdida, de ausencias que ya no serán temporales (Elena, Marta, Ema, Andrés, Marcos). La identificación de ciertos *eventos críticos* en las trayectorias no impide que los motivos que conducen a la encrucijada y a tomar la decisión de volver sean múltiples, como de hecho sucede en las historias de la mayor parte de las personas entrevistadas pero, en ocasiones, es posible identificar cómo algunas de estas experiencias concretas marcaron un punto de inflexión a partir del cual sus trayectorias dieron un giro y se reorientaron hacia aquel lugar por donde, ahora sí, pasaba la vida. Ciertos eventos suponen la pérdida con "la relación de presente", como la llamó Ariel, o en palabras de Bauman (2002: 220), "distraen de la tarea del momento" y aportan el sentido de ruptura necesario que les permite conectarse otra vez con el plano proyectivo de sus vidas e identificar el retorno como punto de fuga en el que convergerán sus trayectorias.

5.3. *Escenas de lo provisional (III): la carga de la prueba*

Trayectorias migratorias: “cambiar de mundo para cambiar de vida”

Las trayectorias migratorias que se inician en ciclos vitales más avanzados tienen particulares implicaciones dadas las circunstancias en las que se emprende la emigración. Sus protagonistas tienen que reinserirse en el mercado laboral con cierta edad y su emigración se articula en proyectos que suelen conllevar cargas familiares, a las cuales se suma el peso de lo que se deja atrás: una historia de descenso social y dificultades económicas, de vínculos familiares y afectivos ahora mediados por la distancia. Las experiencias en la inmigración serán vividas como un desafío: tienen que ver si son capaces de superar la prueba de encontrar mejores oportunidades laborales y de vida para ellos/ellas y los suyos. En estos casos serán centrales las trayectorias laborales y familiares-afectivas, mientras que las educativas serán relevantes indirectamente, en tanto su experiencia de la inmigración irá marcando los itinerarios de sus hijos/as.

Al llegar, encontrar un empleo es siempre uno de los aspectos más urgentes por resolver, pero quienes emigraron con más de cuarenta y cinco años (incluso, en algunos casos, con más de cincuenta) cargaban además con sus experiencias previas en el país de origen, marcadas por la expulsión de un mercado laboral en el que si ya no había sitio para muchos, menos para ellos. En cambio, en el contexto de destino, marcado por un ciclo de crecimiento económico y fuerte demanda de mano de obra, a pesar de saberse mayores creían estar a tiempo de encontrar nuevas oportunidades. Prefirieron estrategias de búsqueda que les ayudaran a sortear aquella que consideraban su principal desventaja: la edad. Por ello, el acceso al trabajo se produjo generalmente a través de contactos (familiares, amigos o alguna persona de referencia en España), movilizando un capital social con el que contaban desde antes de la partida. Esto no quiere decir que no se presentaran a procesos de selección de ofertas laborales, pero lo hacían con el temor del rechazo hasta comprobar que estas vías no les estaban vedadas. Irma, que emigró con cincuenta y seis años, hizo su currículum con ayuda de su hija y su nuera, y se “atreveía” a presentarlo en lugares donde veía que trabajaban personas “más mayores”. “Estaba mentalizada como en Argentina, que no me iban a llamar, por edad” (E39), y se sorprendía cada vez que conseguía una entrevista. El acceso al mercado de trabajo a través de recomendaciones fue una forma efectiva, aunque no siempre infalible; en ocasiones, los contactos desaparecían en el camino o al llegar no cumplían con lo acordado. Esto le sucedió a Sofía. Cuando llegó a Canarias, a los cuarenta y seis años, con dos hijos adolescentes y “su casa” viajando desde Buenos Aires en un contenedor, el contrato de trabajo que había firmado antes de partir se convirtió en papel mojado. Le denegaron el permiso de residencia, cuyos trámites había iniciado en Buenos Aires. Su futuro empleador se dio de baja de la actividad económica y le dijo “búscate la vida”. Eso hizo Sofía al llegar, como todas las demás.

El resultado final de sus trayectorias laborales en la inmigración, en cuanto a sus posiciones en el mercado de trabajo en España, no supuso un cambio radical respecto a

las que habían desarrollado en Argentina; es decir, ni mejoraron ni empeoraron considerablemente. De las personas entrevistadas en este grupo etario sólo una contaba con estudios universitarios completos, Sofía, que homologó sus credenciales como psicóloga y ejerció su profesión desde el inicio de su trayectoria; el resto, sin este tipo de estudios –iniciados o concluidos–, no tenía la posibilidad de hacer valer credenciales educativas, pero sí sus experiencias laborales previas, de modo que terminaron desempeñando trabajos similares a los que llevaban a cabo antes de partir. Miguel, que tras cerrar su pequeña empresa en Argentina estuvo dedicado los últimos años a emprendimientos en la construcción, durante casi toda su estadía en España trabajó como encargado de obra, aunque uno de sus primeros empleos fue una temporada de verano como conserje de un edificio: “trabajé de conserje porque trabajaba de cualquier cosa, ya me daba lo mismo” (E24). Juan Manuel, que en Argentina fue gerente comercial de distintas empresas, tras un tiempo como promotor inmobiliario consiguió un puesto equivalente en un negocio familiar. En su caso, la red que tenía en Canarias fue fundamental para transitar su trayectoria en situación irregular (a pesar de ser hijo de españoles, sus padres no tramitaron su ciudadanía antes de la mayoría de edad). Eva y Silvia, que habían trabajado ambas en Argentina en el área social, se incorporaron en el mismo sector en Madrid. Su estrategia consistió en comenzar como voluntarias en distintas organizaciones o asociaciones, demostrar sus capacidades y a partir de esa experiencia conseguir luego un contrato de trabajo. A diferencia de Eva, que tenía doble ciudadanía argentina-italiana, Silvia trabajó los primeros años como administrativa con unos conocidos que la ayudaron a tramitar el permiso de residencia. Irma, que en Argentina estuvo empleada en comercios y en trabajo doméstico y de cuidados, tuvo el mismo tipo de empleos en Palma de Mallorca. Algo diferente fue el caso de Horacio, con una trayectoria como comercial en Argentina, que llegó al pueblo de su abuelo, cerca de Valencia, con un contacto en el ayuntamiento, prácticamente sin dinero y sin la documentación en regla. Realizó todo tipo de trabajos, desde enlazado artesanal de calzado tradicional hasta mantenimiento de montes y muros, desde trabajos como carpintero y parrillero hasta monitor en un piso tutelado para personas con problemas de salud mental, donde estabilizó su situación durante algunos años.

Esta continuidad en las trayectorias como resultado final no quiere decir que los primeros tiempos no estuvieran atravesados por la precariedad de las condiciones laborales, padeciendo en algunos casos situaciones de abuso. Entre ellas, una de las más comunes fue la informalidad. Trabajar sin contrato era una situación que se daba, en algunos casos, independientemente del estatus jurídico, y venía aparejada a la mayor vulnerabilidad de determinadas posiciones; este fue el caso de Irma, quien, siendo ciudadana española, trabajó durante casi toda su trayectoria en el comercio, la hostelería, el trabajo doméstico y los cuidados, la mayoría de las veces sin contrato. Asimismo, una vez conseguida la contratación no siempre lograban que el salario completo figurara en nómina. A la situación de informalidad se suman bajos salarios y la no retribución de horas extras o de algún trabajo finalizado. Los primeros meses Horacio trabajó en mantenimiento de montes y de muros, talando pinos y picando piedras, a jornada completa, por treinta y cinco euros al día; unos años más tarde pudo cobrar setenta euros por el mismo trabajo. Como relata Irma, le llevó un tiempo decir

“no”, expresión que resume las dificultades que afrontaban los recién llegados a la hora de negociar sus condiciones laborales, intentar mejorarlas o, al menos, poner límites. Más allá de las precariedades iniciales, al realizar el ejercicio de comparar su situación en la inmigración con aquella anterior a la partida, el salto de contexto explica también la resiliencia frente a las dificultades de esas primeras experiencias:

Yo conozco mucha gente de mi edad, especialmente hombres, que hablan muy mal, pero muy mal de Argentina. Las mujeres no tanto, hablan lo malo y rescatan lo bueno. No sólo de la familia, sino que... miran con cariño otras cosas. Lamentan lo malo, sí, pero ven la ventaja de vivir en España porque es todo más fácil para la mujer. Qué se yo, la posibilidad de comprar comida hecha, de encontrar en el súper todo más práctico. Yo hablo de lo que conozco, de acá de Rosario y de la posibilidad económica mía, porque también hay de lo otro, pero nosotros no teníamos acceso a esto por la situación económica. Ya te digo, hacía el mismo trabajo que acá, cuidaba chicos, limpiaba casas, pero [en Palma de Mallorca] muy cómodamente si queríamos comer afuera, comíamos, y si me quería tomar un taxi, lo tomaba, y si quería comprar una ropa, la compraba. ¡Qué lindo! ¡Comprar lo que querés para tus nietos! Cosa que acá [en Rosario], siempre mirando el precio, pagando en cuotas y prohibiéndote de un montón de cosas. Entonces, eso es más fácil allá, hasta ahora. Ahora, ya te digo, las cosas se complican allá también (Irma, 62 años, E39).

Lo que describe Irma es algo que Eva resume en una frase: “ser pobre aquí es más fácil que ser pobre en Argentina” (E50), percepción que está relacionada con el efecto que señala Jiménez Zunino (2011a: 350-351) de “desdibujamiento de fronteras de clase” que se produce en la emigración a través de una “operación de estiramiento de la región intermedia del espacio social” español, por la cual este se presenta como “menos discontinuo que el argentino”. Como señala la autora:

“Mediante el acceso a un empleo asalariado que proporcione estabilidad y dignidad, los agentes lograrían el acceso a ciertos niveles de bienestar y consumo, que en Argentina suelen estar asociados a la capacidad de compra, ligados a los *mecanismos de reproducción social de mercado* [...]. Este tipo de representación, que prescinde de las luchas simbólicas singulares del espacio social español, puede sostenerse siempre y cuando se tome como referencia del lugar conseguido (en España) el contraste con el que se tendría de permanecer en origen” (Jiménez Zunino, 2011a: 352).

Además de este acceso a bienes de consumo, la inserción laboral en el contexto de destino les permitió asegurar otro tipo de trayectorias en el grupo familiar, como los itinerarios educativos de sus hijos/as. Si bien los estudios obligatorios los concluyeron en el sistema público, algunos pudieron permitirse sostener económicamente a sus hijos/as para que continuaran estudios superiores en instituciones de enseñanza privadas.

Los puntos de partida de la emigración y las trayectorias familiares de estas personas adultas-mayores son diversos y se irán transformando a lo largo de la inmigración. Parejas que se separan, otras que continúan juntas. Hijos/as que dejan el hogar familiar (en algunos casos por retornar a Argentina), otros/as que se reincorporan temporalmente (al emigrar de Argentina a España). Hombres y mujeres divorciados/as o que se divorcian en la inmigración, que inician nuevas relaciones de pareja, otros/as

que no. A todo esto se suma el mantenimiento de los vínculos afectivos a distancia con quienes permanecieron en el país de origen (padres/madres, hijos/as, nietos/as, amigos/as). Cuando prestamos atención al desarrollo de las trayectorias familiares en la inmigración, no puede establecerse un corte más que analítico entre lo que sucedió antes y después de la partida. Al observar los discursos sobre las relaciones de pareja, y específicamente las separaciones, no sólo es relevante cómo la experiencia de la movilidad afecta a los vínculos, sino también cómo las trayectorias familiares en el país de origen tienen efectos sobre la movilidad. En los casos de Horacio, Irma y Silvia las situaciones vividas en Argentina a finales de los noventa fueron un factor clave de tensión que llevó a la ruptura de sus parejas y su posterior emigración. Miguel y Eva también vivieron ese tipo de situaciones y, aunque emigraron juntos, se separaron al poco tiempo de llegar a España. Su caso nos ayuda a comprender cómo la experiencia de la inmigración no siempre tiene un fácil encaje a la hora de rearticular los vínculos en el contexto de destino. Cuando los proyectos migratorios se ponen en marcha dan lugar a nuevos arreglos familiares que pueden desestabilizar los vínculos y ocasionar ciertos malestares. Las separaciones temporales hasta instalarse en el país de destino o las dificultades iniciales para resolver la situación laboral y económica del grupo familiar son posibles focos de tensión, añadidos a conflictos preexistentes. Miguel identifica estas cuestiones como aquellas que marcaron “el principio de la ruptura matrimonial” y como “costos de la adaptación” que deterioraron la relación de pareja:

Un costo de la adaptación ha sido que [*Eva*] no podía aceptar el nuevo formato de la familia. El segundo tema que deteriora la relación es la falta de guita. [...] Todo el año 2000 fue un año de mucho deterioro de pareja. Porque ella no está de acuerdo en la manera en que yo busco trabajo, no sé en qué, en algún aspecto que a ella le va dando... le va dando miedo estar casada con un hombre que ya no la puede sostener económicamente. Eso lo ha expresado claramente, reiteradamente, ¿no? Ella llega a la conclusión de que yo ya no soy el compañero de su vida. Por tanto, ahí decidimos separarnos. Pero, claro, yo no podía irme a ningún lado. Tenía que vivir en esa casa. Separados, pero viviendo en la misma casa, con Matías, lo cual era un desastre total. Sí, hubo escenas de muchos nervios, porque no se bancaba la situación, ella más que nada. Ella no soportaba estar casada conmigo, pero tampoco que yo viviera ahí. Ella quería que me marchara y de alguna manera hizo todo lo posible para que me fuera y me tuve que ir (Miguel, 66 años, E24).

Cuando se entrevista a los dos miembros de una pareja o ex-pareja por separado emergen los puntos de vista comunes sobre la historia, pero también los divergentes, y su análisis es clave para comprender las tensiones que atraviesan los vínculos y las dinámicas de gestión del conflicto. Eva y Miguel coinciden en que la experiencia de la emigración/inmigración influyó en que se desencadenara el divorcio, aunque también admiten que los problemas de pareja, las asperezas, los resquemores, no eran nuevos. Pero, como apunta Eva, el cambio de escenario provoca que su gestión sea distinta:

Hay un momento muy duro, que es el de la... la inmigración hace, todo este choque, puso sobre la mesa los problemas de pareja. Entonces, bueno, nos separamos. Fue un divorcio muy feo, muy traumático, muy agresivo. O sea, desagradable.

¿Por qué esas cosas se ponen sobre la mesa?

Al principio... yo creo que siempre habrán estado, no es que aparecen, no se inventó nada, pero bueno, de alguna manera veníamos... de alguna manera, la deuda, estábamos como sujetos por esa deuda, porque en la Argentina, con todos los quilombos, estábamos más atentos a sobrevivir en ese ámbito y habíamos generado, como estrategias, para estar siempre así, yo qué sé. Pero bueno, al cambiar el contexto es un poco como que otra vez afloran cosas. Yo recuerdo, los primeros tiempos fueron... eh... [*silencio*]. Yo sentí que la pareja se desintegraba realmente al poco tiempo de llegar, como si el deseo de este hombre era estar en otro lado y con otra gente. [...] Nada, esas deudas que uno va arrastrando [...]. La casa donde vivíamos era una herencia de mis padres y yo la hipotecué para ponerla en la fábrica. De alguna manera yo sentí como si me hubiera apurado... Me di cuenta que yo renuncio... No sólo pierdo la herencia de la casa, yo renuncio a mi proyecto hecho por mí, empezado por mí, generado por mí, inventado por mí, y renuncio en un momento donde estaba todo bien. Sí, como por buscar una solución para salir todos otra vez. Sí, para salir todos otra vez y volver a estar... Yo no quería estar más ahí. No quería que mis padres se enteraran, yo nunca les había contado que habíamos perdido la casa. Yo viví en silencio, siempre ocultando, ocultando, ocultando, porque no había que contarle. A todo lo largo de la historia laboral, fue feo, complicado, y el contexto ayudó a que las cosas se pusieran peor (Eva, 68 años, E50).

El relato de Eva da cuenta de aquellas experiencias de descenso social que se vivían “de puertas adentro” (Lvovich, 2000: 53), “en silencio”, “ocultando”. Tras perder la fábrica y la casa, la emigración fue una estrategia para evitar el declive completo, que Miguel resume en el eslogan “cambiar de mundo para cambiar de vida” (E24). Y, de hecho, sus vidas cambiaron, pero no en el sentido que esperaban. Historias como la de Miguel y Eva reflejan las de otras familias cuyas trayectorias están atravesadas por sus experiencias de la emigración/inmigración, pero también, y fundamentalmente, por los contextos específicos que les tocó vivir en el país de origen y la gestión de ciertos eventos críticos. Emigrar es, en muchos casos, una forma de poner distancia no sólo frente a esas situaciones, sino también frente a lugares, vínculos y formas de vincularse que se tornaron insostenibles. Pero, sin duda, no siempre es una solución, porque la experiencia en la inmigración también expone a las familias a nuevos escenarios de tensión.

Por todo ello, la independencia cotidiana de ciertos vínculos, con la pareja o con los hijos, influye en que la experiencia de la inmigración pueda gestionarse de otra manera, al no tener que asumir ciertas responsabilidades en el lugar de destino. Para Silvia, cuyos padres habían fallecido, separada y con dos hijas adultas y emancipadas, su situación para emigrar era “ideal”. Sin embargo, cuando se emigra solo/a pero existen este tipo de vínculos en origen, la independencia no es más que la impuesta por la distancia, por la separación física, que no por la emocional. Para Horacio, que recién divorciado dejó en Argentina un hijo de doce años, la gestión de la distancia pone de manifiesto la continuidad de las interdependencias, así como también los límites para articular otro tipo de arreglos familiares cuando la inmigración está marcada por ciertas posiciones de vulnerabilidad:

Y ese primer año quería llevármelo a Gustavo, porque era chiquito, tenía doce años. Entonces, quería llevármelo, no me quería pasar más tiempo... aparte padres separados, culposos, y la cabeza se me iba a romper si no pasaba las fiestas con él. Y, nada, estuve trabajando, le di, le di, estuve trabajando bastante tiempo con ese ritmo, seguía sin papeles. No pasaba nada con los papeles. Al otro año..., bueno, vino Gustavo. Seguía sin prosperar, no podía gastar un mango, porque lo poco que ahorré era para pagar el pasaje de Gustavo, ¿viste? Pero era un alegrón, porque ahí no me sentía tan solo, ¿viste? Qué sé yo...

Y Gustavo, ¿te visitó muchas veces allá?

Varias veces, sí. Y estaba bien, era lindo, porque viajó solito. A los doce años fue la primera vez que viajó. Para él creo que fue una experiencia enriquecedora también, ¿no? Y para mí, bueno, fue una contención tenerlo, verlo. El primer año se quedó un mes y algo; después el segundo, dos, tres. Aprovechaba, ya no pasaba veranos últimamente, eran todos inviernos para él.

¿Se iba para allá para fin de año?

Claro, y se volvía en marzo, cuando le tocaba las clases. Y para mí era importante, qué sé yo... Y ahí estaba, me acompañaba al laburo, se quedaba en las viviendas tuteladas también. Claro, porque no tenía yo dónde dejarlo. Sí, no lo iba a dejar solo. Pero él también me conoció picando piedras, ¿eh? Me vio en todos los laburos. Y para él fue interesante también, la vida del pueblo, estar en un lugar a los doce años, se iba en la mañana, volvía a comer, andaba por ahí, tenía su chiringuito con sus amigos, sus cosas (Horacio, 56 años, E34).

En la muestra fueron excepcionales los casos de padres o madres que dejaron en el país de origen hijos/as menores, ya que solían partir con ellos/as; sin embargo, era habitual que la emigración implicara la distancia de hijos/as adultos/as, nietos/as, madres y padres. Estas separaciones fueron uno de los aspectos más difíciles de afrontar en la inmigración:

Y acá quedaba mi madre, que pesa bastante el hecho de que mi madre es mayor. Los nietos fue lo que más me costó. Pensar que me perdía el crecimiento, ¿viste? Esa etapa tan linda de los nietos chiquitos. Eso me costó, lo demás no me costó nada, la decisión estaba tomada, me fui con alegría y todo. El costo para mí fue eso, me costó (Irma, 62 años, E39).

La gestión de estos vínculos a distancia es más fácil cuando se dispone de recursos suficientes para viajar de forma recurrente e inclusive estar presentes en momentos clave de la vida familiar. Como relata Eva, la posibilidad de volver cuando enfermó su padre y tener la oportunidad de cuidarlo y acompañar a su madre en ese proceso fueron aspectos fundamentales para considerar que se había despedido “correctamente” de su padre, aunque posteriormente no estuviera en el momento de su fallecimiento:

¿Qué tal la relación con la familia? Ahora que está uno acá... otro allá...

¿La verdad? Bien. Ya estoy acostumbrada, es como que... me di cuenta con mi madre. Al principio nos despedíamos y ella lloraba, y “bueno, quién sabe si nos vamos a ver de nuevo”, porque claro, esta edad, lloraba...

T, ¿tu padre?

No, mi padre murió, estando yo acá, pero cuando estuvo enfermo fui a cuidarlo, cuando lo operaron estuve. Luego murió cuando yo no estaba, pero ya había hecho mi despedida bien. Eh, actualmente, las despedidas son... sencillas, simples, buenas: “bueno, nos vemos pronto, el año pasa rápido”, con mucha sabiduría y mucha paz. Tanto de parte de mi madre como de parte mía (Eva, 68 años, E50).

A diferencia de las personas adultas-jóvenes, en este caso las adultas-mayores tienen que asumir que la inmigración les impedirá acompañar a sus nietos en la infancia o a sus padres en la vejez y, en este último caso, prepararse para encajar el embate de que, probablemente, mueran en su ausencia.

Tramas del retorno: geografías emocionales

Las movilidades de retorno experimentadas en esta etapa avanzada del curso de vida adquieren sentidos distintos a los analizados hasta aquí. Mientras que en las tramas del retorno en etapas iniciales y medias del curso de vida cobran relevancia las conexiones entre los retornos imaginados, los físicos y la dimensión proyectiva, los relatos de estas experiencias de las personas adultas mayores aparecen fuertemente atravesados por la dimensión retrospectiva. Esta diferencia en la orientación de los relatos sobre las movilidades de retorno está relacionada con las distintas percepciones que sobre el “crédito temporal” se tiene en perspectiva biográfica, es decir, cuánto tiempo queda por delante a la hora de resignificar los proyectos migratorios y dar un giro a las trayectorias. Partiendo de esta distinción vamos a prestar atención ahora a las múltiples formas en que estos/as entrevistados/as experimentan las movilidades de retorno en la inmigración, y cómo en sus relatos adquiere un peso significativo la articulación de emociones, entorno y memorias, configurando una “geografía emocional” que, en tanto mediada socio-espacialmente (Davidson, Bondi y Smith, 2007: 3), puede arrojar claves para pensar cómo los sentidos de los retornos imaginados y físicos se traman en esta etapa particular del curso de vida.

Hemos dicho que el retorno como algo “impensable” tiene que ver con la percepción de que es demasiado lo que está en juego en el momento de partir como para pensar en volver apenas se llega; la emigración en ese momento del ciclo vital, con cargas familiares, es percibida como una apuesta fuerte. En los primeros tiempos en la inmigración resulta difícil imaginar el retorno por la combinación de dos aspectos. Uno, la percepción de que no es viable, al menos hasta que no se produzca un cambio en el contexto del lugar de partida que erosione los motivos por los cuales se decidió partir; dos, son tantas las urgencias, las cuestiones a resolver nada más llegar, que toda la energía estará dirigida a superar los obstáculos que se van presentando en el contexto de

destino. Los relatos de Juan Manuel y Sofía apuntan ambas cuestiones. El de Juan Manuel se centra en la problemática de lo viable y lo deseable, contraponiendo su forma de percibir el retorno a la de su esposa. Mientras que “ella hubiera estado dispuesta a volver en cualquier momento de toda la estadía” (E52) porque le pesaba la lejanía de sus familiares, especialmente de sus hermanas, para él la decisión de volver no era algo “discutible”:

No era un tema de discusión. Era una realidad. Lo que yo le planteaba era que acá [en Argentina] no teníamos ninguna posibilidad. Yo, volver, ¿a qué? ¿A hacer qué? ¿A qué tipo de trabajo? Con cincuenta y pico de años, ¿dónde iba a conseguir trabajo? ¿Qué tipo de trabajo podía conseguir? No, no, no era viable (Juan Manuel, 57 años, E52).

Hay que tener en cuenta que en su trayectoria familiar, la pareja de Juan Manuel abandono el mercado laboral cuando tuvieron hijos y no se reinsertó hasta los últimos años en España, con lo cual la legitimidad de género de su posición hace que el peso de la opinión de Juan Manuel a la hora de diseñar la estrategia migratoria sea un aspecto clave. En el caso de Sofía, volver tampoco era una opción. Aunque en su relato identifica emocionalmente tanto el espacio de partida como el de llegada con lugares de angustia, sólo contemplaba la posibilidad de quedarse en el de destino. Es allí donde, a pesar de todo, Sofía consideraba viable sostener ciertas expectativas para sus hijos y para sí misma, imaginar un futuro:

Pasé dos semanas angustiada, diciendo, ¿dónde vamos a parar? Y, mientras tanto, iba viendo, ¿no? A ver, esto en algún momento va a pasar, de alguna manera se va a resolver. Yo tenía clarísimo que no me volvía, eso lo tenía clarísimo, ni me parecía como opción.

¿Por qué?

Porque había quemado todas las naves, porque prefería seguir para adelante y no volver a ese lugar donde yo estaba muy angustiada, yo acá [en Argentina] vivía muy angustiada, porque me parecía que tenía que ofrecerle una buena oportunidad a mis hijos, que les iba a venir bien conectarse con el mundo, abrir la cabeza, otras culturas. Estaba convencida. Y yo tenía la esperanza de mi vida personal, afectiva, sobre todo. [...] Entonces, mucho tiempo, tal vez menos del que yo me imagino, porque cuando vos no estás bien la realidad parece como que se enlentece. Y cuando estás bien o estás muy contenta la realidad pasa como muy rápido, ¿no? Y el tiempo pasa, como siempre, es esa subjetividad del tiempo que uno tiene. Yo tengo la sensación ahora de que pasé mucho tiempo tragando sapos y sintiéndome, con mucha lucha, fortaleciéndome en la profesión, aprendiendo [...]. Yo recuerdo fenómenos de extrañeza, momentos de decir ¿qué hago acá? ¡Todo lo que me falta para ordenar esto! Y había algo que me pasaba, a veces, cuando no había nadie en casa, me encerraba en el baño y me salía... como un grito, de las entrañas. Mirá que no te lo puedo... lo digo y me emociono [*llora*]... de acá, como una cosa terrible... y me calmaba. No pensaba nada, seguía, yo seguía, había mucho que hacer todavía. Por todo concepto, no tenía ganas de llamar a Buenos Aires para contar lo que me pasaba, no lo sabía nadie, nadie. Ya bastante me aturdía la realidad como para encima tener que contarla. Lo conté muchos años después. Lo que pasa es que cuando estás en esos momentos, no estás como para... no es un chiste lo que te está pasando, ¿no? Estás para resolver (Sofía, 57 años, E53).

Al igual que en las otras escenas analizadas en este capítulo, a las formas de imaginar (o no) la posibilidad de volver, se sumará la experiencia de las movilidades de retorno durante la inmigración. Los primeros viajes a Argentina de estos/as adultos/as mayores tuvieron el efecto no sólo de reforzar la decisión de permanecer en España, sino de sostener el retorno como impensable. Para quienes se fueron antes de los eventos de 2001 volver en aquellos años de post-crisis fue una experiencia impactante a través de la cual redimensionaron los alcances de lo que había significado su partida. No sólo al comprobar lo sucedido, al constatar las dificultades que estaban atravesando o habían atravesado los suyos y la población en general, sino también al hacerse evidente, en ese volver a estar presente, su ausencia en tales momentos. Vale la pena recuperar el relato de Eva sobre estos primeros viajes, en el que apunta algunas de las aristas de este juego de presencias y ausencias que atraviesa la experiencia de estos retornos ocasionales:

Mientras tanto, ¿cómo fue el tema de los vínculos, acá, con Argentina?

Todos los años fuimos, he viajado todos los años.

Y, ¿qué tal?

Bien. Los primeros años, con el corralito fue terrible. Descubrir, ver la... Era como un país angustiado y angustiante. Raro, diferente. Yo me di cuenta... fue un dolor muy fuerte el que sentí, cuando me di cuenta que mis hijos... Bueno, luego mi hijo, el mayor, vino a vivir aquí, con lo cual quedó mi hija nada más viviendo en Argentina. Pero en el momento en el que sucede el tema del corralito y esa debacle tan fuerte en Argentina, que fue terrible, el 2001, Agustín sí estaba allá. Y yo me di cuenta que hay vivencias que cambian profundamente a las personas y a los países, y que no vivirlas junto a los que las sufren hace que el vínculo sea diferente. Nunca más fuimos los mismos. Antes nos encontrábamos y éramos los mismos, después que sucede el corralito, hay un dolor tan profundo en el país y lo que sufrió la gente fue tan fuerte, y yo no lo viví junto con ellos, yo estaba viviendo otra realidad; mis vivencias, mi energía, estaba puesta en otro lado. Entonces cuando iba, era muy desestructurante para mí, me daba cuenta que me separaban muchas cosas, no es sólo que me separaba una distancia, me separaban vivencias, eso... aún... Nunca más se zanja, nunca más se resuelve, eso queda así, la estructura que cambia, la esencia de la persona y la sociedad.

Pero, ¿en qué? Para concretar...

La gente tenía que generar estrategias para sobrevivir que eran diferentes a las que tenía que generar yo, entonces cuando yo los veía de nuevo no eran los mismos. Eran otros. Eran diferentes, porque tenían que vivir cosas diferentes. Para ir al supermercado no era lo mismo, era otro supermercado, otro país, otro dinero, otro mundo. Se había muerto un montón de gente peleando, y apaleados, y los bancos habían tenido unas vallas... Eso no lo viví, eso fue un golpe muy fuerte.

Pero en ese momento, ¿hablabas con ellos?

Sí, sí, sí, hablaba con ellos. Esto lo veo después. Cuando me doy cuenta es después. En el momento fue terrible, y la culpa es muy grande, hay una culpa profundísima.

¿Sentías culpa?

Totalmente, yo sentí una culpa terrible. No estaba ahí, no vivía eso con ellos, me había ido como... y lo pensaba, realmente, como las ratas que se escapan del barco que se está hundiendo, que son las primeras que se van, cuando perciben que algo está mal. Fue una cosa muy dura. Mmm, fue... fueron varios años, la gente en la calle, los cartoneros, de pronto los lugares donde yo había trabajado, porque no es sólo que... yo no vivía en Buenos Aires [refiriéndose a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires], y entonces ¡ay!, qué horror, vinieron los cartoneros y ya la ciudad no es la misma. No, era la gente con la cual yo había trabajado, vivido, mis vecinos... Yo pertenecía a ese conurbano bonaerense golpeado. Entonces, es feo, es jodido, te das cuenta que... el barrio... Una de las mujeres con las cuales yo trabajaba le dijo a mi hija: “tu mamá se va a ir a un lugar lindo, va a tener mucha plata y se va a olvidar de nosotros” [ríe]. Esa era la fantasía de esta mujer. Y yo decía, mi realidad no era para nada esa, pero se creen que estás de vacaciones permanentes, y no, no. No hay a veces un modo de comunicar... ni querés comunicar tanta amargura. Claro, yo no iba a contar todas las desgracias que estaba viviendo, más o menos contás por arribita (Eva, 68 años, E50).

Los primeros viajes a Argentina confrontaron a quienes partieron antes de los eventos de 2001 con una realidad que intuían, pero eso no anulaba la conmoción que suponía redescubrir aquellos espacios antaño familiares, ahora transformados, extraños, en un punto ajenos. Eva se enfrentaba a esos nuevos paisajes de la crisis, de la ciudad, del barrio, habitados por sus hijos/as, sus vecinos/as, y a la constatación de su ausencia de la composición, una ausencia que implicaba ya no sólo no compartir un espacio, sino todo un conjunto de relaciones y prácticas colectivas, de “estrategias para sobrevivir”. Los primeros retornos de Eva eran una experiencia “desestructurante”, un tránsito por la culpa y el dolor que elaboró con el paso del tiempo, con muchas más idas y vueltas. Ese sentimiento de culpa no está desconectado de su posición de género (de los roles que como hija/madre/abuela ya no podía desempeñar a la distancia respecto a sus padres, hijos/as y nietos/as que se habían quedado en Argentina) ni de su posición de clase (la de una mujer del conurbano bonaerense que al emigrar dejó también el barrio donde realizaba trabajos comunitarios y proyectos que ella misma había puesto en marcha antes de partir). La constatación en retornos posteriores de lo sucedido durante los años de crisis resignificó la emigración de algunos/as, imprimiendo sentimientos ambivalentes, entre la fuga y la salvación, como también expresa otra entrevistada:

Pero, en general, a mí no me daban muchas ganas de venir. La primera vez que volví, que vine dos semanas, la primera semana lloraba todo el tiempo. Lloraba es una manera de decir, exagerada, pero estaba muy conmovida. La segunda no aguantaba más y me quería ir a mi casa.

¿Eso en que año fue?

Yo me fui en el 2000, eso habrá sido en el 2001 o 2002.

Y ¿cómo lo viste todo al volver?

Y, estaba todo como... eh... yo decía... la generación “tuve”: tuve *country*, tuve camioneta, tuve todas las cosas, los emblemas en los que están parados, y actualmente igual, muchos argentinos. Tuve. Y todo se veía roído, feo, desteñido. Un paisaje nocturno

que me resultaba... que me asustaba, cartoneros, gente... los trapitos, todo un paisaje que en menos de dos años había cambiado.

Porque vos me habías comentado cuál era tu percepción en el momento de irte, que tenías miedo...

Yo tenía miedo, pero hasta ahí venían los robos y todo eso. Ahora, el veinte de diciembre, que fue el tema de cuando De la Rúa se escapa por la terraza, la realidad es que... esto a lo mejor te sirve, durante un tiempo, a veces me asaltaba una idea como de tráfuga. Como que detrás de mí se cerró la puerta y yo me quedé de este lado y el resto se quedó del otro lado, mal. Mis amigos, la gente que yo quería, la gente en general, y yo es como que... la sensación de tráfuga, por momentos me acompañaba [...]. Entonces, volví ese fin de semana, muy conmovida, asustada de todo lo que veía, y tranquila de que había sacado a mis chicos de acá. Después sí, no vine tanto, después pasó a lo mejor, otro año, no, no, no. La verdad que no tengo mucho recuerdo de cuándo vine (Sofía, 57 años, E53).

A diferencia de Eva, Sofía sí vivía en un barrio de clase media-alta en la ciudad de Buenos Aires y su relato sobre la primera vuelta describe los cambios percibidos desde esta posición: el descenso social de su entorno más próximo y la pérdida de “brillo” de la ciudad, junto con la descripción de esos “paisajes nocturnos” que la asustaban, habitados por sujetos que antaño habían permanecido invisibilizados en sus actividades en los márgenes de la ciudad pero que ahora habían hecho de las calles céntricas de Buenos Aires su medio de vida¹¹². La experiencia de esos retornos terminó por convencer a Sofía de que la decisión de emigrar con sus hijos había sido la correcta, pero, al igual que Eva, le “asaltaba” ese sentimiento de “tráfuga”. Una emoción que, en definitiva, pone de relieve la ambivalencia que atraviesa las experiencias de los sujetos a la hora de vivir la emigración como “la reivindicación y el ejercicio práctico del *derecho de fuga* de los factores «objetivos»” que actúan en el origen de las migraciones, como “los desequilibrios evidentes en la distribución de la riqueza entre los muchos nortes y los muchos sures del mundo” (Mezzadra, 2005: 111). Estas tensiones a la hora de legitimar la decisión de emigrar que aparecen en el relato de quienes partieron antes

¹¹² Perelman y Boy (2010) definen a los cartoneros como aquellas personas que se dedican a la recolección informal de residuos en la vía pública como estrategia de supervivencia. También denominados “cirujas”, dieron un nuevo uso al espacio de las zonas centrales de la ciudad y generaron nuevas “modalidades de encuentro” entre los diversos estratos sociales, “entre los sectores que pertenecen al orden económico formal y los marginados del sistema productivo, dando lugar a relaciones de contacto, reciprocidades y nuevos conflictos urbanos” (Perelman y Boy, 2010: 394). Como indican los autores, si bien el “cirujeo” es una actividad “de larga data” y figura en las memorias municipales de la ciudad de Buenos Aires desde 1860, fue una actividad invisibilizada en tanto se llevaba a cabo en vaciaderos a cielo abierto situados en los márgenes de la ciudad o en la vía pública, pero en zonas alejadas de los barrios residenciales de la clase media de la ciudad de Buenos Aires. A partir de los años noventa, con el crecimiento del desempleo y la pobreza, el número de personas que se dedicarán a esta actividad aumentará exponencialmente. A partir de ese momento se distinguirá entre los cirujas estructurales, que forman parte de la pobreza estructural de la Argentina, y los nuevos cirujas, que forman parte de una clase media ahora empobrecida. La recolección informal de residuos se trasladó a las zonas de actividad comercial y a los barrios más ricos de la ciudad, que es donde se desecha mayor cantidad de residuos reciclables, y dejó de ser una actividad “periférica”. Para este tema véase también Dimarco (2007).

de la crisis de 2001 no se manifiestan de la misma forma en los casos de emigración posterior. Por el contrario, para quienes experimentaron las adversidades de los tiempos críticos, los retornos ocasionales tenían casi el efecto opuesto, en tanto les brindaban la oportunidad de la “revancha”, de volver y explicitar el rechazo a un lugar que sentían los había rechazado previamente, a través de la expulsión del mercado de trabajo específicamente:

¿En qué años viajaste de vuelta para acá?

Viajé en el 2003 y en el 2007, que vine por trabajo, mezclando un poco la excusa del tema del trabajo. Viajé después en el 2009. No, veía al país cada vez mejor. Cuando vinimos a los dos años, en ese momento me acuerdo que ahí vine, sí, como comprador compulsivo. Venía con euros y en la empresa me habían dado una tarjeta de crédito con tres mil euros que me los tenía que gastar, porque me lo habían dado con una tarjeta de crédito y me resultaba baratísimo. Invitaba a todo el mundo a todos lados, un poco el nuevo rico español que vuelve con la plata, como habrán sido muchos tanos que venían acá, que hicieron plata y que después cuando iban a Italia, la familia... Me sentí un poco así, me sentí un poco así, porque invitaba a todo el mundo, me resultaba barato. Y de alguna forma era una revancha de lo mal que lo había pasado el tiempo antes de irme, ¿no? Ojo, y te vuelvo a repetir, siempre por eso, mal, esa angustia la viví yo solamente, porque por suerte mis hijos nunca lo sufrieron, la familia, nunca les faltó nada. Ni tampoco éramos una familia de grandes gastos, una cosa exuberante, como para notar una caída del nivel de vida, ellos no lo notaron (Juan Manuel, 57 años, E52).

Después tuve que viajar de nuevo para acá, porque tenía que venir a buscar un papel para el contrato... para el permiso de trabajo.

¿Cuándo viniste?

Me vine por ahí en el 2004, más o menos.

Y ¿qué tal? ¿Cómo fue ese viaje? ¿Cómo lo viste todo acá?

Y qué sé yo... Lo vi mejor, y yo me sentía Onassis. Yo venía, compraba ropa, compraba regalos, salía todos los días a comer afuera, estuve diez días, qué sé yo, quince días. Me fui a Mendoza, me fui a Córdoba, me fui a varios lados. Este... pero nada, era otra diferencia, ¿viste? Ya no... me parecía, en ese tiempo yo no pensaba volver más, decía ¡qué me voy a quedar acá! (Horacio, 56 años, E34).

Los relatos de Juan Manuel y Horacio sobre sus retornos ocasionales a Argentina dejan ver aquellos comportamientos que tienen el objetivo de “recordar a todo el mundo su estatuto de emigrado” (Sayad, 2010: 83) y que les permiten, al volver al grupo, distanciarse de él y su condición social. Una distancia que se manifiesta en “su uso del tiempo, sus horarios, sus actividades, sus desplazamientos, su ocio, sus gastos, su alimentación (el número, las horas y los menús de su comida), su traje” (Sayad, 2010: 83). Este tipo de experiencias plantean la importancia de los posibles sentidos atribuidos a las pautas de consumo de los migrantes en los retornos a sus países de origen. Esta ha

sido una cuestión típicamente abordada en los estudios sobre migraciones de retorno donde, en ocasiones, se ha cuestionado el “consumo conspicuo” en lugar de la inversión de los ahorros en actividades productivas, como bien ha señalado King (1986: 27). Sin embargo, al analizar los sentidos locales de tales conductas es posible comprender cómo están atravesados por lógicas particulares de clase/género. Como plantea Bourdieu (2002: 494), “una clase se define por su *ser percibido* tanto como por su *ser*; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción”. Por tanto, “la *representación* que los individuos y los grupos ponen *inevitablemente* de manifiesto mediante sus prácticas y sus propiedades forma parte integrante de su realidad social”, razón por la cual “los bienes se convierten en signos distintivos [...] desde el momento que son percibidos relacionamente” (Bourdieu, 2002: 494).

De acuerdo con Vermot (2015), en su análisis de las narrativas de argentinos/as de clases medias emigrados a partir de la crisis de 2001 en Miami y Barcelona, los hombres que habían atravesado períodos de desempleo manifestaban la vergüenza como emoción relacionada con la imposibilidad de continuar desempeñando el rol tradicional de proveedores en el entorno familiar, de modo que la emigración se presentaba como la oportunidad para recuperar aquel terreno perdido. En este sentido, las prácticas de consumo llevadas a cabo en los retornos ocasionales también pueden entenderse como otras vías de recuperación de aquel terreno perdido, como prácticas “enclasadadas y enclasantes”, pero ahora en el contexto del país de origen. Es posible expresar provisionalmente la pertenencia a una clase media a través de prácticas de consumo “liberadas de la urgencia” (tales como vestimentas, regalos, viajes, comidas “afuera” e “invitar a todo el mundo”), distintas de los consumos de “primera necesidad” propios de los sectores populares (Bourdieu, 2002: 245). A su vez, estas prácticas atravesadas por el género permiten simular coherencia y continuidad espacio-temporal al desempeño de ciertos modelos hegemónicos de masculinidad a los que, como plantea Vermot (2015: 142), los hombres se adhieren a través de la migración.

Llama la atención que al rastrear las tramas del retorno en la inmigración en las trayectorias de estos hombres y mujeres adultos no hay pistas que conduzcan a un deseo claro y manifiesto de volver a residir en Argentina. Los retornos ocasionales, por el contrario, sirven para reafirmar el proyecto migratorio y sostenerlo de cara al futuro. En una escena simple que describe Sofía es posible vislumbrar cómo las visitas al país de origen y las emociones que suscitan pueden contribuir a la hora de elaborar la decisión de permanecer en el lugar de destino y hacer de ese “*ir quedándose*” en la inmigración un lugar habitable y al que pertenecer:

¿Cuántos viajes habrás hecho?

Estuve un viaje de un fin de semana porque mi padre estaba mal. Y habré hecho, no sé, cinco o seis viajes, o menos. [...] Pero... un día, eso sí lo recuerdo, yo pasé un momento en donde puteaba acá y puteaba allá, estaba enojadísima con España y enojadísima con Buenos Aires, y un viaje que hice, vine acá dos o tres semanas. Mucha actividad, no me alcanzaba, mucha gente, todos trabajaban pero yo no, yo estaba disponible para todos. No paraba, yo traía regalos para todos, tonterías, detalles. Bueno, pero ya la segunda

semana me quería volver a mi casa, no aguantaba más, extrañaba el olor de mi cama, mi almohada, de todo, bueno... Pero estaba como enojada, no sé, estaba enojada por las dificultades que tenía de papeles allá o por las limitaciones, me parece que todavía yo no era española, yo estaba en inicio del trámite de la nacionalidad. Y un día llego [a Canarias] y al otro día, que hacía un calor bárbaro allá, voy caminando y viene una señora con un mapa, me encara así de frente, y me dice... (ese viaje yo había extrañado mucho mi casa, estaba a lo mejor más enojada con Buenos Aires que con España, estaba ahí, en esa transición), y se me acerca y me dice: “¿usted es de aquí?”. Y yo, con total naturalidad, le digo: “sí”. “¿Sí? ¿Usted sabe dónde queda la calle Castillo?”. “Sí, mire, camina una calle, la próxima es Castillo”. Cuando nos dimos la espalda y cada una siguió en dirección opuesta, en mi cabeza apareció ¿usted es de aquí? Y yo dije ¡sí! ¿No? Dije sí, sin pensarlo. Dije sí, así... Y ahí fueron como cayendo las fichas, todas, de dominó, y se me acomodó todo y me hice del lugar, y a partir de ahí mi vida, con esa escena estúpida, ¡tuc! Se me acomodó la cabeza. Fue así, las fichas caían y todo se acomodaba (Sofía, 57 años, E53).

Hay ciertos momentos, como el que relata Sofía, que funcionan como “puntos de inflexión” que suponen un giro o marcan la dirección de las trayectorias. Podemos preguntarnos entonces a partir de qué giros el retorno a Argentina, con intención de permanecer allí, se torna posible. Abordaremos esta cuestión a continuación, al analizar los distintos tipos de desenlaces, pero antes cabe destacar los sentidos particulares que adquieren las movilidades de retorno cuando transcurren en una etapa avanzada del ciclo de vida; sentidos que ponen menos el énfasis en los elementos proyectivos y más en los retrospectivos de sus trayectorias.

Algo que resulta llamativo en el análisis es que los retornos ocasionales, con sus intermitencias y simulaciones, no funcionan tanto como formas de interpelar y ensayar futuros retornos en los que se proyectan ciertas expectativas, ya que, como se ha dicho, no es habitual en este tipo de relatos vislumbrar un anhelo previo de volver, deseo que sí aparece de forma más clara en las otras etapas analizadas. Sin embargo, el análisis de las tramas del retorno en estos casos resulta fructífero para rastrear cómo a través de las experiencias de retorno en la inmigración se van trazando ciertas “geografías emocionales” que toman cuerpo en la articulación de memorias socio-espaciales y su reelaboración en el marco de estas experiencias espacio-emocionales. De acuerdo con Jones (2007), cuando tratamos de comprender cómo los sujetos atribuyen sentido a sus prácticas y al mundo, y en este caso concreto, a las movilidades y los procesos de retorno, debemos ocuparnos de las espacialidades emocionales del devenir, de las transacciones que en el despliegue de la vida-en-el-ahora se dan entre cuerpos, espacios y sentimientos. “Las asociaciones emocionales de los recuerdos son una dimensión clave a considerar dentro de estos procesos y por tanto dentro de las geografías emocionales” (Jones, 2007: 206). En este sentido, hemos visto cómo los sentimientos de angustia, culpa, enojo, revancha o alivio que atraviesan las tramas del retorno aquí analizadas no sólo acompañan los recuerdos de experiencias espacio-emocionales pasadas, sino también los tránsitos por los lugares del presente, y orientan la dirección de las trayectorias migratorias de cara al futuro.

Desenlaces: otra vuelta de tuerca

Si en el capítulo anterior planteamos que para quienes partían en una etapa avanzada del curso de vida el retorno en la emigración era impensable, y en este capítulo hemos visto que en este tipo de trayectorias no se ha identificado en la inmigración un deseo manifiesto por volver, cabe entonces preguntarnos cómo basculan en este caso los sentidos del retorno de lo impensable a lo pensable. Los caminos que llevaron al retorno de estos hombres y mujeres son diversos y, a menudo, trazaron sus trayectorias migratorias dando lugar a desenlaces inesperados. En este sentido, podría hablarse de *retornos sobrevenidos*, no sólo porque acontecen después de determinados eventos que suponen un giro importante para las trayectorias, sino también por tener cierto carácter imprevisto y, por tanto, improvisado. Volver a residir en Argentina no aparecía en los relatos como parte de los planes de estos/as entrevistados/as, aunque la clausura de esta opción nunca es total. Tras permanecer aproximadamente una década en España, dependiendo de la edad en el momento de la salida, estos/as adultos/as estaban atravesando un momento clave de sus vidas. Por un lado, la transición de la actividad al retiro del mercado laboral. Un momento en el que, además, irrumpen los efectos de la crisis económica en España. Por otro lado, en aquel transcurso de tiempo también se transformaron las composiciones familiares. La mayoría de sus hijos/as se emanciparon del hogar y en algunos casos volvieron a Argentina (como sucedió con los hijos de Eva y Miguel, los hijos mayores de Juan Manuel y de Sofía o la hija de Irma). Asimismo, en varios casos aquellas mujeres y hombres que habían viajado ya divorciados/os o que se separaron en la inmigración, formaron nuevas parejas. Todas estas cuestiones fueron determinantes a la hora de que el retorno apareciera (o no) en el desenlace. No en todos los casos analizados se produjo el retorno, entendido como la vuelta a establecerse de forma más o menos permanente en Argentina, y cuando se produjo, no fue siempre en el mismo momento de las trayectorias migratorias.

En este sentido, podemos distinguir retornos tempranos, como el de Horacio. Su caso es exponente de trayectorias migratorias frágiles, en tanto articulan posiciones difíciles de sostener en el tiempo. Horacio partió en una situación de escasez de diversos tipos de capital (cultural, económico y social), algo que lo condujo a situaciones de extrema vulnerabilidad desde los inicios de su trayectoria. Consiguió dinero prestado para el viaje y al llegar al pueblo de su abuelo se aferró a una promesa de trabajo por parte del ayuntamiento, el alcalde le había dado “media palabra”. Hasta conseguir algo de dinero se hospedó en una pensión “de fiado” y también consiguió que en un bar del pueblo le dieran una comida al día que ya pagaría cuando tuviera un sueldo. Una vez superados estos obstáculos, logró estabilizar su situación laboral durante algunos años, lo que le permitió disfrutar de cierto confort que no tenía en Argentina:

Che, me quedé pensando que en un momento me dijiste que cuando viniste acá en un viaje, que vos no pensabas volver. ¿Por qué?

Sí, no pensaba volver. Y porque estaba bien, estaba bien económicamente, qué sé yo, me parecía... y también me pareció obsceno, en algún momento. Ir a grandes restaurantes, invitar a comer a un amigo, con Gustavo salía a comer todos los días afuera; mañana,

tarde y noche. Y esto y lo otro. Entonces me parecía que la única manera de lograr eso era estando allá. Y después porque no encontraba motivos para volver acá, nada más que mi hijo, ¿viste? O sea, que tampoco tenía muchas motivaciones. Sí, estaba mi vieja, pero no era una cosa que me atrajera para venir a estar acá. Ella también viajó a España. Sí, y bien. Me fue a romper las bolas [risas]. [...] Pero, qué sé yo..., no sé, en un momento pensaba... Mirá, justamente me lo preguntaba antes de..., cuando yo volví, me lo preguntó un tachero [taxista], argentino... yo en ese tiempo me manejaba mucho en taxi [...].

Esto que me estás contando, ¿dónde es?

En Valencia. Entonces me pregunta el tipo, era un argentino... y bueno, nos pusimos a hablar y me dice: “¿y pensás volver?”. “No, ni en pedo”, le digo. Y mirá vos qué cosas, ¿no?, lo que uno puede decir y lo que puede hacer. Por eso lo digo, es... no hay nada escrito con las voluntades, con las cosas que uno... no hay certezas, para nada. [...] Yo me he dado cuenta con lo mío, con mi vida misma, ¿no? Yo por ahí hay veces que he dicho, bueno, voy a hacer esto, voy a hacer lo otro, y después voy cambiando en el camino, según cómo te van llevando las cosas. O sea, nadie va a piñón fijo, a no ser que tengas muy claras todas las estructuras (Horacio, 56 años, E34).

La estructura transnacional de la familia, en lo que respecta a la relación con su hijo que permaneció en Argentina, era lo único que podía motivarlo para volver, aunque al mismo tiempo la inmigración le proporcionaba los recursos económicos que le permitían compartir cosas con su hijo que no podría proveer si volvía a Argentina. Gustavo pudo viajar varias veces a España para visitar a su padre, y esta es una experiencia que Horacio valora positivamente. Sin embargo, “no hay nada escrito con las voluntades”. Horacio perdió el empleo como monitor del piso tutelado y volvió a vivir al pueblo; a esto se sumó un problema de salud que redujo su movilidad y, si bien algunos amigos lo visitaban, no sentía que tuviera una red fuerte que pudiera cuidarlo en una situación como esa. El panorama se complicaba para Horacio, y con el mismo ímpetu que tomó la decisión de partir, decidió volver:

Un día, por ahí por marzo-abril [del 2006], me levanté con el culo afuera. Me fui al bar, me tomé una cerveza, siempre chichoneaba¹¹³ [bromeaba] con el dueño del bar, y le digo: “no me hinchés más las bolas que me voy a la mierda”. Y me dice: “vete a tomar por culo”. Y a la tarde volví, llamé por teléfono a todos y les digo: “bueno, vénganse a tomar unas cosas que me voy”. Al mediodía ya había arreglado con un amigo que me llevara hasta Valencia, saqué el pasaje y esa misma tarde me fui.

O sea, ¿fue en un día?

De un día, me fui.

Esto no lo había escuchado nunca.

¹¹³ Este término procede del lunfardo, una jerga que nace entre las clases populares de Buenos Aires a finales del siglo XIX y que se inserta posteriormente en el habla de Argentina y Uruguay.

Sí, sí, de una. Fue en un plisplás. Me quedé en Valencia una noche, porque había conseguido pasaje para el otro día. Y nada, y me las tomé. Dejé las cosas para que me las vendieran. [...] Nada, chau, me las tomé. Esa fue mi historia en España...

Pero, ¿en qué momento decidís volver? ¿Por qué ese día decís “ya está”?

No, porque ya estaba medio *vaciongo* allá, yo. No tenía fuerzas como para decir salgo a pelearla de vuelta, al ruedo. En los pueblos no iba a conseguir trabajo. Irme a Valencia significaba entrar en un piso de alquiler que eran cuatrocientos-quinientos euros por mes y por ahí pegar algún laburo que fuera interesante, ¿viste? Que tampoco, yo no tenía un oficio, no tenía un oficio de capital. O entraba en un restorán o entraba en un restorán, no tenía trabajo de otra cosa. Y de comercial no iba a entrar. Entonces se me complicaba, y me la pensaba, para acá, para allá, pero no la encontraba. Y bueno, cuando vi que ya podía caminar más o menos bien, me hice un planteo y después fui buscando, con los días... y no la encontraba, no la encontraba. [...] Y pasaron los meses, bueno, pasaron las fiestas del pueblo, febrero, marzo, y ahí decidí, a fines de marzo, me planteé una tarde ¿qué voy a estar haciendo yo acá? Se me acababa el paro también, me quedaban dos o tres meses de paro nada más. Y digo cuando se termine el paro me voy a empezar a gastar la poca guita que tengo ahorrada. Y bueno, nada.

¿Habías ahorrado algo para volver?

Sí, un poco de plata, pero no mucho. No era tampoco una cifra como para venir y poner un negocio, ni nada por el estilo, era como para subsistir algunos meses. Entonces, se me ocurre una tarde así, de una mañana para la otra, al otro día estaba acá, y se terminó el episodio (Horacio, 56 años, E34).

Horacio decidió volver a los cuatro años de haber llegado a España. Su retorno es el desenlace de una trayectoria marcada por distintos aspectos: la inestabilidad y precariedad de una inserción laboral atravesada, primero, por la situación administrativa irregular y, segundo, por la ausencia de credenciales educativas para hacer valer en el mercado de trabajo, algo que reduce sus expectativas de conseguir un empleo “que fuera interesante”. Esto se combina con las características del lugar de destino, un municipio de menos de mil habitantes donde la oferta de empleo no es precisamente abundante. Por último, la ausencia de una red de contención y cuidados ante una situación de vulnerabilidad, sumada a la distancia de los vínculos afectivos y familiares de Argentina, especialmente de su hijo, fueron otros aspectos determinantes. Es a partir de esta combinación de factores y acontecimientos que se articulan trayectorias vulnerables que desembocan en este tipo de retornos tempranos y que se diferencian de otros procesos más tardíos, en los cuales los efectos de la crisis económica en España se ponen de manifiesto de forma clara.

Uno de los giros clave en los relatos que nos ayudan a comprender estos procesos de retorno son las experiencias de desempleo al final de las trayectorias en España y las implicaciones que tienen de cara a futuros escenarios en esta etapa concreta del ciclo de vida. El desempleo no activa la posibilidad del retorno de forma inminente, pero sí lo resignifica como estrategia en el campo de lo “pensable”. Silvia describe cómo en todos los viajes a Argentina previos a 2012 nunca había pensado en “tener que *salir* de España, *dejar* España”; aunque desde el año 2011 estaba en paro, “no era mi momento”

(E51). Siempre volvía a Buenos Aires “de vacaciones” y hacía algunos años que sus familiares y amigos/as le sugerían que quizá ya era hora de volver. “¿No ves que allá va a pasar más o menos lo mismo?” (que en Argentina), le decían en relación con la crisis económica. Silvia no lo sintió de aquella forma hasta la visita realizada en el año 2012, que sirvió como disparador de la idea del retorno. Silvia identifica ese viaje como momento clave en su trayectoria. “Lo empecé como a realizar, a realizar en la cabeza”, a valorar los pros y contras de su situación y de volver a Argentina, fundamentalmente los “pros”, entre los que contaba tener una propiedad en el lugar de origen, una red de afectos y contactos que podía facilitarle la búsqueda de empleo y la ausencia de cargas familiares, lo que facilitaba su movilidad. Ese viaje se transformó en un *retorno de tanteo* y es a partir de la articulación de su posición entre el contexto de “origen” y el de “destino” (que ahora invierten los términos), que Silvia barajó la posibilidad de “volver a dar una *vuelta de tuerca* al proyecto” después de vivir trece años en España:

Contame, ¿cómo empezás a plantearte estar otra vez acá?

Bueno, te dije que entré en el paro allá, entonces a partir de eso y ante la imposibilidad, que ya, como podrás ver, soy una persona mayor, ahora tengo sesenta y un años. Ya era como muy difícil poder volver a entrar en el mercado laboral, y sobre todo en el área social, como la que yo trabajaba, que ya era un área totalmente recortada, no solamente para mí, sino para un montón de compañeros y compañeras que quedaron fuera. Había gente que tenía dieciocho años de antigüedad y quedaron fuera, sin aportes, con toda la complicación que significa. Bueno, a partir de ahí y ante la imposibilidad, dije bueno, a lo mejor este es el momento de emprender otro viajecito, y... ir viendo. Y sobre todo porque la gente de mi familia, las amistades que yo tengo aquí, y cuando hablo de amistades, hablo de amistades muy cercanas, que, bueno, que estaban bien y muy animados con el proceso político, con la situación de la gente, con el crecimiento económico que habían vivido. Yo tenía esto de decir bueno, yo ya soy una mina grande, una persona grande, y... me dijeron no, no, porque hay facilidades, también para la gente grande, hay unos planes de trabajo y demás... Y, bueno, estaba así también... nuevamente se ve que yo actúo un poco también con un enojo de pensamientos, se ve que eso me moviliza. Y, claro, ya empezaba a visualizar un poco el declive que se estaba produciendo en España.

¿En base a qué?

En base a la gente que entraba en el paro, en base a los gobiernos que ganaban las elecciones, la tendencia política que estaban tomando todas las cosas, en base al lenguaje que había que cambiar, porque lo que no se dice con palabras no existe, entonces para determinados programas que estábamos llevando adelante había que modificar, plantearlos de otra manera, porque si no, no se iban a dar subsidios (Silvia, 61 años, E51).

El relato de Silvia pone en juego el entrecruzamiento de las trayectorias migratorias en relación con una multiplicidad de tramas micro-macro que atraviesan las experiencias en la inmigración. Desde las laborales, que marcan cambios de posición en el mercado de trabajo (del empleo al desempleo) en importantes momentos de transición (los últimos años de actividad previos a la jubilación), hasta las familiares-afectivas de aquí y de allá que atraviesan y alimentan los procesos de toma de decisiones, algo que ya hemos visto en las trayectorias que se despliegan en otras etapas del ciclo de vida. Igual de

importantes son los sentidos atribuidos a los contextos económicos, políticos y sociales de los países de origen y destino, relevantes no sólo para las proyecciones futuras relativas a las condiciones materiales de reproducción de la vida, sino también para la dimensión emocional de tales sentidos, en los que, como hemos visto, se ensamblan los espacios con las memorias del pasado y las posiciones del presente. Por ello, la referencia de Silvia al contexto de la crisis en España no sólo pone sobre la mesa las implicaciones de la experiencia del desempleo a una edad avanzada, los inconvenientes para reinsertarse en el mercado de trabajo y las dificultades para completar los años de aportes a la Seguridad Social que le permitan obtener el día de mañana una jubilación, sino también aquello que emocionalmente le suscita el contexto, esos “pensamientos de enojo” que la “movilizan”, su descontento con el rumbo político que tomó España a la hora de gestionar la crisis económica, marcado por las políticas de austeridad (los recortes) implementadas por el gobierno de aquellos años y que traen a la memoria de Silvia episodios similares, vividos en Argentina en la década de los noventa.

La relación entre desempleo y retorno aparece en estos relatos de forma clara, pero el efecto del primero sobre el segundo no tiene por qué darse de forma inmediata ni unívoca. Por el contrario, se ha detectado la activación de diversas estrategias previas a la toma de la decisión de volver, estrategias dirigidas a resistir, a sostener la inmigración, que también son parte del proceso de retorno; un retorno que aparece como desplazamiento físico cuando ya se han agotado otras alternativas. En el caso de los proyectos familiares, ante la situación de desempleo de quien hasta entonces proveía los recursos económicos, el grupo puede adaptarse a la situación, desempeñando algunos de sus miembros nuevos roles. La trayectoria de Juan Manuel deja entrever este proceso previo a su retorno en 2012, así como también las controversias y tensiones que atravesaron su experiencia en la inmigración durante los últimos años en España. En 2010 cerró la empresa para la que trabajaba. Cobró una indemnización que “se la comieron” para mantener “el mismo nivel de vida”. Durante seis años la situación administrativa de Juan Manuel fue irregular, hasta que en 2008 se casó con su pareja, que tenía nacionalidad francesa, consiguió el permiso de residencia y esto le permitió formalizar la relación laboral en la empresa familiar y cobrar la prestación por desempleo cuando se quedó sin trabajo dos años más tarde:

Cuando la empresa quiebra, porque está dedicada a la construcción, tengo derecho al paro, que viví casi dos años horribles, de nuevo, porque estaba como ama de casa. Mi mujer consiguió un trabajo, así que yo me dedicaba a la casa. A los chicos no tanto, porque los chicos ya iban al colegio y eran adolescentes, se manejaban bastante solos. Pero hacía las compras, cocinaba, hasta que un día me encontré en la fila de un supermercado y de repente me puse a criticar con la cajera a una vecina y dije ¡uy!, ¡qué chusmerío!, ¡dónde me estoy metiendo! Tengo que resolver esto, ¡urgente!, ¡urgente! Y de alguna forma se me empezó a terminar el paro, la crisis en España se ahondaba más y planteé ahí en la familia. Mi hijo el mayor ya estaba viviendo hacía unos años acá, y cuando le planteé a mi mujer “mirá, vamos a tener que pegar la vuelta”, y mi mujer encantada, porque siempre había extrañado, seguía su familia acá, y de nuevo repetimos el ciclo (Juan Manuel, 57 años, E52).

Su mujer estaba dedicada al trabajo de cuidados del grupo familiar desde que tuvieron hijos. El mayor, que emigró a los doce años, cuando cumplió dieciocho decidió volver a Argentina. El segundo estudiaba en Madrid y los dos menores, todavía en edad escolar, vivían con ellos. A pesar de la dificultad de encontrar un empleo en el contexto de la crisis económica, su pareja consiguió un puesto de administrativa. Aquel cambio de roles suscitó tensiones entre ambos y el posterior reacomodo nos sugiere una cuestión analizada por Bastia (2014: 16) que señala, por un lado, la naturaleza temporal que en ocasiones tienen los cambios de roles de género en las experiencias migratorias y, por otro, la importancia de distinguir este tipo de cambios de *roles* de género, del cambio en las *relaciones* de género o en las ideologías de género, estos últimos, de carácter más profundo y estructural. Para Juan Manuel no era fácil verse nuevamente sin capacidad de procurar el sustento económico al grupo familiar, algo que siempre entendió como un deber propio de su rol, así como también le incomodaba asumir nuevas tareas de las que siempre se había ocupado su pareja:

Ya te digo, fueron dos años horribles, de amo de casa, de la compra, del supermercado, lo típico. Me hice aficionado al póker. Jugaba al póker y no tenía otra expectativa, ni tenía otra posibilidad de hacer nada, porque no tenía plata para viajar, me quedé encerrado. Bajaba del departamento, la típica española, a tomarme la cerveza con cuatro o cinco, se fumaban el puro... Algunos tenían trabajo, pero es la típica vida de café, de bar, de los españoles. Terminaba las tareas del hogar que tenía y mi mujer... Esa sí fue una etapa horrible en la relación con mi mujer, porque ahí se quebró la relación de pareja. Espantoso, horrible, fueron dos años de compartir la cama, pero con un muro de Berlín en el medio. Lo sufrimos los dos y todo eso nos distanció un montón (Juan Manuel, 57 años, E52).

Como sugieren Cortés y Oso (2017: 370), en contextos de crisis, más allá de analizar los efectos del desempleo, también es necesario prestar atención a “cómo el sistema de género organiza la movilidad geográfica de los diferentes miembros de los hogares”. Analizando el caso ecuatoriano, estas autoras identifican cómo las estrategias de retorno de ciertos hombres se articulan en medio de una crisis de masculinidades hegemónicas donde el desempleo plantea no sólo la pérdida de roles tradicionales, sino también las resistencias a la hora de asumir tareas de cuidados (Cortés y Oso, 2017). En el caso de nuestro entrevistado, la situación se tornó insostenible desde el punto de vista afectivo y económico, simbólico y material. Por un lado, la pareja no encontraba la forma de gestionar y resolver sus conflictos; por otro, ante la merma de los ahorros y la imposibilidad de ambos de conseguir nuevos empleos (su pareja también se quedó desempleada), decidieron, después de vivir diez años en España, que era la hora de volver. Lo hizo él primero, como a la ida; seis meses más tarde llegaron su mujer y sus hijos. Le pidió prestado dinero a un amigo para comprar los pasajes. Volvió “sin nada, sin un mango”. Lo poco que tenía ahorrado se lo dejó a su mujer “porque tenía que seguir subsistiendo”. Para el momento de la partida su pareja cobraba el subsidio por desempleo, de 426 euros mensuales. Su hijo, que vivía en Madrid, tuvo que abandonar los estudios universitarios, reemigró a Inglaterra donde pasó una temporada trabajando en hostelería y posteriormente volvió a Argentina con el resto de la familia. Cuando le

pregunto a Juan Manuel por los cambios en su proyecto migratorio reconoce que este fue variando “con las crisis”:

O sea, la crisis nos llevó para allá y la crisis en España... Yo creo que si no hubiera habido la crisis que hubo, yo creo que hoy estaríamos viviendo allá. Y, realmente, me sentía encantado. Yo, de alguna forma... uno internamente se convence a veces de las cosas para no sufrir. Yo estoy seguro de eso. Yo siempre, mientras vivía allá, de alguna forma, despreciaba lo que era... Leía las noticias, los crímenes, las cosas que están pasando y, de alguna forma, para conformarme con lo que estaba viviendo, aunque estuviera lejos, decía qué suerte que no estoy viviendo allá, mirá la cantidad de crímenes que hay, mirá la corrupción que es el gobierno, mirá las huelgas, mirá... esto acá no pasa, estamos viviendo en el primer mundo. ¿Está? Yo me autoconvencía y yo me doy cuenta de que era una forma digamos de... Y era lo que les transmitía a mi familia, a mis hijos, todo, y era para decir ¡qué bien que estamos! Pero mi mujer el sapo no se lo tragaba y ella siempre tuvo el bicho de volver. Cuando viene la crisis allá y me tengo que pegar la vuelta, vuelvo de nuevo a decir ¡qué suerte que volví a la Argentina! Me tengo que bancar algunas cosas como... de repente a mí no se me ocurre ir a un cajero a sacar plata después de las siete de la tarde. Ya me afanaron una tablet apuntándome con un revolver, cosas que allá eran impensables (Juan Manuel, 57 años, E52).

El relato de Juan Manuel es un buen ejemplo de lo que Festinger y Aronson (1984: 282) definen como “disonancias”, consecuencia de tomar decisiones tras las cuales “la persona tratará de convencerse a sí misma que la alternativa escogida es incluso más atractiva (en relación a la no elegida) de lo que anteriormente supusiera”. La forma en la que se manifiestan las disonancias del quedarse o volver tiene que ver con esta elaboración de los apegos y desapegos, de lo que nos mantiene en un sitio o nos separa de él. La disonancia como fricción necesaria para el movimiento es un aspecto relevante de los procesos migratorios en todas sus fases, también en las de retorno, porque ninguna de las alternativas será por entero positiva o negativa, sino que estarán sujetas a la variabilidad y transformación de los contextos, los afectos y sus efectos. Si Horacio, Silvia o Juan Manuel no se hubieran quedado sin trabajo, si Miguel o Sofía no hubiesen conocido nuevas parejas argentinas, en Madrid o en Buenos Aires, si el hijo de Horacio hubiese emigrado a España, o si los hijos de Miguel, Juan Manuel o Sofía no hubiesen regresado a Buenos Aires, quizá ninguno de ellos hubiese vuelto a Argentina. Y lo contrario para Eva e Irma, si no hubiesen formado parejas con hombres españoles, quizá no hubiesen decidido quedarse en España. Son decisiones que clausuran sólo provisionalmente el resto de alternativas y ello no cierra la posibilidad a otras prácticas de retorno que seguirán sosteniéndose en la inmigración, porque las movilidades no desaparecen por completo. Al rastrear estas prácticas en la trayectoria de Eva es posible entrever estas otras formas de pensar, imaginar, desear y vivir el retorno:

¿Vos habías pensado en algún momento volver? O nunca te lo planteaste...

Yo me compré un departamento. Cuando... proyectando en algún momento volver. Bueno, yo siempre he pensado dónde me voy a morir. No dónde voy a vivir, más bien dónde me voy a morir. Yo he pensado que me voy a morir en Argentina, que si algún día me quedo sola, a lo mejor nunca sucede eso, dentro de un rato me agarra un coche por ahí y listo, ¡se terminó! Pero... si todo es como las estadísticas apuntan, voy a vivir más

que mi marido, que es nueve años mayor que yo. Viviré más que él y ¿dónde voy a estar cuando esté mal, cuando me sienta deteriorada? Seguramente me iré a mi departamentito en Buenos Aires, que un poco me lo compré para eso. Y alguna vez he pensado bueno, ahora tengo dónde caerme muerta. ¿Viste, el dicho? No tengo ni dónde caerme muerta... Bueno, ahora tengo dónde caerme muerta (Eva, 68 años, E50).

El retorno funciona como mapa de ruta, para la vida y para la muerte; y los retornos imaginados, proyectados, futuros, no están desconectados de otras prácticas de retorno. Eva también se quedó sin trabajo, con la indemnización y un crédito compró un piso en Buenos Aires pensando en su futuro. Tramitó la jubilación y todos los años viaja a Argentina con su pareja, que también está jubilado:

Me gusta ir, porque me gusta volver. Las dos cosas. Vuelvo bien [a Madrid], me gusta llegar, cuando llego aquí llego a casa. Madrid un poco, tiene que ver también supongo con mi casa, con mi pareja, con mi proyecto actual de vida. No sé... tengo amigas, tengo un grupo de gente, he hecho aquí un núcleo, un tejido que me sostiene, que me contiene (Eva, 68 años, E50).

Eva disfruta de sus idas y vueltas, y en relación con esas movilidades y permanencias también se elaboran los sentidos y sentimientos de pertenencia. Volver a Argentina todos los años y pasar allí unos meses es también parte de su experiencia en la inmigración, y viceversa. En este tipo de prácticas, que sin duda no están al alcance de todas las personas migrantes, se (re)articulan y (re)producen sentidos del retorno reversibles (o múltiples), en las cuales el ir y el volver se convierten en expresiones válidas para nombrar los traslados en ambas direcciones.

Para estos adultos-mayores, los procesos migratorios en sus distintas fases, ya sea en la emigración, la inmigración o el retorno, están fuertemente relacionados con una serie de hechos que se consideran probados o por probar. En este sentido, su experiencia de la provisionalidad está íntimamente conectada con las distintas “cargas de la prueba”¹¹⁴ que deben sostener aquí y allí, ya sea tanto para partir, como para permanecer y para volver. Dudan, por supuesto, pero mucho menos que quienes se encuentran en etapas iniciales de la vida, porque gran parte de sus trayectorias vitales (laborales, educativas, familiares) transcurrieron en el país de origen y fue la combinación de esos itinerarios y los resultados arrojados lo que los llevó precisamente a tomar la decisión de partir. Imaginan, también, pero no como lo hacen los que se encuentran en la etapa media de

¹¹⁴La expresión proviene del derecho procesal, y si bien la connotación que aquí se le da se aleja de su estricta definición en el ámbito jurídico, mantiene cierta relación con ella. “Carga de la prueba: En los juicios contradictorios, la obligación de probar lo alegado, que corresponde a la parte que afirma, en virtud del principio latino: *Actori incumbit onus probandi* (al actor le incumbe la carga de la prueba). Constituye la clave de la premisa mayor del silogismo judicial que configura el esquema de la decisión de un litigio, porque ha de contarse con hechos a favor para que resulte factible que prospere, por aplicación a ellos de la tesis jurídica de una parte, en el sentido afirmativo o negativo, según su posición procesal, la pretensión planteada” (Ossorio y Florit, 2007: 1004).

la vida, porque estos adultos mayores disponen de un “crédito temporal” menor y a sus amplias trayectorias en el país de origen se suman sus experiencias en la inmigración, en las que esperan completar la última fase de sus trayectorias laborales y conseguir, con suerte, una jubilación, aquí o allí.

Partieron de Argentina *con la carga de la prueba*, con el hecho probado de que en el país de origen, a pesar de haberlo intentado en reiteradas ocasiones, no lograron la estabilidad y la seguridad deseada, ni podían proporcionarles a sus hijos mejores oportunidades de las que ellos mismos habían tenido. Llegaron a España *con la prueba como carga*, porque la inmigración será un desafío por superar, asumir el riesgo otra vez de salir adelante, pero en un lugar desconocido y, en ocasiones, habiendo “quemado las naves”; en esas circunstancias, sólo podían permitirse que todo saliera bien. Quizá por todo ello es más complejo encontrar en sus discursos sobre el retorno ese entusiasmo e ilusión que caracteriza a los/las más jóvenes que vuelven buscando nuevas oportunidades. Quizá por todo ello el sentimiento de provisionalidad atraviesa sus trayectorias de forma menos apremiante; por todo lo vivido, por sus experiencias aquí y allí, son capaces de habitar el *ir quedándose/estar yéndose* con cierto aplomo. Ese aplomo que inclina a lo permanente, pero sólo hasta nuevo aviso. Como expresó Silvia con una lógica aplastante: “no hay nada permanente, ni nuestra vida, ni nuestras parejas, ni lo que más queremos... no hay nada permanente. Lo permanente es el cambio, cambiar es lo permanente, permanentemente cambiamos” (E51). Por eso, cuando los andamiajes que hasta el momento sostenían sus trayectorias se tambalean, los retornos son esa “vuelta de tuerca” que les permite reajustarlos y seguir adelante, asegurando y aliviando las cargas.

6. TRÁNSITOS (I)

De las presencias y ausencias: la vuelta al grupo

El objetivo de los siguientes capítulos es analizar las experiencias de retorno cuando éste se produce físicamente, como desplazamiento, con visos de permanencia, al país de procedencia. Para ello vamos a utilizar como herramienta analítica la propuesta de Abdelmalek Sayad, según la cual el retorno pone de manifiesto relaciones con el grupo, el espacio y el tiempo, vínculos que serán analizados a través de los relatos. Sin embargo, conviene advertir la dificultad de disociar cada una de estas dimensiones en tanto unas se superimponen sobre otras. En este sentido, el objetivo de éste y los siguientes dos capítulos será aguzar la mirada hacia cada una de estas dimensiones (grupal, espacial y temporal), de modo que emerjan a la superficie del análisis sus relieves, pero sin olvidar que la profundidad y complejidad de sus sentidos sólo es posible en tanto todas operan de forma simultánea en las experiencias. Pero ahora es el turno de la dimensión grupal, y a ella se dedican las siguientes páginas: a analizar de forma sistemática y matizada la experiencia de retorno como vuelta al grupo, a los afectos, a los vínculos con quienes se quedaron allí, en Argentina, y también cómo se rearticulan esos vínculos con quienes permanecieron en España.

En este recorrido revisaremos desde discursos que manifiestan este tipo de reinserción como un proceso ajeno a cualquier tensión –relatos que recrean los retornos como la posibilidad de una “vuelta al pasado” y alimentan una especie de ilusión aproblemática– a otros que dan cuenta de los efectos que las distancias y las cercanías en la trayectoria migratoria tienen sobre esta dimensión de la experiencia. Muchas veces, como veremos, el retorno, al reducir la distancia con el lugar de origen y los afectos que allí se tenían, no implica necesariamente una vuelta a las cercanías sino que, paradójicamente, la cercanía física pondrá en evidencia distancias simbólicas que conducen a replantear las

relaciones y vínculos afectivos –familiares y de amistad– con el grupo en el lugar de procedencia, así como a resignificar las nuevas distancias físicas y cercanías simbólicas y afectivas con esos mismos vínculos construidos durante la inmigración y que ahora quedan en el país de destino, es decir, en España. El retorno supone una vuelta a los afectos, entre los cuales se menciona fundamentalmente la familia extensa y las amistades. La “presencia” en el nuevo contexto y la rearticulación de las relaciones sociales, tal como hemos insinuado, no tiene por qué ser una tarea simple. Siguiendo a Schutz (1976: 111), este tipo de vínculos sociales enmarcados en los llamados “grupos primarios” comprenden una serie de situaciones institucionalizadas que posibilitan re-establecer y continuar allí donde se dejaron las relaciones referentes a un *nosotros* que en un momento determinado fueron interrumpidas. Sin embargo, veremos cómo el éxito de este re-establecimiento y su continuidad no es más que eso: una “mera posibilidad”, aunque el grupo lo dé por hecho.

Las experiencias de reinserción social en los procesos de retorno han sido abordadas en otras investigaciones relativas al caso de estudio de esta tesis (Lastra, 2013; Maletta y Szwarberg, 1985; Maletta, Szwarberg, y Schneider, 1988; Olmo, 2002; Palomares, Castiglione, y Nejamkis, 2007), pero no siempre se han detenido en el análisis de las dimensiones específicas que facilitan o dificultan estos procesos de reinserción social. De acuerdo con Sayad (2010), durante la ausencia se modifica el campo de posiciones en el espacio social de la comunidad del/de la migrante, y con el retorno no siempre es posible recuperar un lugar que ya no existe o ha sido transformado, con lo cual no siempre resulta sencillo hacerse de un nuevo sitio en el nuevo contexto (Sayad, 2010: 281-282). Mencionar que cuando el retorno se produce tanto la persona que vuelve como quienes se quedaron y los lugares a los que se vuelve han cambiado se ha convertido en un lugar común. Sin embargo, lo que aquí se pretende es analizar con algo más de detalle la relación ambivalente entre las percepciones sobre qué cambia y qué permanece, cómo emergen nuevas ausencias a través de la presencia que implica el retorno o, dicho en otras palabras, la tensión que se produce entre las nuevas distancias en las relaciones sociales que se constatan a través de la cercanía o la proximidad.

6.1. Las (in)comodidades de la proximidad y la distancia en la rearticulación de los vínculos familiares

Vamos a comenzar por los vínculos familiares con el grupo de origen, dada la centralidad que estos tienen en la mayor parte de los relatos a la hora de articular los procesos de retorno. Alrededor de “la familia” se produce un complejo juego de expectativas cruzadas que será fundamental para transitar estos procesos e ir dando forma a las posiciones que ocuparán las personas retornadas en el espacio social del grupo. Siempre habrá historias de satisfacción y profunda alegría por haber “vuelto al hogar”, así como también otras de decepción y tristeza por no haber encontrado un “lugar” o un “nuevo sitio” en la familia, y en ocasiones, ni siquiera a “la familia” tal como la habían dejado/imaginado antes de volver y durante la ausencia. Aún en esos discursos satisfactorios que cuentan reinserciones tan compactamente exitosas y felices

es posible identificar matices, detalles, “nimiedades” que incomodan, así como en aquellos relatos de decepción también hay lugar para pequeños reencuentros, nuevos aprendizajes y resquicios de esperanza. El retorno y la reinserción relativa a las relaciones grupales (como al resto de dimensiones) se experimenta como un tránsito por una “escala de grises”. Cualquiera de estos relatos habla de continuidades y discontinuidades con las trayectorias previas a la migración. Continuidades porque hay una historia de vínculos familiares que son los que se intentan (o no) re-articular al volver; para los miembros del grupo, las vidas de los otros son parte de su autobiografía, “un elemento de su historia personal”, diría Schutz (1976: 111). Discontinuidades, porque la experiencia de la emigración y la inmigración es también una historia de ausencias y distancias que nutre nuevas perspectivas y miradas (mutuas) sobre aquellos vínculos que ahora en la presencia y la cercanía del retorno se transforman de forma más o menos sutil o abrupta. Para quienes se marcharon, la inmediatez de la vida del “hogar” dejó de ser accesible, dejaron de ser partícipes del presente vívido que aporta textura al grupo; dichas experiencias fueron remplazadas por recuerdos que preservan aquello que la vida del hogar y el grupo significaba sólo hasta el momento de su partida, pero no necesariamente en el momento de su regreso (Schutz, 1976: 111-112).

En términos generales, los relatos tienden a mostrar una “primera capa” en la que la “vuelta a la familia” es un motivo de alegría y felicidad. Esto es así, especialmente en discursos que naturalizan los vínculos familiares como grupo de referencia y pertenencia por definición, en contraposición a las familias “sustitutas” formadas en la inmigración. En estos discursos la recuperación del lugar en el grupo se relata como un tránsito exitoso, prácticamente sin fisuras. El caso de Valeria es un claro ejemplo:

Pero bueno, era como yo te decía antes, por ejemplo, allá tus amigos eran como la familia, vos familia no tenías, o sea, en realidad, año nuevo y todo eso lo pasábamos con los amigos. Lo que pasa que acá, claro, cada uno tiene su familia y bueno, te toca pasarlo con la familia. Por eso te digo, también somos privilegiados porque somos dos familias muy armadas, muy unidas y que nos gusta estar también con la familia. [...] Tenemos familias grandes y buenas también, ¿viste?, unidas. Entonces bueno, es como que nos sentimos también muy acompañados [...] La gente que se fue, yo siempre digo, que una experiencia así, aunque sea de un añito, todo el mundo la necesitaría. Sí, te digo que es terapéutico, porque ¡es verdad! porque te das cuenta de lo que realmente importa, ¿entendés? Como yo le digo a mi marido: el que no tiene familia no sabe qué es extrañar a la familia, porque no sabe lo que es. El que nunca tuvo una familia no sabe lo que es tener una familia, pero yo que la tengo, vos que la tenés, ¡sabés lo que es tener una familia! Pero ¿cómo vas a extrañar algo que no conocés? Que pasa mucho allá, la gente por ejemplo, de familias desmembradas o que un hermano está en EEUU, uno está en Canadá, qué se yo, y que están bárbaro en España. Pero digo, claro, ¿cómo van a extrañar si no saben lo que es tener una familia? O tener una familia unida o hermanos que están con vos, que te acompañan, o padres presentes, ¿me entendés? Es como muy difícil darte cuenta de qué te estoy hablando yo, qué es lo que extraño si vos nunca lo viviste. Es muy difícil. Darte cuenta qué es realmente lo importante si nunca lo viviste. Si te pensás que lo mejor que hay es tener el auto cero kilómetro y la casita en el *country*, irte a navegar, ¿entendés? Es como que no, no, no, a mí ya esta gente no me interesa, no me sirve, no la quiero, no me sirve para nada, ¿entendés? [...] Que bueno, eso también te lo da esa experiencia, de estar lejos de todo y de saber qué es lo que querés, realmente (Valeria, 37 años, E15).

Para Valeria, “la familia” es una familia “armada”, “unida”, “grande”, “buena”, “presente”, que “acompaña”. Por eso volver es volver “a lo que realmente importa”, es fundamental para que no sea una familia “desmembrada”, algo que Valeria evita y resuelve con su retorno, el de su marido y sus dos hijas. La importancia de los vínculos con la familia extensa se pone de manifiesto incluso en el espacio donde reside la informante: en un mismo lote con dos casas construidas, en una viven ellos y en la otra sus cuñados con dos hijos. La casa se la regaló su suegra y ambas familias, la de Valeria y la de su esposo, viven en el mismo barrio, el mismo de donde partieron y al que volvieron. Cuando llegué a su casa estaba ahí su madre, que cuida a sus nietas todos los días, desde que vuelven del colegio hasta que Valeria o su marido llegan del trabajo. Este caso sería uno “típico” de rearticulación de los vínculos familiares y continuidad de las relaciones previas a la emigración que se recrea a través de toda una serie de prácticas (residenciales, de cuidados, etc.) que restauran con cierta fluidez el sentido de comunidad espacio-temporal del grupo. Un caso tan “típico” como “excepcional”, porque en muchos de los discursos una vez se atraviesa esa primera capa del relato emergen las tensiones y las discontinuidades.

En el otro extremo se encuentran los casos que, en un punto, comparten los mismos ideales y expectativas acerca del retorno y la posibilidad de retomar los vínculos familiares pero que, sin embargo, se resignifican. Con la presencia se comprueba la imposibilidad de rearticular las relaciones en la práctica tal como lo habían imaginado antes de volver. Son presencias que se convierten en nuevas “ausencias”, cercanías que marcan nuevas “distancias” o la reemergencia de otras antiguas, pero temporalmente “olvidadas”. Cuando la emigración y la ausencia implicaron una distancia no sólo física sino también afectiva no siempre es posible anularla en la proximidad del retorno. Una forma en la que se manifiestan las tensiones es al comprobar que “la familia” no acompaña el proceso tal como lo esperaban. Es el caso de Lucía, que volvió divorciada, con su hija y llegó a la conclusión de que con su familia “no puede contar”, especialmente en lo relativo al cuidado y la crianza de Ana. Esto hizo que Lucía pusiera en valor los vínculos familiares (con su ex suegra) y de amistad que tenía en España que ayudaban a solventar este tipo de situaciones. Es relevante mencionar que su familia nunca estuvo de acuerdo con su emigración y este tipo de conflicto no necesariamente se resuelve al volver:

Lo que pasa es que yo ahora veo un montón de cosas que antes no veía; por ejemplo, los perfiles familiares, la victimización de la familia, las manipulaciones familiares. Entonces, yo lo que estoy aprendiendo de verdad, ahora –que es lo que no aprendí en España y que tal vez si lo hubiera aprendido me hubiera quedado– es que en el mundo tenemos que aprender a estar solos y a estar con gente por placer, pero no por dependencia. Yo eso en la teoría lo tenía muy claro, pero ahora es como que... Sí, porque yo me di cuenta que la familia no es necesariamente un puntal de acompañamiento y que si no nos desapegamos de eso, podemos condenarnos a estar sufriendo permanentemente. Entonces yo, llegó un momento que dije: Bueno, basta, no tengo familia. Tengo, pero no me sirve. Mi familia es así. En vez de victimizarme, de “por qué a mí”, “por qué mi familia, yo contaba con eso”, todo eso lo acepto y me empiezo a plantar sola. A mí me sirvió un montón eso, me fortaleció un montón, dejé de sufrir. Porque yo lo sufría mucho, porque no lo entendía,

luchaba por cambiar a mi hermano, le reclamaba a mi mamá, con mi hermano lloraba porque ¿por qué no me quiere? Logré transmitírselo a Ana.

¿Cómo?

Y, porque por ejemplo, ella lloraba mucho por las primas. “Tanto que quise venir para estar cerca de mis primas y ahora no las puedo ver”. Y le digo: “Bueno, es lo que es.” Transmitirle esto de que luchar contra la realidad no sirve, aceptar la realidad es lo que nos permite saber dónde estamos parados para construir con lo que hay. Para ella, creo que el aprendizaje fue mucho más duro que para mí, porque es más chiquita (Lucía, 45 años, E47).

Lucía es maestra y nos encontramos a la salida del colegio donde da clases; la entrevisté en el bar de un club de barrio, mientras acompañaba a su hija a realizar actividades deportivas. Era el único momento disponible que tenía. Cuando terminamos la entrevista decidimos volver a vernos otra tarde en el mismo club para concluir el registro de su historia de retorno, una experiencia intensa y dolorosa que relató sin ambages. Un aspecto frecuentemente compartido y que menciona en su relato tiene que ver con un “cambio de mirada” sobre los vínculos y las dinámicas familiares, sobre las relaciones específicas con (cada uno) y entre sus miembros. Schutz (1976: 112) se refería a cómo el mero cambio de entornos propiciaba la re-evaluación de las experiencias pasadas, las transformaciones en el “sistema de relevancia” de los miembros de un grupo, de lo que es importante para cada uno. En la acción de alejarse de la familia y acercarse nuevamente no es sólo que los vínculos puedan transformarse, sino que ya no se ven de la misma forma, y ese cambio en la mirada es también parte de la transformación. No se trata necesariamente de que la e/inmigración haya empeorado ciertos aspectos conflictivos de las relaciones familiares que podían estar presentes antes de emigrar, sino que el efecto de proximidad que provoca el retorno ofrece una “visión aumentada” de los mismos, después de haber tomado distancia. En este sentido, no sólo sucede que en ocasiones “la familia” no acompañe en determinados aspectos vitales a las personas que retornan al grupo, sino que estas últimas pueden no “acompañar” a la familia en ciertas dinámicas que no desean volver a compartir. Es entre ese volver a estar presente pero mantenerse ausente, en esa nueva cercanía a pesar de la cual se quiere seguir marcando distancia, que se debaten y negocian las tensiones entre volver a “formar parte” del grupo con todas sus consecuencias, o no; entre volver a estar “adentro” o mantenerse “afuera”. Así lo explica otra entrevistada:

Y vos acá ¿cómo te sentís? ¿Cómo rearmaste tus relaciones?

No rearmé mucho la verdad, me costó bastante. Me sentí siempre más rara, o sea, con mis amigos, como que había una distancia que antes no existía. Y con mi familia lo mismo, ¿viste? Yo no era la misma. Y visto... con distancia, de haber estado afuera un tiempo, me parecían... muchas cosas no me gustaban de mi familia. Entonces no me resultó fácil volverme a insertar. Y sigo... es más, una de las razones por las que fui al viaje es para no estar siempre fuera, porque si no siempre soy... de otra familia, digamos. Estoy en otro lado. Entonces bueno, aunque sea una semana de convivencia, y fortalecer un poco algunos lazos.

Pero ¿qué es lo que sentís que cambió?

Y... bueno, yo siempre tuve cierta diferencia con mis hermanas en cuanto a la actitud con mi vieja, por ejemplo. Pero que se acentúa al haber estado lejos, ¿viste? Que a mí me parece que siempre, bueno, mi vieja tomó con nosotras una actitud muy demandante y muy de “pobre yo” y mis hermanas se enganchan en eso y avalan el “pobre yo”, por decirlo de alguna manera. Y yo nunca me enganché mucho con eso, ¿viste? y le hice la guerra en ese sentido a mi vieja. Y después, al estar lejos y volver, y verlo con otra distancia, lo veo como más... patente, todo, ¿viste? (Victoria, 45 años, E30).

El matiz se da entre lo que ahora en la proximidad de la presencia es “patente”, es decir, manifiesto, visible, casi inevitable, y lo que en la distancia permanecía “latente”, simplemente oculto, escondido o aparentemente inactivo por la ausencia, pero que se re-activa al volver. El retorno puede convertirse en una oportunidad para intentar negociar nuevas posiciones desde las cuales reinsertarse en el grupo, pero esto no siempre es una tarea sencilla porque implica la negociación colectiva de los lugares que ocupan todos sus miembros. Dependiendo de la flexibilidad o rigidez de las estructuras, los vínculos y las dinámicas familiares y de la relevancia o profundidad de los aspectos de la relación que se pretende transformar serán los grados de dificultad para llevarlo a cabo. En este sentido, los resultados del análisis concuerdan con lo planteado por Rivera Sánchez (2015) en su investigación sobre procesos de retorno de Estados Unidos a México, y es que:

“[A]mbos —sujetos de retorno y familiares— se encuentran involucrados en esa experiencia de readaptación, que implica rupturas, conflictos, negociaciones, reacomodos en un círculo familiar y en un espacio social, y en los lugares que se han transformado y que requieren entonces ser reaprehendidos, en tanto resignificados en ese momento y lugar específicos en los que ocurre el regreso del migrante” (Rivera Sánchez, 2015: 246).

Hasta aquí hemos visto el retorno en relación con posiciones preexistentes que se recuperan, se intentan recuperar o al menos transformar. En otros casos, esas posiciones necesitan ser “creadas” y ello no siempre es posible. Veamos la trayectoria de Marcos. Unos años antes de volver pasó una temporada difícil en Argentina, cuidando a su madre enferma que falleció a los pocos meses. La pérdida de su madre le llevó a replantearse la posibilidad de volver para estrechar el vínculo con su padre: “Y dije, bueno, vamos a vivirlo, vamos a disfrutarlo, vamos a disfrutar a mi viejo los años que le quedan por vivir”. Los padres de Marcos se habían separado cuando él y su hermano eran pequeños y siempre convivió con su madre, si bien consideraba que tenía una buena relación con su padre. Su hermano, por otra parte, había emigrado a España unos años después que él y había decidido no volver. A los ocho meses de regresar, cuando lo entrevisté por primera vez, Marcos comentó que en esas circunstancias era “un quilombo disfrutar de la familia”. La historia de reinserción de Marcos en los vínculos familiares está atravesada por la decepción, en tanto ese reencuentro con su padre no fue en los términos que él había imaginado. Cuando lo volví a entrevistar un año más tarde, a casi dos años de su vuelta, y abordamos esta cuestión, explica lo siguiente:

Y, lo de estar cerca de tu papá, ¿qué tal?

Eso también fue una cosa que... fue un poco... un sabor agri dulce.

¿Por qué?

Porque también me cayó una ficha, que si bien mi viejo es mi viejo, él tiene, también... conformó otra familia, ¿viste? Tiene otro hijo, tiene otra mujer, con la cual no somos de nuestro agrado... No, porque hubo un par de boludeces que... mala onda, de su parte hacia mí [...] Mi papá está en pareja con ella hace 21 años. [...] Cuando yo estaba allá [en España] la loca me trataba bien, había buena onda. Ahora que me volví cambió la historia, una mina muy celosa, muy posesiva.

Y, tu viejo, en esta discusión...

Mi viejo no dice nada, se queda calladito, no dice ni mu. Tampoco, nunca llega a ser una confrontación ¿viste? Pero el año pasado ya me atacó un poco más, ya me celó en una reunión. Entonces ya desde el año pasado que le corté el chorro... Ba, no voy más, no me presento más cuando está la loca. Y bueno, a raíz de todo esto me cae una ficha, que bueno... como que yo estoy afuera de la familia que yo pensaba.

Sí, porque además vos me hablaste de eso el año pasado, ¿no? Que de alguna forma, a raíz de lo de tu mamá, que fue muy duro, una de las razones para volver era estar con tu viejo. Y con él ¿no pudiste hablar?

Con mi viejo está difícil hablar... de cosas serias [ríe]. Es difícil, porque es un evasor, para campeonato. Se hace el boludo y cuando lo apretás somatiza, empieza a toser, no puede hablar [ríe]. Así que bueno, está todo ahí medio que... también por eso medio que me pegó mal, todo el invierno. No sé, “venite a comer a mi casa, papá”. No viene, no viene nada. Si bien yo lo veo un montón, ¿eh? Lo veo, durante la semana nos vemos un montón. Nos vemos al medio día, a tomar un café, yo lo llamo, “che, ¿dónde andás?” Y almorzamos juntos en algún lugar, afuera... y bueno. [...]

Entonces, después de toda esta historia es que te agarra el ataque de “me voy”...

Sí, porque veo que al final no tengo un carajo. No tengo ni familia, ni ostias (Marcos, 37 años, E41/II).

Quizá, así como los familiares que se quedaron se tuvieron que acostumbrar a esas *ausencias presentes*, recordando a sus hijos/as o hermanos/as que habían decidido irse, quienes regresan tendrán que acostumbrarse a esas *presencias ausentes*, a aceptar la imposibilidad de retomar o recuperar ciertos vínculos tal cual recuerdan que los había dejado y también acostumbrarse al silencio que la rodea, ya que es algo difícil de abordar para las distintas partes. Marcos me comentó que durante el invierno se deprimió y pensó en volver a España. El desarrollo de la trama familiar y afectiva fue uno de los principales motivos para retornar y también el que lo llevó a plantearse si no sería conveniente volverse a ir. Sin embargo, otras razones lo hicieron quedarse. Respecto a la rearticulación de los vínculos afectivos, Marcos encontró contención en los “dos o tres amigos más cercanos”, quienes terminaron siendo su “familia”. Amigos

que, por cierto, no son los de antaño sino otros “retornados” como él, amistades que forjó en la inmigración y el retorno. El relato de Marcos, Valeria o Lucía ponen sobre la mesa un aspecto señalado por Rivera Sánchez (2015) y con el cual coincidimos a la luz del análisis de los discursos en esta investigación, a saber: la importancia que estos procesos de reinserción social tienen en las experiencias de retorno a la hora de tomar decisiones sobre permanecer en el lugar al cual se regresó o, por el contrario, construir nuevas expectativas de reemigración. Sin duda, la forma en la que se re-articulan los vínculos afectivos en el retorno tiene su peso específico entre los diversos factores que atravesarán los tránsitos por esta instancia de las trayectorias de movilidad.

Encontrar un “lugar” en el grupo es un proceso de reajuste en el tiempo y el espacio, tanto de los vínculos entre los miembros de la familia, como también de las expectativas de unos hacia otros. No es solamente relevante para las experiencias de retorno lo que las personas que vuelven esperan de “la familia”, sino también sus percepciones sobre lo que entienden que “la familia” espera de ellas y de su regreso. Volver a la familia es también una exposición a la mirada de los otros, a la evaluación de la trayectoria y a las opiniones sobre lo que consideran más conveniente para la construcción de ese nuevo futuro que se abre en Argentina. Hay un sentimiento de ambivalencia a este respecto, entre la tranquilidad de contar con el acompañamiento y apoyo del grupo, pero también la incomodidad de someterse a su escrutinio; algo que es experimentado como una intromisión en la intimidad, en el propio espacio, en decisiones sobre las cuales en la distancia y hasta el momento no hacía falta “rendir cuentas”.

Esta situación se da en todos los casos, pero especialmente se potencia cuando las personas volvieron un tiempo al hogar familiar, hasta estabilizarse laboralmente y encontrar una vivienda. Al tiempo que las personas retornadas ponen en valor la ayuda y el apoyo recibido, también mencionan las contrariedades al convivir nuevamente con el grupo, compartir un mismo espacio físico, la casa, la intimidad de lo cotidiano, después de muchos años de haber estado lejos. Esta experiencia se exacerba aún más en el caso de quienes en su juventud y con/por la emigración abandonaron el hogar de los progenitores. En estos casos, la vuelta a la convivencia (aunque sea temporal) es percibida como una “vuelta a la adolescencia” en la adultez. Esta experiencia puede dificultar el proceso de retorno, pero también se supera con el transcurso del tiempo, como cuenta Ariel:

Y ¿cómo fue volver?

Yo creo que la vuelta fue crítica. Primero, por buscar todo lo que yo había conseguido en Barcelona, acá. En una cuestión de dos meses quería irme a vivir sólo, conseguir trabajo, sumado a que tenía que volver a la carrera y dar todos los exámenes, y no sé qué... y colapsé [...] Y no reconocer que había un proceso que hacer, querer continuar, como decir, bueno, yo viví y quiero hacer ahora en Argentina todo lo que hacía allá. Buscar gente, salir, irme a vivir solo al centro de la capital, todo. Y al fracasar, porque no llegué, me agarró como una depresión de “vuelvo al pasado”, o sea, al no poder establecer muy rápido ese presente, vuelvo al pasado [...] de alguna manera, no poder compartir lo que pasaste, es como que se te extirpan esos años, porque por más que vos los cuentes, vos no podés traer a un presente esas acciones, es como que vos tenés que vivenciarlas y ahora tenés que vivir de la manera que vivías antes de irte. Esa situación, de la desaparición de

ese presente, personalmente, a mí, me hizo tomar ansiolíticos y tocar fondo, un fondo total. Y decir, bueno, ahora hay que empezar a construir desde acá.

Y eso, concretamente, ¿en qué lo vivías? ¿qué situaciones te acordás que no te gustaban o que estabas incómodo? Digo, en la práctica.

No, supongo que no haber conseguido, que no están buenas, qué se yo... estar viviendo en lo de mis viejos. Era fatal pensar que estaba viviendo en lo de mis viejos.

O sea, volviste a vivir a la casa de tus viejos.

Claro, sí, hasta que yo tuviera cómo irme a vivir a otro lado, yo estuve seis meses viviendo en lo de mis viejos. Hoy lo veo, en retrospectiva y digo, bueno, medianamente lógico, estar un tiempo hasta conseguir un contrato de alquiler en algún lado, la gente con la que vas a vivir o te vas a vivir solo. Y bueno, hasta que pasa eso, lleva un proceso. Como cuando yo caí en España y me quedé en lo de mi tía, como si me hubiese puesto depresivo por estar en lo de mi tía y no estar viviendo solo... Pero acá yo no pude, estaba tan ansioso que no pude hacer esa separación, del tiempo que se necesita para hacer las cosas. Y lo aprendí de golpe, dije: pará, las cosas son procesos, bancátele, me deprimí y después me di cuenta que los procesos son en el tiempo y hay que ir construyéndolos y se acabó. Entonces, estar en lo de mis viejos para mí era fatal, ¡vuelvo a tener 20 años! ¿me entendés? Para mí era toda una construcción, vivir solo, tener mis tiempos, no tener nadie que te... Mis viejos son tipos que, nunca me dijeron ni qué tenía que estudiar, ni cómo tenía que vivir, no era una cuestión de mis viejos, es la figura de los viejos. O sea, volver a vivir con los viejos era... mi casa me sofocaba, el barrio me sofocaba, pasar por la puerta del colegio me sofocaba, era como, esto... esto es el páramo. Yo estaba en el medio de un centro..., esto es el páramo. Y hoy lo veo y digo, esto es barrio, esto no es un páramo. Me cambió la mirada, esto es dónde yo jugué a la pelota durante 15 años en la calle, no es un páramo. Pero en ese momento no podía verlo así, lo veía como: acá no quiero estar. Yo tengo que buscar de alquilarme algo en el centro, tratar de compensar y poder tener una especie de Barcelona, en Buenos Aires. Pero en cierto grado, es la independencia esa, que sentías que la habías logrado vos. [...] Irte a trabajar allá, conseguir todo por tus propios medios y era como volver acá otra vez a tratar de salir de esa adolescencia (Ariel, 34 años, E10).

Volver al hogar de los padres, como bien explica Ariel, simboliza volver al pasado no porque eso sea posible, sino porque implica la pérdida de un presente, de determinadas formas de vida que hasta el momento habían sido posibles por y en la experiencia de la inmigración y que desaparecen con el retorno. Ante esa pérdida y las nuevas incertidumbres del futuro de sus trayectorias en Argentina emergen los episodios de ansiedad y depresión que algunas personas experimentaron al volver y que describieron en sus entrevistas. En el caso de quienes se fueron en la juventud y retornaron en la adultez, la pérdida de esas vidas, de esos mundos que habían construido en la inmigración, contrastaban con la vuelta al hogar, a los paisajes de la infancia y al escenario de la relación paterno/materno-filial, asociada a la heteronomía y la dependencia; se trata, en definitiva, de reinsertarse “al sistema de coordenadas usado como esquema de referencia para la vida en el hogar” (Schutz, 1976: 111), un sistema que no era válido para la vida en la inmigración. Puede ser tanto la figura de los padres como la de otros adultos referentes del grupo la que pesa sobre estos procesos de retorno, especialmente cuando se regresa sin pareja y sin hijos, sin nuevos estudios ni

demasiados ahorros. Se sienten cuestionados/as y se cuestionan a sí mismos/as respecto a su futuro y sus proyectos vitales cuando estos además no son demasiado claros. Es una situación nueva de incertidumbre en el retorno que les impide responder con certeza los interrogantes que les plantean los miembros del grupo y se plantean a sí mismos/as. Cecilia explica a este respecto cómo en las relaciones familiares prefiere manejar la información estratégicamente, teniendo en cuenta el juego de expectativas que atraviesa su experiencia de retorno y las particularidades de los vínculos con distintos miembros del grupo familiar:

Con mi mamá es con la única persona que mantengo la comunicación al día, digamos. Con la única. Lo necesito yo y sé que lo necesita ella, porque también sé que de los cinco hijos conmigo es con la única con la que tiene ese tipo de relación, que está en un lugar ya de igual a igual y no de madre-hijo. Si bien, la relación afectiva siempre... pero que nos entendemos en las conversaciones como dos personas adultas. Con mis otros hermanos no, ¿entendés? Me pasa un poco como... como decir, no sé, siempre estoy haciendo lo que no esperan que haga. Siempre estoy estudiando lo que no estaría bueno que estudie, estoy trabajando de lo que no va a estar bueno económicamente, siempre estoy proyectando lo que no me va a dar estabilidad. Y siempre fui así. Y además tengo como algo que a veces me genera un poco de culpa, que no sé gestionar emocionalmente, de sentir que tener que, en un punto, rendir cuentas de lo que hago, con 30 años. ¡A mis hermanos! Que me decís, bueno, tu viejo, tu vieja, no sé, pero ¡a mis hermanos!

Pero, ¿porque te lo piden o porque es más una cosa tuya?

Las dos cosas. Cuando yo me alejo de esa sensación soy mucho más libre y mucho más eficiente. Cuando me voy acercando a esa sensación de “qué estás haciendo”, “qué vas a hacer”, “por qué”, y se me quedan así... ¡que hay cosas que ni yo sé! Me boicoteo. Y doy un paso para atrás. [...] Hay cosas que no digo a la gente. O sea, que no digo porque son incapaces de entender [...]. Y todo esto, todas estas ideas, todas estas ganas de viajar, de ir, volver, ahorrar, así de esa forma, no sé qué... sin la presión de la dependencia, de los años para la jubilación, y todo eso, que es una cosa que no la puedo incorporar en mí, no puedo, no puedo, eh... lo puedo hablar con cierta gente. Con casi todo mi entorno, no; y con mi familia, menos. Cuando lo hablo con mi familia, automáticamente se me pincha el globo (Cecilia, 30 años, E35/II).

Aunque vuelvan en la etapa adulta de la vida, algunos/as informantes que partieron en la juventud no perciben ser tratados/as como tales y sienten la presión de tener que rendir cuentas de aquello que hicieron o dejaron de hacer en la inmigración, así como también de sus nuevos planes en Argentina con el retorno. Proyectos que a veces consisten en aprovechar oportunidades que se vieron interrumpidas con la e/inmigración –como reiniciar los estudios o retomar la trayectoria profesional a edades que algunos miembros de su familia consideran tardías– en ocasiones son juzgados por el grupo como decisiones equivocadas, en tanto suponen que a estas alturas quienes retornan deberían invertir sus esfuerzos o capital en proyectos que les reporten mayor rentabilidad económica y estabilidad a futuro. El caso de Mariano pone de manifiesto estas cuestiones y los roces que atraviesan la relación con su padre. Hay que tener en cuenta que la emigración de Mariano trastocó los planes que su padre tenía para su

futuro, ya que al ausentarse rechazó la “herencia” y hacerse cargo de un negocio familiar de tres generaciones:

Y eso es lo que me dice mi viejo, yo me vine sin un mango de allá. Ganaba bien, todo, pero mi viejo, “¡uy, viviste diez años en Barcelona!”. Mi vieja es más espiritual, es artista [...] Pero mi viejo, “pero ¡cómo! ¡vivís diez años afuera!, no tenés ni...” Bueno, me traje, pero me traje dos mil euros, por si me quiero ir para allá de nuevo [...]. Entonces, tengo, pero “¡no te volviste con plata! diez años laburando allá...”. Claro, ¡eso es lo que vos te pensás! No me volví con plata, pero es como te decía, que ya a lo último ganaba re-bien, pero la viví y la disfruté. Y eso sí que no me lo va a sacar nadie, haber viajado por todos lados, que ¿tengo ganas de vivir solo? Me voy a vivir solo porque me quiero dar el gusto ¿Me quiero comprar un plasma de 800 mil pulgadas, la *play*, jugar un rato? Me lo compro. ¡Claro! la verdad que sí, la re-disfruté [...] yo soy súper espiritual. No espiritual, pero soy libre, no me encasillo en eso de laburar cincuenta años en una misma empresa, de casarse, familia tipo, misa los domingos. ¿entendés? lo que te inculcan, entre comillas.

¿Fue alguna vez así, tu entorno?

Sí, mi viejo, de hecho, es muy conservador [...] Pero yo voy feliz con lo que tengo al alcance de la mano, no puedo pasar toda mi vida pensando, uy, ¿mañana seré millonario? porque si no llego a serlo voy a estar todo el tiempo deprimido porque no puedo alcanzar eso. [...] Y yo no aspiro a esas cosas, aspiro a otras, completamente distintas.

¿A qué aspirás?

Hoy día, ya te digo, no sé. Me encantaría ver qué siento laburando en mi profesión. [...] Yo ya me juré que nunca más laburo en una oficina, después de la experiencia allá, yo acá laburaba con mi viejo, me quería entrenar para que yo herede el negocio, no era lo que yo quería. La típica historia del padre que el hijo quiere que herede, pero yo quería hacer mi vida. [...] Mi viejo el otro día me dice, “¿a vos qué te hace feliz?” me preguntó. Le contesté, yo, ¿sabés cómo sería feliz? Viviendo en una cabaña, toda mi vida, descalzo y en pantalón corto. En un mundo tropical. Me dice, “¿esa es tu aspiración en la vida?” Y, si soy feliz, y si tengo todo lo que necesito al alcance de la mano, y qué pasa si tengo... me caso, soy infeliz, tengo diez millones de euros y todas las mañanas tengo que... ¿cuál es el problema? Le digo, para mí, al contrario. Se quedó como mirándome “¡Pero de algo tenés que vivir!” No te preocupes que morirme, no me voy a morir. O sea, me fui sólo a un lugar, me la arreglé diez años, me adapté, me acostumbré, conocí gente, armé un grupo nuevo, un entorno nuevo. Sé defenderme. ¡Una discusión se montó ahí! Y mi vieja, “vos si querés hacer eso, sé feliz, hacelo”. Son los dos extremos ellos, ¿no? [...] Mi viejo es un poquito, eso, qué sé yo, quizás soy conformista (Mariano, 36 años, E20).

No haber ahorrado suficiente, o haberlo hecho pero no invertir el capital en los proyectos que otros consideran más convenientes, no haber planificado para el retorno cuestiones relativas a la inserción laboral o la búsqueda de vivienda, incluso, en ocasiones, no tener claro qué quieren, o siquiera si van a quedarse o van a volverse a ir, todas son cuestiones que se ponen sobre la mesa al volver al grupo y que contribuyen a que la reincorporación no sea sencilla, ajena a sospechas, temores o resquemores. Sobre todas ellas planean algunas fantasías y mitos que son las que el propio retorno y las condiciones en las que se lleva a cabo terminan por poner en cuestión: la fantasía de la inmigración como una experiencia “exitosa” y la del retorno como experiencia

encarnada por agentes productivos y emprendedores. En este sentido, y de acuerdo a los hallazgos de este trabajo, coincidimos con Vega Solís (2016: 422) en que “el emprendedor añorado es una figura mítica que apenas responde a las experiencias de los retornados más emblemáticos”. Volveremos a esta cuestión en el siguiente capítulo, sin embargo, aquí toca destacar que estas fantasías y mitos afectan los procesos de reinserción en el grupo, en tanto atraviesan las expectativas que unos y otros miembros depositan en las experiencias migratorias en general, y las de retorno en particular. Como dijo Pilar, “la familia preguntaba mucho, ellos están muy ansiosos y vos estás muy nervioso”:

Entonces todo el mundo te habla y te da consejos, pero nadie se pone a pensar qué te está pasando a vos [...]. Y para nosotros era como triple mudanza, porque era no sólo cambiarnos de casa sino cambiarnos de país, ¡y cambiarnos de mundo! [...] Entonces bueno, está todo bien, la familia hace un poco de contención, pero yo creo que nadie entiende, realmente, lo que te pasa. [...] Al principio de todo había como un cierto temor, ¿no? a esto de, “qué vas a hacer”, a que uno no consiga trabajo, a que uno no le.. como que, bueno, se suspendía la fantasía de que nosotros allá estábamos bien. Entonces mi mamá al principio no entendía muy bien por qué nos habíamos venido. Porque ella decía “bueno, tenés tu trabajo allá, estás contenta, la vida te va bien, eh... ¿por qué?” Y por más que... venía con un buen currículum, muy bien recomendada y todo lo demás, siempre está esa incertidumbre de qué es lo que te vas a encontrar acá (Pilar, 43 años, E17/II).

Decía Schutz (1976: 113-114) respecto al regreso de los soldados que mientras estos tenían la ventaja de conocer los patrones generales del grupo al que se reinsertaban y podían adelantar ciertas actitudes o reacciones de los miembros basándose en experiencias previas, quienes permanecían en el hogar no tenían una experiencia inmediata de cómo el soldado vivía en el frente, si bien contaban con toda una serie de estereotipos contruidos al respecto a través de diversas fuentes de información. Estas construcciones no espontáneas, es decir, atravesadas por intereses militares o políticos, económicos o morales y las descripciones típicas que articulaban no tenían sin embargo por qué coincidir con las percepciones que los propios sujetos, protagonistas de esa experiencia, tenían al respecto. Algo similar podría considerarse en relación a las experiencias de la inmigración y el retorno y los estereotipos de lo que supone el éxito o el fracaso, las expectativas típicas de tales proyectos y las satisfacciones o decepciones asociados a cada una de ellas. Las percepciones que a este respecto mantienen los familiares que se quedaron no necesariamente coincidirán con las experiencias de quienes se fueron y regresaron y aquello que consideran relevante para tomar tales decisiones.

La vuelta al grupo y la experiencia del paso por la convivencia presenta otro matiz cuando se trata del retorno de parejas con hijos/as, y especialmente cuando estos/as nacieron en el lugar de destino. En el reencuentro, no sólo tienen que articularse las relaciones entre las personas que retornan en sus roles de hijos/as con sus propios padres/madres, sino que ahora todos desempeñan nuevos roles; quienes vuelven también lo hacen como padres/madres y quienes los reciben se convierten en abuelos/las. El apoyo de la familia en esta nueva situación, orientada a la contención y

la atención específica a los menores, es una fuente de gran tranquilidad para quienes retornan, pero también de cierta tensión en el desempeño de esos nuevos roles y coreografías familiares que se despliegan en lo cotidiano. Hay una delgada línea que separa el apoyo, el acompañamiento, la preocupación por la crianza y el cuestionamiento del desempeño de esos roles. Como explica Marina, con cierto humor:

En la pareja lo llevamos mejor ahora, estamos mucho mejor que allá, no tenemos el desastre de la convivencia con mis viejos, estamos más tranquilos en ese sentido. La mirada de mis viejos era... fueron de mucha ayuda... de una enorme ayuda, de una gran contención, de un amor inconmensurable, una entrega total, pero eso tenía un exceso de amor, por llamarlo de alguna manera, muy rompelotas. “Cuidado que no se caiga, cuidado que no tome frío”, todo giraba en torno a Camila. Todo, todo, su mundo entero era Camila y tenía que no tomar frío, no caerse, no ensuciarse, y a mí me gusta que Camila se ensucie, me encanta, si se cae, bueno, mala suerte. No que tome frío, porque se enfermaba. Eh, yo creo que eso nos pesaba mucho. “¡Sos una dejada!; ¿cómo podés dejar que se caiga?!” No. Se va a caer diez mil veces No se puede evitar. “¡No!; Se puede evitar!” Bueno, yo creo que no, y no pasa nada para mí. No la voy a dejar que se tire de un quinto piso, no sé si nos entendemos, pero si está caminando, se sube a la silla y se cae, ¡mala suerte! Y si se ensucia, no me preocupa para nada. Entonces, eso nos agobiaba un poco. “Y, por qué no le dieron esto, por qué no le diste la fruta, no come nada esta chica” Entonces, bueno, era como... queremos estar tranquilos, yo la quiero educar así, como me parece a mí.

Y ¿fueron muchos meses con ellos?

Y, ocho casi. Pero porque ya te digo, ¡no sabíamos qué mierda hacer! No sabíamos, porque estábamos... la verdad fue que al principio llegamos y nos sentimos aliviados, porque teníamos una contención que en España no teníamos, con relación a Camila, que nos daba mucha inseguridad (Marina, 36 años, E33/II).

Cuando la entrevisté a Marina por primera vez en el 2012, fue a las 24 horas de llegar a Buenos Aires, en un bar. Ella, su pareja y su bebé se estaban quedando unos días en la casa de una amiga. Todo era incierto, no sabía dónde iban a vivir (ni siquiera en qué ciudad), ni qué trabajo podían conseguir. Si bien ella y su familia de origen son de una ciudad de la costa atlántica de la Provincia de Buenos Aires, sus padres habían emigrado al norte del país por motivos laborales. Decidieron mudarse allí y convivir con ellos los primeros meses hasta encontrar empleo y acomodarse. Cuando la entrevisté en el 2013 quedamos en otro bar, ahora en el aeropuerto – ambas viajábamos ese día y nos reímos, siempre estábamos “en tránsito”–. Me contó que después de pasar casi un año en el norte, con sus padres, decidieron mudarse finalmente a Mar del Plata, donde había vivido unos años durante su época de estudiante. Marina reconoce en su relato las dificultades que atravesaron la convivencia con su familia pero también el “alivio” y la “contención” que supuso para la pareja en aquellos primeros meses. Es un intercambio. Como indica Valeria, otra entrevistada, que al llegar vivió casi un año en casa de su suegra y su madre la ayudó con el cuidado cotidiano de sus hijas, aunque “es un trabajo escuchar opiniones” también se tornaba “imposible no tener ayuda cuando tenés chicos allá” en España. Experiencias más desafortunadas, como la de Lucía con su hija Ana, también tienen lugar en los procesos de retorno, en los que la convivencia con la familia

fue uno de los aspectos más complejos con los cuales lidiar, porque lo que se pone en juego con la presencia en el hogar no son en su caso solo meras “opiniones” sino toda una constelación de relaciones familiares conflictivas y cuestionamientos que atravesaron toda la trayectoria migratoria de la entrevistada, en todas sus fases:

Cuando llegan ¿dónde van a vivir?

A la casa de mis papás. Que fue mortal. Eso fue mortal, porque mi papá [estaba] muy deteriorado y muy agresivo, la trata muy mal a Ana, choca mucho el referente de chicos que ellos tienen con los chicos de allá. Porque los chicos de allá tienen una forma de expresarse muy distinta. El código entre nosotras era muy abierto y muy libre, entonces, mi papá como que empieza a cuestionar todo, a juzgar todo. Y mi mamá es una mujer muy sumisa, entonces, siempre lo que decía mi papá no lo cuestionaba. Con mi hermano, esa hermandad que yo te cuento que se produce solamente en el momento del nacimiento de las nenas, bueno, él, sin entender por qué, me recibe con mucha rabia, con mucho resentimiento y se aleja. Yo esperando pasar las navidades en familia, y digo “ah... bueno”. Él no viene en las navidades con sus hijas y Ana no ve a sus primas. Eso que era volver para estar con sus primas, bueno, eso no ocurre. No ocurre a día de hoy, hay como una cosa que yo nunca entendí, lo intenté hablar... no encuentro motivos. Es como que se buscan motivos para... Porque con mi hermana la relación nunca fue buena, entonces es como que yo me había inventado una historia que no era, por ahí, ¿viste? [...] Con mi hermana retomo mucho en el último tiempo, después de volver en el 2010, pero no, nunca fue un vínculo fuerte de sostén. Yo me acuerdo que en un momento estoy muy en crisis, llamo y me largo a llorar en el teléfono con mi papá y me dice, “Bueno, bueno, cortá, cuando te calmes me llamás” [*llora*] ¿Viste? Cuando decís... ¡Bueno! ¡No sé! No pueden, no puede contener, no puede nada, ¿viste? Yo siempre me acuerdo que la psicóloga me decía: “¿por qué se te plantea la idea de volverte a veces? ¿Qué añorás? Y, por mi familia, estar con la familia” No sé... Yo, era un ideal que tenía construido, de castillito. Y me decía, “¿vos te crees que uno se va a 15 mil kilómetros de su familia solamente por una situación económica?”. Siempre me llevaba a eso, y yo era una negación total, ella me intentaba arrimar a la idea de que me había ido de alguna cuestión familiar, ¿no? Y yo cuando ella me lo tiraba no lo veía y lo pude ver cuando volví. Cuando yo volví vi a mi familia con los ojos abiertos.

Y ¿qué te encontraste?

Y me encontré con que lo más sano era alejarme, en un montón de cuestiones. Que ellos me querían mucho a su manera pero que no estaban preparados para acompañar y que había mucho juicio. O sos como nosotros queremos que seas o hay juicio, hay condena.

Juicio y condena ¿a qué?

A pensar distinto, a intentar algo y que no te salga bien, a no ir por el camino que te indicaron, por ahí, a hacer la tuya. Y, como mamá, también, me empecé a sentir... cuando volví era: “vos no la estás educando bien a Ana, esta nena necesita límites”. Yo tenía mucho peso y mi centro era que no haga un brote psicótico, era mucha desestructura, de repente perdió a su papá, perdió a su país, perdía su idioma, sus referentes. Claro, porque para ella es su país. Aquel. Ana es el día de hoy que me dice que se quiere volver a España (Lucía, 45 años, E47).

En los relatos de personas adultas con hijos/as es habitual que mencionen las tensiones que emergen con sus padres, especialmente en lo relativo a la educación y el cuidado de

los menores, pero también en relación con la nueva organización general de los tiempos y los espacios. Quienes tuvieron la oportunidad de evitar la convivencia o no extenderla demasiado en el tiempo, la aprovecharon. Mariela, por ejemplo, decidió pasar solo unos días en casa de sus padres y en cuanto pudo se mudó para evitar tensiones, aunque en sí, ese hecho, fuera un motivo de conflicto. Sin embargo, tener un espacio “propio” no es suficiente para sustraerse de las dinámicas y “deberes” familiares:

¿Cómo es el tiempo de ocio de ustedes?

Eso ha sido muy reñido, porque trabajás de lunes a viernes, sábado y domingo la familia te dice: “tienen que venir a vernos,” y vos ¡ay! ¡Noooo! ¿Te acordás cuando en España decíamos qué bueno un asadito el domingo? ¡Y ahora te querés morir porque tenés a todos los abuelos llamando con los asados preparados! [ríe] Eso lo notamos un montón... lo del tironeo de la familia, muchísimo, porque... como son grandes, ellos entienden que no querés estar más con ellos, y nosotros estábamos acostumbrados a estar muy solos, ese es todo un tema, que todavía estamos ahí... marcándoles. Les cuesta, les cuesta no avanzar, digamos, en tus tiempos. Pero intentamos, eh... por lo menos uno de los dos días siempre nos tomamos una tarde para salir nosotros tres, porque es lo que necesitamos ahora, porque estamos muy rodeados de gente. Al principio estaba la casa siempre llena de gente, ahora no, pero nos venían a visitar, no nos avisaban y nos sentíamos bastante invadidos. Pero por eso, porque estábamos acostumbrados a estar solos y a tomar decisiones solos [...] por eso digo, fue una cuestión de pesos y contrapesos, todo el tiempo, para encontrar un nuevo equilibrio (Mariela, 38 años, E49).

“Marcar” algo de “distancia” en la proximidad es lo que permite conservar cierta autonomía respecto a la toma de decisiones, el manejo de los espacios y los tiempos. Es, en definitiva una forma de escabullirse de los mecanismos de control que vuelven a operar al reinsertarse en el grupo. La clave, para Mariela, fue aprender a comunicar “adecuadamente” sus necesidades y procurar no herir susceptibilidades, mientras se encuentra “un nuevo equilibrio”, un proceso que aprendió sobre la marcha, a base de pruebas y errores:

A nivel familiar, nosotros somos más directos, porque aprendimos a ser más directos [...] Entonces claro, al principio teníamos que trabajar mucho el tema de las expectativas. Porque las expectativas eran muy altas cuando vinimos.

¿Cómo es eso de las expectativas?

Y, por el tema de que... se fueron, estuvieron nueve años fuera, son personas distintas, viven con una personita distinta. Eh... a ver, sí, había muchas expectativas de cómo nos íbamos a insertar. Las relaciones son distintas ahora, evidentemente, yo no soy la misma persona, no tengo la misma relación con mi mamá que la que tenía cuando vivía en su casa, entonces cuando me empieza a decir algo sobre... “Mirá, mamá, tranquila, a mi marido le gusta así” ¿Viste? Como... nimiedades, pero cosas más complicadas también. La educación de ella [su hija]. No, no, no, ustedes no tienen nada que decir, punto. Porque claro, estás acostumbrada a manejarte así, pero a ellos les parece que les dijiste que son malos abuelos, ¿no? Bueno, no, perdón, no lo voy a decir así, vamos a reformular... Pero sí, el tema de ser tan directos nos costó un montón, aprendimos eso, que acá no, ni se te ocurra, se ofenden todos rápidamente (Mariela, 38 años, E49).

La reinserción en las relaciones familiares es una cuestión que no solamente trastoca los vínculos con los miembros del grupo en origen, sino también *entre* los que regresan. Al conversar sobre los aspectos o cuestiones que se “extrañan” de la experiencia de la inmigración, la “soledad” que se experimentaba en la lejanía y que era vista como una de las principales desventajas llega a echarse en falta, en tanto proporcionaba cierta autonomía en lo cotidiano. Como cuenta Victoria:

Sí, extrañé cosas de España. Muchas... Y también extrañé, aunque parezca mentira, que estemos solos, la familia. ¿Viste? Esa libertad, de poder decidir el fin de semana, un poco, qué hacés, sin tener que ¡ah! Tengo el cumpleaños de pirulo, el bautismo de pirula o... tampoco tenemos tantos eventos pero, a veces, hay. Que allá no existe, allá tenés todos los fines de semana para decidir que hacés, aunque no hagas nada. Y me parece que al no tener gente, amigos en casa, nunca, porque no se usa, el vínculo con los chicos era otro, más de estar juntos. Compartía más cosas con los chicos, además es otra edad, también ¿viste? Me parece que acá el ritmo es muy... voraz. Entre el laburo, los chicos que tienen sus cosas y qué se yo, finalmente, te ves como más desconectado. Eso también me parece que cambió... Sí, a veces es raro, porque eso que es agobiante, que es estar solo, termina siendo bueno ¿viste? O después lo extrañas, es una sensación rara. No sé si a vos te pasa, eso que estás con la familia y ¡ah! ¡no! ¡qué agobio! Y cuando estás lejos decís, ¡ay, si estuviera mi mamá cerca, o mis hermanas! (Victoria, 45 años, E30).

Victoria tiene una familia numerosa y uno de los motivos por los cuales volvieron fue porque ella no se imaginaba un futuro en España, viviendo y criando a sus tres hijos/as lejos de los/las abuelos/as, tíos/as y primos/as. Tomar la decisión de volver fue una negociación compleja dentro de la pareja, en tanto su esposo, a diferencia de ella, forjó en la inmigración una carrera profesional ascendente y el retorno significó la interrupción de este recorrido. En la rearticulación de los vínculos familiares, no sólo está en juego la gestión de la relación con los miembros de la familia en origen, es decir con el grupo con el cual se produce el reencuentro, sino también las negociaciones al interior del grupo familiar que retorna. Al entrevistar a Agustín, pareja de Victoria, este es su punto de vista sobre el asunto:

Si yo no quiero estar con alguien, no estoy. Trato de no estar, mejor dicho, no estoy. Hago un esfuerzo por no estar. Con lo cual, me trae inconvenientes también, familiares. Porque no tengo ganas de ver a A, a B, a C o a D si los vi la semana pasada o hace 15 días. No me rompás las bolas.

¿Compromisos?

Sí, compromisos, ¿es la palabra? Sí, la costumbre, la familia no es compromiso, es costumbre. Qué se yo. Son diez mil, si cumple años este o el otro, todos los fines de semana tenemos un cumpleaños o un bautismo o una comunión. Un algo. Yo faltó a la mitad. Mucho más de eso no puedo faltar porque se complica. Y eso sí me lo echan en cara, “¿Ves? No me acompañás”, no sé qué... cosa que es verdad. No acompaño. [...] Yo encima que no tengo... si es por mí, fin de semana, ahora que viene el tiempo lindo... acá, así, mirando la piletta, jugando a la pelota con mis hijos, [...] Ese puede ser mi fin de semana y yo no tener ningún problema. Y eso es un problema. Para la pareja es un problema, está clarísimo. Así que, bueno, de vez en cuando hacemos algo solos. Vamos a algún lado, tampoco tanto (Agustín, 42 años, E21).

Estas narrativas del retorno relativas a las experiencias de tránsito de vuelta al grupo resuenan en el análisis que ofrecía Simmel (1986) sobre la soledad y la libertad como formas sociológicas y la relación entre ambas. Respecto a la soledad planteaba que cuando adquiriría verdadera importancia, ésta lo hacía no por la ausencia de toda sociedad, es decir, por la ausencia de vínculos, sino precisamente porque la soledad adquiere sentido a través de la existencia de relaciones sociales que a la vez que son postuladas, son negadas por el efecto de la distancia. “La soledad sólo adquiere su sentido inconfundible y positivo como efecto lejano de la sociedad, ya se presente ésta como eco de relaciones pasadas o como anticipación de futuras, o como nostalgia o como apartamiento deliberado” (Simmel, 1986: 88). En este sentido, la soledad es también la marca de la socialización porque es parte de una acción recíproca. “Por tanto, la soledad, que en apariencia es un fenómeno limitado al sujeto individual, y consiste en la negación de la sociabilidad, tiene, no obstante, una importancia sociológica positiva” (Simmel, 1986: 90). Planteaba este autor, que tanto la amargura como el placer asociados a la soledad son reacciones ante influjos sociales. De la mano de la soledad como forma sociológica, Simmel analiza la libertad, fenómeno que también, a primera vista “parece mera negación del vínculo social, ya que todo vínculo representa una constricción” (Simmel, 1986: 90). Sin embargo, la libertad adquiere un sentido mucho más positivo cuando un ser (individual o colectivo) está en relación con otros, porque se enfrenta a algo a lo cual contraponerse, concretamente, a las exigencias sociales que amenazan la libertad. La libertad es una “actividad sociológica”, o en otras palabras, “la libertad se muestra como un proceso continuo de liberación, como una lucha por conquistar, no sólo la independencia del yo, sino también el derecho a que, en cada momento, sea la *voluntad libre* la que se mantenga en *dependencia*” (Simmel, 1986: 91). En esta definición y relación de la soledad y la libertad como formas sociológicas podemos ver reflejadas las ambivalencias que atraviesan algunas de las experiencias de retorno relatadas en relación con los tránsitos concretos que implica la relocalización física y la reinserción en el grupo y también cómo estas se van resignificando en distintos momentos de la trayectoria migratoria, junto con las “amarguras” y “placeres” asociados a cada una de ellas en las distancias y cercanías que imponen la inmigración y el retorno.

Retomando la experiencia de Victoria y Agustín, conviene agregar que ésta refleja además otra de las problemáticas habituales de este tipo de movilidades, es decir: la de las parejas cuando en los procesos de retorno no hay acuerdo respecto a la decisión de volver, situación que dificulta la adaptación al nuevo contexto de todo el grupo familiar. La reinserción arrastra la sombra de en algún momento haberse planteado la posibilidad de la ruptura de modo que los conflictos de pareja son otra cuestión a resolver en el retorno. Victoria volvió unos meses antes que Agustín y procuró que la construcción de la nueva vivienda estuviera lista para que al llegar pudiera trasladarse todo el grupo familiar al nuevo espacio. La llegada de Agustín coincidió con el día de la mudanza y ambos lo recuerdan como un momento crítico. Comencemos por el relato de Victoria:

Y ese día, cuando estaban bajando las cosas del camión, aparece Agustín, que lo fue a buscar, por suerte, mi ex-cuñado. Y me lo trajo. Azul, de la bronca, por estar acá en Argentina. Pálido, ¿viste? que sabe ser pálido cuando quiere, hasta los labios pálidos [...] Pero bueno, así, ¡una cara de orto! Fue muy impactante ese día, la verdad, era muy loco. Yo con los de la mudadora diciéndoles donde ponían las cajas y el ahí, parado al lado, como una momia.

Y ¿entre ustedes?

Era una cosa... como un hielo.

¿Cuánto tiempo llevaban sin verse?

Tres meses... [silencio] Era muy... era algo muy raro. Y después, bueno, esos meses, que fueron duros. [...] Y se vino, porque yo le conseguí un laburo, entonces ya no tenía excusa, porque si no sí me iba a tener que ir... Y le conseguí un laburo.

¿Cómo remontan la situación?

Y, con... terapia él, terapia yo. Mucho llanto, mucha charla, mucho reproche. Cuando podíamos hablábamos, tampoco teníamos tanto tiempo. La vida no es simple, con tres pibes... ¡Uy! ¡me tengo que ir a buscar a Francisca!... Pero bueno, nada, y no sé si la remontamos todavía, ahí está, la verdad. Y él me dice, o sea, él a nivel consciente, dice “yo sé que no fue una decisión tuya, fue una decisión mía, porque yo si hubiera...” [...] Agustín tuvo muchas épocas de ser un ogro, directamente, entonces para los chicos también eso se hace difícil. ¿Viste? Llegar a tu casa y encontrarte con un ogro, que te va a decir cualquier barbaridad, o te va a retar por lo primero que hagas. ¿Viste? no está bueno. [silencio] No sé, entonces, eso hace todo más difícil. Ahora por suerte, está medicado. Es lo que lo mantiene, es algo. [...] No sé. Y muchas veces está verdaderamente, ácido y amargo, y bueno, sí, la verdad que las cosas no son lo ideal, pero tampoco podés verlo todo... porque si no te hace imposible llevar el día a día, ¿viste? Después el laburo este no le hizo muy bien. No tuvo una buena experiencia (Victoria, 45 años, E30).

El relato de Agustín, por su parte, es igual de intenso que el de Victoria:

¿Cómo te sentiste cuando llegaste acá?

Mal. Mal, muy mal. Me vine con un odio en la sangre que me invadía todo. Todo. Desesperado, desesperanzado. Estuve mucho tiempo así, ¿eh? No fue 10 días. Fueron dos años. Dos años de putear.

¿De putear contra qué?

Contra mí, contra Vicky, contra el país, lo que quisieras. Porque aparte yo pasé de un laburo allá, donde era Gardel, era el laburo que más me gustaba. [...]. Y sí, y ahí dije, bueno. Llegué. [...] Ya llegué a donde quería llegar. Pero no, en realidad, no quería llegar hasta ahí, quería un poco más. Y cuando vine estaba enojado, enojado, enojado. Enojado con Victoria, muy enojado con toda mi familia política, muy enojado. Muy enojado. No quería saber nada con nada. Todo me parecía mal, no me gustaba el colegio de los chicos, no me gustaba la gente, no me gustaba nada, nada, nada, nada.

¿Por qué?

Porque todo, todo me parecía, me parece –no me parecía, me sigue pareciendo igual, no cambié de opinión– racista, clasista, mentirosos, falsos, cínicos, garcas [*tramposos*], faltos de todo sentimiento y sentido de la solidaridad. Eh... mediocres, todo una gran mediocridad, una enorme mediocridad. Todos mediocres, todos. Muy ¿cómo se dice en España? ¿estrecho de miras? Estrecho de miras. Toda esa picardía y esa cosa que a mí me gustaba, evidentemente, me empezaron a parecer, me parecen, ba, todos defectos. Todas esas cosas que me parecían virtudes me parecen enormes defectos. Falta de seriedad para todo, la palabra no vale, por ahí no valió nunca, ¿viste? No lo sé. Todo trucho, todo sucio, todo desordenado, todo mal, todo para atrás. Aparte acá llegué y empecé laburando, por un contacto de Victoria, me consiguió laburo, y desde allá a la planta de mierda al lado del [Río] Reconquista ... No, ¿viste? era un paso que no... no me lo banqué. No me lo banqué. No, me costó muchísimo. Bueno, y de hecho, tuve que hacer, ya en el avión tenía turno con la psicóloga. Pero después empecé tratamiento psiquiátrico porque no había manera para tratar la depresión. Mi depresión es en forma de enojo, yo no es que me quedo así, mirando para arriba, diciendo, ¡ah! No, me enojo, me enojo con todo, puteo por todo y no se puede vivir así. Así que nada, tomando pastillitas para que todo me chupe un huevo, así con esas pastillitas la cosa fue siendo más... Y bueno, después con el tiempo.

¿Cómo es el proceso con Victoria?

Nada, cagarnos a trompadas 200 millones de veces, por ese tema. Hasta que bueno, hasta que dejé de echarle la culpa, qué se yo. Y asumirla yo. Porque en el fondo, en ese momento, yo lo que sentí es... me agarró los chicos de rehén. Y bueno, y ¿qué vas a hacer? Yo fui donde estaban los chicos, separado o no, pero donde estaban los chicos (Agustín, 42 años, E21).

Sin duda, como vemos, los procesos de adaptación de las parejas son mucho más complejos cuando están atravesados por las diferencias en la decisión de retornar. Florencia y Juan, así como Pilar y Maxi, pasaron por situaciones similares, pero en sus casos eran ellas las que no querían volver. Habían desarrollado sus trayectorias profesionales satisfactoriamente, después de muchos años de intentos y esfuerzos. Florencia admite que el proceso de readaptación fue “muy complicado” porque había “deseos diferentes”, “completamente opuestos”. Mientras “el deseo de él estaba puesto en el retorno, mi deseo estaba puesto en mi vida allá”. Florencia dijo en la primera entrevista que intentaba ver la parte “positiva” y su objetivo era capitalizar sus estudios y su experiencia laboral en Argentina, sin embargo, no era tan sencillo llevarlo a cabo: “La idea está, lo que pasa que después en el día a día sostener esto, que uno lo plantea así como un ideal, es complicado, porque bueno, se te va viniendo encima en la cabeza, porque vos decís, ¡uy! ¡no tengo trabajo! y ¡necesito ir a trabajar!”. Para Juan el proceso de adaptación fue más sencillo: “porque él está donde quiere estar”, sin embargo Florencia sufría “algunas depresiones”. En la segunda entrevista, había pasado un año, y si bien su situación laboral había mejorado, la de la pareja había empeorado.

Juan no terminaba tampoco de acomodarse bien en sus laburos. A mí me daba esa sensación, yo tenía esa percepción y también había como una imposibilidad de hablarnos, porque a mí me parecía que él tenía que estar... no sé, yo también tenía esa sensación de “vinimos porque vos querías y entonces ahora estás mal” (Florencia, 38 años, E36/II).

Florencia y Pilar son amigas, y compartieron juntas las angustias al respecto:

Hablando con Pilar, había un montón de cosas que nos sentíamos parecidas. Bueno, ella también dejó su trabajo, situaciones muy paralelas, ella también estaba en una situación de que no se hubiese ido, entonces sí, con Pilar lo hemos charlado bastante. Porque eran situaciones de verte muy en paralelo, ¿no? Que estas cuestiones, a lo mejor yo, sinceramente, la verdad, yo si no hubiese estado bien con Juan, me hubiese quedado allá, me armaba mi vida allá (Florence, 38 años, E36/II).

Pilar, por su parte, un año después de llegar y con la ayuda de psicoterapia pudo encontrar “su sitio”, verbalizar sus emociones y reconocer cuáles la atravesaban en el momento de volver. En la segunda entrevista, a diferencia de la primera, pudo expresar sentimientos respecto a su pareja que en la primera oportunidad que nos vimos no aparecieron:

Y yo la verdad que sufrí mucho. Para mí era como, o sea, odiaba a Maxi... o sea, ¡lo odiaba totalmente! Era como ¡te odio! Sí. Lo odiaba, me pone en esas situaciones, siempre voy corriendo detrás de lo que él quiere, no entiendo... o sea, no veía ninguna mejora. Porque encima no teníamos casa, no teníamos laburo. ¿Por qué lo hacemos siempre todo mal? Y bueno y ahora, digamos, estamos bien, porque es evidente que las cosas acá nos van mejor. Laboralmente, yo casi no he cambiado mi trabajo. Maxi tiene posibilidades de trabajo, cosa que allá no pasaba, porque desde el 2010 no había forma, Ni por activa ni por pasiva. O por lo menos nosotros no encontramos la forma que nos permitiera seguir estando allá, porque lo que le pasaba en Madrid o en Barcelona es que no había posibilidad de proyectar, de ir más allá. Con lo cual, bueno, eso también incide un poco en la pareja ¿no? Esa cuestión de encontrar otros proyectos, otras cosas, que bueno... que ha sido duro, pero que al final ha valido la pena. Él a mí me decía, “me costó mucho convencerte. Te tuve que disfrazar la cosa de muchas cosas para que me creyeras, porque vos no me querías creer”. Y le digo, “y no, la verdad que no, no es que no te quería creer, yo no quería que se me pinchara el globito que yo me había montado y que para mí era perfecto. Y que yo sentía que si veníamos acá era porque a vos no te habían ido bien las cosas”. Eh... sí, tal vez una forma egoísta, como diciendo, a mí me va bien, a vos te va mal: bueno, arreglate como puedas (Pilar, 43 años, E17/II).

Para quienes atraviesan este tipo de situaciones, la clave está en que transcurra el tiempo; el necesario para acomodarse (ya sea laboralmente, residencialmente, etc.), para lograr cierta estabilidad, situación que puede contribuir a la mejora de la relación. Sin embargo, las crisis que atraviesan las parejas no siempre son fáciles de superar. A cinco años de haber vuelto, Victoria evalúa de forma general su experiencia y en particular la relación con su pareja. Todavía no es capaz de valorar el impacto que todo aquello ha tenido para la relación:

Para mí fue muy enriquecedor haber vivido en otro país [...] Yo creo que me dio otra perspectiva; de la realidad, de la vida. Y a los chicos también, yo creo que para los chicos también fue muy enriquecedor. Eso no quiere decir que no haya tenido un alto costo, en muchos aspectos. El que más lamento, digamos, es el matrimonial. ¿No? Y después, también el social. Digamos, yo no sé si valían la pena los vínculos que yo tenía acá... pero que no los tengo hoy. Quizás no eran valiosos, y bueno... no perdí nada, no lo sé. Yo creo que, en síntesis, para mí, en lo personal, crecí como persona, para mí fue positivo... Para

el matrimonio, no lo sé, todavía no te puedo decir, si fue algo positivo o negativo. No fue fácil... no fue fácil (Victoria, 45 años, E30).

Junto a la adaptación de las parejas, el otro gran tema en los discursos sobre la experiencia del retorno es la reinserción de los/las hijos/as. Hay una diferencia reseñable en función de la edad a la que se emprende la vuelta. En este sentido, las situaciones más complejas de adaptación se detectan en aquellos casos que regresan en la niñez o adolescencia, mientras que el proceso parece menos problemático en el caso de los/las jóvenes, siempre y cuando hayan podido participar en el proceso de toma de decisiones y optar o no por retornar junto con el grupo familiar. Respecto a los niños y niñas, algunos nacieron en Argentina y se fueron con sus padres siendo aún muy pequeños/as, en otros casos, nacieron en España, con lo cual el traslado a Argentina significa más un proceso de emigración que de retorno. La estrategia familiar de emprender el retorno antes de que sea “demasiado tarde” para los/las hijos/as menores es una dinámica que se repite en este tipo de movilidad. En este sentido, la misma situación fue detectada por Maletta y Szwarcberg (1985) en su investigación sobre el retorno a Argentina que se produjo en los años ochenta:

“Muchos eligen el momento del retorno en función de que sus hijos no han llegado a la adolescencia, en que ya sería “demasiado tarde” para obligarlos a retornar (o a ir por primera vez) a la Argentina. Para muchos de los hijos, el retorno será como un nuevo exilio, una migración forzosa a un país desconocido, generalmente inferior en la realidad a las optimistas idealizaciones pintadas para ellos por sus padres” (Maletta y Szwarcberg, 1985: 32-33).

Esa idea que tenían algunos padres/madres de que el proceso sería más sencillo si no esperaban a que sus hijos/hijas crecieran demasiado resultaba cierta, pero sólo en parte, tal como también hemos comprobado en esta investigación. La “sencillez” en este sentido está más relacionada con el proceso de toma de decisiones de los padres y madres en lo relativo al retorno –aspecto sobre el cual los/las menores no tienen la posibilidad de decidir– que con las experiencias de reinserción posteriores en el país de destino. Por ejemplo, las hijas mayores de Victoria y Agustín, o de Florencia y Juan, manifestaron su deseo de no querer volver a Argentina. Así relata Florencia el proceso de retorno de sus hijos:

¿Cómo fue la decisión con los chicos? ¿Cómo lo vivieron ellos?

Bueno, Rocío no podía parar de llorar, porque era consciente de lo que era irse del país. Rocío fue la que fue y vino con nosotros. Y entonces, ellos habían venido [a Argentina] cuando Rocío tenía cinco años y Matías tenía un año. No se acordaban de nada. Mi suegra no había ido para allá, entonces prácticamente no se conocían. De hecho, ella lo dijo, “es que me están llevando a un lugar donde no conozco a nadie, donde en realidad mi abuela es una voz en el teléfono”. Cuando hizo esa representación de una voz en el teléfono, o sea, es verdad, ¡es una voz en el teléfono! Y además separarse de mi vieja, ellos con mi vieja y con el marido de mi vieja han tenido una relación súper estrecha porque se quedaban un montón en casa de mi vieja, tenían su habitación, entonces todos los sábados Rocío iba de compras con mi mamá, se iban a desayunar, a comer por ahí. Matías estaba muy apegado al marido de mi vieja. Entonces bueno, cuando llegaron acá,

el primer día bien porque bueno, todo el mundo los saludaba y qué se yo, al tercer día se querían pegar la vuelta, ¿viste? “No quiero estar acá, no me gusta, no sé qué, no sé cuántos”, Matías llorando desconsoladamente, hubo momentos que dejaba de comer. De hecho después se enfermó un montón, adelgazó un montón. No comía ni al mediodía ni a la noche, solamente comía, qué sé yo, un pedazo de pan. Entonces era, cada día, sentarnos a comer y él no. Siempre lo enfocamos mucho en Rocío porque era la más grande, pensando que Matías como era más chiquito no iba a sufrir. En realidad el que sufrió más fue Matías. Esas cosas que uno se imagina ¿no? [...] De hecho, lo que nosotros pensábamos, porque Matías nunca expresó nada, al contrario, todo muy bien con que nos viniéramos para acá. Como contento. Y era Rocío la que lloraba, la que... en el aeropuerto, por ejemplo, la que hizo escándalo, que se abrazaba a mi mamá, y no había manera de sentarla y qué se yo, había sido ella. Entonces claro, con Matías, nos sorprendió que sea él, el que, sinceramente... está bien que, en cierta manera, está también más pegado a mí. Y bueno, y pienso que también debe influir que yo tampoco esté muy a gusto acá (Florencia, 38 años, E36/I).

En el caso de los hijos de Florencia, cabe pensar que el hecho de que Rocío y Matías nacieran y se criaran en España, sumado a que los abuelos maternos vivían allí y que visitaron Argentina en sólo una ocasión, son factores que han influido en su proceso de adaptación, en tanto se mudaban a un lugar desconocido y de desconocidos. Sin embargo, dificultades similares afrontaron Juana, Santiago y Francisca, hijos de Victoria y Agustín, que tenían prácticamente a toda su familia en Argentina y volvían allí todos los años de vacaciones. En su caso, el proceso fue, en principio, más difícil para Juana. Agustín, su padre, relata así cómo le comunicó a su hija la posibilidad de volver a vivir en Buenos Aires:

¿Te acordás el momento de hablar con ellos?

Juana me hizo prometerle que íbamos a volver a vivir a Argentina, cuando nos fuimos. Tendría 5 años ella, yo calculo. No sé, 5 años. Me dijo, “papá, prométeme que vamos a volver a vivir a Argentina”. Bueno. Y cuando volvemos a vivir acá le digo, “Juani, ¿te acordás que yo te había prometido que íbamos a volver a vivir a Argentina?” Y me dijo, “Sí, pero yo ya no quiero volver”. No, no quería volver. Estaba muy bien, era feliz, estaba en la suya... su planeta era ese. Y acá les costó (Agustín, 42 años, E21).

Por su parte, el relato de Juana sobre aquella decisión también pone en evidencia los desajustes que a menudo se producen entre las expectativas de padres/madres e hijos/as respecto a los proyectos de retorno y explica con mayor detalle lo que para ella implicaba mudarse nuevamente de España a Argentina:

¿Te acordás el momento cuando te lo dijeron? ¿Qué te dijeron? ¿Por qué?

De repente me estoy dando cuenta que tengo muchas lagunas. Porque me lo decías el año pasado, hace dos años, y me lo acuerdo de memoria. Pero, últimamente, eh... Papá, vino y me preguntó, porque yo cuando era chiquita le decía que me quería venir acá. Por mis primos y toda la mierda. Y mi papá me pregunta, “Che, Juani, ¿te acordás que vos me dijiste que querías volver a Argentina? Y yo le dije, sí. “¿Te gustaría volver?”... Y yo le dije, no [risas]. Después nos vinieron a hablar... Francisca no entendía, Santiago creo que tampoco, o más o menos. Santiago entendía como venía la cosa, pero Fran era chiquita,

tendría 3 años. Y nos dijeron que era... la típica... por el bien... para establecernos mejor y toda la mierda esa. Y bueno, y nos volvimos a mudar y cuando vinimos acá... o sea, en España, la mudanza de Argentina a España tampoco fue tan complicada y mudarnos dentro de España, tampoco, no lo recuerdo tan traumático. Pero la movida de España a acá, muy jodida... muy jodida. O sea, fue un *shock* importante, volver de España.

Cuando tu papá te preguntó, que le dijiste que no querías volver ¿por qué no querías?

Ah, porque ya tenía amigos ahí. Y ya sabía cómo venía la mano de la mudanza y ¡me daba ¡una fiaca! [*pereza*] Y bueno...

Pero ¿cómo? ¿cómo venía la mano de la mudanza?

Mover todas las cosas, volver a tener otro cuarto, otros amigos, otro colegio, otro país, lo que mierda sea dónde quieran ir. Volver a empezar de nuevo ¡por decimaoctava vez!... Es como, cada cinco minutos se trababa el disco de *reset, reset, reset, reset...*

Claro, y vos ahí no podías decidir...

¡¿Estás loca vos?! [*risas*] Todavía no puedo... en cuatro años te digo (Juana, 14 años, E3).

Es posible que para quienes partieron en la niñez los procesos de reinserción que supone el retorno en la adolescencia o juventud sean a fin de cuentas tanto o más complejos que los de su adaptación en el país de destino. En este sentido, los hallazgos coinciden con lo planteado por Pinto Luna (2013) en su investigación sobre las experiencias de retorno de los/las hijos/as de exiliados/as a Chile. Desde el punto de vista de la generación que emigra, para los/las niños/as y adolescentes su pasado en relación con el país de “origen” es en realidad una historia que pertenece más a sus padres que a sí mismos/as; es un pasado que se vuelve borroso con el tiempo, que no se recuerda demasiado y que para los procesos de retorno implica en realidad llegar como “extranjeros que debían crear vínculos de amistad, espacios y vivencias” (Pinto Luna, 2013: 194). La forma en que los grupos familiares transitan los procesos de retorno afecta a todos sus miembros y, en este sentido, la gestión de esta situación por parte de las personas adultas del grupo marcará la pauta de esta experiencia en el caso de las menores. Maletta y Szwarcberg (1985: 51) destacaron en su momento la importancia que tienen los mecanismos proyectivos entre padres/madres e hijos/as a la hora de evaluar la in/satisfacción con el retorno. Los procesos de reinserción de los/las primeros/as atraviesan también los de estos/as últimos/as (y viceversa). Como dijo Juana, respecto al proceso de adaptación de sus padres:

Y bueno, mis viejos... a mi viejo le costó mucho, apenas llegamos acá, a esta casa. Sí, estaba bastante... tenso. Mi vieja también. Porque, aparte, cuando tus viejos están tensos también se te transporta a vos y es jodido. Pero después ya nos acoplamos bastante (Juana, 14 años, E3).

Al igual que las personas adultas, sus hijos/as también atraviesan un período de adaptación a esa nueva realidad que les toca vivir y algunas tensiones se vieron reflejadas, en ocasiones, en sus procesos de escolarización. La escuela será un medio de socialización relevante en las experiencias de reinserción de los/las menores (Maletta y Szwarcberg, 1985). Vale la pena retomar el análisis de algunos aspectos relativos a la reinserción escolar de los/las hijos/as de algunos/as informantes, en tanto emergieron con cierta recurrencia en varios relatos. Por lo general, estos aspectos están relacionados con las condiciones particulares en las cuales niñas y niños ingresan al sistema educativo. En algunos casos, por cuestiones de calendario, se incorporan en cursos que ya habían completado en España, lo que les produce cierta frustración inicial, tal como relataron Florencia o Marcela en el caso de sus hijos/as. Sin embargo, casi más relevantes que los aspectos académicos parecen ser aquellos relativos a la socialización en el nuevo espacio (evidentemente, estos últimos pueden acabar afectando los primeros). El ingreso en nuevos centros educativos no supone simplemente la im/posibilidad de dar continuidad a la trayectoria escolar en el punto en el cual se dejó en España o hacer nuevas amistades; esta reinserción implica también una toma de contacto con múltiples aspectos que pueden resultar tan novedosos como ajenos y a los que deben adaptarse: modelos educativos, sistemas pedagógicos y formas de ejercicio de la autoridad distintos; modelos de género y pautas de relaciones entre pares diversas, que suponen cambios en las formas de transitar la infancia o la adolescencia, así como también espacios sociales donde se articulan nuevas relaciones y estructuras de clase.

Los tres hijos de Agustín y Victoria retomaron las trayectorias educativas en una institución privada bilingüe en su zona de residencia en el conurbano bonaerense. A los pocos años, uno a uno, les pidieron que los cambiaran de colegio. La hija mayor, Juana, tuvo una experiencia de adaptación especialmente compleja en ese espacio (similares, aunque menos intensas, fueron las de su hermano y hermana menores). Sus trayectorias educativas comenzaron en España, en un colegio público de Madrid, que Juana calificó “de inmigrantes”, posteriormente continuó en otro colegio, también público, en una zona rural del norte de España. El salto a un colegio de esas características en Argentina fue un cambio importante en relación al espacio de clase de destino y origen, algo que el relato de Juana deja entrever:

Pero la movida de España a acá, muy jodida... muy jodida [...] Porque a la capa de mi vieja, bueno, no, pobre, no tiene nada que ver, pero mi mamá me metió en un colegio bilingüe, apenas llegamos acá... ¡me torturaron esos hijos de puta! [risas] [...] Yo venía de España, ¡cero *english*! [...] y el primer día de clase, entra la profesora ¡y empieza a hablar todo en inglés! Yo la miraba con cara de ¡esto es “ponja” [*japonés*] básico! ¡Dónde mierda me metieron! [...] Tenía insomnio. Estaba muy flaquita. Me iba para el orto en el colegio. O sea, fue un shock importante volver de España. [...]

Bueno, esto en el colegio, y los amigos, ¿qué tal?

No, cero. No había.

¿Por qué no había?

Porque era un colegio bilingüe, era un colegio de mierda. Y a las profesoras no les caía bien, a las directoras no les caía bien, a mis compañeros tampoco les caía bien, por lo tanto, ¡estaba excluida totalmente de la sociedad! [*actuando, con tono dramático*] Con un poquito más de odio de la sociedad también. ¡Porque era diferente! ¡Porque hablaba raro! y por todas esas pelotudeces. Y acá en este barrio...

¿Cómo que hablabas raro?

Claro, porque tenía un poquito de acento todavía. Entonces hablaba raro, a veces decía tú o conjugaba verbos diferentes y cosas así y mi inglés era malísimo. Entonces acá es un círculo bastante cerrado también y no supieron adecuarse a lo diferente como yo. Y, todavía no se adecuan. [...] Porque... cuando llegué al principio, bueno, mil pibes tratando de ver qué mierda era yo. Cuando averiguaron que era una cosa diferente, medio así hiperactiva, no les gustó y empezaron a tratarme para el orto [...] La típica, porque yo, a mí me gustaba mucho jugar al fútbol. Venía de España, que estaba ahí en el campo, o sea... no era la persona más fina del universo y me gustaba hacer mucho deporte y bueno... yo entraba al colegio y lo primero que me decían era ¡ey marimacho!, la típica, marimacho, lesbiana, torta, bueno, las típicas, tonta, fea. Y esas. Era siempre lo mismo. Cuando estaba caminando así, venían, me hacían un cuerpo, me tiraban al piso, cosas por el estilo... Todo el tiempo... taca taca taca [...] Aparte, me picaron el seso, y de ahí yo me la creía la que me decían. [...] yo era la diferente... Era una masa homogénea de pelotudos, venían todos de familia con plata, eso estoy segura. Total y exclusiva discriminación a los de clase más baja o a los que... les molestaba mucho que la gente no fuese igual que ellos. Por ejemplo, tenían todas el mismo corte de pelo. Todas la misma ropa, se juntan todas en el mismo lugar, hacen todas las mismas cosas, es como una masa homogénea de... personas, con una misma ideología..., aparte, si venís con una diferente te... te lijan, hasta que quedás igual. Eso. [...] Entonces... como ya no podía defenderme con palabras, porque no entendían, empecé a usar la violencia física y ahí se complicó más la cosa. Era, todos los días a la oficina de la directora. Y la directora, en realidad, la verdad, les chupaba un huevo, no llamó nunca a mi vieja. Y la dueña del colegio, tampoco. O sea, mi vieja no se enteró. Si no le contaba yo, no se enteraba en la vida [...] Hasta que un día decidí mandarlos a la mierda y me cambié de colegio y empecé a hacer el curso para el colegio al que voy actualmente. Logré ingresar, después de mucho esfuerzo y hoy en día ¡soy la persona más feliz del mundo! [*risas*] (Juana, 14 años, E3).

El caso de Juana y su hermano, Santiago, son los únicos de los que disponemos de su relato de forma directa, en otros casos, han sido sus madres o padres quienes han destacado estas cuestiones relativas a la escolarización en relación con los procesos de retorno de sus hijos/as. Una experiencia similar a la de Juana atravesó la hija de Lucía, aunque en una institución pública “prestigiosa” de la ciudad de Rosario, los inconvenientes también desencadenaron un cambio de centro educativo. Lucía relató en primer lugar algunos inconvenientes a la hora de inscribir a la hija en el colegio:

A todo esto, para entrar a la escuela no la querían admitir porque venía de España, porque hablaba valenciano, a la directora le termino diciendo, “no me discriminaron en España siendo sudaca, vengo a mi país y tener que tolerar que en mi propio país me discriminen” y me dice, “no, lo que pasa que los chicos que vienen con otro idioma tienen muchos problemas de aprendizaje”. Entonces yo la miro y le digo, mirá, me produce mucho dolor que vos te creas dueña de una escuela pública, vos sos personal de una escuela pública, mostrame si hay plazas o no hay plazas, y si hay plazas, vos la tenés que admitir.[...] Después cuando vio que Ana tenía DNI argentino: “¡Ah! ¡Pero esta nena nació acá! ¡Ah bueno!” Ah, ¿mirá vos?, le digo... ¡sigue siendo la misma nena! No, no,

no, yo no lo podía creer. Viste cuando vos decís, ¡cómo tenía idealizado este país! Yo decía no, porque los argentinos son re progresistas... ¡ese era mi círculo de la facultad! Me empecé a topar con ese tipo de cosas. Al final le tomaron un examen de admisión, lo hizo bien, pedagógicamente brillante [...] pero a nivel social le fue de una manera espantosa (Lucía, 45 años, E47).

En este tipo de discursos no hay que olvidar que las valoraciones sobre estas experiencias de escolarización estarán mediadas por la percepción que de ella tienen las personas adultas. Lucía o Agustín mostraron en este sentido cierta insatisfacción con el tipo de institución educativa al que asistían sus hijas/os, percepción que se refuerza aún más cuando entienden que las autoridades de las mismas tampoco darán respuesta a las problemáticas particulares que les afectan; sin duda, sus observaciones sobre los procesos de escolarización de los/las menores estarán atravesadas por este tipo de valoraciones. Retomamos ahora el relato de Lucía referente a los aspectos específicos del proceso de reinserción social de su hija Ana:

Bueno, cuando Ana entra, las nenas se le vuelcan encima, la empiezan a invitar a cumpleaños super-pomposos, porque venía de España... [*silencio, ríe*]. Y ella que es lo más campechano, aparte criada en un pueblo, mentalidad de pueblo, medio infantilona. Cuando empiezan a ver que no es la chica *fashion* de serie de *Disney Channel*, toda esa burbuja se cae y le empiezan a hacer *bullying*. Yo hasta ahí el *bullying* lo había trabajado en teoría, nunca me imaginé que mi hija iba a vivir eso. Ni siquiera en la escuela de allá le hicieron *bullying*, siendo un pueblo súper cerrado [...] Y Ana la empieza a pasar mal; mal en el sentido de que le clavaban el paraguas, le tiraban la merienda al suelo y se la pisaban. Cosas feas, que ella al principio cree que es un accidente, hasta que la amenazan de pegarle. Vos la viste, no es lo que se dice extrovertida, bueno, voy a hablar con la dirección y eran todos amiguets de estos padres. No pueden ver lo que pasa, no me contienen, no la contienen a Ana, entonces yo me lo tomo con calma y digo: bueno, voy a tratar de conseguir traslado a otra escuela que tenía buenas referencias, buscando también una enseñanza más alternativa, porque era muy conservadora la otra enseñanza, y la suerte que tuve, que me anoté en el traslado y me tocó el cargo acá [*refiriéndose al colegio donde es maestra actualmente*]. Y claro, al tocarme, ella puede entrar, porque no había plazas. Y bueno, entró, y si bien tuvo algún problemita, es otra realidad, a nivel compañeros mucho mejor (Lucía, 45 años, E47).

La mención del *bullying* también estuvo presente en el relato de Agustín, sin embargo, el informante considera que este fenómeno forma parte de una serie de “códigos culturales” distintos y novedosos para sus hijos/as y a los cuales, por tanto, no pudieron adaptarse.

No entendían los códigos. Santiago lo de “la tribu” no lo entendió, pero porque no lo vivió, no lo mamó nunca ¿viste? Ahora lo entiende un poco más, pero no le gusta eso de la cargada, del gaste, sobre todo en pibes varones, que se ponen más boludos, ¿viste? En Argentina el famoso *bullying* es lo normal, es lo natural, es lo que se practica, lo que se hace y lo que se estimula. Es la verdad. Los docentes no lo condenan, no hay nadie en una escuela tratando de evitarlo. Porque uno piensa que el *bullying* es agarrarlo de las orejas y colgarlo de un árbol. Pero no, hay otro *bullying*; verbal, constante, permanente, que lo hacen todos los pibes. Es permanente, está instalado, es todo el tiempo [...] Y no hay docente que eso lo pare, lo entienda, lo nada (Agustín, 42 años, E21).

En la entrevista con Santiago, el joven resumió en pocas palabras su situación: “Empecé el colegio acá, después me cambié al colegio que estoy ahora [...] me molestaban todo el tiempo y no me gustaba...; me jodían, me pegaban, no sé... allá todo el mundo se molestaban entre ellos, se pegaban. En el colegio que estoy ahora, no”. (Santiago, 12 años, E2). Cuando se trata de casos de niños/as más pequeños/as (en edad pre-escolar), o de jóvenes que podrían haber decidido quedarse en España pero prefirieron volver con sus padres, los procesos de adaptación aparecen como menos problemáticos; en el primer caso porque no tienen plena conciencia de las implicaciones de esos cambios, como observa Juana respecto a su hermana menor y como se ha constatado en los casos de los/las hijos/as de María, Jimena, Valeria, Viviana, Esteban, Marina, Gabriela o Héctor; en el segundo, porque se trata de jóvenes que tienen otra madurez a la hora de afrontar el proceso y que en algunos casos pudieron tomar la decisión de si volver o no, o incluso retornaron antes que sus padres (como en el caso de los hijos de Juan Manuel o Sofía).

Sin duda, los procesos de retorno de las/los hijas/os requieren investigaciones que estudien este fenómeno de forma específica si pretendemos arribar a conclusiones generales. Si bien no es posible ofrecer tales resultados en un trabajo de estas características, sí resulta relevante destacar algunas aristas de este fenómeno en tanto forma parte de los procesos de retorno de los grupos familiares. No sostenemos aquí que las problemáticas analizadas puedan extenderse al conjunto de las/los hijas/os de las personas retornadas –es más, si consideramos los matices comentados en el párrafo anterior podemos afirmar que la mayor parte de los/las niños/as y jóvenes que retornan no experimentan este tipo de tránsitos ni tienen por qué atravesar la clase de situaciones antes descritas– sin embargo, tampoco hemos querido que tales experiencias quedaran invisibilizadas en el análisis y dejar a un lado las vivencias de estas/os jóvenes, en tanto también son protagonistas de los procesos de retorno reciente.

6.2. *(Des)encuentros: de las amistades “de toda la vida” a la complicidad entre retornados/as*

Al igual que en los procesos de reinserción a las relaciones familiares, al analizar la vuelta a los vínculos amistosos también se identifica una diversidad de escenarios. En ocasiones se retoma la relación con las amistades “de toda la vida”, como si “nada hubiese cambiado”, como si “no hubiese pasado el tiempo”; pero también hay casos en los que recuperar estos vínculos después de muchos años se percibe como inviable. En el medio, los matices. Mientras que es posible continuar con algunas amistades de antaño, no lo es con otras y casi siempre se establecen nuevas relaciones, a menudo, con personas que también han experimentado la emigración, la inmigración y el retorno, con España u otros destinos. Asimismo, se mantienen ahora a la distancia los vínculos afectivos con aquellas personas que permanecen en España. A la hora de volver a las amistades, por distintos motivos, se producen tanto encuentros como desencuentros, como vamos a analizar a continuación.

Para retomar las relaciones de amistad, un aspecto fundamental es haber sostenido esos vínculos durante la inmigración. Mantener la comunicación e ir incorporando los distintos medios disponibles –cartas, correos electrónicos, llamadas telefónicas y, últimamente, medios que permiten cierta inmediatez y contacto cotidiano, como las videoconferencias, las redes sociales y la mensajería instantánea a través del teléfono o el ordenador– ha sido relevante a la hora de retomar las relaciones al volver. Estar pendiente de la comunicación fue una forma de cuidar esas relaciones a distancia y seguir en contacto. A esto se suman los momentos compartidos en los viajes de visita a Argentina que ofrecían oportunidades para el reencuentro y la reactualización de las relaciones cara a cara. Como matiza Silvia, no es que se haya “reencontrado” con sus amistades, sino que “las mantuvo” durante todos estos años:

Las amistades... Yo soy muy metódica, no sé si metódica... constante. Tengo amigas de diferentes etapas de la vida y las mantengo... sí, las mantengo. Pero mirá, los mantengo desde la época que les escribía cartas, porque cuando yo me fui allá, estaba el email y todo eso, pero... no todas mis amistades lo tenían. [...] Y mandaba cartas, después vino toda la época del correo electrónico, pero tengo amigas que me dicen, “yo todavía tengo tus cartas”... porque era lindo, digamos. Y hace un tiempo atrás, una amiga mía me dijo, “te la voy a leer”. ¡Era lindo! hacía una descripción... Así que sí, las mantuve las amistades, no es que me reencontré, las mantuve, las veces que vine aquí nos vimos, no había un hueco, en ese sentido (Silvia, 60 años, E51).

No perdimos amistades. Primero porque manteníamos contacto, a través del mail y luego los viajes periódicos, cada año, año y medio, era la posibilidad de volver a ver a todo el grupo de amigos y tal, entonces cuando volvimos rápidamente estábamos de vuelta con el mismo grupo de gente de cuando nos habíamos ido (Esteban, 37 años, E31).

Parece evidente que mantener la comunicación a distancia, estar pendiente, así como aprovechar los reencuentros en los viajes de visita facilita retomar los vínculos de amistad cuando se produce el retorno; de esta forma lo que se evita es la pérdida del lazo afectivo, aunque temporalmente haya estado mediado por la distancia física. Los hallazgos, en este sentido, coinciden con lo planteado por Herrera y Pérez Martínez (2015) que destacan la importancia del mantenimiento de los vínculos transnacionales durante la trayectoria migratoria a la hora de aportar fluidez a los procesos de reinserción social en la experiencia del retorno. Estas amistades suelen funcionar también como un apoyo en ese momento del regreso, ya sea porque contienen emocionalmente o porque son una ayuda a la hora de resolver cuestiones relativas a la instalación (encontrar una vivienda, un trabajo, etc.).

Tras un primer período de entusiasmo con el retorno las relaciones de amistad se acomodan a la rutina, a “la vida normal”, aunque aún se sostienen porque, como se ha dicho, la constancia para mantener el vínculo a distancia hace posible que al volver pueda retomarse y darle cierta continuidad. Si bien las diferencias en las trayectorias de vida entre quienes se quedaron y quienes se fueron no son un motivo suficiente para no retomar la relación de amistad, sí que al volver se transforman las dinámicas de estas

relaciones, en tanto el reencuentro se produce en un momento del ciclo vital diferente al previo a la emigración. Por lo general, el desarrollo de las trayectorias laborales y familiares hace que tengan poco tiempo para compartir momentos juntos, en tanto deben conciliar jornadas laborales con la vida de pareja, la paternidad/maternidad y la relación con la familia extensa. Como resumió Marina respecto al poco tiempo que tiene para compartir con sus amigas: “cada una tiene su vida”. David también destacó esta cuestión relativa a la relación con sus amistades posterior al retorno:

Con tus amigos, pensás: ¡Uy! ¡Voy a recuperar todo el tiempo perdido!... No, llegás acá y tus amigos tienen la misma edad que vos, están con otros miles de proyectos igual que vos, generaron familia y tus momentos de encuentro son muchos menos. No vas a salir todos los fines de semana como salías antes. Eh... y, por suerte yo me pude reincorporar al club, volví a jugar, era un capricho que tenía y todo eso te ayuda un montón porque estás con los pibes más chicos que vos, porque volvéis a boludear un poco (David, 33 años, E32).

El cambio en las rutinas y los ritmos de la vida adulta disminuye el tiempo de ocio disponible y las relaciones de amistad se adaptan a esa nueva situación. Sin embargo, este no es el único motivo que hace que estos vínculos se transformen; en otros casos no siempre es posible darles continuidad tras el retorno. Es común que en los relatos se mencionen los “cambios” que se produjeron durante la ausencia, ya sea del grupo de amistades en general, de sus miembros en particular y, por supuesto, de la persona que retorna. En cualquier caso, es la suma de todas estas modificaciones la que distancia las trayectorias vitales de los miembros del grupo, los recorridos realizados por cada uno y parecen impedir retomar los vínculos de antaño. Pareciera que los caminos se bifurcaran y ya no encuentran puntos de contacto y, por tanto, de encuentro, que permitan sostener la relación. Una situación habitual tiene que ver con las transformaciones que se producen dentro del propio grupo de amistades, cambios de los cuales quienes regresan no fueron testigos ni partícipes. Aunque tales transformaciones no siempre se planteen de forma abierta y se comuniquen al recién llegado, este las deduce al observar como se articula el nuevo mapa de relaciones al interior del grupo.

Ellos siguen juntándose... pero bueno, también está medio desarmado eso. Se siguen juntando a jugar al fútbol, pero por ahí entre ellos también uno se lleva bien con uno y no con el otro. Porque como había perdido el vínculo, cuando vuelvo para acá, también entre ellos observo toda esa interna que no me enteré. Y bueno, las cosas cambian (Marcos, 37 años, E41/II).

Y, ¿las amistades?

Y las amistades... les costó al principio. Ellas me decían “a mí me costó muchísimo volver a incorporarte en el grupo, porque de golpe pasaron muchísimas cosas, hubo un tiempo que vos desapareciste por completo y quisiste retomar en un punto que ya no estábamos igual”. O sea, muchas de ellas se habían distanciado, habían pasado cosas grosas entre ellas, en sus vidas, sus familias, sus relaciones, no éramos las mismas chicas que salíamos a agarrarnos un pedo a los 20 años, ¿entendés? Que estábamos en la facultad y que no te

importaba nada. Pero, más que nada eso, ¿viste? Que yo quise retomar en un punto que ya no existía. Al principio me sentí un poco sola ¿viste? Porque te sentís como sapo de otro pozo, allá ya no tenía ganas de estar porque extrañaba acá y acá ya no tengo un lugar... Y se lo comenté a mis amigas, y es como que ahí reaccionaron. Y decían “es difícil ponerse en el lugar tuyo porque nunca lo experimentamos a eso, pero está bueno que lo hayas dicho porque ahora un poco también entendemos que tenés ganas de volver”. Porque me re costó, ¿viste? Volver a tener mi lugar en el grupo, con mis amigas (Ema, 36 años, E22).

Una posibilidad para reinsertarse en los grupos de amistad puede tener que ver con renegociar las posiciones y volver a encontrar un lugar en él, como comenta Ema. Sin embargo, retomar determinados vínculos no siempre despierta el mismo interés. La falta de afinidad tras la experiencia migratoria puede generar el distanciamiento de antiguas amistades. La sensación de tener ya poco en común, el desinterés en los temas de conversación o el desencuentro de los puntos de vista son algunas situaciones que aparecen en los relatos y a través de las cuales explican por qué el contacto con viejas amistades se torna cada vez más esporádico o incluso se pierde.

Con mis amigos de acá, del barrio, de toda la vida, me sentía un poco, no sé... como que no podía compartir muchas cosas con ellos.

¿Por qué?

No sé, porque son tus amigos del barrio, de la juventud, es diferente. Sos pendejo. Joven soy, pero sos pendejo. Y allá me forjé, maduré, como que no tengo muchas cosas en común, más que *Central [club de fútbol]*, hablar de las cuatro pelotudeces que leo en el diario [...] Porque la gente acá quedo muy... o yo hice un cambio, ... después de haber visto... no es porque uno sorteó mundo, pero uno se contactó con gente de otros lados, ¿viste? Cambió, uno cambió. La gente, por ahí, acá no cambió, ¿me entendés?

¿En qué aspectos?

En todos. Como que no cambió, ellos siguen jugando al fútbol, siguen teniendo sus cosas, sus rutinas, sus conversaciones, desde que yo me fui, desde hace diez años; ir a jugar al fútbol, comer el asado los miércoles, se fueron casando todos.... Antes salían los viernes, porque éramos más pendejos y salíamos a los boliches, ahora salen los miércoles, comen asado, ¿viste? Se habla de fútbol, no sé... no se habla de nada, ¿viste? De nada nuevo, no sé... lo que yo siento es que no pasó el tiempo.

Y vos ¿cómo te encontrás en esto?

Y... yo... eh... no me encuentro, porque los veo poco [*risas*] [...] Volver a Rosario, al principio, fue un poco pesado... da un poco de vértigo, ¿viste? Volver a encontrarse con los viejos amigos, que pasa esto, que están re-estaqueados, bueno, que parece que no se movieron en nada. Sí, económicamente les habrá ido un poco mejor, ahora tienen un auto y se compraron una casa, qué sé yo. Pero en el fondo están igual... Un poco más gordos. Y con casa. [*risas*] Pero, no podés hablar, salvo con alguno que es más copado, que le cambió un poco la cabeza. Porque, ya te digo, a mis amigos del barrio ahora ya casi no los veo, los veo una vez por mes (Marcos, 37 años, E41/II).

El relato de Marcos apunta algunas cuestiones que comparten a menudo quienes experimentaron una pérdida de contacto gradual con sus amistades una vez que se produce el retorno. La primera tiene que ver con la distancia y la experiencia adquirida o el recorrido realizado en la inmigración, de modo que al volver son pocas las cosas que tienen en común y que pueden llegar a compartir en esta nueva etapa de la relación. Constatar que el grupo después de diez años lleva a cabo los mismos rituales es algo que a Marcos le da “vértigo”, en tanto él considera que ha cambiado, que ya no le interesan las mismas cosas y que quizá, esos nuevos intereses, no tienen cabida dentro de unas dinámicas establecidas durante años. Lo mismo le sucede a Pilar, que después de 12 años viviendo en España considera que algunas amistades se convirtieron en “recuerdos”:

Y la cuestión de las amistades y los vínculos acá, ¿qué tal?

Y bueno, mirá, todavía tengo que reflotar un poco mis antiguas amistades. [...] Con algunas personas ya no me veo nada, ya no tengo nada en común. Estos 12 años han hecho que si antes había una grieta, ahora hay un abismo.

Y, esto, por ejemplo, ¿en qué?

Y bueno, qué se yo, amigos del barrio por ejemplo, que antes podía tener una charla muy superficial y que ahora, evidentemente, siento que no puedo compartir ni un mate. Porque no hay nada, porque yo siento que el hecho de haberme ido, de haber vuelto, de haber vivido afuera, me ha hecho crecer como persona y que los intereses sean otros; cosa que antes no me pasaba, que tal vez me sentía bastante identificada con mi entorno más pequeño. Y de repente, bueno, mi entorno se agrandó mucho, como el mundo. Con lo cual a veces me parece que hay personas que se han quedado como en una cosa muy pequeña, con lo cual, ya no tengo mucho más que decir.

Pero, ¿qué serían esas cosas?

Y, no sé... amigos que se han quedado como en un estadio de la juventud, y que no han evolucionado como personas y que siguen haciendo las mismas cosas que hacían cuando tenían 20 años y que vos te podés reír y qué sé yo, pero no estás dispuesto a hacer eso, a volver a tener 20 [...]. Como que me interesan otras cosas, me gustan otras cosas, yo cambié, supongo. Y ellos tampoco se sienten cómodos conmigo, porque no soy la misma. Y entonces te empezás a separar, está todo bien, yo los quiero mucho, los tengo presentes porque son parte de mi vida, pero no tengo la misma facilidad para compartir con ellos lo que compartía antes de irme. No es que sean mejores ni peores, ni que yo sea mejor ni peor, ni que sean buenos ni malos, tiene que ver con experiencias que uno vive, que te marcan. El hecho de haberme ido me marcó [...] De repente con ciertas personas siento que no tengo mucho para compartir, se han quedado en un momento y están ahí, en el recuerdo. Bueno, supongo que para ellos también soy un recuerdo, para ellos también debo ser una persona extraña. Y lo entiendo. Ellos han tenido hijos, se han casado y también han vivido otra experiencia. Y bueno, yo nunca estuve ahí, acompañando en esa situación, con lo cual evidentemente soy una persona extraña. Así que bueno, yo creo que es eso, ¿no? (Pilar, 43 años, E17/II).

Otro aspecto relevante a la hora de retomar los vínculos afectivos tiene que ver con un cambio de “mirada”; una mirada que en la experiencia de los/las retornados/as se

articula a través de un eje local/global que contrasta con las experiencias de sus amigos/as de antaño, que tienen como referencia el entorno más próximo. Como menciona Pilar, su experiencia le ha permitido trascender las fronteras de “lo pequeño” y aunque mantenga el afecto hacia amistades del pasado, no cree que sea posible sostener algunas relaciones en el presente. Pareciera que al centrarse en sus propios cambios durante la trayectoria migratoria –el hecho de “forjarse”, “madurar”, “crecer como persona”– los/las informantes pierden de vista las transformaciones que también atravesaron las vidas de quienes se quedaron, aunque siempre se introduce un matiz al respecto: por ejemplo, reconocen que el hecho de casarse o tener hijos son experiencias que sin duda han cambiado la vida de sus pares, convirtiéndose en uno de los principales cambios que ahora los distancian.

Decía Schutz (1976: 113) que “la separación oculta al Otro detrás de un extraño disfraz difícil de quitar” y esta dificultad viene dada porque los cambios en los sistemas de relevancia y grados de intimidad son experimentados de forma diferente por quienes se ausentan y quienes permanecen. Estos últimos continúan sus vidas dentro del grupo, aunque estas transcurran en un mundo cambiante, se transforman en la inmediatez, adaptando los sistemas interpretativos y ajustándose a tales cambios. Quienes se ausentan han experimentado sus propios cambios en particulares circunstancias que perciben como una experiencia única y lejana, difícil de tipificar y compartir con quienes han permanecido, experiencias individuales que son en definitiva las que los han transformado en otras personas (Schutz, 1976: 113-114). En este sentido, el hecho de que sus amigos estén “estaqueados”, retomando las palabras de Marcos, su percepción de que “no se movieron en nada”, no tiene tanto que ver con que sus trayectorias se hayan estancado, en tanto reconoce los cambios en sus posiciones socio-económicas o sus trayectorias familiares, sino más bien con la orientación de las mismas, en tanto no se desarrollaron por fuera de los recorridos “tradicionales” o, dicho en otras palabras, esperados y previsibles en la adultez, a saber: formar una pareja, comprar una casa, tener hijos, un trabajo estable, etc. Esta diferencia en las trayectorias de algunas personas entrevistadas respecto a la de sus amistades en Argentina es un tema recurrente que señala un punto de bifurcación a partir del cual se articulan caminos que los separan en sus formas y estilos de vida, proyectos y expectativas, que entran en tensión con el ideal normativo a partir del cual se (des)legitiman sus propias elecciones:

Acá es otra vida, es otro rollo. Porque mis amigos, un montón tienen hijos y algunos tienen dos, y vos no tenés ni uno ni dos, ¡no tenés ni pareja! [risas]

Y eso ¿cómo lo llevás?

Yo lo llevo de fiesta, porque es lo que yo quería, no es que decís, ¡Ah!...por ahí bueno, sí, podría tener pareja, pero acá la gente también se obliga muchas veces, hay mucho mandato social que vos tenés que tener... lo ves en la calle y lo ves en un montón de gente que está como, “bueno, tengo que... tengo 36 años”. Y en España por ahí eso no se ve tanto. Vos vas a un bar y hay gente de 40 años que se está cagando de la risa con el pibe de 18. Acá es todo más separado, está el barcito de gente de 18 que si te caigo con 40 estoy pirado, y dicen “este viejo de mierda que hace acá”. Y eso allá no es tan así. Bah,

por lo menos a mí no me pasaba, iba a un bar, un boliche y había gente de todas las edades. Acá es todo más separadito. Y, nada, había otra idiosincrasia, muy distinta.

Y, ¿cómo te sentís con eso vos?

No me importa, la verdad que paso mucho de eso, también con amigos lo hablamos mucho y más o menos lo ves, que la gente, simplemente es un mandato social. Si tenés esta edad te tenés que casar, si tenés esta edad tenés que tener hijos, hacerte tu casa y ya está, morite [*risas*]. Y para mí también tiene que ver con el hecho de no haber salido casi de la ciudad de Rosario, entonces se quedan mucho con eso. Los demás, que han tenido un recorrido, que han dado una vuelta por algún lado, los ves que tienen otra cabeza, que no tienen las cosas tan marcadas. Por ahí tienen hijos, sí, a los 33, 34, pero los otros a esa edad ya tienen dos, tres, porque a los veintipocos había que tener un hijo, estar casados o quedarte con el mismo laburo de toda la vida, entonces todos los días lo mismo. Es muy difícil, es muy diferente a mi realidad (Patricio, 33 años, E38/I).

Como que... y eso medio como que cuesta entender, mi manera de ver, al otro en general, porque a mi edad, después de una separación, después de diez años de convivencia... es como que acá, todavía hay parámetros sociales que te demandan. A ver, para estudiar es un poco ya que pertenece a otra edad, como que ya se te pasó, ¿me entendés? Y esto de hablar con cualquiera que hace mucho que no ves y, “¿estás casada?” No. “Pero, tuviste hijos...” No. Entonces es como que... ¿qué hiciste de tu vida? [*risas*] Esto es como que sigue un poco... si bien va cambiando y la gente se está abriendo más a posibilidades nuevas de vida, sí está esa idea de que lo que hacés de tu vida tiene que ver con una familia, los hijos y eso.

Y vos, eso ¿cómo lo llevas?

Y... qué se yo. Yo viví muchos años allá y aprendí que se puede otras cosas sin pensar que eso está mal. Yo en un momento quise tener hijos. Quise todo eso y hoy digo, ¡qué suerte que no! Porque... ¡hago un poco lo que quiero! [*ríe*] Y también en un momento sentí como que mi vida ya estaba, que ya era vieja para muchas cosas y hoy me doy cuenta que no, que soy joven. ¡Claro! Y eso lo aprendí de allá, porque allá encontrás gente que a los 30 está estudiando, que recién empieza a pensar en una casa y en una familia, acá la mayoría de la gente entre los 20 y los 25 años ya tiene sus hijos, su marido, su casa, su trabajo, su...

¿Cuál es la situación de tu entorno? De tus amigas...

Esa. Esa.

¿Sí? ¿Todas tus amigas están casadas? ¿Tienen hijos?

¡Todas! ¡Se me hace casi imposible poder ir a tomarme una cerveza! Es como, muy difícil. Y mis amigas... lo que sí noté es que estaban a veces más desesperadas ellas para que encontrara un nuevo marido, ¡que yo! [*risas*] Yo estaba muy bien sola, recién ahora empiezo a sentir la necesidad de volver a estar con alguien y no como marido, sino compartir algo con alguien. Nada más, como compañía (Cecilia, 29 años, E35/I).

Tras el retorno, algunos adultos jóvenes asocian a los lugares de origen determinadas formas de vida y las perciben como respuestas a ciertos “mandatos” o “parámetros sociales” que ellos/as ya no están dispuestos a cumplir como antaño. Sin embargo, el reflejo de las experiencias de sus pares no deja de atravesar sus trayectorias y tener cierto peso en sus formas de transitar el retorno. Otra entrevistada, Beatriz, mencionó las dificultades que le suponía volver y “enfrentarse” a “toda esa vida” que ella, a diferencia de sus amigas, “no tenía”, refiriéndose concretamente al hecho de no tener pareja, ni hijos, y haciendo especial énfasis en las dificultades que le suponía el retorno después de haberse separado de la pareja por la cual había decidido emigrar. Esta instancia se plantea claramente en discursos de personas que provienen de ciudades más pequeñas o pueblos donde se percibe mayor control social, sin embargo, es frecuente y compartida la observación de que la experiencia de la maternidad y la paternidad está más presente en su grupo de pares en Argentina en comparación con el entorno social del que formaban parte en España, donde perciben que este tipo de roles se asumen de forma más tardía. Esta observación general está presente en la experiencia de aquellos/as que retornan en la treintena sin haber conformado sus propios grupos familiares, independientemente de los lugares de origen, el sexo, nivel de estudios o trayectorias de clase. En algunos casos, esta diferencia de trayectoria respecto a sus amistades les da la sensación de habitar distintos “mundos de vida”, entre los cuales el de “la familia y los hijos” les es ajeno. En ocasiones, esta diferencia de experiencias ayuda a entender que algunas personas entrevistadas establezcan relaciones con otras personas retornadas, en su misma situación. Marcos, Patricio y Luz son un claro ejemplo. No se conocieron en la inmigración, pero sí al volver. Así describe Marcos su relación de amistad:

Al vernos el año pasado, que estábamos más o menos los tres en la misma, recién vueltos, por ahí con... no sé, una forma diferente de... pensar, de la gente que nunca se fue, o que siempre estuvo acá... No sé, por afinidad, fuimos...

¿Cuáles son las diferencias en la forma de pensar?

Y, haber visto mundo, por decirlo de alguna forma, te cambia, no sé bien en qué. Yo creo que, básicamente, te une más en las carencias, ¿no? Claro, cuando uno está carente de lo mismo que vivenciamos allá, lo volvemos a... Bueno, a mí me pasó, a lo mejor a ellos no, pero... a mí me pasó, que yo estaba carente de eso, de afectos, de tener amistad y ellos lo vieron, me parece a mí, y entonces dijimos “bueno, vamos a hacer una peña, una piña, que somos un poquito más fuertes entre nosotros”. Y acá, si no, la gente está siempre en el mismo lugar, en una vorágine, atrás de otras cosas, de pagar las facturas o del laburo, me parece que por ahí va. O así lo vi yo, o lo estoy viendo ahora, en este momento. También son cosas que tenés que resolver, pero sí, a lo mejor es... tiene que ver con crear una nueva red, que se perdió cuando uno se fue durante tanto tiempo y que hay que reconstruirla. Y bueno, coincidió que estuvimos todos al mismo tiempo con la misma necesidad.

Bueno, está bueno eso...

Sí, son el bastón, son el bastón. Yo se lo digo, alguna vez, cuando estoy medio borracho [ríe] Pero es el mismo bastón que tenía uno allá. Que bueno, a lo mejor, no sé, al ser

soltero uno, y no tener una familia, a lo mejor cumple ese rol, lo hacemos entre viejos lobos. Bueno, es una opción (Marcos, 37 años, E41/II).

Entablar amistades con otras personas retornadas permite compartir no sólo la migración como una experiencia del pasado, sino también un tiempo presente entre trayectorias y momentos vitales similares que permite “reconstruir” una red de afectos con la cual se transita la experiencia del retorno. Marcos, Patricio y Luz son el núcleo de un grupo de adultos retornados que comparten viajes, salidas, asados, vacaciones, en resumen, momentos a partir de los cuales construyen su experiencia afectiva cotidiana. Como indica Patricio, son “los retornados”, “los que estamos pintados acá, sin hijos, sin pareja, los que salimos de joda”: es decir, tienen en común lo que no tienen con sus amistades de antaño. El no tener cierto tipo de vínculos y responsabilidades los habilita a experimentar otras maneras de ser y estar en la adultez y articular un circuito alternativo de prácticas y formas de vida. Sin embargo, la afinidad que emerge de compartir experiencias migratorias a la hora de establecer los vínculos amistosos no es relevante sólo en estos casos y la tendencia a establecer relaciones entre retornados ya ha sido reconocida en otras investigaciones (Maletta y Szwarcberg, 1985). Para otros adultos que sí han formado familias estas vivencias de la movilidad son igual de importantes para articular nuevos vínculos con otras personas que también pasaron por la experiencia de la inmigración. Más allá de las similitudes que sus trayectorias puedan tener con sus amigos/as de antaño, en los vínculos entre personas retornadas pareciera haber entre medias “algo no dicho”, que “está en el aire”, como dice Agustín, que atraviesa las experiencias de movilidad y se convierte en el sustrato que sostiene estos nuevos vínculos:

Ché, y ¿qué tal fue la vuelta con el tema de las amistades?

Es una buena pregunta. Cambiaron... cambiaron. Yo a mis amigos los veo poco, los veo poco, la verdad.

¿Por qué?

Porque no tengo ganas, a veces no tengo ganas.

¿Por qué no tenés ganas?

Ahora tengo un poquito más de ganas, por ahí. Pero me rompen, porque no tengo... me hinchán las pelotas. No tengo tema de conversación, no tengo afinidad. Al principio me tenía que juntar con gente que... con ex-inmigrantes, ¿viste?

Ah, ¿sí?

Sí. Con mi amigo Mariano, no sé, después iba rotando. Que Cacho, que Leandro, que Mateo, uno que viene cada tanto, Ernesto, que no sé qué, que no sé cuánto. ¿Ves? Con Ernesto puedo estar un montón, todo lo que quiero, con el sí puedo estar. Hoy. O con Mariano, puedo estar dos días enteros, tres.

Y, ¿por qué?, ¿qué hay ahí?

Y, hay un entendimiento, algo no dicho, que está en el aire, que está, que es esa cosa de saber que estás en un lugar, pero que no, que no encontraste tu lugar en el mundo. Yo no lo encontré, no lo tengo, ellos tampoco. Por más que estén circunstancialmente uno en España, el otro acá en Argentina o yo estoy en Argentina., no lo tenemos, no sabemos cuál es el lugar. Disconforme allá, disconforme acá. Bueno yo allá no estoy disconforme, pero bueno.

Me decías como que no tenías tema de conversación con tus amigos de acá ¿por qué?

No sé, los veo faltos de ambición o con una visión corta. Una visión centrada en lo local, cuando la cosa es mucho más macro, ¿viste? La cabeza tiene que estar un poquito más, ocupando más espacio, no una cosa tan minúscula, local, puntual. Y... qué se yo, por ahí un par de esposas de mis amigos, no me caen mal... pero no tengo de que hablar, no tengo nada en común. Nada. No me divierten, no me río, no me nada.

Pero eso, ¿era igual antes de irte?

Sí. Pero no me importaba. Con todo el grupete de mis compañeros de la facultad sí, nos juntamos, cada seis meses nos juntamos. Bueno, ahí está, con ellos, unos chicos que estuvieron muchos años en Estados Unidos, es con los que realmente yo me siento cómodo y me siento bien, después, el resto... [...] Hay algo, no es España, se fueron a Estados Unidos. No sé qué es. Es... no sé... yo creo que hay una empatía, una comprensión, una especie de camaradería si querés, de saber por lo que pasó el otro. Porque aparte ellos volvieron cuando tuvieron mellizos, y bueno, volvió, porque sabés el quilombo que es tener los pibes afuera, lejos. Siendo Argentina, lejos de tu vieja, ¿viste? El tema del vínculo de la mujer con la madre. [...] Qué sé yo. Me gusta estar con él también... El tema de la amistad, bueno, mis amigos también son mi hermana que tiene mi edad. Aparte de mi hermana, es amiga. Y mis dos primos, que aparte de primos, son amigos. Y nos vemos mucho también, entonces yo prefiero estar con ellos, ¿sabés? (Agustín, 42 años, E21).

Para que se de cierto paralelismo en las trayectorias y empatía en cuanto a las experiencias vitales de las personas que retornan con quienes se relacionan en la actualidad no necesariamente los procesos migratorios tienen que haberse producido entre los mismos lugares de destino. Esto puede verse tanto en el caso de Agustín, como también en el relato de Lucía, cuando destaca la facilidad que ha tenido para retomar el vínculo con una amiga de Argentina que atravesó un proceso de migración interna, pero que ella igual considera relevante a la hora de comprenderse mutuamente en relación con sus procesos de retorno a su ciudad de origen, Rosario. Las diferencias de mirada hacia la realidad que los/las rodea, hacia las parejas de sus amistades y las experiencias que cómo padres/madres acarrearán con los procesos de reinserción de sus hijos son también aspectos reseñables:

Y en tu tiempo de ocio, ¿qué hacés? ¿Con quién salís?

Yo me veo... tengo amigos nuevos y otros que son los mismos. Con los mismos, hay algunos con los que me veo muy poco, cada vez menos. Porque con algunos, yo ya no soy la misma, ellos tampoco, o por ahí son los mismos y yo ya no quiero lo mismo. Por

ejemplo, mi mejor amigo, de los 18 años, mi amigo del alma, que él sí me fue a visitar a España, es un chico aparentemente muy abierto, cuando me encuentro con él empiezo como a sentir todo un vacío. A ver, a mí lo que me pasa es que yo siento que él habla siempre de las mismas cosas, de un círculo cerrado, hay toda una realidad que él no percibe y entonces me cuesta mucho comunicarme y mantenerme interesada con la conversación. Entonces, lo adoro, sé que él me adora, pero nos vemos con menos frecuencia [...] Él sería de los que sigue igual y yo ya no soy la misma.

Y, ¿cuál sería el caso de los que han cambiado, o que vos cambiaste?

Bueno, mi amiga de San Martín de los Andes, cambiamos las dos y en algún punto hay un paralelo porque ella sufrió la inmigración en su propio país. Nos identificamos en un montón de cosas. Lo que pasa que antes a mí el marido me parecía re-piola y ahora me parece... Yo la pareja de ella la vi nacer, porque nos pusimos de novios en la misma época [...]. Y a mí él ahora se me vino abajo en un montón de cosas, porque me di cuenta que es puro discurso, pero que en la práctica... Salgo sola con ella, lo hablé con ella. Porque además, por ahí yo antes no me daba cuenta de alguna forreada y ahora sí, no me las banco. Yo también me fortalecí en ese sentido, cuando algo no me gusta no me quedo y ya está, no me da miedo estar sola. Por ahí es la edad. Y bueno, con ella nos llevamos bien, aunque pasen unos meses que no nos vemos, porque por ahí hay otras prioridades u otros intereses. Bueno, ella también tiene un hijo, un poquito más grande que Ana, también solo y también desarraigado [...] O sea, que las experiencias son parecidas, compartimos un montón de cosas y también cada una está intentando reconstruir su realidad (Lucía, 45 años, E47).

Partir de la experiencia migratoria como sustrato tácito de los vínculos de amistad implica un reconocimiento del otro que no necesita ser explicitado lo que, como apunta Agustín, genera cierto “entendimiento”, “comprensión”, “empatía” y hasta “camaradería”, un “saber por lo que pasó el otro”. Pero al mismo tiempo que estos vínculos con otros/as migrantes pueden ser relevantes respecto a lo que no se dice o no hace falta decir, también lo son en términos del tipo de espacio que habilitan para aquello que sí se puede enunciar, sin fricciones. Cuando las personas entrevistadas se refieren a lo que ya no pueden compartir, a no tener nada en común, a la falta de afinidad, lo que hay también detrás es la imposibilidad de comunicar una experiencia que es parte importante de sus vidas y que les hace ser quienes son, a día de hoy; ya sea porque se cohiben, porque perciben ciertas reticencias a ser escuchados/as, o ambas, se detecta en sus discursos la tensión a la hora de incorporar sus experiencias de la emigración/inmigración en algunas de sus relaciones actuales en la fase de retorno. Enunciarlas recuerda a todos/as los/las presentes su previa ausencia, las sensaciones de abandonar y ser abandonados/as, las nuevas distancias de la proximidad. Cuando le pregunto a Marcos si habla con sus amigos de antaño sobre su vida en Barcelona, me dijo que estas conversaciones podía tenerlas sólo con algunos:

Y, con ellos ¿hablás de tu experiencia allá?

Con algunos sí, cuando los agarro con la guardia baja, porque si no... sí, con algunos, con los que puedo, sí. Tengo un amigo [...] con el que voy yo a la cancha. [...] Y bueno... con él hablo mucho, él me escucha, qué sé yo, se interesa por historias. Es un tipo más tranquilo, más calmo, con él se puede hablar. Y con los que no se puede, no se

habla. No se puede... a ver, no sé, alguno... algún boludo te dice “no, porque, qué te hacés el importante, que viviste afuera”... y... bueno, te pasan esas cosas. Como resentimiento ¿viste?... O también hay como resentimiento de que uno lo hizo y el otro no tuvo el coraje o el valor de hacerlo. O también está el otro, que me parece que es más pelotudo, que es el que te dice “vos te fuiste, abandonaste el barco”... Mis primos, por ejemplo, lo dicen. Yo sé que por ahí no todos, pero alguno lo piensa.

¿Cómo lo sabés?

Y, porque a lo mejor hablan de otro que hizo lo mismo y un comentario así, tipo “se fueron, ahora quieren volver”, todas estas cosas medio “racistoides”. Pero bueno, obviamente nadie te lo va a decir a la cara. Sí, porque en realidad se cae un poco el argumento... Se cae de maduro que algunos, bueno, este primo, que es un tipo laburante de la primera hora, es el primo mayor, es un poco más rígido... y tiene por ahí esas cosas. Es bien, bien de barrio, se come todas las “s”, es bien rosarino, rosarino. Y sabés que lo piensa, ¿viste? Pero en cierto punto hay un resentimiento, no sé si un resentimiento o qué coño es... No conmigo, ni nada, pero con el entorno que les toca vivir. Qué se yo, que viven en barrios, que se ven perseguidos, que los pueden chorear [*robar*] (Marcos, 37 años, E41/II).

El relato de Marcos introduce un aspecto relevante identificado también en otras entrevistas y fundamentalmente en otras investigaciones sobre los procesos de retorno (Jensen, 2004; Maletta y Szwarcberg, 1985; Olmo, 2002) y es aquel que tiene que ver con los recelos, las sospechas o las acusaciones que en ocasiones median los procesos de reinserción social y la rearticulación de los vínculos, no sólo de amistad, sino también los familiares o de otro tipo (por ejemplo, con colegas en los espacios de trabajo). Manifestaciones que en última instancia hablan de las percepciones que circulan en diversos entornos acerca de las experiencias de emigración, inmigración y retorno, que atraviesan las interacciones en el grupo e intervienen en los procesos de legitimación de estas experiencias que quedan resignificadas a la luz de distintos contextos socio-históricos. Maletta y Szwarcberg analizaron esta cuestión en los procesos de retorno a Argentina a principios de la década del 80 y advirtieron que sobre quienes habían residido fuera del país durante el período, aproximado, 1975-1983 – independientemente de si los motivos de su movilidad eran o no de índole política– recaía el “estigma del exilio” (Maletta y Szwarcberg, 1985: 44). Este se manifestaba de diversas formas, ya fuera mediante la sospecha –presuponiendo que quién regresaba “algo habría hecho” y que por alguna razón había tenido que partir– o mediante la acusación –atribuyendo al exiliado la culpa de haberse ido en lugar de permanecer y resistir o padecer los horrores y dificultades que sufrieron quienes se quedaron en el país–. En cualquier caso, quien retornaba arrastraba la sombra de haberse ausentado en un “exilio dorado”, una expresión que, como explica Jensen (2004), fue articulada por el gobierno militar para estigmatizar a quienes huían del país, o inclusive para negar la desaparición de personas producto del terrorismo de Estado.

Algunas décadas más tarde y frente a un nuevo flujo de retornos pareciéramos asistir a la reactualización de este tipo de estigmatizaciones, ciertamente, con matices. En los discursos analizados ha sido posible identificar nuevamente esta clase de tensiones; en este caso, hablar de “estigma del exilio” no parece acertado, teniendo en cuenta las

evidentes diferencias entre los contextos políticos de salida; y quizá se ajuste mejor la expresión “estigma de la fuga”, a través de la cual cabe referirse a aquella percepción que los/las informantes tienen de sus procesos de reinserción y a las fricciones que los atraviesan y que, en definitiva, los/las interpelan y los/las enfrentan a la necesidad de (re)legitimar su presencia y sus posiciones tras el retorno. El “estigma de la fuga” recaería sobre quienes residieron fuera del país a partir de la crisis del 2001. Esta emigración tiene connotaciones ambivalentes que se debaten entre el “sacrificio” y la “valentía” por haberse “arriesgado” en la búsqueda de horizontes más prometedores y la “cobardía” o la “traición” al haber “abandonado” al país y a los suyos en un momento de dificultad. Se trata de una ambivalencia que se replica en las lecturas del retorno, que puede ser interpretado como una “apuesta comprometida” con el país en una nueva fase de su historia política o asociarse a una actitud “oportunista” en busca de nuevas ventajas económicas frente a las dificultades que ha supuesto la crisis que ahora asola al lugar de destino. Frente a la posibilidad de la sospecha o acusación que planea sobre quienes retornan, algunos relatos revelan las estrategias discursivas empleadas para evitar cualquiera de ellas, otros ponen de manifiesto la incomodidad o incluso la angustia que les supone enfrentarse a este tipo de situaciones:

Hay una asociación de “ah, volviste con el momento político”, o económico, tal vez más económico que político... Eso desde este lado, ¿no? Desde aquel lado no hay conciencia de si Argentina va bien o mal, pero sí que está muy asumido [en España] el “ah, claro, con el quilombo te fuiste a la mierda; te fuiste, como todos”. Tengo varios amigos que se están yendo. Pero desde acá, sí que hay una asociación de “ah, volviste con el tema...” y aunque no sé si es del todo verdad, a mí sí me gusta decir que sí, que volví por un tema de identidad política, digamos, así que digo: “sí, claro”, así como muy orgulloso. Yo creo que se dice en realidad con un poco de mala baba, porque no está admitido, no directamente... pero sí creo que hay un poco de intención de decir “ah claro, vos te fuiste antes del quilombo y te volvé después cuando ya está todo bien”. En ese sentido no me hago cargo, pero sí lo atajo antes y digo: “no, sí, me volví porque viva Néstor [Kirchner]” digamos, no sé... pero, sí que me parece que hay un poco de “ah, guacho, te escapaste, y ahora volvé” (Matías, 26 años, E1/I).

Mucha gente en Mallorca, no la ven, no la quieren ver y está muy indignada, no se quieren volver acá. Unos amigos; la mujer no tiene laburo, ahora me enteré que el loco se está por quedar sin laburo, tienen a la hija allá, pero acá tienen dos departamentos y no se vuelven a Argentina: “No, porque en Argentina no se puede vivir”. ¿Cómo que no se puede vivir? Ese discurso te lo vende *Clarín* y si lo comprás ¡sos muy boludo! Y mentira... Venían mucho acá, haciéndose los locos: “porque allá se vive muy bien, porque como en España no hay, porque en España nunca va a haber una crisis, porque estamos en Europa”. Bueno, y ahora, volvé. ¡Te van a curtir! No creo que sea tampoco lo más importante, pero bueno, les pesa mucho. Les cuesta también reconocer que al final me fui, me comí la crisis en Argentina, me vine para acá y ahora me tengo que comer otra crisis acá. Mucha gente que, en el medio, cuando España iba bien, venía acá y te contaban que eran los reyes del mambo allá. Y de repente a los dos años, ¿tener que volver con el culo entre las patas? Mmm, no pueden tampoco. El argentino es muy orgulloso, cuesta mucho. Entonces ahora, es la vuelta y te van a verduguear. Acá es todo River y Boca, acá es todo blanco o negro. También son muy verdugos acá, y te van a decir, “ah, ¿qué pasa? ¿te volviste por la crisis? ¡¿Eh?! ¿No es que vos estabas de fiesta?

¡qué no sé qué!...” [risas]. Y acá están de fiesta y te van a re verduguear, a mí me la querían hacer un montón. Pero sin embargo les digo: mirá, yo renuncié a mi trabajo y me vine porque me quise venir (Patricio, 33 años, E38/I).

Las tensiones enunciadas en los discursos refieren a procesos de construcción de sentido de la migración de retorno mediante los cuales se negocia su legitimidad; procesos en los cuales los tiempos históricos cobran protagonismo. En definitiva, lo que se plantea en los discursos es la cuestión central de cuándo y por qué se considera legítimo irse y volver. En un tiempo atravesado por nuevas (y no tan nuevas) disputas acerca de la (re)definición de los sentidos de la nación y sus pertenencias, se reconfigura un escenario político en el cual quienes regresaron al país debieron reposicionarse (asunto que se tratará en el capítulo 8). Un escenario en el que, además, el retorno de quienes emigraron en el contexto de la crisis del 2001 también ha sido objeto del discurso político de los últimos tiempos¹¹⁵.

Hoy, hasta... me cuesta hablar con mucha gente porque enseguida argumentan el... “vos no estuviste acá”. Entonces, tampoco es una discusión en la que me interesa entrar. O sea, no estuve acá pero tenía mis otros grandes problemas por afuera y tampoco te los vine a echar en cara. O sea, yo estaba haciendo colas con inmigrantes y nunca te vine a dar pena, ni mucho menos. O sea, que no es una discusión que me interesa, el estar o no haber estado. Es algo que con mi pareja siempre hablamos, que es algo muy reiterativo en la sociedad argentina. Veíamos películas... hace poco, una de la dictadura y demás, que también, se presentaba el mismo argumento. El tipo venía de afuera: “no, pero vos no sabés lo que está pasando acá” o “vos no te metás”... Discusiones que no me interesan. O sea, soy muy conciente de lo que pasó, pude apreciarlo. Pude evitar que eso arruinara una parte que creo que fue la que más disfruté en mi vida y no me arrepiento, ni tampoco tengo ningún tipo de cargo de conciencia. O sea, es así. Lamento por la gente que lo haya tenido que sufrir y agradezco a la gente que le puso el hombro. Pero después, no.

Me parece interesante esta apreciación... Lo de estos comentarios, ¿no?

Sí, sí, sí, aparte lo sacan automáticamente ellos, es algo que lo sacan a relucir muy rápido.

Contame un poco, ese tipo de situaciones, me interesa...

No, eh... en el ámbito de... por ejemplo, en el ámbito laboral, es muy típico que cuando te movés en un entorno donde todos son licenciados, donde todos estudiaron carreras... O sea, que vos hayas estudiado fuera es algo que a mucha gente le llama la atención. Y te preguntan, y demás, y todo se liga a esa época de la Argentina, donde todos te explican que para haber estudiado su carrera pasaron mil y una. Y vos no le explicás que también pasaste las mil y una, pero a tu manera. Porque realmente, yo jamás pasé hambre, jamás tuve ninguna necesidad. Lo único que tenía era un montón de otras carencias, que bueno, que en la balanza nunca terminaron de perjudicarme. Siempre lo vi... era lo que aceptaba, a cambio de... Pero, en conversaciones, almuerzos, no sé qué, no sé cuánto, cuando vos te referís a esa época, todo el mundo se escuda en que fue algo muy difícil y

¹¹⁵ Como explica Castiglione (2012), la temática de la emigración de argentinos y su retorno ganó visibilidad durante la campaña presidencial de 2011, conforme creció el número de científicos/as repatriados/as.

muy complicado, y que bueno, "pero vos no estuviste acá, vos no, esto no, no lo viviste" (David, 33 años, E32).

El relato de David resuena en los hallazgos de las investigaciones de los años ochenta, donde se apuntaba que quienes retornaban percibían cierto recelo y precaución, no sólo por parte de antiguas amistades o familiares, sino también frente a posibles empleadores o compañeros de trabajo, afectando sus procesos de reinserción en diversos grupos y espacios. Así, este estigma "se proyecta sobre la vivencia global del retorno, y de la acogida al que regresa" (Maletta y Szwarcberg, 1985: 55). Las fricciones que emergen en los discursos no sólo remiten a los procesos de reinserción social tras el retorno y la negociación de legitimidades en relación con las movilidades, sino también en relación con las memorias y, parafraseando a Jelin (2002: 60-61), cabe interrogarnos acerca de quién es el "nosotros" legitimado para recordar. Si es un nosotros excluyente, en el que sólo participan quienes "vivieron" ciertos acontecimientos, ya sea en el país de emigración o inmigración, o si cabe la posibilidad de que los procesos de reinserción habiliten un lugar para ampliar el nosotros y que, mediante mecanismos de incorporación legítima, la memoria sirva entonces para ensanchar el horizonte de experiencias y expectativas que permitan incorporar y articular en el retorno los recuerdos de emigrar e inmigrar con los de permanecer.

Uno incorpora y viene con un montón de historias ¿no? Y después vos llegás a otro lugar, donde las cosas se hacen de otra manera, entonces tenés que volver a reaprender y sino también está la cuestión esta de "bueno, vos te fuiste, ahora tenés que pagar derecho de piso". O sea, está instalado un poco. El hecho de "bueno, acá nosotros nos lo curramos todo este tiempo y bueno, ahora te lo tendrás que currar. Porque acá nosotros la pasamos". Entonces hay como esa historia, ¿no? De "bueno, vos no estabas, acá fue súper duro". Y también esta cuestión que, bueno, que la gente no termina de entender, que allá también fue re duro y que tomar la elección de irse también fue una elección dolorosa en ese momento, fue una elección súper dura, y que implica cortes que uno hace que son... Son muy complicados. Y que te llevan a retroceder en cuestiones que después, bueno, salís más fortalecido, con otros aprendizajes y qué sé yo, pero que pasás por momentos muy complicados, de mucho vacío. Y bueno, y esto la gente como que no se da cuenta, no es conciente. Yo creo que ni siquiera los políticos son concientes de todo esto. En realidad nadie es conciente de lo que puede pasar esta persona, porque tampoco se ha sensibilizado a la población sobre esto, sino que se lo ha utilizado en determinados discursos políticos, cuando venía bien decirlo: "uy, mirá la gente que se fue" o "yo doy dinero a no sé qué". Ojo ¿eh?, lo digo, en cuanto al gobierno nacional por una cuestión de que yo veo que de cierta manera utiliza mucho esto para determinadas cuestiones que quiere decir, pero después, reales, no hace ningún tipo de política con respecto a esto, ¿me entendés?... y eso que yo apoyo ¿eh?, yo apoyo al gobierno nacional (Florencia, E36/1).

Se torna relevante en el análisis de los procesos de reinserción social tras el retorno retomar la noción de "otro generalizado" y pensar cómo en estos relatos se vislumbran las formas en que quienes retornan asumen los roles y posiciones de aquellas personas que se quedaron, integrando ciertas reacciones organizadas del grupo hacia ellos y, cómo, en definitiva, el "otro generalizado" "acompaña y controla su conducta" (Mead,

1991: 180). Si bien los sentidos y las legitimidades asociadas al retorno se producen sin duda en la socialidad del grupo, también están especialmente relacionadas con los tiempos históricos en los que esta clase de movibilidades tienen lugar. Sin embargo, más allá de resaltar esta arista particular del análisis también parece conveniente destacar la importancia que la dimensión comunicativa tiene en los procesos de reinserción al grupo y la sutileza de algunos de los mecanismos de control social que los atraviesan. En ocasiones no se trata de poder contar específicamente historias relativas a la inmigración, sino de sencillamente poder incorporarlas en la interacción, en tanto forman parte de su vida, sin que el interlocutor lo perciba como un pretencioso ejercicio de despliegue y exhibición de capital simbólico. Esto sugiere Mariela, al hablar de sus preferencias actuales en las relaciones amistosas:

Yo creo que más que nada tiene que ver con eso, con las experiencias vividas, cuando vos... Qué sé yo, por ejemplo, comentarios racistas. No se me pasa por la cabeza, “estos gallegos de mierda”... No, mirá, mi hija nació en España. No tengo ganas, no tengo ganas, la verdad que no, no me apetece. Por eso te digo, tiene que ver más con las experiencias, con haber visto más mundo [...]. Entonces vos tenés que más o menos buscar gente que tenga los mismos criterios, los mismos valores. Entonces, con amigos que hace diez años salieron de la universidad, genial, compartías lo mismo, pero después de diez años vos viviste otras cosas y a lo mejor la gente se quedó en el mismo círculo, con las mismas ideas. Entonces ya está, decís, bueno, ¿de qué hablamos ahora? Pero no, o sea, tiene que ver con las vivencias. Tampoco vos podés asumir eso de “no, yo ya me las viví”, no, pero tenés otra... son otros recorridos y buscás gente que tenga un recorrido similar como para que, bueno, todo lo que vos puedas compartir, también lo compartas desde este lado ¿no?... Que no quede como, “no, porque cuando yo estaba en España”. No, no tengo ganas de esa posición. Pero sí, los últimos nueve años estuve en otro país [...]. Y aparte eso, que muchas veces lo ven como... que lo que contás, es porque te querés... hacer un *show*. Y no, es tu realidad (Mariela, 38 años, E49).

Los “recorridos” de los que habla Mariela en algunos casos no sólo se perciben similares, sino que fueron cercanos y compartidos, porque son amistades que en realidad dan continuidad a relaciones que se iniciaron y desarrollaron en la inmigración. Es el caso de Pilar, Maxi, Florencia, Juan y Martina, que se conocen de sus años de residencia en Madrid y Barcelona. También Andrés, Tomás, Esteban, y Juan Pablo se conocían de aquella época. Incluso todos ellos trabajaron durante algunas temporadas en el bar de Esteban. Si bien al volver todos retomaron sus antiguos vínculos de amistad, continuaron sus relaciones una vez producido el retorno y se acompañaron en ese tránsito. Pilar sostiene que, en realidad, considera a estos compañeros de viaje más como “hermanos” que como amigos: “tenemos esa sensación de que nos tenemos que ayudar y apoyarnos, y rescatarnos de donde estemos”.

Por último, algunos relatos muestran la capacidad que han tenido para conciliar todos los lazos de amistad posibles: retomar las relaciones con aquellas personas que mantuvieron la amistad a la distancia, establecer nuevos vínculos, así como también continuar con aquellos iniciados durante la inmigración y mantenerlos en el retorno. Para algunas personas entrevistadas, como Elena, “los lugares son la gente”:

Con la gente de acá, con la que me veo y con la que todo, ya te digo, dentro de mi grupo, de mis relaciones más íntimas, está Sole, que también vivió muchos años allá; hay otros amigos que, si bien no vivieron allá, fueron mucho a visitar a Sole, a visitarme a mí, entonces están conectados también, comparten ese mundo, de alguna manera. Después hay otros amigos que no, que son amigos de acá, que nunca fueron, pero con los que yo igual todos los años que volví seguí teniendo contacto, entonces yo estoy al tanto de sus vidas, ellos están al tanto de la mía. Y, yo no noto así como, mucho desfase. Por ahí escucho gente que vuelve ¿viste? que les parece que están en... que no pueden encajar en el lugar, porque tuvieron otras experiencias, o... Bueno... a mí me parece... No, no me identifico con eso, digamos. Porque bueno, me relaciono desde otro lugar por ahí con la gente. No me impide tener la misma relación. No veo tantas diferencias. Lo que yo te hablé, de gente que estaba allá y ahora está acá, lo que te facilita, es que te conocen. [...] Entonces bueno, si vieron mi discurrir en los últimos diez años, no tengo que explicarles quién soy ¿ves? Entonces me muevo con una cierta soltura. Bueno, con gente que uno no conoce, obviamente no, pero eso pasa hasta cuando llegás a un trabajo nuevo. No tenés que cambiar de país para que eso te pase. Después a la hora de entenderme, con la gente nueva que aparece... Vamos, confirmo mi teoría de que eso se reproduce, o por lo menos para mí, porque se vuelven a formar las redes con gente que no conocía antes. Ahora, aparte acá, algo que me gustaba mucho de Madrid era que en ese momento yo conocí un montón de gente de Latinoamérica que en Buenos Aires no había, era imposible, para vivir, para cualquiera. Carísimo, imposible. Ahora hay un montón de gente de Latinoamérica acá en Buenos Aires. Entonces también, se reproduce un poco el ambiente al que yo estoy acostumbrada ¿entendés? Tenés un montón de gente de un montón de lugares. Entonces, no es tan grande la diferencia. Aunque la verdad que me costó mucho, porque extraño mucho Madrid, pero como todo, en realidad los lugares son la gente, ¿no? Extraño mi gente, yo todos estos años, obviamente, mi equipo, en el que me muevo, está allá, acá también tengo un montón de relaciones. Y también tengo un montón de relaciones con los retornados, ¿no? Ello también suma a favor, a la hora de decir bueno, también me quedo acá porque un poco... si no es como que no hay nada de tu vida reciente que esté acá... es como ¿viste? Medio raro. Algunos van y vienen, otros que ya se volvieron a establecerse acá, amigos españoles que también vienen, entonces eso te mantiene un poco en la misma red, si no es como irte a otro mundo, no sé, muy extraño (Elena, 33 años, E12).

Como plantea Elena, “los lugares, son la gente”, pero también “la gente, son los lugares”. En este sentido, la experiencia de volver a una gran ciudad como Buenos Aires, ofrece una diversidad de vínculos que permite “reproducir” cierto “ambiente”, algo que no se percibe de igual manera en función de los sitios a los que se regresa. En este sentido, Patricio o Marcos extrañan en Rosario el contacto con personas provenientes de otros sitios, como mencionaba Elena. Más allá de los matices, el punto común y relevante, es aquel que destaca la importancia que para transitar el retorno tienen aquellas relaciones que permiten conservar los trazos de “un mundo” compartido, traer parte de esa vida reciente que se tenía en la inmigración al actual tiempo y espacio del retorno. A esta cuestión colabora también el sostenimiento de los lazos con aquellas amistades y familiares que se quedaron en España, asunto que trataremos a continuación.

6.3. La reedición de los vínculos transnacionales

Así como muchas de las personas entrevistadas mantuvieron los vínculos a distancia con sus familiares y amistades que permanecían en Argentina, al volver se reedita toda esta serie de prácticas para sostener los lazos afectivos con aquellas personas que permanecen en España. Respecto a los vínculos familiares, son múltiples los casos en los que al volver, ambos padres o uno de ellos permanece en el lugar de destino. Este es el caso de Matías, Fernanda, Agustín, Florencia, Cecilia, Esteban y Clara; excepto Matías, todos ellos tienen además algún/a hermano/a y sobrino/a en España. En el caso de ser además ellos padres o madres –como Agustín, Florencia, Esteban y Clara– esto significa que sus hijos tienen en España a sus abuelos, tíos y primos. Florencia, por ejemplo, habla tres veces por semana por *skype* con su madre, que se quedó en Barcelona. Es una distancia que cuando la entrevisté por segunda vez todavía se le hacía difícil asimilar:

Y ¿qué tal con la familia? Ahora acá y allá

Y, a mí me cuesta mucho, yo con mi mamá tengo una relación... muy cercana. Muy estrecha. A mí, el hecho de que no tenga cerca a mi mamá, es algo que me [*llora*]... que no lo termino de digerir. Que si mi mamá estaría acá, estaría mucho más tranquila y más contenta. Porque yo, encima, con la familia de Juan no me llevo bien, ni me hablo, ni nada, con ellos [...]

¿Se vieron desde que vinieron para acá?

Sí, sí, mi mamá vino y justo yo había empezado a laburar.

Y, ¿hablás con ella de todo esto? ¿cómo lo comparten?

Sí, o sea, ella lo que me dice es que, bueno, que yo hice la apuesta esta de la familia; porque, bueno, en un momento ¿viste? digo, ¡yo qué mierda hago acá! ¡por qué no me quedé allá!

Bueno, cuando te vi el año pasado estabas un poco así.

Sí, y entonces, bueno, como que me dijo “no, pero vos elegiste la familia”, y después pude dimensionar (Florencia, 38 años, E36/II).

A esto hay que sumar las familias políticas. En el caso de personas que retornaron con parejas de España u otro país, ahora mantienen vínculos con sus suegros/as y cuñados/as en los lugares de origen de sus parejas (es el caso de Malena, Marina, Claudio, Martina, Ema y Jimena). Además de sostener las relaciones entre adultos, cuando tienen hijos/as también procuran construir a la distancia un vínculo entre los/las menores y sus familiares en España. Jimena, por ejemplo, se encarga de mantener el contacto “mucho más de lo que lo mantenía al revés”, y se preocupa por ello “más que antes”; además de llamar por teléfono, va actualizando los cambios de su hijo en redes sociales con fotografías y relatos de su nueva vida en Argentina. El caso de Ema es distinto, su madre enfermó y ella y su pareja viajaron para cuidarla, cuando

falleció decidieron quedarse. El padre de Ema había muerto hacía ya muchos años, así que cuando tuvieron un hijo sus únicos abuelos estaban en España. Tanto a ella como a su pareja se les hace difícil esa “cotidianidad de estar mirando al nene por el *skype*, de que no lo tengan en el día a día”.

Quienes tienen hermanos/as, primos/as y tíos/as en España, también continúan en contacto (Malena, Marina, Juan Manuel, María, Elena, Marta, Andrés, Viviana, Marcos, Luz y Quique). Por último, se da el caso de padres o madres que volvieron y quienes permanecieron allí –o retornaron a España después de volver a Argentina– son sus hijos. Es el caso de Miguel y Marcela. Prácticamente todos los entrevistados consideran que conservan en España importantes amistades que esperan mantener a lo largo de los años y en esa dirección orientan sus prácticas.

Algunas han tenido la oportunidad de volver a visitar a sus familiares. Fernanda, por ejemplo, realizó dos viajes a Madrid. El segundo fue especialmente emocionante: en primer lugar, porque conoció a su primer sobrino; en segundo lugar, porque en la temporada en la que realizó la visita, su madre y su tía se estaban mudando de piso y a ella le tocó reencontrarse con todos esos objetos que había dejado en su habitación cuando decidió volver a Buenos Aires. Cosas que, en su momento, no quiso ni pudo llevar, pero de las que tampoco quiso ni pudo deshacerse, objetos que, como explica Miller (2009), forman parte de la evidencia material de la vida de cada uno, de su trayectoria, sus logros y afectos.

Y nada, estuvo bueno porque conocí a mi sobrino. Mi ahijado. Sobrino y ahijado. Había cumplido un añito, me enamoré.

¿No lo conocías?

No lo conocía. Por *skype*.

Claro, porque ella quedó embarazada justo cuando volviste ¿no?

Al toque, sí. Parece que me lo hubiera hecho a propósito, la guacha [*risas*] [...]. El pendejo es un amor, aparte, nada... lo vi y, claro, me emocioné un montón, o sea, abrazarlo... y lo llené de lágrimas y de mocos, y el pibe como que... se dejó querer, se dejaba besuquear. Y nada, la verdad es que fue tremendo. Me encariñé muchísimo, estuvimos muy pocos días y me encariñé mucho.

Y ¿dónde te quedaste?

En casa [...], volví a mi casa, no a mi habitación, porque estaba ocupada, claro. Subarrendaron las habitaciones, porque era una casa muy grande y cara. Pero fue muy loco porque justo cuando fui yo estaban viendo la posibilidad de irse y encontraron una casa. Entonces, cuando llegué estaban empezando a mudar las cosas y yo tenía un montón de cajas con cosas mías que tuve que reducir a la mitad. Aun así me costó un montón, como que, otra vez ese laburo de mierda. Es como, ¡ay, dios! Es tremendo, porque soy muy apegada a las cosas, siento que son cosas que me costó conseguir, ¿entendés? que no me vinieron así del cielo; que cada librito que compré me costó lo suyo, cada cosita. Soy “cositera”, ¿viste? [*risas*] de huevadas. Me lo regaló tal persona... lo guardo, ¿viste? ¡Una pelotuda! Entonces, ¡uf!, otra vez, todo ese laburo de

desprenderme de todo, era como ¡ay! Porque, imagínate, ya lo había pasado cuando vine acá (Fernanda, 31 años, E4/II).

Especialmente reseñables son los viajes de aquellos/as jóvenes que vuelven para visitar a sus abuelos y amigos de la infancia. Juana y Santiago viajaron con su madre, Victoria, y pasearon por Madrid y Galicia, los dos lugares donde residieron durante la inmigración. El entusiasmo de Juana fue tal que, al año siguiente, cuando cumplió quince años pidió que su regalo fuera otro viaje a España, sola. Llama la atención que un viaje similar realizó Rocío, hija de Florencia, quien pasó unos meses durante las vacaciones de verano en Barcelona, en la casa de su abuela. Este mismo viaje lo plantea la hija mayor de Valeria, que espera poder visitar Palma de Mallorca junto a su prima de Argentina, cuando cumpla quince años. En la entrevista con Juana, aproveché para preguntarle cómo fue la experiencia de su viaje de visita a España. Estos son algunos detalles de su relato:

Y, ahora fuiste para allá... ¿qué onda? ¿Cómo fue?

¡Uh! ¡Importante! ¡Importante! Y hacía cinco años que no iba, en esos cinco años no pasó poquito, pasó mucho [...]. Yo pensaba que quería volver, que no quería volver, que volvía, que iba, entonces cuando fui, en Madrid me costó menos la cosa. Hacia mucho ya, siete años y pico... fui, por ahí, por donde vivía antes... me acordaba de los olores, el ruido, las calles, las casas... Me junté con una amiga que hacía cinco años que no la veía, que en su época fue mi mejor amiga; hoy en día ya no tengo mejores amigas, porque... tendría repartidas por continentes, o sea, y... nada, eso... fue importante. Fue un cambio importante. Y después, fue mucho más jodido cuando fui a Galicia... ¡ah! ¡Es que son! Llegué y... ¡ah! ¡Porque no sabían que iba! ¡No avisé a nadie! Hacia cinco años que no los veía y les toco el timbre... salen, y “¡¡¡Juana!!! ¡¡¡Qué haces acá!!!” Los sacaron a todos de las casas... ¡empiezan a llamar por teléfono! “¡Llegó Juana!” Y ¿viste? ¡la típica abuela que te da mucha comida! ¡Todo el pueblo! “¡Come!” ¡Encima salamín!, ¡qué rico! No son facturas, cosas dulces, que yo lo dulce, no... ¡tortilla!, ¡salamín!, ¡fiambre!, ¡jamón!. Y yo ¡estaba alucinando! [...] Me quedé tres noches... El primer día que llegué fuimos a ver a mi vecino, al que era muy cercana. La única que sabía que venía era la mamá de él. Llego así, nada, un huevón de un metro ochenta. Entonces ¡la cara! No pude establecer una conversación, ¡parecía traumatado! ¡Era imposible! ¡Era un bloque! Entonces la vieja le dice: “¿Y? Tanto que cuándo llegan, cuándo llegan ¡y ahora nada!” Nada, pero para mí normal, ¿viste? Yo soy así, suelta, él estuvo siempre con las mismas personas, de repente viene una inmigrante, llega, está dos años así, uña y carne, después se va y ¡vuelve cinco años después! Cualquiera cosa... el chico estaba confundido. [...] Pero después fue más fácil, al siguiente día fuimos a la playa con otra amiga y sus amigos de ahora, que ¡yo no los conocía! Ese mismo día fue el cumpleaños del hermano y fue una fiesta... Me gusta mucho la cultura gallega, *galega*. Y al siguiente día, sin que me dé cuenta, estaba con esta chica, de repente llaman a la puerta, y me dice “Juana, es para vos” ¿para mí? Me levanto, había dos amigas mías ¡que no las veía hace cinco años! Entraron por la puerta y ¡¡¡ah!!! ¡Me llevaron puesta! ¡me abrazaron así! Yo no lo podía creer, estaban iguales, y nada, estuvimos ahí, las pelotudas se pusieron a llorar [*rie*] [...] No, sí, yo estaba... no lo podía creer. Estaban todas encima mio. Y dicen “Juana, ¡cuánto has crecido!” [*con acento “español”*]

Ah, ¡te re sale el acento!

Sí, ¡a mi sí! Si quiero hablar así sí, si no, no... ¡Tía! ¡Es que soy un anfibio de la sociedad! Igual hago una mezcla entre galego y madrileño. Y nada, encima me hablaban la mitad galego, mitad español, yo había empezado a hablar en gallego, y me dicen, “¡no! ¡por favor! ¡habla en argentino!” Empiezo a hablar argentino y se cagaban de risa y entonces empezaron a hablar un argentino-gallego, medio raro, ¡era buenísimo! Bueno eso. Y nada, después cuando me tuve que ir... nada, estuvieron ahí llorando, abrazadas [...]. Pero eso, fue... igual después, cuando me estaba yendo al aeropuerto, para volver a venir acá, ahí sí me salió una lágrima, dos [...] El año que viene vuelvo. ¡Me quería volver! Hacía mucho que no me pasaba (Juana, 14 años, E3).

La familia no es una excusa necesaria para volver a España, muchos/as que conservan allí sólo amistades también han optado volver a sus antiguos lugares de residencia a pasar algunas vacaciones. Beatriz, Ariel, Tomás, Patricio, Sofía, Gabriela y Héctor, pudieron realizar este tipo de viajes. Sofía, mantiene además algunos pacientes de psicoterapia con quienes continúa el tratamiento a distancia y los visita una vez al año. Martina también volvió en algunas ocasiones a Madrid, aprovechando los viajes que realiza a Reino Unido para visitar a la familia de su pareja. Por último, César, vuelve sistemáticamente todos los años a pasar sus vacaciones en Palma de Mallorca; incluso durante los primeros años de residencia en Buenos Aires compraba siempre un pasaje de ida y vuelta, desde Madrid, para asegurarse el “retorno” a España. Entre quienes no habían tenido aún la oportunidad de viajar desde el momento en el que volvieron a residir en Argentina, volver a España de visita estaba en sus planes. Mientras tanto, aprovechaban las presencias ocasionales de sus afectos en Argentina y procuraban mantener el contacto a la distancia a través de todos los medios que tuvieran a su alcance.

Sigo echando de menos a mis amistades de allá, decí que a veces con esta tecnología que hay ahora y demás, compartimos *flashes* que hacen que no se rompa lo cotidiano. Uso el *whatsapp* de diario, para algo más larguito los emails, el teléfono también, el *skype*, ¿no? [...] Y por supuesto, que a pesar de estar muy comunicada, echo de menos verlas, sí. Así que cuando hay oportunidad de que vengan aquí, que hagan un paseo o algo, es como que... ahí bueno... (Silvia, 60 años, E51).

Estas múltiples combinaciones de relaciones afectivas entre aquí y allá abren un amplio abanico de movilidades que continúan su despliegue una vez que el retorno tiene lugar, y son numerosos los viajes que se realizan en ambas direcciones, así como los contactos que se mantienen entre un sitio y otro. La intensidad de ciertos vínculos transnacionales y el desarrollo de los procesos de retorno una vez que se produce físicamente son un auténtico acicate para la reapertura de algunas de estas trayectorias en el futuro – cuestión que veremos en detalle más adelante– y aun cuando esto no es así, y el retorno oriente la trayectoria hacia su cierre, la continuidad de ciertos vínculos afectivos es incentivo suficiente para que se mantenga el apego a los lugares de inmigración y los seres queridos que allí permanecen. En definitiva, el retorno a los afectos en Argentina es también una apertura a experiencias de tránsito por nuevas ausencias y distancias, y a las prácticas que permiten hacerlas presentes y mantenerlas próximas en esta nueva fase de las trayectorias migratorias.

7. TRÁNSITOS (II)

Volver, ¿a dónde? Estampas del retorno como experiencia situada

¿Dónde está el hogar? Por un lado, el “hogar” es un lugar mítico de deseo en la imaginación diaspórica. En este sentido, es un lugar de no retorno, incluso si es posible visitar el territorio geográfico que se considera el lugar de origen. Por otro lado, el hogar es también la experiencia vivida de una localidad. Sus sonidos y olores, su calor y su polvo, sus templadas noches de verano o la excitación de la primera nevada, las estremecedoras noches de invierno, los sombríos cielos grises al mediodía... todo esto, mediado por la cotidianidad históricamente específica de las relaciones sociales.

Avtar Brah (2011: 223)

La vuelta al espacio, a la ciudad, al barrio, es también la vuelta a ciertos modos de vida, formas de habitar cada uno de estos lugares. Como planteaba Park (1999), la ciudad es algo más que una aglomeración de personas y servicios, de instituciones y aparatos administrativos; es también un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes y sentimientos. “La ciudad es sobre todo un estado de ánimo [...], la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman” (Park, 1999: 49). Por todo ello, volver a la vida de la ciudad o del barrio es una vuelta a los ritmos, las distancias, los códigos de cada uno, pero también un tránsito por todo aquello que ha sido transformado durante la inmigración y la ausencia. Dependiendo en parte del tiempo que se haya estado fuera y de la asiduidad con que se haya visitado el lugar “de origen”, el impacto de estas experiencias de retorno a los lugares puede ser muy diverso. El retorno a los espacios ofrece un constante ejercicio de doble contraste; de forma diacrónica, comparando los mismos lugares entre cómo eran cuando se dejaron y cómo son ahora al volver, pero también de forma sincrónica respecto a aquellos lugares en los que hasta hace poco se residía en el lugar de destino. Hay que tener además en cuenta que se puede volver “casi” exactamente al mismo lugar donde se residía antes de partir –incluso a la misma casa– pero también a otros lugares –en la misma o en otra ciudad–, en destinos que pueden resultar tan ajenos que quienes experimentan estos traslados se les hace difícil considerarlos “auténticos retornos”. Por último, las movilidades geográficas también implican recorridos entre distintos espacios sociales, en tanto espacios de clase. En este

sentido analizaremos, de acuerdo a distintos tipos de itinerarios, cómo los procesos de retorno se articulan con condiciones y posiciones de clase ocupadas en diferentes momentos de las trayectorias migratorias (emigración/inmigración/retorno). Como planteaba Sayad (1998b, en Gil Araujo, 2010: 266), la relación con el espacio es “en todas sus formas y valores [...], primero, en su dimensión física o geográfica y, después, en sus otras dimensiones sociales, en la medida en que el espacio físico no es sino la metáfora espacial del espacio social”. Al análisis de estas dimensiones están dedicadas las siguientes páginas.

7.1. *Ciudades indómitas, ciudades dóciles*

La mayor parte de las personas entrevistadas regresaron a la ciudad de Buenos Aires, lugar donde residían antes de partir. Otras vivían en distintas zonas del conurbano bonaerense –en zona sur y zona oeste–, y mientras que algunas regresaron a los mismos barrios, otras se instalaron en la ciudad. Una parte del trabajo de campo se realizó en la ciudad de Rosario, en la provincia de Santa Fe. Las personas allí entrevistadas regresaron a la misma ciudad de la que partieron, aunque algunas cambiaron los barrios o zonas de residencia. En este sentido, la mayor parte de las personas entrevistadas regresaron a las mismas ciudades de donde partieron, aunque no necesariamente volvieron a vivir en las mismas localidades previas a la partida; en solo dos casos, el retorno se produjo a una provincia diferente de la que habían emigrado. Al analizar la dimensión espacial en las experiencias de retorno es fundamental tener en cuenta las particularidades de los entornos “locales” en cada trayectoria de movilidad geográfica, no sólo en lo relativo a las características de los lugares a los que se vuelve, sino también de los que se retorna. Asimismo, aunque las trayectorias se produzcan entre grandes ciudades, las dimensiones de Buenos Aires y Madrid o Barcelona no son las mismas. Por otro lado, Rosario o Mar del Plata podrían asemejarse a Palma de Mallorca; en la primera, los clubes de río, en la segunda, la playa y que todo transcurra por “temporadas”. Mientras las trayectorias geográficas entre determinados entornos proporcionan una sensación mayor de ruptura, en otros casos se percibe cierta “continuidad” espacial.

La ciudad de Buenos Aires es “bestial”, de grandeza desmesurada y extraordinaria; así podrían resumirse las descripciones de las personas que vuelven a ella, a una “gran ciudad” o “megalópolis”. Hablan de Buenos Aires como una ciudad “jungla”, por su espesor y densidad –de gente, de coches, de edificios (cada vez más, y más altos)–. Es también una ciudad “monstruo”, de unas dimensiones que espantan a más de uno/a. Por todo ello, no puede ser más que “caótica”, desordenada e impredecible. El tamaño de la ciudad es un aspecto central de estos procesos de retorno, que contrasta con las experiencias previas de residencia en lugares tales como Barcelona, Madrid, Palma de Mallorca, Santiago de Compostela, San Sebastián, Sevilla o Valencia.

Acostumbrada tantos años a vivir en ciudades más pequeñas, Buenos Aires me parece una cosa monstruosa. O sea, empieza en el Riachuelo y termina no sé dónde. Las

distancias me cuestan. Además es una ciudad que todavía me sigue pareciendo un poco caótica... Bueno, supongo que con el tiempo me acostumbraré y ya no me lo parecerá tanto. Hay mucha gente, hay muchos coches, hay muchos edificios. La fisonomía ha cambiado bastante desde que nosotros nos fuimos a ahora. Hay muchas construcciones nuevas, torres enormes, altas, antes no era tan así (Pilar, 43 años, E17/II).

Esta entrevistada, como otros informantes, también compara Buenos Aires con una “jungla”; una jungla de cemento donde “sentís que la gente te va a pasar por arriba sin pedirte ni siquiera disculpas”, donde “te pisan y no te ven”. Probablemente, siempre fue así, pero antes ella no lo notaba: “uno estaba acostumbrado a vivir así y no te planteás otra cosa o no sos capaz de ver qué es lo que está pasando”. El día a día en una ciudad como Buenos Aires es como salir al “campo de batalla”. Así la describió Fernanda que, después de dos años, se acostumbró a la “hostilidad porteña” –“te ponés casco y combatís”–:

Es un poco así, el día a día. No sé, los *bondis* [buses], el *subte* [metro], todo el quilombo. O sea, Corrientes [avenida] acá, es como que te ponés casco y combatís a todos. Pero bueno, también está... No sé, me gusta la oferta que tiene la ciudad. También sueño con el campo, ojo, ni hablar; pero, mientras tanto, intento disfrutar, trato de no enojarme mucho, porque a veces te agobia (Fernanda, 31 años, E4/II).

Fernanda nació y se crió en Buenos Aires, emigró con toda su familia a Madrid. Volvió sólo ella, al mismo barrio, a la misma casa familiar. Malena también es porteña y también sueña con “ir al campo”. Volvió a Buenos Aires con nuevos integrantes en la familia, su pareja y su perro, ambos madrileños, y después de seis años en Madrid sigue reconociendo el “espíritu” de la ciudad donde creció, a pesar de los cambios:

La ciudad como siempre, para mí Buenos Aires nunca... puede haber unos negocios, otros negocios, calles más rotas, menos rotas, la bicisenda, no la bicisenda; pero, en sí, el espíritu de Buenos Aires, yo lo veo igual.

¿Cuál es?

Y, como una capital del mundo que no para nunca, pero, no sé, para mí es bueno. A mí me gusta Buenos Aires, o sea, me quiero ir al campo y todo, pero yo me crié acá y me encanta. Supongo que también debe ser que uno pasó buenos momentos, entonces eso hace que brille más, ¿no? (Malena, 35 años, E23).

Para quienes volvieron a otras ciudades, Buenos Aires es un lugar “de excursión”, “para ir a conocer”, “para pasear”, pero no para vivir. Marina, que es de una ciudad costera de la provincia de Buenos Aires y vivió en Palma de Mallorca, después de pasar casi un año en Salta, extrañaba la “impunidad” del mar, que ofrece un estilo de vida “descontracturado”. Marcos, por su parte, extrañaba la “cadencia” de Rosario: “Acá, esto, Rosario, es una gran ciudad y qué sé yo, pero tiene alma de pueblo”. En Buenos Aires, a Marina no le alcanzaría con el Río de la Plata, a Marcos le sobraría cemento.

No me gusta, aparte no quiero vivir en esta locura. Porque, mirá lo que es esta ciudad, es hermosa, la ciudad es maravillosa. Pero, ¿dónde querés que vaya a vivir? Me muero encerrada en un departamento, una ciudad sin mar es como una computadora sin Internet [...]. Como tenemos esta cosa marítima, esta impunidad que nos da el mar, porque te da un margen de impunidad el mar, entonces te podés ir con las chancletas a todos lados y ningún problema (Marina, 36 años, E33/II).

Extrañaba la cadencia... la cadencia de vivir acá, en una ciudad así.

¿Cómo es la cadencia?

Sí, es que es una “ciudad pueblo” esta. Barcelona es bastante similar. Pero bueno, esa red de gente conocida... es mucho más dócil vivir acá, más fácil. Menos desgastante.

¿Te planteaste volver siempre a Rosario o ir a algún otro lado?

No, en principio, siempre volverme a Rosario, porque a mí me gusta esta ciudad. Ya de irme de acá, me iría a un lugar más salvaje, más forestal, más pueblo. Nunca pensé ir a Buenos Aires, a una ciudad así, me horroriza; no, ni en pedo (Marcos, 37 años, E41/I).

La dimensión de la ciudad afecta a los estilos de vida y las relaciones sociales que se dan en el espacio. La movilidad cotidiana en Buenos Aires requiere desplazamientos a través de largas distancias, excepto que se tenga la suerte de residir en el mismo barrio donde se trabaja, algo que rara vez ocurre en el caso de las personas entrevistadas. Estos desplazamientos suponen un empleo de tiempo considerable, claramente percibido como pérdida, utilizando una red de transportes que los informantes consideran deficiente, en sus características y funcionamiento. En este sentido, no sólo importa la distancia o el tiempo de los traslados, sino toda la experiencia “sensorial” de viajar; los espacios dentro del transporte, la temperatura, la actitud del pasaje, etc. Todo ello afecta sin duda a las formas de habitar la ciudad y moverse en ella:

Vivís en un constante aturdimiento y, lamentablemente, de mierda; de puteadas, del subte que no funciona, del tren que no llega, de que a alguien le robaron, de si te va a pisar el colectivo porque no respeta el semáforo, hay un entorno... esto es una jungla. Yo adoro Buenos Aires, pero esto es una jungla. Y tenés que tener mucho estómago para bancártela y fumártela (María, 34 años, E7).

Yo también viajaba en Barcelona en hora pico y también iba un poco apretada y qué sé yo, pero no es como acá. Acá es ir en hora pico y apretada, es muy apretada. Pero no sé, el colectivo sí que era mucho más cómodo en Barcelona, con aire acondicionado, otra cosa, acá vas colgada, es un desastre (Beatriz, 32 años, E5).

Las distancias, el tiempo que pierdo en viajar, me parece horroroso y no estoy en la otra punta de la ciudad, estoy dentro de la ciudad. Y bueno y el caos del tráfico, es una ciudad que ha crecido, que va mejorando con el tiempo, pero que todavía le falta organización. [...] O sea, el subte es opresivo, la gente te atropella en las escaleras, todo el mundo quiere salir primero, no sé si hacen un concurso y les regalan algo para el primero que llega... Y bueno, supongo que es eso, las distancias son muy largas, todo el mundo tiene

ganas de llegar a su casa y va apurado, nadie va relajado. Es como que le falta relajarse a esta ciudad y no se va a relajar nunca, ¡vamos! La gente no se relaja. Va todo el mundo al palo, todo el tiempo (Pilar, 43 años, E17).

La experiencia de la espacialidad está atravesada por las características particulares de los lugares de los que se vuelve y a los que se vuelve, así como los momentos vitales en los que se produce el traslado. En este sentido, no es lo mismo volver a una gran ciudad después de haber pasado prácticamente toda la vida en ella, como es el caso antes visto de Malena, o el de Germán –que vivió ocho años en Barcelona y volvió con treinta y cuatro años a un barrio céntrico de Buenos Aires–, que el caso de Miguel, que reside en un lugar similar después de haber vivido gran parte de su vida en un barrio del conurbano bonaerense y haber pasado los últimos doce años en un pueblo de la sierra de Madrid. Buenos Aires está en un “canal”, como sugiere Germán, la clave está en “sintonizar” bien la frecuencia, cosa que claramente no había logrado Miguel, que no estaba seguro de cuánto tiempo más resistiría el entorno. Así relatan estos entrevistados su experiencia:

Mi novia, pija, francesa, rica, la traje a Congreso [*barrio*], a esto destruido, y acá no hay música electrónica, ni fiestas *high*, mis amigos son todos monstruos de barba, faloperos, porreros y borrachos. Y eso es lo que me gustaba a mí, pero no sé si era lo que le gustaba a ella. Como que era un ambiente un poco más *hard*, acá, un estilo de vida más punk. Los porteños somos como... yo conozco gente, porteños, en New York, San Pablo, mismo canal... Eso ya es de ciudad de millones de habitantes. México DF, tenés que estar loco. Vivir acá es loco, yo escucho los gritos en la calle, yo no puedo parar de gritar, a mí me encanta vivir acá, yo salgo por las marchas [*manifestaciones*] y voy gritando por la calle, a mí me encanta [...]. Buenos Aires me encaja mejor a mí, en la onda. Los españoles van a dos por hora, están durmiendo la siesta a las tres de la tarde, la siesta para mí es una cosa de mi abuelo. Y yo estoy beneficiado en Buenos Aires con mi forma de vida, soy un neurótico sacado, vivo en el centro. Entonces, estoy en mi salsa (Germán, 34 años, E27).

La experiencia aquí es muy dura. Bueno... además, yo vengo del edén... del paraíso, para mi gusto, para mis pretensiones. A lo mejor va otro y dice, ¡esta porquería! ¿No? Mirá que yo vivía en esa casita, precaria, con mucha falta de confort. Yo, encantado. Con una vida medio de pueblo, muy paleta, si querés, pero con la cual yo sintonizo muy bien. Yo, a esta altura de mi vida, con unas buenas películas, el fútbol y los libros... ¡En mi vida me aburrí! ¡Jamás! Y aquí es difícil encontrar un lugar por dónde caminar. A mí me asusta este barrio, ¡está tan lleno de gente! De perros, de mierda, de meos, de basura, de ruidos, de... este barrio en particular. Pero bueno, Buenos Aires, además, es una ciudad ¡cada vez más inviable! Te quedás sin agua, sin basureros, sin subte, sin tren... en cualquier momento. Querés... bueno, hoy voy a ir al banco, ah, bueno, y a la tarde ¿qué hacés?, porque a la mañana no podés hacer ya otra cosa... todo te consume tiempo, energía y buen humor, de una manera... cada vez la tolero menos. Evidentemente, me tendré que ir lejos de Buenos Aires para soportar la vida en Argentina. A esta altura de mi vida no estoy seguro de nada, pero supongo que habrá lugares buenos para vivir, ¿no? Fuera de esto. Yo creo que no me lo banco más... ni el tango, ni el Teatro Colón, ni nada de lo que me gusta de verdad, puedo disfrutarlo. ¡Te cuesta aquí disfrutar! Y además, el discurso de la gente. La letanía permanente... esa queja de... ¡de no sabés ni de qué! [...]. Y bueno, por esas cosas, creo yo que a mí se me está haciendo muy pesado esto (Miguel, 66 años, E24).

La experiencia de Miguel, ese contraste entre su vida “medio de pueblo, muy paleta”, en la sierra de Madrid y su posterior traslado a la ciudad de Buenos Aires, nos ofrece un relato que transita de la descripción sosegada del primero de estos escenarios a la enumeración frenética de todos los males que aquejan el segundo y sus dificultades para lidiar con el nuevo entorno. El relato de Miguel, con sus cambios de entonación y velocidad, no sólo era el “decir” de sus “haceres”, también “hacía diciendo”, mientras trazaba una ilustración *simmeliana* de “Las grandes urbes y la vida del espíritu”:

“El fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el acercamiento de la vida nerviosa, que tiene su origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones internas y externas. El hombre [*sic*] es un ser de diferencias [...]; las impresiones persistentes [...], las regularidades habituales de su transcurso y de sus oposiciones, consumen, por así decirlo, menos consciencia que la rápida aglomeración de imágenes cambiantes, menos que el brusco distanciamiento en cuyo interior lo que se abarca con la mirada es la imprevisibilidad de impresiones que se imponen. En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el tempo y las multiplicidades de la vida económica profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica [...], una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular” (Simmel, 2001: 376-377).

Si bien el nivel de tolerancia de Miguel a las características del espacio que habita es casi nulo, los aspectos problemáticos de la ciudad de Buenos Aires que menciona coinciden con la percepción de otras personas entrevistadas, pero que a diferencia de Miguel sí están contentas de volver a vivir allí, aunque la ciudad “te acorta la vida”, como plantea Julia. La deficiencia de las infraestructuras no se refleja sólo en la calidad y funcionamiento de los transportes, sino de los servicios en general. Lo imprevisible se vuelve rutina y eso imposibilita la planificación y organización de muchos otros aspectos cotidianos de la vida. Acostumbrarse a lidiar con lo inesperado es fundamental en el proceso de readaptación. Al mismo tiempo, la comodidad de vivir en un espacio que ofrece cierto “orden” y “organización”, donde “las cosas funcionan”, es uno de los principales aspectos que se añora de la experiencia de la inmigración:

Extraño un poco también la cuestión esta de la comodidad que era vivir en esas ciudades tan pequeñas, comparadas a Buenos Aires. Y donde más o menos hay un cierto orden para el funcionamiento de las cosas, que no digo que no tarde tiempo, o que no tengas problemas, pero bueno, qué se yo, como que estaba un poco más organizado, o esa era la sensación. Como que hay cierto orden, uno no se va a encontrar con cosas inesperadas, como te digo, llegar al andén y que el tren no pasa y ¿por qué? “Ah, no sé, se suspendió”. “Pero, ¿cuál pasa?”. “Ah, no sé”. “Y, ¿el próximo tren?”. “Ah, no sé. Vení dentro de diez minutos a ver si te puedo decir algo”. Ese tipo de caos (Pilar, 43 años, E17).

Yo también tenía mucho miedo de no adaptarme, porque yo me había acostumbrado a un lugar donde lo que pasa acá, no pasa. Que se corta la luz, los bondis no sé qué, el subte no anda, la basura en la calle, quilombo. O sea, yo ya me había acostumbrado a otro tipo de vida, donde todo está más o menos ordenado, todo es un poco más previsible, no es que te vas a laburar y no sabés a qué hora vas a volver porque hubo un paro de no sé qué o porque explotó una central eléctrica en la costanera... Entonces, yo no sabía si realmente me iba a volver a adaptar. Porque una cosa es venir veinte días de vacaciones,

que es lindo, que vas a pasear, y otra cosa es venir y vivir todo el día acá. Estar acá continuamente (Claudio, 32 años, E25).

Cuanto más grande es una ciudad, más difícil es salir de ella. Evidente. Pero esto influye sobremanera en el estilo de vida de aquellas personas que en la inmigración vivieron en ciudades que consideraban “pequeñas”, incluso en las más importantes de España, donde el disfrute de espacios y actividades tanto dentro como fuera de la ciudad era más accesible. La sierra fresca en verano a un rato en tren, un mar azul a diez minutos de la casa, la montaña nevada en invierno a una hora y media en coche. Para quienes volvieron a la ciudad de Buenos Aires, llegar a ese tipo de lugares requiere más tiempo y dinero. Aunque las jornadas laborales en un sitio y otro fueran similares, las dimensiones de la ciudad y el ritmo dejaban más tiempo y energía disponible para el ocio en España. David vivía en el centro de Barcelona; ahora, en un barrio del conurbano bonaerense, trabaja en el centro de la ciudad y tarda en desplazarse cuatro horas diarias:

No estoy tan... feliz no es la palabra, pero no disfruto tanto el día a día como lo disfrutaba allá. Allá se disfrutaba más, llegaba menos cansado al fin de semana, no sé si también es que... la edad también... no estoy viejo pero allá llegaba el fin de semana y salía de noche, acá no salí nunca de noche. Me dicen, vamos... pero no, no quiero, estoy cansado, me quiero ir a dormir. Allá el tema de tener la montaña y la playa tan cerca, acá recién ahora, nos vamos una semana a Brasil y es todo un acontecimiento. Hasta yo me sorprendo [...]. Yo en Barcelona me levantaba y sabía, o creía que sabía, todo lo que me iba a pasar durante el día, sabía que iba a salir, que me iba a tomar el tren, que iba a llegar al trabajo, que tenía que hacer todo esto, que nadie me iba a venir con nada raro, estaba todo ordenado. Que volvía a mi casa leyendo en el tren, descansado, me bajaba, me iba a tomar una cerveza con un amigo, me iba a ver al otro, nadie me llamaba por teléfono para preguntarme dónde estaba, llegaba a casa, comíamos, mirábamos tele, una vida bastante armoniosa en ese sentido. Teníamos la sospecha de que acá no iba a ser tan armonioso. Que ir a trabajar y volver no era tan fácil, no era tan trivial, cansa. Que moverte con tanta soltura tampoco tiene mucho sentido, porque en Morón, ¿qué voy a hacer? Bueno, acá tengo el club, que es distinto, pero eh... que iba a haber un montón de cambios, la idea era ver si te podías adaptar a esos cambios (David, 33 años, E32).

Jimena, en cambio, reside en la ciudad de Buenos Aires y la disfruta. Sin embargo, no tiene decidido si va a quedarse ahí. Con su pareja y su hijo, vivía en la Comunidad Valenciana al lado de un parque natural y ahora extrañan “el aire libre”:

Nos falta eso.... Como que no sabemos a dónde ir los fines de semana. Y, es que es muy lejos. Una escapada son doscientos kilómetros, ¿viste? No es lo mismo que allá [...]. A lo mejor, en unos años nos vamos a otro lado. No tenemos cerrado vivir siempre en Buenos Aires. Me iría a vivir a Córdoba re tranquila. Digamos, cerca, de decir, me tomo un bondi por la noche y al día siguiente estoy ahí, en un lugar lindo, agradable, vida tranquila, calidad de vida, eso no nos lo olvidamos, digamos... lo tenemos ahí (Jimena, 36 años, E11/II).

Rutinas como las de David son muy distintas a las de los informantes que vuelven a otros entornos. Rosario vive el río Paraná: los parques construidos a su orilla, los restaurantes, los clubes de playa, la Isla, son todos espacios que nuclea actividades de ocio (culturales, deportivas, sociales, etc.) que funcionan como una auténtica válvula de escape para aquellos que vuelven a Rosario. Por otro lado, las dimensiones de la ciudad permiten en relativamente poco tiempo estar fuera de ella, en entornos naturales, pequeños pueblos en medio del paisaje pampeano. Así, muchos de los aspectos que resultan problemáticos para los porteños y bonaerenses no están presentes de igual manera para estos otros entrevistados:

El río Paraná. Esa es otra cosa que no te dije, pero a mí el río me atrae mucho y si no estuviera el río no sé si estaría en Argentina. El río es una escapada. Tengo kayak, voy una o dos veces por semana, todo el año, invierno, verano... En quince minutos estás fuera de la ciudad, en un lugar totalmente salvaje, con pájaros, bichos. Y sí, a mí me gusta Rosario como ciudad, y las actividades que desarrollo acá (Lucas, 37 años, E48).

La calidad de vida está dada por toda una serie de factores: las distancias, los transportes públicos, el acceso al ocio, al espacio verde, todo eso suma para la calidad de vida. Y hay otra cosa que es mucho más inmaterial, que es la historia propia, o sea, porque yo te puedo decir: “tenés que venir a Rosario porque vas a tener calidad de vida, porque vas a poder andar en bicicleta, ir al río, el ocio, todo lo que quieras, mucho mejor que allá [en Buenos Aires], que no te tenés que estar subiendo al subte, hacer una hora de autopista”, pero vos me podés recordar también: “pero yo soy de Buenos Aires”. Porque está esa cuestión inmaterial, que hace a la calidad de vida, es decir, viví, nací, me desarrollé, me crié acá y tengo la cabeza en Buenos Aires. Entonces eso también juega, a favor o en contra. Si no, no habría nadie en Buenos Aires. Viéndolo objetivamente, ¿quién puede querer trabajar a treinta y cinco o cuarenta kilómetros del lugar donde vive? (Héctor, 46 años, E37).

La “historia propia” que menciona Héctor es fundamental en los procesos de reinserción en los espacios de la ciudad y las experiencias del retorno, pero también lo es que estas historias están ahora compuestas igualmente por las experiencias de la inmigración y por aquellos nuevos paisajes que se incorporan a la geografía emocional de las personas que retornan:

Luego, yo soy de Buenos Aires también, entonces, siempre la encuentro caótica [risas], cosa que echo de menos Madrid, porque es más tranquila, es más pequeña, es una ciudad más amable. Pero, bueno, Buenos Aires es una mega ciudad y para ser una mega ciudad bastante bien está, porque hay otras ciudades que están peor. Uno tiene que compararla con el DF, con Sao Paulo. Es difícil, no es fácil vivir en las ciudades grandes. Por otro lado, Buenos Aires tiene una cosa que es maravillosa, toda su propuesta cultural, es inabarcable, y a mí esa vertiente es algo que me gusta mucho, que me interesa mucho, así que la vivo con entusiasmo, con curiosidad, con sorpresa. Siento que en este sentido he recuperado algo que durante un período no lo tuve, si bien en España hay muchas cosas, pero aquí hay otra movida, que va desde lo formal a lo alternativo, y todo es muy bueno (Silvia, 61 años, E51).

Recuerdo que tardé un año en poder entrevistar a Silvia. Cuando lo intentamos la primera vez, ella llevaba unos pocos meses desde su vuelta a Buenos Aires, había vivido trece años en Madrid y, a pesar de su buena predisposición, me comunicó en un correo electrónico: “me está costando organizarme, no sé si es sólo una cuestión de tiempo o, quizás, que aún no puedo hacer el relato...”. Decidimos dejarlo para más adelante y un año después la volví a contactar: Silvia estaba preparada para compartir conmigo su experiencia. Lo contrario sucedió con Miguel, tras aquella primera entrevista, donde generosamente manifestó sus inquietudes y deseos, sus temores y expectativas respecto a su vuelta a Buenos Aires, al intentar continuar el registro de su experiencia no quiso participar nuevamente en la investigación. Supe que ya no vivía en la ciudad y que no había tenido un año fácil.

Todo esto para finalizar este epígrafe acerca de los procesos de reinserción en el espacio y poner el acento en su dinamismo. Si en algún momento de estas experiencias de retorno a los espacios algunas comparaciones pueden resultar “odiosas”, otras son no sólo convenientes, sino también reconfortantes. El ejercicio de comparación de los espacios habitados en el momento de la emigración/inmigración/retorno –que parece inevitable, especialmente cuando la vuelta se produjo de forma reciente– requiere una minuciosa tarea de criba de aquellos elementos, aspectos o dimensiones de la experiencia que conviene en un momento determinado incorporar o no al relato o, en otras palabras, distinguir entre lo “incomparable” y lo “comparable”. A menudo, es el paso del tiempo el que pone la distancia emocional suficiente que permite rememorar y reconocer la intensidad de las tensiones que atravesaron los primeros tiempos tras el retorno, así como expresar cariñosamente las añoranzas por aquellos lugares y épocas pasadas en la inmigración, pero desde un “aquí y ahora” donde permanecen, y al que pertenecen. Sin embargo, llegar a ese “aquí y ahora” es parte de los tránsitos del retorno y los procesos de (des)identificación de/con/en el espacio, asunto que abordaremos más adelante en este capítulo.

7.2. Inseguridades

¡Ay! ¡No te puedo creer! [*Exclama la entrevistada ante una llamada telefónica que “interrumpe” la entrevista*].

- ¿Hola?

- ...

- Sí, pa, ¿qué hacés? ¿Cómo estás?

- ...

- Ay, no, no, porque llegué re-tarde, no me di cuenta.

- ...

- No, había un lío ahí, estaba Corrientes y 9 de Julio, todo cortado, todo desde la autopista, todo cortado.

- ...

- Y yo venía por la Illia, papá.

- ...

- Sí, por la que termina en 9 de Julio.

- ...

- Hoy a la mañana estaba llena de tráfico, nada más, pero a la tarde no, estaba cortada.

- ...

- Pero, ¡vos porque no viste nunca la salida de Sarmiento!

- ...

- Libertador no, es imposible, papá, a esa hora.

- ...

- Sí, no, ¡estás cuatro horas para agarrar Sarmiento! ¡No! ¡Ni loca! Se hace ahí un embudo que ni te cuento.

- ...

- Bueno, nada, ya estoy, después te llamo, pa.

- ...

- Listo, beso, chau.

- [*Dirigiéndose a la entrevistadora tras colgar*] Mi papá, para ver si llegué sana y salva. Uno vive en la paranoia de la seguridad (Marta, 40 años, E13).

Marta termina su jornada laboral y vuelve a casa. Acto seguido, como rutina incorporada, habla con su padre o su madre, para confirmar que concluyó el trayecto de vuelta con éxito, es decir, que llegó a casa “sana y salva”. Vive sola, en un departamento ubicado en una de las avenidas principales de la ciudad de Buenos Aires y en un barrio que, según Bergman y Kessler (2008), representa una de las comunas más homogéneas, es decir, habitadas mayoritariamente por sectores socio-económicos altos y medio-altos. Esto implica que aunque Marta forme parte de un sector socio-económico que efectivamente tiene mayores probabilidades de ser víctima de determinados delitos, también lo es que entre ese mismo grupo es menos probable que

ella los sufra, dadas las condiciones del entorno que habita, en tanto la frecuencia delictiva disminuye “allí donde se concentran los sectores más altos, en barrios de mayor densidad de población, con mejores servicios urbanos y más presencia policial, con una agregación de dispositivos de seguridad privada (a través de residencia en edificios con portería, seguridad, etc.)” (Bergman y Kessler, 2008: 231). Como sugieren estos autores, “es la conjunción de factores socio-económicos y ecológicos lo que mejor se asocia a la vulnerabilidad al delito” (Bergman y Kessler, 2008: 222). Más allá de este dato, que interesa apuntar, la cuestión es que la entrevista con Marta comenzó a las 19.30, una hora y media más tarde ya era de noche y la comunicación habitual con sus padres todavía no se había producido. Así fue que recibió la llamada, estaban preocupados.

Esta situación con Marta, así como el relato que siguió a continuación y que más adelante reproduciremos, es uno de los tantos que plasman la relevancia que sobre la reinserción socio-espacial tienen los aspectos relativos al sentimiento o la sensación de inseguridad ciudadana para las experiencias de retorno. Los discursos al respecto, sin embargo, no son homogéneos: mientras algunos manifiestan una preocupación extrema por el asunto y otros cuestionan su importancia o la niegan, un tercer grupo aporta evaluaciones algo más matizadas. Alrededor de estas posiciones discursivas orbitan toda una serie de relatos y prácticas relacionadas con la in/seguridad que refieren a múltiples formas de habitar y transitar los espacios. Relatos y prácticas que enmarcados en las movilidades están atravesados por la dimensión espacio-temporal en un doble sentido: por un lado, expresan la comparación de las experiencias y sentimientos de la seguridad/inseguridad en sus lugares de origen antes de emigrar y después del retorno; por otro lado, la evaluación se realiza efectuando una comparación entre estos lugares y aquellos de destino habitados durante la inmigración y recurriendo a las “culturas locales” o a las “definiciones nativas” de la in/seguridad de cada uno de ellos (Bergman y Kessler, 2008; Kessler, 2011). A nivel regional hay una importante diferencia en las tasas de victimización que influye en las diferentes formas de sentir la in/seguridad:

“América Latina conjuga altas tasas de delitos con elevada sensación de inseguridad. Mientras que en Europa de 2000 a 2005 la victimización de la población pasa del 19,3 % al 14,9 % en el período de un año (Van Dijk et al., 2005), en los países de la región el porcentaje de hogares en los que hubo alguna víctima en igual lapso es dos o tres veces mayor” (Bergman y Kessler, 2008: 211).

Para el año 2008, de acuerdo con los datos del Latinobarómetro, la delincuencia era el principal problema para los/las latinoamericanos/as y, según Kessler, aunque en Argentina las tasas de homicidios son inferiores a las de la mayor parte de los países de la región, el delito en general se incrementó un 250% en las últimas dos décadas y se intensificó la preocupación al respecto (Kessler, 2011: 103-104). Si las encuestas a mediados de los años ochenta “registraban alrededor de un 20% de población preocupada por el tema y un 40% a fines del decenio siguiente, la inquietud alcanza a casi un 80% de los entrevistados en el 2009” (Kessler, 2011: 104).

Como explica Kessler, es necesario distinguir entre el miedo al crimen –que hace referencia al temor o la ansiedad como respuesta emocional frente al delito o los

símbolos asociados con él– y el *sentimiento de inseguridad*. Este último ofrece un abanico más amplio de dimensiones analíticas, que además del temor “incluye otras emociones suscitadas, como la ira, la indignación o la impotencia y comprende también las preocupaciones políticas, los relatos sobre sus causas y las acciones que conformarán la gestión de la inseguridad” (Kessler, 2011: 105). El sentimiento de inseguridad se asocia a toda amenaza a la integridad física, más que a los bienes. Es un peligro aleatorio, dada la percepción del incremento de este tipo de amenazas, que se caracteriza tanto por la “deslocalización del peligro”, como por la “desidentificación relativa de las figuras de temor” (Kessler, 2011: 106). Mientras que, por un lado, ya no es posible distinguir claramente entre las zonas seguras y las zonas inseguras –la amenaza “puede penetrar en cualquier territorio” y “retroalimenta la sensación de inseguridad” (Kessler, 2011: 106)–, por otro lado la amenaza ya no proviene sólo de imágenes habitualmente estigmatizadas, como los jóvenes de los sectores populares, sino de una pluralidad de actores igualmente temibles y diversos en función de la edad, el sexo o la clase social. En definitiva, el efecto de la deslocalización y la desidentificación no implica “la abolición de ciertos estigmas y prejuicios sobre personas y lugares, por el contrario, esta pluralidad de imágenes refuerza la sensación de una amenaza aleatoria y omnipresente” (Kessler, 2011: 106).

Es posible identificar en los discursos de quienes participaron en esta investigación la tipología que elabora Kessler en función del nivel de preocupación acerca de la inseguridad: intensa, intermedia y baja. En este sentido, la mayor parte de las personas entrevistadas denotaron un nivel de preocupación intermedio, mientras que sólo en algunos casos era intenso o bajo, siendo el primero menos frecuente que el segundo. Asimismo, en función de los distintos niveles también se identificaron diversos tipos de relatos que concuerdan con las distintas “formas socialmente existentes de responder a las preguntas que circulan entre los especialistas, los medios y la sociedad en general sobre las causas de la situación, a qué y a quién se debe temer, qué puede hacer uno para protegerse y cuáles son las tareas que le correspondería al Estado” (Kessler, 2011: 108). Para muchas de las personas entrevistadas, el sentimiento de inseguridad no era una cuestión novedosa, incluso en algunos casos aparecía más asociado a la situación experimentada antes de la emigración –relatando episodios delictivos de los que habían sido víctimas– que a la del retorno, y explicaban, sólo en parte, su decisión de partir después de haber sufrido estas situaciones (como en los casos de Agustín y Victoria, Viviana, Lucía y Sofía).

La situación acá del país, en Argentina, era bastante crítica, a la que se sumaba el aumento de delitos. O sea, que encima tuvimos un par de eventos, de robos. Una vez cuando Juana era bebé, sería en el 98, nos robaron el auto, nos apuntaron con un arma, a Agustín lo apuntaban en la cabeza, yo con Juana a upa, ¿viste? Toda una situación de violencia muy desagradable, quedamos bastante mal y empezamos a plantearnos irnos, no vivir acá, no nos gustaba vivir así, asustados, ¿viste? O con miedo, de que te asalten, que te maten. Y después, en el 2000, cuando estaba embarazada de Santiago, también, íbamos caminando por la calle y en pleno centro nos arrinconan un par de pendejos... unos pendejos, que no sabemos si tenían un arma, pero tenían la mano en el bolsillo. Nos sacó la guita que llevábamos encima y yo embarazada. Eso te genera una sensación de

desprotección, ¿viste?, que es muy fea. Y otra vez, también ahí empezamos de vuelta con que nos tenemos que ir, así no podemos vivir (Victoria, 45 años, E30).

La cuestión de la inseguridad no volvió a aparecer en la entrevista de Victoria en relación con la vuelta, aunque sí lo hizo en la de su pareja, al comparar ambos contextos. Cuando vivían en España, la inseguridad era algo que Agustín “no tenía que estar pensando... Vicky venía a las once de la noche, sola, con los chicos, caminando en el pueblo y yo no tenía ningún problema. [...] Ahí tenía una especie de tranquilidad”. Tranquilidad que contrasta con su preocupación actual, aunque esta no era excesiva. En el momento de la entrevista residía en un “barrio cerrado” del conurbano bonaerense, con seguridad privada permanente. En ciertos casos, el sentimiento de inseguridad estaba presente antes de emigrar incluso cuando la persona no hubiera sido víctima directa de ningún delito, pero la experiencia de ser testigo de estas situaciones influía en su percepción de que las amenazas eran cada vez mayores. Es relevante resaltar en los relatos la importancia que tiene la presencia de menores en tales eventos:

Acá era muy terrible, había un robo cada tres minutos, yo vivía en una de las seis manzanas más peligrosas de la ciudad. A mí y a los chicos nos había pasado algo, nada a nosotros, pero el susto de ver a alguien armado entrando en un *McDonald's*, ¿no? [...]. Yo tenía muchísimo miedo de estar en la calle, no, no me gustaba nada. [...] Necesitaba cambiar, era un clima, yo ya no aguantaba más, en el consultorio todo el mundo me hablaba que lo robaban, que lo asaltaban, que esto, que lo otro, estaba aterrorizada con todo lo que se estaba viviendo [...]. Me daba mucho miedo que le pasara algo a los chicos (Sofía, 57 años, E53).

En otros casos, el sentimiento de inseguridad se fue incrementando con el transcurrir de las movilidades de retorno, conforme percibían cómo la preocupación por el tema iba aumentando en su entorno en el país de origen. María cuenta consternada cómo en su primera visita de vuelta al país, que aprovechó para festejar su boda, el fotógrafo se negó a sacarle las fotos en la avenida 9 de Julio por temor a que le robaran la cámara. No lo entendía, “¡era otra Argentina!”. Corría el año 2003. Más allá de la anécdota, es relevante comprender el efecto dinámico que las movilidades y los contrastes percibidos entre los contextos tienen a la hora de calibrar los riesgos en distintos momentos de las trayectorias migratorias. Así explica Ariel la diferencia entre sus percepciones antes de partir –cuando “la gente estaba paranoica con la inseguridad y no había laburo”–, durante su experiencia en la inmigración y luego en el retorno:

Me dijiste que te acordabas del contexto y de cuando estalló acá el 2001. ¿Viajaste en los tres años que estuviste allá? ¿Cómo veías la situación?

Vine dos veces acá. La primera, la mirada que teníamos era como que estaba bastante insegura Argentina. Nosotros poco a poco nos estábamos adaptando a la seguridad de allá y somos todos medio un bicho de costumbre. Me acostumbré a no mirar para atrás cuando estaba entrando a la casa porque sabía que no me iban a robar. Que, acá, yo me fui con esa situación de dar vueltas a la manzana antes de entrar a la casa de mis viejos, por si te estaban siguiendo. Uno lo empezaba como a perder, corporalmente. Y cuando venías acá veías que eso pasaba, que a mi hermano se lo habían llevado para robarle el

coche... Vine quince días, era el cumpleaños de mi hermano y habían robado dos coches a los amigos de mi hermano en la puerta de mi casa. De repente veías cosas, secuestro exprés. El tema de la inseguridad era lo que más estaba, porque yo en ese momento no tenía noción de la relación económica, de la pérdida, de lo político. Tantas cosas que uno no tenía tan en la cabeza y veía la situación de la inseguridad... también lo que veías era que la gente acá está acostumbrada. Mi hermano no estaba paranoico, él decía: “bueno, qué se yo. Tenés que seguir mirando para atrás, toda la vida”. Y cuando volvés pasa lo mismo, te volvés a meter en la inercia de lo que pasa acá, y hoy, no sé, vos, o cualquiera que viene dice: “bueno, Buenos Aires es re insegura” o “Argentina es re insegura”. Bueno, qué sé yo si es inseguro. Nosotros ya nos volvimos a acostumbrar y tomamos las precauciones (Ariel, 34 años, E10).

El relato de Ariel nos ayuda a comprender las variaciones del sentimiento de inseguridad en distintos momentos de las trayectorias migratorias y por qué la mayor parte de los discursos se ubican en la franja intermedia de preocupación y “coinciden en que la situación se ha degradado, propugnando precauciones, pero sin que el tema sea el centro de los desvelos cotidianos” (Kessler, 2011: 108). Dentro de este tipo de relatos, el de Ariel se ciñe al tipo de explicaciones estructuralistas, que recurren a las narrativas de la crisis y a los efectos de la pobreza y el desempleo sobre los jóvenes y el incremento del delito, un “panorama” que Ariel empezó “a dilucidar con el tiempo”. La vulnerabilidad al delito es algo que hay que reincorporar, “corporalmente”, a lo que hay que acostumbrarse, algo que hay que “bancar”, que “aguantar”, como explica Juan Manuel, que a pesar de todo no deja de identificar otras ventajas al hecho de haber vuelto, aunque le hayan sucedido “cosas que allá eran impensables”, como haber sufrido un robo a mano armada para sustraerle una *tablet*. Su regreso a la ciudad de Buenos Aires contrasta con el lugar particular en el que vivía: “Allá en Canarias [...] la seguridad es absoluta. Mil veces más seguro que Barcelona, que Madrid, que cualquier ciudad grande”. La intensidad de la preocupación de Juan Manuel es moderada, ya que su evaluación de la inseguridad de la ciudad concreta a la que vuelve, Buenos Aires, no sólo está atravesada por la comparación con cualquier otra “ciudad grande”, como Madrid o Barcelona, sino también por la referencia a otra clase de ventajas, y temores:

Y ahora me tengo que bancar la inseguridad, pero estoy encantado de que voy a ver espectáculos; mis hijos que... sí me preocupa las cosas que puedan pasar, pero están viviendo una vida mucho más rica, más activa, de lo pasota que era allá. Del pasotismo este, que era una vida lineal, llana y siempre igual, de fumar porro y, y sí... porque en la isla terminan encima en esa chatura [...]. Que hay muchas situaciones para mejorar, de corrupción, de inseguridad, sí, pero para mí, lo fundamental, que era el tema de trabajo, volver a ser sustento y volver a sentirme, digamos, bien, de alguna forma, pudiendo lograr económicamente una calidad de vida relativamente buena, lo logré y acá estoy. Encantado de la vida (Juan Manuel, 57 años, E52).

La inseguridad ciudadana no es lo único a lo que temer. Y eso lo sabe bien Juan Manuel, especialmente en referencia a la inseguridad económica que padeció los últimos años en España. Después de dos años desempleado, su mayor temor, con cincuenta y cinco años, era no volver a encontrar un trabajo. La cuestión de la in/seguridad como dimensión del retorno que en algunos momentos de la trayectoria

migratoria podía ser la baza en el argumentario legitimador de la decisión de no volver y decantarse por “vivir tranquilo”, se convierte en un mero “detalle” cuando el desempleo amenaza la capacidad de procurar los recursos económicos para la reproducción; el sustento y “ser sustento”, otra vez. La inseguridad como peligro del entorno no amedrenta a Juan Manuel ni a muchas otras personas entrevistadas que continúan disfrutando lo que la ciudad de Buenos Aires tiene para ofrecer, aunque tomen ciertas precauciones.

En el extremo contrario se ubican las experiencias de algunos que declaran un sentimiento de inseguridad intenso, discursos que articulan los relatos de “la *alterofobia* y el encierro como imperativo de la vida cotidiana” (Kessler, 2011: 108, énfasis en el original). César se encontraba en esta situación, tanto en la primera entrevista que realizamos en 2012 como en la segunda, dos años más tarde. En la primera entrevista se puso de manifiesto cómo el sentimiento de inseguridad atravesaba sus prácticas cotidianas, percibiendo múltiples amenazas y extremando las medidas de seguridad: desde no abrir la puerta a una vecina del edificio por desconfianza (“qué se yo, no querés abrirle la puerta a una chica que es tu vecina porque sospechás, entonces ya no tenés una libertad”), hasta no visitar a su madre en el conurbano bonaerense por temor (“ni siquiera estoy disfrutando de la familia, me sabe mal un poco, pero mi vieja vive en Merlo y yo no voy a verla, me da miedo”). César se mueve por la ciudad en taxi o en transporte público, sólo en horas centrales del día, cuando sabe “que no hay problema”. El momento álgido de la primera entrevista llega con la descripción de un episodio que presenció una tarde a escasas cuadras de su casa:

Yo el otro día, acá a la vuelta... mi papá vive una calle más allá, salgo caminando de su casa, estoy llegando a la esquina, quince metros antes veo que de un edificio sale una pareja. Una chica bien vestida, con minifalda, era el día de la madre. Bien decidida estaba ella, cruzan en diagonal y cuando llegan a la mitad de la calle, sale un gordo... ¡pam! ¡pam! Yo en ese momento digo... ¡qué hacen! ¡Giro y me voy para el otro lado! Y el chabón, ¡pam! ¡pam! Le disparaba a la pareja. Le tira solamente al pibe, a ella no, no sé, yo no veo, ¿viste? Y la piba agarra para mi dirección. Y el pibe se cae, yo dije, ¡loco, matalo! ¿Viste? Porque yo quería que lo mate, porque digo, ¿viste?, un chorro menos... ¿viste? Pensando que el otro que tiraba era el bueno, a ver si me entendés. [...] La cosa que, me vuelvo, a ver qué había pasado, ya salió la gente, ¿no?, y dice el tipo: “no, este hijo de puta me estaba esperando en el hall de entrada de mi casa y el chabón no sabía que yo era policía”.

¿Quién era el que disparaba?

El que disparaba era policía retirado. Yo digo, ¡cómo se cepilla la gente! ¡Vos no lo podés creer! No tiene valor la muerte. Digo, ¿qué quiso hacer ese pibe? Por eso te digo que no tiene valor, la muerte (César, 42 años, E9/I).

El relato de César conecta con el análisis de Kessler sobre cómo en los discursos de la alterofobia son predecibles ciertos *deslizamientos punitivos*, a partir de los cuales si el fin es protegerse resulta válido cualquier medio, sin miramientos; si la vida ha perdido valor, también lo pierde la muerte, como expresa el entrevistado. Dos años más tarde, el

sentimiento de inseguridad y el relato de César no habían variado, y su añoranza por la isla donde había residido en España y por la “calidad de vida” que ese entorno particular le ofrecía continuaba en aumento, después de cuatro años de haber vuelto:

Yo acá no tengo calidad de vida, no existe la calidad de vida, por lo menos para mi forma de pensar, para mi forma de vivir, no existe la calidad de vida acá, es inviable, la inseguridad te roba todo, la inseguridad que te transmite un lugar te roba toda tu identidad, porque ¡no te podés expresar! Yo me hice una bicicleta... tengo una bicicleta, me da miedo usarla, porque tengo miedo que me la roben, y vos decís, entonces ¿para qué mierda te la hiciste? O me quiero comprar un reloj... entonces, para guardarlo... te priva... estás preso de alguna manera, estás reprimiéndote de querer vivir, no importa si es un reloj, un coche... mirá lo que te digo, me quiero ir en patineta a las doce de la noche... y, no sé si me voy, entonces me siento que estoy privado de mi libertad para disfrutar. Que España me lo permitió, yo tenía una calidad de vida, no económica, de vida, son dos cosas diferentes, porque si vos me decís, lo económico, listo, acá te va bien, tenés dos negocios, este año a mí me fue bien, yo trabajando acá gano más que trabajando allá, como lo estaba haciendo, acá soy mi jefe... pero así y todo, creo que, la calidad de vida que a mí me dio España, que me dio Mallorca, no sé si España... qué sé yo, nunca viví en una ciudad como Madrid o Barcelona, pero yo voy a Mallorca y te digo la verdad, me siento feliz, porque hago todo lo que acá no puedo hacer [...]. Entonces, eso es lo que me pasa a mí hoy por hoy en Argentina, yo no disfruto (César, 44 años, E9/II).

Las metáforas del encierro plagan el relato de César, una “privación de libertad” que encuentra sólo una compensación relativa en su situación económica, más favorable respecto a la que tenía en la inmigración. Ahora es “su jefe”, si bien el capital acumulado en España le permitió invertir en nuevos negocios en Argentina y mantenerse en la fracción de clase media fuerte en capital económico (pequeña burguesía patrimonial). César vuelve todos los años a la isla y experimenta una “sensación de placer” que le gustaría vivir “todos los días”, no sólo durante las vacaciones, “de vez en cuando”. A través de las redes sociales pude observar a César paseando con su bicicleta en un paisaje costero del Mediterráneo.

En el marco de los discursos que se ubican en el grupo que expresa un intenso sentimiento de inseguridad se articula otro tipo de relato que, como explica Kessler (2011), ofrece una lectura del fenómeno en clave política. Ha sido posible identificar algunos casos que se sitúan en esta posición del mapa discursivo. Para dar cuenta de estas posiciones vamos a retomar el relato de Marta, con el que iniciamos este epígrafe. Cuando concluye la conversación telefónica con su padre y explica su motivo alegando que “uno vive en la paranoia de la seguridad”, le pregunté al respecto:

Ah, ¿y ese tema?

Y, eso sí. Eso me costó, ahora que lo sacás a... me costó mucho, el tema de la seguridad. Porque allá yo me manejaba con, o sea, si bien es una ciudad, que tenés que tener los recaudos como en cualquier ciudad, vos sabés que si no te vas a meter en El Raval a las tres de la mañana y estás en una zona lógica, no hay problema. Acá estás en la puerta de tu casa y tenés que mirar para todos lados, cerrar con siete llaves para dormir, salís a la calle y tenés terror. El terror pasa no porque te roben la cartera, ¡porque te matan!

¿Entendés? Directamente, no te preguntan y te matan. Entonces, eso sí, eso sí, tenés razón, eso sí lo viví muy, fue, y lo viví ya cuando volví aquella vez, en el 2002. Aparte yo tengo una historia, que a un tío mío lo mataron en la puerta de la casa, para entrar a robarle y qué se yo. Entonces, todo el tema de la seguridad. Y allá sentís, en ese sentido, vivís aliviado, vivís con otra tranquilidad, vas, venís, a cualquier hora. Acá estás, ¿viste? Mirás para un lado, para el otro. Te apurás, qué se yo. Bueno, yo acá tengo el auto en la cochera, porque por ahí llegás tarde. Pero cuando llegás a tu casa, que abris el portón, te fijás si no hay nadie, no frenás, cerrás las ventanillas, trabás las puertas. Y la verdad es que uno dice bueno, salgo y espero que no se me quede el auto en ningún lado porque ¿viste? Ya te digo, pasás de que te maten, por nada, que te maten... eso es lo peor de todo. Y es parte de lo mismo, la corrupción, las zonas liberadas (Marta, 40 años, E13).

Marta es una de aquellas personas para quienes “la inseguridad es un eje central de la vida cotidiana y de la visión del mundo” (Kessler, 2011: 108). Vivir *en* la paranoia implica fijar tanto una idea que al ser interrogada al respecto Marta interpretó que era la investigadora, la que “sacaba el tema”, la que “tenía razón” al haberlo mencionado. Ciertamente es que la pregunta invita a extenderse sobre el tópico, pero también que la entrevistada parecía no haberse percatado de la contundencia de su afirmación previa, porque *vivir paranoico y en la paranoia* es una cuestión naturalizada para quienes están en el mundo intensamente preocupados por el asunto. Su discurso expresa claramente el temor por la amenaza a la integridad física (que te maten, por nada), el carácter aleatorio y la “deslocalización del peligro” (en la puerta de tu casa); percepción que contrasta con su experiencia en Barcelona, ciudad no ajena a espacios y figuras amenazantes, según la entrevistada, pero que todavía podían ser identificados. Por ello es posible establecer una demarcación entre “zonas lógicas” e “ilógicas”, o lo que es lo mismo, zonas seguras e inseguras. En Barcelona le bastaba con no circular por determinados lugares a determinada hora, y pone como ejemplo el barrio de El Raval, área central degradada de la ciudad donde se concentra población inmigrante junto con la población autóctona más pobre (Colectivo IOÉ, 1998: 140). El barrio de Recoleta, donde vive Marta, poco tiene que ver con El Raval, sin embargo, allí el peligro también emana de un “otro”, ajeno a su entorno, pero que ahora desde fuera se inmiscuye y lo amenaza de forma persistente. Hacia el final de su relato sobre el sentimiento de inseguridad se percibe el deslizamiento hacia las causas “políticas” del asunto, que en definitiva es una manifestación más de lo que Marta llamó en otro momento de la entrevista un “estado permanente de corrupción”, aceptado socialmente, “porque el gobierno que tenemos es el reflejo de la sociedad, entonces, siempre vamos a ser así”. El relato de la *complicidad delito-subversión en el poder* entronca también con el de la *degradación político-moral*, como veremos en el siguiente extracto de la entrevista:

Acá no hay límites. Entonces, en la medida en que vos tenés una anarquía social, que los funcionarios públicos se enriquecen y que la sociedad lo tolera, porque le tiran un “plan trabajar”, nunca vas a salir adelante. Y bueno, esto no tiene que ver por ahí con la gente que ahora está allá [en España] con el problema del desempleo y todo eso, no es en ese uso que lo digo, ¿eh?, de que se abuse. Si no que acá... dicen: “pero ellos tienen la necesidad”. Pero la necesidad de la gente es enseñarles, que estudien, que trabajen, la cultura del trabajo, ¡ahora no te quieren laburar! Oíme, ¡hay chicos que no han visto ni a sus abuelos trabajar! ¿Qué ejemplo le vas a dar? En otra escala es un poco... digamos, el

abuso que comete esa gente, porque se abusan, del “plan vereda” al “plan cuido perros”, el “plan parásito” [...]. Es una vergüenza. Entonces, el abuso que hay de todo el sistema social. En ese sentido, sí puede haber habido un poco de abuso, en esto que te contaba de que los jóvenes [en España] no laburaban, y ahí fueron también... si vos te dedicás a parasitar y a no producir, en algún momento se te acaba. [...] Y además, sostener toda esta cultura del no trabajo y el asistencialismo, en otro nivel, genera todas estas cosas (Marta, 40 años, E13).

Lo que en un contexto, en España, es considerado como un problema y la solución correspondiente –el “problema del desempleo” y el ejercicio de un derecho adquirido que habilita a solicitar determinadas prestaciones–, en el otro, en Argentina, es interpretado como una falta o defecto y un exceso o abuso: la falta de una “cultura del trabajo” o el defecto de una “cultura del no trabajo” y el abuso de un sector social que “parasita” un sistema asistencialista, que a su vez la sostiene; un asistencialismo que “genera todas estas cosas”, entre ellas, la inseguridad. Las distintas posiciones al respecto de esta cuestión se articulan también alrededor del efecto de “distanciamiento” o la “proximidad”, tanto física como social, con la amenaza, efecto atravesado por las experiencias de clase y procesado por ideologías políticas previas “que operan en una atribución causal del problema donde gravitarían de forma diferente factores sociales, morales, políticos o individuales” (Kessler, 2011: 109).

Para comprender mejor estas articulaciones del sentimiento de inseguridad en relación con el efecto del distanciamiento/proximidad, la clase y la ideología, contraponamos el tipo de construcción discursiva antes analizado con un relato que se ubique en el campo opuesto. Para ello nos servimos del discurso de Patricio, un joven proveniente de una fracción de clase media-baja que se fue en el año 2005 a España, cuando la economía “se había recuperado, para los que tenían algo”, pero no para los que “no tenían nada”, como él. Ya a finales de la década de los noventa, cuando terminó los estudios secundarios, decidió dejar su barrio en la zona norte de Rosario para iniciar una trayectoria de movilidades circulares que incluían migraciones tanto internas (a zonas turísticas de la Patagonia donde trabajaba las temporadas de invierno) como internacionales (trabajó algunas temporadas en situación administrativa irregular en Miami y Nueva York, donde residía un hermano; en el último intento le negaron la entrada y lo deportaron a Argentina). Cuando consiguió tramitar el pasaporte italiano puso en marcha un proyecto de emigración más sólido en el que tenía “todo fríamente calculado”. Trabajaría algunos años, invertiría capital en algún emprendimiento en Argentina y volvería a estudiar, algo que ni sus padres ni él habían podido costear hasta el momento. Acostumbrado a volver a Rosario, su ciudad “base”, tras el retorno de Palma de Mallorca Patricio admite que hay un problema de inseguridad, pero “tampoco tan grave como lo quieren hacer creer”. Su preocupación al respecto no es alarmante, entiende que es producto de la violencia estructural y de la brecha de desigualdad que ha terminado por partir la ciudad en dos. Recorre ambas partes todos los días, mañana y tarde, manejando su taxi, antes de acudir a las clases del profesorado de Historia:

Acá en Argentina ¡son lo más racistas que hay! Son súper racistas, vos no podés llamar a alguien “negro de mierda”, y te dicen, “no, negros de alma”. ¡Negro de nada! ¡Negro de nada! No, no, son tremendos. Bueno, eso es el tipo de sociedad que hay después de tantos años... de la locura que hubo en este país. Y va a pasar esto por muchos años. Hasta que se dé el quiebre que se tiene que dar y sea una sociedad un poco más igualitaria. Acá en Rosario, yo con el taxi parece que me tomo un transatlántico todos los días, porque me voy a la costa y estoy en Manhattan, y después me toca ir a unos barrios de mierda que estoy en Bombay, ¡en India! ¡Es algo muy loco! ¡Rosario está muy bipolar! Sí, hay barrios que están acá, que vos no los vas a ver, que son muy feos. Villa, lata, chapa *heavy*. Son lugares *heavies* y de noche ¡ni te metás! Porque ahí en medio te agarra un tiro, se acabó la joda. Yo, de hecho, con el taxi me meto por ahí, por donde sé, si no ¡no agarro un viaje allá ni mamado! Acá nomás, a cinco cuadras tenés “La lata” que, dentro de todo, tenés un par de calles grandes en el medio y la zafaron bastante, pero de noche no te metés ni loco. Y todas esas cosas es por el sistema que hubo todo este tiempo, que había miles de tipos que se llenaron de oro, mal, y doscientos mil que se cagaron de hambre toda la vida. Y me decís: “vos, tenés que ir a laburar”, pero ¿de qué van a ir a laburar si no les dieron ni educación? En realidad los quieren tener así para explotarlos. No me rompás las pelotas [...], la gente que se sale a quejar, porque esto está que se cae. ¿Qué se cae? Las torres que hay en Rosario, esto siempre fue un pueblo, un pueblo grande. Los rosarinos, no todo el mundo tenía la guita y ahora mirá los pisos que tenés, esto ¿por qué? ¡Porque hay un movimiento de dinero impresionante! Pero también tenés los barrios, por eso te digo lo de la división. Es más fácil hacer esas torres, porque el campo gana millones y millones de dólares, lo otro lo tiene que subvencionar el Estado, con todo lo que le saca a esta gente también. Acá, los socialistas ponen guita en el río y no ponen guita en los barrios. Porque quieren hacer una ciudad turística, ahora Rosario es turística [...], pero después los barrios están prendidos fuego, donde cada dos por tres matan a uno. Se cagan a tiros, literalmente.

¿Qué pasa en los barrios?

Y, salen ajustes de cuentas todos los días. Pasan y a uno lo cagan a tiros, pam, pam, cuatro tiros, chau, uno menos. Hay mucho quilombo con las drogas, mucho narco dando vueltas. Y la policía de Santa Fe está muy arreglada, entonces hay una liberación total. [...] Pero también, cómo te puedo decir, por lo general pasa con esta gente, onda que está metido en la falopa. No te van a venir a buscar a vos y te van a pegar cuatro tiros. Vos te movés tranquilo, te puede pasar también, porque agarrás uno medio zafado, cada tanto también matan a uno por un par de zapatillas, porque sigue así, por una gilada, pero... la inseguridad es lo que le falla a este gobierno, que le falta. Pero también, si invierten en educación vos los vas a ver en veinte años, ahora está toda la gente de los noventa, que la educación fue un desastre. Gente que tuvo, no sé, mi edad, por ahí, si yo no me hubiera ido afuera, a lo mejor estaría igual. Porque por ahí te comés todo un montón de cosas que terminás mal, gente de la villa, que no tuvo ningún tipo de contención, ningún tipo de ayuda, ningún tipo de nada. Tuvieron hijos, los hijos se criaron así y ahora están ahí, y no sé. ¿Qué le vas a hacer? Tenés que luchar para dejar este gobierno, que este de última te tira una onda, porque te pasa unos mangos. Y acá no quieren ni... porque vos hablás con mucha gente que te dice: “a estos negros de mierda, el Estado les paga, les da guita”. A ver... el hijo o la hija se va a España, piden subsidio de paro y está bien, porque estás en Europa, ¿no? Estos “negros de mierda”, según tu concepto, están viviendo del Estado y no quieren laburar, pero si vos lo hacés en Europa está bien. No son ni coherentes con su discurso. O gente directamente que pide el paro allá y que viene acá y te dice: “no, porque estos negros de mierda...”. A ver, ¿no estás pidiendo el paro en España, querido? Y después encima pedís el subsidio de cuatrocientos mangos. Y venís acá y ¿te quejas de los doscientos, trescientos, quinientos pesos que le dan a la gente? No, son tremendos (Patricio, 34 años, E38/II).

Mientras el discurso de Marta ilustra el efecto del *distanciamiento* que atraviesa el sentimiento de inseguridad y que favorece la configuración de una “lectura política” edificada de “arriba hacia abajo”, el relato de Patricio ayuda a comprender el efecto contrario, el de la *proximidad* y la articulación discursiva “de abajo hacia arriba”, en tanto que “[a] la proximidad espacial se le yuxtapone una historia social compartida. La inseguridad sería una de las secuelas de la alteración de la sociedad local producto del desempleo o la pobreza” (Kessler, 2011: 110). Como explica el autor, el distanciamiento apela también a las causas estructurales, sin embargo, no se aleja de una posición reaccionaria que considera el delito como “una forma actual de subversión” o, en palabras de nuestra entrevistada, como el producto de una “anarquía social”, de la “falta de límites”.

En el diálogo que se establece entre estos discursos –desde ciudades distintas, desde posiciones ideológicas y de clase diferentes y desde trayectorias migratorias también diversas– se pone en juego otra dimensión de las experiencias espaciales del retorno. En este sentido, los plurales discursos analizados relativos al sentimiento de inseguridad funcionan también como aquellas “metáforas espaciales de los espacios sociales” de las que hablaba Sayad (2000: 12). En ellas se conectan los (re)posicionamientos de los sujetos en distintos lugares y momentos de las trayectorias migratorias, se resignifican sus representaciones y órdenes clasificatorios de las distintas figuras “reales” o “potenciales” de lo que se considera temible (la policía, *el chorro*, el desempleo, el narco, los funcionarios), se asignan múltiples causas a la problemática (la pobreza, la falta de límites, el abuso), se atribuyen responsabilidades y se reclaman distintos tipos de intervención y respuesta de las instituciones (Estado benefactor versus asistencialismo), todo ello atravesado por las movilidades geográficas y sociales.

7.3. *Identificaciones de/con/en el espacio*

La experiencia de la distancia con el espacio y el sentido de extrañamiento al volver a él, puede darse en un inicio por esa sensación de “falta de costumbre” a sus características y funcionamiento y que se espera superar conforme aumente el tiempo de residencia y se recupere la “familiaridad”. Sin embargo, esa experiencia de extrañamiento puede exacerbarse cuando el retorno se produce a lugares en los que, en realidad, nunca se residió con antelación. Estas experiencias de extrañamiento están cargadas emocionalmente y pueden sorprender a sus protagonistas develando sentimientos inesperados de (des)arraigo y (des)identificación con los diversos lugares que habitan o han habitado; relaciones que en definitiva ponen sobre la mesa la importancia de la articulación dinámica entre las “permanencias” y las “pertenencias” y cómo ambas atraviesan los procesos de retorno, resignificando los sentidos de “volver”. Siguiendo a Casado:

“La agencia se produce en contextos que no son unitarios ni tienen unas fronteras nítidas; los agentes [...] participan y reconstruyen la continuidad, pero esa reconstrucción pasa por su imbricación con discontinuidades emergentes de procesos de reconstrucción práctica del sentido, de luchas por la significación”(Casado, 2002: 69).

Casado se refiere a cómo media la temporalidad en los procesos identitarios, pero su observación nos ayuda también a pensar la espacialidad y cómo se despliegan los procesos de identificación de/con/en el espacio. En las experiencias del espacio vivido emergen nuevas discontinuidades que entran en las luchas por el sentido, en las disputas por la significación del “retorno”. Una reconstrucción práctica atravesada por fronteras que no siempre son nítidas, que se escabullen de las categorías territoriales demarcadas por las fronteras del Estado-nación –que levantan los lindes de las identificaciones en función de criterios regidos por la nacionalidad o la pertenencia a un lugar de nacimiento, que marcan un adentro/afuera– y ponen de relieve la importancia de la dimensión multiescalar, a partir de la cual se articulan los sentidos prácticos del retorno, en tanto experiencias situadas. Las experiencias de retorno, entendidas como proceso, son entonces mucho más que “un viaje” entre dos lugares: por un lado, porque como sostuvimos en los capítulos cuatro y cinco, se articulan a partir de una trama semiótico-material (Haraway, 1995) desde el momento de la emigración y a lo largo de la inmigración. Por el otro, porque como sostenemos en estos capítulos, son también una experiencia “viva”, sujeta a transformaciones. A continuación, vamos a analizar trayectorias diversas que llaman nuestra atención sobre distintas formas en las que los sentidos plurales del retorno se despliegan y son afectados en/por las experiencias de (re)establecimiento socio-espacial a lo largo del tiempo.

Comencemos por una experiencia de localización en un espacio distinto –dentro de la misma ciudad de la que se partió– y una trayectoria migratoria donde se pone de relieve la importancia de los procesos de socialización primaria y secundaria atravesados por la e/inmigración y retorno como “rupturas en las trayectorias biográficas individuales” (Martín Criado, 2014: 120) y como experiencia de discontinuidad espacial. Recordemos a Matías, uno de los jóvenes entrevistados, que se trasladó a Madrid por decisión de sus padres y volvió a Buenos Aires por elección propia. Para los/las jóvenes como él, que no eligieron emigrar, dijimos en el capítulo cinco que la vuelta es también una búsqueda de continuidad en sus propias trayectorias vitales. Los tiempos o el *timing* de las movilidades de Matías son significativos: emigró a los doce años y decidió volver doce años después. Todos sus recorridos (geográficos, educativos, familiares-afectivos) parecen ser partes de un juego de suma cero, no más que aparente, que en el momento de emprender el retorno se encuentran en un 50/50. Nació en Argentina, donde se crio en la cercanía de sus hermanos y sobrinos, inició su trayectoria educativa y forjó sus primeras amistades de la infancia. Sin embargo, en España concluyó sus estudios, pasó sus años de adolescencia y juventud, fortaleció nuevas amistades y se enamoró. A primera vista, la decisión de volver puede ser entendida como un “desempate”: una decisión que tomó “a mitad de camino entre motivos laborales y sentimentales”, como él mismo explica. Matías decidió volver en 2011 y, un año más tarde, en la primera entrevista, dejó entrever que la experiencia estaba siendo más difícil de lo esperado. Matías había pasado su infancia en un barrio del conurbano bonaerense y el encuentro con la ciudad de Buenos Aires, como espacio físico y social, implicaba establecerse en un lugar prácticamente desconocido para él. Este sentimiento de alienación fue parte de una experiencia emocionalmente muy intensa:

Che, y ¿cómo fue volver acá? No sé, las sensaciones...

Al principio lo que más me dolía –parece una boludez, pero me dolía mucho– era que para mí era mucho más mi ciudad Madrid que Buenos Aires. Madrid la conocía, sabía por dónde ir, cómo llegar a no sé dónde, qué te conviene, el subte, el tren. Y acá, ¡no! ¡Me pierdo todavía! [*risas*].

*Yo también... [*risas*].*

Está bien, es mucho más enquilombada y es más difícil, el metro de Madrid es fantástico porque tenés un planito, lo leés, lo entendés y sabés de acá a acá lo que tenés que hacer. ¡Acá es imposible ubicarse plenamente! Pero bueno, ese tema ya lo voy resolviendo. Pero bueno, para mí fue muy duro. Y Madrid la caminaba mucho, Buenos Aires es más difícil de caminar, son distancias más grandes, más de una vez acabé perdido, de noche, ¡en zonas donde no hubiera querido ir! [*risas*] [...]. Y fue... o sea, no es peligrosísimo, yo vivía en Chacarita, pero pegado a las vías del Lacroze, ahí sí hay barrios más complicados... entonces, volviendo de Coghan, dije, bah, vuelvo caminando. Y me tiré un poco a las vías del Lacroze, y era de noche, estaba oscuro... y... no pasó nada, ¡de nada! En realidad, más que asustarme me sentí muy pelotudo, ¡muy fuera de lugar! ¡Parezco un gringo que no sabe por dónde va! (Matías, 26 años, E1/I).

A primera vista las problemáticas que plantea Matías no distan de las ya mencionadas en párrafos anteriores (la dimensión de la ciudad, su funcionamiento, la orientación y movilidad). Sin embargo, lo relevante en su relato es el peso emocional y los sentidos específicos que estos elementos adquieren en su experiencia. La referencia al “dolor” que le provoca el no (re)conocer el espacio de la ciudad, el sorprenderse e incluso avergonzarse al sentirse “fuera de lugar” –al punto de compararse con la figura del “gringo”, del “extranjero” y en definitiva del “extraño”– llaman nuestra atención sobre la importancia de las escalas en las experiencias socio-espaciales y los procesos de des/identificación a la hora de articular los sentidos y sentimientos de pertenencia, ya sea de sentir que los sujetos *pertenecen a* ese espacio, como que los lugares *les pertenecen a* los sujetos. Lógica que se evidencia en el caso de Matías al descubrir que Madrid es más “su ciudad” que Buenos Aires, o al ubicar su posición en esta última como “extranjero”. Estas articulaciones de la experiencia socio-espacial no sólo se proyectan hacia afuera, hacia el espacio exterior de la ciudad, sino también hacia el espacio interior del “hogar”, su organización y las relaciones que se articulan en él. Como comenta Matías sobre sus estrategias residenciales:

Bueno, yo sigo haciendo la europea, de compartir departamento, y apareció un chico peruano, que alquilaba una habitación, eso era en Villa Crespo, que me quedaba más cerquita de la oficina [...], después me fui a Ecuador, Colombia, y ahora volví, me vine para acá [...]. Te diré que ahora, desde que volví de Colombia y Ecuador, me está yendo bastante mejor... pero me está yendo mejor porque estoy más con extranjeros. Como acá, en la extraña comunidad del departamento este... Bueno, digamos que es una personalidad un poco especial, la de venir a vivir a este lugar, o sos extranjero, entonces tampoco tenés a nadie, entonces también estás en una onda parecida. De hecho, este análisis lo hago porque el chico que es brasileño, en el máster que está estudiando, hicieron una fiesta el otro día, estuvieron acá y los que vinieron son todos extranjeros, latinoamericanos, pero extranjeros, y lo que comentan es que los argentinos no les dan

pelota, que los tratan fantástico y que todo bien con ellos, pero que ya tienen sus amigos, digamos... y que en cambio ellos están solos, son el único grupo de amigos que tienen, entonces se genera un vínculo distinto (Matías, 26 años, E1/I).

En la trayectoria residencial de Matías, después de haber convivido un período de tiempo en casa de su hermano en un barrio del conurbano bonaerense, decidió compartir piso con otros jóvenes “extranjeros” en la ciudad. Primero convivió con un joven peruano, luego se mudó a otro piso al que habían apodado “la pensión”, con compañeros de Brasil, Ecuador, de la zona sur del conurbano bonaerense y “una parejita del interior”. Este entorno favoreció nuevos vínculos de amistad que no había logrado establecer durante el primer año de residencia en Buenos Aires. Conviene mencionar que Matías también pasó una temporada en Colombia y Ecuador, trabajando en ambos países con algunos amigos de Madrid que habían decidido irse allí a probar suerte. En definitiva, Matías no se sentía “arraigado”, ni en España, ni en Argentina. En 2012 me dijo que cuando llegó a Buenos Aires tuvo el mismo sentimiento que al llegar a Madrid por primera vez: que no se quedaría para siempre.

Otras experiencias significativas de “retorno” relacionadas con los procesos de identificación en la experiencia socio-espacial son aquellas en las que la vuelta se produce no sólo a localidades distintas dentro de una misma ciudad, sino a entornos aún más alejados de los lugares específicos de origen. Cuando las trayectorias geográficas de las familias “de origen” han sufrido variaciones antes o durante la ausencia, el capital social que estas suponen a la hora de diseñar estrategias de retorno puede reconducir las elecciones residenciales de los/las migrantes, que optan por trasladarse al lugar donde vive la familia, aunque suponga un destino diferente al que se había dejado antes de partir. Esto le sucedió a Horacio. Oriundo de la provincia de Mendoza, residió sin embargo durante tres décadas en la ciudad de Buenos Aires, antes de partir a España. Al volver, sin recursos económicos suficientes para afrontar los gastos que suponía instalarse nuevamente en la ciudad, decidió mudarse a la casa de su madre, en la provincia de Córdoba. Vivió allí dos años, hasta que decidió volver a Buenos Aires. Nos detendremos algo más en la trayectoria de Marina. De una ciudad de la costa atlántica donde vivía con sus padres y su hermana, se trasladó a Mar del Plata cuando comenzó a trabajar y a estudiar. Sus padres también decidieron mudarse en busca de nuevas oportunidades laborales a una ciudad en el norte del país y su hermana menor emigró a Palma de Mallorca. Cuando la entrevisté por primera vez, en 2012, Marina recién llegaba a Buenos Aires, en unos días viajaría al norte para pasar las fiestas de fin de año con sus padres y, sin embargo, no tenía intención de quedarse a vivir allí. Estos eran sus motivos:

Y ahora, me dijiste que se van a Salta...

No, vamos a pasar las fiestas nomás, porque la verdad que a mí Salta me parece una ciudad de fachada; muy linda, muy simpática la gente, tuve la posibilidad de conocerla con cierta proximidad, a través de lo que me contaron mis padres y de lo que yo misma he vivido. Es una ciudad que te encanta y te cautiva cuando llegás y no conocés mucho;

la gente simpática, todo el mundo, sí, te toco la guitarra, te bailo folklore, comemos empanadas, pero... es una sociedad bastante puñetera, digamos.

¿En qué sentido?

Es una ciudad clasista, racista, machista, xenófoba. O sea, es muy clasista, que te revuelve las tripas, ver que hay dos peatonales, una con los *bolishopping* y otra con la gente linda de Salta, y las casas de marca, y las firmas, eso... Es bastante rompelotas. Después me parece muy machista, ba, me parece no, es machista. No es una percepción mía, que yo estoy loca, es una ciudad profundamente machista y... no sé si quiero vivir ahí, en esa sociedad con esas diferencias... A ver, que acá también las hay. No nos vamos a poner... pero creo que... se disimulan un poco más, ¿no? En Mar del Plata también, hay zonas, sigue habiendo esta segregación urbana, ¿viste? Alem, donde están todos los divinos de la muerte y después te vas a la peatonal San Martín y te encontrás con otra geografía, pero, no sé, no quiero vivir en una sociedad así... no me gusta... me revuelve mucho las tripas (Marina, 35 años, E33/I).

La percepción que tenía Marina del lugar donde residían sus padres no parecía alentar la decisión de quedarse allí, sin embargo, cuando la entrevisté en 2013, me sorprendió comprobar que finalmente permaneció en aquella ciudad y en la casa de sus padres cerca de un año. Si el contraste entre Palma de Mallorca y Salta fue impactante para la adaptación de Marina, entendía que la experiencia había sido aún más disruptiva para su pareja, originario de la isla. La entrevistada considera que su paso por Salta atenuó las percepciones que su pareja podría haber tenido acerca de Mar del Plata, ciudad donde estaban residiendo en el momento de la segunda entrevista. En cualquier caso, lo central es que la experiencia y trayectoria socio-espacial de Marina atravesó de lleno su proceso de retorno, impidiéndole sentir que *realmente había vuelto*:

Es la Argentina profunda. Me fui de España, llegué ahí y me sentí tan inmigrante, tan extranjera como en España; es más, peor, porque ¿sabés lo que más me duele de Salta? Que me rompió la ilusión de volver a casa, esa ilusión de años, de volver a mi tierra, a mi casa, a mi lugar, con mi música, mi comida, mi folklore... Llegué a Salta y esa mirada sobre el porteño... Viste, que todo lo que es distinto a lo que es el norte, sos porteño. Y es una sociedad de mucho maltrato, de mucha discriminación. [...] Bueno, entonces me vine para Mar del Plata, ya cansada del maltrato, de que me digan en una entrevista, por ejemplo: “no, mirá, en tal caso vamos a tomar gente idónea de la provincia”. [...] Eso no es un comentario inocente, detrás de eso hay un modelo, una visión, una cosmovisión, pero bueno, así que dije, no da para más. Joan tampoco estaba bien ahí, era muy distinto.

¿Qué tal? ¿Cómo fue para él?

Y, duro. Muy duro, para él sobre todo, porque yo, de última, pegaba cuatro gritos, soy argentina, a mí no me vas a... tengo los mismos derechos que vos. Pero como inmigrante siempre está esta cosa de inferioridad, de menor categoría, digamos. Seas de donde seas, no estás en tu lugar, no estás en tu tierra, no entendés los códigos, no podés hablar. Y entonces yo, de última, en ese atropello podía reaccionar y podía decir lo que pensaba aunque les cayera mal, que, de hecho, supongo que, bueno, que les caía mal, me imagino (Marina, 36 años, E33/II).

Las experiencias de “retorno” a lugares que en realidad pueden resultar distantes y ajenos, a pesar de encontrarse dentro de los límites del Estado-nación, ponen de relieve el carácter polisémico y heterogéneo de las fronteras que menciona Balibar y que las identificaciones que estas articulan son múltiples, “activas y pasivas, deseadas y padecidas, individuales y colectivas” (Balibar, 2005: 78). Las fronteras siempre son ficciones, en tanto construcciones, pero no por ello dejan de ser efectivas en la experiencia. Del relato de Marina se desprende, por un lado, la importancia de aquellas identificaciones que tienen que ver con posiciones de clase, de género y de raza/etnia – en su referencia a Salta como sociedad machista, clasista y racista– que se articulan en el lugar de destino, posiciones sociales e ideológicas de las que ella misma se distancia:

Siempre tuvimos un pie acá y un pie allá, nunca estuvimos en Salta con la cabeza en Salta, nos molestaban mucho, muchas cosas. Es una sociedad muy violenta, desde lo simbólico [...]. Entonces, uno que viene como más afinado con esas cosas y más sensible, las distingue al segundo, me violentaba mucho (Marina, 36 años, E33/II).

Sin embargo, en la comparación de su experiencia con la de su pareja, Joan, originario de Palma de Mallorca, emergen las jerarquías que se establecen entre esas identificaciones múltiples y se pone de manifiesto la interiorización de los individuos de “la normalidad del ciudadano-sujeto nacional, [...] pues se torna una condición, un punto de referencia esencial para su sentimiento colectivo, comunitario y por ende, una vez más, de su identidad” (Balibar, 2005: 80). La polisemia de las fronteras tiene que ver con que “nunca existen del mismo modo para individuos pertenecientes a grupos sociales distintos” (Balibar, 2005: 18), es decir, sus sentidos no son los mismos, ya sea en función de quién las cruce o en qué dirección lo haga. En ello resuenan las referencias de Marina a las diferencias “de hecho y de derecho” entre su experiencia y la de su pareja, no sólo en lo que respecta a la comprensión de los códigos del entorno que les rodea, sino también a la hora de reivindicar y ejercer ciertas libertades para manifestar su desacuerdo. Al mismo tiempo, las fronteras son heterogéneas en tanto tienen diversas funciones de demarcación y territorialización, “bajo ningún concepto ciertas fronteras se hallan ya situadas en las fronteras, en el sentido geográfico-político-administrativo del término, sino que residen en otro sitio, dondequiera que se ejerzan controles selectivos” (Balibar, 2005: 26). Este aspecto se pone de manifiesto en esa declaración de la entrevistada respecto a un proceso de selección para un trabajo, en el que su interlocutora le explicitó la conveniencia de contratar a alguna persona “idónea de la provincia”, estableciendo un nuevo linde marcado por el origen provincial.

De acuerdo con Caggiano, el papel de los ejes identitarios (nacionales, de clase, étnicos, de género, etc.) y la relación entre ellos se transforman en función de los contextos específicos: “Al interior de un mismo Estado-nación, diferentes lugares de destino (i.e. diferentes espacios ambientales, históricos, económicos, sociales y culturales) producen distinciones en el carácter que tendrán los ejes identitarios y en los modos en que se articulen” (Caggiano, 2003: 5). Esta hipótesis que el autor plantea respecto a las experiencias de “inmigración”, es útil también para pensar las experiencias de reinserción en el espacio social en los procesos de retorno y tener en cuenta que los

contextos de destino específicos importan. Experiencias de discontinuidad como las analizadas articulan los ejes identitarios de tal manera que desestabilizan ciertos sentidos de pertenencia que en teoría deberían “estabilizarse” con el cruce de determinados límites territoriales.

En realidad, siento que llegué a Argentina cuando llegué a Mar del Plata, ya te digo, hace dos meses. Eso es lo que más rabia me da, me enoja un montón que me hayan hecho sentir fuera de casa. Que me tomo un avión, catorce horas de vuelo, me traslado Palma-Barcelona, Barcelona-Roma, Roma-Ezeiza, recorro media Argentina para llegar a mi casa y me hacen sentir que no, que no había llegado. A pesar de haber estado un año en Salta, emocionalmente siento que llegué ahora.

¿Por qué?

Y, porque ahora siento la contención de Argentina, ahora me siento de local, siento que estoy en casa. Sentía que estaba todo el tiempo de prestado (Marina, 36 años, E33/II).

Sin embargo, en la mayor parte de los casos, la polisemia y multiplicidad de las fronteras se expresa de forma algo más sutil, provocando una diversidad de intensidades y sentidos de la “dislocación”. Esta situación se da en el caso de personas que vuelven a las mismas ciudades pero cambian la zona de residencia. Por ejemplo, entre aquellos adultos que vivieron su infancia y juventud en barrios alejados del centro de las ciudades (de Rosario o de Buenos Aires) y que después de su experiencia en la inmigración en otros centros urbanos prefieren residir en la ciudad. Este es el caso de Patricio, que vivió en un barrio en la zona norte de Rosario y al volver decidió instalarse en un barrio más céntrico que le aporta una experiencia novedosa de la ciudad. Para el caso de Buenos Aires, una experiencia similar atravesó Elena, quien antes de emigrar residía en la zona sur del conurbano bonaerense y ahora vive en un barrio de la ciudad de Buenos Aires que desconocía. Ambos entrevistados destacan la importancia de la duración de sus trayectorias migratorias en relación con los procesos de identificación espacial, así como la experiencia de volver a una zona de la ciudad que hasta el momento les era ajena:

Yo me fui de acá a los dieciocho años y no paré hasta los treinta y tres... por eso te digo que también esto es otra ciudad para mí, totalmente distinta, porque no es la ciudad que yo viví de chico. Ya de por sí, vivía en un barrio en la loma del culo; a vivir en el centro, claro, es otra cosa. [*Al barrio*] voy a comer con mis viejos. Y aparte tampoco hay nada para hacer, es muy aburrido y está lejos (Patricio, 34 años, E38/II).

Yo me vine a Buenos Aires y llegué a otro Buenos Aires. Imaginate, yo me fui a los diecinueve años. Entonces bueno, para mí... Buenos Aires es, bueno, la infancia en el barrio, no participé tanto en la vida acá porque me fui muy chica. Entonces con otro Buenos Aires me refiero... En realidad, no es otro Buenos Aires: es Buenos Aires, que yo no lo conocía. Y ahora yo vivo acá, pero bueno, mi hermano y mis sobrinos viven en Lugano. Yo vivo en Boedo. Ni lo conocía antes, a veces es como si estuviera, todavía en... no en España, sino en otro país. No es que volví, ¿viste?... No volvés a ninguna parte, después de tanto tiempo todo es nuevo (Elena, 33 años, E12).

En estas experiencias de (re)conocimiento de los espacios y de (des)identificación con los lugares específicos a los que se vuelve, tan importantes son las distancias/proximidades “temporales” –es decir, el tiempo transcurrido sin visitar un lugar determinado puede ser el suficiente para considerar que todo ha cambiado y no reconocerlo al volver– como también, y obviamente, las distancias/proximidades propiamente “espaciales” que se despliegan de forma multiescalar y comprometen distintos niveles: desde el Estado-nación, la provincia, la ciudad y el pueblo hasta los barrios, los comercios y la propia casa. La relevancia de cada uno dependerá de las trayectorias de retorno particulares. Los relatos de Beatriz y Julia, que transcurrido el primer tiempo de vuelta en la ciudad de Buenos Aires vivieron nuevamente en las mismas localizaciones donde residían antes de emigrar, expresan esa dimensión tan relevante para transitar el retorno que implica la experiencia del extrañamiento y/o la familiaridad con el entorno socio-espacial:

Yo soy de un lugar cerca de Bahía Blanca, ¿viste?, del interior, entonces me vine a vivir a Buenos Aires para estudiar, a los dieciocho años, y todo ese tiempo viví en Belgrano. Estaba acostumbrada a ese barrio, tenía mi gente, todo ahí. Me fui a España y volví a un departamento que tenía con mi marido, en Balvanera. Un barrio en el que nunca en mi vida había estado. Entonces, ir a vivir a un lugar que no conocía, hasta que me acostumbré fue... difícil, hasta que caminaba por la calle diciendo bueno, y sí, estoy en Buenos Aires, estoy en mi ciudad, estoy acá. Sobre todo cuando volví a Belgrano, que era como mi barrio, y me lo conozco de punta a punta, fue más mi lugar. Pero al principio no, al principio era muy rara la sensación. [...] Yo antes había vivido en Belgrano un tiempo en un departamento con una amiga de mi pueblo [...]. Cuando me separé, mi amiga se iba a vivir con el novio y me alquiló el departamento, o sea que volví al mismo edificio, los mismos vecinos, el mismo encargado, no sé, la verdulería de la esquina, con todo, era lo mismo. Entonces sí, fue volver, volver, volver. Definitivamente, ahí volví (Beatriz, 32 años, E5).

Estuve tres meses ahí, en Paternal, hasta que el mismo ph [*propiedad horizontal*] que yo había alquilado en el noventa, que se lo dejé a mi amigo, se liberó la parte de abajo y mi amigo me dijo: “volvé”. O sea, que volví al mismo lugar, ¡como si nunca nada hubiese pasado! [*risas*] [...]. ¡Es fuerte! La verdad, ¡voy a escribir una película me parece! [...]. Obviamente, lo pinté, lo tuneé, cambié la disposición, pero más que eso no hice. ¡No! ¡Es bastante fuerte! Y además, con el mismo amigo que vivía, o sea... pero te lo juro, como si nunca nada hubiese pasado. Él está en la parte de arriba de la casa, como cuando yo me fui a España. [...] Pero nosotros tenemos una relación, como casi primos, entonces, nos conocemos de cuando era chica... La verdad que ¡es muy raro! Y además, me llama la atención que para él, por el trato que tenemos... por momentos pienso si no fue un sueño que tuve, o algo, porque él me trata como si no hubiese pasado nada (Julia, 36 años, E27/II).

Las propiedades no siempre van de la mano del sentido de lo que es propio. A pesar de volver a residir a un piso comprado con su pareja, con sus ahorros durante la inmigración, para Beatriz “lo suyo” es “su pueblo”, de donde ella “es”, pero también “hizo suya” Buenos Aires, a la que al volver no reconocía del todo, al mirarla desde otro barrio con el que ella no se identificaba. Al poco tiempo se acostumbró y aceptó esa otra ciudad algo extraña con un poco de desgana: “bueno, y sí, estoy en Buenos Aires”. Los tránsitos por el espacio marcan también transiciones a través de las cuales “se va

llegando”, por eso Beatriz volvió “definitivamente” cuando volvió a “su barrio”, el que conoce “de punta a punta”. La familiaridad con el espacio y las relaciones sociales que se producen en él (de amistad, vecindad) conllevan experiencias tan próximas y familiares que hasta pueden llegar a crear la ilusión de “comprimir” el tiempo, como explica Julia, quien al volver después de diez años a compartir la misma casa con el mismo amigo de su infancia sentía “como si nunca nada hubiese pasado”. Sin embargo, esta “ilusión” del “como si” no hubiese pasado el tiempo, no hubiese cambiado el lugar ni sus gentes, ni el propio migrante, no siempre “ilusiona”. Veamos la experiencia de Marcos en su proceso de identificar/ser identificado en el espacio:

Y ¿cómo fue la vuelta a Rosario? Reencontrarte con la ciudad, con el espacio...

Ah, ¡es alucinante! Eso fue lindo. Porque me vengo... algo que me gustó mucho es que no fui a mi casa, lo estuve esquivando, lo de volver a mi casa. Yo no quería volver a mi antigua casa, porque... es el barrio, es volver... Pero es mi barrio, es lo que... no sé... es mi otro yo, mi pasado, ¿no? Que no es que lo rechace, porque, para nada, pero... volver ahí era como... muy movilizador... Porque.... no me, no me gusta. Los vecinos. Yo nunca tuve... una buena relación. Yo tenía muy mala fama. Sí, era muy quilombero... Entonces, ¿viste? Es como, la gente te señala... y a mí me gusta mucho pasar desapercibido. Yo soy de pasar desapercibido, no me gusta ser... “Uy, aquel, volvió”. Qué sé yo, es que realmente no me importa, me la pela, como dicen allá. Pero, sí, me hincha las pelotas. Entonces me fui a un departamento que está ahí, cerca del río, un lugar lindo, turístico y muy céntrico. Y ahí yo, ahí me gusta eso, ser... un... Eso me gustaba mucho de Barcelona, que vos podías salir en pelotas y nadie te decía nada. Eso me gusta mucho de allá, eso, me parece súper... y esta ciudad, en particular Rosario, es muy, muy del que dirán y de la apariencia, entonces a mí me la re-pela (Marcos, 37 años, E47/II).

El relato de Marcos llama nuestra atención sobre un supuesto que quizá ha sido insuficientemente cuestionado en relación con las experiencias de retorno: aquel que atribuye a quienes vuelven a sus lugares “de origen” el deseo o la pretensión de recuperar los mismos espacios, los tiempos y las posiciones anteriores a la emigración. No queremos decir con esto que tal deseo o pretensión no esté presente en las experiencias de retorno, sino que *no afecta por igual a todos los espacios, todos los tiempos y todas las relaciones*. Hemos visto en el relato de este mismo entrevistado cómo, por un lado, al tiempo que su vuelta a la ciudad implicaba una búsqueda de proximidad con su padre, retomar la relación de antaño y el reconocimiento del vínculo paterno-filial, también manifiesta explícitamente su deseo de permanecer distante o “esquivar” ciertos espacios que, aunque reconoce como propios (mi barrio, mi casa), contienen relaciones que prefiere evitar (de vecindad), asociadas a un tiempo pasado (tenía mala fama) y a ciertas posiciones, que si bien no niega ni rechaza, ya no se identifica con ellas (mi otro yo) ni desea continuar siendo identificado. Como planteaba Goffman en relación con los estigmas, además de poder ser considerados un “atributo profundamente desacreditador [...] lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos” (Goffman, 1970: 13), un lenguaje que en nuestro análisis es a su vez situado y que muestra cómo en ocasiones un exceso de proximidad a determinados espacios y

relaciones puede llegar a ser considerado indeseado al punto de transformar la casa propia en inapropiada.

Los procesos de des/identificación socio-espacial están atravesados por las tensiones que se dan en estas experiencias de retorno y que se producen no solamente al (re)conocer los lugares y los vínculos sociales que en ellos se despliegan, sino también por cómo se es (re)conocido en ese espacio y esas relaciones. El acto de volver se ha leído habitualmente como una expresión de las nostalgias de lo cercano, de extrañar “lo familiar”. Sin embargo, para comprender estas experiencias quizá debamos también repensar la relevancia que en estos tránsitos cobran las nostalgias de lo distante e inclusive contemplar la posibilidad de extrañar ser “extraño”.

7.4. *Espacios sociales, espacios de clase*

Un último aspecto reseñable es aquel relativo a los espacios sociales en tanto espacios de clase y a los reposicionamientos de los sujetos en el país de origen. Para este análisis retomamos los aportes de la investigación realizada por Cecilia Jiménez Zunino sobre los procesos de desclasamiento y de reconversión de clase en las trayectorias de los argentinos que emigraron a España con el cambio de siglo. Recordemos brevemente las distintas fracciones de las clases medias que retomamos de dicha investigación y fueron expuestas al final del capítulo metodológico. La autora diferencia tres categorías en función de la estructura del capital de cada una de ellas: la *pequeña burguesía patrimonial*, fracción en la que predomina el capital económico; la *clase media de servicios*, fuerte en capital cultural; y, por último, la fracción de *clase media-baja*, cuyo volumen global de capital es inferior al de las otras dos fracciones. Dado el contexto socio-histórico de la Argentina en el cambio de siglo y las transformaciones producidas en la estructura de clases especialmente en las últimas décadas (abordadas en el capítulo dos), Jiménez Zunino analiza las estrategias migratorias como estrategias de reproducción social y cómo los emigrantes a España procedentes de las distintas fracciones de las clases medias desplegaron diversas estrategias con el fin de evitar en el país de origen ya sea la descapitalización completa de sus empresas, la desvalorización de las titulaciones o directamente las imposibilidades de ascenso social.

Según Jiménez Zunino, algunos de los miembros de los sectores de las clases medias que se veían abocados al descenso social evitaron el desclasamiento *subjetivo* mediante la emigración y las representaciones de un reposicionamiento en la sociedad de destino en una “región intermedia del espacio social”. Plantea la autora que los agentes tratan así de figurarse el espacio social español como menos discontinuo que el argentino, “aunque sea mediante la transfiguración de los extremos y [...] la dilatación de las fronteras entre las clases” (Jiménez Zunino, 2011a: 349), sumado a un cierto “no-reconocimiento” o “desconocimiento de los sistemas de enclasamiento españoles”:

“Así, recurren a diferentes constataciones para revestir que, a pesar de todo, se está *en el medio*: el hecho de que en España los empleos menos calificados (camareros, obreros de fábrica, barrenderos, etc.) no estén, supuestamente, tan desvalorizados; la percepción de

la existencia de unas condiciones de vida mínimas garantizadas (por el menor coste de la vida y el acceso al consumo); los salarios indirectos (especialmente, la sanidad pública) se convierten en evidencias que apoyan estas percepciones” (Jiménez Zunino, 2011a: 349-350).

Sin embargo, el “desdibujamiento de las fronteras de clase” en la sociedad de destino, que, según explica Jiménez Zunino, es una forma de reaccionar ante los desajustes que los sujetos padecían en Argentina antes de emigrar, recupera su trazo con la experiencia del retorno, en tanto implica volver a exponerse a las presiones, expectativas y categorías propias del espacio social de origen. Dependiendo del desarrollo de las trayectorias en la inmigración (laborales, educativas, familiares) y del resultado de la acumulación e inversión de distintos capitales, los agentes pueden estratégicamente visibilizar o invisibilizar los caminos recorridos en la inmigración a la hora de participar nuevamente en las luchas simbólicas propias del espacio social de origen.

La estrategia de visibilización se activa en aquellos casos de retorno en los que la trayectoria migratoria, por el tipo de inversiones realizadas, puede suponer una vía de ascenso social en el espacio de origen respecto a las posiciones previas a la emigración. Desarrollemos esta cuestión analizando la trayectoria de algunos entrevistados. Comencemos con la experiencia de Esteban, procedente de una fracción de clase media-baja. Antes de emigrar residía con su familia en un barrio de la zona oeste del conurbano bonaerense. Su madre, ama de casa, su padre, un “laburante de toda la vida”, “sacrificado”, que se fue “dos o tres veces de vacaciones” en toda su trayectoria laboral. El padre de Esteban trabajó en una empresa constructora hasta que perdió el empleo “en el 89, en la hiperinflación de Alfonsín”. Esteban recuerda que en aquella época “la pasamos mal”. Luego su padre consiguió un nuevo empleo como operario en una fábrica. Trabajaba por las noches, turnos de “trece o catorce horas”. En el año 2001 Esteban se casó y compró una casa con su pareja, solicitando un crédito. Estaban a punto de mudarse cuando a finales de ese año, su suegro, propietario de un supermercado, le pidió que viajara a España para explorar las posibilidades de montar un negocio allí: “la crisis estaba instalada, pero todavía no fue el estallido. Y ya hablaban de que en España se vivía bien [...], él tenía ganas de irse, yo estaba totalmente lejos de esta historia de migrar, de emigrar”. El resultado de aquel viaje fue la decisión de partir de Esteban y su pareja, aunque finalmente su suegro no montara ningún negocio. Esteban abandonó el proyecto que había iniciado con unos amigos, una empresa de mantenimiento de piscinas. Ambos dejaron los estudios universitarios de Psicología y Sociología que habían iniciado:

Yo me fui el dos o el tres de diciembre, no me acuerdo. Bueno, estando yo allá, esto era un quilombo, un despelote, veía noticias en España, empezaba a ver que había problemas. Y la pasé genial. Allá estaba todo re lindo, veía todo precioso, lo veía muy ordenado, pero yo... eh... y regresé el veintiuno de diciembre, creo que fue el día del despelote. Ese mismo día a las siete de la mañana llego, a las nueve empiezan los piquetes, al mediodía, creo que fue a la una o a las dos, los muertos. La represión. Yo estaba terriblemente *shockeado*, mal... porque fue como un cimbronazo, además, qué sé yo, me produjo mucha angustia. Me provocó mucho dolor, realmente, ver la situación. Y le dije a mi señora que... que me había gustado mucho España y que me gustaría irme (Esteban, 37 años, E31).

La pareja se insertó laboralmente al principio en el sector secundario. Ella tenía ciudadanía italiana, él tardó algo más en tramitar su permiso de residencia. Esteban comenzó en trabajos de construcción, luego como dependiente en una gasolinera, posteriormente como operario en una fábrica; en estos trabajos a tiempo completo los salarios oscilaron entre los 600 y los 900 euros. Su esposa trabajaba en un estanco y su salario era de 750 euros. A través de contactos del estanco se enteraron del traspaso de un restaurante y se animaron a regentarlo, aun sin tener experiencia previa en el sector. Consiguieron financiación y a mediados de 2003 el negocio empezó a funcionar. Recuerda que el primer cliente le enseñó a preparar un carajillo: “¡yo no sabía lo que era!”. Una hermana de Esteban, junto con su pareja y su hijo, emigraron en 2002. Sus padres y su hermana menor, a finales de 2003. Todos los miembros de la familia, así como algunos amigos, también argentinos, trabajaron en el restaurante. El negocio funcionaba bien y la pareja decidió retomar las trayectorias educativas en 2004. En aquel momento la esposa de Esteban queda embarazada de su primera hija. Entre los estudios, el restaurante y el embarazo, la pareja decidió postergar la carrera y que fuera Esteban el que la concluyera. A finales de 2008 consiguió el título de licenciado en Psicología. Durante 2009 decidió hacer un máster y conseguir nuevas credenciales de especialización. Mientras tanto, con el capital económico acumulado en forma de ahorros, más la concesión de nuevos créditos, cancelaron la deuda de la propiedad en Argentina e invirtieron en la compra de nuevos bienes. El resultado de esta estrategia transnacional de acumulación de distintos tipos de capital fue lo que llevó a la pareja a decidir volver. Por un lado, las inversiones en propiedades les proporcionaban una renta que era más provechosa en Argentina que en España; por otro lado, Esteban evaluó que la capitalización de sus titulaciones también sería mayor en el país de origen. Al haber “estudiado de grande”, la inserción laboral y el propio funcionamiento del campo profesional en España requería nuevas inversiones de tiempo que lo desanimaron. Así explica cómo se fue articulando la toma de la decisión de volver en función de la evaluación de los capitales disponibles y la posible revalorización relativa de cada uno de ellos en función de los tiempos y espacios en el lugar de destino y de origen:

Empecé a trabajar en un neuropsiquiátrico allá, como psicólogo. Pero bueno, veía que era complicada la profesión en España. Porque todavía no está bien... insertado ¿se dice?, las ciencias de la salud. Entonces, la idiosincrasia, la gente no pasa tanto por el psicólogo, sino que va al médico. Si hay gravedad, deriva al psiquiatra directamente, un poco pasa por encima, saltea al psicólogo. La posibilidad de entrar a trabajar en hospitales requería hacer la residencia, el PIR, que era complicado, un examen complejo, además las residencias con guardias y yo ya estaba con hijos. En el 2007 nació mi segunda hija. La veía medio complicada la mano, trabajar en una institución me encantaría, pero esto de hacer el PIR, la residencia, que son tres o cuatro años, con el bar también. Y empecé a pensar en volver a Argentina, por la profesión más que nada, en realidad estábamos muy contentos. Económicamente no nos iba mal. Pero empezamos a pensar que para desarrollarme profesionalmente iba a ser mejor Argentina. Acá tenía amigos con los que había estudiado que estaban recibidos: “vení, te damos una mano...”. Bueno, lo empezamos a pensar, nos empezó a cerrar la idea. Creíamos que económicamente nos iba a servir porque teníamos para vivir, teníamos alquiladas unas cosas, teníamos un ingreso y lo empezamos a masticar un poco esto. Eh... y dijimos, bueno, vamos a hacerlo, pero vamos a hacerlo tranquilos (Esteban, 37 años, E31).

La casa en propiedad y la renta de los alquileres facilitaron que pudieran cubrir sus necesidades durante el primer año. Esteban asumió los trabajos de cuidado de sus hijas mientras se resolvía el trámite de homologación de su título y su mujer consiguió trabajo como administrativa en una empresa. Al año y medio de haber llegado, Esteban ya estaba matriculado y montó un consultorio en su casa. Comenzó a trabajar con algunos pacientes privados, consiguió derivaciones de una obra social de la zona y también participó en un programa de intervención con adolescentes en situación de vulnerabilidad social: “todo esto me lo van pasando contactos, gente conocida”. La trayectoria de emigración, inmigración y retorno de Esteban y su pareja es un ejemplo de cómo la eficacia de los distintos tipos de capitales (económico, cultural, social y simbólico) es resultado de una combinación compleja de todos ellos, si se acumulan e invierten oportunamente entre los espacios sociales de origen y destino, en distintos momentos de la trayectoria; un juego que no todos los agentes están en condiciones de hacer. Incluso la hermana menor de Esteban, Clara, que se fue con sus padres a los dieciséis años, concluyó estudios secundarios en España pero no quiso continuar estudios superiores y no pudo concretar una trayectoria de ascenso como la de su hermano en el retorno. Atravesada su trayectoria laboral por la recesión en España, decidió volver a Argentina con su pareja (un joven argentino con una trayectoria similar a la de ella) y en el momento de la entrevista estaba empleada como administrativa en la misma fábrica en la que había trabajado su padre antes de emigrar a España. Su pareja trabajaba como operario en una fábrica, residían en la casa de los padres de Clara, con lo cual no tenían que pagar un alquiler y estaban a punto de tener a su primera hija. Su itinerario parecía encaminado a la reproducción y el mantenimiento en la fracción de clase media-baja.

Los itinerarios orientados al ascenso comienzan a delinearse en el espacio social de origen y en momentos previos a la emigración; es el caso de los miembros de la fracción de clase media-baja que estaban decididos a dar el salto mediante las inversiones escolares, única estrategia disponible mediante el sistema educativo público. Como indica Jiménez Zunino (2011a: 233): “[p]ara los sectores sociales que no tienen un capital económico o escolar que transmitir, las inversiones educativas son la principal estrategia para trazar trayectorias ascendentes”. El hecho de que Esteban comenzara una carrera universitaria antes de partir es un indicador de ello, aunque la estrategia se completa con la trayectoria migratoria, incluido el retorno.

Otra trayectoria de estas características que también vale la pena analizar es la de Roberto, proveniente de un barrio periférico de la ciudad de Buenos Aires y con una historia familiar atravesada por el exilio político a Venezuela y el retorno a Argentina en una situación de extrema vulnerabilidad social. Roberto comenzó a trabajar con su madre a los trece años, aun así completó los estudios secundarios y universitarios. Recuerda que recibían alguna ayuda económica por parte de la familia materna, pero era insuficiente, pasaban épocas sin gas o sin luz porque no podían pagar los servicios básicos. Roberto se resistía a “ayudar en la casa”, consideraba que ese no era su “rol”, se “defendía” de aquellos requerimientos. Aunque su familia pensara que “tendría que haber ayudado más”, él lo veía de otra forma: “Están los padres para ayudar a los hijos,

no los hijos a los padres. Hasta cierta edad, por lo menos”. En el marco de esta trayectoria, así es cómo Roberto toma la decisión de emigrar:

Eh... yo, bueno... vengo de un barrio. Y nunca tuve... la verdad que nunca hubo ingresos en mi casa, muy grandes. Me acuerdo muy bien, cuando era chico, no tenía mucha guita, siempre tuve que trabajar. Desde los trece años. Pero también, siempre tuve claro... en mi familia siempre se me dijo que tenía que estudiar y a mí, la verdad, que siempre me gustó la ciencia. Así que nada, terminé la secundaria, trabajando. Hice el CBC¹¹⁶, trabajando. Hice toda la facultad, trabajando. Me gané una beca de ayuda económica el segundo año. El asistente social sugirió no dármele el primer año porque pensaba que iba a dejar la carrera, porque una persona en mi circunstancia no pasa de primer año. Y, al contrario, yo terminé el primer año con nueve de promedio, así que era totalmente injustificado. Terminé la facultad en el 2003, me di cuenta de que yo estaba en una situación económica muy muy mala, al punto de, no sé, se me habían muerto cinco dientes porque no había podido ir al dentista. Y todo eso, a pesar de que había hecho una cosa muy estresante, que es hacer la carrera de Exactas y trabajar al mismo tiempo. Primero empecé a mandar currículum a todo el mundo. Yo acá me presenté a cinco concursos docentes, no gané ninguno. Y me presenté a beca del CONICET y no la gané. Pero tenía un amigo que ya estaba allá, trabajando en la Universidad de Barcelona. Me dijo que me fuera con él, me consiguió todo. Me presenté a una beca, la gané, *en un plis* estaba trabajando. A los tres meses tenía la visa, a los seis meses me fui a Barcelona. Afortunadamente me salió la beca esta para hacer el doctorado en España. La verdad que la pasé muy bien en Barcelona, iba caminando por la calle y cada tanto pensaba: me encanta, me encanta la fiesta, la forma en la que me relaciono con la gente. Obviamente, es como difícil por ahí, con los catalanes, siempre hay un poco de xenofobia y cosas así, pero yo me sentía muy cómodo en el papel de inmigrante, porque además como durante toda la carrera también fui medio discriminado por pobre, por ahí, ¿entendés? Entonces, discriminado por inmigrante. No era un cambio muy grave.

¿Cómo discriminado por pobre? ¿En qué sentido...?

En Exactas, discriminado por pobre es... porque yo tenía otra forma de ver las cosas, totalmente distintas. Y la gente de Exactas, es gente de clase media alta, de clase media, que tiene otra forma de ver las cosas y que no entienden la forma de pensar de una persona pobre. Por ejemplo, un pibe que fue muy amigo mío, él decía que no entendía... Cuando me vio la primera vez, pensó: “no entiendo cómo dejan entrar gente así a Exactas”.

Así, ¿cómo?

Así como era yo, no sé. Con el pelo largo, la ropa de baja calidad y, a veces, rota. No sé, como si vos vieras ahora a un chico con gorrita y ropa de gimnasia, ¿entendés? Es como... que hay una idiosincrasia de la gente pobre, que comparte por el hecho de estar... digamos, no de pertenecer a un grupo, pero sí de estar en ese ambiente. Que incluso yo, cuando estaba en el barrio, tenía que hablar... No podía, yo siempre leí mucho y tuve un vocabulario muy extenso. Bueno, en el barrio no, tenía que usar un vocabulario de calle. No podía relacionarme con la gente utilizando... tenía que también modificar mi forma de ser para adaptarme al lugar donde vivía. Después en Exactas se me complicó, no me fue fácil entrar. Y en la mitad de las materias me ponían mal

¹¹⁶ CBC son las siglas de Ciclo Básico Común, año preparatorio para ingresar a la Universidad de Buenos Aires.

concepto, sin que me lo mereciera, porque el profesor me decía que me había dormido en clase y el tipo no entendía que había estado trabajando desde las siete de la mañana y que eran las nueve de la noche en una clase teórica (Roberto, 36 años, E8/I).

El relato del entrevistado presenta diversos espacios sociales atravesados por condiciones y posiciones de clase, como el barrio y la universidad. Su experiencia previa en ellos sin duda impactó en su reposicionamiento en el espacio social de destino; un proceso donde se combina: ser un joven de clase media-baja en Argentina, recién licenciado, en tránsito a rentabilizar sus credenciales como becario pre-doctoral en España, posición que asume junto con su condición de inmigrante; este última, leída desde las experiencias y categorías propias del espacio social de origen y sus actuales circunstancias, le resultó menos problemática de lo que hubiera imaginado. La estrategia migratoria se presentaba para Roberto como la más adecuada tras la búsqueda laboral infructuosa en Argentina en el año 2003. No consideraba la posibilidad de dedicarse a otra actividad: “[N]o era optativo, porque yo no pienso mi vida sin hacer ciencia. Nunca la pensé, no me la puedo imaginar. [...] Por eso no es optativo para mí. Si no iba a hacer ciencia en Argentina lo que había que cambiar era de país, no de profesión”. Al concluir el doctorado en el año 2008 se presenta a una convocatoria postdoctoral en España y no obtiene la beca, amplía la búsqueda y consigue una oportunidad en Estados Unidos, pasó un año en Chicago y comenzó a planificar el retorno a Argentina, aprovechando la oportunidad del Programa R@íces, que desde el año 2003 tiene, entre otros objetivos, repatriar investigadores y profesionales argentinos residentes en el extranjero (Castiglione, 2012). Hasta resolverse su ingreso como investigador al CONICET, realizó trabajos de electricista durante un año y finalmente logró estabilizar su carrera académica. En el momento de la entrevista, en el año 2012, la perspectiva era quedarse en Argentina:

Es una posición permanente, supuestamente me tengo que quedar a vivir en Argentina para el resto de la vida. A menos que Macri haga una nueva noche de los bastones largos, y en ese caso, sí, me iría del país. Pero si Macri no es elegido presidente y no hace una nueva noche de los bastones largos todo indica que el resto de mi vida lo voy a pasar en Argentina (Roberto, 36 años, E8/I).

La experiencia de la inmigración ha permitido en algunos casos dar continuidad a las trayectorias educativas y, el retorno, completar un proceso de ascenso social sorteando los momentos más críticos en Argentina. Para el caso de quienes provenían de la fracción de clase media-baja, como Esteban y Roberto, la estrategia migratoria supuso un proceso de “desclasamiento por arriba” (expresión de Lahire, 2004, citada en Jiménez Zunino, 2011a: 237) respecto a su posición y condición de clase previas a la emigración. Sus trayectorias parecían consolidarse en la fracción de clase media de servicios.

Sin embargo, los tiempos en los que se producen las trayectorias son fundamentales. Para otros entrevistados procedentes de la misma fracción de clase, por ejemplo Patricio y Cecilia, los intentos de ascenso social vía acumulación de capital escolar aparecen

recién con el retorno a Argentina. Ellos también se incorporaron al mercado de trabajo de forma temprana en el país de origen y concluyeron los estudios secundarios, pero no tuvieron las mismas condiciones que los otros entrevistados ni en origen ni en destino para continuar con las trayectorias educativas. Bien porque no contaban con el capital social familiar que funcionara como soporte en la inmigración, como es el caso de Esteban, bien porque al ser más jóvenes los tiempos históricos atraviesan sus biografías de forma distinta e iniciaron sus trayectorias de movilidad (migraciones internas e internacionales) con anterioridad, sin concluir estudios superiores antes de emigrar, como Roberto. Ya hemos hablado de Patricio en varias ocasiones. En su caso, tras algunos años en la inmigración acumulando capital vía ahorros, compró una licencia de taxi en Rosario y a la par que trabajaba a tiempo completo estudiaba el profesorado de Historia. En la segunda entrevista le quedaban dos años para concluir la formación y sus expectativas eran a medio plazo estabilizarse en una plaza como profesor y poder dejar el taxi. Tampoco quería volver a la hostelería, trabajo que realizó su padre y que aún realizaban sus hermanos en Nueva York y Palma de Mallorca, pero que no quería para él.

Por su parte, Cecilia quería “probar” y darse “una oportunidad más en Argentina”. De muy joven comenzó a trabajar y, aunque concluyó los estudios secundarios, el declive de la situación familiar la forzó a independizarse, encadenando migraciones internas e internacionales, y no pudo continuar estudiando. Durante toda su trayectoria migratoria había asumido el compromiso de ayudar económicamente a la familia de su pareja, con quien emigró y volvió a Argentina en el año 2008; estuvieron un año en Rosario, luego volvieron a Palma de Mallorca y se separaron. En 2011 Cecilia emprendió el proyecto de retorno por su cuenta:

Era como que quería ver si realmente era Argentina la que no me había dado la posibilidad de poder hacerlo o si había sido yo la que no le había dado la posibilidad a Argentina [ríe]. ¿Me entendés? Decís, realmente ¿es que está tan mal y es tan imposible poder estudiar, trabajar y vivir? Vivir bien, yo le llamo a poder pagar un alquiler y comer... no, no grandes lujos. Y yo llevo un año viviendo acá y lo estoy pudiendo hacer (Cecilia, 29 años, E35/I).

Alcanzar con el retorno unos objetivos modestos, como los que se plantea la entrevistada (estudiar, trabajar, vivir sin lujos), no es una tarea imposible, pero tampoco es fácil de sostener. Cuando la entrevisté por segunda vez, en 2013, continuaba con los estudios técnicos de atención a la niñez y familia en una institución privada. Sin embargo, había tenido un año difícil. Para llegar a cubrir los gastos (alquiler, alimentación, transporte, matrícula de la institución privada donde estudiaba) había trabajado todo el año en un comercio, además comenzaba a ganar experiencia laboral cualificada trabajando en intervención social, aunque con un formato de contratación precario, con una institución del gobierno provincial. Al mismo tiempo, las condiciones bajo las cuales trabajaba eran complejas, acompañaba a una menor en una situación de extrema vulnerabilidad y desprotección y se sintió ella misma expuesta y desprotegida por parte de la institución para la que trabajaba. Así relata su experiencia:

Tenía la situación laboral de la chica esta, con la que me tocó trabajar, era súper violenta, vulnerados todos los derechos. Cuando yo la conocí tenía catorce años, un bebé de diez meses y una desprotección total. Muy sola, una miseria increíble [...]. Después se me empiezan a ir las cosas de las manos, la situación se complica y me encuentro sola laburando, profesionalmente *descontentada*, me hacen cargo a mí, sabiendo que no tengo herramientas, ni... la experiencia, aparte tampoco tengo autoridad de intervenir en cosas en las que al final intervine y con la responsabilidad que eso significa. Qué se yo, me sentí muy presionada, muy expuesta, de si me equivoco acá, me equivoco feo. ¿Me entendés? [...]. Y fueron situaciones de riesgo, de vida, del bebé y de ella. Y bueno, como que en un momento me empiezo a replantear que lo que yo estaba estudiando me vinculaba a trabajar de esa manera, que yo no quería pertenecer a ese tipo de institución, no quería darle de comer a ese manejo. Aparte, empezar a descubrir que las leyes son una mentira, que no hay leyes que se puedan sostener, que existen pero ninguna es parte de la sociedad donde vivimos. Entonces, empiezo a abrir los ojos de golpe, era un cachetazo atrás del otro, todos los días. Recursos materiales, olvidate. Recursos profesionales, humanos, todo muy precario, gente desgastada y yo, el primer laburo, poniéndole un montón de cosas que... Después de cuando empecé a sentir estas situaciones, que me empezaban a desbordar, entré a analizar un poco mis maneras de proceder en cuanto a la vida. Y me pasaba algo, y me pasa hoy, algo raro, de sentir que si bien lo que me propongo lo consigo, porque es muy loco, bueno, me voy a España, después de siete años dejar todo para volver a reincorporarme, para decir, no quiero volver a laburar de moza, quiero hacer otra cosa, lo hacés. Quiero estudiar, lo hago, quiero conseguir laburo en lo que estoy estudiando, también. Pero, sin embargo, estás siempre como en una cuerda finita, vertiginosa (Cecilia, 30 años, E35/II).

En el momento de la segunda entrevista, Cecilia estaba a punto de partir nuevamente. Había planeado un viaje por Latinoamérica por tiempo indefinido e interrumpió los estudios nuevamente. La situación la había desbordado y ante el “vértigo” de estar sobre esa “cuerda finita”, decidió bajarse. La situación era insostenible. Cuando Cecilia repasa su trayectoria de movilidad “de cambios bruscos”, el resultado es de dos años. Esta inestabilidad que la atraviesa es algo que necesita “incorporar” a su vida, en tanto su recorrido le indica que no hay otras formas posibles de atravesar tampoco la adultez:

Necesito empezar a pensar que la incertidumbre es parte de la vida. Viví treinta años dentro de la incertidumbre y todavía peleo un montón de veces en contra de eso. Cuando en realidad, ¡es así! Es nunca saber lo que querés, lo que te va a pasar, porque siempre te estás consiguiendo algo, vas viendo lo que no querés de ese algo y estás buscando otra cosa, y así. Me parece que, el cambio, es inestable, inevitablemente, pero es evolucionar. A lo mejor en tiempos diferentes para cada uno, pero... por ahí me cuestiono que cada dos años, claramente, dos años es mi punto. No puede ser que vaya repasando las cosas, las fechas de cambios bruscos, son dos años. Y así, ponele, desde que yo volví de Córdoba hasta que me fui a España pasaron casi dos años. Hasta que volví de nuevo acá, pasaron dos años. Cuando volví a Palma, pasaron casi dos años y me fui al País Vasco. Del País Vasco no llegué a los dos años y me volví a Palma. Estuve otros dos años y me volví a Argentina, y es todo así. Y después me fui otra vez, pero acá estuve un año y un poquito más. Y ahora van dos años desde que volví y me voy a ir a recorrer Latinoamérica. Dejando casa, dejando laburo, dejando todo. Cada dos años, con lo que implica ese movimiento. Mis movimientos nunca son de... bueno, me voy un mes, vuelvo y que esté todo igual. Nunca tengo una fecha para entrar a trabajar porque dejo el trabajo. Nunca tengo una fecha para decir... ¿entendés? Ahora mi fecha más próxima que me puse de vuelta es la facultad. Y tengo la posibilidad de decir, bueno, si no es este año, es el otro.

Como que tampoco es una exigencia. No sé... qué se yo, no sé por dónde voy a ir (Cecilia, 30 años, E35/II).

En el momento de cerrar esta tesis supe que Cecilia estaba nuevamente trabajando en Palma de Mallorca, al menos durante la temporada, en el mismo restaurante al que había renunciado antes de volver. Este era un escenario que la entrevistada preveía tres años antes dentro de sus estrategias:

Lo que me sorprende es que pienso incluso hasta la alternativa de que si esto me sale mal, lo peor que me puede pasar es irme seis meses a Palma, trabajar de moza y ¡recuperar lo que perdí! Es lo peor que me puede pasar, y ¿qué tiene de malo que me pase eso? Encima voy a ver a mi vieja, a mis amigas, a mi hermano, a mi sobrino. ¡Es como muy loco! (Cecilia, 30 años, E35/II).

Trayectorias y experiencias de retorno como la de Cecilia ponen sobre la mesa la necesidad de pensar las estrategias migratorias en relación con las trayectorias de clase y las condiciones sociales bajo las cuales estas “subjetividades móviles” son producidas. Sin negar la agencia de los sujetos, no podemos perder de vista los constreñimientos bajo los cuales operan y las dificultades que supone para algunos/as tener que vivir constantemente en un “plan B” y en la reelaboración permanente de estrategias de reproducción social que no terminan de encuadrarse oportunamente en ningún espacio/tiempo y no logran más que sostenerse precariamente en un vertiginoso transitar/devenir.

Para los sujetos pertenecientes a la fracción de la *pequeña burguesía patrimonial* y la *clase media de servicios* las estrategias migratorias y el posterior encadenamiento del retorno tuvieron diversas derivas en el espacio social de destino y de origen. En algunos casos habilitaron el *mantenimiento* en la fracción, en otros la *reconversión* a otro tipo de capital y, por último, también se detectaron casos de *desclasamiento por abajo*.

En el caso de aquellos sujetos procedentes de la pequeña burguesía patrimonial, la dinámica más habitual es la de las reconversiones. Es decir, sólo en un caso, el de César, la trayectoria migratoria es parte de una estrategia migratoria orientada al mantenimiento en la fracción. Hijo y nieto de inmigrantes gallegos que lograron acumular un capital a través de algunos negocios en la hostelería, César seguía los pasos de su padre. Si bien terminó los estudios primarios, no concluyó los secundarios, y aun así alcanzó un nivel educativo más alto que el de sus progenitores. En la adolescencia comenzó a trabajar en los restaurantes donde estaba empleado todo el grupo familiar, siempre bajo las directrices de su padre. La emigración a España fue la estrategia que le permitió a César acumular capital económico para volver posteriormente a montar sus propios negocios en el mismo rubro, donde ahora sí podía tomar sus propias decisiones. El relato de César está atravesado por un fuerte *habitus* empresarial y su constante orientación al “progreso” y al modelo de “éxito” familiar basado en una ética del trabajo incansable, el esfuerzo y el sacrificio. En la segunda entrevista, que tuvo lugar en el negocio de César, apareció su padre, que se sumó a la conversación y contó algunos

episodios de su propia migración y trayectoria en Argentina. Llegó a Buenos Aires en 1957, a los catorce años, con su madre y su abuela. Su padre vivía en Buenos Aires desde 1948. En Galicia empezó a trabajar en la pequeña explotación agrícola y ganadera familiar a los diez años. Estudió hasta tercer grado, en Argentina continuó los estudios, alcanzó el sexto grado y comenzó a trabajar:

Padre de César: Bueno, a mí me costó todo, no es que... a mí nadie me regaló nada. Me hice hacer la casa, empecé de cero, cero, cero. Vivía en piso de tierra, fui haciendo el piso, las persianas, después la cosa fue cambiando, y bueno, vino otra... otros aires, pero siempre trabajando. Y trabajaba dieciséis horas, dieciocho horas, todos los días. Y no tenía franco, nada, de lunes a lunes. Ocho años que estuve en la pizzería, no tuve vacaciones nunca. En ocho años no tuve vacaciones.

Claro...

César: Es duro... es duro... Claro, por eso te digo, si vos vas a hacer guita, de alguna manera, tenés que tener una constancia. Si no, que te vaya muy bien, o tengas mucha suerte.

Padre de César: El otro día viene un pibe conmigo y me dice: “no, porque el futuro...”. “¿Vos querés eso? Vos tenés que trabajar diez horas por día, de lunes a lunes, sin tener franco”. Y me dice: “y, pero ¡usted no tiene vida!”. Entonces, es que ¡o vivís o trabajás! ¡Las dos cosas no podés!

César: Vos no podés juntar plata si a fin de mes lo que cobrás ¡lo gastás! Voy a poner un ejemplo. Es que lamentablemente, un sueldo, a nivel mundial, es bajo, no se hace guita con un sueldo, laburando por un sueldo. Vos no progresás. Una secretaria en Madrid, ¿cuánto gana? Hoy, a día de hoy, gana 1.000, 1.200 euros, ¿entendés? Si sigue como secretaria nunca va a poder pagarse una hipoteca. Ahora, si vos me decís, trabaja de secretaria, pero también está estudiando, vos avanzás en el tema, es otra cosa. O sea, acá, en cualquier parte del mundo, si no tenés una exigencia con vos mismo a la hora de progresar y, ¡siempre vas a estar en el mismo lugar! ¿Cómo hacés para moverte?

Padre de César: Yo te digo, por ejemplo, para que te des una idea, yo trabajaba en horario normal, nueve horas. Hacía 230 horas extra por mes. Dividido treinta...

O sea, te acordás el número de horas y todo.

Padre de César: Sí, porque lo hacía todos los meses. Entonces, 230 horas, ponele un ejemplo, yo ganaba uno de los sueldos... porque yo tenía un oficio, sabía laburarla, hacía más que nada helado y repostería. Ponele, que yo ganaría, 12.000 pesos, ponele así, tenés una extra de cincuenta pesos la hora, tenés 230 horas, que son 11.500 pesos, más 12.000 de sueldo, son 23.500, ¡no los podía gastar! ¡No tenía tiempo!

César: Son casi 2.000 euros a día de hoy.

Padre de César: No tenía tiempo para gastar, entonces vos hacés el cálculo. Tenés que tener constancia. ¡Ocho años lo hice yo! Entonces, si vos ganás 20.000 pesos todos los meses, hoy, acá en día, ganás 20.000 pesos por mes, no los podés gastar, ¡no tenés tiempo! La madre de él trabajaba, con lo que ella ganaba nosotros comíamos, entonces mi sueldo lo ahorrábamos. Entonces, después llega un momento que decís, bueno, tengo una moneda, compro esto, compro lo otro, te metés en negocios. A veces te va bien, a veces te va mal, hice negocios que me fue mal (César, 44 años, E9/II).

César había aprendido de su padre, que con setenta y siete años seguía administrando sus negocios. Ambos me contaban con admiración cómo su abuela y madre, respectivamente, tenía ochenta y nueve años y había trabajado en el negocio familiar hasta los ochenta y seis. Las opciones de César eran dos: o emprender negocios en Palma de Mallorca, algo que intentó pero no con los resultados esperados (falta de financiación, desconocimiento del mercado, etc.), o trabajar en España con el mismo empeño con que había trabajado su padre en Argentina –cosa que hizo– y ahorrar el suficiente dinero para invertirlo en negocios en el retorno. Aun así, César no se quería quedarse a vivir en Buenos Aires, algo que sostiene en el momento de escribir esta tesis. Su plan es afianzar sus emprendimientos y con la renta que le proporcionan sus empresas, más algún nuevo negocio que instale en Palma de Mallorca, poder vivir en la isla y pasar en Argentina alguna temporada.

Trayectorias como la de César, de mantenimiento en la fracción, son excepcionales en la muestra, como ya mencionamos. Los itinerarios más habituales en los sujetos de esta fracción de clase son la reconversión hacia la fracción de clase media de servicios, en la que predomina el capital cultural. La estrategia migratoria habilitó dos recorridos, bien dar continuidad a estos procesos de reconversión que se habían iniciado en el país de origen, o bien concluir las trayectorias educativas y hacer efectiva esa reconversión en el retorno. En el primer caso se trata de adultos (mayores de treinta años) que concluyeron estudios superiores en Argentina y que incluso habían logrado valorizar sus credenciales mediante la inserción laboral en el espacio social de origen. Si bien en la inmigración pasaron un primer tiempo empleados en el sector secundario del mercado de trabajo (como aquellos de la fracción de clase media de servicios), transcurrido un tiempo pudieron hacer valer su capital escolar, ya fuera mediante el reconocimiento institucional (homologando los títulos) o de facto (mediante el reconocimiento informal del empleador de sus conocimientos y experiencia previa).

El caso de Agustín, ingeniero, es el más claro en este sentido, aunque las trayectorias de retorno también se abren a nuevos posibles giros. Al volver comenzó a trabajar de forma asalariada, sin embargo, en el momento de la entrevista estaba iniciando un proceso de “contramovilidad” y todo su empeño estaba puesto en montar una empresa propia (tal como había hecho su padre, con una fábrica que quebró a finales de los noventa). Era una apuesta de alto riesgo que, de funcionar, le aseguraría a Agustín y su grupo familiar la posibilidad de mantenerse dentro de las fronteras de alguna de las fracciones de clase media, de servicios o pequeña burguesía patrimonial (esta última, hacia la que se encontraba en tránsito en aquel momento). Así evalúa su experiencia de re-reconversión y sus expectativas de futuro llegando al final de la entrevista:

Hoy por hoy estoy un poco inseguro, por el momento particular del proyecto mío profesional que estoy encarando. Que es un momento complicado, donde aposté todo. Puse todas las fichas, colorado catorce, si sale, sale. Y si no... re complicado. No es treinta y seis a uno, pero rojo-negro, por ahí, ¿viste? Puse todo al rojo, que no salga negro porque... estoy en el horno. Si sale rojo, bien, seguimos todos para adelante. Todo igual. No me cambia el proyecto profesional, si querés. Pero después me gustaría seguir viviendo acá y no estoy pensando en nada raro, seguir pudiendo... si puedo, bancarle a los chicos todo lo que pueda bancarles, que es lo que me faltó a mí. Si pudiera bancarles

la facultad y ellos quieren vivir acá, todo lo que quieran. Pero, también, con los chicos tengo un tema... si están acá, son mis reglas. Si no, no banco [...]. Si estudiás, sí, si no estudiás, no, flaco. Si te va bien, sí, si no te va bien, no. No te voy a pagar treinta y cinco años la facultad para que no... No. Y después determinados límites de... no sé, boludeces, reglas de convivencia mínima de la casa. Depende dónde quieras estudiar puede que sí, puede que no. Tampoco te voy a poner un departamento... por más que pueda hacerlo. Si vas a estudiar en Buenos Aires, tenés que vivir acá, no te voy a pagar un departamento al lado de la facultad, porque no. Ahora, querés estudiar en Tucumán porque es la única carrera, bueno, nada, me cagaste. Se los voy a bancar. Tucumán o Brasil, si lo puedo bancar, lo banco. Lo voy a bancar, porque a mí no me lo pudieron bancar y me costó un huevo y sufrí un huevo. Entonces, si eso se los puedo aliviar, se los alivio. Si me va mal, esto lo... como verás... no me proyecto, pero en el fondo, para mí, mi función en esta vida es bancar a los que vienen abajo mío. En este caso mis hijos. Después en el caso de que me vaya mal, en este proyecto de empresa que tengo, que puede ser, porque viste, es mucho riesgo exportar y si se me cae y tengo que achicar, achicar es irme de acá, porque llevar una vida así es costoso, tiene un fijo muy alto que si no lo tenés, no te entra, nada, no lo podés hacer. Y si me tengo que ir de acá, yo creo que tendremos que volver otra vez a poner a prueba las bases familiares, del matrimonio, de la pareja, otra vez. A ver cómo en la necesidad, en el quilombo y en eso, otra vez, a ver cómo funcionamos. ¿Qué pasa cuando no hay plata? ¿Te la vas a bancar? ¿No te la vas a bancar?

Eso, ¿te lo imaginás acá?

Sí, acá, acá, no, no me voy más. Irse es un... No, yo me quiero quedar con mis hijos. Vicky no se va más, ¿para qué voy a probar, otra vez? ¿Irme, para qué? ¿Para qué a los dos años quiera volver? No. Si otra vez vuelve a pasar lo mismo, lo único que acá, sin la pata de la guita, hay que ver cómo funciona el asunto. Me gustaría que funcione, ojalá (Agustín, 42 años, E21).

Cuando Agustín se quedó sin trabajo en el año 2001 le era imposible pensar en muchas de las cosas que enunciaba en la entrevista. La estrategia migratoria le permitió dar continuidad a su trayectoria y mejorar sus condiciones y proyección profesional. Ya hemos visto en otros extractos de su entrevista cómo el retorno fue una decisión negociada en la pareja, pero con la que él no estaba del todo satisfecho. Volvió a trabajar de forma asalariada en Argentina, pero su principal motivación era montar su propio proyecto empresarial, en el que ambos habían invertido todos sus ahorros y esfuerzos para sacarlo adelante. Durante la inmigración pudieron comprar un lote en un barrio cerrado del conurbano bonaerense y construir su propia casa, que Victoria, arquitecta, se encargó de proyectar. Esta y otras decisiones están dentro de las estrategias laborales, residenciales y educativas que delimitaron las fronteras de la condición de clase del grupo familiar al interior de la fracción. Sin embargo, del discurso del entrevistado también se desprende la percepción del carácter endeble de estos lindes, sujetos a corrimientos que podrían alterar este reposicionamiento, producto de la combinación del resultado de las distintas apuestas propias del tiempo biográfico en relación con los tiempos históricos. La última noticia que tuve de estos entrevistados era que en el año 2016 el proyecto empresarial se mantenía con dificultad: Victoria estaba trabajando de forma asalariada en el sector público y ya no vivían en el barrio cerrado del conurbano bonaerense, había comenzado el proceso de “achicamiento”, del que había hablado Agustín en la entrevista cuatro años antes.

Para concluir con los itinerarios de reconversión de esta fracción de la *pequeña burguesía patrimonial* resta mencionar las trayectorias de los más jóvenes, todos menores de treinta años, que también vieron tambalear las empresas familiares, especialmente a finales de los noventa y durante los primeros años de la década del 2000. Para ese entonces sus trayectorias ya estaban orientadas a las inversiones escolares, sin embargo, optaron por iniciar los estudios superiores directamente fuera de Argentina. En sus casos, la inserción laboral en la inmigración estuvo marcada por una estrategia que les permitiera disponer del tiempo necesario para concluir los estudios superiores, con lo cual estuvieron prácticamente a lo largo de toda la trayectoria empleados a tiempo parcial o por temporadas en el sector secundario, excepto un corto período antes del retorno en el que lograron tener alguna experiencia profesional más intensa. El capital escolar acumulado durante la inmigración entra en juego con el capital social disponible en el espacio social de origen, haciendo finalmente efectivas en el retorno las reconversiones y el tránsito a la fracción de clase media de servicios. Estos son los casos de Martina, David y Claudio, que estudiaron Sociología, Ingeniería Química y Ciencias Políticas y lograron insertarse laboralmente en empleos en el sector público y privado acordes a su cualificación.

Por último, haremos referencia a los itinerarios de los sujetos procedentes de la *clase media de servicios*. En estos casos los recorridos trazados apuntan al mantenimiento dentro de la misma fracción como escenario habitual. Se trata de personas que emigraron, aun en distintos tramos de edad, con estudios superiores concluidos. Es habitual que tras un período de tiempo empleadas en el sector secundario logran insertarse laboralmente en un empleo cualificado, relacionado con su actividad profesional, ya fuera de forma autónoma o asalariada (es el caso de Malena, Héctor y Gabriela, arquitectos; Julia, directora de cine; Luz, Sofía y Lucía, psicólogas; Mariela, licenciada en Relaciones Internacionales). La inmigración les permitió continuar con trayectorias profesionales iniciadas en Argentina antes de emigrar, pero que atravesaban un momento de suma inestabilidad en el momento de la partida. La inmigración fue también para algunos de estos sujetos la oportunidad para ampliar o reproducir el capital de origen, ya fuera realizando postgrados (Héctor, Gabriela, Lucía y Mariela) o finalizando carreras inconclusas antes de emigrar. Este último caso es el de Florencia (hija de profesionales, psicólogos, y nieta de pequeños empresarios), que después de algunos años en Barcelona logró concluir la licenciatura de Educación Social y hacer un postgrado. Los últimos años en la inmigración había logrado estabilizarse como trabajadora de los servicios sociales de la Generalitat de Catalunya. En su caso, la reinserción laboral en Argentina no estaba siendo sencilla. Por una parte, por el no reconocimiento en el país de la licenciatura realizada; por otra, por la diferencia en las condiciones contractuales en el sector público. Sin embargo, se mantenían en la fracción a través de la combinación de diversas estrategias. Por un lado, tenían una casa en propiedad, con lo cual dejaban de pagar alquiler, gasto que sí tenían en Barcelona; el capital social les facilitó el acceso de sus hijos a un colegio público de “prestigio” en la ciudad, con lo cual dejaban de pagar cuotas de colegio privado, algo que sí hacían en Barcelona; como contrapartida, pagaban un seguro de salud privado, gasto que no tenían en España, en tanto acudían a los servicios del sistema público de salud. Su pareja, también con estudios superiores,

consiguió trabajos acordes a su cualificación, aunque para Florencia no era fácil encontrar en el mercado de trabajo una posición “equivalente” a la de Barcelona. A pesar de los equilibrios que habilitaban al grupo familiar para mantenerse dentro de la fracción, para Florencia este reposicionamiento implicaba a nivel profesional individual un cierto sentido de “retroceso”:

Y llegamos acá que, bueno, está todo muy complicado. Porque a mí me costó mucho irme de allá, me costó un montón dejar el trabajo, porque... porque bueno, porque me encantaba mi trabajo, porque me parecía, digo [*se emociona, llora*], estoy perdiendo todo lo que me costó un montón conseguir, entonces me empezó a agarrar vértigo. Digo, ahora, que tengo todo, después de todo lo que me lo curré, qué sé yo. [...] Y fue, de mucha angustia, momentos así de mucha angustia, porque es volver a contar todo lo que vos hiciste durante todo este tiempo a nivel profesional, ¿no? O sea, volver a decir, la misma etapa que pasé allá de decir, yo sé hacer esto. O sea, volver a demostrar acá que yo estudié esto, que yo sé de lo otro, que yo tengo esta habilidad, que yo tengo esta capacidad. Bueno, entonces, de nuevo, de vuelta. Como que todo, una sensación permanente de examen, ¿no? De tener que demostrarle al otro que vos lo sabés hacer para que te dé el trabajo (Florencia, 38 años, E36/I).

En la segunda entrevista Florencia me contó que, a lo largo del año, aún sin lograr que le reconocieran sus credenciales, había conseguido distintos empleos como trabajadora social y comenzaba a sentirse “valorada” profesionalmente. Sin embargo, las condiciones laborales no dejaban de ser muy inestables y precarias en relación a salarios y tipos de contratación, comparadas con su experiencia en Barcelona.

Hasta aquí hemos visto procesos de reposicionamiento en distintas fracciones en las que la trayectoria migratoria, incluyendo el retorno, habilita distintos movimientos de reconversión, mantenimiento y desclasamiento por arriba en relación con las posiciones que los sujetos ocupaban en el espacio social de origen antes de la emigración. Sin embargo, queda por analizar otro tipo de itinerarios que también se producen, los *desclasamientos por abajo*. Estos casos se presentan en grupos de jóvenes que emigraron con veinticinco o menos años y que desertaron de los modelos de reproducción familiar. Ya sea porque iniciaron pero no concluyeron estudios superiores, en el caso de la fracción de clase media de servicios (como Fernanda, María, Jimena, Andrés, Quique o Elisa), o porque rechazaron las trayectorias empresariales en el seno de la familia, en la fracción de la pequeña burguesía patrimonial (como en el caso de Mariano o Lucas). Algunos de estos entrevistados intentaron concretar algún tipo de reconversión en la experiencia de la inmigración, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Otros realizaron algunas inversiones escolares en la inmigración, pero no llegaron a insertarse laboralmente con una mínima estabilidad para poder construir desde allí una trayectoria profesional sólida. Por ejemplo, Fernanda, hija de una diseñadora gráfica y un artista plástico, decidió no continuar estudios universitarios en Argentina. Sin embargo, adquirió una formación técnica en un sector en el que pudo emplearse sólo de forma esporádica. Jimena, hija de madre médica y padre economista (su hermano también economista), estudió tres años de Arquitectura, carrera que abandonó al emigrar y no retomó. Aunque se formó en un máster en Fotografía, trabajó en el rubro de forma intermitente

y terminó trabajando en comercios y como teleoperadora la mayor parte de su trayectoria. Andrés, hijo de arquitectos, abandonó la universidad al emigrar, a los años de residir en Barcelona intentó retomar los estudios y empezó Sociología, pero no concluyó la carrera. En su familia son “todos universitarios”. Para los casos de la fracción de la burguesía patrimonial, el itinerario de Lucas, hijo de un pequeño empresario y madre profesora de secundario, se inicia a una edad temprana con migraciones internacionales a Estados Unidos, donde empezó a estudiar distintas carreras pero no concluyó ninguna, trabajó en la inmigración en el sector secundario, se dedicó a ahorrar y pasar largas temporadas de viaje por el mundo. Por su parte, Mariano decidió no seguir los planes de su padre y la emigración fue en parte la forma de evitar hacerse cargo del negocio familiar al que él debía dar continuidad como “tercera generación”. Si bien se había formado como periodista deportivo antes de emigrar, no había tenido una inserción laboral favorable y la empresa familiar se presentaba como el espacio más seguro de reproducción, aunque indeseado para él. En la inmigración trabajó como personal de seguridad, administrativo, camarero y *coach*.

Ante la imposibilidad de haber reproducido los capitales de la fracción de origen en las distintas fases de la trayectoria migratoria, ya sea antes de la emigración, durante la inmigración o el retorno, en los relatos de estos entrevistados emergen ciertas constelaciones discursivas a través de las cuales se alejan de una valoración o explicitan en ocasiones un rechazo a la acumulación de los distintos tipos de capitales, económico o cultural; en este sentido, se valora la vuelta a “lo esencial”, la vida “sencilla”, así como se rechaza el “consumismo” o el “snobismo”. Pero al mismo tiempo sus discursos están marcados por las tensiones que atraviesan sus experiencias de volver al espacio social de origen e intentar reposicionarse en una fracción de clase sin contar con los capitales oportunos que marcan esa condición, ya sea el capital económico o las credenciales educativas correspondientes. Veamos una trayectoria concreta, la de Jimena, que nos ayuda a comprender este tipo de procesos y las estrategias que despliegan en determinado tipo de prácticas, que son las que le permitirían “mantenerse” en la fracción.

Jimena emigró a principios del año 2002 y, como dijimos, abandonó la carrera de Arquitectura en el tercer año; había empezado a estudiar fotografía y también “estaba un poco perdida”, “quería cambiar de aire”, además de cerrar una relación que había quedado pendiente con una persona que sí había concluido los estudios y había decidido probar suerte a España. La estrategia de Jimena fue apuntarse a un máster de Fotografía en una escuela privada, porque quería darle cierta continuidad a su trayectoria educativa. Esta fue también “una forma de empezar a vivir en España” porque “no me quería ir como ilegal, porque tampoco era la cuestión, y bueno, aparte iba a estudiar”. Los estudios que podría haber concluido en un año los hizo en dos, y así podía “estirar” algo más el permiso de estudiante. Se separó de su primera pareja, trabajó algunas temporadas de verano como fotógrafa en la costa mediterránea y allí conoció a su siguiente pareja –español, carpintero, de un pueblo de Cataluña–, con quien se casó a los pocos meses: “básicamente por un tema de papeles”, porque el permiso de estudiante se le vencía y “no quería estar ilegal, era un estrés que no quería, o sea, no tenía, no tuve la necesidad, me surgió esto y bueno, nos casamos...”. Una

decisión que, de acuerdo a las palabras de Jimena, pudo tomar ajena a los constreñimientos que hubieran operado en el espacio social de origen:

Tenía veintiséis años cuando lo conocí, era una pendeja, sí, y bueno... me enamoré absolutamente y, bueno, yo estaba... a ver... ¿me entendés? Y estaba muy libre...

¿Cómo muy libre?

Y, muy libre de ataduras. Yo me casé y mis viejos no lo habían conocido, o sea, fue todo como muy libre, de todo, ¿me entendés? De todas las cosas que acá a lo mejor te presionan. Eh... la familia, los amigos, el trabajo, mil historias... yo todo eso no lo estaba viviendo (Jimena, 35 años, E11/I).

El ritual tuvo como obsequio por parte de la familia de Jimena una suma de dinero para invertir en una propiedad. Si bien el monto total no era suficiente para comprar una vivienda en España, solicitaron una hipoteca para el resto y compraron un piso en un pueblo cercano a un parque natural, que reformaron ellos mismos. Mientras la situación de Jimena se regularizaba trabajó de asistente de su pareja. Al relatar estos hechos la entrevistada pone de relieve las primeras tensiones en su reposicionamiento en el lugar de destino, acoplado además al de los orígenes sociales de su pareja:

Y bueno, después, ¿viste?, trabajar con la pareja no es muy cómodo tampoco, empezamos a discutir un montón y bue..., aparte, como yo estudié Arquitectura, me metía mucho en sus decisiones de trabajo... Bueno, era... él no me dejaba hueco para hacer nada... ¿viste cómo son los españoles? Son a lo mejor un poquito más machistas de lo que nosotras estamos acostumbradas aquí...

¿Sí? ¿Te parece?

Sí, me parece, al menos en mi ambiente. Qué sé yo, no en la generalidad de los argentinos, pero en el ambiente en el que yo me muevo aquí, sí. Eh... es más, mi marido es de pueblo, pueblo total, o sea, nació en un pueblo, nació en su casa, ¿entendés? ¡Es otra historia! [risas]. Yo soy de aquí, de Caballito. Eh, qué sé yo, es otro... es re de pueblo.

¿Y eso?

Y, bien. Yo soy muy relajada, a mí en realidad la ciudad no es algo que me encante. Eh, estaba muy cómoda en el pueblo, o sea... ¡dejarte las trenzas! [ríe]. Eh, no es algo que me, que me... podría incluso irme a vivir a un pueblo en Buenos Aires, digo, en Argentina, no es algo que... la ciudad no me hace falta, digamos. Y bueno, nada, qué sé yo... hay muchas cosas de las cuales dejás de... ya no opinás, ¿viste? Porque también son todos de, qué sé yo, hay cosas que vos ves que no, uno es mucho más progresista, son mentalidades diferentes.

Pero, ¿con qué? ¿En la relación? ¿Con la familia o con...?

Sí, las relaciones de la familia ¡nada que ver! Mi familia es clase media, judía, nada que ver, todos profesionales. Eh, yo fui al Nacional Buenos Aires, buenos colegios... La familia de mi marido son re de pueblo, nadie estudió, son todos carpinteros, las mujeres no trabajan, una trabaja en una fábrica, la otra no trabaja, la otra cuida ancianos, ¿me entendés? O sea, nada que ver... en mi familia todos hablan idiomas, todos... son otros

estatus sociales... que a mí no me importa, en el sentido que yo, me adapté absolutamente. Y mi marido también, no terminó el secundario, bueno, sí lo terminó, pero después. Eh... pero bueno, no es algo que a mí me, me... me pare... Yo, qué sé yo, a mí llega un momento que toda la cuestión... no sé, tan cultural, tan “soy re *cool*”, tan “súper no sé qué”, me hincha las bolas [*risas*]... ¡y ya me voy para el otro lado! Qué sé yo, y ellos son como mucho más de naturaleza, les gusta disfrutar la naturaleza, pasar un día en el campo, hacer comidas familiares... Nosotros también, pero de otra manera, ¿viste? Las conversaciones se dan diferente, ¿viste? Mi familia se pone a hablar una hora de una película que vieron y ahí no... ¿entendés? Es diferente... (Jimena, 35 años, E11/I).

Cabe destacar de este relato dos cuestiones. Por un lado, cómo desde la lejanía se puede jugar con el no reconocimiento de los espacios sociales de origen y esto habilita estrategias quizá impensadas en dicho contexto (como casarse “por papeles”, sin presentar la pareja a la familia), en tanto no operan ciertos constreñimientos o “presiones”, como los denomina la entrevistada, porque están “ausentes”. A raíz de la descripción de la entrevistada, del barrio donde creció, la composición familiar y las trayectorias educativas de sus miembros (todos profesionales, hablan idiomas, buenos colegios), la ideología grupal (progresistas), etc., es posible trazar toda una composición de clase que contrasta con la descripción de aquellos espacios sociales que se articulan en el lugar de destino y que la entrevistada habitaba en la inmigración. Por otro lado, en el ejercicio de contraste, también se ponen de relieve los límites temporales con los que pueden jugar los migrantes respecto al desconocimiento de esos enclavamientos, algo más difícil de sostener si cabe para aquellas personas que se incorporan además a dichos espacios a través de uniones familiares con personas pertenecientes a los mismos. En el discurso de Jimena emerge todo un juego de dicotomías a partir del cual se articulan los espacios sociales de destino (en la inmigración) y de origen (previo a la emigración y en el retorno): lo tradicional frente a lo moderno, lo rural y lo urbano, lo manual y lo no manual. En definitiva, un orden de lo natural, lo universal y lo espontáneo, frente a otro orden de lo cultural, lo particular y lo normativo (Lévi-Strauss, 1969). El retorno a Argentina supone para Jimena reposicionarse nuevamente en el segundo, el de su propio origen, el de su familia.

Las motivaciones para el retorno alegadas por la entrevistada tienen que ver con distintas cuestiones. Por un lado, la inestabilidad laboral de su pareja en el oficio (estuvo dos años desempleado) y la suya propia en el sector servicios. Por otro lado, esta situación afectó a la relación de pareja y para ese entonces ya tenían un hijo. Jimena no quería que el pequeño “esté creciendo estos primeros años ¡con tanto problemón encima!”. Así fue que en el año 2011 viajaron a Argentina a “tantear” las oportunidades laborales. El capital social de la familia de Jimena fue fundamental para que su pareja consiguiera una oferta de trabajo. El resultado de todo ello fue tomar la decisión de volver a residir en Argentina (emigrar, para su pareja y su hijo); dejaron su piso en alquiler y con la renta continuaban pagando la hipoteca: “El tema... si no tenés otra opción y... uno se queda... y la luchás, la tenés que remar... Pero, teniendo otra opción, en donde mañana empezás a trabajar, teníamos un lugar donde quedarnos... y, ¡en seguida te subís al barco! [*ríe*] ¿Viste?”. Cuando entrevisté a Jimena en 2012 había llegado hacía seis meses y residían en la casa de sus padres. Su pareja estaba trabajando

con un “muy, muy amigo de la familia”, aunque sin contrato porque “era una especie de favor”, “una ayuda”, que durante el año les permitió pagar “el cole” y “la obra social”. Ella había buscado trabajo, “un poco de lo que estaba haciendo allá, atención al cliente, secretaria, asistente”, pero estos puestos no cubrían sus expectativas salariales. Estimó que no tenía sentido trabajar jornada completa por esa retribución en detrimento del cuidado de su hijo. Asimismo, como la situación “se había dado vuelta”, ahora su pareja trabajaba (“está generando”) y ella no, aprovechó la ocasión para montar un “proyecto propio”, con una amiga que había vuelto recientemente de Estados Unidos y se encontraba en una situación similar.

Cuando nos volvimos a ver al año siguiente, Jimena me contó que todavía estaban “en proceso de arranque”, en todos los sentidos: su pareja ya no trabajaba con el amigo de la familia y comenzó una trayectoria como autónomo brindando servicios en el sector de la construcción, el proyecto de Jimena había dado los primeros pasos y comenzaba a comercializar sus productos aunque todavía no estaba “colaborando con ingresos, digamos”. En cuanto a la situación residencial, su padre había heredado una propiedad recientemente que Jimena y su pareja reformarían para venderla y que les permitiría comprar una propiedad más grande y cómoda a la que se mudarían ellos: “mi viejo se ofreció a eso, digamos, como a darnos una herencia por adelantado”. Esta era la forma de salir de la casa familiar, en tanto no podían afrontar el pago de un alquiler, teniendo que asumir también otro tipo de gastos. En definitiva, son los capitales acumulados de la familia de origen de la entrevistada los que le permiten mantener a su familia de destino “dentro” de la fracción, al poder sostener “en su sitio” ciertas fronteras de clase, algo que sería imposible si no contaran con ese capital extra. En el siguiente extracto, correspondiente a la segunda entrevista, es posible dilucidar los esfuerzos de la entrevistada por trazar los lindes de su pertenencia, siempre recurriendo a esa acumulación originaria:

Ya elegimos cole para Tomeu [...]. Y bueno, busqué durante un tiempo colegio público. Estaba con el chip español, del colegio público. Que me lo tuve que quitar, en un punto. Porque la verdad que no, no está bueno. O sea, a lo mejor si yo viviera en una zona en donde hay un colegio público bueno, pero son contados con los dedos... Y por esta zona, realmente, y te juro que... los fui a ver, iba a ver uno por semana y la verdad que no me gustaron.

¿Qué no te gustaba?

Y, un poco de todo. Eh... qué se yo, el nivel sociocultural de la gente [...]. Y la verdad es que no, no me gustaron. Entonces cuando me quité un poco el chip ese, dije bueno, voy a mirar colegios privados. Entonces encontré uno que me gustó, una cuota que puedo pagar, es doble escolaridad, bilingüe, tiene natación, no sé, como que tiene... me parece que es un colegio completo. También surgió que varios nenes del cole se van a pasar a ese cole. [...] No es un colegio conocido, es un colegio, digamos, de Caballito. Pero a mí me gustó, me trataron bien... ¿Viste cuando te llevan a recorrer, que ves otros chicos? Qué se yo, el ambiente, me gustó. Me sentí cómoda, ¿viste? Es una cagada decirlo pero, a veces, veías mamás de colegios públicos y no, yo no soy... pero no, no me gusta, sabía que no me iba a sentir cómoda en la reunión de padres, que Tomeu siempre iba a tener más que esos chicos y no es que yo tenga mucho, pero... sabía que también en un punto le iba a resultar incómodo, ¿viste? La casa de los abuelos está buenísima, tiene pileta, él va a un

club donde tenemos un velero, entonces, como que no da que... se iba a sentir él también incómodo en un punto, a lo mejor no al principio, porque de chiquititos no se dan cuenta, pero después iba a empezar a incomodar, a él y a mí.

Pero, ¿por qué? ¿Qué tipo de gente es...? Porque si estos colegios están por el barrio...

Pero acá la gente manda a colegio privado a los chicos.

Ah ¿sí? ¿Y quiénes van entonces al colegio público?

Y, muchos hijos de migrantes, bolivianos, peruanos, eh... qué sé yo. Por eso te digo, es feo, porque suena feo decirlo [*ríe*], pero no me gustó el ambiente, qué sé yo, no es gente del barrio. Porque mi vecino los manda al colegio santa pirulita, ¿entendés? Eso es lo que más me... si fuera gente del barrio, obvio, porque yo crecí acá, y mis vecinos, son como nosotros, en un punto. Pero desgraciadamente, la educación pública, se está poniendo chota de esa manera, porque la clase media deja de ir al cole público, eso es lo que tiene. Entonces el nivel de la gente es como que desciende. Desciende el nivel educativo, desciende todo y bueno, al final te toca pagar el cole, lo tenés que hacer. Lo mismo te pasa con la salud. Nosotros tenemos el hospital italiano. También, pagamos. Bueno, pero no tenés que ir a un hospital público tampoco.

¿Lo intentaron? ¿Fueron?

No, no. Mi madre es médica, trabaja en un hospital público. Y bueno, y ella me dice: “mirá, no es que te van a atender mal, pero no te va a gustar, no vas a querer ir”. ¿Entendés? Te van a dar turno para dentro de cuatro meses. Que, bueno, yo digo, pero en España es igual. “Sí, pero no te va a gustar ir, no vas a querer ir. Los hospitales están horribles, te va a tocar una habitación de veinte”. Mi mamá conoce la realidad del hospital público, eso es lo que me dice ella... Bueno, nada, no es de clasista, pero la realidad es que, que la clase media aquí se esfuerza y paga lo privado, ¿viste? Te cortás de otras cosas y bueno.

Las estrategias mencionadas por la entrevistada, relativas a los servicios educativos y de salud, fueron específicamente analizadas por Visacovsky (2006) en relación con las experiencias de descenso social y la percepción de las fronteras sociales de la clase media en la Argentina en el escenario de la post crisis de 2001. De acuerdo con Visacovsky (2006), los procesos de identificación de las posiciones sociales requieren el trazado de fronteras de los actores, que en esos procesos de descenso pueden percibir que mientras algunas se pierden, o se han perdido, otras se robustecen. El objetivo es intentar establecer mediante diversas estrategias los límites que separan a los actores de un “otros”, no solamente en función de las diferencias en sus condiciones materiales de vida, elementos “objetivos” que producen formas diversas de segregación, sino también en relación con “presupuestos cognitivos y simbólicos” significativos para el proceso de categorización. Estos ejercicios de “reparación o fortalecimiento” de las fronteras sociales deben ser avalados por el grupo social de cara a ser exitosos:

“[L]a práctica de construcción de fronteras sociales es guiada por el anhelo de comunicar una posición que, no obstante, deberá continuamente ser aprobada públicamente, aprobación que dependerá de los públicos específicos en los que la misma sea exhibida” (Visacovsky, 2006: 139).

Este apunte resulta de sumo interés para nuestro análisis de los reposicionamientos en el espacio social de origen que atraviesan las experiencias de retorno, en tanto ha sido posible observar en las trayectorias de varios entrevistados cómo las prácticas de construcción de fronteras sociales son inevitablemente situadas. Lo que en un lugar, en este caso el de destino, puede ser tolerado o percibirse como permitido –como proveerse de determinados servicios (educación y salud) a través de los mecanismos del Estado–, se convierte en prácticas inapropiadas en el espacio social de origen, donde los límites de las identificaciones y del mantenimiento en ciertas fracciones de clase están atravesados por el acceso a esos mismos servicios a través del mercado. Esto tiene que ver con el juego que despliegan los agentes de desconocimiento o no reconocimiento del sistema de enclasmientos en el lugar de destino que planteaba Jiménez Zunino, estrategia que tiene unos límites temporales, y que los procesos de retorno evidencian también como espaciales. Al cambiar de espacio hay que cambiar de “chip”, como dijo la entrevistada, porque ahora sus enclasmientos están sujetos al “público específico” de su fracción de clase de origen, sistemas de diferenciación que no puede ni pretende desconocer, o no reconocer.

Retomando a Visacovsky (2006: 146), podemos leer el relato de Jimena como una expresión de esa “moralidad hegemónica” a través de la cual no solamente se contrapone lo apropiado y lo inapropiado (los espacios cómodos de los incómodos que se expresan en los pares privado/público, ascendente/descendente, completo/incompleto), sino que también se torna “necesaria u obligatoria la producción de diferenciaciones sociales” (“te toca pagar, lo tenés que hacer”), porque a través de estas diferencias se hace público no sólo “lo que se es (o intenta ser)” (del barrio, como el vecino, en definitiva, de clase media), sino también “lo que no se es” (de fuera, una “mami” como la de los colegios públicos, inmigrante). La salud y la educación son servicios que Visacovsky (2006) identificó como dos fuentes especiales de preocupación y esfuerzo de los argentinos afectados por procesos de descenso social que mediante los mecanismos de mercado evitaban “caer” en lugares que “no les correspondían”; en los hospitales públicos como “lugares para pobres”, en determinados colegios públicos como espacios de “mal ambiente”. Estas construcciones discursivas las hemos visto replicadas en los relatos de los entrevistados de clases medias analizados en esta tesis, atravesados de forma diversa por sus itinerarios y pertenencias a las distintas fracciones, si bien es en los procesos de desclasamiento por abajo donde se expresan con mayor claridad las tensiones y resistencias. En estos casos resulta útil recurrir al concepto de “contramovilidad” de Goldthorpe (véase Cachón, 1989: 528), mediante el cual hace referencia a procesos de movilidad intergeneracional que contribuyen a que el individuo recupere una posición de origen que se perdió temporalmente, volviendo “al redil”, es decir, acercándose nuevamente a las posiciones de origen de los padres. En estos itinerarios, cuya pendiente apunta a procesos de desclasamiento por abajo, la movilidad geográfica que implica el retorno puede funcionar como estrategia de “contramovilidad”, aunque el acercamiento a la posición de origen de los padres más que como una “vuelta al redil”, funciona como estrategia de “atrincheramiento”, mediante la cual “guardarse, protegerse, mantenerse en una posición o en una actitud con tenacidad exagerada” (Real Academia Española, 2001: 245).

Así como Jiménez Zunino planteaba que la posibilidad por parte de los agentes de trazar un recorrido que comparara *selectivamente* sus posiciones previas a la emigración en el país de origen con las posiciones en el país de destino se apoyaba “en el desconocimiento o no-reconocimiento de los mecanismos de diferenciación social vigentes” (Jiménez Zunino, 2011a: 352), un mecanismo similar vuelve a operar a la hora de trazar recorridos entre las distintas posiciones a lo largo de las trayectorias migratorias que ahora incluyen también las del retorno en el lugar de origen. La selectividad en estos mecanismos se puede activar de diversas formas en función de lo que resulte más conveniente. Aunque las trayectorias en la inmigración impliquen procesos de desclasamiento que se omiten, apoyándose en las estrategias que analiza Jiménez Zunino, hemos visto cómo en ciertas trayectorias desde esas posiciones en la inmigración ha sido posible acumular distintos tipos de capitales que terminan mostrando su efectividad al combinarse de distintas maneras en los procesos de retorno. En estos casos se hacen *selectivamente públicos* o se visibilizan todos aquellos aspectos materiales y simbólicos de la experiencia de la inmigración que resulten eficientes para concretar los procesos de *mantenimiento* en las fracciones, *reconversiones* y *desclasamientos por arriba* (acumulaciones de capital económico o escolar/cultural) al volver al lugar de origen. Sin embargo, también hemos visto cómo en otro tipo de trayectorias, especialmente las que implican procesos de desclasamiento por abajo en tanto no ha sido posible reproducir o ampliar los capitales de origen, lo que resulta más efectivo es *omitir selectivamente* o invisibilizar los posicionamientos ocupados en el lugar de destino (jugando a desconocerlos o no reconocerlos) y trazar un recorrido orientado a recuperar las posiciones de origen ocupadas en el pasado –previas a la emigración– en el tiempo presente –en la fase de retorno– mediante prácticas de reconstrucción de las fronteras sociales que, no ajenas a tensiones y resistencias, permiten “acoplarse” y “atrincherarse” en las fracciones de clase media “apropiadas” en el espacio social de origen.

Concidimos con Visacovsky (2006: 142) en que “es la tarea silenciosa y cotidiana de diferenciación la que merece atención”. Al rastrear este tipo de prácticas en las experiencias de retorno podemos desarrollar análisis mucho más matizados a la hora de evaluar los resultados que arrojan las trayectorias migratorias. Las categorías que a menudo se atribuyen a estos “resultados”, como “éxitos” y “fracasos”, son rápidamente desbordadas (o lo que es lo mismo, sus limitaciones quedan en evidencia) cuando se incorporan al análisis los sentidos particulares y situados de las experiencias de retorno en relación con los sistemas de enclasamiento que las atraviesan, en los distintos espacios sociales y tiempos históricos en los que se enmarcan las trayectorias migratorias.

8. TRÁNSITOS (III)

Tiempos (crisis y memorias)

El objetivo de este capítulo es analizar la dimensión temporal en los procesos de retorno aproximándonos explícitamente a su carácter socio-histórico. El foco ya no estará puesto sólo en la experiencia del retorno y su relación con los tiempos biográficos o el curso de vida (cuestión analizada en el capítulo cinco), sino que prestaremos especial atención a estos procesos en relación con los tiempos históricos. Se trata, como explica Jelin (2002: 12), de una concepción del tiempo que analice las relaciones entre procesos históricos y subjetividad¹¹⁷. Esta noción se aleja de la definición del tiempo propia de la historia, concebido como una cronología de acontecimientos y fechas, cuyo sentido es a la vez lineal y externo a la experiencia de los grupos. Se trata, pues, de un tiempo que es histórico en tanto es una “historia vivida” y forma parte de un “tiempo colectivo” cuyos sentidos múltiples atraviesan las memorias de grupos localizados en escenarios concretos. Seguimos en esta idea los planteamientos de Halbwachs, al sostener que “los marcos colectivos de la memoria no se reducen a fechas, nombres y fórmulas, representan corrientes de pensamiento y experiencia en las que sólo encontramos nuestro pasado porque ha sido atravesado por ellas” (Halbwachs, 2004: 66). Y agregamos con Jelin (2002: 13), que dichos marcos interpretativos están sujetos a procesos de resignificación a la luz de nuevos procesos históricos, coyunturas y escenarios sociales y políticos que modifican tanto la comprensión de las experiencias

¹¹⁷ La autora retoma la definición de tiempo-histórico de Koselleck, quien la vincula “a unidades políticas y sociales de acción, a hombres [sic] concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones”. (Koselleck, 1993; cit. en Jelin, 2002: 12).

del pasado, como la construcción de las expectativas a futuro. El tiempo histórico al que aquí hacemos referencia, está atravesado por una “[m]ultiplicidad de tiempos, multiplicidad de sentidos, y la constante transformación y cambio en actores y procesos históricos, éstas son algunas de las dimensiones de la complejidad” (Jelin, 2002: 13).

Si bien en varias ocasiones hemos destacado la relevancia de las conexiones entre los contextos socio-históricos y los procesos de retorno, esta cuestión merece ser analizada con mayor detenimiento, principalmente, por una razón: cuando se recurre a explicaciones de las migraciones de retorno basadas en los contextos socio-históricos –y especialmente cuando estos procesos están atravesados por *tiempos de crisis* en los lugares de destino– a menudo se obvian los sentidos heterogéneos que estos escenarios adquieren en trayectorias migratorias que se desarrollan en un espacio transnacional que articula experiencias colectivas y marcos interpretativos conformados no sólo por la coyuntura específica del lugar de destino, sino también por aquello que ha acontecido y acontece en los lugares de partida, por los sedimentos de vivencias pasadas, por las resignificaciones del presente y por la construcción de expectativas futuras en relación a ambos espacios.

En otras palabras, las conexiones entre crisis económicas y migraciones de retorno han sido habituales y la “ideología del retorno” –que ha atravesado tanto las pretensiones de control de los flujos migratorios por parte de los Estados, como las vidas de los propios migrantes (en los capítulos uno y dos ya hemos desarrollado estas cuestiones)– ha permeado los sentidos comunes y alimentado argumentaciones que, sin ser insostenibles, pueden terminar reduciendo nuestra comprensión de los procesos de retorno al producto de una “decisión” o “consecuencia” meramente determinada por ciertas condiciones materiales de existencia. Las migraciones de retorno serían la respuesta a circunstancias económicas tras elaborar los migrantes un cálculo racional cuyo resultado guía su plan de acción. Con ello no se pretende negar que este tipo de cálculos formen parte de los procesos de toma de decisiones, ni tampoco sostener que un empeoramiento de las condiciones de vida nada tenga que ver con las migraciones de retorno. Tal aseveración sería contradictoria con lo desarrollado en los capítulos anteriores; por supuesto que las personas hacen cálculos y claro que las crisis económicas atraviesan sus condiciones de vida, pero los sentidos de estos cálculos y de estas crisis no son unívocos, ni sólo “económicos”, ni están guiados por una racionalidad única, abstracta y descontextualizada.

A lo largo de los capítulos de la segunda parte de la tesis hemos analizado la relevancia que en los procesos de retorno adquiere el carácter diverso de los proyectos migratorios en el momento de emigrar (capítulo cuatro) y su posterior desarrollo en la fase de la inmigración (capítulo cinco); también hemos indagado cómo estos proyectos y experiencias se entretajan en tramas que cruzan trayectorias familiares, educativas, laborales y una serie de (re)posicionamientos relacionados con cuestiones de edad, clase,

género, etc. (capítulos seis y siete)¹¹⁸. Durante este recorrido los contextos socio-históricos –tras ser ampliamente descritos en el capítulo dos– han funcionado como el telón de fondo de los distintos escenarios analizados en cada uno de los capítulos. El objetivo de las siguientes páginas será, pues, trasladar ese telón de fondo al frente de la escena y prestar atención a los sentidos que los tiempos históricos y las memorias colectivas adquieren en las experiencias migratorias objeto de esta investigación. Pensar que el reciente flujo migratorio entre Argentina y España nada tiene que ver con ciertas coyunturas propias de este inicio de siglo –concretamente con las crisis económicas, sociales y políticas que se produjeron en ambos países en las últimas dos décadas– rozaría el absurdo. No obstante, aquí se propone una argumentación que procura evitar reducir los términos explicativos de estas movilidades “sólo” al devenir de ciertos ciclos económicos. Si tenemos en cuenta que la crisis del 2001 en Argentina enmarca el último flujo migratorio de salida y que la Gran Recesión en España encuadra el reciente incremento de los flujos de retorno, sucumbir a este tipo de explicación causal sería especialmente fácil en el caso argentino-español –en tanto las conexiones parecen evidentes. Dichos contextos podrían, además, considerarse invertidos; así como en el momento de la partida Argentina atravesaba una de sus crisis más relevantes y España disfrutaba las bondades de un ciclo de crecimiento económico, en el momento de volver Argentina había transitado algunos años la senda de la recuperación económica, mientras que el panorama en España iba claramente en declive.

Si bien este tipo de interpretación no sería del todo errónea, lo que este capítulo pretende aportar mediante el análisis de los discursos son, otra vez, los matices, las tensiones, las ambivalencias, señalando aquellos aspectos más sutiles o menos evidentes que se manifiestan en la forma específica en que estas experiencias, estas historias vividas y sus memorias atraviesan los procesos de retorno y sus tránsitos. Por ello, para realizar este tipo de aproximación tenemos que rodear los argumentos economicistas y poner el foco en otro tipo de explicaciones que, centradas en la dimensión socio-cultural del fenómeno, nos digan algo más sobre los sentidos sociales que las crisis tienen a la hora de articular las movilidades –tanto de la ida como de la vuelta. En definitiva, siguiendo a Visacovsky (2011), lo que se pretende es prestar atención a “*las formas específicas de experimentación e interpretación de los estados críticos por parte de los sujetos sociales*, que son tanto respuestas frente a condicionantes externos, como a la vez, vehículos de constitución de los estados críticos como eventos” (Visacovsky, 2011: 19, énfasis en el original).

De acuerdo con Koselleck (2012: 19), desde una perspectiva socio-histórica, el análisis de cualquier acontecimiento –en este caso, las crisis como tales– debe abordarse desde

¹¹⁸ Todo ello supone a su vez un trabajo emocional orientado a gestionar estas experiencias y la articulación de las estrategias y procesos de retorno; aspecto no menor al que también hemos querido prestar atención, porque las emociones tienen un papel fundamental y también forman parte de ciertos cálculos que intervienen en la toma de decisiones. Cálculos que podrían resumirse en la pregunta acerca de cuánta distancia/cercanía, cuánta ausencia/presencia se está dispuesto/a a tolerar, a sobrellevar o a resistir en la experiencia migratoria y en las relaciones con determinados espacios y vínculos afectivos.

una doble dimensión, sincrónica y diacrónica: mientras desde una aproximación sincrónica el análisis hará referencia al “presente del acontecimiento”, desde una aproximación diacrónica el énfasis estará puesto en “la profundidad temporal”, que también forma parte de todo suceso actual. Las siguientes páginas estarán entonces destinadas a rastrear los “discursos de la crisis” y sus sentidos asociados desde estas dos dimensiones, prestando atención a su multirreferencialidad espacio-temporal o, en otras palabras, a cómo los relatos sobre las trayectorias migratorias y los procesos de retorno están específicamente atravesados por las experiencias de las crisis pasadas y presentes, de aquí y de allí y qué sentidos prácticos se articulan a partir de estas experiencias históricas y la elaboración de memorias compartidas en los procesos de resignificación de los pasados, presentes y futuros, tanto en Argentina como en España.

8.1. *¿Crisis? ¿Qué crisis?*

Para iniciar este recorrido conviene partir de algún tipo de definición conceptual que nos permita comprender a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de *crisis* y, más concretamente, de los *tiempos de crisis* cuando estos atraviesan las experiencias migratorias y comprometen distintos espacios nacionales.

Para Koselleck (2012: 131), el concepto de “crisis” que manejamos en la actualidad no difiere de aquel que pudo rastrear en un diccionario político de 1839. La palabra “crisis” hacía (y hace) referencia a la inseguridad y el sufrimiento, a la incertidumbre de un futuro, y su aplicación se ha extendido a prácticamente todos los ámbitos de la vida. Sin embargo, en su dimensión histórico-conceptual, el término deriva del griego *krino*, que guarda relación con la acción de elegir, de separar, en definitiva, con la toma de una decisión que implica alternativas extremas. Este concepto abarcaba ámbitos internos y externos de la vida, decisivos para los individuos y para su comunidad (Koselleck, 2012: 132). El término “crisis” incluía además una “teoría del tiempo”, tanto del “momento adecuado” para llevar a cabo una acción eficaz, como de la “falta de tiempo”, entendida como incertidumbre y a la vez necesidad de una predicción (Koselleck, 2012: 133). La crisis implica entonces tomar una decisión, elegir, realizar una apuesta y, consecuentemente, asumir algún tipo de riesgo.

Si partimos de esta primera definición, el concepto de *crisis* bien puede aplicarse a las experiencias de la movilidad analizadas en esta investigación. La migración afecta a ámbitos decisivos tanto de los individuos que participan de estos procesos como de las comunidades de las que forman parte. Quedarse o partir, de allí o de aquí, son las alternativas básicas entre las que elegir en cualquiera de sus fases: la emigración, la inmigración y el retorno. Cualquiera de estas alternativas supone una apuesta, asumir riesgos, afrontar la incertidumbre del futuro, aferrarse a las expectativas con la ilusión de perseguir una predicción cuyo resultado sólo se develará conforme se transite la experiencia de la movilidad. Sin embargo, existen otros sentidos del término crisis que

también resultan relevantes para nuestro análisis. Entre los distintos modelos semánticos que distingue Koselleck para este concepto¹¹⁹, aquí nos interesa centrarnos en aquel que hace referencia a su temporalidad periódica, a su carácter iterativo. Las crisis marcarían un umbral de época y un proceso de transformación caracterizado por la aceleración, los conflictos y resquebrajamientos (Koselleck, 2012: 135). Es en este modelo semántico donde se ubica, según este autor, la definición de “crisis económica” a la que subyace asimismo una metáfora del equilibrio. Las recesiones y retrocesos que emergen serían el producto de una alteración del equilibrio entre oferta/demanda, entre producción/consumo (Koselleck, 2012: 138).

Sostenemos que las migraciones objeto de análisis en esta investigación están atravesadas por *tiempos de crisis* cuyos sentidos colectivos se articulan de acuerdo a lo anteriormente descrito, tanto “en el sentido griego de estar obligado a juzgar y a actuar bajo el principio de falta de tiempo” (Koselleck, 2012: 139-140), como también en su sentido iterativo y relativo a las crisis económicas. Quizá sea por esta combinación de sentidos que Sayad se refería a las crisis económicas, en el caso de los migrantes, como una *crisis total*, cuyas repercusiones se manifestaban en todos los ámbitos de la vida. Las situaciones de crisis del mercado de trabajo ponen en evidencia las condiciones objetivas y los principios que definen la (e/in)migración. Condiciones y principios que durante los períodos de fuerte crecimiento económico pueden obviarse, en tanto es necesario recurrir masivamente a la fuerza de trabajo, pero se mantienen latentes y emergen oportunamente en este tipo de coyuntura. Cuando en situaciones de crisis económica la población se enfrenta al hecho material de la pérdida del empleo o se instala la disputa simbólica por las posiciones en el mercado de trabajo, la legitimidad (precaria) de la presencia inmigrante queda puesta en cuestión, de allí la amplitud de su repercusión:

“La crisis del empleo es evidentemente para el inmigrante una crisis de sus condiciones materiales de vida, aunque es también, y de modo más fundamental, una crisis interna, una crisis de toda su personalidad, una crisis de todas sus condiciones sociales, morales y culturales de vida, una crisis de legitimidad” (Sayad, 1989, cit. en Gil Araujo, 2010: 256).

Asimismo, planteaba Sayad (2010: 245) que los migrantes, además de las características dadas por las condiciones de la inmigración y el trabajo, importaban consigo otras características: un “capital de origen” heredado de la historia social y tradición cultural a partir del cual otorgaban al trabajo una significación diferente a la que se le otorga en la sociedad de destino. Si bien no se trata de reificar en el análisis este sistema de disposiciones “originales”, en tanto experimentan transformaciones en la propia migración, tampoco es conveniente obviar completamente esa herencia, ya que no está despegada de las condiciones sociales de producción de la emigración e informa las percepciones y posiciones de los inmigrantes en el marco de la sociedad de destino. Esta

¹¹⁹ Los otros modelos hacen referencia, por un lado, al sentido histórico; es decir, a partir de este modelo semántico la historia se interpreta como una crisis permanente. El otro modelo destaca el sentido de futuro, de la crisis como resolución final, hace referencia a “la última crisis por antonomasia” de una historia acontecida. (Koselleck, 2012: 135).

idea la retomaremos aquí para repensar qué percepciones y posiciones informa esa herencia social en relación con los significados de “la crisis” en las trayectorias y los procesos de retorno para el caso argentino, porque de acuerdo con Pérez Orozco (2014: 60): “[e]l problema que vemos y nombramos depende del lugar de enunciación, es decir, de nuestra localización en un entramado de complejas relaciones de poder y en una cierta sensibilidad ético-política”. Para ello resulta útil la reflexión de Grimson (2004) acerca de las relaciones que se producen entre las crisis y los procesos de identificación nacional. Este autor propone una concepción *experiencialista* que se pregunte por “los sedimentos culturales y políticos de la historia vivida” (Grimson, 2011: 163) y que vaya más allá de los límites de las perspectivas esencialistas o constructivistas, ya sea porque en el primer caso limitan la comprensión de la nación a una serie de rasgos culturales “objetivos”, o porque en el segundo refieren a ella solo en tanto que comunidad imaginada o resultado simbólico de un proceso histórico complejo. A este respecto, Grimson (2004) sostiene que:

“Ni el esencialismo ni el constructivismo consideran relevante la *experiencia* compartida. Pretendo argumentar aquí que ese conjunto de personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes que se consideran miembros de una nación comparten experiencias históricas marcantes que son constitutivas de modos de imaginación, cognición y acción” (Grimson, 2004: 180).

Se trata de una serie de hitos compartidos y para el caso que nos atañe, el autor enumera algunos de ellos:

“Los argentinos comparten la experiencia histórica de la lucha peronismo/antiperonismo, la experiencia de la imposibilidad de la convivencia política durante décadas, la experiencia de un genocidio, la experiencia de la inestabilidad institucional, la experiencia de la hiperinflación, la experiencia de la convertibilidad, la experiencia del “corralito”, entre muchas otras” (Grimson, 2004: 181).

Grimson sostiene que son estos episodios o hitos socialmente disgregadores, como el “terrorismo de Estado” y el “terrorismo económico”, los que paradójicamente articulan producciones de sentido comunitario, de pertenencia a la nación. Sin perder de vista que se trata de experiencias “desigualmente compartidas” —enmarcadas en diferencias de clase, género, etnia y generación— es a partir de esta elaboración colectiva de experiencias históricas que se configuran “culturas nacionales del relacionamiento” (Grimson, 2004: 186). Este tipo de configuración trasciende el debate de si las articulaciones identitarias se basan en el carácter esencialista o construido de aquellos rasgos definidos como “cultura nacional” y plantea que lo relevante son los sentidos prácticos de estas lógicas de pertenencia, o en otras palabras, las lógicas prácticas de la nación. Coincidimos con Grimson en que lejos de sostener que nos encontramos en una “era posnacional” resulta más productivo para el análisis pensar acerca de los “nuevos usos de la nación” y, explícitamente, acerca de nuevos usos cosmopolitas y transnacionales que deben ser estudiados (Grimson, 2004: 186). Al indagar la relación entre migraciones y crisis desde esta perspectiva tenemos la oportunidad de comprender cómo estos procesos y experiencias se enmarcan históricamente en espacios

“transnacionales” de identificación. El estudio de caso de esta tesis, por las características ya mencionadas, supone una interesante ocasión para pensar cómo las crisis forman parte de la experiencia transnacional y se convierten en un elemento de conexión entre distintos contextos socio-históricos cuyos sentidos prácticos pueden articular modos de actuar o imaginar/interpretar cada uno de esos escenarios y a partir del cual se tejen las trayectorias migratorias y los procesos de retorno.

8.2 *Memorias de los tiempos de crisis (y los tiempos de bonanza): algo más que motivos para ir, o volver*

Para realizar el rastreo de los elementos, conexiones o sentidos propios de la elaboración colectiva de estas experiencias históricas en los discursos de los/las informantes partimos de la base de que todo relato está atravesado por “trabajos de memoria” en tanto implican a individuos “activos en los procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado [...] que «trabajan» sobre y con las memorias del pasado” (Jelin, 2002: 14). Este trabajo se realiza sobre memorias autobiográficas – porque refieren a experiencias vividas «en carne propia» que se convierten en un hito central de la vida de quien recuerda (Jelin, 2002: 33)–, pero también compromete la elaboración de memorias colectivas, ya que “uno sólo recuerda a condición de situarse en el punto de vista de uno o varios grupos y volver a colocarse en una o varias corrientes de pensamiento colectivo” (Halbwachs, 2004: 36). En otras palabras “cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva” (Halbwachs, 2004: 50). Los relatos sobre el pasado se (re)construyen a partir de recuerdos personales, pero estos recuerdos participan de un proceso dialógico porque “[l]a sucesión de recuerdos, incluso los más personales, se explica siempre por los cambios que se producen en nuestras relaciones con los distintos medios colectivos,” (Halbwachs, 2004: 51). En otras palabras, la sucesión de recuerdos se evoca mediante la articulación de memorias *individuales y sociales, autobiográficas e históricas*. Esto es así porque los recuerdos de un individuo no pueden aislarse completamente de los de otros miembros del grupo (o grupos) de los que forma parte –incluso en ocasiones se recurre a ellos al evocar determinados eventos del pasado. Asimismo, tampoco es posible obturar un recuerdo autobiográfico a toda referencia externa; palabras e ideas que vienen dadas por el entorno, referencias espacio-temporales colectivas a las que quedan asociados ciertos acontecimientos, en definitiva, marcos sociales donde se localiza el recuerdo.

Estamos de acuerdo con Jelin (2002: 12) en que, en el análisis de los relatos de hombres y mujeres concretos, los sentidos de la temporalidad se establecen de manera que el presente contiene y construye tanto las experiencias del pasado como las expectativas a futuro. Así es que los relatos sobre la experiencia de la emigración y la inmigración a partir de los cuales también se traman los procesos y las experiencias del retorno deben ser analizados comprendiendo que contienen estos sentidos múltiples de la temporalidad. Por un lado, los sentidos y las experiencias pasadas de la(s) crisis en Argentina están contenidos tanto en los relatos del “presente” en la inmigración, como en los discursos sobre las expectativas propias de esa fase del proceso migratorio. Por

otro lado, también debemos tener en cuenta que conforme los relatos “avanzan” la experiencia de la inmigración y la reciente crisis en España –en tanto marcos de referencia que hasta hace poco constituían el presente de la experiencia de residir en el lugar de destino– también pasarán a formar parte de un tiempo pasado conforme los relatos transitan la experiencia del retorno y emergen nuevamente los discursos acerca de las expectativas a futuro, ahora en referencia al lugar al que se regresa.

En otras palabras, lo que queremos decir es que los sentidos de estos hitos compartidos, a los que hacía referencia Grimson (2004), si bien están imbricados en un determinado contexto nacional (ya sea aquí o allí), también desbordan las fronteras. Los sentidos de estas experiencias históricas compartidas acompañan a los/las migrantes al configurar los marcos interpretativos que guían determinadas formas de comprender, habitar y actuar en distintos escenarios a lo largo de su trayectoria migratoria, a la vez que resignifican los pasados dejados atrás en ambos espacios. Para esclarecer algo más este asunto desarrollamos el análisis en las siguientes páginas.

Entre el escepticismo y el sentido de oportunidad

Una de las formas que las experiencias pasadas configuran marcos interpretativos en el lugar de destino se pone de manifiesto en los discursos relativos a las primeras impresiones respecto al momento y el lugar de llegada. Al rastrear esta dimensión de los relatos emergen las comparaciones entre las coyunturas de Argentina y España en el cambio de siglo. Son frecuentes las observaciones de aquellos aspectos cotidianos que suponían un contraste en términos de los estilos de vida en cada uno de estos espacios; observaciones que contraponen los *tiempos de crisis* y recesión del momento de la emigración a los *tiempos de bonanza* y prosperidad de los inicios de la inmigración, la escasez a la abundancia, las restricciones de la vida cotidiana a su despliegue manifiesto en prácticas de consumo impensadas en el lugar de origen en el momento previo a la partida, la conflictividad social y política característica del lugar de origen frente a una aparente concordia y calma que aporta estabilidad a las rutinas del día a día en el lugar de destino. Escenarios amargos y dulces que se manifiestan también en el ánimo colectivo; exaltado en un lado, apacible en el otro. Son múltiples los relatos que articulan este tipo de configuración narrativa, así que ilustraremos la cuestión con algunos de ellos:

Me acuerdo que llegué y me impresionó. Veníamos del 2000, todavía no era “crisis, crisis” en Argentina, pero era el final del menemismo, ¿viste? ¡No, perdón! ... ya estaba la Alianza. Sí. Y, ¿viste?, mucho paro [*huelga*]. Fue un año que hubo 13 paros generales, que era una bestialidad. En 10 años de Menem habían hecho tres y en un año de De la Rúa habían hecho 13. Ahí estaba el país casi en llamas, no era lo del 2002, pero casi en llamas. Y todavía no viajaban tantos para allá como para quedarse. Todavía teníamos el 1 a 1 [*convertibilidad peso-dólar*]. La fiestita, medio que seguía. Me acuerdo que igual el consumo estaba, pero había mucha desocupación. El panorama de Argentina de esa época era ese: desocupación, problemas financieros, todo se complicaba un poco. Y, llegar a Madrid, un 8 de diciembre, el puente de “la purísima”, la gente comprando para navidad, yo no lo podía creer. Me acuerdo de llegar y decir, ¡¿qué es esto?! La gente con 20 mil bolsas, ¡cola para comprar lotería! ¡Turrones! Todo, yo no lo podía creer, era una fiesta. Todo

iluminado, ¿viste cómo ponen todo para las navidades allá? Que es hermoso, un cuento de hadas. Me pareció bajar en otro mundo. Porque ya te digo, era el consumo más desmedido que había en la época. Genial, la gente disfrutando navidad, todo, y venías de Argentina con un fin de año medio complicado, entonces el impacto ese fue terrible (Andrés, 33 años, E18).

Más allá de las características específicas de los traslados (los lugares concretos de destino, la época del año, el momento de la partida –antes o después de la crisis del 2001–, etc.) las descripciones de los contextos de partida y de llegada condensan estas diferencias que podrían resumirse en la distinción entre *tiempos de crisis* y *tiempos de bonanza*. Tiempos que no pueden prescindir de espacios y que juntos construyen “mundos” –como bien apunta Andrés en su relato–, o “marcos de referencia” (Goffman, 2006: 11) a partir de los cuales se organiza la experiencia migratoria. Los interrogantes iniciales que se plantean los/las informantes al llegar al lugar de destino pueden resumirse en la pregunta que plantea Goffman (2006: 8) propia de una perspectiva situacional: “«¿Qué es lo que está pasando aquí?»”. Es un interrogante que emerge explícitamente en los momentos de duda y confusión que caracterizan los primeros tiempos de la inmigración. Pero en estas experiencias, también emerge otra pregunta que interpelaba a las/los migrantes: “qué es lo que está pasando *allí*”. A esta cuestión se refiere el relato de la siguiente entrevistada:

Cuando llegué allá, la imagen [*de Argentina*] que circulaba era la de la gente que tiraba de la vaca¹²⁰, ¿te acordás? Esa imagen que, no sé si fue en Santa Fe, o dónde fue. Y el comentario de toda la gente era: “¡ay! ¡Argentina! Un país tan rico, con tanta riqueza, ¿cómo llegan a eso?” Porque claro, eran esas imágenes terribles, era parte de la realidad, pero eran utilizadas desde un lugar amarillista, una cagada, ¿no? Entonces bueno, yo trataba de explicar, a mi forma, qué era lo que a mí me parecía que pasaba... Y claro, esto estaba en llamas. Y ellos estaban en una nube de pedo. No era solamente la burbuja inmobiliaria, era la burbuja en todo sentido. Entonces, ¿qué les vas a decir? O sea, yo veía que el país estaba prendido fuego, pero veía como más... más realidad acá, que allá. Yo decía, esto en algún momento... pero ni deseándolo en lo más mínimo –a ver, vive mi familia y jamás desearía que les pase nada– ¿entendés? Pero, ¿de dónde sale la plata que está generando España? ¿Entendés? Como que yo no veía... a ver, veías mucha construcción y al mismo tiempo veía que no había tanta gente para ocupar esas construcciones. Decía, ¿a quién le van a vender esto? Esos análisis que la gente que vivía ahí no los hacía [...] Y estaba tan incentivado el consumo y tan aparateado, que no podían jellos no lo veían! ¿Entendés? (Viviana, 40 años, E29).

¹²⁰ La entrevistada se refiere a un hecho sucedido en marzo de 2002, cuando en la provincia de Santa Fe volcó un camión jaula y los/las vecinas de algunos barrios del Gran Rosario se acercaron a la ruta para faenar a las vacas accidentadas. En una crónica del suceso la periodista Marta Dillon apuntaba: “[e]n la periferia de Rosario, el hambre, rotundo, sin adornos, es eso que los encuestadores como Artemio López describen cuando dicen que esta zona es la de «mayor concentración de pobreza estructural severa del país». Es de lo que hablan los números cuando dicen que en el mismo lugar 560 mil personas, sobre una población de algo más de un millón, viven bajo la línea de pobreza. La mitad de ellas, bajo la línea de indigencia” (consultado el 21 de junio de 2017 en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-3416-2002-03-31.html>).

Los contrastes entre los *tiempos de crisis* en Argentina y los *tiempos de bonanza* en España empujaban a los informantes a resignificar su propio pasado. Decía Grimson que otro aspecto relevante a la hora de analizar los efectos de las crisis es aquel relativo a los imaginarios que dichos eventos trastocan y en el caso argentino “la experiencia del derrumbe y la protesta popular fue especialmente dramática en las dimensiones de la caída: desde bastante arriba, al menos en la imaginación, hasta las profundidades de la tierra, al menos en la sensación” (Grimson, 2004: 178). No sólo Viviana, sino también otros/as informantes guardan en su memoria las imágenes del día que un camión que trasladaba ganado se accidentó en el Gran Rosario y los/las habitantes de un barrio cercano decidieron faenar las reses en la ruta. La instantánea de aquellos/as vecinos/as trasladando la carne a sus casas para alimentar a sus familias era la postal del drama y la desesperación. Héctor resumió la situación crítica de finales del 2001 y principios de 2002 como el “hundimiento del Titanic”(E37). Otros/as informantes, contaron que al llegar a España preferían no tener que dar explicaciones. Un entrevistado manifestó la incomodidad que le suponía verse interpelado frente a esta coyuntura en la inmigración; una posición en la que se sentía tan expuesto como vulnerable, en tanto los contrastes del nuevo contexto lo enfrentaban a aceptar inevitablemente las dimensiones de la “tragedia”. Así lo explica:

No quería hablar con nadie, porque todo el mundo... yo trataba de no hablar, cuando me escuchaban hablar: ¿sos argentino? Sí. Entonces todos empezaban: ¡qué bárbaro! Argentina, un país tan rico... Uy, no, empezaban otra vez, ¿viste? Y había una especie de suficiencia en esa frase que me rompía mucho las pelotas. No lo sé. Yo sentía como una especie de: “ay, qué feo ser pobres, ¿viste? Nosotros por suerte no somos así. Somos europeos” (Agustín, 42 años, E21).

Los efectos de la crisis del 2001 trastocaban el imaginario de Argentina no sólo en relación con aquello que hasta hace relativamente poco sostenían los propios emigrantes –la idea de una nación compuesta por una amplia población perteneciente a las clases medias, la de un enclave semejante a “Europa” en latinoamérica– sino también aquellos sostenidos en el lugar de destino, donde durante muchos años Argentina había sido sinónimo de prosperidad; una tierra de oportunidades, destino preferido para miles de españoles, una Argentina “granero del mundo” que había incluso ayudado a España en momentos de dificultad. La debacle de aquellos años provocó el desvanecimiento de tales proyecciones. En el transcurso, los/las inmigrantes argentinos/as en España intentaban comprender y digerir la dureza de los acontecimientos, a la vez que se veían en la posición de explicar a los autóctonos cómo tales eventos habían podido suceder. Tras salir del asombro e intentar comprender la situación, tanto de Argentina como de España, las/los informantes recurren a experiencias pasadas y esquemas interpretativos originados en el lugar de partida para explicarse el nuevo contexto y actuar en él; un contexto que aparentemente ofrece oportunidades casi inmediatas y que en contraste con lo experimentado en los años previos a la emigración provoca desconcierto en los/las recién llegados/as. Así lo explica Cecilia:

¡Y me acuerdo de hablarlo siempre! Con una amiga... yo le decía: decime cómo es esto porque yo no lo puedo creer. No puedo creer estar trabajando un par de meses y ya ahorrar plata, que me llame un banco a ofrecerme créditos de 15 mil euros, ¡a mí! ¡Cecilia! ¡22 años! ¡Que no corto ni pincho en ningún lado! [ríe]. Me llamaban a mi celular, a mi móvil, ¡bancos! Claro, que para mí era como... en Argentina, ¡en la vida había podido acceder a un crédito de 200 pesos! Y yo me acuerdo, la primera vez que me llamaron de un banco de decirle: no, pero vos te estás equivocando, yo hace seis meses que llegué a vivir a España... Fue muy loco todo eso (Cecilia, 29 años, E35/I).

A partir de ciertas experiencias –recientes y no tan recientes– vividas en Argentina, las/los informantes articulan marcos de referencia que conducen “haceres guiados” (Goffman, 2006: 24) y que trascenderán los escenarios locales donde fueron originados. Conviene indagar algo más en el caso de esta entrevistada en tanto ilustra bien esta cuestión. Su trayectoria y la de su familia estuvo fuertemente marcada por la inestabilidad a lo largo de décadas. El declive económico familiar se inicia a finales de los 80 y empeora definitivamente con la situación de desempleo de su padre a partir de 1992. Después de trabajar más de dos décadas como operario en una fábrica y tras algunos años de alta conflictividad laboral en el cordón industrial rosarino, lo despidieron sin pagarle indemnización. La coyuntura se agravó tras el embargo de la casa familiar al no poder afrontar el pago del crédito hipotecario. Las tensiones desencadenaron la separación de sus padres y la “dispersión” geográfica y afectiva del núcleo familiar. Ella y sus hermanos se separan y cada uno intenta resolver su situación. Cecilia comenzó a trabajar a los 15 años y afrontó el desempleo propio a partir del año 2001 hasta que decidió trasladarse a Palma de Mallorca con su pareja, en el año 2005, donde ya vivían tres de sus hermanos. Su experiencia, marcada por eventos críticos durante su adolescencia y juventud, condicionó sus formas de vivir y entender lo que ocurría en España.

Gracias a dios nunca accedí a un crédito, ni a una hipoteca, creo que porque... yo tenía ahí en mi infancia... había vivido tanta amargura con el tema de las hipotecas y tan mal con el tema de los créditos en los 10 años de Menem, que tenía un rechazo a pedir cualquier tipo de crédito y cuota que... ¡Yo no quería tener ni tarjeta de débito! ¡Que en el trabajo me obligaban! Que, bueno, me acuerdo que la guardaba en el cajón ¡para no ir gastando plata innecesariamente por la calle! Ni en cuotas ni a crédito, le tenía terror a todo eso.

¿Por qué?

Y, a nosotros... durante los 10 años que estuvo Menem, a mi papá lo echan de una fábrica, que había trabajado 25 años, no lo indemnizan [...] En el momento que lo echan él había sacado un crédito hipotecario grandísimo para construir la casa y ahí empezó la vorágine y una espiral de crédito para pagar crédito, para pagar crédito, para... Y yo me acuerdo, yo era muy chiquita, pero me acuerdo de cartas y locuras y ambientes en mi casa que, bueno, llega a la separación de mis viejos, a la pérdida de la casa, a nosotros, cinco hermanos, cada uno por cualquier lado, fue terrible (Cecilia, 29 años, E35/I).

Estos recuerdos de infancia y juventud son aquellos que según Halbwachs forman parte de un pasado vivido en el cual se basará la memoria. No es tanto el pasado aprendido de la historia, sino los tiempos históricos y colectivos atravesando las experiencias de los grupos los que articulan los marcos sociales de la memoria colectiva y permiten fijar ciertos recuerdos y evocar pasados. Con el paso del tiempo se aprende a situar la infancia en la historia de una época que la marca y que se distingue de otras (Halbwachs, 2004: 60), pero los sentidos de este carácter situado adquieren relevancia en el tiempo presente. Como explica Jelin, hay acontecimientos aparentemente “nuevos” para los actores que “activan” recuerdos del pasado significativos para determinadas coyunturas actuales porque se insertan en “estructuras de sentido preexistentes”, en marcos culturales que sirven como herramientas para interpretar dichas circunstancias (Jelin, 2002: 24).

Un elemento del marco cultural que se manifiesta en el discurso de las personas entrevistadas es aquella forma particular de concebir la historia que se construye a lo largo del siglo XX en el contexto nacional argentino, analizada por Visacovsky (2010): la historia es una sucesión de eventos críticos, donde “los tiempos de prosperidad son siempre algo efímero, transitorio, y los tiempos de malestar algo siempre esperado, siempre próximo, siempre inevitable” (Visacovsky, 2010: 2). El tiempo transcurre en “ciclos de oscilación entre bienestar y zozobra” como una forma de realidad y horizonte palpable en función de los cuales se trazan las expectativas. Esta concepción del tiempo histórico es compartida por “legos y expertos”, y emerge tanto en los diálogos cotidianos como en los análisis e interpretaciones de las coyunturas y episodios frecuentes de debacles económicas o inestabilidad política. El autor no pretende sostener que este tipo de concepción sea igualmente compartida por todos los sectores sociales, aunque sí analiza las evocaciones que de ella hacen las personas o grupos adscriptos a la “clase media”. De allí nuestro interés. Una futura situación de inestabilidad se convierte entonces en la única certeza. Recuperemos el discurso de una entrevistada que expone este aspecto de la siguiente forma:

Esto es muy nuestro, de pensar que la situación es hoy y aquí, y ahora. También sabemos que las cosas cambian, y que un día estás y otro día no tenés nada... Yo pensaba, ¿cómo la gente...? O sea, cuando los veía ¿no? Que se endeudaban... y que ahora están... ¡¿Cómo te fiás de algo tan inestable como un trabajo?!... Por más que llevaras ahí cinco, seis, siete años. No sé, uno lo tiene ahí tan arraigado el tema de: bueno, me endeudo a esto que es lo que puedo pagar, porque va a ser a un año, no a 25 años. Mil euros por mes, que es todo mi sueldo y alquilar las habitaciones para sobrevivir, para poder pedir una hipoteca, no sé... [...] Me parecía una locura que trabajaras un mes sólo para pagar una hipoteca. No es real, no es sostenible. Yo me doy cuenta que hice bien. ¿Cómo puede ser que comprar una casa salga todo el sueldo de una persona? No el 30, o el 40, o el 50 por ciento; el sueldo entero de una persona, 1000 euros. O sea, de una persona, de un trabajador medio, de los trabajos que yo tenía. [...] ¡¿Cómo podés vivir pagando entre 900 y 1000 de hipoteca?! Esto es una bomba que estalla en cualquier momento. ¡Esto no es real! ¡No podés vivir así! (Marina, 35 años, E33/I).

El relato de Marina, que plantea una forma de percibir el contexto de destino compartida en los discursos de los/las informantes, entronca con una cuestión abordada

por Grimson (2004) en su análisis del espacio nacional como espacio de la experiencia que conviene retomar aquí. Planteaba este autor que las experiencias colectivas de las crisis en Argentina y específicamente la de la hiperinflación, tuvo un impacto cultural que trascendió los efectos económicos para convertirse en configurativa de la cultura política actual de los/las argentinos/as. La hiperinflación a finales de los ochenta supuso una transformación de la dimensión temporal de la vida social que trastocó las nociones de presente y planificación a futuro, atravesadas por la experiencia de la devaluación cotidiana y la incertidumbre:

“En otras palabras, uno de los grandes impactos culturales de la hiperinflación es el cortoplacismo. Nadie piensa en inversiones de largo plazo: ni en empresas, ni en comercios, ni en su propia casa, ni en las instituciones en las que trabaja o estudia. El cortoplacismo implica que el horizonte de la vida social y política se achica hasta desaparecer. La convertibilidad no revirtió ni podría revertir en grandes áreas sociales ese cortoplacismo. La situación posterior al 19 y 20 de diciembre hizo revivir el conjunto de los miedos asociados a la hiperinflación” (Grimson, 2004: 189).

Los discursos de las/los informantes dan cuenta cómo la sedimentación y elaboración de aquella experiencia histórica, reforzada por los eventos de la última crisis económica en Argentina, atraviesan los esquemas interpretativos a partir de los cuales se articulan formas de imaginar, comprender y actuar en el lugar de destino. A partir de estos esquemas se alimenta una mirada escéptica que proyecta en el nuevo contexto imágenes propias de otro tiempo y lugar, una mirada que arrastra presencias espectrales, los “fantasmas de la experiencia argentina” (Grimson, 2004: 191), fantasmas que la inmigración no logra hacer desaparecer, al menos no por completo, tal como se desprende de los discursos aquí analizados. Según Grimson (2004), a la experiencia del genocidio y la hiperinflación, en tanto que núcleos duros de la memoria colectiva argentina, habría que agregar una nueva “experiencia aterradora”: “[l]a experiencia devastadora del desempleo, el hambre y la recesión” y su “capacidad de regular los límites de las prácticas, de las expectativas y de los deseos” (Grimson, 2004: 192). Sin duda, en el caso de esta investigación la experiencia histórica de la última crisis del 2001 ha sido especialmente relevante a la hora de configurar los marcos de referencia en el lugar de destino, sin embargo, conviene destacar que sus efectos sobre las prácticas cotidianas, las expectativas y proyecciones a corto, medio y largo plazo se vieron potenciados, en tanto se despliegan en experiencias migratorias que ya de por sí están intrínsecamente atravesadas por la incertidumbre y la provisionalidad (tal como lo desarrollamos en los capítulos cuatro y cinco). Estamos de acuerdo con Lasén (2000) en que:

“[L]a relación con el pasado a través de la memoria está marcada por dialécticas contradictorias: entre el alejamiento y la abolición de distancias, es decir, la diferencia de horizontes del pasado y del presente y su fusión, entre las preguntas y las respuestas que ambos mundos se plantean recíprocamente, entre la familiaridad y la extrañeza consecuentes, y entre la creación de novedades y su sedimentación posterior en el seno de colectivos” (Lasén, 2000: 229).

En el caso de estas experiencias migratorias, las tensiones entre las imágenes del pasado y el tiempo presente se exageran al sumarse los contrastes que ofrece la comparación entre los lugares de origen y de destino, comparaciones que se debaten entre la familiaridad y la extrañeza a la hora de trazar las continuidades y discontinuidades entre unos y otros espacios, las similitudes y diferencias que atraviesan los marcos de sentido y sus resignificaciones en la trayectoria migratoria. A este respecto no sólo son relevantes las diferencias y contrastes que se identifican al analizar la dimensión sincrónica de estos discursos, sino también el establecimiento de ciertas similitudes y continuidades diacrónicas que colaboran a la comprensión de los contextos de llegada y establecen conexiones ambivalentes con los lugares de partida. En este sentido, llama la atención la línea que comúnmente se traza en los discursos entre los *tiempos de bonanza* pasados y actuales, allí y aquí. La referencia habitual suele ser la comparación entre la coyuntura de la década de los 90 en Argentina, con la década del 2000 en España. Así lo explica Marta, una de las entrevistadas:

También hay que reconocer que tiraban manteca al techo en su momento, porque yo no me voy a olvidar, digo, ¿cómo hacen para consumir lo que consumen cuando los sueldos promedio son 1500 euros? ¡¿Cómo hacen?! ¡¿Cómo hacen?! Yo me preguntaba. Claro, se endeudaban hasta las... todo en cuotas. Los pisos, yo decía, ¿cómo puede ser que un departamento valga esto? Y sí, valían fortunas y era todo como muy... en su momento, me hizo acordar un poco a, ¿sabés qué? el 1 a 1 nuestro. Me acuerdo que en Plaza Catalunya, está el Portal del Ángel, tenés el Corte Inglés; vos veías ahí la masa humana que se movía, todos plagados de bolsas, así, y vos veías un consumismo que vos decías, ¿cómo hacen para sostener esto? ¿Entendés? (Marta, 40 años, E13).

En este tránsito de la emigración a la inmigración los sujetos se debaten entre sostener el escepticismo, la desconfianza y la incredulidad alimentadas por los pasados vividos en el lugar de origen o dejarse llevar por las nuevas oportunidades que ofrece el lugar de destino en el tiempo presente. Así es que, a la vez que se distingue claramente la oposición entre los *tiempos de crisis* propios del lugar de partida, y los *tiempos de bonanza* del lugar de destino, la falta de oportunidades en el primero frente a la apertura de un nuevo campo de posibilidades en el segundo, también se establecen continuidades entre unos y otros y se mantiene la sospecha de que los *tiempos de bonanza* son siempre el augurio de próximos *tiempos de crisis*. Así expresa esta idea otro informante:

En esa época, estaba muy con la cabeza de laburar, porque la veía, digo: no puede ser esto así. Encima ya con los 90 acá, principios de lo 90, si bien uno era pendejo, pero por lo que te contaban, por como uno había vivido, era todo inflado, todo "¡ji-jí ja-já", pero después se pagan las consecuencias. Ya estábamos en el 2006 y vos decís: no, el mundo no es así. Ni en Estados Unidos había visto esa facilidad para crédito y para todo. ¡¿A dónde vas?! Entonces no, decía: aprovechá, laburá y juntá guita porque esto acá ¡va a explotar en cualquier momento! Me acuerdo que lo decía textualmente y me miraban como diciendo: este es un pirado, que está en contra de todo, todo le cae mal, no sabe nada. Y no, vos fijate que esto no puede estar pasando acá, ¿no vés como vive la gente? ¡Es totalmente mentiroso! Y bueno, no me dieron ni cinco de bola (Patricio, 33 años, E38/I).

Si bien son múltiples las experiencias históricas de inestabilidad política y económica a partir de las cuales se configuran estos marcos interpretativos, en los discursos de los/las informantes destaca especialmente la experiencia de los últimos tiempos de bonanza y crisis en Argentina, tiempos que se identifican, respectivamente, con “los 90” y “el 2001”. De acuerdo al análisis de los discursos, ambas categorías –de reciente sedimentación en la articulación de estas memorias colectivas– se relacionan entre sí en tanto que la segunda significa el “límite” de la primera. El carácter ficticio de los años de “fiesta”, de “ji-ji ja-já” (claramente, sólo para algunos/as sectores de las clases medias y altas)– marcados por la equivalencia del peso argentino y el dólar estadounidense, el consumo de bienes importados, el acceso al crédito, etc.– quedará en evidencia a medida que transcurre la década de los 90, aumenta el desempleo, la economía entra en recesión y desemboca en la crisis a finales del año 2001. Mediante esta secuencia narrativa de eventos recientes se configura el marco de referencia de las experiencias de la inmigración y a partir del cual los sujetos identifican en el nuevo escenario algunas huellas, algunos rastros de otros tiempos y lugares que, a modo de indicios, sugerían que los tiempos de bonanza que atravesaba España, tarde o temprano, también mostrarían sus propios límites.

No hay que perder de vista que dicha trasposición se articula discursivamente en relatos recogidos en un momento posterior a la cristalización de la crisis en España y que, por tanto, alimentará también las percepciones acerca de las causas y efectos de lo que posteriormente se dará en llamar la Gran Recesión. En este sentido, la reconstrucción de las memorias colectivas de las crisis encuadran las trayectorias migratorias no sólo en relación con el “pasado” de la emigración y sus contextos, sino también con el devenir “presente” de la inmigración y lo que luego constituyó el tránsito al “futuro” y las expectativas depositadas en la migración de retorno. Si bien entendemos que estos discursos acerca de los tiempos de bonanza y de crisis, de allí y aquí, cumplen la función de aportar coherencia y solidez a las trayectorias y decisiones tomadas por los informantes, ello no impide rastrear en los relatos las tensiones, contradicciones y ambivalencias que sin duda los atraviesan. Hasta aquí hemos realizado un ejercicio analítico que aparentemente nos ha devuelto al momento inicial de las trayectorias (la emigración y la inmigración), sin embargo, hemos querido recuperar algunos de los principales elementos que articulan los marcos sociales de estas memorias colectivas de las crisis para poder analizar cómo posteriormente se (re)significan sus sentidos y alcances a la hora de transitar los nuevos escenarios del retorno.

Crónica de una crisis ¿anunciada?

Cualquier narrativa, plantea Visacovsky (2004: 153), se constituye a partir de una serie de operaciones que implican desde clasificaciones de eventos y sujetos (individuales o colectivos) hasta el establecimiento de una secuencia temporal, que no es necesariamente lineal o cronológica. Desde esta perspectiva interesa menos la facticidad de los acontecimientos en sí y más la significación que tales eventos tienen en tanto clasificaciones culturales, cuestión que se plantea al analizar los discursos de los

informantes en relación con la “crisis” en España. Ya hemos mencionado que las experiencias pasadas de las crisis en Argentina se anudan con los presentes en la inmigración a la hora de otorgar sentido y orientar las prácticas en el nuevo contexto, sin embargo, dichas conexiones adquieren nuevas significaciones cuando el lugar de destino se convierte también en un escenario de “crisis”.

Los discursos al respecto oscilan entre las versiones que sostienen que la crisis económica en España no es más que el desenlace esperado tras atravesar un período de bonanza que al fin y al cabo era “insostenible” o “irreal” –algunos/as informantes afirman incluso haberla previsto–, hasta aquellas otras que manifiestan su completa sorpresa frente al giro de los acontecimientos –en estos casos la crisis se convierte en un evento, sin duda, inesperado–. Cualquiera de estas versiones se construye narrativamente articulando una secuencia que, sin embargo, tiene múltiples puntos comunes. Sostenemos con Visacovsky que, en tanto “[l]a maleabilidad del pasado como un tiempo siempre modificable explica la existencia de diferentes versiones, a menudo contrapuestas” (Visacovsky, 2004: 163), el interés del análisis no será determinar si la crisis se constituyó efectivamente o no como una “crónica anunciada” en las trayectorias migratorias de los/las informantes, sino intentar comprender cómo los eventos clasificados con la categoría de “crisis” en el lugar de destino aparecen como “crónica” en los discursos; en otras palabras, a partir de qué acontecimientos, sujetos y secuencias se articulan como evento narrado y cómo estas narrativas de la crisis se anudan en el relato con memorias del pasado (de la emigración y la inmigración) y con las expectativas futuras que los/las informantes depositaron en el retorno.

En estas narrativas de la crisis en España se identifica un momento inicial que hace referencia a los primeros cambios en la percepción del contexto del lugar de destino. Transcurridos algunos años desde la emigración y tras asentarse las diversas trayectorias en la inmigración los/las informantes suspenden temporalmente aquella mirada escéptica alimentada en parte por el juego de contrastes que permeaba las primeras percepciones tras la llegada. Durante algunos años predomina la sensación de bienestar y de estar aprovechando las oportunidades que ofrece un entorno próspero donde abundan las ofertas de empleo (aunque a menudo precario), las posibilidades de financiación e inversión en proyectos personales o profesionales (para adquisición de viviendas o emprendimientos), el acceso a ciertos bienes de consumo y formas de ocio (vehículos, tecnología, viajes, entretenimientos culturales, deportes, etc.), así como también la cobertura de determinados servicios públicos que se consideran de calidad (salud, educación o transporte se mencionan con frecuencia). Esta sensación de bienestar no desaparece de un día para otro, pero sí se identifica en los años 2008-2009 el momento a partir del cual se inicia cierto declive y reemergen las sospechas acerca de la estabilidad de ciertos aspectos de la vida cotidiana que hasta el momento parecían asegurados. El primero que se pondrá en cuestión será el empleo, especialmente cuando este se empieza a perder, ya sea en el caso de los propios informantes o de su entorno. Como explicó un entrevistado, tras algunos años de “prosperidad”, la crisis se comienza a “vislumbrar”:

Cuando nosotros fuimos allá, todos empezaron a prosperar, hubo unos años, hasta el 2008, que fueron bastante buenos. Yo creo que hasta el 2008, que el sueño se terminó, que ya todo el mundo vislumbraba... pero la euforia de Zapatero, del primer gobierno, cuando se va de la guerra, los avances de tipo social, los datos que había, todo esto te entusiasmaba [...] Al principio teníamos nosotros 15 pagas, estábamos recontra bien. Yo me operé la boca, viajamos un poco por ahí. Pero en el 2008, chau. Ahí empezó, que yo perdí el laburo... empezó a ir mal todo. Y bueno, ahí le ofrecen un mejor puesto a mi pareja, nos vamos a Barcelona. Yo pensando que la situación económica iba a mejorar (Maxi, 42 años, E16).

Los/las informantes coinciden en destacar la brusquedad y rapidez con la que se desató la crisis económica. En parte, esta percepción se atribuye al efecto que tuvo la negación de la magnitud del problema durante los primeros años de desaceleración económica. Recuerda un entrevistado que “la palabra crisis, no la querían nombrar” (Andrés, 33 años, E18). Se responsabiliza al gobierno de aquel entonces que se entiende sostenía un discurso político que no reconocía la profundidad y el alcance que la crisis podría llegar a tener y alimentó falsas esperanzas en la población —ya fueran autóctonos o migrantes—, que durante algunos años pensó que sería algo “pasajero”, un “bache”, un “cimbronazo”, una situación que se revertiría a corto plazo y que no supondría grandes cambios en sus modos de vida. Esta percepción de la crisis como “coyuntura de corto plazo” constituye el siguiente estadio característico de estas narrativas:

Entonces como que sí, íbamos a pasar un cimbronazo, igual yo nunca me imaginé que iba a pasar todo lo que pasó, ¿eh? O sea, yo pensé que bueno, que iba a haber una crisis, pero que nunca iba a llegar a este nivel. Me acuerdo que hablaba mucho con mi compañera de trabajo y ella me decía: “no, bueno, esto es una crisis pero ya para el 2012 la cosa va a estar mejor”, ¿no? O sea, como que ella tampoco se esperaba que pasara todo lo que pasó (Pilar, 43 años, E17/II).

Y, lo que pasa que yo viví el momento que pensamos que esto iba a durar un año, dos. Bueno, el año que viene se termina, el año que viene se termina... Nosotros vivimos el tiempo de Zapatero, que negaba todo problema, que decía: acá no hay crisis, esto es un bache, nada más. Y como que todo el mundo pensaba eso porque, obviamente, estas viendo todo el tiempo que hay cada vez más consumismo, gente que no tenía un mango pero que tiraba de la tarjeta de crédito para irse de vacaciones y pagarla en 12 mil cuotas... las tarjetas de crédito, tener cuatro al rojo y no importaba nada, y pedir créditos en Cofidis para irte de vacaciones, ¡ya era lo último! [ríe] ¿me entendés? Lo que pasa que siempre tuvieron, entre comillas, la seguridad de que al otro mes las cosas no iban a subir de precio, que vos ibas a cobrar lo mismo y que vos tenías laburo permanente, y si no ¡te cambiabas y te ibas a otro! ¡Porque había dónde ir! Mejor o peor, pero siempre tenías laburo y si no tenías el respaldo del paro (Tomás, 33 años, E26).

Transcurridos unos años, tanto los datos económicos como la dirección de las políticas implementadas y las vivencias cotidianas servían de indicadores. Todo apuntaba que “la crisis” había llegado para quedarse, que las consecuencias serían mayores a las previstas y el alcance de sus repercusiones se extendería a largo plazo. En este punto, la evocación

de ciertas memorias de los tiempos de crisis en Argentina recobra protagonismo en el discurso de los/las informantes. La precariedad y el desempleo en constante aumento, la prima de riesgo y la amenaza permanente, las políticas de recorte del gasto público y sus repercusiones, el desánimo generalizado frente a una situación que parece no tener solución a la vuelta de la esquina, los padecimientos cotidianos y hasta algunos repertorios de lucha y formas de resistencia resuenan en los relatos y anudan el “presente” de los últimos años de la inmigración a las experiencias pasadas de las crisis en el país de origen. Son estos ecos los que atraviesan también los procesos de toma de decisión del retorno y aunque no los determinan de forma unívoca, sí que intervienen a la hora de resignificar el nuevo escenario que se presenta en España.

Entonces bueno, el 2010, todavía había como una especie de visos de esperanza, como: bueno, en algún momento va a salir. Pero ya en el 2011, cuando la cosa se puso más difícil y ya se hablaba de crisis y empezaron las medidas que había que tomar, esas de reducir el déficit y pititín y pitipán... Bueno, ya veíamos que ahí la situación iba a empeorar. Entonces Maxi empieza a pensar que realmente no tiene mucho sentido quedarse ahí, seguir apostando por eso, porque la situación no va a ir a mejor, sino que va a ir a peor (Pilar, 43 años, E17/II).

Yo lo que creo es que tuve suerte —o lo pensé—, es que me fui en un momento bastante puntual de España. Porque yo veía que se venía negro. Para mí se venía negro. Y fue en un momento pensar: vivir otra vez mal, a seguir viviendo mal pero en el lugar de donde soy; y, yo me vuelvo. Si me llega a agarrar la crisis allá, a mí, sola y sin laburo, vuelvo a estar como estuve acá antes de irme. Sin laburo, sola, pero allá, a 12 mil kilómetros. [...] Y un poco me hizo acordar a todas las medidas que se tomaron antes del 2001 acá. Reajuste, recorte, reajuste, recorte, a la mayoría de la gente, no a la minoría. A la gente laburante... que la matás cuando le sacás 200 euros de un sueldo o cuando no pueden acceder a un hospital de la manera que accedían antes... ¿entendés lo que te digo? A lo cotidiano de la gente... se está haciendo lo mismo que cuando pasó el 2001 acá. Se siente también ese miedo de que algún día la plata que vos tenés en el banco deje de ser tuya y pase a ser del banco. Espero que no, ¡ojalá que no! Porque pobre gente, pero para mí hay posibilidades de que eso pase, de que un día digan: ¡ah! Lo tuyo ya no es tuyo y es mío (Cecilia, 29 años, E35/I).

En estas crónicas, las “medidas”, las “políticas”, se convierten en un elemento esencial que termina por resignificar el escenario presente y conectar las experiencias críticas del pasado con las expectativas de futuro. A estas alturas, lo que se anuncia ya no es tanto la crisis, como evento, como estallido, sino la magnitud de su impacto, en tanto se percibe que las políticas implementadas no harán más que empeorar la situación. En este sentido, las experiencias de crisis previas intervienen a la hora de comprender lo que plantea Pérez Orozco (2014: 65): “que el impacto feroz y extendido al conjunto de la población no es el del estallido en sí [...], sino el de la respuesta política que ataca las condiciones de vida”. Un “ataque” que Cecilia describe muy bien y que consiste en desproteger el empleo, los salarios y los servicios públicos. Es habitual escuchar en los relatos la apreciación de que la migración de retorno se produjo en el momento adecuado conforme cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriormente. Sin

embargo, para llegar a esta instancia –a menudo también crítica– de estimar que la decisión de regresar al país de origen se toma en el momento “justo”, los/las informantes han experimentado durante algunos años los efectos de la crisis en España, reviviendo ciertas incertidumbres, miedos e inclusive estados emocionales asociados a episodios similares en el pasado.

La cotidianeidad, los últimos tiempos fue... la verdad que bastante de mierda, bastante de mierda [...] Porque me hacía acordar a lo que fueron... el 2000 acá. Me hizo acordar bastante eso. [...] Eso de tener el tiempo y... no poder utilizarlo. O sea, tener el tiempo y no tener guita. Buscar laburo y tener que morfarse una bastardeada, de que te pagan dos monedas. Yo no voy a laburar por dos monedas. Eso lo tenía claro. [...] Y... y en eso me hacía acordar. Yo cuando estaba acá y había ese quilombo tenía 25 años... pero me acuerdo, me acuerdo de los 90, ya había una recesión importante acá, en Argentina. Me acuerdo de... de no tener nada que hacer. El tiempo... el tiempo, ir a sentarme a tomar un porrón con la banda que estaban todos al pedo... o sea, muy de barrio ¿no?, sentarse a tomar porrones en la esquina... O sea, eso, como una desidia, como un desinterés, te lleva a eso... no hay una cosa que te motive, en general. Ahí llegás... y eso me pasaba, que no tenés ganas de nada. Estás desinflado. Eso me pasaba a mí. Y en este último tiempo me pasó lo mismo, sí... sí (Marcos, 37 años, E41/I).

Me fui de un país recesivo, que se estaba como apagando y cerrando, llego aquí y una economía expansiva. Al poco tiempo me encanta Zapatero, el socialismo, estoy más ligada a los sectores socialistas, me pongo la camiseta socialista, fui a actos, bien... De pronto Zapatero traiciona absoluta y totalmente todo lo que yo pensé que el socialismo sostenía, garantizaba o creaba. Empiezo a darme cuenta que “otra vez sopa”. Otra vez economía recesiva, crisis, desempleo, angustia, un país que se va cerrando. Los negocios se cierran, los jóvenes se van, entre ellos mi hijo (Eva, 68 años, E50).

Cuando analizamos relatos como los recién expuestos –que describen el nuevo escenario de crisis en España– es frecuente encontrar, en palabras de Pazos (2002: 120), formulaciones de memoria donde la función expresiva resulta primordial y se manifiesta a través de “evocaciones, de sensaciones o impresiones, que salpican la conversación”. Pero este tipo de discursos sobre la crisis en España también plantean diversas formas de evaluar, justificar o rechazar ciertas interpretaciones, introduciendo criterios de “base experiencial socio-cultural” que permiten analizar estas narrativas “sin separarlas de sus condiciones sociales de producción” (Visacovsky, 2004: 163). En este sentido, el relato de algunos/as informantes coincide en percibir la crisis como una “oportunidad”, como una llamada de atención sobre la “insostenibilidad” de determinados estilos de vida; en términos freudianos, con la crisis, el “principio de realidad” se terminaría imponiendo sobre el “principio de placer”, pasando el primero a regir los deseos, reordenando las expectativas y adaptándolas a las nuevas circunstancias. En definitiva, estos discursos sostienen que el “lado positivo” de la crisis radica en una función aleccionadora de cara al futuro, y que sólo será aprovechado en tanto se extraigan de esta experiencia ciertos “aprendizajes”, no sólo a nivel individual sino también colectivo.

Fue un poco *deja vú*, aquello ¿eh?... Cuando me vine para acá, ya venía viendo el tema de... estaba ya el PP en Madrid. Bueno, ya venía de antes ¿no? Pero las cosas que empezaban a hacer, de las privatizaciones y ese tipo de cosas... era como... Mmm, ¡qué mal que pinta esto! Y después fue todo lo de los indignados... dentro de lo que pude trataba de ir a las asambleas y eso, entonces me sonaba a ¡todo esto yo ya lo viví! ¡se viene el estallido! Eh, y por otra parte, me parecía que era... bueno, ya desde antes, cuando se avecinaba la crisis, me parecía que por una parte, obviamente lo de la gente quedarse sin trabajo era terrible, pero me parecía por otra parte una cosa muy positiva, en el sentido de, “bueno, esta es la realidad de las cosas”, ¿no? O sea, estabais, estábamos, viviendo todos algo totalmente irreal y existen otras cosas... Y aparte, o sea, me daba la sensación de que a partir de ese momento la gente... fue como un despertar, ¿no? O sea, ante esto, ¿qué se puede hacer? Bueno, mirá, sí, estábamos gastando de más, se puede llevar una vida un poco más austera, ¿no? O sea, conocer por fin la austeridad, era como... un poco rozaba el despilfarro ¿no? (Fernanda, 30 años, E4/I).

Yo creo que también hubo como un abuso, de todo. La burbuja inmobiliaria, el endeudarse, yo creo que para la gente debe ser muy difícil, por la estructura mental que tienen [...] Es gente que está muy acostumbrada a tener todo muy pautado, entonces cualquier cosa que los saque un poco del eje, les cuesta mucho, digamos, tener la creatividad. Que por otro lado es lo que tenemos los argentinos, que uno tiene la creatividad de “lo atás con alambre”. No tenés esto y bueno, tenés la mente abierta a pensar otra cosa. Yo creo que allá, en general en los países evolucionados, España es uno de ellos, están tan acostumbrados a tener tantas cosas tan resueltas que les cuesta, en ese sentido. En lo económico tendrán que ajustarse el cinturón, y bueno, esto va a llevar a que cuando esto se empiece a revertir la gente valore su trabajo, lo cuide, no se endeude como se endeudan, ¿entendés? Por ahí fue que también en poco tiempo pasaron una historia muy pesada, de pasar hambre a vivir como alemanes, y vos no podés vivir como... [...] si querés vivir como un alemán, trabajá como un alemán, no pretendas tener el nivel de vida de un alemán si trabajás como un andaluz, zapateando arriba del escenario, no (Marta, 40 años, E13).

Acá siempre tuvimos latente el tema de la política. Porque vivimos muchos cambios. Siempre acá nos adaptamos a un cambio tras otro, allá nunca vivieron eso, salvo ahora. Recién ahora, yo creo que ahora los jóvenes están empezando a hablar del tema, en un bar, en una conversación, en una comida. Y eso me parece que es importante que pase, que antes no pasaba eso. [...] Parecía que no había un incentivo social. Y hoy en día creo que sí lo hay. ¡Espero que sí! Como que la gente de nuestra edad, treinta y pico, está hablando más de... o inquietándose por qué va a pasar, qué se hizo mal, qué no cometer de vuelta para que no pase lo mismo, ¡antes ni se planteaba! No se pusieron a ver qué camino estaba siguiendo la economía, el país, la sociedad. Y creo que es un avance, es un cambio, y bueno, habrá que pasarlo para no repetir otras cosas (Tomás, 33 años, E26).

De acuerdo con Visacovsky (2011: 33), es habitual que durante los estados críticos los conjuntos sociales recurran a “marcos o esquemas interpretativos públicos” que facilitan categorías y narrativas que permiten “suturar las grietas de sentido”. Una parte importante del discurso político y mediático en España –repitiendo de forma incesante a la población que “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”– apeló a un guión habitual que presenta las crisis económicas como producto de “transgresiones

morales”, en este caso como “efecto del despilfarro” (Visacovsky, 2011:37) (ya sea por parte del Estado o de los individuos). Por un lado, hemos visto que esta narrativa ha calado en los relatos de algunos/as informantes que han internalizado ciertas categorías y expresiones clave de la coyuntura (austeridad, despilfarro, abuso, ajustarse el cinturón, etc.), aunque no hay que olvidar que estas percepciones también son producto de experiencias previas de dificultad vividas en el país de origen y del contraste que supuso el contexto de la inmigración (algo que ya se ha comentado en páginas anteriores). Pero al mismo tiempo, otros discursos participan de esta lucha de sentidos optando rechazar y resistir este tipo de interpretaciones, adquiriendo sus relatos de la crisis un claro tono de denuncia de la situación. Este tipo de discursos pretenden poner en evidencia el carácter político y estratégico de estas narrativas que no sólo presentan la crisis como el producto de una suma de conductas individuales sino que también reparten injustamente la carga de responsabilidades. La irresponsabilidad de la ciudadanía sería en este caso adoptar una posición acrítica o no organizarse colectivamente para oponer resistencias a este tipo de narrativas disciplinarias que pretenden imponerse “desde arriba”:

O sea, cuando me refería a España es que... todavía no saben qué les pasó. No entendieron qué les pasó, no tienen ni idea: "no, gastamos mucho". No boludo, ¿qué tiene que ver? ¿Vos pensás que se fundió el país porque te compraste un auto nuevo? “Gasté mucho” ¿Porque te fuiste a Mallorca? Hiciste tres viajes, fuiste tres veces de rebajas al Corte Inglés y ¿eso es gastar mucho? “Gasté mucho, gastamos más de lo que podíamos”... No ¡ese es el discurso para que vos recortes! Para que cuando te recorten: “y, claro, estamos gastando mucho. Y sí, hay que recortar”. Pero bueno, no sé, tampoco se hacen la pregunta, siguen comprando todo lo que les venden en la tele, siguen sosteniendo la monarquía. Escuchame, en el peor momento el rey se quiebra la cadera cazando elefantes por zonas... el que es no sé qué de la sociedad pirula de animales, que vos decís, ¡boludo! No. Y todos salen a bancarlo: “no, pero bueno, el rey en su momento en la transición fue muy importante”... ¡Andá a la concha de tu hermana! Pero no, lo sostienen (Agustín, 42 años, E21).

Con respecto a España, yo les mando mail a mis amigos: ¡boludos, no entendieron nada!, lo mismo que nos pasó a nosotros en el 2001 les está pasando a ellos ahora. Exactamente el mismo proceso, si vos ves las medidas que toma Rajoy o que tomó incluso el PSOE previo a que gane el PP, son las mismas medidas; de flexibilización laboral, de privatizaciones, de determinados recortes, lo mismo que se hizo en Argentina previo al 2001. Con la diferencia que allá no explotó. Allá votan al PP y acaban de ganar de vuelta. Yo digo, ¡no están entendiendo nada loco! O sea, si siguen votando ese modelo se lo van a tener que comer crudo. Porque no son ni Francia, ni Alemania, son España. Entonces digo, como contexto, hoy en día, no es que lo veo invertido, no es que nosotros somos la España del 2001 y ellos son la Argentina del 2001, porque no es así. Pero sí creo que ellos están viendo las consecuencias de sus elecciones de los últimos 10 años. O sea, su entrada a la Comunidad Europea y la forma que entraron, era obvio que en algún momento iba a explotar. Inevitable, porque es una mentira económica. O sea, lo que vivía España, nunca tuvo una base productiva real, que sustentara económicamente al país. Entonces, es mentira (Adrián, 35 años, E14).

El Estado de Zapatero lo podría haber solucionado. Lo que pasa es que no había un gobierno que no fuera neoliberal; los dos, tanto del PSOE como del PP eran neoliberales, no había diferencia. Uno era más conservador en cuestiones no económicas, pero los dos eran neoliberales. Y con las movilizaciones me parece que la cosa va a tener que llegar a un punto... ya desde el PP se notan todas unas intenciones muy autoritarias. Entonces, la cuestión es, ¿qué va a ganar? Si el autoritarismo o si la gente va a decir basta, va a salir y se va a quedar en la calle hasta que ellos se vayan. La cuestión es en qué momento... Porque acá, ¿sabés lo que había antes de que pasara eso? En las plazas había cientos de personas con ollas populares, gente que llevaba comida para que la gente no pasara hambre ¿entendés? Eso era demasiado evidente. Cuando las cosas allá se pongan más evidentes todavía, ¿qué va a pasar? Todavía les falta mucho por caer a ellos. ¿Qué va a pasar? ¿la gente se va a someter? Porque hay una conflictividad social que está creciendo y ellos están aumentando el aparato represivo. A la gente la fajan en la calle, están intentando restringir el derecho a protesta. Y bueno, cuando la cosa se ponga *heavy* la gente va a salir y va a, incluso, por ahí... el día que empiece a haber muertos, ahí la cosa ya va a pasar a castaño oscuro. Lamentablemente, creo que sin un muerto España no va a salir de esto. Y salir de esto, a menos que haya un cambio de la política europea bastante claro, va a ser salir España de la comunidad económica. Dentro de mi comprensión de la economía, que es la comprensión de un biólogo, pero dada la cantidad de chamuyos que hay al respecto, casi me fio más de mi criterio que de lo que me venga a decir un economista ortodoxo, que el ajuste en España es el camino para la solución del problema. Eso me suena a cuento viejo, ya me vinieron con eso antes. Y no funcionó (Roberto, 36 años, E8/I).

Las experiencias previas de las crisis también articulan discursos desafiantes frente a lo que Pérez Orozco (2014: 61) denomina la “teocracia mercantil”: una mirada dominante, oscurantista, según la cual sólo los tecnócratas comprenden el aparataje financiero y por tanto son capaces de dilucidar las respuestas para restablecer el bienestar (que pasa siempre por resolver primero las necesidades del proceso de valorización del capital financiero). Una mirada peligrosa, en tanto “impone como única visión verdadera aquella que sostiene el statu quo y relega el bienestar del conjunto social a una posición periférica y subalterna” (Pérez Orozco, 2014: 61). Roberto estuvo en las plazas, en las ollas populares y también en “la plaza” el 19 y 20 de diciembre de 2001: “me llevé tres balazos de goma en la espalda”. Agustín, que en un viaje de visita a Madrid participó en una manifestación frente al Congreso de los Diputados concluye que si no hay violencia es porque “todavía no hay enojo”, que “eso no es una revolución, no cambia nada”, refiriéndose al ciclo de protestas inaugurado con el 15M. Según Juan Manuel, si una situación similar se produjera en Argentina “prenden fuego el gobierno”. Pareciera que no hubiera cambio social posible sin “estallido”, sin que algo “explote”, sin que algo “reviente”, en resumen, sin que el cambio venga precedido de un evento dramático. Marina, otra entrevistada, matiza que estas diferencias en los repertorios de protesta frente a las crisis se relacionan, precisamente, con distintas experiencias colectivas y prácticas de resistencia recientes que derivan en una suerte de aprendizaje para afrontar este tipo de escenarios que en el contexto nacional argentino se presentan de forma periódica, casi irremediabilmente. Como distingue la entrevistada, no se trata de una situación de crisis “puntual”, sino de una sociedad “*en crisis*”:

Yo creo que tenemos un entrenamiento en la crisis, nosotros llegamos a la crisis del 2001 con trueque, con tal, pero porque veníamos de 10 años de neoliberalismo que nos obligó a activarnos... una sociedad en crisis económica. Ellos, está bien, tuvieron 40 años de dictadura, salvo dos crisis, dos momentos de turbulencia, salieron a flote, de una manera aceleradísima, bestial, que duerme a cualquiera. A nosotros no se nos permitió vivir así, acá hay que estar alerta y eso te obligó a mantener unos movimientos sociales que ahí en España no lo veías de la misma manera. Yo creo que acá se está construyendo justamente todo lo contrario, estoy llegando a una sociedad en la que hay mucha crítica (Marina, 35 años, E33/I).

Las memorias colectivas de la crisis argentina del 2001, mediante su evocación en el relato de los/las informantes, atraviesan las representaciones acerca de las causas, consecuencias y posibles soluciones de la crisis en España, pero también de los diversos actores (individuales y colectivos) que protagonizan estos acontecimientos: los consumidores, los partidos políticos, los votantes, la monarquía, las instituciones europeas, el Estado, la sociedad civil. Estos relatos ponen también de manifiesto cómo la sedimentación de estas experiencias históricas incide a la hora de considerar diversas formas de relacionamiento entre los actores, en distintos “modos de negociación y enfrentamiento con distintos grados de radicalidad, [...] en concepciones acerca de los tiempos y espacios de la protesta” (Grimson, 2004: 186). Estas experiencias pasadas que según hemos visto informan ciertos patrones o repertorios de protesta que son los que se consideran efectivos, también funcionan como “límites de la imaginación política” (Grimson, 2004: 187). En definitiva, los discursos antes expuestos también destacan la importancia de los “aprendizajes”, pero no se centran tanto en que España “aprenda de su propia crisis” para no cometer los mismos errores “en el futuro”, sino que lo central es que España “aprenda de otras crisis” y no cometa “en el presente” los mismos errores que, en otras latitudes, ya se cometieron “en el pasado”. Estos discursos se articulan no sólo como denuncia de la coyuntura actual, sino también como advertencia de una deriva posible en el futuro, una que puede reactualizar nuevas (dis)continuidades en las percepciones de ambos contextos, asunto del que nos ocuparemos en las siguientes páginas.

(Dis)continuidades: imaginarios en tensión

Los discursos de la crisis en España atravesados por las memorias colectivas articulan narrativas que en ocasiones privilegian la dimensión sincrónica de los acontecimientos y en otros la diacrónica de los procesos. Cuando en el análisis se presta atención a la primera de estas dimensiones, es decir, a los discursos de la crisis como “acontecimiento presente”, como evento aquí y allí, emergen múltiples comparaciones a través de las cuales se ponen de relieve las discontinuidades; en este tipo de relatos priman las diferencias entre lo que supone la experiencia de una crisis en Argentina y en España, incluso plantean la imposibilidad de establecer ciertos paralelismos. Si bien es posible asociar determinados aspectos que caracterizan este tipo de eventos en los lugares de origen y de destino, las/las informantes consideran que los contextos de cada uno son muy distintos y que, en última instancia, en el caso de Argentina no sólo la profundidad

de la crisis fue mucho mayor sino que además se partía de una situación más desventajosa respecto a dónde se encontraba España en el año 2008.

Vos veías que había fórmulas que se aplicaban a los gobiernos, a los procesos sociales, a la economía sobre todo, que iban a tener una mala deriva. No iba a ser exactamente igual, como cuando los *lobbies* económicos “apretaron” a Argentina, porque son países con diferentes características, pero iban a venir momentos de dificultad. Entonces sí, necesariamente, yo lo asociaba... No un paralelo exactamente, no se puede hacer un paralelo, pero sí que había elementos que determinaban que no iba a haber una buena perspectiva. Y bueno, y la información que tenía de los viajes que había hecho, la percepción propia, los comentarios y demás, iban en un sentido más entusiasmante sobre lo que pasaba acá (Silvia, 60 años, E51).

La situación de comparación de estos “estadios de crisis” aquí y allí es relativamente frecuente una vez que se produce el retorno. Y, para los/las informantes, una parte de transitar esa experiencia de movilidad consiste en afrontar este tipo de interpelaciones y ser capaces de comprender y transmitir las particularidades que los tiempos de crisis implican en un sitio y otro. De alguna forma, se produce una situación inversa a la que se presentaba en el momento de la llegada a España:

Ese es otro tema que... en el trabajo me lo dicen mucho: “pero bueno, mirá cómo está España ahora”... No me meto porque, también aprendí con el tiempo que las comparaciones son odiosas. Y, hoy, intentar trazar un paralelismo entre lo que pasó acá y lo que está pasando ahora allá es imposible. Eh... España tiene los deberes hechos, en un montón de sentidos. Yo veo que aquel que no vivió o no conoció a fondo la realidad social o la evolución social que tuvo España con respecto a la Argentina, es imposible comparar. Hoy España atraviesa una crisis muy grande, pero es de un modelo. O sea, estructuralmente hizo los deberes, ¿qué quiero decir? Los hospitales están, las escuelas están, el transporte público está, las autopistas están. Entonces... es mucho más fácil encontrar en diez años un modelo viable para España, que no para Argentina; en el sentido de que en Argentina, habiéndose recuperado tan bien como dicen que se recuperó, la deuda social que hay y la desinversión en infraestructura hacen que si vos proyectás el crecimiento durante 20 años más, sin que pase nada, igualmente vamos a estar peor en un montón de aspectos (David, 33 años, E32).

A diferencia de lo que fue el 2001 acá —que acá sí que se partió la tierra al medio y fue un desastre—, allá sí que hay gente que supongo que quedaron al horno y sin posibilidades de incluirse... Pero el que más o menos tiene un currículum, sigue laburando. No sé, me da esa sensación, por la gente que yo conozco, que son casi todos laburantes del Estado. O sea, a pesar de que este tipo, Rajoy, fue desmantelando poco a poco, hubo cosas que no ha podido sacar, digamos. En un contexto donde está todo mal, pero vos tenés laburo, estás bien considerado, que no te van a echar, la única forma es que realmente el Estado quiebre, entre en un *default*, que no le pueda pagar a nadie. Pero que tampoco, o sea... es lo que yo transmito cuando vengo acá, ¿no? Cuando te dicen que España... No es el 2001 en Argentina lo que está pasando en España. Claro que están las cosas complicadas, pero el Estado sigue teniendo dinero. Porque nosotros, antes de llegar al *default* pasamos muchas más cosas en años anteriores... Entonces, el Estado sigue teniendo dinero para sostenerse. Pero bueno, ahora no sé, si agarran préstamos y qué se yo, no sé como van a quedar después, de acá a cinco o seis años (Florencia, 38 años, E36/I).

Otra entrevistada resumía esta cuestión estableciendo la diferencia entre vivir una crisis “con estructura” en el caso de España y “sin estructura” en el caso de Argentina (Elisa, 39 años, E44). Las referencias a “la estructura” se repiten en múltiples discursos de informantes que, sin negar que la situación en España indudablemente ha empeorado en los últimos años, sostienen que el hecho de que el Estado continúe siendo el garante de una red de servicios e infraestructuras básicas para la población marca una de las principales diferencias en sus percepciones de lo que supone atravesar una crisis en España y en Argentina; mientras que en España “las cosas básicas para que el país siga funcionando, están” (Marta, 40 años, E13) y “sigue habiendo una respuesta estatal, inclusive con los recortes” (Andrés, 33 años, E18), se considera que dada la mayor precariedad del rol del Estado argentino en el momento de la crisis del 2001 las respuestas ofrecidas en aquel entonces eran insuficientes. Esta es la principal diferencia o discontinuidad que aparece en el análisis de estas narrativas de *la crisis como evento*, es decir, que privilegian la dimensión sincrónica de estos acontecimientos.

Sin embargo, ¿cabe la posibilidad de que todo lo que hoy parece estable y sólido ya no lo sea en un futuro? Esta es, por el contrario, la idea o la pregunta central que atraviesa las secuencias narrativas cuando se privilegia el análisis de la dimensión diacrónica. En este caso, los discursos hacen referencia a *la crisis como proceso*, prestando más atención a la evolución de los acontecimientos a largo plazo y menos a sus estructuras o funcionamiento concreto en un momento dado del tiempo. En estos casos las memorias colectivas de las crisis adquieren una profundidad temporal mayor, tanto en términos retrospectivos como prospectivos, por tanto, las evocaciones suscitadas en los relatos no sólo son más elásticas a la hora de retrotraerse en los tiempos históricos de aquí y allí a los que hacen referencia, sino también al proyectar futuros posibles en uno y otro contexto. A diferencia de los discursos analizados anteriormente, este tipo de relatos privilegia el establecimiento de ciertas similitudes y continuidades que se plantean como hipótesis a ser probadas con el devenir de los acontecimientos en un lapso temporal extenso; no solo a lo largo de los próximos años, sino inclusive de décadas. Veamos algunos ejemplos de este tipo de narrativa:

Ahora veo que hay un giro, un quiebre, pero esto es así, esto es una crisis que atraviesa... que no le pasa de largo a nadie, afecta a todas, a todos, en mayor o menor medida, directa o indirectamente, te va a afectar. Y es un proceso de cambio en la sociedad... Es muy parecido a lo que vivimos acá, y esto no se arregla en tres o cuatro años. Este espejismo que nos están vendiendo... que, como latinoamericanos, sabemos perfectamente que esto va en picada y que no llegaron al final todavía, ¡que todavía les queda tocar fondo! O sea, les queda tocar fondo, ¡todavía no llegó lo peor! En el mejor de los escenarios, van a pasar 10 años... en el mejor de los escenarios... ¡económicamente hablando! Después lo social es a largísimo plazo, esto abre una brecha... abre una brecha terrible (Marina, 35 años, E33/I).

Acá se tardó 30 años en destruir un país. Y allá se va a tardar otros 30 años, o más, porque están más arriba de lo que estábamos acá cuando se empezó a destruir. Acá, en mi opinión, se empieza a destruir en el 76, con Martínez de Hoz –como figura que concentra lo político y lo económico–, hay una destrucción de políticas económicas

durante varios años y generaciones. Y allá no sé quién será el equivalente, alguno habrá, el rey, no sé, qué sé yo. Pero empiezan ahora, o empezaron hace un par de años, y tienen mucho para recortar, mucho para bajar, mucho. Yo creo que la gente se va a ir acostumbrando. Alemania quiere seguir yendo a tomar sol a España, quiere seguir yendo a Mallorca y van a seguir yendo. Y España tiene sol y tiene turismo, y eso es una mina de oro que no se te acaba. Es un taxi hermoso que no se termina nunca. Y van a estar un poquito peor, durante unos cuantos años, y no sé si va a volver a... lo mismo no va a volver. Va a haber más recortes, falta, todavía falta. Más recortes, más incertidumbre, pero se va a dividir. Y va a quedar un Estado, por ahí, en vez de primer mundo, de segundo mundo, si querés. Incorporado a la Comunidad Europea, con un sector más privilegiado que otro, con más diferencias entre sectores, para arriba y para abajo, bastante más diferencia (Agustín, 42 años, E21).

Las proyecciones temporales a más largo plazo, presentes en este tipo de discursos, sugieren que las diferencias entre las crisis en un sitio y otro se deben, en parte, a una cuestión de “tiempo” y que en el hipotético caso de sostenerse y profundizarse la crisis en España sus efectos podrían reforzar las semejanzas con el contexto argentino en un futuro. Expresiones como “todavía les queda mucho por caer”, “todavía les queda tocar fondo”, “todavía falta”, ponen de manifiesto la percepción de una trayectoria en declive que mientras en España recién se estaría iniciando, en Argentina se encuentra en una fase más avanzada y su resultado ha sido una profundización de la desigualdad. Los/las informantes se refieren a un proceso histórico que se produjo a lo largo de las últimas tres décadas y que bien resume Kessler (2015):

“Argentina fue afectada en forma sucesiva o conjunta por casi todos los factores que profundizan la desigualdad: crisis macroeconómicas severas, hiperinflación, ajustes estructurales, aumento del desempleo, dictaduras, liberalización comercial, rápida acumulación de capital, modernización tecnológica supletoria de mano de obra y períodos de debilidad de actores laborales” (Kessler, 2015: 29).

Es en relación a la profundidad temporal de este tipo de trayectoria que los relatos de los migrantes sugieren ciertas similitudes entre las crisis en un sitio y otro. Establecer este tipo de continuidad es posible cuando lo que se privilegia en el discurso es precisamente el carácter inacabado de la crisis, su dimensión procesual y abierta, a la vez que sobre ella se proyecta un guión preexistente de eventos críticos del pasado que no sólo alumbra las interpretaciones acerca de conflictos presentes, sino que también prevé posibles coyunturas a futuro.

Más allá de las diferencias entre uno y otro tipo de discursos y de las dimensiones de análisis que se privilegie en cada caso, la mayor parte de estas narrativas están atravesadas por una tensión compartida: la de la (dis)continuidad a la hora de sostener los imaginarios asociados al lugar de destino que supuso la emergencia de la crisis financiera y económica:

“La discontinuidad aquí se presentaría como una dislocación entre dos momentos, uno previo y otro posterior: se trataría de un corte, resquebrajamiento o ruptura respecto a un orden social asumido como normal, expresándose en la experiencia colectiva como un momento de disolución del orden establecido” (Visacovsky, 2011: 30).

El corte que se produce se expresa, en este caso, en la discontinuidad que supone pasar de experimentar en España los *tiempos de bonanza* característicos de los primeros años de la inmigración a los *tiempos de crisis* durante los últimos años de esta experiencia y que en muchos casos se convierten en la antesala de las migraciones de retorno. Hemos visto que esta idea de que existe un “antes y un después” de la crisis en España está muy presente en todos los relatos. Pero estos acontecimientos críticos son también la expresión de otro tipo de rupturas que desbordan (a la par que reconfiguran) las percepciones del orden de lo nacional. En este sentido, las referencias a España como parte de “Europa”, de la “Comunidad Europea” y cuya participación se erige en garante de un futuro próspero, serán puestas en entredicho a la luz de la nueva coyuntura. En otras palabras, lo que se resquebraja en estas narrativas de la crisis es también el imaginario de los migrantes acerca de lo que suponen que “es” el “primer mundo” y lo que implica “estar” en él, habitar este espacio geográfico y metafórico desde el cual pensar el progreso, el desarrollo y el bienestar. Los efectos de la crisis dejan al descubierto nuevas vulnerabilidades que, impensadas para algunos/as informantes o intuitas por otros/as, suspenden el imaginario de “Europa” como espacio de incuestionable estabilidad; un imaginario que comienza a fisurarse conforme transcurren las trayectorias en la inmigración pero que termina por quebrarse con el cambio rotundo de la coyuntura a partir de 2008.

A mí, lo que más me sorprende es que cuando yo estaba allá, viviendo allá, en ningún momento me pareció, ni presentí que podía pasarle esto a España, tan pronto. O sea, que nada es previsible, pero como es la Comunidad, la Unión Europea, que tenía todo un respaldo, decís: bueno, estos van a tener muchos años de bienestar ¿Qué en algún momento hubiera habido una catástrofe? Bueno. Pero jamás me imaginé que iba a pasar esto. Y no puedo creer que en tan pocos años la situación esté como está. Realmente. Es que no lo puedo entender, cómo pasó. Por suerte, no compramos casa, porque llegué a buscar, pero yo tenía un miedito en el fondo ¿viste? Dicen eso, que cuando te quemás con leche, ves una vaca y llorás. Bueno, como acá había sido tan terrible, pero tan terrible, tan desoladora esa situación, no sé, me parecía que volvernó a meter en un crédito y ¿si volvía a pasar lo mismo? ¿Qué hacíamos? No me terminaba de cerrar (Victoria, 45 años, E30).

Lo veían como una locura, ellos veían que lo que nos estaba pasando a nosotros era una locura, no podía pasar en Europa. Estaban asombradísimos, como: “eso pasa allá, uy, pobres”... lo qué pasó con el corralito, “eso si nos pasa acá en España, que nos roben la plata a nosotros, al otro día se para el país, ¡cómo se dejan!” Por eso, hoy lo ves [ríe]... 11 años después, o sea, te cambia la mirada, pero también cambian una cantidad de hechos que decís: bueno, muchachos, ¡a ustedes les están haciendo lo mismo pero desde otro lado! O sea, a nosotros nos quitaron en el banco, a ustedes les están quitando... unos recortes que también es plata tuya, de los impuestos que pusiste (Ariel, 34 años, E10).

A la luz de estos relatos, los discursos de los migrantes pueden constituir una interesante pieza a la hora de articular narrativas que construyan una “nueva visión de Europa” (de Sousa Santos, 2016) en un contexto de retroceso dramático de la social-democracia como régimen político. Esta nueva cartografía –caracterizada por el aumento de las

desigualdades sociales, la reducción del rol del Estado como garante de bienes públicos, la mayor precariedad y desprotección de los/las trabajadores/as— donde parece no existir alternativa al avance del proyecto neoliberal y la implementación de políticas de austeridad capitaneados por las élites políticas y económicas, pone de relieve las diferencias entre posiciones centrales y periféricas en la región. Diferencias que se traducen en las experiencias migratorias incorporando nuevos matices a la hora de comprender los migrantes sus propias trayectorias. Así, mientras el sentido de la movilidad en la fase de la emigración podía ser considerado un viaje del “Sur” al “Norte”, conforme se transforma la coyuntura en España, los últimos años en la inmigración quedarán resignificados por la crisis y marcarán la experiencia de habitar el “Sur” del “Norte”: un “Sur” dentro de Europa donde también está presente la pobreza, la precariedad, la desigualdad y la falta de oportunidades.

Supongo que como todo en este mundo, si ha habido un deterioro que ha tardado 80 años en plasmarse [en Argentina], en 10 años no se va a cambiar la situación, ni en 20, va a ser un proceso. Hasta que llegemos... ¿a dónde? Porque mirá a lo que llegó Europa, supuestamente tenía un modelo de igualdad de oportunidades, de sanidad universal, de derechos consumados para el trabajador y estamos viendo el retroceso más grande de la historia y la vuelta al neoliberalismo salvaje, que está dejando a los trabajadores que ¡vamos! Que todos los derechos que les costaron sangre, sudor y lágrimas se los están sacando en nada, que hay una crisis y que, bueno, que así no se podía seguir, entonces es como, a ver, ¿perdón? Entonces yo espero que alguna vez en América Latina tengamos una especie de social democracia pero con otro valor económico, y no que los bancos se lleven todo, que se forren de guita y nos dejen a nosotros siempre pagando los platos rotos. Que es lo que creo que está pasando en Europa. En definitiva, los bancos tienen beneficios y les dieron plata de las personas, les dieron dinero de la Seguridad Social, de todas las cosas, para salvar a la banca, porque se supone que un país no puede funcionar sin bancos. Pero a la gente la dejaron en pampa y la vía. ¿Cuántos millones de parados hay en España? ¿Seis millones? ¿Qué van a hacer con toda esa gente? Porque supongo que en algún momento se les acabarán las ayudas, la prestación por desempleo, en algún momento la familia completa se encontrará sin trabajo. [...] Y están poniendo la jubilación a los 70 pirulos, pero a los 50 ya no tenés trabajo, entonces ¿qué hacés esos 20 años? Contame, ¿malabares? ¿Te sentás a mirar como pasan esos 20 años? La verdad que la situación es terrible. Por eso te digo, yo espero que en Argentina y en la región se viva un sistema más igualitario, de igualdad de oportunidades para todos, pero que la economía no sea capitalista (Pilar, 43 años, E17/II).

El discurso de Pilar condensa las preocupaciones a futuro respecto a la coyuntura europea, en general, y española, en particular. Preocupaciones habituales expresadas en los relatos de los/las informantes que plantean no sólo las problemáticas actuales, sino también las incógnitas respecto a sus posibles derivas y soluciones. Este tipo de narrativas también se articulan a partir de esquemas interpretativos basados en sus experiencias del pasado en el país de origen y ciertos “aprendizajes” que de ellas extraen. Hemos visto en reiteradas ocasiones cómo los relatos se remiten a la experiencia del “neoliberalismo” y las crisis posteriores, tanto en Argentina como en Latinoamérica, a la hora de otorgar sentido a la coyuntura actual en Europa y en España e intentar comprender los cambios de los últimos años. Estas experiencias, además de orientar ciertos diagnósticos de los eventos del presente, también delimitan el

campo de posibles en relación con determinado tipo de soluciones o alternativas de cara al futuro. Alternativas que en ocasiones los/las informantes consideran que tienen difícil encaje en el contexto español –ya sea por la falta de autonomía de su política monetaria (para devaluar la moneda), la posición periférica dentro de la región (respecto a los países del norte), o la debilidad de su tejido productivo (resultado del proceso de desindustrialización y el crecimiento de la economía de servicios)– dado su actual déficit de soberanía en el marco de una posición subordinada dentro de la Unión Europea que se entiende dificulta ciertos márgenes de maniobra.

No sé lo que se puede hacer. Sé lo que no se puede hacer, que lo sabe todo el mundo, no podés devaluar. Acá, Argentina devaluó y, dentro de todo, el problema no lo zafaste, pero pudiste hacer otra política. España no puede decir que el euro en lugar de valer 1 dólar 50, va a valer 1 dólar. No. Eso lo maneja Merkel, la Unión Europea y España quiera o no es de los últimos pinches de la Unión Europea. Porque antes está Alemania, tenés a Francia, tenés a Italia, tenés a todo el mundo menos España. España está a la altura de Grecia, de Irlanda, de Portugal. Tuvo su boom en su momento, el que lo aprovechó, lo aprovechó y el que no, se jodió. Y así. Para mí fue así. Y no tiene tampoco industria. España es un chiringuito, tiene playa, turistas, nada más. Que a Argentina también le pasó eso en los 90, que vino Menem y sacó la industria, todo. Entonces qué pasa, la gente está sin laburo en la calle... Y España... piensan que el año que viene van a tener ¡seis millones de parados! ¿A dónde los van a meter? (Patricio, 33 años, E38/I).

Como explica Boaventura de Sousa Santos (2016), la dualidad histórica norte-sur dentro de Europa reemerge con fuerza en el contexto actual y pone sobre la mesa la complejidad de las múltiples fronteras que atraviesan la región. Esta dualidad, que según de Sousa Santos está más arraigada de lo que se cree en la cultura europea, también explica “algunas de las dificultades en el abordaje de la crisis financiera que se hace sentir en Europa desde 2008”. Observa de Sousa Santos que “en las circunstancias actuales, es difícil imaginar a Europa aprender de los países de su Sur. Los más cínicos dirían que de ellos se aprende lo que no hay que hacer” (de Sousa Santos, 2016: 25-26). En este sentido, si Europa no está dispuesta a aprender de su propio Sur, tampoco lo hará de las experiencias del Sur que está fuera de ella, sin embargo, puede que los migrantes encarnen a través de sus discursos esa “ventana de oportunidad”, que parece haberse creado en las últimas décadas y a la “que la crisis financiera, económica, política y ecológica ha dado nueva visibilidad” (de Sousa Santos, 2016: 25-26). Dicha ventana de oportunidad se abre no sólo a partir de los discursos críticos que posibilitan una “nueva visión de Europa, reconociendo que la antigua, como mínimo, perdió su incontestable validez y funcionalidad” (de Sousa Santos, 2016: 5), sino también mediante la revalorización de ciertas experiencias que van más allá de sus fronteras; experiencias que desde las periferias y los márgenes ofrecen lecturas alternativas de la actual crisis y sus posibles soluciones y que ya hemos visto están presentes en los discursos de los/las migrantes que decidieron retornar. En este sentido, sus relatos del retorno también nos hablan de movilidades y tránsitos que nuevamente discurren por “otros mundos”. Con la migración de retorno, los/las migrantes se sitúan en contextos socio-históricos novedosos que, si bien no escapan a la (re)producción de antiguas y nuevas controversias, sin embargo, se han reconfigurado de forma tal que a partir de

ellos es posible repensar un escenario “pos-neoliberal”, o al menos imaginarlo como proyección a futuro, como expectativa en el haz de posibles. El análisis de estas cuestiones y cómo atraviesan de diversas formas los discursos se desarrollará en las próximas páginas.

8.3. *Vuelta al sur: luces y sombras de un cambio de época*

Toca abordar, entonces, cómo se transita la experiencia del retorno en relación con los tiempos históricos una vez que el desplazamiento físico al lugar de partida tiene lugar en la trayectoria de los migrantes. ¿Qué percepciones tienen acerca de los contextos socio-históricos en los cuales se imbrican sus experiencias de retorno? ¿Qué diferencias y similitudes encuentran respecto a los tiempos pasados en dichos lugares, y también respecto a los escenarios de la inmigración dejados atrás? Y, en definitiva, ¿qué expectativas albergan respecto a sus proyectos de futuro en relación con ambos espacios?

Para rastrear las respuestas a este tipo de preguntas es necesario primero dar cuenta de algunas de las principales transformaciones que se produjeron con el cambio de siglo, tanto en Argentina, como en la región. Las trayectorias de los migrantes corren paralelas a una reconfiguración político-económica en América Latina que tuvo lugar a partir del año 2000. Svampa (2017) resume este giro como un *cambio de época* que supuso un escenario transicional novedoso, articulado fundamentalmente por “el cuestionamiento al neoliberalismo y la relegitimación de discursos políticamente radicales” que emergen tras la crisis de los partidos políticos tradicionales, el aumento del protagonismo de los movimientos sociales y la formación de diferentes gobiernos “que, apoyándose en políticas económicas heterodoxas, se propusieron articular las demandas promovidas «desde abajo», al tiempo que valorizaron la construcción de un espacio regional latinoamericano” (Svampa, 2017: 50-51). Estos gobiernos, denominados genéricamente *progresistas*¹²¹ aunque diversos en cuanto a las corrientes ideológicas que abarcan y las experiencias gubernamentales de cada uno, asentaron su hegemonía en un escenario económico favorecido por el alto precio internacional de las materias primas. Svampa (2017) denomina a la fase actual de acumulación en la región “Consenso de los *Commodities*”, el cual habilitó el “retorno a una visión productivista del desarrollo” a la vez que trajo aparejado nuevas problemáticas asociadas al modelo

¹²¹ Este conjunto de gobiernos progresistas “incluye las administraciones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, de Evo Morales en Bolivia, de Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, de Rafael Correa en Ecuador, de Tabaré Vázquez y José “Pepe” Mujica en Uruguay, y de Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela. [...] Estos gobiernos y sus bases de apoyo han usado varias denominaciones, además de la de progresistas, tales como nueva izquierda, socialismo del siglo XXI, bolivarianismo, etc. La etiqueta progresismo es la que se ha consolidado, ya que es utilizada por ellos mismos; un ejemplo de esto son los Encuentros Progresistas Latinoamericanos (ELAP), en los que participan estos gobiernos y sus bases de apoyo.” (Gudynas, 2016: 28-29).

(neo)extractivista. Como explica Katz (2014), se trata de un neo-desarrollismo que subordina la industrialización a la exportación de bienes primarios.

Para pensar tanto este proceso de reconfiguración regional así como también las nuevas problemáticas que emergen en su seno Svampa (2017) propone algunas claves político-ideológicas: 1) los nuevos cuestionamientos de la visión hegemónica del desarrollo a la luz del paradigma extractivista-exportador, 2) la expansión de este modelo sobre territorios indígenas, los conflictos socioambientales y las luchas asociadas por los derechos de los pueblos originarios y poblaciones afectadas en general, 3) los límites de la geopolítica y el regionalismo autónomo latinoamericano frente a la reactualización de relaciones de dependencia –produciéndose una “sucesión” entre actores hegemónicos tradicionales en la región (como Estados Unidos y la Unión Europea) y otros emergentes (como la República Popular China)– que inciden en el proceso de “reprimarización” de economías cuya principal actividad continua siendo primario-extractiva con escaso valor agregado, 4) el retorno de los populismos “infinitos” en América Latina, que plantea nuevamente desafíos y paradojas en términos de construcción de una hegemonía donde “coexiste la crítica del neoliberalismo con el pacto con el gran capital; procesos de democratización con la subordinación de los actores sociales al líder; apertura a nuevos derechos con la reducción del espacio del pluralismo y la tendencia a la cancelación de las diferencias, entre otros” (Svampa, 2017: 52). No es el objetivo desarrollar aquí cada una de estas claves, pero sí se hace necesario al menos mencionarlas en tanto veremos cómo articulan (unas más que otras) las representaciones de los/las informantes acerca de los escenarios y tiempos históricos donde se imbrica esta nueva fase de sus trayectorias migratorias.

Este período de reconfiguración política, económica y social tuvo su reflejo en el caso argentino. En los años posteriores a la crisis del 2001 la economía comenzó a mostrar signos positivos en sus indicadores macro y microeconómicos. Como explican Anlló, Kosacoff y Ramos (2007) el abandono del régimen de tipo de cambio fijo y la consecuente devaluación del peso argentino abarató la mano de obra, produjo un aumento de la competitividad de la producción de bienes transables y favoreció las exportaciones, especialmente a partir de 2004. Tras un prolongado declive, “la industria revirtió –parcialmente– la tendencia de los últimos treinta años a perder participación relativa en el producto total”¹²² (Anlló et al., 2007: 15) . Sin embargo, fue el sector agropecuario el motor clave de la recuperación al conjugarse diversos factores que favorecieron su desempeño. Los precios internacionales de los *commodities* –fruto de la expansión económica de China e India– implicaron un fuerte jalón para las exportaciones del sector primario, generando un cambio de signo en la balanza comercial. El aprovechamiento de esta coyuntura económica se debe también al cambio

¹²² Según estos autores “en esta etapa se ha instalado un nuevo régimen de crecimiento pero no ha habido un proceso de cambio estructural en el sector manufacturero; completado el ajuste de racionalización y modernización impulsado por el programa de reformas, el modelo productivo industrial heredado de esa transformación permanece invariable” (Anlló, Kosacoff, y Ramos, 2007: 18).

tecnológico que experimentó el sector durante las dos últimas décadas, lo que posibilitó dar respuesta a un aumento pronunciado de la demanda¹²³. Finalmente, también jugaron un papel importante los mercados internacionales de crédito y la oferta a bajas tasas de interés (Anlló et al., 2007: 19). El acceso a financiamiento fue decisivo para la inversión y la posibilidad de rentabilidades futuras en un contexto económico que favorecía la expansión de la actividad productiva en todos los sectores de la economía. En lo que al sector público respecta, el aumento de la recaudación fiscal por los derechos de exportación y la recaudación de impuestos y la reestructuración de la deuda pública con los acreedores internacionales desde el año 2005 supuso también un importante alivio para las finanzas públicas y permitió el incremento del gasto (Anlló et al., 2007: 9).

El panorama de la recuperación, a pie de calle, se hacía notar a través de un importante descenso del desempleo, un aumento de los salarios reales que compensaba la caída del poder adquisitivo experimentada por los trabajadores del sector formal – aunque no lograba recuperar los niveles pre-crisis de aquellos que se encontraban en la informalidad–, así como también un cambio en la tendencia a la reducción de trabajos de baja calificación (propia de los años ochenta y noventa). La construcción y la industria, así como algunos servicios (a particulares o a empresas), generaron gran parte de los puestos de trabajo (Anlló et al., 2007: 11). Entre el período 2002-2010 la tasa de desempleo se redujo, respectivamente, del 21,5% al 7,9% en el segundo trimestre (Kessler, 2015: 32). Estos cambios incidieron a la hora de revertir, a partir del 2003, el proceso de profundización de las desigualdades sostenido en décadas anteriores. Explica Kessler (2015: 30) que a raíz del crecimiento de la actividad económica, al aumento del trabajo registrado y la intervención estatal con políticas de salario mínimo y negociaciones colectivas mejoraron los ingresos de los/las trabajadores/as en general y, especialmente, de los/las de menor cualificación¹²⁴. Este proceso de “reregulación de las relaciones de trabajo” (Kessler, 2015: 47) incidió en una reducción de la desigualdad de las remuneraciones y los ingresos familiares en el período 2002-2010, aunque a un ritmo

¹²³ El salto tecnológico estuvo compuesto por “la incorporación de Organismos Modificados Genéticamente (OGM), el uso de fertilizantes y herbicidas asociados, y la aplicación de la siembra directa, como por los desarrollos tecnológicos asociados al acopio (el silo bolsa) y la metalmecánica (el desarrollo de toda la nueva maquinaria agrícola), o los significativos cambios organizacionales que se dieron asociados a ello” (Anlló et al., 2007: 19).

¹²⁴ Basándose en datos del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad social y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Kessler destaca que entre 2003 y 2009 se crearon 4,9 millones de puestos de trabajo en áreas urbanas, triplicándose anualmente la cantidad de nuevos ocupados respecto al período de la convertibilidad y el gobierno de Raúl Alfonsín y cuadruplicándose respecto a la última dictadura militar. Asimismo, para el 2010 el salario mínimo creció un 820% respecto al valor mantenido durante la mayor parte de la década del noventa. Respecto a los convenios colectivos estos se incrementaron también, de 200 negociaciones anuales durante los años noventa, solo en el año 2009 se produjeron 1.331 acuerdos. En este contexto, aumentó también el trabajo formal. Desde el 2005, el 60% de las incorporaciones al trabajo registrado provenía de la economía informal, mientras que el 20% se encontraba previamente en situación de desempleo (Kessler, 2015: 32).

menor desde 2008. La evolución de indicadores como el coeficiente de Gini¹²⁵ y su disminución durante el período también apuntan un retroceso de las inequidades producidas durante la última crisis “pero todavía está en debate cuánto se ha recuperado de lo perdido en los años noventa” (Kessler, 2015: 31). Algo similar sucede con los datos relativos a la distribución funcional del ingreso entre capital y trabajo. Mientras en 1993 el 45% de los ingresos era apropiado por los asalariados, este porcentaje desciende al 30% con el fin de la convertibilidad y la devaluación. Durante el período de recuperación la distribución se incrementará a favor del trabajo, hasta alcanzar el 41,1% en el 2009, año a partir del cual se inicia un nuevo descenso (37,6% en 2011) (Kessler, 2015: 34-35).

En el plano social, el desarrollo de políticas destinadas a ampliar la protección fue uno de los signos distintivos del período. El Estado disponía de nuevos recursos necesarios para hacer frente a necesidades postergadas durante los años de crisis. Entre 2002 y 2009 la protección social se incrementó un 63% y se otorgaron siete millones de nuevas prestaciones (Kessler, 2015: 32-33). El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, posteriormente suplantado por la Asignación Universal por Hijo, los subsidios al consumo y los servicios (como la energía y el transporte), el aumento de la cobertura de jubilaciones y pensiones, así como el incremento del presupuesto destinado a educación y salud, son algunos ejemplos de las políticas de Estado a través de las cuales se incrementó el gasto público y social¹²⁶.

Impactos sobre las experiencias de retorno

¿Cuáles son los principales signos de cambio identificados por las personas que retornaron al país en los últimos años? En general, los cambios producidos en Argentina durante la última década son percibidos por los/las informantes que no dudaron en evaluar tal contexto como favorable para emprender el retorno. En términos de sus propias trayectorias los discursos apuntan fundamentalmente a las nuevas oportunidades laborales que contrastan con el deterioro de las mismas en el contexto español, un factor que los/las llevó a considerar que era el momento idóneo para volver. Explica una de las entrevistadas que “es un buen momento para Argentina, porque hay para trabajar [...] así como cuando nos fuimos, por ahí a principios del 2000 lo era España, ahora no es España” (Silvia, 60 años, E51). Sin embargo, las consideraciones sobre la coyuntura en los discursos van más allá de las propias trayectorias y muchos/as comparten una visión optimista en términos más generales. Los relatos se hacen eco de las diversas mejoras producidas en distintos ámbitos de la sociedad y sitúan estas

¹²⁵ Según datos de la misma fuente, el coeficiente de Gini se incrementó un 18,5% entre los años 1994 y 2002, mientras que descendió un 16% durante el período 2002-2009, restableciendo los valores previos a la reforma neoliberal (Kessler, 2015: 33).

¹²⁶ Para un análisis pormenorizado de la evolución de la protección social en Argentina en las últimas décadas puede consultarse Repetto y Potenza (2011).

transformaciones en un contexto de cambio en Argentina que distinguen de épocas pasadas, previas a la emigración y que contrasta con el contexto de declive de los últimos años transcurridos en España. La percepción general de las personas que retornaron en los últimos años es que la situación del país al volver había sin duda mejorado respecto al momento de su partida y que este hecho facilitó no solamente su propia reinserción en el nuevo contexto, especialmente la laboral, sino que también les permite sostener una mirada más entusiasta respecto a un futuro que auguran más “igualitario”, más “justo”, producto de un nuevo modelo de distribución “más equitativo” que revierte las tendencias de épocas pasadas.

El entusiasmo por estos “nuevos tiempos” es algo más remarcado en los discursos de las/los informantes más jóvenes, algunas/os de las/los cuales manifiestan que el último período que ha transitado la Argentina ha sido el mejor del que ellas/ellos han podido ser testigos, tanto en términos económicos, así como también políticos y sociales. Algunas de las trayectorias de retorno de este grupo de adultos/as-jóvenes pueden ser leídas también en clave de prácticas de identificación, ya que mediante el regreso llevan a cabo sus deseos de participar y comprometerse con un momento político que consideran “histórico” y que revierte sus experiencias previas en el país; otros/as, aunque menos interesados/as en participar activamente e incluso sosteniendo ciertas críticas respecto al presente, tampoco dejan de reconocer los méritos y que lo sucedido “ha sido lo mejor que podía pasar”. Estas formas de transitar los retornos acompañando determinados tiempos políticos y sociales se condensan en un argumento legitimador que se expresa en la idea de “volver, para vivir el cambio”. Es habitual encontrar en los relatos referencias a otros tiempos vividos en la niñez y la adolescencia y el contraste del momento actual, así como las diferencias que perciben en el presente respecto a la situación actual en España. Así lo expresaba Julia, una de las entrevistadas:

Y después, a nivel ya más general, me parecía que estaba bueno el clima que se estaba viviendo acá. O sea, como una cosa así, de identidad, que la gente está orgullosa, que yo no lo había vivido nunca. A mí me tocó de chica los militares y después, de adolescente, la época menemista y nunca sentí como esa cosa de estar contenta de ser argentina; de festejar el día del gaucho en San Antonio de Areco... y empecé a darme cuenta que me gustaba también eso. O sea, como que la época menemista era todo lo contrario, todo el mundo quería, por favor, irse a Estados Unidos. O sea, mi familia no tiene nada que ver con esa onda, pero bueno, me crié en capital, o sea, el ambiente que te rodea era muy de mirar para afuera, en esa época. Y... y me gustó. Me gustó la onda que se estaba viviendo. Y digo: bueno, una vez que siento que a nivel como más social, más general, hay un clima copado, ¿por qué me lo voy a perder estando en Barcelona? Que es lindo, pero llegó un momento que Barcelona me pareció una ciudad linda... nada más que linda. Por ejemplo, ahora que empieza a hacer calor, extraño el mar, extraño nadar, pero digo: ¿me voy a quedar a vivir en una ciudad porque es linda? Y a nivel social, todo lo contrario, allá en los últimos años se empezó a poner muy denso el clima, de la gente que está sin trabajo, aunque a mí no me haya afectado personalmente, como que... padres de amigos que son re progresistas, de repente los escucho decir: “bueno, no sé por qué hay tantos inmigrantes, si al final ni nosotros tenemos trabajo” ¿entendés? Empezás a escuchar cosas así y decís: bueno, la gente está de mal humor, está mal. Mucha manifestación, empecé a tener varios amigos allá con problemas con la policía. O sea, de repente se empezó a poner denso el clima, a la primera de cambio te ponían una multa por desacato a la autoridad, o te encerraban en un calabazo... Empecé a notar que todo

eso que a mí me gustaba a nivel social de Europa, de repente empezó a cambiar, pero medio... bruscamente. Y digo: ¿por qué me la tengo que bancar? Si en Buenos Aires me siento mucho mejor, es mi casa... o sea, digo, ¿estoy acá haciendo alguna promesa o algo? No. Yo dije que me venía un tiempo, bueno, si el tiempo se cumplió, se cumplió. Ya está. No me voy a quedar para nadar en el mar (Julia, 36 años, E27/I).

A partir del análisis de las trayectorias de algunas/os informantes y sus formas de transitar los retornos en estos contextos socio-históricos se desprende que estos discursos no se articulan alrededor de meras consignas, ni se remiten solo a expresar pertenencias o a legitimar percepciones sobre lo sucedido y su mayor o menor acuerdo con la coyuntura política sino que, por el contrario, algunas de las transformaciones producidas en la última década tuvieron efectos prácticos a la hora de volver. Más allá de la ya mencionada situación favorable en relación con el empleo y las nuevas oportunidades que el contexto ofrecía y del que se benefició la mayor parte de las personas que retornaron, algunos ejemplos específicos nos muestran la relación directa existente entre ciertas políticas y determinadas formas de transitar estas experiencias del retorno. Sirve de muestra el caso de aquellas personas que regresaron en una fase avanzada de sus vidas y que aunque hubieran tenido trayectorias laborales precarias o interrumpidas que les impidieron completar los aportes mínimos para obtener una pensión, ahora vislumbraban la posibilidad de acceder a una cobertura en un futuro; es el caso de Silvia (E51), que pensaba solicitar la moratoria previsional¹²⁷ para completar los años no aportados, o el de Horacio (E34), que reinsertándose en condiciones precarias en el mercado de trabajo encontró a través del “monotributo social”¹²⁸ la vía para incorporarse a la economía formal, cotizar por su trabajo como artesano y obtener la cobertura de una obra social, aún en condiciones de vulnerabilidad. Así describía su situación en el momento de la entrevista:

Yo tengo la suerte de estar metidito abajo del ala de Cristina [*por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner*]. Hace un año y medio pasaron unos locos, por ahí por Defensa [*calle donde tiene el puesto en una feria*] y nos dijeron si nos queríamos hacer monotributistas

¹²⁷ La Moratoria previsional es un mecanismo que se introdujo en enero de 2005 mediante la Ley N° 25.994 que permitió que las personas que habían cumplido la edad de jubilación pero no tenían los años de aportes requeridos accedan a una prestación previsional, descontando de la percepción del beneficio el pago de una cuota para saldar la deuda. Esta medida “benefició a más de dos millones de personas, magnitud que elevó la cobertura de adultos mayores (proporción de personas mayores de 65 años con beneficio del sistema previsional) a más del 90% en 2010 [...] Esta cifra superó holgadamente los niveles históricos (luego de descender al 70% en la década de los noventa) e incluso alcanzó el punto máximo de cobertura en toda Latinoamérica (donde se destacan los casos de Brasil, Uruguay y Chile)” (Bertranou, Cetrángolo, Grushka, y Casanova, 2011: 75-76).

¹²⁸ El Monotributo Social es una figura tributaria novedosa, implementada desde 2003 “cuyo objetivo es promover la inserción de trabajadores independientes en situación de vulnerabilidad en la economía formal. El sistema permite, a cambio de un aporte mensual mínimo [...], que los trabajadores tengan la capacidad legal de emitir facturas oficiales, puedan acceder a una cobertura de salud, coticen al sistema jubilatorio (computando como período aportado el tiempo de permanencia en el Monotributo) y puedan ser proveedores del Estado a través de la modalidad de contratación directa” (Novick, Mazorra y Schleser, 2008: 31).

sociales. Y le digo: a ver, explicame... Me dice: “no, porque les convendría a ustedes, que siempre están en el quilombo, en la calle... Y mirá, este sistema es así, ustedes que son artesanos, manualistas, se pueden hacer monotributistas sociales para estar protegidos por una obra social, no están fuera de la ley –porque están pagando un monotributo simbólico– y después para que se les pague la jubilación, el gobierno los asiste con la jubilación también. El aporte de la jubilación y la obra social te lo paga el Estado, y con lo poco que vos traes, como para que tengas una contención y como para darte un poco de disciplina, para seguir cumpliendo con las cosas”. Y me lo dijeron, lo hice y... a los tres meses ya tenía obra social, *Osecac*, una obra social buenísima. Pago aranceles mínimos para artesanos. Nada, una risa, 50 mangos cada mes. Esto salió del Ministerio de Acción Social, mucha gente se metió en esto. Para mí es una forma de blanquearme, a mi edad me están pagando una jubilación, tengo la obra social. Yo, por ejemplo, el monotributo, creo que el mínimo es 240, 270 mangos, no sé cuánto es. Yo ese no lo podría pagar, porque yo tengo más o menos dos lucas [*dos mil pesos*] de gastos y el monotributo, la obra social, esto, lo otro, tampoco me da. No me da. [...] La verdad que fue una salvación, me pude hacer operar del pie, el año pasado tuve un EPOC, también me atendieron, un lujo, una tecnología espectacular, no gasté un mango. Las primeras consultas pagás un bonito, cinco o seis mangos, diez pesos una radiografía, qué sé yo, para gastos. La verdad que estoy contento con ese sistemita del monotributo social. Sí, hay mucha gente que... que le sirvió para mucho, ¿viste? De contención, de sentirse contenida. Yo gano poca guita, pero hay gente que gana mucha menos guita que yo y con eso hace cosas (Horacio, 56 años, E34).

También se puede mencionar el caso de Roberto (E8), que después de una experiencia doctoral y posdoctoral fuera del país decidió solicitar su ingreso a la carrera investigadora en el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas) y accedió a una beca de reinserción del Programa RAICES¹²⁹, si bien se enteró de su existencia una vez llegado a Argentina: “Vengo acá, me enteró que hay una beca de inserción. Que nunca me enteré de que se podía pedir. Yo me había presentado a carrera directamente” (Roberto, 36 años, E8). Como explica Luchilo (2007: 23-24), desde el año 2003 la incorporación de investigadores/as de carrera en este organismo se incrementó de manera sostenida. El aumento de las plazas, sin ser una medida específicamente orientada a los residentes en el exterior, ha tenido un importante impacto en su retorno¹³⁰, en tanto ofrecía condiciones de estabilidad en el empleo y una mejora relativa en los salarios. El número de investigadores del CONICET de acuerdo a los datos publicados por dicho organismo se incrementó de 3.694 en 2003 a 5.057 en el 2007, llegando a superar las diez mil plazas en el 2016

¹²⁹ El Programa Red de Argentinos Investigadores y Científicos en el Exterior comenzó a desarrollarse en el año 2003 y se consolidó a partir del 2008 con la sanción de la Ley 26.421/08. Para un análisis detallado de los contenidos del programa, véase Castiglione (2012).

¹³⁰ De acuerdo a los datos analizados por Luchilo (2007: 24) entre 2004 y 2006 alrededor del 20% del total de los ingresos a carrera correspondían a doctores que en el momento de postularse residían en el exterior. En dicho período ingresaron a carrera 238 investigadores/as que se encontraban en esta situación. De acuerdo a la Base de Datos del CONICET, entre 2011 y 2016 se produjeron 490 ingresos a carrera desde la Convocatoria de Ingreso desde el Exterior, alrededor de 82 ingresos anuales; lo que supone un 11,5% de los 4268 ingresos producidos en el período (<http://www.conicet.gov.ar/recursos-humanos/?graficoid=53649>), consultado el 26 de junio de 2017).

(10.036)¹³¹. Otros/as informantes, tras adquirir nuevas credenciales educativas pudieron reinsertarse laboralmente en posiciones acorde a su cualificación dadas las nuevas oportunidades de empleo creadas tanto en el sector privado, como en el público (algunos/as de ellos/as trabajaban para el Estado en distintas áreas de la administración pública).

Asimismo, constituyen relatos ejemplares en este sentido los de aquellos/as informantes cuyas biografías han estado atravesadas por el terrorismo de Estado durante la última dictadura militar y sus retornos han supuesto la experiencia del reconocimiento en su condición de víctimas por parte del Estado, consiguiendo en algunos casos no sólo la reparación económica, sino también la verdad y la justicia tras décadas de lucha¹³². La experiencia de retorno de una de las informantes estuvo marcada por su participación en el juicio a uno de los imputados responsables de la desaparición de sus padres y su abuela, un hecho fundamental en su vida que imaginaba imposible en otro momento histórico: “es como que uno no termina de creerlo [...] declarar fue bastante impresionante, porque bueno, tenía a un genocida enfrente” (Martina, 36 años, E19). El retorno significó no solamente participar en el juicio, sino también retomar el contacto con los compañeros de militancia de su padre y restablecer vínculos afectivos con familiares con los que a raíz de aquellos trágicos hechos también había perdido el contacto durante décadas. Otro informante, pendiente de resolver el juicio por el asesinato de su padre, explicaba también la relevancia de este momento en su experiencia de retorno:

Lo de los avances de las cuestiones de los juicios, de la memoria histórica, de todo esto que a mí me... que nunca creí que fuera a pasar, la verdad ¿no? Ahora estamos con lo del

¹³¹ Datos consultados el 26 de junio de 2017 en la fuente <http://www.conicet.gov.ar/recursos-humanos/?graficoid=53560>.

¹³² Durante cuatro décadas, desde el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, los movimientos de derechos humanos en Argentina fueron los impulsores de una lucha que sostuvo la demanda al Estado de investigar y sancionar a los responsables de los crímenes de lesa humanidad, así como también reconocer a las víctimas y exigir su reparación. Esta lucha enfrentó distintas coyunturas políticas, más reactivas o más receptivas a las demandas de memoria, verdad y justicia (Palmás Zaldua, Torras, Hourcade, Blanchard, y Griffa, 2016: 25). Sin embargo, fue durante los últimos años que se lograron importantes avances en esta lucha. En el 2003 se sancionó en el Congreso la Ley 25.779 que declara nulas las leyes de impunidad (de obediencia debida y punto final) y en el año 2005 un fallo de la Corte Suprema de Justicia declara su invalidez e inconstitucionalidad y habilita el avance de las causas judiciales por los crímenes de lesa humanidad, que son imprescriptibles e inamnistiables (Varsky, Barbuto, y Plazas, 2005: 49). A estos cambios se sumó el impulso de una política pública de memoria, que promovió la creación de un Espacio para la Memoria y para la Promoción y la Defensa de los Derechos Humanos en la ex Escuela Superior de Mecánica de la Armada, lugar emblemático de la represión, la tortura y las desapariciones (o algo así, para aclarar), así como la recuperación de otros predios e instalaciones que fueron utilizadas como centros clandestinos de detención. En el año 2003 también se creó el Archivo Nacional de la Memoria, cuya principal función sería “obtener, analizar, clasificar, duplicar, digitalizar y archivar informaciones, testimonios y documentos sobre el quebrantamiento de los derechos humanos y las libertades fundamentales en que esté comprometida la responsabilidad del Estado Argentino y sobre la respuesta social e institucional ante esas violaciones”(Varsky et al., 2005: 45). Estos, entre otros cambios acontecidos desde el 2003, han sido fundamentales para impulsar y asentar los avances históricos en materia de Derechos humanos y en la lucha de los organismos por la memoria, la verdad y la justicia.

juicio de mi viejo, 35 años después. Entonces, todo esto también, te cambia bastante. Porque entonces cuando yo estaba allá, los chicos que se iban viniendo, me iban contando, lo del proceso histórico. Aunque lo leías en el diario y allá militando también logramos detenidos, pero cuando los compas estos te decían: “mirá acá, por todo lo que luchamos, es lo que ahora está pasando”. Esto me empezó a entusiasmar. Y al margen de estos avances, también ves un cambio en el estado de ánimo de la gente, ¿no? Después de los años de ajuste del menemismo, de De la Rúa y la cantidad de años que en el país se pasó mal, verles un poco más contentos, pero aparte con los valores que uno había siempre levantado. A veces uno pensaba que era de otro planeta o que a nadie le importaba esto. Y ver que ahora las cuestiones de la memoria, de lo que pasó en los setenta y todo esto, es casi uno de los aspectos principales de la vida cultural, social... [...] También ver a H.I.J.O.S.¹³³ avanzando, que ahora uno de los compañeros ocupa la Secretaría de Derechos Humanos, y que cosas así empiezan a ser reales. Haber estado en la sentencia del juicio de una compañera, de la ESMA... yo no había pensado nunca en algo así, y mirá que milito desde hace 25 años. Nunca me lo imaginé, estar ahí adentro, a mí me cambió... (Maxi, 42 años, E16).

En este sentido, desde la heterogeneidad de las trayectorias migratorias analizadas, se observa que el impacto de los cambios acontecidos durante los últimos años sobre las experiencias de retorno aparece asociado en los discursos al desarrollo de políticas sociales y económicas orientadas a beneficiar al conjunto de la población –que incide desde distintas esferas–, cuyo alcance desborda el que pueden llegar a tener políticas migratorias orientadas al retorno. Las trayectorias y los procesos de retorno objeto de análisis transcurren en paralelo a un período de cambios relevantes en la política migratoria del Estado argentino y su mirada hacia el fenómeno específico de la emigración que se manifiesta a través de la sanción en el año 2003 de la Ley de migraciones 25.871, que por primera vez incluye en la normativa nacional un título¹³⁴ dedicado a la emigración. Como explican Clavijo y Santi (2009), además de la inclusión de la emigración en la citada ley, este giro ha implicado también el desarrollo de mecanismos para vincular a los nacionales en el exterior y romper con la debilidad de los lazos que tradicionalmente el Estado argentino ha establecido con los emigrantes¹³⁵.

¹³³ Sigla de la organización de derechos humanos conformada por hijos/as de personas desaparecidas, muertas y exiliadas, víctimas del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

¹³⁴ El título XI de la ley consta de tres artículos (102 a 104) y se refiere en el artículo 102 a la posibilidad de que el Estado argentino suscriba convenios con los Estados donde residan emigrantes argentinos con el fin de asegurar, bajo el principio de reciprocidad, la igualdad o asimilación de los derechos laborales y de seguridad social que rijan en el país receptor, así como también garantizar las remesas para el sostenimiento de familiares en Argentina. El artículo 103 está destinado a garantizar, en el caso de retorno de argentinos que hayan residido durante más de dos años en el extranjero, la introducción de bienes destinados a la actividad laboral y efectos personales libres de derechos de importación, tasas, contribuciones y gravámenes, limitando; así como también limita la transferencia de estos bienes durante dos años y la posibilidad de gozar nuevamente de este beneficio durante siete años. Por último, el artículo 104 se refiere al deber de las embajadas y consulados de brindar información sobre las franquicias y exenciones para retornar al país. (Dirección Nacional de Migraciones y Ministerio el Interior y Transporte. Presidencia de la Nación, s. f.: 76-77).

¹³⁵ Como apuntan estas autoras, “[t]radicionalmente, el Estado nacional ha implementado una serie de medidas en relación a la emigración, las cuales han resultado acciones coyunturales, tardías y,

Sin embargo, esta nueva aproximación no ha dejado de articularse bajo una “noción de «gobernabilidad» [que] apunta al objetivo de promover una lógica selectiva, de costo-beneficio y de control para los migrantes” (Clavijo y Santi, 2009: 184). Más allá del carácter inclusivo de la actual legislación o de los nuevos programas destinados a vincular a los/las emigrantes argentinos/as con el Estado, como indican Clavijo y Santi (2009: 186), se continúa haciendo hincapié “en el retorno de ciertos grupos de migrantes, fundamentalmente científicos y profesionales” (como es posible observar a través del Programa RAICES). En lo que respecta al caso de programas de vinculación destinados a la población de emigrantes en general (como el Programa Provincia 25¹³⁶), estos siguen poniendo el foco en la participación mediante el ejercicio del voto y muestran dificultades para llegar a mayor número de emigrantes y registrar un aumento significativo y sostenido de su participación (Magliano, 2016).

En las experiencias concretas de retorno aquí estudiadas la vinculación con el Estado argentino emerge habitualmente en los discursos al abordar la cuestión de los preparativos del viaje de regreso, y sólo en aquellos casos que decidieron trasladar sus bienes y pertenencias, algo que no todos/as los/las informantes desearon o pudieron hacer¹³⁷. No son pocas las ocasiones en que el primer contacto con el consulado ha sido al solicitar información sobre este procedimiento. Es común que en esta fase los migrantes que tenían doble nacionalidad no estuvieran registrados en el consulado y tuvieran que tramitar el alta y la baja de forma prácticamente simultánea, ya que era necesaria para el traslado de los enseres. En algunos casos, la falta de registro del nuevo domicilio en España supuso un obstáculo para iniciar estos trámites y terminaron por desistir de la idea de realizar la mudanza:

frecuentemente, focalizadas hacia ciertos grupos del heterogéneo conjunto de emigrantes” (Clavijo y Santi, 2009: 167).

¹³⁶ El Programa Provincia 25 se implementa a partir del año 2007 y tiene por objetivo vincular a los argentinos residentes en el exterior. El programa pretende vehicular las demandas de los emigrantes planteando la necesidad de articular la representación parlamentaria de este colectivo (si bien hasta el 2016 no se había avanzado en el asunto); alentar la participación a través del voto (un derecho reconocido a los emigrantes desde 1991 por la Ley N° 24.007 y su reglamentación en el Decreto N° 1138/93) teniendo en cuenta la escasa participación registrada y asesorar en relación con el retorno mediante una “guía para argentinos que desean retornar”. Respecto a esto último, en el marco del Programa se firmó un acuerdo con IBM para difundir necesidades del mercado laboral en el sector informático entre emigrantes profesionales especializados en dicha actividad (Magliano, 2016).

¹³⁷ Quienes realizan mudanzas internacionales suelen ser grupos familiares que evalúan la conveniencia de trasladar sus pertenencias en función de cuánto les costaría adquirir esos bienes en el lugar de retorno, generalmente se trata de artículos destinados a equipar un lugar de residencia ya previsto y no son muchos/as los/las que se encuentran en esta circunstancia. Como explica una entrevistada: “me traje... lo mío, lo muy personal. O sea, no me traje heladera, ni lavarropas, ni sofás, todo eso lo regalé y lo vendí. Estoy un poco arrepentida, pero bueno, como no sabía dónde me venía, o sea, no era que tenía una casa vacía acá esperándome” (E27). Las mudanzas internacionales implican una inversión de tiempo y dinero que no todos/as están dispuesto/as a hacer o se lo pueden permitir. Por ello, la opción más habitual es vender los bienes antes de emprender el retorno, enviar volúmenes pequeños por servicios de encomienda más económicos o, simplemente, volver sólo con aquello que sea posible despachar con la compañía aérea.

Nosotros me parece que no habíamos hecho el alta, o sí, eso la verdad, te lo debo. No me acuerdo. Porque recuerdo que nunca voté, ni nada, no sé si nos dimos el alta. Como yo me manejaba allá como española, la verdad que no, no sé, la verdad es que nunca estuve conectada con el consulado argentino (María, 34 años, E7).

No mandé nada, porque yo ya había arreglado con una empresa para trasladar todo, electrodomésticos, muebles, y ahí me ponen la traba de que no tengo registrado el domicilio de España en el DNI, desde que me fui de Argentina. Que después lo cambiaron eso, después te admitían el empadronamiento, pero en ese momento no, entonces no pude hacer el retorno. Y nada, me vine con una mano atrás y otra adelante (Lucía, 45 años, E47).

Si bien no es el objetivo de esta investigación analizar la relación específica entre políticas migratorias y retornos, sí resulta de interés apuntar que a través del análisis de los procesos de retorno aquí estudiados es posible vislumbrar algunas de las cuestiones que apuntan otras/os investigadores en relación con los límites de estas políticas. Dentro de la heterogeneidad que caracteriza a este colectivo de migrantes que decidieron regresar al país en los últimos años, son escasas las trayectorias analizadas que se han articulado a partir de algún programa específico de retorno, ya sea del Estado argentino o español¹³⁸. Asimismo, los discursos dan cuenta de un vínculo débil con actores institucionales del Estado argentino que se manifiestan en una escasa participación a través del voto en elecciones nacionales, desinformación o información imprecisa respecto a las políticas y programas en marcha, cuando no una total ausencia de estas temáticas en las narrativas del retorno, que no aparecían sino ante la interpelación explícita de la investigadora sobre estas cuestiones.

Retomando el análisis de los discursos acerca de los tiempos históricos que ahora toca transitar en la experiencia del retorno, es necesario apuntar que estos no discurren ajenos a tensiones. En este sentido, las representaciones más optimistas respecto al momento actual —especialmente cuando lo comparan con otros previos a la emigración o se refieren a los cambios acontecidos durante la inmigración y encontrados al volver— admiten matices diversos cuando se refieren no sólo a las proyecciones futuras, sino también a la evaluación de ciertos aspectos del contexto presente. En los discursos de las/los informantes se traslucen algunas de las controversias que atraviesan no sólo las experiencias de aquellas personas que retornaron al país en los últimos años, sino

¹³⁸ Mencionamos la trayectoria de Roberto (E8) que se benefició del Programa RAICES. Desde España, Tomás (E26) fue el único informante de la muestra que en su condición de migrante extra-comunitario en el momento de regresar pudo acogerse al “Programa de ayudas complementarias al abono acumulado y anticipado de la prestación contributiva por desempleo a trabajadores extranjeros extracomunitarios” (APRE). Ya hemos mencionado en el capítulo dos los requisitos de acceso a los programas de retorno del estado Español; en la mayor parte de los casos entrevistados tener doble nacionalidad desde el momento inicial de la trayectoria o haberla adquirido en su transcurso les impidió beneficiarse del abono acumulado y anticipado de la prestación por desempleo.

también las de conjuntos sociales más amplios. Los últimos años en la Argentina han estado marcados por múltiples debates que se retroalimentan en tanto se imbrican en un escenario complejo caracterizado por una incipiente inestabilidad económica, una creciente polarización político-social y, nuevamente, una intensificación del sentimiento de incertidumbre respecto al futuro. Todos estos aspectos aparecen en los discursos de los/las informantes y son dimensiones fundamentales a la hora de articular sus experiencias del retorno. Veamos con algo más de detalle cada uno de ellos.

Inestabilidad económica

Así como existe consenso acerca de la significativa recuperación y de las diversas mejoras que tuvieron lugar a partir del año 2003, también lo hay acerca de las dificultades que comienzan a enfrentarse a partir del 2008 cuando se identifica cierto estancamiento en las tendencias de mejora y una menor capacidad de la economía de generar empleo (Kessler, 2015: 47). Dentro de los problemas específicos de la economía argentina en estos últimos años destaca la fuga de capitales, el desequilibrio fiscal y la inflación. Respecto al primero, según Katz (2014), entre finales de 2007 y 2011 salieron del país ochenta mil millones de dólares por pagos de deuda, transferencias de empresas extranjeras a sus casas matrices o inversión de empresas locales en el exterior, compras de combustible para paliar la crisis energética y la salida de capitales ante la expectativa de devaluación. En cuanto al desequilibrio fiscal este se ve afectado por la falta de una reforma tributaria progresiva, lo que dificulta equilibrar con nuevos ingresos el aumento del gasto público. Por último, la inflación tiene diversos impactos. Por un lado, en el sector formal de la economía la escalada del costo de vida desactualiza los salarios negociados en los convenios colectivos, en tanto las mejoras obtenidas mediante las paritarias pierden vigencia con las remarcaciones de precios. Por otro lado, este problema perjudica asimismo a los sectores informales y más desfavorecidos en tanto también licua el valor de lo percibido mediante transferencias sociales, como la Asignación Universal por Hijo. Como explica Kessler, si bien la inflación afecta proporcionalmente los ingresos del conjunto de la población, su impacto en el bienestar de los hogares es sin duda mayor entre aquellos sectores menos favorecidos que dedican gran parte de sus recursos al consumo cotidiano y al pago de bienes y servicios (Kessler, 2015: 41). En el año 2007 la variación del IPC alcanzó el 26%, una cifra significativa teniendo en cuenta que rondaba el 10% en años anteriores, a partir de entonces su valor osciló alrededor del 25%, superándolo desde 2010 (Beccaria, Maurizio, y Vázquez, 2015: 96).

Dentro de estas problemáticas, la inflación y el mercado de trabajo son las que en mayor medida preocupan a quienes han retornado al país, en tanto en los últimos años han visto reducido tanto su poder adquisitivo, como su capacidad de ahorro y algunos/as llegan a poner en duda la supuesta estabilidad laboral de la que gozan en el presente. Claro que frente a la actual coyuntura de inestabilidad económica algunos/as informantes gozan de mayor protección o reaseguros que otros/as. En este sentido, la

situación más ventajosa es la de aquellos/as asalariados/as que lograron reinsertarse laboralmente en la economía formal:

Yo empecé ganando 5000 y ya subí a 7100 [*pesos*] y es por los acuerdos de las paritarias. En Argentina, como hay inflación, lo que se acordó es que cada gremio tiene que negociar sus aumentos salariales en base a los aumentos que hubo de un año para el otro. Entonces bueno, se negociaron las paritarias este año con respecto a la subida de los costos y de la canasta familiar. Te imaginarás que con el tema de precios hay un problema. Tu sueldo se actualiza pero los precios crecen de otra forma, ¿no? Si bien hay una medida de la inflación que es del veintipor ciento anual, bueno, hay cosas que seguramente suben más que otras. Entonces bueno, al principio yo tenía mucho miedo con lo del sueldo. Yo pensaba que no me iba a alcanzar para nada. De hecho, pago un alquiler, y el año pasado no lo pagaba y sentía que no me alcanzaba el dinero. Pero creo que tiene que ver también con la cuestión esta de acomodarse, ¿no? También convengamos que nosotros somos dos. Que no tengo niños, que no van al colegio, que no hay que comprarles zapatos o ropa cada dos meses y esas cosas. Entonces bueno, es muy diferente plantearte la vida cuando son dos personas adultas que cuando hay niños en el medio. Yo siento que es difícil vivir acá, en ese sentido, porque bueno, a pesar de los esfuerzos que ha hecho el gobierno para contener un poco las subidas y demás, la cuestión de los precios no la maneja el gobierno, supongo que es una pulseada (Pilar, 43 años, E17/II).

Acá me indigna; llenarte la canasta para morfar, me parece que está carísimo. Ese es un punto que la presidenta lo tiene que tomar en cuenta –que ya lo toma– pero yo no puedo ir al mercado central de Buenos Aires a comprar, hay que hacerlo para todos. Pero bueno, es un proceso que le va a llevar mucho y una gran lucha con los empresarios y los costos y su puta madre, pero bueno, le va a costar mucho pero algo va a pasar, desde mi punto de vista, porque es lo que está pasando en la calle y es el tema caliente que hay, entonces ella de alguna manera va a bajar una línea, algo va a pasar. [...] Por eso, para mí acá está carísimo, eso está mal, un sueldo te tiene que alcanzar para comer y vivir bien. Y a qué le llamo vivir bien: tener tu linda casita, tu morfi [*comida*] y después a laburar de una manera cómoda (Quique, 33 años, E42).

La inflación es reconocida como uno de los grandes problemas económicos del momento con importantes implicaciones, tanto políticas (respecto a las dificultades del gobierno para darle una solución duradera) como sociales (las dificultades que supone a la hora de solventar necesidades básicas como la alimentación). El desfase que se produce entre el incremento de los salarios y el encarecimiento del costo de vida a menudo se puede solventar dadas las situaciones particulares de los/las informantes (la composición familiar, el tipo de inserción laboral o la disponibilidad de ciertos capitales económicos, como tener una vivienda en propiedad). En el extracto de Pilar se vislumbran estas cuestiones: su participación en la economía formal le supone ventajas en lo que respecta a la negociación de su salario (situación que no afecta a la totalidad de las personas que retornan), al tiempo que destaca la importancia de no tener cargas familiares. En este sentido, la posibilidad de resolver o no la situación económica particular está relacionada con una combinación de factores que hace que nos encontremos con situaciones heterogéneas. Otra entrevistada, soltera y sin hijos,

considera asimismo relevante el hecho de vivir en la casa de sus padres que permanecen en Madrid, y si bien no es propietaria, es esta circunstancia de no tener que pagar un alquiler la que le permite vivir sola en un piso. Así y todo, mantiene dos trabajos para poder cubrir todos sus gastos, una situación de pluriempleo que confirmamos en otros casos también y que apunta a procesos de reinserción en condiciones laborales precarias. Fernanda no duda en afirmar que “a nivel económico, es más jodido acá, desde luego, pero por una cuestión del tema de la inflación porque, obviamente, los sueldos no suben en función de lo que sube el precio del costo de vida. ¡Para nada!” (E4/I). A esta informante, la precariedad de su situación laboral era otro aspecto que le preocupaba y le preocupa respecto a su experiencia del retorno:

Salvo ahora, siempre aquello [España] estuvo como más estable. Yo tenía miedo acá, para mí volver era volver a la inestabilidad ¿entendés? Era volver al quilombo, a que un día estés seguro, otro día no; seguro, no de seguridad en la calle, sino laboralmente hablando, económicamente. Yo que sé, allá sentía que pasara lo que pasara iba a tener donde caerme muerta. De hecho, tuve momentos de laburo pésimo y bueno, tenía el paro que me salvaba, por ejemplo. Siempre la fui zafando, de una manera u otra, nunca sentí que me podía quedar en la calle. Tampoco acá me iba a pasar... por una cuestión del entorno en el que me manejo, digamos. Pero quiero decir, una situación mala, ¿no? De decir, puf, lo estoy pasando mal... No, o sea, como que siempre fui tirando allá, y tenía la sensación de que si me volvía para acá eso no me iba a pasar, por eso siempre tuve mucho cagazo de volver. Y allá tenía cierta comodidad, también. Estaba mi familia, que es importante (Fernanda, 30 años, E4/I).

En los discursos emergen con frecuencia las comparaciones de estos aspectos relativos a la inestabilidad/estabilidad económica y las diferencias de sus experiencias en la inmigración y el retorno. Comparaciones comprensibles, si tenemos en cuenta que aproximadamente la mitad de las personas entrevistadas regresaron al país entre el 2009 y 2013, un período que si bien permitía comprobar las mejoras que se habían producido durante la inmigración, también coincide con un momento de importantes cambios en la coyuntura económica y política; transformaciones que abren un nuevo ciclo que muchos/as investigadores/as coinciden en diferenciar del período previo de clara recuperación que se inicia con la post-convertibilidad y llega hasta el año 2007-2008.

Polarización político-social

Otra dimensión relevante del retorno es aquella relativa a los tiempos políticos que transcurren en paralelo a estas experiencias y, concretamente, a lo acontecido durante los últimos años en relación con un clima creciente de polarización en el plano político-social. Dependiendo del momento de la llegada (previo o posterior al 2008) los/las informantes han acompañado estos cambios o se han encontrado con un escenario ya delineado que los/las interpelaba a reposicionarse. Para comprender a qué nos estamos refiriendo con esta dimensión relativa a la polarización político-social retomamos el análisis de la cuestión propuesto por Svampa (2011) que apunta los principales giros acontecidos desde el 2001. La autora distingue tres momentos relevantes: 1) la crisis generalizada y la rebelión del 2001 que abre un ciclo nuevo de movilización social, 2) la

presidencia de Néstor Kirchner que asume el gobierno en el 2003 e interpela a la sociedad y a las organizaciones sociales con un discurso progresista, nacional-popular y de “vuelta a la normalidad” que genera un escenario político nuevo y 3) un tercer momento de reemergencia de la conflictividad entre el gobierno nacional (ahora a cargo de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner) y determinados sectores económicos; concretamente, con los productores agrarios en el 2008 (por el aumento de las retenciones a las exportaciones del 35% al 44%) y con el multimedio *Clarín* en 2009 (por la Ley de Medios Audiovisuales). No se trata aquí de detallar el desarrollo de cada uno de estos conflictos y del papel jugado por los distintos actores, sino de recalcar, junto con Svampa, que este tercer momento fue “un parteaguas” que reactualizó

“viejos esquemas de carácter binario, que atraviesan la historia argentina y han anclado fuertemente la tradición nacional-popular: civilización o barbarie; peronismo o antiperonismo; pueblo y antipueblo [...] Como consecuencia de ello, Argentina comenzó a transitar un escenario de polarización político-social, comparable al de otros países latinoamericanos (como es el caso de Venezuela)” (Svampa, 2011: 27).

Este tercer momento se convierte en una dimensión clave para comprender los discursos de los/las informantes relativos a sus experiencias del retorno y su relación con determinados tiempos históricos. En sus relatos se vislumbran los debates actuales acerca del desempeño del gobierno en los últimos años y sus políticas económicas y sociales, así como también se reflejan las diversas tensiones y controversias que organizan el campo discursivo en cuestión. En este sentido, los discursos replican las distintas fracciones ya presentes en el conjunto de la sociedad y no podemos atribuir sus sentidos a una posición discursiva específica de quienes retornan, sin embargo, sí es posible observar en estas construcciones algunas particularidades relacionadas a las experiencias migratorias y, concretamente, a los procesos de retorno.

En primer lugar hay que destacar que los discursos de los/las informantes denotan una heterogeneidad que trasciende la dicotomía instalada; sin embargo, vamos a comenzar analizando las fracciones discursivas que reproducen esa estructura. A un lado, se ubican aquellos/as que, sin ambages, manifiestan su apoyo al actual proyecto político; al otro, nos encontramos con la fracción discursiva que, por el contrario, lo rechaza de plano. Aunque enfrentados en lo que respecta en sus contenidos, ambos discursos asumen el actual escenario de polarización político-social como aquel donde se produce su reinserción social y desde el cual expresar sus respectivos apoyos y desacuerdos. El siguiente extracto de entrevista ejemplifica los discursos de la primera fracción así como también una situación frecuente que se presenta entre adultos jóvenes que si bien no tenían mayores inquietudes políticas en momentos previos o durante la inmigración, sus procesos de reinserción social con el retorno resignificaron este aspecto en sus trayectorias:

Yo no soy un tipo muy politizado pero, hoy en día, escuchar a una persona que habla mal de Cristina o debate cualquiera, yo, está todo bien pero agarro y me voy, no me interesa. Me pasa con mi viejo, que está todo bien, un ratito, pero me levanto y me voy, porque esto es un proceso que en la vida pasó o por lo menos nosotros no tuvimos la oportunidad

de vivirlo y que la gente niegue lo que está pasando no va, conmigo no va, porque te empezás a cerrar. Tampoco soy tan radical.

Vos ¿cómo lo ves? ¿Qué está pasando?

Y, yo creo que somos muchos los que pensamos que queremos tener un país para todos. Sí, hay gente que piensa sólo para ellos, pero somos muchos los que pensamos que queremos un país para todos. Y toda esa que te ponen, que somos agresivos, que lo único que queremos hacer es dividir el país, yo, desde mi punto de vista, son ellos, ¿entendés? Ellos son los que están enojados con que el país sea para todos, yo no tengo problema con que el país sea para todos, a mí no me enoja nada. En la calle, quién se enoja, el que tiene un Audi es el que te lo pone encima, no es el loco que viene con el carro. Yo creo que el que más enojado está es ese, el que no quiere el país para todos. Yo creo que es al revés de lo que dicen los medios, nosotros estamos disfrutando de esto que está pasando, estamos viviéndolo, contentos. Pero bueno, “están dividiendo el país”. Para mí es al revés de lo que dicen. Y, ya te digo, hay gente que me cuesta, ¡ba!, son gente que conozco hace mucho, debate cualquiera, me indigno un rato, el otro se indigna y ya fue. Pero si es gente que no conozco, directamente no la escucho, me levanto y me voy. Porque no, no es gente capaz de... no ven todo lo que pasó y te dicen barbaridades, que “le estamos regalando plata a los negros”, ¡cosas así que vos no podés ni escuchar! ¿me entendés? Vos escuchás una cosa así y ¡te tenés que agarrar la cabeza! Aparte esa gente te habla de Europa, te habla de... y no vivieron, no salieron nunca del pueblo donde viven. No sé, es complicado, hay mucha gente que habla demasiado y no sabe mucho... Es así, pero, no sé, yo interpreto que acá estamos viviendo un momento muy lindo, un proceso muy lindo, Argentina para mí está hermosa y es un momento histórico, hay que disfrutarlo, hay que vivirlo, de una, para mí es así (Quique, 33 años, E42).

El discurso de este informante condensa algunos aspectos centrales de esta clase de posiciones que asumen los esquemas binarios a la hora de leer la actualidad de los tiempos políticos. Se trata de discursos que expresan abiertamente la diferencia entre un “nosotros” y un “ellos” a los que atribuyen posturas políticas e ideológicas opuestas. En el extracto concreto de este entrevistado, el “nosotros” está conformado por todas aquellas personas que apoyan un proyecto político y de país inclusivo, “para todos”; mientras que “ellos”, los que no suscriben este tipo de proyecto, miran por sus propios intereses; intereses de clase que se estarían viendo perjudicados frente a la intervención de un Estado que, desde el punto de vista de los/las informantes, tiene por objetivo redistribuir la riqueza de forma más equitativa. Esta sería la principal razón por la cual la fracción opositora expresaría un malestar que es a su vez el responsable de “la división”. La polarización político-social en este tipo de discursos sería producto del desacuerdo manifiesto de un sector que insiste en negar cualquier tipo de mejora producida durante los últimos años, inclusive cuando ellos mismos se hubieran visto directamente beneficiados. Como explica otra entrevistada:

Estoy contenta de estar acá... hay cosas que me ponen de la cabeza, que no las comparto para nada, que me hacen acordar a la crispación que había de los diferentes gobiernos en España, cuando se echaba leña al fuego. En este momento también, aquí, es un momento de crispación. Cómo decirte... yo constato que ciertas políticas y reformas legislativas han contribuido al bienestar general de la población, sin duda alguna. [...] Entonces, son logros impresionantes a nivel de la sociedad civil, en gran parte porque hay un devenir progresista de Argentina de muchas décadas anteriores y un pensamiento que ha llevado

hacia eso... Pero también porque este gobierno lo ha consolidado, lo ha mantenido y ha metido mucho dinero, mucho presupuesto. Entonces, esos logros me parecen fundamentales, desde la visión que yo tengo de lo que debe ser un gobierno para hacer una gestión ciudadana más equitativa. Esto no quiere decir que no haya sectores que no lo vean bien. Hay sectores que son amplios de la ciudadanía, que son más provocadores, ¿no? Y me he encontrado con mucha gente que uno le pregunta: ¿pero vos estás mejor que antes? Porque vos antes no tenías auto cero kilómetro y ahora tenés, vos antes alquilabas y ahora tenés tu casa, o vos tu casa la tenías hecha un desastre y ahora la tenés mejor, o tu casa era chiquita y ahora es grande. Esto es en general, a veces, ¿no? Entonces, encontrás gente que no apoya y que te dicen: bueno, yo sí estoy mejor, pero no puede ser que no puedas comprar dólares. Y bueno, eso existe, y vos decís, ¿para qué querés comprar dólares si tenés todo cubierto con la economía nacional? ¿Vos te crees que en Inglaterra, en España, compran dólares canadienses para...? ¡No! ¡La gente no! La gente vive con eso. Entonces, sí creo que desde hace un año hasta ahora, si bien ha habido políticas que se han consolidado, creo que también se ha incrementado una opinión pública contraria a los logros que ha habido. No me lo explico muy bien, no tengo las respuestas, tengo las preguntas (Silvia, 60 años, E51).

La polarización político-social y sus efectos prácticos no sólo organizan el campo político y las pugnas entre diversos actores (gobierno nacional, oposición, sindicatos, movimientos sociales, etc.) sino que también atraviesa la vivencia cotidiana de los/las informantes, afectando sus procesos de reinserción social. Son múltiples los relatos que remiten a la conflictividad que actualmente atraviesa sus relaciones (familiares, de amistad, laborales) cuando emergen estos esquemas dicotómicos que sólo dejan lugar a posiciones antagónicas. Uno de los informantes relata una escena que bien sirve para ilustrar cómo esta lógica del relacionamiento entre posturas encontradas discurre en situaciones ordinarias:

Hay mucha pelea; eso sí, hay mucha división, por ejemplo, a mí hay un par de amigos que me retiraron ya el saludo y la palabra.

Ah, ¿sí? Contame...

Y, tengo una amiga que... era una compañera de la facultad, estudiamos juntos, hicimos millones de cosas juntos. Nunca pensamos políticamente igual, porque ella siempre fue "gorila" y bueno, yo qué sé. Pero la otra vez, estábamos en una reunión de 10, 15 personas, todos compañeros de la facultad, cada uno con su pareja, hizo un comentario con lo de La Matanza: "Porque en La Matanza, habría que poner una bomba"... Le dije: no seas boluda, no seas nazi... no podés decir eso. Dejate de joder, porque yo no tengo por qué aguantarte semejante acto de racismo. "No, pero no es racismo". Y bueno, ¿qué es? porque ¿es un chiste? Si es un chiste, es malísimo. Y no es un chiste. Realmente lo pensás, que habría que poner una bomba. Serías feliz si mañana te dicen que la pusieron y que desapareció La Matanza; que no sabés ni dónde está, ni cómo es, ni cuáles son los barrios, así que no me hinchés las pelotas. Para vos es un ente, como decir «los negros». Es lo mismo, La Matanza y los negros, para vos es lo mismo. Es sinónimo. Sí, no sé qué... no sé cuánto. Me dice: "vos no te das cuenta que sos un patotero". ¿Qué patotero? Estás diciendo una barbaridad y ¿querés que no diga nada? ¿que me quede sentado y callado? Diciendo: bueno, puede ser ¿Querés entablar una discusión política? La discutimos, pero no esta pelotudez. Si arrancamos con una declaración de racismo como la que acabás de hacer no se puede seguir. Bueno, se enojó tanto que me dijo: "no, no soy más tu amiga". Bueno, listo, ok ¿Qué querés que te diga? ¿qué querés que haga? [...] Pero, y entonces, te

das cuenta, empiezan con “el enfrentamiento, el enfrentamiento, el enfrentamiento”, ¿de qué? ¿Por qué? Porque alguien dice algo y ¿qué? ¿no se te puede decir nada? No, hay que estar calladito la boca, no me puedo pelear con vos, me la tengo que bancar. ¡Ah! vos sí podés decir cualquier barbaridad, ¿no? La “yegua” [*en alusión a la presidenta*], la no sé qué, la no sé cuánto y yo me la tengo que fumar. No (Agustín, 42 años, E21).

La conflictividad, en ocasiones, parece inevitable y lleva a discusiones enconadas como la antes descrita, donde se ponen de manifiesto posiciones que parecen irreconciliables. Ante esta aparente imposibilidad de resolver las diferencias es habitual que se produzca un “cierre de filas” que, paradójicamente, clausura la misma posibilidad de sostener cualquier debate y conduce al no reconocimiento del otro como interlocutor legítimo. Ambas partes se acusan de imposibilitar el diálogo y de quedar, finalmente, abocadas a un silencio que, sin embargo, cada una percibe que tiene el derecho y el deber de resistir. Para quienes se sitúan en la fracción discursiva “opositora” resistir el silencio implica construir un “contra-relato” que denuncie y ponga sobre la mesa las problemáticas que la narrativa “oficialista” oculta mediante el empleo de un “aparato mediático” que promueve la (re)producción de un discurso que no es fiel a la realidad de la coyuntura presente, tal como explica la siguiente entrevistada:

Porque yo te digo, yo la odio [*a la presidenta Cristina Fernández*]. Yo la odio y nunca me ha pasado. A Menem no lo odiabas, por ahí no lo querías, pero no lo odiabas. Esta mujer te saca lo peor de vos y eso es lo tremendo, ¿entendés? Porque te genera sentimientos malos, ¡no sanos para vos! Yo, de hecho, no la puedo escuchar. Me hace mal. Miente a la cara por cadena nacional, vendiendo versos permanentemente, que los contrastás con el día a día, con ir al supermercado, con salir a la calle, ¡no hablan de inflación, no hablan de inseguridad! Yo me pongo la tele para despertarme, por el tema del tráfico, y siempre amanecés con un asesinato, últimamente todos los días matan a alguien; y es acá a la vuelta. Hoy le tocó a él, mañana te tocó a vos. Y que ni siquiera digan nada, o que la ministra Garré tenga el tupé de decir que bajaron los índices. Esta mina ¿dónde vive? Claro, ella vive rodeada de custodia. Ellos son intocables, pero el que anda de a pie, te matan a la salida de tu casa. Entonces, son esas cosas que vos los escuchás... y lo más triste de todo es que el aparato mediático, eso es importante, el aparato oficial es tan tremendo [...] La otra vez se le ocurrió a la *queen* nuestra hacer una cadena nacional en horario *prime time*, a las diez de la noche, ¡se armó un quilombo! No sé si fue el día de la industria. La gente se hartó. Te pone la cadena nacional en el horario que vos te querés desconectar de los quilombos diarios y ver algo intrascendente, algo que te puedas reír y relajar: no, te viene la mandona con la cadena nacional de una hora y no sé cuántos minutos a decirte que está todo bárbaro, fantástico, que no te roban, que no te matan, que no hay inflación, que no hay cepo cambiario, que está todo hermoso. Entonces, ahí, mucha gente reventó, dijeron: hasta acá llegamos, y se empezó a manifestar. Y ahora, hoy justamente leía un artículo, hay mucho temor por el 8N. El 8 de noviembre va a haber una marcha masiva, en todas las ciudades de Argentina... yo fui a Plaza de Mayo [*en referencia a una manifestación opositora que se había realizado recientemente*]. Yo antes, en el 2008, había ido a la marcha del campo. Y en la de Plaza de Mayo, te juro, se te erizaban los pelos del cuerpo, de ver la cantidad de gente con... ¿sabés qué? con paz, de ir a manifestarse, a decir: mirá, yo esto no lo quiero. Y estaba bueno, porque vos te sentías... porque uno se siente que está solo ¿viste? Esto a mí no me gusta, pero te machacan tanto, que el 54%, que el 54%, que el 54% [*porcentaje con el que Cristina Fernández de Kirchner ganó las últimas elecciones presidenciales*], que vos decís, ¡no puede ser! Yo hay algo que me estoy perdiendo de todo esto, porque no puede ser que esté todo tan bien y que yo lo vea tan mal. Y yo leo un abanico importante de diarios, leo alguno más o menos oficialista, ahora

leo *Clarín*, leo *Perfil*, leo *La Nación*. Pero llega un punto que escuchar un relato oficialista no te sirve, porque no te hablan de la realidad, entonces si a mí me dicen que la inflación es del 8% cuando el litro de leche me aumentó un 50%, vos decís, no entiendo; que bajó el índice de inseguridad y te enterás que acá a la vuelta cagaron a palos y vaciaron tres departamentos, ¿qué? ¿de qué me hablás? Entonces, son todas esas cosas (Marta, 40 años, E13).

El extracto seleccionado es un ejemplo de discurso opositor ya asentado, elaborado a lo largo de años, que se articula desde el mismo momento del retorno, cuando este coincide con el conflicto entre el gobierno nacional y el sector agrario en el año 2008 y la entrevistada toma claramente partido, sumándose a “la reacción de sectores de la clase media porteña, que salieron a la calle a apoyar a los sectores agrarios, cuestionando el estilo político autoritario del gobierno” (Svampa, 2011: 27). Sin embargo, los ejes que lo articulan no distan de lo expresado por otros/as informantes ubicados en esta fracción, en resumen: frente a la percepción de un ejercicio autoritario del poder, la manipulación de la información, el recorte de libertades y la intención de “dividir” a la sociedad que atribuyen al gobierno, este sector crítico se presenta como una minoría legítima que tiene el deber de desvelar “pacíficamente” la “verdad” de la actual coyuntura, ejerciendo su derecho a la libertad de expresión.

En definitiva, un aspecto común a estos relatos que desde el antagonismo reactualizan la polarización reproduciendo aproximaciones dicotómicas a la realidad política, es que ambos se sostienen en una serie de omisiones temporales que les permiten “blindar” los discursos frente a las controversias o contradicciones que cada uno encierra. En este sentido, aquellos/as que comparten y sostienen el relato nacional-popular, configuran una narrativa que al tiempo que prima las comparaciones entre el momento actual y épocas pasadas, también destaca la importancia de las proyecciones a futuro. La primera comparación permite evaluar positivamente el devenir post-crisis del 2001 y poner de relieve las mejoras que es posible comprobar, la segunda se orienta al carácter prometedor que este modelo político plantea en un futuro no necesariamente cercano. Los/las informantes ubicados/as en esta fracción discursiva suelen mencionar que los resultados de muchas de las políticas implementadas no se verán sino dentro de muchos años, incluso décadas; pero que, en definitiva, son un reaseguro para el porvenir y el bienestar de generaciones futuras. Como dijo uno de los entrevistados: “muchos procesos que se iniciaron no ves los resultados hoy en día, pero eso transforma radicalmente algo a futuro. Este país está pensando a 20 años, cosa que nunca pudimos hacer” (Adrián, 35 años, E14). Esta “promesa de futuro” permite obviar o subestimar la relevancia de algunas dificultades propias del presente argumentando que “todavía falta mucho”, “todavía quedan muchas cosas por hacer”, “millones de cosas por mejorar”, al tiempo que no dudan que de momento el rumbo político tomado es el correcto. En la fracción discursiva opuesta, la temporalidad protagonista de la narrativa es el presente; en base a lo que sucede “hoy, aquí, ahora” cualquier consideración de mejora queda impugnada. Al omitir el carácter diacrónico propio de cualquier proceso político se invisibilizan las dis/continuidades con el tiempo pasado o las expectativas futuras. Las dificultades inmediatas, propias de la coyuntura en el tiempo presente, son para esta

fracción la prueba irrefutable del fracaso de las políticas del gobierno y articulan una lógica a partir de la cual se valida la oposición como una forma de enmienda a la totalidad. Como explica Svampa (2011), el discurso binario que se consolidó finalmente como “gran relato” del kirchnerismo y que sintetiza la oposición entre bloque popular y sectores poderosos –identificados con monopolios, corporaciones, “gorilas”, antiperonistas– no es en sí una novedad:

“Como en otras épocas de la historia argentina, los esquemas dicotómicos, que comenzaron siendo principios reductores de la complejidad en un momento de conflicto, terminaron por funcionar como una estructura de inteligibilidad de la realidad política” (Svampa, 2011: 28).

Pero queda por analizar otra fracción discursiva, que es quizá la que con mayor frecuencia hemos encontrado entre los/las informantes y desde la cual lo que se cuestiona es, precisamente, la propia dicotomía como estructura de inteligibilidad de la realidad política. La polarización político-social forma parte de este nuevo contexto en el que se imbrican sus experiencias de reinserción; y a la par que se reconoce que este tipo de estructuras binarias no son del todo novedosas, también consideran que se han “exacerbado” en los últimos tiempos. Se trata de discursos que pretenden resistir ciertas categorías y encasillamientos –aunque no parece una tarea sencilla sustraerse a sus efectos– y reclaman la posibilidad de participar de los debates actuales de una forma “menos apasionada” y, si se quiere, más edificante. Parte de la experiencia de reinserción tras el retorno en este tiempo histórico caracterizado por la polarización tiene que ver con la búsqueda o la negociación de espacios que habiliten este tipo de toma de posición alternativa. Como explica Grimson (2004: 190), “[l]os actores no se encuentran condenados a actuar en la lógica de una cultura del conflicto ya instituida. Sin embargo, a menos que busquen cuestionar esas lógicas, tienden a verse compelidos a actuar dentro de aquellos marcos históricos”. En los extractos de entrevista de las siguientes informantes es posible observar algunas de las críticas, las resistencias y las tensiones que sostienen y atraviesan los discursos de esta fracción:

Seguimos manteniendo esta cosa dicotómica, ¿no? Eso veo. Y digo: a ver, podemos escuchar al otro, a lo mejor es una crítica sin destruir, que puede reconocer todo lo bueno que tiene el gobierno de Kirchner –que tiene y mucho, sin duda– pero también permitirme decir que hay cosas que no están bien y eso no me hace anti-kirchnerista o anti-cristinista, me hace una persona que intenta mirar de una forma menos apasionada la realidad. Pero veo que sigue habiendo esto de: si yo te critico, es que soy anti-Laura. No, no soy anti-Laura. Y esa cosa dicotómica. [...] Todavía no lo sé, pero yo creo que voy a tratar de encontrar un punto en el medio. Además, por mi propia experiencia de vida, esos apasionamientos al final no nos aportan. Si estoy apasionada pensando en lo maravilloso que es mi proyecto no estoy escuchando todo lo que me podés aportar, seguramente mucho... y eso creo que es una práctica política que tenemos acá: blanco o negro, punto. En el medio no hay nada, en el medio no hay posibilidades, de evaluar, de pensar... No nos movemos en esa zona y creo que eso es lo que no me gustaba y otra vez volví a eso, ¿no? (Marina, 35 años, E33/I).

Ahora está más exacerbado, porque ahora con esto del kirchnerismo hay como una cosa muy fuerte de: sos de Cristina o no, como una guerra. Eso también me impactó cuando vine. Yo recuerdo que cuando trabajaba en la otra escuela se armaban debates políticos con mucha libertad, cuando uno disenta, nadie se sentía agredido, ni ofendido. Ahora hay todo un miedo de expresar la política, porque automáticamente te encasillan en un sector, y si vos decís que no estás con ninguno de los dos te dicen que sos un tibio ¿viste? Entonces como que hay una guerra y tenés que estar de un bando. [...] Yo no hablo, a no ser que esté con gente de mucha confianza. Trato de expresar ideas, más que posturas políticas. Por ejemplo, yo ahora presento una reclamación en la municipalidad, seguramente me tildan de peronista y que pongo una queja porque quiero perjudicar al socialismo... Entonces, es muy difícil así construir, con posturas tan cerradas (Lucía, 45 años, E47).

Ante la interpelación y la demanda de tomar partido dentro del esquema dicotómico, las prácticas cotidianas de quienes se ubican en esta tercera fracción discursiva se debaten entre la resistencia y/o el repliegue; alternativas que en ambos casos conllevan ciertos inconvenientes y riesgos. La resistencia a posicionarse en uno de los “bandos”, arrastra el inconveniente de ser nuevamente etiquetada/o con categorías que deslegitiman esta posición. La negativa a sumarse a las opciones pre-existentes es confundida con una pretensión de neutralidad y/o tibieza. Ser visto como “un tibio” implica cargar con el peso negativo de lo deficitario, de la falta de compromiso propia de una actitud alimentada ya sea por la indiferencia o la cobardía característica de quien no toma partido. Al imponerse este tipo de encasillamientos lo que se niega es el reconocimiento de la existencia de otras formas posibles de participación e interpretación de la realidad, alternativas a las ya instaladas. La segunda opción frente a la interpelación es el repliegue, cuyo principal inconveniente o riesgo es que puede conducir a situaciones de (auto)exclusión. Sin embargo, hay que comprender también el sentido estratégico de estas prácticas, en tanto parece recurrirse a cada una de ellas o inclusive combinarse en función de situaciones diversas. El repliegue se presenta a menudo en contextos cargados afectivamente, donde parece facilitar el sostenimiento y la viabilidad de ciertos vínculos y relaciones, especialmente las familiares. Veamos a continuación un extracto que corresponde a una entrevistada que ejemplifica bien cómo en el marco de las estructuras dicotómicas se opta por el repliegue, a la vez que menciona algunos de los motivos de esta elección:

El país, qué sé yo, la verdad que no me gusta mucho hablar de política porque aquí, no sé, no quiero herir sensibilidades ¿viste? Y es verdad, en este país somos como muy radicales, o sos pro o sos contra y no existe nada medio; los pro se ponen negros y los contras se ponen negros... entonces como que yo... soy suiza [ríe]. No me gusta hablar de política. Sí, como que soy pro de algunas cosas, me parece que algunas cosas se hicieron bien, algunas cosas se hicieron mal, pero no, no... De hecho tuve que ir a votar, no sabía ni a quién votar. No, no tomé partido. Y prefiero, por el momento, no tomarlo. Por eso cuando tenga que volver a votar va a ser otra vez un problema. [...] Pero acá, cada vez que decís algo te dicen, “no, porque no sabés”... y ¿viste? yo no sé realmente de política. Conozco, sé de historia lo que aprendí en el colegio y en la facultad, pero como que nunca mis intereses fueron por ese lado, entonces como que también, no, no me siento lo suficientemente capacitada como para hablar aquí, que todos saben todo ¿viste? [con ironía] Entonces me quedo callada (Jimena, 36 años, E11/II).

En otras ocasiones, al repliegue le sigue la “retirada”. En estos casos la polarización se describe como una situación tan intensa que resulta desgastante y quién retorna puede terminar perdiendo el interés por cualquier tipo de participación generando cierta desafección política, incluso cuando en una fase inicial del retorno hubieran “tomado posición”. Como explica el siguiente entrevistado, frente a un escenario en el cual “la política lo inundó todo”, él busca “refugio” en una cotidianidad que simula “descontextualizada” y le permite abstraerse del conflicto:

Yo, prácticamente, al vivir diez años afuera y llevar viviendo acá nada más dos, tres, soy como un turista, soy como un inmigrante casi, después de tanto tiempo... Y me cuesta, nunca desligué totalmente de Argentina pero me cuesta entender un poco... y hoy por hoy en Argentina es casi imposible descifrar quién te está diciendo la verdad, ¿viste? Eh... intenté, [...] llegué acá y seguí la relación con el diario, leerlos, mucho tiempo, pero cuando no entendés qué pasa, cuando unos te dicen una cosa, otros te dicen otra, está tan polarizada la situación. Y al principio te decían eso, y decías: bueno, chamuyo, no sé, no puede ser que... Y sí, la gente está así; discuten por política todo el tiempo y hay dos bandos bien claros, unos que están a favor y otros que están en contra. Y después hay un grupo chiquito, donde estoy yo, que me importa la panza de mi mujer, los mellizos de mi amigo, si aprendieron a decir hola o no, ¿viste? Uno está muy al margen [...] No sé, hay una pelea bestial planteada por el gobierno y por el grupo de noticias que intenta marcar la agenda de todos los presidentes desde que existió. Y bueno, y la gente está dividida... es un quilombo. Todo el mundo opina ¿viste? Estoy en una etapa que, ya te digo, no me interesa nada más que lo simple y lo cotidiano de la vida, si te prendió bien el color del pelo, contame eso antes que contarme todo... [...] Inundó todo la política y uno intenta buscar un refugio porque, sinceramente, sabe que poco puede hacer para cambiar la situación... más que ser un buen ciudadano, un buen hermano, un buen padre, un buen hijo, un buen vecino; más que eso creo que uno no puede hacer. Porque al principio sí me interesó, y tomé posición a la hora de votar, todo, pero ahora... hay una pelea tan encarnizada [...] Así que, ya te digo, me importa... lo cotidiano, lo simple, vine a ser un tipo simple yo acá; a tener una familia, a estar con mis hermanos, mis amigos, pasarla bien y nada más, a eso es principalmente a lo que me voy a avocar. Y que era por lo cual tomé la decisión de irme de allá. O sea, yo dejé los mejores momentos de mi vida para una etapa nueva y diferente, pero que tiene que ser tan buena como la que dejé (Andrés, 33 años, E18).

En este contexto de polarización político-social, los discursos acerca de las experiencias migratorias y el retorno adquieren sentidos estratégicos que a su vez están cargados de ambivalencia. Si, por un lado, el hecho de haber residido fuera de Argentina puede ser la baza para excusarse de tomar partido, este mismo hecho puede también servir de justificación para invalidar la legitimidad a la hora de sostener ciertas posiciones, especialmente aquellas que pretenden situarse por fuera de la dicotomía. Por ejemplo, Andrés, después de una década de ausencia, asocia su presencia tras el retorno a la figura del “turista” o del “inmigrante”, lo que le sirve de excusa para plantear su distanciamiento e incompreensión de la situación; o Jimena, que ante la estructura dicotómica, prefiere ser “suiza” y no tomar partido. Esta misma entrevistada plantea otra cuestión relevante que vislumbra la otra cara del asunto: la percepción que tienen algunos/as informantes de que el hecho de no haber sido testigo directo de las transformaciones acontecidas durante la última década dificulta tras el retorno la posibilidad de construir posiciones legítimas. Es a través de interacciones cotidianas que

algunos/as retornadas pueden sentirse inhabilitados para expresar sus opiniones y confrontarse a comentarios que, utilizando la experiencia migratoria como pretexto, invalidan aquello que tengan para decir: “vos no sabés”, “vos no estabas”, “vos no te metas”. Expresiones que ya hemos visto en otros discursos al tratar la cuestión del “estigma de la fuga” en el capítulo 6 y a partir de las cuales se articulan posiciones que sitúan a quienes retornan en un lugar de *doble outsider*, especialmente cuando nos referimos a esta tercera fracción discursiva: *outsiders* por su experiencia migratoria, por ausentarse durante un tiempo histórico de transformaciones; *outsiders* porque además pretenden situarse por fuera de las lógicas del conflicto ya instituidas, ya sea resistiéndolas, replegándose o, directamente, retirándose de la disputa.

El retorno de la incertidumbre

A partir de la combinación de las dimensiones antes mencionadas —inestabilidad económica y polarización político-social— el horizonte de expectativas estará nuevamente marcado por la incertidumbre que siembra entre quienes retornaron nuevas dudas respecto al futuro del país y el de sus propias trayectorias tras el regreso. Esta percepción es ampliamente compartida por las personas entrevistadas y, más allá de los distintos puntos de vista —más o menos optimistas acerca del presente—, lo que en ningún caso sostienen es una mirada ingenua respecto a las dificultades que parecen avecinarse en un futuro próximo. Al ser interrogados respecto a sus expectativas en relación con el contexto general y con sus situaciones particulares, reemergen el escepticismo y los temores; el escepticismo frente a la solidez actual de un modelo económico y un proyecto político que para algunos/as tiene luces y sombras, y los temores de cara a los posibles cambios que no solo impidan darle continuidad a un rumbo político que, con sus más y sus menos, ha supuesto en términos generales una serie de mejoras para el bienestar del conjunto de la población, sino que además suponga un golpe de timón que implique retrocesos en este sentido. Los siguientes extractos de entrevista condensan estas cuestiones y explicitan la transversalidad de este tipo de discurso que se manifiesta en todas las fracciones:

Mirá, es innegable que está mejor, sería muy obtuso decir: “no, está igual”. O sea, ni en pedo, creció un montón, pero también me parece bastante burbuja ¿eh? O sea, me parece que es un modelo que funciona porque a China se le canta, pero el día que China diga: “¿sabés qué? No nos interesa tu soja” se puede ir todo bien a la mierda. Y que tampoco todo lo que reluce es oro, tampoco es que esto es una panacea. Sí, esta mejor, está bien, yo estoy viviendo sola, pero convengamos que tengo dos laburos, ¿entendés? O hay mogollón de laburo en negro. [...] También, todavía hay mucho fascismo en esta ciudad, zarpado. Primero, que salga Macri, no se puede creer; que salga y la gente tan contenta. Después, los absurdos cacerolazos, que fijate, ya te digo, no me considero K [kirchnerista] y soy muy crítica con este gobierno, sin embargo, los cacerolazos me dan vergüenza. Los últimos, me refiero [...] Es como que, en general, sí, está mejor, pero creo que hay que tomarlo todo muy con pinzas, como que no te creas nada. Lo de YPF fue otra gran vergüenza, ¿entendés? Disfrazados de soberanía, fue un trasvase de poderes. Si ahora firmás con los yanquis, está bien, te sacaste a los españoles, ¿y? No se lo diste al pueblo, ¿entendés? Es como que es todo así, o sea, en general me parece un gobierno paliativo, digamos, que no hace cosas de fondo. O eso, el monocultivo, vale, está

funcionando ahora, lo está haciendo funcionar la entrada de guita, pero en definitiva estamos hablando de un monocultivo que hace que a fin de cuentas te salga a vos más caro comprarte el pan, por ejemplo, yo qué sé. Entonces, como que pareciera que todo va bien, pero no va tan bien. Es como que, cada cosa tiene unas consecuencias muy severas. Muy severas. Pero bueno, como estamos viviendo más o menos bien, , o por lo menos la clase media está más o menos bien, la cosa está calladita (Fernanda, 30 años, E4/I).

Yo, este momento, no sé, tengo una opinión medio desenchada. Porque el país lo veo mucho mejor que cuando yo lo dejé, mucho mejor en muchos aspectos, pero por otro lado, también lo veo muy desgastado. O sea, la diferencia de opinión constante que hay, todo el tiempo, la diferencia extrema de pensamiento... todo extremo. Es blanco o es negro, no hay gris, el gris no existe, estaría buenísimo que haya un gris. No, no hay un intermedio [...] Creo que el país está en gran parte políticamente desenchado y no hay una alternativa. Entonces, no te da mucha esperanza que lo que está pueda mejorar, o si hay un cambio, ¿qué puede llegar a venir? Porque si hay un cambio, yo creo que le tengo más miedo al cambio que a lo que hay, sinceramente. O sea, yo, personalmente, quiero un cambio, porque no me gustan ciertas cosas, pero tengo muchísimo miedo al cambio porque ¿si lo que viene es diez veces peor? (Tomás, 33 años, E26).

Yo soy muy pro-K la verdad, o sea, me gusta lo que pasó en estos años, pero así y todo pienso que estamos en una época de transformación. O sea, los próximos dos años, va a haber un cambio, hay que ver para dónde, espero que sea para un lado positivo. No quisiera que se desarme todo lo que se construyó en esta década. O sea, no quisiera volver a la década menemista. Me parece que lo más difícil lo pasamos y que ahora lo que estaría bueno sería mejorar esa línea. Vamos a ver si se puede hacer ¿no? Me parecería muy loco que se desarme todo de un día para otro. Estamos todos rezando que no sea así. La verdad que es un misterio, en las últimas elecciones de diputados se vio, realmente estamos de nuevo en estas épocas de la Argentina que no sabemos qué puede llegar a pasar, ¿viste? (Julia, 37 años, E27/II).

Retorna la incertidumbre y, con ella, algunos de “los fantasmas de la experiencia argentina” (Grimson, 2004). Las dificultades económicas, la inflación y la vuelta al “cortoplacismo”, junto con el conflicto político, los límites de la gobernabilidad y de la construcción de alternativas son aspectos que nuevamente funcionan como indicios de que una nueva crisis puede avecinarse. Un informante adulto, con una memoria nutrida por la experiencia de haber atravesado distintas épocas en el país afirmaba: “el proyecto del gobierno es lo mejor que podía pasar y no le veo mucha alternativa, cualquier otro gobierno no tiene ningún tipo de posibilidades de éxito. Porque los van a destrozar; los sindicatos, las corporaciones... Ya hemos vivido la experiencia” (Juan Manuel, 57 años, E52). En ese juego de resonancias que auguran nuevamente tiempos de dificultades se entremezclan no sólo las memorias de tiempos pasados, sino también ciertos olvidos. Como explica Jelin, “hay momentos o coyunturas de activación de ciertas memorias, y otros de silencios o aun de olvidos” (Jelin, 2002: 18), y en relación con estos últimos se detecta en los discursos cierta preocupación desde el presente respecto a los efectos que el silencio o el olvido de épocas pasadas puede tener sobre las expectativas y la

construcción de futuro. Olvidar implica no haber “aprendido” del pasado, cómo se desprende de las palabras de este entrevistado:

Yo me fui con una Argentina y volví con una Argentina totalmente distinta pero, sin embargo, veo los mismos vicios que vi cuando me estaba yendo. Hoy uso muchas analogías con la época.... del 2008 en adelante. El tema de que la economía, de que tu poder adquisitivo hoy en el extranjero vuelva a ser casi el mismo que tenías en el 1 a 1. Escuchás conversaciones como: me voy a comprar la ropa a Miami y vuelvo. Y vos decís, esto no es normal, y nunca fue normal, en España tampoco. O veo cosas por ahí muy similares a las que yo viví en España durante... ¡la bonanza económica! [...] O sea... como que no se aprendió mucho de que los ciclos económicos en Argentina están muy compactados y que uno no es pájaro de mal agüero, pero sabe que lamentablemente vamos hacia un punto de inflexión, nunca como en el 2001, pero donde de vuelta tendremos que acomodarnos. Yo me di cuenta, sobre todo este año... nosotros somos dos, no tenemos hijos, los dos tenemos un trabajito más o menos bueno y, sin embargo, vivimos el impacto del tema de la inflación y demás en nuestra economía. Un par de meses atrás ¡nos gastamos la plata del mes! Y siempre sobraba. Y vos decís, ¿pero qué está pasando? Volvemos a perder mucho poder adquisitivo, porque los sueldos no se actualizan. Ves que se pierde muy rápido la noción del valor del dinero. Y yo cuando me fui, acá tampoco tenía sentido el dinero. Trasladado, veo que hay un montón de puntos de comparación que nos ponen de vuelta en ese lugar donde es importante tener esos tres o cuatro conceptos de base para darte cuenta que la cosa no está tan bien. Tampoco está tan mal y nunca va a volver a ser lo que pasó en el 2001, pero yo tengo un montón de incertidumbres respecto a los próximos tres años en Argentina (David, 33 años, E32).

Otra entrevistada planteaba la necesidad de mantener la alerta. A pesar de reconocer las mejoras de los últimos años, sostenía lo siguiente: “no se sale de la crisis del 2001... la gente ya se olvidó; como se pudieron comprar un autito, tener determinada estabilidad, se olvidaron de lo que pasó en el 2001, y ¡pasaron 10 años!” (Luz, 36 años, E40). Otra vez aparece el escepticismo respecto a lo que puede considerarse el último periodo o *tiempo de bonanza* atravesado en la Argentina. En realidad, se trata de silencios y olvidos superficiales, en tanto no dejan de estar profundamente atravesados por la sospecha, que se convierte en la estrategia para afrontar un posible y próximo embate. Así lo explicaba Quique: “la gente sabe que esto está colgado de un hilo, que mañana puede pasar cualquier cosa. Digamos que está siempre ese estado de alerta, ¿entendés? Porque acá mañana se te viene un bombazo y no sabés para dónde salir corriendo (Quique, 33 años, E42). La incertidumbre, la sensación de que “esto está colgado de un hilo” se traduce en lo que otra entrevistada denominó como parte de la “idiosincrasia argentina”:

Yo pienso que Argentina hoy está bien y dentro de tres años está culo para arriba otra vez, y es su idiosincrasia también. Es así y hay que aceptarlo. Si te gusta vivir acá lo tenés que aceptar, no hay otra. [...] La idiosincrasia es esa, de que hoy está bien y dentro de tres años puede haber una súper crisis y está todo para atrás. Así, ¿entendés? Esto va a ser así, hay que vivir con eso (Valeria, 37 años, E15).

Esta posibilidad siempre presente de una futura crisis atraviesa, sin duda, las experiencias del regreso a la Argentina. Y es en este sentido que los discursos de los/las

migrantes y sus percepciones sobre los contextos socio-históricos en los cuales se enmarcan sus procesos de retorno distan de ser ingenuos. Estas formas de internalización de la incertidumbre, estas experiencias y memorias colectivas que articulan sentidos específicos a la hora de comprender los tiempos de crisis y los tiempos de bonanza, aquí y allí, apuntan a la fragilidad de los argumentos que reduzcan la comprensión de estas migraciones de retorno y sus tránsitos al resultado de una ecuación simple que lo explicaría todo, y en la que al combinar en sus términos períodos de crisis económica en los lugares de destino y períodos de recuperación en los lugares de partida, la migración de retorno aparece como resultado casi inevitable.

El análisis propuesto en los capítulos anteriores, acerca de cómo los procesos de retorno se entraman a lo largo de las trayectorias migratorias, así como también a partir de una heterogeneidad de experiencias que los/las migrantes transitan al volver, permite alejarnos de explicaciones que planteen la relación entre las migraciones de retorno y las crisis económicas solo como una cuestión de vasos comunicantes. A partir de esta aproximación etnográfica podemos sostener que si bien los procesos de retorno objeto de este análisis sin duda transcurren *entre las crisis* (que ahora multiplicadas entre los contextos de partida y de destino pasan a formar parte de la experiencia transnacional de estas migraciones), también se despliegan *más allá* de las mismas: porque los procesos de retorno y los contextos socio-históricos en los cuales estos se enmarcan son resignificados a la luz de experiencias pasadas y de una heterogeneidad de trayectorias (familiares-afectivas, laborales, educativas, etc.) en distintos momentos del ciclo vital. Quizá uno de los sentidos principales del devenir de estas trayectorias migratorias que transcurren entre tiempos de crisis y tiempos de bonanza, aquí y allí, sea el de construir presentes habitables y futuros posibles; trazar caminos sostenibles (no sólo en términos económicos) para quienes los recorren.

9. REAPERTURAS Y CLAUSURAS

Procesos de reinserción y resignificación de las experiencias de retorno

Queda por abordar una última cuestión con la cual concluiremos este recorrido, aquella relativa a las expectativas relacionadas con una probable reapertura o clausura de las trayectorias migratorias. Para ello, es importante considerar nuevamente los retornos como una experiencia de tránsitos en relación con los tiempos históricos y los tiempos biográficos; en palabras de Rivera Sánchez, de lo que se trata es de “entender el contexto de retorno y en éste el papel de los retornados, como agentes sociales que median entre las condiciones estructurales y las condiciones subjetivas/objetivas que se entretajan en la experiencia, para diseñar estrategias de reinserción” (Rivera Sánchez, 2013: 57), porque será en el transcurso de esta fase del proceso migratorio que se orientarán las trayectorias tras el retorno. Uno de los interrogantes que queremos responder en las siguientes páginas es qué factores influyen a la hora de considerar una posible reapertura/clausura de las trayectorias migratorias. Partimos de la hipótesis que desde la perspectiva transnacional sostiene que el retorno no tiene por qué ser permanente y definitivo, sino que conforma una etapa más del proceso migratorio (Cavalcanti y Parella, 2013: 16). Como explica Rivera Sánchez, desde el transnacionalismo, el retorno es analizado “como una pieza de la experiencia de atravesar diversas fronteras y circular constantemente por diferentes lugares, finalmente como parte de la experiencia de las movilidades entre sociedades desiguales” (Rivera Sánchez, 2013: 61). El carácter inconcluso de las migraciones de retorno no sólo se debe a que se trata de un fenómeno que se enreda y superpone con las movilidades transnacionales contemporáneas sino también a que, al igual que otras decisiones migratorias, las consideraciones y decisiones sobre el retorno también están abiertas a futuros cambios (Carling y Erdal, 2014: 2-3). Mediante el análisis del material empírico

recabado en esta investigación queremos reflexionar acerca de los factores que habilitan itinerarios orientados a la reapertura de las trayectorias migratorias tras el retorno, pero también sobre aquellos otros que las constriñen y conducen a la clausura. En otras palabras, interesa reflexionar acerca de las posibilidades/límites de la in/movilidad y su relación con los diferentes procesos de reinserción que implican las experiencias de retorno.

9.1 Dimensiones que habilitan/constriñen la reapertura o clausura de las trayectorias migratorias tras el retorno

Del análisis de las trayectorias de los/las informantes se desprende que, efectivamente, las migraciones de retorno no implican necesariamente el cierre ni una fase final de las movilidades, en tanto es posible identificar en los relatos tanto casos donde las trayectorias migratorias se orientan a la clausura, es decir, donde las personas entrevistadas dan por concluidas sus trayectorias tras el retorno, como también otros donde la reapertura se considera un escenario altamente probable¹³⁹. Reconocer ambas posibilidades no es óbice para admitir que la primera de estas situaciones ha sido más habitual que la segunda entre las trayectorias analizadas en esta investigación. Si bien siempre quedan resquicios de duda respecto a un futuro incierto, es posible intuir estas diferencias entre trayectorias donde por diversos motivos se expresan preferencias de dar continuidad a sus proyectos en el lugar donde ahora residen y no volver a emigrar (al menos internacionalmente, en tanto sí se identifica a menudo el deseo o la intención de trasladarse a otras ciudades dentro del país, algo abordado en el capítulo 7), o, por el contrario, otras donde la experiencia del retorno ha supuesto replantearse la posibilidad de partir. Dada la heterogeneidad de casos que se encuentran en una y otra posición, en las siguientes páginas vamos a ordenar el análisis en función de distintos procesos de reinserción cuyas características aportan claves para comprender qué factores habilitan o constriñen la reapertura/clausura de las trayectorias migratorias; como diría Rivera Sánchez (2013: 67), se trata de observar qué condiciones posibilitan los procesos de reinserción (laboral y social) y qué estrategias generan quienes retornan para acomodarse a esos contextos tras la experiencia migratoria.

Reinserción laboral y situación económica

Una dimensión relevante en los discursos es aquella relativa a los procesos de reinserción laboral y a la situación económica particular de los/las migrantes al volver al país. Entre la pluralidad de relatos analizados es posible identificar algunos elementos que marcan la diferencia a la hora de percibir la reapertura o clausura de las trayectorias migratorias como una posibilidad a futuro.

¹³⁹ En algunos casos, la reapertura de estas trayectorias pudo confirmarse durante el período del trabajo de campo; en otros, se tuvo noticias en años posteriores, mientras se cerraba la escritura de esta tesis.

Un contraste evidente se produce entre los procesos de reinserción laboral que resultan satisfactorios o insatisfactorios, en tanto se adecuan o no a las expectativas de quienes retornan. Esta adecuación tiene que ver tanto con la posibilidad de encontrar un empleo acorde a la cualificación de quien retorna (en el caso de tener estudios superiores, posgrados, etc.), pero también con disfrutar de unas condiciones laborales que resulten aceptables. Así, entre quienes se reinsertan en empleos para los que están sobrecualificados y/o lo hacen en condiciones precarias e inestables que aúnan situaciones de informalidad, temporalidad, salario insuficiente, etc. (más habitual entre quienes no tienen cualificación), la reemigración se plantea como una opción; mientras que entre aquellos/as que se incorporaron a la economía formal, gozan de condiciones laborales que consideran aceptables (en términos de contrato, jornada, salario, etc.) sus expectativas se orientan a dar continuidad a sus trayectorias laborales en Argentina. Quienes tras el retorno cuentan además con estabilidad laboral asegurada –como es el caso de aquellos/as empleadas en el Estado en algún tipo de plaza fija– tienden a considerar el cierre de sus trayectorias. Esta era la situación de Roberto, que consiguió una plaza como investigador. O Lucía, que durante una década en España no pudo estabilizar su situación laboral, pero al regresar a la ciudad de Rosario se presentó a una convocatoria para docentes y consiguió una plaza fija como maestra. Psicóloga de profesión, trabajaba también en un consultorio y entre los dos empleos consideraba que tenía una situación “mucho más relajada económicamente”, comparada con sus últimos años en España.

A mí me preguntan, ¿vos te arrepentiste de irte? No. Y, ¿te arrepentiste de volver? No. Yo no me arrepiento de ninguna de las dos cosas, porque fueron decisiones pensadas las dos, y fue lo que tenía que hacer en ese momento. Lo que me permitió el momento. Yo... a ver, a veces dudo de haberme vuelto. Pero también cuando pienso la realidad que existe hoy en España, que no es el 2002, es lo mejor que pude hacer. Yo con la edad que tenía, allá no tenía trabajo estable (Lucía, 45 años, E47).

A dos años de haber vuelto, se sentía “realizada”: “siento que no me falta nada”. La posibilidad de volverse a ir, más allá de sus deseos, la consideraba poco realista, por su situación laboral, su edad y el contexto actual de España. Sin embargo, no descartaba que más adelante fuera su hija la que quisiera partir: “yo veo que la que más lo sufre es mi hija porque yo, dentro de todo, acá viví –si bien me cuesta readaptarme–, pero para ella es muy duro”. Esta posibilidad asoma en el horizonte de otros adultos que regresaron son sus hijos/as, para quienes queda abierto el interrogante de que harán en el futuro, cuando tengan la edad y autonomía suficiente para tomar la decisión de emigrar si es el caso.

¿Ya se quedan acá, en Rosario?

Nunca se sabe, por ahora sí. A ver, hay una cosa de realismo, que es que yo tengo 45 años y tal y como están las cosas allá, volverme... ¿a qué? Entonces, yo, desde la realidad mía, lo que más me conviene en lo personal es estar acá, eso no quita que Ana en algún momento pueda ir. O yo por ahí después de que me jubile. No sé, me gustaría volver de visita, seguro (Lucía, 45 años, E47).

Entre quienes la opción es trabajar por cuenta propia, la situación es favorable a la idea de permanencia cuando disponen de cierto capital económico que les permite llevar a cabo emprendimientos que, tras invertir dinero y esfuerzo, esperan sostener en el tiempo. Se trata de casos en los que se emprende tanto “por oportunidad”, como “por subsistencia”, como distingue Vega Solís (2016: 441). El primer tipo de emprendimiento es producto de inversiones realizadas durante la inmigración, mientras que los segundos se han improvisado sobre la marcha del propio retorno y “representan más bien una alternativa de supervivencia frágil y tentativa” (Vega Solís, 2016: 432). En este último caso, en función de cómo se desarrollen negocios que se encuentran aún en fases iniciales dependerá que las trayectorias se reorienten a la reapertura.

Nos encontramos también con probables situaciones de reapertura entre aquellas personas mayores que recientemente jubiladas o cercanas a la jubilación se encuentran en una fase de observación y “espera”; es decir, todavía no pueden determinar cuales serán los ingresos fijos disponibles para encarar la última fase de su trayectoria vital y una vez resuelto este aspecto podrán evaluar qué escenario será más idóneo para residir, si Argentina o España. Por lo tanto, en estas posiciones se sostiene una oscilación entre el cierre y la reapertura en función del momento específico de la trayectoria tras el retorno. Silvia, por ejemplo, hacía menos de un año que residía de vuelta en Buenos Aires y si bien había trabajado muchos años en Argentina, no había cotizado por todos ellos. Tras hacer algunas “cositas informales” llevaba cuatro meses con un contrato de trabajo y le interesaba mantener esas condiciones. Con 60 años, comenzó a averiguar cómo podría tramitar su jubilación y a calcular sus años de aportes en un país y en otro: “estoy tratando de ver cómo se resuelve [...] estoy tratando de recopilar la mayor información posible y en función de eso tomar alguna decisión”. De acuerdo con las declaraciones de varios informantes, el trámite de jubilación por convenio es engorroso y puede llevar años resolverlo, por eso Silvia había comenzado las averiguaciones correspondientes. Si bien proyectaba su futuro en Argentina, no dejaba de considerar su situación como una coyuntura abierta y sujeta a los resultados que arrojará esta última fase de su vida laboral y la transición a la etapa del retiro.

¿Te imaginás próximas idas a otros sitios?

Yo creo que ahora me quedo. Me quedo ¿por qué? Porque acabo de llegar. A fin de mes va a hacer un año, entonces es como que todavía estoy transitando la llegada, de algún modo. Si bien no es una llegada a un lugar desconocido, estoy transitándola, porque me estoy organizando; hasta ir al médico, al oculista, pequeñas cosas, te tenés que volver a insertar en lo que hay. Es una cuestión de conocimiento, que allá era una cosa, aquí es diferente...; es como un reaprendizaje de los códigos. Por eso te digo que... es como que no me planteo irme, de ninguna manera; también creo que la cuestión de la franja etaria en la que me encuentro, ya te digo, es como que quisiera tener esa pseudo inexistente estabilidad, tener una cosa un poco más... más tranquila [...] Si yo pudiera irme de vacaciones a España ¡me voy! De hecho, siempre va a ser un polo de atracción para mí. No sé, ir viendo. Ir viendo qué es lo que pasa. Comparto también la pregunta, más que la respuesta, porque no tengo respuestas. En este momento no estoy pensando en ir, en salir de acá [...] También, una está un poco más cansada, cuando sos más joven todo proyecto es estimulante [...] Ahora ya creo que tengo que pisar el freno e ir viendo, porque entramos en otro momento de la vida también, donde tampoco el cuerpo aguanta

tanto. Entonces, si tengo que proyectar, es proyectar algo razonable, acá. Jubilándome aquí. Yo creo que eso, es que tampoco tengo algo que cierre... esto está abierto (Silvia, 60 años, E51).

En el discurso de esta entrevistada se manifiesta la tensión que existe entre su preferencia por permanecer tras el retorno, pero a la vez la incertidumbre sobre la viabilidad de sostener esta opción. En caso de no darse las condiciones necesarias que permitan sostener el retorno es fundamental considerar la reapertura como una posibilidad. En cualquier caso, el discurso de Silvia expresa el deseo de clausurar la trayectoria, no sólo por lo reciente de su llegada sino también por los anhelos propios de personas adultas mayores, como se ha señalado en otras investigaciones (Christou, 2011), que tras una extensa experiencia migratoria, iniciada en ocasiones a una edad ya avanzada, esperan con el retorno lograr cierta tranquilidad y estabilidad en esta fase de la vida. Lograr esta estabilidad es aún más importante cuando el retorno se presentó de forma sobrevenida, en trayectorias que a esas alturas ya estaban orientadas a la permanencia en el lugar de destino, lo que supuso un importante cambio en sus vidas.

Entérminos generales, cabe agregar que la reinserción laboral es un proceso que requiere tiempo para transitar distintas posiciones en el mercado de trabajo y que las situaciones más inestables a menudo coinciden con itinerarios de retorno relativamente cortos y recientes, es decir, que llevan poco tiempo de residencia de vuelta en el país (generalmente, menos de dos años) y que además han regresado cuando las condiciones del contexto parecían ser nuevamente adversas. En este sentido, la combinación de temporalidades (socio-históricas y biográficas) parece relevante a la hora de marcar la diferencia: haber vuelto en el año 2008 o en el 2012 puede arrojar resultados distintos en relación con estos procesos de reinserción. Un retorno “tardío”, respecto al devenir de la coyuntura económica argentina (en relación con los procesos de recuperación y declive incipiente) es uno de los factores que puede haber influido en procesos de reinserción laboral insatisfactorios, que no se ajustaron a las expectativas o a las necesidades para hacer sostenible el retorno. Esta situación contrasta con experiencias que tuvieron lugar unos años antes y que además de haber encontrado mejores oportunidades laborales, el transcurso del tiempo les permitió estabilizar esas posiciones. Por último, también hay que mencionar que ante la incertidumbre generada en estos procesos de reinserción, en ocasiones, quienes retornan han dejado alguna “puerta abierta” en España, ya sea con antiguos empleadores, manteniendo el contacto con sus redes o sosteniendo incluso actividades profesionales en ambos lugares.

Frente a trayectorias laborales insatisfactorias o que generan recursos insuficientes, otros factores pueden compensar estas situaciones. A este respecto, resulta fundamental mencionar los aspectos habitacionales. A menudo los/las informantes mencionan la importancia que ha tenido en sus procesos de reinserción disponer de una vivienda en propiedad, adquirida en un momento previo a la emigración o durante la inmigración a modo de inversión. En otros casos, si bien no disponían de una vivienda propia, facilitó la instalación que algún tercero –habitualmente un familiar, aunque en ocasiones las redes transnacionales también incidieron en estos procesos de asentamiento– les

ofreciera un lugar de residencia asumiendo los gastos de mantenimiento o el pago de un alquiler bajo. Este tipo de oportunidades pueden ser determinantes a la hora de facilitar la experiencia de retorno. Así lo cuenta Jimena, una entrevistada que llegó a vivir con su esposo y su hijo a la casa familiar, y que en el momento de la segunda entrevista estaba en el proceso de vender una propiedad de sus padres para comprar otra acorde a sus necesidades en la que planeaba residir:

Creo que acá podemos construirnos un futuro, con mucha ayuda. Porque la verdad es que si no fuera porque mis viejos nos ofrecieron la posibilidad de vender ese departamento, se nos complicaría el tema de la vivienda. Sobre todo porque está ingresando un solo sueldo (Jimena, 36 años, E11/II).

Otra entrevistada, que se encontraba en una situación laboral inestable en el momento de la llegada, considera que tuvo una ayuda muy importante por parte de sus amistades. Pasó los primeros meses en casa de unos amigos y luego se mudó a la casa que otro amigo, que vivía en Madrid, tenía vacía en Buenos Aires. En el momento del retorno surgió la oportunidad de establecer un arreglo conveniente para ambos, primero asumiendo los gastos de los servicios y posteriormente pagando un alquiler cuando su situación económica mejorara:

Vivo en una casa que es de un amigo con el que yo viví cinco años en España. Que bueno, cuando yo llegué me la prestó, digamos. Después como que con el tiempo le dije: bueno, te voy a pagar un alquiler. Es de él y de su hermana. Y bueno, ellos viven en España, y yo vivo en la casa de ellos acá, que estaba vacía. [...] por un lado, no me quería meter en el tema de la casa, porque dije: gastos, ¿viste? Y no tengo, yo no tenía trabajo [...] Entonces bueno, les venía bien a ellos, me venía bien a mí... Igual no tenía un mango, pero dije: mirá, no importa, aunque sea acumulo deuda, ¿viste? Vamos a poner la mensualidad que sea y yo te voy pagando cuando pueda. Y bueno, también tengo la tranquilidad de que ellos no viven de eso [...] Así que me tengo que poner al día, pero, digamos, me dio una mano enorme. Porque me cambió mucho, la realidad de estar acá, no es lo mismo. De repente, al mes de estar acá o a los dos meses, tenía casa propia. O sea, la varita mágica (Elena, 33 años, E12).

Es habitual identificar en los discursos orientados a la reapertura las dificultades que ha supuesto el acceso a la vivienda, habitualmente vía alquiler. En ocasiones, unos ingresos insuficientes suponen acomodarse a una residencia con características que se consideran inadecuadas (espacio insuficiente para el grupo familiar, lugares de residencia o situaciones de cohabitación no deseados). Este tipo de dimensiones complementarias, junto con las trayectorias laborales y su desarrollo constituyen uno de los aspectos destacados en los discursos a la hora de orientar los procesos de reapertura/clausura de las trayectorias migratorias, en tanto tienen efectos a la hora de definir, entre otras cuestiones, los recursos económicos disponibles para hacer frente a las necesidades cotidianas tras el retorno y responder adecuadamente a las expectativas sostenidas para esta fase de la trayectoria migratoria.

Reinserción social y vínculos familiares-afectivos

Teniendo en cuenta que la migración de retorno –ya sea en relación con el proceso de toma de decisión, como con los procesos de reinserción– se articula no sólo en función de las coyunturas económicas y del mercado laboral, allí y aquí, sino también de los distintos ciclos del curso de vida y las trayectorias familiares-afectivas (Herrera y Pérez Martínez, 2015; Rivera Sánchez, 2011; Vega Solís y Martínez-Buján, 2016), este último aspecto emerge también como una dimensión de peso al analizar el devenir de los procesos de reinserción social y su incidencia en la orientación de las trayectorias migratorias a la reapertura/clausura tras el retorno.

Entre los discursos que se orientan a la reapertura uno de los aspectos compartidos que pueden resignificar los tránsitos del retorno y redireccionar las trayectorias migratorias es el mantenimiento de ciertos vínculos transnacionales que exponen a quienes regresan a experimentar nuevas ausencias que pueden resultar determinantes. El regreso a Argentina ha supuesto en algunos casos la separación de parejas que a la distancia continúan procesos de negociación cuyos resultados definirán el sentido de las trayectorias (y el futuro de la misma relación). Asimismo, resulta relevante la situación en la que quienes permanecen en España son los/las hijos/as, (jóvenes o adultos jóvenes), ya sea porque decidieron no regresar con el grupo familiar o porque reemigraron después del retorno. En otros casos, quienes no retornaron son los padres, madres o hermanos.

Otra situación destacable de las composiciones familiares es el caso del retorno/emigración de parejas mixtas, donde uno de los miembros no es de origen argentino (por lo general, la pareja procede de España o algún país europeo). En estos casos, el proceso de inserción de las pareja en un contexto novedoso así como el mantenimiento de lazos afectivos con la familia política son aspectos destacados que pueden influir a la hora de redireccionar las trayectorias. Si este tipo de parejas tienen además hijos/as y estos se encuentran en las fases iniciales del proceso de escolarización la reapertura se plantea todavía como una opción. En esta situación se encontraba Ema, una informante que llevaba cinco años residiendo en Buenos Aires. Casada con un español y ahora madre de un hijo, sostenía el deseo de volver a España. Si bien lograron reinsertarse con éxito en el mercado de trabajo cuando regresó en el 2007, los padres y abuelos de Ema ya habían fallecido y las amistades ya no eran un motivo que la retuviera en Buenos Aires, en tanto creía que podría mantenerlas en el caso de volverse a ir. Ahora Ema tenía otras prioridades: fundamentalmente pensaba en el futuro de su hijo, en las oportunidades que podría brindarle en cada contexto y en la posibilidad de criarlo cerca de sus únicos abuelos.

No sabemos, o sea, la idea es volvernos para allá. Yo, por más que... me gusta Buenos Aires, pero me acostumbré a vivir allá. Fueron casi ocho años, mucho tiempo y es como que... Álvaro todavía no, no termina de engancharse, ¿viste? La forma de ser de acá de la gente, y cuando te acostumbrás a una cosa que funciona, venís acá y ves que hay tanta violencia en la calle, tanta movida para hacer las cosas mínimas, que no te respetan en nada, como que día a día esas cosas van... y más cuando tenés un chico ¿viste? Cambia muchísimo. Por otro lado, el tema de que yo ya acá no tengo familia, prácticamente.

Tengo mis dos hermanos y tengo a toda la familia de Álvaro allá, los abuelos están allá y está bueno que él se críe con abuelos, entonces la idea es a lo mejor volvernós. [...] Me dan ganas de volver para allá. Y Álvaro también tiene ganas de volver a su lugar, que ya está, que está todo bárbaro, que el laburo de acá le encanta, pero es salir de acá y ponerse de malhumor. A mí me pasa eso, la verdad que sí, salgo con miedo. [...] yo creo que la madurez te va dando un poco de temor y recaudo, ¿viste? de tener un poco de cuidado y sobre todo la maternidad a mí me cambió la forma de ver todo. O sea, ya me corrí del centro, y no soy más yo, es él, y pienso en todo lo que podría darle allá que no se lo puedo dar acá [...] Más que nada eso, y el tema también emocional de que yo ahora que lo veo a él, tengo ganas de que disfrute de los abuelos, ¿viste? Y los únicos que tiene son españoles y viven en España (Ema, 36 años, E22).

En este sentido, mientras la presencia de familiares en España facilita una posible reapertura a futuro, el hecho de que todo el núcleo familiar resida en Argentina puede, por el contrario, orientar su clausura. Esto último es especialmente relevante cuando ha sido, precisamente, uno de los motivos por los cuales se tomó la decisión de retornar (recordemos el caso de migrantes que tuvieron hijos/as en la inmigración y en cuyas trayectorias la posibilidad de volver y tener la oportunidad de criar a sus hijos/as cerca del entorno familiar fue un motivo de peso para emprender el regreso). Este aspecto familiar-afectivo también compensa otros que pueden considerarse negativos de las experiencias de retorno. Este efecto de compensación lo expresa otro de los informantes, que pone en valor la cercanía de los vínculos familiares-afectivos tras el retorno y la importancia que tienen a la hora de neutralizar aquello que le disgusta del día a día:

Y hay muchos que te dicen sí, me quiero volver, me quiero volver [a España] pero no sabés, porque... ¿tendrías un hijo allá? ¿Sin abuelos? ¿Sin nada? Yo tengo amigos que lo hicieron y no es fácil, ¿eh? No es fácil porque no hay nadie que te pueda dar una mano [...] por ejemplo... eh...uno de mis amigos me hicieron padrino de sus hijos. Y eso allá no me hubiese pasado. Yo qué sé, no es que sea tan súper especial. Pero es algo que, ahora que me toca ser papá, me dí cuenta de que no es una boludez. [...] Porque te hacen parte de algo que... y eso te da ganas. Te da ganas de seguir, porque cuando todo es una mierda, cuando están todo el día bombardeándote con mierda y que vas afuera a la calle, y están los mismos baches que hace mil años, de repente un amigo te dice eso y decís... ¡está bien! Por eso estoy acá. Por eso decidí estar acá y por eso ahora es cuando le contaste a tu viejo que vas a ser papá y cosas así, que son momentos muy lindos y vale la pena estar acá. No hubiese sido lo mismo por teléfono, por una cámara web. Y eso creo que a la hora de ponerlo a valorar, y... termina ganando. Porque no es fácil la vida acá (Andrés, 33 años, E18).

Las percepciones acerca de la clausura de las trayectorias en relación con la situación familiar-afectiva se presenta de forma más clara en el grupo de personas adultas con hijos/as (pre)adolescentes; en estos casos, no se contempla volver a emigrar dada la complejidad que para muchos/as supuso afrontar una nueva experiencia de movilidad con sus hijos/as y estabilizar sus procesos de reinserción en Argentina. Sin embargo, lo que nunca descartan por completo es volver a emigrar ellos/as en edades avanzadas de su vida, cuando sus hijos/as ya sean mayores —aunque esta situación se percibe demasiado lejana e incierta en el futuro— o precisamente que sean estos/as últimos/as quienes decidan partir cuando tengan la independencia suficiente para afrontar una

experiencia migratoria por voluntad propia. Esta posición se expresa en la trayectoria de Victoria, que tras una ardua negociación con su pareja, decidió volver a Argentina. La informante destaca las dificultades de sus hijos/as para reinsertarse en el nuevo contexto y la satisfacción que supone para ella que ahora tengan “sus amigos”: “también es como un alivio, porque uno se siente culpable de todo lo que les impone, ¿viste? Porque ellos no pueden decidir”. Ante la posibilidad de una nueva mudanza de la familia de la zona metropolitana al centro de la ciudad, Victoria describe las reacciones de sus hijos: “Santiago lloró dos días seguidos, un desconsuelo”. El joven no quería cambiar de barrio, ni de colegio, ni de casa, ni alejarse de sus actuales amistades. Juana tampoco recibió la propuesta con entusiasmo, según Victoria, su hija “no bailaba de alegría”:

Están re podridos de mudarse, yo creo que es eso también. Todos los cambios, ellos saben lo que implica, ¿viste? Estrés, tensiones, o sea, volver a adaptarse. Son boludeces, pero ver dónde guardaste tal cosa, o donde decidiste que iban a ir las cosas. Es todo un trabajo. Igual, Juana ya se lo toma como en chiste, y la otra vez decía: bueno, pero la verdad que ya hace muchos años que vivimos en esta casa. [ríe] Porque ya vamos por el cuarto o quinto año (Victoria, 45 años, E30).

En estos casos, la probabilidad de reabrir las trayectorias migratorias se percibe como algo improbable. Frente a todas las dificultades e inconvenientes que debieron afrontar los grupos familiares a la hora de reinsertarse en Argentina tras el retorno, la posibilidad de reemigrar se percibe como una decisión que estarían dispuestas/os a tomar sólo en situaciones extremas. Es esta excepcionalidad lo que marca la orientación de las trayectorias a su clausura. Así lo expresa Victoria:

¿Te volverías a mover de país?

Si no tengo otro remedio, sí. Pero si no tengo otro remedio. Una catástrofe. Si no tengo otro remedio, sí. No tengo ganas. Tendría que ser por un motivo importante, como cuando nos fuimos. Era una catástrofe, verdaderamente era una catástrofe; los dos sin trabajo, con dos chicos, ¡era una catástrofe! Por suerte no me tiré por la ventana, pero era una situación difícil. Teníamos a quien pedirle y, siempre, por suerte teníamos a quién recurrir, pero no estaba buena la situación. No sé. No proyectaría irme. O bueno, si acá las cosas se ponen muy feas, una dictadura militar, no sé, algo que vaya contra todo lo que te parece aceptable para vivir, o una guerra. Pero eso no sucede nunca (Victoria, 45 años, E30).

Conversando con la hija de Victoria, me contó que se había mudado muchas veces, que no se quería volver a mudar y distinguía entre mudarse de casa y no de ciudad, que “no hace tanto cambio” y cambiar de ciudad o de país, lo que implica que “cambia el grupo de personas, cambia el lugar, cambia todo”. Sin embargo, Juana contaba con esa posibilidad: “yo siempre tengo en la cuenta que en cualquier momento me mudo, porque nunca se sabe nada”. Esta incertidumbre respecto a la movilidad de la familia y la imposibilidad de tomar decisiones la afrontaba con resignación, a la par que expresaba sus deseos: “llega un momento que nada, nada me provoca nada. Lo único

que quiero es completar un ciclo lectivo, hacer la secundaria en un solo colegio... La primaria la hice en siete colegios diferentes”. En el momento de la entrevista a Juana le faltaban cuatro años para terminar los estudios secundarios y aunque expresara ese deseo de estabilidad en esta fase educativa, sí contemplaba la posibilidad de articular nuevos etapas de movilidad en sus proyectos a futuro:

Y, después, ¿te gustaría moverte a algún lado?

La verdad es que yo ya estoy acostumbrada, así que sí, yo por mí me mudaría. No puedo quedarme en un mismo lugar por mucho tiempo.

Y si te tuvieses que mover, ¿a dónde te gustaría irte?

Terminaría el secundario acá y después... viste que en España, si es que no se cae la Unión Europea, para cuando yo termine la secundaria, está el Erasmus. Eso, estudiar en universidades diferentes y terminar la carrera. Cualquiera, la carrera que elija (Juana, 14 años, E3).

La dimensión familiar-afectiva es otra de las dimensiones relevantes que habilita o constriñe en mayor medida los deseos y las posibilidades de orientar las trayectorias migratorias hacia su reapertura o clausura. Y esta dimensión no está solamente relacionada con los vínculos que conectan a quienes retornan con aquellas personas que se mantuvieron en Argentina o que permanecen en España, sino también con la propia complejidad de los proyectos migratorios y de retorno en tanto se enmarcan en el seno de grupos familiares donde la movilidad implica satisfacer las necesidades y expectativas de todos sus miembros, objetivos que no siempre es posible alcanzar en los procesos de reinserción, o al menos no son ajenos a tensiones y conflictos. Si en estos casos es menos habitual identificar en los discursos que se contemple la posibilidad de reabrir las trayectorias migratorias, lo contrario sucede en aquellos otros donde se identifica ausencia de cargas familiares; es el caso de jóvenes y adultos/as sin pareja y/o hijos/as; o por el contrario, el de las personas mayores cuyos hijos/as ya se han independizado, algo que a menudo ha sucedido durante la inmigración.

Reinserción espacial, “calidad de vida” y “bienestar”

Otra dimensión destacada en los procesos de reinserción y que emerge a la hora de considerar las posibilidades de reapertura/clausura de las trayectorias tiene que ver con la adaptación a ciertas características del entorno que pueden pesar a la hora de percibir que la experiencia del retorno es satisfactoria en relación con factores que afectan el “bienestar” y la “calidad de vida”. Una primera cuestión tiene que ver con la posibilidad o imposibilidad de acceder a determinados bienes o servicios en el mercado, cuya provisión por parte del Estado se considera inadecuada y/o insuficiente; en este sentido, son habituales las referencias al sistema público de salud, la educación, o los servicios de transporte e infraestructuras públicas. David, un informante con estudios superiores y una reinserción laboral cualificada y en condiciones satisfactorias para él,

considera este aspecto del retorno y lo pone sobre la mesa como una de las dimensiones de peso a la hora de evaluar la orientación de su trayectoria migratoria en el futuro:

Yo me miro como persona de clase media, clase media, justa. Yo, en este sistema sé que voy a ser siempre un dador, en el sentido de que no voy a esperar nada a cambio del Estado. O sea, yo del Estado no puedo esperar a cambio una salud pública acorde a los niveles que yo tolere como aceptables, una educación pública para mis hijos y que haya infraestructuras que me permitan moverme por el país como corresponde, en el sentido de que si yo quiero ir a trabajar, quiero ir por una autopista que no la estén arreglando mientras yo estoy pasando y pagando el peaje. O sea, locuras que yo hoy sigo pensando que me parece que sólo acá nos podemos acostumbrar a eso. Hay lugares que están mucho peor, pero con donde está peor nunca me comparo, porque me voy a comparar con lo mejor. O sea, estando mal acá o estando mal allá, prefiero estar mal allá. Porque me es mucho más fácil garantizar un marco para criar a mis hijos allá, que no acá. O sea, acá me voy a tener que preocupar por la educación, me voy a tener que preocupar por buscar una educación privada. Voy a tener que preocuparme toda la vida por mantener un trabajo, un sistema de obra social que es costosísimo, el moverme no va a ser tan fácil. La única contrapartida es el coste de la vivienda, hasta hoy era más o menos ventajoso acá, pero hasta ahí, depende por donde lo analices (David, 33 años, E32).

Es habitual identificar discursos como el de David, que asumen que para alcanzar un nivel de bienestar y calidad de vida acorde a sus expectativas en Argentina tendrán que inevitablemente contar con los recursos económicos que les permitan acceder a estos servicios básicos en el sector privado. Estas expectativas están determinadas por niveles de aceptabilidad conformados no sólo por los parámetros que configuran los espacios sociales y de clase correspondientes al lugar del retorno (cuestión abordada en el capítulo 6), sino también por lo experimentado en España durante la inmigración. A este respecto, salvo algunas excepciones, la mayor parte de los/las informantes reconocía haber tenido experiencias positivas en relación a la provisión de estos servicios por parte del Estado en España. En este sentido, asumían que regresar a Argentina suponía tener que desembolsar parte de sus ingresos para acceder a servicios “de calidad”; como una cobertura de salud o centros educativos privados —si bien algunos/as informantes enviaban a sus hijos/as a instituciones públicas, en estos casos destacaban que se trataba de centros que tenían una “buena reputación”. En algunos casos, esto suponía que sus hijos/as se trasladaran diariamente fuera de sus zonas de residencia (como la hija de Victoria, que viajaba diariamente del conurbano bonaerense a la ciudad de Buenos Aires); en otros, reconocían que el acceso a estos centros específicos había estado mediado y facilitado por contactos en el lugar de destino (como ocurría con varios/as informantes en la ciudad de Rosario). Una situación económica favorable puede coadyuvar a solventar este tipo de necesidades recurriendo a servicios del sector privado y mitigar el efecto que esta dimensión puede llegar a tener en la resignificación de las experiencias del retorno y la reorientación de las trayectorias.

Un segundo factor destacable en relación con la percepción del “bienestar” y la “calidad de vida” tras el retorno es el relativo a las diversas formas de experimentar y gestionar el fenómeno y el sentimiento de “inseguridad” que se vive en los contextos urbanos analizados. En algunas trayectorias esta dimensión plantea fuertes contrastes entre el

contexto de la inmigración y del retorno y parece afectar profundamente las percepciones acerca de la “calidad de vida” que es posible disfrutar en cada uno de estos lugares. Si bien en la mayor parte de las trayectorias lo habitual es identificar la adopción de ciertas prácticas, precauciones y estrategias que permiten minimizar riesgos y experimentar la vida cotidiana con “normalidad”; en otros casos, la excesiva preocupación y temor que suscita este aspecto conduce a modos restrictivos de habitar el espacio que suponen importantes limitaciones. Conviene recordar a este respecto la trayectoria de César, un entrevistado que retornó a Buenos Aires sacando un pasaje de ida y vuelta desde Madrid y desde su regreso a Argentina, en dos años, realizó seis viajes a España. Así relata su experiencia de “volver” al lugar de origen con un billete de “vuelta” al lugar de destino:

Eso me marca que sé que voy a volver, es lo que yo pienso, ¿no? [...] Mis viajes siempre terminan en Madrid, nunca terminan en Buenos Aires, y es algo que no... no lo quiero pensar. Capaz que si lo hubiera sacado al revés, no sé, me asustaría; de esta manera yo estoy tranquilo.

¿Por qué te asustaría?

Porque no me quiero quedar acá, entonces digo, de alguna manera, eso me denota que voy a volver (César, 42 años, E09/I).

A pesar de haber comprado propiedades y haber montado algunos negocios en el sector de la hostelería en la ciudad, este informante mantenía intactos sus deseos de volver a vivir en España en ambas entrevistas, realizadas en 2012 y 2014. En su caso, a pesar de los buenos resultados económicos de sus inversiones, la cuestión relativa a la seguridad en el nuevo contexto era clave (cuestión analizada en el capítulo siete). Trabajar intensivamente en la inmigración le había permitido ahorrar e invertir en Argentina en una propiedad y un negocio; retornar le había permitido ampliar esos capitales y desde esta nueva situación de solvencia económica proyectaba regresar a España. A diferencia de la primera vez que se fue, ahora podía plantearse comprar una propiedad en Mallorca donde residir sin tener que pagar un alquiler, y contar con los ingresos de Argentina (producto de rentas de propiedades y beneficios de su negocio) para no tener la necesidad de trabajar intensivamente.

De momento, lo que tengo claro es que quiero ir para allá [...] porque no pasa por una cuestión económica acá, ¿me entendés? No tengo calidad de vida. Siento que no disfruto. O sea, si vos estás en un lugar que no disfrutás es como... porque yo ya tengo la comparación ¿me entendés lo que te quiero decir? [...] Entonces, a vos la balanza te está diciendo, esto me gusta, esto no, entonces quizás... Hacés el sacrificio, es como mi papá, el laburó 18 horas, 19 horas, para llegar a un objetivo ¡Yo estoy haciendo lo mismo! Exactamente igual.

O sea, vos lo que estás haciendo acá es esforzarte para poder irte otra vez.

Claro, totalmente, sino yo me hubiera ido antes. Si en esos años, cuando vos viniste, a mí me hubiera ido mal, yo me hubiera ido, ¿me entendés? Porque digo, ¿qué mierda hago

acá? Ahora, claro, a mí me fue bien [...] Pero, por eso te digo, también, vos tenés que laburar mucho e indudablemente es eso lo que me frena a mí. Porque yo me quiero ir y es un poco eso, ese esfuerzo que estoy haciendo de quedarme. Porque yo llega el fin de semana y no hago nada. No me gusta y pienso ¡y sueño con ir a España! ¿Me entendés? Yo leo el diario, el periódico regional, el *Última Hora* y *Diario de Mallorca* que son de allá y después *El País* y *El Mundo* que son de nivel nacional y ¿entendés? Siempre me siento ligado. Entonces, inclusive ahora mismo yo le digo a él [*refiriéndose al socio de su negocio*]: me voy un mes, listo. Me empecé a llevar la guita... No podés sacar más de diez mil dólares... Entonces, ahora si va uno le cuelo cinco o seis mil euros. Compré ahora tres o cuatro mil euros que los deposité allá... Y tengo guita ahorrada que tengo que hacer despachar. Inclusive, el domingo, lo estaba hablando, digo: si no lo empiezo a hacer, es como que te frenás. Y no, eso me da miedo, yo acá no quiero comprar más nada. Entonces, no quiero frenarme [...]

Bueno, o sea que ya estás como montando...

El regreso... El regreso del regreso (Cesar, 44 años, E9/II).

El relato de César representa bien lo que White (2014) denomina “doble retorno”, en tanto estos planes de reemigración son interpretados por los migrantes como un nuevo regreso, otra forma de volver que no es “menos retorno” que el “retorno al país de origen”, en tanto “los migrantes hablan de «retorno» al lugar que extrañan cuando están lejos de él” (White, 2014: 29).

Para quienes, como César, se encuentran en esta posición y perciben que con el retorno han perdido “calidad de vida”, la insatisfacción con esta dimensión de la experiencia puede llegar a ensombrecer el desarrollo positivo de sus procesos de reinserción en otros ámbitos. Tras cuatro años residiendo en Argentina César orientaban sus prácticas a una nueva fase de movilidad, aunque el resultado de sus apuestas le permitiera un próspero pasar en términos económicos en Buenos Aires. Paradójicamente, estas estrategias a través de las cuales pensaba que sería posible volver a emigrar eran al mismo tiempo las que lo retenían y ralentizaban el proceso. El recorrido de César pone de manifiesto cómo la reapertura de las trayectorias de retorno requiere de nuevos tránsitos tras regresar al lugar de partida para poder rearticularse a corto o medio plazo; esta cuestión será abordada de forma específica en las siguientes páginas.

9.2 *La resignificación de las experiencias de retorno: análisis diacrónico a partir de algunas trayectorias migratorias en distintos momentos del curso de vida*

En ocasiones, alguna de las dimensiones propuestas en el apartado anterior considerada de forma aislada puede ser suficiente para identificar, a través de los discursos y las prácticas, orientaciones dirigidas a la reapertura o a la clausura de las trayectorias migratorias; sin embargo, en cualquiera de estas circunstancias lo habitual es observar una combinación de varias de ellas. Es entonces el efecto agregado de estas dimensiones sobre las experiencias de retorno el que cristaliza en los discursos y posibilita identificar dentro de una heterogeneidad de trayectorias aquellas que se orientan a la reapertura o

la clausura o, como define Rivera Sánchez (2013: 67), a procesos de “reinserción con establecimiento” o “reinserción con reemigración”. Es importante advertir además que un análisis de estas características requiere una aproximación dinámica que preste atención a cómo las migraciones de retorno son transitadas o, en otras palabras, que tenga en cuenta cómo en el devenir espacio-temporal estas experiencias de retorno van acompañadas de procesos de resignificación que pueden o no reorientar las trayectorias.

Para analizar esta cuestión, a continuación vamos a presentar algunos itinerarios concretos que pueden resultar “ejemplares” en este sentido. Procuraremos presentar casos diversos que, en distintos momentos del curso de vida, emprenden la migración de retorno y que comparten tanto similitudes como diferencias en cuanto a las características de sus trayectorias y los efectos que las distintas dimensiones antes descritas tienen sobre sus procesos de reinserción y experiencias de retorno. Cuando sea posible recurriremos a trayectorias cuyo estudio fue abordado de forma longitudinal, es decir, realizando entrevistas en distintos momentos tras el retorno, lo que nos permiten vislumbrar cómo estas experiencias se resignifican a lo largo del tiempo.

Matías y Fernanda: etapa inicial del curso de vida

En las trayectorias migratorias de las personas más jóvenes, que todavía no han formado sus propias familias, ni tienen hijos/as, la reapertura de las trayectorias migratorias se plantea como plausible, especialmente durante los primeros años de residencia tras el retorno y mientras sus trayectorias laborales no están asentadas. Al haber emigrado con sus padres y hermanos/as, al volver al lugar de partida se produce una transnacionalización de los vínculos familiares. Esto permite mantener una puerta abierta a la reemigración en el caso de ser necesario, en tanto mantienen una red de afectos y recursos en España. Sin embargo, estos/as jóvenes regresaron con la expectativa de construir una trayectoria en Argentina y una parte importante de su proyecto de retorno se apuntalaba en lo laboral. Su vuelta estaba relacionada con las dificultades que encontraron para incorporarse en el mercado de trabajo en España, afectado negativamente por la crisis económica y financiera internacional.

Este fue el caso de Matías y Fernanda, dos informantes jóvenes, de 26 y 30 años, que habían emigrado en el marco de proyectos familiares y concluyeron en España estudios técnicos. Aunque en distintas áreas, ambos habían intentado insertarse laboralmente en España en el sector audiovisual; sin embargo, ninguno logró estabilizar su situación y volvieron a Argentina en busca de nuevas oportunidades. En ambos casos, tenían en Madrid a parte o a toda su familia. Diferencia sus trayectorias que Matías inició los estudios secundarios en España, mientras que Fernanda los finalizó en Argentina, de forma tal que su principal grupo de amistades y de referencia se había articulado en un caso en el transcurso de la inmigración, y en otro en un momento previo a emigrar. Otra diferencia es que mientras Matías tenía una relación de pareja en el momento de retornar, Fernanda, no; y este hecho será determinante a la hora de reorientar sus trayectorias.

En el caso de Matías, sus procesos de reinserción en Argentina combinan una serie de factores que fueron orientando su trayectoria a una nueva fase de reemigración a España. De hecho, la segunda entrevista que se realizó un año más tarde tuvo lugar en Madrid. La trayectoria de Matías tras el retorno fue inestable en diversos aspectos. El laboral fue uno de ellos. Se insertó en el sector del mercado de trabajo que él esperaba y se dedicó a trabajar en producción audiovisual como *freelance*. Consiguió el empleo a través de los contactos de un familiar, lo que le permitió empezar a trabajar al poco tiempo de llegar. Matías comparaba esta situación con la experimentada en los últimos años en España donde, si bien tenía “más contactos”, para desempeñar las tareas que actualmente llevaba a cabo tendría que haber pagado “mucho derecho de piso”. Matías tuvo la oportunidad de firmar un contrato de trabajo con su empleador pero prefirió mantenerse como autónomo ya que su objetivo era montar un proyecto propio: “una productora de contenidos para televisión”. Sin embargo, no tenía con quién llevar a cabo este emprendimiento: “es mucho para remarla solo, me gustaría encontrarme socios”. Sus contactos, antiguos amigos del rubro en España, estaban en Ecuador y en Colombia (países a los que él mismo había ido a trabajar algunos meses después del retorno) lo que dificultaba darle un impulso real al proyecto y terminó por no ejecutarse.

La debilidad de las redes de Matías en Argentina se ponía de manifiesto no solamente en el ámbito laboral, sino también en su proceso de reinserción social. En lo que respecta a las amistades, Matías intentó retomar el vínculo con los amigos de la infancia con quienes había permanecido en contacto —especialmente durante los primeros años de la inmigración—, pero esta estrategia no terminó de funcionar. Habían pasado doce años y doce años clave porque abarcaban prácticamente toda su juventud: “cuando vuelvo intento retomar, pero no... Sí los he visto, nos hemos encontrado, he ido a asados, he tomado unas cervezas... pero no somos amigos”. Hablando de esta dificultad para trabar nuevas amistades, Matías reconoció que este era un aspecto difícil de su proceso de retorno:

La verdad es que me está costando mucho, todos los lugares donde caigo ya hay grupos de amigos recontra armados y... Supongo que lo normal, que te tenés que bancar un rato ser el que está afuera, el que viene de afuera y hacer un esfuerzo más grande en meterse. Pero... me costaba mucho hacer ese esfuerzo... Me metí en una agrupación, que son todos chicos jóvenes y me llevaba de puta madre y todo bien, pero no eran amigos, y ellos sí tenían sus grupos y eran más cerrados. Y, qué sé yo, aunque me acople un poco y de costadito, sí, todo bien, nos tomamos una cerveza pero... Con mis viejos amigos lo mismo, tampoco... O sea, la sensación, digamos, es que ya está todo más armado y vos venís de afuera y hacéte lugar como puedas, y yo estaba sin ganas (Matías, 26 años, E1/I).

Matías creía que debía hacer “un poco más de esfuerzo”, pero no le resultaba fácil. Reconoce que en los inicios de su experiencia de retorno opuso resistencias: “atravesé momentos muy de extrañar España, y me puse medio asquerosito con todo; no asquerosito, pero sí, eso que le agarra mucho al principio al inmigrante, el tema de: ah, esto en España no me pasaba, no era así [ríe]”. Son reiteradas las referencias simbólicas en el discurso de Matías a partir de las cuales él percibe que está (o es) ubicado dentro o

fuera de determinados espacios sociales; separaciones a partir de las cuales se termina identificando como un “inmigrante”, también en Argentina. Este aspecto de su proceso de reinserción social se terminó resolviendo a partir de la situación residencial; compartía vivienda con ocho personas más y habían formado una “extraña comunidad” entre jóvenes estudiantes o trabajadores de distintos países latinoamericanos o de otras provincias del país: “me está yendo mejor porque estoy más con extranjeros [...] Me identifico mucho con los inmigrantes, en Argentina también. O sea, con los inmigrantes en dos ámbitos. Creo que por eso también me saldrá más natural juntarme con brasileños y ecuatorianos”. Participar en este grupo le permitió mejorar este aspecto de su proceso de reinserción social que “al principio, era un desastre”. Sin embargo, consideraba que sus lazos de amistad más sólidos eran los que había construido durante la juventud con sus pares en España: “Igual, eh... mis amigos de acá [de Madrid] fueron amigos mucho más tiempo, o sea, más cercanos”.

Todas estas cuestiones derivaron en que el proceso de retorno de Matías fuera en definitiva “mucho más duro de lo que esperaba” y en la primera entrevista lo resumía en el hecho de no haber recuperado sus antiguas amistades, las dificultades para entablar nuevas relaciones, extrañar a “los muchachos de allá” y otro aspecto fundamental: las dificultades que supuso sobrellevar a la distancia su relación de pareja. Aún así, las expectativas de Matías en el primer encuentro, a un año de su llegada a Buenos Aires, estaban orientadas a permanecer en Argentina en el futuro próximo; aunque dejaba lugar para la duda ya que, en definitiva, su trayectoria se definiría también en función de la articulación de un proyecto compartido:

¿Te imaginás quedarte acá, en Argentina, en Buenos Aires?

Sí, perfectamente, pero... Me cuesta un poco hacer planes a largo plazo. O sea, hubo una época donde no me imaginaba [en Argentina] y ahora sí me imagino. Me imagino mucho menos, por ejemplo, viviendo en España, mucho menos...

No te imaginas en España... ¿por qué no?

Y, porque está la cosa bastante muerta. Si vuelvo es por los amigos o mi novia. Entonces, yo sé que es bastante improbable que vuelva hasta dentro de, ponele, dos años. De acá a dos años el tema novia, si no decidimos ya algo, dentro de dos años es muy difícil que lo establezcamos.

Y con tu pareja ¿qué proyectan, qué idea tienen?

El proyecto es que ella quiere terminar la carrera y después vendría a vivir a Argentina. Le falta un año. Bueno, es un proyecto que permanentemente se pone en duda, digamos, pero el objetivo ahora es ese... Yo pensaba visitar España en diciembre, probablemente lo mueva a junio, para ir en verano. Iré a visitar España un tiempito. También, de acá a junio, depende qué esté haciendo, qué esté pasando acá, pero si puedo me gustaría. Y después la idea es esa, traerla para acá, por lo menos un añito, dos y poder ver (Matías, 26 años, E1/I).

La relación de pareja y su evolución, así como también las negociaciones en marcha para construir un proyecto común fue uno de los aspectos que mayor inestabilidad aportó a la trayectoria de Matías tras el retorno. El joven estaba en pareja hacía cuatro años y cuando decidió instalarse en Buenos Aires ambos pensaron que no seguirían la relación, sin embargo, pudieron sostenerla en el tiempo. Tras nueve meses separados, su pareja lo visitó en Buenos Aires una temporada; esta experiencia les permitió seguir proyectando juntos y pensar acerca de los próximos pasos a seguir, pero también emergieron nuevas preocupaciones respecto a tener que otra vez separarse por un largo período de tiempo después de la experiencia de convivir algunos meses. Esta situación fue la que Matías no pudo sostener tras la partida de su pareja:

Y... después ya se fue y era más duro el tema, la extrañé mucho al principio. Y estábamos un poco distintos que la primera vez que nos separamos, porque la primera vez pensábamos que bueno, capaz volvemos, capaz no. Y esta segunda vez ya teníamos más la intención de volver seguro. Así que bueno, se hizo más largo, fue mucho más duro... En realidad, el problema era que iban pasando los meses, que ella estaba acá, yo allá, y bueno... hubo que tomar una decisión (Matías, 27 años, E1/II).

Tras la visita de su pareja Matías continuó con sus trabajos como *freelance* y seis meses más tarde decidió volver “de visita” a Madrid. Ya no regresó a Buenos Aires. Los últimos meses en Argentina transcurrieron entre la desgana y la desmotivación con la situación en general. De su segunda entrevista se deduce que Matías no terminaba de encontrar su sitio en múltiples sentidos: seguía sin hacerse del todo con una ciudad que conocía pero en la que nunca antes había residido, si bien había hecho nuevas amistades en Buenos Aires extrañaba los vínculos con sus amigos de España, no quería estar separado más tiempo de su pareja y, por último, en este segundo encuentro detalló algo más cómo se desarrollaron ciertos vínculos familiares, asunto con el que tampoco estaba satisfecho. En cuanto a su trayectoria laboral, por más que trabajara para el sector audiovisual, la producción no era lo que le interesaba; asimismo, la discontinuidad de los proyectos tampoco le proporcionaba estabilidad. Esta última cuestión era relevante para su pareja, un motivo de discusión entre ambos y, entre otros factores, incidió en que el proyecto de que ella se mudara a Buenos Aires se desdibujara con el pasar de los meses. En medio de estas circunstancias Matías tomó la decisión de volver a España, con cierta desazón:

Y ¿cómo estás vos en cada lugar? ¿Cómo te sentís?

Bueno... [silencio] me cuesta más estar en España. Me cuesta más... [silencio] porque sí, siempre tuve la cosa de querer irme de acá. Entonces, eh... volver es medio... feo. Pero bueno, es cómodo, me resulta muy cómodo. Pero también muy difícil, en el sentido laboral (Matías, 27 años, E1/II).

En el momento de la segunda entrevista Matías acababa de instalarse en un piso compartido y expresó su cansancio tras diez años de encadenar mudanza tras mudanza. Estaba realizando uno de sus últimos proyectos como *freelance* y en breve tendría que

nuevamente afrontar la búsqueda de trabajo en Madrid. Mientras tanto, en la pareja seguían negociando qué hacer, pero todo indicaba que si querían seguir juntos Matías tendría que quedarse en Madrid un tiempo más.

Y, ¿con tu pareja qué tal, entonces?

Bien. Estamos de negociación, tampoco sabiendo muy bien qué hacer. En realidad, estamos negociando. Medio que yo querría ir para allá, pero tampoco estoy tan seguro. Por esto que te decía de mi familia. También acá están mis amigos. Por ahora me están saliendo laburos, y mi novia se quiere quedar. Digamos que tiene las de ganar en la negociación (Matías, 27 años, E1/II).

A Matías no le disgustaba la idea de quedarse “unos años” en Madrid: “siempre y cuando tenga laburo”. Mientras tanto, al tiempo que esperaba que avanzara la negociación con su pareja, también postergaba cualquier tipo de decisión al respecto porque intuía que los deseos diferentes de cada uno desembocarían en el final de la relación. Era esta situación abierta la que aún, después de reemigrar, no terminaba de definir su trayectoria. Sin embargo, a pesar de todavía sostener la idea de probar en nuevos destinos –Matías pensaba en Ecuador, donde ya había pasado tres meses trabajando con unos amigos– tras su experiencia de retorno a Argentina sí tenía claro que al menos allí no tenía ganas de volver: “porque ya probé, porque ya vi cómo es... no me da para soñar mucho”.

La trayectoria de Fernanda, guardando similitudes con la de Matías, sin embargo, presenta algunas diferencias que son las que resultan determinantes para arribar a un resultado distinto. Esta informante regresó a Argentina a los 29 años, tras una trayectoria de inserción laboral fallida en España. Fernanda volvió a Buenos Aires sin pensar concretamente cuánto tiempo se quedaría allí. Cuando le preguntaban si volvería a España, Fernanda respondía:

Mirá, yo me voy y veo lo que me depara allá, por ahí vuelvo en un mes, por ahí vuelvo en un año, por ahí no vuelvo. Ni idea, no voy a marcar ningún límite. Porque estoy sola, yo y mi alma, no me voy ni con una pareja que me pueda determinar eso, por ejemplo, o algún trabajo que se me termina, o un estudio... O sea, me voy y ya veré (Fernanda, 30 años, E4/I).

Dadas las características de su proyecto de retorno –al volver sola, sin familia, sin pareja, sin planes concretos– Fernanda podía ser todo lo flexible que quisiera respecto al tiempo de permanencia en Argentina e improvisar sobre la marcha. La informante mencionó específicamente que el hecho de no tener pareja facilitaba todo este proceso; no solo para pensarlo de forma abierta, sino a la hora de plantearse la posibilidad de llevarlo a cabo: “también eso ayudó, que no estaba en pareja y por eso me vine. Si hubiera estado en pareja me hubiera quedado”. Esta situación de autonomía de los jóvenes respecto a ciertos vínculos afectivos facilita, sin duda, que lleven a cabo la migración de retorno. En estos casos la posibilidad de reapertura de las trayectorias está presente desde el inicio, si bien irá tomando forma (o no) en función de cómo se

desarrollen los distintos procesos de reinserción en el nuevo lugar de residencia. Respecto al proceso de reinserción laboral de Fernanda, su idea era conseguir un empleo en el sector audiovisual. Si bien la situación laboral en Argentina le parecía ventajosa respecto a la de España, según la entrevistada, la falta de contactos dificultó que alcanzara este objetivo.

El mejor momento en Argentina de audiovisuales había sido unos años atrás, pero en comparación a lo que era audiovisuales en España era mucho mejor. Así que, bueno... [silencio] Vine acá, lo intenté y no me salió [ríe]

Pero, ¿por qué?

Porque también es una cuestión mucho de contactos, y tenía muy pocos contactos. Yo tengo una amiga que labura en producción y laburé en un par de *publis*, me llamaron dos o tres veces, después a la cuarta ya no pude, entonces la gente ya no te llama (Fernanda, 30 años, E4/I).

En realidad, la informante no pudo dar continuidad a su actividad en el rubro audiovisual porque debía combinar una serie de empleos formales e informales que reducían su disponibilidad y terminó por dar prioridad a estas otras actividades. Por un contacto de la familia consiguió trabajo en un teatro. Si bien su empleo dependía del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires no formaba parte de la plantilla estable y había tenido que darse de alta como monotributista (autónoma), lo que implicaba que no tenía acceso a ciertos beneficios contractuales como pagas extras, reconocimiento de antigüedad o negociación salarial por convenio colectivo, etc. A pesar de la precariedad de sus condiciones laborales este empleo era el que le proporcionaba un ingreso fijo mensual.

Acá estoy como monotributista, entonces es una porquería. Son esas cosas, que si te vas no tenés ni antigüedad, ni ninguna cosa así. Y te aumentan lo que a ellos les parece anualmente. Cosa que en la administración, imaginate, el aumento llega ahora, a mitad de año, y la situación ya cambió completamente. Entonces, ya de por sí no es un sueldo muy alto. Del año pasado a este me aumentaron un 20%. Empecé a ganar 4800, de ahí tengo que descontar 400 de monotributo. Son 4400. Ya en enero era poco. Un sueldo más o menos, como para vivir y eso, en enero tendría que haber sido como de cinco mil y pico, mínimo. Entonces, 4400, imaginate (Fernanda, 30 años, E4/I).

Dados los ingresos insuficientes que le proporcionaba este empleo, Fernanda tenía que combinar esta actividad con otro trabajo informal que llevaba a cabo los fines de semana. Con una amiga, asistían a campeonatos de fútbol infantil en distintos barrios de la ciudad, sacaban fotografías de los equipos y los jugadores, las ofrecían a los familiares y las vendían e imprimían en el momento: “esto es un complemento de mi laburo”. A pesar de la irregularidad e inestabilidad de esta actividad, la informante evaluaba positivamente la informalidad característica de un contexto que le permitía desarrollar estrategias para generar ingresos extra; una situación que en España le “parecía impensable” porque “allá todo es muy legalista”. Este contexto más “descontracturado”

se manifestaba también en otros ámbitos de la nueva cotidianidad tras el retorno y facilitaba la readaptación de Fernanda, no sólo respecto a sus relaciones laborales, sino también sociales:

Cuando vine para acá, me pareció curioso, porque siempre sostuve que lo que hace al lugar es la gente, digamos [...] O sea, creía que no, pero sí que echaba de menos el lugar también, aunque no funcionen las cosas y Buenos Aires sea una ciudad híper hostil... Siempre pensé que si metía en un *Boing* a todos mis amigos, a la gente que quería y las mandaba allá iba a ser la panacea. O sea, una fantasía, ¡obviamente!... [...] Y me di cuenta de eso, que sí que echaba de menos esto. O sea, me sentí a gusto, me empecé a encontrar con cierta cosa más descontracturada de la gente, más informal, que por ahí llevada al otro extremo te hincha las pelotas ¿no? Porque acá ¡no te cumple un horario nadie! Pero después hay otras cosas para las que está bueno que la gente sea más relajada, ¿no? Esto de te toco el timbre, sí subí, tengo la casa echa un asco, no pasa nada. Allá ni en pedo, ¿no? Salvo con gente con la que tenía mucha confianza de años y de todo. O sea, no, era raro que cayera alguien de sorpresa, sin nada en la mano (Fernanda, 30 años, E4/I).

El retorno a la ciudad la reencontraba a Fernanda con toda una serie de códigos que formaban parte de un espacio y un bagaje cultural que reconocía y que al volver se dio cuenta que echaba de menos. Se instaló en un piso de un familiar, que a su vez había sido el viejo estudio de su madre. Fernanda conocía el lugar, el barrio, se sentía a gusto y no pagaba alquiler, algo fundamental en su situación: “eso es una gran ayuda, de otra manera no me habría podido plantear vivir sola”. Desde este nuevo espacio Fernanda retomó los vínculos con sus amistades de la infancia y la adolescencia y también estableció nuevas relaciones. Tras un primer período de entusiasmo y algunas decepciones menores, Fernanda terminó por entender que sus expectativas respecto a estas relaciones se tenían que adaptar a un nuevo momento de la vida adulta.

Y nada, con esto de que siempre fui familiar, amiguera, cuando volví les hinchaba un montón las pelotas. Los tenía hartos. Porque claro, todo el tiempo quería hacer reuniones, y quedar. [...] Y después como que te calmás. Es otra época, no tenemos 16 años, no estamos tan al pedo. Llegamos un día cansados, no nos dan ganas de salir, preferimos quedarnos en casa, no sé qué. Empezar a vivir... o sea, las vidas en pareja, también hacen eso, ¿no? Que te dedicás más a tu pareja... Claro, yo también estaba soltera y bueno, nada (Fernanda, 30 años, E4/II).

Los ritmos de trabajo interferían a la hora de encontrar momentos para compartir: la mayor parte de sus amigas estaban en pareja, en definitiva, no disponían del mismo tiempo libre y de ocio. Sin embargo, Fernanda se refugió en sus relaciones de amistad para resolver otro aspecto de su proceso de reinserción social e intentar suplir la “falta” que le generaba ahora la distancia de su familia, con quienes había convivido durante la inmigración. Estas nuevas distancias (de la familia) y cercanías (de sus amistades) experimentadas en el retorno dejaron en evidencia que no era “lo mismo”, y que estos vínculos no eran reemplazables o intercambiables, a diferencia de lo que Fernanda había podido pensar antes de volver:

Lo llevo, yo qué sé. Sí, es una parte que me falta, claramente, pero bueno. Ya está [ríe]. No lo puedo cubrir, pensaba que sí, que por ahí lo podía cubrir, yo qué sé, como tengo estos amigos que son de tantos años, las familias de mis amigos son muy cercanas, ¿no? Pero bueno, tampoco es lo mismo. Nosotros siempre fuimos muy compañeros, muy compinches entre nosotros, entonces me vengo acá, tengo que poner la casa en orden en tiempo record, tenía que mudar todo, y decís: claro, ¡si estuviera mi familia acá! ¡Esto lo haría en un toque! ¿Viste? Porque mi viejo y mi tía somos los tres re manitas, y mi vieja es re torpe pero lleva todo adelante, pendiente de que necesitan, hago la comida, voy a comprar la pintura, eran re *coequipers*. Y eso se echó mucho de menos. Porque los amigos venían, te pintaban un rato y después se iban, tenían sus vidas, ¿no? Es otra cosa (Fernanda, 30 años, E4/I).

Regresar implicaba rearticular los vínculos desde nuevas posiciones. Respecto a su familia, Fernanda mantenía ahora el contacto vía skype y redes sociales. En la primera entrevista me contó que justo cuando decidió volver, su hermana había quedado embarazada, ahora tenía un sobrino y esperaba poder ahorrar algo de dinero para ir a conocerlo al año siguiente. A pesar de todos estos aspectos que transformaban la vida de Fernanda y a los cuales tenía que acostumbrarse tras el retorno, el balance general de la experiencia era positivo:

A día de hoy, yo qué sé, estoy viviendo acá, tengo un trabajo fijo, tengo un gato, ¿me entendés? Y me siguen preguntando, ¿cuándo volviste? ya te quedás ¿no?... Y ¡no puedo decir que sí! [rías] Digo: ¡bueno! De momento estoy acá... Me cuesta mucho afirmar el “me quedo”. O sea, cada vez hay más indicios de que me estoy quedando, y más ahora que mi vieja que, me extraña un montón, me dice: ¡no te vengas ni en pedo! Por como están las cosas.

Ah ¿sí? ¿Eso te dice?

Sí: ¿ahora te vas a venir acá? Es un bajón, no hay laburo ni de camarera, ¡qué vas a hacer! Y si vos ahí estás con tu casita, con tus laburos, te mantenés bien, estás contenta... ¡ni se te ocurra! (Fernanda, 30 años, E4/I).

Aquella posibilidad de reabrir la trayectoria migratoria, transcurrido el primer año tras el retorno, parecía reorientarse a la clausura, más allá de las dudas y las dificultades que Fernanda tenía para afirmar que se quedaría a vivir en Buenos Aires. El escenario de la reemigración se planteaba sólo en el caso de que se presentara algún tipo de situación extrema: “yo creo que si tengo que escaparme otra vez, me escapo”. Y en ese caso la opción más probable que barajaba era volver a España. Sin embargo, este escenario hipotético contrastaba con la realidad de sus proyecciones en el presente:

O sea, hoy por hoy, haciendo honor a la verdad y a la sinceridad, sí, me estoy viendo ya acá, de alguna forma. Pero, yo qué sé, es eso, no lo firmo ni... por ejemplo, mi vieja me dice: ché, ¿te mando tal cosa? No, no, no, no, no... todavía mis cosas dejalas allá, ¿viste? Es como que, no, no, no, no, no..., no puedo, ¡no puedo! [ríe] (Fernanda, 30 años, E4/I).

Todo este tipo de resistencias identificadas en la primera entrevista habían prácticamente desaparecido un año más tarde. En el segundo encuentro se comprobó que la trayectoria de Fernanda se había estabilizado y que sus proyecciones se orientaban de forma más clara a terminar por asentarse en Buenos Aires y permanecer en Argentina. Mantenía los mismos dos trabajos que hacía un año, aunque estaba diseñando nuevas estrategias para conseguir otra fuente de ingresos extra que le permitiera dejar de trabajar los fines de semana. Con unos amigos querían iniciarse en el negocio informal de arrendar una propiedad con varias habitaciones, subarrendarlas a extranjeros, cobrar el servicio en euros o dólares y obtener beneficios con el cambio de divisas. Otros conocidos de Fernanda habían iniciado esta actividad: “son estas cosas que te enterás acá [...] O sea, es muy *argento*, de buscavidas. Aparte, cómo lo tienen montado, esto de la cuenta afuera, que te depositan allá y la hacen entrar, ¡la tramoya!” Fernanda estaba entusiasmada con el proyecto y esperaba poder llevarlo a cabo. De momento, con lo que ingresaba podía mantenerse e incluso había incorporado nuevas actividades (de formación y deportivas) a su rutina semanal. Aún no había saldado una pequeña deuda con su madre que le había prestado dinero para acondicionar el piso, tampoco podía plantearse pagar un alquiler mensual; sin embargo, había logrado ahorrar dinero para viajar a España y pudo conocer a su sobrino. Este reencuentro con la familia la conmovió en varios sentidos, no sólo por el hecho de encontrarse personalmente con el pequeño, sino también al ser testigo de los nuevos roles que cada uno desempeñaba a partir de este nacimiento y proyectar en su propia trayectoria lo que no sería posible en un futuro:

Me dolió sobre todo ver a mi familia como abuelos, digamos. O sea, a mi tía, mi mamá y mi papá y decir: mmm, si yo me llego a quedar y llego a tener descendencia acá... ¿viste? No los voy a tener. ¡Qué cagada! Porque la verdad que ¡son re copados como abuelos! Entonces, eso me dolió bastante. [...] Y sí, son momentos. Yo qué sé, pienso que también estoy en un momento en el cuál me hacen más falta, porque todavía no tengo mi propia familia. Me parece que el día que yo forme mi propia familia, bueno, salvo por esto que te acabo de comentar... nada... voy a correr mi foco de atención, me voy a refugiar más en mis hijos, o lo que sea. Pero bueno, yo siempre fui re familiar, viviendo con ellos y todo, imaginate. Entonces sí, me hacen falta. Tiro de amigos. Les hincho un poco las pelotas, ¿viste? [*ríe*] Es lo que les toca, lo siento. (Fernanda, 30 años, E4/II).

Esta proyección de Fernanda sobre las ausencias en momentos futuros de su vida es un indicador de las resignificaciones de su propio retorno, en tanto comenzaba a asumir no sólo las implicaciones presentes de la distancia, sino también aquellas relacionadas con su porvenir en Argentina. Un año más tarde, la informante seguía asociando las “faltas” y su forma de aligerar esa sensación recurriendo a sus amigos, frecuentaba las mismas amistades y había incluso iniciado una relación de pareja hacía algunos meses. En aquel viaje a España, como en posteriores visitas de familiares a Buenos Aires, aprovechó para mudar pertenencias que habían quedado en Madrid, un hecho significativo al compararlo con su situación en la entrevista anterior: “me voy trayendo de a poquito”.

Siempre me van trayendo. O sea, las primeras veces les pedía que me trajeran libros de dirección artística, porque estaba tratando de armar algún curso, dar clases de eso, pues

nada... me desprendí un poco de esa idea. Y, ¿que les pedía? No sé... alguna ropa que me hubiera dejado. Mi tía me traía las herramientas, que son muy preciadas para mí. Y los libros, que siempre está bueno tenerlos, me los voy trayendo. Y no, ahora lo que queda son cosas más prescindibles. Igual todavía no puedo decir: ya, me quedo.

¿No podés todavía?

No puedo, no puedo... ¡Es obvio que sí! [risas] ¡Lo grita por todas partes! Pero... claro, *work in progress*, siempre (Fernanda, 30 años, E4/II).

Después de aquel viaje Fernanda ya no se planteaba que sus próximas vacaciones fueran en España: “me da mucha cosa por mi sobrino, pero la verdad que... me pasaba cuando estaba allá, que cada vez que juntaba dos mangos me venía para acá. Entonces ahora no quiero eso, el mundo es muy grande”. A pesar de la idea de *work in progress*, y de no descartar nunca del todo la posibilidad de volver, parecía evidente que los deseos y las prácticas de Fernanda se orientaban a clausurar su trayectoria migratoria.

Marina y Florencia: etapa media del curso de vida

En las siguientes páginas vamos a abordar trayectorias de informantes en la treintena, que retornaron al país con sus respectivas parejas e hijos. En estos casos, las dimensiones relativas a la reinserción laboral y social adquieren otro peso a la hora de incidir en las proyecciones a futuro tras el retorno. Se trata de la trayectoria de dos entrevistadas, Marina y Florencia, que en el momento de la primera entrevista tenían 35 y 38 años, respectivamente. Ambas habían completado estudios universitarios y de posgrado en España y gran parte de sus expectativas tras el retorno se centraban en poder desarrollar sus trayectorias profesionales en Argentina.

Comencemos con la trayectoria de Marina. Su caso nos muestra claramente cómo algunas experiencias de retorno no siempre transitan por los caminos esperados y deseados. El primer encuentro con esta entrevistada se realizó a las 24 horas de su llegada al país. Había vuelto a Argentina acompañada de su pareja, de origen español, y su hija, de un año. En el marco de una conversación emotiva, atravesada por el impacto de la reciente llegada y la casi total incertidumbre respecto al porvenir, Marina manifestó que su proyecto a corto plazo era “conseguir un trabajo; de lo que sea, me da un poco igual en este momento”, pero a mediano plazo (es decir, a lo largo del primer año tras el retorno) esperaba conseguir un empleo acorde a su cualificación. Marina había apostado a formarse, en el marco de una estrategia en la inmigración que consistía en obtener “un valor agregado” siempre orientado a “volver” a Argentina:

Tengo muchas expectativas y tengo miedo, por otro lado, porque le estoy poniendo demasiadas expectativas y por ahí si no sale el proyecto como quiero, ¿qué hago? ¿A dónde voy? ¿A Brasil? ¿Arrastro otra vez a la familia? ¿A la nena, a mi pareja? ... Pero bueno, confío, yo creo que esto va a salir bien, si no creyera en esto no hubiese arrastrado... Mucha movida, me vine con una nena... dejé mucho allá... (Marina, 35 años, E33/I).

A esta entrevistada no sólo le preocupaba su situación laboral sino también la de su pareja –sin estudios superiores y con experiencia no cualificada en el sector servicios– y esperaba que encontrara una buena oportunidad: “que consiga un trabajo en el que se sienta cómodo”. La situación habitacional era otro aspecto que resolver: no tenían una vivienda en propiedad a la que llegar y debían alquilar un lugar que se adaptara a sus necesidades. El primer tiempo pensaba trasladarse unos meses a otra provincia, a casa de sus padres, hasta que terminara la temporada alta en la ciudad donde pensaba instalarse (un lugar turístico de la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires), pero la estadía en el norte del país se extendió más de lo previsto y esto retrasó su proceso de reinserción laboral.

Marina planificó el retorno teniendo en cuenta, o adelantando, sus posibilidades y limitaciones: por un lado, su pareja solicitó una excedencia en su puesto de trabajo en España; por otro, si bien ella perdió el empleo, no quiso percibir la prestación que le correspondía y arriesgarse a cobrarla ausentándose de España. No quería exponerse ni a cometer una infracción, ni a agotar ese recurso antes de tiempo. Los pocos ahorros que tenían los cuidaban al extremo mientras alguno encontraba un trabajo. Aunque recién llegada era muy pronto para imaginarse la situación de volver a España, sí que pensaba que era algo probable en un futuro. Si su pareja quería conservar la excedencia tendría que volver durante un año a trabajar. Ante los miedos, Marina intentaba pensar en todas las cosas que superó durante su juventud y especialmente en la etapa de la inmigración, y reflexionaba al respecto al final de la entrevista: “Nunca me tapó el agua, el agua subía, pero nunca llegó a taparme [...]. No hay que bajar los brazos [...]; siempre que empecé algo, mi frase es: “hasta el final” [...] Pero bueno, igual en un año vamos a hablar”.

Efectivamente, al año siguiente nos encontramos, y según me contó, los planes no habían salido del todo como esperaba. La situación era más compleja de lo que se había imaginado: “yo me imaginé a esta altura estar mucho más establecida de lo que estoy, la verdad, me imaginé que no iba a pasar esto, que un año era un tiempo prudencial para encontrar un trabajo que nos permita vivir tranquilamente”. Marina estaba trabajando como consultora independiente, en proyectos que le interesaban pero las condiciones laborales eran precarias e inestables: “acá no está tan fácil, o por lo menos yo no lo viví con esa facilidad. [...] hay una situación complicada en lo laboral, no estamos para tirar manteca al techo”. Marina no había conseguido un trabajo “normal”, la informalidad no le permitía cotizar a la seguridad social: “yo no tengo 20 años, tengo que aportar, si no me va a agarrar la jubilación. Yo no puedo vivir más de *hippie*, tengo que encontrar un trabajo con ciertas características contractuales, económicas y también de acuerdo a mis expectativas”. La temporalidad no le permitía planificar a largo plazo y los ingresos insuficientes no le permitían cubrir una serie de gastos fijos. “los números no están dando”. Tenían que recurrir a ahorros para llegar a fin de mes a pesar de no tener una “vida de lujos” y alquilar un piso pequeño para reducir gastos. La inserción laboral de su pareja tampoco había dado buenos resultados. Ante esa situación Marina pensaba esperar, tomarse “un año, un año y medio, el tiempo en el que espero que las cosas se

acomoden”. Mientras tanto, procuraba “disfrutar de esos momentos que, cuando estaba lejos, no los tenía y los echaba de menos”.

No sé, yo voy a intentarlo, quiero y necesito que me vayan saliendo las cosas, pero si no salen, ¿qué vamos a hacer? De *hippies* no podemos vivir [...]. Realmente, con la mano en el corazón, no sé que va a pasar. Justamente, el otro día hablábamos del tema: “vos y yo, los dos sabemos, en el fondo de nuestro corazón que vamos a tener que volvernos” [*silencio*] ¿Qué trabajo puede conseguir Joan, acá en Argentina, que le de el nivel de vida que tenía en España? ¿Qué trabajo? ¿Cuánto tiene que ganar? Con su formación, que es cero, porque tiene un secundario y llevaba 16 años en el mismo trabajo; no es que él tiene un oficio, electricista, entonces gana lo que él quiere porque trabaja lo que él quiere [...]. Él tenía un nivel de vida en España que acá no lo va a tener [...]. Nosotros tenemos sólo de gastos fijos ocho mil pesos, si queremos tener un coche te sube a diez mil, por ejemplo. Tenés que ganar cinco mil mínimo, cada uno. Y eso no te deja margen [...]. Y cuanto más quieras acercarte al nivel de vida que tenías en Palma, más tenés que ganar. Y esos sueldos, no son sueldos a los que pueda acceder él, a lo mejor yo sí, pero él no [...]. Yo me di cuenta de una cosa, que yo voy a tener que priorizar, en algún momento [...]. Entonces, es como que digo: bueno, estoy en el baile, bailamos. Vengo, lo intento, veo cómo va, pero hay muchas cosas que quizá no me retengan acá. Como, por ejemplo, que Joan no se adapte, que no consiga un buen trabajo, que a mí no me vaya lo bien que me tenga que ir, entonces quizás tenga que volver. Son muchas cosas las que me pueden expulsar también de Argentina, pero yo no me quiero ir enojada, yo lo quiero intentar [...]. Quizá tengamos que volver, a medio plazo, no te digo a corto plazo porque yo quiero intentarlo, no me quiero ir de acá con la idea de que no hice todo lo que podría haber hecho (Marina, 36 años, E33/II).

Al año de haber llegado, la reapertura de la trayectoria ya se presentaba como posibilidad: “le vamos a dar el tiempo que le podamos dar, no nos vamos a poder quedar así eternamente”. Marina sabía que a medio plazo tendrían que tomar una decisión. En el transcurso del primer año y a la vista de lo sucedido la experiencia del retorno se resignificó para la entrevistada. Al cabo de unos meses en Argentina comenzó a recordar y a extrañar ciertas cosas de España, el barrio, lugares específicos, personas: “tenía una linda vida, pero no me daba cuenta, tenía que ver más con este deseo de volver y de... con lo mal que estaba. Lo empecé a relativizar, por ahí no estaba tan mal...” La nostalgia comenzaba a ser parte de su experiencia del retorno, así como la había experimentado durante la inmigración.

En algún punto siempre resignamos cosas, más o menos dolorosas, más o menos pesadas, pero volver tampoco significaría el dolor que me significaba pensarlo antes.

Antes ¿cuándo?

Antes, cuando vine hace un año. Porque me di cuenta que ahí también había cosas importantes para mí, especialmente mi hermana, lo sigo pensando. Me causa mucho dolor pensar que mi hija se cría lejos de mi hermana, por ejemplo, ¿no? Esas son las contradicciones con las que uno convive permanentemente [...] Entonces... volver no significaría la tragedia que era hace un año, o hace tres o cuatro, cuando pensaba irme de Palma y no volver. Decía: yo me quiero ir, cerrar todo acá y nunca más volver. Ahora no, también supongo que era porque pasaron muchos años sin venir y eso hacía que crezca el mito, ¿entendés? Creció el mito. Bueno, a lo mejor, qué sé yo, si pudiera encontrar la

manera de venir y pasar un mes, llenarme de la alegría del verano, de mis amigas, sería más llevadero vivir lejos. Pero bueno, esas son las conclusiones a las que he llegado este año (Marina, 36 años, E33/II).

La decisión de reemigrar en un futuro, escenario que la entrevistada consideraba probable en la segunda entrevista, se articula a partir de una serie de contrapesos entre aquí y allí. La inestabilidad y precariedad laboral, la situación habitacional, el fuerte vínculo con su hermana, las oportunidades que podrá brindarle a su hija en cada contexto, son todos aspectos que resignificaron los tránsitos del retorno –un regreso que en algún momento había planificado como “permanente” y que conforme transcurrió el tiempo se transformó en “un intento”– y la propia experiencia de la inmigración: “las urgencias de tomar decisiones no me permitieron pensar mucho, pero sí me di cuenta que mi paso por España había sido mucho más profundo de lo que yo pensaba que había sido”. Marina no quería “lujos”, pero sí esperaba que el esfuerzo realizado para formarse repercutiera en su trayectoria laboral y, por ende, en sus condiciones de vida. Quería vivir “tranquila”, “cómoda” y percibía que alcanzar esa situación en Argentina no sería sencillo, al menos no en los tiempos en los que ella necesitaba estabilizar su situación:

Quiero estar tranquila, cómoda y para eso tenemos que ganar 15 mil pesos al mes y acá no sé dónde los puedo conseguir, no sé dónde los puedo ganar. Porque si con dos títulos y un posgrado no puedo llegar a cinco mil pesos, empiezo a replanteármelo [...] Así que, no sé. Hoy estoy aquí y ahora, tratando de disfrutar estas cosas que tengo, que allá no tenía, que extrañaba un montón. Y bueno, después ya veremos qué pasa. [...] Pero en algún momento vamos a tener que tomar una decisión, qué es lo que menos pesa. Vivir con lo que menos te pesa, porque ya estás dividida. Y eso lo vas a ir viendo con el tiempo.

En tu caso, ¿qué te pesa menos?

Y, ahora me está pesando mucho la distancia con mi hermana, muchísimo [*llora*]; la verdad que la alegría de haber vuelto me la empaña la tristeza de estar lejos de mi hermana. Y que mi hija esté lejos de ella, es una cosa que me duele enormemente. Es una tristeza ver que en su vida cotidiana no está. Entonces, por eso te digo, sí, vengo, lo intento, pero acá no me voy a dejar la vida tampoco, si no va. Porque de última, bueno, me voy allá, esto no es más (Marina, 36 años, E33/II).

El relato de Marina apunta a la complejidad que suponen estos viajes de “regreso a casa” que, como explica Christou (2011), no están exentos de una multitud de “encuentros, negociaciones, contradicciones, obstáculos y logros”. Son viajes por los espacios, pero también viajes emocionales por las pertenencias que suponen recorrer “un camino de praxis y apropiación que intersecta con agonías, dilemas, hostilidades y dicotomías, pero también converge con expectativas, reconciliaciones y, finalmente, con el establecimiento, ya sea físico o emocional” (Christou, 2011: 257) Un año más tarde, cuando contacté nuevamente a Marina para realizar una tercera entrevista, me dijo que no podía porque esa semana estaba organizando una mudanza. Había decidido volver a Palma de Mallorca, lugar donde residía en el momento del cierre de esta investigación.

Otra trayectoria de interés para analizar cómo ciertos factores influyen en la orientación a la reapertura/clausura de las trayectorias en esta etapa media del curso de vida es la de Florencia. Al igual que Marina, esta informante también regresó a Argentina acompañada de su pareja y sus hijos. En su caso, también había concluido en España estudios superiores y de posgrado, aunque Florencia, a diferencia de Marina, sí había logrado construir una trayectoria profesional con la que estaba satisfecha y que se ponía en juego al volver. Estas informantes partían de posiciones distintas, mientras Marina deseaba volver, Florencia no. Tal como lo expresó la entrevistada: “no había venido convencida, de que esta era la posta. Hay gente que vino sintiendo que hace años que quería hacer esto, yo sentía que para mí había sido cortar con... como un retroceso”. La primera entrevista se realizó seis meses después de su retorno y en ella expresó sus deseos aún vigentes de regresar a España, así como también el principal motivo que se lo impedía:

Entonces estás en un limbo, quedás ubicado en un limbo [...] donde yo, mis sentimientos son muy compartidos, y donde yo sigo estando muy interesada por todas las cosas que pasan allá, no descarto el volver allá.

¿No lo descartás?

No, no, no. Si yo te tuviera que decir en estos momentos, ¿qué me gustaría hacer? Y, yo, sinceramente, yo volvería a estar allá [*silencio*] No se puede. No se puede y dentro de esta historia yo sé que, bueno, que también mi vuelta tiene que ver con apostar al proyecto de pareja y de familia. Si las cosas no hubiesen estado bien con Juan, a nivel de que yo lo quiera, me hubiese quedado (Florencia, 38 años, E36/I).

A pesar de su disconformidad con el retorno, y de que en aquella primera entrevista Florencia me contó que tenía días en los que si pudiera “agarraría el primer avión que pase”, también intentaba proyectar su vida nuevamente en Argentina y sostenía algunas expectativas a corto plazo:

Ahora mi intención es conseguir un laburo de lo que estudié, me interesaría mucho trabajar en violencia, y apuesto a eso. Y que los chicos se terminen de acomodar, resolver el tema de la escuela de los nenes. Y bueno, que nosotros podamos armar un poco una estructura, porque ahora estamos... ¿no? Muy recién llegados, ¿viste? Donde no sabés ni para que lado salir corriendo; y con mucho miedo a que me vuelva a pasar esto de entrar en este círculo del 2001, ¿no? De la dificultad de encontrar trabajo, o sea, mucho miedo a esas sensaciones del 2001, que no me las puedo sacar de la cabeza. Entonces bueno, tengo acá unas emociones muy encontradas, porque si bien me estoy reencontrando con amigos, con gente que quiero mucho y que son amistades que es difícil hacer allá, también está la cuestión de que yo llegué a Barcelona no teniendo nada acá y yo tengo la sensación de que me vine para acá dejando un montón de cosas. Entonces, me genera eso. O sea, yo sabía que tenía que estar allá porque no quedaba otra, porque acá no había, ¡no circulaba la moneda! Y en cambio, yo allá, al contrario, mi vida en Barcelona, a mí Barcelona me dio muchísimo, [...] yo accedí a todo y ¡siempre me trataron muy bien! La facultad, los trabajos, yo tuve la posibilidad de hacer lo que he querido, llegar a los lugares que he querido... ¡Muy bien siempre! Cosas que todavía en este país no las transité. No me las ha brindado. Entonces, claro, por eso tengo estas emociones encontradas, digamos (Florencia, 38 años, E36/I).

El regreso de Florencia tenía que ver más con las insatisfacciones de su pareja en Barcelona, que con las propias. En la segunda entrevista me contó que la reinserción laboral durante el primer año y medio desde la llegada no había sido sencilla. Los estudios de Educación Social realizados en España no podía convalidarlos en Argentina “porque la carrera no existe acá. Así que es un tema”. Esto no le había permitido acceder a algunos concursos públicos que le interesaban. Sin embargo, después de ocho meses de búsqueda consiguió un trabajo acorde a su cualificación, para el cual no le solicitaban el título, y pudo validar la experiencia profesional adquirida en Barcelona. Trabajando en el área social tuvo que acomodar sus expectativas a una nueva realidad: por un lado, porque la intervención socio-comunitaria que llevaba a cabo en barrios periféricos de la ciudad de Rosario la exponía a vulnerabilidades y riesgos mayores; por otro lado, porque las condiciones laborales eran más precarias en cuanto al salario y a la temporalidad de los contratos.

No termino de estar contenta acá. O sea, no, ¿viste? esto de levantarme y decir: ay, qué bien... No. [...] Y me cuesta, digamos. Pero bueno, como que también estoy... creo que no estoy en la misma situación de la vez anterior. De desconcertada... Qué sé yo, más o menos me creé mis propias estrategias como para poder vivir lo mejor posible ¿viste?. Y bueno, pero sí, es esta cuestión, como que asumí que el laburo que hay, o sea, que el laburo que yo tenía en Barcelona no lo voy a tener. Pero... porque, acá es diferente, es otra cosa, que es un momento de transitar por otros lugares, digamos, y estoy en esa [...] Lo que pasa que en un momento creo que lo que más me angustió, cuando hicimos la otra entrevista, era que yo intentaba poder trasladar lo que yo hacía allá, acá. Imposible, no se puede, es otro tipo de realidad (Florencia, 39 años, E36/II).

A pesar de su insatisfacción, sí creía que ese año había sido productivo en el ámbito laboral en distintos sentidos. Por un lado, la búsqueda de trabajo le había permitido conocer el “panorama” del área del mercado de trabajo en la cual quería reinsertarse. Por otro, la experiencia adquirida le había permitido ganar cierto reconocimiento y seguridad en el desempeño del trabajo: “me probé laboralmente acá y me di cuenta que yo puedo hacer los laburos bien”. Florencia resolvió así uno de los miedos que tenía respecto a su retorno: si podría desenvolverse adecuadamente en el plano laboral. En la segunda entrevista Florencia estaba embarazada de su tercer hijo y aunque pronto se le terminaría el contrato de trabajo veía este hecho como una oportunidad para buscar otro trabajo en un contexto de menor exposición, así como también se planteaba retomar los estudios y convalidar algunas asignaturas de su anterior carrera con una similar y obtener nuevas credenciales invirtiendo el mínimo tiempo posible. Estas decisiones, adaptadas a la nueva coyuntura, daban la pauta de que la informante comenzaba a orientar sus estrategias a la clausura de la trayectoria migratoria.

Florencia evaluó positivamente otras dimensiones de su proceso de reinserción. Respecto a la situación económica, su pareja en aquel momento combinaba tres empleos; estos ingresos, sumados a los suyos, junto con el cobro de la Asignación

Universal por Hijo¹⁴⁰, les permitía cubrir los gastos ordinarios y otros extras, como las actividades extraescolares de sus dos hijos y contratar una trabajadora doméstica para alivianar la carga de labores del hogar.

Dentro de lo que cabe, digamos, fue un año donde pudimos hacer cosas, vivimos con la plata que nosotros generamos... no nos prohibimos de hacer nada. Bueno, qué se yo, tampoco es que tenemos para tirar manteca al techo e irnos de viaje a ningún lado, pero vivimos diariamente, normal. Yo, los gustos que me doy, andar en taxi por todos lados, ¿viste? Porque ir y venir con los chicos, me genera... ¿Viste que los colectivos acá, hay muy pocos transportes, funcionan como el culo? Entonces, bueno, me tomo un taxi. [...] Después, bueno, que los chicos pueden hacer actividades. Este año tenemos pensado anotarnos en el club de acá, [...] es uno de estos clubes de la playa. Que nos sale una plata, pero dijimos, bueno, invertimos en eso [...] Entonces es para que por lo menos los chicos pasen el verano y qué sé yo (Florencia, 39 años, E36/II).

Una dimensión que influía favorablemente la economía del hogar era la relativa a la situación habitacional. Florencia y su pareja eran propietarios de la casa donde vivían en Rosario, mientras que en Barcelona tenían que pagar un alquiler. Este fue un factor fundamental tras el retorno que ayudaba a compensar otras dimensiones que la entrevistada podía considerar negativas: “claro, al no tener que pagar un alquiler la plata te rinde mucho más. Si bien los sueldos no son altos, no tener que pagar casa permite que los chicos puedan hacer otras cosas. Nunca han podido hacer tantas actividades. Yo nunca había podido”. El hecho de enviar a sus hijos a un colegio público también descomprimía el nivel de gastos. Además, Florencia contaba, ante una situación de necesidad, con la posible ayuda económica de su madre, quien tenía algunas propiedades en alquiler y llegado el caso podía disponer de ese dinero. Para Florencia permitirse esta serie de gastos era importante de cara a facilitar no solamente su posibilidad de conciliar la vida laboral y familiar, sino también los procesos de reinserción de su hija y su hijo en un espacio que constreñía antiguas prácticas y formas de habitar la ciudad que disfrutaba en Barcelona. La cuestión de la inseguridad en el contexto particular de Rosario la había llevado a adoptar nuevas estrategias en este sentido:

Yo siento que venir para acá, más allá de que modifica mi rutina, implicó volver a aprender a moverme en un lugar totalmente desconocido, que desconocía, porque no era el mismo lugar que había dejado. [...] Rosario, hoy por hoy, destaca por los niveles de violencia, que no existen en otras partes de la Argentina. [...] No vamos a decir que toda la Argentina es así, a lo mejor viviendo en otra región de Argentina no estaría hablando

¹⁴⁰ Un dato que interesa resaltar es que la entrevistada se topó con obstáculos a la hora de tramitar esta cobertura. Finalmente, pudo obtenerla cuando, trabajando para la administración pública, fue su empleador quien decidió facilitarle el acceso a este derecho: “vos tenés que llevar el documento de los chicos, en el caso mío lo hice a través del trabajo y llevé las fotocopias de los pasaportes y lo hizo el trabajo. Cuando yo no tenía trabajo sí que yo me había acercado y era más complicado, porque los chicos eran españoles, entonces había todo un tema. En el trabajo me dijeron no, dame la fotocopia y ya está. Y yo lo cobro por eso” (Florencia, 39 años, E36/II). La nacionalidad de sus hijos seguía siendo la misma cuando obtuvo la cobertura por esta vía, pero fue necesario un contacto para lograr el acceso.

de esto, ¿no? [...] Entonces, pasé de vivir en Gracia, que es un barrio muy tranquilo – pienso que tiene que ver con eso, con que yo vivía en un barrio hipertranquilo– donde mi hija más grande se movía sola, a volver y pensar dispositivos para que ella se maneje y armar tu vida en esta situación. Y aparte con mucha paranoia, ¿no? (Florencia, 39 años, E36/II).

Florencia sentía que España le daba “muchísima seguridad”, aunque matiza: “no sé si era tan real”, y distingue entre tipos de violencia “más simbólica”, “más sutil” en España; mientras que su percepción es que en Argentina “la sociedad” es “explícitamente más violenta” en la forma cotidiana de relacionarse en general, y en particular por el espacio concreto al que ha regresado. Esta situación le disparó “muchos miedos, en la crianza de los nenes” y considera que esta es una situación con la que es necesario lidiar en el nuevo contexto:

Es parte del juego y creo que si bien lo que me costó desde que llegué fue el tema de las pérdidas, el duelo, encima el estado de alerta continua, el hecho de no poder relajarse –que yo en España podía relajarse y acá sentía que no podía–. Entonces bueno, pasa por eso, por generar estrategias (Florencia, 39 años, E36/II).

Estrategias “de pasártela más o menos bien, de disfrutar, que los chicos disfruten”. En definitiva, es el efecto agregado de todas estas dimensiones el que termina por orientar la trayectoria de la entrevistada a considerar la clausura de su trayectoria migratoria en el futuro, a corto y medio plazo.

Mirá, como que... venir ¿viste? Bueno, extraño mucho, pero a pesar de extrañar, como que pude mínimamente ir haciendo mi vida [...], como que la idea es que ya estoy acá, y poder pensar en ir de vacaciones allá algún día, y ver cómo hacerlo. Me gustaría viajar con los chicos, sobre todo para que ellos vayan (Florencia, 39 años, E36/II).

Si bien mantenía importantes vínculos transnacionales en España –con su madre y la pareja, cuya ausencia había sido relevante tanto para ella como para sus hijos, que tenían una relación muy cercana con sus abuelos– la evolución de sus trayectorias laborales, las trayectorias educativas de sus hijos, combinadas con la disposición de ciertos capitales económicos, sociales y culturales que le permitían delinear un proyecto a futuro sostenible para el grupo familiar, indicaban que tras retornar había llegado el momento de permanecer.

Miguel y Sofía: etapa avanzada del curso de vida

Las personas de la franja de edad más avanzada que emprenden el retorno ya hemos dicho que tienen un aspecto clave que resolver en sus trayectorias: a corto o medio plazo deberán conseguir una jubilación que les proporcione ingresos en la siguiente fase de retiro de la vida laboral. Los casos seleccionados para analizar las trayectorias tras el retorno en esta fase avanzada de la vida serán los de Miguel (66 años) y Sofía (57 años). Uno ya había cumplido la edad de retiro en el momento del retorno y se encontraba en

fase de tramitación de la jubilación de Argentina y España. La otra, tenía todavía por delante varios años de vida laboral pero ya estaba planificando el retiro. Miguel había emigrado con su primera esposa y uno de sus hijos, en el transcurso de la inmigración se divorció y volvió a Argentina con su nueva pareja, del mismo origen, y uno de los hijos de esta. Sofía, había emigrado ya divorciada, con dos hijos adolescentes y regresó a Argentina porque inició una relación de pareja allí. Su hijo mayor había retornado a Argentina unos años antes que ella, y el hijo menor lo había hecho unos meses antes de realizar la entrevista. En ninguno de los dos casos, y como recordemos sucede en las trayectorias de los informantes en esta etapa de la vida, retornar a Argentina había formado parte de sus planes en la inmigración, es por ello que hablamos en su momento de retornos sobrevenidos. Su regreso a Argentina estaba más relacionado con algunos de los cambios experimentados en sus trayectorias familiares-afectivas, aunque atravesados también por el contexto de la crisis en España (en menor medida en el caso de Sofía).

En el año 2011 Miguel perdió el empleo en el sector de la construcción, pasó un año en el paro y luego llegó la edad de jubilarse. Fue entonces que decidió volver a Argentina con su nueva pareja porque consideró que allí podrían “resolver mejor las vidas materiales”. Ella también se había quedado sin trabajo y se abrió la incógnita de cómo resolver esta situación. Ninguno tenía una propiedad a la que volver a residir y alquilaron un piso en una zona céntrica de la ciudad de Buenos Aires. Miguel aprovechó el retorno para iniciar los trámites de su jubilación en Argentina. Preveía que estos ingresos serían insuficientes y comenzó a trabajar de forma esporádica con uno de sus hijos. A su vez estaba resolviendo la sucesión de una pequeña herencia con el fin de conseguir otro ingreso extra. Llegar a la edad de jubilación no significaba para Miguel retirarse de la actividad laboral, aunque fuera en condiciones informales necesitaba seguir generando ingresos: “yo aquí no tenía nada, me tenía que jubilar. Me jubilo, pero ¡con 3000 pesos aquí no hacés nada!” Miguel pensó que en Argentina sería más fácil “resolver el tema económico”, que “la vida era más barata”; sin embargo, comprobó que esto no era necesariamente así, al menos en Buenos Aires, y barajaba la posibilidad de mudarse fuera de la ciudad. Si bien había decidido volver a Argentina, para Miguel su retorno estaba claramente “macerándose”, porque eran muchas las cosas que aún tenía que resolver para poder tomar una decisión respecto a la temporalidad de esa estancia.

¿Qué cosas son las que tenés que resolver?

La supervivencia, la vivienda. Pequeños detalles [*con ironía*]. Dónde, cómo... Bueno, si la jubilación en España me alcanza para vivir en España, el tema ese estaría como resuelto, ¿no? Porque eso es de por vida, no es un trabajo, que vos no sabés hasta cuándo lo tenés. Eso es una cosa de por vida. El ingreso. Los egresos sí, van, vienen, eso nunca se sabe. Aunque es mucho más estable España, lógicamente, aún con crisis, que la Argentina, ¿no? Nunca sabes aquí, el tema... planificar el tema económico. Date cuenta que aquí es toda una... sobre todo, en mi situación... no hay cómo... no hay por donde agarrarlo.

¿Por qué?

Porque nunca sabés cuánto cuestan las cosas acá. Hoy cuestan esto, cambia el gobierno, la política y qué sé yo... [...] Es un poco que no sabés cuánto hace falta para vivir. O con cuánto podés comprar una casa, o...

O sea que, la estancia acá ¿podría ser temporal?

No lo sé, no te puedo decir nada, porque no tengo datos. Por supuesto que es temporal, acá y allá [ríe] Pero no lo estás planteando en ese nivel, sino en el más inmediato... Yo creo que es todo muy provisorio (Miguel, 66 años, E24).

La situación de Miguel pone sobre la mesa una situación que atraviesan otros entrevistados en esta etapa de la vida y que nos alejan del imaginario del “retorno” asociado al “retiro” como una fase apacible de la vida donde la estabilidad de cara al futuro ya está asegurada. Lo hemos visto también en el caso de Silvia, que todavía esperaba encontrar esa “pseudo estabilidad inexistente”, o también en el caso de Juan Manuel, que lo único que esperaba era conservar el empleo tras el retorno y que esto le permitiera completar los años de cotización para acceder a una jubilación, algo en lo que prefería no pensar: “no quiero saber nada, esas cosas me complican, me conflictúan”. En este sentido, la transición de los migrantes de la actividad laboral al retiro puede convertirse en un momento especialmente vulnerable¹⁴¹, porque alcanzar la edad de jubilación no implica necesariamente poder jubilarse. Por el contrario, para estos/as migrantes con trayectorias laborales geográficamente interrumpidas la cuestión de dónde, cómo y cuándo conseguir una jubilación se convierte en un aspecto clave para sus procesos de retorno.

Más allá de los acuerdos bilaterales de seguridad social existentes entre Argentina y España, que indudablemente facilitan este tránsito, quienes pueden acceder al beneficio de una jubilación por esta vía, es decir, que han logrado completar el mínimo de aportes requerido por cada uno de los Estados en cuestión (un requisito que no siempre cumplen dadas las condiciones laborales precarias que les afectan antes y durante la inmigración), deberán afrontar un largo período de engorrosas tramitaciones y esperas (que en algunos casos se extienden a dos o tres años) hasta conseguir el reconocimiento de este derecho y comenzar a percibir la jubilación. Mientras tanto, tienen que diseñar estrategias para generar los ingresos necesarios para subsistir durante este período de tiempo.

Ante la indefinición de estas cuestiones, en el momento de la entrevista Miguel se mostró extremadamente cauto a la hora de manifestar cualquier tipo de evaluación sobre la decisión que había tomado, necesitaba más datos y esperar a que se resolviera su trámite de jubilación en España, una gestión que consideraba fundamental para

¹⁴¹ Esta cuestión es válida no sólo para los que retornan. A partir de los discursos de otro/as informante cuyos padres permanecieron en España se identificaron situaciones de vulnerabilidad e incertidumbre asociadas a este momento de transición de la vida laboral al retiro.

terminar de decidir su futuro en un contexto ya de por sí inestable, que le dificultaba hacer cálculos *a priori*:

Entonces, prefiero no tener una percepción así muy... No sé, yo tengo una intuición, que se debe mezclar con el deseo, de que podré pasar los últimos días de mi vida en un lugar... elegido. Que puede estar en España o en Argentina, ¿no? [...] Entonces, ahora estamos expuestos a una nueva experiencia, a probar, a experimentar, a ver... con datos objetivos ¿eh? Este hombre, cómo se va a jubilar, cuánto puede ingresar y cuánto necesita para vivir. Bueno, en función de eso serán los futuros pasos. Pero con bastante libertad en la toma de decisiones, porque no tenemos ninguna pauta de proyectos o deseos, así fervientes, de “yo quiero en tal sitio”. Tenemos escondidas preferencias, que a lo mejor no las expresamos del todo para no afectar al otro, ¿no? Para que no se sienta también limitado en sus aspiraciones, deseos, imaginaciones. Así que no tengo una percepción de qué es lo que viene, o qué es lo que dejo (Miguel, 66 años, E24).

Cuando se realizó la primera entrevista Miguel llevaba un año residiendo en Buenos Aires; si bien no fue posible concertar un segundo encuentro, las noticias sobre la continuación de su trayectoria confirmaron la reapertura que ya se intuía en aquel momento. Tras mudarse y residir un período de tiempo fuera de la ciudad, unos años más tarde Miguel había logrado jubilarse también en España, a donde finalmente decidió volver a vivir. No se instaló en la misma ciudad donde había residido en la inmigración, sino que se trasladó a otra, donde vivía la hija de su actual pareja.

La trayectoria de Sofía es otro caso de interés para pensar las dimensiones que influyen en la orientación de los itinerarios tras el retorno en esta etapa avanzada del curso de vida. Esta informante regresó a Argentina en el año 2011 y en el momento de la entrevista llevaba tres años residiendo en la ciudad de Buenos Aires, el mismo lugar desde donde había iniciado la emigración en el año 2000. Sofía fue la única informante de este grupo que tenía estudios superiores en el momento de partir y que tras homologar su título de psicóloga en España pudo dar continuidad al ejercicio de su profesión en la inmigración. Su trayectoria nos muestra cómo la orientación a la reapertura de las trayectorias migratorias tras el retorno, aunque no se concrete en lo inmediato, no sólo se mantiene conservando el deseo de volver a vivir en España sino que también es posible sostenerla materializando ciertas prácticas que pueden llegar a hacer efectiva la reemigración en un futuro.

El motivo principal del retorno fue que, después de muchos años divorciada, de emigrar y batallar para conseguir sus objetivos profesionales y establecerse en España, de criar allí a sus hijos adolescentes y acompañarlos en sus tránsitos a la adultez, sucedió algo que Sofía deseaba hacía tiempo: inició una relación de pareja. La cuestión es que esta persona residía en Argentina y con el fin de dar continuidad a la relación Sofía decidió volver a Buenos Aires. Allí vivían sus padres, ya en la etapa de la vejez, y su hijo mayor que había decidido volver unos años antes. Alquiló un piso dónde vivir y un pequeño estudio dónde montó su consultorio, ambos en el mismo barrio donde residía antes de emigrar y a poca distancia uno del otro. Sofía tenía los contactos necesarios para iniciar la actividad laboral en el consultorio, sin embargo sabía que le llevaría un tiempo alcanzar su pleno funcionamiento. Este aspecto, sumado al escepticismo de la

informante respecto al contexto de retorno –característico de los discursos de los migrantes de una generación que atravesó múltiples momentos de turbulencia política y económica en el país– la condujeron a diseñar una estrategia de reinserción laboral transnacional que tuvo efectos no sólo a la hora de aportar mayor seguridad en la fase inicial y presente de su retorno, sino también al desplegar toda una serie de prácticas que teñían su experiencia de un fuerte sentido de simultaneidad y orientaban su trayectoria a una posible reapertura en el futuro.

Yo tenía mi consultorio, mi casa frente al océano, la casa era alquilada, mi coche, yo tengo las mismas amistades... Ahora hago todo al revés, hablo con mis amistades de allá desde acá, llamo por teléfono, bueno... En el interín, digo: Argentina no es España y yo tengo que vivir de algo, entonces voy eligiendo pacientes y les propongo seguir por Skype. Entonces, mantengo mi consultorio allá. Lo mantengo por Skype y voy una vez por año [...] La gente, ningún problema, he tenido pacientes nuevos vía Skype, me siguen recomendando. Yo sigo como residente allá, hago mi fiscalidad allá, pago mi jubilación allá, tengo mi gestora que me presenta hacienda en mayo. Tengo todo, yo pago todos los meses la seguridad social y un plan de pensiones y cuando cumpla 65 juntaremos todo y... Acá estoy haciendo aportes [...] Alquilo, yo no tengo nada. Salvo el departamento de mis padres, que es mío, de ellos. No tengo hermanos. Así que, bueno, me llevó dos años largos instalarme, ponerme un consultorio, mover contactos [...] Eh... y estoy acá. Yo me vivo como en una isla.

Contame, a ver...

Yo me sigo viviendo como si estuviese en Tenerife. Hay cosas que francamente detesto, no me gustan nada. No me gusta la manera, el trato, la ventajita, no me gusta no poder programar nada [...] Eso me infla la vena, ¿viste? Como me infla la vena el todo atadito con alambre, el masomenismo. Es decir, yo no tengo onda con este lugar (Sofía, 57 años, E53).

El discurso de Sofía es un ejemplo claro no solo de la articulación de prácticas que dan forma a los vivires transnacionales de las movilidades contemporáneas que atraviesan algunas experiencias del retorno (en tanto hemos visto que no todos/as los/las migrantes diseñan, desean o pueden permitirse este tipo de estrategias) sino también de las múltiples tensiones que atraviesan estas experiencias de simultaneidad que conectan y dan forma a los campos sociales transnacionales. En el caso de Sofía, este ir y venir entre Argentina y España alimenta constantemente sus percepciones acerca de los contrastes entre ambos contextos, la confrontan con sus propias insatisfacciones y la conducen a un aislamiento que, paradójicamente, a la vez que dificulta sus procesos de reinserción, también se convierte en una estrategia para transitar la experiencia del retorno articulando un espacio específico que lo haga habitable. Ante el descontento manifestado por la entrevistada era necesario indagar si esta cuestión estaba relacionada específicamente con este momento particular del retorno o si se trataba de percepciones que la informante sostenía hacía tiempo respecto al lugar de origen, esta fue su respuesta:

¿Fue siempre así o es ahora?

Yo no soy muy patriótica, yo en general no soy muy patriótica, mucho menos desde que migré. Y reconozco que, no sé si a vos te pasa, no es un lugar cómodo el mío, porque tanto allá como acá yo siento que encontré una suerte de limbo existencial... De acá ya no me siento totalmente, y de allá nunca me sentiré totalmente. Mi cabeza funciona muchísimo mejor en sociedades mejor organizadas, por eso no funciona acá. Digamos, yo allá no tenía... yo allá podía putear contra el PP, contra los chorizos que hay, pero en el todos los días me era agradable; con toda la burocracia que hay, de pronto entrar en una oficina pública y que esté en buen estado, a mí me gusta, que la gente conserve las cosas, que las cuide, a mí me gusta esto [...] Pero a ver, lo que quería comentarte es esa incomodidad que me acompaña, ¿no? Que a mí no me pasa... yo me encuentro con gente que ha vivido muchos años afuera y que hace años que está acá y se siente cómoda. Yo no me siento cómoda (Sofía, 57 años, E53).

Más allá de estar atravesado el discurso de Sofía por sus afinidades políticas –un aspecto no menor– lo que interesa es su referencia a ese “limbo existencial” como un lugar construido a lo largo de su trayectoria migratoria y que está marcado por la ambivalencia; en tanto a la par que se conforma como un espacio en el que refugiarse en su experiencia de retorno, también conlleva ciertas incomodidades a la hora de habitarlo; son las incomodidades de ubicarse en el “borde”, en un espacio liminar desde el cual se articulan sentidos de pertenencia que desafían dicotomías, que ya no es posible plegar por completo a ninguno de los espacios comprometidos en la inmigración y el retorno. Se trata de un tipo de discurso que, como explica Christou (2006), está fuertemente atravesado por la ambigüedad, se articula durante los procesos de relocalización y ajuste, creando espacios intermedios en los intersticios del pensamiento binario: “[l]a fuerza de tales discursos alternativos se refleja en la agencia de los propios migrantes y en los diversos resultados de la formación de identidades” (Christou, 2006: 842)

En este ejemplo particular, ante la irresolución de este aspecto, la entrevistada se decanta por las preferencias y se remite a aspectos prácticos de la cotidianidad de la experiencia migratoria, allí y aquí, que son los que finalmente marcan la diferencia y orientan su trayectoria. Por supuesto que otras dimensiones compensan las desventajas que Sofía enumera acerca de su experiencia de volver. Vivir en Argentina le permitía continuar con su relación de pareja, hacer acompañada muchas cosas que antes hacía sola, retomar el vínculo con sus antiguas amistades, algo que surgió con facilidad porque había procurado cuidar y nutrir a la distancia estas relaciones; por último, haber retornado también le permitía disfrutar la relación con sus hijos, ahora adultos y emancipados, desde “posiciones más cómodas”.

Todas estas apreciaciones de Sofía respecto a su experiencia de haber vuelto a residir en Argentina fueron elaboradas con el pasar de los años. Durante la inmigración la informante “había desconectado de Argentina” y al emprender el retorno no tuvo en cuenta muchos aspectos relativos al contexto de origen porque, frente al vínculo afectivo que la traía de vuelta a Buenos Aires, estas cuestiones eran secundarias. Como en el caso de otros/as entrevistados/as, conforme transcurre la experiencia del retorno, las expectativas sostenidas inicialmente sobre el lugar al que regresan estarán sujetas a transformaciones y es en estos procesos de resignificación que se van delineando

trayectorias que finalmente se orientan a la reapertura o la clausura. En el caso específico de Sofia, con el pasar de los años, era capaz de evaluar tanto los pros y los contras de su experiencia, como también identificar aquellas cuestiones que en aquel momento concreto afectaban sus posibilidades de volver a migrar:

Te hago una pregunta, en el momento en el que te planteás volver, o te plantean volver y vos accedés y volvés, ¿qué expectativas tenías y cómo lo ves ahora, después de tres años?

Yo te diré que... mirá... mi pareja... Claro, después me doy cuenta... Es un hombre excelente, inteligente, buena persona, pero para mi gusto un poco idealista y negador, con un idealismo casi infantil te diría. Ojo, no es ningún pelotudo, pero se desliza fácilmente, es idealizante. A mí, como me dieron varios sopapos feos, la idealización no me funciona. Entonces yo me dejé... y ahí sí, era el peso de la palabra de él, porque su análisis de las cosas era el que era. Pero... ¿cómo veo las cosas tres años vista? Mi expectativa fue creerle y me había pasado algo que yo deseaba, que era enamorarme, con todo lo difícil que resultaba [...] Entonces, a ver, yo estoy inmovilizada ahora por dos razones, mis padres que están muy grandes y enfermos, con los achaques propios de una vejez mal llevada, inclusive [...] Esto por un lado, y por otro lado, tengo mis dos hijos acá. Hasta octubre de este año yo tenía un plan B, siempre. Hasta octubre, que vino mi otro hijo. Es decir, él era como el embajador mío en Europa, a mí me gustaba que estuviese en Europa, secretamente, ¿no? Me gustaba, porque si yo saltaba de vuelta, había familia. El tema es que ahora vino acá.

Entonces, vos hasta octubre de este año ¿pensabas volver a irte?

Yo te diría que hoy, 11 de diciembre ¡lo sigo pensando! [ríe] Te abro así, como la llave más secreta mía, ¿no? Sí, sí, lo sigo pensando. Digamos, mi pareja, es un hombre bastante más grande que yo, nos llevamos bien, yo lo quiero, él me quiere, mi vida en ese sentido cambió [...] No es en el 100% como a mí me gustaría. Las cosas están así hoy. No sé qué puede pasar, mi hijo tiene un pasaje de vuelta [a España] el 22 de septiembre del año que viene (Sofía, 57 años, E53).

La orientación de las trayectorias migratorias a su reapertura puede sostenerse en el tiempo una vez producida la migración de retorno, inclusive esta orientación puede materializarse a través de prácticas transnacionales específicas que sin duda habilitan la posibilidad de concretar futuras reemigraciones; sin embargo, también hay que tener en cuenta que los nuevos escenarios en los cuales se imbrican las experiencias de retorno así como su transformación dinámica pueden suponer nuevos constreñimientos a la movilidad. En el caso de Sofia, ha sido posible observar cómo a pesar de llevar a cabo una estrategia que le permitió partir de España dejando múltiples “puertas abiertas” que le facilitarían volver a residir allí, durante su experiencia de retorno en Argentina se produjeron y resignificaron una serie de hechos que ahora limitaban su movilidad. Si bien durante la inmigración la distancia de sus padres mayores o de sus hijos cuando se emanciparon y se fueron a vivir a la península o a otros países no le suponía un obstáculo para permanecer en España, una vez producido el retorno la cercanía resignificó este aspecto de su trayectoria familiar-afectiva. Respecto a sus padres, Sofia sentía ahora una responsabilidad de cuidar que no se había planteado a la distancia; permanecer en Argentina y hacerse cargo de esta situación implicaba también evitar

trasladar esta responsabilidad a sus hijos: “yo no puedo tirarles ese paquete a mis hijos porque no son los padres de ellos”. Respecto a sus hijos, una vez que el menor decidió retornar a Argentina y coincidieron los tres viviendo en la misma ciudad, Sofía sentía que su deseo y posibilidad de reabrir la trayectoria se desdibujaba sutilmente. Respecto a su pareja, ahora consideraba que “en algún sentido, de todo, sería lo más fácil de dejar”. Paradójicamente, lo que no había sido un motivo de peso para el retorno, ahora lo era para plantearse la reemigración y viceversa. Más allá de los impedimentos concretos de aquel momento, Sofía sostenía tanto su deseo de volver a España como la actividad laboral que la seguía vinculando a este espacio. Tres años después de ser entrevistada Sofía continuaba sus viajes anuales, su retorno a Argentina había inaugurado una nueva fase de movilidades conectada a su experiencia migratoria.

Trayectorias como la de Miguel y Sofía ponen sobre la mesa los sentidos estratégicos de las migraciones de retorno también en esta fase de retiro o transición a la jubilación. Se trata de experiencias que se alejan de los imaginarios del regreso en esta etapa del curso de vida entendido como el sueño hecho realidad de todo migrante de volver a sus orígenes a pasar la vejez –un imaginario que plantea el cierre de las trayectorias como la opción esperada– y que, por el contrario, visibilizan procesos de toma de decisiones atravesados por cálculos y negociaciones, tanto económicas como afectivas que continuarán atravesando las experiencias del retorno. Cuando los proyectos de retorno son además compartidos, el entrecruzamiento de las trayectorias migratorias intergeneracionales de los distintos miembros de los grupos familiares conlleva adaptarse a nuevas dinámicas y arreglos familiares-afectivos, que tengan en cuenta tanto la resignificación de los vínculos como la emergencia de nuevas responsabilidades y demandas asociados a la experiencia del retorno. Estas trayectorias revelan los múltiples elementos que articulan las decisiones de retornar, permanecer o volver a emigrar, así como el carácter complejo de algunas estrategias de retorno en esta etapa de la vida que todavía puede estar rodeada de incertidumbres respecto al futuro.

El objetivo de este último capítulo ha sido dar respuesta a una pregunta central en los estudios contemporáneos sobre las migraciones de retorno. Si bien es posible sostener, tal como se propone desde una perspectiva transnacional, que esta fase de las trayectorias no tiene que significar necesariamente su cierre definitivo y que es la reproducción de los vínculos y conexiones entre los espacios de partida y de destino la que habilita nuevamente la posibilidad de dar continuidad a una serie de movilidades, incluida la reemigración; también es necesario indagar a partir de las experiencias de retorno cuáles son los límites que las atraviesan. El análisis realizado en este capítulo pretendía arrojar algo de luz sobre esta cuestión y de los resultados expuestos en las páginas anteriores concluimos que la posibilidad de reabrir o clausurar las trayectorias migratorias está sujeta a una temporalidad propia de la experiencia de la migración de retorno, a lo largo de la cual el contexto de retorno y la situación particular de quienes regresaron se va transformando y resignificando de forma dinámica. Estas transformaciones es posible observarlas a través del despliegue de una serie de procesos de reinserción (laboral, social, espacial) que afectan distintas dimensiones relevantes para la readaptación de los/las migrantes (situación económica y habitacional, vínculos

familiares y afectivos, percepciones respecto al bienestar y la calidad de vida) y resignifican las experiencias del retorno marcando la orientación de las trayectorias en una u otra dirección. A través del análisis de algunas trayectorias y experiencias de retorno concretas, se sugiere la dificultad de establecer asociaciones exclusivas y excluyentes entre estas dimensiones específicas y la reapertura o clausura de las trayectorias (ej: un proceso de reinserción laboral insatisfactorio conduce a la reapertura, mientras que lo contrario la orienta a la clausura), en tanto lo habitual es encontrarse con múltiples combinaciones cuyos efectos diversos se manifiestan en una heterogeneidad de trayectorias migratorias y proyectos de retorno que transcurren en distintos momentos del curso de vida e implican no sólo a quienes retornan sino también a grupos familiares extensos envueltos en estos procesos de movilidad. La orientación a la reapertura o a la clausura de las trayectorias migratorias es producto del efecto agregado de estas dimensiones que, en ocasiones, actúan de forma complementaria y compensan aspectos positivos y negativos de las experiencias de retorno. Una vez más, las temporalidades históricas y biográficas vuelven a enredarse dando lugar a las tramas del retorno.

CONCLUSIONES

“Hay que saber perderse para trazar un mapa”, sostenía Jesús Ibañez (2003: 355), quien concebía el texto, el libro, como “máquina de lectura/escritura [...] productora de desorden, extensora del caos, pero también –y por eso mismo– capaz de poner orden en ese caos” (Ibañez, 2003: 362). Llegamos a este punto con el ánimo de ofrecer no más que cierto orden una vez concluido el ejercicio de desborde que ha supuesto el desarrollo de esta investigación y su escritura. Ejercicio de desborde (y no de ruptura, que sería mucho pretender) porque al fin y al cabo ha discurrido por caminos ya explorados, conocidos, algunos incluso trillados. Sin embargo, partiendo del reconocimiento de estos caminos ya trazados –producto de la acumulación del conocimiento generado a partir de una tradición de investigaciones empíricas sobre las migraciones de retorno en general y del caso de estudio en particular– a lo largo del trayecto que ha supuesto este trabajo me he tomado la licencia de, aunque sólo fuera por un momento, orillarme un poco, alejarme intermitentemente, perderme quizá, para después volver, retomar el rumbo. Las siguientes páginas quedan reservadas a aquellos momentos del recorrido donde hemos vislumbrado pequeños atajos, menos explorados pero alternativos, que al fin y al cabo nos devuelven al mismo camino. Otras formas de llegar, “de encontrar orden *después* de haber dejado que los actores desplieguen toda la gama de controversias en la que están inmersos” (Latour, 2008: 42). A modo de conclusiones, estas últimas páginas se dedican a recapitular los principales hallazgos de esta trabajo, así como también sus límites y posibles líneas de investigación a futuro. Con ellas se pretende también ofrecer una reflexión transversal sobre los desafíos teórico-metodológicos que a menudo enfrentamos al estudiar las migraciones de retorno en el marco de las movilidades contemporáneas.

Principales resultados o cómo investigar las migraciones de retorno en cuatro pasos

Esta tesis parte del supuesto epistemológico que plantea que los fenómenos migratorios sólo pueden ser comprendidos en tanto procesos sociales y para ello es necesario aproximarnos a su estudio a partir de la reconstrucción de las trayectorias migratorias de quienes los protagonizan; trayectorias donde se ponen de manifiesto las articulaciones entre la emigración, la inmigración y el retorno, cuyo conocimiento es indispensable para explicar cualquiera de ellas (Sayad, 2000; 2010). Esta investigación se centra específicamente en el estudio de las migraciones de retorno y en tanto constituyen una dimensión de los fenómenos migratorios, se entiende que es indisociable de las experiencias de la emigración y la inmigración. En las migraciones de retorno se condensan los múltiples ensamblajes espacio-temporales que conectan las condiciones de (re)producción de la movilidad entre contextos socio-históricos de partida/destino a lo largo de trayectorias migratorias que implican el continuo emigración/inmigración/retorno.

Estudiar las migraciones de retorno como parte de un todo, es decir, conectando este tipo de movilidad con distintas fases de las trayectorias migratorias ha resultado clave a la hora de plantear un giro en la investigación de este fenómeno. Ya en 1986 King sostenía que los estudios que lograran este tipo de acercamiento podrían “reclamar una mejor comprensión de los procesos migratorios y de la migración de retorno” (King, 1986: 1). Este giro suponía reformular las aproximaciones clásicas que al considerar las migraciones de retorno como un *evento* —materializado en un *viaje único, unidireccional y definitivo*— perdían de vista la importancia de las relaciones de este tipo de movilidad con los distintos momentos de la trayectoria. Lo que se pone en el centro del debate es la necesidad de pasar a un abordaje procesual y dinámico, de adoptar una mirada que rompa con la imagen de la migración de retorno sólo como el desplazamiento geográfico que conduce al reasentamiento permanente de la persona migrante a un punto de partida que además coincide con su lugar de origen; un desplazamiento que además constituye la última fase de una trayectoria migratoria que es concebida como un circuito cerrado. Por el contrario, las migraciones de retorno forman parte de un proceso abierto que se va tejiendo a lo largo de la trayectoria, que a su vez le da forma y la (re)produce imbricada en un espacio social transnacional conformado por múltiples coordenadas espacio-temporales.

Estudiar las migraciones de retorno desde una perspectiva procesual significa rastrear su construcción en las trayectorias migratorias, en las experiencias de la emigración, la inmigración y el propio retorno. Analizar las migraciones de retorno con base en este tipo de rastreo quizá no requiera tanto partir de una definición estrictamente acotada del fenómeno, sino más bien detectar sus huellas, las diversas formas en las que éste se despliega a través de las experiencias y percepciones que los sujetos tienen sobre el retorno como idea, mito, o imaginario, pero también como práctica material, si es el caso, en distintos momentos de las trayectorias analizadas. Evidentemente, esta estrategia poco tiene que ver con una falta de rigor teórico-metodológico; es más bien que no lo confunde con la rigidez, y todo ello con el fin de intentar construir un tipo de

investigación más dialogada, cuyo principal objetivo sea ayudar a la mejor comprensión de estos procesos, de manera que tengan sentido tanto para nuestras investigaciones, como para los sujetos que los protagonizan.

Paso 1. Idas

El primer paso dado en esta investigación de cara a ser consecuente con una aproximación al estudio de la migración como proceso y que, como sostiene Olsson (2004), encuentre mayor correspondencia con las experiencias de quienes migran, ha consistido en rastrear los sentidos del retorno asociados al momento de la partida, es decir, a la fase de la emigración. Para rastrear estas huellas en el inicio de las trayectorias migratorias partimos del análisis de los *proyectos migratorios*, entendidos como configuraciones discursivas de *lugares comunes* a partir de los cuales los sujetos elaboran los distintos argumentos que explican su emigración, pero también a partir de los cuales se identifican *posiciones heterogéneas* que marcarán distintos puntos de partida. Los proyectos migratorios nos hablan no sólo de objetivos, motivos o razones, sino también de posiciones que se articulan en relación con la edad, la etnia, la clase o el género y su imbricación con determinadas trayectorias familiares-afectivas, laborales, educativas que, en distintos momentos del curso de vida (niñez-adolescencia, juventud, adultez), dan lugar al inicio de experiencias migratorias que, en nuestro caso de estudio, interpretamos alrededor de la idea del trabajo, los estudios, el viaje, la familia o el amor.

Es a partir de esta heterogeneidad de proyectos, posiciones y experiencias de la emigración que se ha propuesto comprender los distintos sentidos atribuidos al retorno en el momento de la partida. A este respecto, un posible aporte de este trabajo ha consistido no tanto en confirmar que estos sentidos trascienden los límites de la dicotomía temporal/permanente bajo la cual se piensa habitualmente la intencionalidad de las personas migrantes en relación a sus proyectos migratorios y sus experiencias de la (e/in)migración y el retorno –asunto ya mencionado en las investigaciones clásicas¹⁴² y

¹⁴² Como vimos, Bovenkerk (1974) admitía la relevancia y la necesidad de reflexionar sobre el carácter temporal/permanente de las migraciones, al tiempo que planteaba la dificultad empírica de determinarlo en los proyectos migratorios, en tanto la realidad social desborda estos límites. Proponía una tipología combinando las intenciones de los migrantes (permanecer temporal o permanentemente en el país de destino) y la realidad de sus proyectos (si se produce o no el retorno), al tiempo que sostenía que deberíamos preguntarnos si realmente los migrantes comienzan sus trayectorias con las intenciones que manifiestan. También Gmelch (1980) reconocía la dificultad operativa inherente a estas tipologías de la migración de retorno creadas en función del carácter permanente o temporal del proyecto migratorio, y admitía los problemas al intentar categorizar a los migrantes de acuerdo a sus intenciones en el momento de la emigración, en tanto sus planes no eran necesariamente definitivos. King (1986) comparte con Bovenkerk y Gmelch los límites de estas clasificaciones, en tanto son pocos los migrantes que al momento de irse tienen una idea precisa acerca del período de la ausencia. Por otro lado, aunque puedan tener la intención de retornar, no saben a ciencia cierta cuándo será posible y con frecuencia los planes de retorno son pospuestos o no se realizan, ya sea porque se tarda más en alcanzar los objetivos propuestos, o porque los objetivos cambian en el transcurso de la trayectoria.

que aquí también sostenemos (Bovenkerk, 1974; Gmelch, 1980; King, 1986)–, sino en proponer una serie de relaciones alternativas para conectar analíticamente proyectos migratorios y sentidos del retorno en la emigración, y con ello repensar la dimensión temporal de las experiencias migratorias.

Asumimos que el retorno en esta fase inicial de las trayectorias aparece de la mano de la *incertidumbre* y que el lugar que ocupa “la idea de volver” tiene más que ver con generar algún tipo de estrategia que permita lidiar con la zozobra que genera la emigración –o crear herramientas que ayuden a gestionar y sostener el peso que conlleva la experiencia de partir– que con algún tipo de intencionalidad o proyecto al que inequívocamente se le pueda atribuir un nítido carácter temporal o permanente. Lo que se desprende del análisis empírico es que este tipo de categorizaciones que congelan la intencionalidad del retorno o no-retorno en los proyectos migratorios resultan demasiado rígidas cuando en esta fase inicial lo que precisamente mejor se adecua a las necesidades e intencionalidad de los/las migrantes es una estrategia migratoria que *de partida* permita manejar cierta flexibilidad a la hora de precisar los objetivos y expectativas de sus proyectos migratorios y en función de cómo transcurran sus experiencias en la inmigración ir moldeando sus percepciones sobre el retorno.

En relación con esta flexibilidad, si bien todos los proyectos comparten la incertidumbre respecto a lo que efectivamente sucederá en las trayectorias migratorias concretas, también es cierto que difieren respecto a sus características. Los proyectos migratorios denotan distintos grados de definición de los objetivos y sus expectativas a corto, medio o largo plazo; asimismo, ejecutar cada clase de proyecto compromete diversos niveles de complejidad y en función de este aspecto requerirán un menor o mayor grado de precisión a la hora de la planificación, la organización y la logística. En función de estas características y de las posiciones y disposiciones de los sujetos en los proyectos migratorios sugerimos una serie de formas en las que el retorno aparece en la fase de la emigración que, más que relacionarse con lo temporal/permanente, se conectan con: a) lo *im/previsto*, b) lo *im/probable*, c) lo *im/pensable* o d) lo *im/posible*.

a) Retornos *im/previstos*: ha sido posible observar las conexiones entre el retorno y lo *im/previsto* en proyectos migratorios poco exigentes en cuanto a la definición de objetivos y la planificación, como se constata en el caso de jóvenes viajeros/as que emprendieron una travesía sin metas ni un rumbo claro, inclusive sin un “proyecto migratorio” definido como tal en el momento de la partida. Se trata de experiencias donde el sentido de aventura y la improvisación son clave y a ellas queda sujeta la cuestión de volver o no volver. En estos casos, no es suficiente tener una fecha de regreso prevista, porque las dis/posiciones de estos/as jóvenes –que parten ligeros/as (habitualmente sin parejas, sin hijos/as y en muchos casos “sin papeles” y sin grandes preocupaciones al respecto) y dejando poco atrás (situaciones de desempleo, trabajos precarios, estudios inconclusos)– habilitan la rápida transformación de estos proyectos migratorios; se trata de travesías cuyo principal motivo es ganar una experiencia de vida, realizar un viaje iniciático que transporte a otras realidades, a otros mundos pero que tarde o temprano se convertirán, de manera *im/prevista*, en viajes sin retorno.

b) Retornos im/probables: los sentidos del retorno en conexión con lo im/probable se han identificado en proyectos migratorios donde los objetivos ya están algo más delineados y también requieren cierta planificación. Esta caracterización se corresponde con los proyectos de personas jóvenes y adultas jóvenes que esperaban realizar con la emigración algún tipo de “diferencia”; ya sea económica y/o profesional (mediante el trabajo y la experiencia laboral) o educativa, cuando el objetivo principal consistía en iniciar o continuar y concluir estudios superiores (de grado, posgrado, doctorado). En estos casos, el retorno en la emigración se conecta con lo improbable a corto plazo, en tanto poner en marcha estos proyectos en la inmigración no será una cuestión inmediata; pero también con lo probable, una vez se consideren satisfechas las expectativas, aunque esto no suponga necesariamente programar el retorno y, de hacerlo, tampoco tendría por qué ser inmediato. Por ejemplo, para quienes articularon sus proyectos alrededor de los estudios, finalizarlos no significaba necesariamente tener que regresar sino la oportunidad de reconducir nuevamente el sentido de sus proyectos migratorios. Entre quienes se propusieron algún objetivo económico inicial (adquirir o terminar de pagar una propiedad en origen/destino, juntar una suma determinada de ahorros, invertir en un negocio) es común que estos objetivos se vieran modificados a lo largo de la trayectoria, o que una vez alcanzados no implicaran necesariamente tomar la decisión de volver.

c) Retornos im/pensables: el retorno se conecta con lo im/pensable en proyectos migratorios con una complejidad alta en cuanto a su diseño y ejecución. Esta conexión la identificamos en el caso de aquellas personas adultas y adultas-jóvenes que emigraron en el marco de proyectos migratorios familiares, con hijos/as en la infancia o adolescencia. En estas trayectorias la fase de la emigración discurre entre una serie de urgencias asociadas tanto al lugar de partida (desempleo o dificultades económicas, embargos, deudas, etc.) como al de llegada (prever un lugar de residencia, contactos para conseguir empleo, escolarización de los menores, trámites de todo tipo, etc.) y a los preparativos generales de la migración. En la complejidad de estas circunstancias las huellas del retorno “se pierden” fácilmente en estos relatos de la emigración. En estos casos, las narrativas despliegan complejas tramas familiares, negociaciones, acontecimientos dolorosos, miedos y preocupaciones. Dada la intensidad de las experiencias de la partida no quedaba en ellas ni espacio ni tiempo para pensar en volver, al menos hasta que las urgencias características de esa primera fase de la trayectoria quedaran atrás y los sentidos del retorno se tornaran “pensables” más adelante.

d) Retornos im/posibles: la última conexión puso de relieve la importancia de las posiciones de los sujetos en relación con los proyectos migratorios. La relación del retorno con lo im/posible se presentaba cuando la emigración se percibía como una decisión irreversible, irrevocable, al menos en esta fase inicial de la trayectoria. Con esta conexión hicimos referencia a los sentidos del retorno que emergen en las experiencias de quienes emigraron siendo niños/as, adolescentes o jóvenes en el marco de proyectos migratorios familiares. Cuando la emigración es producto de una decisión ajena y además se experimenta en una posición dependiente, el retorno en el momento de

partir parece imposible, aunque también se deje entrever que es una cuestión que puede cambiar en el futuro.

Las conexiones entre proyectos migratorios, emigración y retorno aquí propuestas se ciñen al análisis de las trayectorias migratorias específicas abordadas en este caso de estudio y no pretenden ser exhaustivas, ni excluyentes de otras relaciones posibles. Sin embargo, lo que sí se sugiere con ellas es que las aproximaciones etnográficas nos ofrecen la oportunidad de indagar los sentidos del retorno y analizar su despliegue desde nuevos ángulos. Sentidos que, sin duda, deben ser situados en trayectorias migratorias particulares –a su vez, enmarcadas en determinados contextos socio-históricos desde los que parte el análisis–, pero que en cualquier caso nos invitan a repensar las conexiones entre proyectos migratorios, emigración y retorno y proponer relaciones menos exploradas aunque significativas, tanto para las experiencias de quienes migran como para los resultados de la investigación. Para indagar en estas conexiones y relaciones ensayamos poner en el centro del análisis la incertidumbre y la contingencia como elementos clave para repensar las categorías bajo las cuales nos aproximamos habitualmente a su análisis. Así hemos abordado el estudio de las experiencias de la emigración y el retorno prestando atención a los discursos sobre los proyectos migratorios, pero considerando a estos últimos más como *lugares de paso* que como *líneas de meta* que una vez atravesadas conducen indefectiblemente a resolver el dilema: retorno/no retorno (Espinosa, 1998). Al asumir en el análisis el carácter dinámico y las posibles transformaciones que los proyectos migratorios experimentarán a lo largo de las trayectorias migratorias, se ha desistido (a la par que cuestionado) del intento de articular identificaciones rígidas entre *tipos de proyectos migratorios*, a los cuales se asocia algún *tipo de estrategia de retorno*, que se sostiene en las categorías que tradicionalmente han sido utilizadas para caracterizar distintos *tipos de migraciones (temporal-permanente)*, y también *tipos de migrantes*. En su lugar, hemos procurado rastrear cómo los distintos sentidos de los retornos en el momento de la emigración *devienen* tales y se transforman a lo largo de las trayectorias en la inmigración. Se trata, pues, de visibilizar cómo las migraciones de retorno comienzan a enredarse de forma dinámica en las experiencias migratorias.

No hay que olvidar que las intenciones iniciales se enmarcan en proyectos migratorios delineados en determinados momentos vitales y que pueden transformarse –y probablemente lo hagan– en el devenir de la trayectoria migratoria. En el transcurso de la migración, entendida como proceso, se producirán reposicionamientos múltiples y, consecuentemente, se resignificarán los proyectos y los sentidos del retorno respondiendo a dinámicas que no necesariamente obedecen a las categorías provistas por el “pensamiento de Estado” para pensar los fenómenos migratorios en general, y el retorno en particular; ni a las intenciones o los intereses que desde los discursos institucionales –ya sea de los Estados emisores o receptores– se atribuyen erróneamente a las personas migrantes (¿“confundiéndolos” con los propios, quizá?). A este respecto, Sayad mencionaba, por ejemplo, la distinción realizada al analizar los fenómenos migratorios entre la inmigración laboral o de trabajo y la inmigración familiar o de población. Se las erigía a priori como realidades autónomas, como si pudieran separarse

y destinarse cada una a ser no más que aquello que se desea que sean; negando la relación entre ambas, en tanto toda inmigración familiar o de población comienza como inmigración laboral o de trabajo (Sayad, 2010: 406). A esta distinción, que cuadra con los intereses de los Estados respecto a la e/inmigración y al retorno, subyace la lógica de los costes/beneficios para las sociedades emisoras/receptoras en función de la conveniente temporalidad o permanencia de los flujos migratorios. Intereses oficiales en los que se basan las negociaciones de los Estados emisores y receptores, pero que no son necesariamente los mismos que los de los/las emigrantes/inmigrantes, aunque se mantenga la ilusión de que coinciden y se proyecte la imagen de que las diferencias pueden ser conciliadas y tratadas como si fueran complementarias e interdependientes. Esta ilusión de la conciliación de intereses se traduciría en políticas de cooperación, de ayuda al desarrollo y también de retorno. Mediante esta identificación de los intereses de los Estados de e/inmigración con los de las personas e/inmigrantes se le niega a estas últimas el reconocimiento de intereses específicos y se ocultan las asimetrías del peso político existente entre unos y otras. En este sentido, si bien las vidas de las personas migrantes están ineludible e innegablemente atravesadas por dichos discursos y su traducción en políticas gubernamentales, también es cierto que cuando nos detenemos en el análisis de sus trayectorias migratorias comprobamos que, a menudo, los sentidos de sus prácticas y discursos suelen desbordarlas. Es por ello que esta investigación procura no reproducir innecesariamente este tipo de categorías, y realiza un esfuerzo por reconocer e incluir aquellas otras que emergen de las experiencias y puntos de vista de las/los propias/os migrantes.

En definitiva, se sostiene que señalar el *carácter incierto* de la experiencia de la *emigración* y el *sentido estratégico* del *retorno* para hacerle frente a esta fase de la trayectoria, quizá nos ayude a no eludir en el análisis la relación inestable, no lineal, que se observa entre los proyectos migratorios, las trayectorias en la inmigración y los retornos (en plural) o, en definitiva, las temporalidades variables de las experiencias migratorias. Asumir la significatividad de lo incierto y lo inestable en el análisis (dos elementos clave de las vidas migrantes), implica desprendemos de, o al menos reformular, las preguntas y preocupaciones habituales acerca de la intencionalidad y el carácter temporal o permanente de las migraciones —que han sido una constante en las investigaciones sobre los fenómenos migratorios y se han replicado a la hora de estudiar el retorno— para, en su lugar, intentar comprender las migraciones de retorno de acuerdo a los particulares marcos de sentido que la definen, es decir, reflexionar acerca de las múltiples formas que los retornos “son sentidos” en distintos momentos de la trayectoria migratoria. Por ello, una posible reformulación consiste en preguntarnos por el lugar que el retorno ocupa en el momento de la partida, pero no necesariamente para fijarlo a un proyecto migratorio definido como temporal o permanente —cuestión que, como hemos visto, para la mayoría de los migrantes no es posible precisar, o que si lo es, se verá probablemente transformada a lo largo de la trayectoria—, sino para a partir de allí identificar cómo los sentidos del retorno articulados en principio como estrategias o fórmulas mediante las cuales estabilizar expectativas en un contexto teñido por la incertidumbre se irán transformando y adquiriendo nuevas formas, texturas y materialidades en distintos momentos de la trayectoria migratoria. Y este aspecto, que

constituye sin duda una de las apuestas teórico-metodológicas de esta tesis, es el que nos lleva a mencionar el siguiente paso relevante que se ha dado en esta investigación.

Paso 2. Vueltas

Una vez rastreados los sentidos del retorno en la emigración, el segundo paso consiste en dar continuidad a esta indagación en la siguiente fase. Tras centrar el análisis en los *proyectos migratorios*, luego prestamos atención al desarrollo de las *trayectorias migratorias*. Si la *incertidumbre* fue uno de los elementos clave en la primera exploración, en esta ocasión lo fue la intensa *provisionalidad* que atraviesa las experiencias de la inmigración. Experiencias de *ir quedándose/estar yéndose* que nos remiten al sentido de la temporalidad en la inmigración como “lo provisional que dura”¹⁴³ (Sayad, 2000), a distintos momentos y formas de transitar el proceso migratorio. Estas expresiones, recurrentes en los relatos, condensan el sentido de lo que deviene en tensión: de la emigración (*ir*) a la inmigración (*quedándose*), y de la inmigración (*estar*) al retorno (*yéndose*). Su potencia es tal porque al tiempo que ponen de relieve la fluidez de los procesos migratorios, señalan también sus fricciones, la experiencia ambivalente y simultánea de la movilidad y la inmovilidad. Las referencias a *ir quedándose* en un sitio o *estar yéndose* de él nos hablan también de la precariedad de los amarres de la vida cotidiana que sujetan las experiencias migratorias; son, en definitiva, expresiones de distintas formas de habitar y hacer sostenible la “contradicción temporal” (Sayad, 2010) que atraviesa la inmigración.

En el análisis localizamos múltiples prácticas que se identifican con ambas expresiones. *Ir quedándose*, cuando las estancias se extienden más de lo previsto: por ejemplo, perder el billete de vuelta y estirar el viaje, permanecer para ahorrar un poco más y terminar de pagar el crédito de la casa o empezar un proyecto nuevo, iniciar algún tipo de formación que ayude a mejorar la trayectoria profesional o, simplemente, conseguir un trabajo e intentar mantenerlo (en algunos casos hasta concluir la vida laboral). Pero también nos encontramos con prácticas que nos remiten al *estar yéndose* cuando los proyectos migratorios se resignifican a la luz de las movilidades de retorno experimentadas en la inmigración: cuando se vuelve ocasional o periódicamente de visita, para pasar unas vacaciones, visitar a los afectos, compartir con ellos algún evento significativo (casamientos, cumpleaños, presentación de parejas/hijos/as, asistir a funerales) o realizar algún trámite (carnet de conducir, pasaportes, permisos de estudiantes, reagrupaciones familiares, jubilaciones); estacionalmente, cuando el trabajo por temporadas en el lugar de destino lo permite; o también cuando se regresa durante un tiempo para trabajar o cuidar a un familiar enfermo, etc. Esta diversidad de experiencias y formas de volver, que en su momento fueron clasificadas por King

¹⁴³ Coincidimos con Sayad (2000: 20-21) en que, desde el inicio del viaje, la inmigración se vive como algo provisional que dura, como algo temporal por más que se extienda indefinidamente en el tiempo.

(1986)¹⁴⁴, y luego consideradas parte de las movilidades y vivires transnacionales (Carling y Erdal, 2014) reactivan la interpelación sobre la migración de retorno, reavivan la añoranza de los lugares y los afectos (o no). En otras palabras, esas *movilidades de retorno* también moldean las trayectorias migratorias, las orientan hacia un lado u otro en distintos momentos, al tiempo que señalan el carácter provisional que atraviesa las experiencias de la inmigración y los retornos, sus frágiles equilibrios.

El hecho de permanecer en el lugar de destino o partir nuevamente hacia el lugar de origen/partida no siempre se explica como el resultado de una decisión tajante y definitiva, sino mediante fórmulas que ponen el acento en el carácter provisional de la inmigración y que explican la duración de la estancia y la decisión de quedarse o partir como parte de un proceso, producto de una secuencia de acontecimientos y un conjunto de circunstancias que habitualmente exceden lo planificado. Por esta razón, este trabajo ha analizado los retornos en la inmigración a modo de *tramas* prestando atención a tres aspectos clave para hacerlos inteligibles: a) cómo se despliegan las *trayectorias migratorias* en relación a los reposicionamientos de los/las migrantes respecto a una serie de recorridos sociales en la inmigración que incluyen trayectorias familiares-afectivas, educativas y laborales, b) cómo se imbrican en ellas las *movilidades de retorno*, en tanto los retornos adquieren en esta fase nuevas formas y materialidades, expresión de los vivires transnacionales contemporáneos y c) cómo a partir de la articulación de los dos aspectos antes mencionados –desarrollo de las trayectorias migratorias en el curso de vida y nuevas experiencias del retorno en la inmigración– se producen los *desenlaces* de esta fase de las trayectorias que implica tomar la decisión de emprender el retorno; ahora sí entendido como “migración de retorno”, en tanto hace referencia al desplazamiento físico y geográfico de vuelta al lugar de “origen” o de “partida” con la intención de establecerse allí con algún viso de permanencia.

a) Trayectorias migratorias:

En este trabajo se ha planteado la necesidad de entender las *trayectorias migratorias* más que como una serie de desplazamientos geográficos, como un ensamblaje compuesto a su vez de otras trayectorias (educativas, laborales, familiares-afectivas, residenciales, etc.).

¹⁴⁴ King (1986) propuso una clasificación que distingue entre *retornos ocasionales*, *periódicos*, *estacionales*, *temporales* y *permanentes*. El primero (retorno ocasional) consiste en retornos cortos, como pueden ser las visitas, los viajes de vacaciones y esparcimiento, que no implican una actividad económica. El segundo (retorno periódico) se distingue del primero en tanto adquiere un carácter regular. En tercer lugar, se distinguen los retornos estacionales que están condicionados por las características del mercado de trabajo y del empleo de temporada (ej: los empleos en la agricultura o la hostelería). Por último, se distinguen los retornos temporales –cuando los migrantes vuelven y se insertan en el mercado de trabajo en origen pero pretenden re-emigrar en el futuro– y los retornos permanentes, cuando los migrantes se asientan en el país de origen y no desean re-emigrar. Se trata de una tipología que se define más por la agencia, por las prácticas, que por las intenciones de los migrantes. Al considerar los distintos tipos de retorno que efectivamente se producen a través de las prácticas, nos podemos permitir desencorsetarnos de la definición de las migraciones de retorno en la lógica temporal/permanente, contando para ello con una base empírica. En resumen, la clasificación de King de 1986 equivaldría a lo que en 2004 Long y Oxfeld plantearon como “movilidades de retorno”.

Adoptando la perspectiva del curso de vida se ha podido analizar las trayectorias migratorias en relación con el desarrollo de estos *recorridos sociales*, los *puntos de inflexión* que los marcan (momentos en los que la trayectoria cambia de dirección) y sus *transiciones* (a través de las cuales los sujetos van cambiando sus posiciones y roles) y, asimismo, tener en cuenta cómo cada uno incide de distinta forma en relación con las experiencias generacionales (Elder, Kirkpatrick Johnson, y Crosnoe, 2003). Teniendo en cuenta la heterogeneidad de proyectos y experiencias migratorias que aborda este trabajo, con el fin de hacer operativo este análisis distinguimos las trayectorias en función del momento del ciclo vital en el que ha discurrido la inmigración y se ha imbricado la migración de retorno, conformando tres perfiles (etapa del curso de vida inicial, media y avanzada) que se diferencian por la particularidad de sus recorridos, los puntos de inflexión, las transiciones que los atraviesan y por la forma diversa en que experimentan las movilidades de retorno en distintos momentos vitales.

Las trayectorias migratorias que transcurren en una etapa del curso de vida “inicial” (ECVI) corresponden a jóvenes que emprendieron la migración de retorno en la veintena. Su emigración se enmarca en proyectos familiares y sus recorridos en la inmigración transcurrieron en la adolescencia y primera juventud. Sus trayectorias se caracterizan por concluir ciclos educativos (secundarios o terciarios) y transitar de sus roles de estudiantes a trabajadores/as. Algunos puntos de inflexión en el entorno familiar, como el divorcio de sus padres, la formación de parejas propias, reconfiguró vínculos y formas de convivencia. En este sentido, sus trayectorias familiares-afectivas implicaron la transición (o el intento) a una vida emancipada de sus progenitores y la salida del hogar familiar para pasar a formas de cohabitación residencial, habitualmente con amistades, en algunos casos en pareja. Sus trayectorias laborales se iniciaron en la inmigración y la primera inserción se produjo habitualmente en el sector servicios (comercio, hostelería, etc.), en condiciones precarias (prácticas no remuneradas, temporalidad de los contratos, bajos salarios), donde no lograron alcanzar una mínima estabilidad laboral.

El segundo perfil está compuesto por personas que emigraron jóvenes y regresaron en la adultez (treintena y cuarentena) (ECVM). Emprendieron la emigración solas o en pareja (en algunos casos con hijos/as pequeños/as) en el marco de proyectos heterogéneos (viajes, estudios, trabajo, amor) que a menudo se transformaron, se combinaron y se resignificaron en la experiencia de la inmigración. En cuanto a las trayectorias familiares-afectivas, en la inmigración suelen darse las transiciones a la vida en pareja, en ocasiones a la maternidad/paternidad y también, en algunos casos que emigraron en pareja, a la separación. Quienes partieron con el objetivo de estudiar, o redefinieron su proyecto migratorio en esa dirección, lograron concluir los estudios de ciclo superior que se habían propuesto. Sin embargo, no todos/as aquellos/as que partieron con la idea de trabajar y retomar posteriormente las trayectorias educativas en la inmigración pudieron conseguir este último objetivo. Respecto a las trayectorias laborales, la inserción en España se produjo en el sector secundario, donde solieron permanecer aquellas personas sin credenciales educativas. Quienes tenían estudios superiores o los concluyeron en la inmigración lograron conseguir empleo acorde a su nivel educativo

tras desempeñar durante un tiempo empleos no cualificados. La precariedad laboral atraviesa estas trayectorias, especialmente en lo relativo a la temporalidad (en tanto alcanzaron salarios más elevados que los de la ECVI). Quienes lograron insertarse en empleos cualificados en etapas tempranas de la trayectoria alcanzaron mejores condiciones laborales y pudieron estabilizar algo más su situación.

Por último, nos encontramos con las trayectorias migratorias que se desarrollan en una etapa del curso de vida avanzada (ECVA). Se trata de personas que emigraron ya en la adultez y regresaron con más de cincuenta años, en algunos casos ya en edad de jubilarse. En las trayectorias familiares-afectivas que discurrieron en la inmigración se dieron puntos de inflexión que tienen que ver con rupturas de pareja y formación de nuevas uniones. También se produjeron transiciones que marcaron la emancipación del hogar de los/las hijos/as con los/las que habían emigrado, lo que les permitió alejarse de su antiguo rol de proveedores/as. Sus trayectorias educativas no reportaron cambios, sin embargo, si procuraron sostener y acompañar las de sus hijos/as. La inmigración les permitió reinsertarse en el mercado laboral y retomar trayectorias interrumpidas antes de la partida, en un contexto de expulsión. Se sirvieron del capital social como mejor estrategia para potenciar el resultado de sus búsquedas laborales y superar el temor a la edad como barrera. Tanto en las trayectorias laborales del perfil de ECVM que se encontraban en situación administrativa irregular, como entre las del perfil de ECVA es donde identificamos más claramente, en las fases iniciales de la inmigración, las situaciones de mayor precariedad en el mercado de trabajo, ya sea en relación con la informalidad, la temporalidad, los bajos salarios, como respecto a posiciones de vulnerabilidad y exposición a mayores abusos y explotación laboral. En el caso de los adultos mayores, tras un período de dificultades para la inserción, en la mayor parte de los casos lograron estabilizar su situación y validar su experiencia laboral previa a la emigración.

b) Movilidades de retorno:

Durante esta fase los retornos adquieren nuevas formas y materialidades; ya no ocupan sólo un lugar hipotético en el futuro de un proyecto migratorio a punto de iniciarse (como en la emigración), sino que ahora se conectan con las experiencias de la inmigración y multiplican sus sentidos. Aquel retorno imaginado que, en el momento de la partida, ayudaba a afrontar la incertidumbre que supone emigrar, transforma ahora su carácter estratégico y se convierte también en una herramienta que interviene en la gestión del intenso *sentimiento de provisionalidad* que atraviesa la inmigración. Esta forma de experimentar la temporalidad se articula con y se nutre de las *movilidades de retorno* – entendidas como ese conjunto de prácticas que implican desde imaginar volver o no volver, hasta los viajes físicos al país de origen de diversa duración (Long y Oxfeld, 2004; King y Christou, 2011)–, de manera que juntas moldean las trayectorias migratorias. Por ello, para desentrañar cómo los retornos se despliegan en esta fase del proceso migratorio hemos analizado estas movilidades, las formas específicas en que se van anudando en la inmigración, así como sus sentidos y efectos sobre las trayectorias migratorias. Siguiendo la estructura del análisis del punto a) identificamos tres formas distintas de valorar las movilidades de retorno en esta fase del proceso.

En primer lugar, en el caso de aquellas personas del perfil ECVI hemos identificado que las movilidades de retorno en la inmigración cobran relevancia porque suponen una potente interpelación sobre el devenir de sus trayectorias. Los viajes ocasionales al país de “origen” (que emprenden primero en familia y luego solos/as) alimentan en estos casos la “duda de volver” y el tipo de “razonamiento contrafactual” que acompaña sus experiencias de la inmigración. Estos/as jóvenes a menudo se preguntan “que hubiera sido de...” las distintas facetas de sus vidas si su familia no hubiera decidido emigrar, interrumpiendo sus trayectorias en la infancia/adolescencia/inicio de la juventud. A su vez, en estos viajes ocasionales los/las jóvenes distinguen cierto componente irreal, inverosímil, que distancia el sentido de estas movilidades de lo que creen que supondría la “verdadera” experiencia de volver a residir allí; una distinción que no hace más que alimentar la duda. Conforme sus trayectorias y proyectos van ganando autonomía de los familiares también se van resignificando las experiencias del retorno en la inmigración, que conforme transcurre el tiempo se va trazando en el horizonte como posible. Las movilidades de retorno en estos casos reactivan dos tipos de interrogantes, no sólo imaginar cómo serían sus vidas si no se hubieran ido nunca, sino también como podrían ser en el caso de decidir volver.

Para quienes la inmigración transcurre en una etapa media del curso de vida (ECVM) se ha comprobado que las movilidades de retorno a lo largo de la trayectoria se manifiestan de forma heterogénea. Por un lado, los retornos imaginados al inicio de la trayectoria se difuminan conforme transcurre la cotidianidad y los primeros años en la inmigración. Por otro, los retornos ocasionales, periódicos o estacionales son los que le devuelven materialidad a la idea; a través de la reactualización de los vínculos afectivos, pero también mediante la reorientación de las prácticas en función de las proyecciones sobre la probabilidad o improbabilidad de volver en distintos momentos de las trayectorias migratorias (por ejemplo, esto se pone de manifiesto en la dirección en la que se invierten los capitales). Las movilidades de retorno tienen un efecto de clausura/apertura provisional de las trayectorias en tanto permiten contrastar y evaluar de forma diacrónica los contextos de los lugares de partida y de destino y sus cambios a lo largo del tiempo. En estos casos, además de los habituales retornos ocasionales se identifican prácticas de retorno temporales que suponen formas de tanteo o simulación a través de las cuales se proyectan otros retornos con posibles visos de permanencia. De hecho, en algunos casos este tipo de movilidades precede el posterior proyecto y concreción de la migración de retorno. Es en este grupo donde se manifiestan con mayor intensidad y de forma más clara las temporalidades provisionales de esta fase, esas formas de *ir quedándose/estar yéndose* en la inmigración, e *ir viendo* a través de las movilidades de retorno.

Por último, en el caso del perfil de las personas mayores, dada la edad más avanzada en la que experimentan la inmigración, el efecto de las movilidades de retorno a la hora de resignificar sus proyectos y trayectorias está fuertemente conectado con la dimensión retrospectiva (más que la proyectiva, como en el caso de los más jóvenes). En otras palabras, en estos casos, tras partir de una situación en la que el retorno en los primeros tiempos en la inmigración se presentaba como algo inviable, se ha observado que las

movilidades de retorno terminan de alguna forma reforzando esta percepción y la decisión de permanecer en el lugar de destino. Los retornos ocasionales implican recorrer una “geografía emocional” cargada de memorias socio-espaciales que no solo están conectadas a las añoranzas del lugar de partida, sino también a toda una serie de emociones asociadas a los contextos y paisajes dramáticos en los que se produjo la emigración, a sentimientos ambivalentes que atraviesan estas experiencias de la inmigración y el retorno (sentimientos de fuga, abandono, salvación, revancha, culpa, alivio, etc.). En estos casos, dado el menor “crédito temporal” del que disponen los/las migrantes en esta etapa de la vida (hijo/as ya emancipados, trayectorias laborales finalizadas o a punto de finalizar, etc.) las movilidades de retorno adquieren sentidos más asociados a la rememoración de experiencias pasadas que a la proyección de posibles futuros en el lugar de partida.

c) Los desenlaces:

Teniendo en cuenta las experiencias en la inmigración y las movilidades de retorno analizadas llegamos a los desenlaces, que en esta tesis suponen un punto de inflexión que redirecciona las trayectorias migratorias, conforme los/las migrantes toman la decisión de volver a residir en el país del que partieron. En la mayoría de las trayectorias analizadas en esta investigación estos desplazamientos, tradicionalmente entendidos como “migración de retorno”, tienen lugar después del año 2008 y comparten haberse producido en un contexto socio-histórico común. En este sentido, importa destacar el impacto que la Gran Recesión ha tenido en estas trayectorias de forma transversal, pero también prestar atención a sus sentidos particulares, teniendo en cuenta la heterogeneidad de las experiencias de la inmigración y las movilidades de retorno. Si bien para los/las migrantes el cambio de coyuntura en el lugar de destino –acompañado en ocasiones de situaciones de desempleo– no implica una situación de retorno inminente, sí incide en los procesos de resignificación de esta migración, que termina por delinearse como estrategia en el horizonte de lo “posible”, lo “probable” o lo “pensable” y que se materializa al combinarse con otros múltiples factores que afectan la toma de la decisión de volver.

En las trayectorias más jóvenes la “migración de retorno” se plantea como una alternativa que puede ayudar a hacer efectivas las transiciones a la adultez correspondientes a ese momento vital. Las trayectorias de estos/as migrantes transitaron de la heteronomía que caracterizaba sus posiciones dependientes de los proyectos familiares en la emigración, a la autonomía a medida que crecieron y fueron ganando independencia de forma gradual durante la inmigración. Sin embargo, esta fase de transiciones a la vida adulta –que requiere pasar de los roles en las instituciones educativas a los del mercado laboral y emanciparse económica y residencialmente del grupo familiar– se ve obstaculizada en medio de la crisis, cuyos efectos sobre el mercado de trabajo han perjudicado especialmente la inserción laboral de la población joven en general. Las trayectorias vitales de estos/as jóvenes son percibidas como “interrupciones” en relación con la emigración y “estancamientos” en esta última fase de la inmigración. En estos procesos migratorios se articulan trayectorias *ex tempore*. A diferencia de la generación de sus padres, el contexto recesivo les ha impedido beneficiarse de forma

directa del previo ciclo económico expansivo y sus “bondades”. Ante la percepción de un tiempo vital “detenido”, porque la ausencia o la precariedad del empleo les impide seguir adelante con sus proyectos vitales, el retorno forma parte de un *haz de posibles* que les permite no solo zafarse del contexto y de una posición que consideran ya insostenible, sino también resolver otro aspecto central en estas trayectorias migratorias alimentado a través de las movilidades de retorno: la “duda de volver” o encontrar respuestas al interrogante sobre cómo sería vivir allí. Estas son las situaciones que se convierten en puntos de inflexión en estas trayectorias jóvenes, en definitiva, los principales motores que mueven a la toma de la decisión de retornar.

Para quienes experimentaron la inmigración en las transiciones a la adultez o siendo adultos-jóvenes, la migración de retorno se asocia a múltiples aspectos. En relación con las trayectorias laborales, tras insertarse en el mercado de trabajo en la inmigración lo que buscan es poder dar continuidad a trayectorias interrumpidas por la crisis en el lugar de destino o en otros casos, aprovechar la ocasión para reorientarlas –cuando las posiciones ocupadas ya no se consideran adecuadas. Quienes tenían un nivel de estudios superior (adquirido antes o durante la inmigración) y lograron desarrollarse profesionalmente pretenden evitar que el contexto desfavorable les impida consolidar sus posiciones y se convierta en una amenaza que conlleve un retroceso, es decir, perder lo ganado en la inmigración. Quienes no contaban con este tipo de credenciales y/o desempeñaron trabajos no cualificados experimentan los límites de la inmigración cuando comienzan a percibir cierto “desfase” en sus trayectorias. Al tiempo que la moratoria social y vital se va agotando –conforme ya no se ven cómo los/las “jóvenes” que eran al emigrar– no logran superar situaciones que ahora consideran indeseadas, inclusive intolerables e inaceptables (precariedad laboral, inestabilidad económica, emancipación residencial incompleta, etc.) y que, sin duda, los efectos de la crisis empeoran o impiden mejorar. En esta franja identificamos en algunos casos la re-emigración a otros destinos como estrategia previa a emprender la migración de retorno.

Pero las migraciones de retorno en la etapa media del curso de vida no sólo están relacionadas con los motivos laborales; otra serie de trayectorias también resignifican los sentidos del retorno. Las trayectorias familiares-afectivas son clave y un punto de inflexión relevante lo marca la experiencia de la maternidad y la paternidad. Quienes están en esta situación expresan, en general, deseos de criar a sus hijos/as en su país de origen. Sin embargo, este aspecto caracteriza especialmente el discurso de las mujeres, que son quienes valoran el retorno en relación con la posibilidad de recuperar la cercanía a una red de afectos, cuidados y recursos indispensables para sus experiencias de la maternidad, lo cual pone sobre la mesa el mantenimiento de ciertas asimetrías de género en tanto siguen siendo las mujeres las encargadas de estos aspectos asociados a la reproducción, mientras las narrativas del retorno de los hombres se articulan alrededor de cuestiones económicas y profesionales, tal como se ha demostrado en otras investigaciones (Bastia, 2013; Herrera y Pérez Martínez, 2015; Vega Solís y Martínez-Buján, 2016). Otro motivo relevante en relación con los/las hijos/as es emprender el retorno en un momento adecuado y evitar que sean “demasiado mayores” para volver y, especialmente, que puedan decidir “no retornar” con sus progenitores. Por último, las

transiciones de la juventud a la adultez en este grupo de migrantes han corrido paralelas a las de la adultez a la vejez de quienes se quedaron. En este sentido, volver es una oportunidad para acompañar a sus madres y padres en el proceso de envejecimiento y para estar presentes ante la eventualidad de su muerte en el futuro.

La migración de retorno en el grupo de edad más avanzada coincide con los últimos años de las trayectorias laborales e inclusive, en algunos casos, con las transiciones a la fase de retiro del mercado de trabajo. Para quienes se encontraban en la primera situación y que además enfrentaron el desempleo durante los últimos años de la inmigración, el retorno se resignifica como la estrategia que permite llevar a término sus trayectorias laborales y aspirar a cobrar una jubilación en el futuro. Quienes ya habían alcanzado la edad de retiro tienen que diseñar estrategias para sostenerse hasta percibir alguna prestación de este tipo (en tanto los trámites de jubilación por convenio bilateral tardan años en resolverse). Los desenlaces en estas trayectorias nos alejan del imaginario del retorno en la edad avanzada como la expresión del deseo de regresar al lugar de origen para retirarse en la vejez. Sin negar que este tipo de migraciones de retorno se produzcan, lo que aquí interesa resaltar es que también es posible identificar retornos “sobrevenidos” que expresan tanto las fragilidades y vulnerabilidades que aún pueden atravesar las trayectorias migratorias en una fase avanzada, como también un giro algo abrupto ya que –si bien la clausura nunca es total– regresar no parecía formar parte de los planes. En algunos casos, el retorno es producto de cambios inesperados en algunas trayectorias (por ejemplo, formación de parejas a distancia), en otros no es más que la última opción tras agotar todas las estrategias y alternativas que permitieron durante un tiempo resistir y sostener la inmigración.

A la luz del análisis desplegado en este segundo paso de la investigación, cuando nos asomamos a la heterogeneidad de las experiencias migratorias contemporáneas y a la complejidad de las tramas que articulan estas movilidades, ya no es posible responder al *por qué* de las migraciones de retorno con modelos que simplifiquen excesivamente nuestras interpretaciones. Dar cuenta de esta pluralidad no impide, sin embargo, sistematizar el análisis. A este respecto, esta tesis sostiene lo planteado por Cassarino (2004: 270) que apunta que ante la diversificación de los flujos migratorios internacionales actuales es necesario ampliar los marcos analíticos e interpretativos a partir de los cuales se estudian las migraciones de retorno. Esto debe reflejarse no solamente al considerar los *contextos* entre los que se producen estas movilidades sino también a *quiénes* las llevan a cabo, haciendo referencia a la diversidad de perfiles (migrantes laborales, cualificados y no cualificados, estudiantes o refugiados) y experiencias migratorias (en cuanto a su duración, situación administrativa, motivaciones y proyectos). En este sentido, para responder al *quiénes*, implementar la perspectiva del curso de vida puede resultar efectiva para analizar una heterogeneidad de proyectos migratorios, experiencias generacionales y trayectorias imbricadas en determinados contextos socio-históricos que se resignifican en cada una de forma dispar.

No podemos responder al *por qué* de las migraciones de retorno sin el *quiénes*, pero tampoco sin el *cómo*, y aquí sostenemos que para resolver ese último interrogante es necesario analizar la multiplicidad de sentidos y movilidades de retorno que forman

parte de la inmigración y colaboran a nuestra comprensión de la migración de retorno como desenlace en un momento determinado. En esta instancia del rastreo comprobamos que las diversas formas de experimentar los retornos en la inmigración, como idea y cómo práctica, subyacen y nutren el sentimiento de provisionalidad que adquiere distinta intensidad a lo largo del proceso migratorio y participan en la orientación de las trayectorias hacia los desenlaces que conducen a la migración de retorno. Así es que la relación entre *provisionalidad* y *retorno* en la fase de la inmigración tampoco es estable, en tanto no es posible definirla de una vez y para siempre, sino que varía en función del desarrollo de otras trayectorias en distintos momentos del curso de vida y de su imbricación con los contextos socio-históricos de los lugares de origen y destino, que también se entrecruzan. En definitiva, el devenir de las trayectorias migratorias (articuladas a su vez por trayectorias familiares-afectivas, educativas y laborales), las circunstancias que las rodean y los efectos que las movi­lidades de retorno tienen sobre ellas serán la urdimbre a partir de la cual se traman las migraciones de retorno.

Paso 3. Tránsitos

Este trabajo ha planteado la necesidad de abordar el estudio de las migraciones de retorno captando su despliegue, evitando fijar la categoría al mero desplazamiento geográfico desde el lugar de destino al lugar de partida y ha procurado articular teórica y metodológicamente estos postulados en la investigación empírica. Si en los dos pasos anteriores se trataba de trascender los límites de esta categoría “hacia atrás” –es decir, rastreando los retornos en las experiencias de la emigración y la inmigración y yendo más allá de lo que tradicionalmente se ha considerado “migración de retorno”– en este tercer paso se propone trascender los límites de esta definición clásica “hacia adelante”. Nos referimos a los “tránsitos” del post-retorno, recuperando una categoría utilizada por algunos/as informantes para hacer referencia a las experiencias de “volver” en esta fase de la trayectoria. El retorno se considera aquí como un conjunto de experiencias que además de imaginar, desear, planificar y llevar a cabo, son susceptibles de ser transitadas; no se trata sólo de volver, sino de transitar la vuelta y estos recorridos también forman parte de la investigación. Sayad reflexionaba sobre la noción de retorno a partir de tres tipos de relaciones, todas constitutivas del ser social: la relación con el grupo, el espacio y el tiempo; en este trabajo recuperamos estas dimensiones para analizar los distintos tipos de tránsitos que implican los procesos de retorno. Continuar la indagación de estas experiencias –una vez que el desplazamiento físico y geográfico de referencia para nuestro objeto de estudio se ha producido– ha permitido no sólo sostener metodológicamente la aproximación procesual de la investigación, sino también reflexionar acerca de una serie de debates de corte teórico sobre las experiencias de retorno contemporáneas. De hecho, plantear como punto de partida la necesidad de estudiar los procesos de reinserción social del mismo modo que se investigan en la fase de la inmigración (porque como sostiene Rivera Sánchez (2011), retornar es más que *el acto de volver*) ya implica desafiar el discurso normativo implícito en la noción de retorno que, como explican Olsson y King (2008:255), responde a la gran

narrativa que sostiene que la naturaleza de los seres humanos consiste en tener un origen, unas raíces donde coinciden identidad étnica, cultura y territorio. En este tercer paso cobraron especial relevancia los aportes realizados desde la perspectiva transnacional, ya que para comprender estas formas de transitar el retorno se tornan imprescindibles todas aquellas conexiones, vínculos, lazos, prácticas, vivires y sentires que durante la trayectoria migratoria conectaban los lugares de partida y de destino y que, al volver, continúan atravesando las experiencias del retorno, tal como vimos en las distintas dimensiones de análisis que resumimos a continuación:

a) Grupos

El análisis de las experiencias de retorno como vuelta a las relaciones afectivas (familiares y de amistad), ha revelado las tensiones que en ocasiones se producen a la hora de rearticular esos vínculos. Si bien se registran experiencias que relatan reinserciones sin fisuras, donde es posible restaurar el sentido de comunidad espacio-temporal del grupo, lo habitual es que tras la ausencia, la distancia y el paso del tiempo los vínculos se resignifiquen. La cercanía física puede poner en evidencia distancias simbólico-materiales, que conducen a un replanteamiento de las relaciones afectivas, familiares y de amistad, aunque sea de forma sutil. Sin duda, el haber mantenido el contacto durante la inmigración (mediante la comunicación, los viajes y toda práctica que permita reactualizar las relaciones virtual o presencialmente) facilita estos procesos; sin embargo, no siempre es viable recuperar las posiciones preexistentes en los grupos, sino que estas requieren ser transformadas o recreadas. Estos reposicionamientos son necesarios para adecuar los vínculos a los cambios producidos en los roles de sus miembros (antiguos y nuevos) de acuerdo al momento del ciclo vital de cada uno.

Las dificultades para retomar los vínculos de acuerdo a las expectativas de quienes retornan y/o de quienes se quedaron puede generar fricciones y dar lugar a nuevas (o viejas, pero temporalmente olvidadas) ausencias y distancias en la presencia y la proximidad. Esta ambivalencia se convierte, en ocasiones, en una estrategia necesaria para mantener ciertos límites o salvaguardar los tiempos y los espacios, así como también para evitar la exposición a (y el peso de) algunas imágenes míticas respecto a quienes retornan basadas en estereotipos definidos en el binomio éxito/fracaso que se alejan de las percepciones que los/las migrantes tienen de sus propios itinerarios y experiencias. Este tipo de fricciones definen las nuevas (in)comodidades de la proximidad y la distancia; menos evitables en el entorno familiar, más con las amistades, en tanto de producirse desencuentros es menos problemático desvincularse de estas últimas. En ocasiones, las experiencias migratorias se convierten en el sustrato para nutrir nuevos vínculos, a menudo con otras personas retornadas en tanto se percibe cierto reconocimiento, empatía y afinidad tras haber pasado por un ciclo similar de emigración/inmigración y retorno. Estos vínculos permiten conservar y traer a la vida del retorno los trazos de “un mundo” compartido, propio del pasado y de la experiencia migratoria. A conservar esta presencia y vinculación con la inmigración colaboran sin duda las nuevas “ausencias”: las de los afectos que permanecieron en el lugar de destino. En este sentido, hablamos de la (re)transnacionalización de vínculos familiares y de amistad que tras el retorno requerirán (otra vez, en algunos casos) sostenerse a la

distancia. A estos afectos se anclarán nuevos apegos y nostalgias por el lugar de inmigración. Estos vínculos serán en parte los responsables de que las movilidades entre ambos espacios continúen su despliegue, llegando incluso a ser el acicate para la reapertura de algunas trayectorias tras el retorno.

En el análisis de la reinserción grupal emerge la relevancia de los vivires transnacionales para interpretar estos tránsitos. Como explica Olsson (2004) desde una perspectiva transnacional no se plantea que las personas necesariamente identifiquen sus “raíces” en varios lugares, pero sí que pueden mantener apegos múltiples como resultado de sus experiencias migratorias y de las diversas interacciones e inversiones que realizan en los espacios sociales que conforman sus comunidades migratorias. En los tránsitos del retorno se observa la relevancia que las permanencias en los espacios tienen a la hora de desplegar sentidos de pertenencia que resultan más significativos para comprender estas experiencias que las aproximaciones esencialistas que entienden el retorno como una vuelta al origen, a las raíces, a lo idéntico. Transitar el retorno en relación con estos procesos de reinserción en el grupo implica darse cuenta no sólo de la imposibilidad de reencontrarse con vínculos inalterados en el lugar al que se vuelve, sino también percatarse de la importancia que ahora tienen aquellos vínculos que permanecerán en el lugar que se dejó. Es en la dimensión grupal donde se manifiesta de forma más clara la imposibilidad de retornar en sentido estricto. Como planteaba Sayad (2000), en tanto no se deja “impunemente” un país, ni se habita “impunemente” otro, tampoco es posible retornar “impune”, ya sea por la experiencia de la emigración que implica una ausencia y ruptura con el orden social del grupo de origen, o por la experiencia de la inmigración que supone una presencia y contacto con otros grupos. En estos tránsitos se devela la profundidad de las marcas de la migración y la permanencia de sus efectos (y afectos) más allá del retorno.

b) Espacios

En el análisis de la dimensión espacial también se desafía la imagen fija y cerrada de los modelos clásicos de la migración de retorno porque en ella queda puesta en evidencia, según Olsson y King (2008), cómo las personas migrantes enfrentan su situación como retornados en sus respectivos lugares de origen y cómo transitan las tensiones y conflictos entre su vida social previa en las sociedades de destino, por un lado, y las realidades de la vida cotidiana y el día a día en sus lugares de origen, por otro. En esta investigación se ha abordado el estudio de la dimensión espacial analizando las características y las continuidades y discontinuidades que se plantean entre los lugares de inmigración y los de retorno¹⁴⁵. Hemos visto que las principales rupturas emergen en relación con aspectos que afectan los modos de vida resignificando las formas de habitar el espacio y relacionarse en él; por ejemplo, respecto a las infraestructuras y los servicios, las distancias y los ritmos de los desplazamientos, el fenómeno de la inseguridad en las

¹⁴⁵ Este análisis pone sobre la mesa la importancia que también tienen estos tránsitos para los procesos de reinserción cuando las movilidades se producen entre contextos urbanos (a diferencia de los modelos clásicos que estudiaban las migraciones de retorno en la dirección urbano-rural).

grandes ciudades y, en definitiva, la (re)incorporación de códigos y estrategias para desenvolverse en espacios donde se percibe un mayor nivel de imprevisibilidad y vulnerabilidad. Sin embargo, también hemos visto cómo estas discontinuidades deben ser matizadas cuando se realiza un análisis espacial multiescalar y se toma en consideración lo local en estos procesos de reinserción. En este sentido es necesario analizar las experiencias de retorno teniendo siempre en cuenta y comparando los contextos y las características específicas de los lugares concretos de emigración, inmigración y retorno.

A propósito de la multiescalaridad en el análisis, esta aproximación es también relevante para interpretar el desarrollo de los procesos de (des)identificación. Al prestar atención a la reinserción espacial es necesario especificar la escala a la que se analizan tales procesos ya que de ella dependen las disputas por los sentidos del retorno. En este trabajo se ha visto que el mero hecho de desplazarse por el espacio y cruzar fronteras estatales no implica necesariamente el restablecimiento de sentimientos de pertenencia o identificación, especialmente cuando el retorno implica volver a lugares distintos a los de partida o a localidades ajenas a las trayectorias vitales de quienes retornan. Al considerar estos procesos en ámbitos subestatales –por ejemplo, cuando los/las migrantes se instalan en una provincia o ciudad hasta el momento desconocida– se observan experiencias de extrañamiento en el espacio que pueden comprometer el mismo sentido de “volver”. Es en los anclajes territoriales específicos donde también se ponen en juego otras fronteras (de género/etnia/clase) que desafían la imagen normalizadora del “ciudadano-sujeto-nacional” y cuestionan la hegemonía de la escala del Estado-nación como la única relevante en estos procesos de reinserción espacial. Por otro lado, a la luz del análisis de estas experiencias localizadas a escalas inferiores, como las del “barrio” o la “casa”, las tensiones que las atraviesan rompen con el supuesto que volver al mismo espacio es un aspecto positivo o deseado del retorno; esto no es así cuando precisamente la emigración permitió tomar distancia de ciertos lugares, relaciones y posiciones estigmatizadas con las cuales no se quieren volver a identificar tras el retorno. En definitiva, al considerar los tránsitos por el territorio tras el retorno en relación con los procesos de identificación observamos lo que apunta Barañano (2005):

“[L]a emergencia de identidades transterritoriales, en las que la vinculación real, imaginada y simbólica a una geografía considerada como propia no desaparece, ni se limita a un lugar, sino que se reactualiza cotidianamente incluyendo varias localidades al mismo tiempo, con las que ahora es posible mantener un contacto simultáneo” (Barañano, 2005: 447).

Por último, al estudiar esta dimensión también se han tenido en cuenta los procesos de reinserción en los espacios de clase. Se trata de analizar las conexiones entre movilidades geográficas y movilidad social y cómo ambas se imbrican en el espacio transnacional que se articula en las trayectorias migratorias. Esta investigación plantea la necesidad de incorporar modelos más complejos a la hora de evaluar estas

trayectorias, en tanto la clásica dicotomía que interpreta las migraciones de retorno como el resultado de “éxitos” o “fracasos” en la inmigración se muestra insuficiente para comprender estas experiencias¹⁴⁶. A este respecto se considera necesario analizar no sólo los capitales acumulados producto de la experiencia migratoria, sino también conocer la estructura de estos capitales y las posiciones de partida en el momento de la emigración, qué prácticas se despliegan en orden de reproducir o ampliar estos capitales y orientar las inversiones convenientemente durante la inmigración y, finalmente, cómo se imbrican estos procesos con el retorno al espacio social de origen conformando, en definitiva, estrategias de movilidad social articuladas “transnacionalmente”.

Las investigaciones que analizan las relaciones entre procesos migratorios y movilidad social como la citada en este trabajo de Jiménez Zunino (2011a) nos invitan a repensar estas conexiones en el caso de las migraciones de retorno. Con el regreso los/las migrantes se reinsertan en las luchas simbólicas, las categorías y las fronteras de clase propias del espacio social de origen, y es en relación con estos sistemas de enclasmiento que hay que analizar los sentidos particulares y situados de las trayectorias migratorias y sus resignificaciones en términos de movilidad social cuando se produce el retorno. En esta investigación hemos visto que la acumulación de ciertos capitales será significativa en tanto y en cuanto las inversiones realizadas supongan tras el retorno una vía para el ascenso social o al menos para mantenerse en la fracción de clase previa a la emigración. En ambas situaciones, la posibilidad de escalar peldaños o al menos no bajar de nivel, se genera con la emigración/inmigración, pero termina de hacerse efectiva con el retorno. En otros casos, en los que la acumulación de capitales antes y durante la inmigración no ha sido suficiente o adecuada, tras el retorno se resguardan en las posiciones de la familia de origen para evitar itinerarios descendentes. Teniendo en cuenta estos procesos de reinserción en los espacios de clase detectamos estrategias de in/visibilización de las trayectorias migratorias en función del impacto que puedan tener sobre los reposicionamientos tras el retorno. Si el impacto es positivo, se visibilizan o hacen selectivamente públicos aquellos aspectos materiales y simbólicos de las trayectorias migratorias que resultan eficaces para concretar procesos de desclasamiento por arriba, reconversiones de capitales o mantenimiento en las fracciones de clase previas a la emigración. Por el contrario, cuando no se ha reproducido o ampliado el capital de origen en la inmigración se prefiere omitir o invisibilizar las trayectorias y trazar un recorrido orientado a recuperar las posiciones previas a la emigración mediante prácticas de reconstrucción de fronteras sociales que permitan diferenciarse y acoplarse a una fracción de clase “apropiada” en el espacio social de origen. En este sentido, más que determinar las migraciones de retorno como producto del “éxito” o “fracaso” en la inmigración, parece más sugerente analizar las trayectorias migratorias en relación con las trayectorias de clase y comprender cómo las migraciones de retorno

¹⁴⁶ Estas interpretaciones se extienden a partir de modelos teóricos como el de la *economía neoclásica* o la *nueva economía de las migraciones laborales* y sus límites han sido planteados en distintas investigaciones (Constant y Massey, 2002; de Haas y Fokkema, 2011; de Haas, Fokkema, y Fihri, 2014).

colaboran en la configuración de procesos de movilidad social que se articulan en distintas direcciones y fases de las trayectorias migratorias entre los espacios sociales del lugar de partida y de destino.

c) Tiempos

La última dimensión de análisis fue aprovechada para poner sobre la mesa la relación que tradicionalmente se ha establecido entre las migraciones de retorno y los contextos en el lugar de destino, especialmente cuando están marcados por tiempos de crisis económica. Desde esta aproximación procesual se han analizado sus implicaciones, al considerar el carácter abierto y cambiante de las trayectorias migratorias y su relación con el dinamismo de los contextos socio-históricos en los que se imbrican. Como ha planteado Liliana Rivera Sánchez, el retorno:

“[N]o es un resultado previsible o definido por las condiciones locales, o sólo por los capitales acumulados, sino que está condicionado a las intersecciones contingentes entre contextos de retorno migratorio, contextos de destino y de salida, circulaciones migratorias, mercados de trabajo y las dinámicas propias del capitalismo global” (Rivera Sánchez, 2011: 311).

Coincidimos con Rivera Sánchez en que analizar el contenido de esas “intersecciones contingentes” es fundamental para comprender los determinantes de las migraciones de retorno, en tanto estas movilidades están imbricadas en otros fenómenos de transformación social. En esta investigación la combinación de ciertos cambios acontecidos en los últimos años en el lugar de destino (la emergencia de un período de recesión y crisis económica) y en el lugar de partida (que atravesó una fase de crecimiento y recuperación), contribuyeron sin duda a articular un contexto de retorno migratorio que algunos/as migrantes percibieron oportuno para regresar. Sin embargo, cuando nos referimos a la relación entre retorno y tiempos históricos, no sólo lo hicimos pensando en el “presente del acontecimiento” en cuestión (crisis aquí y recuperación allí) sino también, como diría Koselleck (2012: 19), en su “profundidad temporal”. En este sentido, desde una perspectiva socio-histórica, hemos querido recalcar la relevancia que en los procesos de retorno tienen los contextos de crisis no sólo en términos de sus efectos materiales sobre las condiciones de vida de los migrantes, sino también como escenarios significativos en trayectorias migratorias que se desarrollan en un espacio transnacional que articula experiencias colectivas y marcos interpretativos conformados no sólo por la coyuntura específica del lugar de destino, sino también por aquello que ha acontecido y acontece en los lugares de partida, por los sedimentos de vivencias pasadas, por las resignificaciones del presente y por la construcción de expectativas futuras en relación a ambos espacios.

En el caso de estudio, donde las movilidades en sus distintas fases están atravesadas por eventos críticos, estos pasan a formar parte de la experiencia transnacional y se convierten en un elemento de conexión entre distintos contextos socio-históricos que articulan sentidos prácticos a partir de los cuales se tejen las trayectorias migratorias. En otras palabras, los sentidos de las crisis –como hitos compartidos, como experiencias colectivas configuradas en determinados contextos nacionales (aquí o allí)– desbordan

las fronteras y conforman los marcos interpretativos que guían formas de imaginar, comprender y actuar en los lugares de partida/destino en las distintas fases de la trayectoria (emigración, inmigración y retorno). Así, los *tiempos de bonanza* y los *tiempos de crisis* experimentados en los *lugares de partida*, antes de la emigración, sirven de “marcos de referencia” a partir de los cuales se organizará la experiencia de la inmigración, marcos que conducen “haceres guiados” y que trascienden los escenarios locales donde fueron originados. Por lo tanto, los *tiempos de bonanza* y los *tiempos de crisis* experimentados en los *lugares de destino*, no son sólo “acontecimientos presentes”, coyunturas destinadas a ser aprovechadas o temidas por los/las migrantes, sino que tienen también una “profundidad temporal”. No son solo acontecimientos “nuevos” del presente, sino que “activan” recuerdos del pasado, elaboraciones de experiencias históricas cuyos sedimentos conforman “estructuras de sentido preexistentes” (Jelin, 2002:24) que, en definitiva, habilitan interpretaciones alternativas del contexto de la inmigración; como, por ejemplo, mantener la sospecha o sostener cierto escepticismo frente a los tiempos de bonanza, o identificar indicios, huellas, rastros reconocibles y adelantarse a los tiempos de crisis por venir. En este sentido, la reconstrucción de las memorias colectivas de las crisis encuadran las trayectorias migratorias objeto de esta investigación, no sólo en relación con el momento de la partida, sino también con el devenir en la inmigración y las proyecciones y expectativas depositadas en el retorno.

Los eventos críticos, en tanto marcan umbrales de época e implican procesos de transformación caracterizados por conflictos y resquebrajamientos (Koselleck, 2012: 135), suponen, en nuestro caso de estudio, una ruptura en las representaciones de los lugares de partida y de destino. Las narrativas de las crisis (de aquí y de allí) que se anudan en las experiencias de la e/inmigración y el retorno ponen de manifiesto las fisuras de ciertos imaginarios relacionados a ambos espacios. Respecto a la inmigración, al convertirse el lugar de destino en escenario de crisis, en él resonaron experiencias del pasado en el país de origen que se reflejaban al revivir formas cotidianas de precariedad, incertidumbre, padecimientos y también resistencias; memorias colectivas que atravesaban las representaciones acerca de las causas, consecuencias y posibles soluciones de la crisis. Más allá de las similitudes y diferencias con lo vivido en el país de origen, el cambio de coyuntura, la dislocación que supone entre dos momentos –un antes y un después de la crisis– supone un resquebrajamiento del imaginario del lugar de destino como parte del espacio geográfico y metafórico del “primer mundo” al dejar al descubierto sus vulnerabilidades. Se fisura el imaginario de “Europa” como comunidad homogénea de “progreso”, “desarrollo” y “bienestar” y emerge la posición de subalternidad de los países del sur, resignificando las trayectorias migratorias. Movilidades que en principio representaban la direccionalidad “sur-norte”, se reconvierten en la dirección “sur-sur (del norte)”. Si bien se trata de una dualidad histórica, reemerge con fuerza en el contexto actual y colabora a articular una “nueva visión de Europa” (de Sousa Santos, 2016) de la que participan los discursos de los/las migrantes donde quedan en evidencia las múltiples fronteras que la atraviesan. Las migraciones de retorno objeto de esta investigación se imbrican en un contexto de dinámicas propias del capitalismo global que en Europa suponen un retroceso de la social-democracia como régimen político, donde la penetración desigual del proyecto

neoliberal y la implementación de políticas de austeridad ponen de relieve las diferencias entre las posiciones centrales y periféricas.

Respecto al contexto del lugar de retorno, las tendencias parecían contraponerse a las de los últimos años en el lugar de inmigración (en cuanto a la evolución de la economía, el empleo, la desigualdad y el gasto social, por poner algunos ejemplos). Tras los *tiempos de crisis* que atravesaron la emigración, la recuperación económica marcó la senda del lugar de origen y nuevos *tiempos de bonanza* precedieron la migración de retorno. Sin embargo, en esta investigación se sostiene que una interpretación de las movilidades de retorno basada en un modelo de vasos comunicantes entre los contextos de partida y de destino no sería del todo acertada, y así lo manifiestan los discursos de los/las propios/as migrantes. Si bien es cierto que las reconfiguraciones económicas, políticas y sociales a escala nacional y regional marcaron un cambio de época que trastocó el imaginario sostenido en el momento de la emigración –por el cual el país de origen era percibido como un espacio sin salida ni alternativas viables a la crisis–, también lo es que las miradas acerca de los tiempos históricos que toca transitar tras el retorno distan de ser ingenuas y se expresan en discursos no ajenos a matices y tensiones. Así, a la par que se reconocen las transformaciones acontecidas en el lugar de origen durante la inmigración, las mejoras respecto al momento de la emigración y la incidencia que han tenido a la hora de considerar la posibilidad de retornar, también se destacan las controversias que atraviesan estos tiempos tras el retorno, que coinciden con una incipiente inestabilidad económica, un clima de polarización político-social en aumento y, por ende, una nueva intensificación del sentimiento de incertidumbre respecto al futuro. Asimismo, si bien se reconoce que las tendencias entre contextos en el lugar de inmigración y de retorno son contrapuestas, también se sostiene que la experiencia de habitar estos espacios sigue estando atravesada por importantes diferencias en términos de bienestar y calidad de vida. A este respecto, si bien la situación coyuntural del mercado laboral presentaba ventajas en el país de origen en relación con la mayor oferta de empleo (cada vez menos), esto no implica que las condiciones laborales no sean en ocasiones precarias y en algunos casos no llegan a alcanzar los estándares experimentados en la inmigración. Asimismo, en relación con los salarios, si bien en los casos más afortunados estos pueden ser superiores a los percibidos en el lugar de destino, fenómenos económicos como una alta inflación terminan por desvirtuar esta clase de ventajas comparativas. Otra serie de diferencias destacadas tienen que ver con la provisión de servicios públicos como la salud, la educación y el transporte.

En definitiva, lo que se plantea respecto a los tránsitos del retorno en relación con determinados contextos es que la explicación que conecta tiempos de crisis y tiempos de retorno no es suficiente, porque las migraciones de retorno, aún cuando se producen *entre las crisis*, también se llevan a cabo *más allá* o *a pesar de* ellas. Las migraciones de retorno son un fenómeno multicausal y así lo sostiene esta investigación que, precisamente, indaga trayectorias migratorias afectadas por eventos críticos en sus distintas fases. Retornar implica no sólo evitar los efectos negativos que la crisis en el lugar de destino pudiera tener en las vidas de los/las migrantes, sino también tener en cuenta las características del contexto de retorno, que no siempre son óptimas. En el

caso concreto de este trabajo, a pesar de los importantes cambios acontecidos en el país de origen y su incidencia al considerar la posibilidad de volver, la experiencia del retorno supone, sin embargo, lidiar con la incertidumbre característica de un contexto que aun se percibe especialmente inestable. La decisión de volver no se basa solamente en la evaluación de ciertas coyunturas favorables o desfavorables (allí o aquí) en un momento dado, sino que cada decisión se enmarca en una heterogeneidad de trayectorias migratorias, en distintos momentos del ciclo vital, y en función de las cuales cada contexto se resignifica anudando el presente con experiencias pasadas y expectativas futuras.

Paso 4. Reaperturas/clausuras

En esta tesis se aborda una última cuestión relevante para la investigación sobre las migraciones de retorno contemporáneas, especialmente para aquellas que se aproximan a su estudio desde una perspectiva transnacional. Nos referimos al análisis de los procesos de reinserción y su relación con la resignificación de las experiencias del retorno y la orientación a una posible reapertura/clausura de las trayectorias migratorias. Con el fin de dar continuidad al abordaje procesual del fenómeno y recogiendo la hipótesis de que en el marco de las movilidades transnacionales las migraciones de retorno no implican necesariamente el cierre de las trayectorias, en este trabajo se propone una aproximación empírica a esta cuestión, cuyo estudio tiene entidad suficiente para conformar un cuarto paso a dar en la investigación sobre las migraciones de retorno.

Este cuarto paso supone un desafío porque requiere diseñar estrategias metodológicas longitudinales que desde una aproximación etnográfica no siempre es sencillo articular. Si bien el diseño longitudinal en esta investigación ha consistido mayormente en la reconstrucción retrospectiva de las trayectorias migratorias, también se ha intentado, dentro del alcance de un trabajo de estas características, estudiar algunos casos de forma longitudinal (proyectiva) realizando entrevistas en distintos momentos después del retorno. Asimismo, dentro de los límites del texto, en el último capítulo se ha procurado incluir en el análisis algunos de estos casos. A pesar de que es factible identificar la im/probable presencia de nuevas fases de movilidad en las trayectorias migratorias analizando las narrativas del retorno y, especialmente, las expectativas manifestadas en un momento dado, un abordaje longitudinal proyectivo supone una posición privilegiada de observación, en tanto permite analizar diacrónicamente el devenir de las trayectorias y captar los giros en las percepciones y la resignificación de las experiencias del retorno sobre la marcha, lo que ayuda a comprender mejor la evolución de las trayectorias y su orientación hacia la reapertura o la clausura en distintos momentos tras el retorno. Esto último nos recuerda el carácter procesual y cambiante del *continuum* reapertura/clausura y nos lleva a reflexionar, en definitiva, sobre los límites de nuestros análisis y la condición intrínsecamente incabada de toda investigación, que en tanto aborda el estudio de procesos sociales e históricos no puede ofrecer más que interpretaciones parciales y situadas del fenómeno objeto de estudio. Planteada la

advertencia sobre las metodologías que mejor se adecúan para dar cuenta de este tipo de movilidades, en este cuarto paso el análisis consistió en identificar algunos aspectos que, asociados a los distintos procesos de reinserción (laboral, social, espacial), suelen incidir en la orientación de las trayectorias migratorias, en tanto pueden habilitar/constreñir una posible reapertura/clausura de la misma.

La reinserción laboral y la disponibilidad o no de ciertos capitales pueden ser determinantes a la hora de evaluar la posible reapertura/clausura de las trayectorias migratorias. En este sentido, para optar por el establecimiento puede ser relevante una reinserción laboral satisfactoria –en cuanto a adecuación del puesto a las expectativas, condiciones laborales y nivel de ingresos–, situación que se presenta de forma más habitual entre quienes llevan más tiempo desde el retorno y/o tienen mayor capital educativo o económico, ambos invertidos eficazmente durante la inmigración o el retorno (en el mercado laboral o en negocios o propiedades). En estos casos, el deseo de quienes retornan es poder sostener estas trayectorias, que en ocasiones lograron incluso mejorar su situación respecto a la inmigración. Por el contrario, quienes regresan sin un volumen considerable de este tipo de capitales y/o no logran una reinserción laboral favorable se encuentran en posiciones más vulnerables y por tanto es más factible que se planteen la posibilidad de reemigrar en un futuro, en principio sin desearlo. A este respecto, es significativa la fragilidad de las posiciones de quienes retornan en una edad avanzada y que, ya sea porque deben reinsertarse y resistir en el mercado laboral unos años más o porque se encuentran en una fase de espera para resolver los trámites de jubilación, tienen dificultades para definir sus trayectorias a medio plazo en tanto afrontan nuevamente importantes incertidumbres.

Sin embargo, los motivos que conducen a la reapertura o a la clausura de las trayectorias migratorias no sólo se relacionan con la situación en el mercado de trabajo. Los procesos de reinserción social son determinantes y las dinámicas familiares-afectivas que acontecen tras el retorno pueden resignificar estas experiencias y terminar por reorientar las trayectorias. En este sentido, los casos de reapertura se relacionan con la transnacionalización de ciertos vínculos. La experiencia de la distancia y la separación de familiares, parejas, etc, que permanecen en el lugar de destino puede ser un motivo para al cabo de un tiempo plantearse la posibilidad de reemigrar. Por el contrario, cuando el grupo familiar completo se encuentra en el lugar al que se retorna y este fue además uno de los motivos que alentaron el regreso, este factor orienta las trayectorias a la clausura y a hacer efectivo el deseo de permanecer. Otra situación de clausura se presenta en el caso de retorno de familias con hijos/as adolescentes o jóvenes; en estos casos, independientemente de donde permanezca el resto de familiares, las dificultades de los procesos de reinserción de los menores y los costes económicos y afectivos que acarrea este tipo de movilidad, influyen a la hora de contemplar la clausura de la trayectoria como la opción más conveniente. Sin embargo, en estos casos el carácter intergeneracional de las dinámicas de movilidad de las familias plantea el escenario de que en un futuro sean las generaciones más jóvenes las que reabran las trayectorias migratorias, una posibilidad que los progenitores no descartan.

Por último, otra serie de factores contextuales influyen en la orientación de las trayectorias y tiene que ver con los procesos de reinserción en el espacio social y con readaptar al nuevo contexto del retorno el nivel de aceptabilidad de ciertos parámetros de calidad de vida y bienestar (relacionados con cuestiones como el acceso a servicios de salud, educación, transportes, la seguridad ciudadana o la estabilidad político-económica) configurados durante la experiencia de la inmigración y que ahora deben reconfigurarse tras el retorno. Algunos de estos aspectos pueden ser compensados vía ingresos, en tanto una situación económica solvente permite acceder a ciertos bienes y servicios en el mercado (cobertura de salud privada para el grupo familiar, educación privada para los/las hijos/as, residencia selectiva en zonas con menos incidencia de delitos o en urbanizaciones cerradas, adquisición de servicios o sistemas de seguridad, disponer de movilidad propia y evitar el uso de medios de transporte públicos).

Del resultado del análisis se extrae que, si bien es posible sostener la hipótesis de que las migraciones de retorno no implican necesariamente el cierre definitivo de las trayectorias migratorias, no deja de ser importante indagar bajo qué circunstancias quienes retornan consideran la reapertura/clausura de sus trayectorias como algo deseable/posible/probable en un futuro. En este trabajo concreto partimos del análisis de unas trayectorias en las que la práctica totalidad de los/las migrantes entrevistados/as contaban en la fase del retorno con un “capital de movilidad” (Herrera y Pérez Martínez, 2015) ya que disponían de doble nacionalidad adquirida antes de partir o durante la estancia en la inmigración, algo que en principio habilita o no constriñe la reapertura de sus trayectorias tras el retorno; por tanto, no podemos extender los resultados a otras circunstancias. Sin embargo, hemos visto que gran parte de los/las participantes orientaban sus trayectorias a la clausura, mientras que unas pocas personas entrevistadas se decantaban por la opción contraria. Estamos de acuerdo en que los marcos normativos (visado, regularización, reagrupación, nacionalidad, etc.) y los estatutos jurídicos que producen se convierten en un elemento estructural crucial en la dinámica del retorno, en tanto el acceso a la movilidad en el espacio social transnacional determina la posibilidad de volver a migrar (Gil Araujo, 2013; Pajares, 2010; Vega Solís, 2016); sin embargo, el sentido en el que inciden en la toma de la decisión de retornar¹⁴⁷ no tiene por qué ser el mismo que a la hora de reemigrar; asimismo, su consideración aislada de otros elementos de las trayectorias migratorias en la fase de retorno parece insuficiente para explicar sus posteriores derroteros. Los hallazgos a este respecto sugieren que el deseo y la posibilidad de reabrir o clausurar las trayectorias migratorias están sujetas a la propia temporalidad de la experiencia del retorno, a lo largo de la cual el contexto y la situación particular de quienes regresan se va transformando de forma dinámica. Estos cambios se observan en el despliegue de una serie de procesos de reinserción que afectan distintas dimensiones

¹⁴⁷ En distintas investigaciones se ha comprobado que no disponer de este capital de movilidad limita la toma de decisión de retornar, en tanto restringe futuras oportunidades de movilidad. Por tanto, quienes sí disponen de este capital son más propensos a regresar (Bastia, 2011; Herrera y Pérez Martínez, 2015; Vega Solís, 2016; Vega Solís y Martínez-Buján, 2016).

relevantes para la readaptación de los/las migrantes y sus familias y resignifican las experiencias del retorno marcando la orientación de las trayectorias en una u otra dirección.

El resultado del análisis longitudinal de algunas experiencias concretas de “reinserción con establecimiento” y “reinserción con reemigración” (Rivera Sánchez, 2013: 67) sugiere la dificultad de establecer asociaciones lineales o unívocas entre el resultado de dichos procesos de reinserción y la reapertura o clausura de las trayectorias, en tanto lo habitual es identificar múltiples combinaciones cuyo efecto agregado puede *potenciar* o *compensar* los aspectos negativos y/o positivos de cada uno y entre sí. En el primer caso, cuando el efecto agregado de los procesos de reinserción arroja resultados que potencian los aspectos positivos o negativos de la experiencia del retorno es posible observar que las trayectorias se orientan de forma más clara a la reapertura o a la clausura. En el segundo caso, cuando el efecto agregado es de compensación entre los aspectos positivos y negativos de unos y otros procesos de reinserción nos encontramos con que el resultado se expresa en la tensión entre el deseo y la posibilidad de, por distintos motivos, reabrir o clausurar las trayectorias. En este sentido, las experiencias de retorno no son iguales para quienes se quedan porque así lo quieren, que para quienes se quedan porque consideran que no se pueden ir; ni tampoco son equiparables las experiencias de reemigración para quienes se van deseando partir nuevamente, y quienes se van porque no tuvieron la posibilidad de quedarse.

En cualquier caso, lo que interesa resaltar es que en un marco de análisis donde las migraciones de retorno contemporáneas se imbrican con otras movilidades y prácticas transnacionales, estamos de acuerdo con Carling y Erdal (2014) en el interés de sostener la diferencia entre retorno y transnacionalismo y pensar qué nexos articulan ambos fenómenos. Las conexiones entre ambos son relevantes en lo que concierne a las experiencias del post-retorno, en tanto hemos visto que ciertas estrategias transnacionales de acumulación de capitales (económico o cultural) en el lugar de destino e inversiones en origen facilitan los posteriores procesos de reinserción laboral; asimismo, las movilidades de retorno durante la inmigración a través de las cuales se reactualizan los vínculos afectivos facilitan los procesos de reinserción social tras el retorno. A partir de estas movilidades pueden diseñarse estrategias de retorno graduales, practicando visitas a través de las cuales “tantear” oportunidades o incluso permanecer una temporada y “simular” la experiencia del posterior retorno, lo que facilita amortiguar el proceso de readaptación al contexto al que se regresa. Por otro lado, estos procesos de reinserción también se ven afectados por nuevas dinámicas transnacionales que emergen a partir de la migración de retorno; así, hemos observado cómo esta fase de la trayectoria puede suponer un proceso de transnacionalización de los hogares y de vínculos afectivos que inaugura una nueva fase de “movilidades de retorno”, ahora redireccionada hacia el lugar de destino, lo que puede habilitar futuras reemigraciones. Hay quienes tras el retorno tienen la oportunidad de continuar diversificando sus inversiones y sostener actividades económicas en ambos espacios, lo que también puede favorecer la movilidad en el futuro. En definitiva, más allá de afirmar desde una aproximación transnacional que las migraciones de retorno constituyen una fase más de

las trayectorias migratorias, nuestras investigaciones empíricas deberían procurar “dar cuenta de los impactos del transnacionalismo sobre las migración de retorno y, subsecuentemente, explorar los efectos de la migración de retorno sobre el transnacionalismo” (Carling y Erdal, 2014: 3). Para ello necesitamos llevar a cabo diseños metodológicos longitudinales que nos permitan abordar el análisis de las trayectorias migratorias e indagar cómo estos fenómenos devienen y se imbrican en el tiempo y el espacio.

Consideraciones finales: clausuras y reaperturas de la investigación

El esfuerzo tozudo por construir la trama, por ofrecer un texto que diera cuenta de la migración de retorno como proceso social y priorizar —entre los múltiples y posibles puntos de vista desde los cuales narrar este proceso— los relatos multilocales de vida migratoria, ha supuesto clausurar (provisionalmente) la investigación y descartar la incorporación en el análisis de otros discursos y agencias que intervienen en este fenómeno. Asimismo, el insistente rastreo del devenir de los retornos (en plural) y sus mutaciones en las distintas fases de las trayectorias migratorias que estructura el texto ha provocado otro tipo de exclusiones al no poder analizar en los discursos todas las dimensiones susceptibles de ser analizadas. Sin embargo, todos estos elementos que han quedado en los márgenes del proceso de investigación y de estas páginas tienen la oportunidad de ser incorporados en futuras investigaciones. Porque esta tesis aquí se clausura, pero puede ser reabierto de múltiples formas. Veamos algunas¹⁴⁸.

Una ausencia evidente de la investigación es el abordaje específico de elementos político-institucionales. Más allá de algunas consideraciones generales, no se ha incluido un análisis sistemático de los discursos que acerca de las migraciones de retorno promueven los Estados de e/inmigración que conciernen al caso específico de estudio. Si bien se mencionan cuando se considera oportuno, tampoco se ha dedicado un epígrafe especial al análisis de las políticas migratorias que cada uno promueve, ya sean generales o específicamente dirigidas al retorno. Tampoco se ha analizado el papel que en el retorno desempeñan otros actores, como las organizaciones internacionales o las asociaciones de inmigrantes que, en ocasiones, ejercen de intermediarias colaborando o participando en la implementación de políticas gubernamentales en los procesos de retorno. Si bien ninguno de estos elementos formaba parte de los objetivos de esta investigación, no sólo se considera relevante retomarlos en futuras indagaciones, sino que desde los posibles aportes de este trabajo interesa hacerlo de “abajo” hacia “arriba”; es decir, analizar los discursos de los actores político-institucionales sobre el retorno y las

¹⁴⁸ Las propuestas aquí expuestas se remitirán al objeto de estudio de esta tesis. Sin embargo, cabe mencionar el interés que, una vez finalizada esta investigación, suscita estudiar los desenlaces del “no retorno” y analizar en el mismo colectivo de migrantes qué factores han determinado que en un contexto socio-histórico similar sus trayectorias migratorias transcurrieran por sendas divergentes, es decir, hayan optado por permanecer en el lugar de destino. Realizar un estudio comparativo de este tipo constituye en sí otra investigación y excede los objetivos de ésta pero, sin embargo, vale la pena mencionarlo.

políticas que promueven a contraluz de las trayectorias migratorias, de las vidas y los intereses de los/las migrantes. En definitiva, contrastarlas con experiencias de retorno de carne y hueso. Si nos invade el pesimismo podemos asumir que no es propio de la ortodoxia del “pensamiento de Estado” incorporar estos asuntos, en tanto su lógica es la del coste/beneficio en los cálculos de la contabilidad migratoria. Si conservamos un resquicio de optimismo podemos pensar que un análisis de este tipo –que sospechamos ofrecería alguna explicación acerca del fracaso de la mayoría de las políticas que pretenden promover el retorno (de Haas, Fokkema, y Fihri, 2014)– quizá despierte algún tipo de interés y colabore en la tarea de poner la/las política/s al servicio de las personas, suponiendo que ese sea su fin colectivo. En cualquier caso, esta investigación en lugar de asumir como punto de partida los discursos y preocupaciones hegemónicos promovidos por las agendas (la temporalidad de las migraciones, la gestión de los flujos, los costes y beneficios asociados, etc.) opta por graduar las gafas primero a medida de las personas que protagonizan estas formas de movilidad y luego repensar algunas de esas cuestiones. Analizar desde estos conocimientos –tan situados y parciales, como válidos– los (des)encajes que se producen entre los procesos de retorno y las políticas migratorias puede ser un enfoque alternativo y prometedor.

Otra vía de reapertura de la tesis es la de traer al primer plano del análisis algunas dimensiones que no pudieron ser abordadas o que lo fueron de forma puntual o transversal, pero sin ser desarrolladas con la profundidad que merecen. Asumir una perspectiva transnacional y procesual al investigar las migraciones de retorno tiene un efecto multiplicador de las espacialidades y temporalidades del fenómeno migratorio que luego hay que gestionar en el proceso de investigación. Cuando además incorporamos al análisis un enfoque interseccional que pretende tener en cuenta la imbricación del objeto de estudio con múltiples variables como la clase, la generación, el género y la etnia, el nivel de complejidad se incrementa aun más. La estrategia de análisis del material empírico en esta investigación ha sido, en primer lugar, privilegiar la multiplicidad de las coordenadas espacio-temporales; es decir, por un lado, no perder de vista cómo las migraciones de retorno se articulan sincrónicamente en un espacio transnacional que involucra múltiples enclaves geográficos; por otro, prestar atención a cómo en dicho espacio los retornos se ensamblan a partir de relaciones y dinámicas que se desenvuelven y transforman diacrónicamente. En segundo lugar, teniendo en cuenta la heterogeneidad del material empírico recogido, se optó por una aproximación que no implicara renunciar a la pluralidad de la muestra y se seleccionó el enfoque del curso de vida para rastrear cómo esta multiplicidad espacio-temporal a partir de la cual se articulan las migraciones de retorno se manifiesta de forma particular en diversas trayectorias migratorias. Esta decisión privilegió la dimensión generacional en el análisis –distinguiendo como en un mismo contexto socio-histórico pero en distintos momentos del curso de vida las migraciones de retorno se articulan en las diversas fases de las trayectorias migratorias– en ocasiones en detrimento de otras dimensiones, que pasaron a un segundo plano en el análisis y fueron recuperadas en puntuales ocasiones. Por

ejemplo, el análisis de clase se incorpora a partir de pensar los procesos de reinserción laboral en el espacio social tras el retorno¹⁴⁹, o el género se recupera de forma transversal al analizar en las distintas fases de las trayectorias migratorias las dinámicas familiares-afectivas, donde suele manifestarse de forma más evidente la desigualdad entre mujeres y hombres asociadas a aspectos reproductivos y productivos.

En lo que a la perspectiva de género respecta, en este trabajo se han identificado cuestiones que coinciden con los hallazgos de otras investigaciones que sostienen que a pesar de identificar altos niveles de agencia y autonomía respecto a los proyectos migratorios, no queda claro que los roles que desde allí se articulan impliquen un cambio significativo en las relaciones de género (Bastia, 2013). Esta cuestión es más evidente en el caso de las personas adultas o adultas jóvenes que formaron familias y experimentaron transiciones a la maternidad/paternidad. En tanto las posiciones, obligaciones y responsabilidades de mujeres y hombres en esta situación se articulan de forma desigual y asimétrica (en las narrativas del retorno de las primeras adquieren mayor protagonismo la dimensión familiar y los cuidados, mientras que las de los segundos se centran promordialmente en cuestiones económicas y profesionales), los procesos de retorno siguen estando atravesados por una ideología de género patriarcal (Vega Solís y Martínez-Buján, 2016; Cortés y Oso, 2017). Dadas las características sociodemográficas de la muestra (población proveniente de contextos urbanos, de distintas fracciones de clase media, con un nivel de estudios medio-alto), en ocasiones, analizar la cuestión de género en los discursos se tornaba ciertamente escurridiza, dificultad que Casado (2014: 56) identifica a la hora de “aprehender las tensiones derivadas de las cambiantes relaciones de género cuando la popularización del igualitarismo regula y uniforma la producción y circulación discursiva”. Tanto las mujeres como los hombres (especialmente los/las más jóvenes) participaban en la construcción de una ficción discursiva de la igualdad que percibían apropiada y acorde a sus posiciones pero que, sin embargo, solía entrar en tensión con las prácticas concretas. Sin duda, esta es una cuestión que merece ser abordada con mayor profundidad en futuras investigaciones e incorporar el género como categoría de análisis en el sentido propuesto por Gregorio (2013: 12-13): “como un principio de organización social, de producción de desigualdad y de relaciones de poder, más allá de su comprensión como una mera variable (la variable sexo-género) y en su uso para referirnos a la categoría mujer(es) versus hombre(s)”.

Otra vía de reapertura refiere a la cuestión étnico-racial. Si bien se trata de una categoría cuyo abordaje se descartó en el análisis, su incorporación podría suponer una nueva línea de análisis y de investigación. Para ello, los hallazgos de Cook Martín y Viladrich relativos a la experiencia ambivalente de la “afinidad étnica” en las

¹⁴⁹ Privilegiar el análisis en términos de trayectorias de clase para dar cuenta de cómo las migraciones de retorno pueden habilitar procesos de movilidad social articulados transnacionalmente, impidió ofrecer un análisis pormenorizado de los procesos de reinserción laboral en relación con la movilidad ocupacional, cuestión que podría retomarse en futuros análisis.

trayectorias migratorias de los/las argentinos/as a España pueden ser retomados para repensar su impacto en los procesos de retorno. A este respecto, a partir de algunos indicios identificados en los discursos cabe la posibilidad de analizar cómo la experiencia conflictiva y contradictoria de la inmigración –cuando se comprueba que la supuesta “afinidad étnica” no garantiza las oportunidades, ni la aceptación social (Cook Martin y Viladrich, 2009) y se asume la posición de la “otredad”– puede influir en ciertos reposicionamientos en la fase de retorno a partir de los cuales se articulan resistencias y críticas radicales hacia discursos racistas, xenófobos (y clasistas) reproducidos en el lugar de origen (se menciona especialmente aquellos dirigidos a la población migrante proveniente de otros países sudamericanos) que, según reconocen los propios informantes, antes de encarnar ellos/as mismos/as la experiencia migratoria, les pasaban desapercibidos, quedaban invisibilizados o incluso suscribían. Resulta sugerente cómo la experiencia de descubrirse distante de quien se creía próximo puede reconfigurar las percepciones sobre aquellos/as otros/as de quienes se pretendían lejanos y reconocerse/los/las en la cercanía de las vivencias asociadas a la migración.

Por último, otra vía sugerente de reapertura viene dada por los significativos cambios acontecidos en el contexto del lugar de origen en el período inmediatamente posterior al límite temporal abarcado en esta tesis y la posible incidencia que puedan tener en el devenir de las trayectorias migratorias de quienes decidieron retornar o en la articulación de nuevos ciclos migratorios. En el trabajo de campo realizado entre los años 2012 y 2014 algunos/as informantes adelantaban o intuían ciertos cambios en la coyuntura política y económica. Sin embargo, no era posible imaginarse en aquel entonces el calado de las futuras transformaciones por venir. El gobierno conservador que ganó las elecciones de 2015 a cargo del presidente Mauricio Macri tardó pocos meses en introducir medidas que afectaron fuertemente la redistribución de los ingresos en beneficio de los sectores económicos concentrados y en detrimento del resto de la población. Por un lado, se reforzó la regresividad del sistema mediante la reducción de los impuestos a las exportaciones (beneficiando al sector del agronegocio, la minería y los hidrocarburos); por otro, la combinación de fuerte devaluación con alta inflación impactó gravemente en los salarios; a esto se sumó la supresión de subsidios a servicios de electricidad, gas y transportes y el consecuente aumento de las tarifas. En lo que respecta a la situación económica y del mercado laboral en Argentina, si bien desde el año 2009 se identifican signos de desaceleración, los informes del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) que analizan la evolución de indicadores para el período 2010-2016¹⁵⁰ sostienen que las medidas de ajuste macroeconómico, la política

¹⁵⁰ Los datos se generan a partir de la Encuesta de la Deuda Social Argentina – Serie Bicentenario (2010-2016) llevada a cabo por el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Los indicadores de empleo y pobreza e indigencia pueden consultarse en los documentos de trabajo “Empleo, precariedad laboral y desigualdades estructurales en la Argentina urbana (2010-2016)”, en <http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo68/files/2016-Observatorio-Informe-Empleo-Precariedad-Laboral.pdf> y “Pobreza y desigualdad por ingresos en la Argentina urbana 2010-2016” en <http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo68/files/2017-Observatorio-Informe-Pobreza-Desigualdad-Por-Ingresos-2010-2016.pdf>.

anti-inflacionaria y la falta de inversión pública y privada de los últimos años generaron un escenario recesivo y adverso que afecta los indicadores de empleo, precariedad laboral, pobreza e indigencia, que empeoran en el período 2015-2016. Así resume Borón (2016) los cambios acontecidos en los últimos años:

“En síntesis, el gobierno nacional abrazó con renovados bríos los lineamientos fundamentales del Consenso de Washington en línea con las tradicionales recomendaciones del FMI y el Banco Mundial: recorte de salarios vía inflación y megadevaluación del peso; disciplinamiento laboral logrado mediante la precarización laboral y el aumento del desempleo; reorientación del gasto público vía recortes a los subsidios y a los impuestos pagados por los capitalistas. Políticas, preciso es anotarlo, que fueron tradicionalmente utilizadas por los gobiernos de derecha” (Borón, 2016: 55-56).

Como sostiene Svampa (2017: 64), si bien no es posible apelar a retornos lineales al pasado, algunos gobiernos en la región, como el de Argentina o Brasil, a través de sus políticas de ajuste y endurecimiento del contexto represivo, recrean núcleos básicos del neoliberalismo que a la par que recuerdan otras épocas auguran nuevos tiempos de incertidumbre. En este nuevo contexto cabe prolongar la estrategia longitudinal de esta investigación y analizar cómo los pasados de los tiempos de crisis de aquí y de allí vuelven a resonar en el presente del retorno y qué efectos, bajo estas nuevas circunstancias, pueden llegar a tener en la orientación futura de trayectorias migratorias cuyo transcurso se imbrica en las dinámicas cambiantes de los tiempos históricos.

Estas últimas páginas han estado dedicadas a exponer los principales pasos dados en esta investigación. Pasos que trazan un camino, que delinean una apuesta por investigar las migraciones de retorno rastreando sus huellas en cada fase de los procesos migratorios. En el recorrido se articulan puntos de vista, miradas sobre los retornos, que renuncian a la construcción de modelos teóricos –porque, en definitiva, como sostiene Harding (1995: 13) “las teorías son una especie de mapas; cada uno puede representar solo una parte de la realidad”– pero no a construir un bosquejo de cartografía que amplíe y enriquezca las imágenes contemporáneas de los retornos invitando a la reflexión y al diálogo alrededor de las siguientes cuestiones: a) *la temporalidad de los procesos migratorios*: problematizando la dicotomía temporal/permanente que sugiere el análisis de los proyectos migratorios y repensando categorías alternativas; b) *la pluralidad de las movilidades de retorno*: procurando afrontar en el estudio de las trayectorias migratorias la tensión producida entre la rigidez conceptual y la fluidez de los procesos; c) *la experiencia polisémica de “volver”*: cuestionando el retorno como vuelta al orden natural/nacional/cultural frente a la heterogeneidad de sentidos de pertenencia/identificación que se articulan al experimentar el retorno a las relaciones y espacios sociales; d) *la multidimensionalidad de las migraciones de retorno*: evitando los reduccionismos micro/macro frente a la complejidad de las tramas del retorno imbricadas en contextos socio-históricos y atravesadas por memorias colectivas; y e) *la reapertura/clausura de las trayectorias migratorias*: repensando los límites y posibilidades de la movilidad en relación con los tránsitos del retorno y los tiempos biográficos.

Decía Sayad (2010: 254) que si mutilábamos en nuestras investigaciones el fenómeno migratorio corríamos el riesgo de construir a la “población inmigrada” como categoría abstracta y de convertir a las personas “inmigrantes” en mero artefacto. Una forma de evitar abstracciones y artefactos puede ser no perder el hilo de las conexiones antes mencionadas, colaborar en la construcción de diálogos que visibilicen lo que está en el centro, lo que en definitiva marca el devenir de estas trayectorias migratorias que transcurren entre tiempos de crisis y bonanza, aquí y allí: el deseo de construir presentes habitables, de fraguar futuros posibles; en definitiva, de tramar vidas material y emocionalmente sostenibles.

BIBLIOGRAFÍA

- Actis, W. (2011). Migraciones Argentina-España. Características de los distintos «ciclos» migratorios, sus inserciones en España y el impacto de la crisis actual. En Cynthia Alejandra Pizarro (Ed.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 423-444). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Actis, W. y Esteban, F. O. (2007). Argentinos hacia España («sudacas» en tierras «gallegas»): el estado de la cuestión. En Susana Novick (Ed.), *Sur-Norte. Estudios sobre la emigración reciente de argentinos* (pp 205-258.). Buenos Aires: Catálogos.
- Actis, W. y Esteban, F. O. (2008). Argentinos en España. Inmigrantes, a pesar de todo. *Migraciones*, 23, 79-115.
- Al-Ali, N. S. y Koser K. (2002). *New approaches to migration?: transnational communities and the transformation of home*. London; New York: Routledge.
- Alonso, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Alonso, L. E. (1999). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (Eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales* (pp. 225-240). Madrid: Editorial Síntesis.
- Anlló, G., Kosacoff, B. y Ramos, A. (2007). Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007. En *Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007* (pp. 7-26). Santiago de Chile: CEPAL.
- Anthias, F. (2006). Belongings in a globalising and unequal world: rethinking translocations. En Nira Yuval-Davis, Kalpana Kannabiran y Ulrike Vieten (Eds.), *The situated politics of belonging* (pp. 17-31). Londres: SAGE.
- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands / La frontera: La nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing.
- Arango, J. (2003). La explicación teórica de las migraciones : luz y sombra. *Migración y Desarrollo*, 1, 1-30.
- Arango, J. (2010). Después del gran «boom». La inmigración en la bisagra del cambio. En Eliseo Aja Fernández, Josep Oliver i Alonso, y Joaquín Arango (Eds.), *La inmigración en tiempos de crisis* (pp. 52-73). Barcelona: Bellaterra.
- Arango, J. (2015). España: una experiencia inmigratoria singular. En Cristóbal Torres Alberó (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 268-275). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Aruj, R. (2004). *Por qué se van. Exclusión, frustración y migraciones*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Aysa-Lastra, M. y Cachón, L. (2013). Segmented Occupational Mobility: The Case of Non-EU Immigrants in Spain. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 144, 23-47.
- Azpiazu, D. (1995). *Las empresas transnacionales de una economía en transición: la experiencia argentina en los años ochenta*. (No. LC/G.1789-P). Santiago de Chile: CEPAL - NU.

- Azpiazu, D. y Basualdo, E. (2004). Las privatizaciones en la Argentina. Génesis, desarrollo y principales impactos estructurales. En James Petras y Henry Veltmeyer (Eds.), *Las privatizaciones y la desnacionalización de América Latina* (pp. 1-47). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Azpiazu, D. y Vispo, A. (1994). Algunas enseñanzas de las privatizaciones en Argentina. *Revista de la CEPAL*, 54, 129-147.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Kosacoff, B. (1986). Las empresas transnacionales en la Argentina, 1976-1983. *Revista de la CEPAL*, 28, 99-120.
- Bakewell, O. (2014). Relaunching migration systems. *Migration Studies*, 2(3), 300-318.
- Balibar, É. (2005). *Violencias, identidades y civilidad: para una cultura política global*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Baraño, M. (2005). Escalas, des/reanclajes y transnacionalismo. Complejidades de la relación global-local. En Antoni Ariño Villarroja (Ed.), *Las encrucijadas de la diversidad cultural* (pp. 425-452). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Bastia, T. (2011). Should I stay or should I go? Return migration in times of crises. *Journal of International Development*, 23(4), 583-595.
- Bastia, T. (2013). «I am going, with or without you»: autonomy in Bolivian transnational migrations. *Gender, Place & Culture*, 20(2), 160-177.
- Bastia, T. (2014). La reproducción de las desigualdades de género en origen y en destino: un estudio transnacional a partir de las migraciones bolivianas. *Papeles del CEIC*, 110(2), 1-21.
- Basualdo, E. (2001). *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera*. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, E., Nahón, C. y Nochteff, H. (2005). *Trayectoria y naturaleza de la deuda externa privada en la Argentina. La década del noventa, antes y después*. (Documento de trabajo No. 14). Buenos Aires: FLACSO Argentina.
- Basualdo, V., Acha, O., Arus, R., González, E., Bozza, J. A., Celentano, A. y Jensen, S. (2005). Exilios políticos argentinos y latinoamericanos. En *III Jornadas de Historia de las Izquierdas* (pp. 1-105). Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina.
- Bauböck, R. y Faist, T. (2010). *Diaspora and transnationalism: concepts, theories and methods*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Beccaria, L. (2007). El mercado de trabajo luego de la crisis. Avances y desafíos. En Bernardo Kosacoff (Ed.), *Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007* (pp. 357-394). Santiago de Chile: CEPAL.
- Beccaria, L. y González, M. (2006). Impactos de la dinámica del mercado de trabajo sobre la distribución del ingreso y la pobreza en Argentina. *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, 37(146), 97-120.
- Beccaria, L., Maurizio, R. y Vázquez, G. (2015). Desigualdad e informalidad en América Latina: el caso de la Argentina. En Verónica Amarante y Rodrigo Arim (Eds.), *Desigualdad e informalidad: un análisis de cinco experiencias latinoamericanas* (pp. 89-128). Santiago de Chile: CEPAL - NU.

- Becker, H. S. (2009). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires; México: Siglo Veintiuno.
- Benencia, R. (2011). Racionalidades, azar y aventura en la construcción de los itinerarios migratorios. En Cynthia Alejandra Pizarro (Ed.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 361-377). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Bergman, M. y Kessler, G. (2008). Vulnerabilidad al delito y sentimiento de inseguridad en Buenos Aires: determinantes y consecuencias. *Desarrollo Económico*, 48(189-190), 209-234.
- Beriain, J. (1999). Genealogía sociológica de la contingencia: del destino dado metasocialmente al destino producido socialmente. En Ramón Ramos Torre y Fernando García Selgas (Eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea* (pp. 205-248) Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1-23.
- Bertoncello, R. (1986). Algunos antecedentes sobre la investigación de la emigración de argentinos. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 19-27). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Bertoncello, R. y Lattes, A. E. (1986). Medición de la emigración de argentinos a partir de la información nacional. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 29-46). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Bertranou, F., Cetrángolo, O., Grushka, C. y Casanova, L. (2011). *Encrucijadas en la seguridad social argentina: reformas, cobertura y desafíos para el sistema de pensiones*. Buenos Aires: OIT.
- Beyhaut, G. y Beyhaut, H. (Eds.). (1986). *América Latina*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Bidegain, G. (1987). Democracia, migración y retorno: los argentinos, chilenos y uruguayos en Venezuela. *International Migration*, 25(3), 299-323.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 8(enero-junio), 5-31.
- Bogardus, E. S. (1934). *The Mexican in the United States*. Los Angeles: University of Southern California Press.
- Borón, A. A. (2016). La Argentina en su laberinto. *Revista Casa de las Américas*, 248(julio-septiembre), 48-62.
- Bourdieu, P. (2002). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. México: Taurus.
- Bourdieu, P. (2010). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2000). The organic ethnologist of algerian migration. *Ethnography*, 1(2), 173-182.
- Bovenkerk, F. (1974). *The sociology of return migration: a bibliographic essay*. Dordrecht: Springer Netherlands.

- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cachón, L. (1989). *¿Movilidad social o trayectorias de clase? elementos para una crítica de la sociología de la movilidad social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Cachón, L. (1995). Marco institucional de la discriminación y tipos de inmigrantes en el mercado de trabajo en España. *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 69, 105-124.
- Cachón, L. (1997). Segregación sectorial de los inmigrantes en el mercado de trabajo en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 10, 49-73.
- Cachón, L. (2002). La formación de la «España inmigrante»: mercado y ciudadanía. *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97, 95-126.
- Cachón, L. (2012). La inmigración de mañana en la España de la Gran Recesión y después. *Panorama Social*, 16, 71-83.
- Cachón, L. (2015). Inmigración y empleo. En Cristóbal Torres Alberó (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 216-224). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cacopardo, M. C., Maguid, A. y Martínez, R. (2007). La nueva emigración de latinoamericanos a España: el caso de los argentinos desde una perspectiva comparada. *Papeles de Población*, 51, 9-44.
- Caggiano, S. (2003). Fronteras múltiples: Reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina. *Cuadernos del IDES*, 1, 3-24.
- Çaglar, A. S. (2001). Constraining metaphors and the transnationalisation of spaces in Berlin. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 27(4), 601-613.
- Callejo, J. (1999). La reflexividad empírica: notas para un proyecto. En Ramón Ramos Torre y Fernando García Selgas (Eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea* (pp. 449-482). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Calvelo, L. (2010). Estimaciones migratorias en la Argentina: la migración neta de nativos posterior a 1980. *Notas de Población*, 91, 73-103.
- Calvelo, L. (2011). *Crisis y emigración: la emigración de los argentinos entre 1960 y 2002*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Población, Ministerio del Interior.
- Calvelo, L. (2012). La migración internacional en Argentina hacia 2010. *REMHU - Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, XX(39), 135-157.
- Cardelús, J. y Pascual de Sans, À. (1979). *Movimientos migratorios y organización social*. Barcelona: Península.
- Carling, J., Erdal, M. B., y Ezzati, R. (2014). Beyond the insider-outsider divide in migration research. *Migration Studies*, 2(1), 36-54.
- Carling, J. y Erdal, M. B. (2014). Return migration and transnationalism: how are the two connected? *International Migration*, 52(6), 2-12.
- Carr, R. (2000). *España 1808-1975*. Barcelona: Editorial Ariel.

- Casado, E. (2002). *La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/cps/ucm-t26344.pdf>
- Casado, E. (2014). Tramas de género en la comunicación móvil en pareja. En Amparo Lasén y Elena Casado (Eds.), *Mediaciones tecnológicas: cuerpos, afectos y subjetividades* (pp. 55-72). Madrid: Universidad Complutense: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cassain, L. (2016). Migration trajectories and return processes: An exploration of multi-generational family experiences between Spain and Argentina. *Transnational Social Review*, 6(1-2), 41-59.
- Cassarino, J.P. (2004). Theorising return migration: the conceptual approach to return migrants revisited. *International Journal on Multicultural Societies*, 6(2), 253-279.
- Cassarino, J.P. (2013). Teorizando sobre a migração de retorno: uma abordagem conceitual revisitada sobre migrantes de retorno. *REMHU - Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 41, 21-54.
- Castells, M. (1989). *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process*. Oxford: Basil Blackwell.
- Castiglione, C. (2012). El fenómeno migratorio en la agenda: políticas públicas y mundo virtual. En Susana Novick (Ed.), *Migración y políticas públicas. Nuevos escenarios y desafíos* (pp. 117-142). Buenos Aires: Catálogos.
- Cavalcanti, L. y Boggio, K. (2004). Una presencia ausente en espacios transnacionales. En *4o Congreso sobre la Inmigración en España. Ciudadanía y Participación*. Girona.
- Cavalcanti, L. y Parella, S. (2012). Entre las políticas de retorno y las prácticas transnacionales de los migrantes brasileños. Re-pensando el retorno desde una perspectiva transnacional. *Crítica e Sociedade: revista de cultura política*, 2(2), 109-124.
- Cavalcanti, L. y Parella, S. (2013). El retorno desde una perspectiva transnacional. *REMHU - Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 41, 9-20.
- Cazaux, S. y Léporé, S. (1985). Los argentinos que retornan: problemas socioeconómicos y psicosociales. *Documento presentado por la Dirección Nacional de Migraciones*. Argentina: Ministerio del Interior.
- Cazorla, J., Gregory, D. D. y Neto, J. P. (1979). El retorno de los emigrantes al sur de Iberia. *Papers: revista de sociología*, 11, 65-80.
- Cerase, F. P. (1974). Expectations and reality: a case study of return migration from the United States to Southern Italy. *International Migration Review*, 8(2), 245-262.
- Cerrutti, M. y Maguid, A. (2010). *Familias divididas y cadenas globales de cuidado: la migración sudamericana a España*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cerrutti, M. y Maguid, A. (2016). Crisis económica en España y el retorno de inmigrantes sudamericanos. *Migraciones Internacionales*, 8(3), 155-189.
- Cerrutti, M., Maguid, A. y Díaz Gil, A. (2011). *Migrantes Sudamericanos en España: panorama y políticas*. Cuadernos migratorios (No. 1). Buenos Aires: OIM.
- Christman, J. (2004). Relational autonomy, liberal individualism, and the social constitution of selves. *Philosophical Studies*, 117, 143-164.

- Christou, A. (2006). American dreams and european nightmares: experiences and polemics of second-generation greek-american returning migrants. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 32(5), 831-845.
- Christou, A. (2011). Narrating lives in (e)motion: embodiment, belongingness and displacement in diasporic spaces of home and return. *Emotion, Space and Society*, 4(4), 249-257.
- Clavijo, J. y Santi, S. (2009). El Estado argentino y la emigración: cooperación, gobernabilidad y reciprocidad. En Eduardo Domenech (Ed.), *Migración y política: el Estado interrogado. Procesos actuales en Argentina y Sudamérica* (pp. 167-199). Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba.
- Colectivo IOÉ, y Fernández, M. (2010). *Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007: El mercado de trabajo y las redes sociales de los inmigrantes* (No. 24). Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Colectivo IOÉ. (1987). Los inmigrantes en España. *Documentación Social. Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, 66(enero-marzo), 1-376.
- Colectivo IOÉ. (1998). *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos. Una visión de las migraciones desde España*. Madrid: Patronat Sud-Nord de la Universitat de València..
- Colectivo IOÉ. (2005). Inmigrantes extranjeros en España: ¿reconfigurando la sociedad? *Panorama Social*, 1, 32-47.
- Colectivo IOÉ. (2009). *1994-2007: se cierra un ciclo de expansión especulativa y regresión social* (pp. 1-9). Colectivo IOÉ - Centro de Investigación para la Paz.
- Colectivo IOÉ. (2013). *Expansión del neoliberalismo y políticas sociales. Una lectura de la crisis desde el Barómetro Social de España* (pp. 1-27). Recuperado de: barometrosocial.es/archivos/BSE2011_PolSoc.pdf
- Constant, A. y Massey, D.S. (2002). Return migration by german guestworkers. *International Migration*, 40(4), 5-38.
- Cook-Martin, D. (2006). Soldiers and wayward women: gendered citizenship, and migration policy in Argentina, Italy and Spain since 1850. *Citizenship Studies*, 10(5), 571-590.
- Cook-Martin, D. (2013). *The scramble for citizens: dual nationality and state competition for immigrants*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Cook-Martin, D. y Viladrich, A. (2009). The problem with similarity: ethnic-affinity migrants in Spain. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 35(1), 151-170.
- Cortés Conde, R. (2001). *Historia de la Argentina*. (John Lynch, Ed.). Barcelona: Crítica.
- Cortés, A. y Oso, L. (2017). Avecillas y pájaros en vuelo transnacional: Retorno, género y estrategias de movilidad e inmovilidad entre Ecuador y España. *Revista Española de Sociología*, 26(3), 359-372.
- Cresswell, T. y Merriman, P. (2011). *Geographies of mobilities: practices, spaces, subjects*. Farnham; Burlington: Ashgate.
- D'Andrea, A., Ciolfi, L. y Gray, B. (2011). Methodological challenges and innovations in mobilities research. *Mobilities*, 6(enero), 37-41.
- Davidson, J., Bondi, L. y Smith, M. (2007). *Emotional Geographies*. Hampshire: Ashgate.

- De Castro, C. y Pedreño, A. (2015). Trabajo y ocupaciones. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 617-628). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- De Cristóforis, N. A. (2016). Familia y emigración en el último ciclo de las corrientes españolas hacia la Argentina (1946-1965). *Odisea*, 3, 1-29.
- De Haas, H. y Fokkema, T. (2011). The effects of integration and transnational ties on international return migration intentions. *Demographic Research*, 25, 755-782.
- De Haas, H., Fokkema, T. y Fihri, M. F. (2014). Return migration as failure or success?: the determinants of return migration intentions among moroccan migrants in Europe. *Journal of International Migration and Integration*. 16(2), 415-429
- Dimarco, S. (2007). ¿Podremos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura. *Papeles del CEIC*, 33(2), 1-28.
- Dirección Nacional de Migraciones, y Ministerio del Interior y Transporte. Presidencia de la Nación. (s. f.). Ley de Migraciones No25.871. Decreto 616/2010. Recuperado de: www.migraciones.gov.ar/pdf_varios/campana_grafica/pdf/Libro_Ley_25.871-pdf
- Doeringer, P. y Piore, M.J. (1985). *Mercados internos de trabajo y análisis laboral*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Domingo, A. y Blanes, A. (2015). Inmigración y emigración en España: estado de la cuestión y perspectivas de futuro. En *Anuario de la Inmigración en España 2014* (pp. 94-122). Barcelona: CIDOB.
- Domingo, A. y Sabater, A. (2013). Crisis económica y emigración: la perspectiva demográfica. En Eliseo Aja Fernández, Joaquín Arango, y Josep Oliver Alonso (Eds.), *Anuario de la Inmigración en España 2012* (pp. 60-87). Barcelona: CIDOB.
- Durand, J. (2004). Ensayo teórico sobre la migración de retorno. El principio del rendimiento decreciente. *Cuadernos Geográficos*, 35(2), 103-116.
- Elder, G. H. (1994). Time, human agency, and social change: perspectives on the life course. *Social Psychology Quarterly*, 57(1), 4-15.
- Elder, G. H. (1998). The life course as developmental theory. *Child Development*, 69(1), 1-12.
- Elder, G. H., Kirkpatrick Johnson, M. y Crosnoe, R. (2003). The emergence and development of life course theory. En Jeilan T. Mortimer y Michael J. Shanahan (Eds.), *Handbook of the life course* (pp. 3-19). New York: Kluwer Academic Publishers.
- Esteban, F. O. (2003). Dinámica migratoria argentina: inmigración y exilios. *América Latina Hoy*, 34, 15-34.
- Esteban, F. O. (2007). Inmigración argentina a España (2000-2005): claves interpretativas del proceso migratorio y la integración socio-económica. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 63, 367-415.
- Esteban, F. O. (2013). La inserción laboral de los inmigrantes argentinos en España. Un análisis a partir de la Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007. *Argumentos*, 15, 1-29.

- Esteban, F. O. (2015). *El sueño de los perdedores: cuatro décadas de migraciones de argentinos a España (1970-2010)*. Buenos Aires: Teseo.
- Esteban, F. O. (Ed.). (2013). *Espacios transnacionales de la migración latinoamericana en Europa*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12, 1-21.
- Espinosa, V. M. (1998). *El dilema del retorno: migración, género y pertenencia en un contexto transnacional* (1. ed.). Zapopan, Jal.: Zamora, Michoacán, México: El Colegio de Jalisco ; El Colegio de Michoacán.
- Favell, A. (2008). Rebooting migration theory: interdisciplinarity, globality, and postdisciplinarity in migration studies. En Carolina B. Brettell, y James F. Hollifield, *Migration Theory: Talking across Disciplines* (pp. 259-278). Nueva York: Routledge.
- Feldman-Bianco, B., Rivera Sánchez, L., Stefoni, C. y Villa Martínez, M. Inés (Eds.). (2011). *La construcción social del sujeto migrante en América Latina Prácticas, representaciones y categorías*. Quito: FLACSO Ecuador, CLACSO, Universidad Alberto Hurtado.
- Fernández Vicente, M. J. (2005). De calamidad nacional a baza del desarrollo. Las políticas migratorias del Régimen Franquista (1939-1975). *Migraciones y Exilios*, 6, 81-100.
- Ferrer, A. (1977/2015). Crisis y alternativas de la política económica argentina. En Sergio Caggiano y Alejandro Grimson (Eds.), *Antología del pensamiento crítico argentino contemporáneo* (pp. 271-296). Buenos Aires: CLACSO.
- Festinger, L. y Aronson, E. (1984). Activación y reducción de la disonancia en contextos sociales. En J. R. Torregrosa y E. Crespo (Comps.), *Estudios básicos de psicología social* (pp. 281-297). Barcelona: Hora.
- Form, W. H. y Rivera, J. (1958). The place of returning migrants in a stratification system. *Rural Sociology*, 23, 286-297.
- Filgueira, F. (2008). *El desarrollo maniatado en América Latina: estados superficiales y desigualdades profundas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gandini, L. (2012). *¿Escapando de la crisis? Trayectorias laborales de migrantes argentinos recientes en dos contextos de recepción: Ciudad de México y Madrid*. Tesis Doctoral, El Colegio de México. Disponible en: ces.colmex.mx/pdfs/tesis/tesis_gandini.pdf
- Gandini, L. (2014). Migración y curso de vida: la relación entre el cruce de fronteras internacionales y el proceso hacia la adultez. En M. Mora Salas y O. de Oliveira (Coords.), *Desafíos y paradojas: los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. México, D.F.: El Colegio de México.
- García Borrego, I. y Pedreño, A. (2010). Presentación. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 19(enero-junio), 11-17.
- García García, A. A. (2009). *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://eprints.ucm.es/9537/1/T31015.pdf>

- Germani, G. (1942/2010). La clase media en la ciudad de Buenos Aires. Estudio Preliminar. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 92-119). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1955/2010). La distribución geográfica de los habitantes. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 442-464). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1962/2010). La inmigración masiva y su papel en la modernización del país. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. (pp. 490-543). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1963/2010). La movilidad social en la Argentina. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. (pp. 260-314). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1970/2010). La estratificación social y su evolución histórica en la Argentina. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. (pp. 210-239). Buenos Aires: CLACSO.
- Germani, G. (1973/2010). El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos. En Carolina Mera y Julián Rebón (Coords), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. (pp. 576-637). Buenos Aires: CLACSO.
- Ghosh, B. (2000). *Return migration: journey of hope or despair?* Ginebra: International Organization for Migration.
- Gil Araujo, S. (2006). Periféricos a la conquista de la metrópolis. Panorámica sobre las (in)migraciones latinoamericanas en España. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 20(60), 291-341.
- Gil Araujo, S. (2010). Una sociología (de las migraciones) para la resistencia. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 19(enero-junio), 235-249.
- Gil Araujo, S. (2013). Buscando la nación por el camino del retorno. Reflexiones sobre las políticas y el estudio del retorno en los actuales contextos de emigración/inmigración. En Claudia Pedone y Sandra Gil Araujo (Eds.), *Políticas públicas, migración familiar y retorno de la población migrante Latinoamericana en Cataluña: una perspectiva transnacional* (pp. 7-12). Barcelona: Consorci Institut d'Infància i Món Urbà.
- Glick Schiller, N., Basch, L. y Szanton-Blanc, C. (1992). Transnationalism: a new analytic framework for understanding migration. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 645(1), 1-24.
- Glick Schiller, N., Basch, L. y Blanc-Szanton, C. (1992). *Towards a transnational perspective on migration: Race, class, ethnicity, and nationalism reconsidered*. New York: New York Academy of Sciences.
- Gmelch, G. (1980). Return Migration. *Annual Review of Anthropology*, 9, 135-159.
- Goffman, E. (1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *Frame analysis: los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Golías Pérez, M. (2014). *Los nuevos españoles a través de la Ley de la Memoria Histórica en Cuba y Argentina ¿Oportunidad o identidad?* Tesis doctoral, Universidad de A Coruña. Disponible en:

- http://ruc.udc.es/dspace/bitstream/2183/11914/2/GoliasPerez_Montserrat_TD_2014.pdf
- González Enríquez, C. (2012). *La emigración desde España, una migración de retorno*. Madrid: Real Instituto Elcano.
- González Martínez, E. E. y Merino Hernando, M. A. (2006). *Las migraciones internacionales*. Madrid: Dastin.
- González Martínez, E. E. y Merino Hernando, M. A. (2007). *Historias de acá. Trayectoria migratoria de los argentinos en España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Graciarena, J. (1986). Prólogo. En Alfredo E. Lattes y Enrique Oteiza (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1995-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. xv-xxviii). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Gregorio, C. (2013). La categoría género a la luz del parentesco en el análisis de las migraciones transnacionales: la maternidad transnacional y las cadenas mundiales de afecto y asistencia. *Anuario Americanista Europeo*, 11, 11-29.
- Gregorio, C. (2014). Traspasando las fronteras dentro-fuera: reflexiones desde una etnografía feminista. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(3), 297-322.
- Grimson, A. (2004). La experiencia argentina y sus fantasmas. En Alejandro Grimson (Comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas* (pp. 177-193). Buenos Aires: CLACSO.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Guarnizo, L. E. (1997). The emergence of a transnational social formation and the mirage of return migration among dominican transmigrants. *Identities*, 4(2), 281-322.
- Guarnizo, L. E., Portes, A. y Haller, W. (2003). Assimilation and transnationalism: determinants of transnational political action among contemporary migrants. *American Journal of Sociology*, 108(6), 1211-1248.
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gudynas, E. (2016). Los progresismos sudamericanos: ideas y prácticas, avances y límites. En VV.AA., *Rescatar la esperanza. Más allá del neoliberalismo y el progresismo*. (pp. 27-62). Barcelona: Entrepueblos.
- Guillén Rodríguez, A. M. y Rodríguez Cabrero, G. (2015). Evolución del Estado de bienestar en España. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 1020-1030). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hammet, B. R. (1998). *Historia de Iberoamérica. Tomo III*. En Manuel Lucena Salmoral (Ed.). Madrid: Cátedra.
- Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Harding, S. (1995). Can feminist thought make economics more objective? *Feminist Economics*, 1(1), 7-32.
- Harris, J. R. y Todaro, M. P. (1970). Migration, Unemployment and Development: A Two-Sector Analysis. *The American Economic Review*, 60(1), 126-142.
- Hernández Álvarez, J. (1966). A Demographic Profile of the Mexican Immigration to the United States, 1910-1950. *Journal of Inter-American Studies*, 8(3), 471-496.
- Hernández Álvarez, J. (1967). *Return migration to Puerto Rico*. Berkeley: Institute of International Studies, University of California.
- Herrera, G. y Pérez Martínez, L. (2015). ¿Tiempos de crisis, tiempos de retorno? Trayectorias migratorias, laborales y sociales de migrantes retornados en Ecuador. *Estudios Políticos*, 47, 221-241.
- Hess, C. (2008). What are «reverse diasporas» and how are we to understand them? *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 17(3), 288-315.
- Heymann, D. (1980). Las fluctuaciones de la industria manufacturera argentina (1950-1978). *Cuadernos de la CEPAL*, 34. Santiago de Chile: CEPAL.
- Hirai, S. (2013). Formas de regresar al terruño en el transnacionalismo. Apuntes teóricos sobre la migración de retorno. *Alteridades*, 23(45), 95-105.
- Hobsbawm, E. J. (2005). *La era del imperio 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica.
- Hochschild, A. (1983). *The managed heart: commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Ibáñez, J. (1997). *A contracorriente*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Ibáñez, J. (2003). *Más allá de la sociología*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid; Buenos Aires: Katz.
- Isaac, J. (1947). *Economics of migration*. London: Routledge.
- Izquierdo Escribano, A. (2015). La mudanza migratoria en España. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 188-195). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Izquierdo Escribano, A., López De Lera, D. y Martínez Buján, R. (2002). Los preferidos del siglo XXI: la inmigración latinoamericana en España. En F. Javier García Castaño y Carolina Muriel López (Eds.), *La inmigración en España: contextos y alternativas* (Vol. 2, pp. 237-249). Granada: Laboratorio de Estudios Interculturales.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Jensen, S. (2004). *Suspendidos de la historia / Exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1976 - ...)*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/record/36684>
- Jensen, S. (2011). Exilio e historia reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción. *Aletheia*, 1(2), 1-21.
- Jiménez Zunino, C. (2011a). *Desclasamiento y reconversiones en las trayectorias de los migrantes argentinos de clases medias*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://eprints.sim.ucm.es/17260/1/T33354.pdf>

- Jiménez Zunino, C. (2011b). Inserciones de argentinos en sociedades etnofragmentadas. *Revista Temas de Antropología y Migración*, 2, 46-73.
- Jiménez Zunino, C. (2011c). Movilidades geográficas, movilidades sociales. En Cynthia Alejandra Pizarro (Ed.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 445-465). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Jiménez Zunino, C. (2013). Transnacionalismo y migraciones: aportaciones desde la teoría de Pierre Bourdieu. *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, 20, 13-38.
- Jiménez Zunino, C. (2015). Trayectorias sociales de los migrantes de clases medias argentinas: reproducción, reconversión y desclasamiento. *Sociología Histórica*, 5, 389-427.
- Jociles, M. I. (2006). La imposición de los puntos de vista durante la entrevista etnográfica. *Antropología Portuguesa*, 22, 9-40.
- Jones, O. (2007). An ecology of emotion, memory, self and landscape. En J. Davidson, L. Bondi, y M. Smith (Eds.), *Emotional Geographies* (pp. 205-218). Hampshire: Ashgate.
- Katz, C. (2014). Contrasentidos del neodesarrollismo: el caso de Argentina. En Jairo Estrada Alvarez (Ed.), *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales* (pp. 227-241). Buenos Aires: CLACSO.
- Katz, J. (2000). Cambios en la estructura y comportamiento del aparato productivo latinoamericano en los años 1980: después del «Consenso de Washington», ¿qué?. *Serie Desarrollo Productivo*, 65. Santiago de Chile: CEPAL.
- Kessler, G. (2011). La extensión del sentimiento de inseguridad en América Latina: relatos, acciones y políticas en el caso argentino. *Revista de Sociología Política*, 19(40), 103-114.
- Kessler, G. (2015). *Controversias sobre la desigualdad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kessler, G. y Di Virgilio, M. M. (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la CEPAL*, 95, 31-50.
- Kessler, G. y Espinoza, V. (2007). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas. En Rolando Franco, Arturo León y Raúl Atria (Eds.), *Estratificación y movilidad social en América Latina: transformaciones estructurales de un cuarto de siglo* (pp. 259-301). Santiago de Chile: LOM Ediciones, CEPAL, GTZ.
- King, R. (1986). Return migration and regional economic development: an overview. En R. King (Ed.), *Return migration and regional economic problems* (pp. 1-37). Kent: Croom Helm.
- King, R. (2000). Generalizations from the history of return migration. En B. Ghosh (Ed.), *Return migration: journey of hope or despair?* (pp. 7-55). Ginebra: International Organization for Migration.
- King, R. y Christou, A. (2011). Of counter-diaspora and reverse transnationalism: return mobilities to and from the ancestral homeland. *Mobilities*, 6(4), 451-466.
- Kosacoff, B. (1988). Desarrollo industrial e inestabilidad macroeconómica. *Documentos de proyectos e investigación*. Buenos Aires: CEPAL.

- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- Kreienbrink, A. (2009). La política de emigración a través de la historia del IEE. En Luis M. Calvo Salgado, María José Fernández Vicente, Axel Kreienbrink, Carlos Sanz Díaz y Gloria Sanz Lafuente (Eds.), *Historia del Instituto Español de Emigración: la política migratoria exterior de España y el IEE del franquismo a la transición* (pp. 13-34). Madrid: Ministerio de Trabajo y Inmigración, Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones.
- Kritz, M.M., Zlotnik, H. & Lean Lim, L. (1992). *International Migration Systems: A Global Approach*. Oxford: Clarendon Press.
- Lasén Díaz, A. (2000). *A contratiempo: un estudio de las temporalidades juveniles*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas : Siglo Veintiuno de España Editores.
- Lastra, M. S. (2013). ¿Volver al hogar? La experiencia del retorno de los exiliados argentinos. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 10(21), 321-344.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Lauby, J. y Stark, O. (1988). Individual migration as a family strategy: young women in the Philippines. *Population Studies*, 42, 473-486.
- Lattes, A. E. (1986). Visión general de la migración internacional en Argentina. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 9-18). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Lattes, A. E. y Oteiza, E. (1986). *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados*. Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Lattes, A. E., Comelatto, P. A., y Levitt, C. M. (2003). Migración internacional y dinámica demográfica en la Argentina en la segunda mitad del siglo XX. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 17(50), 69-109.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós.
- Levitt, P. y Glick Schiller, N. (2004a). Conceptualizing simultaneity: a transnational social field perspective on society. *IMR. International Migration Review*, 38(3), 1002-1039.
- Levitt, P. y Glick Schiller, N. (2004b). Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad. *Migración y Desarrollo*, 2º semestre, 60-91.
- Lewis, W. A. (1954). Economic development with unlimited supplies of labor. *The Manchester School of Economic and Social Studies*, 22, 139-191.
- Long, L. y Oxfeld, E. (2004). *Coming home?: refugees, migrants, and those who stayed behind*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- López de Lera, D. (1995). La inmigración en España a fines del siglo XX. Los que vienen a trabajar y los que vienen a descansar. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 71-72, 225-245.
- López de Lera, D. (2012). Emigración, inmigración y retorno: tres etapas de un mismo proceso. *Polígonos. Revista de Geografía*, 20, 9-27.

- López de Lera, D. (2015). Panorama de la migración internacional en España. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 196-206). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- López de Lera, D., Oso Casas, L. (2007). La inmigración latinoamericana en España. Tendencias y estado de la cuestión. En Isabel Yépez del Castillo y Gioconda Herrera (Eds.), *Nuevas migraciones latinoamericanas a Europa. Balances y desafíos* (pp. 31-67). Quito: FLACSO - OBREAL - UCL - UB.
- Lozano Ascencio, F. y Martínez Pizarro, J. (2015). Las muchas caras del retorno en América Latina. En Fernando Lozano Ascencio y Jorge Martínez Pizarro (Eds.), *Retorno en los procesos migratorios de América Latina. Conceptos, debates, evidencias*. (pp. 13-23) Río de Janeiro: ALAP Editor.
- Luchilo, L. (2007). Migración de retorno: el caso argentino. *Documentos de trabajo*, 39. Buenos Aires: REDES. Centro de Estudios sobre Ciencia, Desarrollo y Educación Superior.
- Lvovich, D. (2000). Colgados de la sogá. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires. En Maristella Svampa (Ed.), *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales* (pp. 51-80). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Mabogunje, A. L. (1970). Systems approach to a theory of rural-urban migration. *Geographical Analysis*, 2(1), 1-18.
- Mackenzie, C. y Stoljar, N. (Eds.) (2000). *Relational autonomy: feminist perspectives on autonomy, agency, and the social self*. Nueva York: Oxford University Press.
- Magliano, M. J. (2016). La externalización de la ciudadanía. El Programa «Provincia 25» y la participación política de los argentinos en el exterior. *Temas de Antropología y Migración*, 8, 120-131.
- Mahía, R. (2016). Evolución de la inmigración en España y mercado de trabajo. En Joaquín Arango, Ramón Mahía, David Moya y Elena Sánchez-Montijano (Eds.), *Anuario Cidob de la Inmigración 2015-2016*. Barcelona: Fundación CIDOB.
- Mahler, S. J. (1998). Theoretical and empirical contributions toward a research agenda for transnationalism. *Comparative Urban and Community Research*, 6, 64-100.
- Maletta, H. y Szwarcberg, F. (1985). *La migración de retorno a la Argentina: problemas socio-económicos y psico-sociales*. Centro de Políticas de Inmigración y Asistencia a los Refugiados. Universidad de Georgetown. Comité Intergubernamental para las Migraciones. CIM.
- Maletta, H., Szwarcberg, F. y Schneider, R. (1988). Back home: psychosocial aspects or the exile's return to Argentina. *Center for Migration Studies special issues*, 6(2), 178-207.
- Marcus, G. E. (2001). Etnografía en / del sistema mundo . El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Margulis, M. (1986). Los argentinos en México. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 93-104). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.

- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud* (pp.). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M. Laverde y C. Balderrama (Eds.), *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Mármora, L. y Gurrieri, J. (1988). El retorno en el Río de la Plata (Las respuestas sociales frente al retorno en Argentina y Uruguay). *Estudios migratorios latinoamericanos*, 3, 467-496.
- Martín Criado, E. (1998). Los decires y los haceres. *Revista de Sociología*, 56, 57-71.
- Martín Criado, E. (2010). Las tallas grandes perjudican seriamente la salud. La frágil legitimidad de las prácticas de adelgazamiento entre las madres de clases populares. *Revista Internacional de Sociología*, 68(2), 349-373.
- Martín Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138.
- Martín Pérez, A., Marzok, M. y Rodríguez Martín, E. (2004). Abdelmalek Sayad: fundamentos epistemológicos para una ciencia de la emigración-inmigración. En *4o Congreso sobre la Inmigración en España. Ciudadanía y Participación*. Girona.
- Martínez Pizarro, J. y Calvelo, L. (2012). La migración internacional en los censos de 2010 en los países de América Latina y el Caribe. *REMHU - Revista Interdisciplinaria de Movilidad Humana*, 39, 9-27.
- Martínez Pizarro, J. y Orrego Rivera, C. (2016). *Nuevas tendencias y dinámicas migratorias en América Latina y el Caribe* (No. 114) (pp. 1-105). Santiago de Chile: CEPAL - NU.
- Massey, D., Alarcón, R., Durand, J. y González, H. (1990). *Return to Aztlan: the social process of international migration from western Mexico*. California: University of California Press.
- Massey, D., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A., y Taylor, J. E. (1993). Theories of international migration: a review and appraisal. *Population and Development Review*, 19(3), 431-466.
- Massó, M. (2015). Crisis y reestructuración del sistema financiero en España. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 875-887). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires; Madrid: Katz.
- Mead, G. H. (1991). La génesis del self y el control social. *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 55, 165-186.
- Mezzadra, S. (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Mezzadra, S. (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales. *Nueva Sociedad*, 237(enero-febrero), 159-178.
- Miguélez, F. y Molina, O. (2015). Políticas de empleo. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 672-683). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Miller, D. (2009). *The Comfort of Things*. Cambridge: Polity Press.
- Minujin, A. (1992). En la rodada. En VV.AA., *Cuesto abajo: los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. (pp. 15-44). Buenos Aires: UNICEF ; Losada.
- Minujin, A. (2010). Vulnerabilidad y resiliencia de la clase media en América Latina. En A. Bárcena y N. Serra (Eds.), *Clases medias y desarrollo en América Latina* (pp. 71-141). Santiago de Chile: CEPAL-CIDOB.
- Minujin, A. y López, N. (1994). Nueva pobreza y exclusión. El caso argentino. *Nueva Sociedad*, 131(mayo-junio), 88-105.
- Mira Delli-Zotti, G. y Esteban, F. O. (2003). El flujo que no cesa: aproximación a las razones, cronología y perfil de los argentinos radicados en España (1975-2001). *Historia Actual Online*, 2, 31-34.
- Moreno Fernández, L. (2015). La europeización del bienestar social en España. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 1031-1041). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Morice, A. (2007). El difícil reconocimiento de los sin papeles en Francia. Entre tentación individualista y movilización colectiva. En Liliana Suárez Navaz, Raquel Macià Pareja, y Ángela Moreno García (Eds.), *Las luchas de los sin papeles y la extensión de la ciudadanía. Perspectivas críticas desde Europa y Estados Unidos* (pp. 39-72). Madrid: Traficantes de sueños.
- Mortimer, J. T., y Shanahan, M. J. (Eds.). (2003). *Handbook of the life course*. New York: Kluwer Academic Publishers.
- Murias, M. G. y Luchilo, L. (2005). Análisis bibliográfico y de contenidos de estudios históricos y recientes sobre la emigración de argentinos. Período 1960-2005. *Documento de Proyecto, 1*. Buenos Aires. REDES. Centro de Estudios sobre Ciencia, Desarrollo y Educación Superior.
- Neffa, J. C. (2010). Modelos productivos y sus impactos sobre la relación salarial. En *Trabajo y modelos productivos en América Latina. Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela luego de las crisis del modo de desarrollo neoliberal* (pp. 261-374). Buenos Aires: CLACSO.
- Novick, M., Mazorra, X. y Schleser, D. (2008). Un nuevo esquema de políticas públicas para la reducción de la informalidad laboral. En Banco Mundial (Ed.), *Aportes a una nueva visión de la informalidad laboral en la Argentina* (pp. 23-42). Buenos Aires: Banco Mundial; Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- Novick, S. (1992). *Política y Población/1. Argentina 1870-1989*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Novick, S. (2004). Argentina : ¿país receptor ? Aproximación a un fenómeno migratorio reciente . *Studi Emigrazione*, XLI(154), 377-397.
- Novick, S. (2008). Migración y políticas en Argentina: tres leyes para un país extenso (1876-2004). En Susana Novick (Ed.), *Las migraciones en América Latina: políticas, culturas y estrategias* (pp. 131-152). Buenos Aires: CLACSO; Catálogos.
- Novick, S. y Murias, M. G. (2005). *Dos estudios sobre la emigración reciente en la Argentina* (No. 42). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Olmo, M. del. (1989). *La construcción cultural de la identidad: Emigrantes argentinos en España*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

- Olmo, M. del. (2002). *La utopía en el exilio*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Olsson, E. (2004). Event or process? Repatriation practice and open-ended migration. En Maja Povrzanović Frykman (Ed.), *Transnational spaces: disciplinary perspectives* (pp. 151-168). Malmö: Malmö University IMER.
- Olsson, E. (2008). From diaspora with dreams, dreaming about diaspora: narratives on a transnational chilean community. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 17(3), 362-384.
- Olsson, E. y King, R. (2008). Introduction: Diasporic Return. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 17(3), 255-261.
- Oso Casas, L. (2008). *Migración, Género y Hogares Transnacionales*. En Joaquín García Roca y Joan Lacomba (Eds.), *La inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar* (pp. 561-586). Barcelona: Bellaterra.
- Oso Casas, L., Golías Pérez, M. y Villares Varela, M. (2008). Inmigrantes extranjeros y retornados en Galicia: la construcción del puente transnacional. *Política y Sociedad*, 45(1), 103-117.
- Ossorio y Florit, M. (2007). *Diccionario de ciencias jurídicas, políticas y sociales*. Buenos Aires: Heliasta.
- Oteiza, E. (1969). *La emigración de personal altamente calificado de la Argentina: un caso de «brain drain» latinoamericano*. Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella.
- Pajares, M. (2010). *Inmigración y mercado de trabajo. Informe 2010*. Madrid: Observatorio Permanente de la Inmigración. Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Palazón Ferrando, S. (1991). La emigración española a América latina durante el primer franquismo (1939-1959). *Anales de la Universidad de Alicante. Historia contemporánea*, 8-9, 215-232.
- Palazón Ferrando, S. (1993). La emigración española en latinoamérica (1946-1990). *Estudios geográficos*, 54(210), 97-128.
- Pallma, S. (1974). *Emigración y retorno de profesionales. El impacto de los estudios en el exterior*. Bariloche, Argentina: Fundación Bariloche.
- Palmás Zaldua, L., Torras, V., Hourcade, S., Blanchard, S. y Griffa, T. (2016). Las políticas de memoria, verdad y justicia a cuarenta años del golpe. En Centro de Estudios Legales y Sociales (Argentina) (Ed.), *Derechos humanos en la Argentina: informe 2016* (pp. 25-56). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Palomares, M., Castiglione, C. y Nejamkis, L. (2007). Emigración reciente de argentinos: el regreso a casa. En Susana Novick (Ed.), *Sur-Norte. Estudios sobre la emigración reciente de argentinos* (pp. 149-176). Buenos Aires: Catálogos Editora.
- Parella, S. (2007). Los vínculos afectivos y de cuidado en las familias transnacionales. Migrantes ecuatorianos y peruanos en España. *Migraciones Internacionales*, 4(2), 151-188.
- Parella, S. y Cavalcanti, L. (2006). Una aproximación cualitativa a las remesas de los inmigrantes peruanos y ecuatorianos en España y a su impacto en los hogares transnacionales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 116, 241-257.
- Parella, S. y Petroff, A. (2014). Migración de retorno en España: salidas de inmigrantes y programas de retorno en un contexto de crisis. En Joaquín Arango, David

- Moya Malapeira y Josep Oliver Alonso (Eds.), *Inmigración y Emigración: mitos y realidades* (pp. 62-87). Barcelona: CIDOB.
- Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Pascual de Sans, À. (1983a). Connotaciones ideológicas en el concepto de retorno de migrantes. *Papers*, 20, 61-71.
- Pascual de Sans, À. (1983b). Los movimientos migratorios de retorno. Significación y perspectivas. *Documents d'anàlisi geogràfica*, 3, 47-70.
- Pazos Garcíandía, A. (2002). El tiempo pasado. Formas discursivas y usos sociales del recuerdo. *Estudios de Psicología*, 23(1), 111-126.
- Pedone, C. y Gil Araujo, S. (Eds.). (2013). *Políticas públicas, migración familiar y retorno de la población migrante latinoamericana en Cataluña: una perspectiva transnacional*. Barcelona: Consorci Institut d'Infància i Món Urbà.
- Pellegrino, A. (1986). Los argentinos en Venezuela. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 105-118). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Perelman, M. D. y Boy, M. (2010). Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro. *Revista Mexicana de Sociología*, 72(3), 393-418.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pinto Luna, C. (2013). Dilemas y desafíos para la integración de hijos de exiliados-retornados chilenos: memoria e identidad. *Revista Grafta*, 10(2), 187-209.
- Pinyol-Jiménez, G. y Sánchez-Montijano, E. (2014). La naturalización en España: una política de claroscuros. En Joaquín Arango, David Moya Malapeira y Josep Oliver Alonso (Eds.), *Inmigración y Emigración: mitos y realidades* (pp. 186-209). Barcelona: CIDOB.
- Piore, M. J. (1979). *Birds of passage: migrant labor and industrial societies*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- Portes, A. (1973). *Psicología social de la emigración*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella. Centro de Investigaciones Sociales.
- Portes, A. (2003). Conclusion: theoretical convergencies and empirical evidence in the study of immigrant transnationalism. *IMR. International Migration Review*, 37(3), 874-892.
- Portes, A., Guarnizo, L.E. y Landolt, P. (1999). The study of transnationalism: pitfalls and promise of an emergent research field. *Ethnic and Racial Studies*, 22(2), 217-237.
- Portes, A. y Walton, J. (1981). *Labor, Class, and the International System*. Nueva York: Academic Press.
- Prieto, C. y Pérez de Guzmán, S. (2015). La precarización del empleo en el marco de la norma flexible-empresarial del empleo. En Cristóbal Torres Alberó (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 629-639). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 193-238). Buenos Aires: CLACSO.
- Ranis, G. y Fei, J.C.H. (1961). A theory of economic development. *American Economic Review*, 51, 533-565.
- Ravenstein, E. G. (1885). The laws of migration. *Journal of the Statistical Society of London*, 48(2), 167-235.
- Ravenstein, E. G. (1889). The laws of migration. *Journal of the Royal Statistical Society*, 52(2), 241-305.
- Real Academia Española (Ed.). (2001). *Diccionario de la lengua española* (22. ed.). Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Recaño, J. (2015) Migraciones. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 74-84). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Repetto, F. y Potenza, F. (2011). *Protección social en la Argentina* (No. 174). Santiago de Chile: CEPAL.
- Rhoades, R. E. (1976). *Guest workers and Germans: a study in the anthropology of migration*. Tesis doctoral, University of Oklahoma.
- Rhoades, R. E. (1977). Intra-european migration and development in the mediterranean basin." *Current Anthropology*, 18(3), 539-540.
- Rhoades, R. E. (1978). Development implications of european cyclical migration. *American Anthropologist*, 80(4), 936-938.
- Richardson, T. (2013). Borders and mobilities: introduction to the special issue. *Mobilities*, 8(abril), 37-41.
- Rivera Sánchez, L. (2011). ¿Quiénes son los retornados? Apuntes sobre el migrante retornado en el México contemporáneo. En Bela Feldman-Bianco, Liliana Rivera Sánchez, Carolina Stefoni y Marta Inés Villa Martínez (Eds.), *La construcción social del sujeto migrante en América Latina Prácticas, representaciones y categorías* (pp. 309-337). Quito: FLACSO Ecuador, CLACSO, Universidad Alberto Hurtado.
- Rivera Sánchez, L. (2012). *Vínculos y prácticas de interconexión en un circuito migratorio entre México y Nueva York*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rivera Sánchez, L. (2013). Migración de retorno y experiencias de reinserción en la zona metropolitana de la ciudad de México. *REMHU - Revista Interdisciplinaria de Movilidad Humana*, 41, 55-76.
- Rivera Sánchez, L. (2015). Narrativas de retorno y movilidad. Entre prácticas de involucramiento y espacialidades múltiples en la ciudad. *Estudios Políticos*, 47, 243-264.
- Roca, J., Soronellas, M. y Bodoque, Y. (2012). Migraciones por amor: diversidad y complejidad de las migraciones de mujeres. *Papers*, 97(3), 685-707.
- Rock, D. (2001). Argentina en 1914: las Pampas, el interior, Buenos Aires. En John Lynch (Ed.), *Historia de la Argentina* (pp. 115-136). Barcelona: Crítica.

- Romero Bachiller, C. (2006). *Articulaciones identitarias: prácticas y representaciones de género y "raza" /etnicidad en "mujeres inmigrantes" en el barrio de Embajadores (Madrid)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Saloutos, T. (1956). *They remember America; the story of the repatriated greek-americans*. California: University of California Press.
- Santamarina, C. y Marinas, J. M. (1999). Historia de vida e historia oral. En Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (Eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales* (pp. 257-285). Madrid: Editorial Síntesis.
- Sarrible, G. D. y Fuentes, L. (2009). Los argentinos en España y el retorno voluntario: Políticas de ayuda al desempleo y confianza en el Estado. En *X Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Catamarca*. Recuperado de: <http://www.aacademica.com/000-058/63.pdf>
- Sassen, S. (1988). *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investment and Labor Flow*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sassen, S. (2013). *Inmigrantes y ciudadanos: de las migraciones masivas a la Europa fortaleza*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P. y Rodríguez, S. (2010). Las clases sociales según Gino Germani. En Carolina Mera y Julián Rebón (Eds.), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 76-85). Buenos Aires: CLACSO.
- Sayad, A. (1989). Elements pour une sociologie de l'immigration. *Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*, 2(3), 65-109.
- Sayad, A. (1998a). *A Imigração, ou, os paradoxos da alteridade*. São Paulo: Edusp.
- Sayad, A. (1998b). Le retour, élément constitutif de la condition de l'immigré. *Migrations société*, 57(X), 9-45.
- Sayad, A. (2000). O Retorno. Elemento constitutivo da condição do imigrante. *Travessia*, 13, 7-32.
- Sayad, A. (2010). *La doble ausencia*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Schkolnik, S. (1986). Volumen y características de la emigración de argentinos a través de los censos extranjeros. En Enrique Oteiza y Alfredo E. Lattes (Eds.), *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): Democratización y retorno de expatriados* (pp. 47-90). Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social - Centro de Estudios de Población.
- Schmidt, H. (2014). *Crónicas del retorno. Motivaciones y estrategias del colectivo argentino en España*. Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Asuntos Sociales. Dirección General de Inmigración. Observatorio de Inmigración - Centro de estudios y Datos.
- Schutz, A. (1976). The homecomer. En Arvid Brodersen (Ed.), *Collected Papers II. Studies in Social Theory* (pp. 106-119). Dordrecht: Springer Netherlands.
- Sheller, M. y Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 38(2), 207-226.
- Simmel, G. (1986). *Sociología 1. Estudios sobre las formas de socialización (1908)* (Vol. I). Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, G. (2001). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Ediciones Península.

- Simmel, G. (2002). *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Barcelona: Ediciones Península.
- Smith, M. P. y Guarnizo, L.E. (1998). The locations of transnationalism. *Comparative Urban and Community Research*, 6, 3-31.
- Solé, C. y Cachón, L. (1999). Presentación. Globalización e inmigración: los debates actuales. *REIS*, 116, 13-52.
- Solé, C., Parella, S. y Cavalcanti, L. (2008). *Nuevos retos del transnacionalismo en el estudio de las migraciones* (No 19). Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Solé, C., Parella, S., Alarcón, A., Bergalli, V. y Gibert, F. (2000). El impacto de la inmigración en la sociedad receptora. *REIS*, (90), 131-157.
- Sousa Santos, B. de. (2016). Para uma nova visão da Europa: aprender com o Sul. *Sociologias*, 18(43), 24-56.
- Stark, O. (1984). Migration decision making: A review article. *Journal of Development Economics*, 14, 251-259.
- Stark, O. (1991). *The Migration of Labor*. Cambridge: Basil Blackwell.
- Stark, O. Y Bloom D. E. (1985). The new economics of labor migration. *American Economic Review*, 75, 173-178.
- Suárez Navaz, L. (2008). La perspectiva transnacional en los estudios migratorios. Génesis, derroteros y surcos metodológicos. En Joaquín García Roca y Joan Lacomba (Eds.), *La inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar* (pp. 771-796). Barcelona: Bellaterra.
- Svampa, M. (2011). Argentina, una década después. Del «que se vayan todos» a la exacerbación de lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*, 235, 17-34.
- Svampa, M. (2017). Cuatro claves para leer América Latina. *Nueva Sociedad*, 268(marzo-abril), 50-64.
- Tezanos, J. F. (2015). La dinámica de las desigualdades y de la estratificación social. En Cristóbal Torres Albero (Ed.), *España 2015: situación social* (pp. 717-751). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Todaro, M. P. (1969). A model of labor migration and urban unemployment in less-developed countries. *The American Economic Review*, 59, 138-148. .
- Todaro, M. P. (1976). *Internal Migration in Developing Countries*. Geneva: International Labor Office.
- Tollefsen Altamirano, A. (2000). *Seasons of migrations to the North: A study of biographies and narrative identities in US-mexican and swedish-chilean return movements*. Tesis doctoral, Umeå University.
- Torrado, S. (s. f.). Dinámica demográfica y reproducción de la pobreza (Argentina 1945-1999). CEPAL.
- Tsuda, T. (2009). *Diasporic homecomings: ethnic return migration in comparative perspective*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Urry, J. (2000). *Sociology beyond Societies*. Londres; Nueva York: Routledge.
- Urry, J. (2007). *Mobilities*. Cambridge: Polity Press.
- Useem, J. y Useem, R.H. (1955). *The western educated man in India: a study of his social roles and influences*. Nueva York: Dryden Press.

- Varsky, C., Barbuto, V. y Plazas, F. (2005). Los crímenes del terrorismo de Estado: la fuerza de la verdad, el tiempo de la justicia. En Centro de Estudios Legales y Sociales (Ed.), *Derechos humanos en Argentina: informe 2005* (pp. 29-64). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Vega Solís, C. y Martínez-Buján, R. (2016). Las migraciones de retorno de la población ecuatoriana y boliviana: motivaciones, estrategias y discursos. *Investigaciones Feministas*, 7(1), 265-287.
- Vega Solís, C. (2016). El retorno más allá del mito del emprendedor. Estrategias económicas, familiares y afectivas de mujeres y hombres a su regreso a Ecuador desde España. *Papers. Revista de Sociologia*, 101(4), 415-449.
- Vermot, C. (2015). Guilt: A Gendered Bond within the Transnational Family. *Emotion, Space and Society*, 16, 138-146.
- Vertovec, S. (2004). Trends and impacts of migrant transnationalism. *Working Paper, N° 3*. Centre on Migration, Policy and Society. University of Oxford.
- Vilar Rodríguez, M. (2012). ¿De aquellas arenas estos lodos? El mercado de trabajo en España desde una perspectiva histórica. *Revista Galega de Economía*, 21(1), 1-32.
- Vilar, J. B. (2000). Las emigraciones españolas a Europa en el siglo XX: algunas cuestiones a debatir. *Migraciones y exilios: cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricos contemporáneos*, 1, 131-159.
- Villa, M. y Martínez Pizarro, J. (2001). Tendencias y patrones de la migración internacional en América Latina y el Caribe. *Notas de Población*, 73, 51-100.
- Visacovsky, S. (2004). Un concepto de realidad en el análisis de las narrativas sobre el pasado. *Revista de Investigaciones Folclóricas*, 19, 151-168.
- Visacovsky, S. (2006). Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis. *Pensamiento Iberoamericano*, 10, 133-168.
- Visacovsky, S. (2010). «Hasta la próxima crisis». Historia cíclica, virtudes genealógicas y la identidad de clase media entre los afectados por la debacle financiera en la Argentina (2001-2002). *Documentos de Trabajo del CIDE*, 68. México D.F: Centro de Investigaciones y Docencia Económica.
- Visacovsky, S. (2011). Introducción. Estados críticos: la experiencia social de la calamidad. En *Estados críticos: la experiencia social de la calamidad* (pp. 15-63). La Plata: Ediciones Al Margen.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, Anne. (2014). Polish Return and Double Return Migration. *Europe-Asia Studies*, 66(1), 25-49.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York: Academic Press.
- Wimmer, A. y Glick Schiller, N. (2003). Methodological nationalism, the social sciences, and the study of migration: an essay in historical epistemology. *IMR. International Migration Review*, 37(3), 576-610.
- Wright Mills, C. (1961). *La Imaginación Sociológica*. México; Madrid: Fondo de Cultura Económica.